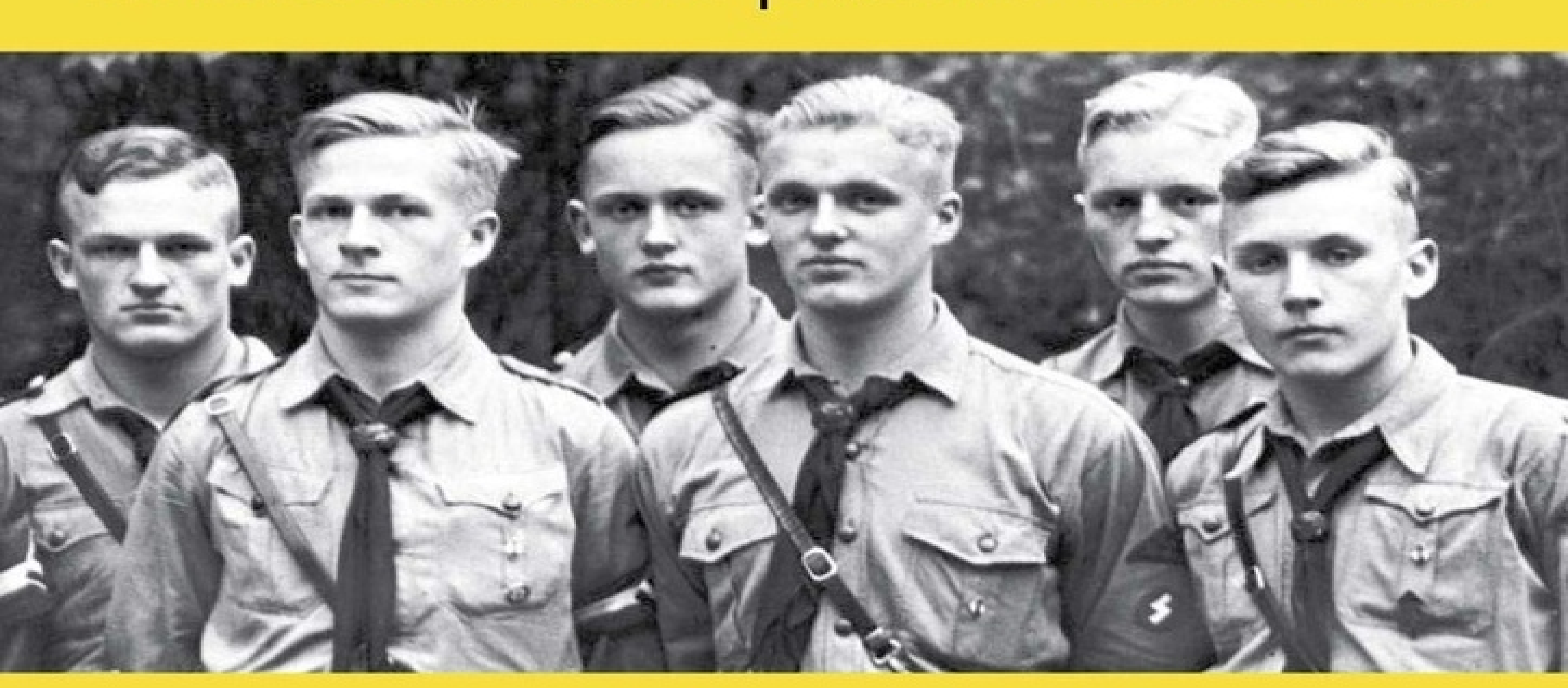
TEENAGE

La invención de la juventud 1875-1945



JON SAVAGE

Prólogo de Servando Rocha

TEENAGE

La invención de la juventud 1875-1945

TEENAGE

La invención de la juventud 1875-1945

JON SAVAGE

Prólogo de Servando Rocha



Teenage. La invención de la juventud 1875-1945
Savage, Jon
Teenage. La invención de la juventud 1875-1945/ Savage, Jon [traducción de Enrique Maldonado Roldán].
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2018. – 704 p. ; 23,5 cm – 1.ª ed.
ISBN: 978-84-122079-6-5
94"1875/1945" 316.723
316.346.32-053.6

TEENAGE
La invención de la juventud 1875-1945
Jon Savage

Título original:
Teenage. The Creation of Youth 1875-1945

Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha
28014 Madrid
www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-122079-6-5

Traducción: Enrique Maldonado Roldán
Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández
Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro
Producción del ebook: booqlab.com

Primera edición: noviembre 2018

Para Joseph Leslie Sage
(Cruz Militar Británica)
y para
Margaret Dorothy Sage.

ÍNDICE



Tarjeta comercial: «Juventud». Primeros años del siglo XX .

AGRADECIMIENTOS

Aunque es mi nombre el que aparece en portada y el resultado final es mi responsabilidad, muchas personas se han visto implicadas en la redacción de este libro. Me gustaría dar las gracias a las siguientes:

Por la aportación de ideas, información, comentarios fundamentados y documentación poco conocida (en orden alfabético): Vince Aletti, Alan Betrock (DEP), Adair Brouwer, Martin Chalmers, Steve Chibnall, Colin Fallows, Simon Frith, Mike Gallagher (Gallagher Collectibles), Paul Gilroy, Philip Hoare, Stephen Humphries, Ian Sinclair, Neil Spencer. Gracias también a Michael Hearn por los datos sobre L. Frank Baum y el mundo de Oz; Sheila Jones, de la biblioteca Beaumaris, por localizar varios libros raros; Mott R. Linn, coordinador de archivos y colecciones especiales en la biblioteca Robert Hutching Goddard de la Universidad Clark; Dorothy Sheridan y Joy Eldridge del Mass-Observation Archive (Universidad de Sussex).

Por su amistad y apoyo emocional o práctico (en orden alfabético): Vince Aletti, Nicola Barker, Stuart Baxendale, Ian Birch, Dorothy Bleakley (DEP), Michael Bracewell, Fudge Bradley (DEP), Liz Bradley, Amanda Brown, Peter Brown, Peter Burton, Murray Chalmers, Caroline Cowell, Colin Fallows, Stuart Ferraris, Paul Fletcher, Simon Frith, Laurence y Gabriel Gane, Paul Gilroy, Dave Godin (DEP), Penny Henry, Raymond Hughes, Brian Jackson, Harri Jones, Joanna Laxton, Ged Lynch, Ian MacDonald (DEP), Gillie McEwen, Johnny Marr y Angie Marr, Rhys Mwyn, Renate Noller, Thom Oatman, Patti Palladin, Penny Perrin, Lucy Pilkington, Geoff Powell, Henry Priestman y Jackie Priestman, Gwyndaf Pritchard, Arthur Roberts, Markie Robson-Scott, Peter Rogers, Chris Salewicz, Tracey Scoffield, Neil Spencer, Neil Tennant, Jenny Thomas, Ben Thompson, Paul Tickell, Nest Tomos, Chloe, Mike y Sarah Walczak, John Wardle, Stuart Williams, Sharon Wilson y Jon Wozencroft.

Por encargarme el libro tiempo atrás, en el siglo XX: Jonathan Burnham y Wendy Wolf. Por la investigación de las imágenes, Marshall Walker y Lily Richards. Por el diseño del libro, Carla Bolte; por el diseño de la portada, Greg Mollica; y por seguir la pista de todo ello, Sharon González. Por hacer tan buen trabajo en la edición y corrección, Roland Ottewell y, finalmente, por transcribir y mecanografiar bajo presión, Marc Issue Robinson.

Por su asistencia, ánimos, crítica y todo su gran esfuerzo, me gustaría agradecer específicamente a mis editores, Wendy Wolf y Jenny Uglow, y a mis agentes, Tony Peake e Ira Silverberg. Vuestra ayuda fue inestimable.

Por último, me gustaría mencionar a algunos de los miembros de mi familia que estaban vivos durante el periodo que abarca el libro: Malcolm James Grant, Dorothy Louise Grant, Joseph Leslie Sage, Margaret Dorothy Sage, Dorothy Bleakley y la tía abuela a la que nunca conocí, Gladys Pearl Grant. Este fue vuestro tiempo.

PRÓLOGO

Jóvenes bárbaros de hoy

■ ■ ■

Jóvenes bárbaros de hoy: entrad a saco en la civilización decadente y miserable de este país sin ventura.

Alejandro Lerroux, *¡Rebeldes! ¡Rebeldes!* , 1906.

Brooklyn parecía un territorio de guerra. El paseante debía prestar mucha atención. Las pintadas eran advertencias, códigos de ese otro mapa de la ciudad cuyas fronteras, sin embargo, estaban perfectamente delimitadas. Había que memorizarlas y, sobre todo, respetarlas. El peligro llegaba al entrar en la zona de influencia de los despiadados Cobras, que solían enfrentarse a Scorpions, Jaguars, Demons o Daggers, entre otras decenas de bandas juveniles, todas ellas expertas en la lucha cuerpo a cuerpo, el navajazo y las siempre temidas cadenas. Rovers y Stompers, dos bandas fuertes y cohesionadas, solían ayudar a los Cobras cuando las cosas se ponían feas. El periodista Harrison E. Salisbury, en un ensayo clásico de los estudios culturales, *The shook-up generation* , publicado en 1958, los conoció y escribió sobre ellos. Su análisis formaba parte del *paisaje* cultural, de todo eso que ocurría y tenía su epicentro en los jóvenes.

Aquel fue el año de Eddie Cochran y su «C´mon everybody», pero también de las bandas de motoristas salvajes y de la *jukebox* . Discos, libros y películas funcionaban como talismanes, mientras los crímenes se sucedían. La prensa

aseguraba que estaban protagonizados por «bandas negras». El verano siguiente, conocido en toda Francia como «el verano de los blousons noirs», no fue mejor: la subcultura francesa, inspirada en la cultura anglosajona, especialmente en el *rock and roll* , las motos y la imagen de chaquetas negras, imponía su dominio en la periferia urbana. Tuvo sus réplicas en toda Europa, más o menos similares, pero adaptadas al contexto de cada país. Con el auge del *rock and roll* y la cultura que arrastró, casi no se salvó ningún país de la oleada de cuero negro y brillantina**.** En el Reino Unido surgieron los *teddy boys* , con su impecable imagen desviada del *look* eduardiano; en Alemania, los Halbstarken**,** excesivos y homoeróticos, sembraron el terror en el Berlín occidental y se extendieron por Austria y Suiza; los *nozem* holandeses (antecedentes de los radicales *provos*), desbordaron a la policía; los *skunafolke* suecos, durante la noche de San Silvestre de 1956 destrozaron decenas de escaparates en Estocolmo; o los *vitelloni* italianos, detenidos en grandes redadas. La lista es extensa, pero los rasgos eran similares. Se hablaba de crimen, salvajismo y de «el problema de la juventud».

La historia traficó con la literatura. Aunque se movía en los límites de la no ficción, se vendía también como subproducto *pulp* . Cada semana se publicaban cientos de libros, revistas, películas o canciones que alertaban y ponían en guardia a los adultos ante una ciudad convertida en bestiario. Los jóvenes se volvieron «misteriosos» y hasta los mismos sociólogos se preguntaban a qué obedecía aquella violencia, qué fuerza «misteriosa» les empujaba a hacer lo que hacían y a ser lo que (ya) eran.

Un siglo antes de Cobras, Scorpions o Jaguars, la composición de las bandas era distinta. Hasta el final de la Segunda Guerra Mundial la mayoría de las pandillas no estaba integrada solamente por adolescentes precoces. También había adultos. Los más mayores imponían su propia ley y la jerarquía pasaba de unos a otros según caían presos o fallecían en choques con bandas o la policía. Cuando terminó la guerra, todo pareció cambiar. Por vez primera se habló de la «juventud» como fenómeno. Hasta entonces, decir «gamberro» era poco frecuente. Los jóvenes eran «muchachos». Se atendía a un hecho biológico, pero no cultural: no existía una cultura creada por y para ellos, lo que llegaría en aquellos años, precisamente.

Teenage. La invención de la juventud (1875-1945) es un relato entre dos mundos, una odisea entre el joven a finales del siglo XIX , donde comienza el libro, y ese pavoroso Brooklyn de la posguerra. Es todo eso que sucedió entre bambalinas y que puede ayudar a explicar la locura desatada ante la muerte del actor Rodolfo Valentino en 1926, cuyo suicidio revivió una extraña conexión entre estrellas de cine y, posteriormente, cantantes pop con Goethe, el autor de *Penas del joven Werther* , publicada en 1774, quien contempló aterrorizado cómo se desató una oleada suicida en varios países a causa de su novela. Aquellos primeros fans del personaje de una novela en la que sufría por amor y terminaba quitándose la vida, se suicidaban tal y como lo hacía este. La imitación era casi perfecta. La ficción se hizo terriblemente real. Y luego Frank Sinatra, como primer músico adorado de forma masiva por la juventud.

Esta arqueología del fan concluye aquí, con la revuelta de los *zoot-suiters* o las primeras revistas para adolescentes. Aquello que cuenta –y, sobre todo, cómo lo cuenta– es una apasionante y, al mismo tiempo, apasionada prehistoria de bandas como los Cobras, subculturas como los *teddy boys* , jóvenes existencialistas y letristas franceses, ingleses airados, punkis y *rockers* , el camino que condujo a una juventud ya constituida como clase y, durante los sesenta, con hogueras ardiendo en distintas partes del mundo y convertida ya en un «sujeto revolucionario» que alcanzó su punto culminante, el sueño hecho realidad de marxistas y amantes de los estudios culturales, cuando esos mismos *blousons noirs* , antecedentes de la *racaille* de los suburbios parisinos, se unieron a los estudiantes y obreros en los combates callejeros del Mayo francés. Savage, habituado a la arqueología subcultural de los individuos y clases *desviadas* (su *England's dreaming* es, probablemente, el mejor libro sobre *punk rock* , igual que *Awopbopaloobop Alopbamboom* , del gran Nik Cohn, lo es del pop y el *rock and roll*), narra una historia secreta de la juventud como *conspiración de iguales* . Lo que viene a desvelarnos en esta obra brillante e insuperable (nadie, durante décadas, osará atreverse a emularlo), es lo que sucedió antes de la historiografía oficial del joven como sujeto, mucho antes de que la «juventud» se convirtiese en un fenómeno, antes de Nik Cohn, antes de prácticamente todo.

Pero… no quiero adelantarme. Savage lo cuenta de forma magistral. Es una lectura para leer con una sonrisa un tanto malévola, un gesto de desaire y, por supuesto, un cuaderno de notas a mano. Es lo que hice yo cuando una tarde,

durante una visita a Londres, me hice con la primera edición de esta obra que es ya un clásico. Al abrir su primera página, me lleve una gran sorpresa: el ejemplar iba firmado por su autor. Lo siguiente fue pasar otra página, y luego otra, y otra más. Parar, darme un respiro, seguir, y… levantar la vista. Al hacerlo, para mi sorpresa, lo que descubrí era que su epopeya *teenager* también había sucedido aquí. Así que quizá, para partir con cierto orden (algo que es un sinsentido, porque este libro también trata del desorden y la pasión por ponerlo todo patas arriba) es bajar a la calle y ver la sombra de las tribus del relato de Savage en nuestras mismas ciudades. Es como un rumor no tan lejano. Un destello que tiene su propia y, en gran medida, historia secreta.

■ ■ ■

El anciano rey Lear, al sentir que su fin está cerca, deja la dirección de su reino a sus tres hijas. Piensa que, de este modo, podrá vivir tranquilo el poco tiempo que le queda. Sin embargo, sus hijas se vuelven contra él. El monarca, desconsolado, se siente abandonado por su malvada e ingrata prole. Este era el argumento de *El rey Lear* de Shakespeare, un relato *enmascarado* que escondía otros tantos. En «Viejos y jóvenes», un artículo publicado en *Madrid Cómico* en 1898, el año del Gran Desastre, se defendía a la juventud, mientras por todas partes se acusaba a los jóvenes de bárbaros, salvajes, sucios. Son los pérfidos «hijos del rey Lear». «“Los hijos de Lear”, así llama un distinguido escritor, amigo mío, a la juventud contemporánea», afirma su autor, Emilio F. Vaamonde, que, no obstante, los defiende: «Los viejos nos gobiernan; los viejos nos juzgan; los viejos nos divierten… Política, ciencia, arte... todo está en manos de los viejos. Ellos han levantado y ellos habitan el deleznable edificio social que hoy se viene abajo: ellos son los únicos responsables de su obra». «Los hijos de Lear», para burgueses, aristócratas y gente de orden, serían los jóvenes melenudos y decadentes, todos esos protagonistas de nuestra particular prehistoria hispana del *teenager* , mucho antes del yeyé y del pandillero, del quinqui o del castizo navajero.

Había llegado la «Santa Bohemia», como se conocía a aquella generación de poetas, escritores y tipos de dudosa reputación como Antonio Palomero, Manuel Reina, Pedro Barrantes (que publicaba con el seudónimo de «El

Emperador de los Zarrapastrosos») y, sobre todo, Alejandro Sawa, nuestro auténtico *enfant terrible* de aspecto desastrado, melenudo y siempre en compañía de su perro. Eran jóvenes que combatían la vieja idea de España y se enfrentaban a los viejos (dicho así, sin tapujos y como una afrenta: viejos) a los que acusaban de inmovilismo y servilismo. Tomaban drogas y bebían ajenjo, el elixir de la bohemia. Se les encontraba en bares y cafeterías y exhibían un gusto extrañamente necrófilo (años más tarde, el escritor Emilio Carrere, protagonista de la siguiente oleada bohemia, se quejaría de que todos los jóvenes que llegaban a la capital en busca de fortuna y fama acudían a rendirle honores a su casa y, seguidamente, le proponían una visita al… cementerio). Gente como Sawa, que había vivido en París y conocido a Paul Verlaine, que hasta le dedicó una foto, o Pedro Luis de Gálvez, posiblemente el más desastrado, estrafalario y también peligroso de los poetas *sablistas* (al llegar la guerra, ya convertido en comisario político y antes de morir fusilado acusado del asesinato de varias monjas, blandía amenazante una pistola: «Es justo, pues que tenga / dolores, / viva lleno de sinsabores / y desee que la muerte venga», confesó en su poema «Trampolín»), proclamaban el final de una idea de España y anunciaban, látigo en mano, la llegada de una juventud rebelde.

En *Iluminaciones en la sombra* , Sawa lanza un violento «¡Viva la juventud!», aunque seguidamente advierte de que «a condición de que no dure toda la vida». Rechaza la vida escogida por los otros jóvenes, aquellos que aspiran a un sueldo miserable a costa de vender su fuerza de trabajo o sus poemas, toda su energía vital, «esta juventud española de ahora que huele a sacristías», afirma. Había otra juventud, pero no se distinguía de la decimonónica. La juventud pasaba fugaz. No existía ningún ritual de paso. Se vivía por y para ser adulto. Igual que había otra juventud también había otra bohemia, la burguesa, conocida como la «bohemia divina», esa que podía permitirse viajes y lujos y no las copas de vino barato y maloliente del ejército comandado por Sawa. Ricardo Baroja, líder junto con Ramón del Valle-Inclán de la tertulia del Café de Levante, en *Gente de la generación del 98* describe así a esa bohemia «auténtica»: «Los bohemios dormían en casas de huéspedes, comían en restaurantes baratos o en alguna taberna. Su verdadera morada era el café. [...] Vivían como podían, a salto de mata. Escribían en periódicos que, o no pagaban o lo hacían muy mal; pintaban cuadros que no vendían; publicaban

versos que no quería nadie. [...] Iban a las librerías de lance a liquidar restos de edición, ejemplares de libros regalados, a los que ni siquiera se arrancaba la dedicatoria escrita en la primera hoja. En cuanto reunían unas pesetillas se hundían en el café a charlar, a discutir, sin importarles un pito lo futuro. No había porvenir que se extendiera más allá de una semana. [...] Muchos de aquellos compañeros podían pasar dos o tres días sin otro alimento que café con leche con media tostada o el chocolate de la churrería».

Sawa, igual que el resto de jóvenes, son o aspiran a ser como Rimbaud, paradigma de todos ellos: se encuentran con la ciudad en expansión y el progreso y se alían con los desheredados de la urbe, la chusma agonizante, prostitutas y gente de mal vivir, gays y delincuentes que ocupan los divanes de los cafés, frecuentan tertulias y se alían con cupletistas, apaches y sicalípticas. Todos y todas luchan por la vida. Esa ciudad, que como Madrid, Barcelona o Valencia, entre tantas otras, había experimentado un gran desarrollo, será su campo de operaciones. Pero primero había que transmutar su aspecto para acercarla a París, buscar sus propios cuarteles (bares, antros, librerías de viejo), coquetear con lo demoníaco. Si la mayoría de los movimientos juveniles europeos urbanos de la época, como los que retrata Savage, estaban inspirados en el *flaneur* , el eterno paseante, el nómada, el voluntario vagabundeo, aquí sucederá lo mismo. Se vive por y para la noche. Los cafés cantantes, abiertos toda la noche, son su refugio. Allí no impera el odiado orden burgués; entre sus paredes se desvanece el viejo mundo, funcionan otras reglas: se vive de otra manera.

Así, muchos jóvenes bohemios se convirtieron en pequeños delincuentes y se habituaron a su contacto con la prostitución. A veces, incluso, vivían en una delgada frontera con la indigencia, pero no por gusto, sino por creencia en un determinado estilo de vida, en una moral. Aquel desastre exterior que exhibían era, al mismo tiempo, un orgullo de clase, la del malditismo, pasando las noches junto a la Rubia, la Zoila, la Escarolera o el Varillas, todos ellos travestidos madrileños asiduos a las tertulias, bronquistas del paisanaje noctámbulo y seres trágicos hermanados con literatos sin fortuna, chulapos de tres al cuarto o, directamente, golfos tatuados. En Barcelona, las luminarias hamponas tenían nombres como los de la Paco, la Gallega, la Viola, la Pescadera, la Fideos, la Temblorosa o la Cristales. Barrantes, aquel «Rey de los

Zarrapastrosos», antes de su sorprendente conversión al catolicismo por la que renegaba de los vicios del pasado, publicó el poemario *Delirium tremens* (1890), donde incluyó una «Sátira contra las mujeres que parecen honradas y no lo son». En su poemario, que se convirtió en un breve *best seller* de la época, se sucede el alcoholismo, el deambular sin rumbo y la alucinación. Tras polemizar e insultar a militares (como el general Camilo Polavieja, a quién describe como «De facciones retrógradas sectario. / Corta estatura. Corta inteligencia» y asegura que «fusila con la misma indiferencia / con que pasa las cuentas del rosario») o al jesuita Cándido Sanz, al que acusa de ser un pederasta («Pero sin duda tales halagos / placer le causan muy singular, / pues corresponde con palmaditas / dadas con mimo sobre la faz, / y pellizquitos entre las piernas / de los que forman su troupe filial»), fue condenado y encerrado en la cárcel Modelo, donde vivió todo un calvario de torturas que incluyó la ingestión de matarratas. A punto de morir, agonizante y con el intestino perforado, lo amontonaron junto a cadáveres de ajusticiados, pero revivió en una fosa común del cementerio del Este. Tras quitarse de encima la cal viva, se sumó a los *jóvenes bárbaros* del colérico Lerroux, de quien se convirtió en lugarteniente. En «Soliloquio de las rameras», otro de sus poemas, Barrantes escribe: «Un mísero tabuco es nuestra casa; / negro está y desconchado la pared. / La canalla va allí cuando la abrasa / del gran deseo, hidrópica la sed. [...] / Somos bestias humanas, no sabemos / lo que es amor, decoro y honradez, / ni aprenderlo tampoco pretendemos, / pues no aprendimos más que lo soez. / Cuando ya no servimos para nada, / nos echan del abyecto lupanar, / y ya nuestra existencia degradada / arrastramos sin lecho y sin hogar».

Muchos de ellos, iconoclastas y mordaces, se contaban entre las filas de lo que se llamó «anarquistas literarios», aquellos que hacían de la juventud una bandera y no dudaban en mostrar sus simpatías hacia el anarquismo de acción en la época de los atentados anarquistas. Sawa, en «Juvenilia», un artículo publicado en *El Globo* en 1903, explica por qué «la juventud española se muestra adusta y desdeñosa con sus mayores». Primero, pone en guardia al lector con un desafiante «vais a saber por qué». El rencor, afirma, se alimenta del desastre del 98, de la pérdida de las colonias y la carnicería que sufría la soldadesca española, siempre proletarizada. Al regresar derrotados, parte del

populacho y muchos periodistas los culparían de falta de heroísmo e insuficiente ardor en la defensa de la patria maltrecha. Esos mismos antiguos soldados, con el tiempo y tras intentar sobrevivir como matones o vigilantes de casas de juego, aparecerán muertos en una auténtica epidemia suicida que se vivió al despuntar el siglo. Se tiraban de los puentes, tomaban cianuro o se lanzaban a las ruedas de los coches.

Sawa, indignado, arremete contra el arribismo de los padres de la nación, la mediocridad de las instituciones y la podredumbre generalizada. Lo que provocan todas esas miserias es una juventud en combate contra los viejos y lo viejo: «Esos, esos recuerdos y la rebelde e impía terquedad de los viejos en no ceder los puestos que, contra toda ley moral y natural, ocupan como por usufructo vitalicio, es lo que forma el sedimento rencoroso de la juventud de ahora», advierte. Un poco después, en una serie de artículos titulados precisamente «Juvenilia» y publicados en *La Lucha* (1904), anuncia que las turbas de jóvenes hambrientos, aquellos que sueñan con un porvenir en un periódico y en un oficio, al no tenerlo y ser despreciados y forzados a alistarse en las huestes del hampa, se vuelven escépticos o, peor aún, malvados. Lo siguiente será el apache, la navaja siempre a mano, la mirada aviesa. Barbudos y con melenas, algunos con sombrero de ala ancha, vestidos de forma ostentosa pero a base de trajes gastados y sin planchar, siempre de negro, dispuestos a derrocar a los viejos, a la vieja España, arremetiendo incluso contra los literatos jóvenes y la pretendidamente progresista bohemia modernista, formada por hijos de familias burguesas: «Jóvenes son todos aquellos que tengan dentro del pecho un corazón liberal –señalaba un artículo de comienzos de siglo titulado "Gente nueva"–; los que entiendan la existencia como un sacrificio fecundo para el porvenir; los enamorados del ideal que tuvo poder bastante para remozar a Fausto. Los pocos años no son la juventud. Pidal era ya un fósil a las pocas horas de ser engendrado, Larra si continuase viviendo sería tan muchacho como cuando le apuntó el bozo».

Capas, melenas, viejas pipas o barbas. También tenían su propia jerga, su lenguaje conquistado. Cuando José Martínez Ruiz, uno de los defensores más ardientes de ese anarquismo bohemio o de la bohemia ácrata, comenzó a publicar sus artículos, calificados por muchos de sus contemporáneos como «doctrinas locas y demoníacas», no era más que un adolescente (de él se decía,

con desdén, «no es más que un niño»). Muchos periódicos se referían a esa generación como el resultado de una simple moda, un ejemplo de rebelión netamente juvenil. Se vivía así, aseguraban, hasta los veinte años. Luego uno cambiaba. Urales, en *El último Quijote* , publicado en *La Revista Blanca* en octubre de 1923, recuerda a esa generación: «La juventud intelectual tardó buen rato en llegar y así que iba entrando, se dividía en varios grupos. En uno, estaba Rosendito rodeado de varios jóvenes pálidos, sucios y cabelludos; algunos fumaban enormes pipas; casi todos usaban lentes y llevaban un libro en la mano. Eran estos los llamados modernistas». Lo mismo que Ramón del Valle-Inclán, que en «Madrid de noche» (1892) los describe saliendo a tomar la noche, ese momento en que «los bohemios, semejantes a aves nocturnas, bajan de sus guardillas, ateridos de frío, las manos hundidas en los desgarrados bolsillos del pantalón y embozados en vieja capa, cuando no a cuerpo gentil; metidos en una levitilla lustrosa y bisunta, abrochada hasta debajo de la barba. Es cosa de ver aquellas figuras pálidas y desaliñadas; con el cabello largo y revuelto, que asoma en desiguales mechones por debajo del sombrero, puesto siempre al desgaire».

Federica Montseny, hija de Federico Urales, fundador de la legendaria publicación libertaria *La Revista Blanca* , no dudaba al afirmar que «todas las juventudes son revolucionarias». En esos años, incluso escritores y jóvenes fogosos y beligerantes como Ramiro de Ledesma, falangista envuelto en filosofía alemana, hacían llamadas al *quijotismo* defendido por Miguel de Unamuno quien, sin embargo, atacó duramente a modernistas y decadentes en su artículo «Los melenudos», calificándolos de mediocres y faltos de originalidad. Su oposición era literaria. La «gente nueva», como también se les conocía, afirmaban defender un arte igualmente «nuevo» del cual Unamuno renegaba. Fue él quien contestó al artículo «Viejos y jóvenes», publicado en *Madrid Cómico* , y rompió una lanza en favor de los viejos: «Nada más justo que el "no hay que empujar"», afirmó lastimosamente. Unamuno, contradictorio y durante un tiempo punta de lanza de una juventud no dispuesta a poner la otra mejilla, sería venerado por facciones falangistas antes de su repudio y célebre descalabro final en la Universidad de Salamanca. Este fue el germen de lo que vendría a continuación y que, décadas más tarde, a mediados de los treinta, desembocaría en tropas de asalto falangistas formadas

por jóvenes que imitarán al *fascio* , a las juventudes militantes dispuestas a no dejar piedra sobre piedra.

En 1906, mientras en Alemania se multiplicaban los grupos Wandervogel y neopaganos, el españolista y anticlerical Alejandro Lerroux publicó un manifiesto que recordaba la furia del inminente futurismo italiano. El texto, que alcanzaría una gran repercusión, era un llamamiento a la violencia iconoclasta en manos de los jóvenes. «¡Rebeldes!,¡Rebeldes!», como se titulaba, fue inicialmente difundido por el periódico *¡Cu-cut!* , un semanario satírico catalanista cuya redacción sería asaltada por militares por la publicación de una viñeta en la que se ironizaba sobre las derrotas del Ejército español. «Jóvenes bárbaros de hoy: entrad a saco en la civilización decadente y miserable de este país sin ventura –proclamaba el manifiesto–; destruid sus templos, acabad con sus dioses, alzad el velo de las novicias y elevadlas a la categoría de madres para virilizar la especie. Romped los archivos de la propiedad y haced hogueras con sus papeles para purificar la infame organización social. Penetrad en sus humildes corazones y levantad legiones de proletarios, de manera que el mundo tiemble ante sus nuevos jueces. No os detengáis ante los altares ni ante las tumbas... Luchad, matad, morid». El texto tuvo un gran eco. A partir de entonces, los disturbios callejeros y ataques a católicos parecían haber sido alimentados por aquellos espectrales *jóvenes bárbaros* . Se reclamó la detención de Lerroux por exaltar el crimen y promover la violencia anticlerical, incluso el asesinato. El político se defendió escudado en las licencias de la retórica. Sus *jóvenes bárbaros* , como se conocía a sus seguidores más jóvenes, tenían su propio local en la calle Relatores de Madrid. Resultaban amenazantes: era la idea junto al puño americano. Lerroux, por entonces, igual que todos, aún los llamaba «muchachos»: «Muchachos, haced saltar todo eso como podáis: como en Francia o como en Rusia. Cread ambiente de abnegación. Difundid el contagio del heroísmo. Luchad, matad, morid», proclama al final del manifiesto.

Los futuristas italianos, a su vez, firmaron manifiestos similares. El pasado debía perecer bajo el rodillo y el puño futuristas. El propio Filippo Tommaso Marinetti, su fundador, en junio de 1910 lanzó el manifiesto «Proclama futurista a los españoles», expresamente escrito para ser publicado en *Prometeo* , revista modernista, y secundado por Ramón Gómez de la Serna (aunque con el

seudónimo de Tristán). Marinetti, empleando su habitual lenguaje de guerra, advierte de la necesidad de un cambio de rumbo y de la imparable fuerza del porvenir. En caso de no atender al llamamiento, «será el momento de la república radical-socialista con Lerroux y Pablo Iglesias, que harán una incisión profunda y quizás definitiva en la carne leprosa del país –advierte–: ¡En cuanto a vosotros los jóvenes, los valientes, pasad por encima! ¿Qué hay ahí aún? ¿Un nuevo obstáculo? ¡No es más que un cementerio! ¡Al galope! ¡Al galope! ¡Atravesadle saltando como una banda de estudiantes en vacaciones! ¡Abatid las hierbas, las cruces y las tumbas!… Reirán nuestros antepasados con una alegría futurista, feliz, formidable y desusadamente feliz, por sentirse hollados por pies más pujantes y más inauditos que los suyos. ¿Qué lleváis? ¿Azadas?…. ¡Desembarazaos de ellas, porque no han hecho más que fosas funerarias!… Para devastar la tierra de la vid sombría, forjaréis nuevas azadas fundiend0 el oro y la plata de los ex-votos».

En *Prometeo* se sucedieron los textos de exaltación juvenil, dispuestos a dar el tiro de gracia a la ya denostada generación del 98. El propio Gómez de la Serna, en su primer número de 1908, afirma que «nuestra edad fabulosa y evolutiva nos acrecienta, allende los muertos, nos da un radio mayor y nos apaísa plus ultra de los que tienen un año más que nosotros. En la ecuación momentánea, de vejeces, en que entran todos los vivos, somos los jóvenes, los más jóvenes –mejor dicho– los más viejos, porque en la misma hora somos los más lúcidos, los más fuertes, los más vírgenes, los alambiques más ardientes, y sobre todo a los que la vida promete la mayor prórroga…». Había que derribar a toda costa el mundo heredado. «¿Qué idea sugiere a mi juventud, políticamente considerada, la España actual? –se preguntaba en la revista Pedro Ginestal al año siguiente– ¡Ay! La misma que a casi todos o todos los jóvenes: en extremo deplorabilísima. Debemos echar abajo todo este mohoso y carcomido edificio político… y después hablaremos». Quedaba todo por hacer y, al mismo tiempo, no había nada que hacer: «Aquí, en la aplastante monotonía de nuestro vivir provinciano, flota sobre todas las cosas y a todas las horas una eterna pregunta: ¿Qué hacemos? Los viejos tienen su partida de tresillo; no les falta ocupación. Cuando no hablan de caza, juegan; y luego, ya terminada la faena de los naipes, charlan otro poco de la sementera, de los noviazgos de los muchachos, de lo que hará el Alcalde en la próxima sesión del

municipio. Pero los jóvenes. ¿En que nos hemos de ocupar los jóvenes?... Las niñas del Secretario tienen novio, y la sobrinita del cura también lleva relaciones; las de Sánchez Gil, el boticario, aún son jovencillas, y las otras, las de la Viuda de Trigueño, y las de Giménez Ramos, no nos gustan... No se puede ir al Casino. ¡Para qué! Siempre los mismos; la conversación de caza, la montería que se proyecta, el perro que se pone mejor que todos los demás, la perdiz que canta insuperablemente... Todo es monótono, de excesiva paz, de una inercia asesina, de un embrutecimiento pavoroso».

Más tarde, en 1918, se publicó *Ultra* , primer manifiesto ultraísta y dirigido de manera expresa a los jóvenes, que terminaba con una exhortación a la unidad y el ardor guerrero: «Jóvenes, rompamos de una vez nuestro retraimiento y afirmemos nuestra voluntad de superar a los precursores». Había que destruir esa insoportable «inercia asesina», el deleznable «embrutecimiento»

Mientras la facción ultraísta publicaba sus manifiestos y lanzaba sus diatribas de exaltación juvenil, los apaches franceses, surgidos durante el cambio de siglo, atravesaban la frontera huyendo de la persecución policial y se instalaban en nuestro país. Tatuados, expertos en el uso de la navaja y el ataque sorpresa, despertaron una gran fascinación en nuestro país. Y también el pánico. Se puso precio a su cabeza. Cada cierto tiempo surgían de los bajos fondos españoles, en ciudades como Madrid, Barcelona, Bilbao o Valencia. Los periodistas de sucesos, junto con la policía, hacían batidas en su busca por las chabolas y las casuchas miserables de los barrios «tenebrosos».

Joaquín Belda, en su prólogo a la novela *Los señores apaches* (1928), afirmó que «el apachismo, que gozó de una época de verdadero esplendor ha entrado en un lamentable periodo de decadencia». Se equivocaba en unos quince años. La Primera Guerra Mundial, con toda su atroz matanza, había acabado con cualquier posibilidad de fantasear con la violencia urbana. Pero el fenómeno ya era muy popular. Muchos golfos y golfillos copiaron su aspecto y su estilo. Otros, simplemente, huyeron de la presión policial para seguir aquí con sus fechorías. El joven apache, ese mismo que aparece en el libro de Savage, se había convertido en el criminal por excelencia y su estilo de vida despertó rápidamente la fascinación de la prensa española. Poco tardaron los periódicos, tras seguir las aventuras y desventuras de los apaches que dominaban Les Halles

o Montmartre, en comenzar a hablar de su presencia en España. En algunos casos, los periodistas clamaron contra la moda, que dominaba las noticias: «¡Hay hombres honrados y sólo se habla de apaches! –protestaba *La Escuela Moderna* en marzo de 1911–. ¡Hay acciones de virtud, de abnegación sublimes, y no se habla más que de apaches! ¡Hay sabios que se inclinan sobre las retortas de los laboratorios, sobre los sueros salvadores, sobre los microbios asesinos, investigadores admirables de la salud y de la vida, y sólo se habla de apaches! ¿No veis que eso es lo que les alienta, lo que les impulsa al asesinado, por orgullo y por contagio? Si Eróstrato resucitase, no quemaría el templo de Éfeso. ¡Se haría apache!».

Antes, en 1904, comenzaron a aparecer las primeras referencias a apaches en suelo español. La fecha coincidió con el año de la gran batalla de La Bastilla, sucedida en agosto, cuando decenas de ellos, pertenecientes a bandas rivales, se enzarzaron en una multitudinaria pelea que dejó un reguero de muertos. Ese año, mientras en París se convertían en la gran atracción, *El Imparcial* publicó una columna de opinión titulada «El bolsín de la mugre», donde se denunciaba el clima de delincuencia en alza, la gran suciedad y la presencia del hampa en las calles cercanas a la Puerta del Sol, una zona que desde hacía décadas llevaba siendo uno de los epicentros del mal vivir en la capital. La zona *caliente* iba desde la calle Montera hasta el Café Colonial. A altas horas de la noche transitaban ladrones, prostitutas y, de pronto, también apaches. De Cavia, autor del artículo, fue de los primeros que confirmó la presencia apache en nuestro país: «Dos limpias se han hecho recientemente allende los Pirineos: una de frailes en toda Francia y otra de apaches en París. Las consecuencias de esas limpias viene a gozarla nuestra España bendita y generosa. En pos de los frailes han venido los apaches». A partir de entonces fueron frecuentes las noticias de asaltos, robos y agresiones protagonizados por apaches. La mayoría eran fácilmente detectables porque iban tatuados, entonces algo solamente habitual en marineros y presos. Hubo periodistas que incluso denunciaron indignados que en Madrid se producían cacerías indiscriminadas tan solo por lucir tatuajes.

Mientras esto sucedía, vivíamos nuestra particular *belle epoque* noctámbula. En los bajos fondos, en los barrios chinos y pequeños Montmartres de nuestro país (en Barcelona reinaba su inigualable barrio Chino; en Madrid su reducido

barrio chino estaba en algunas calles de Lavapiés, como Amparo o de la Esgrima, donde tenían su fortín los decadentes y el hampa en tabernas, cafés cantantes y casas de dormir; en Valencia, los cenáculos del hampa estaban en el desastrado barrio de los Pescadores), la exaltación juvenil venía de la mano de cupletistas y heroínas del arte frívolo, como la Fornarina, Tórtola Valencia, Pastora Imperio, la Chelito y tantas otras.

En los años veinte, con el auge de cabarets y cafés cantantes, los *music halls* y la llegada de la moda francesa, en ciudades como Madrid o Barcelona apareció una nueva generación de mujeres. Su aspecto, para las convenciones de la época, resultaba rompedor: llevaban el pelo corto y vestidos también recortados, bebían y fumaban e iban en grupos de chicas. Este ejército femenino y feminista «sicalíptico» (de «sicalipsis», como derivación de «apocalipsis» por todo lo que el fenómeno tenía de tremendista en el imaginario popular), ataviado con ropas extravagantes y relacionado con la célebre morfina y la «cocó», con la mirada pálida y el maquillaje oscuro y excesivo alrededor de los ojos, fue criminalizado por un sector de la prensa, que lo acusó de libertinaje y de llevar una vida «relajada» y «disipada». Se cortaban el pelo a lo *garçon* ; muchas lucían un aspecto andrógino. A otras incluso se las relacionó con el apachismo: «Las mujeres de los apaches», afirmaron algunos periódicos, las llamaron «vírgenes locas», derivado de las *flappers* y el fenómeno coincidió con la aparición de publicaciones pioneras en artículos de sociedad y moda femeninas. *La Esfera,* por aquellos años, alarmada ante aquellas jóvenes, afirmaba que «estas "fiestas de hotel", mal traducidas (como los figurines, las novelas y las comedias), contribuyen a la propagación en Madrid del tipo parisiense que dio a Marcelo Prevost tantos disgustos y acabó por tenerlo en cama mucho tiempo, curándose de dos balazos que una intrépida "demi-vierge" [chicas que mantenían relaciones sexuales sin coito] le disparó al salir de un baile». Para la revista, las «vírgenes locas» eran «liras báquicas […] con su peinado en melenitas, sus tufas apaches y sus ojos ojerosos y pintados, su falda corta». El nombre, claramente peyorativo, provenía de una famosa novela por entregas que, entre mayo y octubre de 1886, se publicó en *Madrid Cómico* . Uno de sus capítulos era «Se sabe que algunas vírgenes locas son locas pero no vírgenes».

■ ■ ■

Bohemios, modernistas, ultraístas, apaches, sicalípticas, vírgenes locas. Este fue nuestro particular Edén, todo eso que ahora, cuando pases la página, encontrará su explicación, su ritmo, su propia musicalidad en un fenómeno sin duda global. La primera reacción puede que sea la sorpresa: tratar con el pasado y sentir que este es tan… contemporáneo.

«Cielo e infierno», como se titula el primero de los capítulos de *Teenage. La invención de la juventud (1875-1945)* , auténtica obra maestra, describe las aventuras y desventuras de esa prehistoria de la juventud. Los jóvenes soportaron un mundo donde no contaban y resistieron, a veces casi rozando el cielo y otras veces padeciendo pequeños infiernos. Buscaron sus complicidades y lugares. Esperaron su momento. Tomaron su estilo de muchas partes, jugando con los escombros de su época o soñando con otras pasadas. Pero, sobre todo, siguieron las palabras del poeta William Blake, esas que resumen la historia de la disidencia: «O creas tu propio sistema o el sistema te destruye».

Servando Rocha

INTRODUCCIÓN

América era el templo de la juventud en la imaginación de todo el mundo. En América había jóvenes, y en el resto del mundo solo gente.

John Lennon (1940-1980), entrevistado en 1966.

Este libro termina con un principio.

En 1944, los estadounidenses empezaron a utilizar la palabra *teenager* para describir al grupo de edad entre los catorce y los dieciocho años. Se trató, desde el primer momento, de un término comercial utilizado por publicistas y empresas que reflejaba la capacidad de consumo recién descubierta en los adolescentes. El hecho de que, por primera vez, los jóvenes se hubieran convertido en un mercado objetivo diferenciado significaba también que configuraban un grupo de población específico con sus propios rituales, derechos y exigencias.

La invención del término coincidió con la victoria estadounidense en la Segunda Guerra Mundial, un hecho decisivo en la historia mundial que dio lugar al imperio que sigue manteniendo su dominio en el siglo XXI . De hecho, la definición de los jóvenes como consumidores ofreció una oportunidad de oro para una Europa devastada. Durante las décadas siguientes, esta imagen de la adolescencia propia de la posguerra ha dominado la forma en la que Occidente entiende a sus jóvenes y ha sido exportada con éxito a todo el planeta. Como el nuevo orden mundial que anunciaba, anda necesitada de una redefinición.

Pero la cultura juvenil de la posguerra no es tan novedosa como podría parecer. Desde el último cuarto del siglo XIX se produjeron numerosos intentos

discrepantes de imaginar y definir la posición social de la juventud, ya fuera mediante esfuerzos coordinados para organizar a los adolescentes a través de medidas políticas de carácter nacional o con aproximaciones artísticas y proféticas que reflejaban la voluntad de los jóvenes de vivir según sus propias normas. Esta historia empieza en 1875 con los textos autobiográficos de Marie Bashkirtseff y Jesse Pomeroy y concluye en 1945; durante ese intervalo, todas y cada una de las cuestiones asociadas en la actualidad con la juventud moderna tuvieron un precedente brillante y volátil.

Esta es, por tanto, la prehistoria de la adolescencia.

■ ■ ■

En enero de 1980 participé en el proyecto de una posible serie de televisión sobre la historia de las subculturas juveniles. Trabajaba yo en aquel momento en Manchester, era documentalista para Granada Television, un canal muy conocido por su programación innovadora y con sensibilidad social. Con el apoyo de quien entonces era mi productor, Geoff Moore, elaboramos una propuesta que pretendía contar la historia de todas las «sectas de posguerra»: «*Teddy boys* , *beats* , mods*, rockers* , *hippies* , *skinheads* , *glitterboys* y punkis», así como «*rude boys* y rastas».

El estímulo para la idea de Granada Television provino de *Subcultura: el significado del estilo* , de Dick Hebdige, un libro que, publicado en 1979, había logrado por méritos propios salvar la distancia entre el entorno académico y un público más amplio. *Subcultura* era fruto de la pionera perspectiva interdisciplinar del Centre for Contemporary Cultural Studies (Centro de Estudios Culturales Contemporáneos) de la Universidad de Birmingham. Fusionando la sociología con la interpretación literaria y la escuela francesa, el texto de Hebdige ofrecía una historia sinóptica de las numerosas culturas juveniles británicas de la posguerra sin ignorar factores de clase y étnicos.

El enfoque cargado de referencias de Hebdige encajaba con mis propias observaciones de la escena punk de Londres, donde en 1976 los pioneros de este movimiento, que por entonces apenas si tenía nombre, juntaron casi todos los estilos de las diferentes culturas juveniles, los ensamblaron con imperdibles y salieron orgullosos a pasear el resultado. Una chaqueta mod de los sesenta

podía llevarse con unos pantalones *zoot-suit* y con los *trepaburdeles* de los *teddy boys* : zapatos gigantes de suela gruesa no muy distintos a los que llevaban los zazús de París durante los años cuarenta. El resultado era al mismo tiempo llamativo, alucinante y amenazador.

Este *collage* andante, como se supo posteriormente, lo habían inspirado las prendas que vendió en sus diversas encarnaciones comerciales el número 430 de King's Road, la tienda gestionada por Malcolm McLaren y Vivienne Westwood. Entre 1971 y 1976 el nombre del comercio cambió varias veces, desde «Let It Rock» (*teddy boy*), pasando por «Too Fast To Live, Too Young To Die (accesorios *rocker* y *zoot*), hasta «Sex» (fetichismo sexual) y «Seditionaries» (ropa punk de diseño «para héroes»). Cada fase vino marcada por un nivel excepcional de investigación y atención al detalle.

Pero el *collage* histórico del punk marcó también el punto en el que el avance lineal de los años sesenta se vio reemplazado por un bucle. De pronto, la cultura pop de todo momento era accesible en un mismo nivel, estaba disponible de forma inmediata. Si volvemos la vista atrás, este proceso había comenzado en 1966 (en plena cumbre de la modernidad pop) y había necesitado diez años para convertirse en parte funcional, viva, de la cultura juvenil. Llevado incluso más allá a principios de los años ochenta por el más novedoso estilo juvenil del momento, los nuevos románticos, este saqueo del pasado reafirmaba el hecho de que existía una larga historia de la juventud, mal documentada, que se retrotraía hasta la Segunda Guerra Mundial e incluso más atrás.

Durante los siguientes dieciocho meses, el material sobre cultura juvenil que habíamos preparado mi productor y yo para Granada Television se convirtió en un programa piloto para una posible serie documental. Con una hora de duración, el primer capítulo, «Teenage», abarcaba la cultura juvenil británica entre 1945 y 1957: la transición entre la austeridad de la posguerra, la primera aparición de los eduardianos, más tarde llamados *teddy boys* , y el impacto del *rock 'n roll* durante 1956 y 1957. Por diversos motivos, no obstante, el piloto quedó sin terminar y la serie de televisión fue cancelada. [1]

Sin embargo, mi interés por el tema continuó vivo. Durante una década, aproximadamente, seguí recopilando todo material relativo al asunto de la cultura juvenil (en especial aquel marcado con la palabra mágica *teenager*).

Cuanto más leía, más me convencía de que existía toda una historia previa a la Segunda Guerra Mundial. Al saber de los grupos de Wandervogel o del mercado universitario estadounidense de la década de 1920 fui consciente de que había un análisis histórico por hacer que no concordaba con la idea ampliamente aceptada de que la era de la juventud había empezado a mediados de los años cincuenta.

Mis impresiones cristalizaron en mayor medida cuando, en los primeros años noventa, encontré una copia de *Adolescence* , de G. Stanley Hall. El prefacio de Hall contenía un manifiesto profético de una cultura juvenil de posguerra que tardaría aún medio siglo en llegar. Su perspectiva de la adolescencia como fase diferenciada de la vida que estaba sujeta a enormes dificultades y tensiones (y, por tanto, con necesidad de ser tratada con especial cuidado y atención) se anclaba, por primera vez, en una definición de edad muy específica. En los dos volúmenes de este descomunal libro, al parecer, residía uno de los puntos de partida de la narrativa.

Adolescence también armonizaba con otros dos documentos fundacionales del siglo XX : *El maravilloso mago de Oz* , de L. Frank Baum; y *Peter Pan* , de J. M. Barrie. Ambas fueron obras muy románticas y asombrosamente proféticas que trataban de definir algo que estaba en el aire y que no tenía todavía un nombre definitivo. Superada la frontera del nuevo siglo, la idea de que la juventud sería definida como una etapa diferenciada de la vida estaba en sus inicios, pero estas imaginativas obras de ficción exploraban las diversas posibilidades de una sensibilidad –si no de toda una sociedad– basada en la promesa de la juventud, ya fuera transitoria o eterna.

Esta promesa la encarnaba Estados Unidos, la potencia emergente del nuevo siglo. Hall vinculaba de forma explícita su país («una nación *fiat* ») con la etapa de la vida que estaba tratando de definir: «El mismo hecho de que nos consideremos jóvenes hará curativa la fe en nuestro futuro y podremos un día no solo atraer a la juventud del mundo gracias a nuestras inigualables libertades y oportunidades, sino desarrollar una educación mental, moral y emocional que será la mejor preparación para obtener el máximo y lo mejor de los jóvenes y para contribuir a que la humanidad alcance un nivel superior de desarrollo».

Al mismo tiempo, la estirpe europea, personificada por los románticos y la juventud revolucionaria de finales del siglo XVIII , mantenía su fortaleza. Los

imperios occidentales de finales del siglo XIX estaban atravesando problemas similares en su desarrollo (urbanización, industrialización y rearme) que conllevaban una mayor atención a la cuestión de la juventud. El diálogo entre Estados Unidos, Reino Unido y el norte de Europa a propósito de la delincuencia juvenil había comenzado a mediados del siglo XIX y suponía una parte considerable de los datos que de manera tan copiosa citaba G. Stanley Hall.

La prehistoria del *teenager* , por tanto, no podía narrarse solo a través de Estados Unidos, sino que tenía que conceder su espacio a Reino Unido, Francia y Alemania. En un principio, incluí información sobre Italia y la Unión Soviética (por ejemplo, la fascinante historia de los *besprizornye* , la juventud errante de los años treinta), pero por motivos de espacio hubo que dejarla a un lado. Las mismas consideraciones me llevaron de inicio a decidir que el libro habría de terminar a mediados del siglo XX . No obstante, cuanto más avanzaba, más consciente era de que la narrativa tenía que concluir con la invención casi simultánea de la palabra *teenager* y la explosión de las bombas atómicas que cambiaron el concepto del futuro.

Este libro, por tanto, cuenta la historia del esfuerzo, realizado en dos continentes y durante más de medio siglo, por conceptualizar, definir y controlar la adolescencia. Además del diálogo entre Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Alemania, contiene distintos elementos que encapsulan la tensión entre la fantasía y la realidad de la adolescencia y los muchos y variados intentos por exaltar o mantener bajo control esta etapa efímera y transitoria.

Junto a las noticias de la prensa y a las medidas gubernamentales se sitúan los testimonios personales, en forma de diarios escritos por adolescentes reales que trataban de entenderse a sí mismos y su mundo. El ideal de la juventud como clase diferenciada y basada en el compañerismo entre iguales aparece contrastado con la realidad económica y de las clases sociales. Los distintos intentos por parte de sociólogos, criminólogos y psicólogos por normalizar a la juventud (como una etapa de la vida que todo el mundo tiene que pasar) se contraponen con historias de adolescentes extraordinarios, aquellos que parecen encarnar una época o señalar hacia un futuro por llegar.

Por encima de todo, la atención concedida por estas sociedades a la cuestión de la juventud reforzaba la concepción de los propios jóvenes de su

importancia. Es fascinante ver, al tiempo que el siglo XX va cogiendo ritmo, cómo las voces de los jóvenes se ven menos acorraladas por los adultos y se les atiende cada vez más en sus propios términos. En otro nivel, este libro contiene la historia de cómo la juventud luchó por hacerse oír, si no por completo con su propia voz, sí en términos que pudiera reconocer y a los que pudiera acomodarse. El éxito final de la adolescencia como concepto dominante debe mucho a este delicado equilibrio.

■ ■ ■

Aunque este libro abarca un periodo del que no tengo experiencia directa, incluye elementos autobiográficos disimulados, al menos en la selección de la información. Nací en septiembre de 1953, cuando estaba cerca de terminar la primera explosión de natalidad de la posguerra. Mi padre había participado de forma destacada en la Segunda Guerra Mundial, algo de lo que en raras ocasiones hablaba, mientras que la primera adolescencia de mi madre se había visto dominada por el conflicto. Su posterior pasión por los viajes al extranjero se debía, en parte, a la necesidad de libertad después de aquellos seis años de racionamiento y restricciones.

Crecí en Ealing, una zona residencial del oeste de Londres que era un entorno diseñado prácticamente para hacer tabla rasa después de años de sufrimiento y horror. Mi oposición adolescente a las zonas residenciales se ve ahora suavizada por la comprensión de que este desplazamiento fue una reacción natural –cuando no la única racional– por parte de la generación de la guerra. El centro de las ciudades estaba aún muy dañado (las zonas que fueron blanco de las bombas en el corazón de Londres perduraron hasta mediados de los años ochenta), pero la periferia era segura y cómoda y, al echar la vista atrás, entiendo que fue un gran lugar en el que pasar mis primeros trece años de vida.

Cada generación tiene sus propios cometidos. Intentar abolir las experiencias de otra es inútil y potencialmente peligroso. Una vez superadas las tormentas y dificultades de la adolescencia en los años sesenta y setenta, terminé por ser consciente de que parte de la tarea de mi generación era ayudar a abordar el daño que la guerra causó a nuestros padres. El horror no abordado por completo de aquel periodo, así como la descomunal pregunta existencial

planteada por el desarrollo de la bomba de hidrógeno, están en la base de las manifestaciones extremas de la cultura juvenil en las que me sumergí por completo.

Mucho más tarde fui capaz de hablar con mi padre sobre su juventud en los años treinta y cuarenta, lo cual me ayudó a entender por lo que tuvo que pasar. Tuve también la suerte de mantener una relación cercana con mi abuelo materno, nacido en enero de 1904. Sus historias sobre la vida en los años veinte y treinta alentaron mi imaginación, mientras que su pasión por el *jazz* y la música popular estadounidense (fue a ver a la Original Dixieland Jazz Band en 1920) estimuló y legitimó mis propias obsesiones musicales.

Las experiencias vitales de mi familia, por tanto, me han ofrecido una vía para orientarme en la primera mitad del siglo XX . Al mismo tiempo, he intentado ser lo más riguroso posible con la información y espero no haber dejado de lado por completo ningún movimiento o manifestación cultural principal. Si existe algún pecado por omisión, es mi completa responsabilidad. No obstante, es preciso recordar que mi intención ha sido producir una obra de historia popular y no un texto académico en varios tomos.

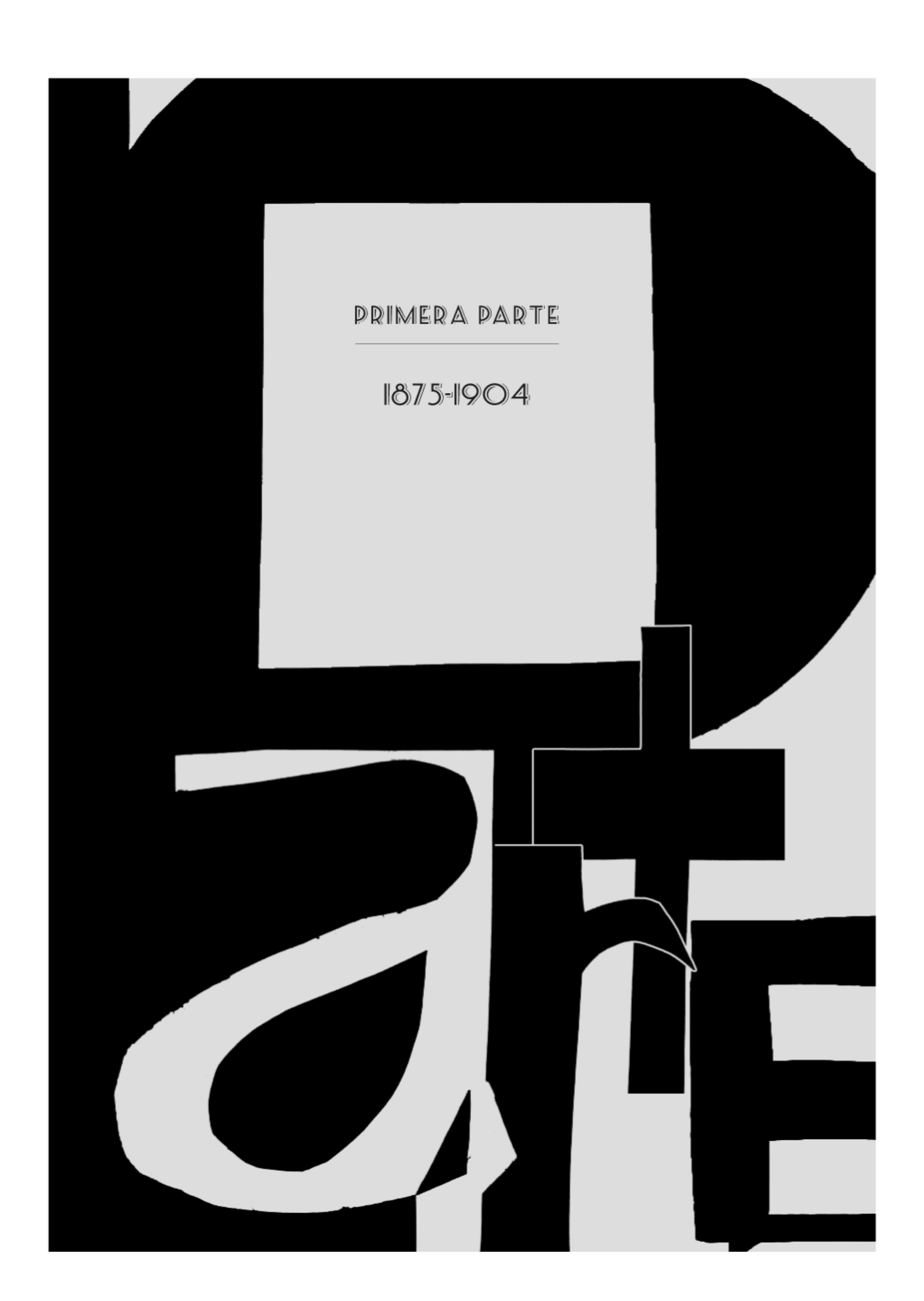
Una última cuestión: se podría argumentar que me he centrado en exceso en lo extraordinario y no en lo ordinario, en los extremos a costa de la rutina. En mi defensa diré que estos jóvenes en concreto aparecen frente a los intentos de académicos, expertos y Gobiernos para estandarizar a la juventud, así como frente a las actitudes juveniles dominantes. Por ejemplo, la reducida minoría de jóvenes alemanes que se opuso a Hitler queda contrastada con los millones de sus contemporáneos que se sumaron a la organización estatal nazi, las Juventudes Hitlerianas.

Tiene lugar en esta obra, por tanto, una dialéctica entre lo extraordinario y lo ordinario. De cualquier modo, si tuviera que elegir, siempre me inclinaría por encontrar lo extraordinario dentro de lo ordinario. Este enfoque tiene que ver tanto con mi personalidad como con el tema en cuestión. Es un debate que ya se planteó con la publicación de *Adolescence* . En una crítica del libro de abril de 1905, un tal J. M. Greenwood acusaba a G. Stanley Hall de priorizar «lo que se podrían llamar "los bichos raros de la especie", sin conceder suficiente peso a las personas normales que componen la mayor parte de la humanidad».

El comentario es razonable, pero creo que presenta un problema de comprensión. Por su propia naturaleza, hemos encargado a la juventud desde tiempo atrás la representación del futuro: el perenne encasillamiento que hacen los medios de comunicación de masas del adolescente como genio o monstruo continúa cifrando las esperanzas y los temores de los adultos con respecto al porvenir. Ignorar a los que destacan como precursores en favor de los que se aferran al *statu quo* supone rechazar el compromiso con el futuro, cuando no malinterpretar la naturaleza de la juventud en sí misma. Como G. Stanley Hall, me enorgullezco de ser un romántico en lo relativo a nuestra materia, aunque solo sea porque confío en alcanzar un mundo mejor.

■ ■ ■

1. Para algunos de los motivos de la cancelación de «Teenage», véase Harron, M.: «Teen Dream That Won't Fade Away», *The Guardian* , 13 de julio de 1982.


PRIMERA PARTE
1875-1904

CAPÍTULO I

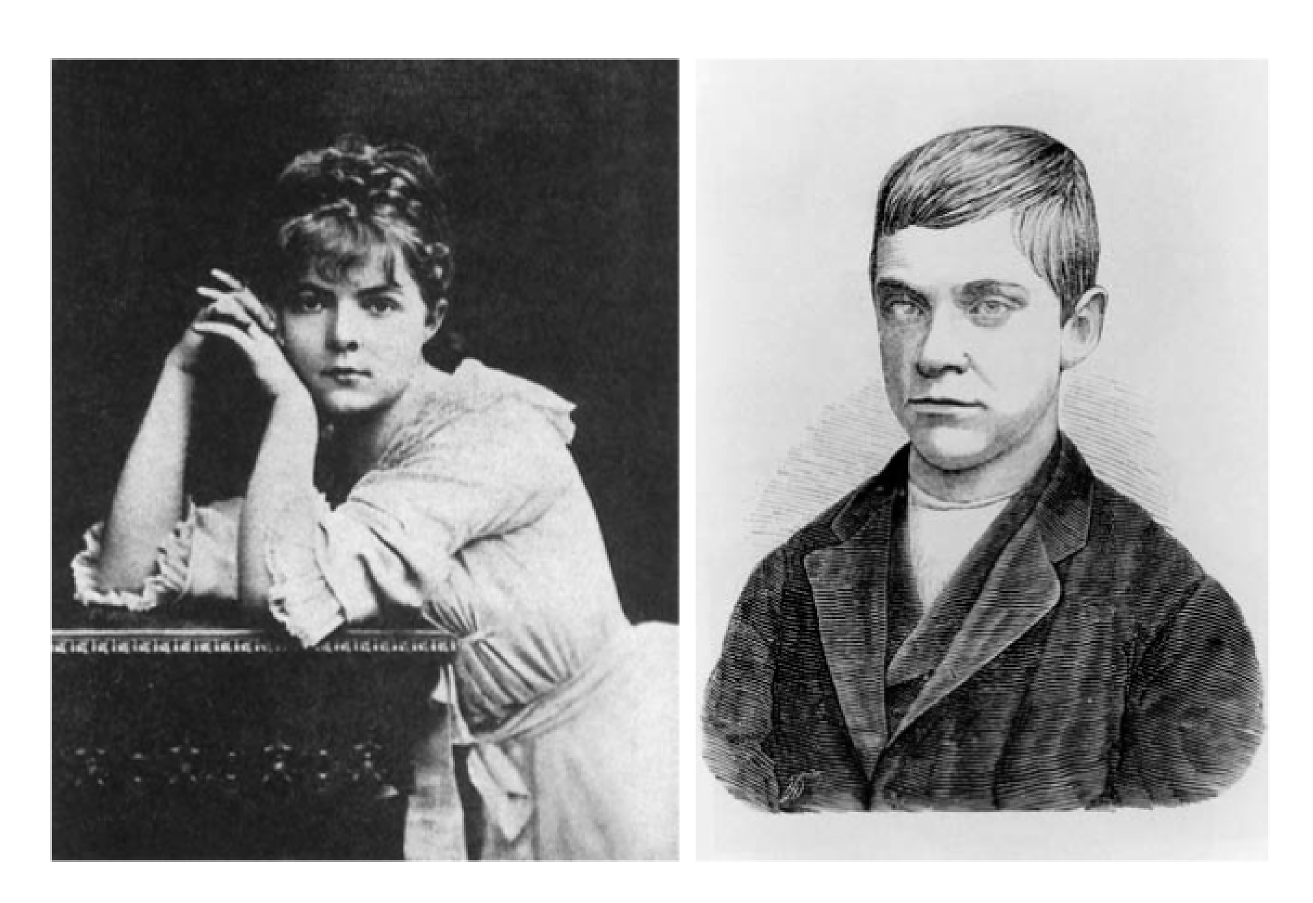
El cielo y el infierno

Marie Bashkirtseff y Jesse Pomeroy

■ ■ ■

Pero el hombre, en general, no está hecho para permanecer siempre en la infancia. Él sale de ella en el tiempo prescrito por la naturaleza; y este momento de crisis, aunque muy corto, presenta amplias influencias.
Como el bramar del mar precede de lejos a la tempestad, esta tempestuosa revolución se anuncia por el murmullo de las pasiones nacientes; una sorda fermentación advierte de la aproximación del peligro.

Jean-Jacques Rousseau: *Emilio, o de la educación* , libro 4, 1762.



Izquierda, Marie Bashkirtseff, década de 1870. Derecha, Jesse Pomeroy, 1874.

«Volaba muy alto, por encima de la tierra, con una lira en la mano. Las cuerdas estaban siempre sueltas y no podía producir un solo sonido con ellas. Seguí subiendo. Veía inmensos horizontes, nubes (azules, amarillas, rojas, multicolores, doradas y de plata) retorcidas, extrañas. Entonces todo se volvió gris y de una luminosidad turbadora y ascendí hasta que alcancé una altura de lo más aterradora, pero no tenía miedo. Las nubes tenían un aspecto pálido, grisáceo y brillante: como el plomo. Luego todo pareció oscurecerse. Aún sostenía mi lira con las cuerdas sueltas. Y muy abajo, a mis pies, flotaba una bola rojiza: la Tierra».

Marie Bashkirtseff se despertó de este sueño en las primeras horas de la madrugada del lunes, 27 de diciembre de 1875. La chica de diecisiete años había bebido demasiado vino en la cena y era incapaz de conciliar de nuevo el sueño. Decidió liberarse de estas ideas turbulentas y se preparó para su confesión ritual. «Ahora que son las dos de la madrugada –empezó– y estoy encerrada en mi habitación, vestida con una bata blanca y larga, descalza y con el pelo suelto como el de una virgen mártir, puedo dedicarme sin problemas a mejores pensamientos».

La confesión de Marie, sin embargo, no fue ante los sacerdotes de su fe católica, sino en el cuaderno en el que se refugiaba: «Este diario contiene toda mi vida; mis momentos más tranquilos son aquellos en los que estoy escribiendo. Posiblemente sean los únicos en calma de los que disfruto. Quemarlo todo, exasperarme, gritar, sufrir todo y vivir. ¡Y vivir! ¿Por qué me dejan vivir? Ay, estoy impaciente. Mi tiempo llegará. Sin duda, quiero creerlo. Y sin embargo, algo me dice que nunca llegará, que pasaré toda la vida esperando... esperando».

El diario no era solo una válvula de escape, sino una apuesta por la inmortalidad secular. Marie quería atención y fama. «Si muriera joven –siguió escribiendo aquella noche–, quemaré este diario; pero si llego a ser anciana, la gente lo leerá. Creo, o eso me parece, que no existe todavía una fotografía de la existencia de una mujer, de todas sus ideas. Sí, todas, todas. Será interesante. Si muriera pronto y joven, y si por desgracia este diario no fuera quemado, dirán: “Pobre niña, estaba enamorada de Audiffret y toda su desesperación viene de ahí”».

Este exaltado arrebato se produjo al final de un año turbulento. Al regresar esa primavera a Niza, la ciudad que la familia había adoptado como propia, Marie sustituyó al inalcanzable duque de Hamilton, su amor escolar, por el joven Émile Audiffret, de veinticuatro años. En los siguientes meses, Marie registraría de forma obsesiva los avances de su primera historia de amor verdadera. El 26 de diciembre, Audiffret canceló una cita, un serio desaire. La madre de Marie era la que había entregado la invitación, una intromisión parental que enfureció a su fogosa hija.

En el otoño de 1875 Marie había cumplido diecisiete años, lo que desencadenó un arrebato considerable. «Estoy cansada de mi oscuridad –escribió–. Me enmohezco en las sombras. ¡El sol, el sol, el sol! Vamos: ten coraje. Estos días son solo un pasaje que me llevará adonde estaré bien. ¿Estoy loca? ¿Estoy condenada? Sea como sea, ¡estoy aburrida!». Le sucedía a menudo: por la torpeza de su madre, por el tedio de las vacaciones familiares, por la inercia del mundo. La vida no se estaba desarrollando a suficiente velocidad para una mujer joven que se consideraba en una carrera contra el tiempo.

Hija predilecta de una familia de ricos emigrados rusos, Marie era impaciente, una niña mimada. Sus vestidos se confeccionaban a mano en París siguiendo los extravagantes diseños que ella misma hacía. Acompañaba a su familia en sus viajes por toda Europa, donde disfrutaba de sus contactos con la alta sociedad. Tenía toda una serie de habitaciones a su disposición en la vivienda de los Bashkirtseff, sita en el Promenade des Anglais de Niza, de las cuales el sanctasanctórum era un dormitorio que, cubierto de satén azul celeste y coronado por una araña de Sevres, parecía «el interior de una caja de guantes».

Aunque muy consentida, Marie estaba destinada a un futuro muy especial. Cuando apenas era una niña, su madre supo a través de un vidente que la pequeña sería «una estrella». Desde ese momento, Marie fue educada para ser «la más hermosa, la más brillante y la más espléndida» y se fomentaron sus caprichos. La sensación de ser especial le confería una confianza que pocas jóvenes de su edad y su época podían compartir. Cuando empezó a registrar sus ideas y sus emociones en un diario, poca duda tenía de la huella que dejaría en la posteridad: el suyo sería, por supuesto, «el libro más interesante de todos».

Sus primeras anotaciones estaban fundamentalmente centradas en su apariencia: un día se veía «bastante hermosa» y al siguiente era «una figura que ni el propio Satanás reconocería». Se sentía como Frankenstein: «Sabemos que tengo buen porte: los hombros anchos, el pecho alto, las caderas y el trasero bien redondeados y prominentes, y los pies pequeños. Pero en cinco minutos me convierto en un monstruo sin curvas, demacrado, con el pecho hundido y un hombro más alto que el otro, lo que termina por descolocar todo lo demás. Mis pies se hacen planos y largos, se me hunden los ojos y los dientes se vuelven negros».

La inseguridad por su aspecto físico era, no obstante, el menor de sus problemas. Cuando empezó a incorporarse a la sociedad, Marie entendió que su familia tenía mala reputación. Tanto su tío como su hermano menor, Paul, acumulaban problemas continuos con la ley. La madre de Marie se había separado de su padre y su tía Sophie vivía obstinada en un prolongado pleito en los tribunales. La propia Marie levantaba sospechas por su entusiasmo y su extraordinario sentido de la moda: un vestido para patinar con una cola de plumas de avestruz era más bien atrevido para las costumbres provincianas de Niza.

Estos escándalos supusieron el alejamiento de los Bashkirtseff de la sociedad local. Los desaires afectaban a Marie: «Mi nombre está manchado y eso me está matando», escribió después de que su familia hubiera sido deshonrada por los Tolstói, emigrados rusos como los Bashkirtseff. «Lloré como un animal, abatida, humillada». A los catorce años, Marie había sumado la venganza a una personalidad ya de por sí fogosa: «Seré recibida en la sociedad porque no seré una celebridad llegada desde una clase baja ni desde un sucio callejón», proclamaba en marzo de 1873. «Sueño con la celebridad, con la fama».

Impulsada por la profecía del vidente y enardecida aún más por los desaires de la Niza provinciana, Marie vertía todo su resentimiento y sus frustraciones en sus cuadernos. Casi cada día escribía sobre su familia y sobre sí misma con una sinceridad extraordinaria, como para purgarse de toda la falsedad que la rodeaba. No veía sentido a «mentir o fingir». Todo estaba ahí, en las hojas: sus cambiantes estados de ánimo, su rivalidad fraternal con su hermano Paul, sus primeras experiencias con el alcohol y el tabaco, su rebelión contra los adultos y sus instituciones, su obsesión con su apariencia.

Esto no era lo esperado de una chica en la década de 1870. Como la biógrafa de Marie, Dormer Creston, señalaría más tarde, este era un periodo en el que «amplias secciones de las clases altas y medias, y en particular las mujeres, eran educadas con una idea deformada de la piedad». Marie reaccionó de forma consciente contra los ideales femeninos contemporáneos de «represión, resignación e intensa domesticidad». Como señalaba burlona: «Bueno, realmente se lo pasan bien... los hombres. La mujer es siempre la víctima. Me gustaría ser hombre. Sobrepasaría a todos y a cada uno de estos caballeros».

Exaltada por la impaciencia y la frustración, Marie recibió un golpe mortal en el verano de 1875. «Me duele el pecho –confesó ese mes de junio–. Me parece que tengo tuberculosis. Este dolor me preocupa y en los últimos cinco días he escupido sangre. Es horrible». El diagnóstico no sería confirmado hasta transcurridos otros siete años, pero Marie quedó conmocionada al descubrir que su retórica más melodramática («la muerte es para mí un familiar cercano», había escrito aquella primavera) se había convertido en un hecho probable. El tiempo se hizo todavía más preciado.

El sueño de diciembre de 1875 evocaba una imagen arquetípica de su fe y su nombre: la asunción de la Virgen María. Sin embargo, también aludía a la sensación de unas posibilidades ilimitadas que los románticos habían atribuido ya a la juventud pubescente. A los dieciséis años Jean-Jacques Rousseau había creído «poder hacer todo y alcanzarlo todo». Lo único que tenía que hacer era huir de sus padres. Como recordaría en *Las confesiones* , «bastaba con lanzarme para elevarme y volar por los aires. Entraba con seguridad en el vasto espacio del mundo; mi mérito iba a colmarlo».

Pero Marie era demasiado despierta para no entender las amenazadoras notas que emanaban de su subconsciente: la lira sin cuerdas, las nubes de plomo... Tenía toda la vida por delante; sin embargo, ante esta ingravidez se interponían importantes limitaciones. Aunque quería romper las ataduras de clase, género, familia e incluso las de su propio cuerpo, sabía que sus días volaban «muy rápido». El sueño terminaba en una intranquila suspensión: ¿se precipitaría hacia el suelo como Ícaro o seguiría ascendiendo con la lira reparada por arte de magia?

■ ■ ■

Mientras Marie luchaba contra su enfermedad, otro joven se dedicaba también a la autobiografía. Como Marie, Jesse Pomeroy afrontaba una batalla a vida o muerte, pero en su caso era él el único responsable. En el verano de 1875 fue encarcelado en la prisión del condado de Suffolk, en el estado de Massachusetts, tras haber sido declarado culpable en el mes de diciembre anterior de asesinato premeditado. Si bien Pomeroy solo tenía quince años (un año más joven que la emigrada rusa, prácticamente), se enfrentaba a la preceptiva pena de muerte.

Pomeroy había alcanzado ya la fama, o, mejor dicho, su lado oscuro: la ignominia. Desde el mismo momento en que fue detenido por el asesinato de Horace H. Millen en abril de 1874, su nombre se convirtió en sinónimo de una depravación hasta entonces inconcebible. El cuerpo del pequeño, de cuatro años de edad, apareció mutilado con crueldad en la pantanosa costa del sur de Boston: Pomeroy había apuñalado al niño varias veces en el pecho, le había perforado un ojo, le había cortado el cuello hasta tal profundidad que la cabeza llegó casi a desprenderse y, por último, había intentado castrarlo. No por casualidad era conocido en todo Estados Unidos como «el pequeño demonio».

La histeria alcanzó su cénit cuando se hizo pública la sádica serie de secuestros y mutilaciones protagonizada por Pomeroy. Sus diez víctimas habían sido, con una excepción, chicos con edades entre los cuatro y los ocho años y todos habían sido sometidos a un horripilante catálogo de humillaciones, palizas y apuñalamientos. En uno de los casos, Joseph Kennedy había recibido navajazos en la cara, en la espalda y en los muslos, para después verse obligado a restregarse agua salada en las heridas recién abiertas. De no ser porque estaba ya entre rejas, Pomeroy habría acabado descuartizado cuando el cadáver de Katie Curran, la primera víctima mortal del pequeño demonio, fue descubierto en julio de 1874.

Si bien la condena había sido dictada en diciembre de 1874, quedó suspendida mientras se decidía su suerte. Su juventud, sumada a la extrema atrocidad de sus asesinatos, había ya generado un apasionado debate en todo el país en torno a la pena capital. [1] Aunque el jurado había recomendado que le

fuera conmutada la condena por cadena perpetua, la visión mayoritaria, expresada en editoriales de prensa y centenares de cartas y peticiones a las autoridades, era que Pomeroy tenía que acabar en la horca.

El 2 de julio de 1875 el comité ejecutivo del gobernador de Massachusetts confirmó la condena a muerte de Pomeroy; lo único que lo separaba ya de la soga era la firma del gobernador. Con la vida pendiente de un hilo, Pomeroy aguardaba en la prisión en régimen de total aislamiento. En lugar de una araña de Sèvres, paredes de satén azul celeste y una cama en forma de almeja sostenida sobre las patas de un león, tenía un catre de hierro, una silla de madera y dos cubos para hacer sus necesidades. Su extremo aislamiento, junto con la perspectiva de una inminente ejecución, exacerbaron la voluntad de justificar sus actos.

Tuvo dos oportunidades ese verano. La primera se la ofreció *The Boston Times* , que publicó una «autobiografía» en dos entregas sobre el «monstruo amoral». En lugar de admitir su innegable culpa, Pomeroy evitó la cuestión: «Estos son los motivos por los que CREO QUE SI HICE TODO ESO ESTABA LOCO o por los que creo que no podía evitarlo». Finalmente, concluía: «Pero, a pesar de todo esto, como he dicho, NO CREO QUE HICIERA TODO ESO ». En otras secciones del texto se dedicaba a insultar a los testigos y a los miembros del jurado, a los que llamaba «los doce burros».

El verdadero Jesse quedó al descubierto, no obstante, en una serie de cartas que escribió en la cárcel. En el mes de junio de 1875, un muchacho de catorce años llamado Willie Baxter fue arrestado acusado de hurto y acabó en la celda contigua a la del famoso asesino. Aunque estaba completamente prohibido cualquier contacto entre los reos, los dos jóvenes consiguieron mantener una correspondencia que se prolongó hasta que Baxter fue juzgado unas semanas más tarde. Pomeroy se alegró mucho de tener relación con otro ser humano: «Vamos a escribirnos cartas bien largas y a engañar así nuestro encierro, pero sin hacer demasiado ruido».

Pomeroy estaba fascinado con su fama: «Cuéntame todo lo que has oído de mí, todo lo malo, y no pienses que me voy a enfadar». También confesó los asesinatos que había negado ante el tribunal: «La chica llegó a la tienda una mañana y pidió papel. Le dije que había un almacén abajo. Bajó y la maté. Ay, Willie, no sabes lo mal que me siento por ella y también por el chico. De lo

que le dije al niño no me agüerdo (sic), pero sabes que también lo maté. Me siento muy mal por él y créeme que no te puedo decir por qué hice esas cosas».

Este era el elemento excepcional que alimentaba la notoriedad de Pomeroy: el incontenible empeño destructivo para el que no había palabras en los Estados Unidos de la Edad Dorada. [*] La crueldad de sus crímenes se veía agravada por la aparente imposibilidad de explicarlos: no solo se negaba a asumir su responsabilidad en los hechos, sino que no podía esclarecerlos más allá de la mera expresión de la compulsión: «Algo me hizo hacerlo». Lo máximo que podía conseguir era describir un dolor, casi como una descarga eléctrica, que cruzaba de un lado a otro de su cabeza y desencadenaba los ataques.

Pomeroy irrumpió en la conciencia estadounidense como un horrible nuevo ser. No había nada en la legislación existente que explicara su salvajismo incapaz de compasión, a pesar de que los delitos perpetrados por menores habían sido debatidos y definidos a lo largo de todo el siglo XIX . La expresión «delincuencia juvenil» había sido acuñada en la década de 1810 y en 1824 se aprobó en Nueva York la primera legislación que definía a los «delincuentes juveniles». El texto legal establecía que estos infractores tenían que ser menores de veintiún años, la edad estipulada como frontera entre la infancia y la edad adulta.

En paralelo al creciente proceso de urbanización, a ambos lados del Atlántico se habían empezado a recopilar datos sobre la delincuencia juvenil. En su influyente obra *Juvenile Delinquents: Their Condition and Treatment* (1853), Mary Carpenter sugería que los «niños» más jóvenes, como todavía eran llamados en su segunda década de vida, debían recibir un tratamiento diferente del de los adultos de poco más de veinte años, que ya eran criminales reincidentes. Esta idea de la corrupción de los niños, sumada a la menor responsabilidad que se les confería, empezó a adelantar la definición legal de los delincuentes juveniles, hasta los dieciséis años en algunos casos.

Según las definiciones existentes, Pomeroy seguía siendo un niño (tenía catorce años cuando cometió los asesinatos), pero se enfrentaba a la condena de un adulto. A pesar de que su edad sugería una responsabilidad atenuada, las autoridades y la ciudadanía se enfrentaban a un joven que parecía tener gran control sobre lo que estaba haciendo y era capaz de distinguir el bien y el mal.

De hecho, su comportamiento en los interrogatorios de la policía y ante las preguntas en el tribunal no mostraba más que una serenidad obstinada, precoz.

En la brecha entre la cruda realidad de los asesinatos de Pomeroy y los conceptos existentes sobre la delincuencia juvenil existía suficiente espacio para muchas explicaciones diferentes. La interpretación más común del misterio de las motivaciones del joven asesino provino de la popular disciplina de la frenología. [2] Esta defendía que los delincuentes eran saltos atrás a un estado más primitivo del desarrollo humano y que su atavismo fisiológico quedaba evidenciado por cráneos irregulares, desfiguraciones faciales y otras deformaciones.

Aunque Pomeroy tenía una estatura normal, su cabeza era considerablemente grande en comparación con el cuerpo y su ojo derecho estaba cubierto por una película lechosa. Para un periodista, «una sola mirada al semblante del chico» era suficiente para «ver cómo es posible que perpetrara las atrocidades por las que fue detenido». Tenía los ojos «crueles, de una hosquedad brutal» y una mirada «indolente, despiadada». Con «la palidez de su tez» y «los movimientos de alguien cuyas ideas son del tipo más bajo», representaba un salto atrás genético de libro.

Otra posible explicación se encontró en su ávido consumo de *dime novels* , esas novelas baratas de aventuras tan populares entonces entre la juventud estadounidense. Títulos como *Rangers of the Mohawk* y *Calamity Jane, the Heroine of Whoop-Up* describían con pelos y señales las batallas entre los indios americanos y los viriles colonizadores. Jesse se veía especialmente atraído por las actividades de los indios, se identificaba con el famoso renegado blanco Simon Girty y se deleitaba con las descripciones de torturas y asesinatos.

Esta línea de investigación condujo a un intercambio particularmente obtuso entre el joven presidiario y el famoso editor James T. Fields. Cuando este le preguntó si sus pulsiones homicidas se habían visto exacerbadas por las *dime novels* , Pomeroy mencionó entusiasmado las «imágenes de sangre y violencia, las hachas de guerra y las cabelleras arrancadas». Sin embargo, rehuyó admitir que hubieran influido en su comportamiento: «Lo he pensado despacio y me parece ahora que sí. No lo puedo decir con seguridad, por supuesto, y quizá, si lo pensara otra vez, diría que fue otra cosa». «¿Qué otra cosa?». «Pues, señor… no sabría decirle».

El misterio que representaban las acciones de Pomeroy dictó los términos de su juicio por asesinato. El único modo de evitar la obligatoria condena a muerte era establecer que estaba mentalmente incapacitado. Su abogado convocó a dos «expertos en locura» como testigos principales. El doctor John E. Tyler consideraba que el acusado sufría un «trastorno mental» incontrolable y, por tanto, no era «responsable de sus actos». El doctor Clement Walker iba más allá y responsabilizaba de la «falta de control» del asesino a una oscura forma de epilepsia.

Los innovadores testimonios de los alienistas dejaron fría a la ciudadanía en general. Hasta donde a esta le concernía, los asesinatos de Jesse Pomeroy eran el resultado de una «horrible monomanía». Para la mayoría no era más que un «joven demonio» o un «perro loco» con el que había que acabar cuanto antes. La publicación legal *American Law Review* imprimió a la cuestión una pátina retórica: «Si los impulsos del chico están bajo su control, no existe desde luego motivo alguno para perdonarle la vida. Si no lo están, ¿en qué medida se diferencia de un lobo, excepto en que tiene la inteligencia de un hombre y es, por tanto, más peligroso?».

Tenía sentido para los estadounidenses considerar al joven asesino un ser infrahumano. Sin embargo, una línea de investigación que apenas se tuvo en consideración en el momento habría arrojado una rigurosa luz sobre la sociedad en su conjunto. Pomeroy era el producto de la mezcolanza urbana del continente, de las ciudades que crecían gracias a la imparable inmigración. En este entorno brutal, los jóvenes se veían a menudo obligados a arreglárselas por sí mismos. La escolarización era muy limitada, endémico el trabajo infantil y la pubertad marcaba el punto que daba inicio a la lucha real por la supervivencia.

A mediados de siglo, el pionero reformista Charles Loring Brace había denunciado «el inmenso número de chicos y chicas que flota a la deriva en nuestras calles, a los que difícilmente se les puede atribuir un hogar o una ocupación, e incrementan sin descanso las multitudinarias filas de los criminales, las prostitutas y los mendigos». Los hijos de los barrios bajos eran demonizados de forma rutinaria en artículos de prensa que subrayaban el inexorable crecimiento de las bandas organizadas: los ingobernables jóvenes que en 1873 *The New York Times* caracterizaba de «vagabundos medio borrachos, perezosos y despreciables».

Pomeroy creció en Chelsea, un barrio pobre de Boston. El matrimonio de sus padres estuvo marcado por la violencia etílica de su padre, que fue expulsado de la vivienda familiar en 1872, en torno al momento en el que el muchacho realizó sus primeros ataques serios. Mientras su madre trabajaba para pagar las facturas, Jesse quedaba libre para vagar por la ciudad. Tenía una pinta extraña con ese ojo lechoso suyo y era víctima de abusos. La inseguridad por su apariencia afloró en una de sus cartas a Willie Baxter: «¿Qué piensas de mí? –le preguntaba–. ¿Parezco un tipo malo? ¿Tengo la cabeza grande?».

Pero fueron las violentas palizas que recibió de su padre las que dejaron las cicatrices más profundas. Sus cartas de la prisión revelan una obsesión con las «azotainas». «Te voy a contar la tunda más fuerte que me llevé –escribió a Baxter–. Hice novillos y le robé un poco de dinero a mi madre. Mi padre me llevó a la leñera y tuve que quitarme la chaqueta y el chaleco y dos camisa (sic) para quedarme con la espalda desnuda. Padre cogió un látigo y me dio una paliza muy fuerte. Me dolía mucho y siempre que pienso en eso me parece estar viviendo la azotaina otra vez».

Ocultas durante más de un siglo, estas cartas podrían haber ayudado a dilucidar el controvertido dilema que Jesse Pomeroy suponía para Estados Unidos en la Edad Dorada. Sencillamente, había asumido demasiado bien el ejemplo de los adultos. Sin embargo, fue deshumanizado y abstraído para quedar convertido en símbolo de la maldad absoluta. A diferencia de los traviesos pero adorables pícaros que podemos encontrar en novelas juveniles como *Ragged Dick* , de Horatio Alger*,* o *Aventuras de un niño malo* , de Thomas Bailey Aldrich*,* Pomeroy constituía una explosión de escalofriante horror: un monstruo del doctor Frankenstein salido del laboratorio urbano.

Como a la famosa creación de Mary Shelley, a Pomeroy no se le permitió reincorporarse a la sociedad. Él mismo predijo su destino: «Si dicen que tengo que morir, estoy muerto. Si me mandan a la cárcel con la perpetua, estoy muerto también». Después de que su confidente, Willie Baxter, dejara la cárcel del condado de Suffolk en el verano de 1875, el joven asesino tuvo que aguardar otro año antes de que la condena a muerte le fuera conmutada por una pena de prisión en aislamiento permanente. Aunque se negó siempre a aceptar su cautiverio, quedaría alejado de todo contacto con otros seres humanos durante los siguientes cuarenta y un años.

■ ■ ■

En 1887, el año en el que Jesse Pomeroy hizo su quinto, sexto y séptimo intentos serios de escapar de su celda, se publicó el diario de Marie Bashkirtseff. El lapso transcurrido desde 1875 había supuesto la consecución de algunos de sus sueños. A los dieciocho años dejó atrás la Niza provinciana y se trasladó a París para formarse como artista. A pesar de los constantes tratamientos, la tuberculosis avanzaba de forma inexorable. Su respuesta fue pintar como si su vida después de la muerte dependiera de ello. En el Salón de París se hizo con el reconocimiento público por su retrato de niños de las barriadas *Un meeting* .

Marie al final sucumbió a la enfermedad a los veinticinco años, en abril de 1884. A principios de ese mismo año había escrito un prefacio a lo que esperaba que fuera su testamento eterno: «Voy a permitir publicar mi diario, que no puede menos de ser interesante. Pero como hablo de publicidad, la idea de ser leída tal vez eche a perder, es decir, haga desaparecer, el único mérito de tal clase de libros. Pues bien, ¡no! Primero porque he escrito largo tiempo sin soñar con ser leída, y es justamente porque espero ser leída por lo que soy absolutamente sincera. Si este libro no es la exacta, la absoluta, la estricta verdad, no tiene razón de ser».

Fue esta sinceridad la que contribuyó a hacer del diario un superventas en su primera edición en Francia. Al ofrecer una imagen franca y exhaustiva de su juvenil psique, Marie Bashkirtseff exponía un tipo de percepción que no estaba reconocida por la cultura ni los medios de la época. Su libro fue comparado con *Las confesiones* de Rousseau. Existían, no obstante, dos diferencias cruciales: Marie escribía desde la perspectiva femenina y tomaba nota de sus sentimientos y experiencias según ocurrían, en lugar de recordarlas avanzada ya su vida.

El diario, que ofrecía una descripción sin precedentes de la vida pubescente desde dentro, logró ampliar su éxito a Europa, América y Gran Bretaña. Se publicaron artículos sobre Bashkirtseff en revistas de la época como *The Woman's World* y *The Nineteenth Century* , en la que el primer ministro británico, William Gladstone, calificaba a la autora de: «Un verdadero genio, uno de esos seres anormales de los que en este u aquel país solo parecen llegar

al mundo uno o dos en una generación». Marie había alcanzado esa fama que había buscado de manera tan ferviente como verdadera «liberadora de mentes».

No obstante, como ella misma había anticipado, su éxito estaba tintado de ironía. El diario era un pacto faustiano: saber que la suya era una vida comprimida le había otorgado fuerza a sus escritos, pero un texto tan íntimo e iconoclasta únicamente podría publicarse tras su fallecimiento. Su vehemencia natural se había visto impulsada por el fatal diagnóstico, pero fue esta misma atmósfera intensificada la que hizo el libro tan atractivo para los jóvenes. Marie encarnaba la visión romántica de una vida acelerada sellada por una muerte temprana.

■ ■ ■

Marie Bashkirtseff y Jesse Pomeroy compartían más que un tiempo. Cada cual, a su modo, forzó a sus respectivas sociedades a reconocer que los rituales existentes entre la infancia y la edad adulta estaban obsoletos. La etapa física de la pubertad, iniciada habitualmente en torno a los doce o trece años y concluida a los dieciocho o diecinueve, era la misma. Sin embargo, el «verdadero genio» y el «pequeño demonio» demostraron que ya no era adecuado pensar que la madurez seguía de forma inmediata a la infancia: fueron los heraldos de una nueva etapa intermedia que por entonces no tenía nombre.

No es que hubieran aparecido sin previo aviso. Ya había una considerable cantidad de obras sobre este mismo tema. De hecho, Marie y Jesse personificaban el «momento crítico» sobre el que había alertado Rousseau más de cien años antes. En *Emilio, o de la educación* , un tratado tan escandaloso que fue quemado tras su publicación en 1762, Rousseau argumentaba que la pubertad tenía efectos tan fundamentales en los planos emocional y mental que representaba un «segundo nacimiento». Sus síntomas eran: «un cambio en el humor, frecuentes arrebatos, una continua agitación del espíritu».

Las ideas de Rousseau las desarrolló una década más tarde la novela clásica del *Sturm und Drang* de Goethe: *Penas del joven Werther* , que cartografiaba la desintegración emocional de un joven con talento y tendencias suicidas. Las cartas de Werther mostraban gran parte de la patología pubescente que Marie

exhibiría un siglo después: los cambios de humor extremos, la sensibilidad hacia los desaires sociales y la retórica compasiva: «No veo para esta mísera existencia otro fin que el sepulcro». Aunque Werther tenía «ese don del cielo [...] esa fuerza vivificante que me hacía crear mundos a mi derredor», era un hombre fuera de su tiempo.

El éxito internacional de la novela de Goethe, publicada en 1774, selló el concepto romántico de la juventud asediada por tormentas y tensiones, hasta tal punto que la muerte prematura (por suicidio o accidente) quedó asociada a ella de forma indisoluble. Esta tendencia alcanzó su apogeo en las obras de los románticos británicos, cuyo avatar fue un joven poeta y falsificador literario llamado Thomas Chatterton. Después de morir suicidándose con arsénico a la edad de diecisiete años, su figura fue conmemorada por Shelley, Wordsworth, Coleridge y Keats en una serie de poemas que lo celebraban como genio incomprendido cuya juventud, fijada para siempre por la muerte, nunca se apagaría.

La concepción occidental de la juventud se vio también alterada por la agitación política y económica de finales del siglo XVIII . La Revolución Industrial desencadenó migraciones masivas del campo a la ciudad e inauguró una nueva sociedad basada en el materialismo, el consumismo y la producción en masa. En el anonimato de las multitudinarias ciudades, las estructuras tradicionales de trabajo, vecindad y familia se derrumbaron hechas pedazos. Los jóvenes y los niños tuvieron que soportar la peor parte de esta revolución, trabajando en tareas peligrosas y repetitivas o vagando libres entre la escoria, como evocaban las obras de Henry Mayhew y Charles Dickens.

En paralelo, existían nuevos Gobiernos que proclamaban la verdadera democracia. Tras haberse liberado por la fuerza del «despotismo» del rey británico, los trece Estados Unidos de América promulgaron su Declaración de Independencia el 4 de julio de 1776: «Sostenemos como evidentes estas verdades: que todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre estos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad». En contraste con el feudalismo de la vieja Europa, el joven continente americano estaba abierto a todos.

Estos ideales democráticos se vieron reafirmados en la Declaración de los Derechos del Hombre proclamada por la revolucionaria Asamblea Nacional

francesa en agosto de 1789. Basada explícitamente en el modelo estadounidense, declaraba: «Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos». Cuatro años más tarde, la Convención Nacional añadió otras dieciocho provisiones. El artículo 28 declaraba que «una generación no puede imponer sus leyes a las generaciones futuras». En una revolución dominada por la juventud, su significado era bien claro: aquí nace el concepto de brecha generacional.

Las consecuencias de estos acontecimientos se manifestaron a lo largo de todo el siglo XIX . La juventud, vinculada a las nuevas políticas radicales de igualdad, se convirtió, por una parte, en fuente de esperanza y símbolo del futuro y, por otra, en un grupo social inestable y peligroso. Llevada al extremo, su implicación en movimientos revolucionarios como el cartismo, el socialismo y, siguiendo el ejemplo ruso, el anarquismo y el nihilismo, mostraba que la conciencia generacional, convertida en ideología radical, podía suponer una amenaza para el orden social.

Al mismo tiempo, la juventud se asociaba con la senda que conducía a la inclusión de las masas, cuando no a la verdadera democracia. El auténtico comienzo de la edad de las masas en la segunda mitad del siglo XIX fomentó la toma de conciencia de que el nuevo orden social no podía pasar por alto a ninguna sección de la población, lo cual conllevó una renovada atención hacia clases hasta entonces ignoradas como los obreros pobres de las ciudades o la propia juventud. El crecimiento de los medios de comunicación de masas aceleró el proceso. Alcanzada la década de 1870, los jóvenes podían leer sobre sí mismos y comprar productos, como las *dime novels* , que estaban dirigidos a su grupo de edad, principalmente.

El anonimato de las enormes ciudades también ofrecía oportunidades. En unos días en los que las posibilidades de la mayor parte de los jóvenes se veían en gran medida restringidas, los más decididos podían apostar por el estilo de vida definido por primera vez en la novela de Henri Murger *Escenas de la vida bohemia* . Centradas en un grupo de artistas en apuros y chicas trabajadoras en el París de 1840, las historias de Murger popularizaban la idea de una zona urbana donde la moralidad dominante se relajaba, en la que los jóvenes disidentes y artistas podían perseguir sus anhelos y retrasar la edad adulta.

Treinta años más tarde, estos enclaves bohemios estaban plenamente establecidos en Berlín, Londres y Nueva York.

Estos cambios no siempre se asumieron de forma positiva y la juventud se convirtió en prueba de fuego de los temores adultos. La Revolución Industrial y sus revoluciones políticas contemporáneas habían desencadenado fuerzas que apenas podían controlar las sociedades ni sus Gobiernos. Los niños de los barrios bajos, los niños asesinos, los anarquistas..., todos representaban un futuro que podía verse sometido a fuerzas salvajes, atávicas. Al igual que la criatura de Frankenstein se volvió contra su creador, los jóvenes de Occidente podían volverse contra sus padres y sus instituciones.

Con su inusual empatía hacia los jóvenes, Rousseau había reconocido en *Emilio* el potencial extremista pubescente, por lo que entendía que el intervalo entre la infancia y la edad adulta debía prolongarse: «Esta época donde acaban las educaciones ordinarias es propiamente aquella en la que la nuestra debe comenzar». Alcanzada la década de 1870, sus recomendaciones se empezaban a tomar en serio: cuando periodistas, reformistas y novelistas por igual expusieron la escandalosa realidad de una infancia feroz, los Gobiernos de Estados Unidos y Europa se decidieron a crear instituciones para la educación obligatoria.

Pero Rousseau no solo estaba hablando de una escuela ideal. Proponía una educación más profunda que reconociera la pubertad como una etapa independiente de la vida y ofreciera una orientación comprensiva, de modo que la sociedad pudiera evitar sus manifestaciones más virulentas. A mediados de la década de 1870, Marie Bashkirtseff y Jesse Pomeroy simbolizaban los polos opuestos de la juventud: genio y monstruo, creador y destructor de mundos. Los furiosos impulsos demostrados por la precoz escritora y el joven asesino llevarían a las personalidades más inquisitivas a asumir las propuestas de Rousseau. En juego estaba el futuro: ¿sería sueño o pesadilla?, ¿el cielo o el infierno?

■ ■ ■

1. La persona más joven ejecutada anteriormente en Estados Unidos había sido un chico de dieciocho años, ajusticiado en la década de 1830.
2. La primera obra definitiva sobre la materia, *L'uomo delinquente* , de Cesare Lombroso, se publicó en 1876.

---

* N. del T.: Las tres últimas décadas del siglo XIX son conocidas en Estados Unidos como «The Gilded Age». El periodo, bautizado a raíz de la novela de Mark Twain *La edad dorada* , se caracteriza por una fuerte expansión económica paralela a la existencia de gran pobreza y profundas desigualdades.

CAPÍTULO 2

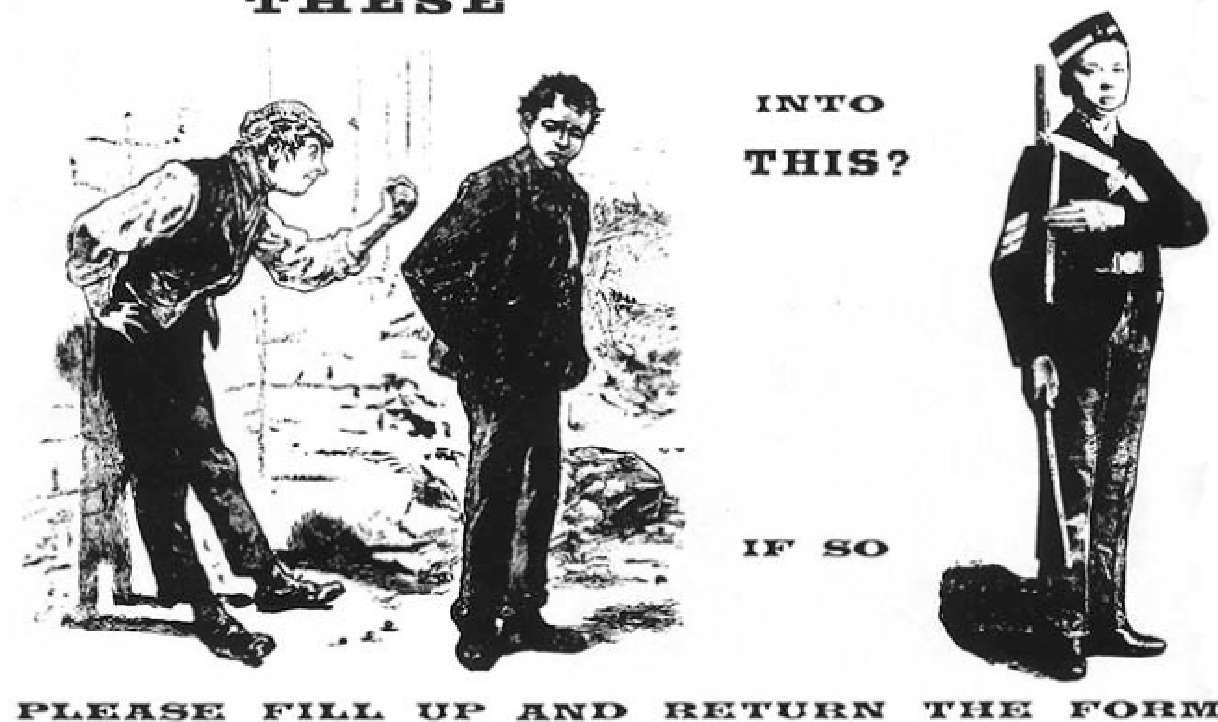
Nacionalistas y decadentes

La contrarrevolución europea

■ ■ ■

Pienso en una guerra, de derecho o de fuerza, de muy imprevista lógica. Tan simple como una frase musical.

Arthur Rimbaud, «Guerra», 1874.



[¿Nos ayudaría a convertir a **estos** en **esto** ? Si es así, por favor, cumplimente y envíenos el formulario del reverso.]
Folleto de la Church Lads' Brigade, década de 1890.

Los tradicionalistas europeos sabían qué hacer con tanto exceso de energía pubescente. Nada de dejar tiempo a los jóvenes para que se desarrollaran, lo que aquellos salvajes necesitaban era una escolarización basada en el deporte y la disciplina de las organizaciones premilitares de cadetes. Durante la década de 1870, esta tendencia recibió un impulso extra con el dominio industrial de Alemania, un nuevo y agresivo Estado nación que desestabilizó el viejo orden europeo y lanzó la que se convertiría en una carrera armamentística de cuarenta años.

De forma simultánea, se produjo una sólida reacción contra el nuevo militarismo por parte de artistas, escritores e intelectuales que asumieron la visión romántica y bohemia de la juventud como una etapa de la vida separada del resto. Buscaban tanto huir de las exigencias materialistas de la sociedad de masas del siglo XIX como penetrar en las regiones más profundas de la psique juvenil. Los llamados decadentes, si bien no acuñaron el término para referirse a sí mismos, igualmente se deleitaban en su enfermedad física y moral al tiempo que exploraban qué podría significar ser jóvenes para siempre.

Con la inminente fecha límite del nuevo siglo, decadentes y nacionalistas se enzarzaron en una disputa para cincelar sus perspectivas del futuro en la juventud europea. La batalla podía ser tan enconada como desigual, pero ambos bandos compartían un romanticismo que encumbraba a la juventud congelándola en su cénit. Tanto si tomaba la forma del héroe caído en la batalla en su apogeo físico o de la estrella fugaz representada por el prodigio púber, la eterna juventud era el santo grial: muerto en combate o inmolándose, nunca llegaría a la edad adulta.

La exposición más clara de la visión militarista de la juventud la ofreció un teniente coronel alemán de cuarenta años, el barón Colmar von der Goltz. En su libro de 1883 *La nación en armas* , Von der Goltz previó con acierto que, uno de los «cambios revolucionarios» en la ciencia de la guerra sería que la población en su conjunto pasaría a formar parte de todo conflicto nacional. Con «el completo sometimiento del enemigo» por objetivo, las nuevas circunstancias de la guerra total exigirían un compromiso absoluto e importantes sacrificios tanto por parte de los soldados como de la población en general.

Von der Goltz señalaba que «la edad entre los dieciocho y los veinticuatro años» era la más indicada para el servicio militar. Sugería, con sagacidad, cómo explotar los atributos físicos y psicológicos de este grupo de edad: «El cuerpo es entonces lo bastante vigoroso para soportar privaciones y el soldado se encuentra libre y sin restricciones. Esa pizca de despreocupación, una cualidad propia de la frescura de la juventud, es un incentivo excelente para la realización marcial. Un ejército de campo joven, en particular aquel que es uniforme en su juventud, es enormemente superior a cualquier otro».

Si visión era tanto pragmática como mística: «Solo los jóvenes abandonan la vida sin espasmos. No están aún tan encadenados a esta tierra por los miles de hilos que la vida civil teje en torno a nosotros. No han aprendido a ser cautos con las horas de la vida. El enigma que su curiosidad aspira a resolver aparece todavía ante ellos como un libro cerrado. Suben la colina sin percibir lo abrupto del precipicio del otro lado. Su amor por la aventura eleva su entusiasmo por la batalla». Von der Goltz concluía: «*La fortaleza de una nación reside en su juventud* » [cursiva en el original].

Alemania era un lugar apropiado para el nacionalismo militarista: un país recién unificado, una potencia industrial que suponía la admiración de una Europa atascada en un sistema dinástico. En lugar de la revolución burguesa que había transformado Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, Alemania tenía una estructura social autoritaria engarzada en los ideales prusianos medievales, que enfatizaban «la lealtad al Emperador, el amor apasionado por la Patria, la abnegación y el sacrificio entusiasta». Durante la década de 1860, el servicio militar universal se extendió a todo el país.

El ideal alemán de la «victoria final» ya había quedado justificado con la completa humillación de Francia en la Guerra Franco-Prusiana entre 1870 y 1871. Pese a que Francia había sido el primer país del mundo en introducir el servicio militar obligatorio (en 1793, cuando el Gobierno revolucionario necesitaba defenderse de las tropas monárquicas), el reclutamiento se había realizado mediante un sorteo ineficaz. Con las deficiencias de su sistema militar expuestas de modo tan categórico, la Tercera República promulgó leyes más severas en 1872 que afectaban al grupo de población entre los veinte y los cuarenta años.

La otra gran potencia imperial europea, Gran Bretaña, estaba protegida por el mar y no contaba con un numeroso ejército permanente. En lugar del servicio militar universal, Gran Bretaña incentivó un ideal ambicioso diseñado para preparar a los jóvenes para la actividad armada. Las características que se esperaban de los muchachos quedaron resumidas en 1888 en *Book for Boys,* de W. H. Davenport Adams: «Entusiasmo, formalidad, infatigable perseverancia, pureza de mente y cuerpo, disciplina mental, criterio cauteloso, elevadas aspiraciones, disposición a la oración y fijación en los propósitos».

A lo largo del último tercio del siglo XIX , las escuelas públicas británicas (que, al contrario de lo que su nombre indica, eran centros exclusivos y de pago) desarrollaron un *ethos* educativo que fusionaba religión, disciplina, cultura, deporte y espíritu de servicio en un férreo sistema que aspiraba a controlar la realidad completa de los estudiantes. Inició esta nueva tendencia educativa Thomas Arnold en la Rugby School durante la década de 1830, con su atención «en primer lugar, a los principios morales y religiosos; en segundo, a la conducta propia de caballeros; y en tercer lugar, a las habilidades intelectuales».

Arnold, decidido a actuar para corregir los abusos expuestos por Thomas Hughes en su novela de mediados de siglo *Tomás Brown en la escuela* , pretendía «formar a hombres cristianos, puesto que niños cristianos difícilmente puedo conseguir». En lugar del viejo sistema de escuelas públicas, en las que, ante la carencia de control adulto, se había permitido a los adolescentes regular gran parte de su tiempo libre, el nuevo régimen de Arnold logró con éxito promover un respeto mutuo entre profesores y estudiantes que, sin embargo, depositaba la autoridad final en las firmes manos de los docentes. No, no se trataba del paraíso de libertad escolar de Rousseau.

Superada la década de 1860, este equilibrio idealista quedó subsumido en un culto de la masculinidad que enfatizaba las capacidades físicas por encima del desarrollo intelectual. Este enfoque se adaptaba a la estrategia británica del último tercio del siglo XIX , cuando la principal necesidad era el mantenimiento y la extensión del imperio. Gran Bretaña no se había visto implicada en un gran conflicto europeo desde las guerras napoleónicas y, ante esta *Pax Britannica* , el modelo de escuelas públicas era fundamental en la formación de

los adolescentes de las clases altas y medias que asumirían las responsabilidades del mantenimiento del orden imperial.

La individualidad aventurera de principios del siglo XIX había quedado obsoleta: había cruzado el Atlántico para establecerse en los territorios fronterizos de Estados Unidos. El conquistador imperial filibustero fue reemplazado por el ideal del deportista de equipo. Los deportes grupales como el fútbol, el críquet y el rugby se convirtieron en la principal vara de medir el carácter de los jóvenes, el nuevo rito de iniciación institucional. Y es que, pese a la posición social de sus estudiantes, la educación en las escuelas públicas estaba basada en un sistema holístico, casi panóptico, con la severidad –cuando no la brutalidad– de los ritos tribales.

Los muchachos eran arrancados de sus familias a la edad de doce o trece años e introducidos en sociedades cuartelarias de iguales, habitualmente denominadas «hogares», que eran administradas sobre todo a través de un eficiente sistema de monitores de su misma edad. En este entorno, cada minuto estaba integrado en un meticuloso horario que permitía a los responsables educativos saber dónde se encontraba cada joven en todo momento. El control era deliberado, como defendía Davenport Adams, «la pereza» era el «pecado de Sodoma».

Nadie dudaba de la capacidad de este sistema para imprimir su sello. Como un anónimo escolar escribió a mediados de la década de 1890: «Un frenesí atlético / se ha apropiado de los marlburianos [*] de todas las edades. / Ahora, frenéticos, todos juegan al críquet. / Después, el fútbol, que todo lo ocupa, organiza el día. / Vayas donde vayas, el tema es el mismo / y todas nuestras conversaciones giran alrededor de "el partido"». La práctica religiosa complementaba esta obsesión con la condición física y los deportes de equipo. En palabras del director de una de las escuelas: «En todo gran internado público, la capilla es el centro de la vida escolar».

El producto ideal de las escuelas públicas era el cristianismo muscular que combinaba el autocontrol, las capacidades físicas, la observación religiosa y el espíritu de servicio en un nuevo tipo de masculinidad moral. En consonancia con la definición de Davenport Adams, la superación, la diligencia y la responsabilidad eran los primeros pasos para «una vida pura, honrada y diligente». La lealtad al «hogar» propio se asociaba con la lealtad a la escuela y,

finalmente, al país: un sometimiento voluntario que se prolongaba hasta el último suspiro y, después, en la vida eterna que concedía la muerte *pro patria.*

No obstante, el imperio necesitaba más brazos de los que el sistema de escuelas públicas podía aportar. La ausencia de un servicio militar universal significaba que los jóvenes de clase trabajadora no se veían especialmente estimulados a alistarse en el Ejército, excepto para escapar de la pobreza absoluta o en busca de aventuras. Con argumentos que llevaban a diligentes héroes infantiles a encontrarse con famosas figuras históricas como Moisés, Aníbal o Napoleón, las novelas imperiales de G. A. Henty podían promover la idea de que la vida militar era apasionante, pero, alcanzada la década de 1880, las necesidades imperiales y los retos que planteaba la nueva Europa exigían medidas más concretas.

Con la incorporación a filas convertida en un problema acuciante, los reformistas empezaron a civilizar las junglas urbanas. Siguiendo el ejemplo del Toynbee Hall, los vástagos de las escuelas públicas y de las universidades se trasladaron a los barrios pobres en una misión de progreso social. Con el establecimiento de clubes juveniles y centros comunitarios, el conocido como movimiento *settlement* aspiraba a inculcar las actitudes de la clase media. Tal y como declaraban los fundadores del Oxford Working Men's and Lads' Institute (Instituto de Trabajadores y Jóvenes de Oxford): «Las clases más avanzadas de la sociedad tienen la capacidad de enseñar a vivir a quienes se encuentran por debajo de ellas».

Al mismo tiempo, nuevas organizaciones benéficas refinaban el estricto y reglamentado evangelismo de la YMCA (Young Men's Christian Association [Asociación de Jóvenes Cristianos]), fundada en 1844, y del Salvation Army (Ejército de Salvación) del general Booth, fundado en 1878, en programas dirigidos de forma más específica a la juventud. La pionera fue la Boys' Brigade de William Smith, creada en Glasgow en 1883. Combinando la disciplina de los desfiles militares con las enseñanzas catequísticas, esta *brigada de niños* tenía como objetivos concretos «el fomento del Reino de Cristo entre los niños y la promoción de hábitos de veneración, disciplina y amor propio, así como todo cuanto conduce a una verdadera masculinidad cristiana».

Smith aprovechó que toda una sección de la juventud no estuviera siendo atendida por las organizaciones benéficas existentes. Como un primitivo

miembro de la brigada rememoraría: «Cuando llegábamos a los trece años, la mayoría sentíamos que éramos demasiado mayores para la catequesis, pero había un salto de unos cuantos años antes de que pudiéramos inscribirnos en la YMCA, a los diecisiete». La disciplina militar era fundamental en las actividades de la brigada. Cada reunión empezaba con los miembros formando en filas, sin excusas para los rezagados, y se les entregaba un gorro de casquete, un cinturón y una mochila que debían vestir sobre su ropa de diario. El lema de la brigada era: «Firme y seguro».

Con su *ethos* de estricta puntualidad, disciplina y obediencia, la Boys' Brigade ofrecía no solo una base ideal de formación premilitar, sino también una buena referencia para cualquier futuro patrono. Concluida la década de 1880, la brigada contaba con más de 10 000 miembros y filiales por toda Gran Bretaña. Su éxito lo copiaron otras organizaciones como la Jewish Lads' Brigade (Brigada de Jóvenes Judíos) y la Catholic Boys' Brigade (Brigada de Chicos Católicos). La Church Lads' Brigade (Brigada de Jóvenes de la Iglesia católica) fue una ramificación del Band of Hope (Grupo de la Esperanza), la conocida organización para la prevención de las adicciones. Todas ellas injertaban «la rama de la religión en el tronco militar».

De manera simultánea, se produjo un incremento en el número de cuerpos de cadetes, una idea iniciada por escuelas públicas como Charterhouse y Dulwich College. En 1889, se fundó el Southwark Cadet Corps (Cuerpo de Cadetes de Southwark) en el sur de Londres, que se fusionó dos años más tarde con la organización paralela del Toynbee Hall para formar un batallón. La integración en estas instituciones contribuiría a que los niños de la clase obrera evitaran las tentaciones de la «criminalidad» y los «vulgares espectáculos de variedades». El palpable crecimiento de estos grupos, que llamaban la atención con sus desfiles uniformados por las calles de la ciudad, llevó a un periódico a comentar en 1889 que la sociedad británica se dirigía «con total libertad hacia el militarismo».

Llevar la «civilización» a los «maleducados, sucios y pendencieros» salvajes de la clase trabajadora urbana era otra expresión de los valores coloniales. Todos los imperios consideraban que su soberanía era el resultado inevitable de la superioridad racial. Cuando llegó la hora de la última gran división de un continente (África, en la década de 1880), la unión del nacionalismo con las

ciencias genéticas había cuajado en estrictas ortodoxias que guiaban la política de las naciones. En lo que a África concernía, la sangre predeterminaba la superioridad europea.

■ ■ ■

Dentro de este sistema de creencias, el objetivo de todo país no era el mero progreso evolutivo, sino la consecución de su exclusivo destino racial. La idea culminante de Von der Goltz resonaba en los oídos tanto de los enemigos como de los aliados de Alemania. Si la fortaleza de la nación residía, de hecho, en su juventud, los jóvenes en su conjunto (no solo aquellos en edad de servicio militar, sino también sus compañeros más jóvenes) estaban investidos de una nueva relevancia. Si el destino de una nación, como en el caso de Alemania, venía definido por su expansión militar, no había discusión posible.

Cualquier joven que no diera la talla no era ya débil o mal patriota, sino una amenaza para el futuro de la raza. La consecuencia de este enfoque fue la reducción de los opositores al militarismo a salvajes infrahumanos. El apelativo que se aplicó a estos «desviados» fue utilizado por primera vez por el psiquiatra francés B. A. Morel, quien en 1857 acuñó el término «degeneración» para definir a seres humanos defectuosos que habitaban entornos degradados, y el término se asentó en las siguientes décadas. Desde la perspectiva nacionalista, cualquiera que rechazara o se opusiera al servicio militar era, simple y llanamente, un degenerado.

Pese a todo, hubo un reducido grupo de jóvenes que se opuso. Con el suicidio de su hermano como referencia, Frank Wedekind escribió *El despertar de la primavera* en 1891, una airada pieza teatral contra una clase dirigente alemana que reglamentaba sin piedad a su juventud pero fracasaba a la hora de ofrecerle una verdadera orientación para la vida. La obra tocó la fibra sensible de los alemanes con su representación de la sexualidad y de los suicidios juveniles. Estos últimos se consideraba un gran problema social en la última década del siglo XIX , y según los textos de la época del psiquiatra Emil Kraepelin y el sociólogo Emile Durkheim, venían causados directamente por las tensiones de la civilización industrial. [1]

El hecho de que los jóvenes de la nación más avanzada y victoriosa del mundo tuvieran inclinación a quitarse la vida suponía una ominosa contradicción en pleno militarismo triunfante. Los jóvenes a menudo suponen para los adultos un reflejo de los valores dominantes de la sociedad y estos suicidios de púberes revelaban los presentimientos de derrumbe que descansaban bajo la fachada agresiva de la Europa de la última década del siglo. Mientras sus ejércitos y flotas abarcaban todo el planeta, los grandes imperios se veían acosados por temores ligados a la nueva era de las masas y el consiguiente declive de la sociedad.

En 1892, el filósofo francés Gustave Le Bon publicó *Psicología de las multitudes* , una influyente polémica a propósito de la era de las masas. En la nueva sociedad tecnológica, el «derecho divino de los reyes» había sido reemplazado por el «derecho divino de las muchedumbres». Por su misma naturaleza, la multitud era atávica: su «irritabilidad», «su impulsividad y su versatilidad», así como su «exageración de sentimientos» eran las características concretas «que se observan igualmente en los seres que pertenecen a formas inferiores de evolución, tales como la mujer, el salvaje y el niño». La edad moderna era un «periodo de transición y de anarquía» en el cual el control social de las masas constituiría el elemento fundamental.

En el marco de esta distopía, la posición de la juventud sería de vital importancia: no solo porque los niños del momento fueran a ser los ciudadanos del futuro, sino también porque unas condiciones sociales degradadas habían alumbrado una generación de degenerados. El futuro de la raza estaba en juego. Existía el temor generalizado a que, a menos que se purificara, la raza muriera y la propia Europa quedara aniquilada en un violento cataclismo. Puesto que este desasosiego tenía su origen en la probabilidad de la guerra total que subyacía a la lógica implacable del militarismo, el miedo empezó a cobrar fuerza.

Este anhelo de un apocalipsis era el impulso central tanto de la decadencia como del militarismo. Desde tiempo atrás había sido también, como Goethe y Wedekind habían señalado, una poderosa manifestación de la ira adolescente. Pero ¿cuál de ellos perecería? Un torrente de retórica apocalíptica manaba de nacionalistas y decadentes por igual en la última década del siglo XIX mientras rivalizaban por definir el nuevo siglo. En paralelo a la apresurada carrera

armamentística anunciada por la influyente obra de Von der Goltz, este conflicto ideológico politizó la posición social de la juventud en el norte de Europa.

■ ■ ■

Las civilizaciones mueren. Este era el mensaje que pregonaban sin descanso los teóricos raciales extremistas y los vanguardistas. Este era el mensaje del cuadro que causó sensación en el Salón de París de 1891, *Les derniers jours de Babylone* , de Georges Antoine Rochegrosse. En *A contrapelo* , Joris-Karl Huysmans preveía «el gran presidio de la sociedad americana trasplantado sobre nuestro continente». Si bien odiaba «la inmensa, la profunda, la inconmensurable grosería del financiero y del nuevo rico», reducía su materialismo a una maldición: «¡Derrúmbate, pues, sociedad! ¡Muérete ya, viejo y asqueroso mundo!».

No resultaba sorprendente que las manifestaciones más extremas de esta retórica finisecular se hubieran originado en Francia, un país que en las dos últimas décadas del siglo XIX seguía atormentado por la inestabilidad política que había marcado su historia desde 1789. La juventud había desempeñado un papel importante en aquella revolución y había mantenido su prominencia en los golpes de Estado y en las rebeliones de 1830, 1848 y 1871. Aunque la Tercera República había maniobrado para ampliar el servicio militar, una serie de atentados anarquistas en la década de 1890 daba a entender que la juventud estaba aún muy politizada e inquieta.

El mesías del nuevo estado de ánimo apocalíptico había sido, en un sentido muy estricto, el poeta de los días más oscuros de la nación gala. En el invierno de 1870 y 1871, Arthur Rimbaud vivía en el frente de la Guerra Franco-Prusiana, en la pequeña localidad de Charleville, cerca de la frontera con Bélgica. Aquella Nochevieja su familia se refugió en casa mientras los proyectiles prusianos azotaban la cercana fortaleza medieval de Mézières, situada frente a Charleville, en la orilla contraria del río Mosa. A la edad de dieciséis años, Rimbaud estaba rodeado por los despojos de la guerra: soldados mutilados, ciudades arrasadas y paisajes desfigurados.

Gozaba con la destrucción. «Veía un mar de llamas y de humo en el cielo –escribiría más tarde–; y a izquierda y a derecha, todos los tesoros llameaban como un millar de truenos». Rimbaud, el segundo hijo de un coronel del Ejército francés que había desertado de su familia diez años antes, tenía razones más que suficientes para no sentir aprecio por lo castrense. Cuando su hermano mayor, Frederick, se alistó entusiasmado, le pareció «despreciable»; cuando Francia cayó derrotada, se paseó por Charleville contándole a todo el mundo la suerte que tenía su país. Era como si la derrota de Francia lo hubiera liberado.



Arthur Rimbaud a los diecisiete años, retrato de Étienne Carjat.

A los dieciséis años, Rimbaud era el joven de provincias arquetípico que había dejado ya muy atrás a su familia y su localidad natal. Se moría de ganas de marcharse. El caos derivado de la Guerra Franco-Prusiana le hizo exteriorizar su furia interna y le ofreció la oportunidad de ponerse a prueba. Ese invierno huyó de casa y, en algún lugar del erial que era el frente prusiano, tuvo una revelación: «Por los caminos, durante las noches de invierno, sin

abrigo, sin ropas, sin pan, una voz oprimía mi corazón helado: "Debilidad o fuerza": hela aquí, es la fuerza».

Dos meses más tarde, Rimbaud vio hacerse realidad sus fantasías cuando los pobres de la capital se levantaron junto a miles de estudiantes y obreros en la efímera Comuna de París. Durante un breve periodo entre abril y mayo de 1871, los anarquistas se hicieron con el mando de la capital y las fuerzas policiales quedaron en manos de jóvenes poetas. Rimbaud no fue más que uno de los miles de jóvenes vagabundos que acudieron en tropel a la París revolucionaria como polillas a la luz; eran tantos que la Comuna formó dos batallones con ellos, los *Pupilles de la Commune* y los *Enfants perdus* .

Aunque la Comuna cayó aplastada semanas después de la llegada de Rimbaud, el joven de dieciséis años abrazó el sentimiento de liberación que había experimentado y decidió aplicarlo a su propia obra y a su vida. Ambas serían indivisibles. El 13 de mayo de 1871 escribió a su amigo George Izambard: «Se trata de llegar a lo desconocido mediante el desarreglo de todos los sentidos. El sufrimiento es enorme, pero hay que ser fuerte, haber nacido poeta». Insistía: «*Je est un autre* ». Su retórica pronto se traduciría en acción.

Para Rimbaud la poesía era una vocación mística. Siguió hasta su conclusión la oscura línea visionaria que empezaron los románticos y que se prolongó con Edgar Allan Poe y Charles Baudelaire. Después de 1871, sus poemas estarían repletos de agitación revolucionaria, invectivas contra la burguesía, misticismo pagano y salvajes profecías, unido todo ello en una consistente cosmología. Por encima de todo, sus visiones eran apocalípticas, aquel era «el momento de los baños turcos, de los mares sublimes, de los abrazos subterráneos, del planeta arrebatado, de los exterminios consiguientes».

Fue su personalidad la que tuvo mayor impacto en sus contemporáneos. Invitado a París aquel otoño por el poeta Paul Verlaine, Rimbaud fue promocionado entre la bohemia literaria de la capital como el último prodigio. En lugar de mantener la correcta actitud de respeto hacia sus mayores, el chico de diecisiete años respondía ante lo que consideraba una actitud condescendiente con una andanada de improperios escatológicos, cuando no con actitudes peores. Interrumpía lecturas, aterrorizaba a sus anfitriones, vertió ácido sulfúrico en la bebida de un amigo y en una ocasión hirió al fotógrafo Étienne Carjat.

Las dos fotografías de Rimbaud tomadas por Carjat que aún conservamos muestran a un hombre joven con cara de niño, la mandíbula apretada, una boca delgada y cruel, el pelo despeinado y ojos pálidos y diamantinos: el modelo del joven fanático. Paul Verlaine lo llamó «un pequeño Casanova» cuyo «hermoso y severo mentón parece decirle "¡Vete a la mierda!" a cualquier ilusión que no sea fruto del acto de voluntad más irrevocable». Con su «espléndida mata de pelo» y un «desprecio absolutamente viril hacia la ropa», el joven personificaba una «belleza literalmente diabólica».

Durante los siguientes cuatro años, Rimbaud mantuvo una *folie à deux* con Verlaine que pasó por la depravación, la pobreza y el ostracismo para terminar en violencia y agotamiento. «El tedio no es ya mi amor –escribió en *Una temporada en el infierno* –. Las rabias, los desenfrenos, la locura, cuyos impulsos y desastres conozco. Apreciemos sin vértigo la extensión de mi inocencia». A los veintiún años dejó de escribir. Cuando un amigo le preguntó por sus poemas, respondió: «*Je ne pense plus à ça* ». Poco después emigró a África y abandonó su vida anterior.

La meteórica trayectoria de la carrera de Rimbaud estaba alimentada por una exploración forense de sus explosivas ideas y sentimientos: una nueva sensibilidad sintomática de lo que él llamó, en «Juventud», «el infinito egoísmo de la adolescencia». Cuando escribía a comienzos de la década de 1870, la juventud no tenía derechos, estaba en una «posición extralegal» de la que él era muy consciente. Sus versos reelaboran las metáforas románticas mediante una dosis ingente de patología pubescente masculina. En la piel de un príncipe al estilo de Calígula en el poema «Cuento», plantea: «¡Cabe extasiarse en la destrucción, rejuvenecerse con la crueldad!».

Con su desaparición, se convirtió en una criatura mítica, congelado en su cénit juvenil de una forma tan clara como Werther o Thomas Chatterton. Rimbaud ya había previsto su destino. En una carta a Paul Demeny de mayo de 1871 describía lo que sucedería una vez que el profeta se hubiera abierto camino: «Alcanza lo desconocido y, aunque, enloquecido, acabará perdiendo la inteligencia de sus visiones, ¡él las ha visto! Que reviente saltando hacia cosas inauditas o innombrables: ya vendrán otros horribles trabajadores; empezarán a partir de los horizontes en los que el otro se desplomó».

La posición de Rimbaud como avatar de la decadencia francesa quedó sellada cuando en 1883 (el mismo año que vio la luz *La nación en armas*) Paul Verlaine publicó una selección de sus poemas en la antología *Los poetas malditos* . Con su «fe en el veneno» y extáticas «insensateces», Rimbaud establecía el modelo para un movimiento que vinculaba el sexo y la muerte en una nueva revelación definida por Verlaine como «el derrumbamiento sobre las llamas de razas agotadas por la sensación del invasor sonido de las trompetas del enemigo». En las profundidades del África Oriental, el mesías quedó paralizado ante la fama no buscada.

Sin embargo, su estilo se difundió de forma inexorable por Europa y al otro lado del Atlántico. Crecía su ambición según las sucesivas generaciones de decadentes elevaban al extremo sus apuestas. Alcanzada la última década del siglo, habían construido un mundo hermético que incluía absenta, morfina, barbudos gurúes, sesiones de espiritismo, revistas con «contribuciones espeluznantes de falsos Rimbaud» y editoriales que proclamaban una misión: «demoler el viejo orden y preparar los elementos embrionarios de la gran literatura nacional del siglo XX ».

■ ■ ■

Gracias a su proximidad a Francia, Gran Bretaña fue el suelo europeo más fértil para la exportación de la decadencia, si bien también existían otros factores. En la última década del siglo, las certezas del victorianismo tardío se habían visto socavadas por la crítica científica de la religión y los acelerados efectos de la era de las masas. Asimismo, se produjo un incremento de la actividad política extraparlamentaria: los inicios del socialismo de masas, la emergencia de la Nueva Mujer y del sufragio femenino, así como los primeros debates sobre los derechos de los homosexuales. De forma simultánea, los actos violentos perpetrados en las ciudades por jóvenes de clase obrera crecieron en volumen y visibilidad.

Incluso en el seno de las propias escuelas públicas se veía cuestionado el arquetipo del cruzado. Los estudios clásicos habían sido básicos desde mucho tiempo atrás en el sistema de escuelas públicas; a partir de la década de los setenta, aquellos estudiantes hastiados del cristianismo muscular

reinterpretaron el programa de estudios latino y griego en un nuevo tipo de esteticismo que representaba una verdadera alternativa a Dios y al deporte. Uno de los adalides del afán helenizador, Goldsworthy Lowes Dickinson, señalaba que sus días habían estado «hundidos en la barbarie»: «No cabe duda del sufrimiento, la futilidad y el desperdicio –algo peor que eso– de aquellos valiosos años».

En los comienzos de la década de 1890, el faro del esteticismo británico propuso otra definición de juventud. Cuando publicó su primera novela, Oscar Wilde ya tenía una posición destacada como escritor y provocador. Aunque casado y con dos hijos, llevaba otra vida en el submundo homosexual. En parte parábola y en parte *roman à clef* sobre Wilde y su círculo, *El retrato de Dorian Gray* reelabora el mito faustiano para la edad moderna: en este caso, el acuerdo se sella con la promesa de la eterna juventud.

La génesis de la novela se retrotrae a junio de 1884, cuando Wilde visitó París en su luna de miel. Ya había conocido la primera gran descarga de decadencia rimbaudiana a través del protegido de Sarah Bernhardt, el literato adicto al opio Maurice Rollinat, pero la obra que más le impactó fue *A contrapelo* . Wilde se identificó en tal medida con el personaje de Jean des Esseintes que el hermético esteta de Huysmans «se le antojó una imagen anticipada de sí mismo. Y, en verdad, el libro entero parecíale contener la historia de su propia vida escrita antes de que él viviese».

Wilde oscilaba inquieto entre la depravación decadente y la utopía socialista, si bien veía estas tensiones como una fuente de energía. En 1891 publicó dos obras fundamentales que codificaban los polos opuestos de su personalidad: el ensayo filosófico *El alma del hombre bajo el socialismo* y la novela *El retrato de Dorian Gray* . Si el primero proclamaba que «el progreso humano se ha hecho posible a través de la desobediencia», la última consagraba la intensidad juvenil: «¡Viva, viva la vida maravillosa que tiene en sí! [...] ¡Juventud! ¡Juventud! ¡No hay absolutamente nada en el mundo sino la juventud!».

Lo más chocante del viaje de Dorian Gray por los bajos fondos de su tiempo (los estudios de los artistas, las salas de conciertos y los fumaderos de opio) no era la completa amoralidad con la que destrozaba la vida de todo aquel con el que se cruzaba, era, más bien, la descripción que hacía Wilde del

completo libertinaje de este niño mimado en «sueños que proyectarían sobre él la sombra de su perversa realidad». Este pérfido regocijo apenas se veía contradicho por la conclusión moralista de la novela, con la resolución del contrato faustiano. En lugar de una belleza juvenil, los criados encuentran un cadáver irreconocible, «ajado, lleno de arrugas y su cara era repugnante».

Wilde era demasiado prudente para proponer la juventud eterna como suposición seria: la caída de Gray en el aburrimiento y la locura hacía evidentes sus peligros. No obstante, su ambivalencia lo delataba. Pese a ser una crítica de la decadencia, su asfixiante novela contribuyó a popularizarla. Wilde inclinó aún más la balanza al añadir una serie de aforismos preliminares (como «vicio y virtud son para el artista materiales de un arte») que, sin duda, encenderían lo que Huysmans llamaba la «atmósfera de cuerpo de guardia» inglesa.

Si lo había planificado de forma expresa, Wilde no podría haber elegido una línea de ataque más perturbadora para la Inglaterra imperial. Los valores que defendía (los hermanos gemelos de Sodoma y el socialismo) estaban diametralmente enfrentados con los del cristianismo muscular. En lugar de espíritu de equipo, sugería un rampante individualismo: «Realizar la propia naturaleza perfectamente, esto es lo que debemos hacer». En lugar de como un inflexible guerrero, definía al hombre como «una criatura compleja y multiforme». Por encima de todo ello, mediante su homosexualidad cada vez más pública, exponía la falla que recorría el sistema educativo separado por sexos de Gran Bretaña.

Wilde se propuso influir en los jóvenes. «Es absurdo hablar de la ignorancia de la juventud –escribió–. Las únicas opiniones que oigo con todo respeto son las de las personas mucho más jóvenes que yo». Como sumo sacerdote del esteticismo, Wilde era un imán para jóvenes admiradores como el estudiante de Oxford lord Alfred Douglas, que corrió a conocer al autor poco después de la publicación de *El retrato de Dorian Gray* . Wilde había tenido una vida homosexual secreta durante varios años, pero la relación que ambos mantuvieron abiertamente conllevó una confrontación directa con las altas esferas inglesas.

En un artículo titulado «Frases y filosofías para el uso de los jóvenes», publicado en el número de diciembre de 1894 de una nueva revista de Oxford, *The Chameleon* , Wilde contradecía principios muy arraigados sobre la religión,

el tiempo, el arte, la historia y la relación entre las generaciones. «Los viejos lo creen todo –escribió–, los maduros sospechan de todo, los jóvenes lo saben todo». Aunque Wilde no escribió nada explícito en términos sexuales, sí lo hicieron otros autores que participaron en la revista, en especial Douglas, que celebraba «el amor que no se atreve a decir su nombre». Cuando saltó el escándalo, Wilde fue acusado por asociación.

En el tortuoso drama legal que se desarrolló en el Central Criminal Court (Tribunal Criminal Central de Londres) entre abril y mayo de 1895, la influencia de Wilde sobre el joven se convirtió en cuestión central. Provocado por el hostigamiento del padre de Douglas, el marqués de Queensberry, Wilde lo demandó por difamación. Sus amigos le recomendaron que no lo hiciera y sus peores temores se confirmaron cuando el acusado presentó un alegato justificativo que acusaba a Wilde de sodomía con doce jóvenes. La acusación sostenía que estas depravaciones se habían aireado en *El retrato de Dorian Gray* , una obra «concebida para subvertir la moralidad e incentivar un vicio antinatural».

La confusión de la novela con el autor se profundizó durante los tres procesos judiciales, con Wilde en el papel del corruptor de Dorian Gray, es decir, de lord Henry Wotton. El celo punitivo de las clases dirigentes concluyó con una sentencia de dos años de trabajos forzados por indecencia y sodomía. Al resumir la sentencia, el juez señaló a Wilde como «el centro de un círculo de amplia corrupción del tipo más repugnante entre hombres jóvenes». Esta primera condena con la nueva ley que en 1885 había modificado el código penal describía públicamente la homosexualidad en los términos más negativos: «¡Una úlcera que no puede con el tiempo más que corromper y contaminarlo todo!».

El veredicto supuso un desastre personal no solo para Wilde, cuyas obras fueron prohibidas y continuó siendo una figura vilipendiada durante décadas tras su muerte en 1900, sino también para los estetas y los homosexuales de cuya reciente visibilidad era precursor Wilde. Las metáforas médicas utilizadas en el tribunal y en la prensa para describir a estas criaturas enfermas concordaban con las teorías genéticas popularizadas por *Degeneración* , la devastadora crítica del esteticismo de Max Nordau, que había sido publicado

en Alemania en 1892, pero que disfrutaba de una breve fama por aquel entonces en Gran Bretaña.

Dedicado a Cesare Lombroso, el libro de Nordau identificaba la amenaza que suponían los artistas que, como Baudelaire, Nietzsche y Wilde, proclamaban las virtudes del individualismo ante la moralidad tradicional. [2] Nordau señaló a Wilde como «la aberración patológica de un instinto de la especie». El tratamiento que consideraba más «eficaz» para abordar esta «disposición "fin de siglo"» fue llevado a la práctica en los procesos judiciales de la primavera de 1895: «Caracterización como enfermos de los degenerados y de los histéricos jefes de movimientos; desenmascaramiento y estigmatización de los plagiarios como enemigos de la sociedad; advertencia al público de desconfiar de las mentiras de estos parásitos».

El pecado capital de Wilde fue que representó en público lo que ocurría con frecuencia detrás de la fachada de la clase dirigente. Como señaló el periodista W. T. Stead cuando se conoció el veredicto: «Mientras tanto, los chicos de las escuelas públicas tienen permiso para dedicarse con impunidad a prácticas que, cuando abandonen la escuela, los deberían enviar a trabajos forzados». El proceso también distrajo la atención de un escándalo en el que estaba implicado el primer ministro, lord Rosebery, y otro vástago de Queensberry, el vizconde Drumlanrig (una relación que terminó con el suicidio del joven).

Con este trasfondo, apenas puede sorprender que el juicio a Wilde representara un intento decidido del *establishment* victoriano por rechazar cualquier análisis de las causas y responsabilizar en su lugar a los síntomas. Los hijos de la burguesía, tan esenciales para el futuro del país, habían sido seducidos por este amanerado flautista de Hamelín y sus propias almas estaban en juego. Un artículo periodístico dejó claro que eran los «jóvenes de las universidades, los inteligentes chicos de sexto curso de las escuelas públicas» quienes tenían «que ponderar ellos mismos las doctrinas y la carrera del hombre que ahora tiene que someterse a la justificada condena de la ley».

La afirmación contaba con cierta base. En la última década del siglo existían ya dos grupos de jóvenes definidos por su clase social que se negaban a inclinarse ante el materialismo imperialista de Occidente: aquellos a los que, refiriéndose al contexto estadounidense, Thorstein Veblen llamaría más tarde

«clase ociosa hereditaria» y «delincuentes de clase baja». En Gran Bretaña, a estos se les unieron los bohemios de clase media o media-alta: gracias, en parte, a los esfuerzos del propio Wilde, el estilo de vida estético del Romanticismo se había afianzado entre la burguesía británica como una tercera vía entre el militarismo y la revolución.

La condena a Wilde detuvo el modernismo británico en seco. *Love's Coming of Age* , la exploración de Edward Carpenter de las relaciones entre el feminismo y la homosexualidad, fue enterrada nada más publicarse, en 1896. La pionera *Sexual Inversion* , de Havelock Ellis, que ofrecía casos reales de desviaciones sexuales púberes, fue prohibida un año después. Quien fuera colaborador de Wilde, el ilustrador Aubrey Beardsley, comentó la severidad de esta «reacción»: «El puritanismo rabioso aparece como una marea y es seguido inmediatamente por la bajamar de una brutal tosquedad».

Por toda Europa la decadencia retrocedió ante una agresiva nueva normalidad. En *Degeneración* , Nordau había igualado el estado de forma físico con la salud mental y psíquica. Definía las cualidades que eran el polo opuesto de la decadencia: fortaleza de ánimo, responsabilidad y trabajo y sumisión ante la inmutable ley de la evolución. Ya próximo el final del libro, pedía a sus lectores que imaginaran una «lucha» entre los decadentes, los estériles habitantes del «hospital, del asilo de dementes y de la cárcel» y los «hombres que se levantan temprano y no están cansados antes de la puesta del sol, que tienen la cabeza despejada, el estómago sólido y los músculos duros».

En Francia se produjo también un ataque intelectual coordinado contra los decadentes. En un discurso pronunciado en julio de 1899, un joven populista radical llamado Albert Mathiez atacó a esos «jóvenes que vivían solo pendientes de sí mismos» y que «se perfumaban y vivían como mujeres». Su estupidez última radicaba en el hecho de que se proclamaban *déracinés* , desarraigados. Esta era la individualidad atomizada que el escritor Maurice Barrès llamaba «el inmenso yo que los oculta del resto del mundo». Aunque Barrès se había bañado en las aguas de los decadentes, [3] *Los desarraigados* (1897) exploraba esta desconexión.

Siguiendo la migración de siete adolescentes de provincias desde Lorena a París, la narrativa de *Les déracinés* era lúgubre: «Aislados de su ambiente social y solamente adiestrados para competir entre sí, estos adolescentes adquieren de la

vida, de sus condiciones y de su finalidad la más lamentable comprensión». Ante la falta de toda provisión adulta y de valores estables, el individualismo conducía al asesinato. La crítica de Barrès a una clase dirigente moribunda lo fue llevando a la agitación política activa y trató de guiar a la generación que había despertado, a sus «príncipes de la juventud», a un nuevo nacionalismo místico.

Refundar el nacionalismo era también lo que tenía en mente un eminente victoriano inglés. Henry Newbolt era abogado, novelista y editor y creía en «Inglaterra como potencia mundial y guía internacional». Describió con entusiasmo una cena celebrada en 1898 en su *alma mater* , el Clifton College: «A las tres de la madrugada estaba todavía sentado en la cama de un hombre que no había visto antes, leyendo extractos de su diario de Sudán. Es capitán de la Artillería Real y fueron sus obuses los que abrieron las murallas de Omdurmán. ¡Llegó a Clifton el año posterior a mi marcha!».

Newbolt creía que «para dar forma a la personalidad de la nación y a las piezas que lo integran, la personalidad individual, la guerra ha sido a veces "un instrumento de lo más perfecto"». Más tarde, en 1898, publicó una colección de poesía llamada *This Island Race* . En «Vitai Lampada» (la antorcha de la vida) glorificaba el vínculo entre el deporte y la gallardía, esencial en la dominación británica del planeta. En la pragmática Albión, el misticismo se medía con las reglas del críquet y el grandilocuente poema de Newbolt establecía de manera definitiva el ideal imperial de la juventud británica:

Reina un silencio desasosegado en el recinto esta noche
(diez puntos que marcar y un partido que ganar),
un campo minado y una luz cegadora,
una hora de juego y el último hombre disponible.

Y no es por hacerse con una cinta en la solapa
ni por la esperanza egoísta de una temporada de fama,
pero la mano de su capitán en el hombro lo tranquiliza:
«¡Ánimo! ¡Ánimo! ¡Sigue compitiendo!».

La arena del desierto está empapada en rojo
(roja con los restos de un cuadro deshecho);

la Gatling está atascada, el coronel muerto
y el regimiento cegado por el polvo y el humo.
El río de la muerte ha desbordado sus orillas,
Inglaterra está lejos y el honor es solo una palabra,
pero la voz del escolar recorre las filas:
«¡Ánimo! ¡Ánimo! ¡Sigue compitiendo!».

Estas son las palabras que, año tras año,
mientras la escuela siga firme,
cada uno de sus hijos ha de oír,
y nadie que la escuche se atreverá a olvidar.
Esto es lo que cuantos tienen una mente alegre
portan en la vida como una antorcha encendida.
Y al caer, dicen al ejército que los sigue:
«¡Ánimo! ¡Ánimo! ¡Seguid compitiendo!».

Los ecos de este mantra militarista todavía reverberaban dos décadas más tarde, cuando la juventud europea fue a la guerra. Como *Degeneración* y *Los desarraigados* , «Vitai Lampada» formó parte de una contrarrevolución muy efectiva que pareció barrer para siempre el fantasma de una decadencia vencida por la enfermedad. Pese a todo su vigor, no obstante, el poema de Newbolt estaba condenado, poseído por los fantasmas de los muertos. [4] A pesar de su hastiada pose, los decadentes celebraban una juvenil sed de vida que se reafirmaría tras el holocausto para el que sus «sanos» rivales se habían preparado con tanto entusiasmo.

■ ■ ■

1. Emil Kraepelin: *Psychiatrie* (1893); Emile Durkheim: *El suicidio (1897). El despertar de la primavera* no sería llevada a las tablas hasta el siglo xx.

2. Nordau eligió a Marie Bashkirtseff para dirigir sus injurias: «Una degenerada muerta de tisis en plena juventud, enferma de locura moral, de un principio de delirio de las grandezas y de la persecución así como de exaltación erótica morbosa».

3. Había sido un temprano defensor de los diarios de Bashkirtseff.

4. Después de la Primera Guerra Mundial, Newbolt palidecía al oírlo mencionar.

---

* N. del T.: El Marlborough College, fundado en 1843, es una de las instituciones de educación secundaria más exclusivas de Gran Bretaña.

CAPÍTULO 3

Hooligans y apaches

Delincuencia juvenil y medios de comunicación de masas

■■■

Los mejores de entre los pobres no son nunca agradecidos. Antes al contrario, son desagradecidos, descontentadizos, indóciles y hasta rebeldes. Y hay que reconocer que, después de todo, están en su perfecto derecho.

Oscar Wilde, *El alma del hombre bajo el socialismo* , 1891.



«The Montgomery Guards: A Growler Gang in Session», fotografía de Jacob Riis, *ca.* 1890.

En la metrópolis de finales del siglo XIX, muchos niños y adolescentes tenían que apañárselas por su cuenta. Ante la ausencia de estructuras impuestas por adultos, se organizaban por sí mismos en bandas difíciles de controlar. Jacob Riis lo descubrió cuando, en los inicios de la última década del siglo, se topó con un grupo de jóvenes matones en el sur de Manhattan. Aunque estaba acostumbrado a tratar con niños sin hogar, descubrió que tenía que acercarse a esta pandilla de «granujas» más mayores con precaución. Solo apelando a su vanidad (les pidió que posaran fumando) evitó recibir una paliza.

La banda «aceptó la oferta enseguida, incorporando al grupo un cordero de aspecto dudoso que tenían por allí (el matadero estaba cerca) como si fuera uno más de la banda. El más cordial de aquellos rufianes, que insistía en que le sacara llenándose la jarra, aprovechó la ocasión para echarse al coleto lo que quedaba y eso dio pie a unos momentos algo violentos, pero, por lo demás, la pose fue un éxito. Mientras preparaba la cámara, hice una vaga insinuación de fotografiarlos fumando, y la idea cuajó inmediatamente. Nada iba a ser más inevitable a continuación que captar el espíritu más audaz del grupo "en su salsa"».

Representaron sus delitos cotidianos: «Uno de ellos se tumbó en un cobertizo, como si se hubiera dormido, mientras otros dos se inclinaban sobre él, rebuscándole en los bolsillos con una habilidad muy sugerente. Esto, me explicaron, era para mostrar cómo "se lo montaban". Los demás miembros de la banda estaban tan impresionados con la importancia de aquella exhibición que insistían en apretujarse en la foto subiéndose al cobertizo, sentándose en el tejado con los pies colgando y colocándose en todas las posturas imaginables a la vista».

La imagen resultante, titulada «A Growler Gang in Session», por el recipiente (*growler*) donde los chicos transportaban y bebían cerveza, estableció un nuevo estándar en la iconografía de la delincuencia. En una zona urbana con baja densidad de población, llena de cobertizos y almacenes, siete miembros de los Montgomery Guards anuncian que al grupo le importan los detalles y su aspecto. Con el ceño fruncido ante el pálido sol, todos llevan sombrero, ropa oscura y muestran una expresión desafiante. Su insolencia queda plasmada en la mueca de desprecio del joven que ocupa el centro de la imagen y la determinación del bebedor de escasa edad que vuelca la jarra para

apurar hasta la última gota. Ante una escena como esta, habríamos echado a correr.

Los periódicos de Manhattan llevaban tiempo informando sobre las actividades de las bandas de la isla. En el verano de 1857, *The New York Times* había intercedido públicamente en el encarnizado conflicto entre los Bowery Boys y los Dead Rabbits. Con sus atrevidos nombres (en este caso, los Chicos del Bowery y los Conejos Muertos) y sus espeluznantes hazañas, las pandillas de jóvenes gánsteres suponían una temática perfecta para los periodistas de la ciudad. Los unos querían la publicidad, los otros material pintoresco (tramas reales propias de *dime novels*) que, además, combinaban dos ideales de la prensa: emoción y desaprobación.

En la última década del siglo XIX el problema de la delincuencia juvenil se había tornado más acuciante. Sin embargo, hasta la publicación en 1890 de la fotografía de la «pandilla de la jarra» y otras en *Cómo vive la otra mitad* , de Jacob Riis, no vieron los estadounidenses pruebas documentales ampliamente distribuidas de sus jóvenes urbanos. Riss, periodista de sucesos convertido en activista, descubrió que la cámara con *flash,* inventada poco antes, era el instrumento perfecto para registrar las vidas de los marginados, de los que se hablaba mucho pero apenas eran visibles: en este caso, expuso un mundo juvenil apartado, cuando no autónomo.

Como los teóricos de la degeneración, Riis pretendía demostrar que las condiciones degradadas provocaban vidas degradadas y que los jóvenes eran los más vulnerables: «De 82 200 personas arrestadas por la policía en 1889 –escribió–, 10 505 eran menores de veinte años». Sin embargo, su intención no era confinar a los jóvenes pobres de Manhattan en la oscura periferia, sino arrojar luz sobre el problema. La integración, que no la eugenesia, era la estrategia de Riis: el arrollador éxito de *Cómo vive la otra mitad* le ofreció la oportunidad de influir en la política nacional en lo relativo a la reforma de las condiciones de las viviendas, los espacios públicos y la educación.

Riis no era más que uno de los muchos periodistas que trataron la delincuencia juvenil durante la última década del siglo XIX . Con el incremento tanto de los reportajes centrados en ellos como del énfasis de los textos, los niños de los barrios bajos presentaban un problema cada vez más visible. Si la sociedad tecnológica y urbana de masas iba a funcionar, todo el mundo tenía

que actuar en consonancia con los dictados burgueses de ahorro, responsabilidad y disciplina. El caos urbano ya no era aceptable. El movimiento reformista en Estados Unidos hizo de la delincuencia uno de sus principales objetivos en el mismo momento en el que los escándalos en Gran Bretaña y Francia se convertían en tema central de la prensa.

Los periodistas no tuvieron en cuenta el impacto que sus reportajes sensacionalistas tendrían en la población que cosificaban. La juventud era un tema incendiario, incluso más cuando estaba vinculado a la delincuencia y a costumbres extrañas y bárbaras. Aparecer en los papeles contribuía a ganar prestigio. Al llegar a los ojos de los lectores al mismo tiempo que la prensa popular empezaba a mostrar sus posibilidades, el salvaje de los suburbios ofrecía un precedente para el siguiente siglo. Con la exhibición de una alarmante –cuando no hostil– independencia, el *hooligan* y el apache anunciaban la relación simbiótica entre los medios de comunicación de masas y la juventud.

Esta repentina llamada de atención reflejaba el hecho de que, en la última década del siglo, muchos jóvenes urbanos estaban decididos a vivir la vida a su manera. Nada importaba lo que pensaran los moralistas y los periodistas, conseguirían lo que se propusieran por las buenas o por las malas: estupefacientes, armas, ropa… Precisamente cuando sus extravagantes atuendos los situaban en el foco de la atención pública, nuevos grupos como los *hooligans* y los apaches utilizaban su sorprendente aspecto como insignia. Al hacerlo, transmitían a toda la sociedad el mismo desafío acicalado que su exposición pública trataba de restringir.

■ ■ ■

Fue en el Nuevo Mundo donde la delincuencia juvenil se mostró más extrema. Entre 1880 y 1910 la población urbana de Estados Unidos se triplicó, de 14 a 42 millones. Este gigantesco incremento provino de dos fuentes: del interior del continente, pues se estima que 11 millones de personas abandonaron el campo rumbo a la ciudad; y desde el exterior: la inmigración de Europa Oriental y Occidental alcanzó sus máximos en torno a la llegada del nuevo siglo. Esta migración masiva desestabilizó a Estados Unidos con lo que el

pedagogo John Dewey llamaría «una revolución tan rápida, vasta y completa como ninguna otra en la historia».

La juventud era la punta de lanza de esta revolución. Grupos como los Montgomery Guards presentaban un visible recordatorio de que las instituciones y la infraestructura del continente fracasaban a la hora de seguirle el paso a un cambio que se producía a deslumbrante velocidad. Ante la ausencia de intervención estatal, los reportajes sociales de reformistas como Riis y Jane Addams, junto con la ficción realista de Theodore Dreiser y Stephen Crane, describían con más urgencia que nunca la dura realidad de la juventud de Estados Unidos. Cierto es que podían ser imágenes de pesadilla, pero tenían una intención práctica: la mejora de la vida cotidiana de los residentes urbanos más pobres.

Los hijos de la mezcla social urbana ocuparon el centro de esta novedosa atención a las condiciones sociales. Puesto que no parecían presentar un problema y, de hecho, debido a que encarnaban los valores dominantes, los adolescentes de las clases medias y altas no eran tan visibles en los nuevos medios de comunicación de masas. Los golfillos y las bandas de matones eran un recuerdo vivo de que, pese a la voluntad de forjar una nueva sociedad independiente de las tradiciones europeas, y a pesar de su retórica de libertad para todos, la desigualdad era parte integral del sistema económico y social (si es que no era este el que en realidad la promovía).

En contra de lo dictado por la propaganda bienintencionada, las posibilidades vitales (excepto en raras ocasiones) dependían de la posición en la que cada cual llegara al mundo. Quien había nacido en un entorno de clase media en apariencia seguro tenía más posibilidades de mostrar aspiraciones e ideales tradicionales: en el caso de los hombres, incorporarse al negocio familiar o a un trabajo adecuado; en el de las mujeres, conseguir el mejor matrimonio posible o, ante la ausencia de este, dedicarse al derecho o a la sanidad. Había para los hombres jóvenes en particular una escalera del éxito ya establecida: educación primaria y secundaria, luego a la universidad y a los negocios, la industria o una profesión destacada.

Las creencias trasmitidas a los jóvenes estadounidenses de clase media reflejaban la posición estratégica del país. Aunque para toda una generación la experiencia de la Guerra de Secesión negaba cualquier atractivo a un posible

conflicto bélico, alcanzada la última década del siglo XIX existía una nueva belicosidad, consagrada en la figura de quien todavía ocupaba un cargo en una comisión de selección de funcionarios federales, Theodore Roosevelt, que concordaba con la aspiración de la nación a desempeñar un papel en la escena internacional. En 1885, John Fiske había profetizado en su obra homónima el «destino manifiesto», según el cual, en el plazo de un siglo Estados Unidos sería «un conglomerado político que superará de forma inconmensurable el poder y las dimensiones de cualquier imperio que haya existido hasta la fecha».

Los gobernantes del futuro tendrían, por tanto, que aprender las habilidades y actitudes necesarias para hacer realidad esa perspectiva. Antes incluso del enfrentamiento con España en la Guerra de Cuba, en 1898, el militarismo había pasado a formar parte de la cotidianeidad en Estados Unidos. «Las férreas cualidades que deben acompañar a la verdadera virilidad», en palabras de Roosevelt, se veían reforzadas tanto por un ideal espiritual de «cristianismo muscular», como de una cultura deportiva muy desarrollada, con el béisbol, el fútbol americano y los ejercicios de musculación como principales actividades de ocio de los varones de clase media. En el Estados Unidos preimperial, no obstante, el objetivo último de este entrenamiento no era la guerra, sino los negocios.

Del mismo modo que las escuelas públicas formaban a los jóvenes británicos para gobernar el imperio, el deporte disciplinaba al joven salvaje y lo preparaba para el «duro y peligroso esfuerzo» que Roosevelt consideraba necesario para que Estados Unidos alcanzara su «verdadera grandeza nacional». Esta ideología no ofrecía ninguna idea de que los jóvenes de clase media configuraran un grupo específico. Si bien existía la idea de que la «juventud» era un periodo de inestabilidad, estaba desapareciendo con la creciente estratificación de la educación y del ocio, lo que significaba que la supervisión que los mayores ejercían sobre los jóvenes era mayor que nunca.

Aunque la asertividad por parte de los hombres jóvenes y privilegiados se consideraba parte del orden natural de las cosas, no estaba integrada en ningún alegato generacional. Los adultos llevaban la batuta. En *Nuestra Carrie* , la novela épica de Theodore Dreiser que revisaba el estado de la nación en 1893, George Hurstwood hijo, desde su mansión, bien podía ser «aún más susceptible y exagerado en materia de derechos personales, y se empeñaba en

que todos le vieran como un hombre con privilegios de hombre». Pero era una «arrogancia que en un joven de diecinueve años resulta bastante gratuita y absurda».

A esa edad, muchos de los niños de los barrios bajos estaban alcanzando el final de sus vidas. En el riguroso contexto de los laboratorios metropolitanos estadounidenses, la lucha por la supervivencia se cobraba cuerpos y almas con particular intensidad. Gracias a sus elevados niveles de inmigración y a su naturaleza comprimida, Manhattan demostraba ser especialmente inclemente con sus jóvenes. Los niños quedaban abandonados en la calle de forma rutinaria: muchos morían, mientras que los más afortunados encontraban trabajos exiguos como repartidores de periódicos o vendedores de flores, se unían a una banda o eran reclutados por el Fagin [*] local. No existía infraestructura de asistencia social, no había red de seguridad.

La forma esencial de organización social de estos jóvenes era local y territorial. Reflejaba también el lugar en el que vivían. Nueva York era una ciudad completamente abierta, era «la Gomorra moderna». ¿Cómo iban a evitar modelarse a su semejanza? Las bandas habían avanzado en sofisticación y número desde el ecuador del siglo XIX . Llegada la última década, según su cronista, Herbert Asbury: «Manhattan, en su segmento del sur de Times Square, estaba dividida en varias "monarquías" pertenecientes a distintas bandas. Los límites entre unos territorios y otros se vigilaban con tal tesón que parecían fronteras de distintos países civilizados».

En el interior de esta zona de conflicto urbana las divisiones étnicas de Manhattan (calle por calle, barrio por barrio) se establecían, en la práctica, con batallas campales y disturbios raciales. Sin embargo, la delincuencia y la protección de los miembros de un mismo grupo eran los motivos más habituales para la violencia. Integradas por miembros con edades entre los diez y los veinte años, las nuevas bandas incorporaban a grupos más reducidos, defendían su producto principal (habitualmente la actividad ilegal asociada con su barrio) y mantenían guerras territoriales para establecer su superioridad en el mercado. Se trataba de una delincuencia que, más que parodiar, replicaba la consolidación corporativa que había empezado a dominar la vida empresarial estadounidense.

El consiguiente repartimiento creó un mapa alternativo de Manhattan. Los Five Pointers dominaban el área en torno a Broadway y The Bowery; la zona de los Eastmans se extendía desde el Bowery hasta el río Este. En el resto de la isla, la Gas House, los Gophers, los Fashion Plates, los Marginals y los Pearl Buttons peleaban por sus respectivos territorios. Con una alta renovación de sus miembros, las bandas reclutaban en los muchos clubes sociales para jóvenes que proliferaron en el este y el oeste de la isla: creados por los jefes de los distritos locales, también tenían nombres sonoros como los Indios del Bowery o los Lanzados.

Se trataba de todo un mundo en sí mismo. Las normas habituales se habían dado la vuelta y pobre de aquel que incumpliera las nuevas. La banda de más éxito en los inicios de la década de 1890, los Whyos, ofrecía una lista de precios detallada para los encargos de chantaje y asesinato: una «paliza» solo costaba 2 dólares, pero «acabar con todo» subía a «100 o más». Los Baxter Street Dudes contaban con su propia sala de espectáculos en un sótano, que recibía el sarcástico nombre de Grand Duke's Theater. Jóvenes y desarrapados («cazadores de elefantes») llegaban desde toda la ciudad para correr a baquetazos a las bandas rivales o para ver obras representadas con decorados y atrezo robados.

Una gran atracción de este mundo era su liberación sexual (un punto a su favor, sin duda, en el seno de la moralidad puritana estadounidense), aunque esta únicamente funcionaba para los hombres. La escandalosa novela de Stephen Crane, *Maggie* , publicada en 1896, describe la inexorable fuerza de esta desigual transacción. Floreciendo «en una poza de cieno», su heroína solo cuenta con su juventud: «Empezó entonces a apreciar el valor de sus lozanas mejillas». Repugnada por la perspectiva del trabajo esclavo en las maquilas, Maggie empieza una relación con un gánster local. Una vez que este la ha utilizado, nada más puede hacer que convertirse en una de las chicas «de la vida alegre».

Si bien la prostitución era una de las principales fuentes de ingresos de las bandas, las mujeres jóvenes y fuertes también podían dedicarse a ella en sus propios términos. Además de las inevitables madamas y jefas de los salones, había bandas femeninas surgidas de clubes sociales como las Langostas, las Damas Descaradas del Cuarto Distrito y la Asociación de Damas Conductoras

de Camiones. El Club Social y Deportivo de Damas de Battle Row estaba afiliado a los Gophers: lideradas por la feroz Annie «la Combatiente», las Gophers femeninas, como también eran conocidas, habían demostrado su valía en frecuentes «combates contra la policía».

Pero la práctica totalidad de los líderes eran hombres: «tipos imponentes» como Paul Kelly, el jefe de los Five Pointers, y su guardaespaldas Biff Ellison; Dandy Johnny Dolan, de los Whyos, y Monk Eastman, tan poderoso que su banda tomó por nombre su apellido. Muchos líderes de éxito proclamaban su supremacía mediante su atuendo: Asbury señala que el «gánster realmente peligroso, el asesino, casi se confundía con un dandi». Kelly era «un tipo muy pulcro, de voz suave», mientras que a Ellison «le encantaba rociarse con perfume, y tenía su propia mezcla de esencias que un droguero compuso especialmente para él». [1]

En las casas de vecindad de Manhattan, esta sociedad subterránea ofrecía una inversión teatral, si bien mortífera, de los valores estadounidenses más típicos. El líder consagrado de una banda era, en efecto, el reflejo exacto del deportista universitario de éxito, el príncipe de sus dominios. Su poder significaba que muchos matones jóvenes tratarían de emular a la perfección sus palabras y sus acciones. En los últimos años del siglo, Eastman se convirtió en «uno de los ciudadanos más célebres del East Side, y muchos jóvenes empezaron a imitarle en su porte y en su forma de hablar. Llegó incluso a formarse una especie de escuela Monk Eastman de canallería y gansterismo».

Esta preeminencia sirvió para enmascarar la brutal realidad del mundo de las bandas. Por cada líder con prestigio había miles de matones jóvenes. Si bien su jefe podía ser un «tipo imponente», sus seguidores eran, literalmente, todo lo contrario. Asbury observó que «con el paso de los años, la miseria y las precarias condiciones de vida pasaron factura. Los informes de la policía y de las instituciones penitenciarias demuestran que el gánster común de los Gophers, los Eastmans y los Five Pointers no medía más de metro sesenta y pesaba entre cincuenta y sesenta kilos».

Estos pesos gallo sumaban a los efectos de la malnutrición y al pésimo estado de las viviendas su insaciable gusto por el alcohol y otros estimulantes, así como el peligro innegable de su profesión. Con la violencia como principio motivador fundamental, tenían muchas posibilidades de morir a cuchilladas,

por disparos o de una paliza antes de alcanzar la mayoría de edad. De hecho, esta realidad en términos de esperanza de vida significaba que muchos estaban decididos a experimentar lo que Luc Sante llama «toda la gama de emociones adultas, bajas y elevadas» durante su segunda década. Cuando alcanzaran los veinte años estarían muertos, en prisión o consumidos por completo.

Riis capturó esta intensidad en su fotografía de 1890. Sus personajes no estaban inmóviles, sino capturados en una breve suspensión entre una «incursión» y otra. Su bravuconería se sostenía en una agresividad caprichosa. El periodista tuvo la prudencia de señalar: «Que ningún lector se equivoque y los tome por jóvenes inofensivos», no más de media hora después de su encuentro, tres miembros de los Montgomery Guards fueron arrestados por un atraco a un vendedor ambulante judío entrado en años. Habían intentado serrarle la cabeza, «“solo para divertirse”, según ellos mismos confesaron. “El jodío judío apareció y allí estaba la sierra, y se la clavamos”».

Provenientes de distritos como Poverty Row (la calle de la pobreza), un conjunto de casas de vecindad en la Calle 28 Oeste, jóvenes como los Montgomery Guards tenían pocas posibilidades más allá de unirse para sobrevivir y, una vez agrupados, reproducir la ley del más fuerte que era su realidad social. Vieron en la aparición del vendedor una forma de reforzar su identidad de grupo, una fuente de orgullo y no de vergüenza. Confiaban en que, al contrario de lo que sucedería con la brutal fotografía para su ficha policial –su único encuentro posible con una cámara–, la foto de Riis convenciera al mundo de que eran hombres hechos y derechos, más que matones en miniatura capaces de asesinar a cualquiera.

Su despiadada bravuconería, no obstante, reforzaba la urgencia de las perspectivas reformistas. En 1893, el historiador Frederick Jackson Turner argumentó en un influyente discurso titulado «El significado de la frontera en la historia americana» que los espacios salvajes de Norteamérica habían sido finalmente dominados. La migración hacia el Oeste en busca de tierras y prosperidad que había alimentado en gran medida el éxito económico del continente durante el siglo XIX había alcanzado su límite. Apenas quedaba tierra libre y, tras el fracaso de la rebelión siux de la «Danza de los espíritus» en el invierno de 1890, tampoco casi ningún nativo americano fuera de sus nuevas reservas.

El espíritu salvaje del Oeste había encontrado un nuevo hogar en los baldíos metropolitanos y, sin ninguna vía de escape socialmente rentable, se había transformado en maligno. Era como si, en el preciso momento en el que finalmente habían perdido el continente que les había pertenecido durante miles y miles de años, los indios americanos hubieran penetrado en los espíritus de los salvajes niños de la calle. «A Growler Gang in Session» revelaba la incómoda verdad: el continente tenía una nueva población de nativos que necesitaba amansar. Los jóvenes gánsteres estaban saliendo de las sombras: millares y millares de réplicas de Jesse Pomeroy en potencia que guiñaban los ojos ante la inesperada luz.

■ ■ ■

A las puertas del cambio de siglo, la delincuencia juvenil había despertado la atención internacional y era considerada un grave problema social. En *Juvenile Offenders* , publicado en 1898, el criminólogo W. Douglas Morrison reflejaba que «tanto si miramos a nuestro país como al extranjero, tanto si consultamos los datos del Viejo Continente o del Nuevo Mundo, encontramos que la criminalidad juvenil muestra una clara tendencia al alza de forma invariable. Se trata de un problema que no está limitado a una sola comunidad: afecta a toda la familia de naciones; proviene de condiciones que son propias de la civilización».

En Gran Bretaña, la criminalidad juvenil se convirtió en una cuestión nacional al abrirse paso los hijos de la clase trabajadora urbana hacia la conciencia pública. Como señalaba un diario en 1898: «Nadie que haya leído los periódicos de Londres, Liverpool, Birmingham, Manchester y Leeds puede desconocer que el joven rufián y criminal de la calle, con su pesado cinturón, su traicionera navaja y su peligrosa pistola está entre nosotros. La pregunta que debe hacerse todo hombre al que le importe que las calles sean seguras al anochecer, decentes por la noche y no manchadas por sucios gritos y brutales actos, es qué hacer con esta novedad que suponen los chicos de la ciudad y los habitantes de los suburbios».

Pero esta situación no era aún el resultado de la criminalidad al estilo de Estados Unidos, sino un subproducto de la larga, lenta y parcial marcha de la

prosperidad imperial. Aunque un tercio de la población vivía por debajo del umbral de la pobreza, para la clase trabajadora alta la situación progresaba –con mejoras de la vivienda y en la alimentación, más infraestructuras para el ocio (fútbol, centros turísticos, auditorios...) y la creciente producción de bienes de consumo para el nuevo mercado de masas–. La mayor visibilidad y el aumento de las libertades de la juventud urbana suponían un reto para una burguesía preocupada que estaba decidida a hacer prevalecer su perspectiva de la sociedad.

La rebeldía de la juventud urbana era un problema desde mediados del siglo XIX . Tras el pánico generado por los robos con estrangulamiento a inicios de la década de 1860, aparecieron de forma regular en la prensa noticias sobre agresiones, disturbios en días festivos y riñas entre bandas durante las dos siguientes décadas. Estas «erupciones de desorden», como las llamó el crítico cultural Matthew Arnold, «tienden a ser cada vez menos nimias, a ser cada vez más frecuentes y no menos», lo que amenazaba «la profunda estructura del orden establecido y la seguridad». Las reformas, no obstante, habían avanzado en paralelo, con la institución en la década de 1850 de reformatorios separados y escuelas industriales para delincuentes menores de dieciséis años.

La educación era la preocupación principal de los adultos durante las décadas de 1870 y 1880 en lo que a la juventud concernía. Para muchos niños, la insistencia en la instrucción religiosa, la obligación de practicar deporte y los castigos físicos de las nuevas escuelas estatales hicieron de la asistencia a las aulas un campo de batalla. La ley de educación de 1880 fue especialmente impopular porque obligaba a la escolarización de los niños hasta los once años: la principal carga económica recaería ahora en las espaldas de los chicos mayores de esa edad, a menudo el principal soporte, cuando no el único, de las familias.



«Un *hooligan* hecho y derecho con solo diecisiete», *The Daily Graphic* .

La nueva ley logró, en buena medida, que los niños fueran a clase, con una asistencia cercana al 60 % durante la primera década desde su aprobación. Sin embargo, en los últimos diez años del siglo, el absentismo escolar se situó como la segunda falta más común cometida por menores: la supervivencia de la familia estaba por encima de la educación. La abundancia de puestos de trabajo no especializados para el grupo de edad entre catorce y dieciocho años subrayaba su importancia económica: mozos de cuerda, sirvientes domésticos,

chicos de los recados, vendedores ambulantes... Hasta cierto punto, esto suponía independencia y dinero en los bolsillos y, a la vez, nuevos productos de consumo destinados a estos precoces asalariados: ropa, ocio, revistas y cómics.

La asistencia obligatoria a la escuela produjo una población creciente de niños alfabetizados, ante lo que se desarrolló de forma paralela un mercado de lectura no marcado por las clases sociales. Este había sido desde tiempo atrás el campo de batalla de las novelas baratas y sensacionalistas, las *penny dreadfuls* , con sus historias de pícaros, asesinos, vagabundos e indios americanos, y de productos más instructivos como la *Boy's Own Paper* , la revista con ilustraciones y breves historias lanzada en 1879 por la Religious Tract Society. En la senda del éxito del irreverente *Ally Sloper's Half Holiday* (1884), una nueva variedad de publicaciones visuales como *Comic Cuts* y *Chips* nació con el objetivo de hacerse con los clientes alfabetizados y «semialfabetizados» por igual.

Estas dos publicaciones semanales incluían chistes, comentarios sociales, historias de pilluelos diversos y un alto nivel en sus ilustraciones. La suma de sus tiradas alcanzó el medio millón de ejemplares en 1890, lo que fomentó una oleada de imitadores. En 1893, el primer número de *Larks* destacaba una historia en primera página sobre los Bandidos de Balls Pond, cuyo logotipo incluía un lazo, un antifaz y una estaca: en seis viñetas, las ilustraciones avanzaban desde «la inscripción de reclutas» y «el juramento de lealtad» hasta el «consejo de guerra». Los miembros de esta banda de adolescentes peligrosos y malhablados suponían un reflejo invertido de su sociedad militarista: la guerra no era contra una potencia enemiga, sino contra la autoridad de los adultos.

Estas historietas, si bien escandalosas para muchos padres, encontraron un mercado receptivo porque reflejaban la actividad preferida de sus lectores adolescentes: echarse a la calle, formar pandillas y molestar a los adultos. Lo que para sus participantes era «divertirse un rato», esa experiencia en grupo que a veces, por aburrimiento, desesperación o mutuo envalentonamiento, se deslizaba hacia un vandalismo trivial o algo peor, era para muchos adultos burgueses la ruptura de los «sólidos hábitos feudales de subordinación y deferencia». Sus hijos pensaban diferente.

Emergió un nuevo tipo de banda urbana. En un sonado suceso de 1890, los *scuttlers* de Manchester se enzarzaron en una batalla campal que implicó a más

de 500 jóvenes. El término provenía de Lancashire, donde *scuttling* daba nombre a las peleas territoriales que mantenían entusiasmados los miembros de la bandas de barrio. Durante la última década del siglo pasó a denotar un nuevo estilo juvenil reconocible en todo el país, con su propia forma de vestir y una terminología espeluznante, que viajó desde Manchester (los Cuarenta, los Tigres de Bengala) a Birmingham (los Maravillosos Pálidos) a Liverpool (los Veloces) y el este de Londres (los Desfile de Monos y los Chicos del Emparrado).

Según los textos de la época, el «*scuttler* profesional» vestía «boina de matón», pantalones estrechos que se ensanchaban en las perneras (*narrow-go-wides*), chanclos de tacón fino con la puntera de latón y grandes cinturones personalizados con diseños resaltados con alfileres metálicos en forma de serpientes, estrellas y corazones perforados. El «experto en chicos» Charles Russell comentó que la variante de Manchester incluía «una bufanda blanca suelta», con el pelo «bien pegado sobre la frente», «una gorra bastante ladeada sobre un ojo» y pantalones «cortados –como los de un marino– con "campana"». Sus novias «habitualmente vestían chanclos, chal y una falda a rayas verticales».

Observadores como Russell podían tener la intención de situar a los *scuttler* en la tradición del entusiasmo juvenil, pero las noticias de la prensa de aquellos años muestran una realidad más oscura. En 1892 se produjo un espectacular asesinato en Manchester con tres miembros de la banda de la calle Lime de dieciséis años como protagonistas, los cuales «administraron» a un miembro de una banda rival una cuchillada en la espalda. El asesino, William Willan, fue sacado del tribunal descalzo y gritando: «¡Ay, maestro, no, tenga piedad de mí! ¡Solo tengo dieciséis años, me estoy muriendo!». La violencia tenía también una orientación racial: en un famoso caso de 1897 un inmigrante armenio fue asesinado por una banda del sur de Londres.

En agosto de 1898 estos altercados explotaron y se convirtieron en todo un escándalo nacional. Fue un verano inusualmente caluroso. Como se preguntaba *The Times* en un editorial: «¿Incendia el calor la sangre de los matones y los golfos de Londres con un efecto análogo al del clima meridional en los apasionados italianos o provenzales?». Las celebraciones del puente del último fin de semana de agosto supusieron una oleada de arrestos en la capital

por desórdenes públicos: alcoholismo, peleas, robos y agresiones a la policía. La prensa, que consideró inadecuados los epítetos tradicionales, introdujo un nuevo apelativo: el *hooligan* . [2]

Con su peyorativa alusión a los irlandeses, [*] el término permitía definir de manera sucinta un problema social urgente. Aquel verano, todos los disturbios causados por bandas quedaron marcados por la nueva expresión, ya fueran protagonizados por los Lion Boys y la Pistol Gang del barrio de Clerkenwell, los chicos de Drury Lane o los de Fulham. Los propios implicados asumieron de buena gana la estimación de sus actividades por parte de la prensa. En un incidente muy publicitado, miembros de la banda de los Chicos de Somers Town volcaron la carretilla de los helados de un vendedor italiano y atacaron a la policía. Cuando huían se les oyó gritar: «No perdáis de vista a la banda de los Hooligans».

Los periódicos ingleses establecieron por primera vez un vínculo explícito entre la ropa y la delincuencia. *The Daily Graphic* describió en detalle al mohicano acusado en un proceso judicial del verano de 1898: «Lleva el pelo tan corto como es posible, con la excepción de una pequeña zona en la coronilla, peinada hacia delante y sobre la frente para formar un flequillo». Poco después, el mismo diario diseccionaba el uniforme *hooligan* : «Todos llevan una peculiar bufanda enrollada en el cuello, una gorra muy inclinada hacia adelante que les cubre por completo los ojos y pantalones muy estrechos en la rodilla y muy anchos en los tobillos».

En su novela de 1899 *The Hooligan Nights* , Clarence Rook caracterizó por su vestimenta a su protagonista, Alf, un chico de diecisiete años «preparado para el conflicto». En este nuevo formato, el dandismo coexistía con la violencia: «En torno al cuello llevaba el pañuelo azul con lunares blancos que mi memoria siempre recordará de él; bajo este, un jersey fino». El «fuerte cinturón de cuero» del pandillero no era su única arma: «Metió una mano en el bolsillo del pecho y, mirando con cautela a su alrededor, sacó una navaja de aspecto práctico que sopesó un momento, como si su peso le transmitiera seguridad».

Rook describía una nueva clase urbana que no concordaba con el bruto canallesco de la imaginación popular. Alf «mide un metro y setenta centímetros. Es delgado, activo y fuerte. Su rostro no es en modo alguno

brutal; es inteligente y da muestras de una naturaleza muy nerviosa. Los ojos son su rasgo más destacado. Parecen poder girarse por completo alrededor de la cabeza, como los de un pájaro; cuando está enfadado, brillan con una furia que es casi demoníaca». Al haber afrontado «la realidad desde la infancia», Alf era un joven práctico, escurridizo y camaleónico adaptado a la perfección a las exigencias de la vida contemporánea en la metrópolis.

Publicado meses después de que se desatara el pánico a la delincuencia juvenil, la descripción que hacía Rook de este joven del sur de Londres que «se comportaba según la tradición de los *hooligans* » era inusualmente equilibrada. Su objetivo era ofrecer «una fotografía del joven que pasea de un lado para otro entre ustedes, listo para meter una mano en sus bolsillos, desvalijar a toda prisa sus casas e incluso aporrearlos en un rincón oscuro si le merece la pena». A quienes lo acusaron de estar presentando la delincuencia en «términos atractivos», les respondió con la argumentación propia del periodismo: «No elogio el comportamiento de mi joven amigo ni tampoco lo disculpo. Tan solo lo expongo ante ustedes como un hecho que es necesario afrontar».

Desde su propia perspectiva, los *hooligans* y los *scuttlers* intentaban ser dueños de su destino. Agruparse en bandas y participar en disputas territoriales era una forma de hacerse valer, de disfrutar de un poco de emoción y de trascender una vida que era un callejón sin salida. Sin embargo, no todos los adultos eran tan comprensivos como el amanuense de Alf. Demonizados por la prensa, los pandilleros y los *hooligans* recibieron su merecido en los años posteriores. Una vez detenidos, eran llevados, como señaló un testigo, «en manada ante los tribunales, a menudo para recibir sentencias brutales».

El *hooligan* apareció en la prensa en los últimos años del siglo XIX como una amenaza a la sociedad, pero, en realidad, era un tipo de joven que reflejaba los valores de sus gobernantes a través de un prisma apenas distorsionado. El joven protagonista de Clarence Rook maltrataba a su chica y pensaba que los extranjeros eran «una clase de personas» que merecían «mucho desprecio». Alf, haciéndose eco directo de la exhortación de la escuela pública de Henry Newbolt, también sentía que la policía, aunque pudiera considerarse su enemigo natural, «entra al juego y se merece un tratamiento acorde». Como declaraba en su conclusión: «No debes matarlos, al menos mientras participen en el juego, y en el juego no se apuesta con vidas».

Sin embargo, el escándalo de los *hooligans* imprimió una premura extra a los llamamientos a la reforma de la política británica relativa a la delincuencia juvenil. La doctrina del Ejército de Salvación del general Booth, que sugería traslados masivos desde los suburbios a las colonias, no era una opción viable. Cuando llegó el cambio de siglo, este era un problema tan acuciante que incluso al ficticio Alf se le solicitó su opinión de experto. Recomendó atrapar «al joven delincuente», «sacarlo de su entorno y enseñarle una profesión. Hacerlo marino, soldado, que aprenda carpintería o albañilería, cualquier cosa que le facilite un empleo y un salario regular».

■ ■ ■

Dos años después del verano de los *hooligans* , otro tipo de joven maleante muy visible irrumpió en un escenario nacional. En diciembre de 1900 un periodista llamado Henry Fourquier señaló irónico en *Le Matin* que París tenía la suerte de contar con una tribu propia de apaches que parecían haber cambiado las montañas Rocosas por un distrito especialmente insalubre de la capital. Los definió como jóvenes seminómadas sin ninguna influencia parental obvia y que estaban logrando conformar lo que la policía denominaba un ejército de criminales.

Los apaches saltaron a la prensa aquel verano como los últimos de una serie de bandas de los barrios pobres con nombres vistosos como *Les Coeurs d'Acier* (Corazones de Acero), *Les Aristos* (Aristócratas) y *Les Riffaudes* (Riffaud, un apellido). El origen del nombre era incierto, aunque según el historiador de la delincuencia Claude Dubois, era el resultado inevitable de la fascinación francesa con los indios americanos y la cultura estadounidense que había comenzado con la novela de James Fenimore Cooper *El último mohicano* (1826). Ya en la década de 1860 se utilizaba el término *Peaux-Rouges* (pieles rojas) para describir a los residentes jóvenes más visibles del submundo parisino.

Es posible que el término a*pa* che fuera un juego de palabras con *Pa* rís, su ciudad de origen, pero fue su extravagante vestimenta lo que los hizo destacar. Esta consistía en una chaqueta negra con una camisa de color debajo, a veces combinada con un fular. El elemento más sorprendente de su atuendo eran sus

pantalones «dolor de barriga». Eran prendas de fieltro toscamente confeccionadas con bolsillos lo bastante holgados para permitir a los matones abrazarse la tripa sin sacar las manos de los bolsillos, como si tuvieran un grave problema digestivo. El conjunto lo coronaban una gorra plana, tatuajes y un sarcástico aire de orgullo burgués.

Hasta el verano de 1901 el apache fue un fenómeno local. Sin embargo, el espectacular juicio a Joseph Pleigneur, alias Manda, por acuchillar a Dominique Leca contribuyó a dar a conocer a la tribu al gran público. No era un relato edificante: Manda y Leca eran ambos proxenetas de París y la pelea había sido por una joven prostituta, Amélie Hélie, también conocida como *Casque d'Or* (Cabeza de Oro), que había sido tanto novia como empleada de ambos. La prensa parisina tiró la casa por la ventana con el caso y aunque los apaches no habían estado implicados directamente, se vieron enredados en este escándalo de los bajos fondos.

En los primeros meses de 1902 estos salvajes del territorio urbano difícilmente eludían las páginas de *Le Matin* y *Le Journal* , diarios con circulaciones superiores al millón de ejemplares. El término «apache parisino» terminó por utilizarse para todas las fechorías juveniles. Las parodias se multiplicaron en los clubes de Montmartre, a imitación de la lengua de los indios: «*Casque à Manda casqua; plaqua Leca, l'apache* ». Cuando llegó la hora del juicio a Manda a finales de mayo, el incidente se había convertido en un circo tal que Amélie Hélie estalló en el tribunal: «*Les Apaches! Les Mohicans! Casque d'Or! Tout ça c'est des inventions des journalistes. Entre nous, on s'appelle les copains!* ». [3]

Como los *hooligans* , los apaches eran en esencia una creación de los medios, que amplificaban las actividades delictivas de una pequeña sección de la juventud francesa y generalizaban una atmósfera de temor. Tal furor tuvo, no obstante, consecuencias imprevistas. Si bien Manda y Leca fueron enviados a las colonias penales de la Guayana Francesa (de donde nunca regresarían), el estilo con el que habían sido asociados empezó a trasladarse de los barrios sin recursos del centro de la ciudad a los suburbios, de los pobres urbanos sin derechos a los jóvenes obreros descontentos. Lo que la prensa había visto como un escándalo sustancioso, los jóvenes desafectos lo interpretaron como un llamamiento.

En su viva reconstrucción, Michelle Perrot describe al apache como «un joven de dieciocho a veinte años, que vivía en grupo y en la ciudad. Ese joven obrero de las periferias urbanas, sobre todo las parisinas, pertenecía a un barrio que daba nombre a su pandilla, y tenía una familia que le repelía. Rechazaba todo trabajo asalariado y la condición proletaria de su parentela; huía de los pobretones y los "tronados"». Las fábricas y la pobreza son su pesadilla; tiene sueños incumplidos de consumo. Le gusta deambular, recorrer los largos bulevares; es un intruso: natural de los suburbios, quiere estar en el corazón de la ciudad.

> Iba bien vestido, con su traje ajustado, su pañuelo blanco de seda, su típica gorra de visera a cuadros y zapatos o botas de charol o muy brillantes. Era una elegancia desenvuelta por la que a veces los trabajadores del extrarradio lo tachaban de afeminado. Siempre estaba dispuesto a montarse en un automóvil: su ambición suprema era «el coche». El apache no paraba de soñar con salidas, amigotes y amoríos. Le gustaban los bailes y las chicas. En las pandillas apaches, las mujeres tenían un estatus ambiguo, a la vez eran muy libres –cambiaban de hombre en cuanto ya no les gustaba– y muy sujetas. Los apaches se pegaban por ellas y ellas se vendían por ellos, que eran medio proxenetas. El dinero tenía su importancia, pero no absoluta. En la formación de sus parejas influía mucho el atractivo mutuo. El apache era un sentimental, un dandi de los arrabales que tenía sentido del honor y gusto por la distinción. No se resignaba. Quería ser alguien, salir en «los papeles». Anarquista espontáneo, consideraba el robo una restitución y practicaba la «recuperación individual» en la persona de los burgueses, los «pavos» que se le ponían a tiro. El paso por la prisión de Fresnes, la gran cárcel de la región parisina inaugurada en 1898, era algo así como un rito de iniciación.

Como el escándalo de los *hooligans* , la llegada de los apaches fue utilizada por los defensores de la ley y el orden para hacer frente a lo que llamaban «crisis punitiva». Al encarnar un temible incremento de la delincuencia juvenil, a estos *voyous* solo se les podía tratar con el látigo y otras formas de castigo

corporal. Fueron incluso invocados para impedir la abolición de la pena de muerte en Francia. Durante la década posterior al *affaire Casque d'Or,* el término apache se desvinculó de un grupo concreto para convertirse en una palabra genérica (como *hooligan* al otro lado del canal de la Mancha) para definir a cualquier tipo de rufián o delincuente de poca monta.

Pese a estar concebida para despertar la conciencia sobre un problema social y, por tanto, hacer posibles sus soluciones, la publicidad que rodeó a la delincuencia juvenil en Gran Bretaña, Estados Unidos y Europa en la última década del siglo XIX tuvo un efecto ambiguo. Desde el punto de vista de los periodistas, la delincuencia era un preocupante fenómeno novedoso que llevaba la violencia, cuando no la propia guerra, al mismo corazón de la comunidad. Dependiendo del lado de la alambrada donde uno se encontrase, la solución era la mejora de las condiciones en los barrios bajos o un rápido traslado al Ejército, e incluso, aún mejor, a los más oscuros rincones de las colonias.

■ ■ ■

1. Ellison también regentaba una taberna que atendía a los homosexuales y era conocida popularmente como el «Salón de la Paresia», en referencia a los efectos físicos de la sífilis.
2. El origen del término está envuelto por un velo de misterio. En 1899, Clarence Rook señaló a un individuo en concreto, Patrick Hooligan, como el «Buda» o «Mahoma» de esta «secta» y ofreció un bosquejo biográfico de un gorila del barrio londinense de Lambeth que mató a un agente de policía y más tarde murió en prisión. «Poco hay destacable en su carrera. Pero debió este hombre de tener una enérgica personalidad, una expresividad, una capacidad de fascinación que lo convirtieron en todo un personaje [...] sea como sea, aunque su idiosincrasia puede haber quedado oscurecida por la leyenda, vivió, murió y dejó una gran tradición a su espalda». Parece sensato considerar su descripción más como la elaboración de un mito que como una biografía. En su investigación del origen del término, Geoffrey Pearson cita varias posibilidades: una corrupción del término estadounidense *hoodlum* (matón); dos hermanos apellidados Hoolehan que eran boxeadores; o un adaptación del apellido de un estafador -Edward Hooley- que apareció en la prensa por aquel entonces.
3. «¡Apaches! ¡Mohicanos! ¡Cabeza de oro! Todo eso son inventos de los periodistas. Nosotros nos llamamos colegas».

---

* N. del T.: Fagin es el personaje de *Oliver Twist* que recluta a los niños para convertirlos en delincuentes.

* N. del T.: Hooligan es un apellido irlandés.

CAPÍTULO 4

«Una repentina visión del paraíso»
L. Frank Baum y el país de los sueños de Oz

■ ■ ■

Es muy posible que la idea diurna represente en la formación del sueño el papel del socio industrial: el socio industrial posee una idea y quiere explotarla; pero no puede hacer nada sin capital y necesita un socio capitalista que corra con los gastos. En el sueño el capitalista que corre con el gasto psíquico necesario para la formación del sueño es siempre, cualquiera que sea la idea diurna, un deseo de lo inconsciente.

Sigmund Freud, *La interpretación de los sueños* , 1900.



Anna Laughlin caracterizada de Dorothy en el espectáculo musical *El mago de Oz* , 1902.

En el verano de 1893, Helen Keller visitó la Exposición Universal de Chicago, la gigantesca feria celebrada en las afueras de la ciudad para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América. Más tarde, evocaría: «Allí, con una dicha sin mezcla de cosa que la turbase, vi realizarse mil sueños de mi infancia. Cada día hacía con la imaginación un viaje alrededor del mundo, y gozaba de los maravillosos espectáculos que proporcionan las extremidades de la tierra. Mis dedos tocaban las invenciones del genio, los tesoros de la industria. Por todas partes alrededor de mí se exhibía lo que la actividad humana ha producido de más grande en todas sus manifestaciones».

En el Estados Unidos de la Edad Dorada, la juventud estaba asociada de manera indisoluble a la fantasía, a la imaginación y a las escenas oníricas comerciales. Helen Keller encarnaba esta vinculación en un grado superior: sordomuda y ciega, estaba atrapada en sus sentidos y obligada a depender, en un nivel considerable, de la imaginación. En la última década del siglo, gracias a su valiente superación de estas dificultades, se había convertido en una de las jóvenes más conocidas de Estados Unidos (se le concedió una audiencia en la Casa Blanca y entabló amistad con Alexander Graham Bell, el inventor del teléfono).

Esta visita a la exposición supuso un punto culminante en su vida. Pasando los dedos «sobre los tesoros», Keller se sintió transportada: «La blanca ciudad del Oeste era para mí un caleidoscopio tangible. Todo me fascinaba, sobre todo las esculturas francesas en bronce, llenas de vida, como si el artista hubiese sorprendido a los ángeles y los hubiese hecho servir de moldes vivos». Su éxtasis se repitió en otros jóvenes visitantes, que quedaron asombrados por las exposiciones y los puestos de recuerdos, palomitas, hamburguesas y refrescos. Era «como tener una repentina visión del paraíso».

Con 50 000 expositores de cincuenta países, el tamaño y el alcance de la Exposición Universal de Chicago eran inauditos. Entre el primer día de mayo y el último de octubre de 1893 visitó la muestra un cuarto de la población total con la que contaba entonces Estados Unidos. Como ningún otro acontecimiento lo había logrado antes, ofrecía una panorámica completa de un continente en su momento de afirmación. Era, sobre todo, el lanzamiento internacional de Estados Unidos, de su industria, de su cultura y de la

percepción que tenía el país de su modo de vida, capaz de rivalizar con Europa. Era, según el viajero y diarista Henry Adams, «la primera expresión del pensamiento americano como unidad».

Con su arquitectura academicista francesa en un blanco deslumbrante y a escala gigantesca, el recinto de 250 hectáreas del parque Jackson era la representación de una ilusión con la capacidad de transformar la realidad mediante la mera fuerza de la voluntad. Para algunos europeos tenía las características de una alucinación: un turista alemán señaló que tenía miedo de cerrar los ojos porque todo pudiera «desaparecer como en un sueño». La mayoría de los estadounidenses compartía este asombro. Como recordaba Henry Adams: «Aquí había una brecha en la continuidad, ¡una ruptura en la secuencia histórica! ¿Era real o solo aparente?».

A partir de la exposición de 1893, Estados Unidos no se definiría únicamente por la increíble fertilidad de sus capacidades comerciales y tecnológicas, sino también por su habilidad para hacer surgir sueños tangibles de la nada. En lo más profundo de este truco de magia residía una juvenil sensación de inocencia; de hecho, era el elemento que le aportaba el ingrediente esencial de la sinceridad. También estaba en consonancia con la propia definición que Estados Unidos hacía de sí mismo como un país joven. En un continente que sería definido por su apetito por el placer, la intensidad de la juventud fue elevada a principio básico nacional.

■ ■ ■

Entre los 27 millones de visitantes a la exposición se encontraba un viajante de treinta y siete años. En 1893, L. Frank Baum había ya pasado por distintas ocupaciones: dramaturgo, propietario de un teatro, de un comercio y editor de prensa. Dos años antes se había trasladado con su mujer y sus cuatro hijos desde las tierras vírgenes de Dakota del Sur a Chicago. Una vez inaugurada la Ciudad Blanca, como se apodó a la exposición, Baum visitó el recinto varias veces. Con su desbordada admiración por lo fantástico y lo infantil, quedó fascinado por esta ciudad amurallada donde «todo el mundo parecía feliz, satisfecho y próspero».

En esos mismos días, un joven ilustrador llamado W. W. Denslow andaba ocupado reproduciendo la maravillosa exposición: «La inmensidad de las instalaciones es literalmente asombrosa», escribió en su diario. Según Michael Hearn: «Denslow pasó prácticamente todos los días de la exposición en la Ciudad Blanca, haciendo bosquejos de vistas y personajes para el *Herald* de Chicago». Denslow estaba también fascinado por la naturaleza artificial, ecléctica y pasajera de los edificios en apariencia monumentales de la exposición: «Lo primero que pensé, sabiendo que solo servirían para el breve lapso de seis meses, fue que compondrían una ruina magnífica cuando todo hubiera terminado».

Ambos hombres se guardaron estas impresiones para un uso futuro. Con su interés en el credo holístico de la teosofía, Baum era muy consciente del «innato anhelo en nuestra naturaleza por desenmarañar lo misterioso; por buscar alguna explicación, por ficticia que sea, de lo inexplicable en la naturaleza y en nuestra existencia diaria». Según avanzaba la década, encontró una nueva vocación de escritor: tras la publicación de *Mother Goose in Prose* , en 1897, decidió escribir un nuevo tipo de cuento para niños que también aspirara a definir Estados Unidos en un momento crucial de su historia.

En noviembre de 1899, el equipo responsable del libro infantil de más éxito aquel año, *Father Goose* , presentó su siguiente proyecto al editor George M. Hill. *La ciudad esmeralda* sería ilustrado por Denslow, con texto de Baum. Publicado en agosto del año siguiente con el título *El maravilloso mago de Oz* , el libro contaba con veinticuatro láminas a color y más de un centenar de ilustraciones así como con una llamativa portada en verde y rojo. Agotó la primera edición en dos semanas y se convirtió en el libro infantil superventas de la Navidad de 1900.

El maravilloso mago de Oz estaba concebido como una ruptura con la tradición. Baum expuso en su introducción: «La educación moderna ya contempla la moralidad, por lo tanto, el niño de hoy en día solo busca entretenimiento en los cuentos maravillosos y prescinde con mucho gusto de todas las escenas desagradables. Con esta idea en mente, el cuento de *El maravilloso mago de Oz* se escribió únicamente para placer a los niños de hoy. Aspira a ser un cuento de hadas modernizado que conserva la magia y la dicha y deja de lado el sufrimiento y las pesadillas». Esta era una historia

estadounidense, llena de «emocionantes aventuras», «dificultades inesperadas» y «sorprendentes evasiones».

Con el objetivo de superar «el antiguo cuento de hadas», Baum abre y cierra su historia en un Estados Unidos que pertenece, claramente, al final del siglo XIX : la «gran pradera gris» de Kansas paralizada por la crisis agrícola. Dorothy empieza el libro huérfana, vive con sus tíos y su perrito Toto es la única luz en su vida. Sorprendida por un tornado, «había desaparecido de pronto de su propio país y había ido a parar a un lugar desconocido». Oz es una región fantástica, saturada de colores, llena de personas diminutas, bestias antropomórficas y brujas todopoderosas, y la trama se centra en aventuras de magia y transformación.

Esta tierra imaginaria, sin embargo, estaba enraizada en la realidad estadounidense. Al igual que la pradera gris de Kansas provenía de la vida miserable de Baum en Dakota del Sur, la Ciudad Esmeralda que dio su primer título al libro se inspiraba en la efímera Ciudad Blanca de la Exposición Universal de 1893. Denslow había quedado especialmente fascinado por su fantástica arquitectura y en las ediciones originales de Oz los capítulos estaban encabezados por una ilustración con minaretes y cúpulas cubiertos de esmeraldas, un único elemento fantástico en forma de rostro con ojos de esmeralda y una vista panorámica del perfil de la ciudad con sus torres y cúpulas.

Esta conexión se veía reforzada por la descripción de la ciudad que hacía Baum, con sus guardias, ajetreadas tiendas que vendían «pirulíes verdes y palomitas de maíz verdes» y su comodidad basada en la tecnología. La ilusión pasaba a ser percepción, como el mago finalmente admitía: «Solo por divertirme y tener a esa buena gente ocupada, ordené que construyeran esta ciudad y mi palacio; y ellos lo hicieron bien y de buena gana. Después, como el país era tan verde y bonito, pensé que se llamaría la Ciudad Esmeralda y, para que el nombre encajara mejor, puse anteojos verdes a todo el mundo para que lo vieran todo verde».

El maravilloso mago de Oz , cautivador desde el primer momento para los niños, también apelaba a los adultos por su profundidad psicológica. Publicado meses después de *La interpretación de los sueños* , de Sigmund Freud, el texto de Baum se sostenía sobre poderosas evocaciones de ascensos y caídas: un estado

de ensoñación arquetípico en el que, según Freud, «el sentimiento placentero a ellas enlazado se transforma en angustia». A pesar de la explícita intención de Baum de dejar a un lado las anticuadas pesadillas de los cuentos tradicionales europeos, Oz estaba llena de engaños, desestructuración y un miedo generalizado.

Freud creía que los sueños eran producto del conflicto entre las fuerzas inconscientes (deseos primitivos de naturaleza sexual o destructiva) y los controles conscientes exigidos por la civilización. «Pero si nuestro pensamiento crea durante el día tan diversos actos psíquicos –juicios, conclusiones, refutaciones, hipótesis, propósitos, etc.–, ¿cómo puede quedar obligado luego, durante la noche, a limitarse única y exclusivamente a la producción de deseos? ¿No habrá quizá gran número de sueños que entrañen otro acto psíquico distinto; por ejemplo, una preocupación?».

Los sueños eran, por tanto, no solo fantasías al azar, sino claves psíquicas de cuanto reprimía la civilización moderna. «Aquello que dominaba en la vigilia, cuando la vida psíquica era aún muy joven y poco trabajadora, aparece ahora confinado en la vida nocturna, del mismo modo que las armas primitivas de la Humanidad, el arco y la flecha, han pasado a ser juguetes de los niños». La palabra clave era, no obstante, «aparece». La mera incidencia de las varias patologías comentadas por Freud revelaba que este atavismo estaba lejos de haber sido extirpado: en realidad, amenazaba con estallar en cualquier momento.

«Lo inconsciente es lo psíquico verdaderamente real», escribió Freud en 1900. Esta conclusión tendría muchas aplicaciones diferentes. Tanto *El maravilloso mago de Oz* como *La interpretación de los sueños* se publicaron cuando la vida empresarial estadounidense buscaba activamente dar forma física –mercantilizada, de hecho– a los impulsos y percepciones inconscientes. Todo esto le sería de utilidad al nuevo orden económico y social de emulación materialista que el sociólogo de Chicago Thorstein Veblen, en su polémica obra de 1899 *Teoría de la clase ociosa* , denomino «consumo ostensible».

■ ■ ■

A finales del siglo XIX creció rápidamente el apetito de la población por la palabra impresa, ya fuera en forma de libros, revistas, periódicos o publicidad. El simbolismo pictórico y verbal se convirtió en parte integral del flamante paisaje urbano y en elemento esencial de la nueva psicología de masas. Como había alertado Gustave Le Bon, la muchedumbre «piensa por imágenes, y la imagen evocada evoca también, a su vez, otras múltiples que no tienen lazo alguno lógico con la primera. Concebimos sin gran dificultad tal estado, pensando en las extrañas sucesiones de ideas a que somos conducidos a veces por la evocación de un hecho cualquiera».

La imagen había sido el elemento que había vilipendiado la enseñanza puritana, precisamente, y su producción en masa marcó el declive de la religión fundadora de Estados Unidos y su sustitución por un nuevo panteón secular. La última década del siglo XIX asistió a un profundo cambio de valores, resumido por T. J. Jackson Lears y Richard Wightman Fox como «el traslado desde la salvación protestante en el más allá a la terapéutica realización del individuo en el más acá». En esta nueva moralidad, los viejos ideales de abnegación y trascendencia fueron reemplazados por «nuevos ideales de realización personal y gratificación inmediata».

Las viejas certezas ya no eran suficientes. En el camino al materialismo, las experiencias y deseos de los migrantes internos, que huían de la desoladora crisis de una economía rural derrumbada, así como de los inmigrantes de segunda generación, liberados del estático mundo europeo de sus padres, fueron de vital importancia. La Ciudad Blanca de 1893 afirmaba que el genio estadounidense residía en la teatralidad, el espectáculo, la acumulación y la consecución inmediata del placer: un nuevo tipo de perspectiva imaginativa elevada a principio fundamental del país que lograría vincular entre sí a ciudadanos tan dispares.

Los sueños acabaron por definir Estados Unidos con la consumación tanto del credo económico como de una desesperada necesidad. Las visiones de futuro se convertían en dinero, adoptando formas tangibles en los parques temáticos, los quinetoscopios, los tabloides, los libros superventas, las partituras y la cornucopia de bienes de consumo que podían encontrarse en grandes almacenes o en catálogos de venta por correo. Todos estos nuevos productos ofrecían un alejamiento inmediato de las exigencias de la realidad

cotidiana, un consuelo por la pérdida de libertades y una celebración del estilo de vida en la metrópolis. La salvación se podía encontrar a través del consumo: cada cual era lo que consumía. Los sueños se compraban.

Gracias al gran artista/embaucador P. T. Barnum, conseguir que el producto pareciera irresistible era ya considerada una destreza particularmente estadounidense. En el cambio de siglo, no obstante, los publicistas empezaron a trabajar con nueva tecnología fílmica y de impresión, así como con la nueva psicología, para ir más allá, para modelar los deseos conscientes e inconscientes. Subyacía a este *ethos* una actitud hacia la identidad que reflejaba la experiencia de muchos estadounidenses desvinculados de su pasado: la identidad no era sencilla y fija, sino fluida y construida de forma social, una adaptación no solo personal, sino nacional.

De una moralidad victoriana que valoraba la prudencia y la cautela en tiempos de escasez emergió un *ethos* exuberante y terapéutico que ensalzaba la nueva abundancia de objetos. Los estadounidenses ya consumían importantes cantidades de supuestos medicamentos promocionados por charlatanes, que proclamaban sus bondades como tónicos para cualquier enfermedad posible: «Todo desorden nervioso, molestias biliosas, pérdida de apetito y debilidad general». Los medicamentos curalotodo y los saberes tradicionales de los indios americanos no eran más que la versión más burda de la publicidad dominante, que desde los últimos años del siglo promocionó sus productos en términos de «energía y dinamismo» a un país obsesionado con la salud y la vitalidad.

Este nuevo vitalismo, sostenido en la riqueza futura y no en la escasez, prometía energías renovadas en la identidad fluida, con el desarrollo personal y la realización como objetivos últimos y la intensidad del momento como tónica. Esta perspectiva concordaba con el desarrollo de una nueva percepción auténticamente estadounidense en entornos urbanos futuristas y comprimidos como el Loop, el distrito financiero de Chicago. [1] Mientras que los europeos entendían el tiempo como una secuencia de acontecimientos, con el presente detrás del pasado, para cada vez más estadounidenses el tiempo representaba una instantaneidad total, un *ahora* prolongable hasta el infinito.

En estos torbellinos de fabricación humana, los jóvenes, con una corteza cerebral en desarrollo y mayor fortaleza física, terminarían por prevalecer. De hecho, una gran parte de lo que el filósofo francés Henri Bergson denomino

élan vital era la atracción de la juventud. Si un buen estado de forma y de salud era a lo que aspiraba la sociedad estadounidense, la juventud, que encarna de modo natural estas características, sería el ideal más atractivo para todas las edades. Alcanzado el nuevo siglo, los publicistas estaban utilizando a estudiantes universitarios de clase media-alta para promocionar ropa y productos deportivos, en el ambicioso *ethos* que Veblen había definido con tanto acierto: «emulación pecuniaria».

Las mujeres tenían un papel relevante en este nuevo *ethos* dirigido a lo más íntimo. Con la demarcación del hogar como «la esfera de las mujeres», la mayoría de las decisiones relativas al consumo quedaba en manos de la «dueña soberana» de la casa. La ampliación de los empleos de oficinista ofreció libertades a las mujeres todavía inconcebibles en Europa. Los publicistas empezaron entonces a utilizar a mujeres jóvenes y atractivas para vender cosméticos, ropa y cocinas de gas. En una campaña de principios de siglo de la marca de cereales para el desayuno Quaker Oats, el dibujo de una fornida joven venía acompañado del eslogan: «Aleja la vejez alimentando todo el sistema».

■ ■ ■

Parte importante de la vitalista economía estadounidense de los sueños fue la floreciente industria musical. Tras el éxito sin precedentes conseguido en 1892 por Charles K. Harris con «After the Ball», que logró vender un millón de copias, llegó el momento de los compositores y productores neoyorquinos de la Tin Pan Alley: en 1900 se vendieron 2000 millones de copias de partituras musicales. Las canciones populares se hicieron parte de la nueva identidad nacional de Estados Unidos. En este estilo popular, las habilidades musicales reales carecían de importancia ante la prevalencia de la intensidad emocional y la excitación rítmica. Como la propia publicidad, las canciones populares estadounidenses concordaban con la definición que el país se otorgaba: «una democracia enérgica y combativa».

Las mismas canciones populares se publicitaron de forma agresiva desde sus inicios: Charles K. Harris pagó de su bolsillo para insertar «After the Ball» en la popular comedia musical *A trip to Chinatown* . En un folleto llamado *Cómo*

escribir una canción popular , Harris aconsejaba a sus lectores «buscar en los periódicos la línea argumental», «estar al corriente de los estilos en boga» y «conocer las leyes de derechos de autor». Sostenida por inmigrantes recién llegados y los hijos de la clase media-baja, la industria de la música popular alcanzó sin dificultades la fibra sensible del público al reproducir sin pudor emociones sinceras y sentimentales y escenarios desgarradores.

Sin embargo, para muchos jóvenes estadounidenses, melodramas como «After the Ball» no estaban a la altura de sus expectativas. Querían algo que realzara mejor sus incansables sinapsis y empezaron a encontrarlo en la nueva música que, aunque la industria musical la ignorara, sonaba por todas partes. En *Maggie* , la heroína de Stephen Crane y su amante, un gánster, entran en un bar del centro de la ciudad donde «la orquesta interpretó unas cuantas melodías negras, y un versátil batería empezó a golpear, martillear, aporrear y rascar una docena de máquinas de hacer ruido». Con el agitado ritmo de la música «la chica se entregaba a largos ensueños».

La música popular ofrecía una vía para que los negros pudieran empezar a incorporarse a la sociedad estadounidense. A pesar de los esfuerzos de políticos afroamericanos como Booker T. Washington, que fue invitado a la Casa Blanca por Theodore Roosevelt en 1901, la vida para la mayoría de los negros era sombría. Las estadísticas de linchamientos (más de cien al año durante la década de 1890) eran solo la punta del iceberg. «La mayoría no tenía futuro ni esperanza de hacerse con uno –escribe James Lincoln Collier, el biógrafo de Louis Armstrong–. No podían esperar más que trabajo, pobreza, enfermedades y muerte. Una filosofía de *carpe diem* era la única postura sensata en tales circunstancias».

Los más acérrimos se dedicaban al placer y a las sensaciones exaltadas del momento en los barrios rojos con los que contaban las ciudades de todo el país: Chicago, San Luis, Kansas, Nueva Orleans... Durante el último cuarto del siglo XIX, el crecimiento de estos barrios ofreció trabajo regular a la gran masa de músicos errantes. Tocar en los clubes y salones se convirtió en un rito de paso viable para muchos jóvenes negros, tanto hombres como mujeres. [2] El interés del gran público estadounidense por la música negra ya se había visto estimulado por la popularidad del *minstrel* , esos espectáculos con un evidente

tono racista donde artistas blancos actuaban con la cara pintada de negro, y en los últimos años del siglo estaba preparado para algo menos artificial.

En 1898, el *ragtime* despegó y se puso de moda en todo el país. Era una música que aunaba los ritmos irregulares de los locales menos sofisticados con los dos tiempos de la clásica marcha militar de John Philip Sousa, [*] y terminó por abarcar una forma de vida con su propio baile (el novedoso estilo *cakewalk*), modas e incluso lenguaje. Como decía una canción: «Tengo costumbres *ragtime* y hablo así. / Duermo en *ragtime* y hago *rag* todo el día. / Tengo problemas *ragtime* con mi mujer *ragtime.* / Llevo sin duda una vida *ragtime* ». El nuevo estilo musical en boga, enfrentando lo viejo con lo nuevo con una síncopa doble, capturaba el desorden entusiasta de un continente en transición.

El *ragtime* se pudo oír en la exposición de 1893, pero no en la ciudad amurallada, sino en los garitos que rodeaban el recinto. La primera publicación de un *ragtime* por un músico blanco, en junio de 1897, fue seguida por otras de artistas negros. De todas ellas, «Maple Leaf Rag», de Scott Joplin, era la mejor y la más popular. Con su contraste de ritmos y melodías hipnóticas, el *ragtime* pronto cruzó las fronteras de clase y raza. Una instantánea de 1903 presenta a Joplin tocando en una fiesta de blancos en la que los jóvenes asistentes «sencillamente estaban encantados y cuando la fiesta terminó [...] preguntaron [...] su nombre para poder organizar un baile y que tocara él».

Pero era con una incómoda transigencia con la que se exponía esta forma musical marginada a la mayoría convencional. Los jóvenes blancos aficionados a los nuevos ritmos concordaban con la idea de salvaje de la nueva palabra de moda: *hot* , que denotaba sexo, prendas glamurosas y, por encima de todo, la absoluta intensidad del momento. De forma simultánea, un *establishment* cultural enfurecido, horrorizado por la amenaza del mestizaje, consideraba el *ragtime* un «agresivo veneno que, al modo de una epidemia de malaria, se está abriendo camino en los hogares y en los cerebros de los jóvenes hasta tal punto que arroja dudas sobre su cordura».

El problema era que los estadounidenses no podían más que tomarse las promesas de su Constitución en serio. Si iba a ser un país que consagrara la igualdad, es más, si la música popular iba a pertenecer de verdad al pueblo, tendría que estar a disposición de todos, sin importar su religión, origen o raza. La mera capacidad persuasiva de la propaganda universal expresada por las

artes populares estadounidenses significaba que estas estarían irremediablemente dotadas, en un alto grado, de un impulso emancipador. Y este se extendería no solo a los negros, sino a cualquier otro grupo marginal, con los que la juventud comenzaría a identificarse.

■ ■ ■

Si bien alimentó este surgimiento de la cultura popular, el talento estadounidense para el espectáculo disimulaba problemas sociales urgentes. La exposición de 1893 era un ejemplo perfecto: una brillante ciudad blanca ensombrecida por su gemela, la monolítica ciudad negra, apenas a unos kilómetros siguiendo la orilla del lago Michigan. Cuando se inauguró la exposición, Chicago había duplicado su tamaño en una sola década. Aunque era el crisol de innovaciones como los rascacielos, los ascensores y la línea de montaje, tenía las cicatrices propias de la expansión sin límites. Con su contaminación atmosférica y los hediondos olores de los mataderos, había superado a Manhattan tanto en miseria como en ultramodernidad.

La mayor parte de los recién llegados era inmigrante: el 78 % de la población de la ciudad estaba integrado por los hijos de personas nacidas fuera de Estados Unidos (en Italia, Irlanda, Alemania o Europa del Este). Las condiciones en las que se encontraban estos nuevos ciudadanos eran en su mayoría muy duras. Las dificultades de adaptación de un pasado europeo a la ciudad del mañana se cebaban con los hijos de los inmigrantes en especial. Atrapados entre dos mundos, los estadounidenses de segunda generación sentían de forma instintiva la necesidad de romper con lo que la trabajadora social y escritora Jane Addams llamaba «las costumbres del Viejo Continente», pero no podían contar con el apoyo de sus padres para convertirse en ciudadanos funcionales.

La alienación que separaba a los hijos que no habían conocido más que América de los padres que todavía seguían atados al país que habían dejado atrás (a menudo hasta el punto de apenas hablar inglés) no podía más que incrementarse con la pubertad. Y por eso separaban sus caminos. Era esta desvinculación de toda estabilidad la que preocupaba a Addams, quien, a partir de los últimos años del siglo, empezó a publicar las reflexiones a las que le llevó

su trabajo con la problemática juventud de Chicago. «La industrialización ha reunido a multitudes de jóvenes criaturas impacientes que vienen de las cuatro esquinas del mapa», señalaba Addams. Sin embargo, no había instalaciones que atendieran a sus necesidades más básicas.

Addams, perteneciente a la primera generación de mujeres estadounidenses en titularse en la universidad, rechazaba las posibilidades laborales por entonces disponibles para su sexo: enfermería, enseñanza o trabajo misionero. Visitó el Toynbee Hall en Londres y se apropió del entusiasmo de su misión. A su regreso a Estados Unidos, Addams estableció la Hull House en un barrio de predominio inmigrante con el objetivo de mejorar en términos prácticos y estéticos la situación de las mujeres de la zona. Aunque el foco de la actividad se centró inicialmente en lo cultural, las condiciones de vida de Chicago pronto llevaron a Addams a la confrontación directa con los serios problemas sociales de la ciudad.

Descubrió que la dificultad perenne con la disciplina adolescente se veía exacerbada por el hecho de que los jóvenes empezaran a trabajar con catorce años o incluso antes. «En amplias regiones de la ciudad, dominadas por completo por las factorías –escribía–, es como si el desarrollo de la industria hubiera enterrado todas las disposiciones sociales y educativas». La frialdad y la suciedad de los entornos de trabajo secaban la «alegría espontánea» de los jóvenes y la convertían en soledad o en el nihilismo expresado por Jimmie en la obra de Stephen Crane: «Al cabo de un tiempo, su burlona sonrisa adquirió tanto vigor que parecía echar fuego sobre todo lo que le rodeaba. Jimmie había desarrollado su agudeza hasta el punto de no creer ya en nada».

Sin embargo, los salarios concedían a los jóvenes trabajadores la libertad de «gastar como prefieran rodeados por un desenfreno deliberadamente camuflado de placer». La juventud era un periodo «difícil» en todas partes, escribió Addams en el libro que reunía sus textos sobre esta cuestión: *The Spirit of Youth and the City Streets* , «pero a veces parece que la gran ciudad incrementara sus riesgos de forma casi deliberada». En el aparato sensible de las ciudades de un continente que comenzaba a definirse mediante la inclinación al placer y su producción industrial, el eterno deseo juvenil de emociones se veía incrementado, cuando no sobreestimulado de forma activa.

Con sus bares sin moral y sus gigantescos salones de baile que apestaban a soledad, las zonas pobres del centro de Chicago ofrecían luces brillantes en lugar de una comunidad real, explotación en lugar de aprecio. «Los sentidos recién emergidos se sienten apelados por todo lo que es llamativo y sensual –expresaba Addams–, por la música frívola de las calles, por los anuncios de los teatros saturados de color, por las historias de amor vulgares, por los sombreros emplumados y la heroicidad barata de los revólveres que enseñan los escaparates de las tiendas de empeño. Esta susceptibilidad fundamental es evocada, por tanto, sin la correspondiente estimulación de la imaginación superior, y el resultado es el más peligroso posible».

En algunos casos, la «apasionada imaginación» de los jóvenes de la ciudad los llevaba a territorios incluso más peligrosos. Addams observó que «este mismo anhelo de emociones, el deseo de escapar de un salto de la monótona experiencia de la vida, también lleva a los chicos a experimentar con el alcohol y las drogas a unos niveles sorprendentes». La cocaína, en particular, estimulaba el «deseo de soñar y tener visiones». Un adicto le contó a Addams que «en sus sueños veía grandes salones enlosados con monedas de oro y plata y las paredes empapeladas con billetes. Se llevaba en cubos tanto como era capaz de cargar».

Las drogas eran parte integral de la vida en Estados Unidos: tónicos ideales para los ciudadanos de un país que exigía cualidades sobrehumanas en su carrera frenética por el crecimiento económico. La Guerra de Secesión había introducido el uso de la morfina a escala nacional, mientras que los emigrantes chinos habían llevado consigo el opio a los barrios más desfavorecidos. La cocaína se consideraba un estimulante aún más pobre, propio de prostitutas, gánsteres y de los niños de los suburbios. Con efectos tanto estimulantes como analgésicos que los elevaba y los hacía inmunes al dolor, era una droga muy adecuada para sus difíciles circunstancias. [3]

Ahora bien, los estupefacientes no estaban entonces asociados a una ideología generacional crítica, se trataba, más bien, de una parte de la cultura de los barrios pobres, de gran libertinaje, que estaba vinculada a los valores estadounidenses más típicos como a través de un filtro de pesimismo. Las visiones materialistas descritas por el confidente de Addams coincidían con los paraísos artificiales invocados por la canción popular «Willie the Weeper». El personaje central de la canción era un Kublai Kan expresado en los términos

del Nuevo Mundo: «Tengo una mata de rubíes, una mina de diamantes, / un árbol de esmeraldas y una viña de zafiros, / cientos de vías de tren que se extienden millas y millas / y mil dólares de cocaína amontonada».

Aunque generaban una gran alarma entra la población, estas tendencias marginales sencillamente replicaban la obsesión de Estados Unidos con los pseudomedicamentos milagrosos. Durante los primeros años de la década de 1890, Coca-Cola, un refresco cuyo ingrediente básico era la cocaína, se promocionaba como reconstituyente. En las mismas fechas, medicamentos sin receta muy populares como Ryno's, un remedio contra la fiebre del heno y el catarro, estaban hechos casi en un 100 % de cocaína pura. Sus inconscientes consumidores se enganchaban: «Está destrozando a nuestros hijos –escribió un padre a las autoridades de la U.S. Bureau of Chemistry (Oficina de Productos Químicos de Estados Unidos)–. Tengo un hijo que lo ha estado tomando y llevo un año intentando que lo deje, pero todo es inútil si puede conseguirlo él mismo».

La utilización de estas potentes drogas concordaba con el ambiente sobreestimulado de las metrópolis estadounidenses y reforzaba el anhelo del nuevo continente de sueños de cualquier tipo. Al mismo tiempo, el abuso de estas sustancias reducía todavía más la vida de los jóvenes gánsteres, ya limitada por la pobreza y los riesgos propios de su modo de vida. La cocaína era más problemática que la morfina porque sus efectos eran de euforia. Exigía además un reaprovisionamiento casi instantáneo que convertía a los jóvenes delincuentes en los consumidores más ávidos al tiempo que los sumía en un presente eterno.

Esta absorbente concentración en el presente afectaba a todas las clases y mercados. Era el sello distintivo de la sensibilidad bohemia que se había inspirado en el decidido ejemplo de Edgar Allan Poe y había recibido un impulso estético con la controvertida gira que durante un año hizo Oscar Wilde por Estados Unidos en 1882. El éxito sin precedentes que consiguió en 1894 George du Maurier con su obra *Trilby* , con su promoción concomitante de salchichas, helados, cigarros y el famoso sombrero que lleva su nombre, convirtió la bohemia en un estilo. Era especialmente atractiva para las mujeres jóvenes, que, según Luc Sante, «sacaron de ahí el coraje para presentarse como artistas y "solteras", para fumar cigarrillos y beber chianti».

La bohemia daba lustre a un nuevo tipo de aristocracia basada en el talento y la fama más que en la sangre. Esta era la premisa central de *Trilby* y del superventas de Theodore Dreiser *Nuestra Carrie* . En estas novelas moralistas, sin embargo, se pagaba un precio por este ascenso: la ruptura de vínculos con el entorno que había alimentado el talento, a la que había que sumar las cicatrices dejadas por años de pobreza y lucha. Du Maurier se aseguró de que Trilby, envejecida de forma prematura por la hipnosis que la convirtió en estrella, terminara con una condena tan ineludible como la del joven Werther. Había vivido con demasiada intensidad. Se había *quemado* .

De forma paralela, estos estilos de vida extremos se diluían y se promocionaban para el consumo de masas en Estados Unidos. «Mientras que los bohemios de vanguardia exageraban el atractivo de una vida *in extremis* –señala Jackson Lears–, los líderes de una naciente "industria del ocio" apelaban al anhelo de experiencias intensas en todos los niveles sociales. Mercantilizaron la excitación en los cabarés y en los parques de atracciones; su objetivo era el hombre de negocios angustiado y la dependienta aburrida del comercio; asimilaban a los inmigrantes y a los protestantes blancos en una nueva audiencia masiva. Montañas rusas, bailarinas exóticas y chicas de movimientos orientales prometían huidas temporales».

La marea de este *ethos* derivado del placer conllevaba una resaca que no se podía ignorar. La intensidad podía ser algo juvenil y romántico, pero no facilitaba una vida larga. El nexo de los valores entre una industria del entretenimiento en crecimiento, la vanguardia y los desposeídos estaba repleto de peligros potenciales. Los nuevos medios de comunicación fomentaban el pensamiento a corto plazo, la concentración en el instante y las soluciones fantásticas atribuidas entonces a los niños y a la juventud pubescente, al mismo tiempo que agitaban los instintos humanos más básicos. Prometían una deslumbrante aunque inestable forma de control de las masas.

Las nuevas metrópolis absorbían a miles y miles de personas de todas las zonas rurales del país y de la vieja Europa. Huían de las grandes praderas grises o de algo peor y buscaban una vida en la que pudieran verse liberados de la lucha por la mera supervivencia. Para ser un ciudadano con todas las de la ley en estos entornos amurallados, no obstante, no solo tenían que superar la amenaza de la muerte por violencia o narcosis, sino también participar de las

exigencias sensoriales establecidas por los gobernantes de las ciudades. Tras superar todas estas tentaciones y peligros, se encontraban con que habían vivido en un mundo mágico que no era más que el truco de un ilusionista.

Lo único que tenían que hacer era ponerse las gafas esmeralda, pero, como Baum comprendía a la perfección, el embaucador de la confianza solo tiene éxito cuando penetra en los sueños y deseos de su presa. Es en ese momento cuando lo falso se convierte en real. No era casualidad que su libro se llamara *El maravilloso mago de Oz* . Aunque su personaje central era un farsante, personificaba el nuevo continente, resumía el motor estadounidense del intercambio: «En este país, todo el mundo tiene que pagar por cuanto se le da». De hecho, con su lógica populista («no soy más que un hombre normal»), el mago de Oz definía esta nueva figura capitalista: el magnate de los medios de comunicación.

El siglo XX exigía nuevos mitos y Oz no fue solo uno de los primeros, sino que sería uno de los más duraderos. Junto con *La interpretación de los sueños* , se sitúa en un punto crucial en la concepción occidental de la juventud. Cuando la nueva economía del deseo hacía sus primeras incursiones en el mundo de los niños, Freud empezó a abrir la hasta entonces oculta región de la sexualidad infantil, el impulso asociado habitualmente con la pubertad y el tabú mítico que ocupaba el centro del sistema familiar. Si iban a activarse estas pulsiones fundamentales, explosivas, el resultado sería una quimera desconocida.

Al igual que la aparente inocencia de Oz (que define la sensación infantil de asombro que sigue siendo parte de la psique estadounidense) quedaba matizaba por complejas contracorrientes, el nacimiento de una sociedad basada en mercancías de ensueño había comenzado a revelar las oscuras fuerzas que ocultaba. Los publicistas quizá buscaban, como T. J. Jackson Lears señala, «liberar la vida instintiva al negar su lado más oscuro», pero era imposible ignorar «la imponente furia y los insaciables anhelos del subconsciente humano». Los apetitos, cuando se ven estimulados, son difíciles de reprimir: una vez abierta la caja de Pandora, no habría marcha atrás.

■ ■ ■

1. Obsérvese, por ejemplo, la evocación del Loop realizada por el escritor estadounidense Charles King en 1891: «Colisión, sacudidas, saltos furiosos por sombreros que pasan rozando el suelo entre pies sin miramientos; choques en la calle, ruedas trabadas, sonoros látigos, caballos desplomados, airados policías, blasfemos conductores, injurias, maldiciones, alboroto, estrépito, gritos atronadores [...] Plan, clan, clan. "¿A mí me vas a empujar?". Clan, clan. Pum, pum, pum. Aullidos. Gritos. Furioso clamor de címbalos. Prisa, alboroto. ¡Eh! ¡Oiga! ¡Cuidado! ¡CUIDADO! Pum. Pum. Clan. ¡QUÍTATE DE EN MEDIO! Prisa, carreras». El texto se lee como una composición futurista adelantada veinte años a su tiempo.
2. Véanse las memorias de Louis Armstrong y Jelly Roll Morton.
3. Herbert Asbury señala que la banda llamada de los Hudson Dusters se vio especialmente favorecida por la prensa en el cambio de siglo. Su fama estaba relacionada con el consumo de drogas: «Aunque nunca fueron tan buenos luchadores como los Eastmans, los Five Pointers y los Gophers, eran una curiosa colección de gánsteres de merecida reputación. Quizá un noventa por ciento de los Dusters era adicto a la cocaína y cuando estaban bajo la influencia de las drogas eran muy peligrosos porque se volvían insensibles al castigo y al dolor. Además, en estos casos les asaltaba una ferocidad exagerada y artificial».

---

* N. del T.: El militar estadounidense John Philip Sousa (1854-1932), conocido como «el rey de las marchas», compuso «The Stars and Stripes Forever», la marcha militar nacional de Estados Unidos.

CAPÍTULO 5

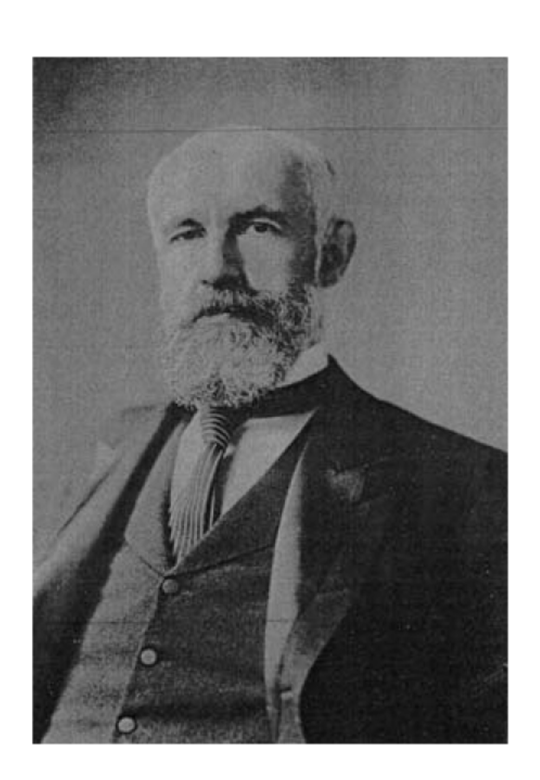
El siglo de Estados Unidos

G. *Stanley Hall y* Adolescence

■ ■ ■

La adolescencia es un renacimiento.

G. Stanley Hall, *Adolescence* , prefacio, 1904.



G. Stanley Hall, década de 1890.

Mientras L. Frank Baum preparaba el manuscrito titulado *La ciudad esmeralda* , el estado de Illinois aprobó una norma con profundas repercusiones para los jóvenes de Estados Unidos. Promulgada en julio de 1899 «para regular el tratamiento y el control de niños dependientes, desatendidos y delincuentes», la Juvenile Court Act (Ley de Enjuiciamiento Juvenil) definía como delincuente a «todo niño menor de dieciséis años» que violara «cualquier ley o norma de este estado o de cualquier ciudad o localidad del mismo» y anunciaba al mismo tiempo la creación de un juzgado de menores con competencias propias. Sería un paso crucial en la definición de la adolescencia como etapa diferenciada de la vida.

Parece oportuno que los juzgados de menores nacieran en el Chicago del cambio de siglo, no solo por el ambiente futurista de la ciudad, sino también por su vigoroso movimiento reformista. La instauración del tribunal se produjo después de años de presión por parte de organizaciones como la Hull House y el Chicago Women's Club. En contraste con el enfoque tan solo punitivo (que, claramente, no había conseguido erradicar el problema), la nueva sala de justicia entendía la delincuencia como una consecuencia de las pobres condiciones sociales, una perspectiva progresista contraria a las explicaciones deterministas defendidas por los criminólogos y los sociólogos del momento.

Los males propios de Chicago tuvieron también su cuota de responsabilidad. En su visita a la ciudad el año de la Exposición Universal, el comprometido periodista británico W. T. Stead interpretó que el desarrollo forzado de sus jóvenes era todo un escándalo público. «Muy escaso respeto por los niños hay en Chicago –señalaba en 1893–. Mensajeros de no más de catorce años entran y salen de las celdas de la policía a cualquier hora de la noche, con lo que disfrutan de una considerable intimidad con los borrachos y las clases inmorales, algo que difícilmente podremos defender que sea edificador». Le sorprendió que «niños tan jóvenes tengan que verse introducidos a edades tan tempranas en las abominaciones de una gran ciudad» y que a nadie pareciera importarle.

Esta clara percepción de la corrupción de los menores contribuyó a centrar la atención en las ambiguas provisiones legales para la juventud estadounidense. El código civil señalaba que los muchachos eran considerados niños hasta los veintiún años, un concepto consagrado por el primer

reformatorio juvenil del país: la New York House of Refuge. Sin embargo, los delincuentes de diecinueve y veinte años eran muy difíciles de controlar y otras instituciones, como la New York Juvenile Asylum, empezaron a centrarse en un grupo de edad inferior. De este modo, a los más mayores se los trataba como adultos aunque la ley los siguiera considerando «niños».

Identificada la precocidad juvenil como problema de relevancia, las definiciones de cada grupo de edad existentes resultaban poco adecuadas para abordar las complejidades de la vida urbana. Con la intención de proteger a los delincuentes más jóvenes de los criminales ya encallecidos, la Ley de Enjuiciamiento Juvenil ofrecía un nuevo límite entre la infancia y la edad adulta. También daba paso a una aproximación flexible y preventiva al tratamiento de la delincuencia. Jesse Pomeroy seguía siendo un ejemplo vivo (enjaulado, eso sí) del principio de que un castigo merecido no conlleva un cambio de comportamiento, sino una obstinación aún mayor: durante 1899 Pomeroy intentó fugarse por vigésima y vigésimo primera vez.

El juzgado fue todo un éxito. Durante su primer año, el juez Richard S. Tuthill presidió cerca de 1500 casos. De estos, la inmensa mayoría afectaba a chicos acusados de delitos como el hurto (casi el 45 % del total), «alteración del orden público» e «incorregibilidad». Este último era un término «aparentemente acuñado por desesperación» para englobar toda una multitud de fechorías menores de la cotidianidad urbana: «vagabundear por la calle y utilizar un lenguaje vulgar», «negarse a ir a trabajar o, por el contrario, al colegio, pasear por las calles entrada la noche», «tener malas compañías, negarse a obedecer a los padres y dormir fuera de casa».

Las chicas, protagonistas tan solo del 8 % de la carga total de casos, eran acusadas de «inmoralidad», «alteración del orden público», «incorregibilidad» y asociación con «personas maliciosas», fundamentalmente. La mayoría de las jóvenes que se presentaban ante el tribunal estaba en riesgo de perder o había perdido ya su «castidad». Jane Addams era especialmente insistente al respecto: «Las niñas que traen al juzgado juvenil son por lo común las hijas de esas familias de inmigrantes más pobres que viven en el peor tipo de casas de vecindad de la ciudad». Observaba que «un sorprendente número de jovencitas se han visto envueltas en actividades ilícitas con la mediación de los hombres de sus propios hogares».

El 70 % de los jóvenes que pisaban el tribunal eran hijos de inmigrantes. Actuando como una agencia de integración *de facto* , la sala estableció disposiciones pioneras para gestionar a estos nuevos ciudadanos. Los niños «dependientes y desatendidos» tendrían que ser integrados en instituciones o en un hogar de acogida apropiado. Los jóvenes delincuentes podían ser enviados al reformatorio estatal, a una casa de acogida o seguir en su propio hogar «sometidos a las visitas de un agente responsable de su supervisión». La última opción fue la adoptada en un número inesperado de casos; el juez Tuthill creía con firmeza que los mecanismos de supervisión y libertad vigilada eran la mejor forma de manejar a los delincuentes juveniles.

A la hora de decidir la suerte de cada delincuente, el juez exigía que los agentes del juzgado tuvieran tres consideraciones en cuenta: «el bienestar y los intereses del niño», «el bienestar de la comunidad» y «la inteligencia y los sentimientos de padres y familiares». Se trataba de un programa extraordinariamente holístico que exigía frecuentes visitas al hogar por parte de los responsables del seguimiento del caso y aspiraba a prevenir los delitos antes de que se produjeran. «Es la voluntad de este tribunal salvar a los niños del abandono y la crueldad –escribió Tuthill–, así como evitar el riesgo de que se conviertan en criminales o personas dependientes».

El juzgado de menores fue noticia en todo el país. Aunque en la práctica fracasara a la hora de erradicar las condiciones sociales que engendraban la delincuencia, introdujo una perspectiva progresista que enfatizaba la influencia de la educación, y no de la naturaleza, en el comportamiento humano. En este sentido, contradecía a los científicos sociales del momento, muchos de los cuales defendían el determinismo de Cesare Lombroso y Herbert Spencer. Su éxito no solo alentó a una nueva generación de sociólogos, sino que también inspiró una definición más exacta de esa problemática segunda década de la vida. Claramente, llamar «niño» a un joven de dieciséis años no era ya lo más adecuado.

En los últimos años del siglo XIX , las autoridades trataban de cercar a la juventud estadounidense de forma activa. Tanto si se trataba de las salvajes bandas urbanas, de los jóvenes asesinos monomaníacos o de la mera incidencia de la delincuencia juvenil, la cuestión del control se había tornado primordial. De forma simultánea, investidos como estaban de las proyecciones adultas para

el futuro, los jóvenes habían empezado a recibir un nivel sin precedentes de atención constructiva. En lugar de ser enviados a trabajar o quedar completamente a su aire, se les animaba a continuar con sus estudios, a retrasar la entrada en la edad adulta. Si acataban estas normas, se les permitiría una independencia limitada.

No obstante, seguía sin existir un concepto aceptado de forma generalizada para describir este cambio. Durante el siglo XIX no se había considerado que la pubertad configurara una etapa de la vida en sí misma. Si bien los hombres se hacían adultos al entrar en el mundo laboral, en el Ejército o en el matrimonio, el tiempo destinado a alcanzar este objetivo variaba. Los jóvenes podían quedarse en la vivienda familiar o vivir por su cuenta, empezar a trabajar como aprendices o seguir con su educación. Este periodo sin nombre se reconocía como una fase de fluctuación, incluso de «semidependencia». Si recibía algún nombre, era el de «juventud».

El término definitivo para el prolongado hiato entre la infancia y la edad adulta fue acuñado por un psicólogo genético llamado G. Stanley Hall. En 1898, centraba su actividad en concluir su voluminoso compendio sobre la segunda década de la vida. Había pasado al menos cinco años recopilando datos y, en una conferencia celebrada aquel verano, dejó registrada su primera definición limitada por márgenes de edad de lo que llamó «adolescencia». [*] Su principal avance fue entender que, en la sociedad estadounidense y occidental, el estado intermedio que Rousseau había exaltado y del que había advertido no estaba meramente determinado por la biología, sino que era también una construcción social.

«La adolescencia es más que la pubertad –señalaba Hall–, se extiende durante un periodo de diez años desde los doce a los veintiún años, en el caso de las chicas; y de los catorce a los veinticinco en los chicos, pero su momento culminante tiene lugar a los quince o dieciséis». Haciendo hincapié en la importancia de las tradiciones de las «naciones salvajes» para señalar este periodo, lamentaba la ausencia de estos rituales en Estados Unidos. Una transición correcta era de suma importancia, puesto que la adolescencia era «una fase de impulso sexual»; era también «el periodo con mayor número de detenciones por delincuencia en Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania».

Hall proponía ni más ni menos que la creación de una nueva etapa en la vida, reconocida por la sociedad, que supusiera un fortalecimiento de la relación de dependencia y un retraso en la entrada al mundo laboral: «Al avanzar la civilización, la educación se amplía. Los años de escolarización crecen inevitablemente al tiempo que la comunidad da forma a sus ideales». Cualquier intención de restringir los años dedicados a la escuela o a la enseñanza superior era «un intento por regresar a condiciones salvajes, mientras que nuestros ideales son de una más alta civilización. La valoración de cualquier sistema educativo ha de estar basada en su capacidad de llevar a los jóvenes a través de la adolescencia con la mayor perfección en su desarrollo».

A primera vista, el barbudo Hall, entrado ya en la mediana edad, era un profeta improbable de la juventud. Había sido nombrado poco antes presidente de una universidad recién inaugurada, la Universidad Clark, situada en Worcester (Massachusetts), en lo que era la culminación de una larga carrera académica. Su carácter, bastante distante, no había mejorado con la muerte por asfixia accidental de su mujer y de su hija a comienzos de la década de 1890. Hall, superado por la culpa y la depresión, atravesó una profunda crisis a los cincuenta años y buscó nuevo entusiasmo en el ámbito académico aquejado de «los primeros síntomas físicos de la senectud».

Durante el último cuarto del siglo XIX , la tendencia dominante en la vida intelectual estadounidense había sido la teoría evolucionista. Ya en la última década del siglo, el darwinismo se había dividido en toda una variedad de disciplinas, desde la criminología determinista de Cesare Lombroso a la sociología liberal de Herbert Spencer, quien consideraba que, en los términos de la supervivencia del más apto sugeridos por Darwin, la competición conllevaría progreso. Cualquier intento de interferir en dicho proceso, como podían ser las propuestas reformistas, estaba condenado al fracaso. La consecuencia última de esta perspectiva suponía que los hijos de los barrios deprimidos quedaran a su suerte: nadarían o se ahogarían solos.

Hall había sido discípulo predilecto de William James, el fundador de la psicología estadounidense. Sin embargo, rompió con las altas esferas de su especialidad en los primeros años de la década de 1890. Pese a su austero comportamiento, insistía en la primacía de los sentimientos, que consideraba que estaban siendo ignorados por James y sus acólitos. «El estudio de la

evolución del alma apenas está empezando –escribió en 1894–, pero se está convirtiendo ya en la llave maestra para todo aquel que intenta resolver los problemas de la voluntad humana, sus emociones y sentimientos. El intelecto era el principio y el fin de la vieja filosofía. El corazón es el principio de la nueva».

En busca de otra vía para integrar la biología evolucionista con la psicología, Hall se decantaba por la obra de Henry Drummond publicada en 1894, *The Ascent of Man* . En este darwinismo más amable, la evolución era «la revelación final de la unidad del mundo»; en lugar del brutal entorno de la selección natural, se presentaba el concepto de «amor altruista», en el que la madre humana era el producto más elevado de la evolución. Drummond también exponía la idea de que los seres humanos se desarrollan en consonancia con la ley de la re-capitulación: «Cada individuo en desarrollo recapitula la forma en la que la raza ha evolucionado».

Esta perspectiva concordaba con las tendencias visionarias de Hall. Adaptando la fusión que hacía Drummond de la biología evolucionista y el desarrollo personal, decidió que el alma individual era un microcosmos de todo el mundo vivo, una «caja de resonancia» en la que reverberaba la evolución de las generaciones previas. La psique individual estaba, por tanto, vinculada al desarrollo de la raza. Una consecuencia natural de esta perspectiva era que la correcta evolución de cada individuo tenía implicaciones profundas para su país (para toda la raza en su conjunto, de hecho). Un desarrollo incorrecto conllevaría la muerte de una civilización.

Para poner en práctica este nuevo descubrimiento, Hall regresó al campo de investigación que ya había contribuido a impulsar a mediados de la década anterior: el movimiento paidológico Child Study. Hall había estudiado en Alemania con el fundador de la psicología experimental, Wilhelm Wundt, y había tratado de aplicar las técnicas de la investigación de campo al estudio detallado de las características emocionales y mentales básicas del comportamiento infantil. Su propósito investigador radicaba en la creencia de que, en palabras roussonianas del propio Hall, «todo niño es un pequeño salvaje». Para una correcta evolución era vital esta investigación a fondo.

A diferencia del método tradicional de enseñanza mediante repetición y disciplina, los progresistas del movimiento paidológico buscaban descubrir qué

pensaban y sentían los propios niños. Mediante la observación y la utilización de cuestionarios, aspiraban a cartografiar un amplio espectro de las emociones y los procesos mentales de la infancia: su crecimiento físico, su salud, las asociaciones con sus compañeros, sus miedos y rencores, su arte y la naturaleza de sus juegos. Al coincidir con el fortalecimiento de la sensibilidad de toda la sociedad en lo relativo a la educación en su conjunto, el movimiento Child Study influyó con rapidez en la política social de Estados Unidos hacia sus niños.

El mayor logro de Hall en el seno del movimiento tuvo lugar durante la Exposición Universal de 1893. Fue invitado a organizar uno de los muchos congresos abiertos al público que definieron la vertiente educativa de la exposición, [1] pero rompió el texto que llevaba preparado y decidió iniciar un nuevo debate sobre «Psicología experimental y educación», lo que supuso que se dedicaran tres días completos a la paidología. Hall, no obstante, no se durmió en los laureles. Siempre inquieto, anunció en 1894 que estaba valorando un campo de investigación completamente nuevo relacionado con la siguiente etapa en la escala evolucionista de la infancia, el cual definió como adolescencia.

Ante la ausencia de distinción entre infancia y pubertad, los datos sobre la adolescencia formaban parte ya de los materiales de estudio de la infancia, pero no habían sido explicados ni identificados como elementos separados. Sin embargo, el periodo de dependencia anteriormente asociado con los niños estaba en expansión. Cada vez más púberes estadounidenses continuaban con su educación, al tiempo que el número de centros de secundaria crecía más de un 750 % entre 1880 y 1900. Con un mayor porcentaje de la juventud estadounidense bajo el control y la observación de los profesores, era posible llevar los estudios paidológicos algunos años más allá.

Investigar la pubertad estaba en línea con los intereses del propio Hall. Había quedado fascinado tanto por el diario de Marie Bashkirtseff (que definió como «un documento psicológico de más valor que cualquier otro») como por los asesinatos sin motivación de Jesse Pomeroy. Alentado en mayor medida por sus reflexiones sobre las bandas urbanas, empezó a recopilar material sobre los que denominaba *teens* . Necesitaría diez años para ver publicados los resultados de sus investigaciones, pero durante ese lapso viajó por todo Estados Unidos

asistiendo a congresos e impartiendo conferencias, elaborando y refinando en todo ese tiempo su interpretación de esta edad apenas cartografiada.

La dedicación de Hall a la adolescencia concordaba asimismo con su propia psicología y con el particular estado de desarrollo de Estados Unidos como nueva nación. Mientras estaba investigando para su libro, se tomó unas vacaciones y exploró las granjas en las que había vivido durante su infancia. Publicada en 1899 con el título «Notas sobre recuerdos tempranos», su descripción del periodo entre su primera infancia y los comienzos de la pubertad a los catorce años estaba repleta de detalladas impresiones anecdóticas y apuntes sobre la mecánica de la memoria. Para ser un psicólogo, no obstante, se mostraba sorprendentemente parco en lo relativo a sus propios sentimientos durante aquella etapa.

Solo entre líneas podía atisbarse la realidad emocional de Hall. Una visita a un viejo cementerio desencadenaba «una deprimente sensación de soledad» y «una extraña forma de miedo». Nacido en un entorno puritano, con un violento padre calvinista, Hall creció con una gran sensación de incompetencia personal y una fuerte culpabilidad sexual. Como Bashkirtseff, había conseguido a fuerza de voluntad escapar de una situación insostenible. Recordaba haber subido a una colina distante en un ataque de furia que lo dejó agotado; se prometió «a gritos que sería capaz de superar muchos obstáculos reales para hacer algo y ser alguien en el mundo».

Sumergirse en la cuestión de la adolescencia permitió a Hall retroceder y reescribir en positivo un periodo de infelicidad e insatisfacción de su propia vida. Sin duda, su apasionada identificación con los adolescentes iba más allá del sentido de la obligación y se acercaba más a la consecución de sus propios sueños. «¿Quién ha hecho historia? –se preguntaba–. No los mayores intelectos del planeta, sino los corazones más grandes (Wesley, Loyola, Buda, Cristo), los grandes corazones del mundo, sus profetas. Hombres y mujeres jóvenes (especialmente los varones, según he concluido de mi experiencia docente en todos estos años) necesitan primero sentir emociones. Tienen que estremecerse, arder».

Puesto que el elemento clave en esta nueva psicología era «la intensidad, variedad y alcance de cuanto sentimos», no es sorprendente que Hall regresara al diario de Bashkirtseff en busca de inspiración. Como sabía por sus propios

intentos, los hombres que evocaban su adolescencia escribían «con menos abandono» que las mujeres. Se mostraban más «inclinados a caracterizar sus metamorfosis públicas más avanzada la vida, cuando han palidecido un tanto y quizá sienten por este motivo menor necesidad de confesión». [2] Las mujeres, por otra parte, superaban a los hombres «en su capacidad para reproducir y describir las grandes, aunque muy a menudo evanescentes, ebulliciones de esta edad».

Lo que Hall estaba sugiriendo era el extremo opuesto a la rígida masculinidad representada por los jóvenes hombres de negocios y las bandas juveniles de Estados Unidos. Era, sin embargo, una mezcla contradictoria, tanto visionaria como reaccionaria, y su solución para el exceso de energía de los varones jóvenes era sencilla: «Difícilmente se puede exagerar el valor de los baños fríos y de la natación a esta edad». Sus recetas para la educación de las chicas estaban fundamentadas en su elevación de las madres al nivel más alto de la evolución. Reprobaba lo que llamaba «el evangelio de las feministas», el entonces vigoroso movimiento de la Nueva Mujer por la igualdad de derechos.

Pero su temática de investigación lo llevaba al futuro inexorablemente. Hall creía que la adolescencia estaba ligada de modo inextricable al desarrollo de un continente joven. Como señaló en 1898: «Nosotros, los estadounidenses, somos una raza mestiza. Esto hace que el periodo de la adolescencia en Estados Unidos sea único. Cuando la naturaleza se mantiene pura, este periodo de agitación concluye rápidamente y con escasos problemas, como sucede entre los judíos y los alemanes. El periodo de la adolescencia se prolonga en Estados Unidos por la mezcla de sangres, y si sobrevivimos a las dificultades y a los peligros de este periodo, crearemos los más grandes hombres y mujeres que el mundo ha conocido jamás».

Hall, nacido antes del holocausto de la Guerra de Secesión, había visto la vida acelerarse y configurarse en Estados Unidos para formar un poder que el mundo no había conocido todavía. Su país era sinónimo de juventud: «En la presente era de rápida transición y expansión de nuestra raza, el futuro y los ideales han de ser más dominantes que nunca antes o quedaremos empequeñecidos como nación. Esta es una buena época para ser joven». Hall empezó a reformular las sonoras expresiones del Romanticismo en un nuevo

mito para un nuevo siglo. «La juventud es la profecía –auguraba–. Lo mejor todavía no ha sucedido y el hombre es el renacuajo de lo que llegará a ser».

La nueva concepción de la juventud cristalizó en 1904 con la publicación final de *Adolescence* . Hall había anunciado la «finalización» del proyecto en 1898, pero su afirmación quedaba desmentida por la descripción que hacía de su metodología. «Mi intención ha sido reunir todos los materiales disponibles, así como la literatura –escribió–, para luego plasmar en una descripción sencilla una imagen compuesta del procedimiento». De hecho, el incontenible volumen de datos, junto con la prolijidad innata del autor, supuso que, llegado el momento de su publicación, el libro hubiera adquirido proporciones mastodónticas.

Adolescence , un verdadero almacén victoriano de información, contiene medio millón de palabras distribuidas en una edición en dos volúmenes de cerca de 1500 páginas. El propio tono de la obra refleja la multifrenia que el autor atribuía a su temática de investigación: «Es la edad del sentimiento y la religión, de rápidas variaciones del estado de ánimo, y el mundo parece extraño y nuevo». De principio a fin, Hall, ese educador remoto y severo, rivalizaba con el visionario romántico aún capaz de encontrar el placer infantil en un parque de atracciones, como atestiguaba uno de sus compañeros.

Hoy, buena parte del material parece atrapado en el pasado y, sin embargo, el libro sigue crepitando con una energía apenas contenida que ilumina como un relámpago las páginas repletas de datos sin elaborar: es un clásico de la literatura vitalista. Pese a todas sus rarezas, Hall fue el primero en ofrecer una definición sistemática de la adolescencia y en establecer sus márgenes de manera clara: los años entre los catorce y los veinticuatro. [3] *Adolescence* fue también uno de los primeros libros estadounidenses en citar en términos de aprobación a Freud, de hecho, ofrecía una argumentación coherente para defender la psicología como la disciplina más adecuada para la compresión de una época de «embriaguez mental y moral».

Hall consideraba que «las actividades psíquicas de la infancia y de la juventud, así como del hombre medio» merecían la mayor atención científica. Su vinculación explícita de la juventud como circunstancia con Estados Unidos como nación hacía esta línea de investigación particularmente urgente: «Efebitis es el término adoptado por los científicos, pero bien podríamos

llamarlo *americanitis* en nuestro país, pues somos una nación en su adolescencia». Hall reconocía la juvenil concentración en el momento presente que iba a definir la percepción del país y su industria de los sueños: «Anhelamos la vida al máximo. La queremos en toda su profundidad y amplitud, ahora y por siempre».

Su intención era «recopilar estados mentales» y, para Hall, la adolescencia era sobre todo un estado volátil: «Los *teens* son emocionalmente inestables y páticos. Es la edad de la embriaguez natural sin necesidad de estupefacientes, lo que lleva a Platón a definir la juventud como una borrachera espiritual. Es un impulso natural por experimentar estados psíquicos alterados y apasionados al extremo y se caracteriza por la emotividad». Alertado por el descubrimiento de la primera literatura para jóvenes que explotaba la sexualidad en términos sensacionalistas, reaccionó con rapidez para señalar que «el sexo impone su dominio en un campo tras otro y avanza en sus estragos bajo la forma de la perversión secreta, la depravación, la enfermedad y la herencia debilitada».

La pubertad marcaba el inicio de este estado: «El amanecer de la adolescencia está marcado por una especial conciencia de la sexualidad». Citando el texto de Freud y Breuer de 1895, *Studien über Hysterie* , Hall resumía: «Las psicosis y las neurosis abundan en los primeros años de la adolescencia más que en ningún otro periodo de la vida. Esto causa una gran tensión emocional que algunos han descrito como una forma de locura reprimida». Con el foco en los extremos del comportamiento, parecía implicar que no es posible establecer norma alguna de comportamiento en lo que respecta a los adolescentes.

Esta neurastenia innata del adolescente se veía agravada por el hecho de que «la vida en la ciudad moderna, hasta un punto que es difícil asumir, es artificial y antinatural para la juventud». Hall tomó a Jacob Riis como guía: «En el East Side de Nueva York cada rincón tiene su banda con un programa de desafío a la ley y el orden, donde el joven matón que es un cobarde cuando está solo, se convierte en peligroso cuando caza con la manada. Su ambición es ser "pescado" (arrestado) y parecer un héroe». Los registros de los juzgados estadounidenses mostraban que la adolescencia era el momento cumbre en cuanto a número de arrestos. Hall concluía que el invernadero urbano tendía a «hacer madurar todo antes de tiempo».

En una reacción contra Lombroso, Hall proponía que las exigencias de la vida en Estados Unidos, cada vez más complejas, hacían que los aspectos inherentemente negativos de la personalidad adolescente se agravaran. La era de las masas exigía un control social cada vez más exhaustivo, dificultaba la vida a sus impetuosos y egocéntricos jóvenes, quienes, puesto que insistían en actuar a contrapelo, se hacían más visibles: «El incremento de la delincuencia juvenil, tan deplorado, no se debe por completo a la vida en la ciudad o a una depravación cada vez mayor de la juventud, sino también a las crecientes exigencias éticas de la sociedad».

En paralelo, Hall reiteraba: «Estos años son la mejor década de la vida. Ninguna edad es tan sensible a los mejores y más inteligentes empeños adultos». Sus propias recetas mezclaban conservadurismo con una sensatez progresista. Defendía «la simpatía, la apreciación y el respeto al tratar con esta edad», al mismo tiempo que apoyaba la rápida expansión del sistema de enseñanza secundaria. Consideraba que la edad para abandonar la educación debía incrementarse en dos años, hasta los dieciséis, y que los estudiantes universitarios deberían estar exentos de las exigencias de la vida adulta: «El estudiante ha de tener la libertad de ser vago».

Lo que es más importante, defendía una prolongación de la adolescencia bendecida por la sociedad. Al haber percibido la tendencia hacia «aprendizajes y especializaciones más largas y serias», defendía «un periodo de prueba en constante ampliación». Tanto si eran primitivas o desarrolladas, todas las sociedades tenían sus ritos de paso, su «régimen objetivo» para marcar la pausa entre la infancia y la edad adulta, pero en el Estados Unidos del siglo XX la ampliación de este intervalo sería «otro índice del grado de civilización». La adolescencia, de hecho, debía ofrecer un refugio seguro ante las insistentes exigencias de la sociedad industrial.

Hall recomendaba que las instituciones estadounidenses tomaran nota del hecho de que «para el aprendizaje completo de la vida, la juventud necesita reposo, ocio, arte, leyendas, idilios, idealización y, en una palabra: humanismo». Estos planteamientos, que recuerdan la educación ideal de Rousseau, se filtraron lentamente en la política social de Estados Unidos. Y es que *Adolescence* tuvo un éxito sorprendente cuando por fin llegó a las estanterías: cuando uno de los estudiantes de Hall visitó la librería Brentano de

Nueva York, le dijeron que el libro «estaba teniendo unas ventas destacables para tener un precio tan alto».

Con su importante impacto académico y sus ventas más allá de la universidad, *Adolescence* apuntaló la exigencia de más oportunidades educativas y abrió los ojos de Estados Unidos a esta edad omnipresente aunque mal definida. Al mismo tiempo, Hall presentó a sus compatriotas una visión de sí mismos como país joven que sería el faro del inminente siglo: «El mismo hecho de que nos consideremos jóvenes hará curativa la fe en nuestro futuro y podremos un día […] atraer a la juventud del mundo gracias a nuestras inigualables libertades y oportunidades ».

■ ■ ■

1. Fue en otro de estos congresos en el que Frederick Jackson Turner dio su conferencia «El significado de la frontera en la historia americana».
2. De hecho, tal y como Freud estaba en ese momento descubriendo en Viena, la nueva psicología se servía mejor de la voluntad de las mujeres de expresar, cuando no satisfacer, sus emociones.
3. Establecida por Hall basándose en la definición que en 1898 hizo el psicólogo alemán Wille de la pubertad, contenida en su Die Psychosen des Pubertsalters.

---

* N. del T.: Voz de origen latino, en el siglo XVIII puede encontrarse ya en los diccionarios de la lengua castellana.


SEGUNDA PARTE
1904-1913

CAPÍTULO 6

Peter Pan y los Boy Scouts

La juventud imperial británica

■ ■ ■

Lo que contempló Van Cheele aquella precisa tarde fue, sin embargo, algo muy alejado del marco habitual de sus experiencias. Sobre un rellano de piedra lisa que sobresalía de una profunda alberca existente en medio de un bosquecillo de robles hallábase tendido, secando al sol voluptuosamente sus atezados miembros, un muchacho de unos dieciséis años. Su cabellera mojada, partida en dos tras una reciente zambullida, se desparramaba alrededor de la cabeza, y sus ojos castaño claro, tan claros que había en ellos un destello casi atigrado, se volvieron hacia Van Cheele observándole con cierta displicencia. Era una aparición inesperada y Van Cheele se halló inmerso en el insólito proceso de pensar antes de hablar. ¿De qué lugar de la tierra provendría aquel muchacho de aspecto asilvestrado?

Saki, «Gabriel-Ernest», 1909.



[¿Sería morir una aventura verdaderamente grandiosa?]
Peter Pan sobre la roca, ilustración de F. D. Bedford, 1911.

En el último año de la Segunda Guerra Mundial, un editor de mediana edad empezó a compilar su historia familiar. Peter Llewelyn Davies se refería al manuscrito como *La morgue* , un título apropiado para una narrativa marcada por la muerte prematura y la dominación psicológica. Su desgracia era no solo compartir nombre propio con el protagonista perpetuamente joven de *Peter Pan* , sino también ser el tercero de los cinco hermanos que inspiraron «aquella terrible obra maestra». Peter sentía que le habían robado el alma y *La morgue* era un intento desesperado, aunque destinado al fracaso, de lograr un exorcismo. [1]

Los extractos del texto que han sobrevivido ofrecen, pese a todo, una ventana a una adolescencia feliz de clase media-alta. Para muchos británicos, la era eduardiana representa la última época dorada, antes de los cataclismos de las dos guerras mundiales y el fin del imperio: una era de aparente estabilidad y de inocencia previa a la caída. El relato que hace Peter Llewelyn Davies del verano de 1908, cuando pasó unas vacaciones en la región meridional inglesa de New Forest cazando mariposas con su hermano George, parece corroborarlo. Recordaba «muchos días felices paseando con él por los bosques y los ejidos armados con una red, una botella para encerrar a las mariposas y sándwiches para el almuerzo».

Empezaban a cernirse nubarrones, no obstante, sobre el pequeño Peter, de once años, y su hermano, de quince. En la primavera del año anterior, su padre, Arthur Llewelyn Davies, había muerto a causa de un tumor en la mandíbula. La familia, encabezada por su madre, Sylvia, recibía el apoyo del autor de mediana edad J. M. Barrie. Sin embargo, la vida de los niños proseguía sin mayores problemas. Peter recordaba que en 1908 «vivíamos en el mundo de los niños, que excluía cualquier otro, y apenas nos afectaba la desaparición de Arthur de nuestras vidas o la tristeza que la desolada Sylvia sin duda hacía todo lo posible por ocultarnos».

Un encuentro fortuito en New Forest reveló que, incluso en este aparente paraíso, existían fuerzas incontrolables y poderosos presentimientos de la muerte. Una tarde, George y Peter se encontraron con una compañía de soldados en un remoto camino forestal. Peter rememoraría tiempo después que «se detuvieron y rompieron filas unos minutos. Se desprendieron de su equipamiento y se distribuyeron junto a la carretera con el comportamiento

relajado propio de los hombres cansados, y George y yo entablamos conversación con un sargento y uno o dos de los soldados rasos que iban al final de la pequeña columna».

Los adolescentes estaban fascinados. Como siempre han hecho los muchachos, se pusieron a imitar el paso marcial de los soldados: «Los seguimos de cerca, disfrutando con el ritmo de los pies al desfilar y emocionados de una forma oscura por una sensación de unidad con aquellos soldados sudorosos, malhablados e insolentes». El incidente permaneció en la memoria de Peter «más bien como una escena de una película muda». «Era un extraño y ligero presagio romántico de las verdaderas marchas militares que llegarían seis años más tarde, algo para lo que las tropas de Highlanders se estaban preparando de manera más o menos consciente, [si bien] nada podía haber parecido más alejado del destino de dos chicos».

Los primeros años del siglo XX están lejos de ser el eterno verano dorado de la memoria popular: los imperios europeos expandían su influencia mundial hasta alcanzar el punto de un conflicto irreversible. En Gran Bretaña, las certezas victorianas se vieron minadas por la Segunda Guerra de los Bóers y la anticipación de una mayor en el futuro, mientras al mismo tiempo se veían desafiadas por los movimientos a favor del sufragio femenino y los derechos sindicales y la respuesta nacional al modernismo europeo. El grupo juvenil de más éxito del siglo, los Boy Scouts, se formó en respuesta a las crecientes exigencias nacionalistas e imperiales.

Bajo la superficie de la ordenada era eduardiana subyacían la guerra y la muerte, aunque solo fuera en forma de impulso irracional y apresurado. En ningún lugar es más evidente esta circunstancia que en *Peter Pan* , que, representada por primera vez en diciembre de 1904, se ha convertido en un arquetipo del siglo XX . [2] Como *El maravilloso mago de Oz* , su contemporánea estadounidense, *Peter Pan* era una historia destinada a los niños que sedujo a los adultos por su profunda complejidad psicológica. Continúa apelando de forma tan efectiva a las distintas generaciones que es fácil olvidar sus orígenes en un tiempo, un lugar y una biografía concretos.

La descripción que hace Peter Llewelyn Davis de su encuentro con los Highlanders está tamizada por sus terribles experiencias una década más tarde, pero la historia de su familia ilustra la interconexión fatal de fantasía y realidad

que marcó aquel periodo. Cuando Sylvia Llewelyn Davies murió a finales del verano de 1910, Peter y sus hermanos fueron confiados al cuidado del autor que había diseccionado sus vidas para la obra que le dio la fama. J. M. Barrie intuyó este acto de transferencia —cuando no de posesión— en su descripción de la familia Darling en la versión novelada de *Peter Pan* , publicada en 1911: «Jamás hubo familia más sencilla ni feliz hasta la llegada de Peter Pan».

Cuando conoció a la familia Llewelyn Davies en 1897, Barrie ya gozaba de un prestigio establecido; sin embargo, detrás de la fachada del éxito se escondía una vida atormentada por dudas y temores morbosos. De escasa estatura, obsesionado con la muerte en la infancia de su hermano David y atrapado en un matrimonio al que se refería como «una horrible pesadilla», Barrie había perdido a su madre y a su hermana en 1896. Durante los largos paseos que daba por los jardines de Kensington empezó a buscar consuelo en los hijos de otras personas. No se trataba meramente de encontrar un sustitutivo para la paternidad, sino de un reflejo de la contradicción que él mismo se había diagnosticado: «Era un niño que no quería crecer».

Un encuentro fortuito con George propició la amistad con toda la familia. Un año después de aquel primer encuentro, empezó a trabajar en una historia para niños sobre los atributos propios de las aves que creía ver en los niños en general y en Peter, el hermano menor, en particular. A partir de una idea de una obra contemporánea, [3] concibió un personaje llamado Peter Pan que escapa del jardín de infancia e intenta vivir como un pájaro. Alejado de la sociedad («Ni Lo Uno Ni Lo Otro»), se convierte en paria. Cuando intenta volver a su dormitorio, las ventanas están cerradas: «Al menos para la mayoría de nosotros, jamás se presenta una segunda oportunidad».

Siguió desarrollando la idea en la novela de 1902 *El pajarito blanco* , en la que Peter Pan aparece en una subtrama destacada. Tras su éxito, Barrie se propuso ampliar el personaje para conseguir un «cuento de hadas» perfecto. Concluyó un apresurado primer borrador en abril de 1904 y los ensayos empezaron seis meses después. Cuando se estrenó, el 27 de diciembre, *Peter Pan* fue un éxito inmediato, tanto entre el público adulto como entre el infantil. La escritora Daphne du Maurier señalaría más tarde a propósito de la actuación de su padre, Gerald, en el principal papel masculino: «Cuando Hook

recorrió por primera vez su alcázar en 1904, hubo que sacar a los niños chillando del patio de butacas».

Solo un crítico, Max Beerbohm, percibió la excesiva fusión del adulto con el niño: «El señor Barrie no ha crecido. Sigue siendo un completo niño». En la superficie, *Peter Pan* es una obra para niños, como *El maravilloso mago de Oz* , exige una suspensión del escepticismo adulto y del pensamiento lineal y juega con los temores arquetípicos a quedar perdido y huérfano. Pero si *Oz* es benévola y con visión de futuro (llena del optimismo de un nuevo continente), *Peter Pan* es una obra angustiada y angustiante: si para Dorothy y los niños de la familia Darling no hay ningún sitio mejor que el hogar, eso supone que Peter no tiene hogar.

La idea central de la historia de Barrie era prácticamente la misma que la que adoptó Oscar Wilde para *El retrato de Dorian Gray* : el ideal de la eterna juventud y la naturaleza faustiana de su contrato contra natura. Desde el momento de su llegada, cuando Wendy le cose la sombra que había perdido, Peter deja clara su condición de paria: «Me escapé de casa el día que nací –afirma–. Porque oí a padre y madre [...] hablando sobre qué iba a ser cuando me convirtiera en un hombre. [...] Quiero ser un niño y divertirme por siempre jamás. Así que me escapé a los Jardines de Kensington y viví mucho mucho tiempo entre las hadas».

Peter Pan está en un estado de suspensión, de permanente llegar a ser. Con su habilidad para volar a su antojo (que recuerda a los románticos y al sueño visionario de Marie Bashkirtseff), lleva consigo a la familia Darling a un reino fantástico: el País de Nunca Jamás. Verdadero *Sonnenkind* [hijo del sol], disfruta de una confianza sin límites en sí mismo y utiliza sus flautas pánicas para atraer a sus seguidores (los niños perdidos), quienes esperan de él, ante los peligros del País de Nunca Jamás, un liderazgo que nunca termina de llegar. Y es que, a pesar de sus habilidades mágicas, no tiene una moralidad más allá de su interés propio: «En mitad de una batalla cambiaba de bando sin previo aviso».

A pesar de su descripción (todavía conserva los dientes de leche), Peter está criogenizado en la infancia. Sin embargo, su comportamiento indica que es un adolescente. Peter parece ofrecer intimidad, pero siempre da un paso atrás. Deseado por varios personajes femeninos –Tigridia, Campanilla y Wendy (y

quizá esa personificación de la crueldad adulta: el capitán Garfio)–, no pueden ni tocarlo, todo su ser es «una expresión de terrible desdén por las leyes de la naturaleza». Peter piensa que en su mundo mágico puede evitar la madurez que tanto teme, en su mundo nada puede ser peor que convertirse en «un hombre».

Su permanente juventud tiene, no obstante, un precio: la maldición de la infancia detenida. Al final de la obra, Peter queda aislado de sus niños perdidos (que ya son completamente adultos) y de la familia Darling, que se ha vuelto a reunir: «La visión no podría haber resultado más encantadora; pero no había nadie para verla excepto un extraño niño que estaba observando todo desde la ventana sin perder detalle. Él disfrutaba de éxtasis innumerables que otros niños nunca podrán conocer; pero estaba contemplando a través de la ventana la única dicha que debía estarle vedada por siempre jamás».

Peter Pan predice de forma tan asombrosa el siglo pubercéntrico que estaba por llegar como *El retrato de Dorian Gray* . Ambas explotan elementos autobiográficos para presentar la juventud como un principio abstracto y para exponer su explosivo inconsciente. Sin embargo, Wilde fue condenado al ostracismo, mientras que Barrie se convirtió en el autor estrella de Londres y no es difícil entender por qué. Wilde dirigía su obra a los adultos, la situaba en un presente reconocible y se mostraba feliz, como líder decadente, de que la gente pensara lo peor de él. Como autor de literatura infantil, la fantasía manifiesta de Barrie lo libraba de la crítica, mientras que su vida personal no quedó mancillada por la más mínima sombra de un escándalo.

Si la perversión de Wilde era flagrante (manifestada en un agudo relato moral), la de Barrie estaba oculta pero omnipresente, se filtraba por la narrativa como su quimérico protagonista. Barrie, que escribía al mismo tiempo que tenían lugar las primeras investigaciones de la sexualidad infantil, no podía más que reproducir uno de los principios centrales de Freud: la insistencia en que la infancia no es un estado que se abandone y quede atrás como la piel de una serpiente, sino que continúa en la vida del adulto plenamente desarrollado. Una de las consecuencias de este hecho es que estos impulsos inconscientes (una vez reprimidos en la edad adulta) pueden reaparecer con virulencia.

La imagen final que ofrece Barrie de Peter, aislado a perpetuidad del mundo de sus juveniles amigos, expresa miméticamente sus propias circunstancias: Barrie sentía que no podía ser quien quería. Había algo que no estaba del todo

en orden en la apasionada cercanía del autor con los niños de la familia Llewelyn Davies, pero, al contrario que Wilde, Barrie era contenido y lo bastante inteligente para representar su obra de tal modo que, siguiendo la tradición teatral, ocultara estas ambigüedades. No es casualidad que la primera en encarnar a Peter Pan fuera una actriz en la treintena: el deseo sublimado en una forma aceptable. Este desvío en términos de edad y sexo era fundamental.

Al conceder el papel principal a un adulto de aspecto juvenil, Barrie se aseguró de que su mensaje fuera relevante no solo para los niños, sino también para los adultos, y que, por consiguiente, la incapacidad para crecer que personificaba Peter pudiera mantenerse avanzada la edad adulta. La propia adolescencia queda implícita tanto en la sensibilidad frívola y solipsista de Peter, como en la omisión, propia de su tiempo, de todas las características del preadulto (estamos en una época en la que los jóvenes adolescentes todavía eran considerados «niños»). Si bien no se presenta una sexualidad manifiesta, aparecen insinuaciones edípicas en la lamentable posición de las figuras paternas de la obra: el señor Darling en la caseta de la perra y el herido y finalmente eliminado capitán Garfio.

El intercambio de sexos en el papel protagonista hace hincapié en la continuidad de la condición preadulta de Peter: no podía convertirse nunca en hombre porque ya era una mujer adulta. Esta decisión también sitúa la obra claramente en la tradición de la pantomima, con el travestismo de su actriz principal (chico protagonista) y el actor principal (la dama). Pese a promocionarse como una innovación radical, *Peter Pan* era, con su espectáculo tecnológico, descendiente directa del teatro de magia y transformación de la pantomima, pero con una vuelta de tuerca freudiana: los mundos explorados no estaban lejos de los espectadores, sino en su propio interior.

El paganismo original de la pantomima sobrevivió intacto en *Peter Pan* . No es casualidad el nombre del personaje principal. Pan era una deidad griega bien conocida, el dios-cabra de la naturaleza que, abandonado de niño, simboliza la danza y la música (con sus flautas pánicas, el origen del mito europeo del flautista de Hamelín). A sus poderes proféticos se sumaban un violento erotismo y una apariencia de pesadilla. Como «instigador de un terror violento y repentino», Pan podría parecer la deidad más apropiada con la que contar en

un conflicto imperial. Sin embargo, había un problema: Pan es la única deidad del Olimpo que muere en su tiempo, igual que un mortal.

Peter Pan era una peculiar forma de propaganda imperial. Uno de los pasajes más evocadores del texto, ensalzado por la famosa ilustración de F. D. Bedford, tiene lugar cuando Peter espera a quedar sumergido en las aguas del lago de las sirenas. Oye «un tambor batiendo dentro de él» que repite la frase: «Morir sería una aventura verdaderamente grandiosa». Aunque fue George Llewelyn Davies quien pronunció en realidad este famoso epigrama (en 1900, durante la Segunda Guerra de los Bóers), había sido Barrie quien había sembrado la idea en su cabeza, gracias a sus despiadadas descripciones de niños muertos y al paradisíaco País de Nunca Jamás al que volaban.

Esto es lo que continúa incomodando de *Peter Pan* . Barrie no pudo evitar llevar su dañada psicología a sus relaciones con los pequeños Llewelyn Davies. Es como si los programara, como el manipulador Svengali de *Trilby* , con su propia obsesión con la muerte. Después de George, que murió en combate en abril de 1915, el favorito de Barrie era el cuarto hijo, Michael. Su inusualmente intensa relación terminó con la muerte de Michael en mayo de 1921, a la edad de veinte años, en un aparente pacto suicida. Con la infancia de los hermanos contaminada de este modo tan sutil, es difícil estar en desacuerdo con la convicción de Peter Llewelyn Davies de que Barrie les había robado el alma.

Pero *Peter Pan* no solo afectó a una familia: la obra fue un éxito rotundo tanto en Reino Unido como en Estados Unidos y fue representada un año tras otro para convertirse rápidamente en un clásico de la cultura infantil. La obra introducía la exploración de las diferencias de género propia de la pantomima en el nuevo mercado juvenil, lo que contribuyó a hacer de la androginia uno de los principales símbolos de una cultura adolescente en proceso de consolidación. En el contexto británico, dio inicio a un nuevo paganismo y reformuló la juventud eterna de los románticos en términos de muerte prematura. También resumía las ambiguas perspectivas de la juventud que dominaron la primera década del siglo XX .

La juventud se consideraba un precursor poderoso del futuro, una fuerza de la naturaleza que podía tanto revivificar como destruir las viejas tradiciones. Si era este último el caso, se necesitaban mayores esfuerzos para domesticar a esta bestia salvaje e impredecible. En Gran Bretaña, el ideal de las escuelas públicas

siguió siendo el modelo perfecto de la juventud, pues encarnaba el sacrificio irreflexivo que el imperio exigía a sus vástagos. «Estas son mis últimas palabras, queridos muchachos –dice Wendy en el barco pirata del capitán Garfio–. Siento que tengo un mensaje que daros de parte de vuestras verdaderas madres, y es este: "Esperamos que nuestros hijos mueran como caballeros ingleses"».

■ ■ ■

Uno de los admiradores más fervientes de Peter era un hombre soltero de cuarenta y tantos años. Robert Stephen Smyth Baden-Powell quedó tan cautivado por la obra de Barrie que volvió al día siguiente para verla otra vez, se la recomendó a sus amigos y terminó relacionándose con Dorothea Baird, la actriz que encarnaba a la señora Darling. Podía parecer este un comportamiento extraño para un soldado de carrera que era un héroe nacional, pero, según el biógrafo Piers Brendon, Baden-Powell fue durante toda su vida «un eterno niño del coro, un perpetuo adolescente cantarín, un caso de crecimiento detenido *allegro con brio* . Era un evidente "hombre-niño"».

Nacido en 1857, Baden-Powell fue criado por su madre tras la muerte de su padre en 1860. Educado en la escuela pública Charterhouse, se zambulló en el espíritu deportivo de la época como un pato en el agua: su habilidad en los deportes y las actividades militares compensaba de sobra su pobre expediente académico. También desarrolló un talento para el teatro, así como una apreciación por la naturaleza estimulada por sus muchas incursiones en solitario en las profundidades rurales. Al ser rechazado por la Universidad de Oxford, se alistó en la caballería y fue enviado a India en el primero de una serie de destinos que lo llevarían a Afganistán y Sudáfrica.

El Imperio británico exigía una vigilancia constante y un dinamismo en el que el individuo quedaba subordinado a las exigencias militares de absorción y de mantenimiento del imperio. Los libros para niños de la era eduardiana como *Our Empire Story* , publicado en 1908, ofrecían descripciones detalladas del heroísmo que seguía a los británicos por todo el planeta, desde América del Norte hasta Australia e India. La increíble capacidad de resistencia de los exploradores se veía correspondida por las constantes luchas coloniales contra

multitudes de nativos, como los valientes «cien» que lograron defender su posición contra las hordas de zulúes en la batalla de Rorke's Drift.

En 1900, Gran Bretaña era un país de 40 millones de habitantes y 310 000 kilómetros cuadrados que intentaba controlar una población de 345 millones de personas distribuidas a lo largo de cerca de 30 millones de kilómetros cuadrados. Ante esta situación, un matiz atribulado se empezó a afianzar en la ideología imperial: toda rebelión era un asunto serio para un Ejército y una Armada tensados hasta el límite. Baden-Powell puso en práctica, literalmente, esta mentalidad en su resistencia durante el largo sitio de Mafeking en la Segunda Guerra de los Bóers. La liberación de la ciudad fue una de las pocas buenas noticias en una campaña por lo general desastrosa: cuando se supo en la metrópolis el éxito de la operación en mayo de 1900, se produjeron una serie de manifestaciones espontáneas y desenfrenadas.

La Segunda Guerra de los Bóers marca el momento en el que el estado de ánimo imperial pasa de la confianza a la paranoia. El miedo no era solo a que pudieran perderse las conquistas coloniales, sino a que la propia Gran Bretaña pudiera ser objeto de una invasión. Estas preocupaciones recibían plena atención en revistas juveniles como *Boy's Friend* y *Boy's Herald* , que publicaban por entregas espeluznantes historias de invasiones por parte de los franceses, los rusos o los alemanes. Como señalaba un editorial: «¿Creerán mis lectores que hay en la actualidad apenas unos cuantos cientos de soldados en este país para resistir cualquier ataque que una nación extranjera hostil pudiera decidir lanzar contra nuestra pequeña isla?».

El creciente nivel de alfabetización en toda Gran Bretaña hacía a sus jóvenes más susceptibles a la oleada de propaganda alarmista de estas revistas y de libros superventas como *El enigma de las arenas* , de Erskine Childers; y *The Invasion of 1910* , de William Le Queux. El enemigo tradicional había sido Francia, pero después de la *Entente Cordiale* de 1904, el foco de atención se desplazó a Alemania. Los alumnos de las escuelas públicas y los miembros de la Boys' Brigade llevaban tiempo recibiendo entrenamiento premilitar, pero ahora la juventud de Gran Bretaña en su conjunto era preparada para el conflicto. Sin embargo, si bien la mayor parte de las clases medias y obreras eran patriotas y monárquicas, su estado físico no estaba siempre al nivel del espíritu nacionalista.

El temor a los *hooligans* de 1898 había visibilizado la existencia de una subclase de jóvenes fundamentalmente independientes, adictos a los cigarrillos, al alcohol y a las salas de conciertos. Cuando estos jóvenes urbanitas se alistaron para combatir en la Segunda Guerra de los Bóers, el primer conflicto de relevancia en treinta años, se descubrió que no daban la talla en el plano físico. En algunas zonas pobres, dos tercios del total de voluntarios fueron rechazados con rotundidad. Cuando se requirió un ejército británico de 450 000 miembros para reprimir una rebelión de 40 000 agricultores neerlandeses, quedó claro que la mayor parte de los varones del final de la era victoriana estaba bien lejos del ideal del cristianismo muscular.

El futuro del Imperio británico dependía de su juventud y esta no estaba a la altura. Según los «expertos infantiles» que proliferaron tras la Segunda Guerra de los Bóers, la responsable era la vida urbana, con las «funestas consecuencias causadas por el alcoholismo, las apuestas y otras formas de perdición». Con los *hooligans* aún frescos en la memoria y con las horribles historias del enfrentamiento contra los bóers, como la adicción de los soldados a la cordita, ese «potente narcótico», el gobierno de la juventud británica se centraría principalmente en su preparación para la batalla. El primer movimiento fue una serie de leyes destinadas a sacar a los jóvenes del limbo que tan bien habían explotado y llevarlos a la esfera pública.

Haciéndose eco de la creación del juzgado de menores de Illinois al otro lado del Atlántico, el encarcelamiento de menores de dieciséis años en las mismas instalaciones que delincuentes mayores se prohibió en 1899, mientras que la ley educativa de 1902 autorizó por primera vez el apoyo del Estado a la educación secundaria. Sin embargo, estas leyes no llegaban a la raíz de los profundos problemas del entorno urbano. Los filántropos reformistas y los grupos religiosos solo conseguían un impacto limitado. Cuando la Boys' Brigade o la Church Lads' Brigade desfilaban por los barrios de clase obrera, a menudo se enfrentaban a abucheos, apedreamientos e insultos.

El respeto estaba desapareciendo. Charles Russell, que trabajaba con menores, observó que «el chico de clase trabajadora es crítico y en modo alguno amable en sus términos. Es áspero y adusto. No entiende por qué tiene que hacer concesión alguna a la debilidad de aquellos que fingen controlarlo. Y no las hace». En este entorno riguroso, el «chico» podía convertirse fácilmente

en un *ike* , el sucesor del *scuttler* : «El *ike* es un tipo estúpido que, por su constante indulgencia en hábitos viciosos de muchos tipos ha perdido el control de sus pasiones más brutales y les concede plena libertad cuando la oportunidad se presenta».

Actitudes mediocres y tendencias violentas iban de la mano con una clara falta de entusiasmo imperial. Russell concluía que «nadie que haya estado en contacto con el chico medio de la clase trabajadora de Manchester puede evitar quedar impresionado por la casi total ausencia del *esprit de corps* propio de los chicos educados en las grandes escuelas públicas». Si este último era el ideal británico, los chavales de clase obrera constituían un ejemplo de la degeneración que, al debilitar a la raza, amenazaba la estabilidad imperial. Su pobre estado físico implicaba que eran incapaces de asumir las «crecientes responsabilidades de un imperio en expansión».

Al igual que en Estados Unidos, las primeras ideas sobre la adolescencia se centraron en el control de los residentes urbanos pobres. En 1903, el Committee on Physical Deterioration (Comité gubernamental sobre el Deterioro Físico) identificó el problema que presentaban los muchachos de las «clases duras» que escapaban de la red de iglesias, escuelas u organizaciones benéficas. Si bien señalaba con aprobación la existencia de grupos juveniles como la Boys' Brigade, el comité recomendaba un periodo de entrenamiento más coordinado en el que debían asumir un papel prominente los «ejercicios físicos y la instrucción», para que «el adolescente varón» pudiera «portar armas con muy escasa disciplina complementaria».

Baden-Powell vio su oportunidad. En abril de 1904, asistió a la inspección anual de la Boys' Brigade en Glasgow. Retado por el fundador de la brigada, William Smith, a «reescribir el libro de exploración del Ejército para adaptarlo a los niños», el excoronel pensó en el Mafeking Cadet Corps (Cuerpo de Cadetes de Mafeking), una organización paramilitar de todos los chicos por debajo de la edad mínima de alistamiento en la ciudad asediada. Con edades entre los nueve y los dieciocho años, estos cadetes ofrecían un modelo heroico ya preparado; tal y como escribió en *Escultismo para muchachos* : «No tenían miedo aquellos pícaros; siempre estaban dispuestos a cumplir órdenes, aun cuando cada vez que lo hacían arriesgaban la vida».

Cinco días antes del estreno de *Peter Pan* , este «flautista de la paz» presentó su manifiesto en el *Chronicle* del elitista Eton College (una elección muy reveladora). Su carta empezaba con la premisa del asedio: «Inglaterra es un pequeño país rodeado por naciones mucho más fuertes en armas que pueden tratar de aplastarnos en cualquier momento. La pregunta es cómo podemos evitarlo». Baden-Powell, invocando a los caballeros de la Edad Media, proponía una prueba para «todo niño inglés»: «Preguntarse el primero de cada mes: ¿qué he hecho yo por el bien del país, además de lo que he hecho por mi propia diversión o por mi progreso?».

Así, decidió formar una serie de grupos locales, iniciados con la lectura de historias de aventuras y que más tarde aprenderían a «disparar con rifles en miniatura», «instrucción y combate» y a hacer reconocimientos sobre el terreno. Estos «cuerpos» cargarían explícitamente con una letanía de obligaciones caballerescas: «1. Temor de Dios 2. Honrar al Rey 3. Ayudar a los débiles y en dificultades 4. Venerar a las mujeres y ser amables con los niños 5. Entrenarse en el uso de las armas para la defensa de su país 6. Sacrificarse y sacrificar sus diversiones, sus propiedades y, si fuera necesario, su vida por el bien de sus compatriotas».

La primera prueba seria de estas ideas tuvo lugar en 1907 con el campamento escultista inaugural, en el que veintiún niños de entre nueve y diecisiete años fueron instruidos en la ética y los detalles prácticos del movimiento: lealtad al rey y al imperio, acampada, cocina, rastreo y seguimiento de presas. Baden-Powell estaba encantado con la mezcla social, su grupo de prueba había sido elegido con esmero para incluir tanto chicos de las escuelas públicas como de la clase obrera. «Los muchachos más bastos mejoraron de manera perceptible en cuanto a comportamiento, limpieza, etc. –escribió–. Observaban e imitaban al resto y progresaron de forma destacable para un tiempo tan corto».

El escultismo había sufrido entonces varios cambios desde el manifiesto de 1904. Baden-Powell tomó sus ideas de muchas fuentes: la literatura clásica, las teorías de educadores como Johann Heinrich Pestalozzi y Friedrich Jahn y los rituales de los espartanos, los británicos primitivos y el bushido japonés. Sin embargo, su mayor influencia provino de los American Woodcraft Indians, un grupo formado en los primeros años del siglo por Ernest Thompson Seton. Se

conocieron en un viaje del estadounidense a Gran Bretaña en 1906; para disgusto de Seton, Baden-Powell adaptó el ideal del grupo a una forma más militarizada.

Apoyado en su fama de héroe de Mafeking, Baden-Powell atrajo el apoyo del editor y promotor C. Arthur Pearson, cuya cabecera principal era el *Daily Express* , lanzado en 1900 como periódico de masas con un ideario patriótico explícito: «Nuestra política es el Imperio británico». En otra manifestación de su visión del mundo, Pearson había ya instituido un fondo, el Fresh Air Fund, para enviar a niños pobres al campo. En 1907 dio un inmenso impulso al proyecto de Baden-Powell con una gira de conferencias y una constante campaña publicitaria. También aceptó publicar la revista del movimiento.

The Scout , compuesta por historias de aventuras y competiciones, fue un éxito inmediato y alcanzó una tirada semanal superior a los 100 000 ejemplares a finales de 1908. Pearson también contribuyó a acuñar el nombre del movimiento. «No creo que *Scouts Imperiales* sea un buen nombre –escribió en 1907–. Me parece que desde luego deberíamos utilizar la palabra "chico". No creo que puedas mejorar el nombre *Boy Scouts* ». Con una campaña de artículos periodísticos, conferencias y publicaciones en varios medios, el mercado estaba a punto para el lanzamiento del escultismo con la primera aparición serializada del libro de Baden-Powell, en enero de 1908.

Este manifiesto logró un éxito inmediato y prolongado en el tiempo. Baden-Powell tenía talento para transmitir la intensidad que tanto se corresponde con las sensaciones agudizadas de la adolescencia. Sus descripciones de las técnicas de rastreo tenían una densidad casi alucinatoria, mientras que su insistencia en la observación atenta de la naturaleza se aproximaba a la implicación total con el aquí y el ahora que supone el sello distintivo de las religiones orientales. Por encima de todo ello, logró que sonara entretenido: «Acampar es lo más regocijante en la vida de un *scout.* Vivir al aire libre en medio de la naturaleza que Dios nos ha dado, en los cerros y entre los árboles, los pájaros, las bestias, el mar y los ríos, es decir, vivir en contacto con la naturaleza».

Escultismo para muchachos está organizado en veintiséis «fogatas» que cubren temáticas relevantes como «cocina de campamento», «rastreo» y «desarrollo personal». La mayoría de las explicaciones prácticas está basada por completo

en el sentido común y contiene gran riqueza de detalles (por ejemplo, cómo hacer nueve tipos diferentes de nudos) que siguen siendo la base de los manuales de supervivencia básica. En este animado formato, Baden-Powell citaba a los inspiradores del movimiento: los caballeros de la mesa redonda, los gauchos de Sudamérica, los zulúes y los indios americanos.

Baden-Powell también citaba a individuos famosos, como el presidente de Estados Unidos Theodore Roosevelt y ejemplos caballerescos de la personalidad *scout* , como un chico escocés de dieciocho años «llamado Currie» que intentó salvar a una chica de un tren que se aproximaba. El ideal era el sacrificio y el altruismo. Baden-Powell encontró a su chico perfecto en Robert Hindmarsh, un joven pastor que localizó a un asesino de vagabundos gracias a sus conocimientos de la vida en el bosque y la observación: «Deberéis recordar que vuestros actos pueden ser observados por otras personas y tomados también como ejemplo. Cumplid, pues, con vuestro deber, pronto y en toda ocasión».

Todo *scout* contraía obligaciones que incluían «lealtad al rey, a su país, a sus líderes, a sus padres, sus patronos y sus subordinados». Tenían otras implicaciones: «Un *scout* obedece las órdenes de sus padres, de su guía de patrulla o líder sin preguntas». Baden-Powell también se hizo eco de las palabras de Henry Newbolt en su discurso a «las jóvenes generaciones de británicos que crecen ahora para convertirse en los hombres del imperio»: «No quedéis deshonrados como los jóvenes romanos que perdieron el imperio de sus antecesores por ser unos holgazanes sin carácter, energía ni patriotismo. ¡Ánimo! ¡Cada hombre en su lugar y que empiece el partido!».

Estas exhortaciones revelan que el manifiesto de Baden-Powell no estaba tan despojado de ideología como aseguraba. *Escultismo para muchachos* está saturado del *ethos* imperial del cristianismo muscular de las escuelas públicas. Hay ilustraciones que no son más que burdas caricaturas en las que se infiere el carácter esencial de los retratados a partir del aspecto externo. Las personas y las prendas «que parecían extranjeros» despertaban sospechas de forma automática, algo que sucedía en un momento en el que entre los inmigrantes, según defendía un documento del consejo real, se incluían «criminales, anarquistas, prostitutas y personas de mal carácter en un número superior al porcentaje habitual entre la población nativa».

Baden-Powell también reprodujo las teorías de la degeneración propias de la época con sus frecuentes alegatos contra el tabaco, el alcohol, la masturbación y los holgazanes: «No hay lugar para el desentendido o el gruñón». Destinado al «muchacho» de clase obrera que los «expertos en infancia» habían identificado como problema, el escultismo tuvo una recepción dispar. Algunos jóvenes de los barrios empobrecidos estaban encantados de divertirse con este nuevo juego tan emocionante y de unirse a un grupo de compañeros que ofrecía aventuras, excursiones al campo y cierta liberación de las exigencias de los padres, los profesores o los jefes.

Cuando llegó 1910, el de Boy Scouts no era aún el movimiento de masas en el que se convertiría a partir de los años veinte, pero si el mayor movimiento juvenil de Reino Unido con más de 100 000 miembros. Como la Boys' Brigade y el resto de grupos juveniles religiosos, no obstante, estaba compuesto sobre todo por jóvenes de clase media-baja y de la franja superior de la clase trabajadora. Por dos motivos principales no pudo alcanzar a una gran proporción de los descerebrados residentes en los suburbios que suponían una amenaza para el imperio: el uniforme y las cuotas eran demasiado caros y muchos jóvenes se mostraban hostiles a la insistencia del movimiento en la disciplina y la instrucción militar.

El *ethos* de las escuelas públicas se implantó en los jóvenes de los barrios urbanos pobres a través de otra ruta inesperada. La afición por los cómics y las revistas ilustradas estaba bien establecida en todas las clases sociales cuando se lanzó *The Magnet* en 1908, el mismo año que *Escultismo para muchachos* . El primer número destacaba una «historia completa de colegio», escrita por Frank Richards, que narraba cómo un joven desafiante es expulsado de su hogar por un «viejo soldado bronceado y de semblante adusto». Al descubrir que su sobrino «se ha desmadrado totalmente», el coronel Wharton lo envía a un internado con la intención de enderezar su naturaleza «testaruda y decidida».



[Lo sentía mucho, pero no pudo evitar reírse].
Anuncio del primer número de *The Magnet* .

Los conflictos de Harry Wharton eran una lectura irresistible y no solo porque su indudable «valor» se veía confirmado por una agresividad explosiva. El primer número de *The Magnet* incluía, al menos, cinco peleas sangrientas propiamente dichas: salvajismo suficiente para satisfacer al *scuttler* más empedernido. Su descripción de una sociedad cerrada en sí misma y dominada por compañeros en la que los chicos se comportaban mal pero terminaban por regresar al rebaño supuso el éxito inmediato de *The Magnet* y sus historias del colegio Greyfriars no ya entre los estudiantes de las escuelas públicas, sino también entre los que habitaban los suburbios.

En sus memorias sobre la vida en los barrios bajos de Salford en la primera década del siglo, *The Classic Slum* , Robert Roberts recuerda que tanto él como sus amigos estaban enganchados: «Los estándares de conducta manifestados por Harry Wharton y sus amigos de Greyfriars establecían normas sociales que los escolares y algunos adolescentes jóvenes se esforzaban de forma intermitente en cumplir. Las peleas (al menos en teoría) tenían lugar según las reglas de Greyfriars: no se podía pegar a un rival cuando estaba en el suelo, no se podían dar patadas, de hecho no estaba permitida ningún arma salvo el varonil puño.

En esa escuela nuestra aprendimos a admirar las agallas, la integridad y la tradición; ridiculizábamos al glotón, lo estadounidense y lo francés».

En comparación con su lúgubre escuela real, esta institución ficticia «se convirtió para algunos de nosotros en nuestra verdadera *alma mater* , a la que nos sentíamos vinculados por una lealtad de ensueño». [4] Roberts reconocía que «el *ethos* de las escuelas públicas, desdibujado en forma de mito y vendido en ejemplares a 1 penique, para bien o para mal estableció ideales y estándares. Una tarea en la que nuestros tutores, religiosos y seculares, habían fracasado por completo. El resultado final bien podría ser que Frank Richards ejerciera durante el primer cuarto del siglo XX más influencia en la mentalidad y en la actitud de la joven clase obrera inglesa que ninguna otra persona, incluido Baden-Powell ».

■ ■ ■

1. Peter Llewelyn Davies abandonó el proyecto en 1951. Transcurridos nueve años, se arrojó a las vías del metro, lo que dio pie a titulares como: «Peter Pan se suicida». Ni siquiera muerto podía huir de esta asociación.

2. Tras el éxito logrado en su momento, Peter Pan ha sido referencia habitual en libros de psicología popular (como el superventas de Dan Kiley *El síndrome de Peter Pan* , publicado en 1983), películas de gran presupuesto (*El mago* , de 1978; y E.T., de 1982), así como en Neverland, la finca de la superestrella más estrambótica de la música pop, Michael Jackson.

3. Llamada *Pan and the Young Shepherd* , de Maurice Hewlett (1898).

4. Roberts recordaba que había «chicos tan ávidos de conseguir los últimos números de *The Magnet y Gem* que caminaban un día entre semana a la estación de ferrocarril de la ciudad para coincidir con el envío que llegaba desde Londres y comprar los primeros ejemplares del quiosco. Un chico que iba con nosotros adoptó unos andares siempre vacilantes en un intento por imitar el "paso atlético y elástico" de Bob Cherry. Tímidamente incorporamos su peculiar jerga a nuestras bromas cargadas de insultos: "Yaro-oh", "¡Mi santa tía!", "¡Leggo!" y un montón más. Los Famosos Cinco, los personajes principales, eran para nosotros jóvenes caballeros andantes, *sans peur et sans reproche*» .

CAPÍTULO 7

Novatos de instituto y mano de obra juvenil

Adolescencia e industria en Estados Unidos

■ ■ ■

La generación joven se ha criado prácticamente sola. La disciplina escolar, desde la abolición de los castigos corporales, es casi nominal; la disciplina de la Iglesia, nula en lo esencial; e incluso la disciplina en el hogar, aunque mantiene las formas, no es más que un caparazón vacío. El niño moderno es desde los diez años poco más o menos que su propio «jefe».

Randolph S. Bourne, «The Two Generations», *Atlantic Monthly* , mayo de 1911.



Cinco niños estadounidenses, década de 1900.

Mientras los imperios europeos maniobraban para conseguir la mejor posición de salida, Estados Unidos empezó a apuntalar su reivindicación como principal centro industrial y financiero del nuevo siglo. Declaró sus intenciones a principios de 1901 con la creación de la United States Steel Corporation. Con una capitalización de 1400 millones de dólares, la nueva compañía reunió en un cártel a casi todos los productores de acero de Estados Unidos gracias a un acuerdo cocinado por el banquero J. P. Morgan. La flamante empresa, que empequeñecía incluso a la Standard Oil Company of New Jersey de John D. Rockefeller, era, desde su nacimiento, la mayor del mundo.

Estados Unidos tenía sus propias ambiciones imperiales en la primera década del siglo, pero estas descartaban una intervención directa en las disputas europeas. La influencia del Nuevo Mundo se ejercería a través de la industria. El país, liberado temporalmente de la carrera armamentística que empezaba a obsesionar a sus más cercanos competidores, se centraba en su propio Destino Manifiesto. Un capitalismo salvaje que se definía no solo por la producción industrial, sino también por su encauzamiento, mediante los flujos de capital, hacia corporaciones cada vez mayores: instituciones que eran la verdadera representación del tamaño y el potencial del país.

El espacio de la juventud dentro de este proyecto nacional tenía una importancia capital. Mientras que los jóvenes del norte de Europa eran programados para combatir en la futura guerra, la juventud de Estados Unidos tendría que asumir su papel en el ideal empresarial. Este imperativo tuvo un impacto considerable en la política educativa de Estados Unidos, que sacaba cada vez a más adolescentes de los puestos de trabajo en la industria para empezar a modelar una nueva clase directiva y en el sector servicios. Con la creciente urbanización, los viejos tiempos del individualismo del Salvaje Oeste, el espíritu viajero y la autosuficiencia habían terminado.

Los empresarios exigían formalidad, fortaleza física, obediencia incondicional y capacidad para trabajar en grupo –para desarrollar, en la terminología educativa del momento, «una predisposición social»–. Como sucedía en las escuelas públicas británicas, el mejor medio para inculcar este espíritu en los jóvenes era el deporte, por lo que las actividades de equipo adquirieron un papel preponderante en escuelas y universidades. Sin embargo,

Estados Unidos necesitaba más mano de obra para su Destino Manifiesto de la que las clases medias y altas podían ofrecer. Una vez que el continente había sido «domesticado», se hizo necesario formar a toda la juventud estadounidense para que esta abandonara su comportamiento «atávico».

La creciente atención concedida a la adolescencia durante la primera década del siglo XX tomó la forma de un interés oficial y generalizado por la sección más visible de la juventud: la salvaje clase marginal que campaba a sus anchas en los barrios pobres de las ciudades y amenazaba con contaminar a los hijos de la burguesía. En un manual de la época titulado *Boys as They Are Made and How to Remake Them* [Cómo están hechos los chicos y cómo corregirlos], F. H. Briggs declaraba que el delincuente no provenía «del hogar donde prevalece la laboriosidad, la inteligencia y la frugalidad», sino que era «el chico que está al otro lado de la valla trasera de tu calle».

■ ■ ■

Con *Adolescence* , G. Stanley Hall había logrado asentar la definición de la pubertad como etapa diferenciada de la vida, pero esta definición la empezaban a utilizar las clases empresariales para imponer sus valores a la juventud estadounidense en su conjunto. A partir de 1905, el «problema de la juventud» se convirtió en elemento cotidiano de los periódicos y las revistas para el mercado de masas. Publicaciones de corte familiar y femenino como *Harper's Bazaar* , *Good Housekeeping* y la superventas *Ladies' Home Journal* publicaban artículos sobre «Cómo y cuándo ser sinceros con los chicos», «Con qué niños debería jugar mi hijo» y «Cómo mantener en su sitio a un chico de ciudad». Los artículos sobre los «chicos» y la «delincuencia juvenil» se multiplicaron por diez con respecto a la década anterior.

El mercado de clase media, desarrollado poco antes, fue conducido a pensar que los jóvenes maleantes de las ciudades representaban una amenaza social grave, que la delincuencia era contagiosa y podían contraerla sus propios hijos. En su papel de experto en la juventud más famoso del país, Stanley Hall se vio sumido en este debate nacional. Reconoció que había recibido varios cientos de cartas de padres y amigos preocupados. «La cuestión en todas estas cartas es: "¿Qué hacemos?". Padres y familiares están desesperados y dispuestos a aplicar

casi cualquier remedio a las bravas». El texto concluía: «Nunca antes se ha mostrado el niño estadounidense tan desenfrenado como en la actualidad».

En una entrevista en enero de 1906, Hall argumentó que era un escándalo nacional que, de 27 millones de estadounidenses entre los cinco y los veintiún años, tan solo 12 estuvieran escolarizados. Incluso en la educación a tiempo completo, estos niños (los chicos especialmente) se veían condenados al fracaso por una descuidada planificación académica: «El trabajo degenera en demasiadas ocasiones en una forma de juego». Lo peor de todo era que a los estudiantes se les permitía elegir «sus propios temas de estudio». «Esto, de nuevo, está basado en el anticuado dogma de los derechos individuales del ciudadano e incluso del niño, cuyas posibilidades de ser presidente de la nación nunca se olvidan».

Desde su perspectiva, la educación estadounidense salía mal parada frente al sistema alemán, que no solo mantenía a todos los niños en las aulas más horas, sino que también preparaba mejor a sus estudiantes para las necesidades de la industria. Incluso la lengua beneficiaba a los alemanes, con su «vocabulario técnico» que hasta un niño podía comprender. Esta comparación tenía una importancia capital porque «a menudo nos preguntamos por qué los alemanes están avanzando a tanta velocidad en los campos industrial, mercantil, técnico y administrativo». La educación era la clave de esta «regeneración», que se sostenía en un sentido práctico asumido por todos los alemanes que dejaba en evidencia a Estados Unidos.

El «afeminamiento» de las escuelas estadounidenses había sido el responsable de la creación de una generación de adolescentes rebeldes. En un artículo de 1908 Hall criticaba las consecuencias de la «rápida y progresiva feminización del sector docente»: «Prevalece la persuasión moral, la vara ha desaparecido y un espíritu de bondad azucarada, que no forja el mejor metal en las almas de los chicos, impregna las escuelas». En el gráfico que acompañaba el texto, equipos de fútbol americano y de trineos se enfrentaban a un solo joven esteta de pelo largo, traje de terciopelo y puños de encaje: el espectro de la decadencia.

Hall no era un victoriano absoluto, pero sí un hombre de su tiempo y su atención a las deficiencias de los institutos de secundaria formaba parte de un interés nacional amplio que, en última instancia, estaba vinculado a la posición

internacional de Estados Unidos. El «matonismo» que Hall interpretaba como un problema de disciplina tenía, para muchos educadores y empresarios, consecuencias más profundas. La nueva edad de las masas no favorecería en Estados Unidos al individuo ni al disidente. Todo el mundo tenía un papel que desempeñar, que no estaba, como en Europa, predestinado por la clase social, sino por la economía.

Las comparaciones entre Estados Unidos y Alemania, los dos países ambiciosos, no se establecían a la ligera. Con su crecimiento sin precedentes, Alemania era tanto una inspiración como motivo para la preocupación. El problema para Estados Unidos residía en que los mayores niveles de producción no se veían acompañados por un consumo equivalente. El déficit financiero consecuente hacía a la economía vulnerable a las desastrosas crisis de mediados de la década de 1870 y principios de la de 1890. La solución a este punto muerto no era reducir la producción, sino expandir el mercado potencial de un amplio abanico de productos.

El primer indicador de esta perspectiva fue una agresiva campaña de exportación: después de presentar el escaparate estadounidense a todo el planeta en la Exposición Universal de 1893, había llegado el momento de empaquetar y vender. En 1902, el experimentado banquero Frank Vanderlip celebraba la «invasión comercial de Europa» por parte de Estados Unidos: el país había «enviado carbón a Newcastle, algodón a Manchester, cubertería a Sheffield, patatas a Irlanda, champán a Francia, relojes a Suiza y vino del Rin a Alemania». El Destino Manifiesto estaba triunfando sobre la aislacionista Doctrina Monroe.

Al contrario de lo que sucedía con sus homólogos alemanes, de los jóvenes de Estados Unidos no se esperaba que se unieran en la defensa contra «enemigos de todas partes». Su función era trabajar en un sector industrial que, sin embargo, empezaban a rechazar. Para los empresarios, la ecuación era sencilla: todo delincuente, todo muchacho afeminado, se estaba negando a aceptar la definición correcta de la virilidad. Precisamente cuando Estados Unidos necesitaba producir como nunca antes, muchos de sus jóvenes rechazaban participar en el proceso industrial. En lugar de analizar las pobres condiciones de las propias fábricas, los patronos decidieron responsabilizar al sistema educativo.

Al inicio del siglo, la matriculación en los institutos de secundaria había alcanzado niveles sin precedentes gracias a sucesivas campañas reformistas. La escolarización supuso que numerosos adolescentes no se incorporaran al mercado laboral, pero los hijos de los inmigrantes recién llegados ocuparon rápidamente su lugar. Los industriales, no obstante, pronto descubrieron que este nuevo suministro de mano de obra no era inagotable. Muchos nuevos ciudadanos estadounidenses se habían llevado consigo las políticas socialistas del Viejo Continente y hacían campaña por un mayor reconocimiento de los sindicatos. El sistema de formación de los aprendices estaba controlado por la American Federation of Labor (Federación Estadounidense del Trabajo), que intentaba incrementar los salarios de los jóvenes.

El movimiento contra la mano de obra infantil había ya cobrado fuerza: antes de que comenzara el nuevo siglo, eran veintiocho los estados que habían aprobado leyes que regulaban su uso. Una de sus líderes, Florence Kelley, fundó el National Child Labor Committee (Comité Nacional del Trabajo Infantil), que reclamaba un control federal más estricto de «la fuerza laboral de los jóvenes». [1] En 1906 se publicaron las vergonzosas revelaciones de John Spargo en *The Bitter Cry of the Children* . Jane Addams, inspirada por *Adolescence* a centrarse en el problema de los adolescentes urbanos, escribió una serie de observaciones y recomendaciones recopiladas en 1909 en *The Spirit of Youth and the City Streets* .

Una de sus historias más impactantes era la de un chico de quince años que trabajaba en una planta siderúrgica. Su labor consistía en «tirar de una palanca cuando un pequeño tanque se llenaba de metal fundido. Durante el breve tiempo que necesitaba el tanque para llenarse, se entretenía estúpidamente en capturar con un trozo de espejo el reflejo del metal y desviar el haz de luz hacia los ojos de sus compañeros de trabajo. Aunque un capataz enfurecido le había quitado dos veces el espejo, con un tercer fragmento estaba un día iluminando la oscuridad del taller cuando el tanque desatendido rebosó y le abrasó de forma casi instantánea las dos piernas».

Al igual que cualquier otro reformista, Addams podía ser acusada de imponer los valores de su propia clase social a los jóvenes de los barrios marginales; sin embargo, dejando a un lado la efectividad de su trabajo y sus esfuerzos por la sensibilización, su voluntad de mejorar las condiciones de vida

de estos jóvenes concordaba con los deseos y las necesidades de las masas. El principio del perfeccionamiento estaba arraigado en la psique estadounidense. Tras haber sido conducidos a creer que todos los hombres son iguales, muchos inmigrantes recién llegados veían en la enseñanza secundaria el primer paso para ese objetivo, si no para ellos mismos, al menos para sus hijos, que podrían aprender a ser verdaderos ciudadanos del Nuevo Mundo. La educación ofrecía una salida a las fábricas.

Pero, con una pérdida continua de trabajadores jóvenes en favor de la educación, los patronos contraatacaron. Consideraban que se dedicaba demasiado tiempo a materias generales, como el latín, el álgebra y la historia, y que los centros de secundaria habían instituido plenamente una educación para oficinistas. En 1905, su grupo de presión, la National Association of Manufacturers, creó su propio Committee on Industrial Education (Comité para la Educación Industrial). Su objetivo último era combatir la amenaza combinada que suponían Alemania (la potencia industrial al alza en Europa) y el creciente poder de los sindicatos, para lo que aspiraban a crear un nuevo sistema de educación que priorizara las necesidades de la industria.

El comité de fabricantes, tomando como modelo el sistema alemán de educación técnico-industrial, pretendía educar a «los chicos estadounidenses» para incorporarse a las fábricas en puestos cualificados y de supervisión. Junto con otro grupo de presión denominado National Society for the Promotion of Industrial Education (Sociedad Nacional para la Promoción de la Educación Industrial), los empresarios defendían con firmeza un sistema segregado de educación. Había llegado el momento, como señaló el decano de la Facultad de Educación de la Universidad de Stanford en 1909, de «abandonar la idea excesivamente democrática de que todos somos iguales y de que nuestra sociedad está desprovista de clases».

Con este nuevo sistema, los niños serían evaluados en la primaria. Aquellos que alcanzaran el mejor nivel recibirían una educación secundaria generalista, orientada a los clásicos. El resto obtendría una formación profesional que, según estipuló en 1908 la convención de la National Educational Association (Asociación Nacional para la Educación), incluiría «contabilidad, aritmética comercial, taquigrafía y mecanografía, correspondencia empresarial y derecho comercial. En la instrucción de carácter manual los estudiantes podrán estudiar

dibujo técnico, carpintería, forja, diseño de patrones y herrería avanzada». Habría cursos de ciencia doméstica para las chicas, que incluirían «cocina, corte y confección y economía del hogar».

Aunque se integraron rápidamente en los planes de estudios de los institutos, estas reformas no recibieron una aprobación unánime. El problema era que «las masas», una vez ofrecida una escalera educativa para abandonar las fábricas, no entendían por qué debían regresar a ellas, especialmente cuando las condiciones de trabajo seguían siendo brutales e inhumanas. Mucho peor era que este sistema graduado de escolarización estaba empezando a provocar el tipo de segregación que ya se practicaba contra los afroamericanos: por cada dólar gastado en la educación de un niño negro, se destinaban más de 33 a un niño blanco.

Al mismo tiempo, la segregación por sexos empezaba a asentarse en la estructura educativa, en respuesta a los numerosos ataques contra la «feminización». En la primera década del siglo, las chicas recibían burlas si destacaban en términos académicos. Para las hijas de «las masas», el matrimonio era la vocación aceptada. En caso contrario, tendrían una educación para prestar sus servicios en la industria: «La titulada en economía doméstica puede enseñar cocina, costura, bacteriología, química y cualquiera de sus varias ramas. Puede encargarse de la supervisión de la cocina y la higiene en instituciones como los hospitales, los asilos, los establecimientos mercantiles, las industrias algodoneras y los correccionales».

En su defensa de este sistema, los industriales y los educadores estadounidenses se encontraron con la resistencia tanto de los profesores como de los padres. No acababan de entender que el sistema prusiano no era el producto de una democracia, sino de un imperio feudal. En paralelo al crecimiento de las matrículas en los institutos a principios de la década de 1910, el enfrentamiento entre los academicistas y los defensores de la formación profesional se profundizó. Si los primeros estaban comprometidos con «la obligación de la comunidad y del Estado de facilitar un mayor y mejor desarrollo del individuo», a los últimos únicamente les preocupaba garantizar la subordinación de «todo trabajador a la producción de su institución en concreto».

■ ■ ■

Este conflicto ideológico dificultó el despegue de la educación secundaria durante la década de 1910. Si bien el número de adolescentes escolarizados con edades entre los catorce y los diecisiete años se duplicó, la cifra apenas superaba el 30 % de la población total al concluir la década, al tiempo que el índice de abandono escolar se mantenía en niveles altos en las grandes ciudades. En su investigación de 1914, *The High School Age* , Irving King señaló que en algunas áreas urbanas empobrecidas, un impresionante 88 % de los estudiantes de instituto no terminaba sus estudios porque «no veía posible, o quizá no le merecía la pena, seguir con las clases».

Los institutos podían estar atrayendo a más estudiantes, pero no los conservaban. El plan de estudios podía ser serio, pero la clase social era un factor más acuciante. Bien por necesidad o por temperamento, muchos jóvenes pobres no encontraban motivos para permanecer en el entorno educativo y lo abandonaban en favor de trabajos temporales y mal pagados o de la delincuencia. En lo que a ellos les concernía, incluso unos pocos centavos en los bolsillos conferían posición social y les permitían cierto control sobre sus vidas.

Al mismo tiempo, los institutos iniciaban un proceso en el que serían promocionados como instituciones para personas con aspiraciones. Su imagen idealizada –ensalzada por novelas populares como *The High School Freshmen* , publicada en 1910 por H. Irving Hancock– era la propia de las pequeñas ciudades y la clase media: incluso en mayor medida que las historias de Frank Richards para *The Magnet* , estaban en perfecta consonancia con los valores empresariales. No obstante, al haber disfrutado de más libertad que sus coetáneos británicos, los niños de los barrios bajos estadounidenses se vieron menos influidos por estos textos meliorativos.

Enmarcada en una «pequeña ciudad media estadounidense de unos 30 000 habitantes», *The High School Freshmen* enfrenta a Dick Prescott, el recto hijo del propietario de una librería, contra el malvado y vengativo Fred Ridley. Mientras que «todos los compinches de Dick eran chicos que pertenecían a familias con recursos medios», «el abogado Ridley habitualmente facilitaba a Fred mucho más dinero del que este joven esnob sabía cómo utilizar». A pesar

de ser un modesto estudiante de primer curso, con catorce años Prescott avanza en el instituto gracias a su valentía y a su competencia en los deportes. Su premio es ser invitado al baile de los estudiantes de último curso.

The High School Freshmen , entre peleas a puñetazos y oscuras maquinaciones propias de *Tomás Brown en la escuela* o *The Magnet* , entronca con la tradición europea de historias de escolares, con la que también comparte una inclinación propagandista. Así, Dick suplica a su avergonzado enemigo: «Vamos, Fred, sé un tipo diferente. Hazte a la idea de pasar por el instituto y después por la vida, tratando a todo el mundo de forma decente. Sé simpático y sincero... Sé un tipo de primera y todos te apreciarán y querrán ser tus amigos». El aprecio de los compañeros no provendría del dinero, sino de los méritos deportivos y en las competiciones de equipo.

La novela de Hancock compartía los mismos valores que los *boy books* , los «libros para chicos» que habían influido en la perspectiva de Estados Unidos sobre sus niños y adolescentes desde el éxito de Thomas Bailey Aldrich con *Aventuras de un niño malo* y de William Dean Howells con *A Boy's Town* . En estas obras de finales del siglo XIX las travesuras naturales de los vivaces chicos quedaban al final dominadas mediante actividades al aire libre y una moralidad práctica y provinciana. Eran publicadas por entregas en revistas infantiles como *Youth's Companion* y *Harper's Young People* , junto con textos que ejercían más abiertamente de guía como *Boy Scouts of America* , de Ernest Thompson Seton.

El *ethos* que permeaba los *boy books* (como resume la novela de Seton *Two Little Savages* , publicada en 1903) seguía la teoría de la recapitulación analizada en *Adolescence* . Para el escritor John T. Trowbridge, el niño era «un bárbaro. Hereda no solo el moderado potencial de sus padres, sino también los rasgos gatunos o tigrescos que permitieron a sus predecesores, en el lejano pasado, sostener la lucha por la existencia. A veces parece que su condición de humano sea tan fina como su chaqueta y que le quedara igual de ancha. El animal salvaje subyace; desnúdalo y encontrarás las garras».

Estos libros ofrecían soluciones prácticas para gestionar el salvajismo de los niños de ocho a catorce años. Entre ellas estaba el deporte, una paternidad alerta y la formación profesional. La actividad física y el esfuerzo práctico también los inculcaba el grupo juvenil creado por Ernest Thompson Seton, los American Woodcraft Indians. Pese a todos sus matices místicos, era una

organización que no admitía la disconformidad. Como Seton escribió en *How to Play Indian* : «No te rebeles. La rebelión contra cualquier decisión del Consejo es punible con la expulsión. Se impondrá siempre una obediencia absoluta».

El ideal humano de Seton incorporaba el autocontrol y la responsabilidad. Con su limpieza, capacidad de liderazgo y altruismo, Tecumseh, el jefe de los indios shawnee era «el personaje más parecido a Cristo de las páginas de la historia estadounidense; fue, por tanto, a él a quien elegí como modelo de virilidad perfecta para guiar a los hombres jóvenes de Estados Unidos». El primer manifiesto completo del movimiento, *The Birch Bark Roll of the Woodcraft Indians* , se publicó en 1906. Con sus características de autogobierno, su sistema de premios y rangos, reglas y juramentos, y el misticismo de la naturaleza, ofrecía un patrón definitivo para el movimiento escultista.

La organización benéfica con mayor éxito a la hora de canalizar de forma productiva las energías de la juventud estadounidense eran los BSA (Boy Scouts of America), fundados en Chicago por un editor llamado William D. Boyce en 1910. Si bien inspirado por Seton, Boyce era mejor organizador y tomó nota del éxito de Baden-Powell: en apenas unos años, su grupo había absorbido a los American Woodcraft Indians, así como a otros grupos de escultismo como los Hijos de Daniel Boone. Con los «chicos» de entre once y diecisiete años como objetivo, los Boy Scouts of America estaban organizados siguiendo las mismas líneas que sus homólogos británicos.

En 1911, los BSA publicaron su manual, *Handbook for Boys* , que incluía el juramento de los escultistas estadounidenses: «Por mi honor, haré cuanto me sea posible por cumplir con mis obligaciones hacia Dios y mi país, por obedecer la ley *scout* , por ayudar a otras personas en todo momento, por mantenerme fuerte físicamente, mentalmente despierto y moralmente recto». La normativa *scout* esbozaba las características que exigía a sus miembros: «Un *scout* es formal, leal, atento, cordial, cortés, amable, obediente, alegre, frugal, valiente, limpio y respetuoso». Los miembros estaban organizados en torno a estructuras jerárquicas estrictas, desde el grupo básico, denominado «patrulla», hasta la más amplia «manada».

La organización creció a escala nacional con rapidez. La revista de los BSA, *Boy's Life* , empezó a publicarse en 1912, el año en que Juliette «Daisy» Low formó las American Girl Scouts tras conocer de primera mano el grupo homólogo de las Britain's Girl Guides. Las dos organizaciones enfatizaban la vida al aire libre, la acampada y el conocimiento de la vida en el bosque: se concedían distinciones por competencias en las habilidades propias del escultismo en un programa por niveles diseñado para fomentar la responsabilidad individual, las capacidades de liderazgo y el servicio a la comunidad. En 1916, los BSA recibieron su aprobación oficial con la concesión por parte del Congreso de una cédula federal. Para entonces, ya eran más de 250 000 los *scouts* en todo el país.

Sin embargo, pese a todos sus inconvenientes iniciales, los institutos aún ofrecían la mejor respuesta para la delincuencia juvenil y el trabajo infantil. Pero novelas como *The High School Freshmen* , dirigidas a un público concreto de más edad (a «chicos de toda edad por debajo de los sesenta»), mezclaban la institución real con su reflejo en la ficción. Las historias de Hancock de proezas juveniles enmascaraban la promoción de los valores empresariales. «No es todo juego en un instituto –concluía Hancock–. Hay que dominar una gran cantidad de materias. Hay exámenes angustiosos. A pesar de sus diversiones, es una vida tremendamente ocupada».

Los institutos fueron diseñados como una máquina de asimilación desde sus mismos inicios. Ante la necesidad de integrar a muchas razas y nacionalidades, Estados Unidos desarrolló una estructura social muy conservadora y conformista. Las aulas se habían convertido en un instrumento homogeneizador de la mayor relevancia. El pedagogo progresista John Dewey las consideraba el lugar ideal para preparar a los jóvenes para las particulares exigencias y estándares éticos de la sociedad estadounidense: una vez que el individuo se hubiera convertido en «participante o socio» en actividades de grupo, sus creencias e ideas tomarían «una forma similar a las de los demás miembros».

Pero la integración total a través de la educación era todavía un sueño escurridizo en la década de 1910. En su progresión hacia un sistema de masas verdadero, el instituto compaginaría con dificultad las perspectivas academicistas y de formación profesional y falsearía al mismo tiempo la

disparidad entre los ideales estadounidenses y su realidad. Proclamando la igualdad de oportunidades para todos y, de hecho, desempeñando mediante esta retórica su papel en la creación de un grupo social de jóvenes, el instituto seguía siendo una institución dominada por los valores de las clases medias. No era un verdadero nivelador social.

Los airados debates sobre el programa nacional de estudios también subrayaban la controvertida relación de los jóvenes estadounidenses con la industria. Según Jane Addams, la despiadada explotación de los niños y los adolescentes entrañaba «el riesgo de sofocar el divino fuego de la juventud». La tentativa de industrializar la educación no había tenido éxito: en 1912 tan solo un 7 % de los estudiantes de secundaria asistía a cursos de carácter industrial y comercial. Ser un «producto» o un hombre-máquina no satisfacía de manera adecuada el papel social que ya se había concedido a la juventud estadounidense, que era el de encarnar el estado latente de una nación en proceso de unificación.

Al igual que Estados Unidos, la tierra de la libertad, estaba en proceso de *llegar a ser* , su juventud merecía el reconocimiento de esta posición icónica tan especial, una muy diferente al papel destructivo y sacrificial que se estaba imponiendo a los adolescentes europeos. Había otra forma de engarzar a la juventud en el proyecto nacional de Estados Unidos. La solución provendría de un matrimonio muy pragmático, si bien poco sistemático, de la producción industrial con una perspicaz comprensión de la psique estadounidense emergente: la fusión de la obstinación con las capacidades visionarias ya definidas y atribuidas a la juventud por Hall, Baum y otros pioneros.

El joven trabajador siderúrgico de Addams no estaba preparado para un trabajo mecánico por la necesidad, propia de su edad biológica, de jugar y soñar. Al final de su detallado estudio del sistema educativo estadounidense, Irving King concluía que «el adolescente es tradicionalmente un soñador. Ansía lo que no puede expresar, ni siquiera a sí mismo. Siente de algún modo que está ante una *gran idea* que, hasta el momento, ningún hombre ha comprendido; siente que está a punto de solucionar el rompecabezas de la existencia, que hasta este día ha desconcertado incluso a las mentes más brillantes del planeta».

Pese a las mejoras estructurales en las condiciones de vida de los jóvenes, sería la economía de los sueños la que inspiraría a los adolescentes, no solo en Estados Unidos, sino también en Europa. No es una ironía menor que, cuando los productos estadounidenses empezaban a cruzar el Atlántico, la promesa implícita de igualdad se estuviera viendo socavada en el Nuevo Mundo por los imperativos de la industria. Era como si los ideales fundacionales de Estados Unidos, precisamente cuando estaban cerca de ser arrojados por la borda, se hubieran canalizado hacia la esencia de los propios productos, como una pequeña dosis homeopática de libertad.

■ ■ ■

1. Después de años de presión por parte del Comité Nacional del Trabajo Infantil, en 1916 se aprobó una ley federal, la Keating-Owen Act, que limitaba rigurosamente las condiciones de trabajo de los jóvenes: la edad mínima para trabajar sería de catorce años y de dieciséis en las minas y las canteras, el mismo margen que se aplicaría al trabajo en turno de noche. Se estableció la jornada semanal máxima en cuarenta y ocho horas, con un tope de ocho horas diarias. Aunque el Tribunal Supremo declaró la ley inconstitucional en 1918, fue la base de muchas normativas aprobadas por los diferentes estados.

CAPÍTULO 8

Wandervogel y neopaganos

Movimientos de vuelta a la naturaleza en Europa

■ ■ ■

La Noche de San Juan haremos de nuevo un sacrificio solemne a los dioses de la juventud eterna para cerrar el ciclo y celebrar con la mayor dignidad su liberación y nacimiento. Incluso en este momento estoy sopesando el ritual: tiene que haber fuego; y agua, agua limpia de manantial que se verterá al amanecer de una copa de cristal puro; y guirnaldas de rosas silvestres y madreselva; y deberíamos tener un pájaro en una jaula para liberarlo al amanecer y una buena oración para cantar mientras danzamos de la mano alrededor de las llamas.

Jacques Raverat, carta a Katherine Cox, 19 de enero de 1910.



Grupo Wandervogel, brezal de Luneburgo, 1909.

A principios de 1903, una estudiante de diecisiete años llamada Karen Horney plasmaba sus vaivenes emocionales en un diario: «Me parece que soy como el capitán que salta de la seguridad de su barco al mar, que se agarra a un trozo de madera y se deja llevar por las agitadas aguas, ahora aquí y luego allí. No sabe adónde va». Acercándose al centro de la tormenta, Horney trataba de expresar sus sentimientos con un «poema loco» que la sitúa atrapada en una «antigua fortaleza de mampostería que miles de años han construido para mí. Era lúgubre y sofocante: ansiaba la libertad».

Aunque está prácticamente enterrada, excava con sus propias manos para escapar: «Respiré vida. El brillo de la luz casi me ciega, pero pronto me acostumbré a su resplandor. Miré a mi alrededor. La panorámica era demasiado amplia, mi vista podía recorrer distancias sin fin. De forma casi opresiva, lo nuevo y lo hermoso me invadieron. Entonces, un todopoderoso anhelo se apoderó de mí hasta casi hacerme estallar el pecho y me impulsó a deambular para ver, para disfrutar y para conocerlo todo». Esta nueva libertad, no obstante, no conllevó integración, sino una alienación mayor: «Sin hogar estoy. Sin protección ni morada voy vagando».

Cuando un profesor le impidió participar en una clase de anatomía animal, Karen Horney decidió, enfurecida, ser ella misma el objeto de la disección: «Esto probablemente será más difícil, pero también más interesante». Estaba también afectada por una conversación que había tenido con su amiga Alice, que reconoció que a veces «salía» con «caballeros desconocidos». Dejó por escrito el diálogo: «*Yo* : "Pensaba que estas cosas no pasaban nunca en nuestros círculos". *Alice* , riendo: "Montones de veces. Una chica de nuestra clase lo hizo... incluso con su padre". Me quedé sin habla del espanto».

Horney, con la cabeza llena de literatura romántica y moralidad tradicional, tenía dificultades para afrontar esta realidad. Acusaba al matrimonio de ser una farsa, sentía que «todos nuestros valores y nuestra moralidad no tienen sentido o son inmorales» y decidió: «Nunca es inmoral entregarse al hombre que realmente se ama». Concluía la anotación en su diario proyectándose al futuro: «¿Cambiará en algún momento? ¿Cómo? ¿Y cuándo? El amanecer de un nuevo tiempo está empezando. Estoy esperanzada con toda la fuerza de mi joven ilusión. Quizá incluso la próxima generación no conozca ya estas batallas».

Al haber nacido en una próspera familia de clase media, Horney fue una de las primeras mujeres alemanas en aprovechar las nuevas oportunidades educativas. En su ciudad, Hamburgo, a las mujeres solo se les permitió el acceso al gimnasio, el sistema escolar de élite, después de 1901, mientras que las universidades únicamente aceptaron mujeres en sus facultades de Medicina a partir de 1900. Gran parte de su diario lo ocupa la cuestión de los derechos de las mujeres. Horney era una gran admiradora de la feminista sueca Ellen Key, que defendía la igualdad de la mujer en libros como *El siglo de los niños* .

Horney formaba parte de los muchos jóvenes de clase media del norte de Europa que pretendían forjar una «nueva moralidad» en la primera década del nuevo siglo. «Nuevas batallas requieren ahora nuestros esfuerzos –escribió–. Queremos esta libertad en nuestra vida emocional y en sus expresiones. Libertad, que no permiso, pues nos sentimos obligados con las exigencias de la naturaleza». Este deseo de cambio no quedaba confinado a las mujeres, aunque a estas todavía se las considerase ciudadanos de segunda clase. El feminismo era solo una parte de la revuelta juvenil contra el mundo decimonónico de sus padres, el cual percibían como una pesadilla materialista, hipócrita y embrutecedora.

En la primera década del siglo XX surgieron nuevos movimientos juveniles en Gran Bretaña y Alemania que reaccionaban contra el militarismo y la industrialización. Sus jóvenes partidarios sentían que el único camino adelante era ir hacia atrás: volver al paganismo del culto a la naturaleza. Sin embargo, al pretender liberarse de las limitaciones de los adultos, quedaron expuestos a los demonios que descansaban bajo la superficie ordenada y en apariencia racional de la vida europea.

Esta reacción juvenil tuvo especial fuerza en la Alemania imperial, donde en los primeros años del siglo los hijos de la burguesía no disfrutaban de las libertades que, en comparación, tenían sus iguales en Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos. En el seno de un sistema que expresaba y favorecía la rígida ideología nacionalista de las clases altas alemanas, estos jóvenes consideraban que su avance en la vida estaba bloqueado por el techo de cristal de las clases privilegiadas prusianas. Estas tensiones se veían agravadas en toda la escala social por las difíciles relaciones entre padres e hijos.

El ideal prusiano de la paternidad quedaba resumido en la historia del príncipe Federico, en el siglo XVIII . En rebelión contra su padre, el rigorista rey Federico Guillermo I, el joven príncipe con inclinaciones artísticas quiso escapar, pero fue traicionado y capturado. Su castigo fue presenciar la ejecución de su amigo más cercano, Hans Hermann von Katte, que había huido con él. Solo gracias a esta severidad pudo madurar para convertirse en la leyenda nacional: Federico el Grande de Prusia. Esta antojadiza crueldad contribuyó a alimentar la feroz hostilidad entre padres e hijos generalizada en toda Alemania.

Al mismo tiempo, el sistema de educación de los gimnasios, con su énfasis en el desarrollo académico y en una estricta disciplina, y sin el apoyo del grupo de compañeros que caracterizaba a las escuelas públicas británicas, producía estudiantes angustiados. Este era el autoritarismo hipócrita que había denunciado Frank Wedekind en *El despertar de la primavera* y la avalancha de suicidios entre escolares no se detuvo. En su estudio *El suicidio* , el sociólogo Emile Durkheim comparaba las cifras en Francia, Italia y Alemania: el porcentaje más alto en el grupo de edad de entre dieciséis y veintidós años se localizaba en Sajonia y Prusia.

La profundidad de la desafección de los jóvenes alemanes quedó de manifiesto en la extraordinaria popularidad del escritor Friedrich Hölderlin, que había sido redescubierto poco antes. Su novela de 1797 *Hiperión o el eremita en Grecia* estaba escrita en primera persona, como *Penas del joven Werther* ; esta forma de expresión directa contribuyó a que se convirtiera en obra de culto en los primeros años del siglo XX . El mensaje de este romántico condenado al fracaso era inflexible: «No puedo figurarme ningún pueblo más desgarrado que los alemanes». Para él, los jóvenes no eran seres humanos: para alcanzar la integridad, la juventud no tenía en quien confiar más que en sí misma.

La incapacidad del sistema educativo prusiano para gestionar las «recrudecidas energías juveniles» la analizó Robert Musil en su novela de 1905 ambientada en una escuela militar: *Las tribulaciones del estudiante Törless* . Atormentado por su atracción física hacia otro chico, Törless se descubre privado de las «sólidas y burguesas» certezas «en las que todo sucedía de forma ordenada y racional». Bajo la estructurada superficie de la vida europea se

ocultaban demonios desconocidos: «También era posible que en el mundo luminoso, sereno, que hasta entonces era el único que había conocido, se abriera una puerta que condujera a otro, sordo, quemante, vehemente, desnudo, anonadador».

Si la lucha de las jóvenes era por conseguir la igualdad social y sexual, la de los hombres jóvenes era por encontrar otra identidad alejada del candado del soldado-atleta. Después de Wilde y de la *Degeneración* de Nordau, el esteta decadente había quedado obsoleto y era denigrado. La única opción era explorar la sensibilidad masculina de un modo distinto. Organizados en agrupaciones diversas, esta necesidad conllevó la elevación de la espontaneidad del instinto y de la expresión de las emociones, así como del misticismo natural que podía encontrarse en la vida al aire libre. Esta fue la «ardiente fiebre» que alumbró el siglo XX .

La voluntad de crear un nuevo mundo juvenil específico logró su primera estructura coherente en la Alemania imperial. El Wandervogel ofrecía una vía básica pero fácil de escapar de un régimen opresivo. La idea era sencilla y quedaba resumida en el nombre, que significa «pájaro errante»: largas caminatas y acampadas en grupo en el campo. Como uno de sus primeros seguidores recordaría: «La esencia del Wandervogel era volar de los confines de la escuela y de la ciudad al mundo exterior, lejos de las obligaciones académicas y de la disciplina de la vida cotidiana en una atmósfera de aventura».

El movimiento se inició en el gimnasio de Steglitz, cerca de Berlín, donde un joven estudiante y profesor a tiempo parcial llamado Hermann Hoffmann empezó a salir de excursión con sus alumnos en la primavera de 1896. Con sus reuniones alrededor de la hoguera, canciones en grupo y pernoctaciones en la naturaleza, estas prolongadas escapadas atrajeron rápidamente a un grupo fiel de escolares. Llegado el nuevo siglo, las salidas eran tan populares que fueron organizadas en una institución nacional: en 1901, el carismático y dinámico Karl Fischer asumió el liderazgo y fundó un nuevo grupo oficial de jóvenes llamado Ausschuss für Schülerfahrten.

La Alemania imperial era hostil al movimiento moderno y la terminología de esta nueva comunidad contradecía sus fascinaciones arcaicas. Fischer fue nombrado *Oberbachant* , el título concedido al líder de los estudiantes viajeros medievales, y exigía obediencia absoluta a todos sus miembros. Se estableció un

periodo de prueba y un uniforme de insignias y sombreros que recordaba a la etapa preindustrial. Fischer añadió la voluntad de poder al misticismo natural de Hoffman. Trataba las excursiones como «una idea imitable»: «Sálvate, coge tus cosas para el viaje y busca al hombre que has perdido, el hombre simple, sencillo y natural».

A pesar de la mentalidad controladora de su líder, los grupos de Wandervogel resultaban atractivos porque ofrecían libertad. Uno de sus primeros miembros, Hans Bluher, acababa de entrar en la pubertad cuando se incorporó en 1901. Vio en el movimiento una rebelión casi instintiva, romántica, que implicaba el abandono de las convenciones de clase media; elementos principales del atractivo del movimiento eran las peleas callejeras y, gracias a la popularidad de las novelas del Oeste de Karl May, los juegos de indios y vaqueros. Fumar, beber y conocer a vagabundos reales eran la guinda del pastel.

Aun con todas estas tentaciones, un estilo de vida sencillo ocupaba el centro de las actividades de los grupos de Wandervogel. Las excursiones se hacían con el mínimo lujo y dinero posibles: la comida se cocinaba en hornillos en el campo y en hogueras, mientras que para el alojamiento se recurría a graneros y tiendas de campaña. Se animaba a los miembros a registrar sus impresiones sobre las caminatas y el campo en prosa o mediante dibujos y los resultados se reunían en pequeñas revistas. Una parte fundamental de la experiencia era el redescubrimiento y la puesta en escena en grupo de antiguas baladas y canciones, con el acompañamiento de guitarras y laúdes, lo que contribuyó al renacimiento de la música popular alemana.

Al contrario que los Boy Scouts, los grupos de Wandervogel se organizaban por sí mismos, si bien en torno a un líder adulto. La unidad básica la constituían habitualmente siete u ocho miembros. Posteriormente, surgió una estructura piramidal que creció hasta establecerse en ramas locales, formadas por todos los grupos de una ciudad en concreto, y más tarde en una organización provincial denominada *Gau* . La mayoría de los miembros eran varones adolescentes: por debajo de los doce años, eran demasiado jóvenes para soportar las dificultades de las expediciones; y más allá de los diecinueve, la mayor parte se había incorporado al Ejército o estaba estudiando.

En los primeros tiempos, los grupos no tenían elementos de identificación. Esta se produjo lentamente con la utilización de distintivos e insignias, así como otras modas como llevar sombreros llamativos. Las actividades grupales se concentraban en la sede (*Heim*), un cobertizo o una sala decorada con las insignias del grupo y dotada de una pequeña biblioteca. El acontecimiento Wandervogel más relevante era la gran expedición campo a través. Casi todas tenían lugar en verano, aunque había acampadas más cortas y excursiones durante los fines de semana y en los principales días festivos. No existía en Alemania una red de albergues juveniles, por lo que la mayoría de estos excursionistas estaban abriendo camino, literalmente.

Los grupos de Wandervogel intentaban escapar de la realidad contemporánea hacia un idilio prelapsario, pero no podían mantener al mundo exterior a raya. Como todos los demás grupos juveniles alemanes, manifestaban una desconcertante tendencia a dividirse en facciones. Era como si la tensión entre sus declarados ideales de libertad y su educación autoritaria fuera excesiva. O quizá tan solo se trataba del placer alemán en la formación de grupos para su posterior escisión. Existían también otros matices derivados de la negativa de los grupos de Wandervogel a la participación abierta en política.

La ausencia de un programa concreto en el movimiento funcionó en un principio a su favor: con sus vestimentas medievales, su franqueza y su desafiante vinculación grupal, los primeros seguidores del movimiento desconcertaron a la sociedad imperial, que los consideraba rebeldes y promiscuos. Este romanticismo arcaico hizo del movimiento una expresión fiel de una clase media alemana atrapada entre un proletariado cada vez más militante y las élites prusianas. Sin embargo, también estaba en consonancia con el miedo implícito al modernismo, entremezclado por entonces con las ideas *Völkisch* de raza y sangre.

Según fue ganando popularidad, el movimiento se hizo más diverso e ideológico. Aparecieron nuevos grupos escindidos, desde la derecha del espectro político, como el Jung-Wandervogel, a los más urbanos y culturales como la *Wanderverein* de Hamburgo. En el otro extremo estaban los visionarios que se reunieron en la localidad suiza de Ascona y crearon la comuna en la que practicaban el vegetarianismo, la medicina natural y el amor

libre. Este «distrito de lo sensible» ofrecía un refugio para anarquistas, intelectuales y Wandervogel por igual.

La tendencia más generalizada, no obstante, se vio estimulada por la popularidad de la novela *Helmut Harringa* , publicada por Hermann Popert en 1910 y que cuenta la historia de un joven que declara la guerra no solo a las organizaciones de estudiantes prusianas, sino también al alcohol y al sexo antes del matrimonio. Tras contraer una enfermedad venérea, Harringa se suicida porque ha malgastado su dotación racial en «la sucia intoxicación doble de un cuarto de hora»: «Jamás podré mirar a la cara a mis antepasados». La abstinencia, vinculada con la pureza racial, se convirtió en un grito de guerra Wandervogel con el cambio de década.

Dos años más tarde, Hans Bluher publicó la primera entrega de su controvertida historia de los grupos de Wandervogel en tres tomos, que contribuyó a diseminar todavía más las ideas del movimiento. En el tercer volumen, Bluher destapó una de las principales fallas de la hermandad. Estaba enfurecido por la expulsión del presidente de la *Alt-* Wandervogel, Willi Jansen, que había sido acusado de homosexual. Conocedor de Freud, el pionero sexólogo Magnus Hirschfeld y el diario que defendía los derechos de los homosexuales *Die Eigene* , Bluher respondió sugiriendo que la vinculación entre chicos del movimiento se sostenía en un erotismo homosexual.

Esta parte de su historia causó conmoción cuando se publicó, en 1913, en mayor medida aún debido a los escándalos homosexuales (el más destacado el caso Harden-Eulenberg, en 1907) que habían expuesto las pasiones ocultas bajo la fachada prusiana. Esta reacción dejó en un segundo plano la creencia de Bluher en que los grupos de Wandervogel suponían un intervalo necesario previo a la asunción plena de responsabilidades en la edad adulta. Karl Fischer, después de todo, había concebido un «estado de escolares», un «*Lebensraum* donde los chicos pueden, se les permite y deben ser chicos para poder convertirse en verdaderos hombres».

Sin embargo, fue la hostilidad de Bluher hacia las mujeres la que abrió la herida más grande en el seno de los grupos de Wandervogel: el hecho de que fuera un club exclusivo para chicos. En los primeros años del movimiento no se admitía a las mujeres por norma. Esta exclusión se siguió aplicando hasta la creación de una organización disidente para mujeres jóvenes, la Wandervogel

Deutscher Bund. Algunos grupos permitían una participación limitada si las chicas iban acompañadas por sus madres; mientras que otros, como el conservador Jung-Wandervogel, rechazaban por completo considerar la idea.

Pero la presión era incontenible: en 1911, muchos líderes de grupos juveniles habían acordado ya que las chicas tuvieran un espacio igual en el movimiento. Incluso así, hubo disputas a la hora de decidir si los sexos debían mantenerse separados. Sorprendentemente, la promiscuidad no era propia de los grupos de Wandervogel. Una cronista contemporánea, Elizabeth Busse-Wilson, consideraba que el movimiento juvenil estaba inundado de «masas de chicas sin novio», que se habían desexualizado y habían «encontrado hombres, ya que no a *su hombre* en el movimiento».

Como Hall había señalado, la adolescencia era la etapa de la vida «en la que la sexualidad declara su supremacía en un campo tras otro» y ahí estaba un grupo de nuevos Peter Pan, lejos de las limitaciones parentales, que trataban de negar la vinculación más obvia entre ellos. La apuesta por la abstinencia suponía grandes presiones para todos sus miembros. Estas aparecen, como no podía ser de otra forma, en el diario de Karen Horney. Aunque se esforzaba por escapar «de la moralidad cotidiana», no podía eludir las limitaciones de las poderosas convenciones de la época.

Su solución fue «liberarse de la sensualidad». Sentía que el celibato concedía gran poder a una mujer: «Solo de este modo será independiente de un hombre. De otra forma, siempre lo deseará y en el exagerado anhelo de sus sentidos será capaz de ahogar toda idea de su propio valor». No obstante, al mismo tiempo que buscaba independencia, fantaseaba situándose en el papel de «meretriz». Como ella misma admitía: «En el deseo de la prostitución hay siempre una voluntad masoquista escondida: renunciar a la personalidad propia, quedar sometida a otro». Bajo el manifiesto anhelo de libertad había un deseo más profundo de subyugación.

Los jóvenes alemanes podían desear la libertad con toda su alma, pero la realidad de su objetivo era perturbadora para los adolescentes educados en un país represivo. La dureza cada vez mayor del movimiento Wandervogel refrenda esta paradoja. De agrupaciones flexibles de jóvenes que disfrutaban de la naturaleza se pasó a un movimiento desgarrado por las luchas internas. En 1912, la tendencia dominante era la del grupo de Hermann Popert, Vortrupp

(la vanguardia), que fomentaba la higiene racial, castigaba la decadencia y el consumo de alcohol y tabaco y criticaba la sociedad de masas.

Parecía que las implicaciones últimas de la adoración de la naturaleza fueran tenebrosas en exceso para mirarlas de frente. Seguir los instintos paganos podía conllevar una acusación de homosexualidad para los hombres y de prostitución, cuando no de ninfomanía, en el caso de las mujeres. Los grupos de Wandervogel compartían objetivos y medios con los Boy Scouts (el amor por la naturaleza, la promesa de vínculos entre compañeros); sin embargo, ante la ausencia de liderazgo impuesto desde arriba por los adultos, la juventud alemana eligió ejercer ella misma la vigilancia. Sus intentos por escapar de las restricciones de los adultos se vieron subvertidos desde su propio seno por el mismo autoritarismo que pretendían rechazar.

■ ■ ■

No existía en Gran Bretaña ningún grupo con un paralelismo exacto al Wandervogel. Para la mayoría de los jóvenes británicos, la libertad era una lejana quimera en la primera década del siglo XX . En las clases medias y altas, los padres intentaban abordar la brecha entre el victorianismo y los primeros signos de independencia. Incluso así, obras teatrales como *The Younger Generation* , de Stanley Houghton, mostraban una tolerancia limitada hacia la rebeldía juvenil. De los jóvenes aún se esperaba que aceptaran la elección de carrera profesional que harían por ellos sus padres, mientras que las mujeres todavía eran preparadas para conseguir el matrimonio más conveniente. Cualquier encuentro entre ellos estaba estrictamente controlado por un acompañante adulto, una carabina.

En la mayoría de los hogares de clase obrera, el padre seguía siendo la autoridad absoluta. En *The Classic Slum* , Robert Roberts recuerda que durante la década de 1900 los adolescentes, «en especial las chicas, tenían las riendas muy cortas. Padre fijaba el número de noches en las que podían salir y exigía saber exactamente dónde y con quién habían pasado su tiempo de ocio. Establecía, asimismo, la hora exacta de vuelta a casa: pocas se atrevían a incumplir la norma. La hija de un vecino, una chica de diecinueve años,

recibió una paliza por volver a casa diez minutos tarde después de un ensayo del coro».

Las restricciones no solo eran físicas. Roberts recuerda que en Salford «cualquier interés por la música, los libros o las artes en general, el aprendizaje o incluso la cortesía o la inteligencia podían levantar sospechas». La «vinculación de la homosexualidad con la cultura» afectaba a todas las clases, el impacto del proceso judicial a Wilde era profundo. Únicamente en el anonimato de una gran ciudad podía un joven poner en práctica los principios estéticos descritos en *Ana Verónica* , la escandalosa novela de H. G. Wells: «Si el individualismo tiene algún significado, este estriba en romper esas cadenas... la aventura. ¿Qué preferirías tú? ¿Ser moral y ser la especie, o ser inmoral y ser tú misma? Nosotros ya hemos decidido ser inmorales».

Si bien era coto vedado de unos pocos entregados, cuando no privilegiados, la bohemia siguió siendo una de las pocas válvulas de escape de los jóvenes inconformistas de posición relativamente alta. Otra era la implicación en el socialismo «científico» de la Sociedad Fabiana. Para las jóvenes de todas las clases sociales, la opción más radical era la participación en la lucha por el sufragio femenino a través de la Women's Social and Political Union (Unión Social y Política de las Mujeres). Sin embargo, ninguno de estos grupos estaba organizado en torno a la idea específica de la juventud, ya fuera como ideal o en forma de programa práctico.

El grupo que sí lo estaba ofrecía una variante suavizada de la adoración a la naturaleza practicada por los movimientos *scout* y Wandervogel. Para la reducida agrupación elitista de los neopaganos, se expresaba acampando al aire libre, mediante debates socialistas, baños de sol desnudos y una fascinación intelectual por el sexo. Una de las integrantes del grupo, Gwen Darwin (que tomaría el apellido Raverat de su marido), rememoraría: «Solíamos repantingarnos en sillones y charlar con poco entusiasmo sobre arte, el suicidio y el problema del sexo». Al menos para ella, la rebelión era un impulso importante: «A veces pienso que todo el mundo tendría que ser sacrificado a los cuarenta años cuando veo la desgracia que todos los padres son para sus hijos».

Los neopaganos era un grupo de unos veinte intelectuales, escritores y artistas reunidos en torno a Rupert Brooke, Jacques y Gwen Raverat y a las

cuatro hermanas Oliver. Aunque se conocieron a través del interés compartido en el socialismo fabiano, desarrollaron una sensibilidad juvenil elaborada que buscaba desafiar las restricciones de género victorianas y celebrar la intensidad del momento. Sus libres intercambios ya eran lo bastante emocionantes en la época de las carabinas. Sin embargo, quedaron tan embriagados por su propia vitalidad, talento y belleza que fueron mucho más allá: ¿cómo podían detener el tiempo? ¿Qué podrían hacer para lograrlo?

En el verano de 1909, Rupert Brooke sugirió el programa que se convertiría en el manifiesto neopagano. Empezó con la premisa de que el mundo estaba «organizado de forma imperfecta. Un error, un gran error, es que sus habitantes envejecen». La peor parte de todo esto no era la decadencia del cuerpo, sino la del espíritu. Así, con un atrevimiento sobrecogedor, imaginó al grupo en el futuro: «Tenemos veintitantos. En 1920 tendremos treinta y tantos. En 1930 seremos cuarentones y charlaremos con gente más bien gorda, acaudalada, tosca, casada, conservadora y recelosa que en un tiempo fue joven con nosotros».

Brooke observó que Londres estaba llena de los «fantasmas muertos y con chistera» de aquellos que una vez fueron jóvenes, los cuales «rondan la civilización que fue su ruina». Pero «supongamos que un grupo de magníficos jóvenes hubiera diseñado en el pasado un plan para escapar del gran destructor, para mantenerse jóvenes, y supongamos que hubieran tenido éxito... ¿No habría sido un triunfo maravilloso y sin igual?». Brooke convocó al grupo para encontrarse en la estación de Basilea «el primero de mayo de 1933, a la hora del desayuno». Solo así podrían ser jóvenes para siempre. «Seremos niños setenta años en lugar de siete. Viviremos lo romántico en lugar de hablar de ello».

El entusiasmo de Brooke se extendió pronto al resto del grupo. «La idea, el esplendor de esta huida hacia atrás, hacia la juventud, nos fascinaba –escribió más tarde–. Imaginábamos a un grupo de personas jóvenes, trabajando juntas a las mil maravillas, comprometidas a *vivir* un ideal como este, que saldrían a hacer su "trabajo en el mundo" durante un tiempo y luego, veinte años después, se encontrarían en un camino ventoso, una mañana de primavera acordada con antelación, renacidas para construir y encontrar juntas un nuevo

mundo, desprendiéndose del conocimiento de los hombres y las cosas que sabían antes, resurgiendo bajo el sol y la lluvia... *Decidimos ser esas personas* ».

Brooke, sencillamente, estaba sugiriendo –con la simple decisión de reencontrarse transcurridos veinticuatro años– liberarse de todas las obligaciones y responsabilidades de los adultos en un intento por borrar los años en el ínterin. En lugar de ser personas de mediana edad, podrían, como por arte de magia, regresar a la elegancia y la belleza de sus años adolescentes. Se trataba de una vuelta de tuerca más en la fijación romántica con la infancia, una filosofía del vitalismo y la acción que recordaba la obsesión con la eterna juventud tanto de *Peter Pan* como de *El retrato de Dorian Gray* y glorificaba el imperativo pagano tan dominante en la generación de la primera década del siglo.

Brooke, el niño mimado del grupo («un joven Apolo», así lo describió Frances Darwin), era inquieto, dinámico, orgulloso y carismático. Hijo de un profesor al cargo de una escuela pública, empezó a rebelarse contra su entorno cuando era adolescente. Tras obsesionarse con *Peter Pan* , cayó embrujado por Wilde y Baudelaire con diecisiete años. En la Universidad de Cambridge se hizo famoso por iniciar un nuevo estilo: pelo largo, zapatos cómodos y camisas de cuello abierto y flexible. Al presentir la reacción antivictoriana, Brooke se desplazó con rapidez de una falsa decadencia al vegetarianismo y el socialismo fabiano.

Con estos elementos en incómoda coexistencia en su formación, la concentración en un instante eterno contribuyó a disolver sus contradicciones. En sus propias palabras: «Hemos heredado el mundo. ¿Por qué deberíamos llegar llorando al otro lado? El presente es extraordinariamente nuestro». Sin embargo, ante la ausencia de una actividad concreta más allá de rachas de sensibilización en el socialismo fabiano (como una «caravana» en el verano de 1910 para protestar contra la anticuada «ley de pobres»), el programa del neopaganismo era bastante vago. La juventud, su situación privilegiada y la naturaleza podían ser el pegamento que los mantenía unidos, pero ninguno era suficiente en sí mismo como principio organizador.

Pese al entusiasmo de Brooke, los neopaganos quedaron entre la espada y la pared. Por una parte, contaban con la influencia del paganismo y de la libertad sexual promovida por intelectuales de peso como H. G. Wells; por otra, aún

compartían la insistencia moral de las clases medias en que el periodo previo al matrimonio debía ser suelo virgen en el plano sexual. Como David Garnett recordaría más tarde: «Quedarme dormido a un metro o dos de una chica encantadora sin pensar en intentar hacerle el amor era natural para mí a los dieciocho años. Sencillamente, era parte del clima social en el que me eduqué».

Había también, no obstante, consideraciones prácticas. Las consecuencias eran duras, en especial para las mujeres, habida cuenta de que un error podía conllevar un embarazo, por no hablar de la pérdida de reputación. Los neopaganos hicieron de la necesidad virtud y predicaron la abstinencia. Sin embargo, esta moratoria en términos sexuales significó que tuvieron que desviar los instintos naturales que habían confiado en invocar hacia una serie de cortejos prolongados que, con los inevitables celos y anhelos reprimidos, contribuyeron a desmembrar el grupo en un par de años.

Como cabeza visible de los neopaganos, Rupert Brooke encarnaba estas tensiones. Su posición icónica enmascaraba a un joven que hervía en su interior de frustración e inseguridad. En un plazo de pocos años trató de conquistar a tres neopaganas, Noel y Brynhild Oliver y Ka Cox, al tiempo que flirteaba con la androginia y la homosexualidad. Después de que muchos neopaganos se unieran al más antiguo e ideológico Círculo de Bloomsbury, con su calmada aceptación de la homosexualidad, Brooke se vino abajo. Su curiosa pasividad lo había llevado a circunstancias ante las que reculaba.

En enero de 1912 sufrió un ataque nervioso casi total que destrozó su equilibrio y la cómoda camaradería del grupo. La ilusión de Peter Pan, volando libre de toda atadura mortal, no se sostenía. En pocos meses los neopaganos se disolvieron con cierta acritud. El final lo había predicho el único hombre casado del grupo, Jacques Raverat, que había escrito: «La juventud es algo muy engañoso; le hace a uno pensar que muchas personas son mucho más simpáticas de lo que en realidad son únicamente por esa indolente oleada de sangre joven. La madurez los encuentra a todos con el alma desnuda. Y también el cuerpo».

A partir de 1912, Rupert Brooke empezó a refugiarse en un conservadurismo estético y social. Repudió por completo su anterior radicalismo. Cuando visitó la muy modernista ciudad de Berlín y se vio rodeado por los bohemios de la ciudad, reaccionó con un poema que sería una

despedida arcádica de su juventud pagana, «La antigua vicaría, Grantchester», en el que todo quedaba incorporado a las inmóviles tradiciones de la Inglaterra rural. Empezó a desear la muerte como forma de solucionar sus problemas: «Consideran aquellos que mejor me conocen (en concreto: yo mismo) que debería morir. Tampoco deseo en gran medida vivir».

■ ■ ■

El impacto de los neopaganos y el movimiento Wandervogel fue simbólico, no estadístico: eran insignificantes en número en comparación con las organizaciones juveniles oficiales o políticas del momento. En Gran Bretaña, el número de miembros de los Boy Scouts dejaba en nada a estos hijos del sol. En Alemania, los grupos juveniles socialistas y religiosos se hacían con la juventud de clase obrera que los grupos de Wandervogel no lograron atraer. Muchos integrantes de las clases medias se unieron a la nueva Jungdeutschlandbund, una organización gestionada por adultos y centrada en los deportes militares, o a la que de hecho era la versión alemana de los *scouts* , fundada en 1911.

Sin embargo, estos dos grupos obsesionados con la naturaleza, aspirantes a paganos, ofrecen los únicos intentos organizados de definir la independencia adolescente que sentían que sería parte indispensable de la vida en el nuevo siglo. Si bien ya anunciada por algunos visionarios, la naturaleza precisa de lo que estas libertades juveniles serían estaba aún poco definida en el mejor de los casos. En su anhelo instintivo de prolongar la edad de la inocencia infantil mediante la abstinencia sexual y el compromiso emocional, los neopaganos y los grupos de Wandervogel quedaron expuestos a la morbosidad, que es consecuencia inevitable de la eterna juventud.

El instinto de la muerte, anunciado por Wilde y Barrie, era la imagen del otro lado del espejo en toda esa conversación en torno al sol y la luz. Como G. Stanley Hall, los pioneros de la primera década del siglo XX percibieron que las complejidades de la vida moderna exigían una prolongación de ese periodo recién definido, la adolescencia. Sin embargo, embarcándose en cultos que olían a irracionalidad, clases privilegiadas y escapismo no consiguieron atraer a sus filas a la mayoría de sus coetáneos y terminaron siendo víctimas de las

tensiones entre las restricciones del siglo anterior y el débilmente prefigurado desenfreno del siglo de la juventud que había de llegar.

CAPÍTULO 9

Nickelodeons y danzas animales

La economía estadounidense de los sueños

■ ■ ■

La sed de experiencias de la juventud significa, sencillamente, que quieren ser todo, hacer todo y tener todo lo que se presenta a su imaginación. La juventud se ha hecho de pronto consciente de la vida. Ha comido del árbol del conocimiento del bien y del mal.

Randolph S. Bourne, *Youth and Life* , 1913.



«A las *movies* , 14:30», fotografía de Lewis Hine, ciudad de Jersey, 1912.

Durante la primera década del siglo XX, los jóvenes de Europa y Estados Unidos adoptaron nuevos símbolos de independencia propios. Algunos provenían del mercado juvenil ya existente de revistas y libros, mientras que otros brotaron de unos medios de comunicación de masas en rápida expansión. La novedosa atención prestada por los estadounidenses a los jóvenes coincidió con el desarrollo de la psicología comercial y la industria del cine. Las películas encontraron su primer mercado entre los adolescentes, quienes, según Stanley Hall, suponían un tercio del total de la población estadounidense. Su entusiasmo los convertía en involuntarios conejillos de indias para la emergente sociedad de consumo.

En su expansión por Europa, la imagen cultural más icónica de Estados Unidos era el indio americano. Esta criatura mitológica se popularizó por varios medios: desde el espectáculo del Salvaje Oeste de Buffalo Bill, las historias de «pieles rojas» como las escritas por Edward Sylvester Ellis; las popularísimas novelas «del Oeste» de Zane Grey y, en Alemania, de Karl May; hasta la moda de las canciones indias que siguió al éxito de «Hiawatha», de Charles N. Daniels. Precisamente cuando el continente dejaba de ser salvaje, los indios estaban por todas partes, un apropiado indicador del individualismo aplastado por la nueva sociedad de masas.

Si bien llevaba tiempo siendo un clásico de las lecturas infantiles, el nativo americano se convirtió en un símbolo identitario atractivo para los adolescentes en los primeros años del siglo XX . A pesar de que por norma se llevaban la peor parte en sus batallas en la ficción contra los vaqueros, los «pieles rojas» eran salvajes y libres. Compartían tendencias atávicas con los adolescentes en general y su posición de desventaja concordaba con una clase juvenil emergente en búsqueda de una metáfora para su situación. Todavía no emancipados, y con el recuerdo continuo de sus obligaciones con la nación, los jóvenes urbanos de Estados Unidos y Europa vieron en la figura fugitiva del indio un símbolo de espacios abiertos y de elegancia bajo una fuerte presión.

La imagen más palpable de este reflejo es la de las bandas juveniles de principios del siglo XX . En su historia de los grupos Wandervogel, Hans Bluher celebraba el rechazo de las limitaciones de la clase media que se conseguía jugando a los indios. En Francia, los «apaches de París» convirtieron esta identificación en un escándalo nacional. Desde el extremo contrario del

espectro, Ernest Thompson Seton y Baden-Powell intentaron utilizar su popularidad para sus propios fines. *Escultismo para muchachos* destacaba las habilidades en el bosque de los exploradores indios, que «se ataban una piel de lobo sobre la espalda y, a gatas, se acercaban de noche al campo enemigo, imitando el aullido de este animal».

Otras modas foráneas cruzaron el Atlántico. Los espectáculos de *minstrel* habían sido populares en Gran Bretaña durante el siglo XIX y el *cakewalk* llegó con el nuevo siglo. La conquista se completó con el éxito arrollador en 1912 de la función de variedades *Hullo Rag-time* . Con canciones como «Alexander's Ragtime Band», escrita por el compositor blanco Irving Berlin, este descarado espectáculo puramente estadounidense hipnotizó a la audiencia con su música desenfrenada y sus bailes al estilo de los negros. El futuro había llegado. Para el escritor J. B. Priestley, los aficionados al *ragtime* «nos están llevando al ritmo de los tambores a otro tipo de vida en la que cualquier cosa puede suceder».

Esa sensación de posibilidades inciertas constituía la mayor atracción de la economía estadounidense de los sueños. Nada de carbón, trenes, acero y cuberterías, lo que los europeos querían de Estados Unidos era su sensación de espacio, su condición salvaje, su chispa, su ritmos sincopados y mestizos que aceleraban el tempo de la vida en un presente perpetuo. Sin embargo, en esta ecuación se planteaba un dilema: si Estados Unidos estaba tan identificado con la juventud, es posible que tuviera cualidades juveniles y estas, al mismo tiempo, eran atractivas y peligrosas. La juventud podía ofrecer energía y emoción, pero también podía con facilidad derivar en el barbarismo y la violencia.

En el propio seno de Estados Unidos, el aprovechamiento comercial y los intentos simultáneos por controlar a la juventud produjeron una paradoja. La explotación de las profundidades de la psique fomentada por los publicistas empezó a sacar a la luz estas mismas características atávicas que se pretendían canalizar mediante la creación de una sociedad basada en la acumulación de objetos y comodidades. El control social a través del consumismo quizá fuera más benigno que el control con otros métodos más totalitarios, pero producía diferentes distorsiones que se manifestaban de forma creciente en la marcada oscilación entre el hedonismo y el puritanismo.

■ ■ ■

Anunciada en la Exposición Universal de 1893, la economía estadounidense de los sueños empezó a desarrollarse como gran industria en los primeros años del siglo. Convertir la fantasía en dinero contante y sonante se adaptaba especialmente al carácter nacional y a las exigencias de un país que todavía estaba en proceso de formación. Se creó una nueva cultura de masas, que fundía la psicología básica con innovaciones tecnológicas futuristas, nacida de las necesidades desesperadas de los inmigrantes recién llegados y desarrollada mediante la consolidación empresarial. No era solo una cultura, sino una novedosa forma de ver el mundo que rápidamente adquirió una fuerza incontenible.

La pericia técnica de Estados Unidos maravillaba al mundo. La década de 1900 supuso la primera aparición de muchos productos que serían básicos en el siglo XX . Entre ellos estaban el primer disco de gramófono de diez pulgadas (1901); el primer vuelo propulsado (1903); la disponibilidad comercial de la litografía *offset* (1904); el primer *nickelodeon* (1905); la primera emisión radiofónica regular (1906); y la fabricación del primer automóvil diseñado para las masas: el Modelo T de Ford Motor Company (1908). Hasta un determinado punto, estos artículos de masas contribuyeron a la tendencia hacia la estandarización exigida por la industria. El trabajo sufrió una atomización cada vez mayor.

En 1913, la popularidad del Modelo T hizo nacer la primera cadena completa de montaje en la fábrica Ford de Highland Park: los procedimientos laborales reducidos a las tareas más básicas (el giro de una tuerca, un tirón de una palanca) repetidas hasta el infinito. El trabajador como individuo no era más que una pieza del engranaje. Pese a las continuas protestas sindicales, el sistema económico y social estadounidense se convertía con rapidez en un hecho consumado. Si el mundo exterior no podía modificarse de forma colectiva, el objetivo del desarrollo sería, en lo que concernía a fabricantes y publicistas, el paisaje individual, interno.

Este proyecto resultaba atractivo para una nación en crecimiento. En lugar del pasado europeo, habría un presente estadounidense, tan intenso que parecería prolongarse para siempre. Los bruscos cambios de escena en la

revolucionaria película que Edwin Porter filmó en 1903, *Asalto y robo de un tren* , suponían una compresión de la percepción en sí misma. Como el propio Porter señaló a propósito de la entusiasta recepción del film: «El futuro no tiene fin». Esta intensidad, no obstante, se vería limitada por los imperativos empresariales: todo individuo podía transformarse, pero no por la actividad artística o política, sino mediante la adquisición del producto requerido.

La psicología sería el ingrediente clave en este proceso alquímico de conversión de objetos inanimados en talismanes comprimidos producidos en masa. No se trataba, claro está, de la psicología académica investigada por Hall ni del psicoanálisis de Freud, sino de una variante simplificada que ofrecían los nuevos mediadores entre productores y consumidores: los publicistas. La industria publicitaria se había multiplicado por diez en las décadas anteriores; su despegue fomentó ambiciones mayores. Buscando una penetración directa en el subconsciente, los magos de la mercadotecnia empezaron a despiezar la disciplina de la psicología en beneficio de su particular forma de encantamiento.

A mediados de la década de 1890, la revista para profesionales *Printer's Ink* había anticipado el tiempo en el que «el redactor de anuncios, como el profesor, estudiará psicología, pues, por distantes que puedan parecer sus ocupaciones a simple vista, el redactor de anuncios y el profesor tienen un gran objetivo en común: influir en la mente humana». Este «ilustrado» proceso de educación de masas ganó velocidad con la llegada del nuevo siglo. Su defensor más influyente, el profesor Walter Dill Scott, insistía en 1906 en que «el publicista de éxito tiene obligatoriamente que estudiar psicología. Y tiene que hacerlo ya».

Scott defendía nada menos que la exhaustiva explotación de los deseos humanos atávicos: «Tenemos respuestas instintivas que actúan en la conservación y la mejora de (1) nuestros cuerpos, prendas de vestir, hogares, propiedades personales y familias (también los instintos de caza y construcción, que son más complejos que otros de este tipo); (2) la representación de nuestra existencia en los cerebros de los demás seres humanos; (3) nuestras facultades mentales. Hemos visto que para asegurar la acción en estas líneas no es necesario mostrar el valor de tal acción ni su necesidad, sino sencillamente presentar el estímulo adecuado, tras lo que la acción se produce de inmediato».

Los nuevos anuncios iban más allá de la simple transmisión de información. En la nueva terapia de la abundancia, no bastaba con que los medicamentos curalotodo o los copos de maíz tuvieran propiedades concretas, ahora se presentaban, de forma explícita o implícita, con el poder de transformar la vida cotidiana. De este modo, los Rice Krispies no se promocionaban por tener valor nutricional, sino mediante una secuencia de acontecimientos dramáticos: «¡Explotan! ¡Crujen! ¡Crepitan!». La famosa serie de campañas «Reason Why» de Claude Hopkins logró vender pasta de dientes y automóviles sugiriendo que la compra de estos productos conllevaría por sí misma una vida más plena y rica.

Estas técnicas estaban destinadas principalmente a las mujeres, si bien el proceso se iniciaba en un momento anterior de la vida. En su influyente libro *The Psychology of Advertising* , Scott estableció el vínculo entre el consumismo y la juventud: «El hombre joven parece obligado a ocupar la mejor posición ante la mujer joven, pero no siempre sabe por qué. El niño siempre intenta "presumir" en presencia de niñas. A menudo es ridículo que haga algo así, puesto que no sabe por qué lo está haciendo. Cuando está en presencia de la chica, parece forzado a hacer algo extraño que seguro que atraerá su atención».

La «emulación pecuniaria» de Veblen había sido convertida en una industria multimillonaria que, como Scott reconocía, estaba anclada en la psicología social adolescente: «Todos sufrimos como el joven y el niño. Analizamos no solo nuestras preferencias, sino también la opinión de otros a la hora de comprar nuestra ropa y nuestras casas, así como al elegir amigos y carrera profesional. Parecemos obligados a esforzarnos por esas cosas que nos harán avanzar en la estimación de los otros, y al comprar y elegir seleccionamos eso que aprueban aquellos cuya estima más codiciamos».

A finales de la primera década del siglo había ya un número desconcertante de productos dirigido a las jóvenes. En un artículo llamado: «The Budding Girl and the Boy in His Teens» [La niña en ciernes y el niño de diecitantos], Stanley Hall observaba la inclinación de las adolescentes por los «atavíos hermosos». Esta era «la época de los flequillos, los rizos, las melenas hinchadas, los tupés, los volantes, los lazos, quizá pintalabios y maquillaje, tacones altos, sombreros despampanantes, parasoles, bolsos decorativos, pulseras, guantes muy largos...

Modas que sacuden al espectador de manera considerable; es decir, estos objetos penden sobre el centro de la conciencia. Los escaparates son un sueño».

Hall fue conducido a las aplicaciones populares de la psicología adolescente casi en contra de su voluntad. En octubre de 1908, apoyó una nueva columna en la revista para mujeres *Woman's Home Companion* llamada «Teens and Twenties», firmada por la juvenil Lucy Norman. El artículo de Norman estaba claramente destinado a convertir a las adolescentes en esposas de provecho: «Estoy convencida de que nuestros libros serán bien recibidos para ocupar su lugar en la estantería y disfrutar del espectáculo de las chicas de diecitantos y veintitantos recién tituladas manejando la aguja, ocupándose de la casa, asegurándose de que el jardín está "abrigado" para el invierno y de que las plantas disfrutan del calor necesario».

La comprensión mayoritaria de la psicología recibió un espaldarazo con el primer viaje a Estados Unidos de Sigmund Freud y su colaborador, Carl Jung, a finales del verano de 1909, invitados por Stanley Hall a dar una conferencia en la Universidad Clark. El intercambio fue fructífero para ambos. Hall buscaba un apoyo extra para la posición académica de la psicología, mientras que Freud ansiaba la oportunidad de hablar fuera de Austria y de encontrar, de hecho, la validación académica que, pese a la publicación de *Psicopatología de la vida cotidiana* , no había conseguido aún. A pesar de los académicos que lo consideraron un «hombre sucio y obsceno», Freud quedó encantado con su recibimiento.

El público fue respetuoso, al igual que la mayoría de las noticias posteriores en la prensa. Más tarde escribió: «Cuando subí al estrado en Worcester para pronunciar mis *Cinco conferencias sobre psicoanálisis* , me pareció la realización de algún sueño increíble: el psicoanálisis no era ya el producto de una ilusión, se había convertido en parte valiosa de la realidad». La visita de 1909 hizo famoso a Freud y contribuyó a la difusión de sus ideas: la relevancia del sexo, el complejo de Edipo, la represión, la existencia del inconsciente en la vida cotidiana y la importancia del psicoanálisis en el tratamiento de las neurosis.

Estas teorías tuvieron una buena acogida en los círculos académicos y también entre la población en general, ya fuera con la fundación en 1911 de la American Psychoanalytic Association (Asociación Psicoanalítica de Estados Unidos) o con la adopción del término «lapsus freudiano». Las ideas de Freud

serían adaptadas en mayor medida al contexto estadounidense por su sobrino Edward Bernays, el fundador de la industria de las relaciones públicas y promotor de la «psicología de masas» como agente de control social. La insistencia de Freud en la psicopatología de la vida cotidiana reforzó la noción de que podía existir una psicología de la vida cotidiana, pero también *en* la vida cotidiana, un mensaje que se tomaron muy a pecho publicistas, fabricantes y consumidores por igual.

■ ■ ■

La década previa a la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial fue testigo de la creciente popularidad del ocio de masas. El incremento más impresionante se produjo en el cine, una industria que nació como resultado del sorprendente éxito de los *nickelodeons* , esas pioneras salas que cobraban un *nickel* , 5 centavos, por la entrada. En 1910, su atractivo entre el público estadounidense había llegado al punto de atraer a entre 10 y 20 millones de clientes habituales cada semana. Muchos de estos eran niños y adolescentes, arrastrados por cientos de miles a un entorno diferente, futurista, que podían llamar propio.

Un efecto colateral del trabajo infantil había sido el inicio del consumo juvenil, que se canalizó directamente al creciente negocio del cine. En su novela sobre la vida previa a la guerra, *Un árbol crece en Brooklyn* , Betty Smith describe la sensación de su protagonista de once años, Francie Nolan, al cobrar su salario: «Francie poseía un níquel, era poderosa». Al llegar a una tienda de todo a 5 centavos de Broadway «empezó a caminar de un lado a otro entre los estantes, levantando y observando cuanto se le antojaba. Tomar algo, retenerlo un momento en la mano, palpar su textura, pasar los dedos por sus contornos y luego volverlo a colocar cuidadosamente en su sitio era una estupenda sensación. Su níquel le otorgaba ese privilegio».

La juventud estadounidense, educada para creer que «el dinero era una cosa maravillosa», asociaba la independencia con el gasto. A finales del siglo XIX , los chicos de los periódicos, los vendedores ambulantes y los escolares frecuentaban las tiendas de caramelos y los mostradores de comida para comprar dulces, hamburguesas y helados. Sin embargo, el objetivo más popular

eran los salones recreativos: escaparates o largos salones con tragaperras y, a partir de inicios de la década de 1890, quinetoscopios: máquinas que mostraban imágenes en movimiento a través de una mirilla.

Desde el principio, la juventud estadounidense quedó hechizada con las *movies* , esas imágenes en movimiento. Estaba la novedad del medio, pero el gancho real era el hecho de que los mundos de fantasía de la pantalla se aproximaban mucho a la psique del adolescente en desarrollo. Según G. Stanley Hall, este periodo «está marcado por una fuerte intensificación emocional de la vida onírica y a ninguna otra edad su influencia es tan patente en los estados de ánimo y el carácter de la conciencia de vigilia». Hall sentía que la pubertad estaba marcada por un «ensimismamiento y una ensoñación interior» que podían derivar en «narcosis».

Una vez que el proyector reemplazó a la mirilla, las películas dispararon su popularidad. Era más agradable, y por lo general más barato, ver las imágenes en una pantalla grande; también ofrecía a los jóvenes un lugar autorizado, y a oscuras, al que ir juntos. La naturaleza comunitaria del cine se vio acentuada por la introducción de los *nickelodeons* a mediados de la década de 1900. Estas salas más formales eran tan populares que a observadores como Jane Addams le parecieron haber «brotado de repente, de algún modo, sin que nadie sepa por qué». Se estimaba que los niños y los jóvenes componían entre un cuarto y la mitad de «el nuevo público del cine».

La mayoría de estos eran los hijos de inmigrantes recién llegados, habida cuenta de que los *nickelodeons* abrían casi exclusivamente en barrios de clase trabajadora y en los suburbios. En las *movies* , los jóvenes estadounidenses podían ver sus propias experiencias reflejadas como en ningún otro sitio. Los «vertederos de centavos», en especial durante las funciones de media y última hora de la tarde, permitían también cierta liberación de la vigilancia adulta. Addams señaló que «los jóvenes van a las salas de 5 centavos en grupos, con algo del instinto "de pandilla", presumiendo de las películas y las escenas peligrosas de "nuestra sala"».

Podían comportarse así porque muchos de ellos seguían teniendo un sueldo. La asistencia obligatoria a los institutos no había detenido el trabajo adolescente. En un estudio de los escolares de Iowa en la década de 1910 se descubrió que más de dos tercios de los varones en edad de asistir a la

educación secundaria ganaban un salario fuera de las aulas. Los trabajos más comunes eran los de dependiente y de reparto de periódicos. La cifra era inferior en el caso de las mujeres, algo por debajo del 25 %. Asistir a los «espectáculos de imágenes en movimiento» era una de sus formas preferidas de entretenimiento: prácticamente la mitad de los chicos y dos tercios de las chicas entrevistadas veían entre una y seis películas al mes.

En 1910, las nuevas producciones atraían a una audiencia semanal de 10 millones de espectadores. Numerosos reformistas pensaban que las proyecciones tenían un efecto preocupante en los jóvenes. Jane Addams citaba a «un eminente alienista de Chicago» que aseguraba tener «varios pacientes neuróticos en edad infantil» que «eran víctimas de alucinaciones y desórdenes mentales» por la asistencia regular a las salas. Incluso más preocupantes eran los «niños» que modelaban realmente «su conducta basándose en los estándares que establece ante ellos este escenario de mímica».

Addams citaba el caso de tres niños de entre nueve y trece años que, tras ver el asalto a una diligencia en la pantalla, trataron de «echar el lazo, asesinar y robar» al lechero del barrio. «Por suerte para él, cuando soltaron el lazo, el caballo se espantó». En un juicio muy publicitado en el que se juzgó en 1912 a un adolescente acusado de matar a sangre fría a su amigo en un asalto a un tren de lo más chapucero, la famosa película de Edwin Porter *Asalto y robo de un tren* (que por entonces se proyectaba en la localidad) apareció señalada en la prensa como la causa del desastre: la tragedia era «una reproducción exacta de las películas».

Casos como este, en los que el criminal aludía al cine como la inspiración para sus delitos, únicamente lograron alimentar la condena por parte de los adultos de este nuevo formato. Sin embargo, los intentos por controlar el sector fracasaron: la industria avanzaba más rápido que las instituciones creadas para controlarla. En 1909 se fundó el National Board of Censorship (Comité Nacional de Censura), pero hasta 1914 aprobó el 95 % de todas las cintas presentadas. El resultado fue una considerable libertad no solo para deslumbrar a Estados Unidos, sino también para analizar lo que se escondía debajo de sus alfombras: en la década de 1910 se estrenó toda una serie de producciones que dejaba al descubierto las fallas de la sociedad estadounidense.

La experiencia cinematográfica empezó con una película con el escándalo como temática. En las guerras de patentes entre compañías establecidas como Biograph y los nuevos independientes, los advenedizos apostaron por mostrar largometrajes en viejos teatros de vodevil. La atracción de estas salas, más amplias y lujosas y con mayor capacidad, quedó de manifiesto con el inesperado éxito de uno de los primeros largometrajes, *Tráfico de almas* (1913). Esta dramatización de la «trata de blancas» causó sensación: 30 000 personas vieron la película en su primera semana, muchas de ellas mujeres de entre dieciséis y dieciocho años.

Aquel mismo año, la delincuencia juvenil hizo su aparición en *Saved by the Juvenile Court* , un retrato del trabajo de rehabilitación que dirigía el juez reformista Ben Lindsey. Esta primera película situaba con firmeza la delincuencia juvenil en el marco del control legal, pero las bandas callejeras de adolescentes y sus compañeros más adultos quedaron ampliamente retratados en *Regeneration* , de Raoul Walsh, grabada con gánsteres reales en las calles del Bowery y del Lower East Side de Nueva York. Basada en los recuerdos del líder de una banda del Bowery, Owen Kildare, Walsh retrataba a los monstruos de los suburbios de la década de 1890 en el momento de su desaparición.

Otras cintas tempranas abordaban problemas de la juventud con una supuesta intención reformista. El alcoholismo y la adicción eran las protagonistas de la adaptación que hizo Jack London en 1914 de su novela *John Barleycorn* : con sus escenas de alcoholismo infantil, fue alabada por su «convincente defensa de la sobriedad». Aquel mismo año *The Drug Traffic* subrayaba la necesidad de un mayor control de los narcóticos con la historia de la muerte de un adolescente típico por su adicción a la morfina. No obstante, se trataba de la excepción, más que de la norma: las *movies* no se habían concebido como un formato puramente documental o de sensibilización social.

El cine era entretenimiento, incluso cuando abordaba temas contemporáneos a menudo lo hacía con un tono desfasado o con un sensacionalismo burdo. No estaba para reflejar la realidad, era un «teatro» en el que se ponían en escena dramas ficticios. Aunque en sus más tempranos inicios pudiera plantearse alguna confusión, alcanzada la década de 1910 era obvio que las películas representaban un «país de ensueño» que industrializaba el gusto estadounidense por la fantasía a través de un medio con un poder sin

precedentes. El mago de Oz había encontrado el modo perfecto para hacer caer en la trampa de la percepción a los habitantes de Ciudad Esmeralda.

La relación del cine con la juventud estadounidense era íntima en el plano psicológico. Por una parte, representaba un mundo de fantasía que ofrecía un descanso de la vida cotidiana. Por otra, empezaba a producir imágenes que reflejaban aspectos de la vida adolescente que, sutilmente recreados, retroalimentaban sus fértiles psiques. El resultado era una sofisticada danza entre el público y los productores: los estudios podían contar con el poder en lo relativo a la realización del producto, pero el público tenía la capacidad de conceder o negar el éxito, que a menudo, como en el caso de *Tráfico de almas* , podía ser inesperado.

Lo que los jóvenes aficionados al cine querían era una versión intensificada de la realidad, una con la que pudieran identificarse y que los llevara a otro mundo. Estas aspiraciones se fundieron en un nuevo tipo de figura pública nacida de una campaña mediática. Hasta la década de 1910, los actores y las actrices de cine no habían ocupado una posición precisamente prominente. Eran, por norma, anónimos y, en caso de que tuvieran nombre, este era en representación de la compañía: «la chica Biograph». A principios de 1910, ante los rumores deliberados de su muerte en un accidente de tranvía, Biograph puso nombre a su «chica»: Florence Lawrence.

Dos semanas más tarde Lawrence se veía ensalzada por un artículo de prensa que señalaba: «Los productores están empezando a responder a la exigencia de información por parte del público con respecto a sus actores y están reconociendo el valor de las figuras de sus intérpretes». El texto predecía: «Llegará el momento en el que estos actores requerirán los servicios de agentes de prensa, tal y como sucede con cualquier otra atracción estelar». Al mismo tiempo, la revista *Variety* describía a Lawrence, de veinte años, como «la actriz estrella del cine». A comienzos de 1912, se había convertido en «la chica del millón de caras».

En su papel de una de las primeras estrellas con nombre propio, Florence Lawrence representaba un objeto celestial (el niño-estrella pánico de Oscar Wilde), materializado en forma de mujer joven y atractiva, que podía ser reproducido electrónicamente en cientos de miles de copias, aumentado más allá de su tamaño real en la pantalla y finalmente consumido por las masas. En

esta nueva religión pagana, [1] la estrella era el dios o la diosa. En poco tiempo, sus personajes emergerían como la versión del siglo XX del Olimpo de los antiguos griegos: un complejo sistema de valores de los impulsos humanos en abstracto que podía ser aplicado tanto a la vida del país como a las necesidades individuales.

La adolescencia era central en este sistema: encarnaba el atractivo sexual y la inocencia idealizada. Congelada en el celuloide, la juventud de la estrella podía parecer tan perenne como la concedida a los ficticios Dorian Gray o Peter Pan, una característica que podía también atribuirse a sus vidas reales. El novelista Booth Tarkington comentó a propósito del actor más popular de la época, el apuesto y musculado Douglas Fairbanks: «Nunca será mayor: a menos que el mercurio pueda envejecer». De hecho, la juventud era una cualidad tan superior que sería inducida de forma artificial, especialmente en los primeros días del *star system* .

El cine tenía la capacidad de desdibujar la distinción entre realidad y fantasía. Una de las actrices más populares del momento era Theda Bara, quien, tras el éxito de *A Fool There Was* , en 1915, quedó encasillada como la clásica mujer fatal: con lápiz de ojos y desbordada por un «erotismo desenfrenado». El departamento de prensa de su estudio la presentaba como «la hija de una princesa, criada con sangre de serpiente, ofrecida en matrimonio místico a una esfinge», pero en realidad era Theodosia Goodman, la hija de un marino de Ohio. La máscara funcionaba a las mil maravillas: su carrera terminó en cuanto cambió de caracterización.

Este era uno de los peligros del nuevo sistema. Empezaban a crecer las exigencias a estos dioses industrializados. Además del cambio de imagen necesario para convertir a una persona real en algo abstracto y la consiguiente confusión psicológica, las identidades se construían por completo en los términos que dictaban los estudios. En contraste con la chica inocente de entre doce y dieciséis años de rizos relucientes que representaba, la verdadera Mary Pickford había superado los veinte años, vivía separada de su marido, tenía una aventura, le gustaba llevar las uñas largas y fumaba. La estrella se estaba convirtiendo en el monstruo de Frankenstein.

La confusión de la vida real y ficticia también quedó encarnada en la figura de Charlie Chaplin, que convirtió al vagabundo en arquetipo del humor. Para

el crítico Parker Tyler, el famoso disfraz de pantalones caídos y chaqueta estrecha de Chaplin representaba «un paradigma del adulto visto por el niño a sus pies y que mira con envidia su altura». Chaplin empezó a hacer cine en 1914, justo antes de su primer gran logro, *Charlot, vagabundo* , que fijó para siempre su imagen. Al elegir esta figura desterrada como «Dios de las multitudes», Chaplin representaba de forma deliberada una de las peores pesadillas de la burguesía.

El fin de la colonización del Oeste significó la demonización del transeúnte. A mediados de la década de 1910, el vagabundo era una perturbadora reminiscencia de un pasado salvaje que muchos estadounidenses ansiaban dejar atrás. Las escandalosas noticias sobre una revuelta de indigentes en Nueva York durante el invierno de 1914 reafirmaron la amenaza que suponía el vagabundo para la ordenada estructura de la vida social estadounidense. Al asumir la figura del personaje más despreciado, al utilizar todo su talento y las posibilidades técnicas a su alcance, Charlie Chaplin sacó a la luz la marginalidad disfrazándola de entretenimiento.

La idea de que las estrellas podían hacer que seres repudiados resultaran atractivos añadía otra vuelta de tuerca al magnetismo del cine. Los parias habían sido desde tiempo atrás héroes estadounidenses y nada podía resultar más atrayente para los jóvenes que una figura que los padres odiaban. En *Una muerte en la familia* , James Agee describe la reacción de su puritana madre cuando vio por primera vez *Charlot, vagabundo* : Chaplin «cogía el bastón por el extremo recto y, con el extremo curvado, le levantaba [a la actriz] la falda hasta la rodilla, exactamente de ese modo que tanto disgustaba a mamá y mirando ávidamente sus piernas y todos se reían estrepitosamente; pero ella hacía como si no hubiera notado nada».

Con su baile en la cuerda floja entre la explotación sensacionalista y la moralidad, estas primeras películas encarnaban a la perfección la característica estadounidense que Rupert Brooke definió como «la combinación del completo desenfreno y la regulación absoluta». Cuando el «distrito del vicio» de San Francisco fue cerrado en 1913, un joven cámara llamado Hal Mohr tomó imágenes de las celebraciones finales. La publicidad de la película que se produjo con ellas, *The Last Night of the Barbary Coast* , promocionaba el estilo de vida del barrio del placer en el momento de su desaparición: «Vean el

famoso baile del pavo, el Texas Tommy y el abrazo del conejo. Vean las salas de los negros con sus propios estilos de baile nunca antes vistos».

■ ■ ■

Incluso en mayor medida que el cine, la música popular estadounidense puso de manifiesto los problemas de una sociedad de los adultos que oscilaba entre el hedonismo y el puritanismo. En los comienzos del siglo XX , la industria musical se siguió extendiendo a gran velocidad: entre 1890 y 1909, los ingresos por la venta de partituras se multiplicaron por más de tres y en ese último año se fabricaron más de 27 millones de discos y cilindros para gramófonos. En 1914, la cifra se había elevado a 31 millones. Hambrientas de nuevos productos, las empresas editoras y discográficas siguieron publicando cuanto tuvieran a mano.

Si bien lo más vendido del periodo fueron baladas sentimentales, el *ragtime* continuó ganando popularidad. Su propagación se vio favorecida por una migración interna masiva. Con la inmigración europea fuertemente restringida tras el estallido de la guerra en 1914, los industriales del norte empezaron a buscar de forma activa una fuente alternativa de mano de obra, para lo que captaron a los negros del sur, que ocuparían los nuevos puestos que las exigencias de la producción en tiempos de guerra habían creado. En pocos años, cerca de un millón de negros se desplazaría desde el sur a importantes centros urbanos como Nueva York, Chicago y Detroit. Se llevaron sus vidas con ellos.

El *ragtime* y el *blues* , con muchos más artistas negros que encontraban un público receptivo fuera de las fronteras del sur, siguieron su expansión desde los barrios empobrecidos con mala prensa. Esta diáspora incrementó su popularidad entre los jóvenes blancos. El *ragtime* podía haber estado circulando en los guetos negros desde mediada la década de 1890, pero la primera canción que logró vender un millón de copias fue de Irving Berlin, con su superéxito de 1911 «Alexander's Ragtime Band». Hizo falta un hombre blanco para vender de verdad música negra cuando los estilos que anteriormente se habían mantenido en la periferia alcanzaron la corriente dominante como modas explotables. Ese era el acuerdo: el nuevo método de intercambio.

El salto racial del *ragtime* generó comentarios desfavorables, en especial por su aprobación entre los jóvenes. La revista *Musical American* consideraba que era como una droga. En 1913, el *Musical Courier* declaraba que Estados Unidos estaba «cayendo preso del alma colectiva de los negros a través de la influencia de lo que se conoce popularmente como música "rag time"». Esto no era menos que «un desastre nacional», puesto que el *ragtime* simbolizaba «la moralidad primitiva y las perceptibles limitaciones morales de la raza negra. Entre sus miembros, la moderación sexual es casi desconocida y se permite la más salvaje libertad, de una moral incierta».

El vínculo entre música, raza y sexualidad quedaba confirmado a ojos de los moralistas por las «danzas animales» que habían tomado los barrios pobres siguiendo la estela de «Alexander's Ragtime Band». Empezando con el éxito del *turkey trot* [baile del pavo], una danza muy rápida y animada que evolucionó a partir del comunitario *cakewalk* del siglo XIX , todo un bestiario se apropió de las pistas de baile del país al ritmo del *ragtime* : bailes como el abrazo del conejo, el oso pardo, el movimiento del mono, el trote de la zarigüeya o el salto del canguro. Como decía la letra de Irving Berlin: «Todo el mundo lo hace ahora».

En las danzas animales, los participantes improvisaban sus movimientos según avanzaban. En lugar de mantenerse a un decoroso brazo de distancia en la formalidad del vals y de la polca, los bailarines giraban por la pista con los brazos y las piernas entrelazados. En el *turkey trot* , la mitad inferior del cuerpo de la mujer, de cintura a rodillas, quedaba envuelta por las piernas de su acompañante masculino. El oso pardo implicaba un abrazo de todo el cuerpo que iba mucho más allá de los estándares previos de decoro. Los deslizamientos y los movimientos desenfrenados de hombros estaban asociados con el cabaré y los negros, no con correctos jóvenes blancos.

Pero a la juventud estadounidense no le importaba. Como la tierra de ensueño que ofrecían las películas, las danzas animales estaban hechas a medida para su psique. «La adolescencia es el periodo dorado del nacimiento del ritmo –había señalado Stanley Hall–. Bailar es una de las mejores expresiones de puro juego y de las necesidades motoras de la juventud». De forma más práctica, las nuevas salas en las que los chicos pagaban por bailar con una chica, los *taxi-dance halls* , brotaron por doquier para atender a la nueva moda y se

convirtieron en lugares públicos donde los adolescentes trabajadores de Estados Unidos podían conocerse lejos de la supervisión de los adultos y cortejarse en sus propios términos.

Las jóvenes tomaron la iniciativa. En 1911, un estudio del sector del ocio de Nueva York descubrió que el 88 % de las chicas admitía saber bailar. Y casi todas afirmaban disfrutar haciéndolo. Algunas jóvenes empleadas de Manhattan, según la trabajadora social juvenil Ruth True, pasaban «varias noches a la semana en salas de baile». Muchas de ellas vivían en residencias femeninas que, como True señalaba: «No son lugares especialmente privilegiados para el entretenimiento y la diversión. Están demasiado atestados y con demasiada frecuencia son sitios tristes». En concreto, «las visitas de amigos varones» se veían «con malos ojos».

En las salas, las mujeres podían bailar con total independencia. Un informe de 1911 redactado por dos reformistas adultos describe el ritual: «Una gran mayoría de las chicas llegaron solas y otro tanto sucedió con los jóvenes. Encontraron pareja en la sala. Pocas presentaciones se vieron; dos chicas bailan juntas y dos jóvenes cuyos gustos satisfacen las eligen y bailan con ellas. Algunos tipos charlan con ellas después del baile, otros no». El informe concluía que, aunque las chicas «estaban resplandecientes y felices y disfrutaban con la diversión», no parecía importarles «qué tipo de jóvenes conocían».

La moda avanzó hacia el centro de la ciudad. La revista *Life* señaló, en febrero de 1912, que las danzas animales estaban floreciendo «por arriba, por abajo y en medio. El conjunto de bailarines de nuestra ciudad debe de tener medio millón de integrantes». En su guía de la vida nocturna de Nueva York, publicada en 1913, Julian Street consideraba que el baile había creado una «mezcla social como la que nunca se había soñado en este país: un revoltijo de gente en el que respetables mujeres casadas y sin casar, e incluso jóvenes recién presentadas en sociedad, bailan, no solo bajo el mismo techo, sino en la misma sala, con las mujeres de la ciudad. *Liberté... Égalité... Fraternité* ».

Las implicaciones revolucionarias de una moda que parecía estimular la mezcla de clases y razas provocaron una reacción. Grupos moralistas como la New York Commission on Amusements and Vacation Resources for Working Girls (Comisión para el Entretenimiento y los Recursos Vacacionales para la Chicas Trabajadoras de Nueva York) ya habían criticado las salas de baile por

promover «el libertinaje y la depravación» y llevaron a sus investigadores a hoteles elegantes y bailes de sociedad. Titulares como «Movimiento empieza a prohibir el "baile del pavo" y el "oso pardo" en la Quinta Avenida» fomentaron un temor extendido sobre la caída en picado de los estándares morales.

Estos miedos quedaron resumidos en un histérico artículo en el número de agosto de 1913 de la revista *Current Opinion* , que, furibundo, denunciaba: «Han dado las sexo en punto en Estados Unidos: una oleada de histeria sexual y debates sobre sexo parece haber invadido este país». Las danzas animales se asociaban con el incremento de la prostitución más flagrante y la prevalencia de la trata de blancas: jóvenes chicas que eran secuestradas y drogadas con fines sexuales. Poca duda existe de que ambos fenómenos se producían en las salas de baile, pero en ninguna medida hasta el escabroso punto denunciado por la prensa y películas como *Traffic in Souls* . [2] Fuera como fuese, la publicidad tuvo el efecto deseado.

«Las salas de baile son hoy en día factores notoriamente relevantes en la destrucción de la moralidad», escribió el penalista William Healy en su enciclopédico estudio *The Individual Delinquent* , publicado en 1915. Los reformistas y las autoridades hicieron cuanto pudieron por controlar la moda. Incapaces de cerrar de manera definitiva las salas ni de extirpar esta manía por el baile, empezaron a fijar su objetivo en las zonas urbanas en las que tanta depravación tenía su origen. En el preciso momento en el que la música negra estaba encontrando un mayor público nacional e internacional, los barrios rojos de San Francisco y San Luis se vieron sometidos a la segregación racial y después fueron cerrados por completo.

Pero era demasiado tarde, pues, desafiando a reformistas y legisladores, miles de jóvenes estadounidenses siguieron atestando las salas de baile cada noche de la semana. Votaban con sus pies. La popularidad de las danzas animales ilustraba el hecho de que, durante las primeras dos décadas del siglo XX , los adolescentes estaban empezando a encontrar su propia cultura en diversiones urbanas sociales y llenas de vitalidad. Lejos de ser respetables, estas formas de ocio se habían originado en los propios grupos marginales a los que se atribuían las mismas características atávicas que a ellos.

Su aceptación como parte integral de la cultura estadounidense de masas ofreció a los adolescentes ánimos renovados y plausibles para explorar el

salvajismo que otras instituciones estadounidenses (las educativas en concreto) trataban de amansar. Si la contradicción no fuera suficiente, el proyecto nacional de vincular juventud y placer tenía otra consecuencia: «Este tipo de juventud es transitoria –escribió el defensor radical de lo joven Randolph Bourne–. El placer termina quemándose muy rápido y la juventud se encuentra prematuramente con las cenizas de la mediana edad».

La rápida renovación de estrellas, modas y estilos de baile que marcaba la nueva economía de consumo consagraba los entusiasmos transitorios de la adolescencia al mismo tiempo que ofrecía un modelo industrial ideal de rápida obsolescencia. También conseguía desviar a la gran mayoría de los jóvenes estadounidenses de lo que radicales como Bourne consideraban que era su verdadera tarea: desafiar la agenda natural de los adultos. Sin embargo, estos beneficios se cobraron un precio. Con su actualización del Romanticismo, la frescura industrializada de la cultura popular estadounidense también bebió a grandes tragos de su fuente de la morbosidad.

■ ■ ■

1. Esta característica pagana se vio reforzada por el primer gran taquillazo, Intolerancia, dirigida en 1916 por D. W. Griffith. La cinta, si bien basada en la historia bíblica de Baltasar de Babilonia, hacía de la decadencia babilónica un espectáculo gracias a un plató gigantesco y suntuosamente adornado. Así representó también Rochegrosse *Les derniers jours de Babylone* .

2. El Congreso de Estados Unidos había aprobado ya la ley contra el tráfico de blancas de 1910, conocida posteriormente como Mann Act, que prohibía, *inter alia* , el tralado de mujeres menores de dieciséis años a través de las fronteras de los estados. Esta ley se utilizó para cortar las alas al primer campeón mundial negro de los pesos pesados, Jack Johnson, que fue condenado en 1913 en un caso manipulado.



TERCERA PARTE
1913-1919

CAPÍTULO 10

Invocación

La brecha generacional en Europa

■ ■ ■

La reproducción es siempre sacrificial.

G. Stanley Hall, *Adolescence* , 1904.



Frances Cornford con túnica y actitud neopaganas, agosto de 1914.

A lo largo de 1912, dos jóvenes intelectuales franceses llamados Henri Massis y Alfred de Tarde realizaron un estudio de los varones parisinos de entre dieciocho y veinticinco años, todos ellos estudiantes de secundaria o universitarios. La muestra no era representativa de la población, pero capturaba la forma en la que una sección influyente de la juventud metropolitana se entendía a sí misma y su lugar en la sociedad. Por otra parte, la muestra ofrecía una perspectiva relevante puesto que, anticipando el tiempo en el que asumiría el poder, esta élite tenía más motivos que ninguno de sus contemporáneos de considerarse una clase juvenil en sí misma.

El estudio tenía su parcialidad. Massis y De Tarde eran tradicionalistas en lo relativo a la educación. En su opinión, la sustitución de los estudios clásicos por la sociología «teutónica» no era más que un ejemplo de un plan de estudios incapaz de atender las necesidades espirituales de la juventud francesa. Massis ya había publicado un monográfico para conmemorar a Maurice Barrès, a quien agradecía haber otorgado una renovada determinación vital a su escéptica generación, que buscaba una doctrina «que nos devolviera la energía que proviene de la voluntad». En palabras de Massis: «El día en que descubrimos a Barrès, nos descubrimos también a nosotros mismos».

Una vez localizado un nuevo tipo de joven que rechazaba a la clase liberal, tecnológica y cosmopolita dominante, Massis y De Tarde decidieron, como harían muchos futuros investigadores de mercado, diseñar un estudio con un resultado preestablecido. Publicado al año siguiente en el libro *Les jeunes gens d'aujourd'hui* con el seudónimo clásico de Agathon (Agatón, «valiente en la guerra», que en la historia griega era discípulo de Sócrates), el estudio cumplía con creces su objetivo crítico. En él, uno de los entrevistados lamentaba amargamente: «Todo lo que nos enseñan nos obliga a servir como esclavos inertes o a exasperarnos en rebelión».

Agathon descubrió una brecha generacional. La *enquête* comparaba a los jóvenes de 1912 con aquellos que habían alcanzado la mayoría de edad en 1885. La generación más temprana había sido pesimista, abiertamente intelectual, relativista y agnóstica, unas características que habían conducido a sus integrantes a la decadencia y a Francia a la abyecta posición que ocupó en la década de 1870. La generación en ciernes, cansada de lo que percibía como el caos reciente de Francia, adoptó un posicionamiento opuesto. Los jóvenes de

1912 habían «exiliado la duda sobre sí mismos»; era «su característica distintiva la de crear orden y jerarquía, de igual modo que sus mayores crearon desorden y ruina».

Aquello ofrecía una nueva vuelta de tuerca al enfrentamiento entre generaciones: los hijos se rebelaban contra padres que no eran conservadores, sino liberales, incluso decadentes. Era como si Rimbaud, en lugar de ser un testigo traumatizado de la guerra, fuera por su poesía responsable directo de la innoble derrota de Francia en 1871. Había en todo esto un trasfondo personal: Massis era amigo del sobrino de Maurice Barrès, Charles Demange, que se suicidó en 1909. Demange «tenía demasiada prisa por vivir –según Massis–; y esta fiebre suya ocultaba algo estremecedor. Tenía unos nervios excelentes, pero abusó de ellos».

Massis y De Tarde, con el objetivo de escapar de esta intensidad adolescente y del «culto del yo», buscaron ejemplos heroicos que confirmaran el nacionalismo de Barrès. Encontraron su modelo perfecto en el escritor Ernest Psichari, por entonces en los últimos años de la veintena y la imagen perfecta de una salud rebosante y de disciplina. Pero no siempre había sido así: antes de cumplir los veinte años, había flirteado con el socialismo y en 1903 había estado al borde del suicidio. En este punto crítico, Psichari empezó el servicio militar obligatorio y se decidió a alistarse como soldado profesional. Pasó el resto de la década destinado en las profundidades de África (un paralelismo de la desaparición de Rimbaud).

La novela de Psichari *L'appel des Armes* , publicada en 1913, el mismo año que la investigación de Agathon, dramatizaba el enfrentamiento generacional al revertir la «relación normal de las distintas actitudes» con un padre progresista y un hijo conservador. Enviado a África para cumplir el servicio militar, Maurice Vincent queda cautivado por un capitán que es «una gran autoridad del pasado»: «Puro, sin mácula ni contaminado de modernidad». El progreso era una forma de americanismo y «el americanismo le disgustaba». Ya en el último tramo del libro, Vincent se ha convertido en el soldado perfecto, «la encarnación misma de Francia».

Al igual que la religión, la vida militar ensalzaba la rendición del ego ante un bien mayor, definido en este caso como la pureza y la fe de una Francia olvidada. La vinculación de religión y militarismo se vio reforzada por otro de

los escritores de gran influencia en Agathon, Charles Péguy, que en 1910 publicó la polémica *Notre jeunesse* . Péguy expresaba una desilusión apocalíptica: «Somos los últimos. Casi los siguientes a los últimos. Inmediatamente después de nosotros empieza el mundo que llamamos [...] el mundo moderno. El mundo que intenta ser listo. El mundo de los inteligentes, los avanzados [...] es decir: el mundo de los que no creen en nada».

El mensaje principal de Agathon es que la generación de 1912 había asumido de forma natural las características por las que precursores como Psichari y Péguy habían tenido que esforzarse. Los jóvenes de entre dieciocho y veinticinco años del momento eran hombres de acción, les interesaban más los aviones y los deportes que los libros. Atraídos por el catolicismo, eran más conservadores en el plano sexual que la generación de 1885 y más rápidos a la hora de aceptar las responsabilidades del adulto. Indignados con la corrupción de la Tercera República, buscaban la redención en la futura guerra con Alemania. Su combinación de «batalla mezclada con oraciones» los dirigía de forma inexorable al martirio de las cruzadas.

Les jeunes gens d'aujourd'hui fue una sensación mediática. Un novelista de la propia generación de 1885 que había sido tildada de «incapaz» respondió asegurando que el joven típico de la nueva generación estaba «apasionadamente enamorado del placer y los juegos violentos, cae presa con facilidad de la retórica de su tiempo, el vigor de sus músculos y la pereza de su mente lo inclinan a las brutales doctrinas de *Action Française* y es nacionalista, monárquico e imperialista». Maurice Barrès, por el contrario, opinaba que «la nueva generación en ascenso se anuncia como una de las mejores que nuestro país ha conocido jamás».

■ ■ ■

El estudio de Agathon fue uno de los numerosos esfuerzos realizados en Europa con el objetivo de construir nuevos movimientos juveniles en el periodo inmediatamente anterior a la guerra. Estos trataban de traducir la vitalidad de los jóvenes y su recién estrenada importancia social en un programa artístico o social. Hasta ese momento, la juventud había sido un estado definido principalmente por los adultos; ahora, los sujetos de esas

definiciones clamaban por tener voz propia. Transformada en conceptos abstractos por los panfletos políticos, la juventud se convirtió en una religión en sí misma, una apoteosis hecha carne en mayo de 1911, cuando el místico de dieciséis años Jiddu Krishnamurti, llevado a Londres por los teosofistas, fue presentado como el primer mesías adolescente.

Estos años constituyeron la primera edad dorada de los manifiestos, cuando sucesivas oleadas de jóvenes enfurecidos anunciaron su llegada en jactanciosas invocaciones del «amanecer eterno» en ciernes y resonantes denuncias de la figura paterna. Varios motivos explican esta actitud: el avance de la educación superior, la mejora de las comunicaciones y de la movilidad social, así como la frustración por el lento progreso del cambio social. En juego estaban también fuerzas de mayor profundidad psicológica. Si bien el conflicto entre padres e hijos era ya una temática literaria en sí, la acuñación por parte de Freud en 1910 del término «complejo de Edipo» hizo subir la temperatura de un conflicto intergeneracional a punto de estallar.

El manifiesto es la expresión clásica del adolescente impaciente. Los jóvenes, habitantes de un mundo gestionado por los mayores, ven con claridad cuanto está mal, pero son incapaces de imponer cambios. En su lugar, tienen que seguir viviendo sometidos a las normas que saben con toda certeza que han quedado obsoletas. La frustración se desborda en una retórica polarizada que no admite los grises, solo el blanco y el negro. Como el escritor expresionista Hans Leybold escribió con veintiún años, en 1913, en su manifiesto *Revolution* : «¡Vosotros, personas respetadas ¡Vosotros, refinados! ¡Vosotros, gerifaltes! ¡Tendríamos que burlarnos de vosotros! “Niños”, diríais. “¡Viejos!”, responderíamos».

Esta fue también la primera edad dorada de los ismos: cubismo, expresionismo, futurismo, vorticismo... Según competían estos grupos en radicalidad, en controversia, incorporarse a ellos significaba más que ser mera parte de un movimiento: significaba la entrega absoluta a un *ethos* tan poderoso que parecía una religión. Esto, de nuevo, concordaba con la imagen que Stanley Hall tenía de la adolescencia: Hall sentía que la conversión religiosa era «un proceso natural, normal, universal y necesario» en esta etapa de la vida. En una época en la que algunas de las vanguardias daban a Dios por muerto, convertirse en extremista era una forma más que satisfactoria de sustituirlo.

Estas contundentes ideologías se vieron marcadas por el cambio de significado de un término clave. A mediados del siglo XIX , «generación» se había utilizado para agrupar «a todos los hombres que viven más o menos en el mismo tiempo». En Estados Unidos, describía la asimilación de los inmigrantes en la sociedad: de primera o segunda generación. Con el nuevo siglo había asumido una connotación juvenil: términos como «la nueva generación» eran comunes, un uso que devolvía el concepto a su raíz latina: literalmente «llegar a». También concordaba con el discurso predominante en la década de 1890 sobre la degeneración y la regeneración: esa lucha por el futuro de la nación-raza en la que la juventud ocupaba la primera línea de combate.

La definición de la juventud como clase en sí misma se produjo en paralelo a la aplicación generalizada de prefijos al lema «generación» para la concepción de ideas de control social. Sin embargo, los adultos habían favorecido también la conciencia que de sí misma tenía esta clase recién iluminada (con resultados imprevistos, al igual que cuando el monstruo de Frankenstein se volvió contra su creador). De manera consciente o inconsciente, los nuevos defensores de la juventud entendieron que el primer paso para reclamar el poder era incorporar la palabra que estaba en el centro de todas aquellas teorías adultas. En la primera década del siglo XX , por tanto, «generación» dejó de ser un término de control y se convirtió, en su lugar, en un extremista toque de trompeta.

«Cada vez que una generación se presenta en la azotea de la vida, parece que la sinfonía del mundo va a tener que afrontar un nuevo tempo», escribió el polemista italiano Giovanni Papini en su autobiografía *Un hombre acabado* , publicada en 1912. El texto ofrece una de las expresiones más puras del impulso generacional de este periodo: «Para un hombre de veinte años cualquier anciano es su enemigo; cualquier idea resulta sospechosa; cualquier gran hombre debe ser sometido a proceso; la historia pretérita parece una larga noche solo iluminada por los relámpagos, una espera gris e impaciente, un eterno crepúsculo de aquel amanecer que surge ahora precisamente con nosotros».

La búsqueda de la libertad estaba, eso sí, sembrada de dificultades en estos primeros días. Al haberse alejado por la fuerza de la experiencia de sus mayores y tras desvincularse de cuanto era conocido, estos jóvenes extremistas tenían después que vivir con las consecuencias de esta separación. Implícita en la idea

de la brecha entre generaciones estaba la marcada sensación de que la generación que se estaba alzando sería, como escribe Robert Wohl en *The Generation of 1914* , «única, sacrificada y perdida». Ante este vacío, muchos de estos extremistas terminarían por reflejar los valores que con tanta virulencia rechazaban.

■ ■ ■

Los primeros usos de esta retórica generacional fueron estéticos. En 1906, los pintores alemanes de la escuela Die Brücke (el Puente) llamaron a «reunirse a toda la juventud» para «crear espacio vital y libertad existencial contra las fuerzas asentadas de los mayores». En la práctica, no obstante, su apelación resultó tan solo en un refinamiento del expresionismo existente y de la estética fovista. Los futuristas en Italia, sin embargo, se presentaban como una ruptura radical. En su revista *Leonardo* , Giovanni Papini había ya llamado a los jóvenes italianos a arrojar la precaución por la borda y vivir para la aventura, los sueños y los «planes eternos».

Tintada de esta retórica generacional y de la tradición nacional de controversias violentas dirigidas contra personas concretas denominada *la stroncatura* , el artista F. T. Marinetti anunció en febrero de 1909 su visión de un mundo futuro dominado por el principio de la juventud. «Los más viejos de nosotros tienen treinta años –declaraba en el manifiesto futurista–; tenemos, pues, diez años por lo menos para llevar a cabo nuestra tarea. Cuando tengamos cuarenta años, que nos echen los más jóvenes y valerosos al cesto de los papeles, como manuscritos inútiles».

Sin embargo, el elemento más importante en el manifiesto de Marinetti era su adopción de la tecnología. Con el desarrollo del automóvil y del avión, de la radio y del cine, el hombre podía ahora superar los límites de su cuerpo y lanzarse al tiempo y al espacio como nunca antes. «No tenemos inconveniente en declarar que el esplendor del mundo se ha enriquecido con una nueva belleza –escribió–: la belleza de la velocidad. Un automóvil de carrera, con su caja adornada de gruesos tubos que se dirían serpientes de aliento explosivo... un automóvil de carrera, que parece correr sobre metralla, es más hermoso que la *Victoria de Samotracia* ».

Encontramos aquí una ruptura significativa con la adoración de la naturaleza de los grupos Wandervogel o de los neopaganos: en lugar de algo aborrecible, el hombre-máquina merecía ser celebrado. Como alertaba Marinetti: «Vivimos ya en lo absoluto, puesto que hemos creado la eterna velocidad omnipresente. Queremos glorificar la guerra –única higiene del mundo–, el militarismo, el patriotismo, la acción destructora de los anarquistas, las hermosas Ideas que matan y el desprecio a la mujer. Deseamos demoler los museos y las bibliotecas, combatir la moralidad y todas las cobardías oportunistas y utilitarias».

Los futuristas intensificaron la aceleración intelectual y estética que conformaría gran parte de la vida en el siglo XX . Esta actitud, sin embargo, se cobraría un alto precio, como pudieron comprobar Marinetti y sus compañeros del belicoso grupo «Joven Italia» al lanzarse hacia territorio ignoto. En su reacción contra la supuesta «feminidad» de la decadencia, ensalzaron las rígidas certezas del nacionalismo, las exigencias de una disciplina impuesta desde fuera y la violencia de gatillo fácil que caracteriza una patología masculina particular y defensiva. No había lugar para el sexo femenino en el nuevo mundo juvenil de Marte.

La retórica de Marinetti consagraba la combinación del paganismo con la tecnología que tiñe este periodo: el «barbarismo con luces eléctricas» de Stanley Hall. Sus brutales posicionamientos dieron fruto en una visita a Londres en junio de 1914, cuando fue atacado por los defensores de un nuevo movimiento. Pese a su fuerte influencia futurista, los vorticistas y su líder, Percy Wyndham Lewis, no eran contrarios a una escena de parricidio. Ante un grupo tan ruidoso y alborotador como cualquier otro convocado por su retórica, Marinetti inició una intensa discusión sobre la velocidad que lo dejó roto «en mil pedazos resentidos».

Los vorticistas lanzaron su primera publicación en junio de 1914, una revista de amplio formato en tonos rojizos que declaraba su posición en el mismo título: *Blast* . * Escrita por el agresivo Wyndham Lewis, los opuestos maniqueos del manifiesto, organizados tipográficamente en páginas tituladas «MALDECIMOS » y «BENDECIMOS », inyectaron una nueva y estridente perspectiva en la vida cultural británica. Los vorticistas, en su rechazo a la cortesía del Círculo de Bloomsbury, trataban de sintetizar el modernismo

europeo con la escultura polinesia y llevaron la pasión futurista por la tecnología y el urbanismo a una estética de líneas y semblante duros: «Somos Mercenarios Primitivos del Mundo Moderno».

La vitalidad de la juventud era parte integral de su estética. El texto introductorio, «Larga Vida al Vórtice», declaraba: «SOLO QUEREMOS QUE EL MUNDO VIVA, y sentir su cruda energía fluyendo a través de nosotros». Wyndham Lewis denostaba al «esteta británico» y anunciaba: «ENORMES JÓVENES, ENTRANDO DE SOPETÓN EN TODAS PARTES CON ROPAS MUY AJUSTADAS ». Celebrando las corrientes contradictorias y explosivas de la vida previa a la guerra, ellos mantendrían la calma en el centro de la vorágine:

> Nuestro vórtice no tiene miedo del Pasado: se ha olvidado su existencia.
> Nuestro vórtice considera el Futuro tan sentimental como el Pasado [...].
> Con nuestro Vórtice el Presente es lo único activo.
> La vida es el Pasado y el Futuro.
> El Presente es el Arte.

Existía una clara sensación, en 1912, 1913 y 1914, de que la situación estaba alcanzando un punto culminante. El vórtice empezaba a absorber todo con su irresistible fuerza, al tiempo que las certezas decimonónicas comenzaban a desvanecerse. El papel de la juventud en este nuevo mundo salvaje lo dramatizó una de las *Gesamtkunstwerk* [1] más sensacionales del periodo, tan innovadora que estuvo cerca de provocar un desorden público en su estreno en mayo de 1913. [2] Con Vaslav Nijinsky desafiando la gravedad en el papel de protagonista principal [3] y música de Ígor Stravinski que llevaba el ruido de las máquinas a una chirriante repetición mecánica, la más novedosa creación de los Ballets Rusos, *Le sacre du printemps* , exaltaba, ni más ni menos, que el sacrificio tribal.

Los Ballets Rusos de Serguéi Diáguilev destacaban tanto por sus lujosas e innovadoras producciones como por la habilidad para el escándalo; el orgasmo que simuló Nijinsky sobre las tablas en *L'Aprèsmidi d'un faune* , en 1912, ya había logrado alborotar París. De hecho, las producciones de Diáguilev eran muy modernistas en su fascinación con lo primitivo, su hostilidad hacia la

nueva civilización de las masas y su exaltación de la vitalidad juvenil. *Le sacre du printemps* sintetizaba arte visual, música, texto y danza en un asalto total a la percepción contemporánea: como un salto de montaje cinematográfico hacia el futuro.

El instinto que guiaba el tecnopaganismo quedaba evidenciado en la narrativa que Stravinski diseñó para evocar «el poder creativo de la primavera». El ballet empezaba con flautas pánicas y un ritual de regeneración de la primavera, antes de desplazarse a «El gran sacrificio»: «Toda la noche las vírgenes celebraron misteriosos juegos, caminando en círculos. Una de las vírgenes es consagrada como la víctima y señalada dos veces por el destino, al ser atrapada en dos ocasiones en la danza perpetua. Las vírgenes [...] invocan a los ancestros y confían a la elegida a los viejos sabios. Ella se sacrifica en presencia de los viejos a la gran danza sagrada, el gran sacrificio».

El primer título para la pieza de Stravinski (*La víctima*) subrayaba la idea de que no podía existir regeneración sin violencia. Aunque *Le sacre du printemps* provenía del extremo opuesto del espectro artístico que *Peter Pan* , ofrecía la misma predicción brutal. La juventud estaba siendo revitalizada para el conflicto, de tal modo que participara de forma voluntaria en el sacrificio que era necesario para que diera inicio el mundo del siglo XX . En julio de 1914, el crítico Maurice Dupont caracterizó el ballet de «orgía dionisíaca soñada por Nietzsche e inspirada por su profético deseo de ser el faro de un mundo que se precipita hacia la muerte».

El paganismo escapista de la generación previa no tenía posibilidad alguna ante tan rigurosas exigencias. Cinco meses antes del espectacular estreno de *Le sacre du printemps* , los grupos Wandervogel celebraron lo que pretendía ser un encuentro culminante en el macizo de Hohen Meissner, cerca de Kassel. El movimiento había crecido en tamaño y esferas de actuación y se había extendido más allá de las fronteras alemanas para implicar a todo tipo de agrupaciones juveniles con visiones políticas que oscilaban desde el anarquismo hasta el antiindustrialismo y el racismo. Se había decidido sumar a todos estos grupos diversos, los *Bunde* , en una organización superior denominada Freideutsche Jugend.

Este *Freideutsche Jugendtag* (día de la juventud alemana libre) también pretendía contraponerse a los numerosos encuentros patrióticos celebrados

durante 1913, año en el que se conmemoraba el centenario de la batalla de Leipzig, una victoria muy apreciada por los militaristas alemanes. En contraste con este chovinismo de taberna socialmente aceptado, pretendían la libertad de «dar forma a su vida», lejos «de los indolentes hábitos de los viejos y de las exigencias de los detestables convencionalismos». Salir de excursión no era algo, no obstante, que en sí mismo bastara para incorporar a las diversas ideologías y teorías sobre el mundo que el movimiento trataba de asimilar.

Muchos de los oradores ofrecieron discursos contradictorios, desde las exhortaciones belicosas hasta el sesudo rechazo del señuelo del nacionalismo que desde la izquierda hizo Gustav Wyneken, fundador del movimiento Escuela Libre. «Tenemos que atrevernos –defendió en el discurso culminante del encuentro– a mantener una cierta distancia de la madre patria y del irreflexivo patriotismo en el que hemos sido educados». Sin embargo, el mensaje no caló hondo. En contra de sus supuestos objetivos, casi todos los discursos del *Freideutsche Jugendtag* los pronunciaron adultos y el público sencillamente se dedicó a bailar mientras tanto.

Pese a una sensación general de éxito, el encuentro en Hohen Meissner terminó sin ningún acuerdo claro ni un plan definitivo para la unificación de los distintos grupos juveniles alemanes. Muy poco después empezaron las escisiones y el movimiento se desmembró siguiendo las tradicionales líneas políticas de derecha e izquierda. Al mismo tiempo, alarmadas por la influencia de los grupos Wandervogel, las autoridades crearon agrupaciones juveniles controladas por adultos que pretendían conducir la veneración de la naturaleza y la mentalidad grupal de la juventud alemana por cauces más aceptables.

El intento de mayor éxito fue el del nacionalista Jungdeutschlandbund, creado en Prusia en 1911 para ofrecer a la juventud alemana una formación militar adecuada. Con sus fuertes vínculos con el Ejército, este nuevo grupo bendecido por el Estado ofrecía una mezcla de ejercicio al aire libre y «juegos de guerra»: actividades que incluían la instrucción, prácticas de primeros auxilios y maniobras a gran escala, todas ellas férreamente asociadas a una ideología marcial explícita. Tras su éxito inicial, el Ejército y las instituciones civiles trataron de reunir a todos los movimientos juveniles bajo esta misma bandera.

Alcanzado 1914, el Jungdeutschlandbund había absorbido a muchas agrupaciones de Wandervogel. Sus conceptos del *Lebensraum* y de los lazos entre sus participantes no eran, después de todo, muy diferentes a la tendencia prusiana a la expansión y el imperialismo. El sacrificio reemplazó a la veneración de la naturaleza en la revista del movimiento: «La guerra es hermosa. Su grandeza eleva el corazón del hombre por encima de lo mundano, por encima de la rutina cotidiana. Esta hora nos espera [...] que sea este el paraíso de la joven Alemania. Así queremos llamar a la puerta de nuestro Dios». Con cerca de 750 000 miembros, el Jungdeutschlandbund era ya el grupo juvenil más grande del mundo.

■ ■ ■

1. Obra de arte total.
2. El crítico teatral estadounidense Carl van Vechten asistió al estreno del ballet a finales de mayo de 1913. Más tarde, comentó: «Los franceses estaban tan sobresaltados y ofendidos por esta innovación que la abuchearon casi sin excepción».
3. Según la autobiografía de Tamara Karsávina: «Alguien le preguntaba a Nijinsky si era difícil permanecer en el aire como hacía él en sus saltos; al principio no lo entendía, pero después, muy amablemente, respondía: "¡No! ¡No!, nada difícil. Solo tienes que subir y luego pararte un poco ahí arriba"».

---

* N. del T.: «Explosión», pero también el verbo utilizado para maldecir.

CAPÍTULO II

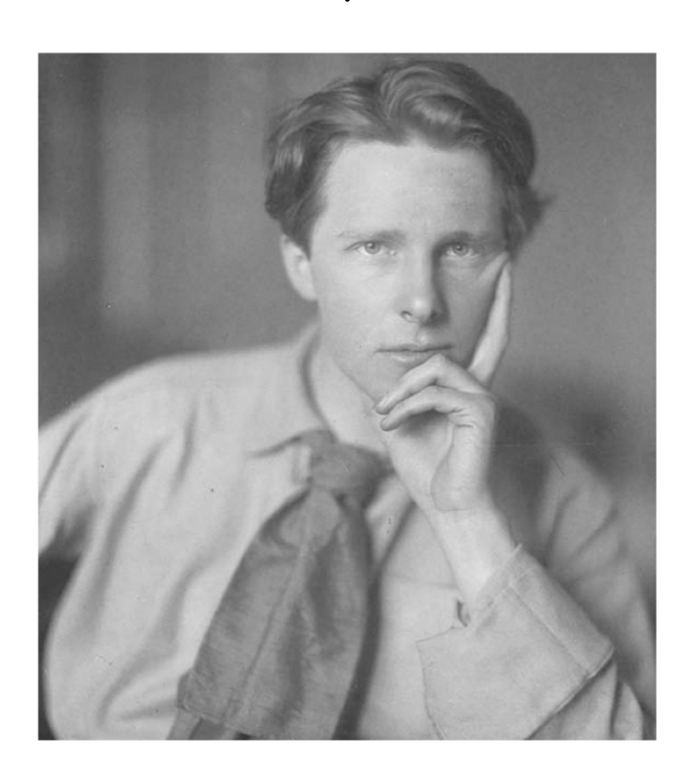
Sacrificio

Los caídos y los jóvenes contra los viejos

■ ■ ■

La naturaleza arma a la juventud para el conflicto con todos los recursos a su alcance.

G. Stanley Hall, *Adolescence* , prefacio, 1904.



Rupert Brooke, fotografía de Sherril Schell, 1913.

Nadie sabía cuándo o dónde empezaría la guerra, pero las multitudes que abarrotaban las calles de las ciudades europeas a principios del verano de 1914 estaban cargadas con lo que Wyndham Lewis, al comentar las reunidas en Londres, denominó «una torpe corriente eléctrica». Cuando la tormenta estalló finalmente el 28 de junio, el catalizador fue el magnicidio: el asesinato del heredero del Imperio de los Habsburgo, el archiduque Francisco Fernando, a manos del serbio de diecinueve años Gavrilo Princip, miembro del grupo nacionalista Mlada Bosna (Joven Bosnia).

Con el estallido de la crisis, la exigencia de una guerra, a pesar de las protestas, barrió cuanto se encontró por delante en un paroxismo de sentimientos nacionalistas. Gustave Le Bon había advertido en 1895 que «las reivindicaciones de las multitudes se presentan cada vez con más franqueza, pretendiendo destruir por completo la sociedad actual». La era de la tecnología, como ya se había profetizado, estaba entrando en erupción con el primer conflicto de masas verdadero, un enfrentamiento que acabaría con la vida de millones de combatientes y civiles por igual.

Tras seis semanas de incertidumbre, el conflicto se desencadenó con la invasión alemana de Bélgica el lunes 3 de agosto. En Gran Bretaña, al fin de semana anterior se había sumado una fiesta nacional y, según informaba *The Times* , muchos «turistas se han visto atraídos a Londres por el deseo de estar presentes en la capital en este momento de grave crisis». La tarde del lunes, miles de personas se habían reunido en los espacios públicos de Londres: «La demostración de patriotismo y lealtad rozó la euforia, hasta que al final la enorme multitud terminó por dispersarse».

«Por la tarde fui al centro y me dediqué a pasear frente al palacio de Buckingham y por el Mall –recordaría posteriormente un londinense de diecisiete años y de clase trabajadora llamado Vic Cole–. Había una gran multitud en las puertas del palacio y otros grupos se estaban congregando en Whitehall y hacia Westminster. Aquella misma noche, justo antes de la medianoche, se corrió la voz de que el ultimátum había expirado: estábamos en guerra con Alemania. Yo estaba tremendamente emocionado; eso de lo que la gente llevaba años hablando había llegado al fin y en cualquier momento (pensaba yo) empezaría la invasión de Inglaterra».

A los diez años, Vic Cole había asistido a una exposición en el Crystal Palace de Londres llamada «La Invasión», que «mostraba una aldea inglesa a tamaño natural con su iglesia y su *pub* . La gente de la aldea se alejaba despacio de la primera y otros bebían cerveza en la puerta del bar. Sobre esta pacífica escena rural, de repente, se abatía un avión alemán (se movía sobre un cable) y soltaba algunas bombas que explotaban con el ruido correspondiente y mucho humo. Cuando se despejaba el aire, se podía ver que los soldados alemanes habían ocupado la aldea. Todo terminaba felizmente cuando los soldados de la reserva de voluntarios llegaban y aplastaban al enemigo».

Pese a estar por debajo de la edad mínima para alistarse, Cole no podía esperar para hacerlo: «Quería estar en el Ejército, con una pistola en la mano como esos chicos sobre los que había leído tanto en los libros y las revistas». Después de enrolarse, fue a casa para contar la noticia a sus familiares. «Sin casi esperar a que se cerrara la puerta, grité: "¡Me he apuntado al Ejército!". "¡Ay, querido! ¡Ay, querido! –dijo la abuela–. Pobrecito". Ninguno de ellos se mostraba muy expresivo, pero cuando me senté, la abuela me abrazó un instante con sus viejos brazos. Mi tía derramó una lágrima y luego dijo: "Bueno, supongo que querrás una taza de té"».

Sin idea alguna de lo que estaba por llegar, los jóvenes del norte de Europa se alistaron entusiasmados. Los franceses veían en el conflicto una oportunidad para resarcirse de la humillación nacional de la Guerra Franco-Prusiana y para recuperar la provincia de Alsacia, perdida en 1871. La respuesta a la llamada a la movilización de finales de julio fue abrumadora, hasta el punto de que cuando el líder del Partido Socialista, Jean Jaurès, reclamó una movilización conjunta de la clase obrera en contra del inminente conflicto, fue asesinado por un fanático nacionalista. El 2 de agosto, Alemania cruzó la frontera francesa por primera vez desde 1870.

Había llegado la oportunidad de reescribir la historia. Ernest Psichari pensaba que el conflicto había «aparecido en el momento y en la forma que necesitábamos». La juventud burguesa de Francia estaba de acuerdo. Robert Poustis, por entonces estudiante en París, evocaría después que en agosto de 1914 «todo el mundo gritaba y quería ir al frente. Los coches y los vagones de tren cargados de soldados estaban llenos de banderas tricolor y de inscripciones: "*À Berlin, à Berlin* ". Queríamos ir a Berlín de inmediato, con

bayonetas y lanzas, corriendo detrás de los alemanes. La guerra, pensábamos, duraría dos meses, quizá tres».

Los alemanes, por su parte, veían en la contienda una oportunidad para hacer una demostración de fuerza en un escenario internacional. Su lema, contenido en un superventas del momento, era *Weltmacht oder Untergang* (Dominio mundial o declive). La decisión se vio apoyada por multitudes exacerbadas aquel final de julio: la razón había saltado por la ventana. En palabras de Ernst Jünger, que tenía diecinueve años cuando se alistó en 1914: «El interés en lo espantoso era, por supuesto, parte del conjunto de deseos que nos arrastraba de forma tan irresistible hacia la guerra. Un periodo de ley y orden tan prolongado como el que nuestra generación tenía detrás derivó en un verdadero apetito por lo extraordinario».

Años de agitación militarista y de preparación por parte de grupos como el Jungdeutschlandbund habían convertido el conflicto en una experiencia de tipo religioso. El dramaturgo prusiano y antiguo Wandervogel Walter Flex escribió en 1914: «Ya no soy yo. Solía serlo. Ahora soy parte de la horda sagrada que se sacrifica por ti, Patria». El primer número posterior a la declaración de guerra de *Der Wandervogel* declaraba: «Nada separa al Wandervogel de la humanidad. No somos especiales. Queremos ser considerados como el resto, hombres en el sentido más pleno de la palabra».

La juventud alemana se alistó en un éxtasis inmolatorio. Ernst Jünger, uno de los exponentes más elocuentes del militarismo, recordaría más tarde en sus memorias *Tempestades de acero* : «Crecidos en una era de seguridad, sentíamos todos un anhelo de cosas insólitas, de peligro grande. Y entonces la guerra nos había arrebatado como una borrachera. Habíamos partido hacia el frente bajo una lluvia de flores, en una embriagada atmósfera de rosas y sangre. Ella, la guerra, era la que había de aportarnos aquello, las cosas grandes, fuertes, espléndidas. La guerra nos parecía un lance viril, un alegre concurso de tiro celebrado sobre floridas praderas en las que la sangre era el rocío. No hay en el mundo muerte más bella...».

■ ■ ■

La juventud de Alemania y Francia estaba bien preparada. En agosto de 1914, los Ejércitos de ambos países rondaban los 3,6 millones de integrantes cada uno. En comparación, el Ejército británico había sido descuidado e infradotado, con apenas 250 000 oficiales y soldados profesionales. Con los reservistas y los voluntarios a tiempo parcial, Gran Bretaña podía reunir una fuerza militar que apenas alcanzaba los 750 000 hombres, en torno a un cuarto de los que tenían sus rivales. Sin servicio militar obligatorio, el déficit debería cubrirse con voluntarios, pero el entusiasmo popular era tal que 300 000 hombres se alistaron en las primeras semanas de contienda.

Entre ellos estaban los pupilos de J. M. Barrie, los hermanos George y Peter Llewelyn Davies. Con veintiún años, George estudiaba ya en Cambridge, mientras que Peter, que tenía diecisiete, estaba a punto de matricularse. En la primera semana de agosto, los dos recibieron una carta del asistente del Cambridge University Officers' Training Corps (Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de la Universidad de Cambridge) «en la que se señalaba que era, evidentemente, obligación de todos los estudiantes de grado ofrecer sus servicios de inmediato». Descubrieron que su experiencia escolar era suficiente para garantizarles un puesto de oficial. Cuando el coronel al cargo supo que George había jugado al críquet en el equipo de Eton, «se mostró visiblemente más amable».

No era de extrañar que los jóvenes de las clases altas y medias-altas atestaran las salas de alistamiento. Habían sido preparados para la lucha en las pistas deportivas, en sus sociedades autorreguladas de iguales, mediante el *ethos* del cristianismo muscular. Robert Graves, por entonces estudiante en Charterhouse, recordaba que, cuando un general del Ejército visitó el campamento de entrenamiento de la escuela en 1913, «nos impresionó al declarar que la guerra con Alemania estallaría inevitablemente en dos o tres años a más tardar, y que debíamos prepararnos para tomar parte como dirigentes de los nuevos batallones que con toda seguridad se formarían».

Poco después, Graves participó en un debate escolar sobre el tema: «¿Está la escuela a favor del servicio militar obligatorio?». Recordaba que «solo 6 alumnos de un total de 119 estaban en contra. Yo era el principal orador de la oposición y había renunciado recientemente al Cuerpo Universitario de Formación de Oficiales (University Officers' Training Corps), por rebelarme

ante la teoría de la obediencia implícita a las órdenes recibidas». Graves era parte de una clara minoría de en torno al 5 % que decidió reaccionar ante el *ethos* militarista del momento; la abrumadora mayoría de sus compañeros aceptaban los dictados de la autoridad.

Otros jóvenes de la Boys' Brigade o de los Boy Scouts se alistaron de inmediato y descubrieron que, como estaba previsto, su disciplinada formación les era favorable. Como evocaría Richard Hawkins: «Tenías que elegir a cuatro sargentos de sección entre tus hombres y ¡caramba!, si alguno había estado en los Boy Scouts... bueno, ese era directamente cabo». Jack Davis, por entonces con diecinueve años, se alistó a principios de septiembre: «Yo estaba en la Boys' Brigade y era miembro de un club de atletismo también, por lo que aceptaba la disciplina y tenía una vida ordenada. Aquello significaba que la llamada del Ejército me resultaba atractiva de forma natural».

Al igual que los grupos Wandervogel, los escultistas británicos se adaptaron con rapidez a las exigencias de la guerra. Desde los inicios de la década de 1910 se habían vinculado cada vez en mayor medida con el movimiento Duty and Discipline (Deber y Disciplina), diseñado para contrarrestar el «grave peligro social» de la «indisciplina juvenil actual». Esta organización, que gozaba del beneplácito gubernamental, aportó renovadas fuerzas a las peticiones de instauración de un servicio militar obligatorio que el grupo de presión National Service League llevaba años reclamando. Para militaristas como lord Roberts y el coronel Baden-Powell, el entrenamiento militar obligatorio de todos los hombres de entre dieciocho y veintitrés años era «la solución para la decadencia moral británica».

Cuando estalló la contienda, Baden-Powell pensó que el conflicto ofrecía al movimiento escultista «su mejor oportunidad». Además de conseguir reconocimiento oficial para el uniforme *scout* , estableció un Scout Defense Corps (Cuerpo de Defensa Scout) para chicos de entre quince y diecisiete años en el que recibirían formación especial en técnicas militares básicas como tiro, comunicación por señales y construcción de trincheras. Con su capacidad de acceso a los cerebros infantiles, reconocía la transparente atracción que la guerra ejercía en los adolescentes. «Así, de igual modo, al desatarse la guerra, los chicos se obsesionan con ideas bélicas. Poco sentido tiene combatir estas ideas cuando han caído presas de la fiebre».

Ahora bien, el 60 % de los adolescentes británicos no había tenido ningún contacto con la formación premilitar y se veía influido no solo por la fiebre bélica, sino por otros factores diversos. Algunos estaban aburridos en el trabajo y buscaban aventuras. En consonancia con las prácticas de reclutamiento habituales, grupos de trabajadores al completo y regiones enteras se alistaban al mismo tiempo. Esto significaba que era posible estar en el mismo regimiento que los compañeros de trabajo y los amigos. Quedarse en casa era poco menos que imposible cuando todos se habían marchado para poner sus vidas en riesgo.

En 1914 se concedían exenciones a los trabajadores de industrias esenciales y a los menores de diecinueve años, pero esta edad mínima era ignorada a menudo. En aquella temporada de fiebre bélica, el londinense Reginald Haine fue a alistarse: «Mi amigo me presentó al sargento, que me preguntó: "¿Quieres alistarte?". Yo contesté: "Sí, señor". Él dijo: "Bueno, ¿cuántos años tienes?". Yo respondí: "Tengo dieciocho años y un mes". Y él preguntó: "¿Quieres decir diecinueve y un mes?". Así que lo pensé un momento y asentí. "Sí, señor". "Perfecto, pues firma aquí, por favor", dijo él».

Para los que no se mostraron entusiasmados de inicio, el atractivo de la vida militar se fortaleció con el crecimiento del desempleo en el otoño de 1914. En los primeros meses de conflicto, hasta medio millón de hombres perdió su trabajo como resultado del bloqueo de rutas comerciales y la incertidumbre económica. La salud de las clases trabajadoras pobres no había mejorado de forma significativa desde que fuera considerada un escándalo nacional durante la Segunda Guerra de los Bóers. Para una importante proporción de los jóvenes de los barrios pobres británicos, el rancho suponía una medra relevante de sus condiciones de vida. La promesa de los reclutadores: «¡carne a diario!», resultaba muy atractiva.

Robert Roberts recordaría más adelante que los reclutas que volvían a Salford de permiso lo hacían «muchos kilos más gordos, más altos, más confiados, limpios y acicalados». «Difícilmente se podía reconocer en ellos a los hombres que se habían marchado». Evidentemente, esto animaba a que otros se alistaran de inmediato. En palabras del oficial Charles Carrington: «Cuando llegaban a nosotros eran niños esmirriados, amarillentos, delgaduchos y atemorizados (los desperdicios de nuestro sistema industrial) y estaban en muy

malas condiciones por la carencia de alimentos a causa de la guerra. Pero después de seis meses de buena comida, aire fresco y ejercicio físico, cambiaban hasta tal punto que sus madres no los habrían reconocido».

La presión social para alistarse era abrumadora. En los primeros días del conflicto patrullaban las calles miles de mujeres jóvenes que entregaban plumas blancas a todos los jóvenes sin uniforme, un gesto que suponía una acusación de cobardía. La idea se le había ocurrido a un almirante retirado que creó la Orden de la Pluma Blanca con este objetivo concreto y que se veía apoyada por campañas con carteles que preguntaban: «¿Viste de caqui tu "preferido"? Si no es así, ¿no CREES que debería? Si no piensa que tu país y tú sois algo por lo que vale la pena luchar, ¿crees que TE MERECE ?».

Teniendo en cuenta que el atractivo sexual de un uniforme militar era un factor importante para muchos hombres jóvenes, esta era una campaña de una efectividad descarnada. Con independencia de que no tuvieran todavía la edad mínima o de que ya se hubieran alistado, todo aparente «remolón» era víctima potencial. Un londinense de dieciséis años, Norman Demuth, quedó «pasmado» al recibir una pluma blanca: «Había intentado convencer a los médicos y a los oficiales de reclutamiento de que tenía diecinueve años y pensaba, bueno, esto debe de ser una ayuda adicional, supongo que parezco adecuado, así que volví a las oficinas de reclutamiento con más entusiasmo».

Un joven profesor de arte llamado Harry Ogle rememoraría: «Una oleada de miedo parecía haber inundado el país y los jóvenes que no llevaban uniforme recibían plumas blancas de manos de mujeres (que tampoco vestían uniforme). Los hombres de más de cuarenta años, que se consideraban a salvo por sus trabajos "importantes", urgían a que se alistaran a los que eran demasiado jóvenes para perder otra cosa que no fuera la vida. La pareja mayor y religiosa hasta la exasperación con la que me alojaba se mostraba fría conmigo y alababa en voz alta a mi amigo Ted Pullen, que, como decían los periódicos, había "puesto su joven vida al servicio de la nación" con valor».

■ ■ ■

Estas estratagemas eran solo la versión más visible de una represión mucho mayor de las opiniones antibelicistas. La oposición existió desde el principio,

en discursos de socialistas independientes, editoriales en revistas de izquierda e intelectuales de Cambridge como Bertrand Russell y el Círculo de Bloomsbury. De manera inmediata, se recurrió a la ley para reprimirla con la aprobación de la DORA (Defence of the Realm Act [Ley para la Defensa del Reino]) el 8 de agosto de 1914. Políticos prominentes y escritores defendieron la contienda como «soberano desinfectante» contra una «decadencia nacional» de la que el movimiento modernista era su síntoma más perverso.

En su belicosa obra *Der Tag* , [1] publicada en diciembre de 1914, J. M. Barrie escribió: «Gran Bretaña se ha convertido en un país perezoso y deprimido: una tierra toda estómago que yace sobrealimentada, sin sueños en su interior con los que mantener vivas sus facultades». En un discurso pronunciado en octubre de 1914 con el título: «Arte, moral y la guerra», el profesor de bellas artes de Oxford Selwyn Image declaró: «Necesitamos una purga purificadora, un brusco despertar, una llamada a la cordura, al reajuste de nuestra estimación de las cosas». Para Image, la guerra era una «conmoción beneficiosa». Otro editor populista simplemente expresó sus expectativas hacia los modernistas: «Que mueran todos en la guerra».

Ante esta sobrecogedora movilización de mentes y cuerpos (3 millones de hombres en los primeros dieciocho meses de contienda), fueron muy pocos los objetores de conciencia: apenas por encima de los 16 000 en los cuatro años de conflicto. Era necesaria una gran convicción para hacerse objetor. Aunque al 80 % se le concedió la exención del servicio militar, un porcentaje significativo fue enviado al frente para trabajar como personal médico y en ambulancias, donde continuarían siendo despreciados por sus compatriotas. Las represalias más rigurosas las sufrieron los cerca de 6000 objetores de conciencia enviados a prisión, donde los menos afortunados acabaron con camisas de fuerza y sufrieron maltratos físicos.

Sin embargo, lo anterior no significa que muchos jóvenes no se alistaran sin recelos. Más allá de las bravuconerías, muchos estaban asustados ante un futuro incierto. Peter Llewelyn Davies recordaría más adelante que, de camino a alistarse, su hermano George «tuvo uno de esos ataques extraños, algo entre un desmayo y una migraña, a los que había sido propenso desde la infancia, y tuvo que sentarse unos minutos en un banco fuera del cuartel. Yo habría dado media vuelta de buena gana y habría vuelto a Londres humillado pero libre.

George, sin embargo, en cuanto se recuperó, me hizo entrar en aquellos oscuros portales».

El día en que los hermanos Llewelyn Davies llegaron al amplio cuartel de Sheerness para su entrenamiento militar se enteraron de que «ocho jóvenes oficiales» que se habían incorporado apenas una semana o dos antes estaban de camino a Francia «para reemplazar a las bajas en los batallones del Marne y del Aisne. Esta asimilación un tanto abrupta de las exigencias del servicio tuvo, por un tiempo, un efecto depresivo y recuerdo que George, mientras nos desvestíamos en nuestra tienda aquella noche, rompió un silencio bastante prolongado con las palabras: "Bueno, pequeño Peter, por primera vez en la vida estamos ante algo realmente serio, mier..."».

Estas dudas tenían su sentido. Todo soldado sueña con una campaña corta y limpia y este conflicto europeo no era distinto. En agosto casi todo el mundo pensaba que se habría acabado cuando llegara la Navidad. Según aumentaron las listas de bajas y los dos ejércitos quedaron inmovilizados en torno al saliente de Ypres, los militares, cuando no la población en general, fueron comprendiendo de forma paulatina que no sería así. En lugar de campañas a cargo de pequeñas unidades de caballería con mucha movilidad, gigantescos ejércitos se enfrentaban en un sistema de trincheras inamovible. Esta no sería una guerra de heroicidades individuales, sino de un lento desgaste masivo.

Este cambio fundamental en la naturaleza de los combates supuso una gran conmoción para los idealistas voluntarios y reclutas de 1914. Muchos habían encontrado ya difícil la transición entre los tiempos de paz y las dificultades de la guerra; este, después de todo, era uno de los ritos de paso tradicionales entre la juventud y la edad adulta, y no todo el mundo abandonaba su juventud sin cierta resistencia. Como el joven de Yorkshire F. B. Vaughan evocaría más tarde: «Fue bastante duro empezar a obedecer órdenes, pero gradualmente aprendimos a formar a cuatro, a girar a la izquierda, a la derecha y todo eso. En otras palabras, nos convertimos en un grupo de hombres disciplinados».

Con una mezcla de marchas, montaje de bayonetas y cavado de trincheras, el proceso de entrenamiento de la infantería británica, de seis meses de duración, eliminaba la individualidad y sometía a los reclutas a los principales valores del Ejército: obedecer las órdenes de los superiores a toda costa y dejar en suspenso la prohibición, vigente en tiempos de paz, de matar a otros seres

humanos. De forma simultánea, la rebeldía y la vitalidad de la juventud quedaban sometidas en un mundo en el que los mayores, los oficiales superiores, gobernaban sin discusión. Esto en sí mismo no difería de la formación militar clásica; sucedía, sin embargo, que las guerras las había combatido hasta entonces un reducido porcentaje de la población joven.

En esta guerra de masas, millones de adolescentes renunciarían juntos a su juventud, cuando no a su vida: un holocausto generacional que tendría consecuencias imprevistas y duraderas. Rupert Brooke, implicado en la primera gran campaña bélica, la lucha por el puerto belga de Amberes, observó las nuevas características del conflicto. «Es algo sangriento –escribió a un amigo estadounidense–, la mitad de los jóvenes de Europa volando doloridos hacia la nada en la incesante matanza mecánica de estas batallas modernas». Brooke acababa de cumplir veintisiete años, pero seguía definiéndose por su juventud.

Al comienzo de las hostilidades, Brooke había utilizado sus influyentes contactos, entre ellos Winston Churchill, para conseguir un nombramiento rápido. Había encontrado al fin su ocupación. En un breve artículo autobiográfico escrito justo antes de la declaración de guerra, «Un joven inusual», afirmaba ser el joven del título, puesto que, a pesar de todos los horrores que habían de llegar, «estaba extraordinariamente feliz». El servicio militar y la posibilidad de una muerte gloriosa ofrecían una solución irrebatible a las emociones enmarañadas de manera irrevocable de Brooke. En sus propias palabras: «Supongo que será lo mejor para todos si una bala perdida me encuentra el año que viene».

Después de Amberes, Brooke intentó defender su pasión por la guerra como una causa justa en un extenso poema titulado *1914* . En este panfleto, orientado de forma explícita a la juventud, («Ahora, gracias a Dios que nos ha emparejado con Su hora, / y ha atrapado nuestra juventud, y nos ha despertado del sueño») Brooke convertía los sacrificios rituales con los que habían jugueteado los neopaganos en el sacrificio militar exigido por la lucha. En la tercera parte, con el título «Los Muertos», celebraba a los caídos: «y a los que hubieran sido / sus hijos les dieron su inmortalidad». Esta era «la herencia» en la que Brooke, y por tanto su generación, se habían convertido finalmente.

Los versos tuvieron una acogida positiva e inmediata tras su publicación a principios de marzo de 1915. Fue la primera de muchas colecciones que

buscarían definir una experiencia casi inconcebible en un lenguaje íntimo, más contemplativo que el de las noticias censuradas y los comunicados militares. Como señaló *The Times Literary Supplement* : «Estos sonetos son personales (nunca hubo sonetos más personales desde la muerte de Sidney) [2] y, sin embargo, la sangre misma y la juventud de Inglaterra parecen encontrar en ellos su expresión. Hablan no solo a un corazón, sino a todos para los que ha llegado su llamada en la hora de la necesidad y los ha encontrado preparados de inmediato».

Estas floridas expresiones, no obstante, no concordaban con la experiencia real de la guerra de masas. En marzo de 1915, George Llewelyn Davies escribió a J. M. Barrie desde las trincheras. Había visto a un soldado levantar la cabeza por encima del parapeto: «La parte superior del cráneo salió volando, por lo que no se enteró. Pero fue una escena espantosa». En su respuesta, en la que anunciaba que el tío de George, Guy du Maurier, acababa de morir, Barrie concluía: «He perdido toda concepción que pude tener de la guerra como algo glorioso, es ahora, sencillamente, de una monstruosidad incalificable». Tres días más tarde, Llewelyn Davies recibía un disparo en la cabeza; había considerado que era «la muerte más hermosa que uno podía tener».

A principios de abril, el deán de la catedral de San Pablo leyó parte de *1914* en su sermón del Domingo de Resurrección. En ese momento, sin embargo, Brooke yacía en cama con fiebre muy alta. El 23 de abril moría de septicemia. Reconocido ya como destacado poeta de guerra, su muerte selló en mármol su destino. Los homenajes llegaron a raudales: «Es el símbolo de la juventud de nuestra raza» (*The Star*); «Era parte de la juventud del mundo» (*The Daily News*). *The Times* publicó un largo obituario sin firma redactado por Edward Marsh que le confería «la tristeza de la juventud a punto de fallecer y el seguro consuelo triunfante de un espíritu sincero y valiente».

Este no era el verdadero Rupert Brooke, como sus amigos trataron de señalar en vano. Como lamentaba la revista *New Statesman* : «Se ha creado un mito, pero este ha crecido en torno a una figura imaginaria muy diferente del hombre real». Sin embargo, estas quejas quedaron cegadas por el aluvión de sentimientos nacionalistas. Gracias a su perfil clásico y a la belleza juvenil conservada en las famosas fotografías de Sherril Schell, Brooke se convirtió en

el símbolo sin vida que representaba a cada uno de los miles de jóvenes cuya muerte registraba con creciente velocidad *The Times* en su listado honorífico.

Los alemanes también celebraban este necrófilo *ethos* de la inmortalidad juvenil. En los inicios de la guerra, muchos de los integrantes de la primera oleada de voluntarios murieron en la localidad flamenca de Langemark. Según los informes sobre este movimiento realizado en noviembre, miles de soldados que nunca habían sido puestos a prueba, tropas formadas por aprendices, universitarios y estudiantes de secundaria, encontraron la muerte en un avance imposible contra posiciones aliadas fuertemente defendidas. La narrativa alemana contaba que una joven voz rompió a cantar –el famoso llamamiento nacionalista «*Deutschland, Deutschland über Alles* »– y las sucesivas oleadas de jóvenes alemanes lo continuaron.

De esta masacre innecesaria nació un poderoso mito que ensalzaba el principio del sacrificio hasta la muerte. Un elevado número de los fallecidos había sido Wandervogel: la atávica irracionalidad con la que había coqueteado el movimiento se había desplazado con facilidad de la naturaleza al misticismo de la batalla. En palabras de un joven voluntario: «Entendimos el significado de la guerra en esta liberación interna de toda la nación de sus convenciones obsoletas, en este "avance" hacia lo desconocido, hacia una heroica empresa, sin importar a quién devorara. Eso fue lo que avivó nuestro entusiasmo».

Esta transición quedó plasmada en una famosa novela de la época. Escrita por el oficial Walter Flex, *Der Wanderer zwischen beiden Welten* era un homenaje a Ernst Wurche, amigo de Flex, quien consideraba que «toda la gloria y la salud de la futura Alemania vendría del Wandervogel». Según Flex, Wurche «encarnaba este espíritu de pureza e inteligencia». A partir de la ecléctica naturaleza de las lecturas de las agrupaciones Wandervogel («un breve libro de Goethe, *Zaratustra* y una edición de campaña del Nuevo Testamento») Wurche ofrecía una parábola sobre la vida militar: «En las trincheras, todo tipo de personalidades ajenas se ven obligadas a moverse codo con codo. Sucede igual con los libros que con la gente».

Cuando Wurche murió en combate, Flex trató de inmortalizar a su amigo. Puso sus ideas en boca de su fantasma, que aparece justo en el momento en el que Flex está perdiendo el ánimo: «Esto no es la vejez, como puedes pensar, sino una creciente madurez. Tus acciones y tus muertos te están haciendo

madurar y te mantienen joven. Es la vida la que se ha hecho vieja y codiciosa, la muerte es siempre la misma. ¿No conoces la eterna juventud de la muerte? Es voluntad de Dios que la vida avejentada vuelva a hacerse joven en la eterna juventud de la muerte. Ese es el significado y el misterio de la muerte».

En su combinación de romanticismo, misticismo natural Wandervogel y rendición a la ideología militar, el posicionamiento de Flex ofrecía una consistente «convicción moral que puede ser llevada a cabo de igual modo en la derrota o en el heroico sacrificio de una nación». Publicada a finales de 1917, poco después de la muerte de Flex, *Der Wanderer zwischen beiden Welten* contribuyó a dotar de sentido al sinsentido. El autor había permanecido fiel a su idea hasta el final. Como escribió en su última carta: «Tengo la serena certeza interior de que todo lo que sucede y puede sucederme es parte de un desarrollo vital sobre el que nada muerto tiene ningún poder».

Las obras de Walter Flex y Rupert Brooke aplicaban una pátina idealista a lo que se estaba convirtiendo en poco menos que una matanza masiva. La primavera de 1915 supuso el punto en el que el horror de esta contienda se hizo evidente. La ofensiva británica en Neuve-Chapelle fracasó, con un coste de 7000 vidas. Los alemanes lanzaron su primer ataque con gas cloro. Tuvieron lugar las primeras ofensivas con zepelines sobre Londres. Los combatientes del Frente Occidental quedaron empantanados en el sistema de trincheras que se extendía desde el canal de la Mancha hasta la frontera suiza.

En el otoño de 1915, el 80 % de las fuerzas atacantes británicas en la batalla de Loos perdió la vida o resultó herido. Este era el horror de lo que los generales alemanes llamaban *Stellungskrieg* , la guerra de posiciones, un nuevo tipo de estrategia defensiva en la que batallones completos caían «como un montón de Charlie Chaplins». Ernst Jünger comentaba: «Aquí la cortesía desapareció para siempre. Como todo sentimiento noble y personal, tenía que dejar espacio al nuevo ritmo de batalla y a la superioridad de las máquinas». Las sacudidas constantes de la artillería pesada no ofrecían más que una muerte anónima e instantánea: la mayoría de los muertos nunca fueron identificados.

Para aquellos que sobrevivieron, la experiencia de las trincheras supuso una arremetida total contra los sentidos. Además de los incesantes bombardeos, las tropas habían de enfrentarse con lanzallamas, ataques químicos, francotiradores y las condiciones de su vida cotidiana: suciedad, frío, inundaciones, barro,

ratas, pulgas e insectos de toda clase. En este infierno, los hombres envejecían de forma drástica. Robert Graves consideraba que un oficial estaba «en las mejores condiciones» transcurridas entre tres y cuatro semanas desde su llegada al frente. Después, «se va apoderando de él la neurastenia». Existía una edad más apropiada para la supervivencia: «Los oficiales entre los veintitrés y los treinta y tres años podían prestar mejores servicios que los mayores o menores de esa edad».

La disparidad entre el idealismo de 1914 y la realidad bélica era tal que tanto los combatientes como la población civil necesitaron encontrar mitos que dieran sentido al sinsentido. La elevación de Brooke y Flex a la categoría de héroes marcó el regreso de ese poderoso vínculo romántico entre juventud, muerte e inmortalidad, pero no como expresión de la libertad. De hecho, ambos son víctimas clásicas de infanticidio, ambos son el Isaac de Abraham (aunque en este caso se regocijaran de forma voluntaria en su sacrificio). Sin embargo, a pesar de que la guerra era una actividad de jóvenes, se combatía en los términos establecidos por hombres mayores: la juventud no tenía más opción que obedecer.

■ ■ ■

Según continuaba la guerra sin ningún avance, la juventud se convirtió ella misma en campo de batalla ideológico. Este conflicto en concreto, por el alma de toda una generación, se representó en el plano verbal, si bien no con menor enconamiento. Prácticamente en el mismo momento en que eran consagradas, las cristalinas abstracciones de *1914* estaban quedando obsoletas sobre el terreno. En respuesta a la muerte de Brooke, un oficial de veinte años llamado Charles Sorley criticó esta representación sentimental del servicio militar «como una explotación muy profunda, singular y expiatoria, pese a que se trata únicamente de la actitud que se le exige (a él y a otros) por el cambio de las circunstancias».

Más tarde, aquel mismo año, otro oficial proveniente de las escuelas públicas escribió sobre la vida en las trincheras de Loos a su desconcertada prometida. Roland Leighton describía «los huesos sin carne, ennegrecidos, de hombres sencillos que vertieron su dulce y rojo vino de la juventud sin saberlo,

por nada más tangible que el honor, la gloria de su país o las ansias de poder de otros». Después de haberse alistado con el idealismo típico de sus días, Leighton hacía un llamamiento sarcástico a los que promovían la guerra a «darse cuenta de la cosa tan grandiosa y gloriosa que es haber destilado toda juventud, alegría y vida en un apestoso montón de repugnante podredumbre».

La relevancia central de la juventud quedó confirmada cuando el Gobierno británico finalmente recurrió al servicio militar obligatorio. El nivel de desgaste era tal que la necesidad de sangre fresca era incesante. En agosto de 1915 se había establecido un registro nacional que obligaba a todo hombre y mujer de entre dieciséis y sesenta y cinco años de edad a facilitar sus datos personales. Un nuevo programa de voluntarios no logró en octubre reunir las tropas necesarias y la obligación del servicio militar para los hombres solteros de entre dieciocho y cuarenta y un años se introdujo en febrero de 1916. El proceso aportó 2 millones de soldados más, a los que se sumaron nuevas fuerzas en mayo, cuando los casados también fueron llamados a filas.

Aquel mismo mes, los alemanes asestaron un golpe decisivo en el saliente de Verdún, el inicio de un holocausto de nueve meses de duración que se cobró medio millón de vidas en el bando francés. En junio empezó la ofensiva en el Somme y solo en la primera jornada de combate se produjeron 60 000 bajas en el Ejército británico. Sin embargo, la retórica idealizada de la juventud seguía con títulos como *The Quest for Truth* . Publicado en agosto de 1916, recopilaba los poemas de H. Rex Freston, un estudiante de Oxford que murió a los diez días de llegar al frente. «Mejor morir –había escrito– mientras los miembros son fuertes y jóvenes, / antes del final del día, / antes de que se entone el vigoroso canto de la juventud».

Para algunos combatientes este tipo de narrativa romántica no era más que una mentira repugnante. A lo largo de 1916 tuvieron lugar los primeros intentos por responder al predominante *ethos* sacrificial. Poco reconocidos en su momento, eran indicativos de un cambio de parecer por parte de la clase que había sido educada para el conflicto. En la Gran Guerra, los oficiales lideraban desde el frente, una práctica que provocó una proporción de bajas mayor entre los oficiales que en ningún otro rango: un número desproporcionado de los que habían estudiado en las escuelas públicas. [3]

Algunos de ellos empezaron a cuestionar la disparidad entre la imagen idealizada de la juventud y su sangrienta realidad.

La respuesta más directa a la retórica del sacrificio de Freston provino de un joven oficial llamado Arthur Graeme West, que interpretaba su experiencia en el frente en términos de «impotente horror». No obstante, no tenía la «carne de mártir» para actuar en favor de sus tendencias pacifistas. En su regreso involuntario al frente, respondió con una réplica corrosiva a la «búsqueda de la verdad» de Freston. En apenas cincuenta versos, su poema «¡Dios, cuánto os odio, jóvenes hombres alegres!» despreciaba de forma corrosiva el romanticismo de la guerra, las «elegías sentimentales» de la propaganda en el frente interno y el propio sistema de escuelas públicas obsesionado con los deportes.

Los textos de West no se publicaron hasta 1918, un año después de su muerte en Bapaume, pero la suya supuso una primera salva en lo que los soldados del frente consideraban una guerra por la verdad. Tanto los reclutas como sus superiores sabían que el lenguaje oficial de la contienda (las jactanciosas expresiones de la mayor parte de los poetas de guerra publicados o la belicosidad sentimental de textos populares como «Respuesta de una madre a "un soldado como tantos"») no conseguía dar sentido al horror insensato de 1917. Este fue el año en el que el frente interno estuvo al borde de la hambruna y el año de Passchendaele, una ofensiva de tres meses que terminó con 250 000 víctimas británicas y 400 000 alemanas.

Mientras la juventud de las escuelas públicas seguía ensalzada como icono oficial del sacrificio, el libro británico más controvertido de 1917 intentaba hacer saltar por los aires el ideal del cristianismo muscular. Escrito por un oficial, Alec Waugh, *The Loom of Youth* era fruto, como admitiría más tarde su autor, de «un estado de ánimo rebelde. El sistema de escuelas públicas era venerado como pilar del Imperio británico y de aquella veneración había crecido un mito del producto ideal de la escuela pública: el chico de la leña de Kipling. En sentido alguno he encarnado yo tal mito y este ha sido responsable, tengo la sensación, de la mitad de mis problemas. Quería ponerlo de manifiesto».

En un determinado nivel, *The Loom of Youth* se asentaba con firmeza en la tradición de las historias escolares de amigos como *Stalky & Co.* , de Rudyard

Kipling; y *The Hill* , de Horace Vachell. Sin embargo, el rencor de Waugh transformó este género tan prolífico. Su protagonista, Gordon Caruthers, se incorpora a la ficticia escuela pública de Frenhurst en 1911 y aprende de inmediato la ideología fundamental de su nuevo colegio: «Al atleta todo se le perdona»; «Al sistema de escuelas públicas [...] le encanta la mediocridad, le gusta ser aceptado a ciegas como si fuera el Antiguo Testamento». El sentimiento más manifiesto en el recién llegado es su «miedo a hacer algo incorrecto».

Los chicos se ven abofeteados por las fuerzas contradictorias del «militarismo» y las pinceladas discordantes ofrecidas por Oscar Wilde y el *ragtime* estadounidense. El amigo de Caruthers, Tester, expone el credo decadente: «Voy a hacer lo que quiera con mi vida. Bien y mal son términos meramente relativos». Puesto que prefieren seguir sus propias inclinaciones y no «las de una farsa de civilización del siglo XX », los muchachos más rebeldes organizan varias acciones para molestar a los deportistas. Representan *The Younger Generation* , de Stanley Houghton, como texto parricida: «Cortad los grilletes del pensamiento adulto que inmovilizan los miembros de la juventud».

Cuando empieza la guerra, todos se alistan, aunque la propaganda dominante no los engaña. Como Tester declara: «Toda nuestra generación ha sido sacrificada; por supuesto, es inevitable. Pero es bastante duro. Los hombres mayores han visto cumplidas algunas de sus esperanzas; nosotros no veremos ninguna. No sé cuándo terminará esta guerra; creo que todavía no. Pero sea cuando sea, en lo que a nosotros concierne, los días de rosas se habrán acabado». No queda más que cinismo: «Al principio nos engañó el relumbrón de la guerra; es difícil acabar con el romanticismo. Pero ahora lo sabemos. Se acabaron los cuentos de hadas. No hay nada glorioso en la guerra».

El sacrificio se presentaba como ideal nacional; ahora bien, ¿qué significaba para los que estaban siendo sacrificados? ¿Qué sentido le daban aquellos que sobrevivían? Las predicciones de Waugh eran lúgubres. Sentía que no quedaría nada para su generación después del conflicto. Incluso si la civilización regresaba a sus antiguas glorias en una paz futura, aparente, tanto él como sus compañeros serían cascarones vacíos, les habrían robado la juventud. «Solo vivimos una vez –concluye Tester–. Solo una vez disfrutaremos del viento, del

mar, del amor y del éxtasis de estar vivos. Y todo ha quedado hecho pedazos: nunca viviremos de verdad».

The Loom of Youth , la primera obra popular en vincular de forma explícita el ideal generacional con la realidad del sacrificio, desató una tempestad. Sin embargo, no fue la crítica de ese ideal la que despertó la ira nacional, sino las ligeras alusiones a la homosexualidad. Esta era, por supuesto, la principal falla en el sistema escolar de sexos separados y, veinte años después de Oscar Wilde, seguía siendo el tabú máximo. Si bien algunos oficiales encontraron el libro «exagerado», aún era lo bastante potente para generar un debate de relevancia nacional a finales de 1917. Inspiró incluso un libro en respuesta, *The Dream of Youth* , que promovía la «gallardía» como antídoto para la «impureza».

En 1918, el cuarto año de la guerra, cualquier resto del idealismo de 1914 ya había desaparecido. En este punto, el Ejército británico estaba incorporando un número sin precedentes de reclutas adolescentes que habían sufrido las carencias de la guerra. Llegaron a un infierno. El éxito de la revolución bolchevique de noviembre de 1917 conllevó la retirada rusa de la contienda. Medio millón de soldados alemanes fue liberado del Frente Oriental y con estas nuevas tropas los alemanes planificaron un ataque definitivo en la línea del Frente Occidental, que apenas se había movido desde sus posiciones originales de 1915.

El ataque alemán empezó en marzo con el bombardeo de artillería más feroz de la guerra y los más jóvenes tuvieron que soportar la peor parte. En palabras de un cabo: «Mi sección incluía a cuatro muchachos que acababan de cumplir los dieciocho años. Solo llevaban en la compañía tres semanas y su primera experiencia de fuego de obús fue esta, ¡y menuda experiencia! Lloraban y uno no dejaba de llamar a su madre. Quién podía culparlos, un infierno como este convierte en peleles a los más fuertes y nunca ha habido un cuerpo ni un sistema nervioso capaz de soportar tal tortura, ruido, horror y sufrimiento mental».

Ante una presión como esta, era claramente necesaria la disciplina militar más estricta para mantener a estos jóvenes reclutas en la defensa del frente. William Holmes, un soldado raso de un regimiento de Londres, recordaría más tarde la llegada de dos reclutas muy jóvenes, «de entre dieciséis y diecisiete años». Cuando se les ordenó atacar, «se deshicieron en lágrimas». Sorprendidos

cuando escapaban, fueron acusados de deserción, se les retiraron las insignias militares y murieron ejecutados. Para Holmes, el resultado concordaba con los «hechos de la guerra»: «Todos habíamos ido a luchar. Por la mera desobediencia a un oficial te podían fusilar. Así que asumíamos los castigos como normales en nuestra vida».

Estos incidentes eran escasos en comparación. Aunque la tasa de deserciones se estimó en 10,26 por cada 1000 hombres, solo 266 fueron ejecutados por este motivo. Los soldados mantenían su posición porque tenían que hacerlo. Esta obligación se veía reforzada por el temor a acabar fusilados o a ser condenados al ostracismo por los compañeros, aunque también muchos de los combatientes de primera línea elaboraron una interpretación positiva de sus motivos para seguir comprometidos con una contienda demencial. Los exalumnos de las escuelas públicas todavía se aferraban a la ideología «Vitai Lampada» de seguir compitiendo, mientras que, para muchos obreros, la participación se analizaba en términos prácticos, había que «terminar el trabajo».

La motivación más relevante recaía en la vinculación entre todos los rangos. Como escribió Charles Carrington: «Los hombres que estaban en una trinchera eran como náufragos en una balsa, estaban completamente comprometidos con su grupo social, de modo que nadie podía tener ninguna duda sobre los posibles defectos morales y físicos de sus compañeros, puesto que la vida de todos dependía de la fiabilidad de cada uno de ellos». Estos «lazos de compañerismo» superaron de forma muy relevante las distinciones de clase, hasta entonces rígidas, del Ejército británico, que hasta 1916 fue una fuerza de voluntarios tan estratificada como la sociedad en su conjunto. Solo superado el ecuador del conflicto se empezaron a aceptar oficiales provenientes de la tropa.

En el fragor del combate, las clases se encontraban unas con otras y aprendían a llevarse bien: no tenían otra opción. Los antiguos estudiantes de las escuelas públicas, que nunca antes habían tratado con el proletariado, descubrieron que no solo existían en el mismo plano, sino que de hecho aprendían mucho de aquellos que en otras circunstancias habrían rechazado. Es más, las habilidades de los mineros y de los peones eran especialmente valiosas en el exigente entorno físico de las trincheras. Como le señaló uno de sus

soldados a Harry Ogle: «Tú eres maestro escuela y sabes unas cuantas cosas que no sirven en este puñetero sitio, pero cuando va de pico y pala, ese es mi trabajo».

Esta «confianza entre hombres» funcionaba en los dos sentidos. Un soldado raso de Lancashire señalaría después: «Nuestros oficiales y suboficiales eran magníficos a la hora de hacer su trabajo. Siempre nos estaban cuidando y se ocupaban de que tuviéramos una bebida caliente». Este no era siempre el caso, obviamente: la guerra no erradicó el resentimiento entre clases. Sin embargo, la idea de los lazos entre los distintos rangos se convirtió en el ideal más fuerte y funcional de los últimos años del conflicto. Reemplazando la noción romántica del sacrificio y el honor, este ideal pragmático se fundió con la retórica del compañerismo que empezó a aparecer con creciente fuerza en el último año de contienda.

Poetas como Siegfried Sassoon, Wilfred Owen y Richard Aldington empezaron a formular de nuevo el ideal de sacrificio generacional en unos términos distintos. Teñidos del nuevo ideal de profundo amor entre compañeros de batallas, poemas como «The Blood of the Young Men» y «Anthem for Doomed Youth» no ofrecían generalizaciones floridas, sino amargas denuncias (y no de los alemanes, sino de la generación más mayor). En sus líneas, los anteriormente respetados y autoritarios mayores quedaban reflejados como maniacos infanticidas que, como el padre en «La parábola del viejo y el joven», «mató a su hijo, / y la mitad de la simiente de Europa, uno a uno».

Estas voces seguían siendo minoritarias y apenas publicadas, pero crecerían en importancia por sensatos motivos emocionales y demográficos. Gran Bretaña, alcanzado el último año de la guerra, estaba tocando fondo en su suministro de soldados. La edad para la incorporación a filas se había ampliado tanto hacia arriba (hasta cincuenta y cinco años) como hacia abajo. A partir de la primavera de 1918, muchas divisiones estaban «fundamentalmente compuestas por soldados que bien podrían estar en la escuela». Llegado el invierno, en torno a la mitad de los 1,85 millones de militares británicos desplazados a Francia y a Bélgica tenía dieciocho años. Los Ejércitos francés y alemán se movían en un rango de edad similar.

En el seno de culturas militares que acentuaban los vínculos entre iguales en contraposición a las estrictas fronteras de clase, poco puede sorprender que una nueva identidad generacional se abriera paso. Era como si la denuncia de Agathon de 1912 sobre una «generación sacrificada» se hubiera hecho realidad estadística, pero en 1918 no solo implicaba a los pocos elegidos, sino a la gran masa de varones situados entre la adolescencia y la mediana edad. Los sueños de 1914 tan solo eran cenizas: al igual que los británicos, los soldados alemanes y franceses tenían que dar sentido al gigantesco vacío moral y espiritual que era consecuencia de la profunda desilusión.

En Francia, la «quinta de 1914» de los primeros tiempos de la guerra había sido reemplazada por un grupo más joven en una ruptura estremecedora. Los más elocuentes expresarían su visceral rabia hacia los generales incompetentes y los ideólogos de la juventud nacionalista. Otros utilizarían el humor negro nihilista, como el oficial Jacques Vaché: «Me contento con vivir beatamente a la manera de los aparatos fotográficos 13 x 18 –escribió en el verano de 1918–. Es una manera como cualquier otra de esperar el fin. Tomo fuerzas y me reservo para acontecimientos futuros. Qué hermoso desorden el de esos porvenir ¡¡y cuánta gente podremos matar!!».

Los jóvenes alemanes también desafiaban el misticismo bélico personificado en el héroe caminante de Walter Flex. En la novela de Friz von Unruh *Der Opfergang* , escrita y prohibida en 1917, la «sagrada comunión» de la generación sacrificada estaba uncida al servicio de un futuro idealizado y socialista. De hecho, Von Unruh imaginó el traslado del poder de los viejos a la juventud unida: «Aquellos que se sentaban en los tronos y a salvo se sientan ahora al teléfono, pálidos y temblorosos, y nos sirven. Somos el factor definitivo. ¡Nuestra es la iniciativa! ¡Nadie volverá a secuestrar nuestro corazón! ¡En nosotros vive la juventud! ¡A nuestra espalda descansan los viejos!».

Incluso antes de terminar, la Primera Guerra Mundial había destruido para siempre la obediencia automática que los mayores habían esperado de los jóvenes. El mito del sacrificio se había convertido en un arma de doble filo. Los jóvenes soldados esperaban cumplir con su misión, pero si sobrevivían, consideraban que se habrían ganado el derecho de dictar su propio mito. Si iban a ser sacrificados, no sería en nombre de los mayores que se habían quedado en casa. No, su sacrificio sería ofrecido en el altar de la nueva clase

joven, la generación que por millones se había enfrentado, había sufrido junta y siempre estaría unida por esta terrible experiencia.

■ ■ ■

1. El brindis alemán por la victoria
2. Philip Sidney (1554-1586), poeta y soldado inglés considerado una de las figuras más ilustres del siglo xvi. El 3 de mayo, el diario *The Sphere* escribió de Brooke que era «el único poeta inglés de cierta consideración que ha dado su vida en las guerras de este país desde que Philip Sidney fuera herido de muerte bajo las murallas de Zutphen en 1586».
3. La escuela pública de Harrow registró 516 antiguos estudiantes muertos durante la guerra, prácticamente el número de matriculados por año y una media de un muerto cada tres días.

CAPÍTULO 12

Los que tenían doce años

Delincuencia juvenil y la Gran Guerra

■ ■ ■

Ah, lo sé, lo sé. Todos pensáis que estoy loco... así me miráis con esa cara. [Ha perdido por completo el control; sus palabras se aceleran en un continuo crescendo]. Pero hay millones de personas haciéndolo, ¡millones! Los jóvenes lo hacen y los viejos se sienten honrados por ello.

Miles Malleson, *Black 'Ell* , 1916.



Jóvenes en disturbios antialemanes, barrio de Poplar, Londres, 1915.

En enero de 1916 un soldado de diecinueve años del Ejército canadiense se encontró con un problema. Francis Chester había huido a los dieciséis años de Canadá rumbo a Nueva York, donde trabajaba como mensajero. Se convirtió en «fiel lugarteniente» de un hombre de mediana edad que vendía cocaína y morfina y empezó a probar el material. A los diecisiete años era un adicto a la morfina y traficaba para alimentar su dependencia. Sin embargo, la droga no había acabado por completo con su espíritu aventurero. Convencido por su amigo Snuffy, Chester se las ingenió para incorporarse al Ejército canadiense en el verano de 1915.

El único problema fue que ambos quedaron lejos de sus canales habituales de suministro. Como los cerdos que localizan las trufas, Chester y su compañero pronto encontraron el camino al barrio londinense de Chinatown. Allí satisficieron sus necesidades no con las habituales inyecciones de morfina, sino fumando *hop* . Aunque aún no era ilegal consumir opio, «los chinos no se arriesgaban. Solían meternos y sacarnos a escondidas». Chester quedó tan seducido por la experiencia que se convirtió en «experto en los placeres de la pipa y durante tres semanas viví en una habitación en una casa china y me dediqué por completo a ella».

Este abandono de las obligaciones militares conllevó su regreso a la base de Shorncliffe, en el condado de Kent. Pero la adicción era más fuerte que cualquier amenaza disciplinaria. Ayudado por Snuffy, entre cuyas habilidades se encontraban el robo y las estafas, Chester adquirió inmediatamente un pase para salir de la base y la pareja se fue directa a la localidad más cercana: Folkestone. Conseguir drogas era su prioridad, por la fuerza si fuera necesario. Más tarde, Chester recordaría que «Snuffy tenía una pistola que le había comprado a alguien en el campamento. Sigo convencido de que aquella cosa en realidad no podía disparar».

Falsa o no, el arma parecía lo bastante real para cumplir con sus objetivos: «Metimos bolas de papel de aluminio en la parte delantera de las cámaras para que pareciera que estaba cargada y entramos en una farmacia. Allí estaba un chico con una bata blanca detrás del mostrador. Le apunté con el revólver desde el bolsillo de mi guerrera. "Mira, chaval –le dije–. No queremos hacerte daño. Lo único que queremos es un poco de *mierda* ". "¿Mierda? ¿Eso qué es?", preguntó confundido y aterrorizado. "Toda la cocaína y la morfina que tengas".

“Muy bien, soldado”, respondió. Se acercó a una estantería y nos dio dos o tres botellas. Dejamos al chico boquiabierto».

El incidente que Chester cita en sus memorias, *Shot Full* , revela los desconcertantes efectos de la Primera Guerra Mundial en la sociedad civil europea. La reacción del joven farmacéutico es crucial: no solo no ha oído nunca la palabra norteamericana para la morfina, «junk» (mierda), sino que se queda «boquiabierto» porque acaba de ver algo completamente ajeno a su cotidianeidad. Después de unos dieciséis meses de conflicto, tanto los civiles como los soldados comenzaban a entender que nada volvería a ser como antes, que las personas estaban empezando a comportarse de formas desconocidas hasta entonces para las que ni siquiera había nombre.

Según avanzó la Gran Guerra, el conflicto supuso un cuestionamiento de los valores centrales de Occidente. Para el eurófilo G. Stanley Hall, que vigilaba con obsesión los avances desde Estados Unidos, la única interpretación posible era una «esquizofrenia» colectiva. Tras su reciente acuñación, [1] Hall definía este como un término «utilizado por los psicólogos para describir una mente dividida, de la que la personalidad Jekyll-Hyde es una variante». La civilización había rodado pendiente abajo y el barbarismo había regresado. La contienda había eliminado «el revestimiento superficial de la cultura» para sumergir «al hombre en las emociones primitivas más puras».

Nada era más sintomático de las nuevas condiciones de muerte en masa que el «FIUUUM , CRAC, ¡CLAAAN! FIUUM, ¡CRAC! ¡CRAAAC! ¡CLAAAAN! » de los constantes bombardeos. «De repente, cuando empiezan a estallar los obuses, una parte de nuestro ser retrocede miles de años», mencionaría más tarde el novelista Erich Maria Remarque. «Cuando partimos hacia el frente somos soldados malhumorados o alegres; cuando llegamos al sector donde empieza el frente, nos hemos convertido ya en bestias humanas». La aplastante presión de esta tormenta de acero tenía efectos psicológicos devastadores.

La nueva demencia bélica la definió el psicólogo Charles Myers, quien en febrero de 1915 la denominó «conmoción por artillería» (*shell shock*). Los médicos rápidamente percibieron un conjunto de síntomas que «siguen a la conmoción ante la explosión de un proyectil»: parálisis, estupor, amnesia o sacudidas incontrolables de los miembros en un recuerdo demencial de las danzas de Nijinsky previas a la guerra. En julio de 1915, Myers, profesor de

medicina en Oxford, registró una «orgía de neurosis y psicosis, tembleques y parálisis. No puedo imaginarme qué ha pasado en el sistema nervioso central de los hombres [...] mudez histérica, ceguera y bloqueo generalizado de los sentidos».

Estos síntomas eran universales. En Alemania se produjeron más de 600 000 casos de «neurosis de guerra» entre 1914 y 1918. Entre abril de 1915 y abril de 1916, unos 24 000 afectados de conmoción por artillería fueron trasladados de vuelta a Inglaterra. Se trataba de una «neurastenia» masiva, colectiva, que solo los profesionales de la psicología (reconocida como práctica médica legítima en 1913) podían interpretar. Con la cordura del norte de Europa cada vez más cuestionada, la Gran Guerra se convirtió en la primera guerra psicológica. Los tratamientos psiquiátricos eran una forma de aliviar los bloqueos sistémicos sin precedentes causados por la neurosis de guerra.

Sin embargo, la psicología seguía siendo una disciplina especializada, aplicable únicamente a los combatientes. Los que esperaban en casa no contaban con esta ayuda. Ante el desconcierto emocional de la época, estaba prohibido mostrar pena e incluso miedo. Como una joven británica que perdió a su prometido recordaría: «Yo solo quería esconderme en algún sitio donde se estuviera tranquilo y no tenerme que preocupar de hablar con nadie». Lo que los británicos llamaban «flema» se convirtió en un principio de supervivencia, el enclaustramiento necesario de unas emociones explosivas que de otro modo podrían haber desestabilizado sociedades que estaban ya al límite de su resistencia.

El pavor que mostraban las víctimas de neurosis de guerra revelaba que esta estrategia era efectiva, no obstante, solo de manera parcial. En el frente interno, el control estricto de las abrumadoras emociones fue por lo general un éxito, pero también desencadenó una serie de síntomas difíciles de explicar que oscilaban entre la inmersión en el ocultismo y la drogadicción, la delincuencia juvenil y una «arrolladora sexualidad». La violencia de la guerra total precipitó una revolución social y moral. Como Magnus Hirschfeld escribiría más tarde: «El placer del momento era lo que decidía las acciones del individuo, pues el momento presente era el único cierto».

■ ■ ■

Esta concentración en el presente supuso, entre otras cosas, otro clavo en el ataúd de la religión organizada. En Francia, Alemania y Gran Bretaña por igual, el apoyo sin reservas de la Iglesia a la contienda suscitó resentimiento a partir de 1916. En Gran Bretaña, la población civil viró en números cada vez mayores hacia los espiritistas que parecían ofrecer una conexión directa con los jóvenes familiares muertos. Precisamente cuando los imperativos del capitalismo estadounidense empezaban a socavar la abnegación defendida por el cristianismo, la experiencia de la guerra acentuó la inmersión total en el presente ya definida como central en la psique adolescente.

En conflictos anteriores, las posiciones del soldado y de la población civil se habían mantenido bastante distantes. La primera guerra europea de masas hizo trizas esta distinción. El elevado número de bajas en el frente significaba que muy pocos civiles eran inmunes al impacto del conflicto. Pero lo que es más importante, los civiles eran considerados objetivos militares legítimos. En Francia, Alemania y Gran Bretaña, el número de civiles muertos (por malnutrición, enfermedades y actuaciones militares) supuso el 10 % de las bajas militares totales, aproximadamente. En Francia, la cifra rozó el medio millón, en Gran Bretaña alcanzó unos 300 000 y en Alemania superó los 620 000.

Esta ampliación del ámbito bélico significó que la sociedad civil podía también sufrir sus propias presiones y dificultades. Entre los más afectados estaban las jóvenes y el grupo social más vulnerable de Europa, definido por Ernst Glaeser como *Los que teníamos doce años* , los adolescentes más jóvenes que habían conocido poco más que la guerra y que estaban indefensos ante sus psicosis. Incluso en la adolescencia temprana, el servicio militar obligatorio y la posibilidad de tener que actuar en el frente suponían una amenaza, anunciada por la incorporación paulatina de la instrucción militar en los programas educativos y el bombardeo de propaganda sacrificial destinada a los jóvenes.

Con la creciente movilización, los adolescentes de clase obrera fueron también llamados a filas en el frente laboral adulto. Las estrictas leyes previas contra el trabajo infantil se relajaron con el avance de la lucha: en Alemania, hasta 300 000 jóvenes hombres y mujeres estaban empleados en las fábricas cuando llegó el año 1917. En Gran Bretaña, la cifra se estimó en 600 000. Muchos estudiantes abandonaron la educación antes de la edad legal, situada

en catorce años, o se les permitió trabajar treinta y tres horas a la semana si asistían a clase «a media jornada». En algunas zonas rurales, hasta la mitad de los adolescentes en edad escolar se vio obligada a trabajar en la función cada vez más vital de la producción de alimentos.

De forma paralela, las figuras de autoridad que ofrecían a los jóvenes una estructura social y disciplina empezaron a desaparecer según fueron llamados a filas sus padres, profesores, hermanos mayores y agentes de policía. Con los colegios a menudo cerrados y sus familiares implicados en el esfuerzo bélico, un número sin precedentes de adolescentes tuvo que arreglárselas por su cuenta. Ya en 1915 estaban empezando a vivir en un mundo de amigos en gran medida sin supervisión adulta. Junto con los efectos perniciosos de la malnutrición y la violencia sancionada por la declaración de guerra, esta falta de control abrió las puertas a un incremento de los comportamientos juveniles anormales.

Un primer indicador de esta situación pudo verse en Gran Bretaña después del hundimiento del transatlántico Lusitania, en mayo de 1915. Según uno de los periódicos de los barrios pobres: «Multitudes de jóvenes y mujeres se congregaron en el entorno de las tiendas que eran propiedad de personas con apellidos alemanes y los atacaron con cierto nivel de violencia». Estos brotes de violencia xenófoba se repitieron en grandes ciudades de todo el país: en Hull, Londres y Liverpool. Aunque aprobados por la sociedad, eran indicadores de una mayor incidencia de la delincuencia juvenil.

En diecisiete ciudades importantes de Gran Bretaña el número de menores de dieciséis años acusados de cometer algún delito creció un 33 % durante 1915. Esto generó preocupación en las autoridades: como el jefe de policía de Londres escribió en un informe para el Ministerio del Interior: «El principal incremento se debe, sin duda, a la ausencia de control parental. En numerosos casos el padre está fuera, de servicio, y la madre ha conseguido un trabajo en una fábrica de munición o tiene una ocupación de otro tipo, lo que conlleva que ningún adulto quede al cargo de los niños; es un factor de una gran relevancia».

El patrón se repetía en Alemania, donde las cifras de delincuencia juvenil crecieron un 60 % entre 1914 y 1916. La falta más habitual era el absentismo escolar: con disponibilidad de trabajo remunerado y un inminente futuro

militar, la escuela no parecía tener sentido. Un estudio hecho en Berlín reveló que en el 90 % de los casos las madres de los delincuentes trabajaban o estaban ausentes. Ante la falta de controles por parte de los adultos, los adolescentes alemanes se agruparon en clubes juveniles informales que a menudo no se diferenciaban de las bandas criminales. Las autoridades estaban tan preocupadas por esta «desintegración moral» de la juventud que trataron de reconducir estas energías hacia actividades relacionadas con la guerra.

Es difícil ignorar la intuición de que estos jóvenes solo ponían en práctica lo que estaba haciendo la sociedad en su conjunto. En la edad en la que a punto estaban de incorporarse al mundo exterior, encontraron que la violencia había estallado. El berlinés Sebastian Haffner, miembro de la generación nacida en los primeros años del siglo, sentía que el conflicto tenía un atractivo obsesivo: «Era un juego oscuro, secreto, que poseía un encanto infinito y vicioso que extinguía todo lo demás, anulaba la vida real y tenía un efecto narcótico como la ruleta o el opio. Mis amigos y yo jugamos a lo largo de toda la guerra, durante cuatro años, impune y libremente».

En Gran Bretaña, la situación se reflejaba en las bandas callejeras. Los *hooligans* habían vuelto con un disfraz nuevo y más despiadados. Entre los más destacados estaban los Pieles Rojas de Anderston, de Glasgow, una de las muchas bandas que aterrorizaron la ciudad en 1916. En un artículo titulado: «Los terroristas de Glasgow», el *Sunday Chronicle* describía una imagen aterradora: «Cada banda supera a la siguiente en salvajismo y horror. Las mujeres sufren asaltos; los agentes de policía son apaleados y apuñalados con cristales cuando intentan llevar a prisión a alguno de los rufianes; y los viejos acaban por los suelos después de recibir una paliza y ver sus bolsillos sometidos a una intensa revisión».

Durante los primeros años de la guerra, una banda de Manchester llamada los Napoo ponía en práctica su propia versión de los saberes tradicionales de los indios americanos. «Sin hacer ruido, se acercaban por detrás a las niñas y a las jóvenes en la calle –recordaría más tarde uno de sus contemporáneos–. Entonces, agarraban las largas trenzas que les colgaban por la espalda, esa era la moda, y con unas tijeras afiladas las cortaban y salían corriendo con su *souvenir* ». Se hicieron «cada vez más astutos»: «Algunos solían subir a los tranvías ya

entrada la noche y, si había una mujer sola, le cortaban el pelo y luego, como un rayo, desaparecían sin que los atraparan».

Originarios del distrito industrial de Ancoats, los Napoo eran fáciles de identificar por su insignia grupal: un pañuelo rosa al cuello. Con sus «robos de cabelleras» tan a la vista, en poco tiempo se ganaron una reputación temible. «Se hicieron famosos y todo el mundo hablaba de ellos», recuerda un niño de Manchester de entonces. «Hacían todo tipo de cosas: rompían ventanas, se peleaban con todo el que podían y llevaban navajas en los bolsillos del chaleco, navajas para cortar cuellos, ese tipo de cosas. Pero nunca te enterabas de primera mano. Siempre era de oídas, era lo que la gente decía».

Es cierto que la delincuencia juvenil creció en Gran Bretaña durante la Primera Guerra Mundial; sin embargo, la percepción pública de la amenaza que suponía superaba a la realidad; las historias de miedo de los periódicos tenían su efecto. Los delitos perpetrados por adolescentes no eran solo un síntoma de un mundo enloquecido, sino, como el criminólogo y reformista Cecil Leeson escribió en su panfleto de 1917 *The Child and the War* , «un desperdicio de vidas que la nación, en la situación en la que se encuentra, se puede permitir menos que nunca». En la guerra total, todo el mundo tenía que desempeñar su papel: «La verdad desnuda es que el Estado no se puede permitir tener delincuentes juveniles con una población diezmada por la guerra».

Leeson reconocía que «las condiciones en las que los niños se ven ahora obligados a vivir imposibilitan un crecimiento moral sano». El incremento del vandalismo, los robos y diversos delitos por desórdenes públicos se podía explicar de varios modos. Debido al servicio militar obligatorio, había muchos menos agentes de policía: quienes los reemplazaban, todos hombres mayores, tenían dificultades para contener a sus astutos rivales jóvenes. La limitación de la iluminación de las calles contribuía a la delincuencia, pues «el mal prefiere la oscuridad». La falta de una crianza adecuada y la interrupción de las obligaciones escolares también tenían su responsabilidad, al igual que sucedía con el «presente estado anormal de la sociedad», con sus «conversaciones bélicas de astucia, destreza y venganza».

Los adolescentes de clase obrera habían constituído siempre el blanco de los temores a la delincuencia juvenil, pero, durante los años de conflicto, el hecho

de que muchos tuvieran trabajos a jornada completa significaba que disponían de más dinero para gastar, algo que, de forma paralela, suponía un incremento de la confianza en sí mismos. «Estos chicos tienen los salarios de los hombres –escribió Leeson– y son tratados como tales, aunque carezcan de la experiencia de un adulto. Así, tienden a liberarse de cuando en cuando y es en este periodo de reacción en el que se cometen los delitos». Una vez incorporados al mundo del trabajo, los adolescentes de catorce años esperaban poder participar de los placeres adultos.

Esto no era posible en la Gran Bretaña de la guerra, regulada por la DORA, que se actualizaba sin descanso. El fútbol, el críquet y las carreras se prohibieron en los primeros años del conflicto y en 1917 el consumo de alcohol en los *pubs* se vio en gran medida restringido. [2] En un país cada vez más regulado, los adolescentes en busca de diversión eran considerados un importante problema de seguridad. La creciente obsesión con la juventud también provino del hecho de que una gran proporción de los hombres estaba combatiendo: los adolescentes y las mujeres asumieron una visibilidad sin precedentes que tendría consecuencias inciertas.

■ ■ ■

La guerra era un trabajo de hombres: el secretario de Estado de Guerra, lord Kitchener, había dejado claro que «no aprobaba que las mujeres combatieran». Las jóvenes que querían hacer algo más que entregar plumas blancas descubrieron que se les ofrecían labores de apoyo y no en el frente. Sin embargo, acudieron en tropel a sumar sus fuerzas. Para aquellas que querían implicarse, los trabajos de enfermería eran la opción más popular. En torno a 50 000 chicas (algunas por debajo de los diecinueve años que marcaban la edad mínima de acceso) se alistaron en tropel en los Voluntary Aid Detachments (Destacamentos de Ayuda Voluntaria). Para muchas jóvenes de clase media, educadas con más ideas de igualdad, esta era la opción preferida.

Para las chicas de los barrios populares, el trabajo en las fábricas supuso más dinero para sus gastos y cierto nivel de independencia. Robert Roberts recordaba que su hermana mayor, que trabajaba en un taller, «utilizaba cosméticos a escondidas hasta que un día el viejo la pilló con un bolso lleno de

cosas. Tiró todo al fuego. La casa, entendíamos, había sido ultrajada. ¿No había Joe Devine (un vecino), bramaba mi padre, "echado a sus hijas a la calle por utilizar estas porquerías"? Jamás volvería a atreverse... Jenny ni pestañeó. "O sigo utilizándolas –le dijo– o puedes echarme a mí también"».

En el extremo contrario de la escala social, Vera Brittain descubrió que cuidar de hombres heridos de gravedad le ayudaba a conseguir «una liberación temprana» de las inhibiciones victorianas. «Nunca había visto el cuerpo desnudo de un varón adulto», escribió. Sin embargo, esto no tardó en cambiar. «Menos meterme en la cama con ellos, apenas había una tarea íntima que no hiciera para uno u otro en el transcurso de cuatro años y todavía tengo motivos para estar agradecida por los conocimientos del funcionamiento masculino que me ofreció cuidarlos».

La mayor mezcla de los sexos amplió la liberación de restricciones derivada de la propia guerra. Según Magnus Hirschfeld, 1914 había representado «una explosión de los instintos en las formas aceptadas» que permitió a las masas hacer todo «lo que el Estado prohibía a los individuos». Las sanciones contra el asesinato y la sexualidad desenfrenada se habían derrumbado. Para los jóvenes a punto de morir, el deseo de pasarlo bien era primordial. Desde el lado femenino, el efecto provocativo de los uniformes y la voluntad de aprovechar el momento al máximo tuvieron su propia influencia.

Sin aproximarse realmente a los enloquecidos niveles que podían encontrarse en los burdeles del frente, esta galopante libertad sexual se extendió al frente interno. Tenía, eso sí, sus consecuencias. Los embarazos fuera del matrimonio se incrementaron a la vez que la prostitución y una creciente tasa de infecciones por enfermedades venéreas. El problema fue considerado tan grave que se convirtió en escándalo nacional: en 1916, una comisión de investigación llegó a la conclusión de que aproximadamente un 10 % de los hombres de los barrios obreros de Londres había contraído sífilis y eran muchos más los infectados de gonorrea.

A medida que avanzaba la contienda, las «chicas» eran más jóvenes: el número de menores de veintiún años condenadas por prostitución creció más de un 50 %. Leeson citaba el ejemplo del «Caso D», una niña de catorce años «arrestada recientemente por merodear por una estación ferroviaria con soldados». En 1918, el capellán de la principal prisión londinense para

mujeres, Holloway, vio «un gran deterioro» en el tipo de prostitutas que acababan allí: «Las chicas, en su mayor parte, son muy jóvenes y muy ignorantes, muy viciosas y están muy corrompidas. Suelen venir de ciudades de provincias y distritos rurales. Son claramente un producto de la guerra».

El comportamiento de las jóvenes recibió un mayor escrutinio. Tanto si mantenían relaciones sexuales como si no, muchas chicas de todas las clases estaban asumiendo las modas antes asociadas con las prostitutas: fumar y llevar en público una considerable capa de maquillaje. Enfrentados a este nuevo fenómeno, buena parte de los adultos entendió que aquel humo era indicador del fuego. Ante la fundamental relevancia de la salud de los jóvenes de la nación, se publicaron historias terroríficas sobre los cientos de mujeres jóvenes que atestaban los puertos más concurridos, los bares y los lugares de ocio de las principales ciudades.

El señalamiento de las mujeres empezó poco después del estallido del conflicto. En Gran Bretaña, la preocupación por el comportamiento femenino estaba ligada a otra cuestión moral: la existencia sostenida en el tiempo de la vida nocturna en Londres pese a las estrictas prohibiciones de la DORA. En el otoño de 1915, una noticia aparecida en un periódico de tirada nacional abordaba las «Cenas de chicas» que abarrotaban el West End de Londres: «Anteriormente, nunca habría cenado en la ciudad a menos que fuera en compañía de un amigo varón. Pero ahora, con dinero y sin hombres, empieza cada vez más a salir a cenar». Londres se estaba convirtiendo en «un verdadero El Dorado para los hombres con dinero para quemar».

Como parte de la campaña moral contra la depravada vida nocturna de Londres, se asoció a las jóvenes de la «bohemia del West End» con las drogas. Una columna publicada en enero de 1916 con el pseudónimo Quex señalaba la prevalencia de «esa droga excitante, la cocaína»: «Es muy fácil de consumir: solo hay que sorberla por la nariz; y nadie parece saber por qué para las chicas que sufren esta adicción que atormenta el cuerpo y el alma es tan fácil conseguir la droga. En los baños de mujeres de un cierto establecimiento las limpiadoras descubrieron el otro día dos cubos llenos de pequeñas cajas circulares de cartón de usar y tirar: contenedores de cocaína desechados».

El escándalo empeoró cuando, en febrero de 1916, el *Daily Mail* informó del caso de un tal Francis Kingsley, que fue descubierto vendiendo cocaína a un

soldado canadiense encubierto: Francis Chester no era el único soldado canadiense con problemas de suministro. La cocaína era mucho más que el dominio privado de las autocomplacientes mujeres que ya eran denominadas *flappers* : se transformó en un fantasma que amenazaba con minar los esfuerzos bélicos. Las autoridades se vieron obligadas a actuar. A finales de julio de 1916, la DORA convirtió «la posesión de cocaína u opio» en delito penal.

Durante los dos últimos años del conflicto, la DORA (ya transfigurada en la figura antropomórfica de una moralista amedrentadora) estaba por todas partes. Para combatir la «fiebre caqui», más de 2000 miembros del servicio policial femenino patrullaban cualquier lugar donde jóvenes «atolondradas» pudieran convertirse en «prostitutas aficionadas». Organizaciones financiadas por la Iglesia como el Social Purity Movement (Movimiento por la Pureza Social) sostuvieron una campaña coordinada contra el consumo de alcohol entre las mujeres. En 1918, la prostitución fue abordada por una nueva normativa de la DORA, la número 40D, que ilegalizaba las relaciones sexuales de las mujeres con enfermedades venéreas con cualquier miembro de las Fuerzas Armadas de Su Majestad.

El moralismo vigilante alcanzó su cénit en el verano de 1918 con el caso por injurias contra Pemberton Billing. El acusado era un parlamentario inconformista que creía en la «promoción de la pureza en la vida pública». A principios de 1918, su publicación, el *Imperialist* , aludió a una lista imaginaria de «47 000» personajes públicos cuyas perversiones sexuales los habían llevado a la traición; muchos de ellos podían encontrarse en el teatro en el que se representaba la *Salomé* de Oscar Wilde. En el juicio, Pemberton Billing llamó a Wilde «leproso social» que «había fundado la religión de la sodomía en el país y lo recorría de parte a parte para pervertir a los jóvenes siempre que podía».

Este peculiar juicio fue solo uno de los muchos ejemplos de las anormalidades que florecieron en el norte de Europa durante el último año de la Gran Guerra. Las campañas de 1917 no habían conllevado avances, sino un estancamiento aún más letal. Al mismo tiempo, la pésima meteorología que sufrió Europa entre junio de 1917 y mayo de 1918 agudizó las ya desesperadas condiciones en el frente interno. Con los suministros y la mano de obra a punto de alcanzar su límite, la malnutrición hacía estragos. Las muestras de desesperación no se hicieron esperar. En Gran Bretaña, un periódico nacional

señaló en un editorial: «El espíritu de la nación se oscurece. Su solidaridad se desmorona».

Las implicaciones de la revolución bolchevique de 1917, que empezaron a sentirse en 1918, hicieron de este un año de huelgas, motines y disturbios. La epidemia de la «gripe española» diezmó unas poblaciones que ya estaban muy debilitadas. Llegados a ese punto, para muchos europeos era ya una obviedad que el continente no regresaría a las certezas del mundo anterior a la guerra, el cual empezaba a asumir las características de un pasado dorado. Como señaló Robert Roberts: «1917 fue el año en el que realmente empezó el siglo XX . Nuevas ideas saltaron las fronteras: los hombres estaban planificando el futuro».

■ ■ ■

Esta incontenible mezcla de psicosis bélica y revolución comunista conformó el único movimiento artístico juvenil europeo del momento. Ante la práctica imposibilidad de una oposición organizada a la guerra en todos los países implicados, [3] numerosos disidentes habían huido a la neutral Suiza. Al igual que hicieran revolucionarios como Vladimir Lenin, jóvenes artistas de toda Europa llegaron en bandada al refugio que suponía Zúrich. Según el historiador del movimiento Hans Richter: «Para comprender el contexto en el que se inició el dadaísmo, es necesario recordar cuánta libertad existía en Zúrich, incluso durante una guerra mundial».

El dadaísmo fue presentado en un anuncio publicado en la prensa el 2 de febrero de 1916: «Cabaret Voltaire. Con este nombre se ha formado un grupo de artistas y escritores jóvenes con el objetivo de convertirse en corazón del entretenimiento artístico. El Cabaret Voltaire funcionará a partir de reuniones diarias en las que los artistas mostrarán su música y su poesía». El anuncio lo publicó un grupo de creadores de Alemania, Rumanía y Francia: Hugo Ball, Emmy Hennings, Hans Arp, Marcel Janco y Tristan Tzara. Si bien todos tenían entre veinte y treinta años, ninguno había cambiado su juventud por un uniforme.

Lo sucedido la noche inaugural, tres días más tarde, superó todas las expectativas. En palabras de Ball: «El local estaba lleno a reventar; muchos no

pudieron entrar». Lo que el abarrotado público experimentó fue una sinestesia nueva y abrumadora. Se describió como «ruido de música, poemas simultáneos recitados por entre cuatro y siete personas que hablaban a la vez, danzas extrañas con máscaras grotescas y disfraces sofisticados interrumpidas por lecturas de versos sonoros en alemán y francés que no tenían parecido con ningún sonido de la tierra». Era, citando el poema dadaísta de Richard Huelsenbeck, «El fin del mundo».

De hecho, como los movimientos que inspiraría, el dadaísmo no suponía una ruptura tan radical con el pasado como le hubiera gustado parecer. Pero la contienda confería a su paganismo obsesivo y a su provocación una urgencia demencial: «Pandemonio, destrucción, anarquía contra todo..., ¿por qué deberíamos mantenerlo bajo control? ¿Qué pasa con el pandemonio, la destrucción y la anarquía de la Guerra Mundial contra todo?». Las actuaciones en el Cabaret Voltaire dramatizaban un hecho que muchos europeos empezaban a entender. La guerra no solo había destrozado las ilusiones, las vidas y los regímenes políticos, había pulverizado por completo el lenguaje, el sentido y la razón.

Los dadaístas transcribieron el «mundo de ruido» del Frente Occidental en asaltos verbales convulsivos, al tiempo que imitaban el lenguaje sonoro de los esquizofrénicos: *zimzim urallala zimzim urallala zimzim zanzibar zimzella zam elifantolim brussala bulomen brussala bulomen* . Incluso su nombre representaba un trastorno: la repetición sin sentido del dadá coincidía con la regresión ciega que era uno de los principales efectos psicológicos del conflicto, lo que Ben Shephard describió como un «retroceso a la infancia». El término «Dadá» también suena exactamente igual que la llamada de un niño al padre: en este caso, sin embargo, no se trataba de una llamada, sino de una maldición.

Había que destruirlo todo. «Estábamos dispuestos a sembrar el malestar hasta el límite de nuestras capacidades –escribió Hans Richter–, y este malestar provenía de varias fuentes. Algunos sentían la posibilidad o la certeza de un nuevo camino; en otros casos se remitían a la falta de fe en la sociedad, en la nación, en el arte, en la moralidad y, en última instancia, en el hombre mismo, el hombre: esa bestia salvaje irrecuperable, la apuesta perdida. Para otros se trataba sencillamente de su propio malestar interno, tanto si este era un reflejo

del que nos rodeaba o mera rebeldía juvenil. En todos los casos era la juventud y una mezcla de todos estos elementos».

La influencia del dadaísmo en el periodo bélico fue muy limitada, pero recogió una verdad subyacente en su tiempo. La guerra había conllevado realmente «El fin del mundo» y sus devastadoras implicaciones se manifestarían en todos los países implicados. En toda Europa la contienda había golpeado de manera implacable a las poblaciones civiles. La brutalidad de las masas se había adentrado en el alma de la gente: era como si ellos también se hubieran convertido en máquinas. La gran causa común de 1914 había resultado ser mentira y el lugar del idealismo lo ocupó «una indiferencia y una temeridad entre la gente de un tipo que no habían conocido antes».

Sin embargo, la esencia de los mitos paganos del sacrificio supone el inicio de un nuevo ciclo, el final de un mundo presagia el principio de otro. Del degenerado sistema imperial del siglo XIX provino la idea regenerativa de una sociedad de masas más equitativa. La guerra había hecho trizas para siempre la deferencia inconsciente en la que los respectivos sistemas de clases de los países europeos combatientes se habían basado. Al sumarse a los esfuerzos bélicos, secciones hasta entonces no valoradas de la población ganaron un cierto nivel de confianza y autodeterminación.

La Gran Guerra destrozó para siempre la obediencia automática que los mayores esperaban de sus hijos. Tanto si era la quinta de 1914 o los nacidos en 1902, un gigantesco grupo formado por millones de jóvenes europeos había compartido experiencias similares. Después de haber tenido que afrontar de forma prematura responsabilidades propias de adultos, no estaban dispuestos a volver a la situación previa de invisibilidad. La guerra creó y brutalizó a la nueva sociedad de masas de la juventud.

■ ■ ■

1. Por el famoso psiquiatra de Zúrich, el profesor Bleuler, en 1911. Su definición del estado describía un trastorno mental «caracterizado por el pensamiento autista». Entre los síntomas se incluían: «pérdida de relación emocional con el entorno, negatividad u obediencia automática, así como alucinaciones».

2. Encabezado por David Lloyd George, un veterano defensor de la abstinencia, el Gobierno había situado en la diana tiempo atrás los horarios de apertura de los bares (de hasta dieciocho horas al día) y en 1917 los restringió a tres o cuatro horas diarias en todo el país.

3. En Alemania, la socialista radical Rosa Luxemburgo fue encarcelada en abril de 1915 por liderar una protesta pública; en Gran Bretaña, las continuas ampliaciones de la DORA hicieron ilegal la expresión pública de sentimientos antibélicos, so pena de multas, cárcel y ostracismo social. El cofundador de la No-Conscription Fellowship (Asociación Contra el Reclutamiento), Clifford Allen, fue juzgado, condenado a trabajos forzados y arrestado de nuevo tras su liberación. En enero de 1918, el objetor de conciencia Henry Firth murió a causa de las condiciones de su encarcelamiento; Bertrand Russell fue condenado a seis meses de prisión por defender abiertamente la negociación de la paz.

CAPÍTULO 13

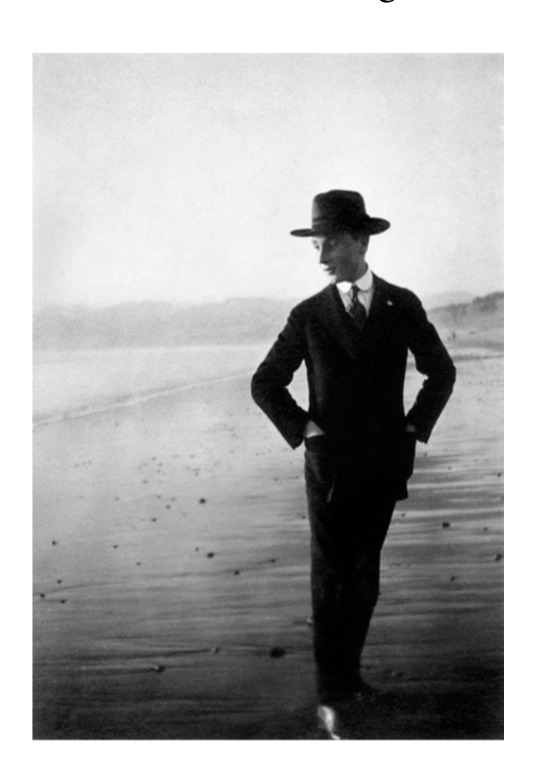
Bandas de *jazz* y *doughboys*

La juventud estadounidense llega a Europa

■■■

No quiero llegar a viejo –dijo William, seriamente–. Prefiero hacer lo que quiera ahora y morirme un poco antes.

Booth Tarkington, *La edad ingrata* , 1916.



«Adolescente estadounidense», década de 1910.

Dos años después del inicio de la Gran Guerra, Estados Unidos seguía manteniendo su neutralidad. Un minúsculo porcentaje de sus jóvenes estaba, no obstante, implicado ya en los combates. En septiembre de 1915, Theodore Roosevelt había llamado «a todos los jóvenes que acaben de salir de la universidad» a ir a Europa «para intentar prestar alguna ayuda». Unos 25 000 titulados se sumaron a organizaciones como la Legión Extranjera de Francia, la Escuadrilla Lafayette o el servicio de voluntarios de la American Field Service, que atrajeron a figuras tan diversas como John Dos Passos, Ernest Hemingway y Harry Crosby.

Para muchos, la motivación era la mera emoción. Uno de sus representantes más locuaces, el poeta Alan Seeger, escribió cuando se preparaba para un ataque, en julio de 1916: «Me alegro de ir en la primera oleada. Si te vas a meter en esto es mejor llevarlo al límite. Y esta es la experiencia suprema». Seeger murió poco después, en la batalla del Somme, la ofensiva aliada que destrozó el ejército de voluntarios de Gran Bretaña: el primer día de la campaña se produjeron 60 000 bajas. Flandes quedó sumida en el olor de los cuerpos desmembrados en putrefacción.

A un océano de distancia de este infierno, los jóvenes estadounidenses eran idealizados en una «escena de cuento de hadas» en total consonancia con *Peter Pan* : «Del otro lado de la valla, brillantes siluetas volaban, resplandecían, temblaban sobre una plataforma blanca, mientras en lo alto del cielo la joven luna rociaba una débil luz entre las hojas de arce, hacia la cual procesiones de globos rosados colgaban flotando en la noche azul». Este era el idilio de inocencia prelapsaria representado en el libro juvenil más vendido aquel año en Estados Unidos: *La edad ingrata* , de Booth Tarkington.

Bien conocido ya por su trabajo como novelista, Tarkington había visto cómo se disparaba su popularidad con la publicación en 1914 de su novela infantil *Penrod* . Al elevar la edad del protagonista en su nueva novela estaba intentando capturar qué se sentía al ser adolescente: «A ojos del joven, el tiempo no es realmente fugaz –escribió más tarde–. El tiempo es largo... tan largo en términos prácticos que el presente parece ser permanente». Subtitulada *Una historia de juventud y verano* , la naturaleza episódica de *La edad ingrata* estaba diseñada tanto para la publicación por entregas en revistas como para adaptarse a la percepción de sus jóvenes lectores.

Booth Tarkington fijó su arcadia adolescente en un entorno estadounidense clásico: la pequeña ciudad del Medio Oeste libre de guerras, ansiedad e incluso todo sentido de la existencia del mundo exterior. En este entorno herméticamente cerrado el principal problema que afronta William Sylvanus Baxter, de diecisiete años de edad, [*] es su frustrada persecución de Lola Pratt, una pesadilla que llega a la ciudad de visita utilizando un deliberado lenguaje infantil y vestida con un traje blanco. La trama, tal y como está planteada, se centra en los intentos de William por superar los complejos rituales de cortejo impuestos por la caprichosa e indiferente Lola.

En lugar de escribir himnos al sacrificio de las masas, William compone malos versos de enamorado. Es el clásico soñador estadounidense que habita un mundo que Tarkington llama «rosada telaraña». Fantasea con ser poeta y actor y se imagina subiendo al patíbulo, como Sydney Carton en *Historia de dos ciudades* , para demostrar la trágica sinceridad de su amor no correspondido. La realidad es, no obstante, algo distinta. Sus amigas y su hermana menor se burlan de sus elevados sentimientos, mientras que su vecino, el señor Parcher, obligado a contemplar el cortejo de William, termina metiéndose enfadado en la cama.

Estas parábolas familiares sobre las normas de comportamiento provincianas enmascaraban una afilada observación de la sociedad. Tarkington identificaba en la figura de William Baxter –medio niño y medio hombre– esa edad concreta que configuraba la definición aún no estandarizada de la adolescencia. Al definir este año crucial, también señalaba la que se convertiría en temática perpetua de la cultura juvenil posterior. Los diecisiete años marcarían el momento en el que los adolescentes se liberan de las ataduras del control parental y empiezan a abrirse camino en el mundo de coetáneos que conforma el trampolín a la independencia. [1]

Tarkington también incluyó precisas observaciones psicológicas para despertar las emociones de sus lectores adolescentes. Los cambios de humor de William son evidentes. Como una de sus amigas señala: «Nada le gusta. Tiene diecisiete años». Persigue sistemáticamente la madurez: como insiste a sus padres, «voy a cumplir dieciocho», lo cual, hasta donde a él le concierne, es suficiente edad para casarse y entrar en la edad adulta. Estos argumentos no suponen ningún cambio. Sus progenitores pueden permitirle sus caprichos,

pero tienen la última palabra; así lo explicita su padre al negarle el traje que le conferirá más edad: «Eres demasiado joven, Willie».

Imagine lo que imagine, William aún habita la ambigua zona entre la infancia y la edad adulta: independiente en términos mentales, aunque en realidad demasiado dependiente de sus padres. Tarkington define este como «el momento de la vida en que a uno le resulta intolerable no parecer perfecto en todos los aspectos exteriores: en la sofisticación, en la fortuna, en la familia, en la distinción, la elegancia, y la dignidad de todas las apariciones públicas. Y, aún con eso, el joven se ve continuamente traicionado por el niño que sigue insistiendo de forma intermitente en su interior, y por el niño que la gente poco diplomática asume con demasiada frecuencia que es».

Con una agudeza delicada y pícara, Tarkington empatizaba y a la vez se burlaba de su joven protagonista. *La edad ingrata* fue un texto influyente, si bien de transición, que amplió las definiciones contemporáneas de la juventud, al mismo tiempo que promocionaba la idea de que los adolescentes de clase media vivían en un mundo específico propio. El texto subrayaba el planteamiento de que la juventud era una raza aparte, que podía conformar un mercado en sí misma que, de hecho, podía ser objeto de ambición, en lugar de un mero problema social o una pieza de maquinaria estropeada que necesitaba ser debidamente ajustada.

Por encima de todo ello, constituía una mirada muy nostálgica a una época y a un género que en 1916, con independencia de los acontecimientos en Europa, estaba al borde de la desaparición. Tras pasar periodos en París y Nueva York, Tarkington había regresado en 1911 a su ciudad natal, Indianápolis, y la había encontrado con las cicatrices de la contaminación industrial. Clamando contra las grandes empresas, a las que llamaba «los salvajes del mundo», el autor decidió ignorar el hollín y el pestilente humo para situar a sus personajes en el Medio Oeste puro y preindustrial de su propia adolescencia, a mediados de la década de 1880: «Aquellos días sencillos» que ya habían «terminado para siempre».

Al recurrir a su propia biografía y a una época pasada y venerada, Tarkington estaba escribiendo en consonancia con los dictados del género de los *boy books* (destinados no solo a niños y adolescentes, sino también a personas de mediana edad con una situación acomodada). *La edad ingrata*

podía haber ampliado el objetivo de edad típico del género por encima de los catorce años, pero omitía de forma deliberada cualquier mención a la sexualidad adolescente que Freud había ya analizado y que la industria estadounidense pronto trataría de explotar. Baxter y sus compañeros quedan retratados justo en la cúspide de la toma de conciencia generacional que pronto se produciría.

En cierto sentido, *La edad ingrata* estaba obsoleta desde el momento de su publicación. No mencionaba las culturas juveniles urbanas, las danzas animales, el *ragtime* ni el cine. Sin embargo, no estaba concebida como documental, sino como obra de la imaginación, y con su éxito reforzó la particular naturaleza de la adolescencia estadounidense: una etapa definida además de por el regocijo y la facilidad para la ensoñación, por un entusiasmo y una inocencia inextinguibles. Como su propio país, Willie Baxter no se veía todavía limitado por el peso de la experiencia. Miraba con confianza a un futuro que ofrecía una seguridad que lo hacía libre de vivir únicamente en el presente.

■ ■ ■

Esta juvenil espontaneidad podía oírse en un tipo de superventas cultural muy diferente que, a principios de 1917, encarnaba el sistema nervioso de los adolescentes urbanos estadounidenses. Pese a las campañas de corte moral, la música de los negros y los bailes que esta inspiraba se siguieron extendiendo por el país y entre las distintas clases sociales. Precisamente cuando los moralistas empezaban a cercar Storyville, el barrio rojo de Nueva Orleans, la música que se había originado allí (tan nueva que apenas sí tenía nombre todavía) comenzó a diseminarse con sus músicos por todo el país.

En marzo de 1917, la Victor Talking Machine Company, por entonces la discográfica más grande del mundo, publicó el disco de 78 rpm de la ODJB (Original Dixieland Jass Band) que incluía los temas «Dixie Jass Band One Step» y «Livery Stable Blues». La grabación supuso todo un logro para este conjunto blanco de Nueva Orleans que apenas había llegado a Nueva York dos meses antes. Otros grupos de Nueva Orleans habían tocado en Nueva York, pero lo hacían formando parte de algún espectáculo de vodevil; por el

contrario, la ODJB era la estrella del espectáculo, contratada para alimentar a los bailarines que aún colmaban la vida nocturna de Manhattan.

En Nueva York no se había oído nada parecido a lo que tocaban en el Reisenwerber's, un local de moda del Upper West Side: la pista de baile pronto se llenó de «encendidos universitarios y la más atrevida alta sociedad». La ciudad seguía siendo el centro de la industria musical y apenas un mes después de llegar, la ODJB fue invitada a una audición para la Columbia Graphophone Company. Su música era tan estridente y violenta que la sesión terminó con la incomprensión mutua del grupo y los ingenieros de sonido. Cuando fueron a grabar con la Victor, cuatro semanas más tarde, consiguieron lo que pretendían, entre ambas partes cristalizaron el órdago del nuevo estilo: el *jass* .

El término, como la música, tenía su origen en el barrio rojo de Nueva Orleans y provenía de una palabra africana para las relaciones sexuales. El término *jass* ya se utilizaba a mediados de la década de 1910, si bien la música llevaba un par de décadas desarrollándose: como su nombre sugería, era mucho más libre y desenfrenada que el *ragtime* . En lugar de las arcaicas marchas de Sousa, que anclaban al *rag* en el siglo XIX , el *jass* , o *jazz* , como pronto pasó a ser conocido, incluía varios instrumentos de viento que tocaban vinculados y desligados de la melodía, con un piano de *rag* que marcaba la base y estruendosos ritmos tribales que elevaban la intensidad al máximo.

Nick LaRocca y Larry Shields, corneta y trombón respectivamente de la ODJB, no habían todavía cumplido los treinta años y habían tocado con Jack «Papa» Laine, el líder de orquesta blanco más destacado de Nueva Orleans. Se habían inspirado en eminentes bandas de negros como la Kid Ory's Brownskin Band y la Olympia, en la que tocaban Sidney Bechet y King Oliver. Como muchos músicos de Nueva Orleans, habían empezado a desplazarse fuera de la ciudad y se habían mudado a Chicago el año anterior, donde formaron la ODJB; el traslado a Nueva York se produjo gracias al apoyo del artista de vodevil Al Jolson.

A los estadounidenses de mediana edad «Dixie Jass Band One Step» les debió de sonar a caos, una cacofonía de corral. LaRocca y Shields tocaban con una exuberancia explosiva, mientras que el trombón de Eddie Edwards transmitía un ímpetu irresistible. Apuntalando esta incesante galopada al futuro estaba la destacada y ruidosa batería de Tony Sbarbaro, de diecinueve

años. La promoción del grupo se basó en su radical novedad, con eslóganes como «Armónicos desafinados tocan "Melodías picantes"» y citas de LaRocca en las que aseguraba que eran anarquistas musicales y que el *jazz* era «el asesinato de la melodía».

El *jazz* estaba en las primeras etapas de la atención mediática (una fase de transición marcada por el uso por parte de la ODJB de la grafía que pronto quedaría obsoleta), pero llevó la locura por las danzas animales a un escalón superior: según señaló *Variety* ese mismo mes de marzo, «esta música vivaz y marchosa es lo que quieren los bailarines». Como sucedía con las productoras cinematográficas, la industria musical siempre podía verse sorprendida por los mandatos del gusto popular. Aunque la Tin Pan Alley prefería controlar el mercado con su mezcla patentada de canciones sentimentales y nostálgicas, siempre se interesaba por las novedades (así se presentaron, de hecho, por primera vez el *ragtime* y el *blues)* .



The Original Dixieland Jazz Band, 1919.

Podría parecer que el nuevo estilo había aparecido de la nada; sin embargo, una vez que alcanzó la Costa Este, se convirtió rápidamente en la nueva moda. «Dixie Jass Band One Step» quizá no fuera el primer disco de *jazz* , pero fue el

primero en conectar con el público. Concebido expresamente para el baile, voló de las tiendas: a finales de abril de 1917, el mes en el que murió Scott Joplin, había vendido un millón de copias. Su éxito estaba bien fundamentado: a pesar de las difíciles circunstancias de su creación, el disco tenía toda la emoción y la frescura de la primera inocencia.

■ ■ ■

El éxito de la ODJB coincidió con la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial: el 2 de abril de 1917, después de tres años de presiones y debates, el Congreso declaró la guerra a las Potencias Centrales. La opinión pública había necesitado un tiempo para dejarse convencer. Entre las fuerzas organizadas en contra de la implicación en el conflicto estaban los poderosos grupos de presión alemán e irlandés, pacifistas como Henry Ford y los aislacionistas que se adherían a la Doctrina Monroe. Asimismo, la neutralidad le estaba viniendo muy bien a Estados Unidos: a finales de 1916 sus fábricas suministraban el 40 % de la munición británica.

Estados Unidos tenía que crear un ejército masivo prácticamente de cero. Sin la década de preparación para el conflicto a la que con tanto entusiasmo se había entregado Europa, Estados Unidos no había considerado necesario un gran ejército permanente: en el momento de la declaración incluía únicamente a 125 000 oficiales y soldados. Sin embargo, la voluntad organizativa estadounidense era sólida: en mayo de 1917 se introdujo de forma inmediata el servicio militar obligatorio cuando el Congreso aprobó la Selective Service Act (Ley de Servicio Militar Selectivo) para el registro y la clasificación de todos los hombres disponibles con edades comprendidas entre los veintiuno y los treinta años.

Cerca de 10 millones de hombres de esas edades se presentaron en junio de 2017, a los que se sumaron otros 15 en junio, agosto y septiembre de 1918 (casi la mitad de la población masculina total de Estados Unidos). Esta sorprendente e instantánea movilización en masa, sin embargo, no se tradujo de inmediato en tropas sobre el terreno. Solo un 10 % de cuantos se registraron terminó incorporado a las Fuerzas Expedicionarias

Estadounidenses, pero antes tenía que superar seis meses de entrenamiento en Estados Unidos y otros dos más en Francia.

La guerra no era universalmente popular entre la juventud estadounidense, aunque esta se situó en su mayor parte en línea con la posición oficial. A su decisión contribuyó un incesante aluvión de propaganda. La mayoría de los periódicos y revistas apoyaba la lucha. Hollywood empezó a producir películas como *The Beast of Berlin* , mientras que la Tin Pan Alley publicaba melodías bélicas como «Over There», de George M. Cohan, que en la primavera de 1917 vendió un millón de copias. Stanley Hall consideraba que la contienda era un purgante necesario para una nación «perezosa y material»: le alegraba el hecho de que los 10 millones de jóvenes estadounidenses se tuvieran que enfrentar a su «prueba de fuego».

Pese a todo, hubo oposición. En la primera llamada a filas, 50 000 hombres solicitaron una exención y 250 000 no llegaron a registrarse. Entre quienes protestaban destacaban los que lo hacían por motivos religiosos y políticos. La disidencia también anidaba entre los inmigrantes recién llegados, así como entre los delincuentes juveniles y la bohemia. Bandas como los Hudson Dusters lamentaban la intrusión del servicio militar en sus actividades, mientras que para los intelectuales que colaboraban con el diario socialista *The Masses* , la guerra era poco menos que «una horrible locura multitudinaria».

Toda la oposición recibió una respuesta sumaria. Los encuentros antibélicos eran disueltos con violencia y figuras prominentes como Emma Goldman y el líder socialista Eugene Debs fueron encarcelados. Las purgas de los insumisos que eludían el servicio militar –como la «redada de vagos» de Nueva York que en el verano de 1918 se elevó a 16 000 hombres– eran llevadas a cabo mediante humillaciones públicas. Se quemaron libros en alemán y algunos alemanes fueron emplumados. En San Luis Oriental, la llegada de trabajadores negros desencadenó disturbios raciales en julio de 1917, en los que fueron asesinados unos cien afroamericanos.

Las campañas moralistas de comienzos de la década de 1910 no fueron más que un ensayo general para la ola de represión que se desató a partir de abril de 1917. Aprovechando este ambiente xenófobo y restrictivo, la principal organización a favor de la ley seca, la ASL (Anti-Saloon League [Liga Anti-Saloon]), sumó el patriotismo a su cruzada, cada vez más visible. El principal

líder de la organización, Wayne Wheeler, logró convencer al secretario de Estado de Defensa de «proteger a los chicos del Ejército de los ruinosos efectos del alcohol durante la guerra». La ASL llegó a patrocinar el «Congreso Mundial para la Ley Seca» en Columbus (Ohio), a mediados de noviembre de 1918. Llegado ese momento, la ilegalización del alcohol en Estados Unidos parecía inevitable.

Sin embargo, el Viejo Continente no vio este rostro de Estados Unidos en 1917 y 1918. En la llegada de los soldados de infantería estadounidenses –conocidos como *doughboys* –, los europeos asediados por la guerra prefirieron ver inocencia, salud, vitalidad y esperanza. En el Frente Occidental, su mero estado físico, que no se había visto afectado por cuatro años de conflicto, se percibió como algo poco menos que milagroso. Según un oficial francés: «Todos teníamos la misma impresión de que estábamos a punto de presenciar una milagrosa transfusión de sangre. La vida estaba llegando en riadas para reanimar el cuerpo moribundo de Francia».

Estos dechados de «simpatía y sonrisas», los primeros estadounidenses que la mayoría de los europeos había visto en carne y hueso, ofrecían la esperanza que se había considerado ya perdida para siempre. Parecía al fin que la guerra pudiera ganarse. «Así que estos eran nuestros salvadores, al fin, marchando carretera adelante», escribió Vera Brittain cuando vio por primera vez a los *doughboys* en abril de 1918. «Parecía haber cientos y en el paso decidido y sin temor de su orgullosa fortaleza representaban un formidable baluarte contra el peligro que nos acechaba desde Amiens».

Además de la importantísima ayuda material y de tropas (que en el verano de 1918 empezó a desnivelar la balanza en contra de Alemania), la entrada estadounidense en Europa trasladó todo un abanico de ideas, prácticas y costumbres nuevas que empezaron a transformar de inmediato la vida de la población abrumada por la guerra. Con su combinación de capacidad industrial, vitalidad cultural y confianza en su físico, Estados Unidos encarnaba el futuro para muchos europeos, en mayor medida aún cuando el armisticio de noviembre de 1918 dejó al descubierto un aterrador vacío en los países combatientes.

El alto el fuego oficial se produjo la undécima hora del undécimo día del undécimo mes de 1918, una fecha apropiadamente mística para una guerra tan

estadística. Mientras que las Potencias Centrales perdieron 3,5 millones de soldados en el campo de batalla, para los aliados fueron más de 5. Murió una media de 5600 hombres cada día de combate. No se hizo un recuento por edades de estas bajas, un indicador de la inexistencia de una idea de la juventud como grupo separado. Sin embargo, si asumimos que la franja de edad entre catorce y veinticuatro años representaba al menos un tercio de las muertes estimadas (un total cercano a los 9 millones), podemos concluir que murieron 3 millones de adolescentes. [2]

Suponía la destrucción de toda una generación: una cicatriz psíquica descomunal sin cerrar. Las celebraciones que siguieron al 11 de noviembre poco pudieron hacer para llenar este vacío. Aunque las multitudes atestaron las calles de las capitales aliadas, muchos soldados se sentían rabiosos, vacíos o superados por la pérdida. «Este mundo era ya diferente del que conocí durante cuatro años que parecieron una vida –reflexionaba Vera Brittain–, un mundo en el que la gente sería desenfadada y desmemoriada, en el que sus propias vidas, sus carreras profesionales y sus diversiones borrarían los ideales políticos y las grandes cuestiones nacionales».

Los jóvenes alemanes ni siquiera tenían el consuelo de la victoria. En Berlín, el inválido George Grosz encontró una salida para su «odio» en el dadaísmo alemán, un movimiento que «era nihilismo puro y absoluto, y nuestro símbolo era la nada, el vacío, el agujero». «Nos especializábamos en burlarnos de todo, no había nada que escapara a nuestro sarcasmo, escupíamos a cuanto se nos pusiera por delante». Para Sebastian Haffner, que tenía entonces once años, la derrota significó el derrumbamiento instantáneo de todo su sistema de valores. «¿A qué agarrarse, dónde encontrar la seguridad, en qué creer y confiar si los acontecimientos históricos eran tan alevosos? –rememoraría después–. Me encontraba ante un abismo. Sentí pavor ante la vida».

■ ■ ■

La posguerra llegó al instante con una serie de espasmos propios de una descarga eléctrica. En Alemania, once ciudades ondearon la bandera roja de la revolución socialista: en las calles de Berlín los radicales se enfrentaron con los derechistas *Freikorps* en el vacío de poder que dejó la desaparición del káiser.

En Londres, la muerte de una actriz de veintidós años, Billie Carleton, por una sobredosis tras una actuación en el gigantesco Salón de la Victoria del Albert Hall, [3] generó un nuevo pánico en los medios a propósito de los «cigarrillos de cocaína» y el intento por parte de Alemania de subvertir el país con narcóticos.

En la primera semana de enero de 1919, Jacques Vaché murió en Nantes por una sobredosis de opio. Tres días después del armisticio había escrito a su amigo André Breton: «Quizás salga de la guerra un poco chocho, como esos maravillosos idiotas de pueblo (y lo deseo), o bien… o bien… ¡qué película interpretaré! ¡Con los locos automóviles, ya sabe, puentes que ceden y manos gigantes que trepan por la pantalla hacia algún documento!… ¡inútil e inapreciable!».

El Viejo Continente había sido destruido y el Nuevo Mundo entraba en tromba. Con sus *doughboys* , sus películas y su música, Estados Unidos había cruzado el Atlántico y Europa danzaría al ritmo de otra canción. En enero de 1919, la revista *Tatler* de Londres señalaba: «Se comenta que están abriendo clubes nocturnos por doquier y las modistas dicen que están abrumadas por los incesantes encargos de vestidos de baile. No pueden encontrar suficientes negros que toquen *jazz* y por lo visto están pensando en contratar pelotones de "tarados" para tocar los ruidos locos del *jazz* hasta que haya más barcos disponibles para traer a los mejores "músicos" de *jazz* negros de Nueva York».

Tres meses más tarde, la Original Dixieland Jazz Band llegó a Londres para una prolongada estancia que ofreció a los europeos su primer encuentro con el verdadero *jazz* estadounidense. [4] Su debut a principios de abril en el London Hippodrome fue anunciado en un artículo de un periódico que hablaba del *jazz* en términos de «pieles rojas, negroides y salvajes de África Occidental», antes de asegurar a sus lectores que «los intérpretes son todos blancos… tan blancos como pueden ser». Cuando por fin actuaron, la acogida fue tan frenética que la que se suponía que sería la estrella de aquella velada, el cómico George Robey, amenazó con marcharse a menos que despidieran al grupo.

Pese a la controversia, la residencia de la OJDB en el London Palladium y en el Hammersmith Palais fue todo un éxito: ilustraba el hecho de que se consideraban la vanguardia de un nuevo estilo la presencia de un bailarín, Johnny Dale, para mostrar los últimos movimientos del *jazz* . Sus actuaciones eran, según los gustos, «inteligentes y de una agilidad maravillosa» o «como un

filete de anguila a punto de darse un chapuzón en el potaje». La recepción que recibieron demostraba un salto generacional: en un lado, los críticos de mediana edad, que pensaban que el *jazz* era «impertinente»; y en el otro, los entusiasmados jóvenes, a los que se sumaban los *doughboys* de permiso.

La juventud estaba muy solicitada al comienzo de 1919. Con el vacío creado por cuatro años de muerte y destrucción, no podía haber vuelta atrás. Lo único que quedaba era seguir adelante, el impulso natural de la adolescencia se veía representado de pleno por la sorprendente novedad del *jazz* . Estados Unidos encarnaba la inocencia y el entusiasmo de la juventud y para los jóvenes europeos no había duda sobre su atractivo. América se convertiría en la nueva arcadia, un mundo de placer tecnológico-pagano más seductor que cualquier cosa que hubieran podido ofrecer los ideólogos de la juventud de la primera década del siglo. Y con mayor atractivo aún porque solo podía experimentarse en la distancia.

■ ■ ■

1. De hecho, los diecisiete años serán la edad concreta que marcará las declaraciones juveniles que van a definir a las generaciones futuras. Considérese la novela juvenil más popular de 1942, *Seventeenth Summer* , de Maureen Daly. De igual modo, fuera del marco temporal de nuestra obra, considérese la canción de los Beatles «I Saw Her Standing There», también titulada «Seventeen», y la de los Sex Pistols del mismo nombre. La edad de Pinkie en *Brighton, parque de atracciones* (1938), de Graham Greene, también era esta: «La sangre rebullía en sus venas aunque procuraba disimularlo. Toda aquella charla no era más que un insulto grosero. Pero él mostraría al mundo de lo que era capaz a pesar de tener diecisiete años solamente».
2. Esta cifra no incluye a los que sufrieron daños físicos o mentales ni a los cientos de miles de civiles muertos no solo por la contienda, sino por la epidemia de gripe que la guerra favoreció.
3. Marek Kohn, en *Dope Girls* , pág. 97, señala que es más probable que la muerte de Carleton fuera causada por el Veronal, un barbitúrico que tomó para reducir un desorbitado colocón de cocaína.
4. Habían cambiado su nombre en consonancia con la grafía generalizada.

---

* N. del T.: El título original del libro hace referencia, de hecho, a la edad de su personaje, *Seventeen* .


CUARTA PARTE
1919-1929

CAPÍTULO 14

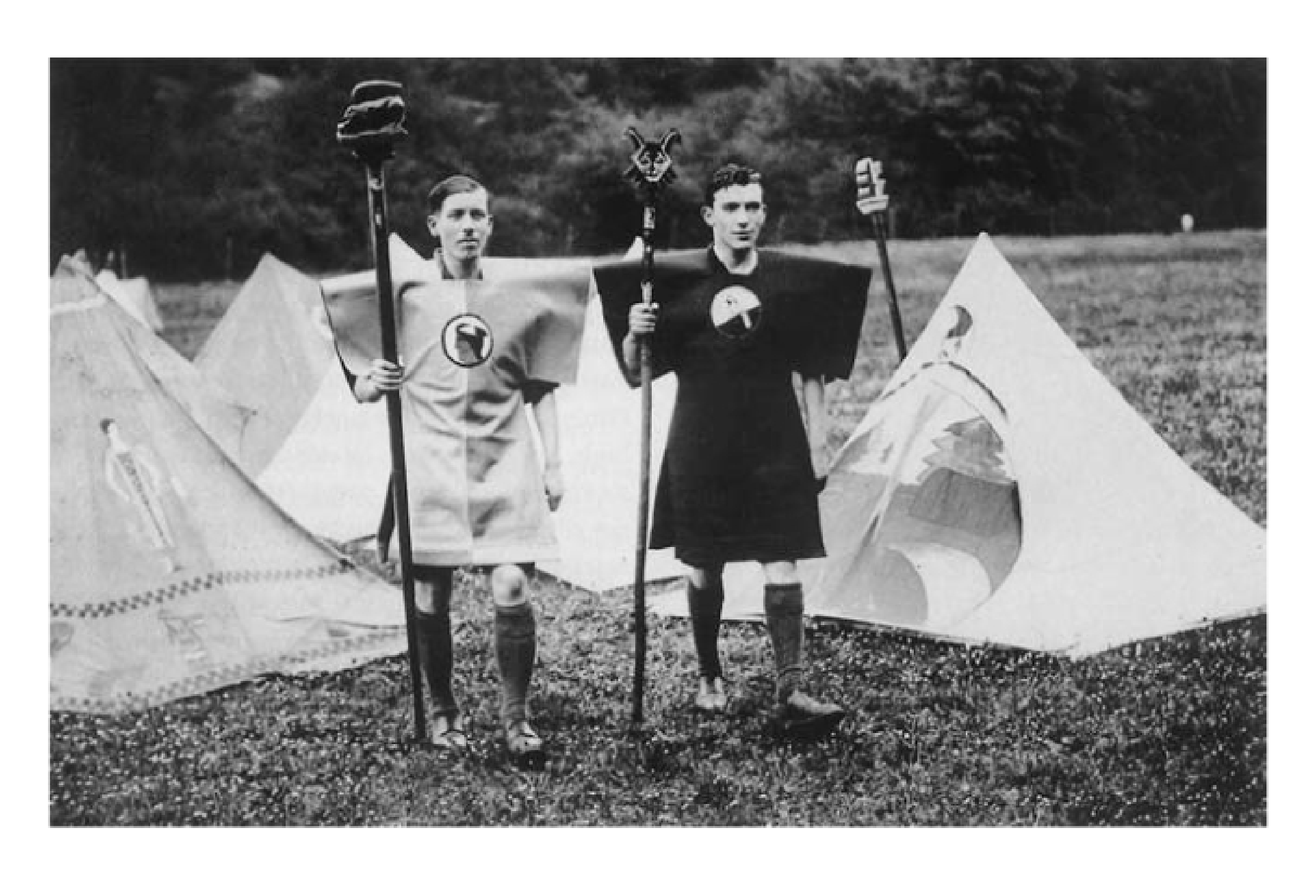
Conmociones de posguerra

Los *Fascisti* , los *Bunde* alemanes y la Woodcraft Folk

■ ■ ■

23 de febrero [1919]. Nubes y viento. Busco impaciente cualquier signo de la primavera. Esto me anima. Pero las consecuencias de la guerra son duras. El futuro es incierto: la vida se tambalea. Algunos puntos. (1) La Sociedad de Naciones se ha presentado en la Conferencia de París y se han abordado otros problemas. Una verdadera voluntad se abre camino. (2) El antiguo enemigo, Alemania, está agotado, pero se recupera rápidamente. Prevalece la indiferencia, aunque el bolchevismo no tiene gran presencia. (3) Rusia es la úlcera de Europa. Caos y oscuridad. (4) En nuestro país las huelgas están a la orden del día. Ahora la amenaza es una huelga de mineros. Esto puede significar el bolchevismo. (5) ¿Y el nuevo mundo? ¿Se va a convertir el planeta entero en Rusia?

Un chico, *Eighteen: A Diary of the Teens* , 1947.



Miembros de la Kibbo Kift Kindred en un campamento, 1928.

Los adolescentes de 1919 estaban en el umbral de un mundo incierto. Pese a la masacre, el conflicto no se resolvió con contundencia; tal y como el comandante de las Fuerzas Expedicionarias Estadounidenses, el general Pershing, señaló en su momento, la incapacidad de los aliados para destruir al Ejército alemán hacía la paz temporal. Asimismo, 1919 estuvo marcado por un aumento de la agitación en toda Europa: nuevos motines, huelgas de trabajadores en industrias esenciales, disturbios en zonas urbanas afectadas por la carencia de alimentos y una creciente polarización política. Las nuevas agrupaciones juveniles estarían marcadas por esta inestabilidad extrema.

El Tratado de Versalles podía haber señalado el final oficial del conflicto, pero fracasó a la hora de sanar las heridas físicas y psicológicas. Tampoco lo consiguieron los muchos actos conmemorativos, entre ellos la ceremonia celebrada para honrar al joven que, a ojos de los británicos, personificaba la generación condenada de la guerra. La obra de Brooke, recopilada en *Collected Poems* , ya había cosechado un gran éxito de ventas. En marzo de 1919 se conmemoró su muerte con la inauguración de un medallón de mármol con su retrato en la capilla de la Rugby School. El modelo para esta imagen idealizada fue la fotografía de perfil del joven Apolo realizada por Sherril Schell.

Era más fácil idolatrar a un dios joven y eternamente bello que vérselas con un neurasténico destrozado. Brooke encarnaba la persona que la población civil hubiera querido que fueran los veteranos de guerra: el lozano e idealista joven de 1914. La realidad era bastante diferente. El primer ministro británico, David Lloyd George, consideraba que «el mundo entero» estaba «sufriendo conmoción por artillería», un conjunto de síntomas que iba desde la amnesia a una catatonia total. La neurosis de guerra era tanto real (como demostraban los muchos veteranos afectados) como metafórica, en una Europa que oscilaba entre el olvido y un hedonismo desesperado y desorientado.

El periodista Philip Gibbs señaló que los veteranos que regresaban «se vestían con ropa de civiles de nuevo y miraban a sus madres y a sus mujeres de forma muy parecida a como lo hacían los jóvenes que se iban a trabajar en los pacíficos días previos a agosto de 1914. Pero, a su vuelta, no eran los mismos hombres. Algo se había trastocado en ellos. Sufrían repentinos cambios de humor y extraños ataques, profundos brotes depresivos que se alternaban con un deseo inagotable de placer». Vera Brittain percibió «una temeraria sensación

de liberación combinada con decepción» entre sus contemporáneos, que intentaban reconquistar «la juventud perdida que la guerra les había robado».

Robert Graves sintió la abrupta transición de la guerra a la paz como una enorme conmoción: «No solo carecía de experiencia en la vida civil independiente, por haberme marchado directamente de la escuela al Ejército: mental y nerviosamente seguía viviendo en la guerra. Los obuses seguían explotando sobre mi cama a medianoche [...] durante el día, los desconocidos que veía en la calle asumían los rostros de amigos muertos». Esta conmoción retardada era indicativa de la perturbación psicológica habitual entre los veteranos. Como no podía reconocerse en público, necesitaría años para sanar.

La juventud, oscilante entre los arrebatos y el bloqueo emocional, afrontó una nueva definición. En su crítica de los años veinte, *Doom of Youth* , Percy Wyndham Lewis señalaba que, una vez terminada la contienda, «todo el mundo quería, por así decirlo, nacer de nuevo. Borrar el pasado, especialmente el "prebélico". Esa era la idea». Sin embargo, esto era más fácil de imaginar que de conseguir. Aunque hombres de apenas dieciocho años eran los que regresaban del frente, bien podrían tener ochenta por el peso de sus experiencias. Muchos intentaron borrar sus recuerdos mediante un hedonismo obsesivo, pero el pasado siempre estaría ahí.

Ante una nueva idealización de la juventud como encarnación perfecta de esta *tabula rasa* , la generación que había nacido demasiado tarde para participar de forma directa en la guerra se encontró en una posición contradictoria. Habían sido incapaces de formar parte del conflicto que lo dominaba todo y al mismo tiempo era eliminado de la memoria. Si bien sus mayores y quienes apenas tenían algunos años más y habían combatido eran señalados como modelos de comportamiento, la realidad de los soldados que regresaron no estaba a la altura de su imagen heroica. Existía una amplia brecha que generaba hostilidad en ambas partes.

La generación de posguerra, «los que tenían doce años» de Ernst Glaeser, había sufrido severas privaciones durante los cuatro años anteriores: enfermedades, hambre y abandono. Al haber crecido sin padres ni escolarización, se había sentido compensada con un nivel de libertad inconcebible hasta entonces. La reinstauración de las estructuras sociales en 1919 no fue sencilla. Después de años de ausencia, sus padres eran «extraños,

grandes, intimidantes, avasalladores como fantasmas, imponentes como monumentos de piedra. ¿Por qué no nos dejaban? ¿Qué sabían ya de nosotros? Sabían, sí, dónde habitábamos, conocían nuestros nombres, pero de nuestra verdadera vida, de nuestro modo de pensar y hasta de nuestra figura, habían perdido ya toda noción».

Estas tensiones se vieron exacerbadas por el nuevo valor afirmativo conferido a la juventud y por el hecho de que la guerra parecía haber confirmado las profecías de la retórica radical contra los adultos de la década anterior. El primer año de paz, 1919, anunció la llegada de la adolescencia como poderosa fuerza social y política en Europa. Como principio positivo, si bien abstracto, la juventud encarnaba la precipitada fuga hacia el futuro. Cómo pudiera ser este era menos relevante que lo que definitivamente no sería: ese mundo anterior al conflicto, con sus certezas decimonónicas, que había resultado un engaño lisonjero con sus ideas de estabilidad y progreso liberal.

La juventud se convirtió en un concepto abstracto separado de la biología. Según Robert Wohl, en 1920 el término «tenía únicamente una tenue vinculación con la edad cronológica. Ser "joven" significaba meramente tener receptividad para lo nuevo y la vitalidad requerida para afrontar y superar la dura experiencia de la crisis». La juventud parecía ser una nueva forma de fuerza revolucionaria que podría ofrecer una tercera vía entre el capitalismo y el comunismo. «La civilización estaba a punto de morir –opinaba el joven idealista Leslie Paul– y el futuro nos pertenecía solo a nosotros, los jóvenes, que íbamos a construir uno mejor».

Un profundo rencor apuntalaba toda esta situación. Lo que había sido en su tiempo coto vedado de unos cuantos poetas disidentes se estaba convirtiendo con rapidez en la historia aceptada del conflicto. En 1920, el año en que se recopilaron los poemas de Wilfred Owen, Philip Gibbs publicó un temprano texto revisionista, *The Realities of War* , en el que revelaba sus verdaderos sentimientos sobre «esos cinco años de sacrificio de muchachos de los que fui testigo». Y ¿a quién se podía culpar? «Los mayores dirigieron su sacrificio, los especuladores se enriquecieron y el fuego del odio fue cebado en banquetes patrióticos y desde los sillones de los editores».

■ ■ ■

La juventud había sido traicionada por sus mayores y había llegado el momento de reconocerlo. En los años inmediatamente posteriores a la guerra se produjo un rápido incremento de la incidencia de la agresividad adolescente en toda Europa, ya fuera en la política radical y sin vinculaciones de clase del nuevo Partido Fascista, en obras teatrales expresionistas como *Vatermord* (Parricidio), de Arnolt Bronnen, o en las investigaciones sociológicas que aspiraban a definir este abismo generacional. Ser padre en 1919 y 1920 significaba formar parte de la generación que había enviado a los jóvenes a la guerra. Los veteranos y sus compañeros más jóvenes intentaron volver las tornas y reescribir las leyendas infanticidas.

Con el término «generación» creciendo en popularidad y significado, apareció la necesidad de una definición más precisa. En 1920, François Mentré, sociólogo francés de cuarenta y tres años, publicó una actualización de la investigación de Agathon previa a la guerra que tituló *Les générations sociales* . Su objetivo era abordar el problema central de la teoría generacional: todos los días nacen niños, por lo que el movimiento de la población es continuo e ininterrumpido. No existe ruptura biológica evidente. Entonces, ¿por qué debería un grupo de personas concebir una identidad diferente de la de otro grupo basada en la edad? ¿Cómo se produce esta ruptura?

La respuesta de Mentré consistió en formular la idea de una generación social, la cual definía con una amplitud de unos treinta años, el periodo que marca la conclusión definitiva de la perenne lucha entre padres e hijos. Esta idea implicaba de forma explícita una conciencia colectiva de sí mismo por parte del grupo: «Cuando un hombre se refiere a su generación, utiliza una expresión que es completamente diáfana, aunque no cronológica. Con esta designa a los que tienen más o menos su misma edad, sus compañeros de estudios y amigos, aquellos que estaban creciendo a la vez que lo hacía él y con los que compartía esferas de actividad e influencia».

Era un concepto abiertamente elitista: «La mayoría de los hombres desempeña papeles mudos en el gran coro humano y ofrece el telón de fondo para el gran baile de gala de la historia». Mentré defendía que cada periodo contaba con su grupo generacional dominante, una vanguardia que daba forma a los deseos subyacentes de sus contemporáneos y de la nación en su conjunto. Este grupo era como un ejército: «Una profunda masa» de «existencias

masculinas que no son rigurosamente contemporáneas, pero que obedecen a un único impulso y se ven animadas por las mismas ambiciones y esperanzas».

Si bien era un punto de partida útil, el problema con esta teoría residía en que no tenía en cuenta la diferencia entre generaciones que en ese momento se producía en la Francia de posguerra. Treinta años era un marco temporal excesivo para explicar el rápido ritmo de cambio. Mentré admitía que, después de la guerra, las generaciones sociales se habían fragmentado en dos, tres o cuatro segmentos. Esto se había producido, aseguraba, «¡porque la gente joven tiene demasiadas ganas de conseguir atención pública y usurpa con facilidad los derechos de sus mayores!».

La contienda representaba una ruptura tan fundamental que varias generaciones competían por el protagonismo. Estaban aquellos nacidos en la década de 1880, la Generación A, los ideólogos conservadores que habían alimentado la fiebre bélica de 1914. Había una segunda generación, la B, que, nacida en torno a 1890, se había incorporado a la guerra a comienzos de la edad adulta. La Generación C, unos años más joven, había pasado directamente de la escuela a las trincheras; mientras que la Generación D, la de los nacidos en 1902, era demasiado joven para combatir entre 1914 y 1918, pero lo bastante mayor ya para disputar su lugar en la sociedad.

Todas enfatizaban la primacía de su experiencia bélica. Mientras que la Generación A podía ser el enemigo evidente de las generaciones B, C y D, la relación entre los tres grupos más jóvenes era incómoda. La Generación B había sobrevivido a una experiencia atroz y a su regreso no había encontrado un recibimiento heroico. Su desilusión era la expresada por su portavoz más locuaz, Pierre Drieu La Rochelle, nacido en 1893. En contraste con los sueños de orgullo y gloria de 1914, sentía que los veteranos eran «pobres niños, fascinados y perdidos». Estaban «fuera de todo».

Las generaciones más extremas eran la C y la D, las de aquellos que no habían conocido la vida adulta antes de la guerra. En principio, los más ruidosos fueron los jóvenes artistas y escritores del dadaísmo internacional. El ala francesa del movimiento salió a escena con el espectáculo de variedades de marzo de 1920 en el Théâtre de l'Oeuvre. Ante un público alborotado y masivo, André Breton declamó a sus veintitrés años el *Manifeste Cannibale Dada* : «DADÁ no huele a nada, no es nada, nada, nada. / Es como vuestras

esperanzas: nada / como vuestros paraísos: nada / como vuestros ídolos: nada / como vuestros políticos: nada / como vuestros héroes: nada».

Este nihilismo estético encontró un enfoque político con la representación en 1921 de *Mise en accusation et jugement de M. Maurice Barrès* , un asalto directo al líder espiritual de la Generación A. El juicio a Barrès iba en serio, con acusación, defensa y testigos, pero la escena precipitó la ruptura del grupo francés. El problema era sencillo: ¿qué hay positivo detrás de lo negativo? Si no hay nada, la energía negativa se vuelve hacia el interior. El manifiesto del movimiento de 1919*, Dada prophétie* , ya lo había predicho: «El dadá sobrevivirá únicamente dejando de existir».

El análisis más espectacular de la fractura generacional lo ofreció la novela que Raymond Radiguet, de diecinueve años, publicó en 1923, *El diablo en el cuerpo* , concebida para hurgar en la herida con su argumento centrado en la aventura durante la guerra de un escolar con la mujer de un soldado. Protegido de Jean Cocteau, el precoz Radiguet fue ensalzado como el mayor prodigio desde Arthur Rimbaud. Su novela se vanagloriaba hasta la exageración con su burlona declaración inicial: «Que los que están enfrentados conmigo se hagan una idea de lo que significó la guerra para muchos muchachos: cuatro años seguidos de vacaciones».

Jugando con el mayor temor de los soldados, la infidelidad de la mujer idealizada, Radiguet despojaba a su protagonista de dieciséis años de cualquier interés bélico. Muy al contrario: se obsesiona por completo con Marthe, de dieciocho años: «Soñaba a los dieciséis años con una clase de vida que solo se desea en la madurez. Viviríamos en el campo: allí permaneceríamos eternamente jóvenes». La guerra no incide en su fantasía, que no salta en pedazos hasta que el embarazo de Marthe revela «las mil contradicciones de mi edad, que se había embarcado en una aventura propia de hombres».

Cuando las generaciones que habían combatido lamentaban su incapacidad para progresar en el mundo de posguerra, la Generación D intentaba dotar de sentido al apocalipsis que no había terminado por llegar. El *succès de scandale* de Radiguet se vio acompañado de reflexiones en las que se profundizaba en las temáticas de la madurez precoz y la falta de control parental. Escritores como Marcel Arland, André Chamson, André Malraux y Pierre Luchaire, todos

nacidos en torno al cambio de siglo, se consideraban mutilados por la promesa de una revolución que nunca llegó.

Como los dadaístas, estaban más seguros de aquello a lo que se oponían que de lo que defendían. Para Luchaire, la guerra había sido «una escuela de hechos» que hacía a sus compañeros cínicos, pero sobre todo realistas. Arland sentía que la negatividad de sus compañeros, sumada a su desesperado anhelo de acción, llevaría al extremismo. Malraux se preguntaba qué sería de su violenta generación, «tan maravillosamente armada contra sí misma y liberada de la vulgar vanidad de llamar grandeza a lo que es, en realidad, desdén por una vida a la que no sabe cómo vincularse».

■ ■ ■

Este conflicto generacional también se representó en Gran Bretaña. Numerosos soldados sintieron que su lugar en la sociedad lo habían usurpado aquellos demasiado jóvenes para combatir. Como Frank Hardy, el veterano en paro de la novela de Philip Gibbs *Young Anarchy* declara con amargura: «Verás, los tipos como nosotros que pasamos por todo esto tenemos cuatro años más sin haber aprendido nada útil para trabajar en tiempos de paz. Perdimos el tren, por así decirlo. La tropa más joven ocupó nuestros puestos y nos dejó varados». Con la crisis de posguerra, el desempleo creció de manera inexorable durante los primeros años de la década de 1920 y alcanzó su cúspide en el verano de 1921 con 2,5 millones de parados.

Incluso los veteranos más privilegiados sentían que no se les mostraba el respeto que merecían. Al regresar a Oxford en 1919, Vera Brittain observó el antagonismo intrínseco «entre aquellos que habían sufrido gravemente en la guerra y los que escaparon de sus impactos más violentos». Brittain era muy consciente de «los muchos malentendidos posibles que envenenaban las relaciones entre la generación de la guerra y quienes los seguían en edad: un tipo de malentendido que es quizá inevitable siempre que un grupo ha experimentado una situación grave que el otro no ha vivido». Para los más jóvenes, la guerra estaba ya «demodé».

Los jóvenes no se sintieron intimidados mucho tiempo. En septiembre de 1920, el hermano menor de Alec Waugh, Evelyn, ensalzó «el extraordinario

auge de la juventud»: «Todos los chicos escriben sobre su escuela, las niñas sobre su casa de muñecas, los bebés sobre sus biberones. Los más jóvenes se han hecho con el monopolio casi completo de los libros, la prensa y las galerías de arte. La juventud se está haciendo valer». En 1921, señaló: «Una nueva generación ha crecido; entre ellos y los jóvenes de 1912 se encuentra la gran brecha de la guerra. ¿Qué defenderán? ¿Qué harán?».

J. M. Barrie estudió este conflicto generacional y tomó notas a lo largo de 1920 con intención de escribir una obra sobre este tema. «La madurez y la juventud, los dos grandes enemigos –señaló–; los dos bandos (los muy viejos y los jóvenes: es decir, antes y después de la guerra) no entienden (admiten) que tienen perspectivas diferentes de lo que es inmoral. Percepciones tan distantes de las nuestras como, digamos, las de una tribu africana (esto es en realidad el resultado de la guerra), que al principio no parecían mostrarse. No se trata de aquellos que lucharon contra sus mayores, sino de los que han crecido después de la guerra contra el punto de vista de los demás».

Se había declarado la guerra entre quintas. Los jóvenes sentían justificada su rebelión por el vacío moral de los mayores que los habían enviado a combatir o que, al menos, frustraron su adolescencia. Pese a las tensiones subyacentes, las tres generaciones de la contienda consiguieron unirse en torno a dos cuestiones. La primera era el odio compartido hacia los mayores; la segunda, su insistente exigencia de una recompensa. Desde la perspectiva de los veteranos, se trataba de un intento por recuperar su juventud perdida; desde la de los que habían sido demasiado jóvenes para combatir, representaba un esfuerzo conjunto por tener una juventud que mereciera ese nombre.

Sus mayores no lo veían del mismo modo. Se había ganado la guerra. Por tanto, no veían motivos para alterar su moralidad decimonónica, basada en la responsabilidad, la autoridad y la obediencia. Pero la ofensiva de la retórica generacional de posguerra pretendía mostrar que la presunción de autoridad que los mayores asumían de forma automática era una farsa vacía de contenido. Cuando las autoridades no consiguieron la obediencia ciega de los jóvenes que consideraban su prerrogativa automática, reaccionaron con furia. La policía, los grupos civiles y la prensa popular se unieron para, inicialmente, definir, y más tarde actuar contra la oleada de inmoralidad que entendían que se estaba produciendo.

Tuvo lugar entonces una avalancha de actuaciones contra el consumo de alcohol, las salas de baile y los clubes: cualquier cosa que las generaciones más jóvenes consideraran divertida. Modificadas sin descanso durante la guerra, las innumerables restricciones de la DORA habían convertido el ocio en un campo de minas. Las dos generaciones que habían participado de forma activa en el conflicto quedaron perplejas. Esta era la moralidad victoriana que habían reconocido como enemiga durante el conflicto: volver a imponerla era excesivo. Gran parte del resentimiento provenía del hecho de que las restricciones de la DORA se habían considerado temporales, lo cual, claramente, no era el caso.

La respuesta de sus hermanos y hermanas menores fue incluso más básica: si así era como se iban a comportar las autoridades cuando no estaban más que divirtiéndose un poco, lo harían debidamente y les ofrecerían algo de lo que quejarse de verdad. Los jóvenes de 1922, caracterizados de antemano por sus mayores como egoístas y dotados de un frío realismo, habían encontrado su motivación, algo frente a lo que definirse. Si el alcohol, los bailes y el *jazz* iban a ser vilipendiados por obispos, generales y políticos por igual, estas actividades serían la norma. El hedonismo se convirtió en ideología.

Si el placer pasaba a ser la preocupación más visible de la nueva generación, la política solo podía desempeñar un papel ocasional. A pesar del gran malestar de la población en el periodo inmediatamente posterior a la guerra, que se manifestó en disturbios raciales, huelgas, amotinamientos y niveles sin precedentes de desempleo, Gran Bretaña permaneció en su conjunto inmune al bolchevismo. Los socialistas revolucionarios siguieron siendo una reducida minoría, aunque una versión centrista del socialismo se hizo con el poder con la elección del primer Gobierno laborista de la historia en 1924. En términos de política de partidos, la juventud no estaba todavía definida como clase social.

A falta de política, otros movimientos absorbieron el idealismo de la juventud que no se mostraba egoísta. El conocido como Grupo de Oxford de Frank Buchman, establecido a principios de la década de 1920, inició un renacimiento religioso sin afiliaciones. Carente de miembros oficiales y de normas, el grupo practicaba un nuevo tipo de cristianismo: sus adeptos, jóvenes principalmente de la clase media, asistían a reuniones de fin de semana en sus hogares donde compartían en público sus pecados. El grupo religioso

defendía el pacifismo y un rearme moral, así como su doctrina de cuatro puntos: absoluta sinceridad, absoluta pureza, absoluta generosidad y amor absoluto.

Al mismo tiempo, la Sociedad de Naciones pretendía contribuir a la reconstrucción de los países destrozados por la contienda. En 1923 contaba con cincuenta y dos Estados miembros y verdadero peso internacional. Aunque el objetivo principal de su creación había sido evitar cualquier recuperación del poder alemán, ofrecía un modelo ideal para un futuro gobierno internacional. Las terribles consecuencias de la Gran Guerra habían exacerbado la percepción del planeta como un conjunto y para los jóvenes idealistas que se sumaron a la League of Nations Union, el grupo creado en Gran Bretaña para la defensa de la Sociedad de Naciones, representaba la mejor opción para la paz mundial.

Las organizaciones británicas con un carácter juvenil más explícito estaban influidas por los Boy Scouts y los grupos Wandervogel alemanes previos a la guerra. El conflicto había sido bueno para el movimiento de Baden-Powell. Los escultistas habían desempeñado un papel útil en los esfuerzos bélicos como mano de obra agrícola, vigilantes de los sistemas de prevención de ataques aéreos, mensajeros y trabajadores de los comedores públicos. Con la influencia de Baden-Powell debilitándose, los Boy Scouts lograron adaptarse a las condiciones de la posguerra. En lugar del imperialismo, promovían la convivencia entre clases, la reconstrucción nacional y el internacionalismo. En 1925 habían duplicado su número de miembros, prácticamente, con respecto a 1913 hasta rozar los 300 000.

La historia de estos grupos se vio marcada, no obstante, por las divisiones y las escisiones. Ernest Westlake, crítico con el militarismo de Baden-Powell, había fundado la Order of Woodcraft Chivalry en 1916. Influido por los Woodcraft Indians de Estados Unidos y la obra de Stanley Hall, Westlake pretendía llevar la teoría de la recapitulación a la práctica mediante ceremonias, rituales y entrenamiento para la supervivencia en la naturaleza. Los Woodcraft Indians tenían como objetivo la utopía del *Emilio* de Rousseau: una búsqueda panteísta de la libertad individual mediante la comprensión de la naturaleza. Sin embargo, el grupo no consiguió crecer más allá de su base de clase media-alta.

Otra agrupación ofrecía una alternativa más radical. Expulsado del movimiento escultista por «deslealtad», John Hargrave fundó la Kindred of the Kibbo Kift en 1920. El grupo tomaba su nombre del inglés arcaico: «Prueba de Gran Fortaleza». Para uno de los primeros miembros, Leslie Paul, su manifiesto «era como un viento nuevo que soplara en nuestro joven país. Influído por H. G. Wells, defendía con fuerza la paz, la unidad mundial y un gobierno internacional». El grupo contaba con una sólida base utópica: «Si concebíamos una nueva sociedad, esta debía aproximarse a lo que William Morris describe en *Noticias de ninguna parte* ».

En contradicción con la mezcla idealista de medievalismo y socialismo liberal del movimiento, la Kindred of the Kibbo Kift era, sobre todo, un culto a la personalidad, una organización dominada por el poderoso carisma de su líder. El papel en la guerra de Hargrave, camillero y artista en Galípoli, lo convertía en el «"héroe" *scout* clásico» y los miembros del grupo se configuraron en torno a esta atractiva imagen. Paul consideraba que Hargrave «se dirigía especialmente a esos millones de hombres jóvenes que, como yo mismo, habíamos crecido desde la más tierna infancia en el movimiento escultista, en el que habíamos absorbido esperanzas y sueños sobre la vida que nuestros padres serían incapaces de entender».

Sin embargo, las contradicciones del movimiento quedaron rápidamente evidenciadas. Pese a su pacifismo, el grupo proclamaba al samurái como ideal marcial. También enérgico y carismático, Paul pronto se distanció de Hargrave. Centraba sus ataques en el hecho de que este tenía fetiches, réplicas del dios egipcio con cabeza de perro Anubis: «Me recordaban que en el nuevo movimiento había una rama crédula dispuesta a juguetear con el ocultismo. Quizá debía su presencia a los muchos adeptos a la teosofía que estaban vinculados a su nacimiento, pero luego sentí el absurdo de estos chismes de criadas como movimiento consistente de vida en la naturaleza».

En febrero de 1925, Paul se escindió de la Kindred of the Kibbo Kift para formar su propio grupo. La Woodcraft Folk fue establecida en torno a los primitivos ideales socialistas y utópicos que la Kibbo Kift Kindred profesaba: la reconstrucción social y la regeneración espiritual mediante el aprendizaje de habilidades prácticas para la vida en la naturaleza. A los diecinueve años, Paul organizó un «pequeño grupo experimental» en el que, junto con sus

compañeros, «pondría a prueba de nuevo lo que todos llamábamos entonces las teorías de la educación de "entrenamiento tribal"».

Este objetivo se manifestaba en sus estatutos fundacionales: «Es nuestro deseo desarrollar, para el servicio del pueblo, nuestra salud mental y física, así como la responsabilidad comunitaria, mediante acampadas y actividades en estrecho contacto con la naturaleza, a través del uso de las funciones esenciales tanto de nuestras mentes como de nuestras manos y de la sinceridad en todas nuestras relaciones con nuestros vecinos. Declaramos que es nuestro deseo familiarizarnos con la historia del mundo y el desarrollo del hombre en la lenta marcha de la evolución para conseguir comprender y reverenciar al Gran Espíritu que alienta a perfeccionarse a todas las cosas».

En sus memorias posteriores, *Angry Young Man* , Paul citaba la influencia primordial del *Emilio* y de *Adolescence* en la ideología de su incipiente grupo. Su «gran popularidad» se debió, fundamentalmente, a la teoría de la recapitulación de Hall. Paul consideraba que la transición entre «el niño-salvaje y el hombre civilizado» solo era posible si «el niño recapitulaba *todo* . Tenía que asumir las emociones y el peligro de la guerra moderna tumbado en trincheras mojadas y arrojando piedras a la pandilla contraria; se le tenía que permitir fumar y beber y adquirir aplomo aprendiendo a bailar y conociendo a chicas en un entorno social».

Vinculada a estos principios se podía encontrar una saludable dosis de socialismo utópico mezclada con pacifismo: Paul consideraba que «el bien de la comunidad» solo podía garantizarse «cuando la producción de todo lo que destruye directa o indirectamente la vida humana deje de existir». La Woodcraft Folk estaba concebida para desempeñar un papel central en la guerra santa contra el capitalismo y el industrialismo: «Nosotros somos la revolución. Con la salud que nos pertenece y el intelecto y la complexión que serán la herencia de aquellos a los que formemos, estamos preparando el terreno para la reorganización del sistema económico que marcará el renacer de la raza humana».

La Woodcraft Folk aumentó poco a poco sus adeptos a partir de sus humildes comienzos: apenas un centenar de miembros en 1926. En consonancia con el tono internacionalista de la época, entraron en contacto con *Bunde* juveniles en Alemania, Austria y Checoslovaquia. Se esforzaron

también en implicar a adolescentes de clase obrera. Paul aludiría que: «No cabe la más mínima duda de que esta vida al aire libre y de acampadas que promovíamos, que ofrecía a los niños la oportunidad de utilizar su energía y su ingenio en problemas prácticos, obraba milagros en los chicos poco desarrollados de los barrios bajos».

Sin embargo, también presentaba sus inconvenientes esta utopía juvenil. La orientación socialista del grupo era «pura fachada, consentida de forma inconsciente para satisfacer la atmósfera "de izquierdas" dominante en aquellos años. Pertenecíamos a una hermandad de sangre de las hogueras de campamento. Perseguíamos un ideal de dureza que nos hacía desdeñar las comodidades y el respeto y nos llevaba a un odio hacia los débiles, los enfermos y, sobre todo, los ancianos». Detrás de esta visión espartana estaba el miedo: «Se nos escapaba la juventud y a menos que lleváramos en el momento la vida que teníamos que llevar, la oportunidad pronto pasaría para siempre».

El rígido programa de la Woodcraft Folk ocultaba una profunda sensación de distanciamiento. Paul admitiría más tarde que tanto él como sus colaboradores estaban «en realidad legislando para nosotros mismos. Sentíamos que nos habían perjudicado en nuestro proceso de crecimiento y que la vida había quedado desfigurada para nosotros debido a la pobreza emocional, sexual y económica. ¡Qué fácil era también para otros recular a ciegas ante la madurez por esto mismo! Sentíamos el peso de la obligación de acabar con algo tan intolerable y fue esto lo que nos llevó a leer y teorizar sobre pedagogía. De algún modo, en alguna parte tenía que ser posible encontrar la forma de crecer con dignidad».

Paul exteriorizó toda su ansiedad en la organización del grupo, que se convirtió en un fin en sí mismo. Fue esta estrechez de miras la que evitó que la Woodcraft Folk se situara como fuerza relevante en Gran Bretaña. Como otros generacionalistas de posguerra, Paul y sus compañeros se definían en exceso por todo aquello contra lo que se posicionaban. También descubrieron que, como principio regulador, la juventud tenía sus inconvenientes. Los líderes de la Woodcraft Folk podían haber logrado una victoria frente a los adultos, pero incluso ellos eran vulnerables a su propio culto: a su espalda estaban «los niños, que protestaban de manera encarnizada contra la tiranía de los viejos de dieciocho años».

■ ■ ■

Estas circunstancias se manifestaron con más claridad aún en la Alemania de posguerra. Los grupos Wandervogel habían rechazado la civilización industrial y los valores burgueses, pero el derrumbamiento del país en la antesala de la derrota provocó que el mundo exterior hiciera estallar la fantasía de una hermandad juvenil libre. La rendición militar alemana dio lugar a cambios políticos y sociales a tal velocidad que, incluso antes del armisticio, grupos formados por soldados enfurecidos, trabajadores desafectos y jóvenes intelectuales idealistas (animados por la Revolución rusa) habían establecido sóviets en varias ciudades principales.

De este caos surgió el primer Gobierno democrático de Alemania, dirigido por el Partido Socialdemócrata, el SPD. Sin embargo, la nueva República de Weimar quedó empañada de inmediato cuando sus líderes alistaron a los *Freikorps* , la milicia de veteranos, para reprimir los sóviets. Los líderes del levantamiento de Berlín, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo fueron asesinados a sangre fría. La reconstrucción no se lograría con un mero cambio de régimen. Había demasiados alemanes que, como George Grosz evocaría, «no podían volver al mundo normal [...] ese mundo había desaparecido o se encontraba en estado de descomposición».

No había trabajo: «En todas partes había parados». En este territorio sin explorar «todos los principios que suelen llamarse éticos y morales se habían venido abajo. El país entero estaba sacudido por una oleada de vicios, pornografía y prostitución. *Je m'en fous* , decía la gente [...] Estaba de moda bailar el *shimmy* ». Como sus equivalentes británicos, la juventud alemana desempleada buscó inspiración en la música del Nuevo Mundo y formó «pequeñas bandas que tocaban algo parecido a una imitación del *jazz* estadounidense a cambio de las pocas monedas que caían en sus sombreros. En la superficie, todo esto parecía ser muy alegre, pero por debajo subyacía el odio y la desesperación».

La juventud estaba en el filo de la navaja de la descomposición nacional, el nacionalismo belicoso de los cuatro años anteriores había virado hacia dentro. Los adolescentes alemanes llevaron la guerra a casa al enzarzarse en batallas campales callejeras justificadas por ideologías extremistas. George Grosz

aludiría a cómo se agrupaba la juventud alemana en unidades políticas poco estables, «por la calle desfilaba un grupo de hombres con camisa blanca que cantaban sin cesar: "¡Alemania, despierta! ¡Mueran los judíos!". Detrás iba otro grupo [...] que gritaba rítmicamente a coro: "¡Viva Moscú!". Siempre dejaban atrás a algún herido, tirado por ahí con el cráneo hundido, las piernas fracturadas y a veces un tiro en el vientre».

Esta polarización se abrió paso en los grupos de Wandervogel. La división entre militaristas y pacifistas, izquierda y derecha, había ya arraigado y la revolución de noviembre de 1918 la politizó todavía más. El resultado fue un disparatado mosaico de sectas y células en el seno del movimiento juvenil. La organización más poderosa antes de la guerra, la Freideutsche Jugend, viró hacia la izquierda. El encuentro que celebró en el otoño de 1920 en Hofgeismar, organizado en torno a la propuesta de establecer «un frente común de la juventud», concluyó con un desacuerdo en lo fundamental entre socialistas y comunistas que reflejaba las luchas internas de sus compañeros adultos.

La desilusión con el nacionalismo y la guerra, junto con las noticias de la Unión Soviética, hicieron del socialismo revolucionario un imán para muchos jóvenes idealistas. Desde su perspectiva, el capitalismo conllevaba inevitablemente el conflicto al trasponer la economía de producción en masa a la fabricación masiva de armamento. Eran los jóvenes y la clase obrera los que tenían que soportar lo peor de esta opresión y, para evitar que sucediera, era necesario transformar la sociedad. El único modo de conseguirlo era que el pueblo asumiera el poder y gestionara el país. En lugar de una élite nacionalista y explotadora, las masas estarían ahora al mando.

Con su insistencia en la uniformidad social y en la acción colectiva, los comunistas estaban tratando de instaurar una nueva sociedad para la era de las masas. El proceso que había empezado con la Revolución francesa estaba dando frutos con la toma del poder por parte de las multitudes: ya no eran gobernadas, sino gobernantes. Aun con su carácter materialista, el comunismo estaba bañado en otro tipo de misticismo. En su entusiasmo inicial, partidarios como George Grosz creían que un nuevo tipo de hombre-máquina estaba naciendo: «El destino individual ya no importa». [1]

Al constatar un apoyo internacional a su régimen, los nuevos mandatarios soviéticos establecieron la Internacional Comunista, el Komintern, en marzo de 1919, cuyos miembros, dirigidos por Moscú, trabajaban de forma activa para fomentar la revolución en Europa, con Alemania como objetivo concreto. Aunque limitadas en número, estas células durmientes ejercían una influencia desproporcionada. El comunismo se convirtió en un poderoso ideal, celebrado por artistas e intelectuales en nuevas instituciones como la Bauhaus y defendido en las calles de las ciudades alemanas por grupos como el KPD (Partido Comunista de Alemania).

Pese a su progresiva polarización, muchos veteranos de los grupos Wandervogel confiaban en retornar a la inocencia del movimiento previa a la guerra. Sin embargo, la neutralidad ya no era posible; en la primera gran reunión Wandervogel de posguerra, celebrada en Coburgo en 1919, 3000 miembros presenciaron las refriegas entre izquierda y derecha. Al igual que algunos grupos juveniles preferían el socialismo radical, otros optaron por el militarismo de derechas de los *Freikorps* . En un encuentro posterior de Wandervogel en el monte Fichtel, el avance serpenteante de los caminantes de la vieja escuela fue sustituido por una nueva mayoría que marcaba el paso militar.

Nuevos grupos juveniles intentaron aprovechar la hermandad de fuerza de los *Freikorps* . En 1918, un militar llamado Otger Graff formó un grupo a imagen de los caballeros medievales. Su Jungdeutsche Bund defendía la expansión alemana, denunciaba el capitalismo judío y el cristianismo y proponía un renacimiento nacional «bajo el signo de la esvástica». Otro grupo, los Neupfadfinder, inyectó una ideología de «educación tribal» y una filosofía nacionalista derivada de la Kindred of the Kibbo Kift y del poeta Stefan George y su círculo.

El concepto de *Bund* de George (un grupo hermético de verdaderos partidarios hostiles a la sociedad de masas del siglo XX con sus «banales creencias en la igualdad y el progreso») lo refinó Martin Voelkel con sus Caballeros Blancos. Con una orientación caballeresca, los jóvenes del *Bund* liderarían a la población alemana para librarse de sus cadenas y alcanzar la gloria en el futuro «Tercer Reich». Este tipo de misticismo medieval daba color al ambiente cada vez más autoritario de los *Bunde* , siempre dominados por

hombres. Las lecciones de responsabilidad y sacrificio por una causa mayor habían sido bien aprendidas en los cuatro años de contienda.

El régimen de Weimar fue incapaz de satisfacer a una amplia proporción de la juventud alemana. En la confusa política del momento, los jóvenes alemanes podían posicionarse tanto a la derecha como a la izquierda. Su conflicto generacional empezó a construirse en términos de juventud frente a madurez. El hombre de carne y hueso que había enviado a los jóvenes a combatir había desaparecido después de noviembre de 1918. En lugar del káiser Guillermo, la figura patriarcal la representaba la República de Weimar y contra esta frágil democracia se dirigiría la hostilidad de sus hijos.

Sebastian Haffner recuerda que, tras el infructuoso *putsch* de Kapp, «decayó el interés de nosotros los jóvenes por el devenir diario de la política en general. Todas las partes habían hecho el ridículo por igual y el tema perdió todo su encanto». En este vacío se aceleró el extremismo. «Solo unos pocos se mantuvieron fieles a la política y, de hecho, aquella fue la primera vez que reparé en que, curiosamente, estos eran más bien los tontos, los brutos y los menos simpáticos. Fue entonces cuando se adscribieron a agrupaciones "de verdad", como la German National Young Asociation (Deutschnationaler Jugendbund, [Asociación Nacional de Jóvenes Alemanes]) o la Bismarck League (Bismarckjugend, [Agrupación Bismarck]) [...] y pronto exhibieron en el colegio puños americanos, porras e incluso "rompecabezas"».

Haffner vio a uno de estos matones que «garabateaba unas figuras extrañas en su cuaderno; siempre lo mismo: un par de rayas que de forma sorprendente y satisfactoria componían un ornamento simétrico parecido a un cuadrado. Enseguida estuve tentado de imitarlo. "¿Qué es eso?", le pregunté por lo bajo, pues al fin y al cabo, aunque fuese aburrida, estábamos en una clase. "Signos antisemitas", me susurró él en estilo telegráfico. "Lo llevan las tropas de Ehrhardt en sus cascos de acero. Significa 'fuera los judíos'. Hay que saber reconocerlo". Y siguió garabateando tan tranquilo. Este fue mi primer encuentro con la cruz gamada».

■ ■ ■

En el amanecer de la política generacional empezaba a quedar claro que la juventud en sí misma no era progresista ni reaccionaria. Podía ser una, ambas o algo peor. Mientras el Komintern conjuraba para influir en la juventud europea, la derecha había logrado ya asociar la juventud con un nuevo tipo de política extremista. A pesar de ser parte de la coalición aliada contra las Potencias Centrales, Italia había sufrido el mismo derrumbamiento de los valores en la posguerra. El veterano de guerra Adolfo Omodeo escribió en la primavera de 1919: «Pareciera que vivo en un mundo que ha perdido toda conciencia moral, ya sea en la esfera internacional, la nacional o la privada».

Creado en la primavera de 1919, un nuevo partido llamado Fasci di combattimento aspiraba a canalizar el rencor de los veteranos de guerra hacia un partido político de masas. Un factor esencial los distinguía de los demás grupos milenaristas que rivalizaban por la atención de los veteranos. La insistencia futurista en la vitalidad de la juventud se convirtió en elemento central del programa fascista. Como señaló el fundador del movimiento, Benito Mussolini, en julio de 1919: «En el *fasci* no está el moho de las viejas ideas, la venerable barba de los viejos, la jerarquía de los valores convencionales, sino que está la juventud, el ímpetu y la fe».

Parco en detalles, el programa fascista no escatimaba retórica ni espectáculo. Con puestas en escena bien diseñadas como el encuentro de noviembre de 1919 en Milán, que empezó con «una magnífica explosión de cohetes» y concluyó con una procesión con antorchas, los fascistas unieron la mentalidad de *combattentismo* de los veteranos con el impulso revolucionario de muchos jóvenes burgueses. Como un futurista romano escribió en 1919: «El mañana pertenece a los jóvenes. Arrodillémonos ante la audaz formación militar que regresa. Su dinamismo dictará las leyes que disciplinarán el mundo. El mundo está en sus manos».

Al haber unido a las generaciones bajo la bandera de la canción insignia de los fascistas, «Giovinezza! Giovinezza!» [¡Juventud! ¡Juventud!], Mussolini –que se aproximaba más a la edad del padre odiado– se hizo rápidamente con el poder en octubre de 1922. Si bien los *fascisti* no eran al principio tan totalitarios como sus sucesores, se había establecido un precedente. En los comienzos de la década, Mussolini había demostrado que la juventud, como principio abstracto y enérgica realidad, podía vincularse a nuevos partidos que,

celebrando la tecnología y los espectáculos paganos, superarían los límites tradicionales del liberalismo y el conservadurismo decimonónicos.

El resultado fue una política, nueva en apariencia, de poder y lucha que apelaba a la violencia insaciable de las generaciones de la guerra al mismo tiempo que activaba en sus coetáneos más jóvenes una crueldad aún por demostrar. Para muchos radicales, la brutalidad en masa de 1914-1918 había demostrado la certeza de la máxima más famosa de Nietzsche. Si Dios había muerto, sería reemplazado por las religiones seculares del comunismo y del fascismo. Con su apetito innato por lo que Stanley Hall denominaba «conversión religiosa», muchos de los jóvenes europeos se sumarían a ellas.

■ ■ ■

Esta política polarizada se mostraría cada vez más atractiva en Alemania al profundizarse el caos de posguerra. Cuando en 1923 el Ejército francés ocupó el corazón industrial del país, el Ruhr, el marco alemán entró en caída libre. Como recordaría más tarde Sebastian Haffner: «El coste de la vida había comenzado a dispararse, pues los comerciantes le pisaban los talones al dólar. Medio kilo de patatas, que el día anterior costaba todavía 50 000 marcos, al día siguiente valía ya 100 000; un sueldo de 65 000 marcos traído a casa un viernes el martes siguiente no llegaba para comprar un paquete de cigarrillos».

Esta espectacular devaluación fue la gota que colmó el vaso. A partir de 1923, el alma alemana asumió una «fantasía desmedidamente cínica, esa alegría nihilista ante lo "imposible" por el mero hecho de serlo, esa "dinámica" convertida en un fin en sí misma. Por entonces, a toda una generación de alemanes le fue arrancado un órgano emocional, un órgano que dota a las personas de estabilidad, de equilibrio, por supuesto también de gravedad y que, según la ocasión, se manifiesta en forma de conciencia, razón, experiencia, lealtad a unos principios, moral o devoción. En aquella época toda una generación aprendió –o creyó aprender– que es posible vivir sin lastres».

Durante la década de 1920, las agrupaciones ideológicas juveniles quedaron atrapadas en una división fatal. Al rechazar los valores de sus mayores, pensaron que la juventud en sí misma sería suficiente para transformar el mundo. Sin embargo, desligándose de casi todos los vínculos conocidos, se

lanzaron hacia territorio peligroso. «Era un nuevo paganismo lo que buscábamos y un nuevo barbarismo el que terminamos por conseguir –admitiría Leslie Paul a toro pasado–. La negación de la civilización se convirtió en todas partes en culto y modo de organización, y mucha historia europea cambia con el estado de ánimo que mi movimiento juvenil representaba» .

■ ■ ■

1. El régimen comunista soviético no había perdido el tiempo en establecer planes para la juventud. En octubre de 1918 se fundó el Komsomol (*Kommunistícheski Soyuz Molodiozhi* [Unión Comunista de la Juventud]), el ala juvenil del partido. Su objetivo era incorporar a la amplia mayoría de población con edades entre los catorce y los veintiocho años. En el Segundo Congreso del Komsomol de toda Rusia, en mayo de 1922, se decidió erradicar toda organización juvenil existente, como los *scouts* soviéticos, y crear un nuevo grupo para adolescentes más jóvenes con edades comprendidas entre los diez y los quince años (al principio denominado Jóvenes Pioneros de Espartaco). Bajo la tutela de la mujer de Lenin, Nadezhda Krúpskaya, los pioneros mantenían una estricta jerarquía subdividida en años previa a la incorporación al Komsomol a la edad establecida. Ambas organizaciones muestran la voluntad del régimen de afianzar una estructura de implicación total en el comunismo desde el mismo nacimiento hasta la muerte.

CAPÍTULO 15

Caídes y reinas de Saba
El mercado juvenil en Estados Unidos

■ ■ ■

Llevo melena corta: la insignia de una flapper (y, vaya, ¡qué cómoda es!). Me empolvo la nariz. Me pongo faldas con flecos y jerséis de colores brillantes, bufandas y blusas con el cuello de babero y zapatos planos «los últimos del baile». Me encanta bailar. Paso mucho tiempo en automóviles. Voy a bailes, graduaciones, partidos de béisbol, carreras de remo y a otras actividades en universidades de hombres.

Ellen Welles Page, «A Flapper's Appeal to Parents»,
Outlook , 12 de junio de 1922.



Joven *flapper* estadounidense, principios de la década de 1920.

En *A este lado del paraíso* , Francis Scott Fitzgerald exponía un nuevo tipo de joven que señalaba «una primera y sincera ruptura con la hipocresía que dominaba las tradiciones del colegio. El trepador, como individuo predestinado para el éxito, difería intrínsecamente del "gran tipo" de la secundaria».

El trepador	El gran tipo
1. Un agudo sentido de los valores sociales.	1. Inclinado a la estupidez, es inconsciente de los valores sociales.
2. Viste bien. Pretende que el vestido es cosa superficial, pero sabe muy bien que no es así.	2. Cree que el vestido es cosa superficial y tiende a descuidarlo.
3. Entra en acción cuando sabe que va a triunfar y brillar.	3. Entra en acción cuando se lo dicta el deber.
4. Va a la universidad y triunfa, sobre todo en asuntos mundanos.	4. Va a la universidad, pero su futuro es cada día más problemático. Se siente perdido [...]
5. Pelo atusado.	5. Pelo no atusado.

La primera novela de Fitzgerald, publicada en 1920, anunciaba la adolescencia estadounidense como si estuviera completamente formada y trazaba su historia desde las escenas idílicas de Booth Tarkington hasta su situación de posguerra en declive: «Más inquieto que el demonio». Con su concentración en los entornos de amigos del instituto y la universidad y su

aproximación modernista desafiante, *A este lado del paraíso* era una historia sobre la llegada a la madurez que tipificaba a una generación que empezaba a ser consciente de sí misma y de su poder social. También retrataba la obsesión con la juventud que era el gancho comercial en Estados Unidos en el momento en el que su cultura empezaba a expandirse por Occidente.

Si bien en este ideal era la inocencia –de un tipo marcadamente estadounidense– el elemento más importante, tanto *A este lado del paraíso* como la otra novela de iniciación que alcanzó el éxito en aquellas fechas, *Winesburg, Ohio* , de Sherwood Anderson, reconocían que la pureza característica de Norteamérica estaba ya empañada. Anderson, refiriéndose a la «revolución» del industrialismo, observaba: «Se ha esfumado para siempre una gran parte de aquella ruda ignorancia que también tenía, a su manera, una cierta belleza infantil». Mientras que el protagonista de Booth Tarkington se quedaba en el Medio Oeste, el héroe de Anderson, George Willard, abandonaba Ohio en cuanto podía: a los dieciocho años.

A este lado del paraíso lleva los *boy books* a la siguiente etapa, de la arcadia del Medio Oeste a la metrópolis corruptora. Fitzgerald delinea las actividades sociales de la juventud estadounidense de clase media-alta con un detalle sin precedentes: el mundo encerrado en sí mismo del instituto y la universidad, los experimentos sexuales, los bailes frenéticos, el consumo de alcohol y la muerte repentina en accidente de tráfico. Como evidenciaban las referencias a Huysmans, Brooke y Wilde, estos atracones de alcohol, sexo y velocidad ofrecían un nuevo tipo de romanticismo, actualizado para una época en la que la guerra había hecho saltar por los aires las ilusiones.

La entrada de Estados Unidos en el conflicto internacional había dado lugar al mismo tipo de antagonismo generacional que se manifestaba en Gran Bretaña, Alemania y Francia. Como el soldado John Dos Passos, de veintidós años, escribió desde el frente en 1918: «Todos los jóvenes son tremendamente decentes. ¡Ay, si gobernáramos nosotros el mundo en lugar de los fanfarrones carcamales con levita!». Otro joven soldado, Walter A. Hafener, escribió a Stanley Hall en enero de 1919: «Lo único que queremos es quitarnos el uniforme militar, ponernos ropa de calle y luego escondernos. Y si alguien intenta decirnos lo que tenemos que hacer, va a haber muertos».

Tanto si volvían del campo de batalla como si eran estudiantes universitarios, nada podía preocupar más a los jóvenes estadounidenses a principios de los años veinte que las restricciones a su libertad para, en palabras de Hafener: «Tomar un trago o dos en el Biltmore, el Knickerbocker o el Frolic». Entre la finalización y la publicación de *A este lado del paraíso* , Estados Unidos aprobó la Decimoctava Enmienda. La Ley Volstead, que prohibía el consumo, la publicidad y la fabricación de alcohol empezó a aplicarse el 17 de enero de 1920. Incumplirla se convertiría en el ritual de una generación que reaccionaba contra «los fanfarrones carcamales».

La ley seca podía ser una conclusión lógica del movimiento moralista previo a la guerra, pero también marcaba el punto álgido en la intolerancia derivada de ella. Las abundantes medidas destinadas a contribuir al esfuerzo bélico se incrementaron en una campaña contra pacifistas, disidentes y, especialmente, contra las organizaciones obreras. Estados Unidos estaba decidido a eliminar el virus bolchevique. El juicio en bloque a 113 activistas del sindicato Industrial Workers of the World en agosto de 1918 se vio seguido a finales de 1919 por una secuencia de redadas masivas y deportaciones, dirigidas en parte por un ambicioso y joven abogado llamado J. Edgar Hoover.

Precisamente cuando sus libertades se estaban convirtiendo en faro para la Europa de posguerra, Estados Unidos se cerraba como una almeja. La Ley Volstead, resultado de la intensa presión de una minoría, fue impopular desde el principio. Representaba un freno ligado a la moralidad religiosa cuando la mayor parte del país avanzaba a toda prisa hacia los valores más seculares del consumismo. De igual modo, establecía un límite arbitrario a las posibilidades fomentadas por el nuevo sistema y fue considerada hipócrita, con razón, por los jóvenes. De hecho, gran parte de la angustia presente en *A este lado del paraíso* es resultado de los mensajes contradictorios que los jóvenes reciben de sus mayores en lo relativo a gustos y anhelos.

Al mismo tiempo que se instauraba la ley seca, el consumismo se convirtió en elemento fundamental de la política económica estadounidense. Se trataba, como señala Elizabeth Stevenson, de «la primera vez que, a escala gigantesca, una sociedad desarrollaba un conjunto de actitudes, una provisión de deseos y necesidades, así como su fe, sobre la base de la compraventa de bienes». Incluso con el peso de representar el futuro, la juventud fue objetivo esencial de

fabricantes y publicistas. Como el diario del sector publicitario *Printer's Ink* señalaba en 1921: «Si vendes a los jóvenes del país, venderás a la vez a los mayores».

En 1918, el gasto bruto total en publicidad en revistas generalistas fue de 58,5 millones de dólares; dos años más tarde, alcanzó los 129,5 millones. Gran parte de estos anuncios estaba destinada a los jóvenes, que eran, en opinión de un gurú de la publicidad, los «radicales en el mercado». Entre los productos dirigidos a la juventud destacaban la ropa, las revistas, los cosméticos, las películas, los fonógrafos y los cigarrillos. La revista *Photoplay* hizo un revolucionario análisis de los hábitos de consumo por edades en 1922. En él se mostraba que los objetos más populares en el segmento de edad entre dieciocho y treinta años eran los productos de calcetería y ropa interior, los fonógrafos y los discos.

Tras las salidas en falso y los experimentos fracasados de las dos décadas previas, a los jóvenes estadounidenses se les concedió una nueva posición como vanguardia de la revolución consumista. En la década de 1920, los institutos duplicaron sus matrículas y el acceso a la universidad se convirtió en aspiración nacional y no en coto vedado de una élite. La publicidad empezó a centrarse con agresividad en la nueva y concreta clase panjuvenil que provendría del éxito futuro de la introducción de la educación para las masas. Para muchos jóvenes estadounidenses, la educación se convirtió no tanto en un modo de adquirir conocimientos, sino de formación, en términos de posición social, como «los clientes del mañana» que serían.

Las contradicciones estadounidenses entre juventud y madurez, libertad y autoritarismo, elección y coerción las exploró en 1923 Sinclair Lewis en su novela *Babbitt* . Situada en el Medio Oeste de la literatura juvenil, retrataba el cambio del país desde la arcadia preindustrial hasta una sociedad uniforme y mecanizada. George Babbitt, el protagonista de mediana edad de la novela, podía fantasear con «el hada, un sueño más romántico que pagodas escarlata a la orilla de un mar plateado», pero su paisaje interior, subjetivo, estaba cada vez más atado desde el punto de vista cinentífico al consumismo, que se convertía en la religión secular del individualismo masivo.

Con la definición de la juventud en términos materialistas, Peter Pan se transformó en un vivaracho consumidor adolescente. *A este lado del paraíso*

reflejaba esta pérdida de inocencia provocada por la experiencia prematura, cuando no precoz. «Tu generación se está haciendo mucho más dura –afirma monseñor Darcy, uno de los pocos adultos tratados con simpatía en un libro donde están básicamente ausentes– de lo que llegó a ser la mía, alimentada con el material del novecientos». Asimismo, la novela de Fitzgerald era parte de este proceso de deslustrado: aunque criticaba la cultura juvenil estadounidense, divulgó el fenómeno a un público más amplio.

Si bien se deleitaba en las descripciones de fiestas con abrazos y besos y carreras ebrias al volante, Fitzgerald era muy consciente de los riesgos de la elevación de la juventud a ideal social. En palabras de Amory Blaine, su protagonista: «La juventud es como una gran fuente de dulces. Los sentimentalistas creen que quieren volver a aquel estado puro y simple, antes de comerse los dulces. No es así. Lo que añoran es el placer de volverlos a comer. La matrona no desea volver a sus años de soltera sino repetir su luna de miel. Yo no quiero reincidir en mi inocencia. Yo quiero el placer de volverla a perder».

No es casualidad que la plena aparición de la juventud en la sociedad occidental coincidiera con el momento de discontinuidad histórica provocado por la guerra: con su división explícita por edades, la idea de las generaciones glorificaba la sensación de desorientación evocada con tanta elocuencia en *A este lado del paraíso* . Pero esta sensación de desorientación es inevitablemente propia de la adolescencia: a la deriva en un mundo creado por adultos, no para ellos. La juventud pone en práctica en la novela de Fitzgerald el insaciable anhelo de su autor (la actriz Rosalinde Fuller sentía que «era una de esas personas que nunca podía estar satisfecha con la vida»). Sin embargo, la ecuación tenía otros factores.

Fitzgerald escribió su novela a los veintitrés años en un desesperado acto de realización: superar el fracaso de su padre y de su propia adolescencia y hacerse con la chica de sus sueños. Este deseo se vio cumplido cuando, una semana después de su publicación, se casó con Zelda Sayre, de diecinueve años. El libro logró un éxito de crítica inmediato y los convirtió en celebridades. Fitzgerald señalaría más tarde que, a pesar de su ignorancia, había sido «empujado a la posición no solo de portavoz de la época, sino de producto típico» del

momento. Para Zelda, la Nueva York de 1920 era, sencillamente, «una gran cantidad de juventud».

■ ■ ■

Los Fitzgerald se mantenían ocupados comentando el símbolo más visible de la nueva juventud consumidora. El primer libro de relatos de Francis Scott Fitzgerald, publicado en 1920, se llamó *Flappers y filósofos* . En junio de 1921, Zelda Fitzgerald escribió un «Elogio de la *flapper* », en el que declaraba con firmeza que las libertades por las que «las primeras *flappers* » como ella habían luchado, a saber: cortarse la melena, armarse «de mucha audacia y colorete» y coquetear porque «resultaba divertido», había terminado siendo aceptado como estándar de la primera generación adolescente femenina de masas.

Los medios de comunicación comerciales habían reflejado y dado forma a la vida de las mujeres estadounidenses desde los últimos años del siglo anterior, cuando el ama de casa se situó como consumidor modelo. Durante los años veinte, la publicidad empezó a dirigirse a un segmento más joven de mujeres trabajadoras, que representaba el 20 % del total de personas con empleo. «Si yo fuera fabricante de ideas –escribió el "comprador de ideas" de los grandes almacenes neoyorquinos Gimbel Brothers en 1922–, sin duda, apelaría a la mujer joven de entre diecisiete o dieciocho y veintiséis o veintisiete años, cuando está configurando los hábitos consumidores de toda una vida».

Como concepto, las *flappers* vinculaban de forma explícita la juventud con la tradición de la consumidora. Como Stanley Hall señaló con perspicacia en un artículo de 1922 llamado «The Flapper Americana Novissima», la guerra había acelerado el proceso. Había «completado su emancipación de la obligatoria carabina y convertido en un buen acto patriótico dirigirse, entregar banderolas, insignias y delicadezas a los jóvenes en la calle y, quizá, alguna vez, trabar relación con ellos si iban de uniforme. Su comportamiento ha pasado a ser un tanto libre y relajado y todo vestigio de algunas antiguas reservas ha desaparecido».

El término *flapper* había aparecido en Europa en la última década del siglo XIX , cuando se refería a una prostituta muy joven. Justo antes de la guerra, había cambiado para describir lo que los alemanes (y Stanley Hall)

denominaban *Backfisch* : una chica adolescente con aspecto de chico. Durante el conflicto, las *flappers* fueron redefinidas en Gran Bretaña como mujeres jóvenes, independientes, en busca de placer y locas por los uniformes. Aunque las asociaciones más escandalosas del término (que incluían la adicción a la cocaína) desaparecieron después de 1918, las *flappers* retuvieron trazas de los papeles por los que habían pasado en su trayecto desde los márgenes de la sociedad hasta la iniciación de una tendencia.

La moda marchaba codo con codo con la moralidad cambiante. La creciente afirmación sexual de las mujeres, sumada a la androginia de las más jóvenes u obstinadas, se vio reforzada por la paulatina popularización de las melenas cortas provenientes del París anterior a la guerra y el lento ascenso de las faldas hasta situarse justo por debajo de la rodilla a mediados de la década. En 1920, Hollywood presentó a una de sus estrellas más brillantes, Olive Thomas, en *The Flapper* , una comedia ligera. La película oficializó la llegada de las *flappers* a Estados Unidos, un concepto que se convirtió con rapidez en objeto de una obsesiva definición sin precedentes en los años posteriores.

En 1922, Stanley Hall posicionó a las *flappers* antes de los veinte años, pero también expuso un amplio abanico de productos y hábitos asociados con estas escolares chic y modernas. Incluían ropa, refrescos, perfumes, películas y cualquier cosa asociada con los bailes, que eran «casi el paraíso». Sentía que la popularidad y la disponibilidad de estos objetos de consumo, junto con la autoconfianza de las chicas, marcaba un nuevo tipo de ritual social para las jóvenes que les permitía superar la adolescencia con éxito.

Desde una perspectiva de iniciada, Zelda Fitzgerald observaba que los estilos *flapper* se habían originado en las escuelas de élite y habían sido imitados luego por «varios miles de dependientas de las grandes ciudades». A su vez, estas fueron imitadas por «varios millones de bellezas provincianas», que estaban al tanto de las últimas modas «a través de las "tiendas de novedades" de sus respectivas localidades». En respuesta a un llamativo editorial que colocaba la responsabilidad de todos los males sociales de Estados Unidos «sobre la cabeza de las *flappers* », Zelda negó que fueran amorales. Al contrario, estaban enseñando a la juventud de Estados Unidos «a capitalizar sus recursos naturales y a sacarle partido a su dinero».

Cuando se popularizó el estilo, su elemento más característico fue una sexualidad franca y sin inhibiciones. Hollywood reaccionó con rapidez a la hora de presentar nuevas estrellas que saciaran los deseos de estas nuevas chicas aparentemente libres y naturales. La película que causó más sensación en 1921 fue *El caíd* , la tórrida historia de amor tabú entre una noble inglesa y un sádico árabe. E. M. Hull, la joven autora de este inmediato éxito, elaboró una embriagadora fantasía de sexo exótico y violento legitimado por el desenlace, en el que se revela que el caíd es en realidad un vizconde del reino y, por tanto, apto para el matrimonio.

La película, estrenada en noviembre, tenía como protagonista a Rodolfo Valentino, un italiano de veintiséis años que ya había logrado fama con *Los cuatro jinetes del apocalipsis.* Moreno y consentido, con guiones y personajes escritos y modelados por mujeres, Valentino ofrecía una masculinidad nueva y antiestadounidense por completo. Su efecto en ambos sexos fue electrizante: a finales de 1921, recibía 900 cartas a la semana de sus obsesionadas admiradoras. La cinta fue tan popular que dio nombre a un nuevo estilo juvenil masculino, los caídes, que imitaban el peinado con raya de Valentino, su estrecha cintura y su atractivo sexual encapuchado.

Quedaba inaugurado un nuevo mundo pagano. La publicidad de *El caíd* decía:

VEAN
la subasta de hermosas chicas a
los señores de los harenes argelinos

VEAN
incomparables escenas de espléndido color,
y la vida y el amor salvaje y libre
en la película más emocionante
del año: 3000 actores de reparto

Y Rodolfo Valentino como principal divinidad. Su atractivo quedó plasmado en su primera entrevista para la prensa, para *Motion Picture* , en julio de 1920. En este texto hiperbólico destinado a la construcción de una estrella, se le describía como «un joven fenomenal» con cualidades divinas: «La

vitalidad de un Don Juan que corteja; la extravagancia de un Don Quijote que exagera; el coraje de un D'Artagnan que se atreve [...] el deseo de un D'Annunzio que progresa; la fuerza de un Vulcano que sobresale; y la filosofía de un Omar Jayyam cuyo "ayer está muerto y mañana nunca llega"».



Joven caíd estadounidense, década de 1920.

La explotación del placer pagano se siguió desarrollando con la novela superventas de 1923, *Juventud ardiente* . En su introducción, Warner Fabian ofrecía el libro como espejo para la mujer moderna. Definía a la lectora a la que se dirigía como «inquieta, seductora, codiciosa, descontentadiza, anhelante de sensaciones, rebelde, un tanto morbosa, algo más que un tanto egoísta, inteligente, ineducada, sibarita, obediente a instintos ciegos y perversos caprichos, de mente tan frágil como elegante en su atavío; fuerte, pero neurótica; adoradora de dioses de oropel, en altares perfumados; hembra apropiada para el precipitado, desatento y cínico varón de nuestros días».

El seudónimo al estilo caíd de Warner Fabian escondía a un obrero del periodismo de mediana edad decidido a dar a sus lectores exactamente lo que querían. *Juventud ardiente* incluía sexo prematrimonial, abortos, fiestas en las que se nadaba sin ropa, consumo ilegal de alcohol y la pérdida de la virginidad de una adolescente a manos de un hombre mayor. En esta lista de la compra

del asombro, la juventud era el principio dominante: «¿No siente usted deseos de volver a ser joven? –preguntaba uno de los pocos personajes adultos–. Todos los jóvenes de hoy, que tengan sangre en sus venas, tanto los hombres como las mujeres, y acaso estas más que aquellos, están dominados por una viva inquietud».

Dirigido a las claras para la mujer moderna, ya fuera joven o quisiera serlo, este excitante texto de escasa calidad era perfecto para Hollywood y la versión cinematográfica de la novela de Fabian se lanzó ese mismo año. Su protagonista era Colleen Moore, de veintitrés años, elegida para el papel porque se presentó en la audición con una melena muy corta y «con flequillo, como el corte de pelo de una japonesa». Promocionada con descaro con eslóganes como «ronroneos, caricias, besos blancos y rojos, hijas locas por el placer, madres hambrientas de sensaciones», *Flaming Youth* cimentaba la nueva feminidad descarada en la imaginación pública.

El filme tuvo un impacto extraordinario. Francis Scott Fitzgerald escribiría más tarde: «Yo fui la chispa que encendió *Flaming Youth* , Colleen Moore fue la antorcha. Qué poca cosa somos para haber causado tantas preocupaciones». También convirtió la melena corta en símbolo de la mujer moderna. En su investigación del arquetipo *flapper* , en 1925, Bruce Bliven señaló que el último corte de pelo de moda las dejó con «casi nada de pelo por detrás y un 20 % más que eso delante: casi tanto como lleva esta temporada un violonchelista; menos que un pianista; y mucho mucho menos que un violinista».

■ ■ ■

A principios de la década de 1920, la economía de los sueños de Estados Unidos ya era una industria gigantesca, compleja y lucrativa. El cine había superado tanto al vodevil como al teatro como forma de entretenimiento más popular del país a mediados de la anterior y había iniciado su «década dorada» de éxito artístico y comercial. En 1922, al menos el 45 % de los adolescentes estadounidenses fue al cine una vez a la semana. Al mismo tiempo, la venta de discos alcanzaba un máximo por encima de los 100 millones de dólares, mientras que la radio se expandía a escala nacional: hasta los 20 millones de oyentes entre 1923 y 1924.

La mayor sofisticación y la creciente interconexión de estas industrias en auge quedaban ilustradas por la promoción a través de diversos medios de películas como *Flaming Youth* . Llegado 1923, las modas juveniles se analizaban, se reproducían y más tarde se diseminaban por toda Norteamérica a través del cine, las revistas, las emisoras de radio, la publicidad o la industria musical. El proceso era tan rápido y el ejercicio de prestidigitación tan conseguido que, habitualmente, parecía que eran estos medios los que en realidad establecían las modas. Lo cierto es que solo estaban capitalizando la realidad adolescente.

La juventud estadounidense era el cómplice perfecto de este proceso: ejercía su poder generacional al aprovechar sus nuevas libertades y posteriormente veía su comportamiento reforzado en la pantalla o en tiras cómicas populares como *Harold Teen* , de Carl Ed, que empezó a publicarse en 1919. Una vez asumidos por completo los valores dominantes de su sociedad, los adolescentes de Estados Unidos comenzaron una danza ritual con los medios de comunicación de masas que hacía difícil señalar dónde empezaban y terminaban los modelos estéticos y de comportamiento. De hecho, estilos juveniles mediatizados como las *flappers* estaban, según Zelda Fitzgerald, «tan solo aplicando métodos empresariales al hecho de ser jóvenes».

Esta atención de la industria no solo ampliaba la brecha generacional entre adultos y jóvenes, también significaba que los adolescentes iniciaban su sofisticación a una edad cada vez más temprana, a los doce o trece años. Sin embargo, esto no se debía únicamente a la influencia sensacionalista de Hollywood. Los institutos se estaban convirtiendo en un sistema educativo de masas con el paulatino aumento de las matriculaciones: el 37 % de los adolescentes de entre catorce y diecisiete años estaba escolarizado en 1920. La combinación de este aumento con la tendencia educativa hacia la homogeneización de los cursos por edades significaba que cada vez más jóvenes entraban a formar parte de un grupo social específico integrado por sus iguales.

El hijo de Babbitt, Ted, personificaba al estudiante como producto industrial: «Su traje, la última moda entre los estudiantes, era muy ceñido, con unos pantalones raquíticos que apenas le llegaban a las brillantes botas marrones, talle de bailarín, diseño de cuadros imprecisos y un ceñidor atrás que no ceñía nada. La corbata era una enorme banda de seda negra. Llevaba el pelo

pajizo peinado hacia atrás sin raya muy liso». Pese a su extravagante atuendo, Ted era ultraconformista: un verdadero creyente en los valores empresariales estadounidenses.

A pesar de esta uniformidad, los adolescentes tenían en Estados Unidos mucho que ganar de esta incipiente cultura de coetáneos. Con la radio, los gramófonos, el cine, las revistas y el fundamental automóvil, gozaban de más oportunidades para divertirse lejos de los ojos curiosos de los adultos. Pero ir a salas de baile, al cine, comprar ropa... todo eso costaba dinero y aquí era donde aparecían las verdaderas tensiones generacionales. Si bien dependientes económicamente de sus padres, los jóvenes ya no se sometían con facilidad a su autoridad.

Asimismo, por primera vez, las jóvenes tenían alguna posibilidad de lograr la igualdad. El incremento de la enseñanza mixta con límites estrictos de edad también favorecía a las chicas: a menudo estaban más desarrolladas y tenían más seguridad en sí mismas que sus compañeros de clase. Stanley Hall señalaba que la «Flapper Americana Novissima» trataba a los chicos «como si las diferencias de sexo no existieran. A veces puede parecer que se comporta con ellos con cierta agresividad. Va a espectáculos y pasea con ellos por la noche y en los pasillos del instituto puede darles una palmadita en la espalda, agarrarlos por las solapas y apartarlos a codazos con familiaridad o incluso mirándolos *de-haut-en-bas* ».

Para muchos adultos, la creciente sinceridad sexual de las *flappers* era una característica perturbadora de la nueva cultura adolescente. La sexualidad manifiesta no solo formaba parte del gancho comercial de la juventud, se promocionaba sin descanso en revistas de «aventura sexual» como *True Story* , publicaciones para aficionadas al cine como *Photoplay* y películas significativas como *Flaming Youth* . Un reportaje de un periódico del Medio Oeste describe el estreno de un filme en 1924: «Los “caídes” y sus “reinas de Saba” estuvieron toda la presentación inmóviles, sin un susurro. Era una verdadera exhibición de galanteo».

A pesar de todos estos estímulos, la actividad sexual plena antes del matrimonio seguía siendo un tabú fundamental. Los jóvenes de los años veinte tenían muchas más oportunidades para experimentar que los jóvenes de la década de 1890, pero todavía había límites. Se produjo un aumento en las

relaciones sexuales prematrimoniales entre adolescentes, pero la nueva cultura de pares, con sus complicados rituales y mecanismos de equilibrio, concedía cierto control a las propias *flappers,* cuyo maquillaje, comportamiento relajado y libre, faldas cada vez más cortas y enérgicos bailes a ritmo de *jazz* parecían inaugurar todo un universo de pecados prohibidos.

De hecho, el instituto ofrecía un escenario seguro en el que el complicado acuerdo del cortejo podía representarse sin riesgos. Empezaba con los rituales de burlas y risas y seguía con un acercamiento directo en el que la mujer asumía la iniciativa. En palabras de una estudiante: «Chicos, ¿es justo que las chicas acudan a una actividad escolar sin compañía? Hasta ahora no he ido a ninguna en la que no haya visto a tres cuartas partes de ellas sin acompañante. Lo más desagradable de todo esto es que los chicos se comportan como si no fueran conscientes del aprieto en el que las han puesto».

Las mujeres tomaban la iniciativa en las citas, que por lo general empezaban con una presentación de los padres y luego implicaban una salida de noche que terminaba con el regreso a casa en torno a las once. Se entendía que una cita era una buena forma de encontrar amigos potenciales, incluso novios, pero no representaba ningún tipo de contrato vinculante. Como se quejaba una chica de Mineápolis: «Solo porque un chico sea lo bastante caballeroso como para acompañar a una chica a casa no significa que esté enamorado de ella. Lo único que queremos es la cortesía básica, no maridos».

Aunque no había carabinas en las citas, el sistema tenía sus propios frenos. La necesidad de implicación de los padres significaba que los potenciales candidatos masculinos quedaban prohibidos. Para los chicos, el atractivo de las citas era la posibilidad de sexo, pero esta también estaba limitada por las normas de lo que se conocía como *petting* : los diversos niveles de besuqueos y caricias todavía muy alejados de las relaciones sexuales completas. En el fondo de la cuestión, no obstante, permanecía la vieja hipocresía moral que cargaba sobre la mujer sexualmente activa el peso de una crítica aplicada sin miramientos.

Las citas consagraban la popularidad como idea central de la vida en los institutos. Amoldarse a las características favorecidas por los compañeros pasó a ser una cuestión competitiva. Robert S. Lynd y Helen Merrell Lynd, en su investigación entre 1924 y 1925 de la vida en Muncie (Indiana), a la que

denominaron Middletown, la ciudad media, entrevistaron a una estudiante popular que señaló que las características que buscaba en los chicos eran «estar en el equipo de baloncesto o de fútbol americano. Un tipo que es solo un buen estudiante está bastante poco valorado. Ser guapo, bailar bien y que tu familia tenga coche, todo eso ayuda».

El matrimonio Lynd concluyó que la educación «parece desearse a menudo no por su contenido específico, sino como símbolo: por la clase trabajadora como un "ábrete sésamo" que admitirá misteriosamente a sus hijos a un mundo vedado para ellos; y por la clase empresarial como una contribución muy valorada para avanzar económica o socialmente en el mundo». Este sistema de gradación social de coetáneos era aplicable en el escalón superior de las universidades estadounidenses. Pese a sus declarados ideales escolásticos, para muchos centros el objetivo no era la excelencia académica: el alumno medio, no el estudioso sobresaliente, era el titulado deseado.

Entre 1919 y 1922 se duplicó el número de estudiantes universitarios. Este avance de la educación superior se vio facilitado por un menor tamaño de las familias, un mayor porcentaje de población con edades entre los quince y los veinticuatro años y la creciente sofisticación de las empresas estadounidenses. La creación de grandes conglomerados requería toda una nueva clase de ejecutivos, al tiempo que el número de empleados en tareas administrativas se triplicó entre 1899 y 1929. En Middletown, al director general de una fábrica de cristal lo habían sucedido, en una sola generación, un «director de producción», un «director de ventas», un «director de publicidad» y un «director administrativo».

La educación universitaria se convirtió en prerrequisito para sumarse a esta nueva élite y el objetivo principal al asistir a la universidad era ascender un peldaño en la escalera laboral. Dada la naturaleza móvil de la sociedad estadounidense, su atractivo alcanzaba a todas las clases sociales. Aunque la clase empresarial esperaba que sus vástagos fueran a la universidad, algunas familias de clase trabajadora decidieron hacer los sacrificios necesarios para unos años de desembolso económico considerable. En palabras de un trabajador de Middletown: «No sé cómo vamos a conseguir que los chicos vayan a la universidad, pero lo vamos a hacer, seguro. Un chico sin educación no va a ninguna parte hoy».

Este imperativo industrial quedaba reflejado en las nuevas asignaturas de tipo empresarial o de economía doméstica, así como en una nueva cultura del consumo que promocionaba las modas y los estilos universitarios no solo para los estudiantes, sino para la juventud en su conjunto. Con *A este lado del paraíso* , F. Scott Fitzgerald había iniciado una avalancha. Las actividades y las costumbres de los estudiantes universitarios habían fascinado al público estadounidense desde el cambio de siglo; sin embargo, gracias al amplísimo incremento proporcional (por encima del 400 % entre 1890 y 1924) se convirtieron en una significativa industria en los años veinte.

Con más dinero en los bolsillos proveniente de trabajos a media jornada o de una familia consentidora, los estudiantes pregonaban su separación del resto de la población a través de la ropa y las actividades sociales de vanguardia. «Si le vendes al universitario, le vendes a los muchos chicos más jóvenes que han tomado al héroe universitario como ideal», remarcaba la revista empresarial *Sales Management* a mediados de la década de 1920; «el país sigue el rumbo que marca el estudiante universitario en términos de atuendo». Las investigaciones llevadas a cabo entonces entre los estudiantes muestran la amplitud de sus necesidades materiales.

Un estudio realizado entre los estudiantes de grado de Harvard en los años veinte reveló que cada año compraban entre seis y ocho camisas, ocho corbatas, seis calzoncillos, doce pañuelos, doce pares de calcetines, dos pares de tirantes y tres pares de zapatos. Los treinta y cinco estudiantes entrevistados tenían fonógrafo y, la mayoría, máquina de escribir. En torno al 85 % de la población universitaria total fumaba cigarrillos. En la Universidad de Pensilvania, las estudiantes compraban siete trajes, cinco jerséis, tres faldas, un abrigo, tres sombreros, cuatro pares de zapatos, veinticinco medias, doce prendas de lencería y cuatro pares de guantes cada año. Este patrón de gasto de las universidades más importantes se desplazaba lentamente a las instituciones menos elitistas.

Entre los estilos asociados con el mercado universitario figuraban, para las mujeres, variantes de la trinidad de las *flappers* que componían la melena corta, los cigarrillos y las faldas cortas: vestidos de tubo, botas de goma abiertas, chubasqueros amarillos, medias de seda y pañuelos atados en la cabeza y la cintura. Algunas mujeres adoptaron incluso elementos asociados normalmente

con el sexo opuesto: chalecos, corbatas y pantalones bombachos. Los varones presumidos vestían enormes abrigos de mapache, bombachos, calcetines de golf y pantalones muy anchos «al estilo Rodolfo Valentino», mientras que sus compañeros más conservadores utilizaban camisas de cuello blando, zapatos con cordones y calcetines sin ligas.

Los estudiantes universitarios eran también grandes consumidores de medios de masas. Como promedio, todo estudiante iba al cine una vez a la semana (en especial cuando las películas empezaron a reflejar la vida en la universidad). El género del cine universitario quedó resumido en 1925 por el éxito de *Días de colegial* , la dramatización protagonizada por la futura *it girl* Clara Bow de la escandalosa novela sobre un estudiante novato firmada por Percy Marks (*The Plastic Age*). La música y los bailes eran también parte de sus prioridades, representadas por las orquestas de *hot jazz* del momento, ya fueran la de King Oliver, los Hot Five de Louis Armstrong o las agrupaciones de estudiantes que ofrecían la banda sonora más popular.

Los estudiantes habían sido de los primeros entusiastas del *hot jazz* y las universidades eran suelo fértil para aficionados y músicos por igual. En la Universidad de Indiana, la banda más popular era la Wolverine Orchestra, donde tocaba el corneta Bix Beiderbecke. El joven de veinte años había estudiado en profundidad el *jazz* , conoció a Louis Armstrong y pasó tiempo en el famoso club negro de Chicago, el Lincoln Gardens. Terminó siendo un elemento fijo del campus, con su viejo jersey azul y su jarra de alcohol de contrabando mientras su grupo tocaba para las hermandades desde la parte trasera de un camión.

El mercado universitario de los años veinte significaba la primera ocasión en la que las modas juveniles se definían y se comercializaban con agresividad para todo el país. El hecho de que fueran las prendas de la nueva élite, o de la futura élite, no evitó que numerosos adolescentes de clase trabajadora se convirtieran en lo que el novelista James T. Farrell describía como «un falso estudiante universitario, de esos que se compran vestimentas de tal por mensualidades». Sin embargo, la vida en la universidad ofrecía libertad dentro de unos límites muy estrictos. «Vestís vuestros cuerpos y vuestras mentes con un modelo ya establecido», maldecía uno de los personajes de *The Plastic Age* .

Con excesiva frecuencia, la estandarización en masa del consumismo estadounidense se veía reproducida en la mentalidad de sus jóvenes conejillos de indias. A pesar de las distendidas libertades adolescentes, las universidades funcionaban con estructuras generacionales muy estrictas. «Un hombre no puede escapar jamás de las consecuencias en su selección de colegas –recordaba una revista universitaria a sus lectores en 1922–. Los hombres se juzgan por sus compañeros y sus organizaciones». Otro observador enumeraba las características necesarias para la popularidad: ser guapo, tener dinero y un coche. Al igual que en el instituto, ser parte del equipo de fútbol americano era más importante que conseguir resultados académicos excelentes.

A pesar de la presencia de estudiantes de clase obrera, el ritmo de la vida universitaria aún se establecía desde arriba. La sociedad estudiantil estaba dirigida de manera inexorable por el sistema de fraternidades. Estas sociedades, con sus iniciales griegas, modelaban al estudiante desde el momento en que llegaba, empezando por la «selección» de los novatos. Una vez realizada esta, se producía el juramento y después la iniciación. Este importante ritual estaba marcado por las novatadas y la humillación del aspirante que, habitualmente, implicaban violencia física y tortura mental.

Promovidas por las autoridades universitarias, las fraternidades ofrecían muchos beneficios a los participantes en el sistema: una posición garantizada y una vida social ya preparada. Sin embargo, la rigidez de su funcionamiento hacía la vida en el campus insoportable para los excluidos. «Se visten igual, hacen lo mismo todo el tiempo, piensan y hablan en los mismos términos y tienen prácticamente los mismos intereses –señaló un visitante europeo en 1923–. El estándar parece ser la uniformidad. Todo el que es diferente esta “loco”, es quizá un ratón de biblioteca o algo parecido».

La vida en el campus no era tan magnífica como se esperaba: un tercio de los estudiantes abandonaba antes de titularse. En un sistema tan competitivo, no todos podían resultar vencedores y los estudiantes de minorías étnicas (como los judíos) y de grupos con peor posición económica partían con desventaja. Conocidos como «gusanos» o «molinillos», los estudiantes esforzados o más intelectuales tenían una posición social muy baja; el editor de una revista universitaria advertía a los recién llegados que tendrían que decidir

si ser estudiosos «aislados de la masa de estudiantes» o bien «hombres populares entre sus compañeros».

Si bien compuesta por «entusiastas capitalistas», la pragmática generación universitaria de los años veinte no carecía por completo de capacidad crítica. Los universitarios, al igual que sus coetáneos más jóvenes de los institutos, disfrutaban con su posición generacional. Una reducida aunque significativa minoría se esforzaba en poner a prueba los límites del sistema universitario y, por tanto, el mundo de los adultos. Con héroes culturales declarados y dispares como Emma Goldman, Theda Bara, Rodolfo Valentino y Francis Scott Fitzgerald, aspiraban al menos a cierto nivel de inconformismo, que se expresaba, principalmente, pasándoselo bien.

Gracias a la expansión del *jazz* , las salas de baile siguieron proliferando por todo el país a principios de los años veinte y estaban llenas de «universitarios cuyo objetivo era "echar una cana al aire"», así como de «chicas y chicos de instituto en busca de sofisticación». En esta «atmósfera emocionalmente cargada», la juventud de Estados Unidos podía darse al desenfreno sin preocuparse por la intervención de los adultos. Sin embargo, al igual que la moda de las danzas animales había provocado la ira de los moralistas en los comienzos de la década anterior, el *jazz* y sus bailes propiciaban comentarios adversos.

En los primeros años veinte, el *jazz* provocaba una división generacional. La revista *Ladies' Home Journal* lanzó una «cruzada» contra el *jazz* : «Cualquiera que diga que "jóvenes de ambos sexos pueden mezclarse en un íntimo abrazo" (con los miembros entrelazados y el torso en contacto) sin sufrir ningún daño, está mintiendo. Añadan a esta posición los movimientos serpenteantes y la estimulación sensual de las abominables orquestas de *jazz* , con sus escalas menores provenientes del vudú y su apelación directa al centro sensorial, y si se quieren creer que los jóvenes siguen siendo los mismos tras esta experiencia, que Dios se apiade de sus hijos».

La «actitud pagana hacia el amor en sí» de las *flappers* ya era lo bastante escandalosa. Sin embargo, el hecho de que el *jazz* y sus bailes, en especial el charlestón, que se estrenó en el musical de 1923 *Running Wild* , tuvieran su origen en la población negra agravaba los riesgos a ojos de la sociedad estadounidense. Al asumir la cultura negra, los estudiantes universitarios

fueron acusados de llevar a la vida de las clases medias blancas actividades asociadas de forma más habitual con los «distritos negros y rojos de Chicago o del East Tenderloin de Nueva York». Tanta histeria por parte de los moralistas únicamente sirvió, no obstante, para potenciar el atractivo del *jazz* .

Cada vez más chicas se daban al *petting* (un estudio de 1924 señalaba que el 92 % de las estudiantes de colegios mixtos lo practicaba), pero las críticas de los adultos solo servían para dejarles claro a los jóvenes lo desfasados que estaban sus ascendientes. Incluso la popularidad de las *petting parties* en grupo, tan escandalosas para los mayores, representaban una «forma de exploración» limitada por las costumbres del grupo. Nadie podía llegar demasiado lejos: como un estudiante de la Universidad Estatal de Ohio escribió en 1922, la chica universitaria «se siente segura en las situaciones más críticas: *conoce los límites* y con la seguridad que le aportan estos conocimientos *puede desarrollar prácticamente la gama completa de experiencias* [cursiva en el original]».

Gracias a los inagotables esfuerzos de Margaret Sanger, los métodos anticonceptivos habían sido aceptados de forma más generalizada en las clases empresariales y entre sus hijos universitarios. Sin embargo, a pesar de lo que el matrimonio Lynd denominaba «cierta relajación tentativa» entre la generación más joven, el sexo prematrimonial seguía siendo un poderoso tabú. Para las universitarias, la pérdida completa de la virginidad era una preocupación de relevancia, mientras que los estudiantes varones solucionaban más habitualmente este asunto con «sesiones obscenas» o con prostitutas. Ser «una mujer rápida» o «una manzana podrida con las mujeres» era suficiente para sufrir el ostracismo de los compañeros, cuando no la expulsión total del grupo.

El campo de batalla central para los estudiantes universitarios en los años veinte, como para muchos de su generación, era la ley seca. El consumo ilegal de alcohol era tanto aceptado como deseable. Si un estudiante no mostraba, al menos, «tendencia a la disipación» se le consideraba «blandengue», pero no si se disipaba «en exceso». La ASL había concebido la ley para aplicarla de forma específica a las clases trabajadoras urbanas y a los pobres; pero su impopularidad supuso que el consumo ilegal de alcohol, según una publicación universitaria, se desplazara «de los salones y los cabarés vulgares a los círculos sociales y las salas de baile de los elegidos».

La ley seca, impuesta a todo el país por un grupo de presión minoritario, desprestigió el propio sistema legal. La actitud de los universitarios quedó resumida por el periódico estudiantil de la Universidad Cornell, que la consideraba una «broma» sin el «acuerdo mayoritario necesario para su aplicación». Esta falta de respeto por la ley tuvo un lento efecto de radicalización cuando la economía ilegal puso a los estudiantes en contacto con ideas, actitudes y personas que sus hermanos mayores nunca habían conocido. Esta actitud se consolidaría tanto con la aceptación de un «nuevo pluralismo en el comportamiento» como en una crítica más abierta del mundo adulto.

■ ■ ■

Atrapada entre la explotación y la condena, entre el placer y el puritanismo, la generación de los años veinte fue víctima temprana de las actitudes contradictorias de su país. La juventud era una cuestión volátil para un experimento de masas aún no sometido a prueba. Bajo la imagen pluralista, pagana y animada del caíd y la reina de Saba yacían impulsos salvajes, sin domesticar: los prejuicios y las violentas iniciaciones de las fraternidades universitarias, el daño físico causado por el alcohol de contrabando y la violencia estremecedora de los gánsteres juveniles que luchaban por el control del inmenso mercado ilegal del alcohol.

En abril de 1924, el principal contrabandista del momento se hizo con el control de Cicero, un suburbio de Chicago, en una «escalofriante demostración pública de poder». A sus veinticinco años, Al Capone no encontró oposición de la policía ni de los políticos. Un mes más tarde, las fuerzas oscuras que se ocultaban detrás de la obsesión de Estados Unidos con la juventud quedaron al descubierto en uno de los casos de asesinato más espectaculares del siglo. Empezó el 21 de mayo con la exigencia de un rescate a un acaudalado empresario de Chicago llamado Jacob Franks: su hijo menor había sido secuestrado y sería liberado a cambio de 10 000 dólares.

Al día siguiente, se descubrió el cuerpo desnudo de Bobby Franks, de catorce años, en una remota ciénaga a las afueras de la ciudad. La prensa enloqueció y exageró «el peligro para los niños de Chicago». Después de interrogar a los sospechosos habituales sin resultado, la policía llegó hasta los

culpables gracias a un par de gafas abandonado en la escena del crimen y la marca característica de la máquina de escribir utilizada para la petición de rescate. Los responsables de este crimen horrible y sin precedentes resultaron ser dos estudiantes universitarios, ambos menores de veinte años, llamados Nathan Leopold y Richard Loeb.

La impresión no pudo ser mayor. Leopold y Loeb no eran monstruos desfigurados de los suburbios como Jesse Pomeroy. Eran representantes atractivos y ricos de la élite juvenil, salidos directamente de los textos de Francis Scott Fitzgerald con sus prendas elegantes y el pelo engominado hacia atrás al estilo de los caídes. Parecían tener todo lo que un joven podría desear en una sociedad dominada por la juventud: coches, chicas, travesuras universitarias, incluso las emociones que ofrecía una ciudad anárquica. Sin embargo, se sentían por encima de la ley y superiores a sus semejantes y traspasaron en un instante todo límite para convertirse en asesinos.

La policía pronto descubrió que la pareja había planificado con tiempo el crimen perfecto: después de investigar lugares para recoger el rescate y en los que librarse del cadáver, empezaron a buscar una víctima en el exclusivo barrio residencial de Kenwood. Bobby Franks estaba en el lugar equivocado en el momento menos indicado aquel 21 de mayo: conocido de Leopold, se metió en el automóvil modelo Willys-Knight que habían alquilado y recibió una paliza en cuanto empezó a gritar. Puesto que no paraba, lo estrangularon. Después de conducir el vehículo hasta que cayó la noche, vertieron ácido clorhídrico sobre el rostro y el cuerpo de Franks y lo arrojaron en un desagüe de una carretera.

Ante la conmoción que supuso el caso, Leopold y Loeb fueron presentados como monstruos: las «personas normales» no cometerían «un acto tan repugnante». El asesinato despertó un enorme interés de la prensa y en la sociedad por los motivos que señalaba el *Chicago Sunday Tribune* : «El espíritu diabólico mostrado en un secuestro y un asesinato planificados; la riqueza y la prominencia de las familias; los grandes logros intelectuales de los jóvenes; la sugerencia de perversiones; las extrañas particularidades mostradas al confesar que el niño fue asesinado para pedir un rescate, por la experiencia, por la satisfacción del deseo de una elaborada maquinación».

Leopold y Loeb habían cometido un nuevo tipo de crimen: abstracto, casi intelectual y más allá de todo azar. Eran un enigma, un rompecabezas que se convirtió en obsesión nacional. La incesante cobertura de la prensa inició un debate en todo el país sobre la relación de Estados Unidos con sus jóvenes. La pareja de asesinos simbolizaba la «desviación» de una generación. Como el juez experto en delincuencia juvenil Ben Lindsey escribió en los primeros días de enero de 1924: «Se trata de un nuevo tipo de asesinato con un nuevo tipo de causa, que ha de hallarse en la mentalidad moderna y en las nuevas libertades de la juventud».

Como encarnaciones del lado oscuro de la juventud, Leopold y Loeb fueron analizados y documentados a un nivel sin precedentes. Tanta atención incentivó su arrogancia y los convirtió en versiones nihilistas de las estrellas de cine: «Inmaculadamente vestidos: la clase social de la moda y la elegancia de la forma –como señaló una columnista–. Dickie se pasea con toda la gracia y el porte de un Rodolfo Valentino caminando por la pantalla». Mientras la prensa amarilla humanizaba a los «caídes acusados», multitudes se arremolinaban en torno a las residencias familiares de Leopold, Loeb y Franks en el barrio residencial de lujo de Kenwood.

El juicio fue un gran acontecimiento mediático, como un estreno de Hollywood o incluso, como sugirió un diario, una lucha romana de gladiadores. El carácter circense del proceso beneficiaba al abogado de Leopold y Loeb, el legendario Clarence Darrow, contratado por sus familias para evitarles la pena de muerte. No cabía, no obstante, duda alguna sobre su culpabilidad (a pesar de que ninguno de ellos había reconocido el asesinato). Darrow decidió perseguir con su defensa una reducción de la condena, por lo que evitó un juicio con jurado.

Centrando la cuestión en una anormalidad mental, esquivó asimismo las estrictas definiciones de la demencia, con las cuales sus acusados, ocupados en informar a la prensa de los colores concretos y la textura de sus atuendos, claramente no concordaban. La anormalidad mental no tenía una definición legal clara y, por tanto, ofrecía la posibilidad de la atenuación, de la vida en lugar de la muerte. Darrow utilizó a tres de los psicólogos más eminentes del país como testigos estrella. El resultado fue una discusión de teorías psicológicas en el seno del sistema legal estadounidense y los medios de

comunicación de masas como no se había producido desde el juicio a Jesse Pomeroy.

Habían cambiado muchas cosas en los cincuenta años transcurridos. Al contrario que los tradicionalistas contratados por la acusación, los testigos de Darrow: los doctores William White, William Healy y Bernard Glueck, estaban todos al tanto y simpatizaban con las teorías del inconsciente de Freud. Al mismo tiempo, el equipo de la defensa contrató a dos médicos, Harold S. Hulbert y Karl M. Bowman, para que examinaran a los acusados, lo cual hicieron durante catorce días en los que compilaron un informe de 80 000 palabras que analizaba en detalle a sus familias, su inteligencia y su estado físico y emocional. El proceso ofrecía un nuevo terreno de juego para una prensa ávida de contenidos.

Los periódicos llenaron sus páginas de psicología popular, astrología e ilustraciones frenológicas al estilo de Lombroso de las características criminales de la pareja. Loeb estaba dominado por una «exacerbada pasión por el sexo», mientras que Leopold mostraba un «instinto destructivo» y una «personalidad dinámica». William Randolph Hearst, el gran magnate de los medios, llegó incluso a ofrecer a Freud un transatlántico especialmente fletado para él si se prestaba a ir a Estados Unidos y escribir sobre el juicio, mientras que el diario rival, el *Chicago Tribune* , le prometió 25 000 dólares por psicoanalizar a los jóvenes. Ya enfermo y poco dispuesto a viajar a un país que no le gustaba, el fundador del psicoanálisis rechazó ambas ofertas.

Sin embargo, los psicólogos contratados por la defensa revelaron lo que se ocultaba detrás de la cuidada fachada de la pareja. Ambos estaban enemistados con sus familias y sus compañeros. Criados a distancia por sus progenitores (los dos tuvieron institutrices), tenían cocientes intelectuales por encima de los 160 puntos. Loeb había terminado su primera titulación con diecisiete años y Leopold con dieciocho. Alojados juntos en la Universidad de Chicago, eran una extraña pareja: Loeb, encantador y popular; y Leopold, arrogante en lo intelectual, un nietzscheano convencido. Loeb les caía bastante bien a sus compañeros, pero la mayoría encontraba a Leopold desconcertante y extraño.

La pareja se había conocido en 1920. Sumidos en un mundo donde la mayoría de sus compañeros eran mayores, y expuestos a las tentaciones de la libertad, iniciaron tres años de parrandas con el robo ocasional de algún coche

y rápidamente progresaron para incluir incendios premeditados y atracos con fuerza. Loeb en particular buscaba en vano cobertura de estos delitos en los medios. Tras un robo que terminó en chapuza en la localidad de Ann Arbor, se distanciaron, pero acordaron retomar su amistad con ciertas restricciones: Loeb necesitaba a Leopold como asistente en sus actividades criminales, mientras que Leopold visitaba a Loeb en busca de «compañía». Ambos habían valorado el suicidio antes de decidirse a llevar a cabo el asesinato.

Este curioso contrato enmascaraba una compleja y cuasisadomasoquista relación emocional y sexual. Como testificó el doctor White, la vida interior de Loeb incluía fantasías en las que se encontraba confinado: «Ve a gente que lo mira a través de los barrotes y comenta que es un gran criminal, lo miran con curiosidad. Estas personas son a menudo chicas jóvenes». Esto fue exactamente lo que ocurrió. La pareja se veía acosada en el tribunal por mujeres jóvenes. En palabras de Maureen McKernan: «Lo espantoso del crimen parecía no tener efecto alguno en los sentimientos de las atolondradas *flappers* , que rogaban que las dejaran pasar».

La atmósfera en el tribunal era frenética, marcada por el calor extremo y los meses de constante atención de la prensa: a mediados de agosto, Leopold y Loeb «habían empezado a parecer héroes populares». Como celebridades que eran, posaron para una serie de fotografías con la policía y con Clarence Darrow, donde su impecable modernidad destacaba sobre los huesudos y deformados rostros de los adultos. Eran estrellas: «La actitud de los chicos durante al juicio sorprendía a todos cuantos los veían. Los periódicos publicaban a diario imágenes de los dos sonriendo en el tribunal. Cuando el público reía, ellos reían».

En esta atmósfera carnavalesca, Clarence Darrow expuso sus conclusiones: una clase magistral de tres días sobre la filosofía nietzscheana, los efectos embrutecedores de la Primera Guerra Mundial en las mentes de los jóvenes y la naturaleza de la propia adolescencia. Darrow argumentaba: «Estos dos chicos estaban en el periodo más difícil en la vida de un niño». Definió este como «la edad entre los quince y los veinte o veintiún años», cuando «el niño tiene la carga de la adolescencia, de la pubertad y del sexo, sobre los hombros. Las chicas se quedan en casa y son vigiladas de cerca. Los chicos que no están sujetos a una disciplina quedan libres para superar el periodo por sí solos».

Darrow concluía: «No hay un acto en toda esta horrible tragedia que no sea la actuación de un niño». Sin embargo, ni Leopold ni Loeb eran niños. Su infancia bien podía haber tardado en desaparecer, pero si dos signos distintivos de la adolescencia son las expresiones de la sexualidad y la independencia de los padres, ambos los habían superado. Darrow enfatizó sin así quererlo la laguna en el tratamiento que ofrecía Estados Unidos a sus jóvenes: la ausencia aún habitual de un espacio entre la infancia y la madurez. A comienzos de la década de 1920 las definiciones por edades todavía no estaban estandarizadas: los muchachos podían ser hombres y los adolescentes, niños.

La elocuencia del famoso abogado salió victoriosa. El juez Caverly resumió su decisión de optar por la cadena perpetua en lugar de por la pena de muerte del siguiente modo: «El tribunal se ve motivado fundamentalmente por la consideración de la edad de los acusados, chicos de dieciocho y diecinueve años». Decidió que era competencia del juzgado «declinar imponer la condena a muerte a personas que no son mayores de edad». La pareja fue enviada rápidamente a la prisión de Joliet, donde no había periodistas que comentaran sus coloridos sombreros. Un largo silencio siguió a la deslumbrante luz de la fama.

El caso de Leopold y Loeb aguó la fiesta a la cultura juvenil de los años veinte. A pesar, o quizá a causa de su cociente intelectual, los jóvenes no habían conseguido encajar en la cultura universitaria que era el ideal estadounidense. Su asesinato al azar se vio alimentado por su deseo de vengarse de una sociedad de la que se sentían desvinculados por completo. Esta no era la rabia incontenible de Jesse Pomeroy, sino una profunda y fría alienación. Para Leopold y Loeb, las personas no eran de carne y hueso, sino meras cifras. Habían asumido en exceso la ofensiva industrial deshumanizadora que subyacía bajo la sociedad de masas de los años veinte.

CAPÍTULO 16

El complejo de Cenicienta

Problemas de la cultura de masas estadounidense

■■■

Chico: *Los padres no saben nada de sus hijos ni de lo que hacen.*
Chica: *No quieren saber.*
Chica: *No les dejamos que sepan.*
Chico: *El nuestro es un mundo rápido y ellos son viejos.*

Robert S. Lynd y Helen Merrell Lynd,
Middletown: A Study in American Culture, 1929.



Rodolfo Valentino caracterizado como Pluma Negra, su contacto espiritual, mediados de la década de 1920.

Alcanzado el ecuador de los años veinte, empezaba a quedar claro para muchos escritores, académicos e intelectuales de Europa y Estados Unidos que la revolución profetizada en *Psicología de las multitudes* había comenzado. Por definición, las masas no respondían a la racionalidad, sino que, por su contagiosa susceptibilidad, encarnaban los mismos instintos que la civilización trataba de engarzar. Le Bon había alertado sobre una muchedumbre que pensaba únicamente «por imágenes»: exigía «ser Dios o no ser nada». Una vez exaltadas a un estado de fervor cuasireligioso, las masas estaban listas para liberar por completo su capacidad destructiva.

Los futurólogos empezaron a imaginar cómo podía controlar la sociedad estas erupciones. En la última década del siglo XIX , Le Bon no había señalado un elemento esencial de la nueva época. Fueron las máquinas las responsables de la masacre de la Primera Guerra Mundial y las que hicieron posible la producción en masa de objetos de consumo, por lo que la relación entre el ser humano y la tecnología se convirtió en tema central de la fantasía científica de los años veinte. El hombre tenía que ser una máquina para encajar en la sociedad de masas, pero también era vulnerable a los efectos embrutecedores de este nuevo ideal adamantino, así como a las posibilidades de un mal funcionamiento aleatorio.

Estrenada en Gran Bretaña en 1923, *R.U.R.* , la obra teatral de Karel Čapek, introdujo el término «robot» con su trama sobre obreros producidos de manera industrial que se rebelaban contra sus dueños humanos. La coacción distópica de la sociedad mediante una mezcla de instinto bajo control y dominio de la tecnología fue explorada en profundidad por Evgeni Zamiátin en la novela *Nosotros* (1924). Con decorados sacados directamente de un *collage* dadaísta, la fastuosa película de Fritz Lang *Metrópolis* (1926) actualizaba *La máquina del tiempo* en una cataclísmica lucha de poder entre trabajadores al modo de los morlocks de Wells y una élite como los eloi, fomentada en este caso por un monstruoso robot metálico, un Frankenstein femenino.

El hombre-máquina también hizo su aparición en las prácticas de trabajo cada vez más deshumanizadas adoptadas por las industrias capitalistas, fascistas y comunistas por igual. Mediada la década de 1920, el sistema de producción en masa de Henry Ford se había afianzado como el salvador potencial de Estados Unidos. Edward A. Filene, el ideólogo comercial pionero de las

cadenas de establecimientos, hizo un llamamiento a «la aplicación del principio de las masas a la industria estadounidense». Proclamaba que el consumo masivo, corolario de la producción en masa, elevaría el nivel de vida de todos sus ciudadanos.

Sin embargo, en Estados Unidos, la fusión del comercio y las profundas necesidades emocionales conllevó una violenta resaca. El caso de Leopold y Loeb y la toma de Cicero por parte de Al Capone revelaron que lo que Freud había definido en 1923 como el «ello» (en la estela del *das es* de Nietzsche) no estaba sujeto a controles racionales. Al estimular los deseos básicos y los temores primarios, el comercio estadounidense estaba jugando con un arma cargada. Freud defendía que el ello podía dividirse en dos componentes: Eros y Tánatos. El primero comprendía el instinto vital y el segundo, el instinto sádico de la muerte: «La vida sería un combate y una transacción entre ambas tendencias».

Todas las ficciones distópicas de los años veinte muestran sociedades ideales destruidas por el profundo instinto de la muerte, a menudo invocado por la juventud. La sociedad del consumo estaba creando sus propios monstruos y aquí era donde la «psicología de masas» promocionada por Edward Bernays entraba en juego. La ley seca ofrecía un modelo autoritario y burdo de control social, pero como Bernays señalaba, era demasiado moralista para ser realmente efectivo en el siglo XX . Mientras que la ley seca no provocaba más que una «ruptura legal», Bernays buscaba controlar la «mente colectiva» mediante técnicas psicológicas y sugestivas más en consonancia con la nueva era de las máquinas.

Como Filene, que contrastaba la «revolución social más inclusiva» de Estados Unidos con «el experimento soviético», Bernays era consciente de que había más de un modelo para la sociedad de masas y se propuso definir una alternativa al totalitarismo preconizado por los futurólogos. En su manual *Propaganda* , de 1928, proponía una nueva superclase, un «gobierno invisible» que organizaría «la manipulación consciente e inteligente de los hábitos y opiniones organizados de las masas». No estaba defendiendo el control social mediante la fuerza, sino a través de una industria de la percepción que moldeara al consumidor ideal.

Si el prototipo de Bernays era el «asesor en relaciones públicas», que orquestaba entre bambalinas la percepción de las masas, el lugar de la juventud en la construcción de esta particular Ciudad Esmeralda era central. Integrantes de la primera generación de «seres humanos» en la era de las máquinas producidas en masa, eran «radicales en el mercado», objetivos fundamentales de la publicidad y las primeras golondrinas de lo que sería, sin duda, una radiante primavera del consumidor. Su importancia, asimismo, no quedaba meramente confinada a los candidatos a la enseñanza superior y a los estudiantes de instituto.

Al ofrecer mano de obra barata y flexible, los vástagos de la clase obrera podrían incorporarse al nuevo mercado juvenil. Con una «velocidad y resistencia» superior al resto, la juventud se adecuaba especialmente a las crecientes exigencias de la producción en masa. Como manifestaba el matrimonio Lynd, «un chico de diecinueve años puede, después de algunas semanas de aprendizaje con una máquina, producir un volumen de trabajo superior al de su padre de cuarenta y cinco». Sin embargo, a pesar de la estandarización cada vez mayor de sus lugares de trabajo, del ocio y de la educación, una parte de la juventud estadounidense se negaba a entregar su individualidad.

El nuevo sistema de control de masas, dependiente de los trucos del mago de Oz, suscitaba importantes dudas sobre la sociedad estadounidense. La Constitución prometía de forma implícita igualdad para todos: en la nueva definición de este contrato, la inclusión social tendría lugar a través del consumismo de masas previsto por los gobernantes invisibles. Según Edward Filene, la nueva era de las máquinas no estaba «estandarizando la vida humana», sino «liberando a las masas de la lucha por la existencia». Esta promesa sería asumida muy a conciencia, con efectos inesperados.

■ ■ ■

No todo el mundo podía conseguir acceso a la Ciudad Esmeralda. Su atractivo estaba, en parte, vinculado a su exclusividad. Si bien los estudiantes universitarios y quienes habían concluido la educación secundaria se veían privilegiados por la cultura comercial juvenil de los años veinte, los

adolescentes de los barrios pobres eran ignorados. Sin embargo, estos no veían ningún motivo por el que no debieran participar en la sociedad de consumo. Con el deseo inculcado, pero carentes de medios, buscaron la inclusión con métodos legales o ilegales. El cine, como un delincuente convicto comentó a la teórica Alice Miller, «te hace querer cosas. Y las coges».

La ley seca ofreció a muchos de ellos su puerta de entrada. En una sociedad que fomentaba el consumismo, el hecho de que el alcohol no pudiera comprarse de modo legal abrió un agujero filosófico en plena Decimoctava Enmienda. La prohibición del alcohol no hizo que la gente dejara de beber; sencillamente elevó aún más su valor debido a la escasez. En torno al suministro de bebidas creció una gigantesca industria criminal valorada en miles de millones de dólares, un sector que, pese a sus efectos distorsionadores en la vida social, política y moral del país, era tolerado de forma tácita por la mayoría de los ciudadanos estadounidenses.

El centro de esta industria lo constituía el laboratorio urbano de Estados Unidos, Chicago, «la ciudad más corrupta y anárquica del mundo». Hasta qué punto era anárquica la urbe lo demostró la toma del poder por parte de Al Capone del barrio de Cicero, que rápidamente se llenó de «gánsteres arrogantes, jaraneros y fanfarrones, y quedó repleto de bares y salas de juego». Era como si el Salvaje Oeste estuviera de vuelta. Al Capone se convirtió en el gánster más conocido de Estados Unidos y su ostentación al estilo de las estrellas del cine lo convirtió en objeto de emulación: el héroe forajido moderno.

Un testigo del momento señalaba que el típico criminal de los años veinte «era un chico que había imitado el patrón del mafioso con éxito, el patrón que lo rodeaba. No estaba aislado. Era un tipo normal. Había visto lo que se consideraba éxito en la sociedad a la que lo habían arrojado: el Cadillac, el fajo de billetes, el apartamento elegante... ¿Cómo podía conseguir ese tipo de posición reconocida? Era casi siempre un chico con una iniciativa excepcional, imaginación y habilidades; era el tipo de chico que, en condiciones diferentes, habría ejercido de líder en la industria o de figura política clave en su tiempo».

La Ley Volstead era incumplida con tanta insistencia que creó su propio mundo paralelo: el reflejo de los valores estadounidenses dominantes. El joven criminal de los años veinte «no había tenido la oportunidad de ir a Yale y

convertirse en banquero o agente de bolsa; no tenía un camino que lo condujera a un título en Derecho en Harvard. Existía, no obstante, una forma relativamente sencilla de adquirir esos bienes que sin descanso se le decía que estaban disponibles para él como ciudadano estadounidense y sin los que no podía considerar que lo fuera plenamente. Se haría gánster».

Para muchos de los jóvenes de segunda generación, la producción y distribución de alcohol de contrabando que surgió en sus empobrecidas comunidades representaba una carrera laboral válida. Como los capitalistas más osados, la profesión que habían elegido era de alto riesgo; como todos los industriales, no estaban más que ofreciendo a los ciudadanos un producto que estos querían comprar. Al contrario que los grupos juveniles disidentes europeos, su rebelión no rechazaba la moderna sociedad tecnológica de masas, sino que, al haber asumido sus valores, sencillamente los invertía. La salvaje violencia de sus métodos empresariales dejaba al descubierto las brutales fuerzas que subyacían bajo la economía de *laissez-faire* de Estados Unidos.

La fuerza se hizo ley y el resultado fue desastroso. Además de haber impulsado el crimen organizado, la ley seca había servido para hacer sumamente impopular cualquier política reformista, y quienes tenían una agenda social de futuro en la última década del siglo XIX quedaron aislados en un entorno duro e inconexo. Jane Addams, que todavía trabajaba en la Hull House de Chicago a mediados de los años veinte, vio su área de influencia en los barrios pobres deteriorarse hasta quedar convertida en un desordenado conjunto de bloques que acogía a borrachos, familias desintegradas, adolescentes que emulaban a los gánsteres, policías corruptos y contrabandistas de gatillo fácil.

El escritor de Chicago James T. Farrell describió esta devastación en su trilogía *Studs Lonigan* , concebida como «la historia de la educación de un chico estadounidense normal en este periodo. Las instituciones de relevancia en la educación de Studs Lonigan eran el hogar y la familia, la iglesia, la escuela y el patio del colegio. Estas instituciones se vinieron abajo y dejaron de cumplir las funciones que se esperaban de ellas. Las calles se convirtieron en un potente factor educativo en la vida de un chico». La violencia y el libertinaje habían pasado a ser parte rutinaria de la vida cotidiana, una vuelta de tuerca

profundamente irónica al modelo de abstinencia y moralidad perseguido con la ley seca.

■ ■ ■

Con la juventud ejerciendo de pararrayos de los problemas fundamentales de Estados Unidos en los años veinte, eran necesarios nuevos métodos de medición. En mayo de 1924, G. Stanley Hall escribió un artículo titulado: «Can the Masses Rule the World» [¿Pueden las masas gobernar el mundo?], en el que se reafirmaba en su visión mística. Sentía que el único motivo para la esperanza en la sociedad de masas era un movimiento juvenil de carácter casi mundial que «avanzaba con esfuerzo hacia una nueva religión, una nueva luz, un nuevo hombre, una nueva era, un nuevo estado, nuevas relaciones económicas y la paz». Un mes más tarde, murió a los ochenta y un años de edad, sus numerosos obituarios daban testimonio de su pasión por «la juventud, la libertad y los nuevos conocimientos».

Sin embargo, la visión romántica de la juventud de Hall se había tornado insostenible. Gracias a su innovador trabajo, la adolescencia se había transformado en una gigantesca industria comercial y en una clase definida en las sociedades occidentales. Ante el gran volumen de nuevos datos sobre la juventud, no obstante, ya no era posible alcanzar conclusiones generalizables. Cuando Hall empezó su trabajo era un pionero solitario, pero en los siguientes treinta años su metodología se había visto superada por nuevas aproximaciones académicas que señalaban las amplias diferencias en la realidad de los adolescentes que había contribuido a sacar a escena.

Las más influyentes de estas aproximaciones tuvieron su origen en la futurópolis americana. El Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago, inaugurado en 1921, desarrolló un empirismo radical. Su primera publicación de relevancia, *On Hobos and Homelessness* , en la que Nels Anderson analizaba la situación de los indigentes, añadía a la «observación de los participantes» la implicación personal para lograr el máximo rigor académico. Anderson, que había sido vagabundo, defendía que ellos eran los últimos baluartes del espíritu original de los pioneros: «¿Quién no ha sentido ese anhelo de liberarse de toda responsabilidad y partir hacia territorios

desconocidos? Ningún adulto puede sentirlo en mayor medida que el niño osado».

La siguiente obra del departamento profundizaba aún más en la vida de los adolescentes urbanos. Publicada en 1926, *The Gang* analizaba a cientos de jóvenes con edades comprendidas entre los once y los veinticinco años. Su autor, Frederick M. Thrasher, concluía que el entorno estaba vinculado al comportamiento, habida cuenta de que la gran mayoría de las bandas urbanas florecía en «una amplia zona oscura de vías de tren y factorías, de vecindarios deteriorados y poblaciones cambiantes». Esta zona era el síntoma de un problema mayor: «Las ciudades industriales estadounidenses no han tenido tiempo de asentarse y de adquirir control de sí mismas, son jóvenes y están experimentando las dificultades y la inestabilidad propia de la juventud».

Estos espacios vacíos fueron explotados por los adolescentes urbanos: «Los chicos de *bandalandia* disfrutan de una libertad inusual en comparación con las restricciones impuestas habitualmente por los agentes de control normales en las mejores zonas residenciales de la ciudad». Vivían otra versión del mito del pionero: «En algunos aspectos, estas regiones en conflicto son como una frontera; en otros, como una "tierra de nadie", anárquica, atea, salvaje». Thrasher señalaba el romanticismo como factor significativo en la vida de las bandas: «Las fantasías adolescentes proyectan sobre el mundo (a menudo trillado y feo para el adulto) la luz rosada de la novedad y lo poético».

La naturaleza básica de las bandas había cambiado poco desde los días de Riis. La mayoría se disponía a lo largo de líneas étnicas y de vecindario. Sin embargo, habían crecido en tamaño, número, organización, sofisticación y agresividad, algo que demostraban con la violencia y la depredación sexual, en asesinatos y orgías de pandillas como los Knight Riders. Una de las causas de esta situación eran los nuevos medios de comunicación. Un entrevistado señaló a Thrasher que «solía pasar horas en el cine para ver cómo se "cerraban" los atracos. A juzgar por el tipo de narrativa emocionante y "sexy" que forma el grueso de los medios de entretenimiento, también hay otros atractivos».

¿Qué había provocado que las bandas se hicieran tan brutales? Thrasher identificaba varios factores. La estimulación de los impulsos básicos por parte de los medios de comunicación de masas servía para alejar la moralidad de todos los límites conocidos. Según observó: «El chico de las bandas tiene que

afrontar patrones sociales desmoralizadores continuamente; están en las calles y en los callejones; provienen de las antiguas pandillas y clubes y del hampa». Estas tenían una fuerza extra al ser «estándares opuestos en lo relativo al sexo, el alcohol, las apuestas y demás. Esto dificulta en mayor medida una definición concluyente de la situación por parte del chico».

Sin embargo, el verdadero motivo estaba en plena calle: «El alcohol ilegal, las apuestas y la corrupción han ofrecido las mayores oportunidades para las bandas de tipo mafioso en Chicago». Los potenciales beneficios, la adoración de los gánsteres y, lo que es más, el funcionamiento del crimen profesional «sobre la base de la eficacia empresarial» hacían cada vez más probable la transformación de las pandillas de barrio en organizaciones criminales asentadas en toda la ciudad. Thrasher concluía su investigación con una serie de recomendaciones concretas que incluían un trabajo social más activo y el control de las estructuras familiares. Mantenía la confianza de los reformistas en que la sociedad estadounidense podía mejorar.

El impulso reformista no había sucumbido con la ley seca; sencillamente, había cambiado de naturaleza. En lugar de moralizar de forma agresiva, recuperó el foco en cuestiones sociales que había marcado la actuación de los progresistas pioneros como Jane Addams. La nueva generación de reformistas, considerando que el entorno interviene en el comportamiento, defendía una aproximación más sinóptica. En su influyente obra *Delinquents and Criminals* , los criminólogos William Healy y Augusta F. Bronner, como Thrasher, recomendaban que cada joven delincuente fuera sometido a un sistemático estudio psicológico y de su entorno.

Esta renovada concentración en la crianza conllevó una crítica más amplia de la sociedad estadounidense. *The Gang* apareció por casualidad a la vez que otra relevante obra de carácter reformista: *Nadie gana* , de Jack Black, una descripción sensacionalista de un criminal rehabilitado mediante un tratamiento comprensivo. Black había iniciado su carrera siendo adolescente, en la década de 1890, y el atractivo del libro radicaba en su exposición de un mundo hasta entonces desconocido de «*yeggs* », «jeringos» y «travesuras». Tras el éxito de la obra, Black recorrió Estados Unidos dando conferencias en materia de reforma penal o, en sus propias palabras: «Propaganda contra el exceso de leyes y castigos».

Con su mapa histórico de las clases criminales juveniles, *Nadie gana* también contribuyó a arrojar luz sobre los desafíos cada vez más preocupantes de su tiempo. En 1926, hubo veintiséis asesinatos a manos de bandas solo en Chicago, donde los «dictadores de los suburbios» luchaban por la supremacía. Incluso más dañina era la composición del alcohol de contrabando: en 1926, murieron 750 personas por sus efectos en Nueva York. Un estudio realizado en 1927 demostró que el 98 % de las muestras analizadas contenía componentes como el metanol, que provoca ceguera y parálisis. Muchos de sus consumidores morían jóvenes a causa de lo que James T. Farrell llamaba «matarratas».

Ciertos intelectuales empezaron a preguntarse si los problemas juveniles relacionados con el gansterismo, la vida sin hogar y la delincuencia no serían síntomas de la naturaleza mecánico-mística del propio estilo de vida estadounidense. Como Robert Herrick escribió en su introducción a *Nadie gana* : «¿Ofrece la vida moderna a la juventud suficientes estímulos mentales? Los coches, las películas, el alcohol de contrabando y el sexo: estos son los burdos estímulos con los que la juventud trata de infundir algo de color y movimiento en la tirana monotonía de una vida industrial estandarizada». El propio Jack Black no albergaba dudas: «La sociedad era una máquina diseñada para hacerme pedazos».

■ ■ ■

En los años veinte, los adolescentes se situaron como «los clientes del mañana»: los conejillos de indias para la sociedad de consumo. Sin embargo, este experimento social demostraba no estar funcionando según lo previsto. Para la antropóloga Margaret Mead, la delincuencia juvenil no era más que un síntoma de un malestar aún mayor en Estados Unidos. «Si los adolescentes están sumidos en dificultades y angustia a causa de las condiciones de su ambiente social –escribió Mead–, entonces, por todos los medios posibles, modifiquemos ese ambiente de manera que reduzcamos esa tensión y eliminemos la conmoción y la angustia producidas por la adaptación».

El primer libro de Mead, *Adolescencia y cultura en Samoa* , causó sensación cuando se publicó en 1928, pero el furor ante sus descripciones de la vida sexual desprovista de culpabilidad de los samoanos distrajo la atención de su

agresiva crítica contra la «civilización occidental». En línea con su mentor, Franz Boas, Mead criticaba la «gran corriente de teorías sobre la adolescencia». Con el rechazo de plano de la caracterización de esta edad como el «período en que las dificultades y antagonismos eran absolutamente inevitables» que había hecho Stanley Hall, Mead se preguntaba: «¿Se debían estas dificultades al hecho de ser adolescente o al de ser adolescente en los Estados Unidos?».

Su respuesta era «ir a una civilización diferente y efectuar un estudio de los seres humanos bajo diferentes condiciones culturales en alguna otra parte del mundo». Al viajar a Samoa para investigar a las adolescentes de la isla, Mead descubrió una sociedad en la que los niños tenían «un conocimiento completo del cuerpo humano y de sus funciones». La actividad sexual adolescente no se veía reprimida, sino incentivada. Aún más, una actitud más comunitaria con respecto a la paternidad parecía «proteger al niño contra el desarrollo de las actitudes mutilantes que conocemos como complejos de Edipo, complejos de Electra, etc.».

Las conclusiones de Mead alcanzaban su punto culminante en una explosiva polémica: como escribiría más tarde, su libro trataba tanto de Samoa como de «Estados Unidos entre 1926 y 1928». Reconociendo que «la pubertad fisiológica [...] está destinada a colmarse de conflictos y dificultades», consideraba, no obstante, que el modo de vida estadounidense era el responsable de las neurosis de sus adolescentes. «Una sociedad que reclama decisiones –escribió–, que está integrada por muchos grupos orgánicos, cada uno de los cuales trata de imponer su propia tabla de salvación, su variedad propia de filosofía económica, no dará paz a cada generación hasta que todas hayan elegido o se hayan hundido, incapaces de soportar las condiciones de la elección».

Mead consideraba que la fuente última de todas las tensiones juveniles era la «naturaleza esencialmente pecuniaria» de la sociedad estadounidense, con su «irrupción de una doctrina sobre métodos abreviados para alcanzar fama». Los medios de comunicación empeoraban aún más la situación: «La película, la revista, el periódico, repiten de una u otra manera la historia de la Cenicienta». Cintas como *It* propagaban la idea de que cualquiera, incluso una «cajera» podía convertirse en «jefe de compras» de la tienda y casarse con el dueño. Explotando lo que Mead denominó «nuestra teoría de las posibilidades sin fin»,

el complejo de Cenicienta creado por estas imágenes producidas en masa producía una confusión de deseos contradictorios.

■ ■ ■

Mientras Mead terminaba su investigación sobre la adolescencia en Samoa, las multitudes tomaron Manhattan. El desencadenante fue la muerte de Rodolfo Valentino poco después del mediodía del lunes, 23 de agosto de 1926. Su repentina enfermedad había resultado todo un acontecimiento mediático durante la semana previa, lo que había llevado a sus admiradores a guardar vigilia en el hospital. Tras su fallecimiento, miles de personas empezaron a reunirse en la funeraria de Frank E. Campbell, en el cruce de Broadway con la Calle 65, donde el ataúd con el cadáver embalsamado de su héroe descansaba en una nube de incienso. Llegada la noche, la zona estaba atestada de personas y la policía tenía problemas para mantener el orden.

El mes de noviembre anterior las admiradoras habían asaltado a Valentino y le habían arrancado la ropa, pero las escenas que siguieron a su muerte eclipsaron todo cuanto antes pudiera haberse visto. Llegado el mediodía del 24 de agosto, la multitud alcanzaba las 10 000 personas y seguía creciendo. En su mayoría mujeres, a las primeras en llegar se sumó una muchedumbre bulliciosa de jóvenes caídes «vestidos con toreras y sombreros de gaucho» y «los pantalones bombachos, las polainas y el pelo engominado con largas patillas» popularizados por el actor. Cuando se iniciaba la tarde, el gentío (que ya alcanzaba los 20 000 integrantes y estaba «psicológicamente ciego») asaltó las puertas del salón funerario.

Se desató el caos. La policía insistió en abrir el edificio. Cuando el público comenzó a desfilar, muchas jóvenes besaban el ataúd. Sin embargo, el ritmo relativamente lento de la procesión no era suficiente para la multitud, que a media tarde había alcanzado los 80 000 asistentes. Hubo nuevos disturbios cuando el salón fue finalmente cerrado a medianoche. Estos se repitieron al día siguiente, cuando la policía trató de cerrar la funeraria después de que 90 000 personas hubieran desfilado ante el cadáver del actor: los varios miles de dolientes que esperaban en el exterior pelearon por entrar y la batalla campal posterior continuó hasta altas horas de la madrugada.

La prensa no dejó de publicar noticias sensacionalistas y la tensión no decayó. El funeral de Valentino, celebrado el domingo, 30 de agosto, fue caótico. Cuando el ataúd del actor abandonó finalmente la funeraria, el desorden amainó, pero un delirio lo acompañó en su recorrido por Estados Unidos. Pese a un fuerte aguacero, al menos 50 000 personas ocuparon la estación LaSalle de Chicago en una breve pausa, mientras que en Los Ángeles millares de personas más esperaban en el cementerio de Hollywood para participar en el entierro.

No se trató, sin embargo, de una reacción completamente espontánea. La repentina muerte de Rodolfo Valentino suponía un gran problema para su estudio. Con dos películas en el mercado, *El águila negra* y *El hijo del caíd* , United Artists perdería millones de dólares a menos que el nombre de su estrella siguiera vivo. Después trascendió que todo el drama vivido en Nueva York había sido instigado por Frank Campbell y un publicista de United Artists llamado Harry C. Klemfuss, que en ningún momento abandonaron la funeraria para asegurarse de que todo marchaba como estaba previsto.

Su campaña tuvo un éxito que nunca hubieran podido imaginar. En apenas unos días, las dos películas estaban consiguiendo resultados sin precedentes. Por todo el mundo, cualquier cinta de Rodolfo Valentino que todavía estuviera en manos de los distribuidores se proyectaba ante una sala a reventar. El extraordinario volumen de cartas enviadas a su estudio tardaría una década en amainar. La industria del cine acababa de descubrir lo que los periódicos ya sabían: la muerte vende. Conservado en sus mejores años gracias al celuloide, Rodolfo Valentino jamás envejecería.

Aquello era el Romanticismo actualizado para la era del consumo: la creencia, ya aplicada a los jóvenes muertos en la Gran Guerra, de que los dioses favorecen a quienes mueren jóvenes. Aunque había cumplido treinta años en 1926, la imagen de Valentino seguía asociada con la virilidad, la fuerza y la sexualidad provocadora que imitaban los jóvenes caídes y reinas de Saba. Su muerte fijó para siempre sus características, como un insecto en ámbar. Para los directivos de los estudios la situación era ideal. Su estrella ya no impediría el libre fluir del negocio con su mal humor y sus exigencias de control creativo. Vivo, Rodolfo Valentino era un problema, muerto era el producto industrial perfecto.

Como evidenciaban los escandalosos titulares, los disturbios de agosto de 1926 eran, para las autoridades estadounidenses, una demostración palmaria del poder masivo de la juventud. El hecho de que la multitud se hubiera sublevado en Manhattan por un cadáver hacía su comportamiento, en todo caso, aún más irracional a ojos adultos. En realidad, era una consecuencia lógica de la economía de los sueños que utilizaba desencadenantes psicológicos para dar forma y controlar a las masas. Inducidos a considerar que la estrella del celuloide era un dios, los jóvenes admiradores de Valentino ponían en práctica las más sombrías profecías de Le Bon sobre el poder destructivo de las multitudes: Eros cruzado con Tánatos.

Estas escenas multitudinarias también dejaron claro que el consumismo era un pegamento social inestable. Entretenimientos de masas como el cine, con su particular atractivo para los jóvenes, podían haber ofrecido ideales de inclusión y participación, pero también evocaban esperanzas, que, puesto que lo absorbían todo, estaban destinadas a ser irrealizables. Muchos reformistas y sociólogos de la época comentaron el fuerte impacto psicológico del cine en la juventud. Edward Bernays consideraba al cine estadounidense «el más importante vehículo inconsciente de propaganda del mundo».

Sin embargo, el complejo de Cenicienta funcionaba en los dos sentidos. Si bien el público nunca podía aspirar a conseguir la vida de Hollywood, muchos de los que ejercían de dioses de la multitud descubrieron que la realidad de este ideal olímpico no alcanzaba sus expectativas. Rodolfo Valentino, por ejemplo, había asumido que el estrellato borraría los años de pobreza y dificultades. Cuando alcanzó la cima, no obstante, encontró una meseta estéril. Aunque para sus fanáticos seguidores fuera una deidad sobrehumana, para el estudio era un esclavo; a pesar del sinfín de mujeres enloquecidas, sus dos matrimonios se habían desintegrado. Era dios y humano, amo y esclavo, adorado y despreciado.

Estas contradicciones se desbordaron en julio de 1926, cuando el *Chicago Tribune* lanzó un mezquino ataque personal titulado: «Borlas de polvos rosados». Empezaba con el horrorizado descubrimiento de «¡Una máquina que expulsa polvos en un cuarto de aseo para hombres!». «Hemos comprobado cómo dos “hombres” [...] metían su moneda, sostenían sus pañuelos debajo del aparato, apretaban la palanca y, a continuación, retiraban el encantador y

rosado potingue para frotarlo en sus mejillas frente al espejo». Como «prototipo del macho norteamericano», Rodolfo Valentino era considerado responsable de «esta degeneración hacia el afeminamiento». El insulto persiguió al actor hasta el lecho de muerte.

Lo mismo sucedió con la principal estrella femenina de la época. En 1927, Clara Bow protagonizó la película definitiva sobre las *flappers* , tan arquetípica que Mead citaba el argumento en su crítica del complejo de Cenicienta: la adaptación por parte de los estudios Paramount de la novela superventas de Elinor Glyn, *It* . Si los créditos iniciales de la película estaban en lo cierto, la «fuerza magnética» que caracterizaba *It* era definida por la rudimentaria sexualidad que Clara Bow personificaba. La actriz era, según Francis Scott Fitzgerald, «lo auténtico». El público estaba de acuerdo, sin duda: el filme la convirtió en una de las principales estrellas de Hollywood y en «brillante ejemplo de la despreocupación de *Juventud ardiente* ».

Los mismos impulsos que llevaron a Clara Bow al estrellato la hacían particularmente vulnerable una vez alcanzado ese estado de ensueño. Como Rodolfo Valentino, la chica más deseada había escapado de una infancia espantosa: «Nunca tuve ropa –recordaría más tarde–. Y muchas veces no teníamos nada que comer. Solo vivíamos y poco más. Las chicas me rechazaban por ir tan mal vestida». Después de ganar un concurso de talentos con dieciséis años, se marchó a Hollywood y logró el éxito con cintas como *Días de colegial* . Bow tenía veintidós años cuando *It* la convirtió en estrella: sus problemas no se habían solucionado, se exacerbarían.

Encarnación de la nueva franqueza sexual, Bow era la depositaria de las esperanzas y los prejuicios de su público. La académica Alice Miller citaba diversas reacciones de jóvenes a su película más famosa. Un «*scout* de catorce años escribe sobre una película llamada *It* : "Creo que *It* , con Clara Bow, es una amenaza absoluta para la comunidad. No se deberían permitir películas de este tipo en nuestra comunidad". Un chico mayor, de diecisiete años, al comentar la misma película, señala: "Me gustó. Es una magnífica interpretación de una joven seductora"».

Ya en la primavera de 1928, Bow estaba de moda: las cartas de sus admiradores se elevaban por encima de las 35 000 al mes. Tras entrevistarla en los primeros arrebatos de la fama, la periodista y guionista Adela Rogers St.

Johns señalaba: «No parece haber un patrón, un objetivo en su vida. Pasa de una emoción a otra, pero no obtiene nada, no guarda nada para el futuro. Vive por completo en el presente, ni siquiera en el hoy, sino solo en el momento». En conversación con otra revista, Bow se sinceró: «Hace meses que no soy feliz. La persona que veis en la pantalla no es en absoluto mi verdadero yo; es mi yo para la pantalla».

Bow buscó consuelo en un gasto desmedido y en el sexo; de hecho, representó el papel de seductora con demasiado entusiasmo para «esa Kansas en lo moral» que era Hollywood. No era poca la hipocresía de la ciudad de las estrellas: en el caso de los actores, la promiscuidad suponía, sencillamente, un elemento más de su atractivo. No sucedía lo mismo con las mujeres, a las que se les exigía mayor discreción. Su personalidad francamente directa se consideraba un grave incumplimiento de las normas sociales. Ante la falta de apoyo de los estudios, la carrera de Bow se tambaleaba. Incapaz de adaptarse a las nuevas exigencias del cine sonoro, su reputación y su salud mental quedaron hechas jirones tras una escandalosa disputa legal en 1931. Con veinticinco años, su carrera había terminado.

Estos dos melodramas de alto nivel ejemplificaban las paradojas del complejo de Cenicienta. No todas las estrellas sucumbían: Colleen Moore, la protagonista de *Flaming Youth* , vivió feliz hasta la vejez. Eso sí, cuanto más alto era el ascenso, mayor la caída. Iconos que definieron la década como Bow y Valentino podían haber escapado de un pasado difícil para alcanzar un reino reluciente, pero con un coste personal considerable. La sexualidad que con tanto éxito invocaban despertaba emociones que incluían por igual la hostilidad y la adoración. Como cualquier otro producto industrial, estaban sometidos a las leyes de la obsolescencia programada.

Sin embargo, su luminosa presencia contribuyó a introducir nuevos arquetipos: en su caso concreto, una mezcolanza de roles de género que evocaba la androginia asociada en muchas sociedades con las deidades jóvenes y los artistas fetiche. Modelaron la cultura dominante a su imagen y, al hacerlo, ofrecieron esperanza. Con el mandato de representar a una audiencia de millones de espectadores, las películas ofrecían un modelo de progreso social. Era este un anfiteatro en el que los parias podían, sin importar lo fantástico del

escenario, verse en la pantalla, en el que el estrellato individual podía aparentar que representaba el progreso de un grupo hasta entonces marginado.

■ ■ ■

Una consecuencia imprevisible de la cultura de masas era que las multitudes consideraban necesaria más implicación en la sociedad. Al haber obtenido un nivel de atención sin precedentes en los años veinte, los adolescentes estadounidenses mostraban especial propensión a dar por sentado este planteamiento. Ya fueran las *flappers* , los gánsteres que se hacían con secciones enteras de las ciudades estadounidenses o los estudiantes universitarios al comprender el potencial de su grupo social, los jóvenes de todo el país empezaron a combinar la participación a través del consumismo con ideas muy diferentes de emancipación.

En 1923, una revista activista llamada *New Student* protestaba por la naturaleza apolítica de los universitarios estadounidenses: «Somos prácticamente la única sección de la sociedad que dispone del tiempo libre y las oportunidades para estudiar las cuestiones controvertidas del momento y actuar en consonancia. El poder está hoy en nuestras manos. Y sin embargo, ¿acaso analizamos las cuestiones industriales, económicas e internacionales y se las explicamos con sencillez al hombre de la calle como debería ser la función natural del estudiante? No lo hacemos. Y esto se debe en gran medida a que somos demasiado inmaduros para asumir este rol como propio. Tenemos el poder, pero no lo utilizamos».

Superado el ecuador de la década, los estudiantes estadounidenses empezaron a hacer esto, precisamente. Su principal objetivo fue la ley seca. Los editores de las revistas universitarias reclamaban un cambio legal. En 1926, una encuesta de la prestigiosa Universidad de Princeton mostró que el 87 % de sus estudiantes estaba a favor de su retirada. El *Daily Princetonian* defendía que la ley seca había «amenazado seriamente las mejores tradiciones de las universidades. Mientras que en el pasado los estudiantes limitaban su consumo de alcohol al bar del hotel Nassau, el alcohol se lleva y se guarda en la actualidad en las habitaciones o se busca en restaurantes de carretera. Apenas se respeta la ley».

En una reacción contra esta hipocresía de los adultos, los estudiantes estadounidenses se dispusieron a ampliar su ámbito de actuación política. En 1925, se formó en Princeton la National Student Federation (Federación Nacional de Estudiantes), una unión de 245 universidades reunidas para debatir la institución por parte de la Sociedad de Naciones de la Corte Permanente de Justicia Internacional. Como parte de esta agenda pacifista, las protestas contra la obligatoriedad de la incorporación a los ROTC (Reserve Officers' Training Corps [Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de Reserva]) subieron de volumen. Mientras que la mayoría de los estudiantes seguía considerando que era deseable cierto entrenamiento militar, muchos opinaban que la incorporación al cuerpo tenía que ser voluntaria.

Sin embargo, su sensibilidad política no fue más allá de sus propias necesidades para cambiar la sociedad en su conjunto. Los estudiantes universitarios, por ejemplo, tendían a imitar las actitudes normativas en lo relativo a la cuestión racial. Sucedía esto pese a su afición por el *hot jazz* y sus frecuentes visitas a los clubes predominantemente negros que se denominaban «Black and Tans». Con la creciente proliferación de grupos de *jazz* blancos (fervientes imitadores, cuando no fanáticos, de sus ídolos negros) se redujo la necesidad por parte del estudiante medio de preocuparse en exceso por una de las cuestiones más espinosas del momento: la segregación racial.

A finales de los años veinte, el *jazz* se había convertido en un gran negocio. Su estructura había pasado de pequeños grupos a gigantescas organizaciones como la orquesta de Paul Whiteman, con treinta componentes, que estaba de gira por todo el país y lograba la histérica admiración que ya se había concedido a estrellas del celuloide como Rodolfo Valentino. Antes de una actuación, en junio de 1929, en una estación de tren de Nebraska, la orquesta se vio asaltada por una multitud de 5000 personas cuando ni siquiera se habían bajado los músicos del vagón. Incluso el término *jazz* había sido considerado apropiado para la pionera película sonora de 1927 *El cantante de jazz* , protagonizada por Al Jolson, que no es que fuera precisamente *hot* .

No pasó desapercibido, no obstante, el hecho de que el *jazz* se hubiera convertido en lengua franca de la juventud estadounidense. Su popularidad ofrecía un terreno común en términos raciales. Después de ver la aceptación de la música negra y sus bailes por los jóvenes blancos y su rápida expansión

gracias a los medios de comunicación de masas, un grupo de jóvenes artistas e intelectuales negros decidió apostar por cierta emancipación recíproca. Con el *jazz* convertido en símbolo internacional de la modernidad y de lo que el escritor Alain Locke denominó «la nueva democracia en la cultura estadounidense», sentían que había llegado la hora de abandonar de manera definitiva la era de la esclavitud.

El ideal estadounidense de transformación parecía ofrecer una posibilidad auténtica de inclusión para todos los excluidos. La revolucionaria antología que publicó Locke en 1925, *The New Negro* , aspiraba a ofrecer un marco para un nuevo «Renacimiento negro». La colección sacaba a la luz a una «nueva generación» de jóvenes escritores como Claude McKay, Langston Hughes y Countee Cullen, que utilizaban el ultramodernismo, la jerga negra y una fresca aserción en su mágica conversión de la posición de parias en orgullo social. Si la idea era promocionar «una nueva estética y filosofía de vida», su ubicación central tenía que ser Harlem.

Este barrio, en la sección norte de la isla de Manhattan, estaba conformado por veinticinco manzanas y 175 000 habitantes. Con negocios y centros de ocio propiedad de la población negra y una vida social y política variada, Harlem ofrecía un mundo encerrado en sí mismo hasta el punto de que, como manifestó James Weldon Johnson, encarnaba «un experimento de laboratorio a gran escala del problema de la raza». Era aquí donde, como decía Locke, la vida de los negros estaba «aprovechando sus primeras oportunidades para la expresión propia del grupo y su autodeterminación». La juventud era central en este ideal de «capital de la raza».

En mayo de 1926, Langston Hughes declaró a *The Nation* : «Nosotros, los artistas negros más jóvenes que trabajamos en la actualidad, pretendemos expresar nuestra individualidad de piel negra sin miedo ni vergüenza. Si a los blancos les gusta, nos alegramos. Si no, no importa». La única edición de *Fire* , «semanario dedicado a los artistas negros más jóvenes», publicada en noviembre de ese mismo año, promocionaba a escritores que, como Hughes, tenían entre veinte y veinticinco años. Entre las contribuciones se encontraba «Smoke, Lilies and Jade», una oda en prosa a la homosexualidad de Richard Bruce Nugent; y el exultante poema de Lewis Alexander, «Little Cinderella».

Harlem no solo ofrecía un faro para los negros de todo Estados Unidos, también era un imán para los blancos. El atractivo principal era el ocio: el Cotton Club había abierto sus puertas en 1923 y fue seguido tres años más tarde por el Savoy Ballroom, más orientado hacia su comunidad. Gracias a la moda del *jazz* y sus bailes, Harlem y la negritud se estaban poniendo de moda no ya entre los universitarios, sino también entre la alta sociedad de Manhattan. Casi en el mismo momento en el que el Renacimiento de Harlem era anunciado por los jóvenes escritores negros, alcanzaba un público mayor gracias a un crítico blanco de mediana edad pionero en el establecimiento de modas.

Publicado a finales de 1926, *El paraíso de los negros* , de Carl van Vechten, era el clásico texto divulgativo que ofrecía un mapa turístico de un mundo anteriormente escondido pero con suficiente autenticidad para resultar atractivo a los implicados. A pesar del sincero interés de Van Vechten en la cultura negra, la controversia persiguió a la novela tras su publicación. Además de la aparición en el título de *nigger* , un término tabú, el hecho de que un hombre blanco se hubiera beneficiado de un movimiento que se suponía que celebraba la igualdad de los negros resultaba difícil de asimilar. Aunque «los negros y todo lo negroide estaban de moda», el tráfico de la inclusión social, al parecer, seguía circulando en una única dirección.

Sin embargo, un resultado de este *succès de scandale* fue la publicación, a finales de los años veinte, de varias novelas de jóvenes escritores negros que mostraban la complejidad de sus vidas desde dentro, un mundo que parodiaba los valores de la sociedad estadounidense blanca como a través de un espejo. La novela de Wallace Thurman *La fruta más negra* describe la vida en una universidad negra donde Emma Lou Brown, su heroína, «demasiado negra», sufre la discriminación de sus compañeros de piel más clara. Como *Home to Harlem* , de Claude McKay, también exponía el nivel de odio hacia sí mismos y de dudas que, con frecuencia, derivaba en disipación y autodestrucción.

Pese a la ilusión de la armonía racial, la realidad del Renacimiento de Harlem era una segregación apenas mejorada. Langston Hughes comentaba con sarcasmo que el famoso Cotton Club «era un club segregado para gánsteres y blancos con dinero» donde «los desconocidos tenían las mejores mesas para mirar a los clientes negros (como a animales curiosos del zoo)». No funcionaba

al revés. «Los negros decían: “No podemos ir al centro y miraros en vuestros clubes. Ni siquiera nos dejáis entrar en vuestros clubes”».

El Renacimiento de Harlem ponía de relieve los límites del complejo de Cenicienta. Las imágenes pluralistas de los medios de comunicación de masas ofrecían la esperanza de la inclusión, pero los sujetos de esta atención tenían escaso control sobre la forma en la que aparecían representados. A cambio de este acceso manipulado a la estructura de poder, eran también sometidos a distorsión y explotación. Muchas descripciones desde dentro del Renacimiento de Harlem estaban tintadas con la amargura de quienes observaban un largo proceso de emancipación convertido en novedad: otra moda que explotar, y posteriormente rechazar, cuando cambiara el viento.

■ ■ ■

Para aquellos que se habían preocupado por analizar la letra pequeña, esta había formado parte siempre del acuerdo. Durante los años veinte, las imágenes de la juventud promocionadas por los medios estadounidenses eran las propias de un espectáculo de feriantes para la sociedad del consumo. Hacían que pareciera nuevo, atractivo y emocionante, pero en lo que a poder real se refería, no eran más que placebo: tenían un impacto escaso o nulo en las estructuras sociales y legales de Estados Unidos. Sin embargo, la libertad que contenían como parte esencial de su atractivo contribuyó a implantar nuevas percepciones e ideas que darían su fruto en las décadas posteriores.

La ampliación de la independencia de los jóvenes de los años veinte no fue una ilusión completa. En un país que prescribía una agitación radical, se expresaba en actitudes, más que en términos políticos. Mientras que la generación universitaria y los jóvenes gánsteres desafiaban la ley seca, sus compañeros más jóvenes empezaron a hacer valer su independencia ante sus padres. Robert S. Lynd y Helen Merrell Lynd ilustraban cómo esta rebeldía se había filtrado hasta los adolescentes de una ciudad del Medio Oeste donde, según un padre desconcertado, «los niños de doce o catorce años se comportan hoy igual que los adultos».

Middletown , publicado en 1929, ofrecía un retrato de una ciudad estadounidense donde el equilibrio de poder se había inclinado a las claras

hacia los jóvenes: «Después de los doce o los trece años, el lugar del hogar tiende a retroceder en favor de una combinación de otras influencias formativas, hasta que en los últimos años de su segunda década el niño es considerado un tipo de adulto menor, cada vez más independiente de la autoridad parental». Citaban a una «estudiante de instituto muy popular» que, disuadida de salir con «un galán con un coche deslumbrante», explotó ante su padre: «¿Y qué demonios quieres que haga? ¡¿Pasarme la noche entera en casa?!».

En la década de 1920, la juventud empezó a considerarse a sí misma no solo como un mercado, sino como una clase social definida. Del mismo modo que las demás tribus sin derechos, la juventud estadounidense entendió que la atención que había recibido la autorizaba a exigir más a la sociedad. Esta política generacional sería expresada en los términos de la promesa de igualdad universal que abanderaba Estados Unidos. Sin embargo, que estuvieran confundiendo su posición como consumidores de vanguardia con un poder político real tenía su origen en una prosperidad tan febril como frágil.

CAPÍTULO 17

El afán de placer
La Bright Young People

■ ■ ■

Bunty: *Te estás haciendo mayor.*
Nicky: *Ay, Dios, sí; ¿no te parece asqueroso?*
Bunty: *Horrible, cariño.*
Nicky: *Es curioso cómo en la generación de mamá siempre ansiaban ser mayores cuando eran jóvenes y nosotros nos esforzamos cuanto podemos por seguir siendo jóvenes.*

Noël Coward, *The Vortex* , 1924.



Brenda Dean Paul en los locos años veinte.

En pleno apogeo de los años veinte, Brenda Dean Paul fue a una fiesta en el acaudalado barrio de Mayfair organizada para los integrantes de *The Blackbirds* , la revista con artistas negros que había cautivado a Londres. *The Blackbirds* ofreció a los británicos su primera aproximación real a Harlem, con sus bailes salvajes al ritmo de *hot jazz* , y penetraron hasta los niveles más altos de la sociedad. Durante el año que pasaron en Londres, su estrella, Florence Mills, y el resto de «pájaros negros» fueron invitados de honor en muchas veladas ofrecidas por la juventud dorada de Londres, que quedó fascinada desde el primer momento «con las canciones y los bailes de estas personas de color».

Para la londinense de diecinueve años, esta noche radiante fue toda una revelación. Mientras un reducido grupo de elegidos bailaba al ritmo de dos «pianistas soberbios», Brenda entabló amistad con Florence Mills, a la que recordaba como la «encarnación del encanto natural y la elegancia». Después de que Mills le dijera que podría «haber nacido en Harlem», Dean Paul aspiraba a convertirse en «bailarina de color»: «Me sentía tan cómoda con esta gente encantadora que toda persona blanca de la sala parecía afectada y casi indecentemente refinada».

La fiesta para *The Blackbirds* no era más que el principio, la siguieron muchas otras celebraciones: «Sofisticados bailes de gala a gran escala» y «fiestas raras». Algunas de estas últimas tenían temáticas que se hacían respetar hasta la obsesión, como la de David Tennant con el lema «Ven como eras hace veinte años», que terminó convertida en una desenfrenada fiesta infantil: «Incluso la banda llevaba trajes de Eton, cuellos de Eton y bonetes escolares». Después hubo otras: «Fiestas de pijamas, griegas, rusas, de marinos, estadounidenses, de asesinos, de bañadores y demás».

En sus memorias, al rememorar aquellas noches de extravagantes disfraces, cócteles y ruidoso *jazz* , Dean Paul eligió la más extrema de todas: la fiesta de temática estadounidense en la que los invitados tenían «órdenes de acudir como vagabundos, buscadores de oro, mendigos, magnates de provincias, amantes, gánsteres, aduladores, periodistas sensacionalistas, etc.». Lubricados con «bufés cargados de champán», los asistentes se dejaron llevar por completo: «La banda había sido traída especialmente de Harlem y su ritmo ya era embriagador sin el estímulo adicional del alcohol».

Esta era una vida hecha a medida para una joven que se había colado por las rendijas de las diferencias de clase. Dean Paul, hija de un miembro menor de la aristocracia, había sufrido la humillación del divorcio de sus padres en su primera adolescencia. A los diecisiete años, le dijeron que su madre no podía permitirse presentarla en sociedad, pero Brenda decidió seguir viviendo en el estudio de ella y, gracias a los contactos que hizo allí, se incorporó a un nuevo tipo de sociedad, esa mezcla de la bohemia, las clases altas y los bajos fondos nocturnos que conformaban lo que se denominó la Bright Young People, la cultura juvenil más visible de Gran Bretaña en los años veinte.

Para estos vástagos de los medios de comunicación, la apariencia, el encanto y la elegancia lo eran todo y Brenda Dean Paul los tenía a paladas. Con su belleza natural y una cierta imprudencia temeraria, se convirtió en elemento fijo de la prensa, en una de esas personalidades cuya presencia parece definir el espíritu de una época. «Durante años, nunca me fui a la cama antes de las cuatro o las cinco», recordaría más tarde. La vida era de frenético placer sin consideración por el mañana. En el torbellino de una fiesta de disfraces, el tiempo se aceleraba y se detenía, congelado como una de las muchas fotografías tomadas a los participantes con sus fantásticos vestidos.

■ ■ ■

La Bright Young People fue solo un ejemplo de la cultura juvenil hedonista que se expandió por Europa durante la década de 1920. Concentrada en la diversión y el momento, las fiestas suponían una forma de vida frontalmente opuesta a la moralidad cristiana decimonónica. Era también el método ideal para señalar el rechazo total y público de la generación de posguerra a los valores de sus progenitores. El idealismo se había convertido en un insulto. Todas las grandes cuestiones las había arrasado la Gran Guerra y, en su lugar, apareció un hedonismo imprudente y despreocupado.

Al igual que los estadounidenses seguían mezclando «infancia» con «adolescencia», la definición precisa de la juventud en Gran Bretaña y Europa se mantenía elástica. La generación de las veladas de los años veinte incluía a verdaderos adolescentes junto con personas por encima de los veinticinco años y cercanas a la treintena. Muchos de estos últimos, como Nancy Cunard y

Harry Crosby, eran lo bastante ricos para no tener que trabajar. Pero también habían resultado heridos por el conflicto hasta el punto de que se habían quedado anclados en 1917 o 1918, cuando eran todavía adolescentes. Las fiestas eran la forma perfecta de redescubrir la juventud que la guerra les había robado. La juventud no era una edad, sino un estado mental.

Las reuniones también se adaptaban a las nuevas modas que se filtraban desde el otro lado del Atlántico. Para los jóvenes europeos, bailar el charlestón era una novedad emocionante que también encarnaba la modernidad que buscaban con ahínco. Definidos como animales sociales y comerciales, los jóvenes de los años veinte decidieron celebrar la libertad en sus propios términos. En *Adolescence* , Stanley Hall afirmaba: «Los salvajes son casi todos excelentes bailarines que imitan a todo animal que conocen y representan con bailes sus propias leyendas, con rituales tan exactos que un error significa la muerte». A pesar de su apariencia superficial, las fiestas eran poco menos que un rito generacional.

Los países implicados en el conflicto internacional habían exigido un nivel sin precedentes de compromiso y sacrificio y, después de 1919, la población empezó a reclamar su recompensa. Estructuras de clase anteriormente rígidas empezaron a disolverse al tiempo que moría el antiguo respeto. El inicio de los años veinte supuso el comienzo de la sociedad de masas en Europa. Con el espectro de una Alemania desestabilizada y políticamente polarizada, la necesidad de ofrecer un sistema social viable ante la Rusia soviética y la Italia fascista pasó a ser una cuestión primordial y Estados Unidos ofrecía el antídoto perfecto.

Los bancos estadounidenses habían financiado la guerra; ahora, sus medios de comunicación y su cultura juvenil establecerían el tono de la paz. Este proceso se vio impulsado por una nueva migración hacia Europa, con la llegada de cientos de escritores, músicos y bohemios estadounidenses. Esta fue particularmente visible en París, donde el ventajoso tipo de cambio (1 dólar equivalía a cerca de 27 francos, un mes de suministro de pan) significaba que era posible vivir con poco dinero en una cultura comprensiva con la experimentación estética y sexual. Con el alcohol prohibido en su país, los jóvenes expatriados estadounidenses disfrutaban un placer sin culpa.

Iban a locales como Le Boeuf sur le Toit, donde Jean Cocteau recibía en audiencia. A principios de los años veinte, había un fuerte culto de la personalidad de Cocteau, con jóvenes que llegaban de toda Francia para conocer al avatar de la adolescencia. Su protegido más famoso hasta entonces era Raymond Radiguet, quien, tras haber sorprendido a París con su provocador debut, *El diablo en el cuerpo* , murió de fiebres tifoideas con el cuerpo agotado por los abusos a la edad de veinte años. Esta era una *génération fichue* , como descubriría el editor estadounidense Robert McAlmon cuando conoció a la modelo Sari en el Le Boeuf: «No es divertido tener dieciséis años –le dijo con toda seriedad– y saber demasiado de la vida».

Para los implicados, París era una ciudad de fiestas, con celebraciones privadas y citas anuales en el calendario social como *le Bal Nègre* . La más salvaje de todas era el baile de las Cuatro Artes, celebrado todos los meses de junio por los estudiantes de arte de la ciudad. Uno de los participantes en la edición de 1927 recordaría más tarde entrar en tromba en el hotel Claridge con una tropa de jóvenes estudiantes: «Medio desnudos, íbamos gritando por los pasillos, entrábamos en el comedor y le tirábamos de la nariz a los clientes, cogíamos sus bebidas, interrumpíamos los bailes e incluso corríamos escalera arriba hasta las habitaciones para abrir cualquier puerta que no estuviera cerrada con llave».

Celebradas cada año entre 1923 y 1929, estas bacanales eran irresistibles. El poeta residente en París Harry Crosby, que huía de un entorno opresor en Boston, estaba encantado con el caos. Para el baile de 1927, su disfraz incluía siete palomas muertas y diez serpientes vivas en un saco. «A la una era una LOCURA –escribió–; hombres y mujeres completamente desnudos, gente que bailaba de un lado para otro [...] desde nuestro placo, abrí el saco y tiré las diez serpientes. Gritos y aullidos. Aunque más tarde me senté junto a una chica regordeta que estaba amamantando a una de las serpientes. ¡Dios santo!».

Tras la desastrosa devaluación del marco en 1923, Berlín resultaba aún más barata para los estadounidenses, además de un imán para otros inmigrantes. Sebastian Haffner rememora que la capital de Alemania era entonces una «ciudad bastante cosmopolita». Sus amigos y él no solo eran amistosos con los extranjeros, sino que estaban entusiasmados con ellos: «¡Cuánto más interesante, hermosa y rica era la vida gracias a que no solo había alemanes!

Todos nuestros visitantes eran bienvenidos, sin que importase si llegaban por voluntad propia, como los americanos y los chinos, o tras haber sido expulsados de sus países, como los rusos».

Berlín era bien conocida por su cosmopolitismo, pero durante los primeros años de la década de 1920 la ciudad se convirtió en puerto franco para hedonistas de cualquier tipo. Esto se aceleró con los acontecimientos de 1923, cuando, como señala Haffner, la vertiginosa deflación del marco contribuyó a una temporal toma de poder por parte de los jóvenes: «A los jóvenes y a los más espabilados les fue bien. De la noche a la mañana, se vieron libres, ricos e independientes. Era una situación en la que la inercia y la confianza en las experiencias vividas se castigaban con el hambre y la muerte, mientras que la acción por impulso y una rápida capacidad de respuesta ante una situación novedosa eran recompensadas súbitamente con una riqueza increíble».

Haffner recuerda: «Fue entonces cuando surgió la figura del director de banco de veintiún años, lo mismo que la del alumno de último curso que se atenía a los consejos bursátiles que recibía de sus amigos, algo mayores que él. Este llevaba corbatas estilo Oscar Wilde, organizaba fiestas con champán y mantenía a su desconcertado progenitor. Entre tanto sufrimiento, desesperación y pobreza extrema, fue desarrollándose un culto a la juventud apasionado y febril, una avidez y un espíritu carnavalesco generalizado. De repente fueron los jóvenes y no los viejos quienes tenían dinero; es más, este había mudado su naturaleza de manera tal que solo conservaba su valor por espacio de unas pocas horas, se gastaba como jamás se había hecho antes ni se ha hecho desde entonces».

Si bien esta «película de Hollywood» se suavizó con la estabilización del marco, Berlín quedó establecida como capital del ocio de Alemania. Junto con los restaurantes temáticos y los clubes de *jazz* , había gigantescos palacios del placer como el Haus Vaterland, que ocupaba toda una manzana y podía atender a 6000 clientes por hora. En su terraza sobre el Rin, las vistas tranquilas y soleadas del río eran sustituidas cada hora por una violenta tormenta que duraba cinco minutos. Parecía el Yoshiwara, el local narcotizado de la *Metrópolis* de Fritz Lang, hecho realidad.

Berlín constituía una atracción internacional por otro motivo: era la capital sexual del mundo. Durante los años veinte, ofrecía cabarés picantes, revistas

eróticas y clubes de encuentro como el famoso Resi. Luego estaban los clubes sociales de lesbianas, los salones de travestis y la multitud de burdeles. La naturaleza abierta de la vida nocturna de Berlín y la prostitución de chicos adolescentes, los «Doll Boys» y los «Line Boys» que merodeaban por los hoteles y las galerías, hacían de ella un imán para los homosexuales británicos y estadounidenses. A partir de 1923, los jóvenes alemanes se dirigieron en tropel a la capital para subirse a lo que un antiguo «Line Boy» llamó «este loco carrusel».

Tanto descaro no era síntoma de derrumbamiento, sino de estabilidad. Desde 1924, dirigía la República de Weimar su ministro de Exteriores, Gustav Stresemann, quien marcó el inicio de lo que Haffner denominó «la única época de paz que ha vivido mi generación en Alemania». El régimen mezclaba socialismo y consumismo: «En todas partes había una proporción razonable de libertad, calma, orden, liberalismo bienintencionado, buenos salarios, comida de calidad y un ligero aburrimiento entre la opinión pública. Todos y cada uno habían recuperado su vida privada, siendo invitados a organizarla según sus preferencias y a ser felices a su manera».

Haffner cumplió veintiún años en 1928 y recordaría después esos años como bañados en «algo muy hermoso y prometedor» que «entre los mejores jóvenes alemanes [...] fue gestándose en el mayor de los silencios». Este nuevo liberalismo se caracterizaba por la ruptura de las fronteras entre clases sociales: «Muchos estudiantes eran a la vez obreros, y muchos obreros jóvenes eran a la vez estudiantes. La soberbia y el espíritu de clase simplemente habían dejado de estar en boga. Las relaciones entre los sexos eran más abiertas y más liberales que nunca».

Sin embargo, consideraba que muchos alemanes estaban mal preparados para gestionar las libertades de la República de Weimar. «Las masas estaban acostumbradas al sensacionalismo provocado por el desorden» y el país empezó a seguir el liderazgo de su juventud, dañada por la guerra y la revolución que habían experimentado en una edad formativa. Educados en un sistema autoritario, los alemanes no habían aprendido a vivir con independencia y estabilidad: «Así, no percibieron el fin de las tensiones públicas ni el regreso de la libertad individual como un don, sino como una privación. Empezaron a aburrirse, se les ocurrieron ideas tontas, se volvieron huraños».

■ ■ ■

Gran Bretaña también se vio transformada por la expansión del consumismo estadounidense. Pese a la victoria, Reino Unido estaba endeudado con quien fuera su aliado. El verdadero juego de poder entre las dos naciones quedó al descubierto con la cuestión de la devolución de los préstamos de guerra: se le debían 900 millones de libras a Estados Unidos que, a principios de los años veinte, insistía en un plan de pagos usurario. El control económico estaba emparejado con el imperialismo cultural, una situación que alimentó la hostilidad de las autoridades británicas hacia Estados Unidos, al que algunas voces públicas hacían responsable de situar a Gran Bretaña en circunstancias peores que Roma en sus días de decadencia.

La era del materialismo había llegado. En los primeros años veinte, las sólidas industrias tradicionales manufactureras de Gran Bretaña se vieron sustituidas por fábricas de artículos de ocio como automóviles, radios, gramófonos, cosméticos y tejidos artificiales. Amplios sectores de la población estaban empleados en puestos de oficinistas de contabilidad, ventas y publicidad, una industria, esta última, que consiguió popularizar la psicología con una facturación de 100 millones de libras en 1921. Al año siguiente, la British Broadcasting Corporation empezó a ofrecer un servicio nacional de radio.

El cine estadounidense dominaba las pantallas con iconos como Charlie Chaplin y Mary Pickford, mientras que el *jazz* y sus distintos bailes, el *camel walk* , el *shimmy* y el *blues* , reemplazaron al *ragtime* . Si bien no tenían por mercado explícito a los adolescentes, el cine y la música estadounidenses fueron acogidos con entusiasmo por la juventud británica de toda extracción social. Ávida de novedades y diversión (y de cualquier cosa que no fuera la guerra), la juventud ejerció de manera inconsciente de punta de lanza del consumo masivo al estilo estadounidense, cuyo código moral más laxo y clima social más relajado tuvieron un impacto corrosivo en las jerarquías británicas.

En las jóvenes residía la vanguardia de la nueva modernidad. Este patrón estadounidense se veía realzado por un dato demográfico incontestable: con uno de cada siete hombres aptos muerto en la contienda, había un millón de mujeres más que de hombres. El matrimonio había dejado de ser automático.

Las perspectivas de las sufragistas se habían hecho realidad con la aprobación parcial del derecho a voto en 1918. Por su contribución al esfuerzo bélico, las mujeres habían conseguido más independencia, ratificada con una legislación más laxa en términos laborales y de divorcio, así como por un mayor conocimiento, gracias a las campañas de Marie Stopes, de los métodos anticonceptivos.

Una gran afluencia de jóvenes solteras de todas las clases sociales inundó las principales ciudades del país. Aquellas con poco más de veinte años o algo más jóvenes podían encontrar trabajo como periodistas, dependientas, camareras o secretarias. Las chicas de clase obrera, que tradicionalmente se habían incorporado al servicio doméstico a la edad de catorce años, empezaron a rechazar decididas lo que consideraban un sistema cercano a la esclavitud en favor de «cualquier tipo de trabajo en fábricas o incluso un puesto con el salario mínimo, como en los almacenes Woolworth's, y libertad, por encima de todo, libertad para conocer hombres con facilidad».

Esta «emancipación joven» encontró su expresión más evidente en las nuevas *flappers* : «Pintada, perfumada y empolvada como la "inmoral" actriz de 1910, la hija de posguerra del trabajador común sin duda alguna disfrutaba de la nueva permisividad». Tendencias como las melenas y las faldas cortas podían haber sorprendido a los adultos, pero era en la «explosiva» moda de los bailes de posguerra en la que la nueva cultura juvenil podía experimentarse en toda su profundidad, una novedad que se desplazó desde locales londinenses como el Hammersmith Palais a todo el país.

En Salford, recordaría posteriormente Robert Roberts, «los jóvenes de dieciséis a veinticinco años inundaban las salas de baile por cientos de miles»; «algunos iban a "hacer la giga" hasta seis veces a la semana. El gran "granero" que frecuentábamos nosotros como principiantes tenía capacidad para, al menos, 1000 personas. Casi todas las noches, excepto los viernes (noche de limpieza en casa), estaba atestado con una masa de jóvenes hombres y mujeres, por primera vez sin segregación por clases. A 6 peniques por cabeza (1 chelín los sábados), los jóvenes de todos los niveles de la clase obrera manual, desde el aprendiz a la "escoria del suburbio", bailaban el foxtrot extasiados y abrazados unos a otros».



Retrato de «Chico 1 (15 años y 7 meses)».

La mayoría de las salas se movía en los estrictos pasos explorados en la década de 1910 por Irene y Vernon Castle; no obstante, aun estos permitían un nivel de contacto físico sin precedentes. Las nuevas salas de baile estaban erigidas como mundos juveniles aislados, zonas recreativas con luces deslumbrantes y una decoración exótica. De aquellos años, Roberts evocaría: «Nuestro paraíso tenía un cierto aire moruno que quizá provenía del papel de las paredes, con sus minaretes y un templete estrecho que colgaba de las alturas en la esquina de un falso techo. Desde allí, una banda excelente dispensaba ritmo casi sin descanso».

Al mismo tiempo, los asalariados más jóvenes encontraron nuevas formas de gastar su dinero extra. Aunque se habían producido intentos a comienzos de los años veinte de limitar lo que entonces se denominaba «empleo infantil», los adolescentes de los barrios bajos todavía disponían de todo un catálogo de trabajos temporales y plazas de aprendiz para elegir. Cuanto mayores eran estos «nómadas industriales», con menor probabilidad entregarían la mayor parte de sus ingresos a sus padres, por lo que, desde los dieciséis años, aproximadamente, podían gastar su dinero en nuevas revistas como *Boy's Cinema* (lanzada en 1919) o *Girl's Cinema* (en 1920).

Mientras que las salas proyectaban películas de temática juvenil como *The Echo of Youth* y *Blindness of Youth* , estas revistas ofrecían un amplio abanico de materiales del interés de sus jóvenes lectores. En un número de muestra de diciembre de 1920, *Boy's Cinema* incluía anuncios de una loción para rizar el pelo, un tren a escala, un gramófono, guantes de boxeo y de su publicación paralela, *Girl's Cinema* . La revista también contenía reportajes de interés general, entre ellos consejos para que los chicos (con edades entre los diecisiete y medio y los veinticinco) pudieran iniciar una carrera profesional adecuada, mezclados con cotilleos y datos sobre las estrellas femeninas de la época: Mabel Normand, «la popular y elegante cómica del cine»; o Colleen Moore, «una refinada señorita» de dieciocho años.

La cultura estadounidense era muy popular entre los trabajadores jóvenes. Iba de la mano de los nuevos valores con los que tenían intención de vivir: más igualdad entre las clases, menos control parental, libertades personales y sexuales más amplias y una movilidad más generalizada. Con la relativa pérdida del respeto hacia los adultos, había más adolescentes que bebían y que pasaban el rato por las calles. Esto, a su vez, contribuyó a alimentar los temores a la delincuencia juvenil, representada en la investigación que en 1925 realizó Cyril Burt, publicada con el título *The Young Delinquent* . Junto a la primera página del libro aparecía una emblemática fotografía: «*C HICO* 1 (15 años y 7 meses)», la imagen perfecta de la insolencia juvenil, con su cigarrillo caído y una mirada arisca.

■ ■ ■

El principio de la inclusión a través del consumo funcionó en Gran Bretaña en los primeros años veinte, asociado como estaba a nuevas medidas que pretendían conducir a la juventud desfavorecida al seno de las instituciones sociales. La elevación de la edad de escolarización hasta los catorce años en 1918 se vio acompañada por un sólido movimiento de base dirigido a crear espacios abiertos para la juventud de los barrios bajos. Sus resultados quedaron de manifiesto en las cifras de la delincuencia juvenil: el número de acusados en los tribunales juveniles se redujo en un 40 % entre 1917 y 1924. Hasta la

huelga general de 1926 no se produjeron muestras de agitación social obrera, la cual se expresaba en términos marxistas más que juveniles.

La modernidad que ofreció a muchos jóvenes de clase obrera cierto nivel de independencia y que, de hecho, absorbió las energías que, de otro modo, podían haberse orientado a la política, fue, para una pequeña minoría aunque muy visible de los privilegiados, la bandera de la rebelión. El hedonismo se había elevado ya a ideología, pero tras su nombramiento en 1924, *sir* William Joynson-Hicks se convirtió en el ministro del Interior más represor del siglo. Durante su mandato, el control del placer se convirtió en una cruzada similar a la de la ley seca estadounidense. Salir de fiesta pasó a ser una actividad politizada.

Nacido en 1865, Joynson-Hicks (o Jix como quedó apodado de inmediato) provenía de la misma generación que había enviado a los jóvenes británicos a la muerte. Cuando declaró la guerra al sexo en general, a la homosexualidad en particular y a la vida nocturna de Londres, una parte de los jóvenes cogió el guante con gusto. La retórica generacional de los poetas de la guerra había sido ya asumida por los jóvenes modernistas británicos y meses antes de la publicación de *La tierra baldía* , de T. S. Eliot, dos adolescentes de Eton, Howard Acton y Brian Howard, editaron una revista destinada a anunciar una revolución artística.

Eton Candle , publicada en marzo de 1922, contenía textos de los hermanos Sitwell (Osbert y Sacheverell) y del joven novelista Aldous Huxley. Harold Acton escribió «A Note on Jean Arthur Rimbaud», mientras que el poema de Brian Howard «To the Young Writers and Artists Killed in the War: 1914-18» vituperaba a la «sarta de malditos viejos» que habían asesinado «a una gran generación joven»: «Ay, lucharemos por vuestros ideales: nosotros, que éramos demasiado jóvenes para ser asesinados con vosotros... Y no os hemos olvidado».

Estos dos adolescentes anglo-estadounidenses encarnaban las ideas que defendían. [1] Llamativos por motivos diferentes (Acton serio e inescrutable, Howard esbelto y atrevido), ambos utilizaban el dandismo para proclamar su diferencia. Acton fue el precursor de varias modas, incluidos los pantalones muy anchos, plisados y de color que terminaron siendo conocidos como «Oxford Bags». Era también célebre por recitar poesía modernista, como *La tierra baldía* , con un megáfono. Acton y Howard eran forasteros locales:

educados con la élite, pero, en última instancia, marginados por su temperamento y sus orígenes.

El hecho de que ambos fueran homosexuales en una sociedad que los oprimía ofrecía a su rebelión una fuerza extra: en lugar de la ocultación, eligieron la exposición descarada. El estilo de «chicos» asumido por las jóvenes de clase trabajadora podía apuntar a la homosexualidad; sin embargo, Acton y Howard la manifestaban de forma abierta. En otro momento de la historia, su insolente amaneramiento podría haber pasado desapercibido, pero en los años veinte tocó un punto sensible. La masacre bélica había diezmado la masculinidad británica: la rígida religiosidad marcial y el vigor físico de finales del siglo XIX no habían sido rivales para la realidad de los bombardeos masivos.

Las mujeres habían ganado poder, no solo porque fueran más numerosas, sino también por su posición de vanguardia en el nuevo consumismo. Al asumir diferentes máscaras y roles y experimentar con diversas ideas y actitudes, Acton y Howard demostraban que los hombres podían participar en este flexible *ethos* . Anteriormente, los hombres salidos de las escuelas públicas se habían preparado para la contienda o el servicio en las colonias. En los años veinte, dos de las figuras de posguerra más influyentes de esa misma clase social se preparaban para la experimentación artística y, en el caso de Howard, para una fiesta continua.

La nueva masculinidad la popularizó la obra de Noël Coward *The Vortex* (1924), que causó sensación con su explotación del consumo de drogas. [2] Pero este no era más que el gancho más evidente. Coward se deleitaba en el papel de su personaje de neurótico obsesionado con su madre y reconocía que estos eran los nuevos parámetros de la juventud. De los vorticistas a *The Vortex* había un abismo de sensibilidad y sexualidad: en los años veinte, el más novedoso tipo de juventud no sería el agresivo futurista-púgil, sino el sobrestimulado y andrógino Peter Pan de lengua afilada.

El modelo funcionaba también para las mujeres. La rebelde más visible de los primeros años veinte era otra angloestadounidense, Nancy Cunard, la única hija del entonces líder de la famosa familia naviera. Nacida en los últimos años del siglo XIX , Cunard había crecido rodeada de privilegios que vio saltar por los aires con la guerra. Tras un matrimonio desastroso, se zambulló para el resto de su vida en una búsqueda de novedades, realización y venganza contra su odiada

madre. Delgada como una vara, gracias a una constitución delicada a la que no favorecía «beber sin descanso», dejaba una huella imborrable en todo aquel que la conocía.

Su desenfrenada actitud la apuntalaban una acerada mirada azul glacial, un paso oscilante y una postura alerta. Aunque no era atractiva en términos convencionales, tenía una apariencia nueva y sorprendente, con ojos enormes, el pelo corto con flequillo, cintura de avispa y, en el retrato que le hizo Wyndham Lewis en 1922, prendas masculinas. Uno de sus amantes, Aldous Huxley, consideraba que tenía «la indiferencia masculina. Puede separar su apetito del resto de su alma». Pese a su representación como truculenta vampiresa en las novelas de Huxley, se describía a sí misma como «la perfecta extranjera, paria y ajena a las normas de la vida».

La vida nocturna londinense que frecuentaba Cunard empezó a asumir una importancia imprevista como motor de un nuevo estilo juvenil. A principios de la década de 1920, los clubes nocturnos proliferaron en la capital, ya fueran los locales del West End, como el Café Royal y el Embassy; los del norte del Soho, como el Eiffel Tower, el bohemio Ye Old Ham Bone de St. James; o el famoso club 43 de la señora Meyrick, en el Soho. En estos locales, la cultura que se había originado en tiempos de guerra continuó su expansión: esa mezcla de bohemios, aristócratas, cabareteras/prostitutas y la influencia transatlántica que viajó con los soldados canadienses y estadounidenses.

Michael Arlen describe la vacuidad subyacente de este mundo en su gran éxito de 1924, *El sombrero verde* , una novela en clave sobre la sociedad de los cafés que retrata en primer plano a Cunard, encarnada en el personaje de Iris Storm. Incluso con su brillante iluminación, los festivos jóvenes «parecen ignorar la existencia de cuanto les rodea, absortos en sí mismos, en quienes tampoco estaban muy interesados». «Aburrida del aburrimiento», esta generación de los primeros años veinte ahogaba su pérdida en bailes lentos negros como el *blues* . «Es como el latido de un corazón agonizante cuya pulsación llega a nosotros a través de una arteria subterránea –escribió Arlen–. Es un ritmo que parece llorar la presencia de los muertos; llorar, también, la memoria de los vivos».

Los clientes de los clubes podrían estar buscando liberarse, pero como Arlen señalaba, sagaz, la búsqueda del placer era tanto una religión secular como un

sueño quimérico. Iris Storm expresa apasionada el «deseo-de-no-sé-qué. Hallaremos la explicación un día, cuando ya estemos muertos y todas las cosas que nos rodean lo estén también. Lo hallaremos cuando todo haya desaparecido, excepto los sueños inconcretos que a veces nos asaltan. No es deseo de chocolate, ni de cigarrillos, ni de cocaína, de opio o de sexo. No es nada de comer, beber, volar, luchar o amar». El mejor regalo de la vida, concluye, «es la posibilidad de soñar con una vida mejor».

Que estos impulsos devoradores estuvieran alimentados por el alcohol y las drogas solo conseguía redoblar la hostilidad de las autoridades. A principios de los años veinte, algunas de las restricciones de la DORA se habían eliminado y los noctámbulos podían disfrutar de libertades impensables en Estados Unidos. Sin embargo, el escándalo que siguió a la muerte por sobredosis de cocaína de la cabaretera Freda Kempton en marzo de 1922, sumado al nombramiento de Jix, derivó en medidas severas de control. Esta no logró restar popularidad a la vida nocturna londinense y el ministro del Interior se sorprendió al descubrir que, en lugar de estar poblados por putas y drogadictos, estos clubes estaban llenos de la «alta sociedad».

Las campañas moralistas de Jix contribuyeron a amplificar la actitud impaciente y temeraria de la generación más joven que empezaba a acceder a la noche londinense. El primer reconocimiento público de la Bright Young People sucedió en julio de 1924, cuando el *Daily Mail* publicó un reportaje titulado: «Seguir pistas, nuevo juego de la alta sociedad, juego a medianoche en Londres, 50 automóviles, la Gente Joven y Brillante». Este pequeño grupo estaba liderado por varias jóvenes de clase alta y media-alta: especializado en disfraces, inocentadas y anárquicas búsquedas del tesoro, representaba «un movimiento que ha conquistado al Londres más elegante».

Estas actividades en apariencia triviales enmascaraban un profundo cambio social que, según Brenda Dean Paul, podía atribuirse al «sistema tributario, la independencia recién descubierta por las mujeres y una laxitud social generalizada. Una nueva clase o rama de la sociedad inglesa había nacido, había brotado de las turbulencias de la guerra, los "Nuevos Pobres"». Su generación «no tenía tendencia a amoldarse a los bailes privados estereotipados y otras innovaciones sociales de tipo formal, por lo que se fue alejando de forma

gradual y creando grupos reducidos o “camarillas” denominados por la prensa “la gente joven y brillante”».

Brenda Dean Paul citaba el masivo exceso de mujeres jóvenes como uno de los motivos por los que el viejo mundo formal de presentaciones en sociedad, bailes privados y carabinas había empezado a derrumbarse con la aparición de «un nuevo tipo de anfitriones y anfitrionas». Entre estos estaban Alec Waugh, el autor de *The Loom of Youth* , a quien se le atribuía la invención de las fiestas denominadas «cóctel»; y David Tennant, que en 1925 abrió uno de los clubes nocturnos con mayor longevidad del Soho y de una modernidad desafiante, el Gargoyle. Como concluía Dean Paul: «Una nueva camaradería de la juventud había aparecido, una independencia, una igualdad que dio a luz a un nuevo código de comportamiento social».

El alcohol era el disolvente principal de las barreras de clase y, como Evelyn Waugh registraría de manera exhaustiva en sus diarios, de los límites habituales del comportamiento civilizado. Una fiesta no era una fiesta si no era una orgía. En septiembre de 1926, por ejemplo, fue a una celebración que organizaban unas amigas lesbianas: «Llegó Lulu Waters-Welch. Vive en pecado con Effingham. Llegó Brian O’Brien, que también lidera el grupo. Alistair y yo nos emborrachamos de verdad. Creo que fue una falta de respeto hacia Bobbie. Hubo una pelea entre dos hombres. También con una agente de policía que asustó a todo el mundo e hizo que Joan se pusiera muy agresiva».

Esta generación joven carecía de la angustia de sus antecesores de los tiempos de la guerra y el *jazz* ofrecía la banda sonora perfecta para su ruidosa vitalidad. La pasión por Estados Unidos estaba en todas partes. «“Rhapsody In Blue”, de George Gershwin, acompañaba toda batallita en el sofá –evocaría más tarde Harold Acton–; parecía contener todo el alcohol de los bares en negro y cromo». Evelyn Waugh anotó en su diario una visita a *The Blackbirds* y a un actor estadounidense «monstruoso» que «distribuía paquetes de dentífrico en polvo que decía que era heroína y todo el mundo se tomó».

Los cambios en los medios de comunicación británicos significaron que este pequeño grupo tuvo una prominencia desproporcionada en la prensa. A mediados de los años veinte, los periódicos de tirada nacional estaban implantando un nuevo tipo de contenido: la columna de cotilleos firmada. El primer diarista en firmar con su nombre fue un experto en el terreno, lord

Castlerosse, rápidamente seguido por columnistas como Tom Driberg, Charles Graves y Evelyn Waugh. Se trataba de un nuevo mundo consciente de sí mismo: estos jóvenes iban con sus amigos a fiestas y escribían de todo ello. A su vez, la publicidad fomentaba la emulación. No faltaron las críticas de los adultos.

El estilo de la Bright Young People era una fusión de modernidad y repugnancia edípica organizada en torno a lo que parecía un placer sin sentido. Muchos de los personajes más destacados tenían una mala relación con sus padres. Evelyn Waugh había hecho un memorable grabado titulado *Ese acto lúgubre: el parricidio* , que mostraba a un joven que apuntaba una pistola a la garganta de su avejentado padre. Brian Howard se negó a dirigirle la palabra a su padre después de 1928, mientras que Nancy Cunard causó todo un escándalo en 1930 al publicar un panfleto en el que hacía público su enfrentamiento con su madre. Beverley Nichols llegó, de hecho, a intentar asesinar a su padre en 1929.

La rebelión de la aristocracia y la nueva burguesía era aún más sorprendente al provenir del seno de la propia clase social que había liderado las cargas en la batalla y había pagado un precio proporcional a su exposición. En lo que a las autoridades correspondía, tener a los jóvenes vástagos de los héroes de guerra convertidos en mujeres fatal o algo peor era haber engendrado una generación de traidores. Al mismo tiempo que las columnas de cotilleos cantaban a los cuatro vientos juegos de búsqueda de tesoros, los editoriales denunciaban biliosos la juventud moderna, como el ataque en 1925 del *Daily Express* a «El hermano de la chica moderna», ese «perrito faldero con abrigos de seda».

En gran medida, no obstante, estas actividades reforzaban los privilegios tradicionales. Los jóvenes trabajadores disfrutaban de su ocio en los imponentes salones de baile que habían brotado por todo el país, pero no aparecían en la prensa ni eran considerados personas a la moda. La emancipación no había llegado tan lejos. Si la Bright Young People había empezado con alguna ideología, esta era la actitud hedonista y amoral descrita por las famosas rimas fáciles de James Laver: «A pesar del señor Joynson-Hicks, / somos el pueblo de la posguerra. / Somos las chicas de 1926». Sin embargo, los acontecimientos de ese año mostraron que eran tradicionalistas de corazón.

La Bright Young People podía pasar el rato con vendedores ambulantes, parlotear en *cockney* como parte de su repertorio de acentos y posar con obreros de camino a casa tras una de sus fiestas de disfraces; ahora bien, llegado el momento de la verdad, siguió los imperativos de su clase. Durante la huelga general de 1926, muchos de estos juerguistas actuaron a favor del Gobierno como esquiroles y mantuvieron en funcionamiento los servicios esenciales. Cuando terminó la huelga, a mediados de mayo, el movimiento obrero había quedado hecho trizas para una generación.

Su contribución real fue insignificante, pero como contrarrevolucionarios victoriosos, el estilo de la Bright Young People se expandió de forma más amplia entre la juventud burguesa. Como recordaría más tarde el escritor Beverley Nichols, después de 1926 «una alegría frenética se apropió de Oxford. Había una sensación de *après moi le déluge* ». Las fiestas incrementaron su desenfreno, como refleja una columna de *Vogue* de 1927: «En Hampden House había más pintalabios del que he visto nunca. Cubiertos de maquillaje estaban lord Portarlington y su hijo, lord Carlow, madre e hija victorianas, respectivamente, en la presentación en sociedad de la segunda».

El punto más álgido de la Bright Young People fue 1927 y su estrella más reciente redobló su apuesta por el escándalo. El joven heredero de una fortuna fundamentada en los productos químicos de Glasgow, Stephen Tennant, estuvo en todas partes el año que cumplió veintiuno: en las columnas de cotilleos vestido de «la reina de Rumanía», o cubierto de «harapos verdes» en una «imitación de los mendigos». Posando para Cecil Beaton, Tennant resumía el último grito en modernidad con su chubasquero y un estilo (pelo ondulado, brillo de labios y maquillaje facial) basado en las actrices estadounidenses a las que tanto admiraba.

Tennant hizo cuanto pudo por estar a la altura de su reputación. En la primavera de 1928, organizó junto con Brenda Dean Paul una fiesta en el Gargoyle para celebrar el matrimonio de su hermano, David Tennant. Con una lista de invitados que incluía a Brian Howard, Harold Acton y los Sitwell, acaparó todo el protagonismo cuando llegó en «una berlina eléctrica del periodo eduardiano». Al mes siguiente, David Tennant celebró una fiesta de pijamas a la que asistió J. M. Barrie: Stephen llevaba «satén blanco, pero se cambió después al verde»; en junio se le vio en el famoso baile del Club

Artístico de Chelsea «con unos fantásticos retales de gasa y terciopelo en línea con la escala cromática de Picasso».

El problema con el escándalo, sin embargo, es que siempre necesita superarse. La Bright Young People empezó a verse afectada por la ley de los rendimientos decrecientes. Lo que había nacido de forma espontánea empezó a ser una actividad presuntuosa más que jubilosa. Brenda Dean Paul consideraba que el movimiento «había muerto por dos causas: la publicidad y la septicemia social». «Las fiestas eran cada vez más frecuentes y más faltas de originalidad y diversión –afirmaría más tarde–, hasta que se convirtieron en orgías de alcohol masivas a las que asistían unos cuantos pioneros medio dormidos y desmoralizados, demasiado cansados, con una rutina demasiado establecida para escapar de ella».

El placer ya no era suficiente. «Estoy completamente harto de Londres y de las fiestas de Londres –declaraba Brian Howard–. Siguen exactamente igual que como eran hace cinco años. En Londres NADA cambia». Su amiga Allanah Harper rememoraría aquellas fiestas tumultuosas como «el infierno del Bosco»: «La última fiesta a la que fui con Brian –escribió– terminé con el vestido prácticamente arrancado y mechones de mi pelo levantados como trofeos». Como Norah C. James escribió en su novela *Sleeveless Errand* , prohibida por obscena: «La tropa se mantiene junta por mero aburrimiento. Huyen de sí mismos hacia esto. Nos odiamos, pero no podemos alejarnos».

■ ■ ■

Como los universitarios estadounidenses, la Bright Young People azuzó la obsesión recién estrenada de los medios con la juventud. Fueron la primera cultura juvenil británica definida en términos de aspiraciones al preconizar la aplicación de la adolescencia como ideal más allá de la biología. A finales de la década de 1920, la publicidad y la prensa promocionaban «inocencia infantil a los cuarenta» y debatían los conflictos entre las generaciones de la guerra y de posguerra. «No hay nada que los grandes negocios no vean en términos monetarios –señalaba Wyndham Lewis–. Y han puesto sus ojos en la "juventud", algo que no consideran justo, sino rentable».

Al contrario que sus coetáneos estadounidenses, la Bright Young People no era ninguna Cenicienta ni un ejemplo de inclusión social. Sus excentricidades no eran más que otro ejemplo de las licencias concedidas tradicionalmente a la juventud dorada. Si los jóvenes de clase obrera hubieran causado tales alteraciones del orden público, los habrían arrestado de inmediato. Incluso los columnistas de cotilleos reflejaban la «condescendencia» de las principales figuras como Stephen Tennant. Y, a pesar de que aspiraban de hecho a la emulación, también atraían hostilidad y se veían interrumpidos y abucheados por el público cuando llegaban con sus disfraces a un nuevo baile.

Desconectada de la sociedad, la Bright Young People tenía, terminada la década, poco que enseñar de todas sus fiestas. Su disolución se analizó al detalle. «Mira a nuestra generación –señalaba Norah C. James–. Y a la siguiente; con la siguiente me refiero a la gente que nació justo antes o durante la guerra. ¿No os parece que están todos desesperadamente perdidos?». Evelyn Waugh consideraba que a la generación de los años veinte se le había ofrecido después de la guerra «una oportunidad de la cual no gozó antes ninguna generación. Había toda una civilización que salvar y rehacer... y aparentemente lo único que les gusta es hacer el tonto».

Este áspero reconocimiento se vio impulsado por el aluvión de libros y obras de teatro que apareció en los últimos años de la década, cuando la generación de la de 1890 finalmente encontró su voz. Muchos de estos textos tenían un tono amargo, catártico: *Journey's End* , de R. C. Sherriff; *La muerte del héroe* , de Richard Aldington; *A Subaltern's War* , de Charles Carrington; *Adiós a todo eso* , de Robert Graves; o *Sin novedad en el frente* , de Erich Maria Remarque. Fue casualidad que estas memorias coincidieran con el agotamiento de la Bright Young People, pero las comparaciones no servían en modo alguno de consuelo.

El corolario de la alienación de los veteranos con respecto a su presente era la celebración de los años previos a la guerra como una edad dorada, una arcadia de la inocencia, de veranos perfectos y una juventud todavía no destrozada. La generación de la década de 1890 se representaba a sí misma perdida por partida triple: si la vida anterior a la guerra parecía tan lejana como un cuento de hadas, su experiencia bélica seguía más viva que nunca. Por otra parte, el frenético materialismo de los años veinte no ofrecía más que

desilusión. Esta metáfora relevante, no obstante, estaba basada en la realidad: la ausencia de los compañeros muertos en combate sumada a la abdicación de los supervivientes de la vida pública.

Tanto si se escondían o si se dedicaban a celebrar fiestas como adolescentes diez años menores, se sentían perdidos. «Estamos de más incluso para nosotros mismos –admitía Remarque–. Envejeceremos; algunos se adaptarán, otros se resignarán y la mayoría quedaremos absolutamente desconcertados». La necesidad de los veteranos de tranquilidad y abrigo también creaba un vacío que explicaba, en parte, la agitación de los parranderos de posguerra, que carecían de toda vinculación significativa con la generación inmediatamente anterior. El hedonismo frenético había fracasado a la hora de eliminar la sombra de la guerra: en todo caso, se había hecho más profunda y oscura.

Algunos veteranos fueron muy críticos con la generación de los años veinte. A finales de 1929, un antiguo voluntario de los *Freikorps* llamado Hans Zehrer argumentaba en la influyente revista alemana de extrema derecha *Die Tat* que su «generación joven» de veteranos de guerra incluía dos oleadas. La primera se había quemado en la disipación, pero la segunda (que había vivido tranquilamente y había aprendido de sus experiencias) estaba en posición de revolucionar Alemania. Zehrer concluía que Alemania sería reconstruida por estos «hombres del frente», no por los americanizados jóvenes de veintitantos años con su «comportamiento de payasos».

Estas comparaciones revelaban una furiosa reacción contra la cultura juvenil de los años veinte que sus ensimismados defensores poco podían hacer por contrarrestar. El ajuste de cuentas había llegado y los había encontrado sin preparación. El problema de estos perennes adolescentes era que nunca habían querido crecer porque crecer hubiera significado convertirse en el padre odiado. El final de la contienda había supuesto una ruptura tan abierta que representaba una forma de *tabula rasa* que permitió a los movimientos juveniles de los años veinte pensar que podrían construir un mundo completamente ajeno al de los adultos.

En su novela de 1929, *Los Niños terribles* , Jean Cocteau ofrecía la metáfora perfecta de esta desconexión en el arquetípico dormitorio-altar de los huérfanos Paul y Elizabeth: «Cajas, ropa, toallas de felpa cubrían el suelo. [...] y, por todas partes, clavados con chinchetas, páginas de revistas, de periódicos, programas,

que figuraban artistas de películas, boxeadores, asesinos». Envueltos en este capullo, Paul y Elizabeth representan la «eterna juventud» hasta su prematura muerte por un disparo y una sobredosis de opio.

Los homólogos en la vida real de la pareja eran Jean y Jeanne Bourgoint, quienes seguirían el mismo camino que Raymond Radiguet: el de una muerte temprana. Al convertir a la pareja en Paul y Elizabeth, Cocteau observaba cómo las exploraciones interiores de la adolescencia, sin control adulto, están condenadas al fracaso ya que «sumirse en sí mismo precisa una disciplina que no eran capaces de adoptar. No encontraban sino tinieblas, fantasmas de sentimientos».

Por su propia y amarga experiencia, Cocteau comprendía la seductora y autodestructiva resaca del excesivo culto a la juventud: el efecto deformante de la infancia prolongada, el romántico atractivo de la muerte, la incapacidad para realizar la transición a la vida adulta. *Los Niños terribles* era una parábola admonitoria que también fomentaba la emulación de sus entusiasmados lectores jóvenes. A pesar de estar condenados, Paul y Elizabeth tenían también magnetismo: «La velocidad adquirida por el ciclón en el que respiran esos espíritus trágicos y ligeros es angustiosa. Y todo comienza con chiquilladas; que al principio no se interpretan sino como juegos».

En torno a 1929, numerosos líderes de la cultura juvenil hedonista sufrieron finales prematuros. El alcohol y las drogas eran los responsables: ambos se habían consumido de forma profusa en un intento por mantener la fiesta a perpetuidad, por congelar el movimiento en parábola para siempre en su cénit. La intoxicación con alcohol de contrabando acabó con muchos jóvenes estadounidenses, el más destacado el corneta Bix Beiderbecke, y la afición a la heroína convirtió a Brenda Dean Paul en la adicta más famosa de Gran Bretaña. Jeanne Bourgoint murió por una sobredosis de barbitúricos en diciembre de 1929, mientras que muchos otros, como Francis Scott Fitzgerald y Brian Howard, empezaron una batalla contra el alcoholismo que se prolongaría hasta el final de sus días.

Incluso más dramático fue el destino de aquellos que no pudieron soportar la constante aceleración. Ya estuvieran firmados por Brenda Dean Paul, Jean Cocteau, Scott Fitzgerald, Michael Arlen o Evelyn Waugh, casi todos los libros más destacados sobre la juventud del periodo incluyen desastrosos accidentes

de tráfico. Si la destrucción no era física, lo era mental. Como Agatha Runcible, el personaje de Waugh, Zelda Fitzgerald terminó la década en un sanatorio con el sistema nervioso atascado en la máxima velocidad. Quizá el desplome más dramático fue el de Harry Crosby, que murió con su amante en un pacto suicida en diciembre de 1929.

Llegado ese momento, la cultura de la fiesta se había visto superada por los acontecimientos. El Crac de la Bolsa estadounidense en octubre de 1929 fue la conclusión lógica de la especulación en masa fomentada por el Gobierno. Una explosión febril se convirtió en un torbellino que empezó a arrastrar a Estados Unidos y a Europa a su despiadado abrazo. Pero Occidente no cambió de la noche a la mañana. Hizo falta tiempo para que la crisis económica impactara en la vida cotidiana y, puesto que no había precedente para la Gran Depresión, no se presuponía que pudiera suceder. Como la escritora británica Ethel Mannin reflejó: «El ambiente de los años veinte continuó a principios de los treinta».

Los cimientos económicos de la sociedad estadounidense de masas se habían visto sacudidos de forma salvaje, pero se mantenían sólidos. En la última de las grandes distopías de la época, *Un mundo feliz* , Aldous Huxley imaginaba un futuro de pesadilla subordinado a la seducción y al determinismo biológico antes que a la coerción brutal. Huxley creía que el capitalismo de estilo estadounidense prevalecería, entre otros motivos, porque explotaba los detonantes psicológicos inherentes a todo ser humano. Tal y como Bernays había sugerido, el puño de acero del control social total estaba envuelto en el guante de terciopelo del placer.

El capitalismo, sin embargo, caería en desuso en los siguientes años, mientras se sintieron los peores efectos de la crisis: el fascismo y el comunismo se apresurarían a llenar el vacío. Tras la muerte en octubre de 1929 de Gustav Stresemann, el primer escenario de esta batalla sería una Alemania cada vez más desestabilizada. La juventud americanizada del país había sido desenmascarada, eran «los chicos de los recados de una era mortecina» y el escenario quedaba libre para el radicalismo político y los grupos juveniles paganos: los diversos tipos de *Bunde* y Wandervogel que siempre habían rechazado el modernismo en general y la República de Weimar en particular.

Ya fueran los estudiantes universitarios estadounidenses, la Bright Young People o la Woodcraft Folk, los movimientos juveniles de los años veinte habían conocido un éxito excesivo con la creación de sus propios mundos aparte. Al hacerlo, habían recordado a fabricantes, gobernantes e ideólogos que la juventud era una fuerza social demasiado importante para quedar a su aire. Con los *fascisti* italianos, la juventud ya había sido empleada como vanguardia de un nuevo tipo de política nacional. Una vez demostrada su capacidad para determinar el futuro de las naciones, la juventud se vería cada vez más politizada en los años posteriores.

■ ■ ■

1. La madre de Harold Acton era estadounidense; su padre, británico. Los padres de Brian Howard eran ambos estadounidenses residentes en Reino Unido desde el nacimiento de Brian.

2. Fiel al modernismo, Coward hizo honores a la peor percepción pública posible de su figura al representar el papel masculino principal en una serie de escandalosas apariciones en prensa. En *Sketch* apareció retratado en la cama, «vestido con una bata china y una expresión de avanzada degeneración». En el *Evening Standard* declaró: «Nunca salgo de los fumaderos de opio, las salas de cocainómanos y otros lugares perversos. Mi cerebro es un caos de corrupción


QUINTA PARTE
1930-1939

CAPÍTULO 18

Soldados de una idea

Las Juventudes Hitlerianas

■ ■ ■

Con vuestras banderas al viento, venid a nosotros, la Juventud de los Trabajadores Alemanes, luchad con nosotros contra el viejo sistema, contra el viejo orden, contra la vieja generación. Somos los últimos combatientes por la libertad, ¡luchad con nosotros por el socialismo, por la libertad y por el pan!

Panfleto de la sección de Kiel de las Juventudes Hitlerianas,
verano de 1932.



Saludos entre miembros de las Juventudes Hitlerianas en Colonia, septiembre de 1936.

El 30 de enero de 1933, una chica alemana llamada Melita Maschmann fue con sus padres a ver el desfile con antorchas para celebrar la toma de posesión del nuevo *Reichschancellor* , Adolf Hitler. La «sensación extraña» de esa noche de Berlín quedaría grabada en su memoria el resto de su vida: «El estrepitoso paso de las botas, la sombría pompa de las banderas rojas y negras, la luz titilante de las antorchas en los rostros y las canciones con melodías agresivas y sentimentales al mismo tiempo. Las columnas desfilaron durante horas. Una y otra vez, entre ellas, veíamos grupos de chicas y chicos apenas mayores que nosotros».

Treinta años más tarde, Maschmann se recordaría a los quince años buscando un «propósito fundamental»: «A esa edad, una descubre una vida que consiste en tareas escolares, salidas con la familia e invitaciones a cumpleaños absolutamente desprovistas de importancia. Nadie nos da crédito por estar interesados en nada más que en estas trivialidades irrisorias. Nadie dice: "Te necesitamos para algo más importante, ¡ven!". Cuando de asuntos serios se trata, todavía no contamos. Pero los chicos y las chicas que desfilaban en las columnas sí contaban. Como los adultos, portaban pancartas en las que estaban escritos los nombres de sus muertos».

Maschmann había sido educada para reverenciar a los caídos en la guerra y amar Alemania «como algo que estaba misteriosamente amenazado por el dolor, algo inmensamente apreciado y asediado por peligros», sentía que el nacionalsocialismo estaba «en armonía» con este espíritu. También se veía atraída por la dedicación del partido a «la gente común», que encarnaba la modista jorobada de la familia: «Desde que la conocía, llevaba una esvástica metálica labrada bajo la solapa del abrigo. Aquel día la llevó a la vista por primera vez y sus oscuros ojos negros brillaban cuando hablaba de la victoria de Hitler. Mi madre estaba disgustada. Pensaba que era pretencioso que la gente sin educación se entrometiera en la política. El propio hecho de que aquella mujer perteneciera a la gente común era, no obstante, lo que la hacía atractiva para mí. Me sentía atraída hacia ella por el mismo motivo por el que a menudo me ponía en secreto de parte de las criadas y contra mi madre. Ahora sé que mi antagonismo ante toda manifestación de esnobismo burgués, algo que desarrollé pronto, se veía alimentado por una reacción contra mi educación autoritaria».

La madre de Maschmann «esperaba de sus hijos la misma obediencia incondicional que exigía a las criadas o al chófer de mi padre. Esta actitud me llevó a una rebeldía que iba más allá de la mera rebelión personal de la adolescencia y estaba dirigida contra los valores burgueses que representaban mis padres». El hecho de que sus progenitores contemplaran esta procesión con unas reservas que eran una «ráfaga de hielo» solo logró fortalecer su voluntad de «seguir un camino distinto del conservador que me ordenaba la tradición familiar».

Sin embargo, sus motivaciones más evidentes empalidecían ante las arrolladoras emociones suscitadas por la celebración. «Quería sumirme en esta corriente, sumergirme en ella y que me arrastrara –recordaría más tarde–. “Por la bandera estamos dispuestos a morir”, habían cantado los portadores de las antorchas. No era una banalidad relacionada con la ropa, la comida o las redacciones escolares, sino una cuestión de vida o muerte. ¿Para quién? ¿Para mí también? No sé si me hice estas preguntas en ese momento, pero sé que estaba dominada por un deseo ardiente de pertenecer a esa gente para la que aquello era una cuestión de vida o muerte».

Esa era, exactamente, la reacción que Adolf Hitler deseaba. Al igual que los *fascisti* de Mussolini, los nazis llegaron al poder invocando a la juventud en términos abstractos como agente activo del cambio y movilizando a los jóvenes de carne y hueso mediante la mística del conflicto, la acción y la pertenencia. Actuaciones grandilocuentes como la parada militar del 30 de enero estaban diseñadas para agitar las emociones de los jóvenes desafectos como Melita Maschmann: «Yo quería escapar de mi estrecha existencia infantil y vincularme a algo que fuera grande y fundamental. Compartía este anhelo con innumerables contemporáneos míos».

A finales de 1933, cerca de 3,5 millones de jóvenes alemanes se habrían incorporado a las Juventudes Hitlerianas. Esto se debía parcialmente a los sistemas coercitivos establecidos por el nuevo régimen, pero los nazis también aprovechaban «el antagonismo entre las generaciones». Unirse a las Juventudes Hitlerianas ofrecía a los adolescentes alemanes sin propósito un objetivo en la vida y poder hacer frente a sus padres, que estaban, en muchas ocasiones, identificados con la despreciada República de Weimar. Como declaró el líder

de las Juventudes Hitlerianas, Baldur von Schirach: «Desde un punto de vista nacionalsocialista, la juventud siempre tiene razón».

Y es que la juventud estaba en el centro de la visión revolucionaria de los nacionalsocialistas. En una entrevista en enero de 1933, el nuevo líder alemán expuso sus planes para el futuro: «Estoy empezando con los jóvenes. Nosotros, los mayores, estamos consumidos. Estamos podridos hasta la raíz. No nos quedan instintos libres de ataduras. Somos cobardes y sentimentales. Cargamos con el peso de un pasado humillante y corre por nuestra sangre el apagado reflejo de la servidumbre y el servilismo. Pero ¡ay mis magníficos jóvenes! ¿Acaso los hay mejores en algún lugar del mundo? ¡Miren a estos jóvenes y niños! ¡Qué material! Con ellos puedo construir un nuevo mundo».

■ ■ ■

El Crac bursátil de 1929 aceleró la llegada de la sociedad de masas en el norte de Europa. Los propagandistas del capitalismo habían pregonado la capacidad de la producción masiva para modificar «el orden social al completo», pero no habían sido capaces de prever su caída. Cuando funcionaba, todo marchaba bien: los salarios eran más altos, los precios más bajos y el nivel de vida de la mayoría mejoraba. Ahora bien, cuando las cosas iban mal, las consecuencias eran desastrosas. Con el crecimiento de las colas de parados en 1931 quedó claro que el problema era sistémico. La inclusión de las masas iniciada con el *boom* de los años veinte sería en adelante impulsada por la política.

El hecho más importante en «la vida pública europea» a comienzos de la década de 1930 era, como José Ortega y Gasset señalaba en su polémico *La rebelión de las masas* , «el advenimiento de las masas al pleno poderío social». Sin embargo, esta nueva época contaba con su propio impulso totalitario: «Como se dice en Norteamérica: ser diferente es indecente. La masa arrolla todo lo diferente, egregio, individual, calificado y selecto. Quien no sea como todo el mundo, quien no piense como todo el mundo, corre el riesgo de ser eliminado».

Como habían advertido las distopías de la década previa, los años treinta exaltarían al individuo que se rinde a la masa. El individuo no era ya uno, sino solo uno como parte de millones: el miembro ideal de las Juventudes

Hitlerianas, como declaró en 1934 Baldur von Schirach, era «el soldado individual de una idea». Mientras el pueblo parecía dominar la política en Europa, las palancas reales del poder seguían en manos de una élite que empezó a utilizar los principios de la propaganda desarrollados en los años veinte para dar una pátina populista a la autocracia. Al mismo tiempo, los métodos de control social desarrollados en los años veinte no flaquearon.

Pese al descrédito del capitalismo estadounidense, el consumismo seguía resultando extremadamente útil para los regímenes de todos los colores: contribuía a paliar un creciente descontento en las democracias occidentales y almibaraba la dosis de terror de los Estados totalitarios. Sin embargo, bajo la ilusión del poder de las masas descansaba la subyugación masiva, con sus efectos psicológicos concomitantes de infantilismo, rabia y violencia. De hecho, muchos de los acontecimientos de la década corroborarían la maldición de Gustave Le Bon: «La muchedumbre es un rebaño servil que no podría existir sin dueño».

La política pasó a ser la nueva religión de masas y la polarización, su comunión. La lucha entre el comunismo y el fascismo se convirtió en «la lucha entre las fuerzas del bien en el mundo y las fuerzas del mal». El pensamiento en términos de blanco y negro se asume con facilidad en la mente adolescente, aún no contaminada por la muerte, la edad ni las concesiones y, de hecho, ofrece la certeza bien recibida del impulso religioso. Numerosas memorias e historias contemporáneas de la juventud alemana, británica y francesa (incluso estadounidense) de los años treinta plantean la misma pregunta: ¿de qué lado estás tú?

Los miembros más visibles de la generación de los años veinte habían sido cínicos, hedonistas y materialistas. Por el contrario, quienes alcanzaban la mayoría de edad en los años treinta estaban movilizados para cumplir con un objetivo abrumador: derrocar al capitalismo. Pero estos impulsos juveniles tendrían efectos graves y permanentes: con la paulatina conversión de las utopías enfrentadas en ideologías nacionales, las apuestas serían cada vez más altas y las imposiciones más despiadadas. Las grandes ideas previas a 1914, tan desacreditadas por la Gran Guerra, habían vuelto reforzadas.

Tanto si era de izquierdas o de extrema derecha, la política poseía una cualidad mística en los inicios de los años treinta que exigía la sumisión del ego

individual en el ideal colectivo: el sacrificio descrito por el poeta Louis MacNeice como «la propia realización mediante la renuncia de uno mismo». Este impulso sincero e idealista, no obstante, se vería canalizado hacia las dos ideologías totalitarias opuestas de la época. La ironía era que estos enemigos mortales tendrían la misma creencia de base: *queremos lo mismo... un nuevo sistema.*

En ningún país europeo sería mayor el contraste ideológico que en Alemania. Con la economía en caída libre y el desempleo al alza, el Gobierno de la República de Weimar se veía superado. El resentimiento social encontró su forma de expresión en las elecciones de septiembre de 1930 al Reichstag, donde los socialdemócratas del Gobierno se vieron superados por la suma de comunistas y nacionalsocialistas. Estas elecciones supusieron la entrada en escena de los nazis como partido político serio y ofrecieron legitimidad a lo que anteriormente había sido considerado poco más que un grupo terrorista marginal.

Con antelación a la crisis económica, los intentos por parte de los nacionalsocialistas de organizar a la generación más joven habían tenido escaso éxito. Las Juventudes Hitlerianas, creadas a mediados de los años veinte, no se habían integrado en los *Bunde* mayoritarios: eran poco más que camorristas callejeros. Tras el nombramiento de Baldur von Schirach como su líder en 1928, lograron atraer a las clases medias recién empobrecidas. Se convirtieron en una organización paramilitar centrada en lograr el apoyo social mediante soberbios desfiles en las grandes ciudades. La violencia que estos despliegues generaban suponía un importante incentivo para los más jóvenes e inquietos.

El fracaso del capitalismo había dejado el escenario despejado para sus rivales en el teatro del control de las masas. Dirigidos desde Moscú, los comunistas alemanes aspiraban nada menos que a un enfrentamiento final con el capitalismo. En el extremo contrario, los nacionalsocialistas estaban muy influidos por la década de Gobierno fascista de Mussolini. [1] «Los camisas pardas probablemente no hubieran existido sin los camisas negras», declaró Hitler en 1932. Fue mucho lo que tomó de los *fascisti* : la construcción de un Estado de partido único, los uniformes militaristas con códigos de color o la apelación a la juventud, simultánea a una estricta reglamentación.

Con la xenofobia y el misticismo racial combinados con el poder hipnótico de los medios de comunicación de masas, el líder del partido, Adolf Hitler, empezó su campaña para conquistar a la generación alemana más joven. Después de las elecciones de 1930, el programa nacionalsocialista de compromiso nacional, envuelto en un movimiento de masas cuasireligioso, ofrecía implicación ante la alienación. Los suicidios de los estudiantes de secundaria seguían siendo un problema nacional tan grave como en la década de 1890 y la apelación del partido a la acción directa atrajo a una amplia sección de la juventud alemana hostil a la democracia y harta de desesperanza.

Ante esta polarización, los autodenominados líderes del movimiento juvenil trataron en vano de establecer un contrapeso democrático o centrista. El mayor de todos los *Bunde* independientes, el Deutsche Freischar, no logró crear un partido de centro fuerte en las elecciones de 1930. Además de las organizaciones políticas de partido en la izquierda y la derecha extremas, existían numerosos grupos paramilitares que, cimentados en la disciplina militar, la teoría *Völkisch* y la retórica contra la República de Weimar, tendían a la derecha del espectro, al igual que sucedía con las agrupaciones juveniles protestantes y los *scouts* .

Este momento crucial fue el analizado por el grupo conservador *Die Tat* en un panfleto de 1931 titulado: *¿Dónde se posiciona la generación joven?* Ernst Wilhelm Eschmann, responsable del texto, criticaba la obsesión de la política alemana con la juventud como «fórmula mágica». Sin embargo, este misticismo juvenil era, en última instancia, un ardid por parte de los mayores para negar a los jóvenes su espacio legítimo en la vida nacional. Esta disparidad entre la retórica y la realidad estaba en la base de un conflicto generacional que dejaba «una gran masa de jóvenes sin organizar».

El impulso antidemocrático que subyacía en muchos de los movimientos juveniles alemanes empezó a dar su amargo fruto. Envalentonados por el éxito electoral de 1930, los nazis lanzaron una campaña terrorista contra la película de producción estadounidense basada en la novela de Erich Maria Remarque *Sin novedad en el frente* . Con su valiente exposición de los horrores de la guerra, esta historia revisionista era anatema para la extrema derecha. En diciembre de 1930, un grupo de nazis impidió el estreno. Ante el temor a un recrudecimiento de la violencia, las autoridades prohibieron la cinta. Para

algunos observadores alarmados, esta capitulación ante la fuerza bruta establecía un peligroso precedente.

■ ■ ■

La violencia funcionaba. Para buena parte de los jóvenes alemanes, la guerra era preferible a la paz. Según Sebastian Haffner, Hitler prometía «la reanudación del gran juego bélico de 1914-1918» y esta apelación a una experiencia tan extraordinaria despertaba apasionadas emociones. Durante ese año, la cifra de desempleados alcanzó los 5 millones, con especial incidencia entre los adolescentes. El hecho de sumar 7 millones de votantes potenciales suponía que la juventud alemana gozaba de un poder político sin precedentes. Comenzaba la carrera para conquistar sus corazones. En su visita a Alemania inmediatamente posterior a las elecciones de agosto de 1932, el periodista radical francés Daniel Guérin sentía que el país se había «inclinado ya del lado de los nazis. Es una epidemia que causa estragos en todas partes».

Guérin inició un largo viaje con la mochila a la espalda por Alemania en este momento crucial. Como socialista revolucionario de veintitantos años que era, partió con grandes esperanzas: «Quizás pueda entrar finalmente en el núcleo de la acción en esa Alemania joven, moderna y dinámica que no he dejado de admirar desde mi juventud. El socialismo triunfará aquí o en ninguna otra parte. Aquí se ha formado la clase obrera mejor organizada y más cultivada del mundo. Aquí las contradicciones económicas y sociales han alcanzado un punto de tensión extremo».

El autor francés se sentía atraído por la camaradería «juerguista» Wandervogel que aún persistía a comienzos de la década de 1930. En su primera noche en Alemania, entró en un albergue juvenil lleno de «jóvenes de quince a veinte años, de pelo rubio, voces viriles y rostros voluntariosos. Una camisa de *sport* kaki o verde con las mangas arremangadas descubre sus antebrazos tostados por el sol. Rodillas esculturales emergen de un pantalón corto de pana o de cuero completado a menudo por unos tirantes tiroleses con su larga placa de cuero rectangular que forma como un puente entre los pectorales. Las piernas están bronceadas y sus músculos son tensos y duros».

Pero aquella camaradería tenía su lado oculto. Guérin cogió el libro de visitas del albergue y encontró «esta vana advertencia: "Se ruega olvidar la política en el umbral de este libro". Sin embargo, cuando lo hojeo, veo que la política surge en cada página. Atormenta a estos jóvenes hasta el punto de que no pueden abstenerse, a pesar del ambiente neutro del albergue. Una mano ha escrito: "Proletarios de todos los países, uníos". Pero otra ha tachado la llamada con un plumazo rabioso. En otro sitio son las tres flechas socialistas que traspasan una cruz gamada».

La joven comunidad de errantes, hasta entonces apolítica, se había escindido de manera irrevocable. El gran salón común del albergue se dividía en dos facciones enfrentadas que cantaban y se gritaban una a la otra «velando las armas». Uno de los combatientes se explicaba: «*En el fondo queremos lo mismo* [...] un nuevo mundo, radicalmente diferente de este, un mundo que no destruya ya el café y el trigo mientras que millones de hombres pasan hambre, *un nuevo sistema* . Pero unos creen a pie juntillas que se lo dará Hitler y otros que lo hará Stalin. Entre nosotros solo existe esa diferencia [cursiva en el original]».

Al avanzar en su viaje, Guérin entendió que la juventud alemana estaba perdida y terriblemente dividida. El ideal de los grupos Wandervogel se había convertido en un vagabundear sin esperanza: «Medio millón por lo menos de jóvenes parados vagan por las carreteras. No tienen derecho a ningún socorro, las más de las veces porque al menos un miembro de su familia ha conservado su empleo. Cansados de estar mano sobre mano en su barrio triste, de ser una carga para sus padres, salen en primavera y van dando tumbos hasta el final del otoño. Algunos deambulan así desde hace varios años».

Pese a su posicionamiento político, Guérin sentía que las «pacientes explicaciones» de la izquierda y los centristas tenían escasas oportunidades ante las fuerzas elementales que habían despertado en un país «desgarrado». Esta situación quedaba ilustrada en todo su dramatismo por la tribu juvenil más sorprendente que conoció en sus dos meses de viaje: un «grupo extraño» que encontró por casualidad en las afueras de Berlín. A pesar de parecerse de forma superficial a los grupos Wandervogel habituales, esta «*Wild-Clique* » de jóvenes sin hogar tenía «un aspecto muy *blouson-noir* , como diríamos hoy. Caras viciosas, turbias, de sinvergüenzas».

Vestían un peculiar disfraz con bombines a lo Charlot, «viejos sombreros femeninos con las alas levantadas estilo "amazona" y adornados con un plumero y medallas», con «pañuelo o *foulard* de colores chillones». Tenían las orejas perforadas y llenas de «pendientes o de enormes anillos» y sus pantalones cortos de cuero estaban «terminados en un inmenso cinturón triangular, también de piel, ambos tachonados de cifras esotéricas, perfiles humanos e inscripciones como *Wild-Frei* (salvaje y libre) o *Raüber* (bandidos)».

Las *Wild Cliquen* habían nacido en el caos de la Primera Guerra Mundial y se habían multiplicado con la inflación de la posguerra y el desempleo generado por la crisis económica mundial. Sin ningún control adulto, estas «bandas criminales juveniles» campaban a sus anchas en los barrios periféricos de Berlín conectados por un anillo concéntrico de avenidas. Al tiempo que sus integrantes crecían en número con la incorporación de miles de jóvenes sin hogar, estos adolescentes (la mayoría con edades entre los dieciséis y los dieciocho años) se organizaban en una sociedad tribal que rechazaba por completo la moralidad civilizada. Devolvían su odio a la sociedad que los había abandonado.

Los nombres que estas *Wild Cliquen* elegían ilustraban su abandono al «instinto más desenfrenado»: «Sangre de Tártaros, de Indios, de Cosacos, Crimen Salvaje, Terror de las Muchachas, Apaches Rojos, Amor Negro, Esqueletos Sangrientos, Piratas de los Bosques, Gargantas de Aguardiente». Sin ingresos legales ni apoyo del Estado, estos *Wild-Frei* vivían de la prostitución homosexual, el robo de coches y los atracos. Las bandas, compuestas por los dos sexos («tipos salvajes» y «tropa de vacas»), exigían contribuciones financieras regulares para apoyar a los compañeros que tenían problemas con la policía.

Sus secretos ritos de iniciación (orgías grupales violentas y sádicas) ejemplificaban el verdadero salvajismo de las *Wild Cliquen* . Con una vida por completo al margen de la sociedad, eran capaces de dar rienda suelta a la desenfrenada sexualidad adolescente contra la que sucesivas generaciones de expertos en la juventud habían advertido. Guérin terminaba concluyendo que suponían una «vuelta espontánea a la barbarie. Después de todo, la civilización no es más que un barniz muy tenue, reciente y frágil». Sentía «angustia: quien

sepa alistarlos podría muy bien convertir a estos apaches de carnaval en verdaderos bandidos».

Las *Wild Cliquen* representaban únicamente la forma más extrema del abandono colectivo de la racionalidad por parte de su generación. Las raíces de la democracia no eran profundas: la República de Weimar tenía trece años de vida y, con diecisiete Gobiernos en ese lapso, apenas había logrado estabilidad. Incluso durante la relativa calma de la era Stresemann había sido claramente incapaz de reclutar el apoyo de una parte significativa de la juventud alemana, que había crecido con una adicción a las crisis y los conflictos.

La República de Weimar no había conseguido acabar con las actitudes ni con las estructuras imperiales. Las universidades eran abiertamente hostiles a la democracia, al igual que sucedía con las agrupaciones juveniles tradicionales de carácter religioso y militarista. Teniendo en cuenta que tres cuartas partes de la juventud alemana habían pasado por alguno de estos grupos, su influencia era enorme. Alimentada con una dieta cultural de nacionalismo metafísico y sacrificio cuasireligioso, y con el anhelo del resurgimiento de la grandeza imperial alemana, la resentida promoción de 1918 se preparaba para vengarse de la derrota que había acompañado a su nacimiento.

La propaganda nazi estaba diseñada para explotar este deseo de militarización vengativa y mística. El partido se especializó en concentraciones masivas y espectaculares, como el triunfal encuentro celebrado en Potsdam en octubre de 1932. En lugar de la asistencia estimada –prevista en 20 000 personas–, más de 100 000 jóvenes, que desbordaron los servicios de transporte, se congregaron a las afueras de Berlín. El número de participantes fue tal que el desfile infantil duró desde las once de la mañana hasta las seis de la tarde. Incluso los observadores independientes quedaron impresionados. Los implicados se sintieron alentados al descubrir que eran parte de un conjunto tan sorprendentemente numeroso.

El atractivo que esa naturaleza tan ritualizada de las celebraciones nacionalsocialistas tenía para los jóvenes quedó resumido en la popular novela nazi *Hitlerjunge Quex* . Al llegar a un claro en el bosque, el joven protagonista se encuentra con «un grupo de gente joven» que parece prolongarse «hasta el mismo fin del mundo. Justo delante de él, en formación, había jóvenes como él. Cada uno de ellos llevaba un largo mástil con un gallardete que se elevaba al

cielo, banderines negros y de un rojo brillante, con símbolos dentados en la superficie de la tela. Todos los jóvenes se parecían entre sí». En lugar de espantoso, al narrador le parecía inspirador.

El gran éxito de la versión cinematográfica de la novela reforzó su espíritu sacrificial. Con la recreación del ascenso al poder de los nazis en 1932, el guion dramatizaba la historia de Herbert Norkus, de doce años de edad, sorprendido por los comunistas en el berlinés barrio obrero «rojo» de Wedding pegando octavillas nazis. Sus atacantes lo apuñalaban cinco veces en la espalda, dos en el pecho y mutilaban su rostro hasta dejarlo irreconocible. La historia se convertía en la parábola del martirio: las imágenes finales de *Hitlerjunge Quex* eran las del joven a punto de morir que reafirmaba su fe antes de un cambio de escena para mostrar oleadas de Juventudes Hitlerianas desfilando.

Pese a su declarado odio a la modernidad, los nazis habían estudiado al detalle los experimentos de control de las masas de Estados Unidos. Guérin señalaba en 1932: «La megalomanía de la americanización ha transformado el seso a toda Alemania». No dejaron de desarrollar las teorías de la propaganda de masas de Bernays; de hecho, elevaron el concepto para convertirlo en agente fundamental de control social, con su propio ministerio incluido. Una de las particularidades del régimen sería la encarnación de una paradoja aparente: la combinación de la última tecnología con conceptos bárbaros de raza y del control social.

La propaganda nacionalsocialista se desembarazó de los controles que el sistema democrático obligó a poner en funcionamiento a los pioneros estadounidenses de la manipulación masiva. La invocación pura por parte del partido de las emociones nacionalistas y las fuerzas místicas le concedía ventaja en la encarnizada lucha por el poder de finales de 1932 y comienzos de 1933, en especial por su apelación a la juventud. Esta se vio fortalecida por la seducción que ejercía la marginación a la que se vieron obligadas las organizaciones nacionalsocialistas, incluidas las Juventudes Hitlerianas, cuando fueron prohibidas por la República de Weimar. La ideología añadía leña al fuego en las batallas callejeras de carácter territorial que mantenían contra los comunistas los seguidores de clase obrera del partido.

A principios de 1933, las Juventudes Hitlerianas, con más de 100 000 miembros, superaban en número a la suma de las organizaciones juveniles

comunistas y socialdemócratas (con unos 80 000), pero quedaban ridiculizadas por los grupos juveniles conservadores, que podían alcanzar el cuarto de millón de miembros. Si los grupos sin filiación nazi se hubieran unido, las Juventudes Hitlerianas lo habrían tenido difícil. Sin embargo, se produjo un lento trasvase desde las agrupaciones juveniles de derechas y protestantes. Para muchos jóvenes alemanes, el comunismo era aborrecible: los nazis eran la opción menos mala.

También ofrecían esperanza y una forma de organización a una generación de adolescentes que había crecido en una inestabilidad social y política aparentemente perpetua. La retórica del nacionalsocialismo que enfatizaba el sacrificio y la disciplina también aprovechaba poderosos arquetipos alemanes: el mito guerrero de Federico el Grande; el medievalismo de los *Bunde* consagrado por muchos grupos de Wandervogel; o el sacrificio último propio de las cruzadas glorificado por la batalla de Langemarck. Si románticos como Hölderlin habían lamentado la desmembración de los jóvenes alemanes, los nazis harían tanto de la nación como de la juventud un todo fortalecido.

En unas circunstancias desesperadas, el atractivo que ejercía lo irracional y el poder era demasiado fuerte. Una vez que Hitler alcanzara el poder, no existiría la disensión: no habría espacio para aquellos que no compartieran su visión de este nuevo mundo que, como el de muchos adolescentes o fanáticos religiosos, estaba tintado en términos estrictos de blanco y negro: a favor o en contra. Después del incendio del Reichstag en febrero de 1933, que muchos consideraban que habían provocado los propios nazis, los nacionalsocialistas lanzaron una guerra relámpago (*Blitzkrieg*) que, llegado julio, había conseguido ilegalizar o intimidar a casi toda la oposición.

En marzo, Hitler consiguió la disposición de emergencia que, según Sebastian Haffner, «anulaba la libertad de expresión y el secreto postal y telefónico de los ciudadanos y, a cambio, otorgaba a la policía pleno derecho para efectuar registros domiciliarios, incautaciones y arrestos». Después de unas nuevas elecciones, Hitler eliminó al Partido Comunista del Reichstag y aprobó la ley habilitante que acabó por completo con la democracia en Alemania. Una semana más tarde, el día 1 de abril, empezó el boicot a los judíos y el pogromo. La policía secreta del régimen, la Gestapo, se formó también en aquellas fechas.

Entre la primavera y el comienzo del verano, los sindicatos quedaron bajo control nazi, se prohibieron las huelgas y, finalmente, se ilegalizó el Partido Socialdemócrata. Se saqueó el Instituto de Ciencias Sexuales del doctor Magnus Hirschfeld y sus materiales, entre ellos miles de libros, fueron quemados, una escena que dio la vuelta al mundo. Estos actos oficiales estaban acompañados de una sistemática campaña de terror: palizas, fusilamientos y encarcelamientos sin juicio previo en campos de detención construidos a toda prisa. Barrios completos de clase trabajadora fueron acordonados y purgados, sobre todo barrios de izquierda como el de Altona en Hamburgo o el berlinés de Wedding.

Esta combinación de legalidad y violencia se veía apuntalada por las últimas tecnologías. La radio era la principal herramienta del ministro de Propaganda Joseph Goebbels y era utilizada sin descanso, con «el ruido constante de tambores, la música marcial día y noche» resonando en los altavoces colocados en las calles. Meses después del acceso al poder de Hitler, empezaba a estar claro que la Alemania nazi era un nuevo tipo de organización del Estado que aspiraba al control total de todos sus súbditos. Habría un compromiso absoluto y en todo momento de la población con la comunidad nacional y no se permitiría vida más allá de las incesantes exigencias del régimen.

La mayoría de los alemanes aceptó la situación rápidamente: el buen tiempo y las constantes celebraciones de marzo de 1933 condujeron a tantos nuevos miembros al partido que estos eran llamados con sorna por los veteranos «violetas de marzo». Desde una posición de creciente enfrentamiento, Haffner analizaba los motivos para este «inconfundible ataque de nervios»: «La razón más sencilla y, con solo profundizar un poco, la más intrínseca en la mayoría de los casos fue el miedo. Golpear para no pertenecer al grupo de los golpeados. También tuvo que ver una sensación de embriaguez algo difusa, la euforia de la unidad, el magnetismo ejercido por la masa». A fin de cuentas, aquello era un «vulgar y llano dejarse arrastrar y una mentalidad oportunista».

Cuando Daniel Guérin regresó a Alemania en abril de 1933, vio confirmados sus peores presentimientos. Al llegar a un albergue juvenil «lleno hasta los topes [...] de chicos y chicas de Essen, hijos de proletarios», lo trataron «con un soberbio desdén». En lugar de las viejas canciones de libertad, se

entonaban himnos militaristas que anunciaban: «Las secciones de asalto están en marcha». Conoció a algunos jóvenes Wandervogel que resistían y le contaron que los nazis iban a «cazar sin piedad a los músicos y a los mendigos». Era, como escribiría en una edición posterior, el final de un sueño: «Pronto el ruiseñor estará mudo en su jaula: en la Alemania de Werther solo se oirá el sonido de las botas».

■ ■ ■

El pronóstico era, por desgracia, acertado. La juventud disfrutaba de una posición especial en la ideología nazi. Consciente de que muchos de los nacidos y educados durante la República de Weimar no entregarían su «ser más íntimo» a la revolución nazi, Hitler se esforzó en adoctrinar a la siguiente generación, la de aquellos cuyos valores no estaban aún formados. Como declaró en 1933: «Cuando un rival dice: "No me pasaré a tu bando", respondo con calma: "Tu hijo ya nos pertenece [...] Tú morirás. Tus descendientes, no obstante, están ya en una situación nueva. En poco tiempo no conocerán nada que no sea esta nueva comunidad"».

En el mismo momento en el que las tropas de asalto acababan por la fuerza con toda oposición política, las Juventudes Hitlerianas empezaron a abordar a los movimientos juveniles alemanes que tan diversos y animados habían sido. Al principio, muchos líderes juveniles pensaron que sería posible alcanzar un acuerdo con el nuevo régimen. El 27 de febrero de 1933, 200 representantes de agrupaciones juveniles de todo el espectro político (nazis, comunistas, *scouts* rojos y las juventudes socialistas) se reunieron en la estación Stettiner de Berlín para tratar de encontrar algún *modus vivendi* . Sin embargo, este intento fue de inmediato cortado de raíz por la represión que siguió al incendio del Reichstag aquella misma noche.

El objetivo primero del líder de las Juventudes Hitlerianas, Baldur von Schirach, era atraer al mayor número posible de adolescentes al sistema estatal monopolista. Muchas de las agrupaciones juveniles apolíticas intentaron resistirse con la creación de una nueva organización conjunta llamada la Grossdeutscher Jugendbund (Gran Liga Juvenil Alemana), pero incluso esta quedó disuelta en junio. Solo los *Bunde* religiosos resistieron: las organizaciones

protestantes se fusionaron con las Juventudes Hitlerianas en diciembre de 1933, pero, gracias a un concordato con el papa Pío XI , los grupos juveniles católicos siguieron activos, si bien sometidos a una intensa presión, hasta 1939.

Bajo su apariencia afeminada, Von Schirach era un buen organizador. En junio de 1933 fue ascendido de líder juvenil de las Juventudes Hitlerianas a líder juvenil de toda Alemania. El significado de este gesto era deliberado. Las Juventudes Hitlerianas se habían convertido en la única actividad permisible para los adolescentes alemanes y cualquier acción contra la organización oficial estatal de la juventud era una acción contra el propio Estado. Al mismo tiempo, se hizo obligatoria la pertenencia a la organización para el ejercicio de diversas profesiones (como la docencia o el derecho) y para cualquier ascenso laboral en general. En un país donde el desempleo hacía estragos, las necesidades económicas eran tan contundentes como la ideología política.

Eran muchos los motivos para unirse a las Juventudes Hitlerianas: la presión de los compañeros y del Estado, las dificultades económicas, la confianza en la ideología nazi, cuando no el simple deseo de pertenencia. Unirse fue lo que hicieron los jóvenes alemanes. Y en masa: el número de miembros pasó de 108 000 a principios de 1933 a cerca de 3,6 millones a finales de año. Baldur von Schirach se puso en seguida manos a la obra para dotar de una nueva estructura a esta organización en desarrollo. Los dos sexos fueron agrupados por edades: los chicos menores de diez años eran *Pimpfs* ; entre once y catorce, *Jungvolk* ; y de quince a dieciocho, *Hitlerjugend* . Las chicas de entre diez y catorce años formaban parte de la *Jungmädel* ; y de los quince a los dieciocho de la Bund Deutscher Mädel.

El liderazgo de las Juventudes Hitlerianas tenía una jerarquía piramidal, con Von Schirach en la cumbre. Por debajo de él, figuraban cinco *Obergebiete* regionales, quienes a su vez mandaban sobre veintiún *Gebiete* subdivididos en seis rangos. En la base, se encontraban los *Schafts* , grupos de quince jóvenes que respondían ante su líder, a su vez sometido al siguiente rango en importancia. Este sistema era una réplica de la jerarquía del Partido Nazi: un orden lógico aplicado de forma implacable y para el que se educaba a los jóvenes desde muy temprana edad. Cuando alcanzaran la madurez, estarían tan imbuidos de él que la resistencia sería impensable, cuando no imposible.

Tanto Hitler como Von Schirach aspiraban a un sistema de control de los jóvenes alemanes desde la cuna a la tumba. Las Juventudes Hitlerianas asociaban la obsesión nacional con la categorización y la pulsión nazi por el totalitarismo con el militarismo disciplinado de los primeros escultistas de Baden-Powell. Todo recluta mantenía una obligación hacia la organización mediante un juramento que, invocando a Dios, hacía de la transgresión una cuestión aún más grave. Tras la iniciación, el neófito tenía que superar un periodo de prueba que se prolongaba entre dos y seis meses y concluía con un examen en el que se evaluaban el rendimiento deportivo, las destrezas en el combate cuerpo a cuerpo y las respuestas a una serie de preguntas sobre la historia del partido.

Una vez superado este trámite, los jóvenes recibían uniformes que ponían en práctica la homogeneización que el régimen exigía a sus jóvenes. El atuendo masculino básico era similar al uniforme de las tropas de asalto, con su camisa marrón y su brazalete con una esvástica, su pantalón corto, sus zapatos negros y una gorra. Las chicas llevaban pesados zapatos militares, blusas blancas, faldas azules y bufandas de algodón con aros en los que aparecían las insignias del grupo. Las únicas diferencias que se permitían eran distintivos por algún hecho destacado e insignias que variaban según la rama militar a la que estuviera vinculado el grupo en concreto.

La vida de las Juventudes Hitlerianas giraba en torno a horas de deporte, ejercicios físicos y formación militar. En su libro *Zehn Millionen Kinder* , Erika Mann citaba un manual de 1933 del currículo de las Juventudes Hitlerianas que incluía «entretenimientos pacíficos» como «arrojar bombas». Daniel Guérin alertaba de que «una generación se prepara hoy abiertamente; privada del servicio obligatorio, encuentra muy divertido jugar a los soldaditos; marcha, con la mochila a la espalda, por las carreteras; avanza para escaramuzas; se pega al suelo en el campo de ejercicios; y alerta a la población de las ciudades contra los ataques aéreos, golpeando unas cacerolas viejas».

El adoctrinamiento militar empezaba pronto. Como rememoraría un escolar de entonces: «Una gran parte de nuestras lecturas en clase de lengua era literatura de la guerra mundial. Pero también la devorábamos nosotros por nuestra cuenta». En su recuerdo, la mayoría de estos libros estaba relacionada con «la camaradería en el frente» y con muertes heroicas de servicio, aunque

había variaciones: «El héroe del movimiento juvenil, el sensible "caminante entre dos mundos"; el despiadado combatiente contra "las bestiales hordas bolcheviques"; o el que despreciaba a la humanidad, el caballero con armadura tecnológica, el aristocrático héroe filibustero del siglo XX de *Tempestades de acero* ».

Los nazis sumaron una continua ronda de actividades deportivas a un currículo que estaba basado en el aprendizaje memorístico y en una obediencia ciega. La razón fundamental de este enfoque quedó reflejada en el manifiesto que en 1927 publicó Hitler, *Mein Kampf* : «El Estado *Völkisch* tiene que ajustar su trabajo educativo no solo a la mera transmisión de conocimientos, sino, en primer lugar, a la producción de cuerpos físicamente robustos hasta la médula. El desarrollo de las habilidades intelectuales es secundario. Aquí, de nuevo, ha de concederse prioridad al desarrollo de la fuerza de voluntad y la decisión, combinado con una formación en la disposición para asumir responsabilidades».

La expresión perfecta de este ideal se pudo ver en la cinta de Leni Riefenstahl de los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936, *Olympiad: Fest der Schönheit* . En una sucesión de sorprendentes cuadros, hilera tras hilera de jóvenes rubios idénticos, vestidos con elegancia con prendas deportivas y bronceados por el sol, se ejercitaban por centenares como un único cuerpo musculado y brillante. El adoctrinamiento físico empezaba para los jóvenes alemanes a los diez años de edad, cuando los aspirantes a pertenecer a la *Jungvolk* se sometían a un periodo de evaluación de seis meses marcado por exigentes pruebas que incluían correr 60 metros en 12 segundos y participar en una caminata de 36 horas. Pero esto era solo el principio.

Los mitos estaban al servicio del militarismo. El más crucial era la batalla de Langemarck. Su leyenda, encumbrando la idea de que la obediencia a las órdenes era fundamental y que el sacrificio era el ideal último, era asumida con entusiasmo por los jóvenes educados en el nazismo. El régimen se había especializado en las representaciones dramáticas y místicas y *El triunfo de la voluntad* era prueba de su talento para crear un entorno en el que las marchas militares, las canciones, la música, la iluminación, la puesta en escena y una retórica enérgica se combinaban en un espectáculo recargado y sobrenatural.

Estas técnicas se empleaban igualmente en las ceremonias habituales de iniciación que se celebraban para dar la bienvenida a los jóvenes *Pimpfs* de ambos sexos en las Juventudes Hitlerianas. Los importantes rituales, que marcaban el final de la infancia y de la individualidad, tenían lugar a menudo el 20 de abril, el día del cumpleaños de Hitler, y se escenificaban por lo general en un gran salón o en un castillo engalanado con antorchas, banderolas, velas y retratos de héroes alemanes. En ellas, los niños de diez años hacían su juramento: «Prometo cumplir mis obligaciones en las Juventudes Hitlerianas en todo momento, con amor y fidelidad, para ayudar al Führer. Que Dios me asista».

Era todo parte de la visión de futuro de Hitler para la nueva raza de superhombres alemanes que se forjaría en el crisol nazi desde la infancia. «Quiero ver de nuevo en los ojos de la juventud el brillo del orgullo y la independencia del animal de rapiña –afirmó en 1933–. Fuertes y hermosos han de ser mis jóvenes hombres. Los tendré entrenados a la perfección en todos los ejercicios físicos. Tengo intención de contar con una juventud atlética. Esto es lo primero y lo más importante. De esta forma erradicaré los miles de años de domesticación humana. Entonces tendré ante mí el material natural puro y noble. Con este puedo crear un nuevo orden».

No cabía espacio para la duda, la debilidad ni la autocomplacencia que habían arruinado a la generación de la República de Weimar: para Hitler, toda la juventud alemana tenía que ser «resistente como el cuero, veloz como el galgo y dura como el acero Krupp». Estas palabras las asumió la apasionada juventud del régimen como un evangelio. Melita Maschmann comprendió «que la "dureza" que se nos requería era para "soportar castigo". Pensaba que teníamos que aprender a ser duros a la hora de sufrir privaciones, castigos o dolor». El amor por Alemania era primordial y era al servicio de este amor que los jóvenes nazis «deseaban hacerse "fuertes, veloces y duros"».

En cuanto pudo, Maschmann dejó los estudios y se incorporó al departamento de prensa y propaganda de la Bund Deutscher Mädel (Liga de Muchachas Alemanas): «Quería educar a la gente en política y, de hecho, en las líneas expresas del nacionalsocialismo». Era una de las pocas privilegiadas: en la ideología nazi, las mujeres eran «intrínsecamente» diferentes de los hombres y, por tanto, quedaban en teoría confinadas a las tareas del hogar, a la maternidad

y al trabajo agrícola. La estructura y las actividades de la Jungmädel y la Bund Deutscher Mädel estaban poco desarrolladas. No existían formaciones especializadas o de élite para las chicas, que estaban destinadas únicamente a servir y a la reproducción.

La vida en todas las ramas de las Juventudes Hitlerianas era agotadora: el constante estado de alerta satisfacía la necesidad adolescente de actividad. La idea era ocupar todo instante del día. Tanto si se trataba de entrenamiento físico, trabajo cultural, orientación social o incluso las obligatorias *Heimabend* (veladas en alguna casa particular donde se discutían los objetivos del partido en un contexto informal), todo era una competición. Este incesante torneo tenía como resultado la merma de cualquier vida interior e individual. La sensación de estructuración absoluta se veía incrementada por la política de Von Schirach de bautizar los años según el objetivo perseguido: 1934, el primero, fue el «Año de Entrenamiento».

Otra faceta fundamental para la organización era el hecho de que la juventud fuera guiada por la propia juventud. Más de dos tercios de los líderes juveniles nazis tenían veintitantos años en 1923. Con la vida cotidiana de las Juventudes Hitlerianas organizada por una cohorte de iguales en lugar de por una jerarquía de adultos, la juventud ocupaba un lugar de importancia capital en el nuevo régimen, no solo como semillas activas del Reich futuro, sino como pilares centrales de su sistema social. Los nacionalsocialistas, como Von Schirach nunca se cansaba de reiterar, eran «el partido de la juventud».

De un golpe, la relación entre las generaciones se había dado la vuelta. La juventud estaba ahora al mando y expresaba su superioridad con «un aire de arrogancia indiferente». Inmediatamente después de la toma de poder por parte de Hitler, esta arrogancia fue de utilidad para el nuevo régimen: llegado «el momento de la juventud», muchos miembros de las Juventudes Hitlerianas se sintieron animados a devolvérsela a «los hipócritas burgueses liberales». Interrumpían la vida escolar al modo de las «peleas de bar», rompían las ventanas de los profesores que les habían puesto malas notas y contribuían a la purga de socialistas y comunistas que se produjo en la educación primaria y secundaria.

Con su odio a la razón y sus sospechas sobre la inteligencia, la política nazi en materia educativa era sencilla: había que inculcar a todos los jóvenes el culto

al Führer y la política racial de darwinismo social de la *Volksgemeinschaft* , con su ideal ario de «fundadores de la cultura» y el odio a los judíos como «destructores de la cultura». Toda cuestión era reconducida hacia la ideología nazi, ya fuera en poemas que ilustraban el principio de la razón del más fuerte o mediante problemas matemáticos que situaban a los judíos como extranjeros. Materias como la literatura clásica, el arte y la mayoría de las ciencias quedaron pronto abandonadas y la separación de los sexos se impuso de manera implacable.

Con esta política explícita de reprogramación, la relación entre padres e hijos se vio muy afectada. Melita Maschmann tuvo que incorporarse a la Bund Deutscher Mädel en secreto ante la oposición de sus progenitores. Los disidentes o recelosos pudieron, por un tiempo, evitar que sus hijos se unieran a las Juventudes Hitlerianas, pero en general el tráfico circulaba en dirección contraria. Si los padres mantenían a sus hijos fuera de las Juventudes Hitlerianas, podían enfrentarse a multas o a un posible encarcelamiento. Algunos también perdieron la custodia de sus vástagos por ser «poco fiables en términos políticos» (una definición que incluía tener amistad con judíos).

La situación desembocó en un mundo al revés, donde los hijos, no los padres, tenían la sartén por el mango. Era habitual que los adolescentes denunciaran entusiasmados a sus padres. Un joven líder de las Juventudes Hitlerianas llamado Walter Hess logró fama y un ascenso al delatar a su padre a la Gestapo. Antiguo comunista, *Herr* Hess había llamado al Führer «maníaco sediento de sangre» y censuraba las actividades nazis de su hijo. Fue arrestado aquella misma noche y murió más tarde en Dachau. Los informadores de las Juventudes Hitlerianas denunciaban de forma constante conversaciones en el colegio, en el trabajo y en casa. La desconfianza se convirtió en la tónica de la vida familiar.

El ostracismo era otra poderosa arma contra quienes no se sumaban al nazismo, algo muy sencillo de aplicar habida cuenta de que el uniforme de las Juventudes Hitlerianas debía llevarse en todo momento. Los renegados soportaban las burlas de sus compañeros, la humillación de los profesores y sufrían las consecuencias en la vida adulta: por ejemplo, la membresía en las Juventudes Hitlerianas era obligatoria para cualquier puesto docente o funcionarial. Los padres también verían negado cualquier ascenso. De los casos

más difíciles se encargaba la fuerza policial especial de las Juventudes Hitlerianas, las patrullas de la Streifendienst, establecida en julio de 1934 para combatir la delincuencia juvenil, las infracciones y la indisciplina.

En el centro de esta estructura estaba el propio Führer, quien, para muchos, reemplazó al padre biológico. En la concentración de 1934 en Núremberg, el desfile juvenil tuvo lugar en una atmósfera de frenesí. Hitler aprovechó la oportunidad para reafirmar el lugar de la juventud en el nuevo orden mundial: «Queremos un pueblo que no sea blando, sino duro como el pedernal, y queremos que desde la primera juventud aprendáis a superar dificultades y privaciones. No puede haber clases ni distinciones de clase en nuestro pueblo y nunca podéis dejar que la idea de la distinción de clases arraigue en vosotros. Todo lo que esperamos de la Alemania del futuro, lo esperamos de vosotros».

La identificación entre Hitler y sus hijos elegidos era recíproca y total. Se veía alentada por Von Schirach en declaraciones como: «Tu nombre, mi Führer, es la felicidad de la juventud; tu nombre, mi Führer, es para nosotros la vida eterna». La divinidad de Hitler quedaba reforzada por un aluvión incesante de propaganda juvenil, por las emisiones de radio y las revistas de las Juventudes Hitlerianas, dirigidas a todas las categorías de edad; por la apabullante promoción de juguetes nazis; pero también por el busto del propio dios, un elemento casi omnipresente en los dormitorios de los niños. Para aquellos lo bastante afortunados, la experiencia de conocer al gran líder en persona era abrumadora.

■ ■ ■

A pesar de la presión del Estado y del agresivo culto a Hitler, algunos jóvenes aún se negaban a alistarse en las Juventudes Hitlerianas. Pero había muy pocas estructuras alternativas para la resistencia. Un antiguo miembro de las juventudes comunistas, J. Georgi, sentía «la inolvidable decepción de que en 1933 una gran parte del liderazgo del movimiento juvenil hubiera capitulado de forma humillante ante los nacionalsocialistas». Adaptarse o morir, esa era la nueva norma. La atomización era una táctica nazi deliberada. En un clima de temor, desconfianza y denuncias, incluso las relaciones personales del día a día eran inciertas.

La disidencia era extraordinariamente difícil, cuando no mortal. Según Karma Rauhut, una joven alemana que logró evitar el servicio en la Bund Deutsche Mädel, «era como si estuvieras en una tela de araña y la araña siempre notara si algo vibraba en alguna parte y no parecía de verdad. La gente decía: "Bueno, puedes huir". ¿Adónde podía una huir? Solo se podía resistir si tomabas la muerte en consideración. O una tortura horrible, que también era aplicable a toda tu familia, y la muerte y los KZ (campos de concentración). Y no todos somos héroes. Nos cagábamos de miedo. No todo el mundo ha nacido para el heroísmo».

Aquellos que se negaban a someterse tenían que vivir en un permanente estado de ansiedad. Como evoca Georgi: «Algunos de los que no estábamos hechos para esta tensión insoportable también capitulamos, aunque no sin hacernos trizas por dentro». La resistencia podía ser entendida como una salida a este callejón sin salida psicológico. En palabras del disidente Arno Klonne: «Era un saludable rechazo de la organización carcelaria a la que obligaban a la juventud». En los primeros años del régimen, los nazis tenían que lidiar con adolescentes que habían crecido durante la República de Weimar: sin intención de entregar su libertad, causaron a las autoridades considerables problemas.

Remanentes de las antiguas agrupaciones juveniles intentaron seguir con sus actividades, pero eran fáciles de detectar y de liquidar. En el primer año del régimen, el estudiante Rudolf Kustermann creó una organización juvenil socialista ilegal llamada Rote Stosstrupp que, demasiado tarde, se unió a los grupos juveniles comunistas y socialdemócratas. Con sede en Berlín, activó otros grupos pequeños en grandes ciudades, pero fue rápidamente descubierta por la Gestapo. Más duró la continuación ilegal del grupo de orientación samurái dj.1.11, que se sostuvo en varias ciudades durante toda la década.

Algunos se rebelaron lanzándose a campo abierto como los antiguos Wandervogel, si bien en grupos informales. Esta era una medida con más probabilidades de éxito por ser difícil de detectar. Los adolescentes se escapaban a hurtadillas de las ciudades y establecían guaridas clandestinas o refugios de montaña. Teniendo en cuenta el volumen de informes policiales (la principal fuente de datos sobre estas actividades), esta pervivencia del viejo espíritu de vagabundeo libre parece haber sido una opción popular, como

muestran los 150 disidentes de Fráncfort que fueron capturados de una tacada tras conseguir alcanzar la remota región del Taunus.

Las afiliaciones de clase obrera no eran fáciles de eliminar. En la región Rin-Ruhr, los miembros de la resistencia de las Juventudes Obreras Socialistas, los Halcones Rojos, los *Bunde* y agrupaciones católicas se unieron en grandes grupos de delincuentes *ad hoc* llamados Nerother o Piratas del Kittelsbach. Superiores en número y con mejor conocimiento de la zona, desafiaron con descaro a las Juventudes Hitlerianas, hasta el punto de que la organización pasó a estar «virtualmente difunta» en algunas regiones. La molestia más constante para los nazis, no obstante, la constituían las organizaciones juveniles católicas, que se negaron a integrarse en las Juventudes Hitlerianas incluso después de que se les ordenara.

Existían también problemas de disciplina en el propio seno de las Juventudes Hitlerianas. Como muchos monopolios de éxito, se habían expandido temporalmente más allá de sus capacidades organizativas. El hecho de que la juventud fuera liderada por jóvenes revelaba varios fallos estructurales. La incorporación forzosa de los antiguos grupos juveniles causó a las autoridades una considerable preocupación por posibles elementos subversivos dentro del propio sistema. Algunos de estos infiltrados llevaron a cabo una campaña de desinformación y desobediencia que conllevó violentas «rebeliones Jungvolk» en varias ciudades importantes en el invierno de 1934.

La ausencia de control adulto también suponía frecuentes comportamientos sexuales no aprobados. Los casos de homosexualidad eran castigados con severidad: en un grave «fallo moral», dieciséis miembros de las Juventudes Hitlerianas de Aquisgrán participaron en una masturbación mutua en grupo. La promiscuidad heterosexual en la organización era, eso sí, tolerada por el régimen. En palabras de uno de los asistentes de Von Schirach: «¿Para qué otra cosa están las chicas de la Bund Deutscher Mädel si no es para acostarse con ellas? Es necesario, pues de lo contrario podrían volverse lesbianas». Los excesos de los grupos locales daban la impresión a los progenitores de que había «una cierta degeneración» en las Juventudes Hitlerianas.

Sin embargo, la disidencia continuaba, estallaba como un incendio forestal: sometida en una ciudad, avivándose en otra. Von Schirach decidió por tanto hacer del año de 1936 el «Año de la Jungvolk Alemana», con el objetivo de que

todo niño y niña nacido en 1926 (que cumpliría diez años en 1936) se presentara «voluntario» en los grupos más jóvenes de las Juventudes Hitlerianas a tiempo para el cumpleaños del Führer. Después de haber conseguido un alistamiento casi total de este grupo de edad, Von Schirach trató de extender esta inclusión generalizada hasta los dieciocho años, tras lo que se incorporarían a las Fuerzas Armadas, las SA o las SS, o al servicio agrícola obligatorio.

El resultado fue la ley relativa a las Juventudes Hitlerianas aprobada en diciembre de 1936, que convirtió a Von Schirach en «Líder Juvenil del Reich Alemán», un cargo del que solo respondía ante Hitler. El articulado era sencillo: «1: Toda la juventud alemana dentro de las fronteras del Reich está organizada en las Juventudes Hitlerianas. 2: La juventud alemana en su conjunto será educada, más allá del hogar familiar y la escuela, en las Juventudes Hitlerianas, en términos físicos, intelectuales y morales y en el espíritu del nacionalsocialismo para servir a la nación y a la comunidad». Esta legislación integral representaba el cénit de la política nazi en lo relativo a la juventud.

Las Juventudes Hitlerianas estaban ya consolidadas en la jerarquía nazi, pero, aprobada la ley, se fortalecieron los vínculos de la organización con el cuerpo militar de élite: las SS (*Schutzstaffel*). Heinrich Himmler había sido nombrado poco antes jefe nacional de la policía y aspiraba a una incorporación anual de entre 25 000 y 30 000 miembros de las Juventudes Hitlerianas, en torno a un 10 % de la población reclutable cada año. Cientos de chicos de dieciocho años empezaron a trabajar en las *SS-Verfügungstruppe* , las tropas de servicios especiales de las SS; o en las *SS-Totenkopfverbände* , las Unidades de la Calavera, específicamente diseñadas para el trabajo en los campos de prisioneros.

De forma paralela, se estrechó la vinculación entre la Gestapo, la policía secreta estatal, y la Streifendienst, la fuerza policial de las Juventudes Hitlerianas, a la que en la primera mitad de 1937 se le otorgaron poderes para vigilar «toda actividad criminal y política de la juventud alemana». La organización podía a partir de ese momento ejercer de acusación en los tribunales de las Juventudes Hitlerianas y aportar información a los juzgados civiles normales. Un año más tarde, se ampliaría el ámbito de trabajo de la

Streifendienst, que no solo supervisaría a las Juventudes Hitlerianas, sino a todos los adolescentes de Alemania. Alcanzado este punto, lo uno se consideraba sinónimo de lo otro y el grupo se convirtió en la vía de acceso principal a las SS.

■ ■ ■

Aprobada la ley de 1936, las Juventudes Hitlerianas se habían convertido ya en un cuerpo respetable, incluso burgués, con dos tercios de su liderazgo con educación secundaria o del entorno universitario; reemplazaron a los trabajadores, agricultores, matones y estudiantes de los días de la revolución. La organización se fue viendo beneficiada de manera paulatina por un nuevo sistema escolar elitista. Este se creó a finales de la década de 1930 con la institución de las *Nationalpolitische Erziehungsanstalten* y las escuelas Adolf Hitler, donde reinaba el deporte y se enfatizaba la ideología nazi veinticuatro horas al día, siete días a la semana.

La fase heroica de las Juventudes Hitlerianas había terminado, la batalla se había ganado. Después de 1936 eran muy escasas las posibilidades que tenía un menor de dieciocho años de escapar de las exigencias del régimen. Sin embargo, durante los últimos años de la década, este grupo juvenil nacional sufriría dificultades imprevistas. De ser la onda expansiva de la revolución, pasó a ser la nueva clase dirigente, con su propia burocracia y organización profesional. Se abrió paso cierta sensación de decepción con el establecimiento de una política de actividades sin mayor objetivo ulterior y con una creciente tendencia militarista. Ante la posibilidad de nuevas recaídas, el régimen apostó por una sumisión aún mayor.

Y es que, a pesar de su atractivo místico y de sus métodos totalitarios de coerción, el régimen nazi no consiguió el control completo de los adolescentes alemanes. A finales de los años treinta, había bandas en ciudades principales como Dresde, Hamburgo y Múnich que defendían el viejo estilo de vida de los grupos Wandervogel, mientras que las *Meuten* de Leipzig recopilaban información relevante sobre el régimen y especulaban con un derrocamiento violento. Su saludo era una versión confusa del eslogan de los pioneros rusos: «Estad preparados». El tamaño de este grupo (hasta 1500 miembros) y sus

claras simpatías comunistas lo convertían en objetivo principal para una dura campaña de eliminación.

Parte del problema residía en la retórica nazi del autogobierno de los jóvenes, como señalaba un informe redactado en 1938 por alemanes exiliados: «Es más fácil influir en la gente joven que en los adultos en términos emocionales. Este hecho facilitaba al régimen ganarse a los jóvenes en los primeros años en el poder. Parece ser que estos mismos motivos dificultan ahora al régimen mantener a los jóvenes esclavizados». El informe, que indicaba un estado de «desencanto» generalizado, concluía que «los jóvenes tienen motivos para sentirse especialmente frustrados. Se les hicieron promesas particularmente generosas que en su mayor parte han sido incapaces de cumplir».

Esta desilusión provocó una nueva oleada de represión. En diciembre de 1938, Hitler ofreció la expresión más escalofriante de su estrategia de implicación vital absoluta para la juventud alemana, que comenzaba con la entrada en la Jungvolk a los diez años. Al abandonar las Juventudes Hitlerianas a los dieciocho años, serían transferidos al Frente del Trabajo, a las SA o a las SS. Si se mostraban reacios, serían obligados a unirse al RAD, el servicio de trabajo del Reich. Toda «conciencia de clase» que pudiera sobrevivir sería tratada con dos años de servicio militar, tras los que «los llevamos inmediatamente de vuelta a las SA, a las SS y demás para prevenir recaídas. No serán libres en toda su vida».

A partir de 1938, poca duda quedaba de que Alemania se estaba preparando para un conflicto de mucha mayor amplitud en el que sus jóvenes desempeñarían un papel fundamental. En ese año, 1,25 millones de miembros de las Juventudes Hitlerianas fueron adoctrinados en «preparación para la defensa» y «capacidad de defensa», con ejercicios de tiro y maniobras sobre el terreno explícitamente militaristas. En 1938, el número de miembros de las Juventudes Hitlerianas se elevaba a 8,7 millones, cifra que multiplicaba por más de dos la registrada a finales de 1933. Como advertía Baldur von Schirach: «Todo aquel que tiene sangre alemana pertenece a nuestro grupo. Bajo la bandera de la juventud, todo el mundo es igual».

Al año siguiente, solo 1,6 de los 8,2 millones de adolescentes alemanes no pertenecían a las Juventudes Hitlerianas, pero incluso este nivel de sumisión era

insuficiente. En marzo de 1939, Hitler aprobó un decreto que hacía el servicio juvenil obligatorio para todos los jóvenes de entre dieciséis y dieciocho años y concedía a los líderes de las Juventudes Hitlerianas poderes especiales sobre todo aspecto de la vida de este grupo de edad. El decreto dificultaba hasta el extremo su incumplimiento: la policía podía obligar al alistamiento y exigir obediencia al líder local. La visión de futuro de Hitler estaba cerca de verse cumplida: para toda la juventud alemana de entre diez y dieciocho años, hasta el último aspecto de su vida estaba sometido al control del régimen.

La Alemania nazi siguió el ejemplo de la Unión Soviética al aplicar los principios de control de las masas a su juventud. En consonancia con su objetivo de crear un tipo de sociedad completamente nuevo, privilegiaba la juventud en sus instituciones, lo que, de hecho, conllevó para muchos adolescentes unas libertades hasta entonces inimaginables. Sin embargo, intoxicados por esta revolución, no fueron conscientes de las desventajas de este contrato faustiano: lo que parecía ser libertad era esclavitud. Atados y amordazados, terminarían por ser entregados a una sofisticada e inmisericorde maquinaria de guerra.

■ ■ ■

1. Mussolini había sido nombrado primer ministro de Italia en octubre de 1922, a los treinta y nueve años, lo que lo situaba como el más joven de la historia de su país.

CAPÍTULO 19

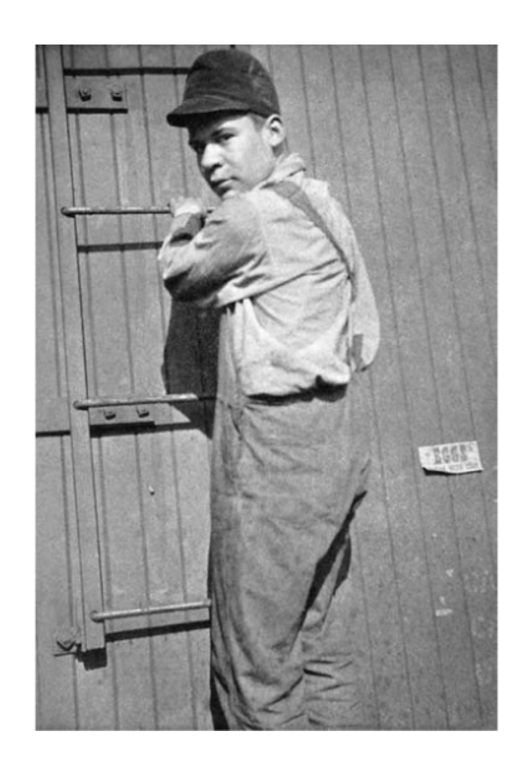
Los niños vagabundos y el *New Deal*

Los adolescentes estadounidenses en la Gran Depresión

■ ■ ■

Va vestido con harapos desde el segundo año de la Depresión. Sus alegres predecesores conducían coches veloces. Él viaja en vagones de mercancías. Su familia se mudó de una casa a un apartamento y después a una sola habitación, la cual, hasta que se lanza a la carretera, comparte con todas las generaciones de su clan. Lo más probable es que pase el declive agotado de la noche en un vagón de un apartadero. No tiene nada con lo que soñar: ni pasado, ni presente, ni futuro.

Clinch Calkins, *Youth Never Comes Again* , 1933.



«Este chico lleva cuatro años en la carretera», fotografía de Thomas Minehan, 1932.

«24 de agosto de 1932. Pelea con el viejo. No va a mandar en mí. Preparé ropa y me fui. Conseguí que me subieran a un camión lleno de muebles que iba a Louisville. Dos hombres conducen. Buena gente, me pagaron las comidas. Dormí en el camión. Los hombres hacían turnos para conducir. Robamos algunos melones y manzanas a un agricultor». Esta escueta anotación de diario, escrita por un niño vagabundo llamado Blink, era típica de la suerte compartida por el cuarto de millón de «chicos y chicas de los vagones» que deambulaba por Estados Unidos con el agravamiento de la Gran Depresión. Como sus coetáneos en los últimos tiempos de la República de Weimar, no tenían hogar, trabajo, dinero ni estaban sometidos a control por parte de los adultos.

La concisa descripción del viaje de Blink fue copiada para la posteridad por un joven sociólogo de la Universidad de Minnesota llamado Thomas Minehan, que en 1932 decidió registrar «la reacción de la juventud a los cambios sociales» en Estados Unidos. Se lanzó al hermético mundo de los jóvenes sin hogar disfrazado «con ropa vieja» para compartir su vida. Quedó asombrado por el número de niños y niñas vagabundos: «¿Dónde estaban sus hogares? ¿Dónde iban? ¿Cuánto llevaban en la carretera? ¿Por qué se marcharon de casa?».

Estos diarios no eran efusiones literarias sentimentales ni reflexivas. Eran documentos de supervivencia. El conocimiento de las condiciones del camino podía significar la diferencia entre la vida y la muerte. Como Minehan observó, las impresiones quedaban minimizadas para enfatizar los hechos, al modo: «Mujer gorda en una gran casa blanca me dio tres salchichas de cerdo, cuatro tazas de café y todas las tortitas que quisiera para desayunar. [...] Un toro me embistió cuando estaba saliendo de los corrales. Ciudad hostil. [...] No vale la pena ponerse en pie ante Jesús en la Misión [...] Solo frijoles y miseria».

Nacido en Pensilvania y de origen neerlandés, Blink iba de camino a Seattle cuando Minehan lo conoció en Ohio. Su diario era un registro desnudo de las condiciones de su odisea sin propósito definido a lo largo del Medio Oeste. Alguna gente era amable, otra «agarrada». Los católicos de una pequeña localidad le dieron comida pero lo hicieron «comer fuera, en el porche». Un agricultor le ofreció trabajo con un salario irrisorio: «Paga solo 25 centavos. No merece la pena. Tampoco me caía bien». Durante todo su periplo, se ve

asediado por la policía: «Shelbyville. Me cogió la poli. Me mandó a la cárcel, tenía que trabajar dos horas para comer y cenar. Toda la noche en la celda. Seis de los que no servimos para nada».

La liberación de Blink por haberse alejado de su familia le había bastado durante los primeros meses en la carretera. Después de un año en condiciones brutales ya no pensaba que el mundo estuviera «a sus pies». Tenía cicatrices tanto mentales como físicas. Minehan señalaba: «Tenía dos ojos sanos cuando dejó la granja de su padre. Ahora solo tiene uno. Un agujero ensangrentado forma una cavidad pequeña y siempre llorosa en el lado izquierdo de la cara. Las lágrimas le recorren las mejillas, surcando la suciedad y el hollín, para dejar una extraña cicatriz húmeda junto a la nariz. Perdió el ojo cuando se le metió carbonilla encendida en la línea de Santa Fe».

Minehan fue uno de los primeros en exponer en toda su amplitud el fenómeno de los niños sin hogar de Estados Unidos en los años treinta. Publicada en 1934 con el título *Boy and Girl Tramps of America* , su investigación profundizaba en la comprensión de una problemática nacional grave. El «problema de la juventud» que presentaba la «avalancha de niños» había alcanzado los titulares de la prensa en el otoño de 1932 con extensos artículos en revistas como el firmado por Maxine Davies: «200 000 niños vagabundos». Noticias como esta anunciaban a una nueva generación, emblemática de su época, que no podría haber sido más diferente de la confiada juventud consumidora de los años veinte.

Adolescentes como Blink o el constante compañero de Minehan, Texas, representaban un nuevo tipo de adolescente salvaje agrupado en tribus poco rígidas. Al contrario que las *Wild Cliquen* de Berlín, no obstante, no tenían la oportunidad de dramatizar su salvajismo. Las duras condiciones de la vida en la calle evitaban que se organizaran y les robaban la juventud. «En un año vi a Texas cambiar no solo físicamente, sino mentalmente –escribió Minehan–. Sus orejas heladas y sus dedos tiesos eran símbolos externos de un cambio en su interior. De ser un escolar alegre, ingenioso, lleno de sueños y de energía, había pasado a ser una persona agresiva y taimada».

A mediados de los años veinte, una estudiante universitaria llamada Barbara Starke había decidido errar por Estados Unidos en busca de su realización personal. La experiencia fue lo bastante única para convertirla en un libro de

éxito: *Born in Captivity* . Lo que para ella había sido una demostración escandalosa de inconformismo, era para muchos de la siguiente generación una triste necesidad. No cabía la posibilidad de ser único en esta masa y la conmiseración se vio rápidamente racionada. Sin intervención gubernamental, estos jóvenes vagabundos afrontaban una existencia tan hostil como la que los reformistas de principios del siglo XX se habían esforzado tanto por abordar.

Para jóvenes radicales como Minehan, este era un escándalo que cuestionaba la naturaleza al completo de la sociedad estadounidense: «He visto imágenes de los "niños salvajes" de la Rusia sacudida por la revolución. He leído sobre la juventud libre de Alemania después de la Guerra Mundial. Sé que en todos los países, después de una plaga, una invasión o una revolución, los niños que quedan sin progenitores ni hogares se convierten en vagabundos. Antes de vivir todo esto, había creído siempre que en Estados Unidos hacemos las cosas mejor. Y sin embargo, ante la desorganización económica y el cambio social, nuestros jóvenes se echaron a la carretera».

La investigación del joven sociólogo tuvo lugar en lo más profundo de un desastre nacional sin precedentes. Las crisis de las décadas de 1870 y 1890 habían sido graves, pero nada remotamente parecido a lo que siguió al Crac bursátil de 1929. Entre el otoño de 1929 y el verano de 1932, los accionistas perdieron 74 000 millones de dólares en un mercado en caída libre, el equivalente a 616 dólares por estadounidense, y cerca de 5000 bancos quebraron, llevándose consigo 3260 millones de dólares en depósitos. Y eso solo fue el inicio. Lo más alarmante de la Gran Depresión era que no se detenía, sino que seguía empeorando.

El desempleo crecía año tras año a comienzos de los años treinta y afectaba inicialmente a las secciones de la sociedad más vulnerables y desfavorecidas: negros, trabajadores manuales y mujeres (un quinto de la población activa femenina perdió su empleo en 1930). Alcanzada la primavera de 1932, estaba asentado con firmeza también entre las clases medias. Nadie era inmune. En julio, *The New York Times* informó de que en los cinco distritos de la ciudad había 10 000 titulados de las universidades más prestigiosas de Estados Unidos sin trabajo.

Para aquellos que seguían ocupados, los estándares de vida se vieron reducidos por los recortes salariales: según una investigación, los ingresos

anuales medios cayeron de 1499 dólares en 1929 a 960 en 1932. En el mismo marco temporal, los ingresos de los empleados por cuenta propia se desplomaron un 40 %. Estados Unidos era un país conmocionado. El prolongado despegue de finales de los años veinte no tenía tan solo un significado monetario, sino también en términos de identidad nacional. La industria y el comercio se habían convertido en los atributos místicos del siglo XX estadounidense. La Gran Depresión terminó por considerarse una crisis no meramente económica, sino también del sistema central de creencias del país.

Estados Unidos empezó a mirar afuera al mismo tiempo que iniciaba un doloroso proceso de análisis interno. El efecto de la Gran Depresión en otros países no había pasado desapercibido. En 1931 y 1932, las conversaciones sobre una revolución se hicieron habituales. Alimentados por noticias como la que anunciaba 100 000 potenciales emigrantes para 6000 puestos de trabajo cualificados en la Unión Soviética, los comentaristas debatían el bolchevismo mientras estadounidenses de todas las clases mostraban una actitud positiva ante un sistema social diferente. Muchos pensaron que el capitalismo se derrumbaría por completo y que se produciría una revolución violenta protagonizada por los desempleados y la población sin hogar.

La Gran Depresión golpeó fuerte a los adolescentes estadounidenses. Entre aquellos con edad de cursar estudios de secundaria, un 40 % no estaba escolarizado y las cifras de abandono iban al alza. El desempleo juvenil estaba disparado. Cuatro millones de jóvenes estadounidenses de entre dieciséis y veinticuatro años buscaban trabajo: en torno al 40 % de ellos tenía edad de cursar estudios secundarios. Cuando llegó 1932, la «avalancha de niños» errantes sumaba 200 000 miembros y no dejaba de crecer a gran velocidad, lo que suponía una proporción muy limitada pero visible de los cerca de 14 millones de estadounidenses con edades entre los diez y los veinte años.

El derrumbe empezaba en casa. En su estudio *The Family and the Depression* , Ruth Cavan señalaba que un resultado del desempleo era «la desorganización». Las familias se trasladaban a apartamentos más pequeños, lo que significaba que los padres y los hijos «veían mucho más que antes los unos de los otros y se encontraban encerrados en un espacio reducido. La privacidad era escasa y las fricciones se incrementaban». Minehan descubrió que la

mayoría de los jóvenes vagabundos había abandonado su hogar por «los malos tiempos». Como Texas le contó: «Llegó el gran problema y nadie tenía dinero».

Del grupo analizado por Minehan, más del 90 % de los jóvenes errantes provenía de un hogar en el que los progenitores o los hermanos estaban desempleados o dependían de la beneficencia. El 25 % de los chicos había soportado «frecuentes palizas». Ante un entorno claustrofóbico en el que a menudo eran el chivo expiatorio más a mano, los adolescentes estadounidenses se echaron a la carretera en tropel. La huida afectaba a todas las clases. El político demócrata Newton D. Baker escribió en 1932: «El joven transeúnte medio de hoy, según nos dicen los trabajadores sociales y quienes están en contacto con ellos a diario, es un chico normal de una familia sólida».

Esta respuesta concordaba con el *ethos* de un país construido por mano de obra móvil y guiado por el sueño del Salvaje Oeste, que aún seguía vivo. Como escribió la periodista de la revista *Harper's* Lillian Symes a finales de 1933, Estados Unidos tenía «una tradición radical, incluso intensamente radical. Sin embargo, es una tradición de radicalismo individual, no colectivo. El emprendedor individual, no el líder de las causas impopulares, ha sido el héroe estadounidense. El anarquismo es, sin duda, la filosofía más innata de nuestro temperamento y es la más fútil en un mundo industrial complejo. Este país atrae a los individualistas inquietos».

■ ■ ■

Los jóvenes estadounidenses no fueron los únicos afectados por la Gran Depresión: muchos hombres y mujeres adultos se lanzaron a la carretera y su número aumentó después de varios años seguidos de sequía en las llanuras del Medio Oeste y del sur. Pero muchos de los nómadas eran chicos completamente estadounidenses incentivados por las imágenes de libertad que ofrecían las películas y los automóviles. A los dieciséis años de edad, Jim Mitchell decidió en 1933 escapar de su hogar en Wisconsin: «La forma más rápida y más fácil de salir era saltar a un tren y marcharme a algún sitio –recordaría más tarde–. Pensábamos que era la alfombra mágica... el traqueteo de los raíles... la aventura».

El motivo evidente para marcharse era encontrar trabajo. Las migraciones de temporada obedecían a la disponibilidad de empleo ocasional. En verano, se producía un movimiento hacia el oeste para trabajar recogiendo fruta. En otoño, un desplazamiento general del campo a las ciudades. Gracias a su cálida temperatura, California era uno de los destinos predilectos, el «Jardín del Edén» al que cantaba Woody Guthrie, con hasta un millar de adolescentes llegando cada mes a Hollywood a finales de 1933. Se hizo tan popular que la ciudad «declaró la guerra» a todos los vagabundos y cerró la frontera durante varias semanas en 1936.

La inmensa mayoría viajaba en tren: al menos en los trenes existía la posibilidad de la protección mutua. Incluso en esta comunidad primitiva, no obstante, existía una jerarquía. En la cumbre estaban los aristócratas «vagabundos de los vagones de pasajeros», jóvenes obsesionados con la velocidad que viajaban en expresos. Casi todos los mendigos se subían, sin embargo, a trenes de mercancías. Los que viajaban en el «Expreso de la fruta» de California estaban un peldaño por debajo de los que abordaban vagones de pasajeros, seguidos por aquellos que escogían los convoyes de la seda, los que elegían trenes de mercancías propiamente dichos, los que optaban por trenes de cercanías, y finalmente, la mayoría, que subía a vagones descubiertos, furgones o vagones de mineral.

El riesgo era considerable. Los trenes eran peligrosos, en especial si no estaban adaptados para pasajeros. La precariedad de los asideros hacía posible una caída a causa del frío o de las sacudidas. Miles de jóvenes transeúntes murieron solos y en el anonimato. Al mismo tiempo, los agentes de la policía ferroviaria, conocidos por su violencia y denominados «toros», utilizaban cualquier medio posible para mantener el control de su territorio. Una vez que el tren se detenía en una pequeña ciudad, el joven vagabundo se enfrentaba a la cárcel, a trabajos forzados o a una sesión de electrochoque antes de verse obligado a abandonar la localidad.

Las grandes ciudades constituían una apuesta mucho más segura, pues el gran número de recién llegados exigía una respuesta más coherente. La primera visita obligada era la cola del pan, que podía ser una misión religiosa, un albergue del Ejército de Salvación o una oficina municipal de beneficencia. Una vez registrado, el joven vagabundo recibía una ficha identificativa que

habitualmente garantizaba a su propietario al menos una comida. Y eso era todo. Las ciudades podían ser más seguras, pero la competencia para lograr trabajo y dinero era incluso más feroz. Encontrar un lugar para descansar también era difícil. Durante los primeros días de la Gran Depresión eran miles los que dormían en parques y espacios públicos.

Agotados permanentemente, los jóvenes fugitivos descubrían pronto que el suyo no era un camino de baldosas amarillas. Jim Mitchell pensaba que «sería una vida glamurosa: "Por Dios, vamos a hacer fortuna. Alguien nos necesitará ahí fuera". Y un carajo». Con una competencia a degüello por el trabajo, abundaban la explotación y los abusos. Algunos chicos incluso trabajaban gratis, solo para poder comer. El empleo disponible era temporal, por lo general agrícola, y ofrecía un sueldo muy escaso a cambio de una jornada agotadora.

Los jóvenes errantes envejecían pronto. Un estudio de la época de un trabajador social de Ohio concluía: «No han conocido la seguridad económica, provienen de hogares rotos por ese motivo, están abrumados, han sido maltratados y se sienten aturdidos ante elementos fuera de su control. Perdidos, resentidos por haber envejecido demasiado rápido, lloran por algo que no pueden conseguir de sus iguales. Son demasiado mayores y, a la vez, demasiado jóvenes. Han visto demasiado y saben demasiado: han pensado muy poco. Pueden tener entre dieciséis y veintiún años, pero en algunos aspectos tienen treinta. Y en otros, diez».

Algunos de estos jóvenes decidieron agruparse para ofrecerse apoyo mutuo y protección. Grupos de hasta una decena viajaban juntos y establecían sus propias selvas de mendigos. Preferían ubicaciones lejos de los asentamientos humanos. Ya fuera en el desagüe del alcantarillado en Misisipi o en un espacio abierto abandonado cerca de la vía férrea, hasta cincuenta jóvenes podían vivir en una microsociedad que se autovigilaba. Minehan descubrió «que los niños mendigos, abandonados y viviendo como parias de la sociedad, desarrollan normas y regulaciones, eligen a sus líderes y aplican sus sanciones sin ayuda de los adultos».

Podían surgir conflictos por cualquier motivo. Los más habituales estaban relacionados con la cuestión racial. Los negros conformaban un reducido porcentaje de los jóvenes vagabundos, cerca de un cuarto del grupo de edad de

quince a veinticuatro años, según un estudio de 1935. Para muchos de sus compañeros blancos, se trataba de su primera experiencia sin segregación racial; la atmósfera era, como mucho, de tolerancia. Los jóvenes negros eran muy vulnerables. Siempre contaba el factor sexual y los celos. Minehan describía a un grupo de «chicos negros, de diecisiete años» que presumían de sus «relaciones con chicas o mujeres blancas». En el mundo sin ley de las líneas de ferrocarril, era una mezcla explosiva.

Hasta qué punto esto era así quedó de manifiesto en 1931, cuando un grupo de nueve negros, con edades entre los doce y los veinte años, fue arrestado en Alabama. Para los «chicos de Scottsboro», la aventura terminó en una pesadilla que se prolongaría hasta el final de sus vidas. «Todos íbamos en el mercancías por el mismo motivo, para llegar a algún sitio y encontrar trabajo —rememoraría Haywood Patterson–. Nuestras familias estaban en muy mala situación. Los únicos a los que yo conocía eran otros tres de Chattanooga. Nuestros padres no podían mantenernos y queríamos ayudar, o al menos echarnos comida en la boca nosotros solos. Queríamos llegar a Memphis en tren cuando se produjo la pelea».

Los problemas empezaron cuando cuatro de los nueve subieron a un vagón descubierto, ocupado en parte por gravilla, que también cobijaba a dos jóvenes mujeres blancas vestidas con petos de hombre y a otros siete chicos jóvenes. Primero, los insultos: «Negraco bastardo, este es un tren de blancos. Mejor te bajas. ¡Mejor que os bajéis todos, negros de mierda!». Patterson devolvió las lindezas en términos similares y los blancos recularon. Volvieron a la carga más tarde, pero Patterson había encontrado refuerzos en otros cinco «tipos de color» y los agresores fueron derrotados. Patterson rescató incluso a uno de los blancos que iba a caer del tren cuando este circulaba a gran velocidad.

Sin embargo, cuando se detuvo en la siguiente estación, todos los jóvenes transeúntes implicados en la pelea se encontraron con una patrulla armada y acabaron en la prisión de Scottsboro. Allí, los nueve negros descubrieron que las dos chicas blancas, Ruby Bates y Victoria Price, los habían acusado de violación. Patterson pensó que era porque «los tipos blancos se habían cabreado mucho por la paliza que les dimos». Esta acusación era dinamita en la Alabama profunda. Desde el momento de su apresamiento, los chicos de Scottsboro se enfrentaban a un linchamiento público o a una condena a muerte casi segura.

Tras un juicio absurdo, en el que el fiscal exhortó al tribunal: «Culpables o no culpables, vamos a librarnos de estos negracos», los nueve fueron condenados a muerte. Pese a una tormenta de protestas, los tribunales de Alabama prosiguieron con la investigación y, en la primera revisión del caso, volvieron a condenar a muerte a los nueve. Alcanzado este punto, el linchamiento judicial se había transformado en un escándalo internacional: el apoyo de figuras tan diversas como Nancy Cunard, Albert Einstein y el escritor Thomas Mann se vio seguido por una serie de manifestaciones en Europa y Estados Unidos que culminaron en una multitudinaria manifestación de protesta en mayo de 1933. [1]

El caso de los chicos de Scottsboro expuso el lado oscuro de la cuestión racial en Estados Unidos y la vida despiadada de sus adolescentes en movimiento. Al compartir el mismo espacio con los miembros del hampa, algunos chicos de la carretera empezaron a emular a los gánsteres, a portar pistolas y a extorsionar a terceros. Incluso más preocupante para las autoridades era su rabia contra el sistema que les había fallado. Como otros expertos en juventud, Minehan consideraba que el bolchevismo estaba al alza: «Prácticamente todos los chicos y las chicas de la carretera, sean comunistas o no, creen que en Estados Unidos va a haber una revolución pronto si las cosas no mejoran».

En los años veinte, los adolescentes estadounidenses habían recibido una atención sin precedentes como abanderados del nuevo consumismo de masas: se les había otorgado el papel de «consumidores embrionarios», eran «los clientes del mañana». Con la crisis, estos privilegios se habían evaporado; en palabras de un nómada de clase media, la sensación era la de ser «destronado». Aunque convertirse en vagabundo era una reacción extrema, los chicos y las chicas de la carretera representaban, en una nación que idealizaba la juventud, un amargo recordatorio directo del desastre en el que se había sumido el país.

Nada de aquello se suponía que pudiera suceder. La mera existencia de los jóvenes vagabundos, por no mencionar su aspecto y su comportamiento, suponía una denuncia pública sorprendente: no hay futuro, parecían decir, para nosotros ni para nuestro país. *Boy and Girl Tramps of America* salió en su defensa y anunció la nueva inspiración reformista tras la gran crisis. La tendencia que se había marchitado con la ley seca volvió a tomar fuerza con un

repentino retorno al entorno urbano decimonónico «tomado por grupos de matones y depredadores».

Con un ojo puesto en Rusia y Alemania, los reformistas estaban muy preocupados por la posibilidad de una revolución. Sin embargo, la naturaleza individualista de la tradición estadounidense (encarnada por la propia aventura de los vagabundos en busca de un Salvaje Oeste irreal) militaba en contra de la acción colectiva. A pesar de la escalada de violencia en los enfrentamientos obreros, como la marcha mortal contra la fábrica Ford en marzo de 1932, el comunismo no logró asentarse como movimiento de masas. Había jóvenes comunistas estadounidenses, pero seguían constituyendo una pequeña minoría.

No obstante, tanto los expertos en juventud como los progenitores percibieron un nuevo estado de ánimo intransigente incluso entre la amplia mayoría de jóvenes que aún definían su futuro en términos de trabajo y carrera profesional (los chicos) y de matrimonio y vida familiar (las chicas). Cuando volvieron a Muncie, en junio de 1935, Robert y Helen Merrell Lynd descubrieron que en la década transcurrida desde su primera visita «había crecido una subcultura juvenil más consciente de sí misma». Observaron que «las limitaciones impuestas por los adultos de obediencia a los padres, en la escuela y con respecto a la opinión pública se habían debilitado en mayor medida con el derrumbamiento del mundo adulto a causa de la crisis».

Los adolescentes nacidos a finales de la década de 1910 estaban entrando en un mundo muy diferente del que les habían prometido. En lugar de la explosión del consumo juvenil, se enfrentaban al desempleo. Esta situación los predisponía a un análisis más crítico del mundo adulto, que se veía exacerbado por la forma en la que todas las clases y grupos de edad incumplían de forma rutinaria la Ley Volstead. La ley seca había erosionado, a principios de los años treinta, el respeto por la ley y todo tipo de autoridad. Como un grupo de instituto señaló a la revista *Parents* en 1932: «Difícilmente nos podéis culpar de desconfiar de vuestros estándares, cuando algunos de ellos [...] se han demostrado tan claramente estúpidos».

En este clima, las viejas normas de deferencia dejaron de ser válidas. En su libro publicado en 1931, *Personality in Its Teens* , el trabajador social cristiano W. Ryland Boorman citaba a uno de sus entrevistados en un instituto: «Coges a un chaval de diecisiete años, lo agarras y lo sometes con mano de hierro.

¿Qué va a pasar? No tardarás mucho en tener a un tipo huraño, traicionero y tozudo si se parece en algo a mí. Este chico puede ir a catequesis, quedarse en la misa y comulgar. ¿Por qué? Porque tiene que hacerlo. Poco después puede romper todas las cadenas y "subirse a un mercancías" en busca de una atmósfera más libre que lleva mucho tiempo deseando».

Se trataba, ni más ni menos, que de un choque de generaciones. «Tenemos la sensación de que no ha habido dos generaciones de estadounidenses que se hayan enfrentado con un abismo tan grande en sus actitudes y comportamientos habituales como las de padres e hijos desde la Guerra Mundial –concluían los Lynd–. La velocidad acumulativa del cambio social, que incluye todo aspecto de la vida desde la industria y el comercio hasta la religión, la educación, el sexo y la vida familiar, está ampliando de forma casi geométrica la distancia entre las cosas que estaban "bien" ayer y las que tienen sentido para la nueva generación de hoy».

La juventud estadounidense volvía a suponer un problema en lugar de un mercado. Durante la primera mitad de la década de 1930, el aplauso entusiasta a la juventud que había resonado en la década anterior se vio reemplazado por una serie de indagaciones alarmadas y críticas. El futuro de la nación estaba en juego. Thomas Minehan concluyó su exhaustiva investigación de los jóvenes errantes con una defensa apasionada de una mayor implicación del Estado: «La juventud que es el mañana de Estados Unidos ha de ser guiada. Tiene que ser guiada por hombres que sepan adónde van, adónde va el país y adónde quieren que vaya la juventud».

■ ■ ■

Mientras la «avalancha de niños» ocupaba los titulares, muchos de los adolescentes estadounidenses proseguían con su educación. Aunque en menor cantidad debido a la crisis económica, el número de estadounidenses de diecisiete años que cursaba estudios de secundaria se había multiplicado por seis o siete desde que empezara el siglo. En el sistema de división por edades de los institutos, la inmersión adolescente en el mundo de sus inmediatos iguales era total. Al igual que la juventud universitaria de los años veinte había

experimentado la sensación de ser un grupo social importante, sus hermanos menores de los institutos empezaron a sentir lo mismo.

La institución de la juventud como clase social diferenciada comenzó a dar frutos inesperados. El matrimonio Lynd consideró que en el instituto Central High de Middletown, «el abanico completo de tolerancias e intolerancias culturales choca entre sí; la hija de padres que consideran "mono" y "atractivo" que se pinte las uñas, utilice pintalabios, lleve una "permanente" recién hecha y "aprenda a manejar a los chicos", se sienta al lado de la hija de una familia en la que los padres están dedicados a una campaña silenciosa pero decidida para eludir la influencia del cine y mantener a su hija "sencilla", "sin afectación" y con "ideas sanas"».

Para Ryland Boorman, el mundo de compañeros de los institutos estadounidenses, si bien encarnaba toda la esperanza en el futuro, también minaba «la influencia del hogar y de la Iglesia». Observaba que «el incremento en el tiempo de ocio, a menudo acompañado por cantidades significativas de dinero, está abriendo camino a nuevas formas de actuación perjudicial. La intensidad con la que se ha entregado la actual generación de jóvenes a la búsqueda del placer es desconcertante para muchos adultos. La nueva libertad en las relaciones entre chicos y chicas es la causa, asimismo, de no poca confusión extra».

La amplia influencia de la presión social de sus compañeros era una de las cuestiones que abordaba toda una nueva serie de revistas dirigidas por grupos religiosos y escultistas a los adolescentes estadounidenses de comienzos de los años treinta: *American Girl* , *Everygirl* y *Scholastic* . «¿Cómo puede una chica ser guapa y popular», preguntaba una estudiante de instituto a *Everygirl* , si se veía obligada por sus padres a llevar «ropa interior de lana, calcetines de algodón y zapatos planos que parecen de chico?». En lugar de proscribir o negar estas presiones, estas publicaciones ofrecían consejos sensatos dando por sentado que los adolescentes compartirían el sentido común y los valores conformistas que defendían.

La existencia de estas revistas reflejaba hasta qué punto los progenitores habían cedido el control sobre la vida de sus hijos. Mostraban una preocupación real por el poco espacio común que compartían las generaciones, pero resolvían los conflictos con la reafirmación de las expectativas

tradicionales. Para los chicos, la cuestión más urgente era el trabajo. Revistas como *American Boy* reforzaban la ética de la competencia: «Trabajarás para ganarte la vida y lucharás por hacer carrera en una competición que es la más intensa, despiadada y sutil que puedas conocer». Las chicas, por el contrario, eran preparadas para casarse y gobernar el hogar.

La mayor fuente de tensión entre padres e hijos era el sexo. Lo exponía un titular en el número de enero de 1932 de *Ladies' Home Journal* : «¿Tiene una chica que dejarse acariciar para ser popular?». La joven que planteaba esta pregunta no había encontrado ayuda en su familia: «Ellos, arrepentidos por su propia juventud, no cabe duda, han decidido que yo tengo que ser dulce, casta y pura». Su dilema era si debía disfrutar de su juventud «mientras la tuviera» o «volverle la espalda al "camino de la popularidad", dejar de fumar y demás para quedarse en casa mirando con ingenuidad y ojos soñadores a ese teléfono que antes tenía tanta vida».

La responsabilidad en la aplicación de las limitaciones sexuales recaía no en los chicos, sino en las chicas. Al ver que sus padres vacilaban entre la confusión y la disciplina, las jóvenes buscaban consejos en columnistas como la tía Cherry, de *Everygirl* , que recomendaba la abstinencia: «Solo tienes que decirte: "Todavía no ha llegado el momento"». Sin embargo, esto no siempre funcionaba. Con los embarazos de adolescentes aún como el tabú máximo, los padres de clase media en particular se veían incentivados a colaborar con estos nuevos expertos en materia juvenil para moldear las expectativas de los vástagos en lugar de dar órdenes contraproducentes.

Un método posible era implicarse en la vida social de los hijos para poder vetar posibles pretendientes. Como una carta a *Parents* reflejaba, era posible aislar al chico inapropiado introduciendo a su hija en el grupo «correcto» y dejando que «la implacable intolerancia de los jóvenes hacia quien no encaja» hiciera el resto. Esta misma aproximación de carácter sugestivo podía utilizarse para otras cuestiones conflictivas como el tabaco y el maquillaje. Los padres estadounidenses se veían animados a la negociación, no al control autoritario.

Este cambio se puso en práctica por varios motivos. Un problema era la inexistencia de educación sexual en los centros educativos: «Nuestro instituto no hace nada en materia de educación sexual porque no nos atrevemos», contó al matrimonio Lynd un profesor «al corriente». La prohibición directa podría

derivar también en un desafío, como en el caso de una chica de dieciséis años que, después de haber sido advertida por sus padres, mantuvo relaciones sin protección con el resultado inevitable. Cuando se emparejó con un chico de quince años, «el hecho de sentir que estaba haciendo algo que no aprobarían sus padres la satisfacía por la sensación de independencia que le ofrecía».

Al mismo tiempo, los métodos tradicionales de control competían con unos medios de comunicación que no dejaban de estimular los instintos humanos más básicos. La Gran Depresión no había erradicado el consumismo: el matrimonio Lynd percibió que, a mediados de los años treinta, en Muncie, los patrones de ocio «más pasivos, formales, organizados, mecanizados y promocionados» de los años veinte seguían a buen ritmo. Entre estos, el más alarmante era el cine: con un público semanal de 28 millones de adolescentes, era considerado tanto por reformistas como por moralistas «una amenaza a la vida moral y mental de la próxima generación».

El poder psicológico de las películas era reconocido en el informe final realizado por el equipo de gobierno de Hoover en 1932. En «The Agencies of Communication», Malcolm Willey y Stuart A. Rice señalaban que los editores de las revistas cinematográficas más conocidas estaban «inundados» de cartas de espectadores «llenas de confesiones que indican, a veces de forma deliberada y más a menudo de forma inconsciente, la influencia de las pantallas en los comportamientos, las formas de vestir y las cuestiones románticas. Muestran hasta qué punto los estereotipos individuales pueden verse modelados por las estrellas de la pantalla».

■ ■ ■

Un buen ejemplo fue el taquillero filme estrenado en 1931 por la MGM, *El enemigo público* , una «historia real en lo esencial» de un joven irlandés que pasa de la vida de las bandas callejeras al contrabando de alcohol y el liderazgo del mundo del crimen. En su pionera interpretación de Tom Powers, James Cagney hacía un trabajo impresionante como nuevo demonio estadounidense. Ante el público estaba un joven gánster descarado y nihilista, con una pizca de afectación bajo sus bravuconadas, cuya vida (resumida en la infame escena en

la que estampa medio pomelo en la cara de su novia, Mae Clarke) era un largo espasmo orgiástico de violencia y sadismo.

El absoluto regocijo y la energía de la actuación de Cagney socavó la moral explícita de la película: delinquir nunca merece la pena. Incluso su muerte, prolongada y dando tumbos, resultaba glamurosa. La interpretación de Jean Harlow, su complemento en la pantalla, fue igualmente soberbia. En oposición a los demás papeles femeninos (la alegre compañera bondadosa representada por Joan Blondell o la llorona maltratada encarnada por Mae Clarke), Harlow mantenía una relación de igual a igual con Cagney. Su melena teñida de rubio platino y sus sinuosos movimientos, a los que se sumaba su sonoro acento, la alejaban de cualquier modelo juvenil reconocible para convertirla en una diosa sexual con una descarada asertividad: la encarnación de la «chica mala».

Era precisamente esta mezcla de fantasía y realidad la que convertía a cintas como *El enemigo público* en un gran problema. Los investigadores descubrieron que los jóvenes espectadores ignoraban los títulos de apertura moralistas y se quedaban con lo que querían de las películas. Un joven delincuente, vestido al estilo de Cagney, daba su aprobación al actor, pero no a su muerte: «"Esa es la basura que cuentan en las películas. Siempre se mueren o los trincan. Y no es verdad. Mira Joe Citro, Pedro Salami y Tony Vendetta". Los nombres mencionados eran los de los "peces gordos", los gánsteres de su propio vecindario, que parecían prosperar con impunidad».

El gánster de la industria ilegal del alcohol de los años veinte había vuelto como un héroe. Los moralistas tampoco aprobaban la actuación de Edward G. Robinson, memorable por siniestra, en el papel de Rico en *Hampa dorada* (1931), que «barrió a ciertos grupos de chicos de la región como un ciclón». Los filmes de gánsteres hacían la delincuencia «atractiva y distinguida» para los jóvenes de los barrios bajos: «Casi todos los miembros de este grupo utilizaban los amistosos puñetazos "uno, dos" de Cagney a las costillas, la mandíbula y el hombro. Imitaban su bailecito, su paso arrogante. Sonreían como Cagney e incluso llevaban camisas con el cuello en punta como Cagney».

La «producción en masa de juventud ardiente» por parte del cine se convirtió en foco de enérgica condena cuando los moralistas buscaron un nuevo objetivo tras la ley seca. El reformista Henry Forman defendía que las películas promocionaban la asunción inmediata entre los jóvenes de que «el

lujo, el despilfarro y el dinero fácil son derechos inalienables de todos. La reciente crisis económica nos ha mostrado una consecuencia del concepto aceptado de forma casi universal de que la riqueza es fácil de obtener. El estudio de varios delincuentes demuestra hasta qué punto este mismo concepto derivado del cine ha hecho estragos en las vidas más jóvenes».

Publicado en 1934, el libro de Forman *Our Movie-Made Children* reunía las investigaciones de principios de los años treinta del Motion Picture Research Council (Consejo de Investigación Cinematográfica), un grupo de presión dedicado a conseguir que se censuraran las cintas. Uno de los elementos centrales de su argumentario se basaba en el ingente número de películas que trataba la sexualidad y la violencia. Un investigador identificaba dieciséis «objetivos» plasmados en 115 filmes: entre los diez más importantes estaban «la revancha», en el número 5; y «la delincuencia como forma de enriquecimiento», en el número 7. En 1930, otro experto denunció que el 72 % de las películas trataba los tres temas principales: «delincuencia, sexo y amor».

Forman consideraba que esto era como permitir que entrara agua envenenada en las cañerías: «Sin vigilancia, es extremadamente posible que alimente una conciencia nacional poco sistemática, promiscua e indeseable». En una encuesta a 500 estudiantes de secundaria, un tercio afirmó realizar una «imitación precisa de las películas en las formas de cortejo». En una redada de más de 250 mujeres delincuentes, más de la mitad declaró que «les apetecía que un hombre les hiciera el amor» después de ver una cinta excitante como *The Pagan* . «Cuando veo películas que me excitan, siempre quiero volver a casa y hacer las mismas cosas que les veo hacer», admitía una chica de dieciséis años.

Es obvio que Hollywood no se dedicaba a rodar documentales. Pero, al mismo tiempo, a los moralistas les interesaba presentar a la juventud como una pared en blanco manchada con el sucio grafiti de Hollywood. De hecho, el público joven era mucho más selectivo de lo que aseguraban. Una transcripción literal de una conversación entre cuatro universitarias demostraba que tenían conocimientos sólidos sobre la capacidad del cine para modelar la realidad:

—Su idea de la universidad son Bebe Daniels y Richard Dix.

—¿La película *One Minute To Play* ?
—Sí, combinada con *Flaming Youth* .
—Bueno, sabes que muchas tenemos eso en la cabeza cuando nos vamos a la universidad.
—No tardamos mucho en que se nos olvide, la verdad. Pero las que nunca llegan son las que idealizan entusiasmadas todas esas historias. Realmente creen que la universidad no es más que una gran fiesta.

El verdadero problema era que el comportamiento extremo de los delincuentes analizado en *Our Movie-Made Children* no era más que una leve amplificación de los valores culturales estadounidenses. El fracaso del país parecía reflejarse en la conducta de sus jóvenes y, en lugar de atacar la causa, los moralistas decidieron apuntar a los síntomas. Sentían que la industria del cine vendía distorsiones eróticas y violentas del proceder juvenil con unas habilidades hipnóticas. Utilizado con maestría, este argumento conllevó el reforzamiento de las peticiones que exigían la implantación de la censura en el sector, lo cual resultó, en 1934, en la aceptación por parte de los estudios de un código de producción cinematográfica muy endurecido.

El temor a que los medios de comunicación de masas estadounidenses estuvieran sobreestimulando a los jóvenes lo alimentaba la pujante industria de las revistas sensacionalistas. «Desmantelada red de tráfico de opio en Cleveland para salvar a chicas en caso de trata de blancas», así promocionó la revista *Jim Jam Jems* , publicada en Minnesota, su reportaje sobre «drogas, afrodisíacos y monstruos orientales» en este improbable lugar del Medio Oeste. A partir de 1932, la revista *Exposed* ofrecería una denuncia aún más directa de una «generación enloquecida»: «¡Secuestradores a los dieciocho años! ¡Asesinos en serie de dieciséis! ¡Algo no funciona con una civilización que lleva a tantos chicos a una vida criminal! ¿QUÉ PODEMOS HACER? ».

■ ■ ■

Si la respuesta de Estados Unidos a una crisis colectiva se basaba en el espíritu fundacional del Salvaje Oeste, su individualismo inquieto alimentaba nuevas formas de delincuencia. El gobierno invisible del crimen organizado, establecido durante la ley seca, no parecía estar cerca de su desmantelamiento:

se diversificó hacia las mafias de protección empresarial, las drogas, los secuestros y los robos de bancos. Estas dos últimas actividades constituían los síntomas más visibles del cambio de escenario que supuso la Gran Depresión; según la prensa, el Medio Oeste bullía de bandas como las lideradas por Ma Barker, John Dillinger, «Machine Gun» Kelly y «Pretty Boy» Floyd.

Los viejos modelos étnicos de organización de bandas habían sido sustituidos por una nueva ética: móvil, atomizada y con víctimas mortales al azar. Los asesinos en serie habían proliferado en la década transcurrida desde el juicio a Leopold y Loeb. En 1933, las cifras de la delincuencia estallaron: se produjeron 12 000 asesinatos, 3000 secuestros y 150 000 robos en Estados Unidos. Los criminales jóvenes más famosos de los primeros años treinta encajan en este patrón: recorrían miles de kilómetros por las carreteras secundarias de Texas, Oklahoma, Arizona y Nuevo México (una nueva frontera internacional) y asesinaban según les parecía en una serie de asaltos chapuceros a oficinas bancarias.

Nacidos en 1909 y 1910, respectivamente, Clyde Barrow y Bonnie Parker no fueron los criminales de mayor éxito de la época, pero sí los más conocidos. Su historia era de una sencillez clásica: una *folie à deux* fatal entre un joven delincuente empedernido y una chica inteligente y exhibicionista. En los dieciocho meses que estuvieron en búsqueda y captura desde finales del verano de 1932, Bonnie y Clyde mataron a doce personas. Eran ladrones y asesinos; sin embargo, gracias a los frecuentes boletines de los medios, se convirtieron en leyendas por sus arriesgadas huidas, su sobrecogedora velocidad y su violencia psicopática.

Ya fuera con el burdo poema de Bonnie «Suicide Sal», sus poses fotográficas con un arma o incluso la insolente defensa de «la velocidad que mantiene y la capacidad para sacarnos de problemas» del Ford V-8 que envió Clyde Barrow al propio Henry Ford, la pareja sabía utilizar los medios en unos términos sin precedentes. Incluso predijeron su propio fin: «La carretera se hace cada vez más oscura», escribió Bonnie en «La historia de Bonnie y Clyde», el poema en el que construía su propio mito y que circuló entre la prensa nacional después de que la pareja fuera finalmente interceptada y muriera a manos de la policía en mayo de 1934.

Lo que más mortificaba a las autoridades, ya paralizadas por las leyes que impedían una persecución policial de fugitivos más allá de las fronteras de los estados, era el hecho de que tanta gente considerara héroes populares a la pareja de asesinos violentos. Tuvieron lugar escenas multitudinarias, que recordaban a las del funeral de Rodolfo Valentino, en la presentación en público de sus cadáveres en Arcadia (Luisiana): cuando miles de personas entraron por la fuerza en el salón funerario, el propietario no pudo más que rociarlas con líquido para embalsamar. [2] Desconcertado, el director del FBI impulsó una campaña generalizada para acabar con tan peligroso glamur.

Con la muerte, muy publicitada, de Bonnie y Clyde, John Dillinger y «Pretty Boy» Floyd en 1934, J. Edgar Hoover consiguió una nueva normativa federal que acabó de un plumazo con las anticuadas restricciones legales. Ese mismo año, lanzó una nueva clase de superhombres en la lucha contra el crimen para el público estadounidense: los *G-men* , los «hombres del Gobierno». Con libros como *Ten Thousand Public Enemies* , de Courtney Ryley Cooper, Hoover convirtió el miedo a la delincuencia en una industria. Alcanzado 1936, millones de niños americanos consumían productos de los G-men destinados específicamente a la juventud: placas, metralletas de juguete, pijamas e incluso revistas.

Alarmados por las «explosiones mentales» de la juventud, reformistas como Will Hays, que daría nombre al nuevo código de producción cinematográfica, y J. Edgar Hoover intentaron controlar a los adolescentes estadounidenses con los medios tradicionales y moralistas a pesar de que la ley seca había demostrado que esa era una vía peligrosa. La nueva generación progresista también consideraba que los jóvenes de Estados Unidos eran, como «productos de un periodo psicopático», demasiado vulnerables a «las vías de escape como el cine, la radio, los coches rápidos y el alcohol». Sin embargo, trataron de afrontar los efectos de la Gran Depresión influyendo en la reforma de las estructuras y las políticas para la juventud.

Los rabiosos vagabundos y los psicóticos gánsteres suponían una señal de alerta sin adornos: las técnicas de control de las masas estaban fallando. La estrategia de *laissez-faire* del presidente Hoover había llevado al país al borde del desastre y eran necesarios nuevos principios sociales inspiradores. En agosto de 1932, el historiador económico George Soule señaló que los

estadounidenses estaban «en mitad de una gran revolución social». El capitalismo se había mostrado deficiente, pero sería remodelado por una nueva clase gestora que rechazaba su «anticuado» *ethos* competitivo. Era hora de inyectar algo de socialismo en el feudo del individualismo.

La profecía de Soule («un cambio en la estructura de poder tendrá lugar, posiblemente, por medios constitucionales») quedó confirmada con la elección de un nuevo presidente, Franklin Delano Roosevelt, en 1932. Con un programa que avanzaba el *New Deal* , «un nuevo acuerdo para el pueblo estadounidense», Roosevelt instituyó todo un conjunto de nuevos programas durante los productivos «cien días» de la sesión especial del Congreso de 1933. Con medidas que iban desde las cuotas agrícolas a nuevos derechos laborales y ayuda real para la población, el *New Deal* era considerado, ni más ni menos, que una forma de «capitalismo de Estado».

El programa económico de Roosevelt redujo de inmediato el número de desempleados en un 25 % durante la primavera y el verano de 1933. Extendiendo el alcance del Estado en la vida cotidiana, Roosevelt aplacó cualquier amenaza inminente de alteración política y social. Evitada la revolución, el capitalismo sobrevivió, pero con un rostro distinto. En lugar de con los principios de los años veinte basados en un «materialismo extremo», los treinta serían gobernados a partir de una visión pionera del esfuerzo por el bien común futuro. Sin embargo, esto no suponía un cambio total en las aspiraciones de Estados Unidos: el ideal consumidor no había sido sustituido por completo, solo quedaba aplazado.

Fue una de las primeras tareas de la nueva administración gestionar a la juventud nómada. Al mes de acceder a la presidencia, Roosevelt creó el Civilian Conservation Corps (Cuerpo Civil de Conservación), en los que podían participar hombres solteros de entre dieciocho y veinticinco años y que ofrecían 30 dólares al mes a cambio de trabajo en proyectos públicos. En tres meses, un cuarto de millón de jóvenes estaba establecido en cerca de 1500 campamentos. La experiencia fue positiva, en general: como un agradecido Jim Mitchell evocaría, el programa «dio forma a mi vida, que no tenía ninguna orientación».

El Cuerpo brindaba comida adecuada, estructura de equipo y sensación de realización personal, algo inestimable para unos jóvenes que se habían visto

hasta entonces como los marginados de la sociedad. Entre sus proyectos se incluía la habilitación de parques, la reforestación, la limpieza de las playas y la construcción de presas. Aunque algunos entusiastas como Jim Mitchell lo encontraron «una mezcla social maravillosa», el programa tenía sus limitaciones. Con una barrera de edad en los dieciocho años, no logró incorporar a una proporción considerable de la juventud vagabunda, algunos de cuyos miembros (acostumbrados a la libertad) rechazaban la organización de estos «gallineros de Roosevelt».

Otras de las provisiones del *New Deal* empezaron a aliviar los peores aspectos de la vida errante. La Temporary Emergency Relief Act (Ley de Asistencia Temporal de Emergencia) de 1933 trasladó a las comunidades la voluntad de ofrecer a los transeúntes al menos «una comida gratuita, trabajo a cambio de la segunda, una cama en el suelo y la expulsión antes del segundo o el tercer día». Al mismo tiempo, el Gobierno estableció una Federal Transient Relief Service (Oficina Federal de Asistencia al Vagabundo) que atendía cientos de centros de transeúntes en los que se trabajaba para devolver a sus hogares a los fugitivos o para conseguirles un empleo remunerado o el acceso a los campamentos del Cuerpo Civil de Conservación.

El Gobierno animaba a los jóvenes estadounidenses a seguir con su educación, que permitía cierto nivel de control adulto. Robert y Helen Merrell Lynd observaron que «en un mundo en el que la búsqueda de trabajo es (y puede seguir siendo) más difícil que en el pasado, los centros escolares tienen que retrasar de forma efectiva esta participación y convertirse en un lugar en el que los adolescentes y los adultos jóvenes puedan emplear su tiempo de manera satisfactoria –y Middletown espera que logrando buenos frutos–, el mayor tiempo posible». Ya en 1936, cerca de dos tercios de todos los estadounidenses en edad de cursar educación secundaria estaban escolarizados, si bien la reducción en el número de vagabundos fue paulatina.

Pero esto no era habitual en todos los sectores: muchos adolescentes estadounidenses no querían otra cosa más que sumarse al mundo de los adultos. Como un chico de dieciséis años comentó en la radio: «La mayor parte de la gente de nuestra edad quiere crecer lo más rápido posible, pero sus padres no quieren». Quizá por esta sensación de culpa, el ejercicio de la paternidad durante la década de 1930 se hizo más «democrático», una tendencia parodiada

en la novela de Sinclair Lewis *Los padres pródigos* , en la que los adultos se rinden ante las insaciables exigencias de los niños. La mayor asistencia a la escuela secundaria, no obstante, tuvo el efecto de retrasar la llegada a la edad adulta y de fortalecer la sociedad de compañeros adolescentes.

La primera dama, Eleanor Roosevelt, también hizo de los jóvenes su principal preocupación. Patrocinó la formación de un congreso de la juventud de EE. UU., el AYC (American Youth Congress [Congreso de la Juventud Estadounidense]) a finales de 1934, el cual se convirtió, según uno de sus líderes, Joseph Lash, en «el cerebro estudiantil del *New Deal* ». Comprensiva con la política estudiantil, Eleanor Roosevelt logró convencer a los izquierdistas del AYC para trabajar con la Casa Blanca, en lugar de ridiculizar las medidas ya establecidas y al *New Deal* . De este modo, el patronazgo de la mujer del presidente contribuyó a desactivar en parte la amenaza de agitación juvenil.

Eleanor Roosevelt era muy consciente de que las provisiones para la juventud eran insuficientes en Estados Unidos. «Tengo momentos de verdadero terror cuando pienso que quizá estemos perdiendo a esta generación –escribió en 1935–. Tenemos que atraer a estas personas a la vida activa de la comunidad y hacerles sentir que son necesarios». Después de cinco años de crisis, la amenaza de una revolución no había desaparecido. Es más, un nuevo tipo fascista de política juvenil de masas había aparecido tras el nombramiento de Roosevelt. Como Maxine Brown escribió en *The Lost Generation* , su proselitista investigación de «la generación perdida», «estamos muy cerca de la situación de Alemania».

La incapacidad del *New Deal* para mejorar la vida de un porcentaje significativo de la generación perdida de Estados Unidos la atestiguó el matrimonio Lynd en el Medio Oeste. Tanto si se manifestaba en forma de cinismo, de delitos menores o de «ardiente rebelión», «el problema de la juventud desocupada estaba muy presente en Middletown en 1935». Los hijos de las clases trabajadoras eran los más desilusionados, pero los Lynd también señalaban la «callada amargura» de «un titulado bien parecido del instituto local», el cual les comentó: «Nuestro grupo siente que estamos parados del todo. Sencillamente, no hay futuro para nuestra generación».

La situación se repetía por todo el país: en mayo de 1935, dependían de la asistencia pública 2 877 000 jóvenes de entre dieciséis y veinticuatro años. Los

peligros de la polarización política se asentaban en los extremos. En la izquierda, varias agrupaciones radicales de estudiantes se amalgamaron en la ASU (American Student Union [Asociación de Estudiantes Estadounidenses]). Joseph Lash evocaría que la formación de la asociación coincidió con nuevas instrucciones de Moscú, que, «ante la creciente amenaza de la Alemania hitleriana, dio un giro de ciento ochenta grados, se incorporó a la Sociedad de Naciones e instruyó a todos sus comunistas para que organizaran frentes populares».

En el ecuador de la década, las teorías fascistas penetraban en los hogares de millones de estadounidenses mediante las emisiones sindicadas del sacerdote católico Charles E. Coughlin. Tras declararse fanático del *New Deal* , Coughlin avanzó por la línea populista hasta llegar a la extrema derecha y alabar a Mussolini y a Huey Long, el controvertido gobernador de Luisiana. Estados Unidos también albergaba al Ku Klux Klan, que empezó a establecer lazos con los diversos grupos de orientación nazi formados por estadounidenses de origen alemán tras la llegada al poder de Hitler y que pronto se unirían en la Amerikadeutscher Volksbund.

Para defensores del *New Deal* como Charles W. Taussig, esta polarización exigía con más urgencia la intervención del Estado. «Vendedores de sucedáneos chapados en oro encuentran conversos voluntariosos a creencias políticas y sociales que son destructivas para mucho de lo que esta nación defiende –escribió–. Ahora más que nunca tenemos que invocar nuestros principios cardinales de libertad de pensamiento, de expresión y en la educación. Con la dirección y el liderazgo adecuados, nuestra juventud puede y logrará desarrollar una filosofía de vida más definida y esperanzada. A menos que eduquemos a los jóvenes de hoy para funcionar con inteligencia en una democracia moderna, el gobierno democrático estará condenado».

Roosevelt había evitado hasta entonces destinar más fondos gubernamentales a los adolescentes del país. También manifestó su preocupación por que «una agencia federal especial para la juventud, como tal, podría ser malinterpretada como un paso hacia la organización política o militar de los jóvenes». Sin embargo, con 6 millones de adolescentes menores de dieciocho años dependientes de la asistencia pública (una séptima parte del total), cambió de idea. Tras la insistente presión de Eleanor Roosevelt y Charles

Taussig, Roosevelt estableció la NYA (National Youth Administration [Administración Nacional de la Juventud]) en junio de 1935 y destinó a la agencia 50 millones de dólares del presupuesto para el siguiente año fiscal.

La NYA tenía por objetivo ofrecer ayuda financiera a los estudiantes de instituto y universitarios con edades comprendidas entre los dieciséis y los veinticinco años. Su normativa impedía, no obstante, la ayuda a cambio de nada: como el mago de Oz, el presidente Roosevelt se adhería con firmeza a la norma estadounidense de que «en este país, todo el mundo tiene que pagar por lo que recibe». En la práctica, los proyectos laborales de la organización incorporaron a jóvenes solteros de entre dieciocho y veinticuatro años y les facilitaron trabajo a cambio de un pago medio mensual de 15,73 dólares. Con el tiempo, se ofrecerían más de 150 empleos distintos, desde trabajos de oficina a proyectos de conservación.

El nacimiento de esta agencia supuso un cambio significativo en el tratamiento de Estados Unidos a sus jóvenes. En lugar de dejar que se las apañaran por sí mismos, como había sucedido en la década de 1890, los adolescentes eran por primera vez parte importante de los objetivos y las medidas gubernamentales. Al igual que la Gran Depresión había contribuido a otorgarles voz (en las muchas investigaciones que trataban de descubrir sus sentimientos y sus inclinaciones políticas), también estableció su posición como grupo social de valor en la vida estadounidense. Sin embargo, esto solo aumentaría la oleada de descontento juvenil cuando lo que se ofrecía como privilegio fuera interpretado como derecho.

■ ■ ■

1. La manifestación obligó a las autoridades de Alabama a ordenar un nuevo juicio que terminó con el mismo resultado para Patterson y Clarence Neems. Aunque las condenas fueron anuladas por el Tribunal Supremo, Patterson fue juzgado por cuarta vez en enero de 1936 y condenado a setenta y cinco años de «muerte en vida» en una prisión de Alabama. Cuando cuatro de los nueve eran finalmente liberados en el verano de 1937, Patterson sufrió la muerte de sus padres. «Después de aquello, nada parecía estar bien. Era incapaz de creer en nada, odiaba a todo el mundo».

2. El Ford V-8 en el que la pareja murió todavía se exhibía cuarenta años más tarde. Se vendió en 1973,

según la revista Time, por 175 000 dólares, 20 000 más que el Mercedes de Hitler.

CAPÍTULO 20

Biff boys y la amenaza roja
La polarización de la juventud británica

■ ■ ■

Cada año aparecían nuevas generaciones de escolares y todas empujaban, a él y a los suyos, un poco más cerca de ese increíble abismo de la madurez y el paro. ¡Vaya!, el suministro de chavales era inagotable; había millones en las escuelas; Marlowe's podría funcionar siempre. ¿Qué sería de él y de los suyos cuando agotaran su tiempo? ¿Dónde habría ofertas si todas las empresas jugaban al mismo juego que Marlowe's? ¿Y sí...? Una horrible sospecha se apoderó de él. Quizá este presente fuera un nuevo orden establecido, ¡quizá cuando a un tipo se le pasara su tiempo estaría ya desempleado para siempre!

Walter Greenwood, *Love on the Dole* , 1933.



Jóvenes desempleados, norte de Inglaterra, 1935.

En 1935, un periodista de izquierdas se encontró con un grupo de jóvenes británicos llamados «la pandilla de parados». Uno de ellos le detalló cómo había terminado en el desguace a los diecisiete años: «SIN TRABAJO a los dieciséis porque el gobernador quería coger a un chico de los recados que hiciera mi trabajo más barato. [...] En una frutería ayudaba en el mostrador, limpiaba la tienda, hacía las entregas en bicicleta, de 08.30 a 19.00, ah, y los sábados, que empezábamos a las 08.30 y trabajábamos [...] hasta que terminábamos. Salario de 10 chelines a la semana. Tuve un accidente en bicicleta cuando no estaba trabajando y me encontré que me había quedado en el paro cuando salí del hospital. [...] No voy a encontrar nunca otro trabajo. ¡Soy demasiado mayor!».

Al igual que Thomas Minehan había hecho en Estados Unidos, W. F. Lestrange recorrió miles de kilómetros en su país, a lo largo de Inglaterra y Gales, para descubrir las historias de los jóvenes arrollados por la Gran Depresión. Apenas era capaz de contener la rabia ante lo que descubrió: «Espero que este libro les haga conscientes de que algunos de los millones de jóvenes a los que el Estado (y eso significa: ustedes) está infrautilizando y desperdiciando son prácticamente indistinguibles (excepto porque demasiados de ellos están malnutridos) de sus propios hijos e hijas, hermanos y hermanas».

La denuncia de Lestrange, *Wasted Lives* , combinaba estadísticas gubernamentales y testimonios orales. Recordaba un caso típico: «Hace un tiempo, estaba en los Salones de Desempleados (como miembro honorario en ese momento). Estaba jugando al tenis de mesa con Trevor. Trevor tiene casi dieciocho años. Le gané en el cuarto partido (él había ganado los otros tres). Para halagar mi herida vanidad (pues creo que sé jugar al tenis de mesa), dije: "Eres bueno de verdad, Trevor"». El joven había trabajado de chico de los recados, pero lo habían despedido al cumplir los dieciséis: sus enormes ojos marrones «quedaban resaltados por lo hundidas que tenía las mejillas».

«La entonación cantarina de los galeses se sumió en un feo tono cuando respondió: "Pues claro que tengo que serlo. Estoy aquí todos los días a las diez y juego hasta la hora de la comida, a menos que tenga que ir a la oficina del paro. Tampoco hay nada que hacer por la tarde, así que me vengo aquí y juego siempre que la mesa está libre. Pimpón: ¡pegarle a las p... pelotas de celuloide! Esa es mi vida. Lo único que hago es jugar al pimpón. Cuando era niño

pensaba que sería... quería ser...”. Salió corriendo del salón y me dejó pensativo. Me parece que estaba llorando».

La polémica obra de Lestrange, que abordaba las medidas educativas, las injusticias del sistema de aprendices y el trabajo infantil, pretendía, como *Boy and Girl Tramps of America* , tocar la fibra sensible de sus lectores e influir así en la política gubernamental. Este no era el proyecto de una persona completamente independiente. Con el apoyo de la Liga Socialista, un pequeño grupo de izquierdas afiliado al Partido Laborista, Lestrange contactó con ministerios, sindicatos, grandes empresas, periódicos nacionales y ayuntamientos para presentar una imagen rigurosa de la desesperanza de la juventud británica.

Lestrange, como parte de su diagnóstico, prestó especial atención a lo que se llamaban de manera eufemística «Áreas Especiales», los antiguos centros industriales de Gran Bretaña, como el sur de Gales y el nordeste de Inglaterra, que más habían sufrido la crisis. Sus fotografías mostraban la suciedad que había dejado atrás una economía hundida por completo. Especialmente devastadora era una secuencia que mostraba las calles de Tyneside, en el nordeste de Inglaterra, cerradas con paneles de madera: el escenario que acogería la protesta más famosa de los desempleados de toda la década, la Cruzada de Jarrow de 1936.

Estas no eran «Áreas Especiales», sino «Áreas Abandonadas», donde las pobres condiciones de vida iban de la mano de «los recordatorios del horror: acerías abandonadas, minas abandonadas (montones de escoria y óxido), edificios ruinosos y maquinaria inactiva, en ruinas. Es la abominación de la desolación y es en mitad de todo esto donde viven su herencia los niños, donde los chicos y las chicas se consumen en una desesperación sin esperanza, donde los hombres y las mujeres mayores preguntan a Dios por qué les permitió nacer: por qué les permitió engendrar niños cuya herencia es la muerte en vida».

Wasted Lives , con su innovadora composición y su implacable concentración en los puntos débiles de Gran Bretaña, resultaba un producto muy propio de su década. Durante los años veinte, el foco de la atención mediática en lo relativo a la juventud se había orientado hacia las élites y sus diversas formas de entretenimiento, ya fuera para alabarlas o para condenarlas.

En los treinta, el objetivo sería la no-élite, los desamparados: los valores de la década anterior habían quedado desacreditados y obsoletos. Era el resultado inevitable del Crac bursátil, pero también subrayaba una preocupación real: estas condiciones desesperadas podían contribuir a alimentar una mayor polarización política.

Las señales estaban por todas partes. En Estados Unidos, los jóvenes desempleados se subían a los trenes, una respuesta que ejemplificaba la energía de un país joven y móvil. Aun así, eran considerados una incubadora en potencia de inclinaciones revolucionarias. En Alemania, eran la carne de cañón de la militarización fascista disfrazada de autonomía. En Reino Unido, si tenían energía, se dedicaban a dar caminatas. De lo contrario, pasaban el rato en pandillas desafiantes en las esquinas vacías de las calles. Las fotografías de Lestrange los congelaban en su aburrimiento y sus bravuconerías, perfilados contra las panorámicas urbanas más degradadas. ¿Estaba la revolución esperando su momento?

■ ■ ■

El impacto inicial de la Gran Depresión en Reino Unido había sido silenciado. El desempleo se había mantenido en torno al millón de parados a finales de los años veinte. Pero cuando el número se elevó hasta el eventual pico de los 3 millones en 1933, las condiciones que habían quedado anteriormente confinadas a las «Áreas Especiales» se extendieron por todo el país. El desempleo y la pobreza se hicieron sistémicos en los años treinta. La escasa alimentación y unas insalubres condiciones de vida facilitaron la aparición de enfermedades como la viruela, la gripe y la difteria, al tiempo que florecían las depresiones y los transtornos mentales: los suicidios se hicieron habituales.

La juventud, considerada por las autoridades responsable de su suerte, tuvo que soportar gran parte de los oprobios dirigidos a los desempleados. Como señaló *The Times* en enero de 1930: «Una gran proporción de los chicos y chicas está estos días prácticamente siendo adiestrada para gandulear toda su vida, reacia al trabajo e impaciente por asumir el control, no muestra más que un tibio interés en cualquier cosa que vaya más allá de los espectáculos del campo de fútbol y las salas de cine». Sin embargo, cuando los escritores

empezaron a mostrar el escándalo de los británicos muertos en vida, descubrieron que la realidad era bastante diferente.

Si bien en los años veinte los libros centrados en los obreros habían sido escasos, un repentino aluvión de lo que la comentarista Ethel Mannin llamó «novelas sociológicas» siguió al Crac: *Miner* , de F. C. Boden; *Love on the Dole* , de Walter Greenwood; *El castillo del odio* , de A. J. Cronin; *El chico* , de James Hanley; o *No Mean City* , de Alexander McArthur y H. Kingsley Long. Testimonios, todos ellos, de realismo social con una apasionada carga polémica, contribuyeron a definir el estilo y las preocupaciones de la nueva década: del tedio al compromiso, de Mayfair a Salford. Los jóvenes ya no eran brillantes, sino seres agotados.

Como si se hubiera visto contenida por una década de desatención, esta riada de libros reconsideraba la historia obrera de toda una generación. Los textos abarcaban la primera oleada de desempleo a principios de los años veinte, el efecto de una prolongada y enconada huelga minera y la subcultura urbana de la violenta vida de las bandas. No solo tenían «el sello de la verdad», también comprimían el pasado y el presente en una severa crítica a una sociedad en la que no importaba mucho si se tenía realmente trabajo. El resultado era el mismo: como Harry Hardcastle, el protagonista de *Love on the Dole* , termina por entender: «También podría estar en la puñetera cárcel».

Love on the Dole dramatizaba un problema institucional muy prevalente en la década de 1930: el trabajo temporal o «aprendizaje» que terminaba cuando eran aplicables las normativas laborales, a los dieciséis años. Sin embargo, el sistema de aprendices desaparecía rápidamente en los años treinta, al tiempo que los empresarios empezaban a reducir la jornada laboral y a ignorar los derechos de los trabajadores. Otro factor de relevancia lo constituían las nuevas tecnologías y la automatización, combinadas con los imperativos temporales y de desplazamiento introducidos con el pretexto de la «racionalización». «Un puñado de hombres trabajando; multitudes de desempleados mirando», así resumía el «progreso moderno» Greenwood.

La tecnología y la gestión empresarial se combinaban para crear autómatas humanos: el robot de *Metrópolis* y los Epsilones de *Un mundo feliz* . La técnica más destacada fue lanzada en Estados Unidos por Frederick W. Taylor e introducida en Gran Bretaña durante los años treinta. La vigilancia constante

instituida por el sistema Bedaux (un modelo «científico» de control de tiempo y movimientos en el que todo trabajo era descompuesto en unidades de medida utilizadas para establecer objetivos diarios y por horas) supuso condiciones laborales aún más deshumanizadas. Como el Congreso de Sindicatos de 1932 concluyó: «El trabajador, en tal sistema, termina por sentir que es una pieza de una máquina para incrementar la producción. La tendencia es a obliterar la individualidad y las destrezas y convertir al trabajador en una mera máquina».

Una de las primeras medidas del nuevo Gobierno fue la introducción de evaluaciones económicas a finales de 1931. El objetivo era denegar las «ayudas de transición» a los solicitantes que tuvieran ahorros u apoyo familiar. La política de reducción de la asistencia estatal la había sugerido el informe de la comisión parlamentaria presidida por George May, que recomendaba un recorte del gasto público de 96 millones de libras, dos tercios de ellos provenientes de los subsidios para desempleados. Las evaluaciones económicas fueron aplicadas «de manera despiadada» a escala local. En poco más de dos meses desde su aprobación, más de un cuarto de millón de personas perdió el derecho a la asistencia social.

Las evaluaciones económicas también reducían la motivación para trabajar, puesto que cualquier ingreso extra sería descontado de las ayudas que recibiera cualquier otro miembro de la familia. W. F. Lestrange denunciaba que esta era «una carga aplastante colocada sobre los hombros» de los jóvenes, de quienes se esperaba que mantuvieran a sus familias. Citaba la historia de Joe, un londinense:

> Como buen ciudadano, había mantenido a su familia durante cuatro años; tenía entonces diecinueve. No, no era un adorado padre de familia: la suya la integraban su padre (sin trabajo de forma indefinida tras un accidente que no conllevó compensación), su madre y un hermano y una hermana todavía en la escuela.
>
> Joe se tomaba con relativa filosofía su incapacidad para comprarse un traje nuevo debido a que el resto de la familia (uno u otro de ellos) siempre necesitaba nuevas prendas con más urgencia que él.

> Joe y yo charlamos sobre el matrimonio. Decía (menos filosóficamente): «Ni soñar con casarme nunca, tengo ya una familia hecha a la que cuidar. Quizá Bernie consiga un trabajo el año que viene en una tienda. O quizá haya un milagro y me suban el sueldo».
>
> El milagro se produjo algunos días más tarde. Joe logró un ascenso y una subida de 10 chelines a la semana. Estaba radiante, hablaba de un traje nuevo, de la chica por la que estaba «loco». El sábado Joe parecía muerto.
>
> —¿Qué es lo que pasa? —le pregunté.
>
> El chico frunció el ceño y dijo:
>
> —Tendrías que habérmelo contado. Se supone que tú sabes de estas cosas.
>
> —¿De qué cosas?
>
> —De las evaluaciones económicas. Lo que mi subida significa es que el cacerola (jerga: viejo, padre) saca 10 chelines menos del comité. Así que estoy donde estaba. Cualquier subida que consiga dará igual. Tengo a la familia colgada del cuello... ¡malditos sean! —se sonrojó y pareció un tanto avergonzado—. No lo digo de verdad. No es culpa suya. Pero... joder, ¿qué más da que un tío esté trabajando si no le va a servir de nada?... ¿Si no va a poder tener nunca una vida que sea suya?

En un sistema hostil y laberíntico, las opciones para los jóvenes desempleados eran muy limitadas. La emigración a las colonias era una posibilidad: hasta 200 000 hombres tomaban este camino cada año. Incorporarse al Ejército era otra, si bien el 45 % de los solicitantes era rechazado por su mala salud. Las únicas estructuras disponibles para los jóvenes parados eran los campamentos de trabajo que, como el Cuerpo Civil de Conservación, estaban diseñados para inculcar disciplina. La mayor parte de los jóvenes con algo de autoestima pronto aprendía, no obstante, a evitar estos «campamentos de esclavos» y su organización despiadada, carcelaria.

Las iniciativas de mayor éxito fueron los «centros de asistencia social a desempleados» locales, clubes sociales que fomentaban las actividades de ocio como el tenis de mesa, el canto coral y las ligas de fútbol. El excursionismo era muy popular, en parte estimulado por la influencia de los grupos Wandervogel

y por el creciente número de albergues juveniles. Sin embargo, en el espacio confinado de su país, para los jóvenes desempleados británicos era más difícil perderse que para sus contemporáneos estadounidenses. La huida era solo para los más atrevidos (como los jóvenes hermanos que, en la primavera de 1936, robaron una trainera y navegaron con ella 8000 millas).

Algunos de los jóvenes británicos todavía podían servirse del consumismo que seguía su lento avance a lo largo de las regiones, como el sudeste, menos afectadas por la crisis. Era, como reflejó el escritor J. B. Priestley, el mundo del nuevo estilo estadounidense de «gasolineras y fábricas que parecen obras de exposición, de salas de cine gigantes y salones de baile y cafés, bungalós con cocheras diminutas, bares, almacenes Woolworth, autobuses, radios, excursiones, obreras que parecen actrices, carreras de galgos y de caballos, piscinas y todo regalado con los cupones de los cigarrillos».

Estados Unidos seguía siendo un potente faro para la juventud británica. George Orwell apuntó que el alquiler con derecho a compra permitía al joven desempleado «comprarse a plazos un traje que, durante algún tiempo y a alguna distancia, parece cortado en Savile Row. Por menos dinero aún, una chica puede ir hecha un figurín. Se puede tener dos peniques en el bolsillo y ninguna perspectiva para el futuro, y tener por todo hogar parte de una habitación con goteras, pero, con sus ropas nuevas, un chico o una chica puede ir por la calle imaginándose que es Clark Gable o Greta Garbo y esto compensa de muchas cosas».

Los patrones de consumo juvenil que aparecieron a principios de la década de 1920 se mantuvieron durante la de 1930. Pese a los altos niveles de desempleo, algunos adolescentes mayores estaban en comparación bien situados. En su exhaustiva investigación de las familias de clase obrera de York, Seebohm Rowntree descubrió que más de tres cuartas partes del segmento de edad entre quince y veinticinco años estaba por encima del umbral de la pobreza que trataban de superar aquellos con edades comprendidas entre los cinco y los catorce años y entre los veinticinco y los cuarenta y cuatro. Lo bastante mayores para trabajar, aunque no lo suficiente para haber formado una familia, estos asalariados disponían de tiempo libre (al menos un par de horas cada tarde) y se veían atendidos por una cultura del consumo que giraba en torno al cine.

En 1933, una joven dependienta detallaba su presupuesto semanal en una carta a una revista de cine: «Salario: 32 chelines; alojamiento y comidas: 25 chelines; ir al cine el sábado: 1 chelín; ir el lunes: 7 peniques; ir el jueves: 7 peniques; eso hace 27 chelines y 2 peniques. Luego están 3 peniques para *Film Weekly* y 3 chelines para ropa. [...] La gente considera que visto con elegancia, pero esto es, sin duda, porque copio la ropa que veo en las películas. El maquillaje, los jabones y las demás cosas son los que utilizan mis estrellas favoritas del cine. Cuando consiga una subida de sueldo me debería poder permitir otra noche de cine».

Ni siquiera los desempleados podían ignorar el atractivo de este mundo de ensueño. En su investigación sobre los adolescentes asalariados de Manchester, Joan L. Harley descubrió entre 1935 y 1936 que todos los entrevistados sin empleo iban al cine al menos una vez a la semana: la mitad iba dos veces a la semana y en torno a un 20 % lo hacía entre tres y seis veces a la semana. Algunos recibían dinero de sus padres, otros utilizaban parte de su prestación por desempleo y también estaban las que acudían invitadas por novios ansiosos por aprovechar la escasa luz de las salas. También sucedía que en Manchester, una ciudad relativamente próspera, el desempleo juvenil en rara ocasión se prolongaba más de unas cuantas semanas.

No obstante, incluso este gasto limitado era imposible en las Áreas Especiales. Sin embargo, había una solución inmediata: uno de los fotomontajes de Lestrange mostraba a hombres jóvenes desempleados, con trajes de cintura estrecha y expresiones desafiantes, situados junto a carteles del Ejército, imágenes de un campamento de trabajo y el interior de una celda. Estas eran las únicas opciones para estos jóvenes y recurrir a la delincuencia era bastante natural: «Hasta el grupo de jóvenes apáticos que pasa el rato en la esquina de la calle llega uno que lleva aparte a su colega. “Las cosas no pueden ir peor. Vamos a birlarnos un coche y a pasar un buen rato”».

Las bandas de barrio habían vuelto, más numerosas y agresivas que nunca. La renovada conciencia social de su existencia estimuló el éxito de novelas sobre la juventud como *No Mean City* , de Alexander McArthur y H. Kingsley Long, que trazaba la historia de un líder de una banda de Gorbals, un barrio de Glasgow, con la renacida preocupación por la delincuencia como escenario. Al final del libro, los autores reproducían una secuencia de titulares de la época

como «PÁNICO EN UN CINE DE GLASGOW . ACOSO POR BANDAS DE JÓVENES ». Como concluían los autores: «Extractos de este mismo tipo podrían citarse *ad nauseam* de los periódicos nacionales y de Glasgow de los últimos años».

Algunos jóvenes criminales siguieron con la tradición de los *hooligans* de lucir un aspecto extravagante. El miembro de una banda del norte de Londres recordaría más tarde que la moda de sus tiempos era: «Bombachos Oxford, pantalones que posiblemente midieran medio metro de ancho; eran realmente anchos y a todo el mundo le encantaban. Eran todos de franela gris o de un tono suave y bastante baratos. Y los zapatos, los llamaban "saca-caracoles". Por suerte yo no me los puse mucho, porque eran de los que te dejaban lisiado, con aquella punta tan estrecha. Las camisas deportivas estaban de moda y, cuando yo tenía dieciocho, lo último era el bombín».

Estas florituras sartoriales alimentaron la creciente preocupación por la delincuencia juvenil a principios de los años treinta, encarnada en lo que las autoridades llamaban «una epidemia de pandillas de jóvenes ociosos sin trabajo». Las películas de Hollywood fueron acusadas de reclutar a «cientos» de chicos de los barrios bajos «para las bandas de matones de hipódromo, bandidos a motor y ladrones que estrellan automóviles contra los comercios para entrar a robar». Titulares sensacionalistas como «LAS BANDAS TERRORISTAS SERÁN BARRIDAS » mostraban un cambio en las actividades criminales en Gran Bretaña. Los nuevos enemigos públicos eran las bandas de los canódromos y los hipódromos que capitalizaban el inmenso apetito británico (400 millones de libras al año) por las apuestas ilegales.

Las disposiciones comparativamente liberales de la Children and Young Persons Act (Ley de Niños y Jóvenes) de 1933 habían endurecido la legislación en materia de trabajo infantil y admitían la posibilidad de ofrecer «cuidados, protección y control» a los acusados menores de diecisiete años, a quienes no se consideraba plenamente responsables de sus actos. En lugar de una condena automática de prisión, se desplegaba un abanico de soluciones posibles, desde los correccionales hasta los centros educativos «industriales», pasando por la libertad vigilada (la medida más habitual con mucha diferencia). Los jóvenes delincuentes pasaban a estar más controlados por el Estado al mismo tiempo que, en opinión de los críticos, recibían un tratamiento especialmente indulgente.

Esta perspectiva más compasiva era defendida por los trabajadores sociales, que tenían conocimientos de primera mano de la vida de los desempleados. En *London's Bad Boys* , S. F. Hatton defendía un programa de supervisión en manos de adultos hasta los dieciocho años de edad. En sus descripciones de habitantes de los suburbios como «Astuto Alf», «Billy Broncas» y «Reggie Palizas», excusaba sus delitos por no ser «nada más serio que los síntomas de una adolescencia sana y vigorosa». Del mismo modo, agentes de los barrios más castigados, como el policía Harry Daley, entendían que un cierto nivel de delincuencia juvenil estaba en consonancia con las reglas de juego existentes.

La agitación política, no obstante, era tratada con severidad. A lo largo del invierno de 1931 se produjeron en treinta y una ciudades británicas, incluidas Londres, Glasgow, Birmingham, Leeds y Newcastle, multitudinarias protestas contra las evaluaciones económicas que conllevaban la retirada de prestaciones. Recibieron por respuesta cargas con porras y agua a presión. En octubre de 1932, el Ejército, desbordado, decidió disparar a la multitud en una manifestación en Belfast. Dos semanas más tarde, una protesta masiva en Hyde Park degeneró en una serie de batallas a la carrera entre la policía y miles de manifestantes por las calles del centro de Londres.

Con el creciente número de manifestaciones, el mapa político de Gran Bretaña empezó a cambiar. En el mismo mes de la manifestación de Hyde Park, Oswald Mosley configuró su nueva intentona política tras el fracaso del inconformista New Party: la BUF (British Union of Fascists [Unión Británica de Fascistas]). Al mismo tiempo, el Partido Comunista de Gran Bretaña empezó a crecer en tamaño. El escenario estaba listo para la repetición en suelo británico de la polarización política que ya había desgarrado Europa y, con el liderazgo moral en manos de la clase trabajadora desempleada, las élites no tardaron en sumarse.

La crisis económica era tan pronunciada que amenazaba a la burguesía, hasta entonces invulnerable. Ante un capitalismo que parecía no ofrecer futuro, miles de jóvenes con un alto nivel educativo se lanzaron a una política extremista en busca de salvación y esperanza. Sus hermanos mayores habían expresado con su negativa a crecer un desprecio por los «viejos» que gestionaban el país. Parecían no preocuparse por nada ni por nadie, pero la generación que alcanzó la mayoría de edad en los primeros años treinta

(consciente de la grave situación de los menos afortunados) afiló su rebelión hasta convertirla en una «violencia edípica casi tangible» contra la burguesía conservadora.

Pero desear lo que W. H. Auden llamaba «la muerte de la vieja pandilla» era solo una parte. La motivación más auténtica residía en la rabia por el coste humano del hundimiento económico y la aparente parálisis del Gobierno. Tiempos desesperados exigían soluciones extremas y el comunismo se expandió por toda una generación de escritores, artistas e intelectuales británicos. [1] Entre ellos figuraban Esmond Romilly, sobrino de Winston Churchill; y Rupert John Cornford, bisnieto de Charles Darwin. En plena sintonía con «las vibraciones violentas del mundo», ambos lideraron la vanguardia de las actuaciones extremistas.

Hasta 1933, la principal protesta común entre los estudiantes había sido la campaña por la paz: este fue el año del vil debate de la Oxford Union que aprobó la herética moción: «Esta Sociedad en ninguna circunstancia luchará por su rey ni por su país». La propagación del comunismo en Cambridge se vio impulsada por la marcha antibélica celebrada en 1933 el día que se conmemoraba el final de la Gran Guerra, una protesta que acabó con enfrentamientos entre los manifestantes y los «patriotas» más entusiastas. La prensa consideró inaceptable este comportamiento por parte de la joven élite británica, a cuyos miembros consideraba «jóvenes *hooligans* que recibieron su merecido por profanar una jornada sagrada».

La Bright Young People había expresado con su hedonismo andrógino su desprecio por el ideal decimonónico del cristianismo muscular de las escuelas públicas, pero la nueva generación de rebeldes privilegiados era más directa. Decidió, mostrando su odio al «patrioterismo antiintelectual», llevar la lucha al mismo corazón de la incubadora imperial. Tras haber desatado un motín en su escuela militarista por distribuir propaganda antibélica el Día del Armisticio, Esmond Romilly escapó para incorporarse a la Federation of Student Societies (Federación de Sociedades de Estudiantes), de orientación marxista, donde anunció la creación de una revista radical para los chicos de las escuelas públicas.

En enero de 1933, junto con su hermano mayor Giles, Romilly publicó el manifiesto *Out of Bounds* :

> La desintegración afecta en nuestra época a la sociedad en su conjunto. Afecta profundamente a las escuelas públicas y queda patente en:
>
> La confusión mental ante los problemas modernos.
> Un intento deliberado por parte de las escuelas de aislarse de un contacto real con la realidad política y cultural.
> El uso activo y flagrante de las escuelas públicas como arma en la causa reaccionaria.
> Las oportunidades que se ofrecen a los fascistas para explotar la situación.
>
> [...] *Out of Bounds* defenderá abiertamente las fuerzas del progreso ante las fuerzas de la reacción en cualquier frente, desde la formación militar obligatoria a las enseñanzas propagandistas.

Apenas había circulado este manifiesto cuando la prensa saltó sobre él, con titulares como «AMENAZA ROJA EN LAS ESCUELAS PÚBLICAS ». El comunismo parecía haberse incorporado al corazón de las clases dirigentes y el oportunista «sobrino rojo» de Churchill participaba entusiasmado en el proceso. En un texto para un periódico nacional, Romilly utilizó la carta del extremismo: «La juventud tiene una elección clara, no puede haber medias tintas. O bien debe alinearse con los parásitos y los explotadores para "hacer del mundo un lugar seguro para la plutocracia" o posicionarse del lado de la clase obrera para hacer añicos el sistema capitalista y sentar las bases de la sociedad sin clases».

Los efectos de la violencia polarizada alcanzaron su primer apogeo en junio de 1934, cuando Oswald Mosley organizó un encuentro masivo de camisas negras en el gigantesco centro de convenciones Olympia de Londres. [2] El acontecimiento estaba diseñado para señalar un punto de inflexión crucial en la historia de su partido. Con los regímenes de Hitler y Mussolini afianzados en el poder, Mosley había adoptado elementos clave de su iconografía y su concepción del mundo: la escenificación ritual, los temores a la cultura de masas estadounidense y la designación de cabezas de turco foráneos. La Unión Británica de Fascistas (BUF) también capitalizó la hostilidad generacional hacia la transigente y decadente sociedad burguesa.

La BUF era un movimiento joven, con en torno al 80 % de sus miembros menor de treinta años según ciertas estimaciones. [3] Su electorado más relevante pertenecía a la misma clase que el que había ofrecido un apoyo crucial a Hitler: trabajadores especializados y semicualificados. Con una significativa aceptación en el norte industrial, así como en el obrero East End de Londres, estaba diseñada para atraer a los desempleados. Mosley, con la brutalidad nazi aún sin destapar, decidió seducir a los desafectos en una atmósfera muy cargada. Comprendía a la perfección la poderosa combinación de violencia y sexualidad gracias a su brigada militarizada de *biff boys* (los chicos de las bofetadas) vestidos de negro de la cabeza a los pies. En el Olympia estalló esta atmósfera recargada. El problema para los manifestantes era que, según Harry Daley, los agentes de policía de servicio habían recibido órdenes de «no interferir» en lo que se consideraba una actividad privada. El resultado fue que cada vez que alguien interrumpía el acto o un manifestante se levantaba, «los ujieres al mando se abalanzaban sobre el infractor y lo sacaban de la sala». Grupos de camisas negras atacaban después a «los indefensos manifestantes, que no podían más que levantarse y protegerse la cabeza con los brazos hasta que caían al suelo». Daley evocaría más tarde: «Nadie había visto nunca algo así».

Los acontecimientos del Olympia coincidieron con el primer pico de afiliación de la BUF (hasta 50 000 a mediados de 1934) y estableció un precedente de violencia política. La mayor parte de las actividades a gran escala de la BUF siguió un patrón similar: mucha policía en el exterior y «disciplina fascista» dentro de la sala. En Liverpool, las protestas fueron organizadas por el Comité Antifascista local, conformado por comunistas, miembros del Partido Laborista y representantes del National Unemployed Workers' Movement (Movimiento Nacional de Trabajadores Desempleados). Esta colaboración reflejaba la nueva política de frente popular del Komintern: la alianza de grupos de izquierda para detener a Hitler e incluso defender la democracia.

Sin embargo, la violencia en el Olympia arruinó las posibilidades de que la BUF consiguiera un éxito electoral convencional: la cobertura de la prensa le costó al partido apoyos relevantes y los fanáticos antisemitas ganaron predominancia. [4] El escenario estaba ya listo para las continuas batallas callejeras que implicarían a la juventud en la violencia que ya se había extendido por Alemania y Francia. Gran Bretaña nunca había conocido una

división política tal. Se habían producido numerosos desórdenes públicos de gravedad, pero estos nunca se habían dispuesto en torno a ideologías tan diametralmente claras y opuestas.

Tanto si los encontronazos tenían lugar en las calles del East End londinense, en ayuntamientos de provincias o en las viviendas de los privilegiados, la juventud británica estaba enfrentada entre sí. Lo que empezó como una disputa de barrio o un juego se había convertido en un posicionamiento que establecía un vínculo hasta la muerte. Jessica Mitford recordaría posteriormente la discusión que se desató cuando su hermana mayor, Unity, intentó convencerla para que se afiliara a la Unión Británica de Fascistas: «"No me digas que no estás como loca por apuntarte, Decca; [5] es tan divertida...", dijo, blandiendo ante mis narices su flamante camisa negra. "Ni se me pasaría por la cabeza. Odio a esos horribles fascistas. Si piensas convertirte en una, yo voy a ser comunista, hala"».

A los quince años, Jessica se enfrentaba a su encrucijada fundamental: «Semejante declaración era algo más que la mera adopción automática del bando contrario al de Gorgo, pues lo poco que sabía sobre los fascistas me parecía repugnante: su racismo, su ultramilitarismo, su brutalidad». La habitación que compartían las hermanas se convirtió en un microcosmos de las fuerzas políticas que desmembraban el continente. La dividieron por la mitad: frente a los objetos comunistas de Jessica, Unity desplegó sus insignias fascistas: fotografías de Mussolini y de Mosley y la esvástica nazi. Después se enzarzaban en «batallas campales, arrojándonos libros y discos».

Unity Mitford estaba entonces en plena presentación en sociedad. Se habría adaptado mejor a los exhibicionistas años de la Bright Young People, pero la fiesta había terminado y en su lugar había aparecido algo más siniestro. Durante esos días, se afilió a la sucursal de Oxford de la BUF, aunque este periodo en el que vendió el periódico de la unión, *Action* , no duró mucho. «Yo voy a ir a Alemania a conocer a Hitler», anunció Unity a su hermana y, en agosto de 1933, viajó a Núremberg para asistir al primer encuentro multitudinario desde que los nazis asumieran el poder.

Mientras tanto, Jessica afianzó su «determinación de fugarme y unirme a la suerte de los antifascistas». Tuvo que esperar a que llegara su momento, mientras «la sensación de que nuestra casa era una fortaleza volvió a cobrar

fuerza, ocupándolo todo: me oponía frontalmente a todo lo que representaba mi familia y esa oposición, en general, resultaba muy solitaria». Al leer las noticias de la revista «roja» para las escuelas públicas lanzada por su primo segundo Esmond Romilly, su admiración «no tenía límites» y centró en él sus esfuerzos como vía de escape.

Tras perseguir a Hitler en Múnich, Unity pronto se convirtió en una de las personas más cercanas al líder alemán. Adquirió una posición de privilegio como miembro de las clases altas británicas que fascinaban al Führer y que, hasta que comenzó la guerra, ofrecerían al régimen nazi un considerable apoyo. En 1935, el año de las Leyes de Núremberg que anulaban los derechos de los judíos alemanes, escribió un artículo para un periódico muniqués: «Confesiones de una joven fascista inglesa». En él declaraba: «El partido fascista británico es un partido de soldados de primera línea y jóvenes». La tensión entre las dos hermanas estalló en «una furibunda pelea que acabó en combate a puñetazos».

Este enconado antagonismo se repitió una y otra vez. La resistencia a la BUF de los comunistas marginaba a los camisas negras y provocaba nuevos episodios de violencia. También contribuyó a reducir su afiliación de los 50 000 miembros del verano de 1934 a unos 5000 en octubre de 1935. La BUF decidió explotar sus logros en el East End londinense, una zona con una alta tasa de población inmigrante y judía. Meses de escaramuzas en el barrio alcanzaron un punto crítico a primeros de octubre de 1936, cuando un desfile de la BUF a través de un barrio judío se encontró con una contramanifestación de 100 000 personas.

Como era habitual, se desplegó a la policía para mantener a los manifestantes lejos del desfile. Cuando los vecinos levantaron barricadas para evitar el avance de Mosley, la policía cargó, pero, como un joven manifestante, Charlie Goodman, señalaría más tarde: «Por encima estaban las casas de vecindad y las mujeres se asomaron y tiraron todo lo que tenían a mano sobre la policía, y cuando digo todo, quiero decir todo: agua caliente o hirviendo, aceite, grasa, orina, mojones..., cualquier cosa que pudieran coger. Los agentes entraron en pánico y algunos de ellos se quedaron allí diciendo "Heil Hitler" y cosas así, lo que era toda una provocación. Entonces, alguien tiró un ladrillo a un autobús y ahí fue cuando la policía empezó a soltar porrazos y palos a

diestro y siniestro y consiguió que la gente retrocediera un poco. Estaban aporreando a la gente indiscriminadamente, los estrellaban contra los vidrios de las ventanas o de los escaparates». Cuando, en plena confusión, Goodman se encontró con un policía «a punto de sacudirle a una mujer en la cabeza», le soltó un puñetazo en la cara y fue reducido por una decena de sus compañeros.

Aunque los manifestantes quedaron satisfechos con haber llevado a la práctica el mandamiento «no pasarán», la publicidad que rodeó la batalla de Cable Street contribuyó a incrementar la afiliación a la BUF en los meses posteriores. Sin embargo, el Gobierno entendió que la situación no podía prolongarse: el 1 de enero de 1937, la Public Order Act (Ley de Orden Público) prohibía los uniformes políticos en lugares públicos y la formación de organizaciones paramilitares. Llegado ese momento, ambos bandos tenían ya un escenario mucho mayor para su actuación.

■ ■ ■

En la primavera de 1936, un golpe de Estado militar expulsó al Gobierno del Frente Popular elegido democráticamente en España: un mes después, el país estalló en una guerra civil a gran escala. La posición oficial del Gobierno británico fue no hacer nada: en agosto de 1936, firmó un acuerdo de no intervención con Italia, Alemania y la Unión Soviética. La violación de este acuerdo por parte de Hitler y de Mussolini fue una clara llamada a la acción para una generación de jóvenes radicales. Era «una cuestión europea, pura y llanamente. Democracia *versus* fascismo».

La politizada juventud de Europa sabía que esta era la hora de la verdad. A principios de agosto de 1936, John Cornford entró de forma subrepticia en España. Ese mismo verano, había escrito un texto titulado «Young Minds for Old»: «Es muy fácil, y para algunas personas muy reconfortante, burlarse del fanatismo juvenil. Un movimiento tan joven como el comunista es a veces, inevitablemente, naíf, inmaduro, entusiasta en exceso y ofrece un espacio espléndido para los comerciantes de ocurrencias de segunda mano. Pero es, no obstante, un movimiento serio». Había llegado la hora de poner a prueba esa seriedad, de transmutar la teoría en el crisol de la acción.

Varios miles de jóvenes británicos viajaron a España en los siguientes dieciocho meses para luchar contra las tropas del general Franco. El periodista Tom Wintringham recordaría más tarde que la mayoría de los voluntarios «eran obreros que habían dejado la escuela con catorce años, lo habitual para la mayoría en aquellos días, con independencia de sus capacidades o de su inteligencia». Solo tres de los mandos de los batallones británicos (incluido Wintringham) habían estudiado en la universidad; sin embargo, «todos habían experimentado las dificultades y la frustración de encontrar trabajo en un periodo de gran desempleo. Su antifascismo estaba anclado en un odio de clase y del sistema social británico».

Trabajando y peleando juntos, incluso muriendo juntos, todos los niveles de la sociedad podían unirse en una demostración práctica de los principios comunistas. La revolución ofrecía a los británicos recién llegados una perspectiva de un nuevo tipo de sociedad de masas. John Cornford visitó la ciudad de Barcelona, controlada por los anarquistas, donde encontró que las calles estaban todo el tiempo llenas de gente: «Es como si en Londres los trabajadores armados dominaran las calles: está claro que no tolerarían a Mosley o a cualquier persona que vendiera *Action* en las calles. Y eso no significaría que la ciudad no fuera libre en su sentido real. Es verdaderamente una dictadura de la mayoría».

La Guerra Civil española llevó a la acción a una generación. La idea de un frente popular cruzó los límites del Partido Comunista para llegar a un electorado mucho mayor en un momento crucial ilustrado por el éxito del Left Book Club de Victor Gollancz. Por primera vez, Gran Bretaña contaba con una *intelligentsia* de base social amplia que era tanto izquierdista como internacionalista. La implicación en el conflicto español se convirtió en un rito de paso, un ideal mucho mayor que el número menor en comparación de voluntarios que llegó a combatir de verdad. La visión utópica de los años treinta quedó ejemplificada por la forma en la que las clases sociales se unieron en la Barcelona autónoma y anarquista.

La realidad, no obstante, era bastante diferente. Los jóvenes y entusiastas voluntarios de todas las clases sociales fueron pronto conscientes de que habían entrado en un país completamente distinto, un nido de serpientes con tensiones sociales que acumulaba una larga historia y gran complejidad. Se

enfrentaban, además, a un enemigo despiadado. Las milicias a las que se incorporaron estaban a menudo mal equipadas en términos de ropa y armas y eran también dadas a las luchas internas. En lugar de unirse frente al enemigo común fascista, los comunistas, anarquistas y socialistas a menudo terminaban peleándose. Por mucho que se intentara disfrazar, esta era una guerra total.

Los voluntarios británicos se implicaron por idealismo, pero pronto quedaron de manifiesto los riesgos de la acción política como camino a la maduración personal. A finales de agosto de 1936, una estudiante de arte, la comunista Felicia Browne, cayó en combate. Fue la primera voluntaria británica en morir. Justo antes de partir hacia España, Browne había señalado en una carta a una amiga: «Dices que estoy huyendo porque no pinto ni hago esculturas. Si no hay pinturas ni esculturas que hacer, no puedo hacerlas. Solo puedo hacer lo que es válido y urgente para mí». Para Browne, la práctica artística languidecía ante «el terremoto que está sacudiendo la revolución».

John Cornford, consciente de que «no se puede jugar a la revolución», se había transformado en un profesional de la lucha de clases. Así lo recordaba Esmond Romilly tras su encuentro a finales de 1936: había pasado a ser «una persona seria, que impone una disciplina severa». Como líder de un destacamento compuesto fundamentalmente por obreros y militantes comunistas ingleses, Cornford se había convertido en «un buen soldado» y una inspiración para sus compañeros voluntarios. Sin embargo, cuando 1936 dejó paso a 1937, Cornford falleció cerca de la localidad de Lopera, en el frente de Córdoba. Con su carismática muerte en plena juventud, el frente popular de los años treinta había encontrado su propio héroe maldito.

Rupert John Cornford, cuyo nombre era un homenaje explícito a Rupert Brooke, sufrió un martirio tan mítico como el del icono de la Primera Guerra Mundial: una vida consagrada a una idea y llevada hasta sus últimas consecuencias. La muerte de Brooke había sido utilizada por las autoridades para dotar de un rostro humano y atractivo a la masacre tecnológica. Por el contrario, Cornford rechazaba su entorno privilegiado: su violencia no era velada, sino celebrada en el estilo utilitario, casi de gánsteres, del momento. Ensalzaba al pueblo y, al pagar el precio de sus creencias, afirmaba el hecho de que la élite tenía que despojarse de sus privilegios para sumarse a la sociedad de masas.

Sin embargo, esta toma de conciencia sería interpretada de un modo que los radicales de mediados de la década de 1930 no podían haber previsto. Alcanzado el ecuador de 1937, la insatisfacción y la desilusión se apoderaron de las Brigadas Internacionales. Ante la superioridad de las fuerzas sublevadas apoyadas por los fascistas, la continua desorganización de las milicias internacionales y el «puñetero desastre» que o bien acabó con la vida o hirió a más de la mitad de los voluntarios, los intelectuales británicos empezaron a recular. Para otros, la sectaria línea dura de los comunistas, con su insistencia en que únicamente ellos podían liderar la revolución, suponía un serio problema.

La agitación no se detuvo. Los últimos años de la década vieron la cumbre del Left Book Club, vinculado al sello literario del mismo nombre cuyos numerosos grupos de discusión [6] y actividades (excursiones, salidas en bicicleta y trabajo con los desempleados) ofrecían un punto de entrada a la política antifascista para miles de adolescentes de clase media. Un «titulado universitario» coordinador de grupo en Kent escribió a Gollancz un entusiasta testimonio a propósito de la tendencia inclusiva de la organización, «me inscribí en el Left Book Club en los primeros meses de su existencia. No pertenecía a ningún partido político. Mi orientación, es cierto, era de izquierdas, pero era una orientación muy confusa, cínica y desilusionada».

Los enfrentamientos en las calles entre fascistas y comunistas eran ya parte habitual de la vida en Gran Bretaña. En septiembre de 1938, una manifestación del nuevo partido de Mosley, la Unión Británica, terminó en una batalla entre la policía, los camisas negras y los manifestantes de izquierdas en Parliament Square. Como señaló un observador: «Una hilera de fascistas apareció con tablones levantados sobre la cabeza. Un joven con una insignia comunista se acercó y habló con uno de esos "matones de Mosley". Uno de ellos se volvió y dijo: "Ponte de rodillas, rata comunista"».

Si bien había empezado a retroceder como cuestión de orden nacional, el desempleo creció ligeramente en 1937, una consecuencia parcial de la llegada a la mayoría de edad de los nacidos en la explosión de la natalidad de 1919 y 1920. La miseria en el nordeste y en las demás «Áreas Especiales» se mantuvo, pero lo inaceptable se había convertido ya en algo casi normal. Con una desesperación comprensible, el Movimiento Nacional de Trabajadores

Desempleados se lanzó a una nueva política de actos muy visibles: sentadas en mitad de Oxford Circus, ocupación del salón de té del hotel Ritz... Aunque estas acciones generaban titulares, no alteraban la situación: para muchos de los jóvenes desempleados, la movilización total sería la única solución a sus problemas.

■ ■ ■

Cuando 1937 apuraba sus días era también obvio que otra contienda mundial asomaba en el horizonte, para la cual la Guerra Civil española no había sido más que un ensayo general. Los últimos años de la década se vieron marcados por «una profunda sensación de tormenta en ciernes» cuando, sin impedimentos y con total tranquilidad, la Alemania nazi se anexionó Austria, los Sudetes y Checoslovaquia. La situación internacional era extremadamente grave. En marzo de 1937 se inauguraron las primeras fábricas de máscaras de gas y se probaron por primera vez las sirenas para anunciar los ataques aéreos, al tiempo que, a lo largo del año, el Ejército británico fue modernizado y promocionado con insistencia como el «Ejército moderno».

La futura guerra (o su equivalente, la «paz a cualquier precio») empezó a reemplazar la agenda polarizada de mediados de la década como la principal motivación política de los jóvenes. Los comunistas sentían que su hostilidad hacia el fascismo estaba justificada, mientras que Oswald Mosley trataba de reubicar a la Unión Británica como un partido de la paz. De forma simultánea, los peores efectos del desempleo se vieron invertidos por el inicio del rearme. Volvía a fluir el dinero, lo que significaba que la incipiente sociedad de consumo en Gran Bretaña empezaba a acelerar su ritmo.

Para los que trabajaban en las nuevas industrias militares, la vida mejoraba. El alquiler con opción a compra hacía posible el gasto incluso a los situados en el umbral de la pobreza. A finales de los años treinta, había más de 2 millones de coches en las carreteras. A partir de 1938, 11 millones de trabajadores tuvieron derecho a una semana de vacaciones pagadas al año, una oportunidad para el ocio explotada por los primeros campamentos de vacaciones de Gran Bretaña, de la empresa Butlins. Además del cine y el *jazz* , otros aspectos de la cultura contemporánea estadounidense aterrizaban en gran número. Revistas

sensacionalistas como *Fight Stories* y *Action Stories* sumaban un «enorme» público.

El consumismo estadounidense había sobrevivido a la Gran Depresión. El cambio del compromiso al hedonismo lo anunciaba una nueva generación de criminales. El joven estafador protagonista de la novela de los bajos fondos *The Gilt Kid* , publicada en 1936 por James Curtis, quiere ser un buen marxista, pero se da cuenta de que «toda esta teoría es una porquería». Discute con un comunista en un club del Soho: «A ver, organizáis manifestaciones, encuentros, huelgas de hambre y todas esas historias. ¿Qué demonios consigue eso? Unos cuantos primos quedan mellados y otros cuantos más acaban con dolor de cabeza cuando la poli les sacude con las porras. ¿No me irás a decir que eso acerca la revolución?».

■ ■ ■

The Gilt Kid era un ejemplo temprano en la ficción del *wide boy* . [7] Estos nuevos proscritos no estaban dedicados a la guerra de clases, sino a reducir lo máximo posible la distancia entre los deseos y su consecución. Estaban dispuestos a conseguirlo, cuando no con astucia, con porra, navaja y pistola. Sus principales ubicaciones eran las calles y los clubes del Soho o Paddington y su entorno lo poblaban gánsteres de los hipódromos, meretrices de ambos sexos y el submundo gay y judío. Los *wide boys* , abriéndose paso en el gris final de los años treinta en Gran Bretaña, eran precursores del nuevo mundo del placer estadounidense.

De forma paralela, los métodos estadounidenses de persuasión y medición de masas finalmente encontraron asidero en Gran Bretaña. Los primeros esfuerzos provinieron de los estudios de sus lectores que hacían periódicos y revistas, cuyos resultados eran después puestos a disposición de los anunciantes. Este proceso se vio impulsado por el estadístico estadounidense George Gallup, quien, tras su éxito en las elecciones de 1936 en Estados Unidos, inauguró el British Institute of Public Opinion (Instituto Británico de Opinión Pública). [8] Tres jóvenes radicales (Tom Harrisson, Humphrey Jennings y Charles Madge) analizaron estas técnicas y decidieron poner en marcha su propia metodología de estudio de las masas.

En enero de 1937 crearon Mass-Observation, que aspiraba ni más ni menos que «a la ciencia de nosotros mismos». Con formación en arte, periodismo, antropología y política de izquierdas, los fundadores fueron conscientes de que «la gente normal estaba siendo engañada por una prensa complaciente y un Gobierno indiferente». La única respuesta posible a este asedio era «atenerse a los hechos y explicarlos del modo más inteligente que sea humanamente posible». En la práctica, esto significaba el análisis al detalle de la vida cotidiana ignorada por norma en los medios de comunicación de masas: la idea era registrar y dignificar lo que por norma se consideraba mundano.

Los estudios iniciales de Mass-Observation estaban compuestos por tres elementos principales: estudios detallados, como el proyecto Worktown (ciudad del trabajo), en el que todos los aspectos de la vida de una ciudad del norte, Bolton, se analizaban en profundidad durante un periodo de meses; una serie de informes de cientos de voluntarios comprometidos, los «observadores de masas», reunidos en libros como *May the 12 th* , un estudio del jubileo de plata del rey Jorge V; y diarios escritos por colaboradores que se unían al proyecto «porque querían ser de utilidad en la lucha contra el fascismo y el abandono por parte de las autoridades de la gente normal».

La relación de Mass-Observation con la investigación de mercados era ambigua. Los fundadores criticaban a las agencias publicitarias y a los diarios: «Estas grandes organizaciones basan su trabajo en la asunción de que la mente humana es sugestionable y dirigen sus sugerencias a esa parte del cerebro en la que predominan los elementos supersticiosos». Mass-Observation aspiraba a sacar a la luz estos procesos ocultos en estudios tempranos como *Reactions to Ads* . A pesar de su tono crítico, muchas de las respuestas a sus encuestas habrían sido útiles para los estudios a los que se oponían.

El primer semanario atrevidamente moderno y basado en imágenes de Gran Bretaña (el equivalente a la estadounidense *Life*) fue otro producto de este cambio. Creada por el titulado en Oxford Tom Hopkinson y el refugiado húngaro Stefan Lorant, la revista *Picture Post* publicó su primer número en octubre de 1938 (días después de la crisis de Múnich), con una fotografía de dos mujeres jóvenes en una atracción de feria, riendo divertidas y en la que una de ellas dejaba a la vista su liguero. Con su innovadora composición y su

atención a la actualidad política, la revista fue un éxito inmediato: semanas más tarde vendía más de un millón de copias.

Picture Post era una criatura de su tiempo por otros motivos: estaba llena de publicidad de radios Philips, polvos de maquillaje «Air-Float» y cigarrillos promocionados por celebridades. A pesar de sus intenciones políticas, también incluía noticias de cultura popular y del mundo del espectáculo: un reportaje sobre la vida hogareña de la actriz Gracie Fields, piezas sobre estrellas de Hollywood como Freddie Bartholomew o noticias sobre los éxitos musicales y cinematográficos estadounidenses más recientes. Con su combinación de fotografías «espontáneas» y una sección en color, *Picture Post* lograba seducir al tiempo que informaba.

El éxito de Mass-Observation y *Picture Post* obligó a los intelectuales de izquierdas a aceptar que una mayor atención a las necesidades y los sentimientos de las masas disiparía la amenaza de una lucha de clases. El atractivo de la revolución empezaba a palidecer en favor de la integración social. De forma simultánea, el resurgimiento del capitalismo estadounidense ofrecía una tercera vía entre el fascismo y el comunismo. El consumismo de masas prometía otro tipo de inclusión social. Como el periodista disidente de izquierdas Claud Cockburn señaló: «Podía representarse como un tipo de democratización de la vida económica».

La idea era aún nueva en Gran Bretaña y la juventud era su vanguardia. Tanto Mass-Observation como *Picture Post* prestaron especial atención a los adolescentes británicos. Mass-Observation inició investigaciones de la vida cotidiana, como un informe sobre «Organizaciones juveniles en Fulham» publicado en mayo de 1938; mientras que *Picture Post* dirigía de forma explícita a sus lectores más jóvenes reportajes como «El día a día de una belleza» y «Nace una nueva moda de baile». En marzo de 1939, *Picture Post* publicó un editorial titulado «La juventud al timón», que, al igual que había hecho Stanley Hall, equiparaba en términos románticos la juventud con un futuro esperanzador.

«Se siente a la juventud –argumentaba el propietario de *Picture Post* Edward Hulton–; sin ninguna duda, todo el mundo habla de ella. ¿Qué periodista no escribe sobre ella? ¿Qué político olvida alabarla y dirigirle sus promesas? Los líderes, la Iglesia y el Estado intentan organizarla. Incluso la BBC ha

programado una serie titulada *La juventud saluda* ». Hulton consideraba que esta atención a la juventud venía provocada por el hecho de que Gran Bretaña había comenzado «una etapa de transición», pero en este nuevo enfoque subyacía la sombra del extremismo: «Los jóvenes, debido a su impaciencia y a las limitaciones de su entendimiento, son muy intolerantes».

Publicada en 1939, la investigación de Mass-Observation con el ambicioso título *Britain* retrataba a la juventud del país entre el conflicto y el consumismo. Sus informes de primera mano señalaban que, por una parte, la violencia entre izquierdistas y seguidores de Mosley era todavía virulenta; mientras que por otra, la juventud británica llenaba nuevas instituciones del placer como «la sala de baile Locarno, en Stretham, de aspecto reluciente y estructura en cristal y cromo». Se celebraban también multitudinarios bailes al aire libre en los parques de Londres, en uno de los cuales un testigo destacó las «muchas parejas de jóvenes que bailan con estilos nada ortodoxos».

A finales de la década de 1930, una cultura juvenil propiamente dicha había empezado a ser parte de la vida cotidiana de Gran Bretaña. En su regreso a York para revisar el estudio que había realizado unos años antes, Seebohm Rowntree percibió que la mayoría de los jóvenes de clase obrera estaba «en los cines, los teatros, las salas de conciertos o bailando». Un joven de Manchester, Frank Findley, rememoraría sus paseos a finales de los años treinta: «Los chicos, vestidos con sus trajes caros de pantalones acampanados de medio metro caminaban emulando a los tipos duros del momento en el cine». Si la meteorología no los respetaba, podían «ir a coger fuerzas al Turner's Temperance Bar o a la heladería Gottelli's con un buen trago, caliente y potente, de Vimto, a 2 peniques el vaso».

Fueran o no realmente independientes de los adultos, los jóvenes británicos empezaron a vivir en un mundo comercializado que contaba con sus propios rituales y creencias. Esta descripción de un día cualquiera de una chica de Manchester en 1939 da una idea de este mundo encerrado en sí mismo:

> LUNES
> 16.00 Salgo de la escuela con una compañera, hablamos de la escuela y de las estrellas de cine [...].
> 18.10 Viene a buscarme una amiga. Vamos al cine.

18.30 Vemos *It's In The Air* .
21.00 Salimos del cine, comentamos la película, nos encontramos con dos amigas de vuelta a casa.
21.15 Hablo en la esquina con dos chicas de ropa, vacaciones y chicos [...].
22.00 Llego a casa, ceno, escucho música de baile, hablo con la familia de cine [...].

Pese a haber sufrido mucho durante la Gran Depresión, los jóvenes desempleados no habían estallado con la violencia que había desgarrado Alemania. Varios elementos explican esta reacción, pero el consumismo desempeñó un papel importante. George Orwell señalaba que, entre otros, «el pescado con patatas fritas, las medias de seda artificial, el salmón en lata, el chocolate barato (cinco tabletas de dos onzas por 6 peniques), las películas, la radio, el té fuerte y las quinielas» habían «evitado, entre todos, una revolución». Este era el inicio de la cultura popular, para la que la juventud británica ya había desarrollado un gusto propio. Pronto sería obsesión.

■ ■ ■

1. Entre ellos los historiadores Christopher Hill y Eric Hobsbawm, los poetas W. H. Auden, Louis MacNeice y Stephen Spender y los espías soviéticos Guy Burgess y Anthony Blunt, el último pilar de las altas esferas culturales que tardaría cuarenta años en ser desenmascarado.
2. La polarización de esos años la representaron a la perfección las tres hermanas Mitford, que abrazaron los extremos de la política: Unity, que se convirtió en la nazi británica más prominente; Jessica, que se hizo comunista y contrajo matrimonio con Esmond Romilly en 1937; y Diana, que se casó con Oswald Mosley en 1936.
3. La obtención de datos concretos sobre la BUF es compleja, puesto que la mayoría de sus archivos fue destruida cuando se ilegalizó el partido en 1940.
4. El más destacado entre ellos fue el traidor más famoso de la Segunda Guerra Mundial, el irlandés William Joyce, también conocido como «lord Haw Haw», que terminó siendo ejecutado en 1947 por sus emisiones de radio pronazis durante el conflicto.
5. En la familia, Unity era conocida como Boud [Gorgo, de gorgojo, en la traducción al español de Nobles y rebeldes] y Jessica como Decca.
6. Estimados en más de un millar en 1939.

7. Véase también Wide Boys Never Work (1937), de Robert Westerby; Brighton, parque de atracciones (1938), de Graham Greene; y Spiv's Progress (1939), de John Worby.

8. Siempre sensible a cualquier cambio, Jessica Mitford consiguió trabajo allí y descubrió que «el objetivo consistía en recopilar, para la agencia de publicidad, información sobre las reacciones del público ante productos varios y, con ese fin, nos proporcionaban complejos formularios que debíamos rellenar durante el transcurso de entrevistas puerta a puerta. Las preguntas, por supuesto, variaban mucho según de qué producto se tratara. Hacer una entrevista sobre un alimento para el desayuno o un detergente era pan comido, mientras que era muy probable que el formulario correspondiente a un desodorante incluyese la pregunta: "¿Con qué frecuencia considera necesario lavarse las axilas?"».

CAPÍTULO 21

Jitterbugs y cuadrados

El *swing* y el consumismo juvenil en Estados Unidos

■ ■ ■

Adolf Hitler es un cuadrado y tiene las orejas de corcho. Es un tarado, un poco chiflado, pero es un sentimental. Es un asesino, pero no un genio. Puede llorar como un cocodrilo, pero no es un caimán.

«Outstanding Ickies», *The Jitterbug* , n.º 1, 1938.



Taylor Gronen y Ellen Leon, de Los Ángeles, en el *jitterbug jamboree* del 19 de noviembre de 1938.

A las siete de la mañana del 3 de marzo de 1937, los miembros de la Benny Goodman Orchestra llegaron al Paramount Theater de Times Square (con 3664 asientos) para ensayar el estreno de su nuevo espectáculo como orquesta residente. No imaginaban que pudiera suceder nada especial, pero lo que vieron a esa hora tan poco musical les hizo preguntarse si no estarían todavía soñando. Aunque aún no estaban abiertas las taquillas, había ya una muchedumbre de 600 o 700 admiradores, en su mayor parte estudiantes de secundaria de los distintos barrios de Nueva York, que bailaban, gritaban y encendían hogueras para combatir el frío.

A las siete y media, los «admiradores se multiplicaban por minutos, escapaban de las salidas del metro de Times Square como abejas de una colmena ahumada». Una hora más tarde empezó la actuación con las primeras notas débiles del tema de apertura de la orquesta, «Let's Dance», que poco a poco subía de volumen según salían del foso los músicos. Esta impresionante puesta en escena garantizaba que el abarrotado patio de butacas se pusiera en pie, y así se quedaron los espectadores, bailando con frenesí en los pasillos y apiñados contra el escenario, mientras los acomodadores, histéricos, intentaban recuperar el control.

La escena se repitió en cada una de las cinco sesiones del día: a nadie le importaba la película de Claudette Colbert programada al mismo tiempo, *La muchacha de Salem* . Cuando la semana se acercaba a su fin, el público llegaba incluso a subirse al escenario, para estar más cerca de sus ídolos y para tener más espacio para sus acrobáticos bailes. Los chicos del *swing* eran, como reconocería posteriormente Goodman, más que meros espectadores pasivos: «Los mirábamos, supongo, [como sí] ellos fueran el espectáculo y nosotros el público».

La residencia en el Paramount marcó el momento en el que Benny Goodman y su orquesta saltaron a la fama, una celebridad que, como el estilo de *jazz* que tocaban, el *swing* , se extendería por Estados Unidos y Occidente. Caracterizado por sus poderosos ostinatos, el *swing* fundía la estimulante espontaneidad del estilo *hot* clásico de los años veinte con la capacidad efectista de una gran orquesta. Los números de Goodman, como el tema más destacado del percusionista Gene Krupa, «Sing Sing Sing», con su resonante ritmo

junglesco, suponían una invitación al desenfreno que los adolescentes de mediados de la década de 1930 estaban encantados de asumir.

La popularidad del *swing* se vio estimulada por la radio, el medio con un crecimiento más rápido de la época. En 1937, la orquesta de Goodman aparecía de manera habitual en *Camel Caravan* , un programa semanal de la CBS patrocinado por la marca de cigarrillos. Con grabaciones, así como con actuaciones en el estudio, programas como *Camel Caravan* y *Let's Dance* , de la NBC, llevaron el *swing* a los hogares de todo Estados Unidos. Para los aficionados más jóvenes, estas «salas de baile de fantasía» eran un nuevo fenómeno «de una realidad inmediata y excitante, pero a la vez, parte del tejido fantástico del mundo de los sueños».



La orquesta de Benny Goodman y sus admiradores en la Exposición Internacional de Nueva York, 1939.

En sus dormitorios o con una moneda de 5 centavos en una gramola, los adolescentes estadounidenses descubrieron que escuchar *swing* era fácil y rápido. Con grandes orquestas compuestas por los mejores interprétes (la de Goodman incluía a Lionel Hampton, Harry James y Gene Krupa en marzo de 1937), el *swing* estaba concebido desde el principio para ser una música alegre y activa en la que se pudiera participar. El músico al cargo del vibráfono en la orquesta de Goodman, Red Norvo, lo resumió al señalar a *Variety* que el *swing* era «un tempo que inspira al público a acelerar su ritmo con movimientos ultramodernos. Ya sabes, se mueven contigo».

La música popular de los primeros años treinta había estado dominada por *crooners* «dulces» como Rudy Vallee y Bing Crosby. A pesar del fanático público femenino que atraían, eran músicos tranquilos y serenos. Con el *swing* , el tempo de la vida se aceleró y, a partir de 1937, dio paso a todo un mundo adolescente con su propio lenguaje, sus revistas, sus modas y sus héroes. La dinámica la generaba el propio público. «El *jazz* es hoy una gran industria que depende del consumo masivo –señalaba el editor de la revista *The Jitterbug* –. Si el *jazz* quiere seguir funcionando, tiene que ser consciente de que los *jitterbugs* son importantes».

El *swing* abrió un nuevo caítulo en la historia de la juventud y los medios de comunicación de masas. La sorpresa y la repulsa que numerosos periodistas adultos mostraron ante concentraciones masivas a ritmo de *swing* («hitlerismo musical», fue uno de los apelativos utilizados) [1] no hacían más que subrayar el hecho de que los adolescentes estadounidenses se movían en una longitud de onda diferente a la de los adultos. El *swing* no era únicamente libertad musical y física, era una libertad mucho más amplia en todas sus formas: la verdadera emancipación, no solo de los músicos negros que alumbraron el estilo, sino de los *teens* cuya mayoría de edad proclamaba la música.

■ ■ ■

Con la entrada en el mundo adulto diferida por imperativo gubernamental, algunos de los jóvenes empezaron a plantear exigencias propias. En julio de 1936, el AYC publicó una *Declaración de Derechos de la Juventud Estadounidense* : «Queremos trabajar, producir, construir, pero millones de

nosotros nos vemos obligados a la inactividad. Nos graduamos de institutos y universidades equipados para una carrera profesional, pero no hay trabajo. Podemos vernos en la carretera o en campamentos supervisados por el Ejército, aislados de los amigos y la familia. Nos negamos a ser la generación perdida».

Con el rechazo del modelo del consumidor universitario de los años veinte, los activistas estudiantiles del AYC delinearon una nueva Declaración de Derechos en la que afirmaban su solidaridad con «el pueblo negro», los trabajadores en huelga y las fuerzas progresistas de cualquier lugar. Si bien no llegaban al punto de declarar que los jóvenes constituyeran «un grupo social propio», declaraban, no obstante: «Nuestros problemas y aspiraciones están íntimamente vinculados a los de todo el pueblo». Sobre la afirmación de que conformaban un electorado de más de un millón de integrantes, siguieron reclamando mejoras prácticas.

En febrero de 1937, una «peregrinación juvenil por el trabajo y la educación» recorrió Washington para protestar por la desestimación de una propuesta de ley para la juventud estadounidense (American Youth Act). Esta habría aumentado las prestaciones de la National Youth Administration (Administración Nacional de la Juventud) al garantizar la gratuidad de la educación pública a los estudiantes de secundaria, pero la NYA estaba paralizada por los recortes y la hostilidad de la derecha. Pese a su compromiso desde las más altas esferas y sus buenas intenciones, la NYA no logró erradicar los problemas de los jóvenes durante la Gran Depresión.

Muchas de sus medidas eran prácticas y progresistas. Ofrecía un acceso a los programas de educación para adultos y los cursos prácticos destinados a orientar a los jóvenes para conseguir un trabajo a jornada completa. Puso en marcha también un programa a escala nacional de asistencia a los estudiantes de secundaria mayores de dieciséis años que fijaba los pagos mensuales en un máximo de 6 dólares. Otra mejora fue la institución de residencias en treinta estados: alojamientos temporales en los que los jóvenes podían vivir hasta seis meses mientras trabajaban, con lo que se les permitía gestionar sus propias vidas y vivir con sus coetáneos.

Sin embargo, la asociación gubernamental juvenil podía llegar únicamente a «parte de la juventud que se encuentra en las circunstancias más desesperadas». Aunque 500 000 jóvenes pasaron por la NYA en sus primeros

dos años y medio, no eran más que una pequeña proporción de los 4 millones de jóvenes de entre dieciséis y veinticuatro años que seguían sin empleo a finales de 1937. Como lamentaba el presidente del AYC, William W. Hinckley: «A los jóvenes estadounidenses, que viven en el que tendría que ser el apogeo de su vida, los años de la juventud dorada, se les ofrece en el séptimo año de crisis el privilegio de trabajar a cambio de caramelos y cigarrillos».

A pesar de su orientación socialista, este grupo juvenil gubernamental no logró hacer mella en los fundamentos del materialismo de la vida cotidiana. La propia documentación de la NYA ofrece algunas claves. La ropa se consideraba un «gasto esencial» de los estudiantes. En palabras de un supervisor: «Habitualmente, después de su segunda paga el chico viene a trabajar con un par nuevo de pantalones. Es probable que le hayan costado 2 o 3 dólares, pero son suyos y los ha comprado con su propio dinero. Quizá con el siguiente sueldo se haga con un par de zapatos. La chica aparecerá con un vestido de 2,95 dólares. Es imposible saber cuánto significa para ella».

Incluso con la Gran Depresión, la definición del ciudadano de éxito en Estados Unidos seguía dependiendo de la adquisición de bienes. Aunque los adolescentes estadounidenses habían contado con una considerable capacidad de gasto en las dos décadas anteriores, gran parte de esta, especialmente en los grupos de edad que aún no se habían incorporado a la universidad, había estado condicionada al control y la aprobación de los adultos. Al verse con trabajos juveniles financiados por el Gobierno, los jóvenes fruto de la explosión de natalidad de 1920 y 1921 (que acababan de cumplir dieciséis o diecisiete años) decidieron que si los iban a tratar como ostentadores de sus propios derechos, harían uso de ellos como mejor les pareciera.

El primer mercado juvenil se había concentrado en la visible y pudiente cultura universitaria de los años veinte. Ya en los últimos años de la siguiente década, con una proporción cada vez mayor de los jóvenes estadounidenses cursando estudios secundarios, el mercado potencial de consumidores adolescentes se había ampliado tanto en términos de edad como de clase social. Cuando el matrimonio Lynd regresó a Muncie, observaron que todavía eran las «chicas de clase empresarial» las que marcaban el ritmo. A partir de 1935, una nueva versión de la moda para chicas universitarias empezó a promocionarse entre las jóvenes estadounidenses etiquetadas con el apelativo comercial de *sub-*

debs (la contracción de «sub-debutante»), que reflejaba su origen pudiente, aunque no en términos reales, sino de aspiraciones.

Estos intentos tempranos de atender a las necesidades de una economía juvenil ampliada estaban diseñados para transmitir seguridad. En mayo de 1936, la revista *Vogue* publicó un análisis de la juventud estadounidense titulado: «¿Cómo de mayor se es con quince años?», en el que la articulista Ruth Pickering opinaba: «En la ciudad de Nueva York, en 1936, en un momento en el que es difícil encontrar las fórmulas convencionales, el antiguo derecho a la exploración juvenil se enfrenta con el derecho a la protección de los adultos. Con el nombre de subdebutantes, puesto que asisten a colegios privados y sus madres han pasado por todo el lío de las invitaciones y los bailes por suscripción, son como todas las niñas en la adolescencia».

El artículo de *Vogue* , con imágenes formales y un texto que citaba a Booth Tarkington, sin embargo, detectaba una precocidad subyacente entre sus sujetos de estudio: «Las jóvenes quieren, a poder ser, una independencia temprana. Las imágenes en las que entran al asalto en las junglas de Harlem o en la guarida de los piratas del Village son espejismos en un horizonte de completa libertad. Ansían las posiciones de avanzadilla de Nueva York porque se rumorea que allí se reúnen los universitarios, esos contemporáneos algo mayores con libertad de movimientos. Una escapada a territorios prohibidos como los mencionados supone una medalla de entrada en la madurez. La sofisticación es su ambición. Sofisticación es, de hecho, la palabra que utilizan habitualmente».

Una independencia cuasiadulta era el objetivo de este grupo de edad «inquieto», como lo era su «anhelo de las franjas de edad superiores». Como siempre, el gran tabú de esta nueva precocidad era el sexo, precisamente lo que los medios de comunicación orientados a la educación de los adolescentes trataban de controlar. Uno de los primeros usos del término *sub-deb* aparece en una columna de consejos fija lanzada en 1935 por la revista *Ladies' Home Journal* , mientras que en 1936, la revista *Scholastic* introdujo una nueva columna, la duradera «Boy Dates Girl» [Chico sale con chica], de Gay Head: la primera de muchas que actuaban como manuales detallados de protocolo.

Para las jóvenes, la castidad seguía constituyendo el ideal. Las vírgenes eran «mercancía de calidad». También se esperaba de ellas que moldearan su

personalidad en función de los requisitos de los chicos con los que se citaban: «A los chicos les encanta llevar la voz cantante y ser el centro de atención». Pero la creciente industria de los consejos alcanzó niveles casi absurdos para enfriar la espontaneidad adolescente (un reflejo de esa parte de Estados Unidos muy formal y reglamentada). *Ettiquette for the Teens* , publicado en 1937 por el religioso Home Institute aseguraba ofrecer «consejos amistosos, sensatos y al día escritos en la lengua de los *teens* », pero apilaba cuarenta páginas de implacables normas.

Los manuales de comportamiento eran, de una forma tan clara, una proyección por parte de los adultos de sus ideas sobre cómo debían comportarse los adolescentes, que no hacían más que subrayar el hecho de que, en la segunda mitad de los años treinta, tanto a los progenitores como a las autoridades les preocupaba perder el control de la juventud estadounidense. Al mismo tiempo, el uso por parte del conservador Home Institute del término clave *teens* era un reconocimiento temprano de la existencia de un mundo juvenil concreto que se había convertido en una fuerza social que merecía su propio nombre comercial. Pese a los esfuerzos de los adultos, no obstante, sería la juventud del *swing* la que ataría todos estos hilos para tejer una subcultura coherente.

■ ■ ■

En enero de 1938, la Goodman Orchestra protagonizó su actuación más prestigiosa, en pleno corazón de la cultura clásica, el Carnegie Hall. Para entonces, el comportamiento libérrimo del público era prácticamente un ritual. *Metronome* señalaba que los jóvenes se volvían locos en la culminante «Sing Sing Sing»: «Un chico tras otro empezaron a crear un nuevo baile, moviéndose con total libertad y saltando sin levantarse del asiento. Hombres más mayores, con aspecto de pingüinos y situados en los palcos laterales, fueron un paso más allá y empezaron a sacudirse de pie». Al final, la multitud «se lanzó a aplaudir, patalear, vitorear y chillar».

Las jóvenes ocupaban la primera línea. Muchos clubes de fans tenían de presidentas a chicas que aún estaban en el instituto o en la universidad. Las aficionadas al *swing* eran más fáciles de identificar que sus compañeros varones,

al haber adoptado un estilo conformado por blusas y jerséis, zapatos planos, calcetines tobilleros blancos (conocidos como *bobby socks* , que terminarían dando nombre a sus usuarias: *bobby-soxers*) y un corto vestido plisado que se arremolinaba en las caderas en la pista de baile. Era un atuendo pensado para la comodidad, con un sentido práctico que permitía libertad de movimientos. La vocalista de la Goodman Orchestra, Helen Ward, percibió cómo, al principio, las chicas «venían emperifolladas, pero cuando el *lindy* cuajó de verdad, empezaron a vestir zapatos planos».

Esta actitud se alejaba por completo del espacio cerrado y cuidadosamente vigilado de las *sub-debs* . Para el joven forofo del *swing* Leonard Pratt, las chicas más conservadoras que llevaban «tacones altos, medias de seda y un bonito vestido azul» estaban «fuera de lugar». Como si echaran por tierra todas esas restricciones en la forma de vestir, las libertades que compartían las entusiastas del *swing* también incluían el sexo. «Las chicas nos hacían un gesto y muchos de los chicos solteros de la banda les hacían una señal para que los esperaran en la puerta del escenario –rememoraría Art Rollini, saxofonista de Goodman–. Todos los miembros de la banda recibían cartas de las admiradoras en las que aparecían sus números de teléfono».

Los chicos aficionados al *swing* vestían pantalones anchos y chaquetas largas, con cadenas del cinturón al bolsillo o enrolladas en un dedo. También se utilizaban los sombreros planos conocidos como «Pork pie», así como jerséis de piel de imitación y toreras. [2] Gran parte de estos elementos provenían de los barrios negros, al igual que sucedía con los bailes de los *jitterbugs* : el *shag* , el *Lindy Hop* o el *Suzie-Q* . Benny Goodman recordaba claramente haber visto por primera vez un *jitterbug* en 1934, cuando un bailarín empezó a «perder la cabeza. Tenía los ojos en blanco y sus miembros empezaron a girar como un molino de viento en un huracán. La concentración, pegada al ritmo, lo transformaba en un derviche».

Estas improvisaciones «neoafricanas» habían comenzado cuando «gente vanguardista» empezó a improvisar sobre el charlestón en Harlem. En su novela *Parties* , Carl van Vechten citaba la «primera aparición oficial» del *Lindy Hop* , que había ocurrido «en un maratón de baile negro celebrado en el casino Manhattan en algún momento de 1928». El elemento más inusual se producía al soltarse de la pareja de baile, donde se podía intentar «cualquier cosa que se

te ocurriera». Cuando el *Lindy Hop* se trasladó al público blanco, se transformó en algo distinto: el término más popular para los jóvenes del *swing* , *jitterbug* , provenía de sus movimientos nerviosos y saltarines. [3]

Instruida en estrictos bailes sin despegarse del ritmo marcado, la generación de los últimos años treinta sustituyó la elegancia y los movimientos constantes por una energía salvaje, espasmódica. Como publicó *The New York Times* : «El *jitterbug* blanco ofrece habitualmente un espectáculo torpe, pero el original negro es algo muy distinto. Sus movimientos no son nunca tan exagerados para hacerle perder el control y exhibe una dignidad ineludible en sus gestos más violentos». Esta elegancia la envidiaban los adeptos al *swing* que, como afirmaba una estudiante de secundaria del Bronx, «querían ser lo bastante mayores para ir al Savoy Ballroom, que era donde los *jitterbugs* que realmente estaban al día enseñaban sus bailes».

Como el *Lindy Hop* y el *Suzie-Q* , la jerga del *swing* se generalizó de forma repentina hasta el punto de convertirse en el identificador más sencillo de la cultura *swing* para los neófitos. Cab Calloway contribuyó a acelerar el proceso con su *Hepster's Dictionary* , publicado en 1938. Empezando por los «gatos», los músicos, este glosario incluía todas las facetas del mundo del *swing* . Los admiradores eran «caimanes», «jitterbugs» o «rompealfombras», que bailaban el *Suzie-Q* o «sacudían las pelucas» al ritmo de los «zumbacueros», «meneándose» en la «pista de despegue». Un «cuadrado», también llamado «pegajoso», era alguien que no cogía el *swing* , que estaba «desconectado».

Estos términos se propagaron como la pólvora en las nuevas revistas destinadas al mercado del *swing* : no solo *Down Beat* y *Metronome* , sino publicaciones para aficionados como *Swing* , *Cats Meow* , *Jam Session* y *Jitterbug* . Era un mundo en sí mismo. En «El diario de un *jitterbug* », el anónimo narrador masculino describía su visita al «gran Festival de *Swing* en el auditorio Orchestra» con «*jitterbugs* del *Cats Meow* »: «Duke Ellington estaba allí, amable y sofisticado, y su banda desde luego que nos dejó extasiados». El código impenetrable para los no iniciados de finales de los años veinte había sido asumido por una gran parte de la juventud estadounidense.

El *swing* se había admitido como una moda, pero sus raíces eran perceptibles. Para Benny Goodman, la mezcla racial de su orquesta y el estilo del *swing* provenían «de nuestra forma de gobierno». El crítico británico

Francis Newton [4] consideraba que el *jazz* era «una música de protesta y rebelión». La política progresista del *New Deal* tuvo un profundo impacto en el *swing* . La figura más señera de esta vinculación era el experto productor John Hammond, que combinaba el activismo político con el descubrimiento, la promoción y la edición de artistas como Billie Holiday, Bessie Smith, Fletcher Henderson y Count Basie.

La influencia de Hammond logró implicar a Goodman, que había crecido en un entorno judío empobrecido: en 1937, Goodman donó 1000 dólares al Committee to Aid Spanish Democracy (Comité de Ayuda a la Democracia Española) y organizó una gala benéfica llamada «Estrellas por España». Una expresión práctica de esta vinculación entre la música *swing* y la política de izquierdas se podía encontrar en el primer cabaré sin separación racial y club nocturno del Frente Popular, el Café Society de Greenwich Village. Anunciado como «Lugar de encuentro de celebridades, debutantes y plebe», al club asistían estrellas como el boxeador Joe Louis, el comprometido actor y cantante Paul Robeson e incluso Eleanor Roosevelt.

Los músicos negros como Duke Ellington y Count Basie ofrecían «un ejemplo y unos objetivos» a los jóvenes negros. Para el escritor Ralph Ellison, la exposición que permitían a los músicos negros en un momento en el que los únicos héroes posibles eran los deportistas (como el campeón mundial de los pesos pesados, Joe Louis; y Jesse Owens, medalla de oro en los Juegos Olímpicos), eran «noticias del extranjero». Pedía que «todos aquellos que escriben con tanta erudición que los chicos negros no tienen figuras masculinas con las que identificarse, consideren la prolongada carrera internacional de Ellington y su banda».

La relación entre todas estas facciones no fue siempre armónica cuando el *swing* se convirtió en un negocio muy rentable. Muchos negros de bandas mixtas eran adorados sobre el escenario y tratados como basura lejos de los focos. Las emisoras de radio también temían el boicot del público sureño y de potenciales anunciantes, por lo que limitaban sus espacios a pioneros del *swing* como Count Basie y Chick Webb. Las bandas de negros, por tanto, perdían la exposición, el aplauso y los ingresos de sus compañeros blancos. Era una repetición del Renacimiento de Harlem.

Tampoco fue siempre sencillo el vínculo entre la izquierda y el *swing* . Había un salto generacional entre los chicos del *swing* y sus compañeros más mayores. Tal y como señalaba la revista *Variety* : «Los adolescentes de 1938, gracias al *swing* y a sus bailes, eran especímenes en gran medida diferentes de los jóvenes serios y conscientes de la crisis económica de principios de los años treinta, los cuales se habían rebelado contra sus mayores incorporándose a sindicatos y diversos movimientos "progresistas". Estos jóvenes, que pronto llegarían a la treintena, miraban a sus sucesores adolescentes con un desprecio manifiesto».

Pero no había quien detuviera el *swing* . A finales de agosto de 1938, hasta 100 000 aficionados llenaron el estadio Soldier Field de Chicago para una celebración masiva llamada Chicago Swing Jamboree. Un número similar se apiñaba en el exterior, empujando, hasta que «con un chirrido ensordecedor» las puertas quedaron abiertas. En el interior del estadio la atmósfera era la de «una bacanal de buguibugui en un bar de Nueva Orleans». «Parecía que toda la generación más joven de la ciudad (una generación nacida después de la Guerra Mundial y herida por la Gran Depresión) se soltaba el pelo, perdía el sombrero y bailaba donde hubiera espacio para hacerlo con los acalorados ritmos acelerados de gorilas del *gutbucket* ».

Cuando la banda de Jimmy Dorsey empezó a tocar «Flat Foot Floogie», la ya enfebrecida multitud estalló y empujó las plataformas de baile, subió a las gradas del estadio, hizo que la banda huyera para buscar cobijo y rompió parte del equipamiento del escenario. Mientras se restablecía el orden, los fanáticos marcaban sus propios ritmos para acompañar a un grupo de chicos y chicas negros que avanzaba bailando entre la multitud. La prensa de Chicago quedó atónita ante esta muestra masiva de «éxtasis *jitterbug* »: un periódico la consideró «quizá la más extraña manifestación de exuberancia juvenil desde la malhadada cruzada infantil de la Edad Media».

Sin embargo, lo más alarmante era que la multitud presentaba una mezcla étnica (como los ideales que promovía la propia música). El *swing* logró algunos progresos ante la segregación racial: las grandes orquestas, por ejemplo, se hicieron mixtas una década antes que las organizaciones deportivas o militares. Esta característica «remezclada» resultaba increíble para los adultos más críticos. El obispo católico de Dubuque (Iowa) denunció que el *swing* era

«diabólico» y «comunista»: «Permitimos que las orgías improvisadas del *jazz* , los *jitterbugs* y los ritmos caníbales ocupen un lugar en nuestra organización social de las cosas y engatusen a nuestra juventud hacia el camino de rosas que conduce al infierno».

■ ■ ■

La creciente popularidad y protagonismo público del *swing* era un hecho: después de casi una década de encontrarse perdida y en desventaja por la Gran Depresión, la juventud de Estados Unidos empezaba a recuperar su posición de privilegio. Esto se reflejaba en la producción de Hollywood. Los condenados y crueles parias de películas como *El enemigo público* y *Nuestros hijos* fueron reemplazados por los chicos de la calle de *Forja de hombres* (un gran éxito en 1938 protagonizado por Spencer Tracy y el ingenuo Mickey Rooney), que parecían responder a un tratamiento justo y compasivo. No eran malvados en lo esencial, la vida los había tratado mal.

El Código de Producción significó que en la segunda mitad de la década las descripciones salvajes de la delincuencia juvenil se hicieran poco comunes. Excepto los «Dead End Kids» (los «chicos malos indigentes» que, alternando descaro y amenazas, se hicieron con toda la atención en la bastante teatral *Calle sin salida*), los adolescentes más destacados de Hollywood había que encontrarlos en la serie de largometrajes de los personajes Henry Aldrich y Andy Hardy. Estas películas, ubicadas en el clásico espacio de los *boy books* de las ciudades pequeñas, fueron extremadamente populares: el actor que encarnó a Andy Hardy, Mickey Rooney, fue el que más recaudó en Estados Unidos en 1939.

Al contrario que Hollywood, la industria musical no contaba con un código de buenas prácticas impuesto desde fuera. No era posible prohibir la música por sus connotaciones. En lugar de eso, las autoridades empezaron a prestar una atención cada vez mayor a la vinculación entre los músicos y las drogas, que había quedado expuesta con el sonado arresto de Louis Armstrong en 1931 por posesión de marihuana (solo unos meses después de que Harry Anslinger fuera nombrado comisario al cargo de las campañas antidroga). Como todo el mundo, los agentes de la ley tienen sus propios programas de

fomento del empleo. Con la ley seca muerta y enterrada, era necesario un nuevo demonio.

Anslinger puso en su punto de mira a la marihuana vinculada al *jazz* en concreto y su campaña se vio impulsada por relatos terroríficos con mucha circulación. El más famoso fue el artículo de julio de 1937 que Anslinger escribió junto con el amanuense de J. Edgar Hoover, Courtney Ryley Cooper. Se llamaba: «Marihuana: asesina de jóvenes». Decidieron señalar la creciente popularidad de una droga que aseguraban era tan peligrosa como una «serpiente de cascabel». En confesiones sensacionalistas como «Yo fui un maniaco de la hierba», aparecida en *True's* , y películas como la efectista *Reefer Madness* , la marihuana estaba presente en una nueva explosión de delincuencia juvenil, suicidios y asesinatos en serie.

La denuncia que hizo Anslinger de la droga como nuevo enemigo público número uno fue todo un éxito. En 1937, la aprobación de la ley tributaria de la marihuana convirtió en ilegal su posesión sin fines médicos. Anslinger también trató de ampliar su vinculación con los músicos: en la década de 1930, casi toda banda importante de *swing* grabó al menos una canción sobre porros o «víboras». Sin embargo, la marihuana no pasó en gran medida al público blanco. Incluso el estudio sinóptico (cuando no histérico) que hizo Courtney Ryley Cooper de la delincuencia juvenil de finales de los años treinta, *Designs in Scarlet* , encontró poca evidencia patente de su consumo.

Estas campañas no lograron evitar que el *swing* ocupara su espacio como parte reconocida de la cultura mayoritaria de los adolescentes estadounidenses. El reportaje de la revista *Life* «Problemas con la juventud: 1938» mostraba, entre los elementos representativos seleccionados con esmero, a un «oficinista» de dieciocho años de Maryland, Kenneth Jones, que no fumaba, no bebía y quería ser «político republicano». Eso sí, este chico cualquiera pasaba el tiempo libre que le dejaba su correduría de seguros tocando la batería en una banda de *swing* y escuchando discos de Jimmie Lunceford con «su chica».

Para algunos comentaristas, el entusiasmo de estos jóvenes aficionados al *jazz* aportaba un optimismo y un brío muy necesarios: un tónico para un país cansado. «El *swing* es la voz de los jóvenes que tratan de hacerse oír en este veloz mundo nuestro –opinaba *The New York Times* a principios de 1939–. El *swing* es el tempo de nuestros tiempos. El *swing* es real. El *swing* está vivo».

Según fue cruzando el Atlántico la cultura estadounidense, la excitación musical y los cantos de sirena de la libertad que portaba el *swing* atrajeron a los jóvenes europeos que, ante la muerte en vida que suponía el fascismo o el gris callejón sin salida del desempleo, empezaron a soñar con algo mejor.

■ ■ ■

El *swing* comenzó a llegar a Europa a finales de los años treinta. La afición por el *hot jazz* de británicos y franceses se había establecido en los años veinte y la llama se había mantenido viva gracias a un núcleo duro de estudiantes que se apiñaba para ver a las estrellas de gira como Louis Armstrong o Duke Ellington. La visita de Cab Calloway en 1935 a Reino Unido quedó marcada por una actuación en Manchester donde «la gente saltó al escenario y luego trató de arrancarnos la ropa cuando salíamos del teatro». Alcanzado el ecuador de los años treinta, habían nacido revistas especializadas como *Hot Music* y *Swing* y el crítico francés Charles Delaunay publicó su pionera *Hot Discography.*

En 1938, *Picture Post* defendió el estilo musical en un artículo titulado «Locura por el baile en EE. UU.»: «Estados Unidos se ha vuelto loco con el *swing* , pero es una locura maravillosa. Los psicólogos parecen sabios y murmuran palabras a 10 dólares, pero la raíz de todo el asunto es la alegría: la alegría de vivir en una tierra donde divertirse no es delito y donde un *killer-diller* es un artista de *swing* de moda y no un experto en gas venenoso».

La entrada del *swing* en Gran Bretaña se vio limitada por la prohibición que el Sindicato de Músicos aplicó a las bandas estadounidenses en 1935. La moda que prevalecía entonces era la de los bailes con pasos preestablecidos (el foxtrot, el vals o el *quickstep*), pero hacia el final de la década el estilo libre del *swing* se popularizó. En noviembre de 1938, un informador de Mass-Observer vio en el Locarno, un local del londinense barrio de Streatham, un nuevo estilo de baile llamado *trucking* [desenfadado]: «La idea de la música *swing* es que se baila según se avanza; esta gente está haciendo *swing* con los pies, arrastrando los pies a su aire y brincando; está en el extremo opuesto de los pasos formales del foxtrot». Las danzas animales habían vuelto con otro disfraz y, como en la década de 1910, eran para muchos clientes de los salones de baile una intromisión foránea.

Ni en Gran Bretaña ni en Francia se consideró excepcional la adopción, aún minoritaria, del *swing* . Sin embargo, en Alemania, ser aficionado era más peligroso. El régimen había despreciado el *jazz* desde el principio. Su perspectiva la resumió un líder de las Juventudes Hitlerianas en el verano de 1936: «Los negros tienen una sensibilidad muy pronunciada para el ritmo y su "arte" quizá sea autóctono, pero aun así resulta ofensivo para nuestros sentimientos. Sin duda, esta cosa está bien entre los hotentotes, no en una sala de baile alemana. Los judíos, por otra parte, han ingeniado estas aberraciones a propósito».

La Alemania nazi había sido un Estado muy censurado desde sus primeros días. En septiembre de 1933, el ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, había instituido la Reichskulturkammer, con seis secciones separadas para la radio, el teatro, el cine, la literatura, la prensa y la música. La Reichsmusikkammer pretendía controlar las actividades de todos y cada uno de los músicos de Alemania, para lo que introdujo tarjetas de afiliación sin las que estaba prohibido tocar en público. En diciembre de 1937 quedó prohibida de forma oficial la música «foránea».

La Reichsrundfunkkammer se encargaba de censurar la radio. Este medio era esencial para la propaganda de Goebbels y, además de plagarlo de discursos y canciones nazis, lo llenó de música ligera de calidad. El *jazz* suponía un asunto espinoso después de haber logrado un considerable éxito en la República de Weimar a través de artistas extranjeros como Josephine Baker o Sidney Bechet y de bandas locales como los Syncopators de Stefan Weintraub. Aunque era considerado por muchos nazis «la podredumbre de una sociedad decadente», el *hot jazz* era parte de la sociedad tecnológica y consumista que el régimen siguió promoviendo hasta finales de los años treinta.

Controlar los medios de comunicación de masas no era tan sencillo como pudiera parecer. Los clubes que sobrevivieron hicieron pleno uso de las grietas de su Estado totalitario. Hasta finales de 1937, grupos reducidos de Düsseldorf (el International Rhythm Club), Berlín (el Melodie Klub) y de otras ciudades como Leipzig podían todavía comprar discos de *jazz* producidos en Alemania. Asimismo, podían viajar dentro del país para ver a las bandas. Gracias a la potente transmisión de Radio Luxemburgo, era posible también escuchar

actuaciones sin censura y, puesto que los desplazamientos al extranjero no se restringieron hasta 1938, incluso ir a otros países a conocer a sus ídolos.

La posición del *jazz* seguía siendo ambigua. Era perseguido activamente por el grupo policial de las Juventudes Hitlerianas con la legislación aprobada en 1936. Se producían frecuentes escenas como la destrucción de discos que tuvo lugar cuando unas tropas de asalto encontraron a un grupo de adolescentes escuchando *jazz* en una playa del Báltico. Los espías de la Reichsmusikkammer, fácilmente reconocibles por su desaliñado atuendo, eran detectados con regularidad en clubes y salas de baile. Al mismo tiempo, no obstante, Goebbels se vio obligado a ceder ante la afición alemana por el *jazz* y emitir, a altas horas de la noche, un mínimo de tibias producciones locales en la red de emisoras nacional.

Las dificultades de ser un entusiasta del *jazz* se soportaban de buena gana porque la música contenía la promesa de otro mundo. El grupo de edad nacido entre 1920 y 1925 había soportado el peso de la presión para alistarse en las Juventudes Hitlerianas, pero un pequeño, aunque persistente, número de clubes continuó viviendo el *jazz* hasta donde era posible. Los miembros del International Rhythm Club de Werner Daniels, con sede en Düsseldorf, adoptaron todos nombres anglosajones y se saludaban con un «*Swing high!* ». Identificados con los negros de Harlem y no con las Juventudes Hitlerianas, formaron una banda de *jazz* de aficionados antes de que la obligación del servicio militar los reclamara.

El grupo más numeroso era la *Swingjugend* , los chicos del *swing* , de Hamburgo. Centrado en torno a adolescentes cosmopolitas como Demetrius «Kaki» Georgiadis, chipriota-alemán; y Andreas Panagopoulos, griego nacido en los Países Bajos, formaron la «camarilla de la pista de hielo» en el invierno de 1937. Empezaron reuniéndose en las viviendas de sus acaudaladas familias, vestidos con prendas extravagantes y manifestando una insultante predilección por la música anglosajona. En aquel momento inicial, su objetivo no consistía en otra cosa que pasárselo bien. Sin embargo, cuando se decidieron a salir fuera, recorriendo arriba y abajo las calles más distinguidas de la ciudad silbando melodías, empezaron los problemas.

La introducción del «baile social» denominado *swing* en la segunda mitad de 1937 llevó a los aficionados al *jazz* a un enfrentamiento abierto con las

autoridades. Ligeramente basado en el *Lindy Hop* que aparecía en la película estadounidense *Melodía de Broadway 1936* , el baile del *swing* enfatizaba los movimientos ágiles en pareja. Se bailaba mejilla con mejilla, pero según el historiador Michael Kater, los bailarines «habitualmente seguían la alocada velocidad de la banda propulsora, alejándose y acercándose sin dejar de rebosar sexualidad». Comparado con la versión de imitación nazi, este baile salvaje era más excitante para los *Swing Heinis* o S*wing Babies* .

El *swing* contravenía la rígida disciplina militarista que los nazis querían inculcar a toda la juventud alemana. En 1937, las SS censuraron abiertamente a Benny Goodman y George Gershwin. Más tarde, se aprobaron normativas locales para prohibir bailar *jazz* en público. En Hamburgo, el coadjutor local condenó el *swing* como «una de las excrecencias más terribles del periodo de danzas negras». En Berlín, la sala de baile Moka Efti vio aparecer carteles similares con el mensaje: *verboten* . Sin embargo, estos esfuerzos por mantener el control pudieron ser ignorados por la *Swingjugend* . El panóptico de Goebbels todavía no lo vigilaba todo.

■ ■ ■

En dirección inversa, el virus nazi había cruzado el Atlántico. En febrero de 1939, el Amerikadeutscher Bund (Liga Germano-Americana) celebró su concentración más numerosa hasta el momento en el Madison Square Garden. «El gran auditorio estaba atestado, con 20 000 hombres, mujeres y muchos niños –escribió el investigador infiltrado John Roy Carlson–. Sobre el estrado de los oradores se elevaba una gigantesca figura de George Washington flanqueada por esvásticas gigantes. ¡Desde algún lugar del fondo de la sala llegó el sonido apagado de unos tambores cuando una legión de nazis uniformados, con 1200 integrantes, empezó a desfilar con banderas con esvásticas y los estandartes del Partido Nacionalsocialista Alemán!».

Pese a la intención declarada de las organizaciones fascistas de crear grupos juveniles en las universidades de todo el país, los jóvenes a los que atraían sus medidas eran «de hogares rotos o desmoralizados, fundamentalmente, y tenían historiales de delitos sexuales, indisciplina, hurtos u otros comportamientos antisociales». Carlson tomó nota del diálogo de un «típico» seguidor del pastor

Charles E. Coughlin, con un marcado acento dialectal: «"Lee Justicia Social y aprende cómo solucionar la cuestión judía". "¿Cómo?". Me volví hacia el joven, que tenía la cara cubierta de granos y catorce o quince años. "¡Poniéndolos en fila delante de la pared y dándoles su ratatatatá!».

Las encarnizadas batallas callejeras eran el contexto de la novela de James T. Farrell sobre un joven seguidor de Coughlin, *Tommy Gallagher's Crusade* . Su protagonista fascista podía ser poco más que un incordio, pero la agrupación germano-estadounidense consituía una amenaza política más seria. Formada por Fritz Julius Kuhn, veterano del Putsch de Múnich, [5] el objetivo del Amerikadeutscher Bund era lograr apoyos para Hitler en Estados Unidos y ofrecer a los estadounidenses de origen alemán, que habían sufrido prejuicios en su contra durante la Primera Guerra Mundial, una oportunidad para conocer sus orígenes. En sus programas juveniles, los niños aprendían alemán y a saludar a la esvástica.

Cuando Carlson se infiltró en un campamento de la organización en Long Island (uno de los veinticuatro que había en Estados Unidos), se encontró con un miniestado nazi: «A las tres en punto llegó un camión y doce miembros uniformados de la Jugendschaft salieron en fila. La Jugendschaft (división juvenil masculina del Bund) tomaba como modelo a las Juventudes Hitlerianas. Llevaban insignias con una esvástica y su emblema: un pequeño rayo dentado contra un fondo negro. Las pequeñas dagas que portaban tenían la inscripción: *Blut und Ehre* (Sangre y honor), que implicaba la eterna lealtad a la patria».

Estos preocupantes acontecimientos se producían en pleno empeoramiento de la situación internacional. Llegado el verano, el estado de ánimo de Estados Unidos era tenso como ante la cercanía de una tormenta: los diarios estaban ocupados con la crisis de Danzig, con columnas que defendían una posición aislacionista. En agosto, la portada del *New York Daily Mirror* mostraba a Helen Vooros, integrante a sus diecinueve años del *Bund* de Brooklyn, haciendo el saludo nazi. Su declaración ante el un-American Investigating Committee (Comité de Actividades Antiestadounidenses) presidido por Martin Dies fue clara: «Alemania –aseguraba– espera conquistar Estados Unidos en el futuro».

Esta amenaza parecía verosímil porque, diez años después del Crac de la Bolsa, más de un cuarto de los jóvenes que salían del sistema educativo no conseguía encontrar trabajo. Los hijos de la explosión de natalidad de los años veinte iban peligrosamente a la deriva. Un amplio estudio realizado por la American Youth Commission (Comisión de la Juventud Estadounidense), *Youth Tell Their Story* , señalaba que los adolescentes estadounidenses «holgazanean de forma considerable y preferirían hacer algo». Courtney Ryley Cooper estimaba que «entre 4 y 5 millones de jóvenes de dieciséis a veinticinco años están fuera del sistema educativo y laboral y pasean sin rumbo por sus comunidades en busca de alguna salida para su energía».

La juventud estadounidense estaba en apariencia preparada para cualquier cosa (asesinatos, disturbios o la revolución) y en este momento crucial no había, según el ensayista y periodista Walter Lippman, «ninguna fe segura» que pudiera lograr su apoyo. En un texto introductorio para el reportaje central sobre «El futuro de Estados Unidos» publicado en junio de 1939 por la revista *Life* , Lippman invocaba la idea de John Fiske del Destino Manifiesto. «Nuestras preferencias personales cuentan poco en los movimientos relevantes de la historia –concluía–. Lo que Roma fue en la Antigüedad, lo que Gran Bretaña ha sido para el mundo moderno, Estados Unidos lo será para el mundo de mañana».

El estímulo para estas predicciones de adivino provenía de la apertura de la Exposición Internacional de Flushing Meadows (Nueva York) de 1939. Desde la Exposición Universal de Chicago, en 1893, Estados Unidos había destacado en este tipo de acontecimientos efectistas. Con el lema «El mundo del mañana», la exposición de 1939 era una verdadera muestra internacional, con contribuciones de más de sesenta naciones (Alemania no participó). Al mismo tiempo, las formas aerodinámicas de los pabellones y la combinación en el logotipo de las construcciones más emblemáticas, el Perisphere y el Trylon, se reprodujeron por todo el mundo: símbolos de ensueño de la futura utopía tecnológica.

La Exposición Internacional contó con mucha publicidad anticipada. «Una vez que has visto el Mundo del Mañana –señalaba con entusiasmo *Harper's Bazaar* – ya no puedes mirar atrás». El reportaje de *Harper's* vendía la exposición a un público adolescente: «El 30 de abril de 1939 vamos a empezar

a mirar al futuro. No al futuro que imagina una vieja adivina, sino al futuro real, contado por científicos, arquitectos, artistas, inventores y deslumbrantes expertos en un fantástico nuevo mundo surgido de una escombrera en las llanuras de Flushing. Quizá entres como una chica de hoy. Saldrás siendo una chica del mañana».

■ ■ ■

En este caluroso y lánguido verano, Metro-Goldwyn-Mayer estrenó en Nueva York *El mago de Oz.* Habían sido necesarios dos años para que esta versión del clásico de Baum llegara a las pantallas, transcurridas casi cuatro décadas desde la publicación del libro. El estudio había planteado la cinta como una epopeya que compitiera por el dominio del mercado que ejercía la estrella de la Fox, Shirley Temple, la actriz que más recaudó en 1936, 1937 y 1938. Estaba también diseñada en consonancia con la moda instalada en Hollywood que los guionistas Florence Ryerson y Edgar Allan Woolf llamaban «una estampida de vuelta a los días sencillos y sin tribulaciones de la infancia».

Para conseguir esta idílica simplicidad, *El mago de Oz* había requerido un rodaje considerablemente complejo. Con muchas tomas en estudio, un reparto inmenso de extras y arrolladoras innovaciones tecnológicas, el proceso de producción requirió casi seis meses y superó de largo lo presupuestado, pues terminó por costar casi el doble que cualquier gran apuesta típica de la MGM. El estudio tenía una importante suma que recuperar, por lo que puso en marcha una campaña promocional masiva que empezó en mayo de 1939 y siguió creciendo en los siguientes tres meses hasta terminar con la proyección de la película en innumerables salas de todo el país.

Se utilizaron todos los medios, ya fueran postales gratuitas, folletos, carteles en los vestíbulos de las salas, paneles, productos oficiales y lujosos libros promocionales, o multitud de fotogramas diferentes y textos dirigidos de forma individualizada a los distintos periódicos y revistas de gran tirada. La melodía principal de la película, «Over the Rainbow», había sido compuesta por Yip Harburg y Harold Arlen como «una canción de añoranza». Cantada por la actriz protagonista, Judy Garland, de dieciséis años, cuando llegó el mes de agosto era ya la canción más reproducida en el país.

MGM decidió enviar a Judy Garland de gira coincidiendo con el estreno de la película en cada ciudad. La nueva estrella estaría acompañada por el actor joven más destacado: Garland y Mickey Rooney ya habían trabajado juntos en *Andrés Harvey se enamora* (1938) y el estudio quería promocionar el siguiente musical de la pareja: *Los hijos de la farándula* . Ambos eran experimentados y populares veteranos del vodevil, pero ninguno podía haber previsto la acogida que recibieron desde su primera aparición (en Washington, el 9 de agosto) y que siguió creciendo tres días más tarde en Connecticut.

La campaña de publicidad alcanzó su punto culminante en Nueva York. El concurso para formar parte del «comité oficial de bienvenida», de 150 miembros, había recogido 250 000 solicitudes. Cuando Garland y Rooney llegaron a Manhattan a mediodía del lunes 14 de agosto, los escasos elegidos se vieron superados por una «multitud delirante, sudada y que chillaba detrás de los cordones de seguridad». Diez mil admiradores llenaban la terminal ferroviaria Grand Central. El *New York Daily News* publicó una imagen de Judy Garland con los brazos extendidos, como crucificada, entre dos policías que intentaban rescatarla, con el rostro compungido en una mueca de dolor y sorpresa.

El día del estreno oficial en el Capitol Theater, el jueves 17, la cola había empezado a crecer en Broadway a las 05.30. Cuando se pusieron a la venta las 5000 entradas a las 08.00, la policía estimaba que 15 000 personas esperaban delante del teatro y terminaron formando una hilera que daba cinco o seis vueltas sobre sí misma y rodeaba la manzana entre las calles 50 y 51, Broadway y la Octava Avenida. Esta vez, los periodistas prestaron atención a la muchedumbre, compuesta fundamentalmente por mujeres, y concluyeron que «en torno al 60 % de la multitud era menor de edad».

Aturdidos por esta recepción, Garland y Rooney se recuperaron con rapidez y dieron lo mejor de sí mismos en los números de baile y las canciones que salpicaban las actuaciones de la película propiamente dicha. Concluida la jornada, habían ofrecido siete sesiones a 37 000 espectadores. Según la revista *Hollywood Reporter* : «Quienes no pudieron entrar llenaron casi todas las demás salas de Broadway y atestaron restaurantes, puestos de refrescos y tiendas de golosinas». Gracias a la entusiasta promoción, el patrón se mantuvo durante cerca de dos semanas hasta la última aparición de Rooney, el 30 de agosto:

actuaciones con salas a rebosar, calles tomadas por el público y estrellas asediadas.

Se habían producido otras aglomeraciones masivas motivadas por actores de cine, en especial tras la muerte de Rodolfo Valentino en agosto de 1926. Sin embargo, esta toma por asalto de las calles de Manhattan se vio señalada por las características de la multitud (que no era morbosa ni violenta) y por la de las estrellas, con mucha más vitalidad en esta ocasión. La respuesta del público se produjo casi a pesar de Hollywood, que conocía muy poco el mercado adolescente. Pese a la campaña publicitaria, *El mago de Oz* no había sido concebida como una película juvenil, sino como un cuento de hadas que se había visto superado por la creciente popularidad de sus dos estrellas.

Tampoco eran estos los adolescentes típicos. Judy Garland y Mickey Rooney eran un resultado muy específico de una educación insegura e itinerante en el vodevil: en poco se parecían a los chicos normales. También encarnaban el salto de edad que había marcado la publicidad adolescente hasta el momento. Aunque encumbrado por Hollywood como «el espíritu y la personificación de la juventud», Rooney medía 160 centímetros, una altura escasa para su edad. Con diecisiete años, podía aparentar doce, como hizo en *Forja de hombres* , la cinta hecha a su medida en 1938: «La mayoría de los actores llega a una edad en la que empiezan a crecer y alcanzan lo que se llama la edad larguirucha –comentaba el actor–. Entonces tienen que dejarlo. Pero yo no crecí así».

Su compañera era también extravagante. Judy Garland, contratada en el «reino feudal» de la Metro-Goldwyn-Mayer en 1935, había sufrido una continua remodelación de su aspecto físico desde los trece años. Su cuerpo (defectuoso desde la perspectiva de Hollywood) era moldeado sin contemplaciones: corsés para la cintura, fundas para los dientes o anfetaminas, en 1937, cuando se la consideró pasada de peso. Con dieciséis años, durante el rodaje de *El mago de Oz* , Garland actuaba con los pechos vendados para aparentar doce, un lugar intermedio entre la niña Dorothy del libro y la adolescente del musical de 1902. Sin embargo, poco significaba para sus seguidores el proceso industrial de conversión de humanos en estrellas.

Los deseos del joven público (de algo propio, de una excusa para vivir sus fantasías) conformaron el espectáculo. Una vez que entraron en el Capitol,

encontraron lo que querían: nuevas tecnologías deslumbrantes que aportaban a las secuencias en color «una cualidad extraña, intensa» y suponían una metáfora de su propia situación. Cuando el filme saltaba del sepia monocromo a un color hiperintenso, veían la anodina vida de Dorothy abrirse hacia una búsqueda de la libertad, la amistad y la transformación en la que podían encontrar amigos parecidos a ellos mismos y convertirse en lo que quisieran ser.

El 27 de agosto, Judy Garland y Mickey Rooney visitaron la Exposición Internacional, que prolongó su jornada específicamente para la realeza recién coronada de la nueva cultura juvenil. Durante un par de horas montaron en la «Estratonave», el «Paseo aéreo», el «Camino del Mañana» y pasearon por el edificio Ford. Visitaron el Teatro del Tiempo y el Espacio y la exposición temática central, donde se podía observar «Democracity», la «ciudad de jardines, planeada e integrada, del mañana». Para Garland fue, según recordaría más tarde: «La noche más maravillosa de mi vida».

El 29 de agosto de 1929 los grandes almacenes Macy's de Nueva York tiraron la casa por la ventana con anuncios a página completa de los «Vestidos Judy Garland», que estaban a la venta en su «Centro Juvenil» especial. Había también productos relacionados con los espectáculos del Capitol y una columna lateral que mostraba un sombrero «Mago de Oz». «Diseñados para Judy Garland y seleccionados por ella misma», estos vestidos con cintura de crepé y lana estaban dirigidos a «Chicas adolescentes que tienen la misma edad que Judy [...], chicas en crecimiento con ideas de adultos. Creen con seguridad que nadie es demasiado joven para un cierto nivel de glamur». Tres días después, Europa entró en guerra.

■ ■ ■

1. Cortesía del profesor Harry D. Gideonse, de la Columbia University, citado en The New York Times, 2 de noviembre de 1938.

2. También había joyería para jitterbugs que comercializaban los grandes almacenes Macy's: alfileres con la forma de diferentes instrumentos musicales.

3. Después del Crac de 1929, el término jitters (movimientos nerviosos, jitterbug: quien se mueve de

esta forma) reemplazó a heebie-jeebies para denotar una ansiedad extrema. Jittersauce se afianzó como sinónimo de «alcohol» durante la ley seca, a modo de reflejo del desastroso impacto de las bebidas adulteradas en el sistema nervioso.

4. En realidad se trataba de un seudónimo del historiador Eric Hobsbawm.

5. Había emigrado a Detroit para trabajar en la fábrica Ford y se vio alentado por el antisemitismo expresado por Henry Ford en The Dearborn Independent, el semanario propiedad del magnate.


SEXTA PARTE
1939-1943

CAPÍTULO 22

Conquistadores y líderes supremos

Las Juventudes Hitlerianas en la guerra y en Alemania

■ ■ ■

En toda época histórica una ley ha demostrado invariablemente su inmutable verdad: la juventud siempre triunfa sobre la madurez. Las viejas naciones tienen que desaparecer cuando llega su hora. ¿Quién puede esperar razonablemente otro resultado en este momento en el que una nación, consciente del poder de su juventud, ve en otra un mero grupo de viejos pendencieros que han perdido la fe incluso en su propio pueblo? En otras palabras: el secreto de nuestras victorias militares descansa en nuestra conquista de los síntomas de la senectud.

Schwarze Korps , publicación de las SS, agosto de 1940.



Las Juventudes Hitlerianas combatiendo el fuego, década de 1940.

Si el totalitarismo fue uno de los inventos clave del siglo XX , la Alemania nazi supuso su manifestación más vigorosa: un Estado cuasimístico construido en torno a los principios bélicos, el sacrificio, la muerte y el control absoluto. Como señaló el líder organizativo del Gobierno, Robert Ley: «En la Alemania nacionalsocialista el denominado individuo particular no existe». En el mundo nazi no había grises, no había término medio. Todo era blanco y negro, a favor o en contra; la reducción del nacionalsocialismo a una elección: victoria o aniquilación. Y los adolescentes alemanes estaban en primera línea de batalla.

Aunque la inmensa mayoría de los jóvenes alemanes pertenecía a las Juventudes Hitlerianas en septiembre de 1939, no era suficiente. Poco después de que estallara la guerra existían cuatro organizaciones, al menos, con responsabilidad en la vigilancia de los jóvenes que castigaban a los disidentes o a quienes decidían dar un paso atrás con sanciones en orden creciente: arrestos de fin de semana, trabajos forzados, campos de concentración o la ejecución. De los aproximadamente 1800 presos asesinados por motivos políticos durante la Segunda Guerra Mundial en una de sus prisiones, la *Zuchthaus* de Brandeburgo, 75 tenían menos de veinte años, 22 eran estudiantes y uno acababa de cumplir los dieciséis años.

La movilización que suponía la guerra total exigía incluso más controles, más fanatismo, al alcanzar nueva cotas la obsesión nazi por manipular la educación. En diciembre de 1940, Adolf Hitler perfiló su programa para las nuevas instituciones de élite de la Alemania nazi. Estas tendrían que admitir a los hijos de los obreros y los campesinos, que hasta entonces no habían accedido a la educación superior: «Es maravilloso imaginar un Estado en el que en el futuro todo puesto estará ocupado por los hijos más capaces de nuestro pueblo, con independencia de su origen, un Estado en el que la cuna no significará nada y los logros y las capacidades, todo».

Pero, como siempre, existía un enemigo mortal. En el mismo discurso, Hitler clamó contra la democracia: «Estos dos mundos son los que se enfrentan hoy. En su lado, podemos ver un Estado gobernado por una fina capa, las clases altas, que envían a sus hijos de forma automática a instituciones específicas como Eton. Del nuestro, vemos las escuelas Adolf Hitler y los Institutos Nacionales de Educación Política. Dos mundos. En un caso, los

hijos del pueblo, en el otro, únicamente los hijos de una aristocracia financiera. Reconozco que uno de los dos mundos habrá de derrumbarse».

A partir de 1939, la Alemania fascista se enfrentó a las democracias capitalistas. Hasta ese momento, el Führer había maldecido al tercer elemento en este juego de poder mundial, la Unión Soviética, y, de hecho, había alcanzado el poder sostenido por el furioso anticomunismo de su partido. Una vez firmado el pacto germano-soviético de agosto de 1939, no obstante, la maquinaria bélica nazi quedaba libre para fijar sus objetivos en Europa Occidental. El régimen estalinista, por su parte, empezó la guerra participando en la repartición de Polonia. Ante las fuerzas opuestas de las tres sociedades de masas, la juventud de Europa quedó atrapada en un inflexible tornillo de banco.

■ ■ ■

En septiembre de 1939, la juventud alemana estaba mejor preparada para la guerra que ninguna otra en el mundo. Con su formación general premilitar y sus conocimientos especializados en organización por tierra, mar y aire, las Juventudes Hitlerianas se incorporaron sin dificultad a la maquinaria bélica que, muy afinada, durante un tiempo barrió cuanto se le puso por delante. Como fichas de dominó caían los países: Polonia, en octubre de 1939; los Países Bajos, en mayo de 1940; Bélgica, dos semanas más tarde; Francia, transcurridas menos de cuatro semanas. También hubo campañas victoriosas en Noruega, Dinamarca, Finlandia, el norte de África y el oeste de la Unión Soviética.

En el inicio del conflicto, las Juventudes Hitlerianas contaban con 8,87 millones de chicos y chicas. Los más jóvenes habían nacido en 1929 y los mayores en 1921 y todos llevaban ya años de duro entrenamiento. El militarismo y el expansionismo habían formado parte de la ideología nazi desde sus mismos inicios en el *Mein Kampf* de Hitler: «Los países oprimidos no serán devueltos al seno de un Reich común mediante encendidas protestas, sino con la poderosa espada». La piedra de amolar esta espada había acelerado su velocidad en los años previos a la guerra, con el éxito de las anexiones de Hitler y el perfeccionamiento del sistema educativo nazi.

La gran mayoría de los adolescentes alemanes no había tenido prácticamente ninguna experiencia de democracia, libertad de expresión ni de movimientos. El régimen comprendía con exactitud qué los motivaba, su necesidad de actividad e independencia, que satisfizo con un sistema educativo que enfatizaba los mitos románticos nacionales al tiempo que promovía el deporte, las actividades paramilitares y una ideología racista al extremo. En palabras del propio Adolf Hitler en su *Mein Kampf* : «El que quiere vivir, tiene que luchar, y quien no quiere pelear en este mundo de eterna batalla no merece estar vivo».

El entusiasmo altruista y un idealismo descabellado habían sido parte de la cultura juvenil alemana desde los primeros días del movimiento Wandervogel. El paso de las Juventudes Hitlerianas al servicio militar era tan natural que la mayoría de los jóvenes alemanes hizo esta transición sin cuestionarla. Muchos se alistaron en busca de aventuras, como rememoraría un operador de radio de la Luftwaffe: «Solo tenía diecisiete años y no me afeitaba todavía: las consideraciones políticas no determinaban mi elección. Éramos chicos duros, problemáticos y queríamos experiencias y aventuras».

Incluso quienes albergaban dudas, como Melita Maschmann, con suficiente edad para recordar las consecuencias del último conflicto, se vieron barridos por la fiebre belicista. Mientras viajaba en tren hacia el Este para alcanzar los territorios ocupados, tuvo una revelación: «Una voz en mi interior de pronto me dijo: "Es la guerra: ya no tienes nada más que temer". "¿Qué quieres decir? –pregunté–. No te entiendo". Durante un tiempo hubo un silencio en mi interior. Después la voz respondió: "Cuando mueres no tienes nada más que temer... ¿verdad?". "No –reconocí–, es cierto". "Bien, pues para ti, ya estás muerta". ¡Todo lo que *yo* era había sido absorbido en el *Todo* ! [cursivas en el original]».

Los jóvenes alemanes se vieron barridos por una oleada de euforia nacionalista que parecía incontenible. Las deslumbrantes victorias de 1939 y 1940 legitimaron por completo la ideología nazi para la mayoría de los alemanes. No solo habían dado la vuelta a las humillaciones de 1918, sino que las declaraciones más descabelladas de Hitler se habían concretado en la realidad. El establecimiento de un Reich de mil años parecía inminente (no ya en Europa, sino en todo el mundo) y este sería el imperio de la juventud

alemana. Empezaba la nueva década y ellos se sentían invencibles, parte de una imparable fuerza de la naturaleza.

■ ■ ■

Después del estallido de la guerra, cualquier excusa que justificara que las Juventudes Hitlerianas no eran una organización militar desapareció por completo. Baldur von Schirach se dispuso de inmediato a conducir los amplios recursos de cerca de 9 millones de jóvenes a las múltiples y variadas exigencias de la *Blitzkreig* . Durante los últimos meses de 1939, más de un millón de integrantes de las Juventudes Hitlerianas fue desplegado de forma activa en la ofensiva bélica. Al menos una cuarta parte de todos sus líderes había sido reclutada, por lo que el puesto de *Unterbannführer* , responsable de entre 500 y 600 chicos, pasó a manos de jóvenes de dieciséis o diecisiete años. La juventud verdaderamente guiaba a los jóvenes.

El frenesí de actividades previo a la contienda se vio ahora concentrado en asistir a la *Kampf* patria. Todos los jóvenes de dieciséis y diecisiete años fueron incorporados de inmediato a la recolección de la cosecha, como parte del servicio agrícola obligatorio. En las ciudades, las Juventudes Hitlerianas entregaban tarjetas de movilización y cartillas de racionamiento. Las chicas de la Bund Deutscher Mädel y la Jungmädel ayudaron a evacuar a los niños más pequeños de las zonas de conflicto en el este de Alemania. Algunas también se incorporaron a los hospitales de campaña y a las guarderías estatales o trabajaron en comités de bienvenida en las estaciones ferroviarias, ofreciendo bebida y comida a las tropas que se trasladaban.

Las Juventudes Hitlerianas al completo colaboraron visitando todas las casas para recoger los materiales que requería el esfuerzo bélico: cobre, cuchillas de afeitar, chatarra, papel, latón y botellas. Estas tareas mundanas fueron asumidas con la pasión de una competición deportiva. Un antiguo miembro de las Juventudes Hitlerianas recordaría posteriormente a un compañero entusiasmado: «A la espalda, una mochila llena de botellas, en la mano izquierda, una cesta llena, equilibrada tan solo por una red gigantesca en la mano derecha, también hasta arriba de botellas. Y todo aquello con una cara que parecía que gracias a él y a sus botellas se fuera a ganar la guerra».

En 1940 (designado «El año de Demostración» para las Juventudes Hitlerianas), Baldur von Schirach fue reemplazado en su posición de *Reichsjugendführer* por Artur Axmann, que apostó por racionalizar la organización y adaptar en mayor medida las Juventudes Hitlerianas a las necesidades militares. Los nuevos horarios de entrenamiento exigían a la Jungvolk destinar dos horas a la semana al ejercicio físico y cuatro a deportes de equipo las mañanas de los domingos. Para aquellos adolescentes que se acercaban a la edad de incorporación a filas se organizaron cuatro horas semanales de entrenamiento de puntería y ejercicios sobre el terreno.

La principal responsabilidad conferida de forma específica a las Juventudes Hitlerianas fue la administración de un imperio en rápida expansión. En Europa Occidental, los conquistadores establecieron Gobiernos afines a los que permitieron una razonable autonomía siempre y cuando siguieran las directrices nazis. Numerosos puestos de responsabilidad fueron ocupados por organizaciones fascistas con un largo recorrido, como el Nationaal-Socialistische Beweging de Anton Mussert en los Países Bajos. Francia fue dividida. La Zona Sur la lideraba el mariscal Pétain, mientras que la Zona Ocupada del norte la gestionaba el general nazi Otto von Stulpnagel.

En estos países, la vida continuó con la máxima normalidad posible después de la invasión, excepto para los judíos. En Holanda y Francia se vieron sometidos a un creciente volumen de controles y restricciones hasta la introducción generalizada de la estrella amarilla en el verano de 1942. En el Este, sin embargo, el horror nazi se desplegó al completo de forma instantánea. La campaña polaca estuvo marcada por el extremo salvajismo de los *Einsatzkommandos* : el objetivo era barrer a las clases gobernantes y profesionales polacas, por lo que los sacerdotes, los intelectuales y los profesores (de hecho, cualquier persona con cierta preeminencia local) fueron sencillamente detenidos y fusilados.

El plan nazi era repoblar áreas completas de Europa con la raza elegida: los grupos minoritarios alemanes del este de Europa Central y la población de origen alemán de las zonas que habían sido objeto de disputa desde mucho tiempo atrás: Alta Silesia, el «corredor» de Danzig y Prusia Occidental, así como Prusia Oriental. La sección occidental de Polonia, rebautizada Warthegau, fue señalada específicamente por Hitler como campo de pruebas

para el establecimiento de satélites de pura raza alemana. Hitler encargó a Himmler y a Axmann la aplicación de estas medidas, en tándem. Este era el nuevo Salvaje Oeste y las Juventudes Hitlerianas ejercerían de pioneros.

Melita Maschmann llegó a Poznań para dirigir la oficina de prensa en octubre de 1939. Encontró la región fría y hostil; las ciudades, malolientes y arcaicas; y la población, estúpida y degradada. Sin embargo, apoyaba la misión de colonizar Polonia con población de etnia alemana. Al contrario que algunos de sus compañeros «alemanes del Reich», que entendía que estaban «liberándose de sus neurosis personales con su comportamiento político», ella creía en su «servicio noble y difícil –como más tarde escribió–, con el que creíamos que estábamos cumpliendo con nuestras obligaciones con el Reich. Para el individuo, significaba más que un fortalecimiento de la autoestima».

A pesar de la hostilidad del entorno, el «trabajo de colonización» contribuía a cerrar «las heridas que nuestro sentido del honor había sufrido durante la infancia y la juventud temprana». Viajando por Warthegau como «misionera cultural», Maschmann encontró compensación a las difíciles condiciones: «La burocracia todavía no se había hecho con el mando: casi todo el mundo era un pequeño rey en su limitado campo de acción. Había espacio para el atrevimiento, la imaginación y la iniciativa». Con el transcurso de los meses, fue consciente de que su trabajo simbolizaba una oportunidad para que las mujeres alemanas se reivindicaran en términos de igualdad.

Sin embargo, ese objetivo inmediato no se había logrado aún. Maschmann, enviada en el verano de 1941 a un campo de la «aventura oriental» situado en un distrito remoto, se sometió al mandato de su Führer: «No podemos escatimar esfuerzos ni un minuto». Se vio asediada por responsabilidades de adulto: «Se nos imponían exigencias excesivas de continuo. Teníamos que obligarnos a adoptar un aire de superioridad, independientemente de si sentíamos que teníamos la madurez suficiente para gestionar una situación, y terminábamos por descubrir que, por lo general, lo que intentábamos "salía adelante"».

Los emocionantes días de la *Blitzkrieg* estaban prácticamente acabados cuando el campo de batalla cambió del poniente «civilizado» al bárbaro levante. En junio de 1941, Hitler rompió el pacto con los soviéticos y envió a 3 millones de alemanes rumbo al este para superar las viejas fronteras de Polonia

y Rumanía. Esta sería una guerra de destrucción total. Entre los que se vieron atrapados en el avance figuraba un judío alemán de dieciséis años llamado Salomón Perel: «En cuanto los suspicaces soldados tuvieran la menor duda, les mandaban bajarse los pantalones. Si detectaban que estaban circuncidados, se les enviaba, bajo insultos, al siguiente grupo para ser transportados al bosque donde, finalmente, eran ejecutados».

■ ■ ■

La apertura de un segundo frente también cimentó la creciente influencia de las SS sobre las Juventudes Hitlerianas. Para los jóvenes más ambiciosos, unirse a las SS era la opción preferida. A finales de 1940 ascendían a 150 000 los efectivos de las Waffen-SS, un ejército autónomo seleccionado específicamente para la lucha en el Frente Oriental. En 1941, el máximo responsable de reclutamiento de las SS, Gottlob Berger, empezó a fijar su objetivo en los nacidos en 1923, que tenían entonces diecisiete o dieciocho años. En febrero de 1942, Himmler promulgó una directiva secreta que permitía a las Waffen-SS reclutar por la fuerza a jóvenes menores de edad sin autorización de sus padres o tutores.

En los territorios ocupados la implicación inicial de las SS se limitó a la administración, lo que dejó a las Juventudes Hitlerianas y a la Bund Deutscher Mädel al cargo del trabajo de base. Sin embargo, superado 1940, el imperativo de retorno a la tierra liderado por la Liga Artaman, el grupo juvenil racista y agrario al que había pertenecido Himmler, se convirtió en prioridad. El *Landdienst* , el servicio agrícola asociado a las SS desde 1938, ocupó una posición central. Lo que Himmler quería eran «buenos campesinos defensores»: en octubre de 1940, Artur Axmann confió al *Landdienst* la responsabilidad de otorgar a la «declaración de guerra contra el mundo liberal» de la Liga Artaman «una base mucho más amplia».

La importancia de esta política quedó detallada en 1942, designado «Año de Servicio en el Este y Agrícola». Según Axmann: «La juventud tiene que estar fuertemente vinculada a este territorio anexionado. El Este es el destino de Alemania». Aquel año, 18 000 líderes de las Juventudes Hitlerianas trabajaron en Ucrania y Polonia, al tiempo que 30 000 chicos y chicas realizaban su

servicio en el levante. Como Maschmann, trabajaron de colonizadores, maestros y agricultores y contribuyeron a crear una infraestructura en una región despoblada e inhóspita. Una parte importante de esta actuación sobre el terreno consistía en adoctrinar a la juventud germánica de los territorios ocupados.

La mayoría hizo lo que sus nuevos líderes supremos le ordenaron para lograr sobrevivir. Sin embargo, una reducida minoría a lo largo del noroeste de Europa apoyó de forma activa los objetivos y las actividades nazis; algunos eran fascistas comprometidos, pero muchos otros creían en la visión nazi de una nueva Europa unificada. Para este fin, la lucha contra los odiados bolcheviques constituía un argumento esencial. Jóvenes de Dinamarca, Holanda, Bélgica, Estonia, Letonia, Noruega y Alsacia y Lorena se incorporaron al Reich recién expandido. Una vez aceptada su pureza racial, iban a las *Nationalpolitische Erziehungsanstalten* para un adoctrinamiento completo.

Estos centros escolares de élite habían recibido luz verde para su expansión tras el discurso de diciembre de 1940 de Hitler y reforzaron su agresividad ideológica al verse dominados cada vez en mayor medida por las SS. Con el avance de la contienda, muchos profesores experimentados de las *Nationalpolitische Erziehungsanstalten* fueron reemplazados por personas nombradas por las SS. Estas escuelas empezaron también a expandirse por los territorios del este para iniciar a los jóvenes elegidos de toda la Europa del Este ocupada en las doctrinas de la superioridad racial y la violencia extrema. La máxima aspiración profesional era la incorporación a las Waffen-SS.

Aunque menores en número, las escuelas Adolf Hitler eran incluso más furibundas. El principio central de su ordenación académica residía en la aceptación ciega de las doctrinas y la mitología del nacionalsocialismo, que invalidaba el «autogobierno» de los estudiantes en los centros, pese a ser este un elemento supuestamente esencial. Su principal objetivo era crear una nueva clase que administrara la rápida expansión del imperio nazi (un paralelismo con el veloz desarrollo del sistema de escuelas públicas británicas a mediados del siglo XIX). Esta burocracia, sin embargo, no encarnaría ninguna muestra de los ideales cristianos, sino la brutalidad de la subyugación racial total.

Salomón Perel, rebautizado Josef Perjell, llegó a uno de estos centros de élite en 1942. Había convencido a sus captores alemanes de que tenía origen ario

alemán, por lo que era el candidato perfecto para la rápida progresión en el sistema nazi. Más tarde señalaría: «Edificios residenciales de dos alturas bordeaban el patio. Entre los edificios se encontraban una piscina olímpica, pistas de atletismo y diferentes instalaciones deportivas para practicar atletismo y deportes de equipo. Un edificio alto de estilo neogótico, en cuyo frontón se podía leer el lema "Kraft durch Freude" (fuerza a través de la alegría), cerraba el patio por el otro extremo. En ese último, se encontraba el comedor».

Jóvenes llegados de todos los rincones del nuevo Reich alemán asistían a las clases, que estaban dirigidas a «educar a los futuros mandos de las diferentes organizaciones del partido». Los estudiantes eran agrupados en varios hogares, cada uno destinado a fines específicos: Armada, Fuerza Aérea, comunicaciones, Juventudes Hitlerianas motorizadas y las SS. Incluso el mobiliario y el equipamiento eran ideológicos: en los dormitorios había lemas que señalaban «el deber de "preservar la pureza de la sangre germánica", en especial en las zonas rurales». Otro cartel reproducía el llamamiento «duro como el acero de Krupp» a la juventud alemana.

Armado con su puñal con el lema «sangre y honor» de las Juventudes Hitlerianas, Perjell se incorporó al régimen, para lo que estudiaba *Mi lucha* y *El mito del siglo XX* , de Alfred Rosenberg, y participaba en clases de Teoría de la raza que enseñaban los «rasgos distintivos de los judíos». A sus diecisiete años, Perjell estaba aterrorizado por ser «un luchador solitario en un mar de esvásticas»: «Sentí frío al entrar en la boca del lobo. Si se hubieran percatado, ¡que Dios no lo quisiera!, de que era judío, inmediatamente me habrían despedazado como fieras. Un miedo tremendo se instaló en mi cuerpo. Aún hoy sufro sus consecuencias».

Perjell tenía que cantar un estribillo que se traduciría: «Solo cuando la sangre judía manche nuestros cuchillos, nos sentiremos a gusto». «Ese canto encerraba algo infernal, un odio bárbaro e inhumano. Desde la lejanía se oían retumbar los pasos de sus botas con clavos de acero. Millones de personas habían huido, horrorizadas, de ellos. Su llegada solo hacía temer ocupación y destrucción, bajo la consigna: "Seguiremos avanzando, hasta que todo quede reducido a escombros. Hoy, nos pertenece Alemania, y mañana el mundo entero».

Los jóvenes entraban desfilando al comedor, que estaba engalanado con ardientes esvásticas: «Me di cuenta de que nadie tomaba asiento. Todos se quedaron de pie ante las mesas, con la mirada puesta en una pequeña galería, situada por debajo del alto techo de la parte frontal de la sala. Allí estaba sentado, detrás de un micrófono, el director de servicio, haciendo ademán de pronunciar un discurso. Ponía cara solemne y esperaba hasta que hubieran cesado los últimos susurros. [...] Reinaba un silencio sepulcral. El director tomó la palabra. La acústica de la sala potenciaba, aún más, el volumen de su voz. [...] Logré captar algunas palabras, como "mantener la pureza de la raza", "ser fuerte"».

Dentro de esta élite, las Waffen-SS ocupaban la cúspide. Según uno de sus miembros, este privilegiado grupo «fue el primero en recibir chaquetas de camuflaje; tenían un equipamiento extraordinario; y sabían que tenían el honor de ser utilizados allí donde se les necesitaba desesperadamente. Lo que todo el mundo pensaba siempre era: "¿Cuándo vamos a llegar al frente? ¿Dónde será la próxima misión, la próxima prueba en el campo de batalla?"». Estas eran las tropas de choque del nazismo, la encarnación última de las exigencias de sacrificio que el régimen hacía recaer en los adolescentes. Habían nacido para morir.

En septiembre de 1942 se difundió una convocatoria masiva a todos los movimientos fascistas de Europa para que acudieran a Viena para la fundación de la Europäischer Jugendverband (Liga Juvenil Europea). El objetivo era consolidar el nuevo orden alemán. Entre los participantes estuvieron el movimiento juvenil fascista de Italia, el movimiento juvenil de la Falange Española, la Juventud Rexista valona, las Juventudes Nacionalsocialistas flamencas, las juventudes Nasjonal-Samling de Noruega, el Movimiento Juvenil finlandés, las Juventudes Estatales de Rumanía, las Juventudes Levente húngaras, las Juventudes Nacionalsocialistas danesas y de los Países Bajos, así como representantes de Japón, Bulgaria y Francia.

El nuevo orden mundial de la juventud fascista parecía inminente. Sin embargo, como Melita Maschmann empezaba a descubrir sobre el terreno en Warthegau, los quehaceres diarios no concordaban exactamente con el ideal de la cruzada. Llegaron los burócratas y, con ellos, la corrupción que tanto había temido. Sus frecuentes enfrentamientos con altos funcionarios eran un insulto

a su perfeccionismo: «Un día, me parecía entonces, aquellos jefes del Partido de tercer nivel morirían y tomaría el mando una generación que había aprendido a aplicar un autocontrol voluntario en su papel de líderes juveniles».

También se vio obligada a entender que no todos sus compañeros alemanes compartían sus fervientes creencias. Maschmann estaba perpleja por la actitud de los miembros de la clase obrera a su mando: «Estas chicas estaban furiosas por haber sido enviadas tan lejos de sus hogares. Habían tenido buenos sueldos en la industria de armamento y ahora se suponía que tenían que hacer un trabajo por el que no sentían la más mínima inclinación a cambio de calderilla, creo que por 30 *pfennigs* diarios. Además, tenían que soportar que nunca se les permitiera hacer lo que les apeteciera por las noches, después del trabajo, y solo en escasas ocasiones durante los fines de semana».

Este era un verdadero choque de clases: «Todo tipo de instrucción las aburría. La mayoría pensaba que nuestras danzas folclóricas y las canciones que cantábamos con ellas eran ridículas. Lo que querían eran canciones populares y bailes estadounidenses. Sus conversaciones giraban en torno al sexo y, a pesar de su juventud, algunas de ellas ya tenían una considerable experiencia en la materia». Para Maschmann era un verdadero fracaso. Tal y como reconocería más tarde: «Estaba especialmente descorazonada, porque cuando me convertí en líder juvenil en el movimiento nacionalsocialista, era al hermanamiento con los jóvenes de clase obrera a lo que, con una idea romántica, había aspirado».

Incluso esta ferviente discípula del nazismo no podía evitar percibir los guetos judíos, pero bloqueó por completo su mente en este sentido: «Si hubiera querido saber más, me habría enmarañado de forma inexorable en conflictos que habrían provocado el derrumbamiento total de mi "mundo". Claramente, nuestra energía subconsciente (y puedo hablar aquí por mis compañeros) estaba concentrada por completo en protegernos de este tipo de crisis. Es en estas experiencias en las que se puede reconocer el terrible poder que las denominadas ideologías pueden ejercer sobre la gente joven. Una vez que se han rendido a ellas, ven sin ver y oyen sin oír».

A finales de 1942, el Estado nazi alcanzó su cénit. Su maquinaria militar había cumplido casi todas las disparatadas promesas de Hitler y, con Moscú a la vista, parecía preparado para hacerse con el trofeo mayor. Sin embargo, pese al extraordinario éxito del régimen a la hora de subyugar a una amplia sección

de Europa, incluida su propia población, en su interior existía un vacío. Una vez que la marea de la guerra empezara a alejarse de la Alemania nazi, la invulnerabilidad que sentía la juventud alemana sería reemplazada por el miedo, la rabia o un sacrificio ciego llevado a sus últimas consecuencias.

CAPÍTULO 23

Reclutas reacios y héroes socialistas

La juventud británica en la guerra

■ ■ ■

Para cuando los niños de hoy hayan crecido, será hora de tener otra guerra.

«Chica de taller, 19», en «US 12», *Informe semanal de Mass-Observation* , 19 de abril de 1940.



Cartel de 1941 del dibujante Philip Zec en el que se puede leer: «Mujeres de Gran Bretaña, entrad en las fábricas».

Gran Bretaña se movilizó tarde. Solo tras la crisis de Múnich, en septiembre de 1938, fue ampliamente evidente la amenaza nazi y miles de personas se apresuraron a alistarse en la Territorial Army, la reserva de voluntarios. En abril de 1939, el Gobierno introdujo por primera vez en su historia el servicio militar obligatorio sin una guerra declarada: afectaba a los hombres de entre veinte y veintiún años, que debían prestar seis meses de servicio. Una vez estalló la contienda, con 400 000 hombres en el Ejército regular y la reserva de voluntarios, todos los hombres de entre dieciocho y cuarenta y un años quedaron sujetos al servicio militar.

A finales de año, más de un millón y medio de hombres conformaba las Fuerzas Armadas, integrado en su mayor parte en las tropas de tierra. Al contrario que en el caso alemán, no mostraban un estado de ánimo abiertamente entusiasta ni patriotero. La juventud británica se alistó por varios motivos: un sentido de la responsabilidad, la conciencia de la necesidad de detener el avance nazi y el espíritu de aventura. «Por mi parte –escribió uno de ellos, Richard Hillary–, estaba contento por razones particulares. La guerra resolvía el problema de mi carrera. Además, me daría una experiencia vital, que, de otro modo, tardaría muchos años en adquirir».

Graduado en Oxford y de clase media-alta, Hillary, de veinte años, había experimentado la arrogancia nazi en un viaje por Europa en el verano de 1938. En una regata, los miembros de su equipo, «completamente desentrenados, sin forma ni organización, entregados al azar» se vieron vituperados por uno de los gigantes «con sus rostros estúpidos de atletas» del equipo rival. «Según dijo, después de habernos estado observando atentamente había llegado a la conclusión de que éramos fieles representantes de una raza en decadencia. “Ningún alemán –añadió– se atrevería a presentarse con tal facha si tuviese que remar en Inglaterra”».

Hillary se consideraba parte de un colectivo de Oxford de cuyos integrantes pensaba que eran «escépticos e ilusos. Decíase de nosotros que éramos una generación sin ideales y este juicio no nos disgustaba. La guerra vino a probarnos de una manera satisfactoria, porque, en efecto, no nos pedía heroísmo sino acción, independiente de todo patriotismo convencional; nos iba a dar la oportunidad de demostrar a nosotros mismos y al mundo que, por

negligentes que pudiéramos ser, íbamos con gusto a un duelo con aquella otra juventud que hacía un dogma de la fe en Hitler».

En general, los jóvenes de clase media-alta y alta estaban muy motivados. No cabía duda de que la amplia mayoría se incorporaría a las Fuerzas Armadas. Como escribió un director de un centro de primaria en 1942: «La guerra les ha venido bien a los chicos. Creo que les ha hecho afrontar los hechos y los problemas reales, ha enfatizado las obligaciones, no los privilegios, y les ha aportado una perspectiva más amplia en lo relativo a sus propias responsabilidades futuras. Como un chico me comentó algunas semanas atrás: "Se acabó eso de 'La seguridad es lo primero'. Tenemos que vivir peligrosamente [...] ¡y bien que lo sabemos!"».

Muchos de los compañeros de Hillary eran todavía estudiantes a tiempo completo a los veinte años, cuando gran parte de sus contemporáneos menos afortunados llevaba trabajando un lustro a esas alturas. Un buen número de estos reclutas estaba aquejado de «un aburrimiento medio cínico, tan lejos como es posible del inspirado fervor de cruzada que su situación permite y exige. No son pacifistas ni desleales, sino que están "aburridos hasta la saciedad"». Su «conformidad con una necesidad absurda e inoportuna» provenía de las pobres condiciones de los años treinta y las promesas traicionadas de la Primera Guerra Mundial.

El profundo escepticismo de los reclutas británicos quedó de manifiesto en los informes regulares sobre la juventud que Mass-Observation hizo durante el conflicto. Encargados en 1940 por el Ministerio de Información para estudiar el estado de la moral, los colaboradores de Mass-Observation realizaban encuestas de forma habitual en el frente interno. Estos cuestionarios o informes de campo se clasificaban según las clases sociales, al modo de *Un mundo feliz* , de «A» a «E». La mayoría de los encuestados provenía de las clases «C» y «D», un sesgo que reflejaba tanto su disponibilidad como la ideología de izquierda de los compiladores.

Una visita en noviembre de 1939 a una oficina del registro del norte de Londres aportó un abanico de respuestas que oscilaban desde: «Acabo de firmar mi puñetera condena a muerte», hasta: «Ojalá tuviera valor para hacerme objetor de conciencia». Sin embargo, muy pocos jóvenes en edad de reclutamiento optaron por la objeción: pese a la popularidad previa al conflicto

de la organización pacifista Peace Pledge Union, la inminente amenaza de una invasión y el mero resentimiento hacia Hitler eran lo bastante convincentes para obviar la mayoría de los recelos. De buena o mala gana, la juventud británica se ciñó el uniforme: había trabajo que hacer.

■ ■ ■

A finales de la primavera de 1940, el periodista estadounidense William L. Shirer fue invitado por las autoridades nazis para presenciar la *Blitzkrieg* en Bélgica. Cerca de Maastricht, se encontró con un grupo de prisioneros británicos y se acercó a charlar con ellos. Quedó sorprendido por su pobre estado físico: «Estaban todos flacos, con el tórax hundido y caídos de hombros. Alrededor de una tercera parte de ellos tenía la vista mal y llevaba gafas. Lo típico, concluí, de esa juventud que Inglaterra ha descuidado tan criminalmente en los veintidós años de la posguerra, mientras Alemania, a pesar de la derrota, de la inflación y de sus seis millones de parados, educaba a la suya al aire libre y a pleno sol».

Las observaciones de Shirer confirmaban la certeza de *Wasted Lives* , la obra de W. F. Lestrange. En comparación con los alemanes, que habían vivido bajo un régimen militarista durante años, los jóvenes reclutas británicos habían tenido solo unos meses de preparación para la guerra. Siendo adolescentes, se habían visto afectados por una dieta pobre y escaso ejercicio. Los alemanes estaban «bronceados y bien formados físicamente, con aspecto de saludables leones, el tórax y todo lo demás perfectamente desarrollado. Todo ello tenía mucho que ver con que la lucha fuera desigual. [...] Pero el valor no lo es todo; no es suficiente en esta guerra de la era de las máquinas».

Si bien en teoría era neutral, Shirer acabó indignado con el régimen nazi después de seis años en Berlín. Estaba encantado con los soldados británicos: «En conjunto, a pesar del trauma de la batalla y de su negro futuro como prisioneros de guerra, componían un grupo animado. Un soldado menudo de Liverpool me sonrió a través de los gruesos cristales de sus gafas. "¿Saben una cosa? Son ustedes los primeros norteamericanos que he visto en la vida. ¡Curioso lugar para tropezar con uno por primera vez!, ¿no creen?". Eso animó

a los otros a realizar la misma observación, y compartimos una buena carcajada. Pero por dentro yo no me sentía tan bien».

A mediados de los años treinta, W. F. Lestrange había reclamado una revolución en las actitudes públicas para salvaguardar el futuro de los adolescentes británicos. El sorprendente descubrimiento de que una amplia sección de los reclutas no era apta ni estaba preparada para enfrentarse a la raza superior germana aceleró esta transformación. Llegado el momento en que la juventud era necesaria, las deficiencias en las previsiones del Estado quedaron claras rápidamente. Conscientes del problema con la delincuencia juvenil de la guerra previa, expertos en infancia, trabajadores sociales y activistas de izquierdas empezaron a relacionar una ingente cantidad de datos que terminaría, alcanzado el ecuador del conflicto, por influir en las políticas gubernamentales.

Con formación en antropología (una época en la que vivió «con los últimos caníbales practicantes del mundo»), Tom Harrisson, de Mass-Observation, estaba bien situado para esta actividad. En 1940, comparó el modo en el que los caníbales y los *cockney* , la clase obrera del este de Londres, criaban a sus adolescentes. Los segundos no salían bien parados: «Después de los catorce años, una edad en la que tres cuartas partes de nuestra población abandona las aulas, se deja a la juventud en gran medida a su propio antojo. Este periodo es crítico, puesto que incluye los cambios de la infancia a la madurez. Los caníbales lo saben y tienen el mayor de los cuidados con sus hijos en esos años. Nosotros no».

La guerra precipita amplios cambios sociales y, junto con la renovada atención concedida a la juventud británica, hasta entonces olvidada, se produjo el desmantelamiento parcial de una jerarquía social anacrónica. Gran parte de la agresividad demostrada por los adolescentes británicos durante los primeros días de la guerra se debió a un resentimiento de clase: el significado del «ellos» y el «nosotros». Harrisson consideraba que el Ejército conseguiría «mejores y más entusiastas combatientes si no hiciera sentir a los jóvenes como cifras que esperan su turno para pasar por la tabuladora».

Un cuestionario de octubre de 1940 destacaba «los problemas del segmento de edad de 18 a 20 años», definido como el de los jóvenes que estaban en «una curiosa suerte de callejón sin salida» entre el mundo laboral y las Fuerzas

Armadas. Se plantearon diez preguntas, desde: «¿Cuáles son tus planes para los próximos doce meses?», pasando por: «¿Qué opinas del Gobierno actual?», hasta: «¿Se ha visto tu vida sexual afectada en alguna medida por la guerra?». Las respuestas no fueron muy alentadoras. Un hombre de veinte años y clase C (H20C), preguntado por sus expectativas después del conflicto, respondió que acabaría «en la cuneta, junto con todos los demás compañeros».

Un oficinista de dieciocho años respondió: «¿Qué sentido tiene hacer planes? Lo único que tenemos por delante es el Ejército, la Armada o las Fuerzas Aéreas». Ante la pregunta de si estaba ahorrando durante la guerra, otro entrevistado, «H18C», señaló sencillamente que no tenía sentido: «Si sigues vivo cuando termine la guerra, el Gobierno se quedará la pasta». Otro, «H20C», se mostraba particularmente seco. Consideraba que la contienda terminaría «cuando me maten». Y, en respuesta a la pregunta: «¿Se ha visto tu vida sexual afectada en alguna medida por la guerra?», su respuesta fue directa y despiadada: «Me follo a una mujer diferente cada noche en lugar de a una cada mes».

Los entrevistadores detectaron «una pérdida de disciplina» entre los jóvenes entrevistados y concluyeron que existía «una impresión anclada con fuerza entre los hombres más jóvenes de que los soldados nunca regresan». Las lecciones de la Primera Guerra Mundial se habían convertido en parte de la mitología popular. Como Harrisson manifestaba en 1940: «Siempre está la posibilidad de que, después de la guerra, la juventud culpe a los mayores de todo el tinglado. Ya hay señales de un creciente antagonismo de este tipo. A los viejos les merecería la pena pensar en los jóvenes».

En los últimos años de la década de 1930, la vida en Gran Bretaña resultaba a menudo anodina para los jóvenes sin recursos. La pobreza, la falta de movilidad, los empleos sin porvenir y los escasos salarios señalados por Lestrange no habían cambiado mucho para una parte significativa de la población. Había muy pocas organizaciones y servicios para la juventud más allá de las iniciativas comerciales. En palabras de Harrisson: «Unos dos tercios de nuestros jóvenes no tienen vínculos sólidos ni intereses de tipo cultural, tampoco contacto con ningún club u organización, excepto las apuestas deportivas». Los jóvenes habían sido «abandonados en gran medida a sus propios medios».

La escasa diversión provenía principalmente de la cultura popular británica y estadounidense. Sin posibilidad de una experiencia directa, no obstante, las películas estadounidenses, las revistas y la música tenían las características de un sueño inalcanzable en los primeros años de conflicto. Por ejemplo, si bien el baile era la actividad de ocio principal, los *jitterbugs* , entusiastas del *swing* , eran pocos en las islas. [1] En lugar de esto, los salones estaban llenos como nunca antes de jóvenes que bailaban foxtrot y «danzas festivas» británicas como la conga y el *Lambeth Walk* .

Los adolescentes británicos no veían sus necesidades cubiertas, pero se les reclamaba apoyo para la lucha, «incluso hasta la muerte». Pearl Jephcott, que atendía a jóvenes en su posición de trabajadora social, observaba: «Gran Bretaña tiene más de 2 millones de chicos y chicas menores de dieciocho años trabajando, una parte lo bastante amplia de la población para ser valorada desde el punto de vista de la mano de obra». Consideraba «necesario que estos chicos y chicas puedan ser conscientes, rápidamente, mediante conversaciones, la enseñanza formal y los periódicos y revistas dirigidos a los jóvenes, de que, tal y como avanza la guerra, esta tendrá un efecto directo y veloz en sus propias vidas».

Sin embargo, este apoyo requeriría una recompensa. La implicación de los adolescentes en la guerra era parte de un acuerdo que prometía más inclusión social para la juventud británica una vez cumplidas sus funciones. La Segunda Guerra Mundial sería en Gran Bretaña una contienda de la democracia social frente al fascismo, de emancipación frente a esclavitud. La juventud había sido poco valorada, pero se adoptarían medidas para corregir la situación. Tal y como concluía Jephcott: «Podemos hacer que los jóvenes sean conscientes, y no que solo estén impacientes ante la guerra, si les demostramos que su juventud no evita que sean una parte realmente importante del Estado».

■ ■ ■

Las primeras salvas en la lucha por la democracia social se dispararon durante la evacuación de septiembre de 1939. Ante el temor a una destrucción total de las grandes ciudades por parte de la aviación alemana, el Gobierno puso en práctica un programa planificado con antelación que desplazó a un millón y

medio de mujeres, niños y adolescentes en edad escolar de las ciudades hacia los barrios del extrarradio, localidades secundarias y las profundidades de las zonas rurales. Junto con otros 2 millones de personas que se trasladaron por sus propios medios, ese mes supuso una migración de 3,5 millones de personas en el interior de las islas británicas, el mayor movimiento de masas de la historia.

Sin embargo, pese a la prontitud con la que se puso en práctica el plan, pronto fueron evidentes varios conceptos básicos erróneos. El primero quedó plasmado en las zonas de recepción, donde los responsables del alojamiento y las familias anfitrionas eligieron a los jóvenes que acogerían. Una maestra de jardín de infancia de veintiún años describió el proceso: «Más parecido a un mercado de ganado o de esclavos que a otra cosa». Las futuras madres de acogida «sencillamente nos arrollaron y se pasearon por el recinto seleccionando los que consideraban que eran los especímenes más presentables». Ante el caos desatado, «necesitamos algunas horas antes de que todos los niños fueran despachados».

Estas escenas se repitieron por todo el país. Parte del problema recaía en que la primera evacuación se había producido justo al final de las vacaciones de verano, antes de que los estudiantes se hubieran sometido a los habituales desfiles para despiojarlos al comienzo del trimestre. En las tierras altas escocesas, los anfitriones adinerados «armaron la gorda» cuando vieron el estado de los niños y adolescentes cargados de piojos que llegaban de los barrios bajos de Edimburgo: «Eran completamente inconscientes del hecho de que otra gente tenía que quedarse lo que ellos se negaban a aceptar: los niños no dejaban de existir porque nadie los quisiera».

Había un abismo entre el campo y la ciudad. Una mujer de Blackpool protestaba por los niños urbanos a su cargo porque «si les dices una palabra más alta que otra, se dan la vuelta y te insultan. He visto muchos perros con mejores modales». Una chica de diecisiete años que provenía del norte de Londres escribiría: «El mayor problema entre los evacuados y los anfitriones parece ser la dificultad para adaptarse los unos a los otros. Algunos de los anfitriones tratan a los evacuados como invitados o como tratarían a sus propios hijos, pero la mayoría consideraba a las chicas criadas sin sueldo».

Las diferentes clases sociales se miraban entre ellas y no les gustaba lo que veían. Si bien, como manifestaba la hija de dieciocho años de un médico, los

diferentes estratos de la población «sabían de la existencia de los otros», la política de evacuación no tuvo éxito: cuando, durante el periodo conocido como la «guerra de broma», la esperada destrucción que llegaría del cielo no se materializó, un millón de evacuados regresó a las ciudades. Cuando Gran Bretaña fue finalmente bombardeada a finales del verano de 1940, muchos padres se negaron a marcharse de nuevo y quedaron atrapados con sus hijos en plena devastación.

En los primeros años de contienda, Londres fue diana específica de los bombarderos alemanes: entre septiembre y noviembre de 1940, la capital sufría ataques todas las noches. Alcanzado mayo de 1941, en torno a 2 millones de londinenses (una sexta parte de la población total) se había quedado sin hogar. Nadie era inmune a esta destrucción en masa, pero los jóvenes urbanos eran particularmente vulnerables a sus efectos psicológicos. Diversos informes de los barrios marginales de Londres describen en el invierno de 1940 una epidemia de saqueos, acompañada de vandalismo de poca monta y «disturbios» generalizados.

Una investigación de las condiciones en las áreas londinenses de Paddington y Bermondsey llevada a cabo por Mass-Observation detectó que «el problema con los jóvenes se ha desplazado de los clubes a las calles oscuras». Desde que se iniciaron los bombardeos, la campaña conocida como *Blitz* , no existía «prácticamente vida familiar para los jóvenes», que se agrupaban en pandillas descontroladas. Estos eran «el tipo de jóvenes salvajes que siempre van desbocados de un refugio a otro, con oportunidades para mantener relaciones sexuales promiscuas, beber y apostar, muchas de las cuales se aprovechan». Otro observador del East End registró «un relajamiento generalizado del sentido moral entre los jóvenes, debido a la destrucción completa de la vida».

La delincuencia juvenil de la Primera Guerra Mundial había vuelto; sin embargo, esta vez las autoridades estaban preparadas para describir, explicar y sanar estos síntomas urbanos. Una causa inmediata del problema era el hecho de que muchos colegios estuvieran cerrados, dañados o hubieran sido requisados, hasta uno de cada cinco en algunos distritos de Londres. Los clubes, los colegios nocturnos y otros centros juveniles tampoco abrían sus puertas. No había apenas diversiones para los que estaban entre la edad escolar

y la de acceso al servicio militar, excepto los refugios públicos, que los adolescentes evitaban porque estaban llenos de adultos.

Entre 1939 y 1941 se produjo un aumento del 33 % en las tasas de delincuencia entre los menores de diecisiete años: en la mayoría de los casos se trataba de daños deliberados a la propiedad, con en torno a un 20 % de las condenas por hurto. Los analistas del momento sospechaban que, puesto que había sido anticipado, el problema estaba ligeramente exagerado: sus análisis apuntaban a que «las "travesuras", más que los delitos graves, eran responsables de gran parte del incremento». Pero sus estudios detectaron una falta casi total de instalaciones para adolescentes: «La juventud no está en "ninguna parte" en particular, la juventud no está haciendo "nada especial"».

A principios de la década de 1940, los adolescentes que no habían alcanzado la edad de incorporación a filas difícilmente podían hacer nada correcto. Al igual que en la Primera Guerra Mundial, cualquier señal de una visibilidad creciente de la juventud generaba comentarios negativos. Si no contribuían al esfuerzo bélico, se les maldecía; si ayudaban, se les criticaba. Como un juez de paz consideró en 1941: «Desde el estallido de la guerra, los altos salarios recibidos por los chicos por trabajos inapropiados y no cualificados los han llevado al juego y después a la delincuencia. Los casos que llegan a los tribunales de menores revelan que los chicos de quince y dieciséis años están cobrando 4 libras o más a la semana».

Las noticias de la prensa sensacionalista que vinculaban los altos salarios con la delincuencia juvenil señalaban que los trabajadores jóvenes estaban ganando entre 5 y 7 libras a la semana. Sin embargo, un estudio llevado a cabo en el verano de 1941 detectó que, en realidad, los adolescentes de hasta veintiún años ganaba un promedio de 2 libras a la semana. Las condiciones de trabajo eran también pobres: aunque la legislación más reciente estipulaba un máximo de cuarenta y ocho horas a la semana, muchos chicos y chicas estaban trabajando más de setenta en sectores peligrosos. La «relación de causalidad» entre ingresos altos y delincuencia era «muy difícil de establecer».

Los adolescentes británicos aún tenían, no obstante, suficiente dinero para gastarlo por su cuenta. Centrado en chicos de entre catorce y veinte años y chicas de catorce a diecinueve, un «Estudio de la Juventud» de Mass-Observation en los barrios de Paddington y Bermondsey en enero de 1941

descubrió que la mitad de los jóvenes entrevistados destinaba su tiempo de ocio a actividades «serias» como la lectura, la costura y los trabajos de protección para ataques aéreos ARP (Air Raid Precautions). Otros gastaban el dinero que tanto les había costado ganar en discos, entretenimientos, libros, cigarrillos, cine y ropa. El tono de los observadores indicaba que esto último se consideraba más bien frívolo y egoísta.

Los espacios públicos habían crecido para satisfacer este «gran incremento en la proporción del gasto en ocio». Los adolescentes preferían las cafeterías y las salas de billar. Los observadores no encontraron salones de baile públicos, aunque sí algunos clubes informales que seguían funcionando y donde las fiestas privadas eran frecuentes. Los parques de atracciones también eran populares. Numerosos cines habían resultado dañados en los bombardeos, pero las películas eran «muy bien recibidas por la juventud, que acude principalmente en grupos del mismo sexo, no con sus novias o novios. Se prefiere la comedia sencilla y sin pretensiones, así como las cintas detectivescas, a las románticas».

La ropa era también importante, puesto que «los jóvenes tienen casi todos una consideración mucho mayor de su aspecto físico que la población de más edad» y «los hombres de entre 17 y 20 años son muy conscientes de la importancia de su ropa». Estos jóvenes parecían preferir fundamentalmente colores apagados (negro, azul, marrón y gris), con algunos jerséis de cuello alto. Solían utilizar brillantina para el pelo. El estudio de Mass-Observation descubrió a un solo dandi que mereciera tal nombre, un muchacho de diecisiete años que fue visto vestido con un traje marrón con un patrón en zigzag y zapatos marrones.

Las mujeres jóvenes iban mucho más a la moda. Una chica de Bermondsey «M18C» vestía «un abrigo negro de medio cuerpo, ceñido a la cintura y sin cuello. Un sencillo vestido negro decorado con una insignia de cromo en el cuello y un collar estampado. Zapatos negros de piel con tacones bastante altos. Medias negras transparentes. Un gran bolso negro brillante. Sin sombrero, pelo caoba en una melena muy corta a lo *garçon* ». Una chica de diecisiete años llevaba «un abrigo negro sencillo con filigranas doradas en los hombros. Un vestido de cuadros marrones debajo. Un sombrero dorado con forma de diadema sobre el pelo rubio. Botas altas de cuero». El informe

señalaba que «la compra de cosméticos puede considerarse un interés en sí mismo para las chicas».

Como sucedía en Estados Unidos, las chicas encabezaban el consumo juvenil en Gran Bretaña. Con prácticamente todo hombre mayor de dieciocho años en el Ejército, las jóvenes empezaron a ocupar puestos de oficinista y en las industrias pesadas para compensar la carencia de mano de obra masculina. En las difíciles condiciones de la guerra, Gran Bretaña consiguió el pleno empleo en 1943 (con una población activa total de 22 millones). [2] La duda que tenían, por tanto, las jóvenes no era «¿cuándo tendré trabajo?», sino «¿cuál de los distintos trabajos que hay, más bien desagradables e inapropiados, debo aceptar?».

Por muy apáticas que pudieran sentirse las jóvenes entrevistadas a finales de 1940 («la sensación es de aburrimiento y ligera resistencia»), la proliferación de puestos de trabajo permitió a muchas de ellas abandonar el servicio doméstico para trabajar en lavanderías, archivos y oficinas, así como en el sector industrial. Había tantas posibilidades de trabajo que incluso un breve lapso sin empleo se agradecía como un «agradable interludio». Las más jóvenes eran las preferidas en esta bonanza laboral: las niñas de catorce y quince años estaban muy valoradas en la industria por su buena vista y su atención al detalle.

Este fue el grupo analizado por Pearl Jephcott en su estudio de los hábitos sociales de las jóvenes realizado en 1941, *Girls Growing Up* : «Los chicos y las chicas están preparados para destinar el tiempo libre que puedan tener de forma irresponsable y sin esfuerzos, en gran medida porque el trabajo al que tienen que dedicarse está en muchos casos muy por debajo de sus posibilidades. En modo alguno se les ha obligado a utilizar el cerebro a un nivel alto desde que dejaron el colegio. Muchos de ellos no han hecho, desde los catorce años, más que trabajo rutinario: empaquetar dulces, ensamblar baterías, coser bolsillos o cerrar cajas con clavos».

Girls Growing Up reflejaba la emergencia del mercado adolescente británico. Una trabajadora «típica» de una fábrica era propietaria a sus dieciséis años de «un maletín, un juego de peine y cepillo, un reloj de pulsera (roto), siete libros infantiles y algunas revistas, un par de tijeras, tres botes de maquillaje en polvo y uno de crema para la cara». Los cosméticos eran el producto preferido, junto con las «revistas románticas» como *Oracle* , *Miracle* , *Girl's Crystal* y *Glamour* .

El contenido habitual de estas y otras «representaciones eróticas» reflejaba la fantasía estandarizada del complejo de Cenicienta.

De las veintisiete chicas de ciudad analizadas en el otoño de 1941, pocas leían libros o iban a clase por las tardes. La actividad más popular, con mucha diferencia, era ir al cine. Los documentales de actualidad eran muy impopulares, preferían las películas históricas. La mayoría de las chicas mostraba su aprobación hacia las estrellas adolescentes como Judy Garland y Mickey Rooney, «gente como nosotros». Los únicos programas de radio que escuchaban eran espectáculos de variedades y actuaciones de orquestas de baile: el estudio señalaba que bailar era una actividad «extremadamente popular entre las adolescentes. Le dedican una sorprendente cantidad de energía».

En el segundo año de la guerra, el *hot jazz* crecía en popularidad debido a que, según entendía Jephcott, «el ritmo veloz y la música sincopada parecen tener el mismo tempo que el ruido y la agitación de las fábricas y resulta atractivo a las personas que viven en un continuo estrépito. La música de las orquestas de baile es en esencia la música de hoy y los jóvenes están preocupados por el hoy, no por el ayer ni por el mañana». Jephcott señalaba que «la única ocasión en la que un grupo muy ruidoso de cincuenta chicos y chicas puede querer estar en silencio durante una hora posiblemente sea para oír una charla sobre *jazz* y *swing* ».

Jephcott hizo su estudio en un momento, entre 1939 y 1941, en el que se registraba un incremento del 100 % en las tasas de delincuencia juvenil de mujeres y una subida del 70 % en las enfermedades venéreas. Alertadas por titulares sensacionalistas como «Tras los pasos de los militares: chicas desenfrenadas de 16 a 18 años», las autoridades trataban de entender cómo era posible que miles de chicas pudieran considerarse «en riesgo moral». Según una institución, este problema social tan grave venía provocado por la «temprana madurez» y los «ritmos junglescos que escuchan los jóvenes desde el amanecer hasta la hora de acostarse, así como por las películas sensibleras, en parte responsables del incremento de los delitos de tipo sexual entre los jóvenes».

Las causas, sin embargo, eran un tanto más profundas: la alteración provocada por la evacuación, la falta de una educación sexual adecuada y la naturaleza afrodisíaca de la propia guerra. Con la reducción de los controles parentales y la actitud generalizada de *carpe diem* ligada al conflicto bélico,

muchas jóvenes se lanzaron al sexo a una edad temprana. Las chicas de quince años «no crecen, corren y están sufriendo los efectos de una guerra que ha desarraigado a grandes cantidades de hombres mayores de sus entornos y limita prácticamente su contacto con el sexo opuesto a los encuentros casuales en las salas de baile».

Los impulsos más básicos podían ser responsables de la sensación de que se estaba produciendo una oleada de delincuencia; sin embargo, al mismo tiempo, muchas mujeres jóvenes entendían que tenían un contrato. Puesto que se habían incorporado de forma prematura al mundo laboral, se consideraban con el derecho a vivir su propia vida. Con la atención fijada en «la última generación», muchas familias malinterpretaron esta actitud como precocidad rebelde. La mayoría de las chicas quería que se las considerara mayores de lo que eran, pero si iban a ser «una parte verdaderamente importante de la sociedad» a una edad tan temprana, no se les podía culpar si confundían las libertades de los adultos con sus responsabilidades como tales.

Estas tensiones subrayaban la posición ambigua de los adolescentes. La propia palabra «chica» presuponía una posición en la infancia que los hechos de la vida en guerra contradecían. Una «chica de dieciséis años» se quejaba ante Jephcott de que tenía que «llevar una existencia del estilo de la de Alicia en el país de las maravillas, con una altura de 30 centímetros en un momento y "bastantes más de 3 metros" al siguiente. "Eres mayor a los catorce si quieres un billete de tren, a los dieciséis si quieres entrar en una película de 'adultos'. En casa eres una niña si les conviene, eso sí, en cuanto quieren obligarte a hacer algo, te dicen que ya eres mayor"».

Las exigencias bélicas precipitaron de forma inadvertida, como había sucedido veinte años antes, una mayor emancipación de la mujer. Al contrario que la Alemania nazi, que consideraba a la mayoría de las mujeres simples máquinas de alumbrar hijos, las autoridades británicas intentaban atraerlas a trabajos que habrían sido inconcebibles o imposibles en los años treinta. En marzo de 1941, el ministro de Trabajo, Ernest Bevin, hizo un llamamiento a «una gran respuesta de nuestras mujeres para hacer funcionar la maquinaria industrial. Las mujeres contribuyeron enormemente a la victoria en la última guerra y serán igualmente efectivas en esta lucha».

Cuando llegó 1943, unos 7 millones de mujeres trabajaban en la fabricación de productos esenciales para la guerra (en algunos sectores eran hasta el 40 % de la fuerza laboral), o servían en las Fuerzas Armadas. Este era un cambio repentino en una sociedad en la que las chicas eran «todavía criaturas inferiores en muchos hogares». La reacción de las recién liberadas fue también dispar. Las horas de trabajo eran muchas, con turnos hasta de doce horas, seis días a la semana, y las tareas eran peligrosas. Una chica de dieciocho años ganaba 10 libras a la semana, el doble de la media nacional, ensamblando detonadores, pero «la cordita solía volar por todas partes y se te pegaba en la cara. Provocaba una erupción, impétigo, y terminaban apareciendo grandes bultos».

Lejos del hogar, las jóvenes podían resultar vulnerables en el plano emocional y verse oprimidas por el *ethos* masculino de la industria y el aburrimiento ligado a las tareas repetitivas. Frente a esto se alzaban las buenas sensaciones por tener dinero en el monedero y la sensación de liberación de las responsabilidades y las restricciones familiares. Una joven trabajadora de la industria aeronáutica recordaría más tarde el placer de tener una habitación solo para ella en un hostal construido especialmente para las mujeres: «Había un edificio principal en la carretera donde se celebraban todas las actividades sociales. Parecía de verdad el paraíso, fue el principio de la diversión que tuvimos durante la guerra».

■ ■ ■

Los problemas de la juventud en 1939 y 1940 se prolongaron durante el tercer y el cuarto año de guerra. Un informe realizado en el invierno de 1941 y 1942 señalaba los muchos niños que «se han vuelto ariscos y agresivos. Temerosos ante la desintegración de su vida normal, se están agrupando en bandas, con un líder fuerte cuya moral puede ser dudosa, pero cuya presencia parece segura. La delincuencia infantil está creciendo. Fue en un campo abonado como este de miedo e inseguridad donde Hitler sembró las semillas del nazismo, una filosofía para personas asustadas, oprimidas y olvidadas».

Para prevenir algo así, se destinaron esfuerzos a revisar la naturaleza y la estructura completa de los servicios para la juventud en Gran Bretaña. Antes de

la contienda, apenas un tercio de los jóvenes que abandonaban el sistema escolar entraba en contacto con alguna de las organizaciones benéficas. A pesar de la institución en 1939 del National Youth Committee (Comité Nacional de la Juventud), que tenía mayor capacidad de actuación que los anteriores comités de organización juvenil, la situación seguía siendo insatisfactoria. Muchos edificios públicos habían sido destruidos y todo trabajo social se hacía de forma poco sistemática.

En octubre de 1940, el Gobierno publicó una circular relativa a los «servicios y la recreación física de la juventud» con la premisa de que los servicios para los jóvenes se habían convertido en servicios juveniles, en otras palabras: «Ayudar a la juventud supone ahora incorporar la ayuda de los jóvenes». Capaces de inculcar un sentido de la responsabilidad y de «la vida cooperativa», los clubes y los grupos juveniles se consideraron la solución a la delincuencia juvenil en la época de guerra y el número de organizaciones juveniles civiles y benéficas empezó a expandirse entre 1941 y 1942.

Los más populares eran los Boy Scouts y las Girl Guides, con su amplio abanico de actividades al aire libre. Sus programas estaban diseñados a la medida de las exigencias del conflicto: las chicas, por ejemplo, se instruían en primeros auxilios y orientación cartográfica. Las unidades premilitares incluían a los Cadetes Marinos, al Cuerpo de Cadetes del Ejército, al Cuerpo de Entrenamiento Femenino, al Cuerpo de Mensajeros y, el más popular, el Cuerpo de Entrenamiento Aéreo, la sección juvenil de la RAF. Estos grupos combinaban ejercicio físico e instrucción militar y las habilidades concretas requeridas por cada rama de las Fuerzas Armadas.

Los clubes masculinos y femeninos dependían en gran medida de la personalidad del organizador y de sus asistentes. En una localidad típica del norte había un club cívico juvenil en cada escuela del condado, que ofrecía debates, conferencias, cursos de primeros auxilios, bailes, rutas ciclistas, partidos de fútbol y comedores. Con unos 170 miembros de media, estas organizaciones no llegaban a la mayoría de los jóvenes locales, pero eran populares. Un chico de diecisiete años consideraba que era «divertido. Haces montones de amigos. Además, ya estoy harto de estar sentado escuchando a los mayores gestionar la guerra».

En diciembre de 1941, el Gobierno ordenó el registro obligatorio de todos los chicos y chicas de entre dieciséis y dieciocho años, sin establecer obligaciones ulteriores. Unos meses más tarde, se anunció la «intención real» de alistar a los jóvenes registrados en algún cuerpo premilitar. Sin embargo, la iniciativa se topó con dificultades. Los voluntarios «se oponían con vehemencia a que "el Estado" asumiera la supervisión de la juventud en su tiempo libre». Los adultos también mostraron su desagrado ante una militarización estatal al estilo nazi: «Cosas de *Gauleiter* , es como llamo yo a eso». El programa se abandonó sin mucho ruido.

La implicación del Gobierno no se detendría, no obstante. En 1941, casi todo aspecto concebible de la vida en Gran Bretaña estaba regulado por las autoridades, desde la alimentación, los medios de comunicación, el trabajo, los salarios, el servicio militar, la vivienda y el transporte, hasta el símbolo CC41 de Utility, la marca de ropa y muebles de suministro estatal. Era un reconocimiento explícito de que cierta forma de planificación general era necesaria para maximizar el trabajo y la capacidad de combate en una guerra de masas. Sin embargo, esta organización sin precedentes tenía otra cara: la tendencia al socialismo.

Las lecciones de la Gran Depresión habían vuelto y obsesionaban al Gobierno. Una vez declarada vital en el esfuerzo bélico, la masa popular decidió, alcanzado el tercer año de la guerra, que la implicación era un proceso de ida y vuelta. El futuro del pueblo circulaba en panfletos sobre las condiciones sociales, en grupos de debate de temática militar y en números especiales de *Picture Post* como el de enero de 1941, titulado «Plan for Britain», en el que los barrios bajos de los años treinta contrastaban con imágenes idealizadas de un futuro socialista, con eslóganes del tipo «Trabajo para todos», «Sanidad para todos» y «Educación para todos»: «La nueva Gran Bretaña es el país por el que estamos luchando». [3]

Ni siquiera los estudiantes de las escuelas públicas eran inmunes a este virus. Un grupo de chicos de entre catorce y dieciséis años escribió que «escuelas como Eton y Harrow deberían prohibirse, pues fomentan el esnobismo». Entre sus sugerencias prácticas para el futuro posterior a la guerra estaban el desmantelamiento de los suburbios y la mejora de las condiciones de vida de las clases empobrecidas. Como un joven ensayista concluía: «Los

trabajadores deberían poder formar parte del Gobierno si están preparados para el trabajo, puesto que la mayoría de los miembros actuales son demasiado mayores para salir a la calle sin una enfermera o no tienen cerebro suficiente para cuidar de las cabras».

Uno de los alegatos más apasionados a favor de un nuevo orden provino del joven de veintitrés años que emergió como heredero de Rupert Brooke. Richard Hillary era miembro de la élite que se había alistado en los primeros compases del conflicto y había visto la muerte de cerca. Piloto en la conocida como batalla de Inglaterra, se había unido a los hombres descritos por Winston Churchill como los nuevos Caballeros de la Mesa Redonda. En comparación con otros escenarios bélicos, el combate aéreo aún ofrecía una justa de piloto contra piloto y, en esa etapa temprana, las ideas caballerescas de un tiempo pasado. Las memorias de Hillary, publicadas en 1942, llegaron al corazón de la Inglaterra popular.

Los pilotos de combate eran jóvenes (nadie con más de veintiséis años podía liderar un escuadrón) y estaban muy motivados. Si bien eran combatientes de primera, limitaban su arrogancia mediante una firme cultura de compañerismo basada «en el humor negro y un espíritu de equipo proveniente del deporte». Con la posibilidad de morir en cualquier momento, la flema no era una señal de parálisis emocional, sino una estrategia vital para la supervivencia. Sin embargo, el entusiasmo juvenil no podía contenerse mucho tiempo. Como recordaría posteriormente un piloto: «Era solo cerveza, mujeres y Spitfires, un grupo de pequeños John Wayne corriendo de acá para allá. Cuando tienes diecinueve años, te importa todo un pito».

Hillary era diferente de sus compañeros y esa diferencia lo torturaba. Cuando el éxito de la batalla de Inglaterra convirtió a los pilotos de la RAF en héroes nacionales, [4] intentó rechazar los honores. Explicando la génesis de sus memorias, escribió: «Estaba tan harto de todo eso de que nuestras islas eran un fuerte y de los Caballeros del Aire que decidí escribir con la esperanza de que la última generación pudiera entender que, aunque éramos estúpidos, no lo éramos tanto, que podíamos recordar perfectamente que esto se había visto en la última guerra, pero que, a pesar de ello y no como consecuencia, decidimos que merecía la pena luchar en esta».

Un piloto de la RAF no ha regresado está redactada en forma de viaje espiritual: la rendición de una juventud elitista a la empatía humana requerida por una verdadera sociedad de masas. Estas tensiones tiñen toda la obra, desde la emoción egoísta de Hillary ante la declaración de guerra, hasta la toma de conciencia de que es igual que los demás. La ruptura con su vida anterior se produjo en septiembre de 1940, cuando fue derribado y sufrió graves quemaduras: «Ya verás como tengo razón –le dijo su madre, que aseguraba que terminaría alegrándose por lo sucedido–. Antes tenías muchos amigos que se mostraban muy adictos a ti y tú lo creías. Estabas en camino de ocupar una posición brillante... Ahora es cuando podrás saber quiénes son tus verdaderos amigos».

Tras haber recibido un golpe como este, Hillary no podía perdonarse. Sin embargo, atrapado con los muertos de clase trabajadora en un bar bombardeado, terminó por entender: «Es imposible tomar de la vida lo que nos place y hurtarle lo que nos pide. La humanidad no se halla fuera de nosotros». Su solución fue escribir *Un piloto de la RAF no ha regresado* como himno a los pilotos tecnócratas de diferentes clases sociales de la RAF que habían sido sus compañeros y a la «humanidad» que antes había despreciado. Solo entonces podría justificar su «derecho a la fraternidad» con los «camaradas muertos».

Publicado en junio de 1942, el texto se convirtió en un clásico inmediato. La conversión al socialismo de Hillary permitía a los lectores interpretar el sinsentido de la guerra de una forma que confirmaba la inexorable tendencia a la izquierda de la sociedad británica. Al demostrar la sinceridad de su transformación, Hillary intentó más tarde perder sus privilegios como veterano de la batalla de Inglaterra y autor de éxito. Inspirado por Wilfred Owen y *El troquel* , de T. E. Lawrence (en el que la leyenda de la Primera Guerra Mundial describía su regreso anónimo a la RAF), Hillary se reincorporó prematuramente al servicio activo y murió al estrellarse su avión en enero de 1943.

Como Rupert Brooke, Hillary era el chico del momento, muerto con veintitantos años, en la etapa exacta en la que la adolescencia pasa a la madurez. Como el icono de la Primera Guerra Mundial, escribió sobre la brutalidad de la guerra de un modo que mitificaba su vida y contribuía a

definir las actitudes de sus días con respecto al conflicto. Hillary cumplía con todas las características posibles para ser un héroe, pero la sociedad británica había cambiado en veintiocho años. En lugar de ser la víctima sacrificial de una oligarquía remota y estática, era democráticamente igualitario: heraldo de la era de posguerra que tendría que llegar.

■ ■ ■

1. Un concurso de jitterbugs en mayo de 1941 en el Locarno de Streatham convocó a apenas una cuarta parte de los participantes que se esperaban.
2. De una población de 47 millones de habitantes.
3. Esta dinámica tomaría forma concreta con la publicación en diciembre de 1942 del Informe Beveridge, que ofrecía modelos prácticos para lo que habían sido utopías de la izquierda: asistencia a las familias con hijos, sanidad gratuita y pleno empleo. El informe, que estimuló un debate apasionante, fue recibido de forma favorable por unos dos tercios de la población.
4. Como demuestra el discurso pronunciado el 20 de agosto de 1940 por Churchill: «Jamás en la esfera de los conflictos humanos tantos le debieron tanto a tan pocos».

CAPÍTULO 24

Sub-debs y reclutas

Los adolescentes estadounidenses en clase y en los barracones

■ ■ ■

Aquella noche, tumbada en la cama, no pude más que implorar que crecer no fuera tan triste. Tenía todo tan confundido en la cabeza...

Maureen Daly, *Seventeenth Summer* , 1942.



«Estudiantes de instituto», fotografía de Arthur Rothstein, campamentos de migrantes de Tulare, California, 1940.

Cuando la contienda estalló en Europa, muchos adolescentes estadounidenses no querían verse implicados. En palabras del editor de un periódico de instituto: «¡¡Guerra!!: el símbolo en pocas letras de lo que puede significar la destrucción de la civilización. [...] No queremos la guerra». «Los jóvenes deberían tomar al asalto las puertas del cielo, vivir y crear –escribía otro–. Nunca jóvenes que se morían de hambre en una trinchera embarrada han destacado por sus grandes obras pictóricas, musicales o literarias. De la guerra nunca ha nacido la libertad, la paz ni la felicidad».

Europa parecía estar muy lejos. Influidos por la propaganda pacifista de los años treinta y todavía luchando contra los prolongados efectos de la Gran Depresión, muchos jóvenes estadounidenses defendían una posición de no intervención. Algunos se deleitaban con la neutralidad de su país, como el estudiante de instituto que «viendo las evidencias de la guerra en el extranjero» consideraba que «el estadounidense está entusiasmado más que nunca con su suerte en la vida». Otros entendían que la «prosperidad y los estándares económicos, sociales y de vida» del país se veían «amenazados por la guerra en Europa».

Pero la batalla para conquistar los corazones estaba en marcha y algunas autoridades intentaban vincular el pacifismo de los jóvenes a la agitación y la subversión. En octubre de 1940, *Reader's Digest* ofrecía una guía de actividades propias de traidores en un artículo titulado: «Sí, tenemos quintacolumnistas». En él se señalaban seis actitudes diferentes utilizadas por los aislacionistas: propaganda «nihilista», «terrorista», «derrotista», «neopacifista», «separatista» y «conciliacionista». Se animaba al lector a denunciar todo comportamiento sospechoso «a la oficina más cercana del FBI».

Pese a la gráfica denuncia que hizo John Roy Carlson de los numerosos integrantes del *Bund* y de los grupos del Ku Klux Klan que funcionaban en Estados Unidos en 1939 y 1940, la ideología nazi se mantuvo confinada en términos étnicos a los germanoestadounidenses y únicamente alcanzó a una minúscula proporción de los adolescentes. En la otra cara de la moneda, el AYC, de filiación comunista, quedó desgarrado por el pacto entre nazis y soviéticos de agosto de 1939. Toda vez que la guerra parecía inevitable, la organización viró de su posición antimilitarista a la agitación por los derechos de los adolescentes en la sociedad estadounidense.

Sin embargo, era imposible ignorar el conflicto europeo. En septiembre de 1940, anticipando la implicación de Estados Unidos, el Congreso aprobó la Selective Service Bill (Ley de servicio militar selectivo), que permitía la incorporación de un máximo de 1 millón de jóvenes de entre veintiún y treinta y cinco años a las Fuerzas Armadas durante solo un año. Por primera vez, se utilizaba la expresión «llamada a filas». El primer registro a escala nacional tuvo lugar en octubre de 1940 y solo algunos jóvenes se negaron. Al mismo tiempo, se inició el proceso de rearme, que impulsaría la economía y sacaría finalmente a Estados Unidos de la Gran Depresión.

El otoño de 1940 también marcó el cambio de rumbo en la perspectiva de los jóvenes estadounidenses sobre la guerra. Los reportajes de la prensa, la introducción del servicio militar, los contactos personales con europeos y la evidente fuerza incontenible de la *Blitzkrieg* modificaron la actitud no intervencionista. Estados Unidos parecía de pronto amenazado y, por tanto, más valioso. Como escribió un estudiante de instituto tras la caída de Francia: «La palabra "democracia" está hoy en boca de todo el mundo, en la mente de todos: de pronto, se ha convertido en algo muy importante en esta época de guerra».

En octubre de 1940, George Gallup publicó una encuesta titulada *American Youth Speaks Up* [La juventud estadounidense alza la voz]. El objetivo era convencer a los adultos preocupados de que podían «relajarse en lo que a la generación más joven respecta». Entrevistó a un grupo de control diseñado para ser una «muestra representativa de los 21 millones de estadounidenses con edades entre los 16 y los 24 años». Las encuestas se hicieron en un amplio abanico de lugares y en diversas clases sociales: universitarios, trabajadores del sector industrial y de oficinas, desempleados y receptores de prestaciones sociales. Era también «la primera encuesta de Gallup en dirigirse a individuos sin edad para ejercer el voto».

Los entrevistados respondieron a diez preguntas, todas ellas «diseñadas con meticulosidad para plasmar la actitud de los jóvenes hacia la vida y hacia nuestras instituciones democráticas, así como para mostrar su opinión sobre las medidas fundamentales de Estados Unidos en política nacional e internacional». Los resultados fueron alentadores, que era para lo que estaba diseñada la encuesta: un 87 % apoyaba el modo de vida estadounidense y

consideraba que había tenido tantas oportunidades en la vida como sus padres, si no más. También eran inmunes a la polarización política: «Stalin, Hitler y Mussolini son tal para cual».

El objetivo principal de la encuesta era determinar la actitud de la juventud hacia la guerra. Un 50 % consideraba que Estados Unidos debía enfrentarse a Alemania si Inglaterra caía derrotada. Ante la pregunta de si «habría que obligar a todo joven sano de veinte años a incorporarse al Ejército, a la Armada o a la Fuerza Aérea durante un año», un 68 % de los encuestados se mostró de acuerdo. Más del 75 % de los varones negó tener objeción alguna a pasar un año de servicio militar en un proceso de reclutamiento selectivo. «Si cabe la posibilidad de que me llamen para combatir, prefiero saber cómo», era una respuesta habitual.

Realizada prácticamente en el punto intermedio entre el estallido del conflicto en Europa y el ataque a Pearl Harbor, la encuesta de Gallup mostraba a una generación que se reconciliaba con el servicio militar. Con su deseo de mantener a Estados Unidos fuera de la guerra a un lado, muchos de los jóvenes entrevistados defendían con firmeza los principios del *New Deal* . Ante la pregunta de qué harían si ocuparan la presidencia del país, los jóvenes declaraban que, entre otras cosas, «reducirían el desempleo, fortalecerían la situación financiera del Gobierno, ayudarían a los pobres y detendrían la tendencia hacia principios no democráticos».

Estados Unidos lucharía por la democracia, que, como idea central, sería analizada en detalle por una amplia sección de la población en los siguientes años. Gran parte de este debate sería crítico. Como la American Youth Commission señaló en el verano de 1940: «Tenemos que afrontar la realidad de nuestra situación, debemos hacer frente a todas las realidades, incluida la urgente cuestión de si la democracia está dispuesta a ser sincera con sus propios propósitos hasta el extremo de aplicar los principios que defiende. La esperanza y la fe de nuestros propios jóvenes están en riesgo –concluía– precisamente en el momento en el que la nación requiere con mayor urgencia esa esperanza, esa fe. Es, por tanto, la opinión razonada de esta comisión que si como pueblo vamos a adoptar medidas para el entrenamiento y el servicio militar obligatorio, debemos al mismo tiempo dar por zanjada toda gestión parcial y dubitativa de las necesidades inmediatas de la juventud en el seno de la

población civil». Los términos del acuerdo estaban ya sobre la mesa: servicio militar a cambio de respeto, atención y, lo que era más importante, el reconocimiento como adultos.

■ ■ ■

En 1940, el número de estudiantes de secundaria alcanzaba cifras récord en Estados Unidos: en torno al 75% del segmento de edad entre catorce y diecisiete años, que sumaba unos 10 millones de jóvenes. La cifra duplicaba el número de estudiantes de 1930. El instituto se había convertido en la norma, no ya en la excepción. Como habían profetizado Jean-Jacques Rousseau y G. Stanley Hall, la adolescencia había llegado como etapa diferenciada de la vida. Aunque aún dependían económicamente de sus padres, los adolescentes en edad de cursar estudios de secundaria empezaron a forjar una nueva clase juvenil que no seguía el ejemplo de los adultos, sino el de sus compañeros.

Los hijos de la explosión de natalidad de la segunda mitad de los años veinte estaban alcanzando la adolescencia. Mientras que 4 millones de sus compañeros más mayores aún buscaban trabajo, los estadounidenses de catorce a diecisiete años alargaban la estancia en las aulas para evitar la feroz competencia por los puestos de trabajo. Con el desempleo en mente, los programas federales habían fomentado durante años una política destinada a mantener a los adolescentes más mayores en el sistema educativo a jornada completa. En paralelo, la emergente cultura comercial juvenil (alimentada por el éxito del *swing*) ofrecía a los jóvenes la sensación de que eran seres especiales.

El sistema estadounidense de educación daba forma a su clase juvenil. El antropólogo británico Geoffrey Gorer escribió en la década de 1940 que el instituto era «en primer lugar, un instrumento social, y de una efectividad extrema, para estampar el carácter estadounidense en los niños, sean cuales sean sus orígenes y su contexto». La combinación de organización por segmentos de edad y mezcla social, aderezada con la insistencia nacional en la lucha por el éxito, significaba que «al llegar a la adolescencia, la mayoría de los estadounidenses ha confundido inexorablemente dos ideas: tener éxito significa ser apreciado, ser apreciado significa tener éxito».

Esta cultura adolescente conformista estaba organizada en torno a pandillas. August Hollingshead, mientras investigaba el comportamiento social de los adolescentes en una «comunidad del cinturón maicero del Medio Oeste» en 1940 y 1941, descubrió que estos grupos eran «voluntarios e informales; los miembros se admiten de forma gradual en la pandilla preexistente y quedan excluidos por el consenso de sus integrantes. Aunque no existen reglas explícitas para la incorporación de un miembro, la pandilla comparte una serie de valores más o menos común que determina quién será admitido, su comportamiento y cómo se censurara a un miembro que no se somete a sus reglas».

Con los estudiantes en las aulas al menos siete horas al día durante dos tercios del año, estas cuadrillas asumían una importancia abrumadora en la vida de los adolescentes, hasta el punto de que la lealtad al grupo habitualmente se imponía en los «conflictos entre la pandilla y la familia, entre la pandilla y el centro educativo o entre la pandilla y el vecindario». Este era un mundo de compañeros cerrado en sí mismo que tenía la capacidad de conceder o destrozar reputaciones y de gobernar casi todos los aspectos de la vida de un adolescente: amigos, usos lingüísticos, atuendo, actividades de ocio... La gran mayoría de los jóvenes de Elmtown lo aceptaba.

Una chica «de clase administrativa» de Elmtown llamada Joyce Jenson habló con Hollingshead de su mejor amiga: «Me influye casi tanto como mis padres. A ellos les hago caso, en especial a la hora de elegir amigos, pero no estoy de acuerdo en todo lo que me dicen. He aguantado que se pongan muy pesados por salir con algunas chicas con las que yo quería estar». No obstante, Joyce admitía: «Cuando la familia se planta, los escucho. Sé que me dan buenos consejos, lo que pasa es que a veces no entienden lo que los jóvenes quieren hacer y piensan que tenemos que comportarnos como se comportaban ellos hace veinte años».

Las modas de las pandillas se presentaban a la juventud de los institutos a través de unos medios de comunicación ya conscientes de la capacidad de gasto de esta clase emergente. En enero de 1941, la revista *Life* (una de las publicaciones con gran presencia de imágenes más populares entre los adolescentes) publicó un reportaje con el título: «Sub-Debs: viven en un mundo feliz de pandillas, juegos, callejeo, películas, refrescos y música». Con

un tono apasionado, la revista proclamaba un nuevo tipo de jóvenes que «hablan una curiosa lengua [...] adoran los batidos de chocolate [...] llevan mocasines a todas partes [...] y conducen como si los persiguiera el diablo».

Los comienzos de los años cuarenta, como señala el investigador Richard Maring Ugland, eran «un momento propicio para poner a prueba» la aplicación a los adolescentes de la idea de la comercialización especializada por edades. Los estudiantes de instituto todavía recibían dinero de sus progenitores, lo cual, complementado por los empleos temporales que conseguían con facilidad, los lanzaba a los grandes almacenes en busca de ropa y cosméticos. Aunque su capacidad adquisitiva no era significativa desde el punto de vista individual, el tamaño del grupo, en comparación con los jóvenes ligeramente mayores en edad universitaria y sin empleo, les concedía una nueva relevancia económica. Publicistas y fabricantes tomaron nota.

En febrero de ese año, la revista *Parents* lanzó una columna, «Tricks for Teens», que explotaba la moda entre las *sub-debs* de llevar abalorios. Como escribían sus editores: «Las chicas de instituto tienen un lenguaje propio de la moda. Un lenguaje que las madres pueden tener dificultades para entender. Sus costumbres quizá te parezcan extrañas, pero solo son las modas que barren periódicamente los institutos de un lado a otro del país. Sé tolerante con ellas».

En 1941, los editores de *Parents* lanzaron una publicación dirigida explícitamente a las jóvenes: *Calling All Girls* . Subtitulada «la revista moderna para chicas y *sub-debs* », se vendía a 10 centavos y fue la primera en utilizar la cultura *swing* como atractivo principal. Shirley Temple y Judy Garland estaban en su «consejo consultivo juvenil», mientras que Benny Goodman firmaba una columna llamada «La música que te gusta». Su principal innovación consistía en un informe mensual sobre las modas de los institutos. Al mismo tiempo, los periódicos empezaron a publicar nuevas tiras cómicas orientadas a los jóvenes: *Archie Andrews* o *Teena* , la típica *bobby-soxer* con líos con los chicos.

La ubicación ideal de estos primeros productos para el mercado adolescente eran los barrios residenciales de las afueras o la ciudad de pequeño tamaño. Sus valores eran de clase media y encarnaban la fantasía adulta del adolescente estadounidense por antonomasia, un tanto pillo, pero honrado en el fondo, como puede comprobarse en la serie de películas juveniles que se inició tras *Andrés Harvey se enamora* y *El mago de Oz* , así como en el *swing* (que todavía

era el estilo musical más popular en Estados Unidos). Tras el verano de 1939, Glenn Miller reemplazó a Benny Goodman y a Artie Shaw como principal líder de orquesta. Miller, con sus gafas y su aspecto maduro, encarnaba al chico de la pequeña ciudad del Medio Oeste que había alcanzado el éxito.

En lugar de presentarse en sociedad, las *sub-debs* iban a la *drugstore* , esa combinación de farmacia, surtidor de refrescos y tienda de comestibles tan estadounidense. En *Seventeenth Summer* , escrita en 1941, Maureen Daly describe la ansiedad que su protagonista, Angie Morrow, siente en su primera visita a Pete's: «Esta es la prueba crucial en nuestra ciudad. Todo el mundo está allí y todo el mundo te ve. Conozco a una chica que fue una vez a Pete's con su prima y nadie la sacó a bailar ni le prestó atención, así que se fue a la universidad en otoño y nunca tuvo citas en los bailes de Navidad ni de Semana Santa. Si no das la talla en Pete's, no la das nunca. Una vez, dos chicas entraron con el mismo aire dubitativo. Estaban un poco paliduchas, de mi edad más o menos, con el pelo muy bien colocado con sus ondas y muy poco pintalabios. Una de ellas llevaba zapatos planos negros, ¡y todo el mundo sabe que una chica de instituto no puede llevar más que zapatos de montar de dos colores o mocasines! Todos los apartados estaban llenos, pero recorrieron el pasillo mirando por encima de las divisiones y buscando un sitio donde sentarse. Nadie las saludó ni les ofreció moverse y hacerles sitio, por lo que las chicas dieron media vuelta, charlando entre ellas y riéndose un poco, y se fueron. Tenían en la cara un gesto tenso, dolido».

Si el ostracismo dependía del calzado, la necesidad que tenían los adolescentes de dinero era primordial. Hollingshead señalaba irónico que «mucho antes de que un joven de Elmtown pueda ganar dinero, sabe que lo necesita para comprar lo que su cultura le enseña que debe tener si aspira al "éxito"». Esta era la contradicción de la nueva cultura juvenil sin clases sociales. Aunque democrático en apariencia, el mundo de las *sub-debs* , desde su misma etimología, ensalzaba una visión de clase media-alta de la juventud estadounidense, con su consumo conspicuo y su infinito esnobismo. ¿Y qué si no tenías para comprar?

Este era uno de los ámbitos principales del estudio de Hollingshead, publicado más tarde con el título *Elmtown's Youth* . Una investigación con la misma profundidad que *Middletown* , del matrimonio Lynd, pero que centraba

la atención exclusivamente en el segmento de edad de los institutos y pretendía comprobar la hipótesis de que «el comportamiento social de los adolescentes» delataba el origen social de sus padres. Descubrió que, pese a la influencia de las teorías de Hall que situaban a los jóvenes en una etapa de la vida biológica separada, y a la fantasía consumidora habitual en el momento, los jóvenes de esta pequeña localidad del Medio Oeste estaban determinados desde el punto de vista sociológico y, por tanto, divididos, por distinciones de clase tan rígidas como las presentes en el Viejo Continente.

Hollingshead, que identificaba cinco clases, [1] señala que la vida de los institutos estaba dominada por los tres primeros grupos. Una chica de Clase IV describía «a un grupo de chicas de aquí que se piensan que son mejores que nosotras. Nos miran por encima del hombro. No voy a decir nombres, pero son chicas de las familias bien. Tienen un club que se supone que está fuera del instituto, pero en realidad está dentro. Van de un club al otro y ocupan todos los puestos. Están en todas las actividades. Hablan de lo que están haciendo, de lo que van a hacer y no nos prestan ninguna atención. Nos vuelven la espalda y no nos hablan».

A pesar de los «desmentidos oficiales» de la existencia de un sistema de clases, estas distinciones se aplicaban sin piedad. Era muy poco habitual que un estudiante lograra escalar más de dos clases. La negativa a respetar estas reglas suponía el ostracismo, como en el caso de una chica de Clase III llamada Joan Meyers, que había escalado para ser parte de un grupo de Clase II llamado GWG's, y tuvo una cita con un chico de Clase IV. Fue «cortada» por sus antiguas amigas. Una de ellas lo explicaba: «¡Ya no tenemos nada que ver con ella!». Este era un método de control social «que se parece a un sistema de policía secreta: nadie escapa a los controles. O al menos nadie que cuente».

Los chicos de Elmtown también tenían sus propios rituales: «La mayoría de los chicos lleva "pantalones de traje", camisas blancas y corbatas, con abrigos o chaquetas de traje; muy pocos, eso sí, llevan sombrero. La prenda estándar para la cabeza es una gorra de tela adornada con una decena o más de botones de metal, juguetes en miniatura y colas de animales. Una gorra como esta señala a un chico de una clase social baja en Elmtown, aunque los que las llevan las consideran la cima de la moda. Los chicos de clase alta o bien van con la cabeza descubierta o utilizan sombrero». Muchos gastaban su dinero en coches o en

actividades con menor aprobación social como las apuestas, los cigarrillos o el alcohol.

La realidad de esta sociedad tensa y compleja se burlaba de las imágenes alegres de libertad y transformación promocionadas por una cultura popular que Hollingshead consideraba que no estaba siendo una guía adecuada a sus jóvenes. Este era un problema de ámbito nacional para el amplio grupo social que todavía se encontraba en «una tierra de nadie poco definida» consagrada por la ley. Por ejemplo, los adolescentes podían trabajar a los catorce años, pero no votar hasta los dieciocho. Necesitaban aprobación parental para casarse antes de los dieciocho, en el caso de las mujeres, y de los veintiuno en el de los hombres. Incluso las leyes que regulaban el consumo de alcohol variaban de un estado a otro.

Este tira y afloja se veía agravado por la limitada comunicación con los adultos: el «complejo de clandestinidad» de Estados Unidos. La actividad sexual prematrimonial era más frecuente en todas las clases sociales que nunca: una cuarta parte de los jóvenes de dieciocho años mantenía relaciones sexuales a principios de los años cuarenta. La conspiración de silencio entre los adultos y los adolescentes en lo relativo a este tema hacía la situación incluso más difícil: «La maduración de las capacidades sexuales años antes de que la sociedad permita a los jóvenes contraer matrimonio supone un gran dilema para los adolescentes. Deben reprimir su deseo sexual o enfrentarse a las costumbres establecidas».

Con muy poco que perder, algunos adolescentes de la Clase IV y casi todos los de la Clase V se dedicaban con libertad a los placeres prohibidos. Incorporados al trabajo antes que las otras clases, construían su independencia en términos estrictamente económicos. Asimismo, era difícil que seguir estudiando se consideraba una opción viable, puesto que sus compañeros los hacían sentirse «indeseados en las aulas, en el patio o en los clubes y las actividades extracurriculares». Las estadísticas de abandono escolar eran buena muestra: inexistente en las dos primeras clases, 41,3 % en la Clase IV y 88,7 % en la Clase V. Los adolescentes de Clase V, expulsados de forma prematura al mundo de los adultos, perseguían las sensaciones de sus mayores.

Eran estos los adolescentes más seducidos por el complejo de Cenicienta. Una chica soñaba con convertirse en una estrella de la pantalla como «Joan

Crawford». Hollingshead también citaba el caso de otra estudiante, una «chica estrábica, de diecisiete años y Clase V que provenía de una de las familias con una posición social más baja de Elmtown». «Era conocida por su olor corporal, la pobreza de su ropa, la suciedad y su costumbre de cantar mientras trabajaba. Había perdido al menos tres empleos por cantar "todo el tiempo". Decía: "Siempre estoy practicando lo último" con el objetivo de alcanzar su sueño de convertirse en cantante en un club nocturno».

Si bien suponían una crítica de la ausencia de rituales que facilitaran el paso de la infancia a la edad adulta en Estados Unidos, los datos de Hollingshead [2] también ofrecían un análisis exhaustivo de la cultura de consumo juvenil del país tanto en su entorno principal, en las ciudades de pequeño tamaño así como en el momento preciso en el que estaba adquiriendo fuerza a escala nacional. Del mismo modo, la novela superventas de Maureen Daly *Seventeenth Summer* (con sus deliberadas reminiscencias del idílico clásico adolescente de Booth Tarkington) capturaba la sociedad estadounidense de los institutos en sus primeros días de preeminencia, apenas meses antes de que su inocencia se viera oscurecida por la experiencia bélica.

■ ■ ■

Cuando llegó el otoño de 1941, la participación de Estados Unidos en la contienda era inevitable y la movilización empezó a afectar a los institutos. Algunos adolescentes reconocían su futura responsabilidad y creían que «es a los jóvenes estadounidenses, a ti y a mí, a los que miran los líderes de nuestro país para la defensa de la democracia». Otros se mantenían ajenos por completo. Ante las preguntas de un psicólogo que la interrogaba sobre los efectos futuros de la guerra en su vida, una joven estudiante de instituto señalaba: «Nunca lo he pensado y dudo que muchos estudiantes lo hayan hecho».

Los jóvenes estadounidenses estaban atrapados entre la seguridad de lo conocido y un futuro incierto y peligroso. «Los estudiantes parecen estar esperando a que algo fuerce la situación –manifestaba un profesor de una prestigiosa universidad de la Ivy League–, a que lo que vaya a suceder, sea la guerra o no, sea más *inminente* ». Pese a estas expectativas, la noticia del ataque

el 7 de diciembre a Pearl Harbor supuso una gran conmoción. El aislamiento y la seguridad de Estados Unidos se habían visto brutalmente asaltados. En palabras de un estudiante de instituto: «La guerra ha llegado a Estados Unidos, a este país que era inexpugnable, un país que era neutral y fiable».

Después de Pearl Harbor (y de la declaración de guerra de Alemania contra Estados Unidos el 12 de diciembre), las oficinas de reclutamiento se vieron inundadas. Como una máquina pesada, las Fuerzas Armadas estadounidenses tardaron un tiempo en coger velocidad: los llamados a filas en 1942 no estarían totalmente entrenados hasta un año más tarde. Las dificultades de adaptación a la vida militar eran considerables: alcanzado el verano de 1942, unos 14 000 hombres inundaban cada día los centros de recepción de soldados y los campamentos de entrenamiento. Muchos de ellos acababan de salir del instituto, puesto que la edad de reclutamiento se había reducido a dieciocho años.

La juventud estadounidense había adquirido un nuevo valor. El experto en el *New Deal* Howard McCluskey consideraba que «los jóvenes siguen siendo el recurso más preciado de la nación. Son la vanguardia de la defensa. Sus cuerpos pueden infligir y recibir castigo y su segregación en regimientos y escuadrones es en todas las edades el mecanismo que menos altera la vida normal de la sociedad». Las normas de la participación en la vida adulta habían cambiado para los hombres estadounidenses en edad militar, se les requería pasar de ser «un hijo de dieciocho años dedicado a divertirse» a un piloto «que manipula un bombardero sobre Tokio».

Entrar a formar parte del Ejército significaba el final de la adolescencia. Como escribió un sociólogo incorporado a filas: «El elemento central de la iniciación, de los centros de recepción y del entrenamiento básico es la eliminación a cuchillo de las experiencias previas». Obligado a integrarse en una nueva pandilla (sus compañeros de armas más inmediatos), el recluta era remodelado a través de meses de agotamiento físico extremo y adoctrinamiento militar. Su identidad previa no significaba nada. Despojado de su carácter de estudiante universitario, obrero u oficinista, se convertía en un número, hostigado por «sádicos sargentos supervisores» y mezclado con un tipo de personas con las que no había tratado hasta entonces: pasaba a ser parte de una nueva masa.

La naturaleza del entrenamiento militar era la misma, pero la juventud estadounidense había cambiado desde la Primera Guerra Mundial. Los nuevos reclutas estaban más instruidos. El 30 % había terminado la enseñanza secundaria, cifra que solo llegaba al 4 % en 1917. Muchos eran estudiantes o titulados universitarios, independientes y sin preparación para ser castigados por los sargentos y oficiales, que a menudo tenían una educación limitada. Aunque un buen número era consciente de que la severidad era necesaria para el cumplimiento de la misión que había asumido, existía un pequeño grupo ruidoso que tildaba de «intolerante y medieval la tradición del Ejército, en completa contradicción con nuestros ideales democráticos».

El soldado estadounidense era muy diferente del europeo. Tenía, según el dramaturgo Arthur Miller, «una personalidad mucho más compleja de lo que se reconoce. No se le puede incorporar al reparto como si fuera un civil vestido con un traje marrón con insignias metálicas y tampoco se le puede considerar un "soldado", un ser cuyas reacciones están totalmente disociadas de las emociones de la población civil». El recluta estadounidense seguía siendo civil en el fondo, con una obstinada insistencia en la democracia, manifestada en el estilo libre que caracterizaba los desfiles de las tropas estadounidenses en su expansión por el mundo como faro de la libertad.

De los adolescentes se esperaba que participaran en esta empresa colectiva, incluso si estaban por debajo de la edad de reclutamiento: dieciocho años para los hombres y veinte para las mujeres. «La guerra obliga a los chicos y a las chicas a crecer de la noche a la mañana –escribió Caroline B. Zachry en *The Family in a World at War* –. Cuantas más responsabilidades puedan asumir, mayor será la naturalidad con la que tanto sus familias como ellos mismos aceptarán su repentina madurez. Aquellos que siguen escolarizados deberían tener, sin duda, asignaturas orientadas a la contienda y la formación en asistencia, así como ocupaciones en la comunidad y en casa que satisfagan su necesidad de ser de utilidad y de asumir responsabilidades adultas».

Publicada en 1942, *The Family in a World at War* era un registro de la importancia recién conferida por el Gobierno de Estados Unidos a los jóvenes del país. Las lecciones de los años treinta no se habían olvidado: «Se ha pensado mucho entre la última guerra y esta, se ha pensado mucho en los jóvenes de Estados Unidos. Agencias privadas y Gobierno por igual han

destinado millones de dólares al estudio de los problemas de la juventud y no es probable que nos lancemos a trabajar en el contexto de esta emergencia ignorando todo lo que hemos aprendido».

Uno de los primeros cambios que se pudieron apreciar en el país fue la introducción del racionamiento (de gasolina, azúcar, tabletas de chocolate, chicles e incluso de Coca-Cola) en la primavera de 1942. Tal y como señalaba un estudiante de secundaria en un periódico local de Indianápolis: «Casi todos los estudiantes se han visto afectados por la guerra. La carencia de productos como el azúcar y los chicles, la venta de bonos y timbres, el mayor coste de la vida, la incorporación de nuestros padres y hermanos a las Fuerzas Armadas y a las industrias de la guerra y los periódicos son recordatorios constantes de que estamos en guerra».

Los institutos se sumaron al esfuerzo bélico con una serie de actividades con eslóganes del tipo: «Estudio y Sacrificio. Ahorrar y Servir». Se organizaban de forma regular simulacros de ataques aéreos para mantener el estado de alerta y la conciencia de los peligros del conflicto. Durante el primer año de implicación en la contienda, toda una serie de recogidas de productos y deshechos reunió una multitud de objetos que serían reciclados en material bélico: libros, horquillas, hierro y discos musicales. Se introdujeron nuevas asignaturas en 1942: más ciencia, matemáticas y educación física, tras la pobre preparación demostrada por el primer contingente de reclutas.

Moralistas expertos en juventud como Anna Wolf consideraban que era necesario aplicar una «disciplina sensata» a los «blandos» y privilegiados adolescentes estadounidenses. Para introducir «hierro en sus organismos», la Office of Civilian Defense (Oficina de Defensa Civil) sugirió un programa de diez puntos para las escuelas públicas en febrero de 1942. Este incluía una hora de educación física diaria y cursos prácticos de primeros auxilios. Muchas de estas asignaturas asumían un carácter premilitar, como en el caso de los profesores de gimnasia, que enfrentaban a sus estudiantes a un «entrenamiento de comandos» con recorridos de obstáculos, escalada de cuerdas y flexiones. También se animaba a los estudiantes a inscribirse en clubes de boxeo y de lucha libre, así como en otros deportes de equipo.

El que fuera pesadilla del AYC, el ROTC, recuperó su prominencia. Su objetivo, según un recluta, era «despertar en el adolescente la apreciación de

todas las obligaciones propias de la ciudadanía, prepararlo para liberarse de sus responsabilidades en la vida civil y capacitarlo como líder militar». Durante el «duro» curso de tres años, los cadetes trabajaban la puntería, la cortesía militar, las obligaciones de guardia, higiene, primeros auxilios, ciudadanía estadounidense y entrenamiento de tiro, con instrucción regular. Esta incansable actividad terminó resultando en una tasa de abandono muy alta: hasta del 90 %.

Otro programa promocionado por el Departamento de Educación pretendía acelerar los estudios de los adolescentes para que estos estuvieran disponibles para la incorporación a filas o para la realización de trabajos básicos para la guerra. En lugar del mínimo de tres años y medio en el instituto, los estudiantes podían obtener su título en tres años si asistían a clases en verano. En 1942, las asignaturas más populares eran las de historia, matemáticas y lengua, pero por un precio (hasta 10 dólares por taller) se ofrecían otras más adecuadas para las Fuerzas Armadas: navegación, matemáticas militares, física, aeronáutica y radiotransmisión.

Las publicaciones estudiantiles también promocionaban la implicación en términos patrióticos. Era un hecho inevitable, dado que el objetivo de estas revistas era interpretar la vida de los centros para una comunidad más amplia: «Solo las publicaciones estudiantiles –recomendaba un experto en publicaciones juveniles– sobreviven como líneas de comunicación masiva con los adultos de vuestra ciudad». Si bien censuradas, estas revistas ofrecían a los estudiantes la información necesaria sobre los esfuerzos bélicos, con artículos sobre la normativa de reclutamiento, cambios en el currículum educativo y cursos de verano que se intercalaban con los habituales cotilleos escolares.

En noviembre de 1942, la revista *Life* celebró la bajada de la edad de reclutamiento con su reportaje de portada sobre un chico de dieciocho años. Protagonizado por Bob Berger, estudiante de grado en la Universidad de Nebraska, la portada mostraba, flanqueado por las columnas de la institución, a un joven inteligente y formal, vestido con un cárdigan, camisa y corbata y sosteniendo libros de texto. El texto señalaba a Bob y a su compañero de habitación, George Schmelzer, como típicos representantes de los 2,5 millones de adolescentes que podían incorporarse a filas desde ese momento, que

valoraban «la posibilidad de ir a la guerra» ante un «fondo estudiantil de chicas de revista».

El joven de la portada de *Life* concordaba con el soldado ideal promocionado por influyentes corresponsales de guerra como Ernie Pyle: soldados normales, «los chicos». En su descripción de la campaña en el norte de África de finales de 1942, *Here is Your War* , Pyle ofrecía breves bosquejos de algunos de los «chicos»: «El soldado Frank T. Borezon, del 631 de la avenida Payne de Erie (Pensilvania), aseguraba que lo peor de estar en África era que no podía encontrar una bolera». La descripción que hacía *Life* de Bob Berger subrayaba esta lacónica característica de un hombre cualquiera: «Si le preguntas por qué tiene lugar esta guerra, mueve los pies inquieto y murmura algo sobre los derechos de todos los hombres libres».

Por vagos que fueran, estos principios conllevaban una colosal carga en 1942. El presidente de la National Conference of Christians and Jews (Conferencia Nacional de Cristianos y Judíos), Everett R. Clinchy, defendía que el objetivo ante el que se encontraba la juventud estadounidense era el de «adoptar la mentalidad de misioneros para compartir la Idea Estadounidense con el resto del mundo. Los jóvenes estadounidenses pueden estar muy orgullosos del gran experimento que tiene lugar en su país. ¿Cuál es este experimento? Es la aventura de los hijos e hijas de todos los pueblos de la vieja Europa viviendo juntos en un solo continente para crear una nación de muchas nacionalidades que incluya todas las variedades raciales y todas las convicciones religiosas».

Esta Idea Estadounidense estaba consagrada en la Constitución y en la Carta de Derechos de Estados Unidos. A la juventud se le confiaba el reto de propagar el ideal democrático porque era ella la que encarnaba la definición que el país tenía de sí mismo. En palabras de Mark McCloskey, en 1942: «Estados Unidos ha sido la tierra de la esperanza y, por tanto, la tierra de la juventud». Pero este acuerdo tenía otra cara: «De nada servirá referirse una y otra vez al *American way of life* sin intentar por sistema dotar de sentido concreto a esta expresión para los chicos y chicas que serán los continuadores de esta nación cuando terminen los combates».

El AYC defendía que «la salvación de este país no avanzará con el reclutamiento de una vida sin privilegios ni esperanzas. Este país únicamente lo

defenderán con entusiasmo quienes esperen recibir un tratamiento justo». El acuerdo estaba sobre la mesa. Mayores expectativas suponían una mayor inclusión. Esto implicaba no solo a los adolescentes, sino también al resto de grupos ignorados en la sociedad estadounidense y que de repente se habían considerado valiosos en la movilización masiva. La contradicción entre la retórica de la libertad y la realidad de la opresión se convertiría en tema de debate constante durante la guerra.

■ ■ ■

También los negros empezaron a movilizarse para conseguir una porción mayor del pastel democrático. A primeros de diciembre de 1941, uno de ellos escribió al presidente de la nación: «Si existe Dios, debe de ser blanco, teniendo en cuenta las condiciones en las que vivimos las personas de color. Hitler no le ha hecho nada a la gente de color: son las personas de aquí, de Estados Unidos, las que nos tienen sin trabajo y hundidos». Anna Wolf comprendía esta contradicción: «Aunque estamos combatiendo en una guerra contra Hitler y la doctrina egoísta de la superioridad de la raza, nosotros mismos estamos plagados de prejuicios raciales e intolerancia religiosa».

Este resentimiento venía aumentando desde los años treinta, cuando los negros apenas se habían visto beneficiados por el *New Deal* . A este sentido de injusticia se sumaba el hecho de que el habitualmente liberal Franklin Delano Roosevelt no hubiera aprobado una legislación contra los linchamientos, ni siquiera después de que la suerte corrida por los chicos de Scottsboro demostrara la desesperada situación en el sur. Cuando el rearme empezó a eliminar el desempleo de la población blanca en 1940 y 1941, los negros siguieron en el paro. Incluso cuando acudieron en masa a alistarse, el Ejército los situó en unidades segregadas y les asignó tareas serviles.

Lo que sucedía en el Ejército se replicaba en la sociedad. Las jóvenes voces recopiladas por E. Franklin Frazier en *Negro Youth at the Crossways* (un informe para el AYC) compartían esta nueva agresividad. Alimentados por los ejemplos de Booker T. Washington y Joe Louis, algunos de los estudiantes universitarios y de secundaria entrevistados veían cómo su sensación de alienación se convertía en militancia. Sin embargo, muchos asumían como primera reacción

la conversión de los prejuicios en dudas sobre sí mismos: «No creo que ningún otro negro ni yo podamos menos que sentirnos inferiores –declaraba un universitario de primer año a sus diecisiete años–, es algo así como una maldición, ya sabe».

Algunos de los adolescentes entrevistados no dudaban de que el sistema estaba en contra de los negros. Según el «hijo de un jornalero» de veintiún años: «Los blancos no nos dan un trato justo y hasta los policías blancos parecen pasárselo en grande apaleando a los negros, no solo por las cosas que hacen, sino porque resulta que son negros y no se pueden defender». Warren Wall, de dieciséis años, opinaba que «los negros no tienen tantas oportunidades como los blancos». Algunos de los entrevistados encontraban alivio en los estupefacientes y en «actividades heterosexuales».

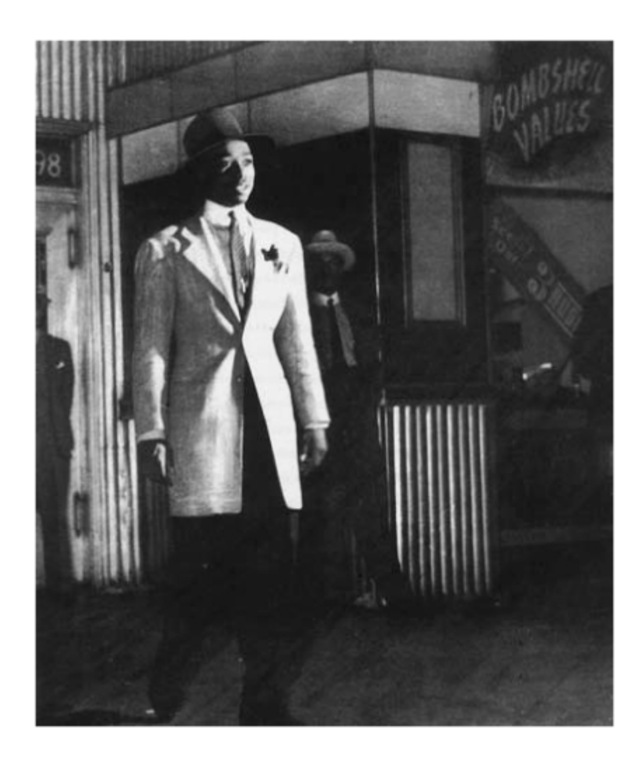
Otros seguían la política definida por un entrevistado de veintiún años de «clase baja»: «Sé tan educado como puedas con los blancos, no repliques y haz tu trabajo lo mejor posible». Otra técnica era definida como «hacer el payaso» o «hacer el mono». Bajo estas estrategias de supervivencia, no obstante, descansaban «expresiones de resentimiento por la subordinación a los blancos» y «actitudes hurañas y "malvadas"». Incluso entre la clase media negra, que trataba por todos los medios de diferenciarse de las clases bajas, existía una «conciencia naciente de raza».

«Me gustaría ver barrida toda la segregación –declaraba un estudiante de instituto de último año a sus dieciocho años–. Me gustaría poder ir donde me apetezca y hacer las cosas que quiera». Pero cada vez estaba más claro que estos derechos no serían garantizados, sino que habría que luchar por ellos. Y sin embargo, pese a todos los prejuicios, varios de los entrevistados no querían más que entrar en la sociedad estadounidense en sus propios términos. Dick, de diecisiete años, oficial en el cuerpo de cadetes de su instituto, defendía: «El Ejército es lo mejor a lo que se puede dedicar un negro. Es el sitio donde un negro puede lograr el respeto que un hombre blanco puede conseguir». La realidad de las tropas separadas en términos raciales era, por desgracia, diferente.

El verano de 1941 el Negro March on Washington Committee (Comité para la Marcha Negra a Washington) planificó una manifestación con más de 100 000 participantes en la capital. En las negociaciones con las que se

consiguió anular la convocatoria, el presidente firmó una directiva gubernamental según la cual «no podrá existir discriminación en el empleo de trabajadores en las industrias de defensa o gubernamentales por cuestión de raza, credo, color u origen». El Ejército era el siguiente objetivo de las movilizaciones. Como declaraba el diario de la NAACP (National Association for the Advancement of Colored People's [Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color]: «Un ejército de segregacionistas no puede luchar por un mundo libre».

Pero claro, algunos negros sentían que ya estaban en guerra. Y no contra el Eje. En *Twelve Million Black Voices* , el novelista Richard Wright (célebre por su novela superventas de denuncia *Hijo nativo* , publicada en 1940) reflexionaba a través de imágenes sobre la vida de los negros. Observaba que «incluso en tiempos de paz, algunos de los vecindarios en los que vivimos parece que hubieran sido sometidos a un intenso y prolongado bombardeo aéreo». Ampliaba los efectos del resentimiento con una amenazadora premonición sobre la nueva generación: «Vemos extraños estados de ánimo en nuestros hijos y nuestros corazones se hinchan de dolor».



En el Savoy, Harlem, principios de la década de 1940.

En una de las páginas del libro, sin embargo, aparece un retrato de un joven, bañado en luz, con una chaqueta larga con una forma peculiar abotonada arriba y pantalones de pinzas. Sale del Savoy Ballroom con una sonrisa suave de anticipación, parece sonreír satisfecho al futuro. Wright contextualizaba esta extraordinaria imagen celebrando el atractivo universal del *jazz* : «Tocamos nuestras guitarras, trompetas y pianos y creamos ritmos bruscos y contagiosos con un atractivo inmediato para toda clase de personas». Concluía con una declaración que parecía un alarde: «Nuestra música pone a bailar los pies de todo el mundo».

■ ■ ■

1. Clase I: Riqueza hereditaria, la «Clase de alta sociedad»; Clase II: Clase media-alta; Clase III: Clase media-baja; clase pivotante; Clase IV: Clase obrera especializada; Clase V: Clase obrera semiespecializada, sin especialización o dependiente de ayudas; la «clase realmente baja».
2. Publicados finalmente en 1949 como denuncia del «sistema de clases» estadounidense

CAPÍTULO 25

La *Swingjugend* y los zazús

El *swing* en la Europa nazi

■ ■ ■

No quiero que pienses que puede haber diferencias de opinión políticas que me distancien, porque realmente siento que dos almas como las nuestras, con un interés común tan respetable como es el swing, no conocen fronteras. Cuando de arte se trata, y el swing es un arte, no hay barreras.

Carta de Henry Sklow (Nueva York)
a su amigo por correspondencia alemán
Kurt «Hot-Geyer» Michaelis, agosto de 1939.



Zazú, *ca.* 1942.

La expansión del *swing* por Europa a comienzos de la década de 1940 encontró sus aficionados más fervientes entre los jóvenes de Alemania y los países ocupados por los nazis. Sin apenas prestar atención a las implicaciones de sus actos, respondían de forma instintiva a la libertad que escuchaban en sus discos prohibidos. El *swing* hablaba de los deseos secretos de la juventud que quería más que sangre y tierra: era, como señalaba el fundador del Hot Club de France, Charles Delaunay, una reacción «contra la opresión bajo la que vivíamos. El *jazz* tenía el sabor de la fruta prohibida».

Estas pasiones resultaban peligrosas en la Europa de la Segunda Guerra Mundial, habida cuenta de que los nazis pretendían una sumisión completa de los países ocupados y de la propia población alemana. Al mismo tiempo, la juventud se veía desestabilizada por las exigencias de la guerra total: el caos de la movilización, la alteración de la vida familiar y la desquiciada psicología del propio conflicto se sumaron para duplicar las cifras de delincuencia juvenil en la Alemania nazi en 1940 y 1941. En un momento en el que la confianza en el régimen estaba en su cénit, se registraron más de 17 000 delitos perpetrados por jóvenes, dos tercios de los cuales eran responsabilidad de miembros de las Juventudes Hitlerianas.

La maquinaria nazi no había erradicado al limitado núcleo duro que se resistía a unirse a las Juventudes Hitlerianas. Los insumisos eran pocos en número (hasta el 95 % de la juventud alemana se mantendría sometida al poder del régimen hasta 1943), pero suponían un problema significativo simplemente porque el régimen exigía una subordinación y una obediencia absolutas. En el seno de este estado policial, cualquier tentativa o indicio de comportamiento anormal recibiría «la visita del terror». Con Alemania en guerra, la actitud y las acciones de la juventud asumían una relevancia renovada y el ciclo de disidencia y represión se intensificó con el avance del conflicto.

Los problemas previos al conflicto reaparecieron con fuerza. Las principales ciudades alemanas no habían constituido nunca baluartes totales del nazismo y en los primeros años de la contienda algunos miembros de la generación cuya socialización se había producido ya bajo el régimen hitleriano empezaron a crear sus propios grupos disidentes. Estas pandillas de barrio, de origen fundamentalmente obrero cuando no proletario, añadían sutiles matices antinazis al llamativo estilo barriobajero (*Stenzen*). Estridentes camisas de

cuadros y sombreros gastados se decoraban con insignias de metal con forma de la flor de *edelweiss* o alfileres de colores en las solapas, junto con «anillos espantosos» adornados con el emblema pirata.

Estos grupos de jóvenes de catorce a dieciocho años evolucionaron de forma espontánea por su deseo de evitar las Juventudes Hitlerianas. Muchos de ellos habían dejado la escuela a los catorce años y quedaban, por tanto, fuera de la influencia directa de la organización juvenil estatal. En los pocos años previos a su incorporación a filas, empezaban a trabajar y encontraban independencia en los altos salarios de la boyante economía de guerra. Una vez asumido un papel adulto, no estaban dispuestos a recibir órdenes como niños: «Es culpa de las Juventudes Hitlerianas –declaraba un miembro de una banda de Düsseldorf–. Todas las órdenes que me daban iban con una amenaza».

Continuación de los grupos previos a la guerra como los Piratas del Edelweiss, estas bandas existían en toda la Alemania industrial: en Düsseldorf, la Banda Shambeko y los Piratas del Kittelsbach [1] ; en Essen, los Colegas Viajeros; en Colonia, los Navajos; en Ahlberg, el Club de la Serpiente. Sus nombres indicaban el tipo de vida al que aspiraban: libertad del hostigamiento constante de las Juventudes Hitlerianas y la policía. Estas *Wild Cliquen* de chicos y chicas viajaban por el país haciendo autostop y a pie para llegar hasta la Selva Negra, Berlín o Viena evitando los controles policiales y contraviniendo por completo las restricciones a los desplazamientos.

En el Tercer Reich, la oposición política directa era detectada con rapidez y las consecuencias lo bastante graves para desanimar a todos excepto a los más valientes. De este modo, los Piratas del Edelweiss utilizaban el sarcasmo y el humor. Una de sus tácticas favoritas consistía en alterar las letras de las canciones más populares: «¡Escucha el canto de los tipos campechanos! / ¡Rasguea ese banyo, pulsa esa cuerda! / Y todas las muchachas se vienen. / Vamos a librarnos de Hitler / y no hay nada que él pueda hacer». O en otro ejemplo: «Recorremos las orillas del Ruhr y del Rin / y partimos a las Juventudes Hitlerianas en dos. / Nuestra canción es libertad, amor y vida. / Somos los Piratas del Edelweiss».

Los encuentros de los piratas con las omnipresentes «patrullas volantes» de las Juventudes Hitlerianas eran habituales. En estos casos, las pandillas les daban una entusiasta «paliza» a los jóvenes agentes del régimen. En 1941, un

instructor de minas descubrió que, entre sus aprendices, «todos los niños saben quiénes son los Piratas del Kittelsbach. Están por todas partes; son más numerosos que las Juventudes Hitlerianas. Y todos se conocen, se mantienen muy unidos. Le dan palizas a las patrullas porque son muchos. Nunca aceptan un no por respuesta».

El creciente nivel de delincuencia tanto en el seno de las Juventudes Hitlerianas como fuera de estas representaba un desafío directo a las autoridades. En junio de 1940, la «normativa policial para la protección de la juventud» aprobada por Heinrich Himmler supuso la aplicación de varias restricciones más: un toque de queda para evitar que los menores de dieciocho años estuvieran en la calle, en los restaurantes y en los bares, mientras que los menores de dieciséis no podían acceder a las salas de cine, de variedades y de cabaret después de las nueve de la noche. Tampoco se permitía a estos últimos fumar ni beber, so pena de tres semanas en prisión y una multa de 50 marcos imperiales.

La aplicación de esta nueva normativa quedó en manos de la, cada vez más numerosa, Streifendienst, la fuerza policial de las Juventudes Hitlerianas. Cincuenta mil miembros fueron destinados a patrullar cafeterías, bares y salas de cine en compañía de la policía y las SS. Muchos de ellos trabajaban en las comisarías, rellenando informes sobre el comportamiento de las pandillas y sobre delitos sexuales y políticos. Reprogramados mediante cursos especiales de lavado de cerebro en los campamentos de las SS, los jóvenes robots de la Streifendienst (gran parte de los cuales estaba entusiasmada con sus funciones) participaron de buena gana en las redadas masivas contra las *Wild Cliquen* que se iniciaron en 1940.

Tres meses más tarde, Himmler y el líder de las Juventudes Hitlerianas, Artur Axmann, introdujeron otra medida punitiva. El «arresto de servicio juvenil» otorgaba a los altos cargos de las Juventudes Hitlerianas capacidad para detener a chicos de entre catorce y dieciocho años hasta diez días. Estos «arrestos de servicio» tenían que producirse en los veinte días posteriores a la falta denunciada y eran «juzgados» en rápidas sesiones. Evitando la sanción mayor de la expulsión, que habría sido de utilidad para los rebeldes empedernidos, estas detenciones constituían una forma muy efectiva de

garantizar la obediencia: durante la guerra no se produciría ninguna rebelión seria en el seno de las Juventudes Hitlerianas.

Desde 1940, todo rebelde tuvo que enfrentarse con un sistema de vigilancia con cabeza de hidra. La vida cotidiana en la Alemania nazi estaba tan controlada que actividades que habrían pasado desapercibidas en los países libres se convirtieron en delitos contra el Estado. Había muchas redadas policiales: en la primavera de 1940 se produjeron 1715 arrestos en Dresde, 400 en Maguncia y 600 «navajos» corrieron la misma suerte en Colonia en 1941. Por aquellas mismas fechas, una unidad de las SA de Mühlheim pedía «a la policía asegurar que se acaba con esta chusma de una vez por todas. Las Juventudes Hitlerianas se están jugando la vida cuando salen a la calle».

Los Piratas del Edelweiss estaban especialmente señalados debido a su sexualidad libre y sencilla que ofendía al puritanismo de las autoridades en general y de Himmler en particular. Este puritanismo formaba parte del sistema juvenil nazi, que estaba basado en una estricta separación por sexos desde los diez años de edad. Puesto que se agrupaban en cuadrillas de chicos y chicas lejos del control del Estado, se entendía que los Piratas del Edelweiss y los demás grupos se dedicaban al tipo de expresión sexual desinhibida que enloquecía a las autoridades.



Swingjugend , Hamburgo, *ca* . 1939. Tommie Scheel es el séptimo por la izquierda de la fila trasera.

Esta era la falla que también subrayaban los jóvenes aficionados al *swing* , la *Swingjugend* . Los informes sobre sus actividades estaban repletos de frases como «relaciones sexuales entre menores», «sexo en grupo» y «homosexualidad». Aunque los *Swing Heinis* mantenían una actitud distendida, su tan cacareada decadencia era más bien inocente. Como un miembro de un club de *swing* de Kiel llamado los Plutócratas escribió a un amigo que estaba de viaje: «Sé un buen portavoz de Kiel, ¿te parece? Por ejemplo, asegúrate de que eres muy informal, que vas cantando o silbando buenos temas en inglés todo el tiempo, completamente colocado y siempre rodeado de mujeres maravillosas de verdad».

■ ■ ■

Los clubes de *swing* siguieron vivos en varias ciudades alemanas en los primeros años de la guerra, en Breslavia, Kiel, Berlín, Fráncfort, Dresde, Stuttgart y

Hamburgo. Estaban compuestos fundamentalmente por chicos y chicas de clase media o media-alta decididos a mantener su libertad. Aferrados a sus valiosos discos prohibidos, incluso logrando adaptarse al sucedáneo del *swing* de los espectáculos de variedades, pudieron conservar el estilo de vida del *hot jazz* . Con el pelo escandalosamente largo para la Alemania nazi, cultivaban un aire de individualidad desafiante.

Mientras que la mayor parte de su generación vestía uniforme, los chicos del *swing* de Hamburgo mostraban una moda desleal: chaquetas deportivas inglesas a cuadros, zapatos con suelas de caucho crepé en tonos claros, sombreros Homburg y un paraguas bajo el brazo «hiciera el tiempo que hiciera». Las chicas llevaban el pelo largo y abundante maquillaje y pintalabios. Al contrario que aquellas integradas en la Bund Deutscher Mädel, vestían de forma provocativa. Una joven de Leipzig, Jutta Hipp, recordaría más tarde salir a la calle «con un par de medias de seda azul con un corazón rojo en la rodilla» solo para ser diferente. Si alguien se molestaba, volvía sobre sus pasos y «le sonreía».

Este inconformismo era atractivo, pero también peligroso. En Fráncfort, un grupo de jóvenes formó el Harlem Club: vestidos a la moda inglesa y con el pelo largo, lograron grabar un par de discos. Seguían escuchando la BBC (una actividad que desde septiembre de 1939 conllevaba graves sanciones) y se saludaban por la calle silbando su melodía de apertura, «Harlem», de Eddie Carroll. Esta costumbre pronto se extendió entre los jóvenes de la ciudad que no eran parte del grupo, un modo de rebelión que escapaba a los ojos de la Gestapo.

La pandilla de Fráncfort tenía incluso su propia némesis, un agente de la Gestapo apodado Ganjo que perseguía a sus miembros más visibles. En los dos primeros años de la guerra no se produjeron arrestos de importancia. Algunas de las actuaciones policiales rozaban la comedia, como el uso de lanchas a motor para sorprender a los jóvenes que escuchaban discos prohibidos en pequeños barcos en el río Meno. Sin embargo, eran indicativas de la creciente determinación de los nazis por acabar con el estilo de vida ligado al *swing* . En Hamburgo, las escaramuzas entre los *Swing Heinis* y las autoridades acabaron en una campaña de terror a gran escala orquestada por el propio zar del *swing* de la ciudad, Hans Reinhardt.

La *Swingjugend* de Hamburgo, escudada en la riqueza de sus padres y en su propio atrevimiento, mantuvo sus fiestas. Camuflados en un baile celebrado en el hotel Altona en febrero de 1940, los agentes de la Gestapo quedaron espantados: «Solo había *swing* del peor. A veces dos chicos bailaban con una chica; en otros casos, varias parejas formaban un círculo, tomados del brazo y saltando, dando palmas e incluso restregándose la nuca unos con otros; y después, agachados, con la parte superior del cuerpo colgando lacia y el pelo largo caído sobre la cara, se arrastraban prácticamente de rodillas».

La cosa fue a peor: «La banda tocaba canciones cada vez más disparatadas; ninguno de los músicos estaba ya sentado, todos hacían el *jitterbug* sobre el escenario como criaturas salvajes. Se podía ver a algunos chicos bailando juntos, siempre con dos cigarrillos en la boca, uno en cada comisura». Este frenesí no era solo perverso, sino sedicioso. El informe concluía: «Los bailes del *swing* se ejecutaban de un modo absolutamente repugnante. Se tocaba música inglesa con letras en inglés, en un momento en el que nuestros soldados están combatiendo contra Gran Bretaña».

Este documento de la Gestapo mostraba a las claras lo que tanto conmocionaba a las autoridades en lo relativo a los aficionados al *swing* : su explícita anglofilia, su supuesta perversidad sexual y, lo peor de todo, un «éxtasis salvaje» en completa contradicción con el movimiento marcial favorecido por los nazis. El estilo de vida de la *Swingjugend* negaba casi todas las doctrinas nazis. En lugar de la uniformidad, proclamaban la diferencia; en lugar de la violencia, una sexualidad directa. También se negaban a tomarse la guerra en serio: hacían sonar sus discos de *jazz* en los refugios, escuchaban la BBC y cubrían el retrato del Führer en los espacios públicos.

La batalla había empezado, pero los chicos del *swing* no entendían las reglas del combate: no eran conscientes de que divertirse o ser grosero estaba completamente *verboten* . Otro gran baile público fue cancelado en la primavera de 1940. Los participantes habían recibido la convocatoria impresa y todos los invitados tenían que identificarse en la puerta. Sin embargo, a las once de la noche, cuando la música estaba en su apogeo, la policía entró en tromba. Bloquearon todas las salidas y durante varias horas acosaron y cachearon a los cerca de 400 aficionados al *swing* que estaban presentes. Casi todos los arrestados tenían menos de veintiún años, aunque la mayoría

recuperó pronto la libertad. Una fiesta prevista para dos semanas después quedó cancelada de inmediato.

De forma paralela, la *Swingjugend* de Hamburgo seguía poniendo a prueba los límites del régimen. Tommie Scheel y dos amigos se vistieron de gánsteres y fingieron un robo en la mansión de un amigo, donde tomaron fotografías de todo el proceso. Scheel y sus amigos también interrumpían los boletines de noticias en el cine local con comentarios sarcásticos que repetían en las cafeterías en presencia de los agentes de la Gestapo. Más tarde, Scheel evocaría: «Queríamos decirles a esos capullos que éramos diferentes, eso era todo». Ante esta actitud, Scheel fue uno de los primeros chicos del *swing* arrestados por la Gestapo en el otoño de 1940.

En la Stadhaus de Hamburgo, Scheel recibió una serie de palizas. Entre una y otra tenía que estar sentado frente a la pared durante horas. Si se movía, uno de los miembros de la Gestapo le estrellaba la cabeza repetidamente contra la pared. Con solo diecisiete años, estaba acusado de liderar a los chicos del *swing* , de organizar «acalorados festines» y, una vez que la Gestapo encontró las fotografías del falso robo, de ladrón. Posteriormente fue trasladado a la famosa prisión Fuhlsbüttel de Hamburgo y condenado a trabajos forzados. Compartía suerte con otros entusiastas del *swing* arrestados por la Gestapo ese otoño: los menos afortunados fueron enviados al frente.

Con los locales públicos cerrados, la *Swingjugend* siguió con sus actividades en clubes y fiestas privadas. Las bandas europeas hacían escala en la que todavía era una ciudad internacional. A principios de 1941, los aficionados se congregaron en un amplio casino con techo de cristal situado junto al río, en el centro de Hamburgo, donde la atracción principal era la orquesta neerlandesa de John Kristel. El ambiente «era magnífico –rememoraría uno de los participantes– y nos estábamos creciendo. La gente se volvía loca de emoción. Lo que estaba pasando era increíble. La orquesta de John Kristel tenía a un trompetista fabuloso. Cada vez que se levantaba para tocar sus solos, la sala entera se venía arriba».

Sin embargo, la Gestapo pronto supo lo que estaba sucediendo. En otro espectáculo, a finales de febrero, se presentó en masa: John Kristel y sus músicos fueron encerrados en una sala del sótano y luego sacados a hurtadillas por la puerta trasera. Al público se le informó de que la banda había tenido que

dejar Hamburgo de forma repentina (una mentira evidente). Aunque Kristel volvió al Alsterpavillon algunos meses más tarde (con autorización para entretener a los soldados de permiso), la magia había desaparecido: los músicos habían sido advertidos por las autoridades de que bajaran el tono. La música «no era tan buena».

Llegado ese momento, la Gestapo contaba con nuevas armas contra esta «música degenerada». Su principal herramienta contra el *swing* había sido la prohibición de los bailes en público, que fluctuaba según los avances en la guerra y era, por tanto, difícil de aplicar. En agosto de 1941, sin embargo, el Reichsmusikkammer prohibió por decreto la «música *swing* y el *hot jazz* tanto original como en copias». A partir de entonces, los conciertos y celebraciones públicas eran patrullados por funcionarios del Reichsmusikkammer y de la Gestapo, que distribuyeron espías especiales en Hamburgo y Fráncfort.

Tras la prohibición, el movimiento *swing* de Hamburgo se trasladó a la clandestinidad de los sótanos de las suntuosas mansiones de sus padres, que fueron por un tiempo zonas inaccesibles incluso para la Gestapo. Allí podían beber coñac y escuchar discos de *swing* en habitaciones con «murales en las paredes y alfombras a medida» y sobre «cojines de cuero de un rojo brillante sobre el suelo». Este entorno «cálido y acogedor» era un oasis. Sin embargo, en otra gran redada en el otoño de 1941, uno de sus principales líderes, Kaki Georgiadis, fue arrestado y encarcelado en régimen de aislamiento durante varias semanas.

La campaña de la Gestapo fue especialmente efectiva contra unos jóvenes que no estaban preparados para tanta brutalidad. Utilizaban a chivatos y presionaban a los más vulnerables para informar sobre sus amigos. Las Juventudes Hitlerianas señalaban a los estudiantes aficionados al *swing* en las escuelas locales y actuaban junto con los directores para expulsar a los rebeldes. A pesar de todo, la subcultura logró sobrevivir, hasta el punto de que, en el verano de 1941, hubo una petición de ayuda al máximo responsable de la Reichssicherheitshauptamt (Agencia Central de Seguridad), Reinhard Heydrich. En enero de 1942, el cerco se estrechó aún más con un nuevo texto legal que prohibía los bailes en espacios semiprivados como los clubes deportivos.

Aquel mismo mes intervino Himmler. Estaba decidido a no permitir «medidas a medias» contra este contagio: «Todos los líderes, y me refiero tanto a los chicos como a las chicas, y todos los profesores con perspectivas del enemigo que están animando a la *Swingjugend* serán transferidos a campos de concentración. Allí, los jóvenes recibirán primero una buena zurra, después tendrán que superar el entrenamiento más duro y serán puestos a trabajar. Creo que cualquier campamento de trabajo o juvenil sería inapropiado para estos chicos y chicas despreciables. Las chicas tendrán que trabajar tejiendo y, en verano, en el campo».

Himmler consideraba que una temporada de «2-3 años» en un campo de concentración serviría para lidiar con estos delincuentes. Verían interrumpidos de inmediato sus estudios y su juventud. A la vez, recomendaba una investigación en profundidad de «cuánto apoyo han recibido de sus padres. Si los han animado, tendrán que pasar también por un KL [*Konzentration Lager* , campo de concentración] y se confiscarán sus propiedades. Solo interviniendo con brutalidad podremos prevenir la peligrosa difusión de esta tendencia anglófila en un momento en el que Alemania lucha por su existencia».

Un acontecimiento culminante inclinó la balanza contra la *Swingjugend* de Hamburgo. En junio de 1942, en un baile en una finca privada a las afueras de la ciudad, a la suntuosa cena le siguió un cabaré con imitaciones de Hitler y Goebbels. El responsable, Kaki Georgiadis, fue denunciado a la Gestapo. Señalados como traidores, los principales miembros del movimiento *swing* de Hamburgo fueron arrestados, brutalmente apaleados y enviados a campos de concentración como los de Uckermark, Neuengamme y Moringen o al Frente Oriental donde, por ser unos «cobardes afeminados», los situaron en las posiciones más peligrosas.

Aun así, los nazis no lograron erradicar a los *Swing Heinis* . Al final del verano, las SS asistieron a un concierto en Hamburgo de la orquesta de Willi Artelt, cuyo «líder estaba actuando en un aparente estado de éxtasis. Dirigía a la orquesta con la espalda combada y los ojos en blanco; el público acompañaba al grupo con sus bramidos». La subcultura se extendió a Berlín, Hannover y Dresde, al tiempo que el público más joven estimulaba a las bandas para que tocaran *jazz* de verdad: «Cuanto más salvaje, *hot* y *jazzística* fuera la música, más aplausos desenfrenados recibían de la gente de este tipo».

Las actuaciones del régimen llevaron a la *Swingjugend* a manifestaciones de oposición más evidentes. Un informe sobre un espectáculo de *jazz* celebrado en Hamburgo en 1942 señalaba que las entusiasmadas ovaciones a las canciones en inglés «contrastaban claramente con los aplausos a los temas alemanes. Entre otros, tocaron el tema inglés "Sweet Sue", que contiene la letra "lee el periódico de la tarde, lee el periódico de la mañana". Puesto que la *Swingjugend* siempre ha cantado la letra manipulada: "lee el periódico de la tarde, lee el periódico de la mañana, todo mentira, todo basura", y así es como se conoce, este tema consiguió una ovación especialmente atronadora».

■ ■ ■

La misma trayectoria de represión y radicalización se produjo en la zona del norte de Francia ocupada por los nazis. En la primavera de 1941, se publicaban noticias que denunciaban el mal comportamiento en los conciertos de *jazz* : los *petits swings* eran acusados de balancearse sin control y burlarse de la grave situación del país. Ese mismo año, más tarde, el diario juvenil fascista *La Jeunesse* detallaba el «ultra-swing 1941»: «Llevaban el pelo despeinado adrede y hasta el cuello, con bigotes pequeños al estilo de Clark Gable, chaquetas sin solapas, pantalones a rayas, zapatos con gruesas suelas de caucho crepé y alternaban sus pasos sincopados con gritos de guerra de los siux».

El *swing* tenía en Francia una relación de simbiosis con la ocupación. Según el historiador Jean-Claude Loiseau: «La excesiva euforia que acompañaba a cada concierto de orquestas de *swing* , tanto buenas como malas, se incrementaba paso a paso con la seriedad cada vez mayor de la ocupación». Un año después de la caída de Francia, el *swing* se convirtió en moda popular. Un cantante llamado Johnny Hess la inició con la canción «Je suis swing» y otros se sumaron con títulos como «Êtes-vous swing?» y «Swing partout». Pero la moda tenía otra cara, una respuesta emocional a la ocupación: «¿Qué podías hacer si no la soportabas?».

Los nuevos regímenes de la Francia ocupada se esforzaron con denuedo por imponer su nuevo orden a la juventud. Tras la derrota del verano de 1940, los alemanes habían dividido el país en ocho zonas separadas, incluida la Zona Sur y la Zona Ocupada del norte, que se extendía desde Reims a Burdeos y de la

que formaba parte París. Con un vigoroso movimiento fascista previo a la guerra complementado por los inevitables oportunistas, los franceses no tardaron en asumir los estándares nazis, simbolizados por la *Blutfahne* , la bandera de sangre, que los alemanes colgaron de la Torre Eiffel cuando tomaron París.

El control de la Zona Sur estaba en manos del régimen de Vichy. Liderada por el héroe de la Primera Guerra Mundial, el mariscal Pétain, de ochenta y cuatro años, y con Pierre Laval como viceprimer ministro, Vichy empezó perseguir una «Revolución Nacional» que pretendía reemplazar el viejo eslogan de la Revolución francesa, «Liberté, égalité, fraternité», por una nueva trinidad: «Travaille, famille, patrie». Con Juana de Arco como símbolo, esta revolución pretendía reintroducir las que Pétain consideraba verdades eternas: la familia como «célula esencial» del orden social y el trabajo de la tierra como forma más elevada de empresa humana.

El lugar de la juventud en esta utopía agrícola (no muy alejada de los planes de los nazis para Warthegau) era la mera sumisión. Como Pétain declaró poco después de acceder al poder: «El espíritu de la juventud ha sido superado por el espíritu del sacrificio». Los jóvenes ya no tenían derechos, sino obligaciones. Para los ideólogos de Vichy, la derrota de Francia era el resultado de un colapso del orden moral provocado por los comunistas, los judíos y los intelectuales. Para combatir estos males, el régimen aprobó nuevas leyes contra el alcohol, las enfermedades venéreas y el aborto: la *dénatalité* , la reducción de la tasa de natalidad, era considerada el «suicidio colectivo de la nación».

Las políticas educativas de Vichy enfatizaban el deporte a costa de la literatura. En lugar de un individualismo materialista, la responsabilidad, la disciplina y la fe serían los pilares de la nueva comunidad espiritual nacional. Dos grupos juveniles promocionaban este ideal: por una parte, los Compagnons de France, un movimiento al estilo de los Boy Scouts para jóvenes de entre quince y veinte años, que se incorporaban como aprendices y terminaban como «maestros» tras cumplir con los estrictos requisitos de la vida de campamento. Actividades al aire libre como la silvicultura se alternaban con cantos corales y obras de teatro.

Por otra, mediante las *Chantiers de la Jeunesse* , «Canteras de la juventud», los jóvenes del régimen de Vichy serían transformados en campesinos. La

integración en estos grupos era obligatoria para todos los jóvenes de veinte años de la Zona Sur en sustitución del servicio militar. Se consideraba el mejor modo de inculcar el nuevo carácter de la nación: «Antes, los jóvenes intentaban escabullirse de sus obligaciones, maltrataban a los animales y no obedecían más que a sus instintos más básicos. Después, la juventud habla con una sola voz, la juventud ama toda Francia, la juventud tiene confianza en sus líderes, la juventud tiene una mentalidad, un lenguaje y una acciones limpias».

Los escasos viajeros de la Zona Ocupada a la Zona Sur encontraban «una tierra extraña, una suerte de principado donde todo el mundo, empezando por los niños a partir de seis años, estaba organizado en grupos, de *Jeunesses* a *Anciens Combattants* ; vestidos con *Francisques* o símbolos de la Legión, parecían llevar uniforme». Un fervor religioso apuntalaba las políticas de Vichy hacia la juventud. Esta búsqueda de un nuevo espíritu caballeresco que salvaría a la civilización europea alcanzó su apoteosis en la peregrinación en masa que en agosto de 1942 organizaron los *scouts* católicos para celebrar a la Virgen Negra de Le Puy.

Para Simone de Beauvoir, que opinaba desde París, las declaraciones del mariscal sobre la familia, Dios y el «reinado de la virtud» eran «esa cálida tontería que había oscurecido mi infancia: abrumaba oficialmente el país entero». En comparación con el retorno de la Zona Sur a un pasado agrícola y religioso que nunca existió, las condiciones en la Zona Ocupada eran al mismo tiempo modernas y difíciles. Aunque Vichy era la capital de la nueva Francia, París era la sede del poder y estaba bajo el mando directo de los nazis.

Los colaboradores franceses más entusiastas eran los fascistas de antes de la guerra, escritores como Henry de Montherlant, Pierre Drieu La Rochelle y Robert Brasillach, así como ideólogos más jóvenes como Lucien Rebatet y Alain Laubreaux. El colaboracionismo fue defendido con firmeza en una serie de pequeñas revistas, en su mayoría financiadas por los alemanes. Estas empezaron con *La Gerbe* (la guirnalda) en julio de 1940 y siguieron con *La Jeunesse* , un semanario dirigido a la juventud, en diciembre de 1940; y con el relanzamiento de *Je Suis Partout* en febrero de 1941.

Presidida por el talentoso y despiadado Robert Brasillach, *Je Suis Partout* [Estoy en todas partes] promovía la perspectiva fascista: «Tenemos que ofrecer a la juventud la religión de los héroes, las virtudes de la fuerza, el coraje, el

entusiasmo, la responsabilidad, el sacrificio y el gusto por la brutalidad y la energía». Rápidamente se convirtió en la revista *collabo* más popular:[1] la revista interna de los *ubiquistes* , los omnipresentes soplones. La columna «Partout et ailleurs» [En todas partes y más allá] publicaba los nombres y las direcciones de los perseguidos por los nazis, con lo que contribuyó de forma activa a su arresto y, según los casos, a su asesinato.

Estas voces estridentes representaban una reacción extrema a la ocupación nazi, pero el impacto del mandato nazi en la Zona Ocupada era generalizado. Casi todo aspecto de la vida cotidiana suponía un dilema moral. Como Jean-Paul Sartre escribiría más tarde: «Cada uno de nuestros actos era ambiguo, y nunca sabíamos si debíamos censurarnos acerbamente o aprobarnos a nosotros mismos. Un veneno sutil emponzoñaba las mejores empresas». En su diario, una escolar parisina dejaba en aquellos días por escrito sus contradictorias reacciones: «Detesto y siempre detestaré a los *boches* , pero tomados de uno en uno, los alemanes son muy amables, habitualmente bien educados y correctos».

La resistencia era difícil y se castigaba con la muerte instantánea. Con la acción política imposible en apariencia, algunos jóvenes franceses encontraron una respuesta en el sarcasmo amanerado puesto en práctica por primera vez por Baudelaire. A partir de 1940, un grupo de *petits swings* empezó a disfrazarse como acto de provocación deliberada. Esta fue la revuelta afectada que describiría Albert Camus en *El hombre rebelde* : «El dandi no puede ponerse más que oponiéndose. No puede asegurase de su existencia si no la encuentra en el rostro de los demás. Los demás son el espejo».

Inspirados por Estados Unidos, los *petits swings* pasaron a ser los *Ultra Swings* , y después, en el invierno de 1941, los zazús. Ya en ese momento, la ocupación se había tornado más opresiva. Tras la entrada de Estados Unidos en la guerra, el *jazz* y el *swing* fueron censurados con violencia. Una librería de la Sorbona sufrió un atentado por exhibir obras de Henry de Montherlant. Posteriormente, los cafés del bulevar Saint Michel fueron cerrados: una respuesta directa de las autoridades a *le mauvais esprit* del Barrio Latino, encarnado en los zazús, que «bailaban en el borde de un volcán, marcando el tempo con el dedo índice levantado».

Los zazús eran, fundamentalmente, de clase media o media-alta y pertenecían al rango superior de lo que las fuerzas de ocupación denominaban,

para la gestión del racionamiento y los carnés de identidad, el grupo de edad J3: de trece a veintiún años. Se distinguían por su vestimenta y su actitud. Como el dandi de Camus, eran provocadores y, cuando las autoridades y los *collabos* respondían, volvían a sus bravatas, manteniendo todo el tiempo una fachada vacía, sarcástica. Aunque evitaban la confrontación directa con los alemanes, se burlaban de «Greta Gestapo». Cuando *La Jeunesse* pidió a todos los jóvenes: «Entregadnos vuestros veinte años», respondieron: «¿Para qué, exactamente?».

El término zazú provenía del lenguaje del *jazz* . Cab Calloway, cuyas chaquetas a cuadros y cadenas para el reloj fueron muy influyentes en la moda del grupo, grabó «Zah Zuh Zah» en 1933, embellecida con el grito «¡zazouzazou... hey!». El cantante de *scat* Slim Gaillard desarrolló este resonante surrealismo en canciones como «Tutti Frutti» y «Flat Foot Floogie». Otros citan a un trompetista estadounidense expatriado llamado Freddy Taylor, que grabó una versión de «Viper's Dream» antes de la guerra. Naciera como naciera, el término pronto alcanzó un carácter peyorativo entre los *collabos* , que consideraban a los zazús «imbéciles», cuando no algo peor.

En marzo de 1942, la revista *L'Illustration* hizo un estudio detallado de esta nueva moda. Los zazús varones vestían largas chaquetas a cuadros plagadas de bolsillos y cinturones. Las camisas tenían los cuellos altos y largas mangas que cubrían unas manos de manicura y con anillos. A menudo culminaban el estilo con corbatas de lana y de cuerda. Los pantalones eran rectos, los calcetines de brillantes colores primarios. El conjunto lo culminaban zapatos con gigantescas suelas de caucho crepé y un peinado «aceitoso como una ensalada» que cubría el cuello de la camisa. En un toque final, de dandi, se colocaban pañuelos en los ojales.

Las mujeres llevaban abrigos de ante, jerséis de cuello vuelto y chaquetas cortas con los hombros cuadrados. Se recogían el pelo en un moño en la parte frontal de la cabeza y se maquillaban los labios y las uñas en tonos rojos. Las faldas eran cortas y plisadas y mostraban unas piernas que terminaban en zapatos «Minnie Mouse»: planos y con una superposición de suelas, «grandes como barcos». El conjunto se complementaba con cadenas, pendientes, brazaletes y bolsos cuadrados tipo bandolera. Con su firma en forma de paraguas y gafas de sol, que también se ponían de noche, las zazús del Barrio

Latino mezclaban las modas estadounidenses, británicas y del continente para crear algo único.

La Jeunesse situaba el origen del movimiento en una sección de la juventud burguesa, «una generación de retrasados» que se paseaba por la *Rive Gauche* , «el mundo, un lienzo para su narcisismo». Sus oficinas centrales eran dos cafés, La Capoulade y Le Dupont-Latin, donde fumaban de manera ostentosa cigarrillos ingleses. Había una segunda zona zazú, centrada en los Campos Elíseos, con sede en un café llamado Pam Pam. Estos zazús del centro seguían una moda más sofisticada, como correspondía a su proximidad al corazón de la alta costura: su inclinación al lujo les hizo ganarse el calificativo «basurilla mimada».

En una vida con toque de queda y suma vigilancia, los zazús llevaron su cultura a la clandestinidad, reviviendo la tradición de los años veinte de las «fiestas sorpresa»: reuniones sin autorización. Detrás de gruesas persianas y con luces tenues podían escuchar el *jazz* de Nueva Orleans y bailar sin miedo a interrupciones. En este embriagador aire de libertad, se comportaban como molestos adolescentes, en lugar de como sumisos esclavos de los nazis: a veces terminaban la noche arrasando con todo, un acto de jubilosa destrucción voluntaria ante un régimen que propugnaba el arrepentimiento y la mortificación.

Idolatraban también la cultura estadounidense. Después de que los alemanes censuraran todas las películas inglesas y estadounidenses producidas a partir de 1937, los zazús se sintieron desamparados. «Lamentábamos la desaparición del león de la Metro tanto como la de un amigo –recordaba uno de ellos más tarde–. Toda aquella mitología del cine estadounidense todavía estaba viva en nosotros, era nuestro mundo, nuestra llave hacia una existencia secreta». La cultura estadounidense se convirtió en un paraíso perdido, en una suerte de El Dorado. Diálogos que podrían parecer inocuos se convertían en mandamientos de fe, como el discurso de Jimmy Stewart en *Caballero sin espada:* «Yo soy libre, para pensar y para hablar».

Los alemanes no podían censurarlo todo. Los zazús sacaban frases de cualquier parte para expresar las emociones prohibidas. «Descifrar mensajes ocultos incluso en las películas malas era –según el zazú Jean-Louis Bory– una cuestión de actitud». Obligados a sufrir los interminables dramas de época y las

condescendientes declaraciones emitidas por la Zona Sur, los zazús perfeccionaron su apreciación de las cursilerías de Vichy, cuanto más desgarradoras, mejor. Seguros de que un Gobierno liderado por un octogenario tenía poco que decir a la juventud, detectaban *pétainismes* como los cerdos encuentran las trufas.

Declarados por el ministro de Educación del régimen de Vichy, Abel Bonnard, «los últimos vestigios de una sociedad individualista», los zazús se cobraban su venganza ridiculizando su declaración según la cual Juana de Arco era el ejemplo perfecto para todos los jóvenes de Francia. Esta era la representación más clara del «cristalizado perfume de estupidez» que los hacía rebuscar en los periódicos de Vichy para dar con la última perla del régimen, que compartían para entretenerse. Inspirados «por el espíritu de la contradicción, no podíamos tragarnos la trinidad *Travail-famille-patrie* que intentaban imponer a Francia. Sacábamos energías de lo absurdo de la situación».

Los zazús no solo perfeccionaron una estética negativa, también sacaban de sus casillas a sus rivales. Los *collabos* habían empezado rechazándolos, pero pronto tendieron más a la prohibición. Lucien Rebatet vinculaba el *swing* con el gaullismo y el carácter judaico. Robert Brasillach los vilipendiaba por no «tener el espíritu fascista, que es el espíritu de la alegría». En abril de 1942, *La Jeunesse* decidió que las zazús combinaban «al mismo tiempo, la locura del *jazz* , lo procaz y el *Lambeth Walk* , mientras juegan con sus yoyós, enseñan las piernas y flirtean como si no hubiera un mañana». Según *La Gerbe* , «no eran franceses».

Por encima de todo, la actitud sarcástica de los zazús simbolizaba su resistencia muda a la ocupación. [2] Como señalaba *La Gerbe* : «Estos idiotas están jugando con fuego». Los zazús enfurecían de muchas formas al feroz portavoz del régimen. Su extravagante vestimenta y el flagrante consumo de cigarrillos contravenían el racionamiento y conllevó acusaciones de implicación en el mercado negro. Como la *Swingjugend* de Hamburgo, se burlaban de lo que consideraban una retórica nacional ridícula: no eran la generación que había perdido la guerra, ¿por qué tenían que participar en el sacrificio y las reparaciones?

Para los más extremos *collabos* , que se habían obsesionado con este pequeño grupo juvenil, los zazús encarnaban la decadencia que le había costado a Francia su orgullo nacional. En julio, *La Jeunesse* acusó a «estos jóvenes ciudadanos de la Francia Libre» de esperar «la victoria de De Gaulle y el regreso de la Coca-Cola». Por encima de todo, enloquecían a los periodistas fascistas con una indefinición (*l'attentisme*) que, si bien no ilegal, se entendía, no obstante, como un desafío particularmente obstinado. Como señaló Simone de Beauvoir, siempre crítica: «Su anglofilia, su anarquismo, representaba una cierta forma de oposición».

La situación se enconó en la primavera de 1942. Después de que *La Gerbe* defendiera una paliza pública a los zazús, la Jeunesse Populaire Française (una agrupación juvenil *collabo* recién creada) le tomó la palabra. Para su fundador, Jacques Doriot, la vestimenta era «el signo de la raza», y ordenó a sus seguidores: «Seréis duros, seréis fuertes, seréis violentos, pero iréis correctamente vestidos». Con sus uniformes de camisa azul y corbata negra, cientos de ellos se lanzaron al Boul' Mich' a finales de mayo sin dejar de gritar: *Vive Pétain, Vive Doriot!* Todo zazú o judío que encontraron recibió una paliza.

Este fue el preludio de la redada policial que tuvo lugar a mediados de junio, cuando en torno a un centenar de zazús fue detenido. En julio, *La Jeunesse* compuso su titular de la semana: «*R ASEZ LE ZAZOU, RASEZ LE ZAZOU, RASEZ AIR CONNU, DEPUIS PEU, GRACE AUX J.P.F.* ». Esta era la forma adecuada de corregir a los decadentes: afeitarles la cabeza. La Jeunesse Populaire Française, aunque ocupada ayudando a los nazis con las primeras grandes redadas de judíos, se dedicó a la tonsura con entusiasmo. Durante un breve periodo, todo zazú que se encontrara en el lugar equivocado a la hora equivocada acababa perdiendo la cabellera, nunca con suavidad.

Además de ser objetivo de los esbirros del fascismo, los zazús eran detenidos en batidas regulares de la policía y enviados a trabajar en la cosecha. Reforzando su posición de enemigos públicos números uno, algunos zazús respondieron a la introducción de la estrella amarilla aquel verano creando su propia estrella «para mostrar su simpatía por los judíos». La forma era «exactamente igual que la oficial, excepto en un detalle: en el centro había una palabra de cinco letras: *swing* ». Marginados por su estética, estos zazús se

identificaban con los parias absolutos. Una vez descubiertos, eran arrestados en procesos sumarios y enviados a trabajos forzados.

Estos acontecimientos sucedieron en el preciso momento en el que el *swing* se convirtió en moda nacional. La película *Mademoiselle Swing* , estrenada en el verano de 1942, popularizó el estilo musical y todo pasó a ser *swing* : los cócteles, los aperitivos y la moda. Cuando llegó el otoño, no obstante, los zazús estaban desapareciendo: los más atrevidos seguían frecuentando sus viejas guaridas, pero muchos otros rebajaron los excesos de su vestimenta. «Teníamos que reoganizarnos –evocaría Jean-Louis Bory– para evitar que nos partieran la cara». Si el aspecto exterior podía suponer problemas de envergadura, habría que cambiarlo. La discreción se convirtió en la norma.

En octubre de 1942, el reclutamiento para los trabajos forzados empezó en serio. Con todos los mayores de dieciocho años seleccionables para el STO (Service du Travail Obligatoire [Servicio de Trabajo Obligatorio), los jóvenes descarriados podían ser detenidos si aparecían en cualquier lugar público durante el día y enviados directamente a Alemania. No era momento de destacar. En noviembre, *La Gerbe* describía a un nuevo tipo de «zazú triste» que vestía prendas sombrías y gafas de alambre, pero muchos antiguos zazús se habían sumado a la tropa de *les refractaires* , los jóvenes que se escondieron para evitar los trabajos forzados. Los más obstinados se unieron al movimiento de liberación armada de los *maquisards* .

Los zazús aparecieron en la escena francesa y luego desaparecieron, como por arte de magia. Aunque cultivaban una apariencia vacía, no dejaban a las autoridades espacio a la duda sobre su total desprecio por la «Revolución Nacional». También disfrutaban con su mala prensa, que alcanzaba una humillación delirante. Al convertir su repulsión adolescente en un teatro callejero, ofrecieron una resistencia simbólica a la ocupación, «aquel horror abstracto que no llegaba a posarse sobre nadie», que se reflejaba también en su vacío. Sin embargo, aprendieron que en los Estados nazis todo estaba politizado y que el desafío se castigaba con la violencia, la cárcel y la muerte.

■ ■ ■

1. Y como tal, conocida de forma burlona como Je Chie Partout: me cago en todas partes.
2. El silencio fue la opción favorecida por muchos escritores franceses durante la ocupación. El aparente sinsentido de la obstinada negativa del protagonista sin nombre de El extranjero de Albert Camus puede entenderse como parábola de esta característica de la vida durante la guerra en Francia.

CAPÍTULO 26

Zoot-suiters **y** ***Victory Girls***
Disturbios en Estados Unidos

■ ■ ■

Ningún estadounidense puede tener mucho que decir todavía sobre la amplitud del daño emocional sufrido por los niños en los países que han experimentado la guerra con toda su crudeza. La historia dentro de la historia (de qué piensan, sienten y hacen los niños en los países donde los hogares quedan devastados una y otra vez, donde la destrucción y la muerte son la norma, de cómo en estas condiciones aún consiguen avanzar hacia la madurez o, por el contrario, vuelven a la brutalidad o a la mera pasividad) está por contar .

Anna Wolf, *Our Children Face War* , 1942.



Un soldado inspecciona a una pareja de *zoot-suiters* en el Unline Arena durante una velada de la orquesta de Woody Herman en Washington, D.C.

Estados Unidos había entrado en guerra, pero ¿dónde estaba el enemigo? A varios miles de kilómetros de distancia, al otro lado de los océanos Pacífico y Atlántico. Durante los dos primeros años de la contienda, muy pocos estadounidenses entraron realmente en combate. Para la amplia mayoría de la población, el enemigo sería alguien a quien nunca verían, excepto en los boletines de noticias del cine o en fotografías: un concepto abstracto. Esta circunstancia dejó las vastas reservas de hostilidad liberadas por la guerra (esos impulsos que Freud definiría como «los impulsos egoístas y los crueles») reprimidas y sin objetivo contra el que dirigirse.

Toda la agresividad habitualmente contenida en tiempos de paz se concentró en el enemigo interno. Este proceso, no obstante, era imposible de controlar por completo. En 1942, Estados Unidos era una olla a presión: «Era la expresión en las caras de los blancos cuando paseaba por las calles –escribió Chester Himes–. Era ese odio demente, salvaje, desaforado, que desató la primera bomba japonesa lanzada sobre Pearl Harbor. Todo aquel sentimiento de raza tenso y malsano, tan perceptible en la calle como el humo de los coches». Estas tensiones pronto se desbordaron.

Los primeros en sufrirlas fueron los *nisei* , la población de origen japonés. «Cuando el impacto de las solemnes palabras transmitidas a los varios millones de aparatos de radio del país llegó a casa –narró John Okada en *No-No Boy* –, todo lo japonés y todos los japoneses pasaron a ser despreciables». La novela de Okada analiza la situación de los 100 000 estadounidenses de origen japonés que fueron deportados a la fuerza y ubicados en campamentos especiales: de la noche a la mañana, se habían convertido en el grupo social más despreciado de Estados Unidos, los «japo-judíos».

En Detroit se produjeron importantes disturbios a finales de febrero de 1942. Cuando las autoridades quisieron desplazar a familias negras a viviendas nuevas junto a los barrios de los estadounidenses de origen polaco, se desató una revuelta. Las viviendas del proyecto Sojourner Truth Homes no ofrecieron a sus primeros inquilinos una cálida bienvenida. «Cientos de blancos bloquearon las carreteras, apedrearon coches y camiones y apalearon a negros confiados», publicó un diario de Detroit. La policía se mantuvo al margen y «permitió que los blancos se congregaran y mostraran abiertamente sus armas».

En Los Ángeles, los problemas de la desubicación derivada a la guerra se proyectaron en las figuras de diecisiete jóvenes de ascendencia mexicana acusados de asesinar a un miembro de una banda juvenil en un polémico proceso judicial que se conoció como el caso de «Sleepy Lagoon», el título del gran éxito musical del momento, de Harry James. La melodía evocaba una isla paradisíaca, pero la laguna en cuestión del caso era una charca popular entre los jóvenes mexicanos a los que no se les permitía el acceso a las piscinas para blancos. Cuando se encontró en las proximidades el cuerpo de José Díaz, la prensa y la policía se lanzaron a por estos nuevos enemigos internos.

De forma paralela, se produjo un incremento de la delincuencia juvenil. Con sus padres reclutados o trabajando en la industria de la guerra y los nervios a flor de piel por la fiebre bélica, numerosos adolescentes aprovecharon la ausencia de controles adultos. En abril de 1942, la revista *Variety* denunció la existencia de jóvenes sin ningún tipo de restricciones en las salas de cine. Se trataba solo del ejemplo más visible de un asunto con más envergadura que analizó la revista *Life* ese otoño: «De pronto, el país es consciente de lo que la guerra está suponiendo para los niños. La juventud estadounidense sufre el mismo tipo de anarquía desbocada que barrió Inglaterra en 1940».

En los primeros años de la contienda, los jóvenes estadounidenses se vieron liberados y, al mismo tiempo, convertidos en chivos expiatorios. El principal problema al que se enfrentaban era la ausencia de un papel claro en el esfuerzo de la nación. Al contrario que los adolescentes demasiado jóvenes para incorporarse al Ejército en Alemania, Francia y Gran Bretaña, no tenían que sufrir bombardeos, trabajos forzados ni el resto de horrores de la guerra total. Tampoco se les obligaba a integrarse en organizaciones paramilitares. En lugar de esto, los adolescentes estadounidenses tenían que abrirse camino en un país desestabilizado por una migración masiva y el frenesí bélico: estaban, como manifestó un experto en juventud, «más afectados por la guerra que ningún otro grupo».

Muchos abandonaron los estudios y se pusieron a trabajar. En 1942 y 1943, la matriculación en la enseñanza secundaria cayó debido a la «avalancha de jóvenes» en la industria. Mientras que apenas unos años antes, en 1940, el número de chicos y chicas de entre catorce y diecisiete años con trabajo apenas superaba el millón, la cifra escalaría hasta rozar los 3 millones en 1944, cerca de

un 30 % del volumen total de ese grupo de edad. En verano, una época tradicionalmente propicia, el número de adolescentes con empleo en el grupo de edad entre los catorce y los diecisiete años se elevó hasta 4 o 5 millones. De estos, los jóvenes de catorce y quince años que se incorporaban al mercado laboral eran más del doble que los de dieciséis y diecisiete.

Las motivaciones para el abandono escolar eran diversas. Las autoridades trataban a los adolescentes como mano de obra flexible y hacían llamamientos directos: «Mientras dure la guerra, todas las chicas deben aprender que es su obligación patriótica trabajar en algún sector esencial. La crítica carencia de mano de obra en Estados Unidos no se solventará sin esta participación». La industria, como opinaba un estudiante de instituto, «exige a gritos la presencia de chicos y chicas sobresalientes de la franja de edad más baja. Se necesita a los chicos de inmediato en las tiendas y en las oficinas; a las chicas, en las oficinas, como taquígrafas y mecanógrafas».

Estaba, por otra parte, la incertidumbre derivada del propio conflicto. «El adolescente siente que los cimientos de su universo se tambalean de la noche a la mañana», escribió la directora del Institute for Personality Development (Instituto para el Desarrollo de la Personalidad), que consideraba que los jóvenes oscilaban entre el miedo, la culpa, el resentimiento y el desasosiego. Para los chicos, la tentación de dejar los estudios era considerable. Toda la cultura estaba plagada de propaganda que enfatizaba la aventura y la emoción. Ya fueran películas como *Tigres del aire* , protagonizada por John Wayne; o literatura juvenil como *Flying Wildcats* , la sensación era la misma: hiperestimulación y sobreexcitación.

La definición social de la adolescencia volvió a cambiar: del imperativo de la Gran Depresión para permanecer en los centros escolares y fuera del mercado laboral a la promoción del pleno empleo. Con la mayoría de los hombres de entre dieciocho y treinta años alejada temporalmente de la vida civil, los menores de edad gozaban de una importancia social y económica de la que nunca antes habían disfrutado. Condicionados por la probabilidad de tener que participar en el conflicto, y con la confianza de sus 10 dólares de media a la semana en el bolsillo, los adolescentes estadounidenses empezaron a ocupar las calles y los titulares.

Esta visibilidad sin precedentes conllevó críticas por parte de los adultos y nuevos controles. En respuesta a las noticias sobre delincuencia juvenil aparecidas en 1942, muchas autoridades locales introdujeron toques de queda a las diez de la noche para los menores de diecisiete años que no estuvieran trabajado, lo que aumentó de manera considerable el número de jóvenes registrado en las estadísticas policiales. En Indianápolis, donde se instauró un toque de queda al anochecer en febrero de 1943 para los chicos menores de dieciséis años y las chicas menores de dieciocho, la policía «prestó especial atención a los adolescentes que perdían el tiempo en pandillas, particularmente cerca de las tabernas y de las salas de baile o durante el horario escolar».

Los toques de queda eran muy impopulares. «Toda nuestra forma de vida se verá afectada –comentaba un estudiante de instituto–. Aunque, por otra parte, tampoco pasa nada, puesto que incluso las parejas que salen de paseo, que era hasta ahora el único placer del que podían disfrutar en una cita con el racionamiento de la gasolina, de las ruedas, de los caramelos, la falta de refrescos, etc., dejarán de verse con el racionamiento de los zapatos». «Seguro que cuando los que están en el Ayuntamiento tenían quince años se quedaban más tarde de las diez –protestaba otro–. Ahora que ellos ya han tenido su diversión, nos la quieren quitar a nosotros. Lo único que sé es que como no se haga algo, muchos adolescentes se van a cabrear de lo lindo».

■ ■ ■

El bombardeo de Pearl Harbor inició una transformación incontenible. Estados Unidos pasó de ser una nación en crisis a un motor industrial en expansión. Se crearon 17 millones de nuevos puestos de trabajo que provocaron una migración a una escala desconocida desde el siglo XIX . Trece millones de hombres fueron movilizados, al tiempo que 9 millones de trabajadores y sus familias abandonaban sus hogares para dirigirse a las industrias bélicas del oeste y del sudoeste del país: más de 20 millones de personas, en torno al 16 % de la población total. De manera simultánea, la producción en masa propia de los años veinte recuperó su posición motriz en la economía.

La movilización desencadenó un año de «frenética construcción», a la que contribuyó el Gobierno con una financiación valorada en 12 000 millones de dólares. El nuevo principio básico era «precio de coste más beneficio». La superproducción ya no importaba, el Tío Sam se tragaba todo lo que las agitadas fábricas pudieran producir. El *New Deal* , con su economía de planificación central y regulaciones sociales, estaba acabado: los nuevos reyes de la industria exigieron el fin de lo que consideraban una «sandez» socialista. Los días de expansión económica con su crecimiento ilimitado y el dominio de los patronos habían vuelto.

El lado positivo del nuevo modelo era que había trabajo suficiente para los desempleados de larga duración. La pega, que las gigantescas unidades industriales recién estrenadas, representadas por la fábrica de bombarderos impulsada por Ford en Willow Run (Michigan), se construyeron con escasa consideración por los derechos de los trabajadores y por sus necesidades. Una nueva fiebre del oro y la vuelta a las migraciones de los años treinta al mismo tiempo, con el traslado de los desamparados de todo el país hacia las ciudades y pequeñas localidades como Seneca (Illinois), donde la población se multiplicó por 27 en apenas unos meses.

Las mujeres jóvenes, los adolescentes y los niños eran particularmente vulnerables a estos cambios. En los primeros tres meses de 1942, la venta de anillos de compromiso se incrementó un 300 %: las parejas jóvenes apostaban por establecer sólidos vínculos a toda prisa. Mientras sus maridos estaban lejos, las nuevas esposas tenían que vivir y el trabajo constituía una solución aceptable. Durante los cuatro años de guerra, 6,5 millones de mujeres se incorporaron al mercado laboral, lo que alteró de manera irrevocable la forma en la que Estados Unidos consideraba a su población femenina, un cambio encarnado en la popular figura de Rosie, la remachadora, con su pañuelo en la cabeza y remangándose para lucir bíceps.

«Las mujeres están escapando del molde en el que hemos intentado mantenerlas», escribió el periodista Max Lerner a inicios de 1943. En un intento por definir a la «emergente mujer estadounidense», consideraba que «cuando trabaja en una fábrica aeronáutica un día tras otro haciendo el trabajo de un hombre, o en los cocherones de los ferrocarriles, conduciendo un taxi o soldando un submarino es poco probable que su forma de pensar y de

comportarse no cambie. La tradicional modestia recatada, según me cuentan, muestra signos de resquebrajamiento. Un grupo de chicas que sale de una fábrica de armamento tiene un comportamiento muy parecido al de una pandilla de muchachos».

Lerner subrayaba lo poco preparadas que estaban las autoridades para este cambio: «Dejamos que una gran revolución se produzca en la vida de las mujeres y de los niños, pero tememos asumir cualquier responsabilidad, porque eso sería "socialismo"». Como Mark McCloskey reflejó en su estudio de la agitación política en Estados Unidos: «Algunas de las mujeres que viven en estas nuevas ciudades militares han asegurado que es como la vida en un campo de concentración. No han podido desarrollar ningún sentimiento de solidaridad. No tienen ningún vínculo comunitario».

El cuidado de los hijos se convirtió en un serio problema. La periodista Agnes Meyer describía cómo en las inmediaciones de las fábricas del valle de San Fernando, en California, «una trabajadora social contó hasta 45 menores encerrados en los coches de un solo aparcamiento. En Vallejo, los niños se sientan en el cine y ven la misma película una y otra vez hasta que su madre sale del turno de tarde y los recoge. Algunos hijos de trabajadores se quedan encerrados en sus casas; otros, en la calle». Un trabajador social descubrió a una niña de doce años en un bar a medianoche. Cuando le preguntó qué hacía allí, su respuesta fue: «Estoy esperando a que den las doce. Mi cama no está vacía hasta entonces».

Los espacios públicos para el ocio se convirtieron en los nuevos custodios de la infancia. Un periodista describía la escena del cine local de Muncie un sábado a medianoche: «En la entrada, somnolientos, cansados, los chavales esperan a sus padres. Un niño, cuyo rostro menudo y demacrado empieza a mostrar síntomas de envejecimiento y al que el abrigo, demasiado largo, le cuelga holgado sin que pueda abrocharse los múltiples botones porque los ojales están rotos, aguarda. Ha recogido una colilla y le da algunas caladas mientras espera».

Los jóvenes soldados también se veían afectados por estas convulsiones. Las Fuerzas Armadas, que modelaban a sus reclutas a modo de pandilla de barrio al tiempo que les inculcaban la posibilidad de la muerte y la necesidad del sacrificio, liberaban a miles de chicos solitarios y temperamentales de permiso o

con un pase de fin de semana en ciudades que ya estaban atestadas de inmigrantes de todo tipo. Despersonalizados y reprogramados para combatir contra un enemigo aún invisible, los soldados ya no eran civiles, pero todavía no habían asumido su papel por completo. Antes de abandonar el país eran extraños en tierra desconocida.

Esta psicología de *carpe diem* reafirmaba la posición adolescente de los reclutas cargados de obligaciones de adultos. Las borracheras y la violencia se toleraban. La sexualidad era manifiesta, estimulada por las ilustraciones eróticas de Alberto Vargas y las chicas que aparecían en diarios militares como *Yank* . «En todos los números –señalaría posteriormente el escritor James Jones– había una «página completa obligatoria de una *pin-up* protagonizada por una estrella o aspirante a serlo (y muchos nombres muy familiares: Paulette Goddard, Ann Sheridan, Barbara Stanwyck, Jane Russell y la omnipresente Betty Grable)».

En cuanto el soldado estaba fuera de servicio, se sentía libre «para liberar sus impulsos y sentimientos». Cuadrillas de soldados recorrían las calles principales y el corazón de las ciudades cercanas a las bases del Ejército o a los muelles de embarque. El centro de las principales ciudades se convirtió en un entorno eléctrico, de neón, de una abrupta intensidad. Muchas de estas zonas seguían acogiendo la marginalidad asociada con los días de los vagabundos: estaban llenas de espectáculos eróticos, teatros de estriptis y cines de mala muerte que proyectaban películas de contenido sexual que promocionaban con carteles escandalosos. La insinuación lo era todo, la idea de que cualquier cosa podía suceder.

El resultado era un carnaval de borracheras, violencia y agresiones sexuales. Donald Vining, que trabajaba en una cantina militar, era consciente de la disparidad entre la retórica patriota del soldado sano y la despiadada realidad. Como anotó en su diario en mayo de 1942: «No puedo evitar pensar en los soldados que recorren las calles en varios estados de ebriedad durante toda la noche, los soldados que dejan la comida de los comedores para tomar un pastel y un refresco en las cafeterías. Pienso también en las muchas peticiones de pomadas y ungüentos para las ladillas, por no mencionar los casos de hospitalización por enfermedades venéreas y los heridos».

La amplia proporción de las Fuerzas Armadas que seguía esperando salir del país añadía más presión y, alcanzado el segundo año de guerra, la tensión era

creciente. La primavera de patriotismo había pasado y el entusiasmo se veía reemplazado por las protestas y el descontento. En mayo de 1943, los mineros del país se declararon en huelga entre escenas de violencia. Ese mismo mes, el FBI hizo su primera operación a escala nacional contra los que habían eludido la incorporación a filas, en la que tan solo atrapó a 638 insumisos. Unas semanas después, varios cientos de soldados asaltaron Los Ángeles en los segundos disturbios de relevancia desde que comenzara la contienda.

Su objetivo eran los *zoot-suiters:* los jóvenes de origen mexicano conocidos como *pachucos* y *pachiquitas* que eran identificados por su vestimenta como enemigos extranjeros. Lo que se consideró que había empezado con unos soldados que hostigaban a unas *pachiquitas* , se convirtió en diez días de disturbios en los que Estados Unidos fue incapaz de controlar a miles de sus soldados. Como el oficial responsable de las patrullas policiales de la zona señaló a su superior el 8 de junio: «Los grupos varían en tamaño, de 10 a 150 hombres, y se diseminan al instante cuando se aproxima la patrulla costera. Se han encontrado palos, cinturones, cuchillos y barretas al cachear a los hombres después de detenerlos la patrulla».

«Avanzando por las calles del centro de Los Ángeles, una multitud de varios cientos de soldados y civiles se dedicaba a golpear a todo *zoot-suiter* que encontraba –escribió el periodista Carey McWilliams–. Detenían los tranvías y levantaban de sus asientos a los mexicanos y a algunos filipinos y negros, los arrastraban a la calle y los apaleaban con un frenesí sádico. Fotografías enormes a media página que mostraban a chicos mexicanos desnudos, encogidos en el asfalto, a menudo sangrando abundantemente y rodeados de burlonas multitudes de hombres y mujeres, aparecieron en todos los periódicos de Los Ángeles».

Del mismo modo que los zazús, los *zoot-suiters* mostraban su diferencia a través de su indumentaria; sin embargo, la marginación no era producto de su elección. Inmigrantes recientes, estos mexicanoestadounidenses representaban el perenne problema de las segundas generaciones de un modo novedoso. Muchos de sus progenitores habían llegado al sur de California en la década de 1920 para trabajar en las minas y en las explotaciones agrícolas, pero la Gran Depresión los había obligado a reubicarse en los barrios marginales de Los

Ángeles. Excluidos de muchos empleos y de la mayor parte del ocio, los jóvenes empezaron a formar bandas de barrio de *pachucos* a finales de los años treinta.

Estaban atrapados entre la cultura de sus padres, en la que «un chico de dieciséis años estaba listo para asumir responsabilidades familiares y una vida en la comunidad», y la sociedad estadounidense, que se esforzaba por prolongar la adolescencia. Apelotonados en sus barrios, estos adolescentes se rebelaban, según un cronista, «no contra una, sino contra dos culturas. No entendían ni querían ser parte de ninguna de ellas. Perdidos, buscaban medios de expresar su solidaridad grupal. Los encontraron en la hostilidad al orden establecido y en el placer de sorprender a la opinión pública».

Una vestimenta escandalosa fue su bandera de la ignominia cuando el *zoot-suit* pasó a ser el uniforme orgulloso del *pachiquismo* a principios de los años cuarenta. El nuevo estilo tenía las mismas raíces que los trajes de los zazús: la moda negra de mediados de los años treinta. En aquel momento vio Malcolm X su primer *zoot-suit* en Roxbury, el gueto de Boston. Rápidamente, fue a buscar a un sastre. Era «maravilloso: pantalón azul celeste muy ancho en las rodillas y estrecho en los tobillos y una chaqueta larga entallada que me apretaba la cintura y se acampanaba hasta las rodillas».

Como sucede con cualquier otra moda de la calle, el verdadero origen del traje *zoot* está envuelto en misterio. Parece haber nacido en torno a 1935 entre los modernos aficionados al *jazz* de los clubes nocturnos de Harlem, como el Savoy Ballroom, y fue popularizado por la holgada chaqueta de Clark Gable en *Lo que el viento se llevó* , estrenada a finales de 1939. La primera mención explícita la encontramos a principios de 1940, cuando un joven camarero llamado Clyde Duncan pidió que le confeccionaran, según la revista de moda masculina *Men's Apparel Reporter* , «el último modelo, conocido en el sur de Georgia como *Killer Diller* ».



Zoot-suiters en Daytona Beach, Florida, en 1943.

Al igual que zazú, la palabra *zoot* nació en la jerga del *jazz* : el término para «guapo» del dialecto de Nueva Orleans filtrado por las sonoras rimas de Cab Calloway y Slim Gaillard. Como decía una canción de 1942: «Quiero un *zoot-suit* con la raya bien hecha / bien ancho y de mangas cerradas / para tener una pinta fetén para ver a mi chica el domingo». En los inicios de ese año, se podían encontrar los trajes con el nombre comercial «extremes». Estaban destinados a los fanáticos del *swing* , principalmente: la amplitud de la

chaqueta y de los pantalones se adaptaba a la perfección a los movimientos giratorios del *Lindy Hop* .

Aunque la producción oficial de los *zoot suit* quedó restringida tras el racionamiento de la ropa en 1942, los trajes de contrabando siguieron siendo populares en Nueva York, Chicago, Detroit y Los Ángeles. En junio de 1943, *The New York Times* señalaba que los estudiantes de instituto acudían en masa a Harlem para comprar *zoots* por entre 18 y 75 dólares. Quienes no podían permitírselos se limitaban a comprar un traje extraordinariamente ancho que luego adaptaban. La moda también apareció en películas como *Stormy Weather* , que contaba con la presencia de Cab Calloway con un resplandeciente modelo amarillo canario.

Los *pachucos* asumieron la moda de buena gana. Según un texto de la revista *Newsweek* de septiembre de 1942, vestían camisas de lunares con estrafalarios pantalones y chaquetas en tonos amarillo y púrpura, así como «corbatas de bolo, botones de nácar grandes como dólares de plata y pantalones tan ajustados que necesitan una cremallera». En ese momento, el caso Sleepy Lagoon había marcado a todos los jóvenes de origen mexicano como asesinos. Asimismo, se enconaba la relación entre los *pachucos* y la policía, que ponía reparos a su presencia en las esquinas y a su estrafalaria vestimenta y su volátil comportamiento.

Los Ángeles podía resultar un lugar muy hostil. Además de con el departamento de policía de la ciudad, los *pachucos* tenían que lidiar con la prensa local, que seguía sus campales «batallas a medianoche» con considerable interés. Había al menos treinta y cinco bandas de *pachucos* en Los Ángeles a principios de los años cuarenta. No eran santos. Como un miembro rememoraría: «Éramos críos, queríamos que nos aceptaran, pero no podíamos cumplir con los requisitos. Se nos discriminaba abiertamente en las piscinas públicas. No había infraestructuras para el ocio. Solo podíamos liarla parda en la calle».

Las bandas estaban señaladas por el caso Sleepy Lagoon porque la víctima, José Díaz, había participado en una refriega la noche anterior a su muerte. Los miembros del club de la Calle 38 estaban implicados y veinticuatro de ellos fueron arrestados posteriormente: diecinueve fueron acusados de complot, homicidio imprudente y agresión. Diez días después del asesinato, la policía de

Los Ángeles programó una redada contra los jóvenes de origen mexicano: «Detuvieron a unas a 600 personas. Unos 175 arrestos fueron por portar navajas, pistolas, cadenas, puñales y otros objetos que podrían haberse utilizado en distintas agresiones».

Cuando se anunció el veredicto, en enero de 1943, diecisiete de los acusados fueron declarados culpables de asesinato. Pocas dudas existían de que se había producido una injusticia. Como denunció Carey McWilliams, el juicio fue más bien un «linchamiento ritual». Los acusados eran descritos por la policía como una raza infrahumana, «pumas» aztecas que se remontaban a los «indios» y mostraban «muchas de las características orientales, especialmente en su falta de consideración por el valor de la vida». Un atuendo estrafalario se vinculó con características raciales para construir la imagen de una quinta columna salvaje.

Daba igual que un buen número de mexicanos nacidos en Estados Unidos se hubiera incorporado al Ejército; el problema había sido definido y requería soluciones. Que quedaron ilustradas de forma gráfica en una tira cómica sindicada por periódicos de todo el país. Firmada por el conservador Al Capp, *Li'l Abner* era leída cada día por hasta 50 millones de personas. Durante un mes, en la primavera de 1943, la tira cómica siguió un estrambótico guion sobre la inminente toma del poder por parte de los *zoot-suiters* . Publicada a finales de mayo, la última tira sencillamente contenía un titular de prensa: «¡¡UNA MUCHEDUMBRE DE *ZOOT-SUITERS* SIGUE DESTROZANDO TIENDAS DE TRAJES *ZOOT* !! ».

El detonante final se produjo el 3 de junio de 1943. La policía consideró que era resultado de un caso de acoso sexual. La Armada defendía que era una venganza contra los *zoot-suiters* que «atracaban» a sus reclutas borrachos. La población mexicanoestadounidense entendía que era un ataque planificado. En palabras de Beatrice Griffith: «Los soldados de la Armada aparecieron en el barranco de Chávez con piedras, palos, bates, cinturones, objetos contundentes envueltos en pañuelos y puños americanos. Salieron del parque, se montaron en coches y fueron al distrito de Alpine. Un oficial de la Armada diría más tarde: "Sabíamos dónde iban y los guardias miraron a otro lado. La mayoría pensaba que ya era hora de que alguien hiciera algo"».

La noche siguiente, 200 soldados avanzaron por el barrio atacando a los *zoot-suiters* a voluntad. La policía arrestó a las víctimas. La violencia siguió, pero no llegó a la prensa hasta el día 6. Entre los textos publicados había una guía sobre cómo localizar y tratar a las víctimas: «Agarra a un *zooter* . Quítale los pantalones y la chaqueta y quémalos. Córtale la "cola argentina" que va con ese disfraz de loco». Animados de este modo, miles de estadounidenses blancos ocuparon el centro de Los Ángeles la noche del 7 de junio y administraron una justicia sumaria y simbólica a todo *zoot-suiter* que encontraron.

La muchedumbre estaba compuesta tanto por soldados como por civiles. Siete camiones cargados de reclutas de la Armada llegaron de Las Vegas, mientras que los taxis ofrecieron transporte gratis para este «linchamiento en masa». Las normas habituales de la ley y el orden se esfumaron cuando las bandas empezaron a cazar y a atacar de forma indiscriminada a quienes llevaban los trajes señalados, negros y mexicanos por igual. Con el argumento de que el problema era competencia de la policía militar, la de Los Ángeles no hizo nada por controlar la situación. La escena se describía en términos militares, un «ataque relámpago» o un «comando de castigo».

Para los soldados, la prensa y el común de los civiles, los *zoot-suiters* eran el objetivo perfecto para su batalla campal. [1] Sin embargo, los disturbios representaban un grave incumplimiento de la disciplina militar. Tras otra noche de desórdenes, las autoridades asumieron el problema. Se prohibió al personal militar el acceso al centro de Los Ángeles y se presentaron cargos contra los arrestados por incitar o participar de forma activa en los disturbios. Ahora bien, la justicia no era imparcial, los militares podían contar con el apoyo de las autoridades. Solo veinte fueron arrestados.

Las víctimas eran vilipendiadas habitualmente como «críos que se juntan para hacer diabluras»; eran adictos a la marihuana, «la hierba narcótica que desata las pasiones»; su ropa reflejaba «anormalidad mental». Según un psicólogo, «nuestro *zoot-suiter* no tiene edad para incorporarse a filas o no lo han aceptado por incapaz o porque ya tiene un historial delictivo». El 9 de junio, el Ayuntamiento de Los Ángeles prohibió el traje *zoot* por ser «emblema de los matones». «Tenemos una normativa que prohíbe el nudismo –declaró un concejal–, y si podemos arrestar a personas por ir insuficientemente vestidas, también podemos hacerlo por ir vestidas en exceso».

Con la prohibición, los disturbios amainaron. Si bien no admitieron en público el amotinamiento, los oficiales militares de mayor rango dieron instrucciones específicas para fortalecer la disciplina. Los *zoot-suiters* optaron por pasar desapercibidos y se lamieron las heridas. Sucedió incluso que varios coches repletos de *pachucos* pasaron delante del cuartel general de la policía de Los Ángeles con banderas estadounidenses y blancas de la paz; proclamaban: «Somos buenos estadounidenses». Los *zoot-suiters* no dejaron de representar al hombre del saco y siguieron siendo objetivo explícito de las noticias que vinculaban la ropa con la violencia en Chicago, Detroit, Baltimore y Nueva York. Con la prohibición de sus trajes, no obstante, habían recibido el castigo adecuado.

■ ■ ■

No habían pasado ni dos semanas desde los disturbios de Los Ángeles cuando se produjeron sucesos violentos mucho más graves. Durante siete días, estadounidenses negros y blancos se lanzaron a las calles de Detroit en unos enfrentamientos raciales que acabaron con treinta y cuatro muertos y la reputación del país manchada. El sociólogo Alfred Lee señaló: «Esta es la imagen de una parte de la Tierra de la Libertad el lunes, 21 de junio de 1943, en plena guerra mundial en defensa de las Cuatro Libertades: Tiroteos. Palizas. Saqueos. Destrucción de la propiedad. Quema de coches. Inocentes mutilados y heridos. Un pueblo aterrorizado. Una minoría horrorizada, sin la protección adecuada y asediada en una ciudad estadounidense».

Dretoit ya había estallado antes en las reyertas de las Sojourner Homes. Cuando llegó 1943, la población de la ciudad se había incrementado en un tercio en tres años. De estos recién llegados, en torno a 60 000 eran negros y más de 400 000 blancos del sur profundo que sentían que los negros se habían vuelto «demasiado arrogantes». Estos inmigrantes habían provocado fricciones en la industria militar. Sus jóvenes también habían contribuido a aumentar el problema con la delincuencia juvenil. Rechazados tanto por la industria como por el Ejército, se organizaron en bandas y pusieron en práctica la hostilidad de sus mayores: en mayo de 1943, un centenar de jóvenes blancos y negros se enfrentó en una batalla campal en un parque infantil de la ciudad.

La «combustión espontánea» ocurrió el domingo, 20 de junio. Tras un enfrentamiento entre dos bandas rivales de chicas en Belle Isle, en el río Detroit, miles de blancos y negros se enfrentaron entre sí y contra la policía. La clemencia ni existía ni se esperaba. Las implicaciones que para el patriotismo tenían estos brutales disturbios no pasaron desapercibidas. El alcalde de Detroit lamentó que los únicos beneficiados por el enfrentamiento serían los «nazis y los japos». Unas semanas más tarde, el vicepresidente Henry Wallace dio un discurso en Detroit en el que admitió: «No podemos luchar para aplastar la brutalidad nazi en el extranjero y tolerar los disturbios raciales en nuestro país».

La juventud desempeñó un papel relevante en los altercados. Detroit contaba con muy pocas infraestructuras para la multitud de nuevos inmigrantes: los centros escolares estaban desbordados y no existían instalaciones para el ocio. Los adolescentes quedaban a su aire en busca de diversiones: aburridos, eran presa fácil para el adoctrinamiento de los grupos profascistas que operaban en la ciudad. Un periodista local comentó cómo «los chicos, especialmente, se aburren de los bares y de las gramolas. Si vas a uno de estos sitios cualquier noche, los ves sentados con el rostro completamente ausente. No saben qué hacer. Ni siquiera hablan [...] ¿cómo no van a estar dispuestos a cualquier tipo de emoción?».

Para los adolescentes implicados, esta era su guerra. Un «matón de diecinueve años» presumía de haberse tomado el día libre en la fábrica en la que trabajaba «para poder estar en el meollo en el centro de la ciudad. ¡Joder, menudo espectáculo! Sacamos a los negracos a rastras de los coches, les dimos para el pelo y le prendimos fuego a los coches de estos hijos de puta. ¡Me alegro de haber estado allí!». Cuatro jóvenes blancos de entre dieciséis y veinte años mataron a tiros a un negro de cincuenta y ocho que esperaba tranquilamente el autobús. Le dispararon «por pura diversión». Uno de ellos admitiría más tarde: «No lo conocíamos. No nos estaba molestando. Pero otra gente se estaba peleando y estaban matando a gente y nos pareció bien hacerlo nosotros también».

El 14 de julio, el presidente criticó en su discurso del Día de la Independencia los recientes acontecimientos: «Me uno a vosotros y a todos los estadounidenses verdaderos, al condenar la violencia grupal, tome la forma que tome y sean quienes sean sus víctimas». El verano del odio no acabó ahí. El 1

de agosto, Harlem estalló cuando corrió el falso rumor de que un soldado negro había sido asesinado por un policía blanco. La tensión no había parado de escalar desde que en junio se clausurara el Savoy Ballroom. El motivo oficial argumentado fue que era un nido de prostitución; sin embargo, lo que la policía odiaba era que aquel fuera un lugar sin distinciones de raza. Los disturbios quedaron pronto bajo control, con un balance de seis muertos y cientos de heridos.

La revelación de que los adolescentes estadounidenses se estaban comportando como matones fascistas alimentó el otro escándalo del verano. La cuestión de la «delincuencia juvenil» también se había ido calentando hasta que, al final, estalló en el verano de 1943. «Lo pueden ver en los periódicos a diario –alertaba la revista *Look* en el artículo "¿Son estos nuestros hijos?"–: cinco chicos sorprendidos robando automóviles; una chica de quince años acusada de treinta delitos sexuales; en Detroit, un aluvión de jóvenes invade clubes, bares y cines y destroza ventanas y muebles; un padre reprueba a su hijo de 17 años y al día siguiente encuentran su cuerpo mutilado junto a las vías del tren».

«La guerra libera poderosas fuerzas sociales y psicológicas –argumentaba la revista *Click* en un artículo publicado en la primavera de 1943–. En este sentido, es sintomático el incremento del 21 % de la delincuencia juvenil a escala nacional en los primeros nueve meses de 1942, según el director del FBI, J. Edgar Hoover. Con todo y con eso, solo recientemente se ha reconocido la delincuencia como problema importante en el frente interno [...] con padres cambiando de empleo en empleo, madres que trabajan o se vuelven locas en el esfuerzo de sacar adelante la vida familiar con los horarios habituales alterados por jornadas laborales sin precedentes, los niños quedan solos en las calles».

En 1943, los adolescentes estadounidenses parecían haberse vuelto locos. Bandas de jóvenes matones aterrorizaban la ciudad de Nueva York. En las calles de Indianápolis, pandillas de los suburbios llamadas los North Side Dukes y los Rinky Dinks se enzarzaban en batallas campales en las calles y asaltaban cines y tranvías. Un chico y una chica de Massachusetts asesinaron a un hombre por 48 centavos. Los hijos de la clase media interrumpían las actividades de los institutos, faltaban al respeto a sus profesores y montaban escándalos en restaurantes y cines al aire libre. En un caso extremo, un chico de trece años

trató de dinamitar las vías del tren en un intento por convertirse en el «dictador» local.

■ ■ ■

Sin embargo, lo que realmente conmocionaba a Estados Unidos era el comportamiento incontrolado de las adolescentes. En abril de 1943, el espectáculo de Harry James en el Paramount de Nueva York pareció imitar la guerra cuando el público de catorce y quince años puso en práctica su propio rito tribal dionisíaco: «Las niñas no dejaban de soltar risitas quietas en sus sillones, se movían convulsivamente cada vez que la actuación de Harry James «les chiflaba» [...] se levantaron, se abalanzaron sobre los tristes acomodadores y empezaron a bailar en los pasillos enmoquetados. Horas más tarde, cuando se marchaban, cientos de chicas –*Hep Jills* , las llamaban– dejaron marcas de pintalabios en el cristal que protegía en el vestíbulo la fotografía del líder de la orquesta».

La música popular estadounidense había cambiado desde el *swing* , pero el comportamiento de las masas se había vuelto incluso más extremo. El péndulo había vuelto a girar hacia un estilo romántico que se adaptaba mejor a condiciones emocionales más conservadoras. Las baladas se habían hecho muy populares entre las chicas, puesto que expresaban ese anhelo imposible que les parecía haber correspondido en suerte. Harry James describía la situación arquetípica de toda chica de diecisiete años con un novio soldado: «Mañana, él habrá vuelto a sus obligaciones y tú a la aburrida y solitaria rutina de la vida sin él... esperando, esperando que vuelva».

La creciente prominencia de las mujeres en la vida estadounidense había atraído ya críticas con los escándalos por la negligencia de las trabajadoras: ahora, sus descendientes tenían que afrontar un escrutinio cada vez mayor. No se trataba únicamente de la explosión de emociones en los conciertos de Harry James, sino del problema mucho más espinoso de la «delincuencia sexual de carácter no comercial» de las adolescentes. En julio de 1943, el máximo responsable de la Federal Office of Community War Services (Oficina Federal de Servicios Comunitarios de Guerra) declaraba: «No hay modo de ignorar el

hecho de que estamos ante un problema nacional y que la urgencia crece con cada día de guerra que pasa».

La denominación popular de estas delincuentes era *Victory Girls* , jóvenes «locas por los uniformes». Un panfleto de la National Recreation Association (Asociación Nacional Recreativa) de 1943 llamado *Teen Trouble* resumía su *modus operandi* : «Recorren las calles de la ciudad, en grupos de seis o siete, hombro con hombro, se separan cuando pasan junto a civiles, pero se agarran del brazo cuando se acercan a un soldado y forman una embaucadora red a su alrededor. Según avanza el paseo, el grupo se va reduciendo, conforme cada chica lo abandona con un chico. Es un plan infantil, aunque muy efectivo, para conseguir a un hombre que utilizan las chicas ¡de entre catorce y quince años!».

A veces, con apenas trece años, las *V-Girls* eran, según el historiador Richard Lingeman, «fácilmente reconocibles con sus enormes jerséis "Sloppy Joe", lazos en el pelo, pulseras o correas en los tobillos sobre los calcetines tobilleros y zapatos de montar; pretendían parecer mayores al ir muy maquilladas y con pintalabios». Muchas tenían trabajos que les permitían entrar en contacto con los soldados, como, por ejemplo, de camareras. En varias ciudades del país eran tan insistentes que las autoridades tuvieron que intervenir. Debido a su falta de experiencia, las enfermedades venéreas se convirtieron en un serio problema: en el distrito naval del sudeste del país se estimaba que el 80 % de los casos de contagio estaba causado por no profesionales.

Las *V-Girls* respondían a su modo a las condiciones de la guerra. Como una de sus compañeras explicaba, elegían a los soldados «porque están intentando recuperar parte de la diversión que les ha robado la guerra». La vida era dura para las mujeres que no habían alcanzado la edad de reclutamiento de veinte años. Como una de ellas lamentaba: «Con dieciséis o diecisiete años, se nos considera demasiado jóvenes para el Ejército y para trabajar en las fábricas». Sin un papel inmediato que desempeñar, y con la desaparición de muchos de sus coetáneos varones, el resultado era «una continua sensación de frustración».

Eran niñas precoces, según un comentarista del momento: «Las chicas, que normalmente desarrollarían un interés sano en los chicos de su propia edad, parecen madurar de la noche a la mañana y convertirse en desvergonzadas

cazadoras de uniformes». Con la atención centrada en esta cuestión, las estadísticas de delincuencia de las chicas reflejaron un dramático incremento en 1942 y 1943: en Indianápolis, el número de chicas que pasaron por los juzgados de menores creció un 27 %. Sin embargo, las estadísticas nacionales no confirmaban la alarma: los delitos sexuales afectaban tan solo a un 1 o 2 % de los adolescentes estadounidenses.

Gran parte del escándalo venía provocado por la percepción de una pérdida de la inocencia. «Me relacioné con montones de chicos jóvenes de diecisiete y dieciocho años –le contó una antigua *Victory Girl* a Studs Terkel–. Si no hubiera habido una guerra, no habría conocido más que a mis compañeros de la escuela, de doce y trece años. La guerra me arruinó por completo. Cuantos más hombres tenía, más se alimentaba mi ego. No sentía un apego especial por ninguno». Reconocía que el conflicto le había robado la juventud: «El 6 de diciembre de 1941 jugaba con muñecas de papel: Deanna Durbin, Sonja Henie. Tenía una muñeca de Shirley Temple que me encantaba. Después de Pearl Harbor, no volví a jugar con muñecas nunca más».

La angustia por esta «madurez espuria» quedó subrayada en abril de 1943 en el juicio a Josephine Tencza, de diecisiete años, acusada de «obligar a prostituirse» a niñas de entre doce y quince años. El caso solo emergió cuando los profesores empezaron a sospechar del dinero del que disponían las chicas para sus gastos. Max Lerner contrastó la edad de Tencza con los idilios de ficción de *La edad ingrata* y *Seventeenth Summer* . «Del Willy Baxter de Tarkington y su tartamudeo infantil a esta “madama” de la calle Rivington hay un largo camino –escribió–, pero incluye la agonía y la degradación de una fase de la vida estadounidense».

El espectáculo que suponía que chicas menores mantuvieran relaciones sexuales añadió leña al fuego del temor a la delincuencia juvenil. En julio, la revista *Pic* contaba la historia de Josephine Tencza con el titular «VICIO ADOLESCENTE »: «Uno de nuestros problemas sociales más desconcertantes y espantosos». El mes siguiente, publicó otro artículo sobre la delincuencia femenina en «Los problemas morales de Boston», que detallaba las actividades de las *V-Girls* . Desde el año anterior, defendía la revista, los delitos sexuales con menores implicadas se habían incrementado en un 200 %: «La media de edad de las acusadas es de quince años. El número de chicas que han escapado

de sus hogares creció un 48 % en 1942. Los casos de absentismo se han elevado un 400 %».

Siguiendo una dinámica típica de Estados Unidos, la identificación de un problema social (en especial cuando implicaba sexo y juventud) fue seguida rápidamente por su explotación comercial, con los estudios de Hollywood estrenando una oleada de cintas de bajo coste. Los estudios RKO compraron los derechos del reportaje de *Look* y estrenaron a toda prisa *Juventud salvaje* , una película que se promocionó con el siguiente mensaje: «¡La verdad sobre la juventud moderna!». Los estudios Monogram, por su parte, produjeron un par de filmes de muy baja calidad llamados *¿Son estos nuestros padres?* y *¿Dónde estarán nuestros hijos?* , el último promocionado con titulares falsos como «EL INCREMENTO DE LA DELINCUENCIA JUVENIL ALARMA A LA NACIÓN » y «JÓVENES EN BUSCA DE EMOCIONES PONEN EN RIESGO EL PAÍS ».

Los adultos disfrutaban enumerando los motivos por los que la juventud estadounidense se había echado a perder. Un corresponsal de un periódico de Indianápolis consideraba que «el mayor problema con los niños estos días es que en lugar de hacer lo que dicen sus padres, les dicen a sus padres lo que tienen que hacer. Y estos lo hacen». Otro escritor opinaba que «tenían demasiado dinero, demasiado ocio, demasiados mimos y no se les exige lo suficiente que dependan de sí mismos. El resultado muchas veces es que tenemos jóvenes a los que les repugnan las cosas normales. Tienen que tener emociones, velocidad, aventuras».

Explotados y condenados al mismo tiempo, los adolescentes estadounidenses tenían todo el derecho a sentirse incomprendidos. Ellos no habían empezado la guerra, pero eran utilizados como prueba de fuego de todos los problemas sociales de Estados Unidos, «la progresiva putrefacción de la desintegración moral» que, como alertaba J. Edgar Hoover, ponía a la nación en «peligro de muerte». Entre los motivos señalados para el brote de delincuencia juvenil se encontraba la descomposición de la vida familiar, la psicosis bélica y su cultura de violencia y todo el ocio juvenil: cómics, gramolas, películas y «el estilo buguibugui que atrae a los que están en la onda».

En 1943, las estadísticas de delincuencia juvenil se dispararon, en algunas ciudades crecieron cerca de un 33 %, un reflejo no solo de un incremento real

en la criminalidad, sino también de la mayor actividad policial y la atención de los medios, que oscilaba, en buena medida, entre la estimulación y una acalorada censura. Sin ninguna duda, cuando J. Edgar Hoover estaba implicado, lo recomendable era dudar. Hoover había codiciado desde tiempo atrás el mercado adolescente y con el aparente cumplimiento de las terribles profecías de *Designs in Scarlet* , forzó el mensaje con tétricas historias de bandas fumadoras de hierba en Los Ángeles y asesinos de maestros en Brooklyn.

Las estadísticas del FBI de la primera mitad de 1943 señalaban que, aunque las cifras generales de delincuencia solo habían crecido un 1,5 %, en el caso de los menores de dieciocho años lo habían hecho en un 40 %. Estas cifras eran discutidas por la Children's Bureau (Oficina de la Infancia). «No podemos asegurar con certeza si la delincuencia juvenil crece o decrece en todo el país –escribió uno de sus representantes– debido a la ausencia de datos fiables y exhaustivos en un periodo de varios años. Las estadísticas de las que disponemos no indican una tendencia alarmante de incremento de la "delincuencia juvenil" como claman constantemente los diarios».

La disputa continuó en las «audiencias en materia de salud y educación en tiempos de guerra» del Comité Pepper, celebradas en el otoño de 1943 y que se centraron en la delincuencia juvenil. La agenda del FBI era punitiva: localizar el problema, exagerarlo si no existía una alarma suficiente y aplastarlo con fuerza. La Oficina de la Infancia pretendía comprender los elementos subyacentes y trabajar con los profesionales para erradicar las causas de la delincuencia. Sin embargo, a pesar de las numerosas sesiones con testimonios detallados, el comité no pudo alcanzar un acuerdo definitivo.

A la conclusión que sí llegó el comité fue que «en lugar de desincentivar las acciones delictivas, la información sensacionalista les da glamur y las fomenta». Si las encendidas noticias alarmaban a los adultos, también emocionaban a los adolescentes y los animaban a replicar estos comportamientos. El escándalo de 1943 constituyó otro ejemplo de la histeria bélica, que en este caso implicaba a los jóvenes que representaban el futuro de Estados Unidos. Los adolescentes habían pasado de ser los jóvenes del Medio Oeste con mejillas sonrosadas a encarnar el preocupante fantasma del «psicópata».

Un libro publicado a principios de 1944 dedicaba casi 300 páginas a intentar entender este enigma. Escrito por el psicólogo Robert M. Lindner,

Rebel Without a Cause [2] reproducía el resultado de cuarenta y cinco horas de hipnoanálisis con «Harold», un adolescente encarcelado por un delito violento grave. Con la transcripción fiel de las palabras del joven, Lindner sacó a la luz una historia de traumas infantiles, sexualidad bloqueada de forma peculiar y violencia creciente que causó sensación en su momento.

Lindner definía al psicópata como «un rebelde sin causa, un agitador sin eslogan, un revolucionario sin programa». El psicópata, «como el niño, no puede posponer los placeres de la gratificación»; su estado era «esencialmente, una prolongación de los patrones y hábitos de la infancia en un estado de madurez fisiológica». Con un «umbral de satisfacción» muy bajo, no podía tolerar «los prolegómenos de la vida convencional en comunidad, es decir, la gradación, la perseverancia y el disfrute de la progresiva anticipación». Cuando se sentía frustrado, recurría a agresiones sádicas, infantiles y muy peligrosas.

Cierta precocidad formaba parte de este paradigma: «Como en el patrón de juego de los más pequeños, demuestra profundidad, incluso brillantez, en los inicios de una tarea; pero su actuación rápidamente se transforma en un comportamiento de tipo espasmódico». El joven delincuente lamentaba la falta de relación con su padre, sus sentimientos ambiguos en lo relativo a la homosexualidad y cómo la violencia resolvía sus incapacidades: «“Cuando tenía una pistola pensaba que era mejor que otra gente”. Y continuaba, “quizá esa sea la razón por la que cometí todos esos delitos… sexo, masturbación. No lo sé. No me importaba un pimiento”».

Harold manifestaba muchos de los impulsos que se abrían camino en Estados Unidos durante la guerra. Su concentración en el presente y la tendencia a la violencia se veían reflejadas en la cultura que lo rodeaba. Un psiquiatra del Ejército descubrió más tarde que numerosos soldados que destacaban en el combate «eran hostiles, inseguros emocionalmente y con personalidades en extremo inestables que bien podrían haber sido calificadas desde el punto de vista clínico como “psicópatas”, signifique lo que signifique eso, que utilizan la oportunidad de liberar su hostilidad de forma directa en un entorno de guerra aceptado por la sociedad y que, en ausencia de esta posibilidad de liberación, terminan en no pocos casos en la cárcel».

Los violentos acontecimientos de 1943 cambiaron la actitud de Estados Unidos hacia sus jóvenes. Al igual que los soldados se comportaban como

matones despiadados, los jóvenes del país estaban en riesgo de convertirse en «tropas de asalto embrionarias» más que en los futuros adalides de la democracia. Los innumerables escándalos de ese año conllevaron una renovación de la atención pública y gubernamental hacia los derechos de los adolescentes, en una vuelta a las ideas del *New Deal* que habían sido temporalmente arrojadas por la borda. Para evitar la creación de más monstruos, reformistas, expertos en la juventud y empresarios intentaron canalizar la nueva independencia de los jóvenes hacia formas sociales si no útiles, al menos aceptables.

■ ■ ■

1. Obsérvense los titulares, cada vez más agresivos, de *Los Angeles Times* : «*Zoot-suiters* reciben una lección en peleas con soldados» (7 de junio); «Alarma por disturbios en la guerra de los *zoot* » (8 de junio) «*Zoot-suiters* descubren que la vida es dura» (8 de junio); «La ciudad y la Armada cierran la brecha en la guerra de los *zoot-suiters* » (9 de junio); «Warren ordena el laberinto *zoot* ; reina la calma tras los disturbios» (10 de junio); «Encontrados puños americanos a una *zoot-suiter* » (10 de junio); «El Ayuntamiento estudia prohibir los trajes estrafalarios» (10 de junio); «*Zoot-suiters* escapan de la muchedumbre en San Diego» (10 de junio); «Piden condenas masivas a todos los implicados para acabar con la guerra de los *zoot-suiters* » (13 de junio).
2. Del libro de Lindner se tomó el título de *Rebelde sin causa* para el clásico de James Dean, que utilizó el texto también como base para el guion.


SÉPTIMA PARTE
1943-1945

CAPÍTULO 27

Pacíficos invasores

Los soldados estadounidenses y la juventud británica

■ ■ ■

No puedo decir que los flims (sic) *me hayan hecho estar insatisfecho con la vida pero puedo decir tranquilamente que los flims* (sic) *me han hecho estar insatisfecho con mi barrio y mi ciudad. Por lo que he visto no son modernos por ejemplo y no hay drug stors* (sic) *en la esquina de la calle donde puedes llevar a tu novia y tomarte un helado o un batido. En nuestra ciudad no hay rascacielos ni edificios altos de verdad y no hay ni la mitad de edificios que hay en esas de los flims* (sic) *como son los de Broadway .*

«Hijo de catorce años de un soldador»,
encuesta de una revista de cine británica, 1945.



Chicas del Ejército británico y soldados del Octavo Ejército de la Fuerza Aérea estadounidense en un baile, campamento femenino del Ejército, Suffolk, mediados de la década de 1940.

En julio de 1942, Mass-Observation señaló la existencia de un club juvenil único llamado Dead End Kids' Institute (Instituto Infantil Dead End). Ubicado en una urbanización de clase obrera en el noroeste de Inglaterra, el instituto tenía un encargado residente a jornada completa y estaba abierto todas las noches de siete a diez (excepto los domingos) a chicos y chicas de entre catorce y veinte años. La entrada costaba 1 chelín para los mayores de dieciséis años y 6 peniques para los más jóvenes. Al contrario que muchos clubes de organizaciones benéficas, este tenía instalaciones «sin igual en toda la ciudad».

El edificio, que estaba financiado por un filántropo local, ofrecía un gran salón con un escenario «completamente equipado», un gimnasio con duchas, billares, mesa de pimpón, una cantina «con mesas cubiertas con un cristal y sillas cómodas», baños y una biblioteca. Tenía algunas pegas, como «la ausencia de roperos y la altura de las duchas», pero, en conjunto, esta innovadora mezcla de iniciativas públicas y privadas era «el sueño de cualquier responsable juvenil». Una utopía perfectamente planificada que, no obstante, presentaba una dificultad.

La política británica relativa a la adolescencia de principios de los años cuarenta se veía afectada por el recuerdo de la juventud desbocada de la Primera Guerra Mundial. La solución oficial preferida era «la escuela ideal», un club juvenil de intereses diversos «donde las actividades sociales reunieran a personas con diferentes gustos e inclinaciones». Sin embargo, el observador señalaba que en el Instituto Infantil Dead End «todo esfuerzo destinado a interesar a los miembros en las actividades culturales (conferencias, debates, grupos de discusión...) ha fracasado».

Como era de esperar, la clientela rechazaba los estímulos intelectuales y prefería la diversión: «Los bailes son la principal atracción y los participantes son de lo más sofisticado, las chicas de quince años maquilladas como Ginger Rogers y los chicos, imitaciones pasables de Cagney y Rooney en sus papeles de tipos duros. La semejanza entre estos jóvenes y el material con el que Spencer Tracy, en el papel del padre Flanagan, tiene que trabajar en la película *Forja de hombres* es peculiar. Este observador miró instintivamente a su alrededor en el maravilloso edificio en busca de un sacerdote irlandés enjuto. Por desgracia, no andaba por allí. Y debería».

El observador identificaba el problema: «Todos estos jóvenes, incluso los menores, trabajan. También lo hacen los de los Civic Youth Clubs (Clubes Cívicos Juveniles), pero estos jóvenes asumen algunas de las labores más duras y exigentes, los chicos en los talleres de maquinaria y las chicas en las fábricas textiles. Es fácil entender, por tanto, por qué actividades como coser calcetines para los soldados no resultan atractivas para las chicas, como sucede con estudiar la construcción de aviones en el caso de los chicos. Quieren relajarse y prefieren el esparcimiento físico a la estimulación mental. Su idea de liberar tensiones es bailar la conga».

Este choque entre las aproximaciones paternalistas y hedonistas a la juventud resultaba apremiante en particular a principios de la década de 1940. Mientras que los profesionales de clase media consideraban que los adolescentes de los barrios pobres merecían «un estudio, un cuidado y un tratamiento especiales», los jóvenes en cuestión se sentían completamente libres de rechazar las obligaciones cívicas que parecían ser más trabajo para la guerra y las actividades culturales, que entendían como un regreso a las aulas. Si bien ambas partes estaban de acuerdo en que los jóvenes merecían más atención y, en efecto, más respeto, sus respectivas soluciones no podían ser más diferentes.

Existían dos enfoques diferenciados. El primero, promovido por los intelectuales y trabajadores de la izquierda, era el ideal socialdemócrata de la inclusión y la justicia, que adquirió forma tangible en los planes de *sir* William Beveridge para el estado de bienestar. En el extremo contrario, la cultura popular estadounidense. Esta era una democracia del consumismo que parecía ofrecer un abanico completo de nuevas libertades o, al menos, una salida al estático sistema de clases de Inglaterra. Los socialdemócratas mostraban una extrema suspicacia hacia la cultura estadounidense, lo que la hacía aún más atractiva para los jóvenes más animados.

Aunque a los chicos y chicas del Instituto Infantil Dead End se les ofrecía un ideal cuidadosamente calibrado de educación y «vida cooperativa», rechazaban la utopía antimaterialista de los reformistas. En lugar de «una permanente sensación de bienestar», querían «placer transitorio»: emoción, liberación y gratificación inmediata. Una vez incorporados al mundo laboral, habían cruzado la frontera de la edad adulta. Que eso significara que pretendían interpretar su emancipación parcial del modo que mejor les

pareciera, difícilmente podría sorprender. Si la democracia iba a ser para todos, la participación se produciría en sus propios términos.

■ ■ ■

La autodeterminación era lo que tenían en mente los jóvenes británicos en el verano de 1942. En una muestra representativa analizada por Mass-Observation, el 61 % de los menores de cuarenta años consideraba que «sería algo bueno» tener «más gente joven en algunos de los puestos más importantes que gestionan la guerra», mientras que el 71 % creía que quienes movían los hilos de la contienda eran demasiado viejos. «Tenemos algunos abuelos en el Gobierno –aseguraba una M20C–, sin duda, nos iría mejor con más cerebro». Incluso Churchill era criticado: «Poned a un hombre más joven que lo que tenemos ahora».

El Gobierno había logrado tener ocupada a la juventud sin la edad necesaria para incorporarse al Ejército. Cuando Mass-Observation regresó a la temática adolescente en 1943 descubrió que, en comparación con 1941, «estaban mucho más ocupados». En el momento de mayor incidencia de los bombardeos, los jóvenes se habían mostrado díscolos. Sin embargo, «ahora poco se puede hablar de aburrimiento», volcados como estaban con el trabajo por las noches y, en el caso de las jóvenes con madres trabajadoras, en las tareas del hogar y el cuidado de los niños. Estos jóvenes ejemplares se estaban cansando de sus inagotables obligaciones.

Otro informe de 1943 analizaba las actitudes de las chicas de catorce a dieciséis años. Una joven de catorce años de Bolton trabajaba en una tienda de comestibles de nueve de la mañana a seis de la tarde, cuando volvía a casa para hacer las tareas domésticas. La mayoría de las chicas entrevistadas quería «un club mixto con baile». «Estoy trabajando –protestaba una chica de catorce años– y quiero un poco de diversión por las noches, no algo parecido al colegio». El informe concluía: «A las chicas de las fábricas no les importa hacer gimnasia o aprender algo, pero también quieren bailar con chicos mayores, maquillarse y no tener demasiada supervisión ni normas».

Alcanzado el verano de 1943, al menos un tercio de los adolescentes británicos destinaba los sueldos que tanto esfuerzo le había costado ganar a

«ocio». Una cuarta parte los dedicaba a ropa y cigarrillos (una categoría que no «destacaba en 1941»). El cine, la música de baile, las revistas glamurosas... las cosas divertidas venían de Estados Unidos y eso era lo que la juventud británica (como en la Europa ocupada los zazús y la *Swingjugend* de Hamburgo) no podía conseguir en suficiente cantidad. Con 30 millones de espectadores a la semana, el cine era la forma más popular y directa de escapar a otros lugares.

Hollywood tenía un poderoso efecto en los cerebros jóvenes, como descubrió Pearl Jephcott en un encuentro con una admiradora de Carmen Miranda: «Consigue más información sobre su heroína en la revista *Picturegoer* del 20 de septiembre de 1941 (n.º 537), que atiborra a la niña de cosas como esta: "Vientres desnudos y faldas en movimiento [...] Tiene temperamento [...] vestidos con el centro al aire [...] ¿Es Miranda divertida? ¿Fascinante? ¿Despótica? ¿Repugnante? La respuesta es que depende de los gustos de cada cual"». Esta chica de catorce años estaba ya empezando «a pensar que Carmen es "muy simpática" y a desear parecerse a ella de forma lejana y humilde».

Jephcott creía que los adolescentes estaban «basando su concepción tanto del ocio que vale la pena como de una vida que merezca ser vivida en los estándares que fijan las corporaciones cinematográficas. En su conjunto, estos son estándares que exaltan la violencia, la vulgaridad, el sentimentalismo y una falsa psicología. Veronica Lake y Lana Turner hacen más por la chica de catorce años que únicamente definir el estilo de su peinado». Las películas y los bailes implicaban que «el instinto sexual» se estaba «sobreestimulando precisamente en la edad en la que algo así debería evitarse».

El goteo de la cultura estadounidense en Gran Bretaña confirmaba los peores temores de la izquierda de los años treinta. Un *ethos* antiestadounidense impregnaba gran parte de la actividad intelectual británica en la década de 1940. «Mucho se puede decir de la normativa del Gobierno soviético sobre el cine –señalaba Jephcott–, la cual no permite que los chicos menores de dieciséis años vayan a las sesiones nocturnas del cine o del teatro, pero que al mismo tiempo trata de atender las necesidades de los jóvenes ofreciendo salas de cine especiales para los niños y Teatros de la Juventud».

Las importaciones de menor calidad (*Yank mags* , «revistas estadounidenses», en palabras de Orwell) y su popularidad entre la clase obrera distorsionaban la opinión de la izquierda sobre la cultura norteamericana.

Consideraban muy alarmante que su violencia cruzara el Atlántico y centraban su aversión en la entonces popular *El secuestro de Miss Blandish* , del escritor británico James Hadley Chase. Jephcott consideraba que esta, «la más sádica y dura historia de matones estadounidenses, en la que hay una violación cada diez páginas y un asesinato con una frecuencia similar, parece material de lectura poco afortunado para chicas que no tienen un estándar literario con el que juzgar estos libros».

George Orwell también criticó la novela de Hadley Chase por su brutalidad. No era un amante de Estados Unidos, precisamente: a principios de 1942, aseguraba que «hasta más o menos 1930 casi todas las personas "cultivadas" despreciaban Estados Unidos, que era considerado el vulgarizador de Inglaterra y Europa». Sin embargo, «los intelectuales más jóvenes no plantean objeciones al lenguaje estadounidense y tienden a mostrar una actitud más bien masoquista hacia Estados Unidos, al que consideran un país más rico y poderoso que Gran Bretaña. Por supuesto, esta es claramente la actitud que incentiva la envidia de la clase media, habitualmente patriótica».

Por otra parte, sentía que «los ingleses de clase trabajadora casi siempre muestran aversión a los estadounidenses cuando establecen contacto real con ellos, pero no tienen una hostilidad cultural preconcebida. En las ciudades pequeñas están norteamericanizando su lenguaje cada vez más a través del cine». Orwell no podía negar que la influencia estadounidense había calado más hondo y que el proceso de colonización había empezado: «Hay muchísimas personas en Inglaterra que están parcialmente norteamericanizadas en cuestiones de lenguaje y, es de ley añadirlo, también en cuanto a planteamientos morales».

La relación entre Estados Unidos y Gran Bretaña se había analizado siempre desde el prisma distorsionador de la rebelión de 1776 y la ilusión de una lengua común. «Se supone que los estadounidenses son presuntuosos, maleducados y adoradores del dinero –escribió Orwell– y también se sospecha que maquinan para heredar el Imperio británico». Por otra parte, el afamado corresponsal estadounidense Ed Murrow admitía que, antes de la guerra, había considerado a Gran Bretaña «una isla relativamente insignificante en la costa europea [...] algo así como una pieza de museo».

La entrada de Estados Unidos en la guerra hizo a los británicos más agradecidos. Mass-Observation señalaba a principios de 1943 que la «sensación reinante en las primeras etapas de la guerra de que los estadounidenses *tendrían* que ayudarnos» se había transformado en una amplia gratitud. «Hoy, la bandera de las barras y las estrellas simboliza a una nación hermana», afirmaba un corresponsal, al tiempo que otro defendía que «los estadounidenses son cariñosos, entusiastas e idealistas». Los británicos esperaban «un nivel mayor de Estados Unidos que de la mayoría de los europeos»: «Si los franceses son considerados amistades casuales, los estadounidenses son familia».

La llegada de los soldados estadounidenses a suelo británico supuso un punto de inflexión. Singapur, Rangún y Tobruk acababan de caer en manos enemigas, pero, aunque no parecía haber respuesta contra el Eje, la tortilla había dado la vuelta. La invasión pacífica empezó en febrero de 1942 con la escenificada llegada del cabo Milburn H. Henke, un apuesto joven de Minnesota que recibía sacos de cartas de sus admiradoras. El objetivo último de enviar soldados a Reino Unido era simbolizar la esperanza renovada: estaban allí para preparar la invasión del continente nazi.

Con el tiempo que requería para la movilización y el entrenamiento, así como los inevitables problemas logísticos, harían falta más de dos años para reunir a los 1,5 millones de hombres necesarios: el 3 % de la población total de Gran Bretaña. Hubo a menudo graves dificultades de adaptación en esta colonización, pero, por lo general, la recepción ofrecida a los militares estadounidenses fue muy positiva. Después de dos años y medio de guerra, constituían una novedad, una muestra del mundo exterior y una inyección de energía muy necesaria en una nación desanimada: una prueba de un futuro tangible.

Los soldados estadounidenses habían sido advertidos de las potenciales contrariedades en un panfleto del Departamento de Defensa de Estados Unidos. [1] La barrera principal era la propia lengua: «Al principio quizá no entiendan lo que están diciendo y es posible que ellos no comprendan sus palabras». Como reflejó un periodista británico: «Cuando los soldados estadounidenses aterrizaron en Gran Bretaña, cometimos el error de pensar que porque hablaban inglés eran iguales que nosotros. La actitud de los soldados

estadounidenses era, naturalmente, la misma. Esperaban llegar a un hogar lejos de casa y lo que encontraron fue, a todos los efectos, un país extranjero».

Los invasores y sus anfitriones solían encontrarse en los espacios públicos: *pubs* , cines, salas de baile, clubes y estaciones de ferrocarril. Con tantas pandillas de jóvenes enardecidas para el combate, los conflictos eran inevitables. Gran parte de ellos los provocó la característica de la personalidad estadounidense que los británicos encontraban más aborrecible: sus fanfarronadas. Sin embargo, hubo muchos elementos positivos. Los primeros a los que se ganaron los soldados fueron a los niños, una relación cimentada en el intercambio de chicles, chocolatinas, cigarrillos y sobras de las rebosantes cantinas de los economatos militares.

La música popular estadounidense fue la que logró un impacto más espectacular. Una chica de catorce años de Sussex rememoraría: «Gran Bretaña parecía tan aburrida y trillada... Los yanquis nos daban cigarrillos y chicles y la música era fantástica. Me encantaba bailar *swing* . Gané un concurso. Solíamos confeccionar aquellos vestidos con las faldas cortas y plisadas y cuando bailábamos se levantaban alrededor de las caderas, por lo que no podíamos dejar de maquillarnos las rodillas (o de pintarnos las "costuras" con lápiz de cejas). ¿Quién quiere escuchar música sensiblera cuando es joven y puede bailar al ritmo de «Take the A Train» con los yanquis?».

■ ■ ■

En diciembre de 1943, *Picture Post* ilustraba los «pasos de baile» del estilo *swing* de las «personas de color». Además de ofrecer la terminología (un «*hep-cat* sólido» se traducía como «entusiasta que lo hace bien») el texto ofrecía la historia del estilo musical. «Sus puntos álgidos se alcanzan por intensidad emocional más que por virtuosismo técnico –aseguraba el artículo– y aquí es donde los bailarines blancos, por buenos que sean, quedan por debajo al traducir un lenguaje tan racial como el *swing* ». Sin embargo, nada impedía intentar bailar «el *Suzy Q* , el *Peckin'* , el *Shag* , el *Jockey* y el *Jig-Walk* », y las fotos que acompañaban el artículo demostraban cómo hacerlo.

Con la llegada de los soldados estadounidenses, bailar el *swing* (que hasta entonces solo interesaba a una minoría) se convirtió en una obsesión entre los

jóvenes británicos. Sus vuelos aéreos únicos y descontrolados estaban en frontal oposición con los populares «bailes de fiesta» y el lento foxtrot. Pero, por encima de todo, era divertido, como rememoraría una chica de Liverpool: «Una vez que habías aprendido a hacer el *jitterbug* , no había nada difícil, era maravilloso. Te lanzaban por encima de sus hombros y entre las rodillas y era absolutamente fabuloso, realmente bonito».

Un soldado de la RAF estuvo en un concierto en un hangar lleno de «chicos y chicas uniformados balanceándose con suavidad o bailando desenfrenados, según los dictados de ese bien esencial, la orquesta, cuyo vocalista, con el rostro casi tapado por un enorme micrófono, cantaba al amor y no a la guerra. El baile estaba en marcha y lo único de lo que éramos conscientes era de la música (¡y menuda música!), el estimulante ritmo y, por supuesto, la chica que teníamos abrazada. Podía ser una aprendiz de cocinera de la WAAF (Women's Auxiliary Air Force [Fuerza Aérea Auxiliar Femenina]) o una ordenanza del ATS (Auxiliary Territorial Service [Servicio Territorial Auxiliar]), pero cuando la orquesta tejía su hechizo, era Alice Fay, Betty Grable, Rita Hayworth…».

En una gira internacional con su Orquesta de las Fuerzas Aéreas Estadounidenses, el comandante Glenn Miller actuó en setenta y un conciertos para cerca de un cuarto de millón de espectadores en Reino Unido a lo largo de 1944. La orquesta llegaba a miles de personas más a través de sus habituales emisiones radiofónicas. Una chica de doce años logró colarse en un espectáculo en su localidad: «Estaba *decidida* a oírlo tocar. Así que me quedé en la puerta, totalmente emperifollada, y esperé a que el novio de una chica más mayor entrara con ella y luego saliera para acompañarme a mí. Por supuesto, mi madre nunca se enteró […] siempre que oigo "Perfidia" recuerdo aquella noche. Fue maravilloso».

Aunque el *swing* se extendió por todo el país, Londres era el escenario principal de la cultura estadounidense. Glenn Miller tocó cuatro noches en el Rainbow Corner, en el cruce de la avenida Shaftesbury y Piccadilly Circus. El Hammersmith Palais era uno de los locales favoritos de los soldados estadounidenses, pues celebraba maratones de baile y concursos de *swing* . Un oficial señalaría más tarde: «Los viajes en tren especial a Londres para pasar dos días al mes tenían el electrizante aliciente de la expectación, dada la

acumulación de energía social y física –por no ser más explícito–, así como la paga sin gastar, de gente joven y sana».

Si Londres era la cabeza de puente estadounidense, el Rainbow Corner era su cuartel general. Este local, inaugurado en noviembre de 1942 en el corazón de Londres, simbolizaba para los soldados estadounidenses la profundidad de la presencia norteamericana y la penetración de sus incesantes ritmos en un país donde «el tiempo era lento». Estaba abierto veinticuatro horas al día y ofrecía entretenimiento, primeros auxilios y otras actividades, incluidas visitas guiadas por la ciudad. En el vestíbulo, los polos que marcaban la existencia de los soldados estaban señalados por tres flechas: una orientada hacia Leicester Square, a apenas unos metros de distancia; otra dirigida a Berlín, a 1000 kilómetros; y la tercera les recordaba que Nueva York estaba a más de 5000.

El Rainbow Corner pretendía imitar ese lugar central de la vida adolescente estadounidense, la *drugstore* de la esquina. En las salas de ocio, los soldados jugaban al billar, al pimpón o escuchaban una gramola cargada con los últimos grandes éxitos. Los dos comedores podían acoger a 2000 hombres, mientras que la cafetería del sótano, que seguía abierta mucho después de que los establecimientos cercanos cerraran sus puertas a las nueve de la noche, servía gofres, hamburguesas, rosquillas, café y una infinita cantidad de Coca-Cola. El club era muy popular entre la juventud local, hasta el punto de que las autoridades tuvieron que cerrar sus puertas a las chicas que se amontonaban en el exterior.

Los soldados estadounidenses resultaban irresistibles para muchas jóvenes británicas. En palabras de una londinense que tenía entonces diecisiete años: «Aquellos hombres magníficos que llegaban... Llevaban uniformes preciosos que hacían que todos parecieran oficiales, pero la cuestión era que parecían estrellas de cine. Estaba esta magia que rodeaba a Estados Unidos. Tenía que ver con las películas... solíamos ir al cine tres veces a la semana. Nuestra vida era muy monótona y aquel era otro mundo, tan brillante y limpio, con vallas de listones, casitas blancas preciosas y Betty Grable... y todos llevaban ropa maravillosa».

Los estadounidenses personificaban la libertad y los espacios abiertos. Una joven londinense llamada Odette Leslie entendió que «había un mundo nuevo enorme allí fuera del que no sabíamos nada. Lo único que yo conocía, por

ejemplo, era mi pedacito del norte de Londres, donde había crecido; las calles de la zona, a mis vecinos y la sala de baile local. Entonces oí esas magníficas historias que me abrieron la perspectiva hasta tal punto que pensaba que podría llegar a ver esos sitios un día, quizá pudiera ir allí. Aquello me transmitía una viva sensación de independencia siendo mujer que no había sentido antes. Era tan emocionante… pensaba que todo era posible».

Pese a que los soldados estadounidenses eran a menudo «agresivos y no hacían distinciones en su persecución de las chicas británicas», según recordaba una trabajadora del Club de la Cruz Roja, también «traían color, romanticismo, calor y una tremenda hospitalidad a nuestra oscura y ensombrecida isla». Con más dinero y un mejor estado de salud, los soldados representaban una fuerte competencia para los jóvenes soldados británicos. Como reconocía a regañadientes uno de ellos, los estadounidenses eran "en general, más altos, más corpulentos y más guapos que nosotros. Muchos eran gigantes rubios con el pelo cortado como en surcos. En general, creo que parecían superiores a los soldados británicos, que eran de lo más vulgar».

Fueron, no obstante, las mujeres de diecinueve a veintitrés años las que sufrieron en mayor medida las inevitables consecuencias. Durante la guerra, un tercio de todos los niños nacidos fue ilegítimo. Con hasta el 80 % de las tropas estadounidenses activo sexualmente durante su estancia en Europa, su llegada tuvo un fuerte impacto en estas cifras. Muchas mujeres y chicas de veinte años se quedaron embarazadas sin esperanza alguna de matrimonio y un quinto de estos embarazos terminó en aborto. Sin embargo, las que decidieron dar a luz sin la protección del matrimonio ya no estaban sometidas a los estigmas previos a la guerra y, en lugar de verse censuradas, recibieron un mínimo apoyo a la maternidad y el reconocimiento de sus derechos.

Los soldados estadounidenses no solo hacían de imán para las mujeres, sino que también atraían la delincuencia. Las fuerzas norteamericanas llevaron consigo un ingente volumen de objetos escasos muy deseables. Los economatos estadounidenses eran pozos de dinero. Como un responsable señaló a Studs Terkel: «Solo en cerveza sacaba 40 000 dólares al mes, además de los 125 000 que obtenía de suministrar a los economatos, y me refiero únicamente a cigarrillos y caramelos». Para aquellos decididos a desviar los suministros extra había un enorme comercio: miles de dólares a la semana de la venta de

chocolatinas, cigarrillos, medias o gasolina. Esto contribuyó a alimentar un mercado negro local que ya estaba haciendo el agosto.

Con una menor presencia policial, las estadísticas de delincuencia se dispararon en la capital: los datos de 1944 indican un incremento del 50 % con respecto a 1938. «Todo el mundo aprovechaba la ocasión –escribió John Wain en su evocación del Londres de la guerra–, todos buscaban algo de diversión *ahora* , en este preciso momento. Era algo que se adaptaba a la perfección a la amplia categoría de ciudadanos que había preferido no participar en la guerra y que por tanto tenía que vivir sin documentos de identidad ni domicilio fijo: entre los desertores o la gente que se cansó de su vida y decidió desaparecer sin hacer ruido, o, sencillamente, los delincuentes, no había diferencia. Había un lugar para todos y nadie hacía preguntas».

El Soho constituía el centro neurálgico de estos cerca de 20 000 refugiados: una «población improvisada, flotante y espontánea» de escritores, artistas, borrachos, músicos, prostitutas, drogadictos y adolescentes huidos de sus casas como el héroe de la novela de Wain *Strike the Father Dead* . Esta mezcla bohemia se veía impulsada por la delincuencia, puesto que pocos contaban con medios legítimos para ganarse la vida. Con miles de consumidores ávidos, apareció un nuevo tipo de intermediario, «una figura reconocible a la que uno se podía acercar del mismo modo que a las prostitutas: con una cierta confianza en que las propuestas ilícitas no serían rechazadas».

La figura era la del *spiv* . Si bien el origen del término se perdía en la neblina de la jerga de los rateros, su aspecto físico era de lo menos misterioso. El peinado «cola de pato», el bigote a lo Clark Gable, el sombrero de medio lado, la chaqueta muy grande y una llamativa corbata como «una lengua gigante sacada de forma vulgar»; todo ello representaba una deliberada burla a la austeridad de la guerra. Con estas llamativas prendas de estilo estadounidense, sumadas al ostentoso atuendo de los *wide boys* de los años treinta, los *spivs* encarnaban los valores del Nuevo Mundo. Se les asociaba con lo prohibido y lo exótico y facilitaban la gratificación inmediata que el Gobierno británico pretendía retardar.

El atuendo de los *spivs* era el equivalente más cercano a los trajes *zoot* que podían ver en películas como *Loquilandia* o en los soldados negros en el centro de Londres. Pero esta elegante visibilidad también subrayaba una de las

cuestiones sociales más espinosas ligadas a la ocupación estadounidense. «Los soldados negros son ya una escena habitual en decenas de ciudades de Gran Bretaña –señalaba *Picture Post* en octubre de 1942–. Han encajado en nuestro contexto gris, nada exótico, con sorprendente facilidad». Tras la pátina de propaganda positiva, no obstante, la realidad era diferente: prejuicios y una violencia racial a un nivel que Gran Bretaña nunca había conocido.

Como parte de un Ejército que seguía estrictamente dividido en términos étnicos, a las tropas negras se les negaba un papel en los combates y trabajaban por norma como obreros, transportistas y personal de cocina. La política de las Fuerzas Armadas estadounidenses era mantener a las dos razas separadas por completo, si bien el conflicto en potencia estaba siempre presente. El detonante era a menudo sexual, pues muchas mujeres británicas encontraban «una peculiar fascinación en relacionarse con hombres de color». Hubo disturbios importantes en Manchester y tiroteos en Cornualles, Bristol y Newbury, donde se produjo un intercambio de disparos a las puertas de un *pub* : dos soldados negros cayeron abatidos.

La actitud de los británicos variaba. Con un largo pasado colonial, buena parte de la población compartía los prejuicios manifestados por el duque de Marlborough: era «insensato y peligroso salir a los caminos rurales y a las carreteras de noche» cerca de las bases negras. Sin embargo, muchas personas consideraban que los soldados negros se comportaban bien y eran menos jactanciosos que sus compañeros blancos. Había una sensación instintiva de que los negros, en el nuevo ideal democrático, merecían un tratamiento justo. Una encuesta realizada en 1943 por Mass-Observation indicaba que los británicos se oponían «de forma mayoritaria a la discriminación racial».

La segregación racial se vio cuestionada. Una chica de Bristol rememoraba que cuando unos soldados negros entraron en el *pub* de su padre, un soldado blanco le dijo que no les sirviera. Enfurecido, su padre «les dijo a los hombres de color que podían quedarse, aunque bebieron a toda prisa y se marcharon. Yo salí a decirles que no tenían por qué haber hecho eso. Me respondieron que el motivo por el que se habían marchado era porque mi padre los había tratado muy bien, habría sido una escena considerablemente dañina que se hubieran quedado. Sus palabras de despedida fueron: "Es igual en Estados Unidos, pero las cosas serán diferentes después de la guerra"».

La emancipación era la promesa que Gran Bretaña y Estados Unidos hacían a sus jóvenes como recompensa por sus esfuerzos en la guerra: el problema para las autoridades militares norteamericanas resdidía en que, como sucedía en su país, la retórica de la libertad se había vuelto en su contra. En Gran Bretaña, este contrato social quedó consagrado por la nueva legislación socialdemócrata, como la Education Act (Ley de Educación) de 1944, la cual, aplicando el Informe Beveridge, instituía la educación secundaria gratuita hasta los quince años. A través del examen de selección conocido como *Eleven-plus* , ofrecía también a los alumnos más brillantes acceso a los institutos más exclusivos.

Al mismo tiempo, el ideal estadounidense había recibido un firme impulso con la llegada de los soldados. Los productos de consumo norteamericanos se distribuían por Reino Unido con libertad por primera vez y ofrecían un gran empujón moral en mitad de una guerra empantanada que, incluso a finales de 1944, parecía no tener fin. De todas las importaciones, la música de baile era la que se distribuía de forma más amplia y la más popular entre los jóvenes británicos: era, literalmente, el sonido de una libertad tan fascinante que incluso los reformistas y trabajadores sociales hasta entonces hostiles empezaron a tener en cuenta el modelo estadounidense.

Con la guerra muy avanzada, *Picture Post* publicó un artículo sobre el Rainbow Corner: «El ejemplo perfecto de lo que un club para gente joven debería ser». Este local estadounidense dejaba en evidencia la mayor parte de los esfuerzos realizados en la isla para atender las necesidades de sus jóvenes: «Los estadounidenses han llegado y han levantado centros de ocio adecuados para sus hombres. ¿Qué va a pasar con ellos después de la guerra?». La respuesta era sencilla: el Rainbow Corner sería el reluciente modelo de los nuevos servicios benéficos destinados a responder a las necesidades de «la juventud británica en tiempos de paz».

Para entonces, la batalla para conquistar los corazones y la mentalidad de los adolescentes británicos contaba con un vencedor. Los profesionales de la planificación social tenían escasas posibilidades frente al mundo de los sueños del consumismo estadounidense. Para gran parte de la juventud británica, los debates y las conferencias suponían lo mismo que las aulas. La experiencia de la guerra había acelerado su desarrollo y, una vez probados los placeres traídos del otro lado del Atlántico por los soldados estadounidenses, querían más. En

1945, la juventud británica ya no estaba parcialmente «norteamericanizada», la transformación era total. Como una chica de dieciocho años escribió a una revista de cine: «Siempre hablo conmigo misma con acento estadounidense y a veces pienso así también» .

■ ■ ■

1. Titulado *Instructions for American Servicemen in Britain 1942* .

CAPÍTULO 28

Helmuth Hübener, La Rosa Blanca y Ana Frank

Resistencia en la Europa nazi

■ ■ ■

Algo se está agitando en el pueblo alemán: ¿Queremos seguir confiando a un diletante el destino de nuestros ejércitos? ¿Queremos sacrificar lo que todavía nos queda de la juventud alemana a los bajos instintos de poder de una camarilla del Partido? ¡Jamás! Ha llegado el momento de rendir cuentas, el momento de que la juventud alemana se desquite de la tiranía más aborrecible que nuestro pueblo ha sufrido jamás .

La Rosa Blanca, *¡Compañeras! ¡Compañeros!* , febrero de 1943.



Hans Scholl, Sophie Scholl y Christl Probst, 1942.

En octubre de 1942, una multitud de cinco o seis filas ocupó las aceras del bulevar St. Michel para el lanzamiento de la autobiografía del famoso escritor de *Je Suis Partout* Lucien Rebatet. *Les décombres* (Los escombros) fue todo un éxito para su autor, el más furibundo de los *collabos* : su filosofía era la del «odio hasta la muerte». En una entrevista previa, ese mismo año, declaraba su «alegría por haber visto en Alemania a los primeros judíos marcados con la estrella amarilla. Será una satisfacción aún mayor ver esta estrella en las calles de nuestro París, donde, apenas tres años atrás, esta horrible raza nos pisoteaba».

Escondida en un ático de Ámsterdam, Ana Frank escribía una semana más tarde: «A nuestros numerosos amigos y conocidos judíos se los están llevando en grupos. La Gestapo no tiene la mínima consideración con ellos, los cargan nada menos que en vagones de ganado y los envían a Westerbork, el gran campo de concentración para judíos de la provincia de Drente. Miep nos ha hablado de alguien que logró fugarse de allí. Debe de ser un sitio horroroso. A la gente no le dan casi de comer y menos de beber. Solo hay agua una hora al día, y no hay más que un retrete y un lavabo para varios miles de personas».

Eso no era lo peor. «Hombres y mujeres duermen todos juntos –proseguía– y a estas últimas y a los niños a menudo les rapan la cabeza. Huir es prácticamente imposible. Muchos llevan la marca inconfundible de su cabeza rapada o también la de su aspecto judío. Si ya en Holanda la situación es tan desastrosa, ¿cómo vivirán en las regiones apartadas y bárbaras adonde los envían? Nosotros suponemos que a la mayoría los matan. La radio inglesa dice que los matan en cámaras de gas, quizá sea la forma más rápida de morir».

El verano de 1942 había supuesto el punto álgido del Tercer Reich; durante el otoño, la situación empezó a cambiar. En octubre, las tropas alemanas sufrieron su primer gran revés a manos de los británicos en el desierto de El Alamein, en el norte de África. En la campaña del este, las tropas del general Paulus estaban atascadas en Stalingrado. Las principales ciudades alemanas eran sometidas a bombardeos con mayor frecuencia y contundencia. Sin embargo, con su filosofía de victoria o aniquilación, los nazis no tenían la más mínima intención de relajar sus medidas de control. La vida se hizo insoportable para amplias secciones de la población de la Europa ocupada por los nazis.

La campaña para exterminar a todos los judíos se aceleró tras la aprobación de la «solución final» en la Conferencia de Wannsee de enero de 1942. Muy pocos de los que eran trasladados a destinos desconocidos sabían a qué tendrían que enfrentarse. Al llegar, eran distribuidos a izquierda y derecha. El lado izquierdo significaba el exterminio inmediato; el derecho, trabajos forzados. Este era el momento en el que muchos jóvenes eran separados de sus familias. Su destino no dejaba dudas de su posición. «No teníamos derechos –recordaría posteriormente Jack Mandelbaum, un judío polaco de quince años–. El único derecho que teníamos era el de morir».

Los prisioneros recibían un uniforme a rayas con un número. Atrás quedaban los nombres, solo eran cifras, su deshumanización era completa. Las palizas eran frecuentes y salvajes: «Querían aterrorizarnos para que hiciéramos lo que se nos ordenaba. Funcionó. Desde aquel momento, siempre tuve miedo». Las condiciones en el campo de Mandelbaum, en la frontera entre Polonia y Alemania, eran muy duras: las instalaciones para los presos eran mínimas; la comida, prácticamente inexistente; la exigencia de los trabajos físicos, casi sobrehumana. La incapacidad para trabajar significaba la muerte.

Ningún joven de los países ocupados se libraba de esta nueva vuelta de tuerca. En octubre de 1942, Himmler reforzó el decreto para el servicio juvenil de 1939 con una circular denominada «Aplicación de las Obligaciones de la Juventud»: con la carencia de mano de obra, cada vez más grave, el régimen se esforzó para obligar a todos los jóvenes a incorporarse al servicio militar. Muchos de los que se vieron afectados por estas medidas fueron enviados a los nuevos *Wehrertüchtigungslager* , campamentos gestionados por las SS que sometían a los chicos de dieciséis a dieciocho años a veintiún días de adoctrinamiento intensivo. Ocultos en completo aislamiento, estos campamentos constituían una línea de montaje para la producción en masa de robots cargados de odio.

Uno de los afectados de la zona de Colonia escribió a sus maestros: «Estas tres semanas han sido para todos nosotros un infierno en vida. Si alguna vez me encuentro con alguno de vosotros por la noche, os voy a dar una paliza que os vais a cagar, para que nunca os atreváis a maltratar a gente que ama la libertad. Llegará un día en el que ajustemos cuentas con vosotros, los cerdos de las SS. Entonces ningún jefazo de las SS escapará con vida. Habría sido mejor

que os quedarais en el Frente Oriental. Pero siempre pasa que los perros y los cerdos más grandes se tocan los huevos lejos del frente y se dedican a esclavizar a la gente».

El hecho de que esta carta fuera remitida de forma anónima indica lo escasa que era la disidencia. La mayoría de los testimonios de los jóvenes de Colonia era una feliz celebración de su rescate de las «tendencias blandas y soñadoras» para convertirlos en personas «más duras, con más confianza y más valientes». Los nazis eran especialistas en el adoctrinamiento: el estado de ánimo en los campamentos era mejor que entre la población civil. Los que rechazaban el sistema totalitario erigido por estos «artistas de la muerte» descubrían que una retirada pasiva era la opción más segura.



Rudi Wobbe, Helmuth Hübener y Karl-Heinz Schnibbe, 1941.

Una semana después de la publicación de la última circular sobre la juventud de Himmler, un joven fue decapitado en la penitenciaría Plotensee de Hamburgo. El juicio requirió veinte segundos. Con diecisiete años y medio, el muchacho era todavía menor de edad, pero debido a la gravedad de su delito había sido condenado a muerte. Parte de su castigo fue desconocer la fecha y la hora de su ejecución: hasta la una de la tarde del 27 de octubre, no supo que se

enfrentaría a la guillotina ese mismo día. En la última carta de su puño y letra que ha sobrevivido, escribía: «Estoy muy agradecido a mi Padre Celestial por que esta vida de agonía vaya a terminar esta tarde. ¡Tampoco podía soportarla más!».

La historia de Helmuth Hübener y de su reducido grupo de rebeldes ilustra el extremo riesgo que suponía la resistencia explícita durante el Tercer Reich y la empedernida valentía moral de quienes la ejercían. Hasta 800 000 ciudadanos alemanes fueron encarcelados por sus actividades en la resistencia en los doce años del Tercer Reich. Muchos de ellos eran comunistas y socialdemócratas que intentaban continuar con su oposición política. Sin embargo, poco se sabe del abanico completo de disidentes activos debido a la necesidad de un secretismo absoluto, la destrucción de los documentos y la muerte de los implicados.

El hecho de que la mayoría de los alemanes apoyara al régimen hacía extremadamente difícil la oposición activa. Era incluso más severa para los adolescentes que no habían conocido más que las normas nazis: la mayoría de las células de la resistencia estuvo formada por adultos, como el grupo Stauffenberg que protagonizó la conjura de julio de 1944. Hubo cierta resistencia juvenil, no obstante: en 1942, los Piratas del Edelweiss se asociaron con los comunistas para producir más de cincuenta panfletos en Düsseldorf, Stettin (Szczecin) y Dortmund. Dos células en concreto (el grupo de Helmuth Hübener y La Rosa Blanca) son conocidos gracias a los testimonios ofrecidos por los miembros que sobrevivieron y por sus familiares.

En el libro *When Truth Was Treason* , Karl-Heinz Schnibbe rememora que, tanto él como sus amigos Rudi Wobbe y Helmuth Hübener tenían entre catorce y quince años cuando empezó la guerra. Estaban ya hartos de los nazis: «Ya no me gustaba. La presión y la coerción no me resultaban atractivas». También estaba preocupado por la forma en la que los nazis trataban a los judíos. Apoyado por su padre, que los consideraba un satánico «sistema religioso competidor» del cristianismo, Schnibbe se enfrentó a puñetazos con su amedrentador líder en las Juventudes Hitlerianas y perdió todo contacto con la organización.

Cuando se conocieron los tres en la iglesia mormona local, Schnibbe era aprendiz en una imprenta y Hübener en una oficina. Criado por sus abuelos

porque se negaba a vivir con su padrastro nazi, Hübener era «el chico más listo de la pandilla». Era un obrero autodidacta, duro, callado, persistente e influido por una fuerte fe cristiana. Como sus amigos, se había radicalizado por la coacción envalentonada de las Juventudes Hitlerianas y el tratamiento del régimen a los judíos.

En el tercer año de la guerra, Hübener se decidió a actuar. Por entonces trabajaba en la administración local, por lo que tenía acceso a numerosos documentos secretos. «Había leído libros sobre política exterior, política interna y la situación económica –recordaría posteriormente Schnibbe–. No sabíamos nada, porque se suponía que no debíamos saber». Hübener acabó convencido de que Alemania no podía ganar la guerra. «Pensadlo –le dijo a la pandilla–. Inglaterra, Francia... ¡es estratégicamente imposible! Es que no puede ser. Alemania está aislada, no tiene materias primas, todo se va a venir abajo».

Hübener decidió contribuir a que esto sucediera. Cuando su hermano regresó de la Francia ocupada con una radio con la que podía sintonizar la BBC, empezó a comparar la propaganda nazi con la aliada y en seguida entendió que las noticias de los nazis estaban plagadas de mentiras. Una revelación desconcertante para Schnibbe y sus jóvenes amigos: «El pueblo alemán estaba siendo engañado. Cualquiera que no estuviera todavía castrado intelectualmente por completo y se arrastrara ciego en este periodo glorioso, tendría que haberse dado cuenta. "Camaradas, nos estamos conquistando a nosotros mismos hasta la muerte"».

El pequeño grupo ya era muy consciente de que al escuchar la BBC estaba incurriendo en una actividad ilegal. Sin embargo, según Schnibbe: «La sensación angustiante de que estábamos haciendo algo perverso o cometiendo un crimen se disipó poco a poco. Fuera como fuese, era realmente emocionante». En el verano de 1941, Hübener preparó pequeños panfletos, impresos en papel rojo con esvásticas, con eslóganes como «Abajo Hitler» o «Hitler asesino» y breves informes sobre la guerra en el Este. Los textos se producían en cantidades reducidas y se abandonaban en cabinas de teléfono con el mensaje: «Esta es una carta en cadena, pásala».

Hübener, enfurecido por la brutalidad de la campaña en la Unión Soviética, pidió a sus amigos que distribuyeran los folletos en cabinas, buzones y bloques

de apartamentos. Schnibbe estaba preocupado: «Esas octavillas me quemaban en las manos como una plancha hirviendo. Le dije a Helmuth: “Si nos cogen, vamos a tener problemas, problemas de los gordos”. Casi todos los días aparecían noticias en la prensa sobre condenas a muerte y encarcelamientos por acusaciones de conspiración para cometer alta traición. Quise hablarlo con Helmuth para ver si había alguna otra forma de hacerlo, pero él estaba totalmente convencido y no había argumento que le hiciera cambiar de idea».

Según el verano se tornaba otoño, los panfletos se hicieron más largos, más grandes y cada vez más frecuentes: de uno al mes a dos por semana. Con información sobre los acontecimientos del momento (como la huida de Rudolf Hess) de la que nada sabía la mayoría de alemanes, y para contrarrestar la propaganda alemana con informes sorprendentemente detallados sobre estrategia y economía, Hübener fue apostando por apelaciones más directas y emotivas: «¿Estás dispuesto a tolerar que te arrebaten la felicidad de la vida y que a tus hijos les roben los años más hermosos de la suya? –escribió–. ¿Estás dispuesto a tolerarlo?».

Hübener abordó frontalmente la subyugación de sus coetáneos, insistiendo en que las Juventudes Hitlerianas eran «una organización obligatoria de primer orden para el reclutamiento de los compatriotas esclavizados por los nazis. Hitler y sus cómplices saben que tienen que privarte de tu voluntad desde el principio para conseguir que seas una criatura sumisa y sin carácter. Porque Hitler sabe que sus contemporáneos empiezan a calarlo, a entenderlo como el subyugador de las naciones libres, el asesino de millones de personas. Y por eso te apelamos a ti: no dejes que te roben la voluntad, lo más valioso que tienes».

Esquivando los ataques aéreos y reuniéndose en un pequeño café para preparar su siguiente movimiento, el grupo de jóvenes empezó a perder su «terrible ansiedad» por estar distribuyendo las octavillas sediciosas. A pesar de que todavía temía que «alguien saliera del siguiente edificio y me detuviera», Schnibbe se volvió «más atrevido. Aproveché incluso la oportunidad de colar algunos folletos en los bolsillos de los abrigos en un ropero. Era posible reconocer los de los altos funcionarios porque tenían una cosa que colgaba de ellos que llamábamos el faisán de oro. Pasado un tiempo, ya no teníamos miedo, aunque realmente estábamos jugando a la ruleta rusa».

El grupo «necesitaba ser cauto con lo que decía y a quién se lo decía», por lo que sus panfletos llegaban a muy pocas personas. Necesitaban ayuda. Esta terminó siendo su condena cuando a primeros de febrero de 1942 Hübener pidió a un compañero que tradujera un folleto al francés para distribuirlo entre los prisioneros de guerra que había en Hamburgo. El traductor informó al «supervisor» de la oficina, que hizo llegar la noticia a la Gestapo. Hübener fue sorprendido al día siguiente con los duplicados en papel carbón de su último panfleto: *¿Quién incita a quién?* La Gestapo no había sabido nada hasta entonces: si no hubiera sido por la precipitación de Hübener, no lo habrían descubierto.

Cinco días más tarde, Schnibbe y Wobbe fueron detenidos y los tres pasaron al sistema de justicia penal nazi con «absoluta presunción de culpabilidad». Separados los unos de los otros, padecieron una violencia punitiva casi intolerable. «Si no te llevaban al cuartel general de la Gestapo para interrogarte, te sometían a hostigamiento en la prisión. Te acosaban por un lado o por el otro. Nunca nos dejaban en paz». Sin embargo, el pequeño grupo no se vino abajo: Hübener asumió toda la responsabilidad para minimizar las penas de sus amigos; Schnibbe y Wobbe fueron condenados a cinco y diez años de cárcel respectivamente.

La Gestapo no se podía creer que solo un chico de diecisiete años hubiera sido el responsable de los folletos. Incapaces de descubrir una conspiración mayor, trasladaron a los adolescentes a una cárcel con la intención de investigarlos. Cuando las acusaciones llegaron en mayo, los jóvenes fueron conscientes de que se enfrentaban a una larga condena de prisión o a la pena de muerte: estaban acusados de escuchar una emisora de radio extranjera y de conspiración para cometer alta traición. Ninguno de ellos había pensado que la situación pudiera llegar a ese punto, pero todos entendieron que «decir la verdad» en aquellos días era «un lujo mortal».

El juicio se celebró en Berlín en agosto de 1942. Culpables desde el inicio, ninguno de los tres recibió apoyo legal. Ante nueve enfurecidos altos mandos nazis, Hübener guardó la compostura en su diálogo con el juez:

—¿Quiere que creamos que los británicos nos están contando la verdad? ¿Lo cree usted realmente?

—Sí, por supuesto, ¿usted no?
—Usted no cree en la victoria final de Alemania, ¿verdad?
—¿Piensa usted realmente que Alemania puede ganar la guerra?

Al haber asumido ya que sería condenado a muerte, el joven se sentía libre para decir la verdad. Tras anunciarse la condena, se le preguntó si tenía algo más que decir:

—Ahora tengo que morir pese a no haber cometido ningún crimen. Es mi turno, pero el suyo llegará.

Los últimos dos meses de vida de Hübener fueron tristes. La celda del corredor de la muerte no tenía calefacción. No había más que un pequeño taburete, una mesa y una cama hecha de tablones. Cada diez minutos, un guardia se asomaba por la mirilla. Esperando la muerte en cualquier momento, Hübener se aferró a su fe cristiana. Como escribió en su carta final a sus padres: «Solo me quedan dos horas, después tendré que presentarme ante mi Dios». Su ejecución fue anunciada al día siguiente en carteles rojo sangre. Al verano siguiente, su madre y sus abuelos morirían en el bombardeo aliado de Hamburgo.

Con actuaciones en torno a las mismas fechas (aunque nada sabían del arresto y el juicio a Hübener, lo que demuestra la efectividad del control nazi), otra célula de resistencia compartía su visceral repugnancia y su profunda fe religiosa. «¡Alemanes! –escribían–. ¿Queréis que vosotros y vuestros hijos sufran el mismo destino que ha recaído sobre los judíos? ¿Queréis que os midan por el mismo rasero que a vuestros seductores? ¿Hemos de ser un pueblo odiado y repudiado por el mundo para siempre? ¡No! Así que, ¡separaos de la infrahumanidad nacionalsocialista! ¡Demostrad por medio de la acción que pensáis de otra manera! Ha estallado una nueva guerra de liberación».

La Rosa Blanca se formó a principios de 1942 por unos cuantos estudiantes de medicina de clase media de la Universidad de Múnich. Hans Scholl, Alexander Schmorell, Christl Probst y Willi Graf tenían todos poco más de veinte años y estaban cumpliendo con el servicio militar obligatorio en el Frente Oriental. Provenían de familias disconformes y religiosas. El padre de Scholl rechazaba a Hitler, al que denominaba «el flautista de Hamelín», y fue

encarcelado después de que un compañero lo oyera manifestar su postura. Graf había pertenecido a una de las organizaciones católicas juveniles que habían sobrevivido, pero había sido descubierto y detenido en una operación contra estos grupos en 1938.

El principal instigador, Hans Scholl, cumplió veinticuatro años en 1942. El resto tenían todos la misma edad, aproximadamente, excepto la hermana menor de Hans, Sophie. En la universidad tuvieron acceso a personas mayores que ellos que los entendían, como Kurt Huber, profesor de psicología y filosofía de la Universidad Ludwig-Maximilian de Múnich. La indignación y sus convicciones religiosas alimentaban su resistencia: «Quien hoy en día aún dude de la existencia real de los poderes demoníacos –reflejaron en un panfleto en el verano de 1942– es que no ha entendido el trasfondo metafísico de esta guerra».

Con Inge, su hermana mayor, Hans se había incorporado a las Juventudes Hitlerianas al principio entusiasmado; ambos encontraron en ellas «un sentido de la pertenencia que nos permitía atravesar con seguridad las dificultades y soledades de la adolescencia». Las dudas se abrieron paso cuando oyeron hablar de los campos de concentración: «¿Qué le estaba sucediendo en realidad a nuestra patria? No había libertad, una vida floreciente, prosperidad ni felicidad para nadie que la habitara». Hans se unió a un *Bund* prohibido y, cuando Inge y él fueron arrestados, las dudas se transformaron en rencor. Redactó en uno de sus libros prohibidos: «Arrancadnos el corazón. Moriréis abrasados por él».

Aunque Inge estaba aterrorizada, Hans siguió con sus actividades disidentes. Se vio alentado por su padre, que defendía que un régimen que prohibía las libertades básicas había perdido «todo atisbo de respeto por el hombre». Hans reunió lentamente en los primeros años de la guerra a un grupo de estudiantes de medicina con ideas parecidas: el despreocupado y bromista Alexander Schmorell; Christl Probst, el único casado; y el concienzudo y reservado Willi Graf. Como muchos estudiantes, disfrutaban con las discusiones intelectuales a altas horas de la noche, pero el telón de fondo era el servicio militar obligatorio y el abrazo cada vez más estrangulador del Estado del terror.

Dos acontecimientos distintos los inspiraron. A comienzos de 1942 aparecieron en los buzones de Múnich octavillas que reproducían las protestas

del conde Galen, obispo de Münster, contra la eutanasia de los enfermos mentales. Según Inge, Hans Scholl quedó electrizado: «Todavía puedo ver a Hans ahí de pie, con el folleto delante y diciendo "si tuviera un mimeógrafo..."». La rabia de los estudiantes adquirió mayor calado gracias al profesor Huber, de cuarenta y nueve años, cuyas conferencias sobre teología iluminaban «el momento presente, en el que los seres humanos no solo estaban pisoteando el orden divino, sino también tratando de asesinar al mismo Dios».

En la primavera de 1942 se lanzaron los primeros panfletos de La Rosa Blanca. Si bien eran producidos en ediciones de apenas un centenar de copias, provocaron una extraordinaria agitación en la Universidad de Múnich. Su hostilidad al régimen se conjugaba con sugerencias prácticas: «Ofreced resistencia pasiva, *resistencia* , estéis donde estéis, impedid el avance de la máquina atea de la guerra antes de que sea demasiado tarde, antes de que las últimas ciudades sean un montón de escombros, como Colonia, y antes de que la última juventud del pueblo se haya desangrado en algún lugar por la *hybris* de un infrahombre. ¡No olvidéis que cada pueblo se merece el gobierno que tolera!».

La Rosa Blanca, que tomaba su nombre de una novela española, produjo tres panfletos más a comienzos del verano de 1942. En estos extraordinarios documentos, el rigor intelectual daba forma a la rabia. Con citas de la Biblia, Lao-Tse, Friedrich Schiller y Aristóteles, protestaban por el asesinato de 300 000 judíos polacos, el cada vez mayor coste de la campaña en la Unión Soviética y la pérdida total de libertades civiles en una «dictadura del mal». Tal y como ellos mismos concluían: «Un final con horror es siempre mejor que un horror sin final».

En pleno verano, los cuatro estudiantes regresaron al frente soviético: antes de marcharse, decidieron ampliar su campaña por un sentido del deber. Como declararía Christl Probst: «Tenemos que arriesgarnos en nuestro "No" contra esta potencia que se ha situado de forma arrogante por encima de todos los valores humanos esenciales y que está decidida a arrancar de raíz toda protesta. Tenemos que hacerlo por el bien de la vida misma, nadie puede absolvernos de esta responsabilidad. Nacionalsocialismo es el nombre de una maligna enfermedad espiritual que ha afectado a nuestro pueblo. No podemos

quedarnos callados mientras la vemos avanzar, mientras el pueblo alemán sufre sus estragos».

Después de su regreso del frente, en el comienzo del invierno de 1942, Hans Scholl viajó a Berlín para encontrarse con otro integrante de la resistencia, Falk Harnaek. Fue entonces cuando urdió el plan de «establecer grupos ilegales de estudiantes en todas las universidades». Fue también en este momento cuando la hermana menor de Hans se implicó en el proyecto. Sophie Scholl, una atractiva y decidida chica de veintiún años, había sido líder de la Bund Deutscher Mädel, pero su aversión al régimen se desató cuando empezó sus estudios en la Universidad de Múnich. Con la sensación de que la guerra ya estaba perdida y alentada por sus convicciones religiosas, se unió a la campaña del grupo.

Reunidos en un estudio apartado en un jardín, los miembros de La Rosa Blanca planificaron nuevos panfletos y explícitos grafitis antinazis. El terreno estaba abonado en Múnich: el *Gauletier* local había intervenido en la universidad para criticar la baja moral de los estudiantes y para denunciar que las mujeres no tenían nada que hacer en las aulas, serían de más utilidad produciendo hijos para el Reich. Los estudiantes lo hicieron callar con sus gritos en una humillación pública. Cuando los grafitis «Abajo Hitler» y «Libertad» aparecieron en las inmediaciones de la universidad a primeros de 1943, las autoridades se indignaron y entendieron la señal de alerta.

Después de que el Sexto Ejército alemán se rindiera en Stalingrado el 2 de febrero de 1943, el siguiente panfleto de La Rosa Blanca, *¡Compañeras! ¡Compañeros!* , iba directo al meollo de la cuestión. El Estado nazi había confiado siempre en su atractivo para la juventud alemana, pero La Rosa Blanca había conseguido ver más allá de las promesas de autodeterminación del régimen: «En nombre de todo el pueblo alemán, exigimos al Estado de Adolf Hitler que nos devuelva la libertad personal, ese valioso bien de los alemanes que nos ha estafado de la forma más miserable».

El 18 de febrero, Hans y Sophie salieron a distribuir su último panfleto en el vestíbulo principal de la universidad. En esta ocasión, sus presentimientos eran nefastos: Sophie había soñado la noche anterior que ambos eran arrestados. Concluido el reparto, la pareja regresó sin pensarlo al interior del edificio para lanzar las octavillas restantes por el hueco de las escaleras

principales. El bedel los vio y cerró al instante todas las puertas: la pareja fue detenida de inmediato y su suerte quedó sellada.

Ante la expectativa de la ejecución, Hans y Sophie Scholl conservaron una digna calma. Ni ellos ni Christl Probst sufrieron la brutalidad a la que se tuvo que enfrentar el grupo de Helmuth Hübener. Cuando se le preguntó a Sophie si habría hecho lo que hizo de haber sabido las implicaciones de sus actos, respondió: «Haría exactamente lo mismo otra vez, pues sois vosotros, no yo, quienes habéis confundido la *Weltanschauung* ». Los dos hermanos dejaron testamentos por escrito. En la trasera del documento de acusación, Sophie había garabateado la palabra «Libertad»; en la pared de su celda Hans había escrito una cita de Goethe: «Resistid en el desafío de todo despotismo».

Para evitar un contagio más extenso, las autoridades aceleraron el juicio. Iniciado solo tres días después de su arresto, fue liderado por el presidente del Tribunal Popular, Roland Freisler, conocido por su perpetua sed de venganza. Sin nada que perder, Hans y Sophie Scholl no cedieron ni un centímetro. Como escribiría su hermana Inge más tarde: «Fue como si en aquellos días los muchos años que no vivirían se hubieran comprimido en un alto nivel de actividad». Los tres acusados respondieron abiertamente y con plena conciencia de sus palabras a las preguntas del tribunal: en un determinado punto, Sophie declaró: «Lo que hemos dicho y escrito es lo que piensa mucha gente, lo que pasa es que no se atreve a decirlo».

Fueron ejecutados en unas horas, desafiantes hasta el final. La noche antes de morir, Sophie anotó otro sueño: «Era un día soleado. Yo llevaba a un niño con un largo vestido blanco a su bautizo. El camino a la iglesia conducía a una pronunciada pendiente, pero sostuve al niño en mis brazos con fuerza y sin dudar. De pronto el suelo cedió y se abrió una enorme grieta en el glaciar. Solo tuve tiempo de dejar al niño en el otro lado antes de sumirme en el abismo. El niño es nuestra idea. A pesar de todos los obstáculos, prevalecerá. Se nos ha permitido ser pioneros, aunque tengamos que morir jóvenes por ello».

Las autoridades no habían terminado. Poco después fueron detenidos Graf, Schmorell y Huber, junto con otras once personas que habían ayudado a distribuir los panfletos. El juicio, celebrado a mediados de abril de 1943, terminó con la condena a muerte de los tres principales implicados aún con vida. El juez Freisler reservaba su desprecio para Huber, por su edad y su

posición fiduciaria. Le gritó al profesor: «Los días en los que a todo hombre se le permitía profesar sus propias "creencias" políticas han terminado. Para nosotros, solo existe una norma: la nacionalsocialista». Los tres habían «deshonrado a la juventud alemana, en especial a los jóvenes que combatieron en Langemarck».

La noticia de la ejecución circuló por todo el mundo. A finales de 1943, tuvo lugar una concentración masiva en Nueva York a la que asistieron celebridades como Eleanor Roosevelt. Un testigo evocaría cómo «cientos y cientos de neoyorquinos vinieron a presentar sus respetos a las seis heroicas víctimas de "la otra Alemania". Sus nombres significaban poco para ellos entonces, pero sus acciones, mucho. Su sacrificio demostró que Hitler no era el dueño de todos los alemanes y de sus conciencias; había resistencia y su trágica desaparición representó un rayo de esperanza para el futuro».

Pese a toda su valentía, La Rosa Blanca tuvo escaso efecto inmediato en la Alemania nazi: las penas para los disidentes eran excesivamente severas. Sin embargo, su crítica del régimen fue de una clarividencia asombrosa: vieron cómo la hipnótica popularidad de Hitler, dependiente del estado de ánimo de las masas, podía verse amenazada con serios contratiempos. También penetraron en la falsa conciencia de la política juvenil nazi: «Hemos crecido en un Estado que silencia despiadadamente cualquier manifestación libre de opinión. Las Juventudes Hitlerianas, las SA y las SS han intentado uniformarnos, revolucionarnos y narcotizarnos en los más fecundo años de formación de nuestra vida».

■ ■ ■

La Rosa Blanca actuó en un punto clave en la historia de la guerra. Stalingrado era un desastre y, según iban llegando las noticias desde el frente, el régimen fortaleció su obsesiva determinación de mantener a toda la población bajo su control. Goebbels clausuró toda forma de ocio popular durante unos días en febrero de 1943, con el argumento de que la libertad personal no tenía relevancia en la *Volksgemeinschaft* . Desde aquel momento, la red de la Gestapo empezó a cubrir espectros cada vez más amplios. Si los miembros de La Rosa

Blanca habían sido ejecutados como «típicos parias», ¿qué sucedía con los parias totales, los judíos?

En febrero de 1943, Goebbels inició la *Fabrikaktion* , la redada final para limpiar por completo Berlín de los 27 000 judíos que todavía quedaban en la ciudad con antelación al cumpleaños de Hitler. El día que dio inicio esta operación, Ana Frank tomó nota de una carta episcopal enviada por los obispos locales: «¡Holandeses, no permanezcáis pasivos! ¡Que cada uno luche con sus propias armas por la libertad del país, por su pueblo y por su religión! ¡Ayudad, dad, no dudéis!». Aunque la iniciativa parecía inspiradora, consideraba que «sin duda no servirá para salvar a nuestros correligionarios».

Ana Frank llevaba entonces seis meses escondida. El verano anterior su familia había recibido un notificación de las SS que exigía que su hermana mayor, Margot, se incorporara al programa de trabajos forzados en Alemania. Otto Frank, alertado de las intenciones que albergaban los alemanes hacia los judíos de Holanda, había decidido resistir del único modo posible: sumarse a los *Onderduikers* , los judíos «sumergidos». El 5 de julio de 1942, Otto trasladó a su familia y a sus amigos, la familia Van Pels, al espacio de dos plantas (llamado «la casa de atrás») en el ático de las oficinas de su negocio en Prinsengracht, en el centro de Ámsterdam, y selló la puerta.

Con la incorporación posterior de Fritz Pfeffer, de mediana edad (Albert Dussell en el diario), eran ocho personas, entre adultos y niños, en la casa de atrás: Otto y Edith Frank, con sus hijas Margot y Ana, Hermann y Auguste van Pels (Van Daan en el diario) y su hijo Peter. Además del miedo a ser descubiertos y denunciados, la vida cotidiana en un espacio tan masificado era dura para todos sus ocupantes, en especial para una inquisitiva e inquieta adolescente. Estar encerrada era más de lo que Ana podía soportar y explotaba en su diario: «Oigo una voz dentro de mí que me grita: "¡Sal fuera, al aire, a reír!"».

Ana, la más joven de los ocho y la «traviesa de la familia», llevó mal el encarcelamiento. Como Eva Schloss, otra «sumergida», rememoraría: «Yo era una niña muy alegre, tenía trece años y mucha energía, pero no podía hacer nada. Estaba asustada y muy preocupada. Solía luchar con mi madre para deshacerme de mi energía». Incluso peor que la rabia era la sensación de aislamiento: «Hay un gran vacío a mi alrededor –escribió Ana en noviembre de

1942–. Antes, nunca pensaba realmente en estas cosas; mis alegrías y mis amigas ocupaban todos mis pensamientos. Ahora solo pienso en cosas tristes o acerca de mí misma».

Obligada a desarrollar sus propios recursos a una edad muy temprana, vertía sus sentimientos en su único confidente, su diario, al que dio forma antropomórfica y bautizó Kitty, un personaje de una serie muy popular de la novelista Cissy van Marxveldt llamada *Joop ter Heul* . Encontrar espacio para estar sola y escribir en su diario, su «amiga del alma», era su vía de salvación. El aislamiento la había obligado a una sinceridad clarividente temprana para su edad y su diario contenía el registro íntimo de una joven inteligente obligada por circunstancias extraordinarias a acelerar la adolescencia.



Ana Frank en 1940 en el colegio en Ámsterdam.

Numerosas anotaciones, no obstante, contienen el tipo de conversación que se podría esperar. En el mundo que existía antes de su encierro, Ana había sido una estudiante diligente, deseosa de aprender, si bien un tanto consentida y traviesa. Era sociable y popular entre sus compañeros: cuando era posible, le gustaba ejercer de cómica de la clase. Su estado de ánimo era voluble, pero ya era consciente de ello y capaz de mitigar sus peores efectos. Incluso a su temprana edad, tenía la vista puesta más allá de su familia y de sus circunstancias inmediatas: quería ser «otra cosa de lo que soy».

Su sueño era ser periodista, «irme un año a París y un año a Londres, para aprender el idioma y estudiar historia del arte». Como dejó escrito en su diario: «A mí me siguen haciendo ilusión los vestidos bonitos y conocer gente interesante». Participó de la limitada cultura juvenil del momento, adornando la pared de su habitación con fotos de Deanna Durbin, la estrella de Hollywood. Siguió leyendo y emulando a los jóvenes héroes de una popular serie de libros para niñas. Fantaseaba con ir a Suiza, donde compraría base de maquillaje y crema facial, sales de baño y agua de colonia, así como ropa adecuada para el colegio.

A la vez, Ana era una adolescente lo bastante típica para enfrentarse con sus padres: «Cada día estoy más fría y despreciativa con respecto a mamá, le hago menos mimos a papá y tampoco le suelto nada a Margot; estoy herméticamente cerrada». En otra anotación reconocía que le gustaría «perderlos de vista un tiempo, pero no lo entienden». Y lo que era aún peor, tanto ella como su hermana mayor sentían que las trataban «como a dos chiquillas por lo que respecta a las cosas externas, mientras que somos mucho más maduras que las chicas de nuestra edad en cuanto a las cosas internas».

Sin embargo, aunque Ana recriminaba por turnos a cada uno de ellos, los cinco adultos de la casa de atrás la ayudaban a desarrollarse y al «conocimiento de mí misma»: «Sin ningún prejuicio y con una bolsa llena de disculpas, me planto frente a la Ana de todos los días y observo lo que hace bien y lo que hace mal». Ana revisó su diario en 1944 y, en una anotación clave de ese mes de marzo, miraba atrás a su «irreal» vida anterior y a los dieciocho meses

posteriores: «Esa vida de gloria la vivía una Ana Frank muy distinta de la Ana que aquí se ha vuelto tan juiciosa».

«En casa, la vida con mucho sol; luego, aquí, en 1942, el cambio tan repentino, las peleas, las recriminaciones; no lograba entenderlo, me había cogido por sorpresa, y la única postura que supe adoptar fue la de ser insolente. Luego, los primeros meses de 1943, los accesos de llanto, la soledad, el ir dándome cuenta paulatinamente de todos mis fallos y defectos, que son tan grandes y que parecían ser dos veces más grandes. De día hablaba y hablaba, intentaba atraer a Pim [su padre] hacia mí, pero sin resultado, me veía ante la difícil tarea de hacerme a mí misma».

Cumplir catorce años supuso un punto de inflexión. Algunos meses antes de su decimoquinto cumpleaños, Ana empezó a conceptualizar su adolescencia: «Las adolescentes son muy inseguras y empiezan a descubrir que son personas con ideas, pensamientos y costumbres propias. Como yo vine aquí cuando acababa de cumplir los trece años, empecé a reflexionar sobre mí misma y a descubrir que era una "persona por mí misma" mucho antes. A veces, por las noches, siento una terrible necesidad de palparme los pechos y de oír el latido tranquilo y seguro de mi corazón».

Ana había alcanzado la etapa crucial de la pubertad. Alejándose de sus padres, sintió atracción por el único adolescente varón de la casa de atrás, el tímido y amable Peter van Pels: «Después de Año Nuevo, el segundo gran cambio: mi sueño... con el que descubrí mis deseos de tener... un amigo o novio; no quería una amiga mujer, sino un amigo varón. También descubrí dentro de mí la felicidad y mi coraza de superficialidad y alegría. Pero de tanto en tanto me volvía silenciosa. Ahora no vivo más que para Peter, porque de él dependerá en gran medida lo que me ocurra de ahora en adelante».

Fuera, en la Holanda ocupada, las cosas empeoraban poco a poco. La vida era más peligrosa para todo judío que no estuviera ya en un campo de concentración: según crecían las recompensas por encontrar judíos, eran más los «sumergidos» capturados. Ana era consciente de que su descubrimiento y su arresto podían ser inminentes, pero también estaba fascinada por el inicio de la pubertad. Exploraba su vulva: «Está casi toda cubierta de pliegues de la piel y es muy difícil descubrir la vagina. Es tan tremendamente pequeño el orificio que

está debajo, que casi no logro imaginarme cómo un hombre puede entrar ahí, y menos cómo puede salir un niño entero».

Su obsesión con Peter precipitó una crisis familiar en la primavera de 1944. Cuando su padre se opuso a sus besuqueos, Ana le escribió una carta: «No puedes ni debes considerarme una chica de catorce años; las penas vividas me han hecho mayor. No me arrepentiré de mis actos y haré lo que crea que puedo hacer». Al día siguiente, su padre le leyó la cartilla. La reacción de Ana fue de sorpresa y arrepentimiento: «Sí, Ana, te has dado cuenta perfectamente de que tu carta era demasiado dura e injusta y sin embargo, te sentías orgullosa de haberla escrito. Debo volver a tomar ejemplo de papá, y *me enmendaré* ».

Con el anhelo de la emancipación en una vida de esclavitud, Ana estaba (como los adultos) en una posición imposible y su diario reflejaba sus cambios de ánimo. El 3 de mayo de 1944, protestaba: «Es que hay en el hombre un afán de destruir, un afán de matar, de asesinar y ser una fiera, mientras toda la humanidad, sin excepción, no haya sufrido una metamorfosis, la guerra seguirá haciendo estragos». Dos párrafos después había resucitado: «Cada día me siento crecer por dentro, siento cómo se acerca la liberación, lo bella que es la naturaleza, lo buenos que son quienes me rodean, lo interesante y divertida que es esta aventura».

En la primavera y el verano de 1944, Ana también consideró en profundidad el papel de los adolescentes en la sociedad. Empezó a concebir un posible futuro después de la guerra: «Debo seguir estudiando, para no ser ignorante, para progresar, para ser periodista, porque eso es lo que quiero ser. Me consta que sé escribir». La animó la radio, que desde Londres pedía «diarios y cartas relativos a la guerra»: «¡Imagínate lo interesante que sería editar una novela sobre "la casa de atrás"! El título daría pie a pensar que se trata de una novela de detectives».

En junio, el mes en el que tuvo lugar el Día D, cumplió quince años y le regalaron «un montón de cosas», entre ellas un libro de historia del arte en cinco tomos, un brazalete de oro y, de parte de Peter, un ramo de peonías. Siguió escribiendo sobre feminismo, la inminencia de la liberación y la posición de la juventud en la sociedad. En julio, comentó un libro llamado *¿Qué opina usted de la adolescente moderna?* , que criticaba «de arriba abajo a los "jóvenes de hoy en día"»: «En algunos momentos de la lectura me dio la

sensación de que la autora se refería a mí con sus censuras, y por eso ahora por fin quisiera mostrarte cómo soy realmente por dentro y defenderme de este ataque».

Ana sentía que la guerra había conllevado una serie de cargas intolerables para su generación: «Problemas para los que tal vez seamos demasiado jóvenes, pero que igual acaban por imponérsenos, hasta que al cabo de mucho tiempo creemos haber encontrado una solución, que luego resulta ser incompatible con los hechos, que la hacen rodar por el suelo. Ahí está lo difícil de estos días: la terrible realidad ataca y aniquila totalmente los ideales, los sueños y las esperanzas en cuanto se presentan. Es un milagro que todavía no haya renunciado a todas mis esperanzas, porque parecen absurdas e irrealizables. Sin embargo, sigo aferrándome a ellas, pese a todo, porque sigo creyendo en la bondad interna de los hombres».

■ ■ ■

La apertura del segundo frente en junio y julio de 1944 elevó la opresión nazi hasta un nivel intolerable: el régimen de Hitler desplegó el culto a la muerte que subyacía en su seno. Aquel verano fue «una orgía de muerte» en Auschwitz: «Los hornos de los crematorios se calentaron tanto que los ladrillos refractarios estallaban y hubo que cavar pozos crematorios adicionales. Una vez empezaban las llamas, eran alimentadas con la grasa que salía de los cuerpos en llamas». En el campo de concentración de Jack Mandelbaum «los prisioneros morían de enfermedades y hambre en un número cada vez mayor».

La juventud alemana fue preparada para la guerra total. La llamada a filas obligatoria de adolescentes que no habían alcanzado la edad para su alistamiento siguió durante 1943, designado «Año de Servicio Bélico de la Juventud Alemana». Los nacidos en 1926 y 1927, por entonces con dieciséis y diecisiete años, fueron enviados a unidades de las Waffen-SS junto con voluntarios de múltiples nacionalidades. Era como si la Alemania nazi se estuviera convirtiendo en un gigantesco campo de concentración y la profecía de La Rosa Blanca se hiciera realidad: «De forma gradual, una cadena tras otra se afianzaba en torno a Alemania, hasta que finalmente quedamos todos

encerrados en una inmensa mazmorra». Sin embargo, el sistema nazi de organización juvenil resistió.

La mayor parte de la juventud alemana seguía creyendo en el ideal de la *Volksgemeinschaft* , en la justicia absoluta de la causa alemana y aún más en el líder religioso, el propio Hitler. El adoctrinamiento se había hecho más extremo. Durante el verano de 1943, los bombardeos aliados de las ciudades alemanas aumentaron hasta tal punto que las autoridades iniciaron una campaña sistemática para evacuar a medio millón de adolescentes del corazón industrial del país, en el norte y el oeste. Eran enviados a los campamentos *Kinderlandverschickung* de Prusia Oriental, Alta Silesia y Warthegau. Estos no eran centros educativos, sino factorías de las Juventudes Hitlerianas.

Estos adolescentes evacuados eran sumamente vulnerables al extremismo nazi: alejados de casa y conmocionados, podían ser adoctrinados con tranquilidad y sin miedo de injerencias ni distracciones externas. Muchos miembros de las Juventudes Hitlerianas habían demostrado ya ser suelo fértil para las doctrinas del odio. La mayoría de los referentes de la vida normal había desaparecido. Con el sistema escolar interrumpido y la amada *Volksgemeinschaft* bajo seria amenaza, buen número de los jóvenes alemanes transmutó el daño psicológico provocado por los bombardeos aliados en una desconsideración aún mayor hacia la vida humana, incluida la propia.

Para la mayoría de los adolescentes alemanes, la identificación con Hitler se tornó completa en los últimos dos años de la guerra. Si no iba a producirse la victoria, sería entonces la aniquilación total. Su hogar natural era la *Wehrertüchtigungslager* , que se convirtió en la principal unidad de organización juvenil nazi a finales de 1943. En estos campos tenían lugar tres semanas de lavado de cerebro. La primera, «Luchamos», promovía la guerra como ley natural; la segunda, llamada «Sacrificamos», reforzaba el mito de Langemarck; mientras que la última semana, «Triunfamos», anunciaba la inevitabilidad de la victoria alemana en el Este.

Artur Axmann designó 1944 «Año de los Voluntarios de Guerra». Llegado ese momento, los jóvenes de catorce y quince años se estaban incorporando al sistema de las SS. Esta movilización infantil copó las portadas internacionales. Un periodista estadounidense denunció en 1944: «Muchos niños y niñas de trece a quince años trabajan en las industrias bélicas. Con una consistencia de

acero, el Partido Nazi ha organizado la vida de la juventud alemana para sus propios fines. Las vidas personales de estos jóvenes se están viendo fagocitadas por la vida comunitaria de las organizaciones a las que pertenecen».

La *crème de la crème* de este sistema se concentraba en una unidad especial de las Waffen-SS llamada 12.ª SS División Panzer *Hitlerjugend* . Unos 10 000 jóvenes de entre dieciséis y dieciocho años empezaron su periodo de entrenamiento intensivo en el verano de 1943. Estaban unidos entre sí por un régimen que concedía especial énfasis a una relación informal entre oficiales y soldados: los principios del movimiento juvenil finalmente adaptados a la guerra total. La unidad combinaba la inexperiencia en el campo de batalla con una temeridad sin miedo a la muerte que personificaba la nihilista fase final de la educación juvenil nazi.

La 12.ª SS División Panzer *Hitlerjugend* entró en acción por primera vez después de los desembarcos del Día D, en junio de 1944. En Caen, sus integrantes lucharon «como lobos». En septiembre, solo quedaban 600 jóvenes de los 10 000 iniciales. La suerte de esta división subrayaba uno de los elementos más desconcertantes del régimen nazi: su completa falta de consideración hacia los adolescentes. Como Melita Maschmann escribió de sus compañeros: «No querían salvarse: mantendrían su posición siempre que los mandos los emplazaran a ello y se esperaba que esto se produjera de forma responsable».

No obstante, alcanzado 1944, incluso los más conservadores como Maschmann entendieron que los líderes nazis no habían hecho «intento alguno por proteger» a sus jóvenes. En el preciso momento en el que se consideraba emancipada, la juventud alemana había «sucumbido a la fatídica dominación de la era tecnológica». Maschmann entendió que la «deshumanización (la victoria de la tecnología sobre el alma, si se me permite utilizar esta palabra tan pasada de moda) que quedaba expresada en la creación de aparatos para los asesinatos masivos (los campos de concentración) podía también verse en el modo en el que el Estado nacionalsocialista había sobreorganizado a sus jóvenes».

El monolito de las Juventudes Hitlerianas se estaba desmoronando por la voracidad de las SS y las evacuaciones al Este. Sus efectos fueron imprevistos. Con la mayoría de la policía juvenil canalizada a las divisiones de combate de

las SS, la delincuencia juvenil creció en las ciudades a oscuras de Alemania occidental y central. Envalentonadas por el caos, las furiosas pandillas empezaron a organizarse en números cada vez más altos y ampliaron las campañas de sabotaje y desobediencia civil defendidas por La Rosa Blanca. Las autoridades reaccionaron con una severidad aún mayor.

Estos grupos juveniles de disidentes tardíos eran conocidos habitualmente con el nombre colectivo de esa temprana *Wild Clique* , los Piratas del Edelweiss. «Los jóvenes, con edades entre los doce y los diecisiete años, recorren las calles hasta entrada la noche con instrumentos musicales y chicas jóvenes –señalaba un informe de vigilancia en julio de 1943–. Puesto que esta chusma está en gran medida fuera de las Juventudes Hitlerianas y adopta una actitud hostil contra la organización, representa un riesgo para otros jóvenes. Se ha detectado recientemente que también se pueden encontrar entre ellos a miembros de las Fuerzas Armadas».

Tras el desastre de Stalingrado, los Piratas del Edelweiss se fusionaron con los Piratas del Kittelsbach, grupos formados por renegados de las Juventudes Hitlerianas, jóvenes de clase obrera y lo que quedaba de las pandillas juveniles. Entre sus actividades se contaba pintar grafitis como «Abajo Hitler», provocar desórdenes públicos y recorrer las calles en masa. Enfurecido por el comportamiento de estas bandas, el régimen inició una serie de ofensivas incluso más severas. Una ley penal específica para los jóvenes conminaba en 1943 a los jueces a entregar a los delincuentes juveniles para una detención ilimitada en campos de custodia (como Moringen, sede de un régimen insoportablemente punitivo y letal).

En abril de 1944, Himmler ordenó que todos los presos de los campos de custodia juveniles fueran clasificados por el Instituto de Biología Criminalística que gestionaba la policía la seguridad. Tras la llegada a campos como Moringen, los detenidos serían trasladados a un centro de observación durante seis meses. Aquellos que pudieran ser rehabilitados serían enviados a trabajar al campo o al Ejército, los incorregibles acabarían en centros psiquiátricos o en campos de concentración. Ese mismo año, algo más tarde, Himmler, Artur Axmann y el ministro de Justicia decidieron nuevas medidas contra «el siempre creciente número de bandas».

Los acusados serían sancionados con el traslado a un campo de custodia o de concentración. La Reichssicherheitshauptamt (Agencia Central de Seguridad) definía a estas camarillas como «agrupaciones de jóvenes fuera de las Juventudes Hitlerianas» que eran «particularmente indiferentes a las exigencias de la guerra». Se identificaba a tres tipos básicos de criminales: bandas callejeras urbanas, oponentes políticos al régimen y, en la categoría final, los rebeldes del *swing* que seguían poniendo en práctica su obsesión anglófila con la música y la experimentación sexual.

Cuando el régimen entraba en sus últimos doce meses, alcanzó nuevas cotas en su revanchismo. En octubre de 1944 tuvo lugar el cuarto y último juicio a La Rosa Blanca. Este afectaba a un grupo de Múnich, liderado por el estudiante de medicina Hans Leipelt, que había intentado actos de sabotaje y tenía vínculos con una segunda generación de la *Swingjugend* de Hamburgo más politizada. Como uno de ellos, Thorsten Müller, de quince años, tuvo que oír durante un interrogatorio: «¡Todo lo que empieza por Ellington termina con un intento de asesinato del Führer!». Leipelt fue condenado a muerte.

Aquel mismo mes, Himmler publicó su última directiva destinada a la juventud: otra ordenanza para «combatir a las camarillas juveniles». Estaba destinada en concreto a los Piratas del Edelweiss, que habían pasado a la resistencia armada. En Colonia, se unieron a los prisioneros de guerra, a los desertores, a los condenados a trabajos forzados y a los fugados de los campos de concentración. Su creciente campaña al estilo de los partisanos alcanzó su cénit con el asesinato del jefe de la Gestapo en Colonia. Las autoridades dieron forma a su venganza con el ahorcamiento en público de trece Piratas del Edelweiss en el centro de la ciudad, entre ellos Barthel Schink, el líder de dieciséis años de un grupo local conocido como los Navajos.

CAPÍTULO 29

Teenage
El lanzamiento de *Seventeen*

■ ■ ■

Vosotras sois las jefas del negocio .

«Seventeen Goes on Record», *Seventeen* ,
primer número, septiembre de 1944.



Primer número de *Seventeen* , septiembre de 1944.

La víspera del comienzo del cuarto juicio contra La Rosa Blanca, Frank Sinatra inauguraba su tercera temporada en el Paramount Theater de Nueva York. Era un 12 de octubre, aniversario de la llegada de Colón a América, y el estreno fue un espectáculo incluso antes de empezar. El fotoperiodista Weegee estaba allí con su cámara y su cuaderno, capturando la escena para el *New York Daily News* : «¡Oh! ¡Oh! Frankie. [...] La fila delante del Paramount Theater de Broadway empieza a formarse a medianoche. A las cuatro de la madrugada, hay más de 500 chicas [...] llevan calcetines tobilleros (por supuesto), pajaritas (las mismas que viste Frankie) y fotos de Sinatra prendidas en el vestido».

A las ocho de la mañana, hay ya una gigantesca multitud apelotonada: «Una gran fotografía ampliada de Sinatra en la fachada del teatro está manchada de besos rojos de pintalabios, atrevidos mensajes de amor e incluso números de teléfono. El teatro se llena pronto. El espectáculo empieza con el filme (*Our Hearts Were Young and Gay*). Es la proyección con más interrupciones de la historia [...] no es que sea una mala película [...] todo lo contrario [...] pero las chicas, sencillamente, no han venido a ver esto [...] en lo que a ellas respecta, bien podrían estar pasando diapositivas en la pantalla. Entonces, llega el gran momento. Sinatra aparece en el escenario [...] gritos histéricos: Frankie... Frankie [...] ustedes han oído los chillidos en la radio cuando canta [...] multipliquen eso por mil y se harán una idea del ruido ensordecedor [...] puesto que no hay un operador de radio que mantenga el ruido a un nivel soportable. Sinatra interpreta unos cuantos números y deja el escenario a toda prisa». Sin embargo, la noche no acababa ahí: «Una muchedumbre está esperando a la entrada del escenario [...] Sinatra no se atreve a salir [...] así que se queda atrapado dentro del teatro [...]. A las dos de la madrugada cierra el teatro [...] llegan los porteros para limpiar [...] algunas de las chicas, que llevan todo el día y toda la noche allí y han visto las cinco sesiones, se niegan a irse [...] intentan esconderse en el baño de mujeres [...] pero las limpiadoras las echan [...] así que, después de haber dormido un poco durante la película, salen y vuelven a hacer la cola». Para Weegee, este era otro ejemplo de los comportamientos extremos que documentaba con su infalible olfato para los puntos culminantes de la vida en la ciudad de Nueva York: lo

que no menciona es que, después de cada actuación, el Paramount quedaba empapado de orina.

Como el funeral de Rodolfo Valentino en 1926 o el estreno en 1939 de *El mago de Oz* , las escenas del día en el que Estados Unidos conmemora la figura de Colón supusieron un acontecimiento mediático en pleno Manhattan de los que definen a toda una generación: unas 30 000 chicas enloquecidas tomaron Times Square. El escritor Bruce Bliven lo denominó «un fenómeno de histeria masiva que únicamente se ve dos o tres veces en un siglo. Habría que remontarse no solo a Charles Lindbergh y a Rodolfo Valentino para comprenderlo, sino a la locura danzarina que se apropió de algunas aldeas alemanas en la Edad Media o a la Cruzada Infantil».

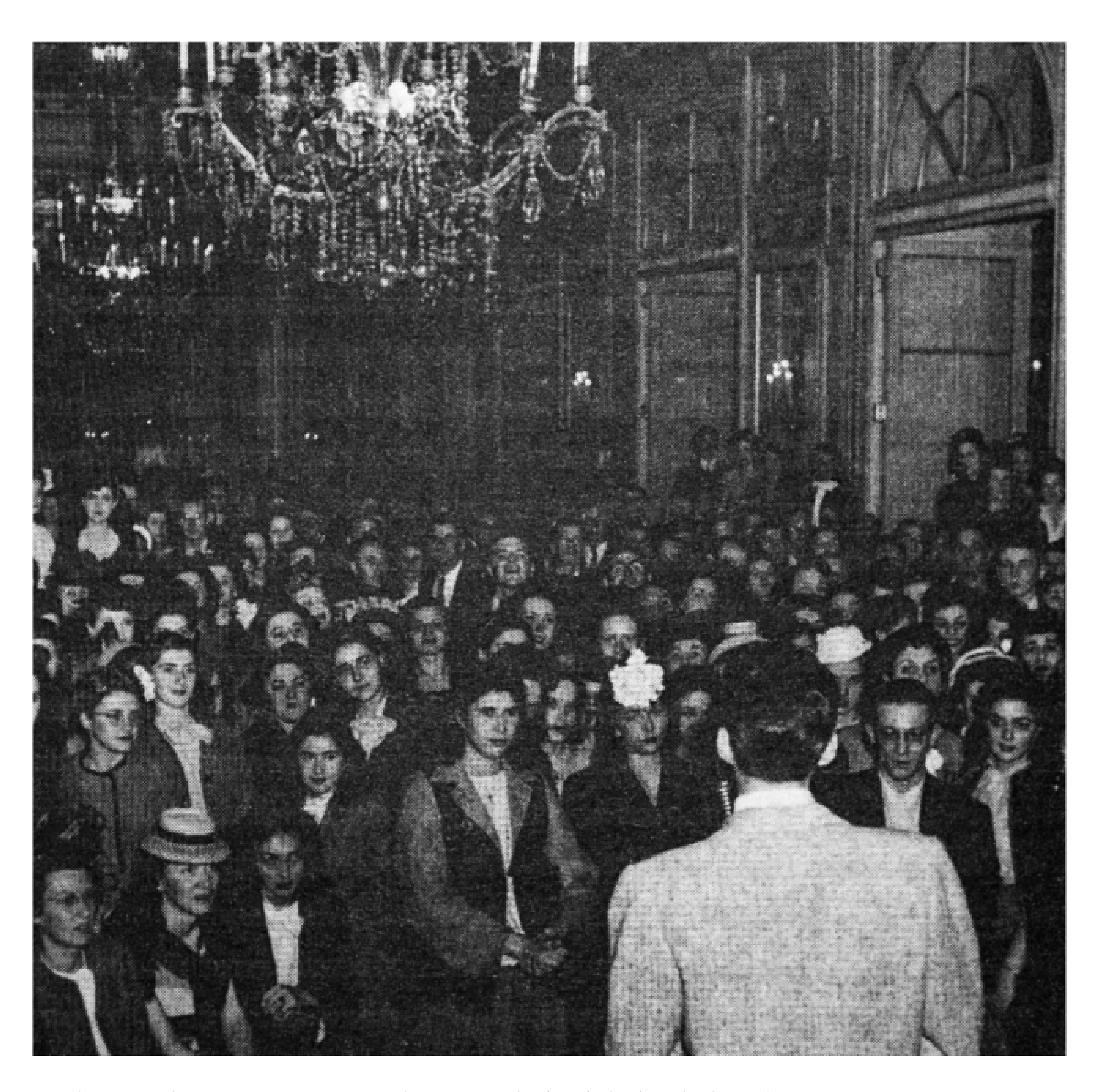
La fama de Sinatra llevaba tres años o más creciendo de forma constante. Su primer gran éxito fue en su temporada inaugural en el Paramount, en diciembre de 1942, al actuar como «atracción extra» de la Benny Goodman Orchestra: cuando fue presentado, el teatro estalló con «cinco mil adolescentes pataleando, chillando, gritando y aplaudiendo». Estas escenas se intensificaron cuando Sinatra regresó al Paramount en mayo de 1943: «Esa vez tiraron algo más que rosas al escenario –evocaría su factótum, Nick Sevano–. Le tiraron a Frank sus “panties” y su ropa interior».

El frenesí superó el bombo publicitario. Los medios podían haber denominado a Sinatra «Mister Swoonatra», [*] pero el público fue más allá. Su agencia de prensa recordaba haber contratado a «chicas para gritar cuando marcaba de forma sensual una nota. No era necesario. La decena de chicas que contratamos para gritar y extasiarse hicieron exactamente lo que les dijimos. Pero cientos más a las que no habíamos pagado gritaron incluso más alto. Otras chillaban, aullaban, besaban sus fotografías con los labios pintados y lo mantenían confinado en el camerino entre un espectáculo y otro en el Paramount Theater de Nueva York. Era salvaje, una locura, estaban completamente fuera de control».

La histeria se prolongó durante 1943 y 1944, impulsada por cameos en películas como *Cada vez más alto* . El ascenso de Sinatra era incontenible, pues cubría una necesidad de la industria y del público. En los conciertos, seducía a su joven público con una intensidad feroz que su mirada acentuaba. Sus brillantes ojos azules barrían a la multitud, se detenían en una persona y así

parecía que cantaba solo para ella, sola una en una multitud de miles de almas. Sumada a las etéreas cursiladas de baladas lentas como «Embraceable You» y «Over the Rainbow», La Voz (como se conocía a Sinatra) producía un embrujo que parecía detener el tiempo.

La histeria se apresuraba a llenar los silencios. Bruce Bliven observó a Sinatra en el Paramount: «Cuando canta con tristeza "caminaré solo", la niña sentada a mi lado grita con una angustia genuina en apariencia: "Yo caminaré contigo, Frankie" y lo mismo, en varios momentos, hacen otros cientos de chicas. Cuando la canción dice que nadie lo quiere, una fiel protagonista a mi derecha gruñe: "¿Estás de broma, Frankie?". El público al completo alterna los cánticos con él, Frankie grita: "¡No!" y el público: "¡Sí!", cinco o seis veces».



Frank Sinatra hipnotiza a su joven audiencia, mediados de la década de 1940.

Sinatra, aunque estaba a punto de cumplir veintinueve años en octubre de 1944, tenía una constitución menuda, nerviosa y de aspecto juvenil para su edad. Casado y con un hijo, era todavía una figura al estilo de Peter Pan. Como más tarde señalaría: «Eran años de guerra y había mucha soledad. Yo era el chico de la *drugstore* de la esquina de todos los barrios, el chico que se había ido a la guerra». Bliven consideraba que las *bobby-soxers* del Paramount «encontraron en Sinatra, debido a su energía estimulante, algo así como la

imagen de un padre protector. Y aún más que eso: Sinatra representa el sueño de todo lo que se puede conseguir en esta vida».

Sinatra formaba parte de su público y, a la vez, estaba alejado por completo de él: «Gana un millón de dólares al año y, sin embargo, habla con su mismo lenguaje de barrio. Es simplemente un muchacho de Hoboken que ha conseguido triunfar. En todo lo que dice y hace se pone de parte de la juventud y en oposición al mundo de los adultos. Sinatra nunca dice dirigiéndose al público *vosotros* , sino *nosotros* ». No todo el mundo era tan comprensivo. *The Herald Tribune* defendía que sus conciertos no eran en modo alguno una «manifestación artística». El comisionado para la educación de Nueva York responsabilizaba a Sinatra de que las jóvenes perdieran «el control de sus emociones».

Mucho más controvertida era la situación de Sinatra en lo relativo al Ejército: debido a una lesión en el oído sufrida en el parto, fue rechazado para el servicio militar. Para los patriotas estadounidenses, esto era como una tela roja para un toro. Sinatra recibía ataques continuos de la prensa por no llevar uniforme. A los soldados les molestaba todo hombre vestido de paisano y odiaban las fotografías del cantante acosado por «todas esas chicas extasiadas». Tras un incidente muy sonado en el que un joven le tiró huevos, un grupo de reclutas de la Armada lanzó tomates a la enorme ampliación de la fotografía del cantante que estaba en la fachada del teatro: una profanación simbólica representada ante las cámaras de la prensa.

Pero existía un elemento más en la crítica hacia Sinatra. Como sucedía con Rodolfo Valentino, no era la figura masculina tradicional: estaba diseñado para atraer a las jóvenes. Esto no solo aumentaba los celos, sino que también ejemplificaba la distancia entre las expectativas de los soldados con respecto a la vida en su país y la realidad. La tierra que habían dejado atrás no era la misma. Había aparecido una nueva generación que –en el vacío causado por el reclutamiento de 2 millones de jóvenes en 1944– reclamaba que había llegado su momento. El hecho de que las *bobby-soxers* no desearan a los soldados endurecidos por los combates, sino a un amanerado «vendeplumas», el término utilizado en el Ejército para referirse a los que se escaqueaban, era indicador de ese cambio.

Gustara a quien gustase, Sinatra se había convertido en una figura reconocida en todo el país. Su posición se vio confirmada en septiembre de 1944, cuando visitó la Casa Blanca y conoció al presidente de Estados Unidos: «Me sentí muy impresionado de estar junto a él. Pensé, aquí está el hombre más importante que existe y a su lado ese pequeño hombre de Hoboken estrechando su mano». Roosevelt ya había hecho declaraciones públicas en las que vinculaba la política estadounidense con su música popular, pero este encuentro constituyó una oportunidad aprovechada con astucia para reafirmar en público que los adolescentes eran una parte importante de la sociedad estadounidense.

■ ■ ■

Las mujeres estadounidenses habían estado siempre en primera línea de la cultura consumista del país; sin embargo, durante las últimas etapas de la guerra, los acontecimientos se alinearon para ampliar esta relevancia. En su mayoría, los hombres mayores de dieciocho años se encontraban entre los cerca de 7 millones de reclutas; con el grupo de edad de entre dieciocho y treinta años fuera de la vida pública, los adolescentes en general se hicieron mucho más visibles en el día a día. La mayoría era mujer y tenía un trabajo a tiempo completo, hasta 3 millones de chicas entre catorce y diecisiete años en 1944: si bien sus empleos eran a menudo de escasa categoría, también conllevaban responsabilidades y largas jornadas laborales.

Esta cohorte había cruzado de forma prematura uno de los primeros umbrales entre la adolescencia y la edad adulta, pero no tenía todavía un papel claramente asignado en el esfuerzo bélico. Además, muchas de estas trabajadoras no recibían mucho apoyo de sus familias y veían bloqueada la vía tradicional a la madurez, definida habitualmente por el matrimonio. Las noticias sensacionalistas sobre la delincuencia femenina fortalecieron los temores de los adultos hacia una generación de entre catorce y dieciocho años que, pese a ser la más pudiente de la historia de Estados Unidos, parecía desbocada y a la deriva.

Los acontecimientos de 1943 llevaron a muchos estadounidenses a temer a sus jóvenes, que aparecían como un lienzo en blanco en el que los adultos

podían proyectar sus miedos asociados a la guerra y a su impacto en la sociedad estadounidense. La disparidad entre la histeria de los medios de comunicación y una realidad más prosaica se vio amplificada por la película de 1944 *Juventud salvaje* . Con sus jóvenes protagonistas presentados no como criminales endurecidos, sino como víctimas desorientadas, esta cinta seria (aunque promocionada en términos sensacionalistas) terminaba con un alegato directo al público: «No vamos a seguir desperdiciándolos, los necesitamos. Después de todo, son ellos por lo que luchamos».

Esta aproximación inclusiva estaba en consonancia con lo que sentían muchos jóvenes estadounidenses: no todos ellos eran *zoot-suiters* , *bobby-soxers* o *Victory Girls* . Como una chica afirmaba en un foro sobre delincuencia juvenil organizado por *The New York Times* en el verano de 1944: «Queremos trabajar, no queremos estar interesados solamente en las gramolas y los refrescos. Hay mucha fuerza juvenil en el país que puede compensar la falta de mano de obra. Los adultos tienen que ayudarnos a organizar un cuerpo de voluntarios. Los jóvenes quieren una oportunidad para hacer cosas y tener tareas de responsabilidad».

Sin embargo, la economía floreciente de Estados Unidos no permitía más que la más mínima asistencia social: hacer algo habría recordado al socialismo de Estado del *New Deal* , anatema en las corporaciones centradas en la estrategia de coste más beneficio. De hecho, las grandes organizaciones de la época de la Gran Depresión (el Cuerpo Civil de Conservación y la NYA) habían dejado de funcionar en 1944. Se necesitaban medidas, pero ni los negocios importantes ni los mismos jóvenes, que pedían ser atendidos en sus propios términos, deseaban el paternalismo de los años treinta y los esfuerzos por el bien común.

El camino lo mostró un reportaje de mayo de 1944 de la revista *Look* , que describía el éxito de la campaña liderada por Ruth Clifton, editora del periódico del instituto de Moline (Illinois), para abrir un centro juvenil. Preocupada por el número de adolescentes que bebía en los bares, consiguió que el Ayuntamiento rehabilitara un almacén vacío. Con imágenes del nuevo centro lleno de adolescentes que bebían Coca-Cola, la revista enseñaba «cómo puede reducirse la delincuencia juvenil mediante la movilización de la energía y

la creatividad de la gente joven. Los jóvenes de Estados Unidos son conscientes de sus dificultades; las solucionarán si se les da la oportunidad».

El club Moline fue parte de las soluciones más creativas a la delincuencia juvenil propuestas por las autoridades estadounidenses durante la guerra: el sistema nacional de cafeterías para adolescentes, las Teen Canteens. Desde el principio, fueron diseñadas como una aproximación más liberal al tratamiento de la juventud. Como el responsable del programa, Mark McCloskey, declaró en marzo de 1944: «Este país está harto de intentar hacer todas las cosas que los chicos no quieren hacer». McCloskey, que entendía que la mayoría de las agencias públicas había fracasado a la hora de actualizar sus programas, preguntó a la juventud estadounidense qué quería, algo que ninguna organización de servicio a los jóvenes anterior había hecho.

Vitalista comprometido como G. Stanley Hall, McCloskey se negaba a ser parte de la condena histérica que siguió a los acontecimientos de 1943. «Entiendo perfectamente por qué los críos bailan por los pasillos del Paramount Theater cuando Harry James toca la trompeta –comentó entonces–. Es lo que llamo una juerga neodionisíaca». Cuando las sesiones en el Congreso relativas a la problemática juvenil identificaron la carencia de infraestructuras para el ocio como causa principal de la delincuencia en los jóvenes, McCloskey, director recreativo de la Office of Community War Services (Oficina de Servicios Comunitarios de Guerra), tuvo su oportunidad para actuar.

McCloskey creía que las organizaciones juveniles tradicionales no habían afrontado la realidad contemporánea de los adolescentes: «Vuestros Boy Scouts, vuestras Girl Scouts, vuestra YMCA nunca han tratado con el menor delincuente». Otros programas del periodo bélico como los Senior Service Scouts y la Junior Police Organization eran excesivamente autoritarios. La Oficina de Servicios Comunitarios de Guerra partía de la premisa de que «un gran grupo de adolescentes, los de catorce a dieciocho años, lleva mucho tiempo a la deriva en términos sociales, a menudo educativos y, con demasiada frecuencia, como señalan los registros policiales, morales».

Las Teen Canteens prosperaron en 1944. Ofrecían un delicado equilibrio entre la independencia adolescente y una limitada presencia adulta. Si la balanza caía en exceso de un lado, el centro no tendrá éxito: demasiado

desenfreno por una parte, demasiado control por la otra. Situadas habitualmente en salones de la YMCA, iglesias, locales vacíos y centros comunitarios, sus nombres reflejaban la cultura adolescente del momento: Jive Hive, Buzz Bucket, Swing Haven, Hep Cat Hall, Rhythm Rocker, Boogie o Strut Hut.

Centros como el Jive Hive de Indianápolis necesitaron varios meses de planificación, con participación de los adultos y del Ayuntamiento. A su inauguración asistieron 200 adolescentes, sus familias y el alcalde de la ciudad. Estos centros estaban orientados a los vecindarios, con estrictas limitaciones de edad y de residencia, y abrían varias noches a la semana: los días de diario hasta las 21.30 y los viernes y sábados hasta las 23.00. Por lo general, incluían una gramola, mesas de pimpón, una sala de baile y una máquina de refrescos: Coca-Cola, atenta al potencial comercial del movimiento, distribuyó folletos sobre cómo poner en marcha un espacio de este tipo.

La edad de captación de las Teen Canteens se extendía por norma de los trece a los diecinueve años: por encima de los veintiuno, los clientes de los bares difícilmente se verían impresionados por los refrescos y los adultos que ejercían de carabinas. Estos clubes juveniles estaban controlados por adolescentes de instituto, potenciales defensores del tipo de vida concebido con la creación del Hep Cat Hall: «Instalaciones recreativas limpias y saludables y un entretenimiento basado en la forma de gobierno republicana de Estados Unidos». Los centros representaban un intento por parte de las autoridades de aplicar la retórica de libertad y democracia del periodo bélico a la vida de los adolescentes.

Especial éxito lograron en Detroit, una ciudad asolada por los disturbios raciales, donde, en 1944, adolescentes blancos y negros se unieron en los mismos clubes y apuntalaron un Ayuntamiento de la Juventud multirracial para toda la ciudad. Otras Teen Canteens no consiguieron tanta armonía. Las pandillas de los institutos tendían a dominar la vida social y a menudo se defendía la división étnica. Los problemas aparecían habitualmente por un motivo: la ignorancia de las fronteras de los barrios que podían ser invisibles para alguien ajeno, pero eran tan reales para la población local como si hubieran estado señaladas con pintura blanca en cada esquina.

Este mundo adolescente encerrado en sí mismo preocupaba a los padres, muchos de los cuales protestaron por el considerable tiempo que sus hijos pasaban fuera de casa. Los trabajadores sociales más tradicionales también lamentaban el encumbramiento del «ocio de bar» a costa de programas más educativos. El equilibrio de poder, no obstante, se había alejado del paternalismo. En su folleto *Youth Service* la Oficina de Servicios Comunitarios de Guerra celebraba que los adultos se hubieran visto obligados a asumir el liderazgo del «movimiento *teenage*» . El reconocimiento por parte del Gobierno de una mayor independencia adolescente se había hecho realidad.

■ ■ ■

En septiembre de 1944 se publicaba el primer número de una revista que aunaba en un paquete irresistible las distintas facetas de la democracia, la identidad nacional, la cultura de los compañeros, la mercadotecnia para grupos objetivos y el consumo juvenil. Después de todo, como señalaba la publicidad previa a su lanzamiento, la juventud estadounidense contaba con una capacidad de gasto estimada en 750 millones de dólares: riquezas inenarrables esperaban a quienes se lanzaran a por este mercado aún virtualmente virgen. Si los incidentes en los conciertos de Frank Sinatra reflejaban la intensidad emocional de las jóvenes, *Seventeen* celebraba su relevancia económica con su mezcla de «Moda y belleza juvenil, cine y música, ideas y gente».



Publicidad del «Teen Canteen» de Blum Store en el primer número de la revista *Seventeen* .

De vuelta a la época idealizada por Booth Tarkington y Maureen Daly, la revista estaba en línea con el impulso a dos bandas de las Teen Canteens. Por un lado, trataba a los adolescentes como cuasiadultos, conscientes de sus futuras responsabilidades y hambrientos de información sobre los temas de actualidad. Tal y como señalaba el editorial inaugural de la revista: «Vais a tener que gestionar este espectáculo, cuanto antes empecéis a pensar en él, mejor. En

un mundo que cambia tan rápida y profundamente como el nuestro, aspiramos a ofrecer una oficina de información de vuestras ideas».

Sin embargo, era también un producto comercial, destinado de manera explícita a la generación joven más pudiente hasta el momento: «SEVENTEEN es vuestra revista, chicas de instituto de América, ¡toda vuestra! Se interesa solo por vosotras y todo lo que os afecta, os emociona, os molesta, os agrada y os desconcierta». En la nueva era de la democracia y la emancipación, fomentaba de forma directa la participación de las lectoras: «Escríbenos sobre cualquier cosa o sobre nada en concreto. Dinos que no estás de acuerdo con SEVENTEEN , dilo con vehemencia, di que somos lo mejor, di que somos terribles, di cualquier cosa que te parezca, ¡pero dilo!».

Nacida de la profunda convicción de su editora, Helen Valentine, de que las chicas de instituto necesitaban una revista propia, *Seventeen* excluía a los adultos y se dirigía directamente a su mercado objetivo. El contenido del primer número incluía un reportaje sobre Harry James, un fotomontaje de Frank Sinatra, una columna de cotilleos de Hollywood, críticas de libros, películas y discos y columnas sobre convenciones sociales como «Examen para primeras citas». Otro apartado regular, «Por qué no crecen los padres», ofrecía sugerencias de sentido común para salvar la brecha generacional.

Seventeen aspiraba a convertir a sus jóvenes lectoras en adultas aceptables. «Crecer y ganarte la vida tienen sus recompensas –escribía Alice Beaton en su sección para universitarias «For Seniors Only»–; se parece mucho a bailar *swing* . Te mantiene ocupada todo el tiempo, te deja sin aliento, no siempre parece llevarte muy lejos... pero es divertido, emocionante, un reto». La responsabilidad se inculcaba también mediante artículos como «¿Qué estás haciendo por la guerra?» y en consejos explícitos para continuar con la educación secundaria: «Recuerda una cosa [...] eres una adulta en formación».

Sin embargo, el principal gancho de la revista era la ropa. Textos sobre artículos baratos se mezclaban con consejos para la confección en casa y páginas de moda con los precios indicados. La publicidad era más atractiva: la tienda para mujeres Blum Store contrató un gran anuncio para sus prendas *teen-age* titulado «Teen Canteen», mientras que Saks Fifth Avenue promocionaba su «Círculo Joven» con el texto: «A las adolescentes, sencilla y llanamente, les encanta esta suave lana». Teen-Timers Inc. vendía sus vestidos

para el instituto con el sonoro lema *Reet for Neet Teens* (Genial para adolescentes chulas), al tiempo que ofrecía un listado completo de tiendas, «potentes Teen Shops», distribuidas por todo el país.

Seventeen fue todo un éxito porque daba forma y reflejaba los deseos de sus lectores: la tirada inicial de 530 000 ejemplares ascendió a cerca de 650 000 en seis meses. «Nos enorgullecemos de SEVENTEEN porque no distorsiona nuestra visión de las cosas, no nos trata como bebés ni hace que nuestras costumbres parezcan ridículas para los adultos», escribía «F.M.C.», de Texas. Otra lectora de Michigan, más joven, estaba entusiasmada por haber recibido su «sofisticado» carné de suscriptora: «Me parece que tengo que utilizar los sobres y el papel de mamá para contaros lo mayor que se siente una al recibir SEVENTEEN por Navidad cuando solo tiene trece años».

Como muchos éxitos que parecen repentinos, *Seventeen* sintetizaba tendencias ya existentes. En 1941, la revista *Parents* había lanzado *Calling All Girls* , una buena idea que no funcionó por su excesiva dependencia de las viñetas infantiles: las chicas adolescentes querían ser tratadas como personas mayores de lo que eran. Al año siguiente, *Good Housekeeping* introdujo una columna titulada «*Teens* de nuestros tiempos» que publicaba información sobre la jerga adolescente y cómo vestirse para una cita. *Miss America* se lanzó en 1944. De forma paralela, los periódicos empezaron a publicar columnas como «*Sub-debs* y galanes» y «Diario del *swing* » y a dar espacio a la música juvenil en las páginas de ocio.

Un índice fiable para el aumento de la presencia juvenil en los medios de comunicación de masas puede encontrarse en las páginas de las coloridas revistas semanales de noticias. La cobertura de *Life* refleja este mercado en rápido desarrollo. En uno de sus dos artículos de 1944 sobre las *sub-debs* , *Life* hacía constar la existencia de cerca de 700 clubes en Indianápolis: muchos de ellos tenían nombres con acrónimos como «WITCH» (We In This Club are Hell-cats) y «JERKS» (Junior Elite Receive Kind Servicemen). * Quien estaba fuera de este círculo mágico era considerado un «cuadrado». Estos artículos eran populares entre muchos lectores jóvenes, estaban «en la onda».

Un artículo de *Life* de mayo de 1944 sobre «Modas de instituto» describía nuevas costumbres en boga que incluían coserse las referencias carcelarias «Alcatraz'44» y «Sing-Sing'45» en la parte trasera de camisas y chaquetas

vaqueras. En consonancia con la continua expansión de la jerga del *jazz* entre la tropa de los institutos, muchas tendencias estaban basadas en la música: en respuesta a una famosa canción llamada «I'd Rather Have a Paper Doll to Call My Own» [Prefiero una muñeca de papel que pueda decir que es mía], los chicos de instituto empezaron a colgarse muñecas de papel en la ropa. La popularidad de Frank Sinatra alimentó la moda de las pajaritas entre los jóvenes, mientras que las taquillas de las chicas en los centros educativos a menudo estaban adornadas con imágenes del cantante manchadas de carmín.

Estas modas espontáneas eran la expresión más pura del anhelo de la juventud estadounidense de novedades, emociones e identificación. También se adaptaban a la uniformidad de las pandillas que subyacía a esta apariencia de anarquía y novedad. En noviembre de 1944, *Seventeen* aconsejaba en tono positivo a sus lectoras: «Compras mocasines porque tus amigas los compran [...] vas a Joe's Grill [...] o a Doc's a tomar un refresco, no porque esos sitios sean agradables o la comida sea buena, sino porque la tropa va. La mayoría de tus costumbres más superficiales proviene de gente de tu edad».

La novedad también ofrecía a la industria, a los distribuidores y a los medios un acceso rápido al mercado juvenil. Como la revista *Parents* señalaba en su columna «Tricks for Teens», las modas de instituto «mantienen a tu hija interesada en su aspecto; hacen que ir a clase sea más divertido; y le aseguran que es "una de la tropa"». En 1944, la revista recibía cerca de 2000 cartas a la semana de chicas de instituto. Sindicada en todo el país, de la columna de consejos brotaron sus propios clubes, donde las adolescentes exponían en los grandes almacenes muestras de bisutería hecha por ellas mismas.

La línea directa que conectaba mercado, medios de comunicación, productores y distribuidores quedó ejemplificada por el éxito de un fabricante de ropa. Consciente de que el 25 % de sus vestidos «junior» se vendían en secciones especiales para jóvenes de los grandes almacenes, esta firma de Nueva York adoptó el nombre Teen-Timers Inc. en 1943. Sus primeras líneas, denominadas «OHriginals» fueron objeto de una intensa promoción en distintos medios: se formaron clubes en las tiendas de distribución de Teen Timers para que las chicas de instituto organizaran desfiles de moda y aconsejaran sobre los estilos juveniles del momento. Las ventas mensuales de la compañía prácticamente se cuadruplicaron en tres años.

Este nuevo escenario adolescente «llevó la atención de las debutantes y las universitarias» al segmento de los institutos. Helen Valentine apostó de forma activa por este mercado más rico en número y encargó a una firma bien conocida, Benson and Benson, un estudio demográfico pionero. Publicado en un folleto llamado *Life with Teena* , las conclusiones eran rotundas: «Teena [...] tiene dinero propio [...] y para lo que no se pueda permitir con su paga y sus ahorros, puede contar con sus padres. Porque nuestra Teena no acepta un no por respuesta cuando ve lo que quiere en *Seventeen* ».

Con esta chica de ficción, Teena, que amalgamaba las tendencias de su segmento de edad, Valentine y su directora de promociones, Estelle Ellis, pudieron exagerar la vanguardista capacidad de gasto de las adolescentes ante los clientes más adecuados. Como señalaba el folleto, se podía contar con que Teena convencería «a sus padres de que necesita un nuevo sombrero, un nuevo vestido, un armario completo de primavera... antes que nadie en la familia. Mírala entrar en las tiendas de todo el país rodeada por sus amigas [...] Oye cómo le pide a la dependienta exactamente lo que quiere. Sospecha de su capacidad de influencia cuando papá dice que ya tiene edad para salir por la noche, cuando mamá dice que ya es mayor para salir sola de compras».

Al descubrir que Teena era extremadamente consciente de las modas, *Seventeen* trabajó con los fabricantes para diseñar estilos que representaran su «tiempo vital». Líneas como los sombreros para adolescentes Pert and Pretty y los jerséis Hi-Girl Campus Caper se comercializaban en secciones especiales para los jóvenes de los grandes almacenes, con adolescentes que asumían el papel de asesoras. Valentine y Ellis subrayaban la uniformidad de los grupos de compañeros que impulsaba este mercado: «Teena y sus amigas vienen en manojos, como los plátanos [...] si vendes uno, todo indica que los venderás todos». En unos meses, la revista estaba repleta de publicidad. [1]

Esta mayor atención a los jóvenes suponía un avance. *Seventeen* era, a fin de cuentas, una publicación para el mercado de masas. Ofrecía cierto reconocimiento de los problemas cotidianos en reportajes como «Patito feo: no desesperes». Sin embargo, el mensaje de que la juventud estaba llena de posibilidades y esperanzas fortalecía la autoestima y la conciencia de sí mismo de su mercado objetivo. Como una de las cartas recibidas declaraba: «Me encanta tener diecisiete. Ojalá pudiera seguir en esta edad un tiempo. Los

diecisiete son el punto perfecto entre ese extraño estado llamado adolescencia, que significa que vas a alguna parte, y la edad adulta, que significa que vas cuesta abajo».

■ ■ ■

En el mismo momento en que se lanzó *Seventeen* y Sinatra se convirtió en una estrella nacional, la horquilla de edad que elevaron al protagonismo social encontró su terminología definitiva. La creciente importancia de la juventud exigía un nuevo nombre. Que Estados Unidos tenía un modo único de organizar a sus adolescentes ya lo había reconocido el sociólogo Talcott Parsons. En un artículo de octubre de 1942, «Age and Sex in the Social Structure of the United States», acuñó la expresión «cultura juvenil» para describir el particular «conjunto de costumbres y fenómenos de la conducta» exclusivo de la sociedad estadounidense.

Si bien reconocía que «una tendencia a la idealización romántica de las costumbres juveniles parece ser característica de la sociedad occidental de diferentes formas en su conjunto», Parsons contrastaba la adolescencia alemana con la estadounidense. Comparada con la «camaradería» de los grupos Wandervogel, descubrió que «en la cultura juvenil estadounidense y su idealización adulta se concede un énfasis mucho mayor a la relación entre los sexos. Parecería que este hecho, con los factores estructurales que lo subyacen, tiene mucho que ver con la incapacidad de la cultura juvenil para desarrollar un impacto significativo en términos políticos en este país».

Sin embargo, la «camaradería» Wandervogel había preparado a la juventud alemana para su esclavitud en las Juventudes Hitlerianas. Parsons señalaba que, en Estados Unidos, «en la frontera entre la infancia y la adolescencia, “crecer” supone, precisamente, la capacidad de participar en hábitos de la cultura juvenil que no son iguales para los dos sexos, tal y como sucede con los hábitos adultos de la generación de sus padres». Sentía que la cultura juvenil estadounidense era «irresponsable. Una de sus notas dominantes es “pasar un buen rato”, para lo que se aplica un énfasis especialmente fuerte en las actividades sociales con el sexo contrario».

La acuñación de Parsons confirmaba el hecho de que, a principios de los años cuarenta, los adolescentes estadounidenses habían logrado crear un mundo bastante separado tanto del de los adultos como del de los niños. A pesar de su aparente ausencia de implicación política, se habían visto afectados de manera considerable por las consecuencias de la guerra y su patriótica retórica de emancipación. Ya definidos como ideal y como mercado, los adolescentes habían empezado a imponer de forma pública su independencia, una afirmación que tomó al Gobierno y a la industria por sorpresa. Al mismo tiempo, su cultura optimista estaba empezando a alcanzar a los jóvenes de Gran Bretaña y del norte de Europa asolados por la guerra.

En 1944, los términos *teenage* y *teenager* fueron los aceptados para describir esta nueva definición de la juventud como mercado concreto y de masas. Los *teenagers* no eran adolescentes ni delincuentes juveniles. El consumismo ofrecía el contrapeso perfecto para los disturbios y la rebelión: fue el medio utilizado por Estados Unidos para desviar sin mayores daños la alborotadora energía de la juventud. De los términos ya existentes, *adolescent* era una palabra con cuarenta años. El término *sub-deb* apestaba a distinción de clase y estaba a las puertas de la obsolescencia, mientras que *bobby-soxer* estaba demasiado identificado con un estilo musical, el *swing* , que empezaba a pasar de moda.

El origen del término radica en la forma flexiva de *ten* (diez) que, según el *Concise Oxford Dictionary* , es «añadida a los numerales, del 3 al 9, para formar los nombres del 13 al 19». Desde Tarkington a Daly y la propia revista, los diecisiete años habían sido desde mucho tiempo atrás la edad adolescente por antonomasia: un joven lo bastante mayor para la autodeterminación, pero aún no adulto. El sufijo *teen* había tenido también un largo recorrido, con presencia en *Adolescence* y en los años veinte a través de *Harold Teen* . *Teenage* se había utilizado con bastante libertad desde mediados de la década de 1930, a menudo con un guion, *teen-age* , que invitaba a la doble lectura del adjetivo «adolescente» y «era de los adolescentes», mientras que los intentos por fomentar alternativas toscas como *teener* y *teenster* habían fracasado.

Por tanto, sería *teenage* . La aceptación general del término señalaba la introducción completa de un concepto tan utópico como la adolescencia de Stanley Hall. Los cambios en Estados Unidos habían confirmado la profecía de Hall sobre el espacio entre la infancia y la edad adulta: reconocido ya de

manera institucional, este estado intermedio fue, en 1943 y 1944, finalmente aprovechado para una producción en masa en continua renovación de los productos. Dotar de nombre a algo contribuye a su existencia: asumido tanto por la publicidad destinada a los jóvenes como por estos mismos, *teenage* era claro, sencillo y transmitía lo que pretendía. Esta sería la era –el periodo definido social, cultural y económicamente– *teen* .

■ ■ ■

1. En un número de muestra de la primavera de 1945 había anuncios de la «Teen-Age Shop» de Neiman Marcus; cigarreras y polveras Elgin American; 7-Up; «Lluvia de abril: la fragancia de la juventud», de Cheramy; Las chicas atrevidas se visten en Filene, Boston; Vestidos Pandilla Juvenil; Flexnit Foundations: fajas, medias y corsés; bañadores Jantzen; jabón Swan; Coca-Cola; pintaúñas Schiaparelli; anillos de compromiso Keepsake; y Noxzema Medicinal, para esos «problemas de piel».

---

* N. del T.: *Swoon* : desmayo, desvanecimiento.

* N. del T.: BRUJA: «En este club somos fanáticas del *jazz* »; IMBÉCIL: «Élite juvenil acoge a soldados educados».

CAPÍTULO 30

Año cero

El triunfo del *teenager*

■ ■ ■

Somos la generación sin vínculo y sin profundidad. Nuestra profundidad es abismo. Somos la generación sin suerte, sin hogar y sin despedida. Nuestro sol es estrecho; nuestro amor, cruel; y nuestra juventud carece de juventud .

Wolfgang Borchert, «Generación sin despedida», 1945.



Adolescentes estadounidenses en una tienda de discos, fotografía de Nina Leen, West Grove, Misisipi, 1944.

En la primera semana de enero de 1945, *The New York Times Magazine* publicó «A Teen-Age Bill of Rights», una carta de derechos resultado de un estudio propuesto por la Junta de Tutores Judíos de Nueva York. El autor de la carta, Elliot E. Cohen, entendía que «en el actual debate sobre los "teen-agers", el péndulo ha pasado de "¿Qué les pasa a nuestros niños?" a "¿Qué estamos haciendo mal nosotros?"». Destinada a ilustrar a padres desconcertados y encabezada con la recién estrenada palabra de moda, su «carta de diez puntos para afrontar los problemas de la juventud en crecimiento» ratificaba la nueva era, la *Teen Age* , con atrevidas formulaciones que invocaban de forma deliberada la Constitución de Estados Unidos:

I **DERECHO A OLVIDAR LA INFANCIA.**
II **DERECHO A «TENER VOZ» SOBRE SU PROPIA VIDA** .
III **DERECHO A COMETER ERRORES, A DESCUBRIR LAS COSAS SOLO** .
IV **DERECHO A QUE LAS REGLAS SE EXPLIQUEN, NO SE IMPONGAN** .
V **DERECHO A DIVERSIÓN Y AMIGOS** .
VI **DERECHO A CUESTIONAR IDEAS** .
VII **DERECHO A ESTAR EN LA EDAD ROMÁNTICA** .
VIII **DERECHO A TENER POSIBILIDADES Y OPORTUNIDADES** .
IX **DERECHO A ESFORZARSE POR SU PROPIA FILOSOFÍA DE VIDA** .
X **DERECHO A AYUDA PROFESIONAL SIEMPRE QUE SEA NECESARIA** .

Estos diez mandamientos constituían un manifiesto para el nuevo mundo de la juventud. Exigían de forma abierta que los progenitores se esforzaran por entender los puntos de vista de sus hijos. Algunos derechos parecían insistir en que los adolescentes eran iguales a los adultos: el derecho a ayuda profesional,

el derecho a «tener voz» sobre su propia vida, el «derecho a cuestionar ideas». Pero, fundamentalmente, la era de los adolescentes se entendía como un viaje hacia una «filosofía de la vida»: «Toda generación siente que es el futuro –concluía el artículo–. Para el "teen-ager" nada es más importante que descubrir dónde encaja en relación con la vida que lo rodea. Es una búsqueda seria, a menudo dolorosa».

La carta de derechos asumía que los adolescentes eran parte de la corriente dominante de la vida estadounidense. Habían conseguido esta posición no solo por su capacidad adquisitiva, sino porque parecían encarnar los ideales democráticos de Estados Unidos: «El adolescente quiere oportunidades, en educación y laborales, y quiere poder competir por ellas, con independencia de su sexo, raza, color o confesión». Este afán reflejaba la agitación de los otros grupos a los que la guerra había abierto puertas hasta entonces cerradas: las trabajadoras, los negros y los ciudadanos de origen mexicano.

Ese había sido el contrato explícito con el que se había combatido en la guerra. Pese a no contar con ninguna base como clase social, excepto la casualidad de compartir edad, se animaba a los adolescentes estadounidenses a verse como parte de esta emancipación. Como Barbara Gair escribió en el número de febrero de 1945 de *Seventeen* , la Declaración de Independencia «dice que todas las personas, no solo los ricos, los ilustrados o los aristócratas, sino todas las personas, todas, tienen derecho a "la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad"». Con los soldados estadounidenses tan cerca de alcanzar la victoria, las posibilidades para un mayor desarrollo de la democracia eran «infinitas».

Los prejuicios raciales eran objetivo explícito en la naciente Era Adolescente. La alternativa, como la carta de derechos advertía, era una recaída en las «profundas» frustraciones que habían explotado en 1943. Después de leer la denuncia del racismo en Estados Unidos que hizo Gunnar Myrdal en *An American Dilemma* , Frank Sinatra participó en *The House I Live In* , un cortometraje para defender la tolerancia racial. «Nunca olvidaré el daño que me hacía oír a los otros chicos llamarme "panini de mierda" cuando era un chaval –declaró entonces–. Es una cicatriz que me duró mucho tiempo y que aún no se me ha cerrado del todo».

Otro cortometraje de 1945, *It Happened in Springfield* , producido por Warner Brothers, dramatizaba un intento temprano de instaurar un sistema educativo sin distinciones de raza en Massachusetts. *Seventeen* señalaba que «el antisemitismo y la discriminación de la población negra son considerados lo que son: una amenaza a Estados Unidos y a todo lo que nuestro país defiende. El secreto del plan de Springfield es el reconocimiento de que aprender a vivir juntos es un hábito que nunca es pronto para empezar. En las escuelas de Springfield incluso a los niños más jóvenes se les enseña la certeza de que no puede haber una democracia real con sospechas y desconfianza entre vecinos».

Seventeen también publicó un relato sobre prejuicios antisemitas, «The Way the World Ends», firmado por Anne Clark, que fue recibido con entusiasmo por sus lectoras. «Ninguna historia que haya leído o que lea jamás me afectará tanto y me hará tanto bien como esta», escribió «J. K.», de Cincinnati. Para «C.H.P.», de Nueva York, era «lamentable» que hubiera «¡personas que dicen ser cien por cien estadounidenses y se han tragado los prejuicios raciales sin ningún rigor científico inventados por los adivinos de Hitler y que defienden los fascistas de aquí!».

Gran parte de esta retórica podía salir directamente del diario de Ana Frank. Sin embargo, pese al optimismo del Nuevo Mundo, la guerra todavía no había terminado. Un océano separaba a Ana Frank de los adolescentes judíos que propusieron su carta de derechos de la juventud, pero bien podrían ser también miles de años. La adolescente con visión de futuro que había escrito solo unos meses antes: «Me dan miedo las celdas de la cárcel y los campos de concentración», se vio obligada a ver sus miedos más terribles hechos realidad en unas condiciones de violencia despiadada.

La misma semana que se publicó la carta de derechos, Frank fue encarcelada en el campo de exterminio de Bergen-Belsen, donde no tenía nombre, ropa, comida, juventud ni esperanza. Bergen-Belsen se había convertido en el vertedero de prisioneros enfermos de otros campos nazis: estaba inundado con los excrementos de seres humanos que morían de tifus, tuberculosis y diarrea. Ana Frank, que llegó a este «infierno desorganizado» con las heladas de noviembre, solo tenía consigo a su hermana Margot: «Las dos eran inseparables –recordaba otra presa–, parecían dos pájaros congelados».

Su sentencia había llegado el 4 de agosto, cuando la Gestapo entró en tromba en la casa de atrás después de recibir un chivatazo. En el caos de la detención, las páginas del diario de Ana acabaron por el suelo: una de las neerlandesas que atendían a la familia, Miep Gies, salvó el cuaderno y algunas de sus posesiones. Los ocho ocupantes de la casa de atrás fueron transferidos rápidamente al campo de detención de Westerbork, un viaje que supuso una liberación momentánea. Como evocaría Otto: «Era verano. Las praderas, los campos de rastrojos y los pueblos pasaban de largo. Los hilos de teléfono a la derecha de la vía subían y bajaban ante las ventanillas. Era como la libertad».

En Westerbork era posible cierta apariencia de una vida normal. Un conocido llamado Rootje de Winter reconoció a la familia: «Hablé con Ana y con Margot, pero no quería hacer amigos de verdad. Era una forma de autodefensa que había aprendido. Nunca sabías qué sería lo siguiente que sucedería». Si bien nerviosos, los ocho estaban juntos y así siguieron en el último tren a Auschwitz. Este viaje, en un vagón de ganado descubierto, no fue tan apacible: los Frank estaban aplastados entre otros presos afectados de disentería.

Después de tres días, el tren llegó a Auschwitz: «El momento en que te dabas cuenta era tan demencial: "Sí, esto es un campo de exterminio". Era terrible... el horrible efecto de aquella brillantísima y sucia luz de neón, una luz azulada, y el cielo gris arriba». Habían entrado en un mundo «creado y gobernado según los principios del mal absoluto. Su única función era la muerte». Los prisioneros fueron separados al instante. Otto Frank señalaría más tarde: «Recordaré la mirada de Margot toda mi vida».

Las mujeres trataban de sobrevivir manteniéndose juntas. Una compañera del campo observó que «se daban mucho apoyo entre sí. Todo lo que una adolescente pueda pensar de su madre no tenía ya significado alguno». Ana estaba «muy tranquila y callada y algo ausente. El hecho de que hubiesen acabado allí le había afectado profundamente; eso era obvio». Un par de meses después de su llegada, cuando tuvieron la oportunidad de ir a trabajar en una fábrica en régimen de trabajos forzados, Edith y Margot se negaron a dejar atrás a Ana, que tenía sarna.

Poco después, las hermanas fueron sometidas al proceso de selección ante el infame doctor Mengele: «De quince y dieciocho años, delgadas, desnudas pero

orgullosas, acercándose a la mesa de la selección con los hombres de las SS... Ana animó a Margot y Margot caminó directamente hacia la luz. Permanecieron allí de pie un momento, desnudas y con la cabeza afeitada, y Ana nos miró con su rostro limpio, volvió la mirada hacia adelante y se mantuvo erguida». Fueron enviadas al día siguiente a Bergen-Belsen: incapaz de consolarse, Edith murió pocas semanas más tarde. Cuando Otto Frank fue liberado en enero, sus dos hijas esperaban la muerte a varios cientos de kilómetros de distancia.

Las hermanas, convencidas de que sus padres estaban muertos, claudicaron. Después de que Margot falleciera de disentería, Ana se contagió de tifus, endémico en Bergen-Belsen. En el último encuentro de otra presa con Ana la encontró envuelta en una manta: «Me dijo que tenía tal horror a los piojos y a las pulgas de sus ropas que las había tirado todas». Sin saber que su padre seguía vivo, Ana se sentía completamente sola y hacia el final de marzo de 1945 murió sin compañía. Fue enterrada en una tumba sin lápida.

Para entonces, era ya evidente que los alemanes habían perdido la guerra. La sede del poder nazi, Berlín, sufría bombardeos casi sin descanso. Nada funcionaba ya. Después de que sus padres murieran en un ataque aéreo, Melita Maschmann perdió la esperanza. «Entendí, aunque de forma poco consciente, que esta terrible muerte en masa no podía ya considerarse un sacrificio con sentido. Estaba sucediendo algo disparatado, no solo eso: algo completamente insensato. Sin duda, ahora vendría lo peor, lo que impediría una recuperación. Pero ¿qué podía ser peor?».

El Gran Reich, que había abarcado gran parte del continente en un deteminado momento, se había reducido a una franja de tierra entre el Rin y el Óder. El rápido avance soviético atrapó a medio millón de adolescentes evacuados a los *Kinderlandverschickung* del «seguro» este. En este «torbellino del desastre», Axmann y Himmler enviaron a una «tercera oleada» de chicos de diecisiete años como «reserva de acero». Estos se enfrentaron a un Ejército Rojo cargado de odio hacia los brutales invasores. El Frente Oriental había sido siempre el escenario bélico más encarnizado; sin embargo, las violaciones en grupo y los asesinatos del invierno de 1944-1945 hicieron que 8,5 millones de alemanes huyeran hacia el oeste.

Ya en este punto, la infraestructura de las Juventudes Hitlerianas había desaparecido. A comienzos de 1945, Gottlob Berger, máximo responsable de reclutamiento para las SS, recibió autorización para incorporar a un quinto del segmento de edad de entre diecisiete y dieciocho años. En los siguientes meses, 150 000 adolescentes se verían obligados a servir en las SS. Después de que el resto fuera reclutado para el Volkssturm, la vida normal para los adolescentes alemanes quedó suspendida cuando fueron ataviados con uniformes de otras tallas y enviados a combatir con sus *Panzerfausts* , burdas armas antitanque. Con algunos soldados de hasta doce años, esta cruzada infantil marcó la definitiva «barbarización de la guerra» bajo el régimen nazi.

En la primera semana de marzo, los aliados cruzaron el Rin en Remagen: de las fuerzas nazis que trataron de defender el puente, al menos un 20 % eran adolescentes. El día 28, el líder de las Juventudes Hitlerianas, Artur Axmann, declaró: «De las Juventudes Hitlerianas ha brotado un movimiento de jóvenes destructores de tanques». Dijo a los adolescentes a su cargo: «Solo es posible la victoria o la aniquilación. Que no tenga límites el amor a vuestro pueblo; que tampoco los tenga el odio al enemigo. Es vuestra obligación vigilar cuando otros están cansados; aguantar cuando otros se debilitan. El mayor honor, no obstante, es vuestra inamovible fidelidad a Adolf Hitler».

Estos niños soldado eran fanáticos absolutos. Melita Maschmann recordaría que «para ellos, la llamada al "sacrificio final" no era una expresión vacía. Llegaba hasta el fondo de su alma y sentían que había llegado su hora, el momento en el que realmente contaban y ya no eran rechazados por ser demasiado jóvenes. Trabajaban con la pala día y noche en la muralla este u oeste, el sistema de excavaciones y trampas para tanques que se construyó a lo largo de las fronteras durante los últimos meses. Cuidaban a los refugiados, ayudaban a los heridos. Al final, entraron en combate».

Era una lucha sin cuartel. Cuando acababa mayo, un artillero de tanque de diecinueve años, John P. Irwin, avanzaba por el valle del Ruhr cuando se encontró a un niño de doce años que corría hacia su blindado con un *Panzerfaust* . Obligado a disparar al chico hasta verlo «bien muerto», no sintió nada más que «alivio». Al entrar en Alemania, a principios de abril de 1945, un médico francés atendió a un muchacho de catorce años con múltiples heridas de metralla: «Me incliné sobre él y le dije en alemán: "¡Estúpido! ¡Mira lo que

has conseguido!”. Entonces el chico se incorporó de repente, me escupió en la cara y gritó: “¡Larga vida al Führer!”».

Los aliados, en su avance, descubrieron los terroríficos secretos del régimen. El regimiento de John Irwin liberó un campo de trabajos forzados en Nordhausen, en el Ruhr, donde encontraron a «niños de catorce años y hombres de muy avanzada edad que morían de tuberculosis, disentería y hambre». Irwin quedó sorprendido por los guardias: había esperado «rostros retorcidos, feos, malvados, pero en lugar de eso solo vi jóvenes atractivos, contumaces». Su mundo quedó patas arriba: «La Segunda Guerra Mundial era una imagen en blanco y negro con matices grises, ni rastro del Technicolor que había transformado la Kansas cinematográfica de Dorothy en Oz».

A principios de abril, Artur Axmann autorizó que 4000 chicos actuaran como tropas destructoras de tanques. Estaban comprometidos en la defensa final de Berlín, una acción que conmocionó al endurecido Wiedling, general de la Wehrmacht. Una semana después de la última actuación de la Filarmónica de Berlín (tras la que los jóvenes acomodadores ofrecieron cápsulas de cianuro al público), Melita Maschmann asistió a la última incorporación de niños y niñas de diez años a las Juventudes Hitlerianas. «Mientras el distante trueno de la batalla podía oírse en los suburbios del este –escribió Maschmann–, Axmann hizo un llamamiento a sus “jóvenes camaradas” a luchar por la victoria de la Gran Alemania».

Al día siguiente, Hitler cumplía cincuenta y seis años. Con los aliados rodeando Berlín, el lisiado Führer hizo su última aparición pública para pasar revista a una hilera de Juventudes Hitlerianas premiada por atacar a los tanques soviéticos. Muchos de estos niños de doce años morirían posteriormente en combate. Pero lo cierto es que Hitler nunca había eludido el sacrificio de sus súbditos. Su locura provenía de una identificación hipertrofiada entre su persona y su pueblo. Si iba a morir, Alemania moriría y los apreciados jóvenes que habían formado la base de su ascenso al poder tendrían una posición privilegiada.

Con las palabras de Hitler aún resonando en sus oídos («Estoy convencido de que venceremos en la lucha, sobre todo gracias a la juventud alemana, y en particular a vosotros, mis chicos»), los últimos miles de miembros de las Juventudes Hitlerianas se comprometieron a la defensa de Berlín. «Ardían de

ganas de ponerse a prueba como soldados –señaló Maschmann–; querían estar a la altura de las promesas que hacían sus canciones. Me aterra pensar la desesperación y la tristeza que debe de haberse apoderado de ellos cuando vieran a sus camaradas desangrándose a su lado y cuando su ebriedad diera paso a la conciencia serena».

El cinismo de los líderes de la juventud nazi no conocía límites. Artur Axmann escapó a los Alpes Bávaros el primero de mayo. El día anterior, Hitler se había suicidado. Pero sus jóvenes, con el cerebro lavado, lucharon hasta la rendición final de Alemania el 7 de mayo. Un líder de las Juventudes Hitlerianas de Silesia recordaría con posterioridad que sus niños «murieron en una agonía atroz. [...] Creían en su patria, siguieron fieles a aquel al que llamaban Führer; llevaban su nombre en el corazón. [...] Y aquel que les dio nombre y les prometió que el futuro era suyo hacía ya tiempo que los había traicionado».

Los nazis habían seducido, formado y finalmente sacrificado a su juventud. Como una chica alemana explicaría más tarde: «Creíamos en Hitler. Creíamos en todo el sistema, en el liderazgo al completo. Allí estábamos, medio muertos ya, creyendo todavía en la victoria. No podíamos hacer otra cosa. Esa era nuestra generación y él era nuestro ídolo». El último grupo de las Juventudes Hitlerianas era «duro por fuera, duro de corazón y de ideas»: «Para ellos solo existían las carencias y las privaciones, el racionamiento de los alimentos, de la ropa y de todas esas pequeñas cosas que a los niños les siguen encantando incluso cuando una educación rigurosa les ha borrado el miedo a la muerte».

Para muchos miembros de las Juventudes Hitlerianas, el suicidio del Führer y la revelación del genocidio nazi fueron aplastantes. Un joven prisionero fue llevado al campo liberado de Dachau: «Entramos en una sala y, por un momento, pensamos que estábamos en una sala de calderas con varios hornos grandes. La idea quedó descartada de inmediato cuando vimos delante de cada horno una camilla de metal con abrazaderas metálicas. Algunas seguían medio metidas en los hornos, cubiertas por los restos de los cuerpos carbonizados. Esa noche no pudimos dormir. El impacto de lo que habíamos visto era excesivo para digerirlo al instante. No pude evitar llorar».

Sin embargo, los nazis se guardaban un último as en la manga. A finales de 1944, las SS habían creado una modesta organización de élite con unos 200

miembros de las Juventudes Hitlerianas. Bautizada Werwolf, actuaría como guerrilla en caso de derrota de Alemania. Incapaz de asumir el derrumbamiento de su mundo, Melita Maschmann se unió a ella en los Alpes Bávaros a finales de abril: «Buscaba la salvación en la idea de que un nuevo periodo de actividad ilegal se pondría en marcha, si bien nadie sabía cuál sería su objetivo político. Así que nos hicimos a la idea de seguir con la lucha. Ignoramos deliberadamente el hecho de que todo se había perdido ya».

A mediados de mayo se distanció de la Werwolf y vagó sola por los Alpes tiroleses. Un día, se encontró «observando a niños que jugaban en las afueras de un pueblo. Se estaban lanzando un nabo unos a otros como si fuera una pelota y se retorcían de la risa. De pronto, una ventana de la casa que estaba detrás de ellos se abrió y oí, débilmente al principio, la gran «Ricercare» de la *Ofrenda musical* de Bach. Según asimilaba la música, junto con el aroma de los arbustos en flor y las carcajadas de los niños, sentí que hubiera despertado de un encantamiento diabólico, en el que me hubiera visto atormentada por terribles fantasmas y demonios del infierno».

■ ■ ■

La rendición de Alemania se hizo oficial la tarde del 8 de mayo de 1945. En Londres, una multitud enloqueció en Trafalgar Square, Leicester Square y Piccadilly Circus. En los días siguientes, no obstante, la euforia dio paso a una toma de conciencia en frío. En primer lugar, la guerra todavía no había terminado. Aunque las islas de Japón habían quedado pulverizadas por los bombardeos estadounidenses, los japoneses no se habían rendido aún. La guerra había destrozado enormes áreas de las ciudades británicas, matado o mutilado a más de medio millón de personas y dejado al país prácticamente en la bancarrota.

Pero, por encima de todo esto, eran los estadounidenses los que aparecían como verdaderos vencedores, al tiempo que su cultura y su economía de consumo de masas empezaban a barrer Europa ante el vacío dejado por el derrumbamiento del nazismo. Una vez conquistada la juventud británica, los soldados estadounidenses repitieron el mismo truco de magia en toda Europa. «El soldado veía sencillo establecer relaciones con personas de su misma edad –

señala el historiador Lee Kennett–, en especial con las mujeres, puesto que las películas de Hollywood y la música estadounidense lo habían precedido a modo de embajadores».

Este «humanismo para millones de personas» ofrecía un futuro a los jóvenes alemanes que vivían un *Götterdämmerung* . La cultura *teen* era inclusiva: aquella primavera, las editoras de su revista más destacada, después de recibir una carta entusiasmada de Australia, se habían mostrado «encantadas al descubrir que *Seventeen* tiene un atractivo internacional. Es una muestra de nuestra firme convicción de que los *teen-agers* de todo el mundo tienen mucho en común». Las instantáneas tomadas por el fotógrafo del Ejército estadounidense Tony Vaccaro en la Alemania ocupada detenían el instante en el que la Coca-Cola reemplazaba a la esvástica, a la vez que los jóvenes alemanes intercambiaban *Panzerfaust* por guantes de béisbol.

En Estados Unidos, la nueva era adolescente se veía ratificada. Un artículo de *The New York Times* de junio de 1945, titulado «Los *teen-agers* son un invento estadounidense», defendía que «definir a los jóvenes como "teen-agers", es decir, aún no preparados para las cuestiones serias de la vida adulta, invita a su absorción en los elementos frívolos de la "cultura teen-age", y el tiempo de ocio y la riqueza sin precedentes de los adolescentes los predispone a aceptar la invitación». Un artículo de portada titulado «Teen-Age Boys» de la revista *Life* desplegaba toda una serie de prendas de vestir, junto con una sorprendente dieta diaria que incluía «refrescos, helado, caramelos, dos botellas de gaseosa, galletas saladas, cereales, fruta, mermelada y mantequilla».

El 1 de julio, la orquesta Glenn Miller de las Fuerzas Aéreas Estadounidenses actuó ante 40 000 soldados aliados en el estadio de Núremberg. Este momento simbólico constituía un merecido tributo al músico más emblemático de la guerra, desaparecido y dado por muerto en un vuelo a París en diciembre de 1944. Antes de morir, había actuado para la radio de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas en emisiones dirigidas a los jóvenes nazis y en las que la música quedaba asociada al ideal democrático estadounidense. La presencia de su orquesta en la sede del cautivador poder de Hitler representaba la victoria final del *swing* sobre sus enemigos mortales, los nazis.

Cuatro días después del espectáculo de Núremberg se celebraron elecciones generales en Gran Bretaña. Era la primera oportunidad que tenían los británicos para votar desde 1939. Y rechazaron al hombre que los había conducido a la victoria. Cuando se anunciaron los resultados el 26 de julio, los laboristas habían vencido al Partido Conservador de Churchill por 393 escaños a 213. La profunda retórica democrática de los seis años anteriores había dado su fruto: «Los soldados tenían la sensación de que eran tan buenos como cualquier otro y querían el derecho a decirles a los oficiales cuándo se había acabado la guerra».

Las tropas estadounidenses desempeñaron su papel en esta revolución silenciosa. «Los estadounidenses cambiaron Inglaterra más de los que los ingleses están dispuestos a asumir y admitir», recordaría una entusiasta. Cuando las tropas estadounidenses partieron rumbo a Europa, nadie las echó más de menos que los jóvenes. Para Averil Logan, una adolescente evacuada de Londres, «todo era tan monótono cuando se fueron... El mundo entero se había abierto ante mis ojos y luego se había vuelto a cerrar. [...] Nos dimos cuenta de hasta qué punto Inglaterra nos confinaba, lo aburrido que era el clima [...] siempre parecía tener una nube encima de la cabeza [...] y los hombres... qué pequeña era la variedad genética».

A finales de julio, la edición estadounidense de *Vogue* publicó un reportaje de portada sobre «La belleza y la generación más joven» que señalaba: «Ha pasado el tiempo de una revolución adolescente en este país. En Estados Unidos hay que tener en cuenta a esta generación. Se publican revistas completas para este grupo; cadenas enteras de tiendas buscan a estos clientes. Ha hecho evolucionar para sí misma un estilo casi tan perfecto como pueda imaginarse en este mundo imperfecto (logrando evitar los escollos gemelos de la infantilización y la sofisticación)». Por encima de todo, llevaba «su juventud por bandera».

El 2 de agosto, se autorizó el lanzamiento de la primera bomba atómica contra Japón. Pese a su desesperada situación, los líderes nipones se negaban a rendirse: aún contaban con 2 millones de soldados y 9000 aviones kamikaze a los que recurrir para una defensa desesperada. Ante el temor al nihilismo suicida que había marcado los últimos días de la Alemania nazi, el presidente Truman dio la orden de utilizar «Little Boy», un arma capaz de generar «una

explosión de dimensiones gigantescas». Tras haber vencido a Alemania en la carrera por la fisión, los estadounidenses eran los únicos que contaban con el arma más devastadora que el mundo había conocido.

A las 08.15 de la mañana del 6 de agosto, la población de Hiroshima vio caer un objeto desde un pez plateado que volaba a gran altura. Impactó en el centro de la ciudad. Sus efectos fueron instantáneos y devastadores más allá de toda imaginación posible. En palabras de un periodista japonés: «De pronto, una luz brillante entre blanquecina y rosácea apareció en el cielo acompañada de un estremecimiento anti-natural que se vio seguido de forma casi inmediata por una oleada de sofocante calor y viento que lo barrió todo a su paso. En unos segundos, los miles de personas que estaban en las calles y los jardines del centro de la ciudad quedaron calcinados por una abrasadora ola».

Tres días más tarde fue Nagasaki la que recibió este mismo tratamiento. La semana siguiente, la revista *Time* publicó un reportaje de portada sobre el arquitecto de las Fuerzas Aéreas, el general de división y estratega Curtis LeMay, cuya postura belicosa se reflejaba en la justificación de la hecatombe de Hiroshima: «Una vez más, el presidente Truman utilizó la fuerza psicológica contra Japón: "Estamos preparados para destruir más rápida y completamente toda empresa productiva que los japoneses tengan sobre el terreno. [...] Si no aceptan nuestros términos, pueden esperar una lluvia de ruina desde el aire como la que nunca se ha visto sobre la tierra"».

En la sección «Empresas y finanzas» del mismo número, un breve reportaje celebraba a un nuevo tipo de investigador de mercados. Al contrario que las editoras de *Seventeen* , este empresario hecho a sí mismo era todavía un adolescente: «En Chicago, algunos comerciantes creen saber ahora que los estudiantes de instituto prefieren la pasta de dientes de colores, comen tres veces más barritas de chocolate que sus padres, prestan más atención al eslogan sobre "olor corporal" de los jabones Lifebuoy que al "flota" de Ivory. Esta y otra información para la mejora de las ventas es la mercancía que compran al encuestador más reciente de Chicago: el danzarín de diecinueve años Eugene Gilbert, presidente de Gil-Bert Teen Age Services».

Los grandes almacenes de Chicago Marshall Field contrataron a Gilbert para «conocer las preferencias en el vestir de 7700 chicos de instituto (gabardinas y vaqueros, trajes de chaqueta rectos, cazadoras deportivas bicolor).

A continuación, la zapatería Joseph Shoe Salon, que tiempo antes tuvo en nómina a Gene como dependiente a media jornada, le pagó 500 dólares. Descubrió dónde compraban sus zapatos las *bobby-soxers* y por qué. Otras empresas encargaron estudios sobre chicles, cosméticos o jabón perfumado. Alto (1,85), moreno y corpulento (90 kilos), Gene aprendió técnicas de gestión y promoción en el instituto Senn organizando clubes y fiestas.

«En la onda con la mente de los chicos y también de los negocios –Gilbert decidió que– si los publicistas querían gastar dinero en el mercado adolescente, tendrían que conocer qué querían los chicos». Según *Time* , «como trabajadores clave nombró a los "Joe Guns" (los estudiantes más populares) de los institutos de Chicago, que serían sus "supervisores de investigación", les ofreció 75 centavos por hora por entrevistar a los estudiantes. Ahora tiene una plantilla de 350 asistentes adolescentes y una directora de moda coqueta, rubia y de dieciocho años, Shirley Rappelt». Gilbert acababa de nombrar representantes en Indianápolis y Nueva York, pero tenía planes para «otras 28 ciudades».

El 14 de agosto, los japoneses se rindieron y la Segunda Guerra Mundial llegó a su fin. En torno a 20 millones de militares y 38 de civiles habían perdido la vida, de los que 11 millones (6 de ellos judíos europeos) fueron asesinados en los campos de la muerte alemanes. Lo que quedaba de la civilización europea, escribió Lewis H. Lapham, «pasó a la cuenta estadounidense. La guerra además había inducido al país a inventar una máquina económica milagrosa que parecía capaz de conceder todos los deseos que se le pidieran. Los Estados Unidos continentales se habían librado de la plaga de la guerra, por lo que a sus herederos les resultó sencillo creer que habían sido ungidos por Dios».

■ ■ ■

Año cero: 1945, el inicio de una nueva era precedida por la revelación de la crueldad inhumana de los nazis y la utilización del arma más sofisticada y terrorífica. La producción masiva de armas y bienes había conllevado una aceleración de la vida. La revelación apocalíptica de la bomba atómica precipitó un nuevo tipo de conciencia mundial y una nueva psicología. Ante la

perspectiva de la desintegración instantánea, muchos seres humanos empezaron a centrarse por completo en el presente, cuando no en el instante. Esto no significaba que las estructuras cotidianas se transformaran de repente, sino que lo que la gente le pedía a la vida había empezado a cambiar.

La nueva psicología (que pronto sería interpretada en términos culturales como existencialismo) privilegiaba vivir el momento y tenía una orientación material. El viejo mundo estaba muerto y el grupo mejor situado para progresar en la incierta posguerra eran los jóvenes, que siempre habían sido considerados la encarnación de un futuro propicio. «La mayor parte de su vida está llena de esperanza», había escrito Aristóteles, mientras que para Stanley Hall, la adolescencia no era menos que un «renacimiento». En el acto de desmemoria necesario para que el mundo occidental no se detuviera, la juventud fue de nuevo (como había sucedido después de la Gran Guerra) exaltada como *tabula rasa* .

Las definiciones de la juventud habían dado muchas vueltas desde que Marie Bashkirtseff y Jesse Pomeroy sorprendieran y desconcertaran a la sociedad de finales del siglo XIX . Las naciones y los regímenes europeos habían intentado organizar a los adolescentes para lograr sus propios fines, esfuerzos que casi siempre acabaron en una férrea disciplina y en el militarismo, un síndrome que, llevado al extremo, había conducido a las Juventudes Hitlerianas a un fanatismo suicida. Numerosos artistas y escritores habían intentado imaginar cómo sería la independencia juvenil, mientras que los psicólogos habían hecho grandes esfuerzos para analizar y controlar esta edad voluble y estresante.

Gracias a la investigación pionera de Stanley Hall en el cambio de siglo, Estados Unidos había abierto camino tanto en términos de cultura juvenil como en los medios por los que trataba de incluir a la juventud en la sociedad. Protagonizó la primera cultura de masas de consumo adolescente en los años veinte, así como los primeros intentos gubernamentales, en la década siguiente, de tratar a los adolescentes de forma humana y no coercitiva. Las dos aproximaciones se fundieron durante la Segunda Guerra Mundial, cuando las exigencias del creciente mercado juvenil se integraron en las políticas sociales que ofrecían a los adolescentes cierto nivel de libertad.

El nombre que se otorgó a esta síntesis fue *Teenager* . Las muchas interpretaciones posibles de la juventud habían quedado condensadas en una: el adolescente consumidor. Alcanzada la prominencia mediante un complejo ecosistema de presiones de los compañeros, deseos individuales e inteligente mercadotecnia, la *teenage* resolvía la cuestión que planteaba la guerra: ¿en qué tipo de sociedad de masas viviremos? En oposición al fascismo, el futuro estadounidense estaría organizado en torno al placer y la adquisición: la vinculación de la fabricación masiva de productos de ocio de usar y tirar como revistas, maquillaje y ropa, así como al armamento militar.

Los aliados ganaron la guerra en el momento preciso en que el producto estadounidense más novedoso abandonaba las líneas de producción. Definido entre 1944 y 1945, el *teenager* llevaba ya en proceso de investigación y desarrollo cincuenta años, el periodo que señala el ascenso de Estados Unidos al cénit del poder mundial. La difusión en la posguerra de los valores estadounidenses llevaría la idea del *teenager* como punta de lanza. Esta nueva figura social supondría la combinación psicológica perfecta para su tiempo: vivía el presente, perseguía el placer, deseaba nuevos productos y encarnaba la nueva sociedad mundial en la que la capacidad adquisitiva garantizaría la inclusión social. El futuro sería adolescente, sería la era de la adolescencia, el futuro sería *Teenage* .



Gladys Pearl Grant, 1926.

BIBLIOGRAFÍA COMENTADA



Flapper de los años veinte en plena lectura.

INTRODUCCIÓN

La definición de G. Stanley Hall de la adolescencia como «los años entre los catorce y los veinticuatro años» aparece en Hall, G. S.: *Adolescence* , New York, D. Appleton and Company, 1904, prefacio, XIX . Las citas posteriores: «una nación *fiat* » y «El mismo hecho», provienen de la misma fuente, XVI y XVII .

La cita de John Lennon «América era el templo de la juventud» proviene de *The Beatles: Antología* , Barcelona: Ediciones B, 2000, (sin trad.), «John Lennon», 10. En lo relativo a Dick Hebdige, véase Hebdige, D.: *Subcultura: el significado del estilo* , Barcelona, Paidós, 2004, (trad. Carles Roche). Para más detalles sobre la tienda del número 430 de King's Road, véase Savage, J.: *England's Dreaming: los Sex Pistols y el punk rock* , Barcelona, Random House, 2009, (trad. Marc Viaplana), caps. 1, 5-8, 14 y 20. Véase también Mulvagh, J.: *Vivienne Westwood: An Unfashionable Life* , London, HarperCollins, 1998, cap. 3: «Prankster Retailing» y cap. 4: «Cartwheeling to Casualty».

La crítica que hace J. M. Greenwood de *Adolescence* aparece en Greenwood, J. M.: «President Hall's Work on Adolescence», *Educational Review* , abril de 1905, 342-364 (reproducido en *Collected Papers of G. Stanley Hall* , Robert Hutching Goddard Library, Clark University, Worcester).

CAPÍTULO I. EL CIELO Y EL INFIERNO

La cita: «El hombre, en general, no está hecho para permanecer siempre en la infancia», proviene de Rousseau, J. J.: *Emilio, o de la educación* , Madrid, Edaf, 1985, (trad. Luis Aguirre Prado), libro 4. Los extractos del diario de Marie Bashkirtseff provienen de la última traducción al inglés: Bashkirtseff, M.: *I Am the Most Interesting Book of All* , San Francisco, Chronicle Books, 1997, (trads. Phyllis Howard Kernberger y Katherine Kernberger). Es un texto bien presentado que restaura todo lo que la madre de Marie suprimió en la edición original. Puesto que se trata de un primer volumen, concluye en mayo de 1876 [ed. en esp.: Bashkirtseff, M.: *Diario de mi vida* , Madrid, Austral, 1941, (trad. María Elena Ramos Mejía); pero solo incluye los diarios entre 1877 y 1884 y el prefacio]. Otros datos ofrece Creston, D: *Fountains of Youth: The Life of Marie Bashkirtseff* , New York, Dutton, 1937, entre ellos, detalles de la correspondencia de Marie con Guy de Maupassant.

En los últimos años, Marie Bashkirtseff se ha convertido en icono feminista y muchos de los resultados al buscar su nombre en internet siguen esta línea.

Gran parte de los cuadros de Marie Bashkirtseff fue destruida durante la Segunda Guerra Mundial, pero existe un «museo virtual» en [www.geocities.ws/mbashkirtsef] que contiene reproducciones de los que sobrevivieron (incluido *Un meeting* y la turbadora *Les saintes femmes au tombeau*). Marie fue también representada como personaje principal en una película austriaca de 1935, realizada en alemán y dirigida por Henry Koster (el adivino asume gran protagonismo). En 1999, la obra teatral inglesa *Brief Candle* , de Carlo Arditi, resumía su vida, si bien no despertó más que indiferencia.

Hall, G. S.: *Adolescence* , cap. 8: «Adolescence in Literature, Biography and History», contiene un resumen detallado del diario de Marie. Hall lo consideraba «en cierto sentido, una contraparte femenina de las confesiones de Rousseau, pero en algunos aspectos un documento psicológico de más valor que cualquier otro para la elucidación del fermento adolescente en un alma excepcionalmente vigorosa y dotada». También menciona un libro de adolescencia de Ada Negri, Negri, A.: *Fatalità* , Milano, Treves, 1892, que contiene un himno gótico a Marie: «En su ataúd entre gusanos, el cráneo sonriente y enseñando los dientes».

La cita «poder hacer todo y alcanzarlo todo» proviene de Rousseau, J. J.: *Las confesiones* , Madrid, Alianza, 1997, (trad. Mauro Armiño), 2.º libro.

Hall también señala a Jesse Pomeroy como joven destacado: un «notorio asesino pubescente» que personifica el abusón infantil llevado a la enésima potencia (Hall, G. S.: *Adolescence* , cap. 5: «Juvenile Faults, Immoralities, and Crimes»). Hawes, J. M.: *Children in Urban Society: Juvenile Delinquency in Nineteenth-Century America* , New York, Oxford University Press, 1971, cap. 1: «The Awful Tragedy of Jesse Pomeroy» utiliza la historia de Jesse Pomeroy para introducir la materia: cómo la amenaza de la delincuencia juvenil pesaba sobre Estados Unidos en el siglo XIX y las diferentes aproximaciones para combatirla. Con un análisis que abarca a Hall, Lombroso, Dickens y Carpenter es un libro inestimable a la vez que ameno.

Esta última obra, en el cap. 7: «Ragged Dick and Huck Finn: Juvenile Delinquency and Children's Literature», es también la fuente para el diálogo entre Pomeroy y James T. Fields. El resto de los datos proviene de Schechter, H.: *Fiend: The Shocking True Story of America's Youngest Serial Killer* , New York, Pocket Books, 2000. Una obra detallada y bien investigada que alcanza hasta la muerte de Pomeroy (aún en prisión) en septiembre de 1932. Pomeroy también aparece a modo de cameo en Carr, C.: *El alienista* , Barcelona, Ediciones B., 2017, (trad. Antoni Puigròs).

Profundizar en la literatura juvenil anterior a 1870 supera las fronteras de este libro, pero la siguiente obra fue de utilidad: Kiell, N.: *The Universal Experience of Adolescence* , Boston, Beacon Press, 1964. En ella, se estructuran citas y textos seleccionados de escritores tan diversos como Aristóteles, Jean-Jacques Rousseau, Marie Bashkirtseff, Goethe, Simone de Beauvoir y Ana Frank en capítulos temáticos que configuran una argumentación convincente, si bien general y subjetiva, a favor de la adolescencia como estado fisiológico y cultural.

La cuestión de la juventud y el Romanticismo daría para varios libros, pero me he limitado a los siguientes: utilicé la traducción de 1911 de Barbara Foxey del *Emilio* de Jean-Jacques Rousseau (Everyman, London, 1993, reimp.) y la edición de 1989 de Penguin de *The Sorrows of Young Werther* , (trad. Michael Hulse) [ed. en esp.: Goethe, J. W.: *Penas del joven Werther* , Madrid, Mestas, 2002, (trad. José Mor de Fuentes, 1835)]. Ambos tienen introducciones informativas, mientras que el último continúa siendo un documento fundacional de lo que hoy se denomina cultura juvenil; hay secciones que todavía se leen como si se hubieran escrito ayer.

Holmes, R.: *Coleridge: Early Visions* , London, Hodder and Stoughton, 1989 aporta una mirada al poeta romántico en relación con las contracorrientes hacia 1780, en un lugar y un tiempo revolucionarios. Coleridge se vio inspirado por la Declaración de Independencia de Estados Unidos, así como por la Revolución francesa y fue uno de los pioneros de la obsesión romántica con la juventud. Shelley, M.: *Frankenstein* , Madrid, Nórdica, 2013, (trad. Francisco Torres Oliver) puede entenderse como una parábola sobre la relación paternofilial ante las tensiones de la pubertad.

Levi, G. y Schmitt, J. C. (eds.): *Historia de los jóvenes* , Madrid, Taurus, 1996, (trad. María Barberán *et al* .), contiene en sus dos tomos gran riqueza de datos. En el segundo, el texto de Michelle Perrot: «La juventud obrera. Del taller a la fábrica», es excelente en su relato del cambio de los patrones sociales y de trabajo en el siglo XIX , mientras que el ensayo de Sergio Luzzato: «Jóvenes rebeldes y revolucionarios (1789-1917)», es un recuento útil de la actividad juvenil revolucionaria desde la Revolución francesa, pasando por los cartistas, hasta la Comuna de París y los nihilistas.

Baldick, R.: *The First Bohemian: The Life of Henri Murger* , London, Hamish Hamilton, 1961, narra la historia del esforzado escritor parisino cuyas *Escenas de la vida bohemia* fueron un superventas a mediados de siglo. El artista en dificultades puede convertirse en un hermoso cisne, aunque no con facilidad. Baldick observa que, una década antes de su prematura muerte, Murger glorificó el éxito material y «volvió la espalda a la bohemia, ridiculizando a aquellos artistas y escritores que siguen su vocación en la pobreza y la oscuridad sin intentar nunca alcanzar la fama».

Para aquellos que quieran profundizar más, Schama, S.: *Ciudadanos: Crónica de la Revolución francesa* , Buenos Aires, Javier Vergara, 1990, (trad. Aníbal Leal) es, en 900 páginas, una visión de conjunto magistral de 1789 y la Revolución francesa. Hingley, R.: *The Nihilists: Russian Radicals and Revolutionaries in the Reign of Alexander II (1855-81)* , London, Weidenfeld and Nicolson, 1967 es una breve pero fascinante descripción del grupo de jóvenes que consiguió asesinar al zar Alejandro II. Se trata de un texto muy informativo para quienes busquen iluminación sobre las raíces del terrorismo, así como un resumen de los grupos revolucionarios de mediados del siglo XIX .

Chesney, K.: *The Victorian Underworld* , London, Pelican, 1972 es un texto clásico para aquellos que quieran comprender los desastrosos efectos de la incontrolada expansión urbana en el siglo XIX . Varios capítulos examinan la realidad de la juventud que se esconde detrás de la ficción de Dickens. Por último, Biddiss, M. D.: *The Age of the Masses: Ideas and Society in Europe Since 1870* , New York, Harper Colophon, 1977 es una exploración definitiva de los cambios sociales, políticos y culturales experimentados por Europa a finales del siglo XIX y principios del XX .

CAPÍTULO 2. NACIONALISTAS Y DECADENTES

La cuestión de la juventud ocupa una pequeña parte de *La nación en armas* ; Goltz, C. von der: *Das Volk in Waffen* , Berlin, 1883 [ed. en esp.:, Goltz, C. von der: *La nación en armas* , Toledo, Viuda e hijos de Juan Peláez, 1895, que no se ha podido consultar para esta edición]. La expresión «la fortaleza de una nación reside en su juventud» fue sacada de contexto para adornar la tienda de inspiración punk Boy (King's Road, Londres, 1977), donde se asumió ampliamente que era una cita nazi. De hecho, el libro de Von der Goltz fue influyente tanto en Alemania como en Gran Bretaña, con dos ediciones en los últimos

veinte años del siglo XIX (entre otros motivos, porque el teórico alemán señalaba las deficiencias estratégicas de Reino Unido).

Existe mucho material sobre las escuelas públicas británicas del siglo XIX . Simon, B. y Bradley, I.: *The Victorian Public School* , London, Gill and Macmillan, 1975 contiene once ensayos de diversos colaboradores. Fueron útiles en particular Scott, P.: «The School and the Novel: Tom Brown's Schooldays»; Vance, N.: «The Ideal of Manliness» y Best, G.: «Militarism and the Victorian Public School». Más detalles sobre la revolución educativa de Thomas Arnold pueden encontrarse en Simpson, J. B. H.: *Rugby Since Arnold* , London, Macmillan, 1967.

Tras el éxito de la novela de Thomas Hughes, [Hughes, T.: *Tomás Brown en la escuela* , Madrid, Calpe, 1923, (trad. M. Ortega y Gasset)], las ficciones centradas en las escuelas públicas se convirtieron en un subgénero menor pero significativo. Algunos ejemplos son *Eric, Or Little by Little* (1858), del deán Frederic Farrar; *Stalky & Co* . (1899), de Rudyard Kipling [ed. en esp.: Kipling, R.: *Stalky & Co* ., Barcelona, Bruguera, 1982, (trad. Antonio Ribera)]; y *The Hill* , de H. A. Vachell (1906). Ya en el siglo XX , el piadoso enfoque de religiosos como Farrar se fue viendo superado por los vínculos de amistad enfatizados en la novela de Kipling. Se entiende que estos lazos producen mayores tasas de reclutamiento que cualquier apelación al cristianismo muscular.

Los intentos por definir y controlar a la juventud durante este periodo los analiza Gillis, J. R.: *Youth and History: Tradition and Change in European Age Relations 1770-Present* , London/New York, Harcourt Brace Jovanovich, 1974. El capítulo 3: «Boys Will Be Boys: Discovery of Adolescence 1870-1900», aborda el sistema de escuelas públicas, el gimnasio alemán y la Boys' Brigade. Cita el inmortal cántico de réplica ante un desfile de la brigada: «Aquí viene la Boys' Brigade / toda cubierta de mermelada, / con un gorro de pega / y galones de medio metro».

Springhall, J.: *Youth, Empire and Society: British Youth Movements, 1883-1940* , London, Croom Helm, 1977, igualmente riguroso, contiene una descripción detallada de la organización de la Boys' Brigade y de las diversas brigadas religiosas hasta llegar a los Boy Scouts y posteriores. El vínculo entre la religión y la preparación premilitar era explícito. Como declaró Alexander Smith, fundador en 1887 de la Boys' Brigade, «al asociar el cristianismo con todo cuanto era noble y masculino a ojos de un niño recorreríamos un largo camino para hacerlo salir del error de que hay algo débil o afeminado en el cristianismo».

Rimbaud ha contado con generaciones de biógrafos y cada cual moldea de nuevo esta juventud proteica para sus lectores. Entre ellos encontramos: Rickword, E.: *Rimbaud: The Boy and the Poet* , New York/London, Knopf, 1924; Hanson, E.: *My Poor Arthur* , London, Secker and Warburg, 1959; Nicholl, C.: *Rimbaud en África* , Barcelona, Anagrama, 2001, (trad. Javier Calzada); y Robb, G.: *Rimbaud* , Barcelona, Tusquets, 2001, (trad. Daniel Aguirre Oteiza). Todos tienen algo por lo que merece la pena recomendarlos, aunque las últimas biografías cuentan con más datos y una investigación más actualizada.

El firmado por Graham Robb es particularmente claro en sus esfuerzos por ir más allá de la mitificación romántica que ha hecho de Rimbaud el avatar para el siglo de la juventud rebelde. Como señala en su introducción: «Para numerosos lectores (entre ellos el autor de este libro), la revelación de la poesía de Rimbaud constituyó uno de los acontecimientos decisivos de la adolescencia». No obstante, al presentar constantemente «el salvaje cinismo del poeta», Robb ha tratado de «dejar crecer a Rimbaud». [Las citas de la obra de Rimbaud provienen de Rimbaud, A.: *Prosa completa* , Madrid, Cátedra, 1991, (trad. José Antonio Millán Alba); excepto las cartas a George Izambard y Paul Demeny, que aparecen en Rimbaud, A.: *Prometo ser bueno: cartas completas* , Barcelona, Barril & Barral, 2009, (trad. Paula Cifuentes)].

Para la decadencia en general, Huysmans, J. K.: *A contrapelo* , Madrid, Cátedra, 1984, (trad. Juan Herrero) continúa siendo un texto sin límites temporales ni geográficos. Laver, J.: *The First Decadent* , London, Faber and Faber, 1959 traza en su biografía a los autores que inspiraron a Huysmans (Edgar

Allan Poe, Charles Baudelaire, Rimbaud y Edmond de Goncourt), así como a compañeros decadentes como el *protohippy* Joshep Aimé «Sar» Péladan, quien, con su larga melena y sus conjuros ocultistas, había «jurado liberar el alma del mundo del materialismo».

Si bien se concentra en las artes visuales, Jullian, P.: *Esthètes et magiciens; l'art fin de siècle* , Paris, Perrin, 1969 contiene numerosos datos de interés sobre las aguas más turbulentas de los estetas de finales del siglo XIX . Reproduce numerosas imágenes memorables de pintores como Odilon Redon, Gustave Moreau y Fernand Khnopff, así como *Les derniers jours de Babylone* , de George Rochegrosse (una obra perdida que solo se encuentra en reproducciones). Es también la fuente de la cita «contribuciones espeluznantes de falsos Rimbaud».

Como corresponde a su temática, la obra de Jullian concluye con una secuencia de 114 citas que encapsulan las turbulencias del fin de siglo. Una de las más dignas de ser recordadas procede de la revista *Le Decadent* , que en 1890 publicó: «El futuro pertenece al decadentismo. Nacido del hastío vital de una civilización heredera de Schopenhauer, los decadentes no son una escuela literaria. Su misión no es encontrar, sino destruir, demoler el viejo orden y preparar los elementos embrionarios de la gran literatura nacional del siglo XX ».

Entre otros libros consultados se encuentran: Shattuck, R.: *La época de los banquetes* , Madrid, Visor, 1991, (trad. Carlos Manzano), justamente celebrado; y Gilman, R.: *Decadence: The Strange Life of an Epithet* , London, Secker and Warburg, 1979 que muestra cómo los estetas de finales del XIX asumieron de buena gana el término peyorativo que recibieron sus actividades. Para el apocalipsismo de todos los colores, véase Jay, M. y Neve, M. (eds.): *1900: A Fin-de-Siècle Reader* , London, Penguin, 1999.

Como Rimbaud, Wilde se ha convertido en una prueba de fuego para los biógrafos. Ellman, R.: *Oscar Wilde* , Barcelona, Edhasa, 1991, (trad. Néstor A. Míguez) es un descomunal almacén victoriano de información, un gigantesco logro, aunque escaso en lo relativo a la homosexualidad. Sinfield, A.: *The Wilde Century* , London, Cassell, 1994 analiza a Wilde en relación con el socialismo y las políticas de género del siglo XIX , y con las normas victorianas, mientras que Showalter, E.: *Sexual Anarchy* , London, Virago, 1992 amplía la temática para sumar el feminismo, la androginia y los temores contemporáneos hacia las enfermedades sexuales. Hyde, H. M.: *The Trials of Oscar Wilde* , London, William Hodge, 1948 contiene una descripción golpe a golpe de los tres juicios, mientras que Foldy, M. S.: *The Trials of Oscar Wilde* , New Haven/London, Yale University Press, 1997 elabora a las claras lo que estaba en juego en la primavera de 1895.

Los textos de Wilde pueden encontrarse en Wilde, O.: *The Complete Works of Oscar Wilde* , London, Collins, 1990, [para la presente traducción se han utilizado: Wilde, O.: *El alma bajo el socialismo y Notas periodísticas* , Madrid, Diario Público, 2010, (trad. Ricardo Baeza y Julio Gómez de la Serna); y Wilde, O: *El retrato de Dorian Gray* , Barcelona, Planeta, 1983, (trad. Julio Gómez de la Serna)]. La cita de Aubrey Bearsdley «El puritanismo rabioso» proviene de la biografía Weintraub, S.: *Beardsley* , Londres, Pelican, 1972. Para una guía del esteticismo en la capital británica en el fin de siglo, que incluye lugares de reunión, cafés, burdeles, etc., véase Clayton, A.: *Decadent London* , London, Historical Publications, 2005.

Le Bon, G.: *Psicología de las multitudes* , Granada, Comares, 2012, (trad. J. M. Navarro de Palencia) fue muy influyente en su día: continúa siendo intermitentemente profético. El comentario de Max Nordau sobre Marie Bashkirtseff proviene de Nordau, M.: *Degeneración* , Madrid, Librería de Fernando Fé, 1902, (trad. Nicolás Salmerón), libro 3.º, cap. 3: «Decadentes y Estetas». La edición en inglés, Nordau, M.: *Degeneration* , Nebraska,: Bison Books, 1993 contiene una útil introducción de George L. Mosse, según la cual, la épica polémica de Nordau fue «el ataque más sensacional a la atmósfera de malestar que parecía haberse apoderado de tantos de aquella generación». Wedekind, F.: *El despertar de la primavera* , Barcelona, Edicions de 1984, 1994, (trad. Carme Serrallonga) es una obra indicadora de ese malestar. Los comentarios de Nordau sobre Wilde se encuentran en Nordau, M.: *Degeneración* , libro 3.º,

cap. 3: «Decadentes y Estetas». El tratamiento que recomienda Nordau para la «disposición "fin de siglo"» aparece en el libro 5.º, cap. 2: «Terapéutica»; mientras que el enfrentamiento imaginario entre decadentes y «hombres que se levantan temprano» aparece en el libro 5.º, cap. 1: «Pronóstico».

El discurso de Albert Mathiez aparece mencionado en Luzzato, S.: «Jóvenes rebeldes y revolucionarios (1789-1917)», en *Historia de los jóvenes* , tomo 2. Luzzato lo sitúa en el contexto del populismo revolucionario de 1789. Neubauer, J.: *The Fin-de-Siècle Culture of Adolescence* , New Haven/London, Yale University Press, 1992 supone una discusión extremadamente útil de cómo la cultura europea estaba preocupada con la juventud en el cambio de siglo; comenta, *inter alia* , *El despertar de la primavera* y *Los desarraigados* [Barrès, M.: *Los desarraigados* , Madrid, Cátedra, 1996, (trad. Adelaida Porras)].

«Vitai Lampada» es mencionada en muchas historias culturales de la Primera Guerra Mundial, por ejemplo en Eksteins, M: *La consagración de la primavera* , Valencia, Pre-Textos, 2014, (trad. Fernando G. Corugedo), acto 1.º, cap. 3: «En los campos de Flandes». Hynes, S.: *A War Imagined: The First World War and English Culture* , London, Bodley Head, 1990, 1.ª parte, cap. 2: «The Arts Enlist», señala que Newbolt firmó el primer poema de guerra publicado en Reino Unido («The Vigil»). En lo relativo al origen de la conversación sobre Sudán, véase la autobiografía Newbolt, H.: *My World as in My Time: Memoirs of Henry Newbolt* , London, Faber and Faber, 1932. Newbolt no menciona su poema más famoso en las 300 páginas del libro.

CAPÍTULO 3. HOOLIGANS Y APACHES

La reciente reimpresión del libro de Jacob Riis *How the Other Half Lives* , New York/London, Penguin, 1997 incluye una introducción de Luc Sante [esta no aparece en la edición en español: Riis, J.: *Cómo vive la otra mitad* , Barcelona, Alba, 2004, (trad. Isabel Núñez)]. El merecidamente celebrado Asbury, H.: *Gangs de Nueva York* , Barcelona, Edhasa, 2003, (trad. Carme Font Paz), fue publicado primero en 1927, cuando los acontecimientos que describía estaban a suficiente distancia para parecer nostálgicos. Continúa siendo un libro íntimo y cercano. Sante, L.: *Bajos fondos: una mitología de Nueva York* , Madrid, Libros del K.O., 2016, (trad. Pablo Duarte), remodela este proteico material desde una perspectiva de finales del siglo XX . Rebosa ideas y buenas historias.

Maggie , de Stephen Crane, es, como señala Jayne Anne Phillips: «Una despiadada explosión» de dialecto del Bowery, de la breve flor de la juventud arruinada, de rabia en una gigantesca e incontrolada metrópolis donde una riqueza inimaginable puede coexistir con la pobreza más brutal y mortal. La historia fue tan chocante que Crane necesitó cinco años para lograr que se la publicaran, algo que solo sucedió en una versión suavizada. Crane, S.: *Maggie* , Madrid, Alfaguara, 1978, (trad. Luisa y Ana Bravo).

Dreiser, T.: *Nuestra Carrie* , Barcelona, Alba, 2002, (trad. Celia Montolío) retiene con justicia su reputación, se mantiene viva y evocativa. En un Chicago que en 1889 se expande con rapidez, Carrie Meeber personifica un continente y un pueblo en plena transformación. «La ciudad había construido millas y millas de calles y sumideros por áreas en las que, como mucho, se alzaba una casa solitaria, pionera de las populosas tendencias futuras. Había regiones expuestas al barrido de los vientos y las lluvias que, aun así, estaban iluminadas toda la noche por filas largas y parpadeantes de farolas de gas que se agitaban con el viento».

McKelvey, B.: *The Urbanization of America 1860-1915* , New Brunswick, Rutgers University Press, 1963 repasa el crecimiento urbano de Estados Unidos. El memorable ensayo de Lesy, M.: *Wisconsin Death Trip* , New York, Pantheon, 1977 deja claro lo que suponía esta migración: «La gente que dejaba el campo llegaba a las ciudades no para conseguir trabajo, sino para liberarse de él; no para hacerse con una carrera, sino para que los divirtieran; no para ser amos, sino para estar a su cargo. Seguían caminos de baldosas amarillas que conducían a ciudades esmeralda presididas por imaginarios magos que les permitirían vivir en una feliz adolescencia el resto de sus vidas».

Jane Addams reunió sus impresiones y las conclusiones de su trabajo en la Hull House en Addams, J.: *The Spirit of Youth and the City Streets* , New York, Macmillan, 1912. Para una panorámica general de la vida y la política estadounidense en la década de 1890, incluido el ascenso de Theodore Roosevelt y la guerra contra España, véase Brands, H. W.: *The Reckless Decade* , New York, St. Martin's, 1995. A propósito de la importancia del deporte en las universidades estadounidenses, véase Rotundo, E. A.: *American Manhood* , New York, Harper Collins, 1993, cap. 10: «Passionate Manhood: A Changing Standard of Masculinity».

Morrison, W. D.: *Juvenile Offenders* , New York, D. Appleton and Company, 1898 es un compendio de las ideas por entonces en boga sobre esta cuestión apremiante. Pearson, G.: *Hooligan: A History of Respectable Fears* , London, Macmillan, 1983 es un texto revolucionario y lectura obligatoria para todo el que quiera investigar el fenómeno y las respuestas oficiales a la delincuencia juvenil desde mediados del siglo XIX hasta mediados del XX . Las notas bibliográficas y las ilustraciones en los capítulos 4: «The Traditional "Way of Life"» y 5: «Victorian Boys, We Are Here!», son especialmente minuciosas y útiles.

Humphries, S.: *Hooligans or Rebels?* , Oxford, Basil Blackwell, 1981 contiene testimonios orales fundamentales, así como textos originales sobre el escándalo de los *hooligans* y grupos como los *scuttlers* ; véase el cap. 7: «Street Gangs: Revolt, Rivalry, and Racism». *The Hooligan Nights* fue reeditado a finales de los años setenta: Rook, C.: *The Hooligan Nights* , Oxford, Oxford University Press, 1979 con una introducción de Benny Green que incluye una breve biografía de Clarence Rook, un autor poco conocido. Otro clásico de la delincuencia juvenil de finales del siglo XIX es Ridge, W. P.: *Mord Em'ly* , London, Robin Clark, 1992 la historia ficticia de la equivalente femenina de Alf.

Turner, E. S.: *Boys Will Be Boys* , London, Michael Joseph, 1948 lleva el subtítulo: «La historia de Sweeney Todd, Deadwood Dick, Sexton Blake, Billy Bunter, Dick Barton, *et. al* .» y ofrece un resumen muy entretenido de un siglo de revistas juveniles. El texto de Turner está perfectamente situado entre la admiración y una crítica divertida. Para más detalles sobre los cómics de las décadas de 1880 y 1890, véase Perry, G. y Aldridge, A.: *The Penguin Book of Comics* , London, Penguin, 1967 que cuenta con reproducciones a toda página de *Ally Sloper's Half Holiday, Comic Cuts, Dan Leno's Comic Journal* y *Chips* .

La mayor parte de la historia de los apaches procede de la divertida y profusamente ilustrada Dubois, C.: *Paris gangster: Mecs, macs et micmacs du milieu Parisien* , Paris, Éditions Parigramme, 2004, cap. 2: «Les Apaches, pourquoi les Apaches?» y cap. 4: «Les hommes». La recreación de la pelea culminante entre Menda y Leca (representada para la prensa) es particularmente divertida. La detallada descripción de los apaches proviene de Perrot, M.: «La juventud obrera. Del taller a la fábrica», en *Historia de los jóvenes* , tomo 2.

CAPÍTULO 4. «UNA REPENTINA VISIÓN DEL PARAÍSO»

Como acontecimiento determinante en la historia de Estados Unidos que es, la Exposición Universal de 1893 ha generado una industria editorial en sí misma. Miller, R.: *City of the Century: The Epic of Chicago and the Making of America* , New York, Simon and Schuster, 1997 narra la historia de la ciudad en la década de 1890, su desarrollo y la feria que acogió. Por su parte, Lewis, A.: *An Early Encounter with Tomorrow: Europeans, Chicago's Loop, and the World's Columbian Exposition* , Chicago, University of Illinois Press, 1997 se centra en Chicago como futurópolis y la reacción europea a su sinestesia.

Las referencias a Helen Keller provienen de su autobiografía: Keller, H.: *Historia de mi vida: Sorda, muda, ciega* , Madrid, Viuda de Rodríguez Serra, 1904, (trad. Carmen de Burgos): «En las tres semanas que pasé en la Exposición, mi espíritu hizo grandes progresos, elevándose desde los cuentos de hadas hasta la seria comprensión de la vida». Las citas de Henry Adams provienen de Adams, H.: *La educación de Henry Adams* , Barcelona, Alba, 2001, (trads. Javier Alcoriza y Antonio Lastra), cap. 22: «Chicago (1893)». Para más detalles sobre el recinto de la exposición en su conjunto, véanse los mapas y fotografías

que facilita la Universidad de Virginia en su página web: [http://xroads.virginia.edu/~ma96/wce/introduction.html].

Para una perspectiva racial de la exposición, véase Wells, I. B. *et al* .: *The Reason Why the Colored American Is Not in the World's Columbian Exposition* , Chicago, University of Illinois Press, 1999, publicado en origen en 1893. Para una exploración del lado oscuro de la época, véase Larson, E: *El diablo en la ciudad blanca* , Barcelona, Lumen, 2005, (trad. Jofre Homedes Beutnagel), que contrapone la historia de la exposición con la del asesino H. H. Holmes, que eligió a sus víctimas entre los millones de personas atraídas a Chicago como polillas.

Entre los visitantes a la exposición encontramos a Stanley Hall, Scott Joplin y L. Frank Baum. Los detalles de cómo influyó tanto en Baum como en W. W. Denslow la exposición aparecen en Baum, L. F.: *El mago de Oz: edición anotada* , Barcelona, El Aleph, 2002, (trad. Concha Cardeñoso), que cuenta con profusas y eruditas notas de Michael Patrick Hearn. Todas las citas de la obra proceden de esta fuente. El interés en la teosofía de Baum queda de manifiesto en el artículo que publicó el 25 de enero de 1890 en el *Aberdeen Saturday Pioneer* (amablemente facilitado por Michael Hearn). También se hace referencia a la segunda edición de *El maravilloso mago de Oz* publicada en Estados Unidos, que llevó el título *The New Wizard of Oz* , Indianapolis, Bobbs-Merrill, 1903.

La interpretación de los sueños incluye en su edición en inglés, (London, Penguin, 1991) un esbozo de la vida y las ideas de Freud firmado por James Strachey, así como los distintos prefacios de Freud para las diferentes ediciones [estos también aparecen en la edición en español utilizada para la traducción: Freud, S.: *Obras completas* , Madrid, Biblioteca Nueva, 1983, (trad. Luis López-Ballesteros), tomo II: *La interpretación de los sueños*]. Pese a su gran volumen, es un texto magistral. Hunt, M.: *The Story of Psychology* , New York, Doubleday, 1993, cap. 7: «Explorer of the Depths: Sigmund Freud», es útil para contextualizar la obra. En Londres, para aquellos que deseen más información, se encuentra la excelente Casa Museo de Freud [www.freud.org.uk].

Con un sarcasmo llevado al límite, Thorstein Veblen configura en Veblen, T.: *Teoría de la clase ociosa* , Madrid, Alianza, 2004, (trad. Carlos Mellizo) un clásico por méritos propios. La cita de Gustave Le Bon proviene de Le Bon, G.: *Psicología de las multitudes* , libro 1.º: «El alma de las muchedumbres», cap. 2: «Sentimientos y moralidad de las muchedumbres». Wightman, R. y Jackson Lears, T. J. (eds.): *The Culture of Consumption: Critical Essays in American History 1880-1980* , New York, Pantheon, 1983 contiene dos ensayos esenciales: «From Salvation to Self-Realization: Advertising and the Therapeutic Roots of the Consumer Culture, 1880-1930», de T. J. Jackson Lears; y «The Rhetoric of Consumption: Mass-Market Magazines and the Demise of the Gentle Reader, 1880-1920», de Christopher P. Wilson.

Para la historia de los medicamentos curalotodo véase la divertida e ilustrada con profusión Carson, G.: *One for a Man, Two for a Horse* , New York, Bramhall House, 1961. Hollander, S. C. y Germain, R.: *Was There a Pepsi Generation Before Pepsi Discovered It?* , Chicago, NTC Business Books, 1993 ofrece un resumen de la «segmentación de la mercadotecnia basada en la juventud». Particularmente útil es el capítulo 2: «A History of Marketing to Youth: 1880-1940». Más información en Tedlow, R. S.: *The Story of Mass Marketing in America* , New York, Basic Books, 1990).

La memorable descripción del Loop de Chicago en palabras de Charles King proviene de Lewis, A.: *An Early Encounter with Tomorrow* , 1.ª parte. En Dreiser, T.: *Nuestra Carrie* , cap. 3, Carrie Meeber va a buscar trabajo a uno de los grandes almacenes de Chicago. Queda deslumbrada por el tamaño del establecimiento y por la actitud tanto de las «elegantes damas» como de las «dependientas»: «Una llama de envidia le inflamó el corazón. Cayó vagamente en la cuenta de las muchas cosas que encerraba la ciudad: riqueza, moda, desahogo, los adornos todos de las mujeres».

Existe un gran repertorio de información sobre la música popular en Estados Unidos. Tawa, N. E.: *The Way to Tin Pan Alley: American Popular Song 1866-1910* , New York, Schirmer, 1991 es una magistral historia del desarrollo de esta forma musical verdaderamente vernácula que examina la constitución de la industria musical estadounidense más temprana, así como las emociones, deseos y temores subyacentes

que crearon este gigantesco mercado. La cita «una democracia enérgica y combativa» y los detalles de las técnicas de promoción de Charles K. Harris está sacada de esta fuente.

El clásico Whitcomb, I.: *After the Ball: Pop Music from Rag to Rock* , London, Penguin, 1973 sigue siendo una introducción excelente y amena a la música popular. A quienes convenza su enfoque, disfrutarán con el doble vinilo con el mismo nombre lanzado por Starline (EMI Records) en 1972. Para más detalles de la industria musical del momento, y los formatos de reproducción más relevantes, es de gran utilidad Sanjek, R. y Sanjek D.: *American Popular Music Business in the Twentieth Century* , New York, Oxford University Press, 1991, caps. 1 y 2.

Profeta sin reconocimiento en su país y en su tiempo, Scott Joplin ha recibido mucha atención desde 1970. Ese año, el musicólogo Joshua Rifkin publicó el LP superventas *Piano Rags by Scott Joplin* . Un par de años más tarde se escenificó por primera vez de forma íntegra la ópera de Joplin *Treemonisha* , cuyo argumento central (la superación de las supersticiones en la comunidad afroamericana) fue reproducido ese mismo año por Stevie Wonder con su celebrado sencillo «Superstition». Tras una compleja sucesión de circunstancias, un *rag* de Joplin llamado «The Entertainer» se utilizó en 1973 como elemento central en la banda sonora de la película de George Roy Hill *El golpe* . El éxito del largometraje, galardonado con varios Oscar, contribuyó a convertir los *rags* de Joplin en moda pop. Estudios como Gammond, P.: *Scott Joplin and the Ragtime Era* , London, Abacus, 1975; y Berlin, E. A.: *King of Ragtime: Scott Joplin and His Era* , New York, Oxford University Press, 1994 son producto de esta merecida recuperación. Berlin es la fuente de la cita relativa a la actuación de Joplin en una fiesta de jóvenes blancos (cap. 7: «A Guest of Honor»). Para la reacción histérica contra el *ragtime* , véase el cap. 6: «The King of Ragtime Writers, 1901-1902».

Blesh, R. y Janis, H.: *They All Played Ragtime* , New York, Knopf, 1950 fue durante muchos años el libro de referencia del *ragtime* y continúa siendo una mina de información. De igual modo, a pesar de que Blesh, R.: *Shining Trumpets: The History of Jazz* , London, Cassell, 1955 ha quedado desplazado (de hecho, continúa siendo muy polémico en lo relativo a los músicos blancos de *jazz*), fue un texto innovador. Blesh estaba lo bastante cerca de los acontecimientos del momento para realizar la investigación sobre la que sucesivas generaciones de historiadores de la música han seguido construyendo.

En lo relativo a historias de músicos concretos de Nueva Orleans, Marquis, D. M.: *In Search of Buddy Bolden: First Man of Jazz* , New Orleans, Louisiana State University Press, 1978 cuenta la triste y breve historia de Buddy Bolden, el pionero olvidado del *jazz* que acabó encerrado en un psiquiátrico para negros en 1907. El tema más conocido de Buddy Bolden se llamaba «Nalgas marchosas». Collier, J. L.: *Louis Armstrong* , Buenos Aires, Javier Vergara, 1987, (trad. Adriana Oklander) es minuciosa y excelente en cuanto al contexto, lo que Collier denomina la «filosofía de *carpe diem* » de Nueva Orleans.

Dos autobiografías: Armstrong, L.: *Satchmo: My Life in New Orleans* , London, Ace Books, 1957 un texto esencial que ha sido ampliamente actualizado en la edición de 1999 de la Universidad de Oxford, que contiene el manuscrito original mecanografiado. Lomax, A.: *Mister Jelly Roll* , Berkeley, University of California Press, 1973 fue redactada a partir de las prolongadas entrevistas que Jelly Roll Morton concedió a la Biblioteca del Congreso en 1938. Los historiadores del *jazz* han sembrado dudas sobre algunas de las afirmaciones de Morton, pero el libro es de lectura compulsiva, en especial en lo relativo a sus viajes de juventud.

Las estadísticas de la inmigración provienen de McKelvey, B.: *The Urbanization of America 1860-1915* . Las citas de Addams aparecen en Addams, J.: *The Spirit of Youth and the City Streets* . Los Hudson Dusters aparecen citados en Asbury, H.: *Gangs de Nueva York* , cap. 12: «Reinos de bandas»; mientras que «Willie the Weeper» aparece en Sante, L.: *Bajos fondos* , 2.ª parte: «La vida activa», cap. 3: «Opio». Davenport-Hines, R.: *La búsqueda del olvido: historia global de las drogas, 1500-2000* , Madrid, Turner, 2003, (trad. José Adrián Vitier), ofrece una buena descripción del consumo de drogas en Estados Unidos a finales del siglo XIX , incluida la cita sobre Ryno's (cap. 6: «Degeneración»).

Para la bohemia estadounidense, véanse Lindsay, P.: *El poseso: retrato de Edgar Allan Poe* , Buenos Aires, Sur, 1956, (trad. Jaime Rest); y Meyers, J.: *Edgar Allan Poe: His Life and Legacy* , London, John Murray, 1992. En lo relativo al impacto en Estados Unidos de *Trilby* , la novela de Gerald du Maurier [ed. en esp.: Du Maurier, G.: *Trilby* , Madrid, Funambulista, 2006, (trad. Max Lacruz Bassols)], véase Sante, L.: *Bajos fondos* , 4.ª parte: «La ciudad invisible», cap. 3: «Bohemia» y Churchill, A.: *The Improper Bohemians* , London, Cassell, 1961, cap. 1. Este último incluye la definición que en 1904 hizo el poeta estadounidense George Sterling de los bohemios: «Tan jóvenes, tan radicales en su perspectiva sobre el arte y la vida, tan poco convencionales».

CAPÍTULO 5. EL SIGLO DE ESTADOS UNIDOS

Hawes, J. M.: *Children in Urban Society* dedica dos capítulos (10 y 12) al juzgado de menores. Esta es también la fuente de la cita de W. T. Stead, la cual proviene de su panfleto de 1894 sobre la corrupción (espiritual, ecológica y política) en Chicago: *If Christ Came to Chicago* . La observación de Jane Addams sobre «las niñas que traen al juzgado juvenil» proviene de Addams, J.: *A new Conscience and an Ancient Evil* , New York, Macmillan, 1912.

Adolescence , de Stanley Hall, se publicó por primera vez en 1904 (New York, D. Appleton and Company); he utilizado una reimpresión de 1920. Los documentos de Hall los custodia la biblioteca de la Clark University de Worcester (Massachusetts). Aunque ninguno de los materiales con los que trabajó para *Adolescence* se conserva, la biblioteca cuenta con numerosos tomos encuadernados que contienen casi todos los artículos principales de Hall desde mediada la década de 1890 hasta su muerte en 1924 (en adelante *GSH Papers*). Ofrecen un buen indicador del desarrollo de su pensamiento.

La definición más temprana de la adolescencia que he logrado encontrar proviene de *GSH. Papers* , vol. 7, ítem 118; se trata de un resumen de una ponencia dictada en el American Institute of Instruction el 5 de julio de 1898. Otro conjunto de definiciones similares aparece en su discurso en Santa Rosa (California) a finales de diciembre de ese mismo año (*GSH Papers* , vol. 8, ítem 122): aquí se incluye la vinculación entre la adolescencia como circunstancia y Estados Unidos como nación. Una conferencia pronunciada en febrero de 1896 en Boston: «Modern Methods in the Study of the Soul» (*GSH Papers* , vol. 7, ítem 102) ilustra estas ideas embrionarias: aquí Hall describe la adolescencia como «una forma de regeneración física».

En lo relativo a la relación de Hall con Lombroso y William James, véanse Hawes, J. M.: *Children in Urban Society* ; y Hunt, M.: *The Story of Psychology* . La cita «El estudio de la evolución del alma» proviene de la presentación que hizo Hall del movimiento Child Study en el *Journal of Education* en diciembre de 1894: «Practical Child Study» (*GSH Papers* , vol. 6, ítem 93). La descripción más exhaustiva de la vida y las ideas de Hall, incluida la influencia de Henry Drummond, la ofrece la biografía Ross, D.: *G. Stanley Hall: The Psychologist as Prophet* , Chicago, University of Chicago Press, 1972.

La cita «todo niño es un pequeño salvaje» procede de «Practical Child Study». Las ideas de Hall sobre Marie Bashkirtseff aparecen en Hall, G. S.*: Adolescence* , cap. 8: «Adolescence in Literature, Biography and History». «Note on Early Memories», fechado en diciembre de 1899, se encuentra en *GSH Papers* , vol. 8, ítem 135. La cita «¿Quién ha hecho historia?» está sacada de un artículo de noviembre de 1895 llamado «Pedagogical Methods in Sunday School Work» (*GHS Papers* , vol. 6, ítem 100). La vinculación entre adolescencia y Estados Unidos procede del artículo «Adolescence» (*GSH Papers* , vol. 8, ítem 122).

Hall había declarado la conclusión del proyecto en una conferencia pronunciada en octubre de 1898 con el título «Initiations into Adolescence» (*GSH Papers* , vol. 7, ítem 119), en la cual aparece también la cita de la «imagen compuesta». La evocación de Hall en el parque de atracciones, una «Coney Island diminuta junto a Worcester», proviene de una apreciación de A. E. Hamilton en *American Mercury* , julio de 1924. La definición del segmento de edad de los catorce a los veinticuatro años aparece en Hall, G. S.:

Adolescence , prefacio; al igual que sucede con las citas «Es la edad del sentimiento» y «el sexo impone su dominio».

La cita «Las psicosis y las neurosis» aparece en Hall, G. S.: *Adolescence* , cap. 4: «Diseases of Body and Mind». La cita «Anhelamos la vida al máximo» proviene del cap. 16: «Intellectual Development and Education». La mención a Jesse Pomeroy y la referencia a Jacob Riis («En el East Side de Nueva York») aparecen en el cap. 5: «Juvenile Faults, Immoralities, and Crimes». La cita «la vida en la ciudad moderna [...] es artificial y antinatural para la juventud» aparece en el cap. 15: «Social Instincts and Institutions», al igual que sucede con su afirmación de que «el estudiante ha de tener la libertad de ser vago».

Los comentarios de Hall sobre la educación secundaria aparecen en Hall, G. S.: *Adolescence* , cap. 16: «Intellectual Development and Education». La cita «Estos años son la mejor década de la vida» aparece en el prefacio de esta misma obra. El cap. 13: «Savage Pubic Initiations» es la fuente de las citas «régimen objetivo» e «índice del grado de civilización». En lo relativo a las ventas de *Adolescence* , véase la carta de David Gibbs del 17 de agosto de 1904 (*GSH Papers*). La recomendación de que «la juventud necesita reposo» proviene de Hall, G. S.: *Adolescence* , prefacio, al igual que sucede con su visión de Estados Unidos como país joven: «Hará curativa la fe en nuestro futuro».

CAPÍTULO 6. PETER PAN Y LOS BOY SCOUTS

La cita proviene de Saki: *La reticencia de lady Anne y otros cuentos* , Madrid, Siruela, 1986, (trad. Jesús Cabanillas).

La fuente para la relación de J. M. Barrie con la familia Llewelyn Davies es la irresistible Birkin, A.: *J. M. Barrie and the Lost Boys* , London, Constable, 1979. Detalles sobre la historia familiar de Peter Llewelyn Davis, *The Morgue* , aparecen en el capítulo 6 y en las notas bibliográficas. Birkin sugiere que la compilación de *The Morgue* fue tan angustiosa que supuso un «factor que contribuyó» a su posterior suicidio (en 1960, a los sesenta y tres años). Un titular típico del momento señalaba: «EL PETER PAN DE BARRIE MUERE ARROLLADO POR EL METRO ».

La descripción del verano de 1908 que hace Peter Llewelyn Davis en la que narra el encuentro con los Highlanders proviene de Birkin, A.: *J. M. Barrie and the Lost Boys* , cap. 11, al igual que sucede con la cita que empieza «vivíamos en el mundo de los niños». Mis principales fuentes de la historia propiamente dicha de Peter Pan son Barrie, J. M.: *Peter Pan or The Boy Who Would Not Grow Up* , London, Hodder and Stoughton, 1928, en una edición uniforme de las obras de Barrie, y la novelización Barrie, J. M.: *Peter and Wendy* , London, Hodder and Stoughton, 1911 adornada con las memorables ilustraciones de F. D. Bedford. [Para la traducción al español se ha utilizado Barrie, J. M.: *Peter Pan anotado* , Madrid, Akal, 2013, (trad. Axel Alonso Valle), que incorpora mucho material adicional como, por ejemplo, reproducciones de las ilustraciones de Bedford; y la también ilustrada Barrie, J. M.: *Peter Pan* , Barcelona, Edhasa, 2001, (trad. Joan Riambau)].

Los orígenes literarios de *Peter Pan* se analizan en Birkin, A.: *J. M. Barrie and the Lost Boys* , caps. 5 y ss. Las reacciones de Daphne du Maurier y de Max Beerbohm aparecen en Hanson, B. K.: *The Peter Pan Chronicles* , New York, Birch Lane Press, 1993 que también contiene notas detalladas sobre la producción original. El concepto *Sonnenkind* , el hijo del sol eternamente adolescente, proviene de Green, M.: *Children of the Sun: A Narrative of "Decadence" in England after 1918* , New York, Wideview, 1980, cap. 1: «Children of the Sun».

En lo relativo a otras implicaciones de la obra de Barrie, Rose, J.: *The Case of Peter Pan* , London, Macmillan, 1994 analiza a Peter Pan en relación con el psicoanálisis, la pantomima y el final del Imperio. Para la psicología mitológica y arquetípica del dios Pan, véase Hillman, J.: *Pan y la pesadilla* , Barcelona, Atalanta, 2007, (trad. Cristina Serna), que contiene «Efialtes», el análisis que en 1900 hizo Wilhelm

Heinrich Roscher de la figura de Pan. En lo relativo a Peter Pan y la androginia, véase Garber, M.: *Vested Interests* , London, Penguin, 1993, cap. 7: «Fear of Flying, or Why Is Peter Pan a Woman?».

La fascinación de Baden-Powell con *Peter Pan* aparece mencionada en Garber, M.: *Vested Interests* , cap. 7: «Fear of Flying, or Why Is Peter Pan a Woman?». Para más detalles sobre Baden-Powell, véase Brendon, P.: *Eminent Edwardians* , London, Pimlico, 1993. En lo relativo a Baden-Powell como «hombre-niño», véase Rosenthal, M.: *The Character Factory: Baden-Powell's Boy Scouts and the Imperatives of Empire* , New York, Pantheon, 1986, introducción: «The Imperilled Island». La carrera militar de Baden-Powell, incluido su papel en el sitio de Mafeking, se analiza en el cap. 1: «The Chief Scout».

En lo que concierne a la propaganda imperial y a las manifestaciones patrioteras, véanse Marshall, H. E.: *Our Empire Story Told to Boys and Girls* , London, Thomas Nelson and Sons, 1908; Price, R.: *An Imperial War and the British Working Class* , London, Routledge Kegan Paul, 1972; y Gillis, J. R.: *Youth and History* , cap. 3: «Boys Will Be Boys». Para las celebraciones por la victoria en Mafeking (de donde se deriva el verbo *maffick* , con el significado de celebración pública extravagante) y los desórdenes públicos a comienzos del siglo XX , véase Pearson, G.: *Hooligan* , cap. 4: «The Traditional "Way of Life"». Para más detalles sobre el temor a una invasión, véase Turner, E. S.: *Boys Will Be Boys* , cap. 11: «Britain Invaded».

Para los expertos en la infancia como Charles Russell y los detalles sobre los intentos de controlar a la juventud británica a principios de siglo, véanse Gillis, J. R.: *Youth and History* , cap. 3: «Boys Will Be Boys» y Rosenthal, M.: *The Character Factory* , cap. 3: «Working Class Lads and Public School Ideals» (este capítulo también menciona la omnipresente «Vitai Lampada» de Henry Newbolt). Publicado primero en 1905, el valioso texto de Charles Russell fue reimpreso en 1984 con todas sus ilustraciones: Russell C.: *Manchester Boys: Sketches of Manchester Lads at Work and Play* , Manchester, Neil Richardson, 1984.

Rosenthal, M.: *The Character Factory* , cap. 5, es la fuente del Comité sobre el Deterioro Físico de 1903; el manifiesto de Baden-Powell en Eton se reproduce en el cap. 2: «Fortifying the Wall of Empire». Este capítulo sigue su historia hasta la publicación en 1908 de *Scouting for Boys* [ed. en español: Baden-Powell, R.: *Escultismo para muchachos* , Barcelona, CEAC, 2010, (trad. José María de la Torre Maroto)]. El primer número de *The Magnet* lo reimprimió en 1965 Fleetway Publications. Con respecto a la relación de Robert Roberts con *The Magnet* , véase Roberts, R.: *The Classic Slum* , London, Pelican, 1973, cap. 8: «Culture».

CAPÍTULO 7. NOVATOS DE INSTITUTO Y MANO DE OBRA JUVENIL

La cita de Randolph Bourne proviene de Jacobson, M.: *Being a Boy Again: Autobiography and the American Boy Book* , Tuscaloosa, University of Alabama Press, 1996, cap. I. Es esta una excelente investigación de la literatura juvenil desde Thomas Bailey Aldrich hasta Booth Tarkington, pasando por William Dean Howells y Stephen Crane. Bourne, un radical bohemio que se opuso a la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, murió a causa de la epidemia de gripe española a finales de 1918. Su figura merece más estudio.

Las ambiciones imperiales de Estados Unidos y la creación de grandes corporaciones se analizan en Brands, H. W.: *The Reckless Decade* , cap. 2: «In Morgan We Trust» y cap. 8: «Democratic Imperialism». Frank Vanderlip aparece en Nasaw, D.: *Schooled to Order: A Social History of Public Schooling in the United States* , Oxford,Oxford University Press, 1979, cap. 8: «Reforming the High Schools». El capítulo 6 (The «Youth» Problem) de esta obra, clara e inestimable, es la fuente de la cita de F. H. Briggs y de los datos sobre los artículos acerca del «problema de la juventud».

Para las citas de Stanley Hall «La cuestión en todas estas cartas» y «Nunca antes se ha mostrado el niño estadounidense», véase «The Awkward Age» (*GSH* Papers, vol. 17, ítem 276). También contribuyó con la introducción (*GSH Papers* , vol. 9, ítem 147) a Forbush, W. B.: *The Boy Problem* , Albany, Sabbath

Literature Company, 1901. La entrevista de 1906 la concedió Hall al *Worcester Telegram* (*GSH Papers* , vol. 15, ítem 234e). Para el «afeminamiento», véase *GSH Papers* , vol. 16, ítem 260.

En relación con el movimiento contra el trabajo infantil, véanse Nasaw, D.: *Schooled to Order* , cap. 7: «The War Against the Wards»; Spargo, J.: *The Bitter Cry of the Children* , New York, Quadrangle, 1968, con una buena introducción de Walter I. Trattiner, y Addams, J.: *The Spirit of Youth and the City Streets* . El movimiento para reformar la educación secundaria y el consiguiente conflicto entre quienes defendían la perspectiva academicista y quienes exigían una formación profesional aparece detallado en Nasaw, D.: *Schooled to Order* , caps. 8: «Reforming the High Schools» y 9: «New Studies for New Students».

La cita de Irving King procede de King, I.: *The High School Age* , Indianapolis, Bobbs-Merrill, 1914. King señala en su introducción: «No hay estación en la vida de un chico o de una chica que, para padres y profesores, sea más interesante y más desconcertante que la que podríamos considerar de forma somera que ocurre entre los trece y los veinte años». *The High School Freshmen* , de H. Irving Hancock, se publicó con el subtítulo *Dick & Co.'s First Year Pranks and Sports* y fue la primera de una larga serie de novelas: Hancock, H. I.: *The High School Freshmen* , Philadelphia, Henry Altemus Company, 1910.

Para un contexto mayor de los *boy books* , detalles sobre *Two Little Savages* , de Ernest Thompson Seton, y la cita de John T. Trowbridge, véase Jacobson, M.: *Being a Boy Again* , cap. I. Más datos sobre Seton y los Boy Scouts of America aparecen en Rosenthal, M.: *The Character Factory* , cap. 2: «Fortifying the Wall of Empire». La cita de John Dewey «participante o socio» proviene de su obra *Democracy and Education* , de 1916, y aparece en Nasaw, D.: *Schooled to Order* , cap. 6: «The "Youth" Problem».

CAPÍTULO 8. WANDERVOGEL Y NEOPAGANOS

La carta de Jacques Raverat procede del estimulante estudio Delany, P.: *The Neo Pagans: Rupert Brooke and the Ordeal of Youth* , New York, Free Press, 1987, cap. 5: «Ten to Three». Para la anotación en el diario de Karen Horney, véase Horney, K.: *The Adolescent Diaries of Karen Horney* , New York, Basic Books, 1980; y para más material de contexto, véase Neubauer, J.: *The Fin-de-Siècle Culture of Adolescence* , cap. 7: «The Adolescence of Psychoanalysis».

La obra de referencia en inglés sobre los grupos de Wandervogel y otros movimientos juveniles alemanes es Laqueur, W. Z.: *Young Germany: A History of the German Youth Movement* , London, Routledge and Kegan Paul, 1962. Si bien es una mina de detalles, es tan compleja y desconcertante como la temática que aborda. Muchos datos contiene Neubauer, J.: *The Fin-de-Siècle Culture of Adolescence* , cap. 10: «Youth Organizations and Movements». Para la historia de Federico II y la relación padre-hijo, así como para el contexto de la popularidad del *Hiperión* de Hölderlin [ed. en esp.: Hölderlin, F.: *Hiperión o el eremita en Grecia* , Pamplona, Peralta, 1976, (trad. Jesús Munárriz)], véase Gay, P.: *La cultura de Weimar: la inclusión de lo excluido* , Barcelona, Argos Vergara, 1984, (trad. Nora Catelli).

Detalles sobre la comuna de Ascona ofrece Green, M.: *Mountain of Truth: The Counterculture Begins Ascona, 1900-1920* , Hanover, University Press of New England, 1986, una gran historia con algunas sorprendentes fotografías del melenudo *Naturmensch* Gusto Gräser, entre otros. *Helmut Harringa* , de Hermann Popert, aparece mencionada tanto en Laqueur, W. Z.: *Young Germany* ; como en Neubauer, J.: *The Fin-de-Siècle Culture of Adolescence* . Este último también ofrece una clara descripción de la escandalosa historia del grupo Wandervogel de Hans Bluher.

Para la vida homosexual oculta en el militarismo alemán y en los grupos de Wandervogel, véase Musil, R.: *Las tribulaciones del estudiante Törless* , Barcelona, Seix Barral, 1969, (trads. Roberto Bixio y Feliu Formosa); así como Oosterhius, H. y Kennedy, H. (eds.): *Homosexuality and Male Bonding in Pre-Nazi Germany* , Binghamton, Harrington Park Press, 1991. Este último analiza la pionera revista gay *Die Eigene* . La crítica a los grupos de Wandervogel de Elizabeth Busse-Wilson puede encontrarse en

Neubauer, J.: *The Fin-de-Siècle Culture of Adolescence* , cap. 10: «Youth Organizations and Movements». La cita sobre las «masas de chicas sin novio» aparece en las notas de Neubauer de ese capítulo.

Houghton, S.: *The Younger Generation* , London, French, 1910 lleva por subtítulo «Una comedia para padres en tres actos». La cita de *Ana Verónica* proviene de Wells, H. G.: *Obras completas* , Barcelona, Plaza y Janés, 1962, (trads. Nellie Manso de Zúñiga *et al* .), tomo 2, *Ana Verónica* , cap. 16, 2. En lo relativo a las sufragistas, véase McQuiston, L.: *Suffragettes and She-Devils: Women's Liberation and Beyond* , London, Phaidon Press, 1997, cap. 1. La invitación completa a encontrarse en la estación de Basilea aparece en la carta que en 1909 envió Brooke a Jacques Raverat, que puede encontrarse en Hassall, C.: *Rupert Brooke: A Biography* , London, Faber and Faber, 1964, cap. 6: «The Orchard». Este manifiesto neopagano también se analiza en Delany, P.: *The Neo Pagans* , cap. 4: «At Granchester, Where the River Goes».

Esta última obra también describe en detalle la temprana separación en 1912 de Brooke y su grupo y es la fuente de la cita «La juventud es algo muy engañoso», así como de la declaración de Brooke «tampoco deseo en gran medida vivir». Para la angustia y la confusión sexual de Brooke, véase, entre otras, la descripción de su seducción de Denham Russell-Smith en Hale, K. (ed.): *Friends and Apostles: The Correspondence of Rupert Brooke and James Strachey 1905-1914* , London, Yale University Press, 1998.

CAPÍTULO 9. NICKELODEONS Y DANZAS ANIMALES

Para más información sobre Buffalo Bill y Edward Sylvester Ellis, véase Turner, E. S.: *Boys Will Be Boys* , cap. 15: «Wild West». Las historias de Karl May aparecen mencionadas en Neubauer, J.: *The Fin-de-Siècle Culture of Adolescence* , cap. 5: «Literary Adolescence: An Overview». La canción «Hiawatha», de Charles N. Daniels, aparece en Blesh, R. y Janis, H.: *They All Played Ragtime* , cap. 6: «An Album of Old Portraits». En lo relativo a Bluher, véase Neubauer, J.: *The Fin-de-Siècle Culture of Adolescence* .

Whitcomb, I.: *After the Ball* cita *Hullo Ragtime* como acontecimiento de la mayor relevancia y subraya la reacción de J. B. Priestley. Priestley quedó espantado y profetizó: «En este *ragtime* resonaban pinceladas fragmentarias de la amenaza a la vieja Europa, la dominación de Estados Unidos, la emergencia de África, el fin de la confianza y de cualquier sentimiento de seguridad, el entusiasmo nervioso, el frenesí de los tiempos modernos». Tanto Rupert Brooke como J. M. Barrie fueron entusiastas de *Hullo Rag-time* : véanse Hassall, C.: *Rupert Brooke* , cap. 10: «Enter Perdita» y Birkin, A.: *J. M. Barrie and the Lost Boys* , cap. 13.

En lo concerniente a la industria estadounidense, véase Hounshell, D. A.: *From the American System to Mass Production, 1800-1932* , Baltimore, John Hopkins University Press, 1984, en particular la introducción y el cap. 6: «The Ford Motor Company and the Rise of Mass Production in America». El comentario de Porter sobre *Asalto y robo de un tren* aparece en la excelente historia del cine más temprano Brownlow, K.: *Hollywood: The Pioneers* , London, Collins, 1979, cap. 3.

Varios libros analizan el crecimiento de la publicidad y sus técnicas psicológicas a principios del siglo XX : Ewen, S.: *Captains of Consciousness: Advertising and the Social Roots of the Consumer Culture* , New York, Basic Books, 2001, en particular el cap. 2: «Mobilizing the Instincts»; Turner, E. S.: *The Shocking History of Advertising!* , London, Michael Joseph, 1952, cap. 6; y Hollander, S. C. y Germain, R.: *Was There a Pepsi Generation Before Pepsi Discovered It?*

Scott, W. D.: *The Psychology of Advertising* , Boston, Small, Maynard and Company, 1912 es una declaración de intenciones fundacional; las dos citas provienen del cap. 5: «Human Instincts». La conferencia de Stanley Hall «The Budding Girl and the Boy in His Teens» puede encontrarse en *GSH Papers* , vol. 18, ítem 287; «Teens and Twenties» proviene de *Woman's Home Companion* , octubre de 1908 (*GSH Papers* , vol. 17, ítem 283).

Para la historia completa de la serie de conferencias de Freud y Jung en la Clark University en septiembre de 1909, véase Rosenzweig, S.: *The Historic Expedition to America: Freud, Jung and Hall the*

King Maker , San Luis, Rana House, 1994. Véase también Koelsch, W. A.: *Incredible Daydream: Freud and Jung at Clark, 1909* , Worcester, Clark University Press, 1984. A propósito de Bernays, véase su autobiografía: Bernays E. L.: *Biography of an Idea: Memoirs of a Public Relations Counsel* , New York, Simon and Schuster, 1965.

Los dos excelentes libros de David Nasaw sobre la historia social de los barrios pobres estadounidenses de comienzos del siglo XX son la principal fuente para el consumismo adolescente y las primeras películas. Nasaw, D.: *Children of the City: At Work and at Play* , New York, Anchor Press, 1985 aborda, *inter alia* , el tipo de trabajos que realizaban y en qué gastaban el dinero. Pandillas de diferentes edades se vieron dotadas de poder gracias a los escasos centavos que habían ganado en sus trabajos como chatarreros, basureros o repartidores de periódicos, para vagar por las calles y entrar en restaurantes, tiendas de caramelos y *nickelodeons* . La cita de Betty Smith corresponde a Smith, B.: *Un árbol crece en Brooklyn* , Barcelona, Lumen, 2008, (trad. Rojas Clavell), cap. 1.

Nasaw, D.: *Going Out: The Rise and Fall of Public Amusements* , New York, Basic Books, 1993 analiza el vodevil, el cabaré y, por supuesto, los *nickelodeons* y las primeras salas de cine. Menciona la crítica de Jane Addams a las películas, en concreto las citas del «instinto "de pandilla"» y del «eminente alienista», que pueden encontrarse en su contexto en Addams, J.: *The Spirit of Youth and the City Streets* , cap. 4: «The House of Dreams». La cita de Stanley Hall «ensimismamiento» proviene de Hall, G. S.: *Adolescence* , cap. 4: «Diseases of Body and Mind».

Los detalles del robo chapucero a un tren provienen de Brownlow, K.: *Hollywood* . Su posterior *Behind the Mask of Innocence: Sex, Violence, Crime: Films of Social Conscience in the Silent Era* , Berkeley, University of California Press, 1992 es una mina de información sobre películas mudas sensacionalistas y los intentos por censurarlas. Los detalles sobre *Saved by the Juvenile Court, Regeneration* y *Traffic in Souls* provienen de esta fuente. Para la «chica Biograph», véase Nasaw, D.: *Going Out* , cap. 14: «Combination Shows, Stars and Features».

«El niño-estrella» aparece en Wilde, O.: *Cuentos completos* , Madrid, Espasa, 1991, (trad. Catalina Montes). La información sobre Theda Bara y Mary Pickford proviene de Brownlow, K.: *Hollywood* , cap. 15. Más información sobre el estrellato en el Hollywood temprano puede encontrarse en Walker, A.: *Stars: ¡El fenómeno del estrellato en Hollywood!* , Madrid, Torres de Papel, 2014, (trad. Juan Ignacio Robledo); y en la fascinante y hermosamente escrita Anger, K.: *Hollywood Babilonia* , Barcelona, Tusquets, 1985, (trad. Jorge Fiestas); que nunca se diga que Anger deja que los hechos se interpongan en el camino de un buen mito.

Tyler, P.: *Chaplin: The Last of the Clowns* , New York, Vanguard Press, 1948 es, como de costumbre, una biografía perspicaz y voluntariosa por el más infravalorado de los expertos en cine. La exhaustiva Lynn, K. S.: *Charlie Chaplin and His Times* , London, Aurum Press, 1998 es la fuente de la cita de James Agee [para la traducción se ha utilizado la edición en español del texto de James Agee: *Una muerte en la familia* , Madrid, Alianza, 2007, (trad. Carmen Criado), cap. 1] y del «Dios de las multitudes». Para *The Last Night of the Barbary Coast* , véase Brownlow, K.: *Behind the Mask of Innocence* , cap. 2: «Matters of Sex».

La difusión del *ragtime* es analizada en Berlin, E. A.: *King of Ragtime* ; Whitcomb, I.: *Irving Berlin and Ragtime America* , London, Century, 1987; y Nasaw, D.: *Going Out* . Para las danzas animales, véase Whitcomb, I.: *After the Ball* . Nasaw, D.: *Going Out* , cap. 9: «Laughter and Liberty Galore: Early Twentieth-Century Dance Halls, Ballrooms and Cabarets» es la fuente de las citas de Ruth True y Julian Street. La cita de Hall sobre el «nacimiento del ritmo» procede de Hall, G. S.: *Adolescence* , cap. 3: «Growth of Motor Power and Function».

En lo relativo a la reacción de los reformistas contra el *ragtime* y las salas de baile, véanse Whitcomb, I.: *After the Ball* ; Nasaw, D.: *Going Out* , cap. 9: «Laughter and Liberty Galore» y Berlin, E. A.: *King of Ragtime* , cap. 5: «The Ragtime Dance». La cita de *Current Opinion* «sexo en punto» proviene de Nasaw,

D.: *Children of the City* , cap. 10: «The Children and the Child Savers». En cuanto a la opinión de William Healy sobre las salas de baile, véase Healy, W: *The Individual Delinquent* , Boston, Little, Brown and Company, 1915, cap. 6: «Environment Factors», parr. 219: «Social Allurements».

Más contexto sobre la juventud puede encontrarse en una fuente de mucha utilidad: Rollin, L.: *Twentieth-Century Teen Culture by the Decades: A Reference Guide* , Connecticut, Greenwood, 1990, cap. 1: «The Early Decades 1900-1920». Las citas de Randolph Bourne del inicio y el final del capítulo están sacadas de un texto llamado «Youth and Life», que dio título a su primer libro, publicado por Houghton Mifflin en 1913. Fue reimpreso en Rapson, R. L. (ed.): *The Cult of Youth in Middle-Class America* , Massachusetts, D. C. Heath and Company, 1971.

Capítulo 10. Invocación

La cita de Stanley Hall proviene de Hall, G. S.: *Adolescence* , cap. 11: «Adolescent Love». Los detalles de la *enquête* de Agathon aparecen en Wohl, R.: *The Generation of 1914* , Cambridge, Harvard University Press, 1979, cap. 1: «France: The Young Men of Today». Esta fascinante e injustamente olvidada obra contiene una visión sinóptica del extremismo juvenil y la sociología durante las dos primeras décadas del siglo XX en Francia, Alemania, Inglaterra, España e Italia. En ella se pueden encontrar las semillas del fascismo y datos fundamentales sobre la ideología y las acciones de la generación que fue a la guerra en 1914.

Más datos a propósito de Péguy y Psichari se encontrarán en Cross, T.: *The Lost Voices of World War I* , London, Bloomsbury, 1988. Subtitulada «Una antología internacional de escritores, poetas y dramaturgos», esta obra esencial contiene breves retratos de cincuenta y nueve escritores de Serbia y Hungría, así como de Francia, Alemania, Inglaterra e Italia, todos ellos muertos durante la Primera Guerra Mundial. La excelente introducción de Cross también incluye textos sobre lo que llama «la batalla de las generaciones» y «el encanto de la política». Para más datos sobre Krishnamurti, véase Lutyens, M.: *Vida y muerte de Krishnamurti* , Barcelona, Kairós, 2005, (trad. Armando Clavier).

Sigmund Freud acuñó el término «complejo de Edipo» en *Contribuciones a la psicología del amor* , publicado en 1910. Ya había comentado la historia de Edipo en Freud, S.: *La interpretación de los sueños* , cap. 5: «Material y fuente de los sueños», «Sueños típicos». Más información sobre Freud y el complejo de Edipo puede encontrarse en Hunt, M.: *The Story of Psychology* , cap. 7: «Explorer of the Depths». El manifiesto de Hans Leybold, *Revolution* , aparece en Cross, T.: *The Lost Voices of World War I* .

Las observaciones de Stanley Hall sobre la conversión religiosa provienen de Hall, G. S.: *Adolescence* , cap. 14: «The Adolescent Psychology of Conversion». Para un análisis de «generación» como término clave, véase Williams, R.: *Palabras clave: un vocabulario de la cultura y la sociedad* , Buenos Aires, Nueva Visión, 2000, (trad. Horacio Pons). Para las polémicas extremistas de Giovanni Papini y F. T. Marinetti, véase Wohl, R.: *The Generation of 1914* , cap. 5: «Italy: Giovinezza! Giovinezza!». La cita de Papini «Para un hombre de veinte años» proviene de Papini, G.: *Un hombre acabado* , Palencia, Cálamo, 2014, (trad. Vicente Santiago).

El manifiesto de Die Brücke aparece en Myers, B. S.: *Expressionism: A Generation in Revolt* , London, Thames & Hudson, 1963, 3.ª sección: «Die Brücke», cap. 12: «The Brücke Group and Followers». Para los futuristas, véanse Wohl, R.: *The Generation of 1914* , cap. 5: «Italy» y Blum, C. S.: *The Other Modernism: F. T. Marinetti's Futurist Fiction of Power* , Berkeley, University of California Press, 1996. El manifiesto futurista de Marinetti puede encontrarse en Marinetti, F. T.: *Manifiestos y textos futuristas* , Barcelona, Ediciones del Cotal, 1978, (trad. G. Gómez y N. Hernández).

La descripción que hace Wyndham Lewis de su enfrentamiento con F. T. Marinetti procede de Lewis, W.: *Estallidos y bombardeos* , Madrid, Impedimenta, 2008, (trad. Yolanda Morató), 1.ª parte: «León y Bombardero», cap. 2: «W. L. como líder de "El Gran Vórtice de Londres"». Lewis comentó que Marinetti

«sin duda era capaz de producir una cantidad de ruido sorprendente». El primer número de *Blast* , traducido en edición semifacsímil, lo publicó la Fundación Juan March en 2010 con motivo de la exposición «Wyndham Lewis (1882-1957)»: *Blast* , Madrid, Editorial de Arte y Ciencia, 2010, (trad. Yolanda Morató). Para más información sobre el vorticismo en general, incluido el trabajo de artistas como Christopher Nevinson, Edward Wadsworth, William Roberts y Henri Gaudier-Brzeska, véase Cork, R. (intr.): *Vorticism and Its Allies* , London, Arts Council of Great Britain, 1974.

De *Le sacre du printemps* se ocupa en detalle Eksteins, M: *La consagración de la primavera* , acto 1.º, cap. 1: «París». Para más detalles sobre Diáguilev y Nijinsky, véase Buckle, R.: *Nijinsky* , New York, Simon and Schuster, 1971, cap. 6: «Autumn 1912-September 1913». Buckle cita al testigo presencial Valentin Grosz: «Nada de lo que se ha escrito sobre la batalla de *Le sacre du Printemps* ha dado una idea somera de lo que en realidad sucedió. El teatro parecía sacudido por un terremoto. Parecía estremecerse. La gente gritaba insultos, abucheaba y silbaba ahogando la música».

El encuentro cumbre de los grupos Wandervogel en Hohe Meissner aparece detallado en Laqueur, W. Z.: *Young Germany* , cap. 5: «Metapolitics». Véase también Neubauer, J.: *The Fin-de-Siècle Culture of Adolescence* , cap. 10: «Youth Organizations and Movements». El Jungdeutschlandbund aparece mencionado en Laqueur, W. Z.: *Young Germany* , cap. 8: «Other Youth Movements».

CAPÍTULO III. SACRIFICIO

La cita de Wyndham Lewis «una torpe corriente eléctrica» viene de Lewis, W.: *Estallidos y bombardeos* , 2.ª parte: «Declaración de Guerra», cap. 4: «Las Masas de la Guerra, 1914». La cita de Gustave Le Bon procede de Le Bon, G.: *Psicología de las multitudes* , introducción: «La Era de las muchedumbres». Para las manifestaciones de agosto de 1914 en Londres, véase Van Emden, R. y Humphries, S.: *All Quiet on the Home Front* , Londres, Headline, 2003, cap. 1: «A Nation in Arms». A propósito de los disturbios en Alemania, véase Eksteins, M: *La consagración de la primavera* , acto 1.º, cap. 2: «Berlín».

En lo relativo a la historia de Vic Cole, véase Van Emden, R. y Humphries, S.: *All Quiet on the Home Front* , cap. 1: «A Nation in Arms». Otras descripciones de los preparativos para la guerra aparecen en Gilbert, M.: *La primera guerra mundial* , Madrid, La esfera de los libros, 2004, (trad. Alejandra Devoto); y la revisionista Ferguson, N.: *The Pity of War* , London, Penguin, 1998. La cita de Ernest Psichari proviene de Cross, T.: *The Lost Voices of World War I* ; mientras que la de Robert Poustis aparece en el de Arthur, M.: *Forgotten Voices of the Great War* , London, Ebury, 2003, cap. 1: «1914». En lo relativo a Ernst Jünger, véase Jünger, E.: *Tempestades de acero* , Barcelona, Tusquets, 1987, (trad. Andrés Sánchez Pascual).

La historia de Walter Flex se detalla en Cross, T.: *The Lost Voices of World War I* ; y en Neubauer, J.: *The Fin-de-Siècle Culture of Adolescence* , cap. 11: «Adolescence: The Fiction of Reality». En lo concerniente a George y Peter Llewelyn Davies, véase Birkin, A.: *J. M. Barrie and the Lost Boys* , cap. 14. Para el militarismo en las escuelas públicas británicas y la reacción de Robert Graves, véase Graves, R.: *Adiós a todo eso* , Barcelona, Edhasa, 1985, (trad. Sergio Pitol), cap. 8. En cuanto a la idoneidad de los Boy Scouts para el servicio militar defendida por Richard Hawkins, véase Van Emden, R. y Humphries, S.: *All Quiet on the Home Front* , cap. 1: «A Nation in Arms». Para la posición de Baden-Powell con respecto a la guerra, véase Rosenthal, M.: *The Character Factory* , cap. 7.

Las historias sobre reclutamientos tempranos provienen de Arthur, M.: *Forgotten Voices of the Great War* ; y Van Emden, R. y Humphries, S.: *All Quiet on the Home Front* . Los recuerdos de Robert Roberts sobre los reclutas que regresaban a Salford como hombres nuevos aparecen en Roberts, R.: *The Classic Slum* , cap. 9: «The Great Release». Para las plumas blancas, véase Arthur, M.: *Forgotten Voices of the Great War* ; y Van Emden, R. y Humphries, S.: *All Quiet on the Home Front* . La cita de Harry Ogle proviene de

Holmes, R.: *Tommy: The British Soldier on the Western Front 1914-1918* , London, HarperCollins, 2004, 2.ª parte: «Flesh and Blood», «New Army».

Para la reacción contra el modernismo y la implicación del mundo de la cultura, véase Hynes, S.: *A War Imagined* , 1.ª parte, caps. 1-3. Por lo que respecta a Rupert Brooke como icono del *establishment* , véanse Hassall, C.: *Rupert Brooke* , cap. 14: «Man into Marble»; Wohl, R.: *The Generation of 1914* , cap. 3: «England: Lost Legions of Youth» y Cross, T.: *The Lost Voices of World War I* . [Los versos de Brooke provienen de la edición en español: *Poesía completa* , Santander, El Desvelo, 2017, (trad. Eva Gallud Jurado, 1914)]. Koch, H. W.: *The Hitler Youth: Origins and Development 1922-1945* , New York, Cooper Square Press, 2000, ofrece una descripción excelente del mito de Langemarck en su prefacio.

Der Wanderer zwischen beiden Welten , de Walter Flex, aparece en Laqueur, W. Z.: *Young Germany* , cap. 5: «Metapolitics»; en Neubauer, J.: *The Fin-de-Siècle Culture of Adolescence* , cap. 10: «Youth Organizations and Movements» y en Cross, T.: *The Lost Voices of World War I* . El inestimable libro de Cross es también la fuente de la información sobre Charles Sorley. La descripción de las condiciones en el frente que hace Roland Leighton proceden de una carta escrita a Vera Brittain el 11 de septiembre de 1915; está recogida en Bishop, A. (ed.): *Letters from a Lost Generation* , London, Abacus, 1999.

Para los poemas de H. Rex Freston y la respuesta de Arthur Graeme West, véase Hynes, S.: *A War Imagined* , 2.ª parte: «The Turning Point», cap. 7: «Descent at the Turn». Los poemas de West aparecen también en Cross, T.: *The Lost Voices of World War I* . «Respuesta de una madre a "un soldado como tantos"» está reproducida en Graves, R.: *Adiós a todo eso* , cap. 21.

En lo relativo a Alec Waugh, véase Waugh, A.: *The Loom of Youth* , London, Cassell and Company, 1928. La respuesta, *A Dream of Youth* , subtitulada *An Etonian's replay to* The Loom of Youth, es obra de Martin Browne, Browne, M.: *A Dream of Youth* , London, Longmans, Green and Company, 1918. Para los detalles sobre la política de reclutamiento en 1917 y 1918, véanse Arthur, M.: *Forgotten Voices of the Great War* ; y Holmes, R.: *Tommy* . La historia de los desertores narrada por William Holmes aparece en Arthur, M.: *Forgotten Voices of the Great War* , cap. 4: «1917». La cita de Charles Carrington «náufragos en una balsa» viene de esta misma fuente.

La cita de Harry Ogle aparece en Holmes, R.: *Tommy* . La historia de Siegfried Sassoon y Wilfred Owen está bien narrada en Hynes, S.: *A War Imagined* , 3.ª parte, cap. 8: «Dottiville». En lo relativo a Jacques Vaché, véase Vaché, J.: *Parad la guerra o me pego un tiro* , Valencia, El Nadir, 2014, (trad. René Parra), carta a Louis Aragon. La novela prohibida de Fritz von Unruh, *Der Opfergang* , se analiza con detalle en Wohl, R.: *The Generation of 1914* , cap. 2: «Germany: The Mission of the Young Generation».

CAPÍTULO 12. LOS QUE TENÍAN DOCE AÑOS

La cita de *Black 'Ell* , de Miles Malleson, procede de Hynes, S.: *A War Imagined* , 2.ª parte: «The Turning Point», cap. 7: «Descent at the Turn». La historia de Francis Chester aparece en Chester, F.: *Shot Full: The Autobiography of a Drug Addict* , London, Methuen, 1938, cap. 8: «Fighting for My Country». Los comentarios de Stanley Hall sobre la guerra aparecen en «Have You Got a Schizophrenia», en *New York Evening World* , julio de 1916 (*GSH Papers* , vol. 22, ítem 353b). Las citas sobre el impacto psicológico del fuego de artillería provienen de Remarque, E. M.: *Sin novedad en el frente* , Barcelona, Edhasa, 1994, (trad. Judith Vilar), cap. 4.

Shephard, B.: *A War of Nerves: Soldiers and Psychiatrists 1914-1994* , London, Jonathan Cape, 2000, es la fuente de la definición de la conmoción por artillería de Charles Myers (prólogo: «The Shock of the Shell»). El capítulo 2: «Shell-Shock in France», aborda las estadísticas de esta «neurastenia» masiva. Con respecto a la flema británica, véase Van Emden, R. y Humphries, S.: *All Quiet on the Home Front* , cap. 4: «It Is My Painful Duty...». Para la «arrolladora sexualidad» que desencadenó la guerra, véase Hirschfeld,

M.: *Sittengeschichte des Weltkrieges* , Leipzig/Wien, Schneider & Co., 1930, una obra sensacional y apasionada al extremo [ed. en ing.: *The Sexual History of the World War* , New York, Panurge, 1934].

En cuanto a las actitudes contra la Iglesia, véase Van Emden, R. y Humphries, S.: *All Quiet on the Home Front* , cap. 4: «It Is My Painful Duty...». En lo relativo a los espiritistas, véase Graves, R.: *Adiós a todo eso* , cap. 21. Para más información sobre la relación de la Iglesia y la religión con el conflicto bélico, véase Holmes, R.: *Tommy* , 6.ª parte: «Heart and Soul, Man and God». Las cifras de bajas militares provienen de las historias generales: Gilbert, M.: *La primera guerra mundial* ; y Ferguson, N.: *The Pity of War* .

Glaeser, E.: *Los que teníamos doce años* , Madrid, Cénit, 1929, (trad. W. Roces) es una descripción fascinante e injustamente olvidada de la guerra desde el punto de vista de un adolescente. Para la adolescencia en la Alemania de tiempos de guerra, véase Chickering, R.: *Imperial Germany and the Great War 1914-1918* , Cambridge, Cambridge University Press, 2004. Para los disturbios ligados al hundimiento del *Lusitania* , véase Van Emden, R. y Humphries, S.: *All Quiet on the Home Front* , cap. 3: «The Enemy Within».

Las estadísticas de delitos cometidos por menores de dieciséis años provienen de Leeson, C.: *The Child and the War* , London, Howard Association, 1917 y aparecen reproducidas en Van Emden, R. y Humphries, S.: *All Quiet on the Home Front* , cap. 8: «Toil and Trouble». Este último es también la fuente de la cita del jefe de policía de Londres. Las estadísticas de delincuencia juvenil de Alemania proceden de Chickering, R.: *Imperial Germany and the Great War 1914-1918* , cap. 4: «The War Embraces All: Young and Old». Para la cita de la guerra como «juego oscuro, secreto», véase Haffner, S.: *Historia de un alemán: Memorias 1914-1933* , Barcelona, Destino, 2001, (trad. Belén Santana), 1.ª parte: «Prólogo», cap. 3.

Las actividades de los Pieles Rojas de Anderston y los Napoo de Manchester aparecen citadas en Van Emden, R. y Humphries, S.: *All Quiet on the Home Front* , cap. 8: «Toil and Trouble» y en Humphries, S.: *Hooligans or Rebels?* , cap. 7: «Street Gangs, Revolt, Rivalry and Racism». Para la cita de la delincuencia juvenil como «un desperdicio de vidas», y los siguientes dos párrafos, véase Leeson, C.: *The Child and the War* . Las restricciones de la DORA se mencionan en Van Emden, R. y Humphries, S.: *All Quiet on the Home Front* , cap. 8: «Toil and Trouble».

La cita de lord Kitchener «no aprobaba que las mujeres combatieran» proviene de Van Emden, R. y Humphries, S.: *All Quiet on the Home Front* , cap. 1: «A Nation in Arms». Para la posición de la mujer en la guerra, véanse Brittain, V.: *Testament of Youth* , London, Victor Gollancz, 1933, cap. 3: «Oxford *versus* War»; Hynes, S.: *A War Imagined* , 1.ª parte, cap. 3: «The Home-Front Wars», 4.ª sección: «The Women's War»; así como Van Emden, R. y Humphries, S.: *All Quiet on the Home Front* , cap. 5: «Caring for the Wounded». Para el desarrollo de la independencia femenina, véanse Roberts, R.: *The Classic Slum* , cap. 9: «The Great Release» y Brittain, V.: *Testament of Youth* , cap. 4: «Learning *versus* Life».

En relación con la prostitución, véanse Roberts, R.: *The Classic Slum* , cap. 9: «The Great Release» y Leeson, C.: *The Child and the War* . La mayor vigilancia del comportamiento de las jóvenes es bien analizada por Kohn, M.: *Dope Girls: The Birth of the British Drug Underground* , London, Lawrence and Wishart, 1992. Para los escándalos ligados a la cocaína en 1915 y 1916, véase el cap. 2: «Snow on Their Boots».

En cuanto a las interminables restricciones de la DORA y el moralismo vigilante de 1918, véanse Hynes, S.: *A War Imagined* , cap. 11: «The Last of the Home-Front Wars»; Hoare, P.: *Wilde's Last Stand: Decadence, Conspiracy & the First World War* , London, Gerald Duckworth & Co., 1997; y Van Emden, R. y Humphries, S.: *All Quiet on the Home Front* , cap. 9: «The Darkness Before the Dawn». La cita de Robert Roberts «1917 fue el año en el que realmente empezó el siglo XX » proviene de Roberts, R.: *The Classic Slum* , cap. 9: «The Great Release».

Hay muchas historias del dadaísmo, pero he utilizado Richter, H.: *Historia del dadaísmo* , Buenos Aires, Nueva Visión, 1973, (trad. Enrique Molina); y Verkauf, W. (ed.): *Dada: Monograph of a Movement*

, London, Academy Editions, 1975. Los siguientes tres ensayos de este último libro fueron especialmente útiles: Verkauf, W.: «Dada: Cause and Effect»; Huelsenbeck, R.: «Dada and Existentialism» y Kreitler, H.: «The Psychology of Dadaism». Para el retroceso a la infancia como respuesta psicológica a la guerra, véase Shephard, B.: *A War of Nerves* , cap. 8: «Arguments and Enigmas, 1917-1918». La cita «una indiferencia y una temeridad» procede de Roberts, R.: *The Classic Slum* , cap. 9: «The Great Release».

Capítulo 13. Bandas de jazz y doughboys

La cita «No quiero llegar a viejo» proviene de Tarkington, B.: *La edad ingrata* , Madrid, Defausta, 2016, (trad. Susana Prieto Mori), cap. 18: «El zoquete grandullón». Con respecto a Theodore Roosevelt, véase Mead, G.: *The Doughboys: America and the First World War* , London, Penguin, 2000, cap. 3: «Easeful Death». Para los detalles sobre la experiencia en el American Field Service, véase Wolff, G.: *Black Sun: The Brief Transit And Violent Eclipse of Harry Crosby* , New York, Vintage, 1977, cap. 4.

La cita de Alan Seeger «Me alegro de ir en la primera oleada» aparece reproducida en Mead, G.: *The Doughboys* , cap. 3: «Easeful Death». Algunos de los poemas de Seeger aparecen también en Cross, T.: *The Lost Voices of World War I* . Para la «escena de cuento de hadas», véase Tarkington, B.: *La edad ingrata* , cap. 25: «Los jóvenes y el señor Parcher». Más detalles sobre la vida y la obra de Tarkington pueden encontrarse en Woodress, J.: *Booth Tarkington, Gentleman from Indiana* , New York, J. B. Lippincott, 1955; y Fennimore, K. J.: *Booth Tarkington* , New York, Twayne, 1974. De esta última fuente (cap. 6: «The Juvenile World») proviene la cita «A ojos del joven».

Para la cita «rosada telaraña», véase Tarkington, B.: *La edad ingrata* , cap. 17: «La teoría de Jane»; para *Historia de dos ciudades* , véase el cap. 20: «Sydney Carton». El comentario de Jane «nada le gusta» está sacada del capítulo 28: «Rannie Kirsted»; la negativa de su padre proviene del capítulo 23: «Los padres olvidan» y la disquisición de Tarkington sobre las contradicciones de la adolescencia aparece en el cap. 4: «Genesis y Clematis».

El posicionamiento de Tarkington contra las grandes empresas aparece en Woodress, J.: *Booth Tarkington* , cap. 9: «The Major Phase»; para la cita «Aquellos días sencillos», véase Jacobson, M.: *Being a Boy Again* , cap. 7: «Booth Tarkington» y a propósito del ambiguo mercado objetivo de los *boy books* , véase, en esta misma obra, el cap. 1: «The Boy Book». La cita relativa a la edad de Pinkie procede de Greene, G.: *Brighton, parque de atracciones* , Barcelona, Caralt, 1980, (trad. Juan Lladó Bausili).

El impacto inicial de la Original Dixieland Jazz Band es bien analizado por Shaw, A.: *The Jazz Age: Popular Music in the 1920s* , New York, Oxford University Press, 1987, cap. 4: «King Oliver, Jelly Roll and Satchmo» y por Whitcomb, I.: *Irving Berlin and Ragtime America* , cap. 8: «Mr. Jazz Himself». Para un contexto mayor, véanse Newton, F.: *The Jazz Scene* , London, Penguin, 1961; y Armstrong, L.: *In His Own Words* , Oxford, Oxford University Press, 1999. Una deconstrucción detallada de «Dixie Jass Band One Step» puede encontrarse en Blesh, R.: *Shining Trumpets* , cap. 9: «Black and White Rag».

Las primeras grabaciones de la Dixieland Jazz Band han sido publicadas en el disco compacto *Original Dixieland Jazz Band 1917-1923* , Paris, Jazz Archives, 1995. Para la cita «Armónicos desafinados», véase Whitcomb, I.: *Irving Berlin and Ragtime America* . La cita «el asesinato de la melodía» puede encontrarse en [www.redhotjazz.com]; para la cita de *Variety* , véase Whitcomb, I.: *Irving Berlin and Ragtime America* .

La entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial la analiza Mead, G.: *The Doughboys* , cap. 1: «No More Sleeping Treason». Para el servicio militar obligatorio, véanse el cap. 4: «Enter the Doughboys» y Peterson, H. C. y Fite, G. C.: *Opponents of War 1917-1918* , Connecticut, Greenwood, 1986, caps. 1 y 2. El capítulo 9 de este fascinante libro contiene los detalles de la incorporación de los medios estadounidenses a la campaña belicista. Véase esta misma fuente en lo relativo a la supresión de la oposición a la guerra. Para la cita de *The Masses* «una horrible locura multitudinaria», véase Churchill, A.:

The Improper Bohemians , cap. 5: «Trials and Tribulations». Para la represión en Estados Unidos y los disturbios raciales de San Luis Oriental, véase Mead, G.: *The Doughboys* , cap. 18: «The Cost».

La reacción de Vera Brittain a su primer encuentro con los *doughboys* aparece en Brittain, V.: *Testament of Youth* , cap. 8: «Between the Sandhills and the Sea». Para las estadísticas de bajas en la Primera Guerra Mundial, véanse Ferguson, N.: *The Pity of War* ; y Gilbert, M.: *La primera guerra mundial* ; así como los datos del Imperial War Museum. Con respecto al 11 de noviembre de 1918, véanse Graves, R.: *Adiós a todo eso* , cap. 25; Hynes, S.: *A War Imagined* , cap. 13; Hoare, P.: *Wilde's Last Stand* , caps. 9 y 10; y Brittain, V.: *Testament of Youth* , cap. 9: «This Loneliest Hour».

La descripción de George Grosz del dadaísmo alemán puede encontrarse en Grosz, G.: *Un sí menor y un no mayor* , Madrid, Capitán Swing, 2011, (trad. Helga Pawlowsky), cap. 9: «Arte y ciencia». Para la cita de Sebastian Haffner «Me encontraba ante un abismo», véase Haffner, S.: *Historia de un alemán* , 1.ª parte: «Prólogo», cap. 5. En cuanto a la muerte de Billie Carleton, véase Kohn, M.: *Dope Girls* , cap. 6: «Unholy Rites». A propósito de Jacques Vaché, véase Vaché, J.: *Parad la guerra o me pego un tiro* , carta a André Breton (14-11-18). La cita de *Tatler* de enero de 1919 proviene de Kohn, M.: *Dope Girls* , cap. 8: «Cocaine Girls in the West End». Para la llegada a Reino Unido de la Original Dixieland Jazz Band, véase Godbolt, J.: *A History of Jazz in Britain: 1919-1950* , London, Northway Publications, 2005, cap. 1: «When I Hear That Jazz Band Play».

CAPÍTULO 14. CONMOCIONES DE POSGUERRA

La cita del capítulo proviene de *Eighteen: A Diary of the Teens* , London, Fortune Press, 1947, publicado con el pseudónimo «A Boy» [un chico] por Aubrey Fowkes. A propósito del general Pershing y la paz temporal, véase Mead, G.: *The Doughboys* , cap. 18: «The Cost»; en lo relativo a las consecuencias inmediatas de la guerra, véase Gilbert, M.: *La primera guerra mundial* , caps. 26-28. La deificación de Rupert Brooke aparece bien descrita en Hassall, C.: *Rupert Brooke* , cap. 14: «Man into Marble». La cita de Lloyd George sobre el mundo entero afectado de conmoción por artillería proviene de Shephard, B.: *A War of Nerves* , cap. 11: «Will Peace Bring Peace?». Este es también el origen de la cita de Philip Gibbs sobre el regreso de los veteranos.

La cita de Vera Brittain «una temeraria sensación» proviene de Brittain, V.: *Testament of Youth* , cap. 10: «Survivors Not Wanted». Para la continuación de la guerra en la paz, véase Graves, R.: *Adiós a todo eso* , cap. 26. La cita de Wyndham Lewis proviene de Lewis, W.: *Doom of Youth* , London, Chatto and Windus, 1932, 1.ª parte, cap. 5: «Slimming and the Profile of Youth». Esta extraordinaria diatriba sobre la discriminación de los jóvenes contiene, entre las fanfarronadas habituales, algunos argumentos que siguen siendo relevantes hoy. Especialmente útil es la «galería de documentos» que reproduce muchos titulares y artículos de revistas a propósito de la juventud de finales de los años veinte. Entre estos se incluyen algunos con títulos como: «La revuelta de la juventud», «La batalla entre generaciones» y «Jóvenes que realmente importan».

Para el borrado de la memoria de la generación de la guerra con un hedonismo obsesivo, véase Brittain, V.: *Testament of Youth* , cap. 10: «Survivors Not Wanted». En lo que respecta a la posición de la generación cuyos miembros eran niños o estaban en la primera adolescencia durante la guerra, véase Glaeser, E.: *Los que teníamos doce años* , *passim* . La cita sobre los padres «extraños» proviene de esta misma fuente, 2.ª parte: «La guerra», Homero y Ana.

Para la idea de la pérdida de contacto del concepto de juventud con la biología, veáse Wohl, R.: *The Generation of 1914* , cap. 6: «Wanderers between Two Worlds». La cita de Leslie Paul «la civilización estaba a punto de morir» proviene de Paul, L.: *Angry Young Man* , London, Faber and Faber, 1951, cap. 3: «O Young Men, O Young Comrades». *The realities of War* , de Philip Gibbs aparece en Gilbert, M.: *La primera guerra mundial* , cap. 29; para la publicación original, véase Gibbs, P.: *The Realities of War* ,

London, Hutchinson, 1923. En lo relativo a la agresividad de los adolescentes de posguerra en Alemania, véase Gay, P.: *La cultura de Weimar* , cap. 5: «La revuelta del hijo: los años del expresionismo». Para la investigación realizada en 1920 por François Mentre, véase Wohl, R.: *The Generation of 1914* , cap. 1: «France». Esta es la fuente del conflicto entre generaciones en Francia.

La cita de Drieu la Rochelle proviene de Drieu la Rochelle, P. D.: *La suite dans les idées* , Paris, 1927. Para el *Manifeste cannibale Dada* leído por Breton y *Dada prophétie* véase Richter, H.: *Dada: Art and Anti-art* , cap. 6: «Paris Dada 1919-1920». [El *Manifiesto caníbal dadá* , de Francis Picabia, así como otros muchos textos y manifiestos de las vanguardias, pueden encontrarse en González García, A., Calvo Serraller, F. y Marchán Fiz, S.: *Escritos de arte de vanguardia 1900/1945* , Madrid, Istmo, 1999]. En lo relativo a Raymond Radiguet, véanse Steegmuller, F.: *Cocteau: A Biography* , Boston, Nonpareil, 1992, cap. 5: «Inventing the '20s» y Radiguet, R.: *El diablo en el cuerpo* , Madrid, Mestas, 2002, (trad. Amparo Azcona). Para más detalles sobre otros escritores de la generación D, véase Wohl, R.: *The Generation of 1914* , cap. 1: «France».

Para una aproximación a Philip Gibbs, véase Gibbs, P.: *Young Anarchy* , London, Hutchinson, 1926, cap. 4. Para el antagonismo esencial entre la generación de la guerra y la de la posguerra, véase Brittain, V.: *Testament of Youth* , cap. 10: «Survivors Not Wanted»; esta es también la fuente de la cita sobre la guerra «demodé». La cita de Evelyn Waugh «el extraordinario auge de la juventud» aparece en Waugh, E.: *The Diaries of Evelyn Waugh* , London, Weidenfeld and Nicolson, 1976, anotaciones del sábado, 25 de septiembre, al jueves, 30 de septiembre de 1920. Para la cita «Una nueva generación ha crecido», véase Waugh, E.: *The Essays, Articles and Reviews of Evelyn Waugh* , London, Penguin, 1986, 1.ª parte: «First Steps: 1917-28», «Editorial: The Youngest Generation». Las notas de J. M. Barrie «Madurez y juventud» aparecen en Birkin, A.: *J. M. Barrie and the Lost Boys* , cap. 16: «1917-1921».

A propósito de la DORA y las campañas de la posguerra, véanse Kohn, M.: *Dope Girls* , cap. 8: «Cocaine Girls in the West End» y Blythe, R.: *The Age of Illusion: England in the Twenties and Thirties 1919-1940* , London, Penguin, 1964, cap. 2: «The Salutary Tale of Jix». Gibbs, P.: *Young Anarchy* es una ventana de ficción a los defensores juveniles de la política revolucionaria. En lo relativo a la Sociedad de Naciones, véase Nichols, B.: *The Sweet and Twenties* , London, Weidenfeld and Nicolson, 1958, cap. 1. Para los Boy Scouts después de la guerra, véanse Springhall, J.: *Youth, Empire and Society* ; y Rosenthal, M.: *The Character Factory* , cap. 8: «Predecessors and Successors»; este es también el origen de los datos sobre la Order of Woodcraft Chivalry de Ernest Westlake.

En lo concerniente a Leslie Paul y ala Kindred of the Kibbo Kift, véase Paul, L.: *Angry Young Man* , cap. 3: «O Young Men, O Young Comrades»; este capítulo es también la fuente de la desilusión de Paul con John Hargrave y la creación del grupo de Paul, la Woodcraft Folk. Las citas posteriores provienen de este capítulo. En cuanto a la República de Weimar y Alemania después de la guerra, véanse Willett, J.: *The New Sobriety 1917-1933: Art and Politics in the Weimar Period* , London, Thames and Hudson, 1978, cap. 6: «Revolution and the Arts: Germany 1918-1920» y Grosz, G.: *Un sí menor y un no mayor* . Para la división en los grupos de Wandervogel, véase Laqueur, W. Z.: *Young Germany* , cap. 11: «1919: Left *v* . Right». Para la Freideutsche Jugend y el encuentro en Hofgeismar, véanse el cap. 12: «Years of Disillusion» y el cap. 13: «The End of the Beginning».

Para la reunión en Coburgo en 1919 y los nuevos grupos que intentaron utilizar la hermandad de fuerza de los *Freikorps* , véase Laqueur, W. Z.: *Young Germany* , cap. 11: «1919: Left *v* . Right». Un análisis más amplio de la psicología de los *Freikorps* ofrece la magistral obra en dos volúmenes Theweleit, K: *Männerphantasien* , Frankfurt am Main, Stroemfeld/Roter Stern, 1986 [ed. en ing.: *Male Fantasies* , Cambridge, Polity Press, 1987, 1989]. Los Neupfadfinder y los Caballeros Blancos los aborda Laqueur, W. Z.: *Young Germany* , cap. 14: «The White Knights». Para las ideas y la influencia de Stefan George, véase también Gay, P.: *La cultura de Weimar* , cap. 3: «La Alemania secreta: la poesía como poder».

El primer encuentro con la esvástica de Haffner aparece en Haffner, S.: *Historia de un alemán* , 1.ª parte: «Prólogo», cap. 8. Para el regreso de los veteranos en Italia y el inicio del fascismo, véanse Wohl, R.:

The Generation of 1914 , cap. 5: «Italy» y Bosworth, R. J. B.: *Mussolini* , Barcelona, Península, 2003, (trad. José Manuel Álvarez Flórez), caps. 5, 6 y 7. Para las apreciaciones de Haffner sobre la inflación en 1923, véase Haffner, S.: *Historia de un alemán* , 1.ª parte: «Prólogo», cap. 10. La cita de Paul sobre «un nuevo paganismo» aparece en Paul, L.: *Angry Young Man* , cap. 3: «O Young Men, O Young Comrades».

CAPÍTULO 15. CAÍDES Y REINAS DE SABA

Para la cita de Ellen Welles Page de la portadilla del capítulo, véase (en inglés) [www.geocities.ws/flapper_culture] y, en ella, el hipervínculo «A Flapper's Appeal to Parents». Esta página ofrece una introducción básica a lo que llama «Cultura y estilo *flapper* ». Para las diferencias entre el «trepador» y el «gran tipo» señaladas por Francis Scott Fitzgerald, véase Fitzgerald F. S.: *A este lado del paraíso* , Madrid, Alianza, 1968, (trad. Juan Benet Goitia), libro 1.º: «El ególatra romántico», cap. 1: «Amory, hijo de Beatrice». La expresión «más inquieto que el demonio» aparece, en esta misma obra, en «Intermedio: Mayo 1917-Febrero 1919». Véase también Anderson, S.: *Winesburg, Ohio* , Madrid, Alianza, 1968, (trad. A. Ros). La cita «Se ha esfumado para siempre» aparece en el capítulo «Santidad».

En relación con el antagonismo generacional en Estados Unidos, John Dos Passos aparece en Wolff, G.: *Black Sun* , cap. 6. Con respecto a Walter A. Hafener, véase *GSH Papers* , carta del 16 de enero de 1919. Para la introducción de la ley seca, véanse Stevenson, E.: *Babbitts and Bohemians: The American 1920s* , New York, Macmillan, 1967, cap. 4: «The Unresolved Peace: 1919-21»; Behr, E.: *Prohibition: Thirteen Years That Changed America* , New York, Arcade, 2011, cap. 5: «Prohibition's First Victims» y cap. 6: «America Goes Dry»; así como Allsop, K.: *The Bootleggers* , London, Arrow, 1970, cap. 1: «The Mud-hole of the Prairies».

Para la introducción de la sociedad de consumo como política nacional, véanse Lynd, R. S. y Lynd, H. M.: *Middletown: A Study in American Culture* , New York, Harcourt, Brace and Company, 1929, cap. 8: «Why Do They Work So Hard?» y Stevenson, E.: *Babbitts and Bohemians* , cap. 8: «A Sufficient Freedom-1924». Para las citas sobre la mercadotecnia dirigida a la juventud y la encuesta de la revista *Photoplay* de 1922, véase Hollander, S. C. y Germain, R.: *Was There a Pepsi Generation Before Pepsi Discovered It?* , cap. 2: «A History of Marketing to Youth, 1880-1940».

En cuanto a George Babbitt y «el hada», véase Lewis, S.: *Babbitt* , Madrid, Nórdica, 2009, (trad. José Manuel Álvarez), cap. 1. La cita «Tu generación se está haciendo mucho más dura» aparece en Fitzgerald F. S.: *A este lado del paraíso* , «Intermedio: Mayo 1917-Febrero 1919». Para «la juventud es como una gran fuente de dulces», véase Fitzgerald F. S.: *A este lado del paraíso* , libro 2.º: «La educación de un personaje», cap. 5: «El ególatra se convierte en un personaje». Rosalind Fuller aparece en Mellow, J. R.: *Invented Lives: F. Scott and Zelda Fitzgerald* , New York, Houghton Mifflin, 1985, cap. 2: «Never the Same Love Twice». Para el éxito de *A este lado del paraíso* , véase el mismo capítulo, así como Milford, N.: *Zelda: La vida de Zelda Scott Fitzgerald* , Barcelona, Ediciones B, 1990, (trad. Susana Constante), 2.ª parte: «Los años veinte», cap. 6. Milford incluye la cita de Zelda Fitzgerald «una gran cantidad de juventud», que proviene de su novela *Resérvame el vals* , Granada, Román y Bueno Editores, 2012, (trad. Carlos García Aranda).

Fitzgerald también mencionó su éxito inicial en dos ensayos: «Ecos de la Era del Jazz» y «Mi ciudad perdida», recopilados en Fitzgerald. F. S.: *El Crack-Up* , Madrid, Capitán Swing, 2012, (trad. Mariano Antolín Rato). Es pertinente señalar que el título de *A este lado del paraíso* proviene de un poema de Rupert Brooke llamado «Tiare Tahiti». El artículo de Zelda Fitzgerald «Eulogy on the Flapper» aparece en Milford, N.: *Zelda* , 2.ª parte: «Los años veinte», cap. 7 y puede encontrarse completo en Fitzgerald, Z.: *The Collected Writings of Zelda Fitzgerald* , Tuscaloosa, University of Alabama Press, 1997.

Para las mujeres jóvenes como objetivo de los publicistas, véase Hollander, S. C. y Germain, R.: *Was There a Pepsi Generation Before Pepsi Discovered It?* , cap. 2: «A History of Marketing to Youth, 1880-

1940». Este capítulo es también la fuente de la cita «Si yo fuera fabricante de ideas». El artículo de Stanley Hall «The Flapper Americana Novissima» apareció en *Atlantic Monthly* , en junio de 1922 (*GSH Papers* , ítem 389). Para la evolución de las *flappers* , véanse Stevenson, E.: *Babbitts and Bohemians* , cap. 6; y Graves, R. y Hodge, A.: *The Long Week-End: A Social History of Great Britain, 1918-1939* , London, Penguin, 1971, cap. 3: «Women».

La figura de Rodolfo Valentino está debidamente analizada en varias biografías. La más informativa es Schulman, I.: *Valentino* , New York, Trident Press, 1967. Igualmente útiles Morris, M.: *Natacha Rambova: Madam Valentino, las muchas vidas de Natacha Rambova* , Barcelona, Circe, 1994, (trad. Ángela Pérez). También se han hecho referencias a Walker, A.: *Stars* , cap. 10: «Entra en escena el gran amante: Rodolfo Valentino»; Mackenzie, N. A.: *The Magic of Rudolph Valentino* , London, Mitre Press, 1974; Brownlow, K.: *Hollywood* , cap. 16: «Great Lover of the Silver Screen» y Thomson, D.: *A Biographical Dictionary of Film* , New York, Knopf, 1994.

La novela de Warner Fabian *Flaming Youth* [ed. en esp.: *Juventud ardiente* , Barcelona, Edita, 1927, (sin trad. asignado)] alcanzó catorce ediciones en los primeros diez meses de 1923. La dedicatoria a la «mujer de nuestra época» proviene de la introducción: «Unas palabras del autor al lector»; la cita «¿No siente usted deseos de volver a ser joven?» aparece en el cap. 1. Para la versión cinematográfica véase [www.geocities.ws/flapper_culture]. Para la cita de Francis Scott Fitzgerald «Yo fui la chispa», véase Brownlow, K.: *Hollywood* , cap. 15. En relación con el artículo de Bruce Bliven «Flapper Jane», véase Stevenson, E.: *Babbitts and Bohemians* , cap. 9: «Evolution of the Flapper, 1920-26».

Con respecto a la expansión de la economía de los sueños en Estados Unidos, véanse Brownlow, K.: *Hollywood* , prefacio; y Sanjek, R. y Sanjek D.: *American Popular Music Business in the Twentieth Century* , cap. 2: «The Formation of ASCAP and the Diversification of the Radio and Recording Industries». Para la cita «tan solo aplicando métodos empresariales al hecho de ser jóvenes», véase Zelda Fitzgerald, «Eulogy on the Flapper». Véase también Rollin, L.: *Twentieth-Century Teen Culture by the Decades* , cap. 2: «The 1920's», para la tira cómica *Harold Teen* .

El aumento de las matrículas en la enseñanza secundaria aparece en Nasaw, D.: *Schooled to Order* , cap. 11: «Between the World Wars: To School or to Work?», «College for Whom?». El extravagante estilo de Ted Babbitt aparece descrito en Lewis, S.: *Babbitt* , cap. 2. Lynd, R. S. y Lynd, H. M.: *Middletown* , cap. 5: «Who Earns Middletown's Living?» contiene muchos datos de interés y citas sobre la cultura de los estudiantes de instituto y las actitudes parentales ante las crecientes exigencias de los adolescentes. También incluye datos sobre «revistas de aventura sexual» en el cap. 18: «Inventions». Para las características deseadas por los estudiantes populares de instituto, véase el cap. 16: «School Life». La cita sobre la educación «no por su contenido específico, sino como símbolo» está en el mismo capítulo.

En lo concerniente al incremento en la educación universitaria, véase Fass, P. S.: *The Damned and the Beautiful: American Youth in the 1920s* , New York, Oxford University Press, 1977, cap. 2: «The Family Redivivus 1880-1930». El incremento de las matriculaciones en la universidad se aborda en Lynd, R. S. y Lynd, H. M.: *Middletown* , cap. 13: «Who Goes to School?». Véase también Nasaw, D.: *Schooled to Order* , cap. 11: «Between the Wars: To School or to Work», «College for Whom?». Para la queja de un padre por el coste de la universidad, véase Lynd, R. S. y Lynd, H. M.: *Middletown* , cap. 11: «Childrearing».

El incremento del 400 % en el número de estudiantes universitarios entre 1890 y 1924 está en Hollander, S. C. y Germain, R.: *Was There a Pepsi Generation Before Pepsi Discovered It?* , cap. 2: «A History of Marketing to Youth, 1880-1940», «The College Market». Esta es también la fuente de las citas sobre mercadotecnia en las universidades de los dos párrafos siguientes, incluida la encuesta sobre los requisitos de los estudiantes de Harvard para ir a la moda. Más información sobre la moda en las universidades se puede encontrar en Fass, P. S.: *The Damned and the Beautiful* , cap. 5: «Competition and Conformity in the Peer Culture».

La inclinación de los estudiantes universitarios por el *hot jazz* aparece detallada en Fass, P. S.: *The Damned and the Beautiful* , cap. 7: «Symbols of Liberation» y Sudhalter, R. M. y Evans, P. R.: *Bix: Man*

and Legend , London, Quartet, 1974, cap. 8. La descripción de James T. Farrell del «falso estudiante universitario» aparece en Farrell, J. T.: *Studs Lonigan* , Barcelona, Luis de Caralt, 1963, (trad. Federico López Cruz), cap. 17. La cita «Vestís vuestros cuerpos» proviene de Marks, P.: *The Plastic Age* , New York, Century, 1924), cap. 17. Para la uniformidad en los campus y la cita «Un hombre no puede escapar...», véase Fass, P. S.: *The Damned and the Beautiful* , cap. 4: «Work and Play in the Peer Society». En cuanto a las cualidades necesarias para la popularidad, véase, en esta misma obra, el cap. 3: «The World of Youth: The Peer Society».

Siguiendo con la obra de Fass, para los procesos de selección en las fraternidades, véase el cap. 4. Para la denigración de los empollones y los estudiantes aplicados, véanse los caps. 3 y 4. En lo relativo a los héroes de los estudiantes universitarios en los años veinte, véase el capítulo de conclusiones: «Change and Stability». Para la cruzada contra el *jazz* de la revista *Ladies' Home Journal* , véase el cap. 1: «The Children of Our Discontent». Para el *petting* entre estudiantes de centros mixtos, véase el cap. 7: «Symbols of Liberation». En lo relativo al sexo prematrimonial como poderoso tabú, véase Lynd, R. S. y Lynd, H. M.: *Middletown* , cap. 10: «Marriage». En cuanto a las sesiones obscenas y a ser una «manzana podrida», véase Marks, P.: *The Plastic Age* , cap. 15. Para la ley seca y la indiferencia ante esta, véase Fass, P. S.: *The Damned and the Beautiful* , cap. 7: «Symbols of Liberation».

Para la toma de Cicero por parte de Al Capone y la cita «escalofriante demostración pública de poder», véase Stevenson, E.: *Babbitts and Bohemians* , cap. 9: «Evolution of the Flapper». En lo relativo a los detalles del asesinato de Bobby Franks y el arresto de Leopold y Loeb, véase Higdon, H.: *The Crime of the Century: The Leopold and Loeb Case* , New York, G. P. Putnam & Sons, 1975, 1.ª parte. La cita «El espíritu diabólico» del *Chicago Tribune* aparece en la 2.ª parte, cap. 11: «Anguish»; la cita del juez Ben Lindsey aparece en el cap. 15: «Plea»; para los asesinos como estrellas nihilistas del cine, la utilización de psicólogos y la oferta de Hearst a Freud, véase el cap. 13: «Condemnation»; para la evaluación psicológica de Leopold y Loeb, véase el cap. 17: «Mitigation» y para la pareja asediada por jóvenes mujeres como «héroes del folclore», véase el cap. 18: «Alienists».

En cuanto al discurso final de Clarence Darrow, véanse, en esta misma fuente, los caps. 19: «Showdown» y 20: «ABCD». El discurso al completo puede encontrarse en la web (en inglés) de juicios famosos de Estados Unidos, a cargo de Douglas O. Linder [http://famous-trials.com/leopoldandloeb/1685-closingargument]. Para la recapitulación y la consideración de la edad de los acusados por parte del juez Caverly, véase Higdon, H.: *The Crime of the Century* , cap. 21: «Judgement». Puede encontrarse más información en McKernan, M.: *The Amazing Crime and Trial of Leopold and Loeb* , New York, Signet, 1957; y Leopold, N.: *Life+99 Years* , London, Four Square, 1960.

CAPÍTULO 16. EL COMPLEJO DE CENICIENTA

La cita proviene de Lynd, R. S. y Lynd, H. M.: *Middletown* , cap. 11: «Child Rearing». Para las masas que solo piensan en imágenes, véase Le Bon, G.: *Psicología de las multitudes* , libro 1.º: «El alma de las muchedumbres», cap. 2: «Sentimientos y moralidad de las muchedumbres» y cap. 4: «Formas religiosas que revisten todas las convicciones de las muchedumbres».

La obra teatral *R.U.R* ., de Karel Čapek [ed. en esp.: *RUR* , Barcelona, Minotauro, 2003, (trad. Consuelo Vázquez de Parga)], aparece mencionada en Mannin, E.: *Young in the Twenties* , London, Hutchinson, 1971, cap. 2: «A View from the Stalls». Zamiátin, E: *Nosotros* , Madrid, Cátedra, 2011, (trad. Alfredo Hermosillo y Valeria Atemyeva) fue la inspiración tanto de George Orwell para *1984* , como de Aldous Huxley para *Un mundo feliz* . Más información se puede encontrar en la colección de ensayos Zamyatin, E.: *A Soviet Heretic* , London, Quartet, 1991. En lo concerniente a *Metrópolis* , véase el guion completo en Lang, F. y Von Harbou, T.: *Metropoils: A Film by Fritz Lang* , London, Lorrimer, 1973 que contiene un excelente texto de Paul M. Jensen: «Metropolis: The Film and the Book».

Con respecto a Henry Ford y a la producción en masa, véase Hounshell, D. A.: *From the American System to Mass Production, 1800-1932* , cap. 8: «The Ethos of Mass-Production and Its Critics». Para Edward Filene, véase Filene, E. A.: *Successful Living in This Machine Age* , New York, Simon and Schuster, 1931. En cuanto a Eros y Tánatos, véase Freud, S.: *El yo y el ello y otros escritos de metapsicología* , Madrid, Alianza, 1973, (trads. Ramón Rey Ardid y Luis López-Ballesteros). Véase también Hunt, M.: *The Story of Psychology* , cap. 7: «Explorer of the Depths». Para la «psicología de masas», véase Bernays, E.: *Propaganda* , Barcelona, Melusina, 2008, (trad. Albert Fuentes), cap. 4: «La psicología de las relaciones públicas».

La idea de la producción en masa como revolución social más inclusiva aparece en Filene, E. A.: *Successful Living in This Machine Age* , cap. 23: «Social Planning». Sobre Bernays y el gobierno invisible, véase Bernays, E.: *Propaganda* , cap. 3: «Los nuevos propagandistas». Para más información, véase también Ewen, S.: *Captains of Consciousness* , cap. 5: «Consumption and Social Change». La cita «radicales en el mercado» la reproducen Hollander, S. C. y Germain, R.: *Was There a Pepsi Generation Before Pepsi Discovered It?* , cap. 2: «A History of Marketing to Youth, 1880-1940». La cita original aparece en Poffenberger, A. T.: *Psychology in Advertising* , New York, A. W. Shaw Co., 1925.

Los datos del matrimonio Lynd sobre el valor recién concedido a la juventud (que representaba una fuerza laboral barata, fuerte y adaptable en la nueva era de las máquinas) aparecen en Lynd, R. S. y Lynd, H. M.: *Middletown* , cap. 5: «Who Earns Middletown's Living?». La cita de Filene sobre la liberación de las masas proviene de Filene, E. A.: *Successful Living in This Machine Age* , introducción. La cita del delincuente, «te hace querer cosas», procede de Mitchell, A. M.: *Children and Movies* , Chicago, University of Chicago Press, 1929, cap. 13: «Delinquents and Movies».

Para la ley seca en general, véanse Allsop, K.: *The Bootleggers* ; Behr, E.: *Prohibition* ; y Stevenson, E.: *Babbitts and Bohemians* , cap. 6: «Harding's Time–1920-23». La cita sobre el típico criminal de los años veinte viene de Allsop, K.: *The Bootleggers* , cap. 20: «The Tidelands of City Life». Para la relación entre gánsteres e industria, véase Lerner, M.: *Los Estados Unidos como civilización* , Buenos Aires, Compañía General Fabril, 1960, (trad. Aníbal Leal). Jane Addams aparece en Stevenson, E.: *Babbitts and Bohemians* , cap. 6: «Harding's Time». La cita de James T. Farrell está sacada de la introducción a la edición de Modern Library de la trilogía *Studs Lonigan* : Farrell, T.: *Studs Lonigan* , New York, Modern Library, 1938.

El artículo de G. Stanley Hall «Can the Masses Rule The World?» forma parte de sus *Collected Papers* (*GSH Papers* , ítem 455). Para el tributo a su pasión por «la juventud, la libertad y los nuevos conocimientos», véase Sanford, E. C.: «Granville Stanley Hall», en *American Journal of Psychology* , julio de 1924. Para más detalles sobre el Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago y la cita «observación de los participantes» de Nels Anderson, véase Anderson, N.: *On Hobos and Homelessness* , Chicago, University of Chicago Press, 1998, introducción de Raffaelle Rauty. Para la cita de Anderson «¿Quién no ha sentido ese anhelo?», véase el cap. 10: «The Juvenile and the Tramp».

Las reflexiones de Frederic M. Thrasher sobre la zona interurbana aparecen en Thrasher, F. M.: *The Gang* , Chicago, University of Chicago Press, 1963. La introducción original aparece ahora en la primera parte: «The Natural History of the Gang». La cita sobre las ciudades estadounidenses y la inestabilidad de la juventud aparece en el cap. 20: «Attacking the Problem», al igual que la cita «Los chicos de *bandalandia* disfrutan de una libertad inusual». Para las «fantasías adolescentes», véase el cap. 6: «The Role of the Romantic». En lo relativo a la violencia y la depredación sexual en las bandas, véase el cap. 9: «Sex in the Gang». La influencia del cine se aborda en el cap. 14: «The Structure of the Gang», mientras que los «patrones sociales desmoralizadores» aparecen en el cap. 12: «Social Patterns and the Gang». El resumen de Thrasher del impacto adverso del alcohol ilegal aparece en el cap. 18: «The Gang and Organized Crime». Sus conclusiones se encuentran en los caps. 20: «Attacking the Problem» y 21: «Crime Prevention and the Gang». Véase también Healy, W. y Bronner, A. F.: *Delinquents and Criminals: Their Making and unmaking* , New York, Macmillan, 1926, 4.ª parte: «Conclusions».

Black, J.: *You Can't Win* , New York, Macmillan, 1927 se publicó en origen con una introducción de Robert Herrick [ed. en esp.: *Nadie gana* , Madrid, Escalera, 2009, (trad. Pilar Álvarez Sierra), no incluye esta introducción, sino una posterior de William S. Burroughs]. La cita «La sociedad era una máquina diseñada para hacerme pedazos» proviene del cap. 21. En lo relativo a los asesinatos a manos de bandas en Chicago, véase Allsop, K.: *The Bootleggers* , cap. 4: «The Old-Fashioned O'Donnells». Para los desastrosos efectos del alcohol artesanal, véase Behr, E.: *Prohibition* , cap. 16: «A Fatal Triumph».

Sobre Margaret Mead y el impacto del entorno en los adolescentes, véase Mead, M.: *Adolescencia y cultura en Samoa* , Barcelona, Paidós, 1971, (trad. Elena Durkelsky Yoffe), cap. 13: «Educación para la elección». Su crítica de G. Stanley Hall y sus motivos para ir a Samoa se mencionan en la introducción. Para sus descubrimientos en Samoa sobre la actividad sexual de los adolescentes y la actitud de los padres, véase el cap. 9: «Experiencia e individualidad de la joven» y el cap. 12: «Nuestros problemas educativos considerados a la luz de la experiencia samoana». Su descripción del libro, relacionado tanto con Samoa como con «Estados Unidos entre 1926 y 1928» aparece en el prefacio a la edición de 1973: Mead, M.: *Coming of Age in Samoa* , New York, Morrow Quill, 1973 [esta introducción no aparece en la edición en español]. El resto de citas de Mead provienen del capítulo 13: «Educación para la elección».

Para una descripción completa de la muerte de Valentino, los disturbios en Manhattan y sus consecuencias, véase Schulman, I.: *Valentino* , «Act One: Scene One». Para la adoración de Valentino y el ataque sufrido en Londres, véase, en esta misma fuente, «Act Three: Scene Thirteen», donde aparece también el artículo sobre el maquillaje y la reacción de Valentino. Véanse también Walker, A.: *Stars* ; Mackenzie, N. A.: *The Magic of Rudolph Valentino* ; y Morris, M.: *Natacha Rambova* . Para una descripción escabrosa, véase Anger, K.: *Hollywood Babilonia* , que también reproduce el texto completo del artículo «Borlas de polvos rosados», del 18 de julio de 1926, en el capítulo titulado «Rudy Ataca».

Para el impacto del cine en la cultura estadounidense y su crítica, véanse Mitchell, A. M.: *Children and Movies* ; Lynd, R. S. y Lynd, H. M.: *Middletown* , cap. 18: «Inventions» y Bernays, E.: *Propaganda* , cap. 11: «El funcionamiento de la propaganda».

En relación con Clara Bow, véase Stenn, D.: *Clara Bow: Runnin' Wild* , New York, Cooper Square Press, 2000, en especial los capítulos 15, 16 y 17. Véase también Thomson, D.: *A Biographical Dictionary of Film* . Para la respuesta de los jóvenes a *It* , véase Mitchell, A. M.: *Children and Movies* , cap. 11: «Movies Children Like». El artículo de Adela Rogers St. Johns aparece en Stenn, D.: *Clara Bow* , cap. 15. Anger, K.: *Hollywood Babilonia* , mantiene su perspectiva morbosa.

Para la cita de la revista *New Student* , véase Fass, P. S.: *The Damned and the Beautiful* , cap. 8: «The Politics of Cultural Liberalism». En lo relativo a la actitud de los universitarios ante la ley seca, véase el cap. 7: «Symbols of Liberation». Para más detalles sobre la Federación Nacional de Estudiantes, véase el cap. 8: «The Politics of Cultural Liberalism». Este capítulo también incluye apuntes sobre la actitud de los estudiantes en términos raciales. Para más detalles de la actuación en junio de 1929 de la Paul Whiteman Orchestra, véase Sudhalter, R. M. y Evans, P. R.: *Bix* , cap. 18. Para *El cantante de jazz* y la popularización del *jazz* , véase Shaw, A.: *The Jazz Age* .

En lo relativo a la respuesta de la población negra a esta popularización y las nuevas ideas sobre la democracia, véase Locke, A. (ed.): *The New Negro* , New York, Touchstone, 1997, introducción y «The New Negro»; para el vínculo entre el Renacimiento de Harlem y la juventud, véase el artículo «Negro Youth Speaks»; para Harlem como capital de la raza y para el «experimento de laboratorio a gran escala del problema de la raza», véase el artículo de James Weldon Johnson «Harlem, the Culture Capital». Para más datos generales, una cronología útil y excelente música, véase VV.AA.: *Rhapsodies in Black: Music and Words from the Harlem Renaissance* , Los Angeles, Rhino Records, 2000.

La revista de un solo número *Fire* , «dedicado a los artistas negros más jóvenes», se ha reimpreso (sin detalles de la publicación). Para la cita de Langston Hughes a propósito del Renacimiento Negro, véase Hughes, L.: *The Big Sea: An Autobiography* , London, Pluto Press, 1986, «When the Negro Was in Vogue» y «Harlem Literati». Véase asimismo Vechten, C. van: *El paraíso de los negros* , Valencia, Pre-textos, 2018,

(trad. Maribel Cruzado Soria). Para la cita «los negros y todo lo negroide estaban de moda», véase Thurman, W.: *La fruta más negra* , Madrid, Defausta, 2017, (trad. Susana Prieto Mori), parte 5: «Victoria pírrica». En lo concerniente a Langston Hughes, el Cotton Club y su desilusión, véase Hughes, L.: *The Big Sea* , «When the Negro Was in Vogue» y «Patron and Friend».

Para la adolescencia precoz de los niños estadounidenses en los años veinte, véase Lynd, R. S. y Lynd, H. M.: *Middletown* , cap. 11: «Child Rearing». La cita de la «estudiante de instituto muy popular» proviene del cap. 18: «Inventions».

CAPÍTULO 17. EL AFÁN DE PLACER

La cita de Noël Coward proviene de *The Vortex* , acto 1.º, en Coward, N.: *The Collected Plays: 1* , London, Methuen, 1999. En lo relativo a Brenda Dean Paul y *The Blackbirds* , véase su extraordinaria biografía: Dean Paul, B.: *My First Life* , London, John Long, 1935, cap. 6: «Today We Live». Este capítulo es también la fuente de sus comentarios sobre las fiestas. Para sus orígenes, véase el cap. 3: «A New Life». Su descripción de la «Bright Young People» aparece en el cap. 6. Sobre los juerguistas de los años veinte, véanse también Chisholm, A.: *Nancy Cunard* , London, Sidgwick and Jackson, 1979; y Wolff, G.: *Black Sun* , caps. 7-10.

La definición de Stanley Hall «los salvajes son casi todos grandes bailarines» proviene de Hall, G. S.: *Adolescence* , cap. 3: «Growth of Motor Power and Function». En relación con los estadounidenses en París, véanse Wolff, G.: *Black Sun* ; y Wiser, W.: *The Crazy Years: Paris in the Twenties* , New York, Athenaeum, 1983, *passim* . Para Le Boeuf sur le Toit, véase Steegmuller, F.: *Cocteau* , cap. 5: «Inventing the Twenties» y para la cita de Sari, véase Wiser, W.: *The Crazy Years* , cap. 14: «The Ox on the Roof».

El baile de las Cuatro Artes lo describe Wolff, G.: *Black Sun* , cap. 10, que es también la fuente de la cita sobre el hotel Claridge. La cita original proviene de Charters, J.: *This Must Be the Place: Memories of Montparnasse* , New York, Lee Furman, 1937. Para los comentarios de Sebastian Haffner sobre el Berlín de finales de los años veinte, véase Haffner, S.: *Historia de un alemán* , 1.ª parte: «Prólogo», cap. 13. En lo relativo a Berlín como ciudad del placer y la descripción de la Haus Vaterland, véase Gordon, M.: *Voluptuous Panic: The Erotic World of Weimar Berlin* , Los Angeles, Feral House, 2000, «Girl Culture and the All-night Bummel»; el capítulo «City of Whores» aborda la prostitución masculina. La cita «este loco carrusel» viene de la misma obra, en el cap. «Berlin Means Boys». MacKay, J. H.: *El muchacho* , Madrid, Amistades Particulares, 2016 es una novela evocativa de este periodo en dicho entorno.

Para el consumismo al modo estadounidense en la Gran Bretaña de posguerra, véanse Branson, N.: *Britain in the 1920s* , London, Weidenfeld and Nicolson, 1977, cap. 14: «New Enjoyments» y Montgomery, J.: *The Twenties* , London, George Allen and Unwin, 1970, cap. 3: «The Changing Scene». Para las reparaciones de los préstamos de guerra, véase Graves, R. y Hodge, A.: *The Long Week-End* , cap. 5: «Post-War Politics». Sobre la hostilidad de las autoridades hacia Estados Unidos y el consumismo juvenil, véase Blythe, R.: *The Age of Illusion* , cap. 2: «The Salutary Tale of Jix».

La popularización de la psicología en la publicidad de los primeros años veinte aparece en Turner, E. S.: *The Shocking History of Advertising!* , cap. 7: «The Technique Changes»; así como en Graves, R. y Hodge, A.: *The Long Week-End* , cap. 5: «Post-War Politics». Para la importancia de las jóvenes, véase Branson, N.: *Britain in the 1920s* , cap. 13: «Women»; así como Montgomery, J.: *The Twenties* , cap. 12: «Emancipation». En lo relativo a las mayores oportunidades laborales y el desplazamiento de las mujeres a las ciudades principales, véase Roberts, R.: *The Classic Slum* , cap. 10: «High Days and After». Este capítulo es también la fuente de las citas sobre la moda de los bailes. En cuanto al consumo de los jóvenes asalariados y los datos sobre *Boy's Cinema* y *Girl's Cinema* , véase la excelente Fowler, D.: *The First Teenagers: The Lifestyle of Young Wage-Earners in Interwar Britain* , London, The Woburn Press, 1995, cap. 4: «The Teenage Consumer in Interwar Britain». Para los temores a la delincuencia juvenil, véase Burt,

C.: *The Young Delinquent* , London, University of London Press, 1925. Las medidas políticas ligadas a la juventud en los años veinte y treinta las analiza Pearson, G.: *Hooligan* , cap. 3: «Since the War–Past Perfect». En relación con la guerra contra el placer y la importancia de William Joynson-Hicks como ministro del Interior de Gran Bretaña, véanse Blythe, R.: *The Age of Illusion* , cap. 2: «The Salutary Tale of Jix» y Graves, R. y Hodge, A.: *The Long Week-End* , cap. 3: «Women».

Las historias de Howard Acton, Brian Howard y la revista *Eton Candle* están bien narradas en las siguientes obras: Green, M.: *Children of the Sun* , cap. 3: «The New Dandies Arrive» y Lancaster, M. J.: *Brian Howard: Portrait of a Failure* , London, Anthony Blond, 1968, cap. 4: «1922: A Great Ephemeral, the Eton Candle». Véase también Carpenter, H.: *The Brideshead Generation: Evelyn Waugh and His Friends* , London, Weidenfeld and Nicolson, 1989, 1.ª parte: «The Eton Candle», cap. 1: «…Thought They Must Be Foreigners». En lo relativo al entorno familiar y los primeros años de Howard y Acton, véase Lancaster, M. J.: *Brian Howard* , cap. 3: «Eton by Candlelight» y cap. 5: «Signs of Promise». Véase también Green, M.: *Children of the Sun* , cap. 4: «1918-1922: Eton» y cap. 5: «1922-1925: Oxford».

A propósito de Noël Coward y *The Vortex* , véanse Coward, N.: *The Collected Plays, 1* ; y Hoare, P.: *Noël Coward* , Chicago, University of Chicago Press, 1995, cap. 8: «The Vortex». En lo concerniente a Nancy Cunard y el consumo de alcohol «sin descanso», véase Chisholm, A.: *Nancy Cunard* , cap. 6: «A Year in Close-up»; en esta misma obra, para el retrato de Wyndham Lewis, véanse las ilustraciones, 1.ª sección, pag. 12; y para su descripción como vampiresa, véase el cap. 8: «Aldous Huxley». La descripción que hace de sí misma como la «perfecta extranjera» proviene de su libro de poemas titulado *The Outlaw* y aparece en Chisholm, A.: *Nancy Cunard* , cap. 9: «Travels and Poetry».

Con respecto a la vida nocturna a principios de los años veinte, véase Graves, R. y Hodge, A.: *The Long Week-End* , cap. 8: «Amusements». En lo relativo a Nancy Cunard y Michael Arlen, véase Chisholm, A.: *Nancy Cunard* , cap. 7: «Michael Arlen». La cita «Aburrida del aburrimiento» y la descripción del *blues* proviene de Arlen, M.: *El sombrero verde* , Barcelona, Cisne, 1960, (trad. Eduardo de Guzmán), cap. 4: «Afrodita». La cita del personaje de Iris Storm, «deseo-de-no-sé-qué», aparece en el cap. 1: «El sombrero verde». Para la DORA en los años veinte y las campañas moralistas de Jix, véanse Graves, R. y Hodge, A.: *The Long Week-End* , cap. 8: «Amusements» y Blythe, R.: *The Age of Illusion* , cap. 2: «The Salutary Tale of Jix».

Kohn, M.: *Dope Girls* , 129 y ss. es la fuente de la sobredosis de cocaína de Freda Kempton. El origen de la Bright Young People aparece descrito en Graves, R. y Hodge, A.: *The Long Week-End* , cap. 8: «Amusements»; así como en Graves, C.: *The Bad Old Days* , London, Faber & Faber, 1961, cap. 5. La descripción del movimiento que hace Brenda Dean Paul aparece en Dean Paul, B.: *My First Life* , cap. 6: «Today We Live». La invención de los cócteles por parte de Alec Waugh aparece en Green, M.: *Children of the Sun* , cap. 6: «1925-1932: London», «Brian and Harold in London»; mientras que *The Opening of the Gargoyle* , de David Tennant, aparece en Hoare, P.: *Serious Pleasures: The Life of Stephen Tennant* , London, Hamish Hamilton, 1990, cap. 4: «Napier & Eloise».

La descripción que hace Evelyn Waugh en septiembre de 1926 de una fiesta desenfrenada proviene de Waugh, E.: *The Diaries of Evelyn Waugh* , cap. 3: «The Twenties Diary 1924-28». La cita de Harold Acton sobre «Rhapsody In Blue», de George Gershwin, proviene de Carpenter, H.: *The Brideshead Generation* , 3.ª parte: «1924-1929: Bright Young People», cap. 3: «A Sort of Cumulative Futility». Con respecto a Evelyn Waugh y el actor «monstruoso», véase la anotación del diario del 19 de septiembre de 1925, en Waugh, E.: *The Diaries of Evelyn Waugh* , cap. 3: «The Twenties Diary 1924-28».

Para la aparición de los columnistas de cotilleos, véanse Graves, C.: *The Bad Old Days* , cap. 5; Dean Paul, B.: *My First Life* , cap. 6: «Today We Live»; Graves, R. y Hodge, A.: *The Long Week-End* , cap. 4: «Reading Matter»; Carpenter, H.: *The Brideshead Generation* , 3.ª parte: «1924-1929: Bright Young People», cap. 3: «A Sort of Cumulative Futility» y Green, M.: *Children of the Sun* , cap. 6: «1925-1932: London», «New Friends and Allies».

Sobre la repugnancia edípica de la Bright Young People, véanse Chisholm, A.: *Nancy Cunard* , cap. 17: «The Breach with Lady Cunard»; Lancaster, M. J.: *Brian Howard* , cap. 14: «Ups and Downs of the Bright Young People» y Nichols, B.: *Father Figure* , London, Heinemann, 1972. El grabado en madera de Evelyn Waugh, *That Grim Act Parricide* , puede verse en Carpenter, H.: *The Brideshead Generation* , 190 y 191. El ataque del *Daily Express* a «El hermano de la chica moderna» aparece en Graves, R. y Hodge, A.: *The Long Week-End* , cap. 8: «Amusements». Para las rimas de James Laver, véase Blythe, R.: *The Age of Illusion* , cap. 2: «The Salutary Tale of Jix».

Para el papel de la Bright Young People como esquiroles, véanse Waugh, E.: *The Diaries of Evelyn Waugh* , cap. 3: «The Twenties Diary 1924-28», anotación del 11 de mayo de 1926; Branson, N.: *Britain in the 1920s* , cap. 12: «General Strike» y Hoare, P.: *Serious Pleasures* , cap. 5: «Overture...». El desarrollo de la Bright Young People aparece descrito en Montgomery, J.: *The Twenties* , cap. 14: «The Bright Young Things». Para la cita de Beverley Nichols, véase Nichols, B.: *The Sweet and Twenties* , cap. 9: «Home of Lost Causes». La cita sobre el pintalabios de *Vogue* proviene de Lancaster, M. J.: *Brian Howard* , 2.ª parte, «1927-1940: The Years of Waste», cap. 11: «A Taste of the Twenties».

Hoare, P.: *Serious Pleasures* , cap. 7: «Stage Centre» es la fuente de las referencias a Stephen Tennant como última estrella de la Bright Young People; con respecto a su admiración hacia las actrices estadounidenses, véase el cap. 2: «The Never-land»; para las fiestas de la primavera de 1928, véase el cap. 8: «Intermezzo». En lo relativo a la desaparición de la Bright Young People y las citas de Brenda Dean Paul, véase Dean Paul, B.: *My First Life* , cap. 6: «Today We Live». Para la cita de Brian Howards «Estoy completamente harto de Londres», véase Lancaster, M. J.: *Brian Howard* , cap. 14: «Ups and Downs of the Bright Young People». Este capítulo es también la fuente de la cita de Allanah Harper.

En lo relativo a Norah C. James, véase James, N. C.: *Sleeveless Errand* , New York, William Morrow, 1929. La cita de Wyndham Lewis sobre el mundo empresarial y la juventud proviene de Lewis, W.: *Doom of Youth* , 1.ª parte, cap. 1. El titular «Inocencia infantil a los cuarenta» procede de esta misma fuente, 3.ª parte: «Exhibits». Para la condescendencia de Stephen Tennant, véase Hoare, P.: *Serious Pleasures* , cap. 8: «Intermezzo»; la cita viene de un artículo publicado el 14 de septiembre de 1928 en el *Daily Express* .

La crítica de Waugh a la generación de los años veinte que solo hacía el tonto proviene de Waugh, E.: *Cuerpos viles* , Barcelona, Anagrama, 1990, (trad. Floreal Mazía), cap. 8. Para la aparición de la literatura de guerra, véase Hynes, S: *A War Imagined* , cap. 21: «Myth-making». En lo relativo a la desilusión de la generación de la década de 1890, véanse Graves, R.: *Adiós a todo eso* ; Aldington, R.: *La muerte del héroe* , Barcelona, Luis de Caralt, 1946, (trad. Jacinto León); y Remarque, E. M.: *Sin novedad en el frente* . La cita de Remarque proviene del cap. 12. Para una perspectiva de la desilusión de la generación de posguerra vista desde dentro, véase Coward, N.: *Post-Mortem* , London, Heineman, 1931.

Para el artículo de Hans Zehrer, véase Wohl, R.: *The Generation of 1914* , cap. 2: «Germany». El dormitorio-templo de Paul y Elizabeth aparece descrito en Cocteau, J.: *Los Niños terribles* , Madrid, Cátedra, 1989, (trad. José Ignacio Velázquez). Para el contexto de *Los Niños terribles* y la historia de los hermanos Bourgoint, véase Steegmuller, F.: *Cocteau* , 6.ª parte: «Opium, Orpheus and *The Blood of a Poet* ». Más información sobre desilusiones con los años veinte y muertes en general se pueden encontrar en Lancaster, M. J.: *Brian Howard* ; Sudhalter, R. M. y Evans, P. R.: *Bix* ; Dean Paul, B.: *My First Life* ; Waugh, E.: *Cuerpos viles* ; Wolff, G.: *Black Sun* ; y Milford, N.: *Zelda* .

Para la continuación del estado de ánimo de los años veinte en la década siguiente, véase Mannin, E.: *Young in the Twenties* , cap. 14: «Overflow to the Thirties». *Un mundo feliz* fue publicada en origen en 1932: Huxley, A.: *Brave New World* , London, Chatto and Windus, 1932 [ed. en esp.: *Un mundo feliz* , Barcelona, Penguin Random House, 2012, (trad. Ramón Hernández)]. Las reflexiones de Sebastian Haffner sobre el impacto de la muerte de Gustav Stresemann aparecen en Haffner, S.: *Historia de un alemán* , 1.ª parte: «Prólogo», cap. 13. La cita «los chicos de los recados de una era mortecina» es de Hans Zehrer y aparece en Wohl, R.: *The Generation of 1914* , cap. 2: «Germany». Para los *Bunde* y Wandervogel

a finales de los años veinte, véase Laqueur, W. Z.: *Young Germany* , cap. 16: «Panorama of the Bunde» y cap. 18: «National Bolshevism».

Capítulo 18. Soldados de una idea

El panfleto de Kiel aparece reproducido en Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 5: «Dominance». Las citas de Melita Maschmann de los siguientes párrafos provienen de Maschmann, M.: *Fazit: Kein Rechtfertigungsversuch* , Stuttgart, DVA, 1963 [ed. en ing.: *Account Rendered: A Dossier on My Former Self* , London, Abelard-Schuman, 1964], cap. 1. La cifra de 3,5 millones de miembros de las Juventudes Hitlerianas proviene de Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 5: «Dominance».

La cita sobre el antagonismo entre generaciones procede de Maschmann, M.: *Fazit* , cap. 1. La cita de Baldur von Schirach: «Desde un punto de vista nacionalsocialista, la juventud siempre tiene razón», aparece en Michaud, E.: «"Soldados de una idea": Los jóvenes bajo el Tercer Reich», en *Historia de los jóvenes* , vol. 2. La declaración de Hitler de que estaba «empezando con los jóvenes» aparece reproducida en Rempel, G.: *Hitler's Children: The Hitler Youth and the SS* , Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1989, cap. 1: «Introduction».

Para la Gran Depresión en general, véase Galbraith, J. K.: *El crash de 1929* , Barcelona, Ariel, 2009, (trad. Ángel Abad). En lo relativo a la capacidad de la producción en masa de cambiar el orden social al completo, véase Filene, E. A.: *Successful Living in This Machine Age* . Para la cita de José Ortega y Gasset, véase Ortega y Gasset, J.: *La rebelión de las masas* , Madrid, Alianza, 1979, cap. 1: «El hecho de las aglomeraciones». En cuanto a las Juventudes Hitlerianas como soldados individuales de una idea, véase Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 5: «Dominance». Para la definición de Gustave Le Bon de la muchedumbre como «rebaño servil», véase Le Bon, G.: *Psicología de las multitudes* , libro 2.º: «Las opiniones y las creencias de las muchedumbres», cap. 3: «Los agitadores o conductores de muchedumbres y sus medios de persuasión».

Para la «lucha entre las fuerzas del bien en el mundo y las fuerzas del mal», véase Symons, J.: *The Thirties: A Dream Revolved* , Londres, Faber and Faber, 1975, cap. 12: «Spain». Se pueden encontrar descripciones de la polarización juvenil, por ejemplo, en Haffner, S.: *Historia de un alemán* ; Symons, J.: *The Thirties* ; Maschmann, M.: *Fazit* ; Pryce-Jones, D.: *Unity Mitford: A Quest* , London, Weidenfeld and Nicolson, 1976; Ingram, K.: *Rebel: The Short Life of Esmond Romilly* , London, Weidenfeld and Nicolson, 1985; y Mitford, J.: *Nobles y rebeldes* , Barcelona, Libros del Asteroide, 2014, (trad. Patricia Antón).

La cita de Louis MacNeice «la propia realización mediante la renuncia de uno mismo» proviene de Carter, M.: *Anthony Blunt: el espía de Cambridge* , Barcelona, Tusquets, 2004, (trad. Antonio-Prometeo Moya), cap. 5: «El profesor». La mención en cursiva *queremos lo mismo* proviene de Guérin, D.: *La peste parda: Viaje por la Alemania nazi* , Madrid, Fundamentos, 1977, (trad. Fernando Montes), «Antes de la catástrofe (1932)».

Con respecto a la cuenta atrás para la asunción del poder por parte de los nazis a partir de las elecciones de 1930, véanse Haffner, S.: *Historia de un alemán* , 1.ª parte: «Prólogo», cap. 14; y Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 4: «Birth». Para la influencia de los *fascisti* en el nacionalsocialismo, véase Michaud, E.: «"Soldados de una idea"», en *Historia de los jóvenes* , tomo 2. En cuanto al fracaso de los *Bunde* a la hora de crear una oposición coherente, véase Laqueur, W. Z.: *Young Germany* , cap. 15: «Ernst Buske and the Freischar». Para la cita de Ernst Wilhelm Eschmann, véase Wohl, R.: *The Generation of 1914* , cap. 2: «Germany».

El impulso antidemocrático de los *Bunde* y de los movimientos juveniles alemanes en su conjunto aparece delineado con brillantez en Gay, P.: *La cultura de Weimar* , cap. 6: «La venganza del padre: ascenso y caída de la objetividad». Para las manifestaciones contra *Sin novedad en el frente* , véase Koch,

H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 4: «Birth». Para la promesa de Hitler de un regreso al «gran juego bélico de 1914-1918», véase Haffner, S.: *Historia de un alemán* , 1.ª parte: «Prólogo», cap. 14.

El impacto del desempleo en la juventud alemana lo analiza Laqueur, W. Z.: *Young Germany* , cap. 18: «National Bolshevism». Para la difusión de la epidemia nazi, véase Guérin, D.: *La peste parda* , «Antes de la catástrofe (1932)». Las citas de Daniel Guérin de los siguientes párrafos proceden de la misma fuente, incluida su descripción de la polarización política en el albergue juvenil, el hecho de que la juventud alemana estuviera perdida y amargamente dividida y su descripción de las *Wild Cliquen* . La edición en inglés: Guérin, D.: *The Brown Plague: Travels in Late Weimar and Early Nazi Germany* , London, Duke University Press, 1994 incluye a modo de apéndice el extraordinario artículo «The Ring Youth Gangs», firmado por Christine Fournier en 1931.

Para la relación entre el movimiento juvenil y el acceso al poder de los nazis, véase Laqueur, W. Z.: *Young Germany* , cap. 18: «National Bolshevism» y cap. 19: «In Hitler's Shadow». Para el desempleo juvenil en Alemania, el fracaso de los movimientos juveniles y la predisposición de la juventud alemana hacia los nazis, véase Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 5: «Dominance». Este capítulo es también la fuente de los detalles sobre la congregación triunfal de octubre de 1932 en Potsdam.

En lo que concierne a la importancia de *Hitlerjunge Quex* , tanto la película como la novela, véanse Peukert, D. J. K.: *Volksgenossen und Gemeinschaftsfremde: Anpassung, Ausmerze und Aufbegehren unter dem Nationalsozialismus* , Köln, Bund Verlag, 1982 [ed. en ing.: *Inside Nazi Germany: Conformity, Opposition and Racism in Everyday Life* , London, Penguin, 1993], cap. 2; y Kracauer, S.: *De Caligari a Hitler: historia psicológica del cine alemán* , Barcelona, Paidós, 1985, (trad. Héctor Grossi), cap. 21: «Épica nacional». La historia real de Herbert Norkus se describe en Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 4: «Birth».

Para la relación del régimen nazi con los experimentos estadounidenses en materia de control de masas, véanse Guérin, D.: *La peste parda* , «Antes de la catástrofe (1932)» y Peukert, D. J. K.: *Volksgenossen und Gemeinschaftsfremde* , caps. 2 y 4. Para la primera propaganda nazi y la prohibición de las Juventudes Hitlerianas en 1932, véase Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 5: «Dominance».

En cuanto al tamaño relativo de las Juventudes Hitlerianas ante las organizaciones juveniles comunistas y socialdemócratas, véase Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 1: «Introduction». Para el vínculo de la retórica nazi con los mitos culturales alemanes, véase Gay, P.: *La cultura de Weimar* , cap. 3: «La Alemania secreta: la poesía como poder» y cap. 4: «El hambre de unidad: ensayos de modernidad». A propósito de las actividades de los nazis cuando alcanzaron el poder, véanse Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 5: «Dominance» y Peukert, D. J. K.: *Volksgenossen und Gemeinschaftsfremde* , cap. 7

Para una descripción en primera persona de la ley de habilitación, véase Haffner, S.: *Historia de un alemán* , 2.ª parte: «La revolución», cap. 19. Para la prohibición de los sindicatos y la quema de libros, véase Guérin, D.: *La peste parda* , «Después de la catástrofe (1933)», cap. 10: «La cruz gamada sobre los sindicatos», cap. 13: «Sus prisiones» y cap. 15: «En la clandestinidad». Véanse también Haffner, S.: *Historia de un alemán* , 2.ª parte: «La revolución» y 3.ª parte: «La despedida», cap. 28; y Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 5: «Dominance». Para el asalto al Instituto de Ciencias Sexuales del doctor Magnus Hirschfeld, véase Gordon, M.: *Voluptuous Panic* , «World in Flames».

La combinación de barbarismo y tecnología aparece detallada en Peukert, D. J. K.: *Volksgenossen und Gemeinschaftsfremde* , cap. 3; y Guérin, D.: *La peste parda* , «Después de la catástrofe (1933)», cap. 12: «La otra Alemania». La cita «el ruido constante de tambores» proviene de Haffner, S.: *Historia de un alemán* , 3.ª parte: «La despedida», cap. 34. Para el objetivo de control total de los nazis, véase Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 5: «Dominance»: «Como en todos los sectores de la Alemania nacionalsocialista, el control total de todos los alemanes era el objetivo último del Gobierno».

Para la cita de las «violetas de marzo», aplicada a quienes se sumaron a los nazis después de su ascenso al poder, véase Maschmann, M.: *Fazit* , cap. 1. También eran conocidos como «las víctimas de marzo». Para el análisis de Haffner de este «inconfundible ataque de nervios», véase Haffner, S.: *Historia de un*

alemán , 2.ª parte: «La revolución», cap. 19. La visita de Guérin a un albergue juvenil en abril de 1933 aparece en Guérin, D.: *La peste parda* , «Después de la catástrofe (1933)», cap. 1: «El maremoto». Véase el cap. 12: «La otra Alemania», en lo relativo a la resistencia de los grupos Wandervogel [la cita «Pronto el ruiseñor» no aparece en la edición de Fundamentos, que traduce una edición previa].

Para la rendición de la juventud alemana de su ser más íntimo a la revolución nazi, véase Haffner, S.: *Historia de un alemán* , 1.ª parte: «Prólogo», cap. 1. La declaración de 1933 de Hitler «tu hijo ya nos pertenece», aparece en Keeley, J.: *Life in the Hitler Youth* , San Diego, Lucent Books, 2000, cap. 5: «Home Life». Acerca del desmantelamiento de los movimientos juveniles en Alemania, véanse Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 5: «Dominance» y Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 3: «Unifiers, Delinquents, Enforcers».

El nombramiento de Baldur von Schirach en junio de 1933 es abordado en Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 5: «Dominance» y Peukert, D. J. K.: *Volksgenossen und Gemeinschaftsfremde* , cap. 8. La cifra de 3,6 millones de miembros de las Juventudes Hitlerianas proviene de Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 5: «Dominance», al igual que la nueva estructura de Von Schirach para las Juventudes Hitlerianas. Para el juramento de las Juventudes Hitlerianas, véase Keeley, J.: *Life in the Hitler Youth* , cap. 1: «Joining the Hitler Youth».

El programa de actividades de las Juventudes Hitlerianas aparece detallado en Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 5: «Dominance». Sobre el uniforme, véase Keeley, J.: *Life in the Hitler Youth* , cap. 1: «Joining the Hitler Youth». Michaud, E.: «"Soldados de una idea"», en *Historia de los jóvenes* , tomo 2 menciona que Hitler diseñó el uniforme.

La cita de Erika Mann sobre los «entretenimientos pacíficos» aparece en nota al pie en la edición en inglés: Guérin, D.: *The Brown Plague* , «After the Catastrophe», cap. 8: «War or Peace». La cita «una generación se prepara» aparece en Guérin, D.: *La peste parda* , «Después de la catástrofe (1933)», cap. 8: «¿Guerra o paz?». Para el adoctrinamiento militar y la cita «Una gran parte de nuestras lecturas», véase Peukert, D. J. K.: *Volksgenossen und Gemeinschaftsfremde* , cap. 8. La cita de Adolf Hitler «el Estado *Völkisch* » aparece reproducida en Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 8: «Education».

La descripción de la ceremonia de iniciación en las Juventudes Hitlerianas y el juramento completo se puede encontrar en Keeley, J.: *Life in the Hitler Youth* , cap. 1: «Joining the Hitler Youth». La cita de Adolf Hitler «del orgullo y la independencia del animal de rapiña» aparece en Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 7: «Contestants, Boxers, Combatants». El famoso aforismo de Hitler «duro como el acero Krupp» proviene de la misma fuente. La reacción de Melita Maschmann a estas declaraciones aparece en Maschmann, M.: *Fazit* , cap. 2, así como su decisión de unirse a la Bund Deutscher Mädel.

En lo relativo a la actitud de los nazis hacia las mujeres, véase Peukert, D. J. K.: *Volksgenossen und Gemeinschaftsfremde* , cap. 8; y Keeley, J.: *Life in the Hitler Youth* , cap. 1: «Joining the Hitler Youth» y cap. 4: «The School Day of the Hitler Youth». Para el implacable horario de la *Hitlerjugend* , véase Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 6: «Ideology» y Peukert, D. J. K.: *Volksgenossen und Gemeinschaftsfremde* , cap. 9. En cuanto a la denominación de los años, véase Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 5: «Dominance».

El hecho de que fueran los jóvenes los que lideraran a la juventud lo analiza Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 6: «Ideology»; para la relación entre las generaciones véase el cap. 8: «Education». La política general nazi en educación aparece detallada en Keeley, J.: *Life in the Hitler Youth* , cap. 2: «The Race War» y cap. 4: «The School Day of the Hitler Youth»; véase también Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 7: «Contestants, Boxers, Combatants».

En lo relativo a Melita Maschmann y la oposición de sus padres, véase Maschmann, M.: *Fazit* , cap. 3. Para la problemática relación entre padres e hijos, véase Keeley, J.: *Life in the Hitler Youth* , cap. 5: «Home Life». Acerca de las sanciones contra los que no se sumaban al movimiento, véanse Keeley, J.: *Life in the Hitler Youth* , cap. 1: «Joining the Hitler Youth» y Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 3: «Unifiers,

Delinquents, Enforcers». Para la formación de la fuerza especial de la policía de las Juventudes Hitlerianas, en esta última fuente, véase el cap. 4: «Police Boys, Informers, Rebels».

La cita de Hitler en la movilización de 1934 en Núremberg aparece reproducida en Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 5: «Dominance». Este capítulo es también la fuente de la declaración de Von Schirach «tu nombre, mi Führer, es para nosotros la vida eterna». Para la mercadotecnia de Hitler, véanse Peukert, D. J. K.: *Volksgenossen und Gemeinschaftsfremde* , cap. 10; y Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 5: «Dominance». Para la experiencia de un encuentro con el gran líder, véase Keeley, J.: *Life in the Hitler Youth* , cap. 1: «Joining the Hitler Youth».

Con respecto a la resistencia y la cita de J. Georgi, véase Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 10: «Dissent». Para la cita de Karma Rauhut, véase Keeley, J.: *Life in the Hitler Youth* , cap. 7: «Resistance». La cita «Era un saludable rechazo de la organización carcelaria a la que obligaban a la juventud» la reproduce Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 3: «Unifiers, Delinquents, Enforcers». En relación con los grupos juveniles que trataban de mantener sus actividades y la Rote Stosstrupp, véase Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 10: «Dissent».

La continuación del antiguo estilo de vida Wandervogel aparece detallada en Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 3: «Unifiers, Delinquents, Enforcers». Este capítulo es también la fuente de los detalles sobre los Nerother y los Piratas del Kittelsbach. Para el problema nazi con las organizaciones católicas juveniles, véase Peukert, D. J. K.: *Volksgenossen und Gemeinschaftsfremde* , cap. 6. A propósito de los problemas de disciplina en el seno de las Juventudes Hitlerianas, véase Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 3: «Unifiers, Delinquents, Enforcers».

En lo concerniente a 1936, «Año de la *Jungvolk* Alemana», véase Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 5: «Dominance». Este capítulo es también la fuente del decreto de 1936. El texto completo de este decreto sobre las Juventudes Hitlerianas aparece reproducido en Keeley, J.: *Life in the Hitler Youth* , cap. 1: «Joining the Hitler Youth». Sobre la mayor vinculación de las Juventudes Hitlerianas con las SS, véase Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 2: «The Formation of a General Alliance» y cap. 3: «Unifiers, Delinquents, Enforcers». En cuanto a la respetabilidad de las Juventudes Hitlerianas, véase, Michaud, E.: «"Soldados de una idea"», en *Historia de los jóvenes* , tomo 2; y para la institución de los *Nationalpolitische Erziehungganstalten* , etc., véase Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 9: «Elites».

El creciente militarismo y la sumisión exigida por el régimen son descritos en Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 10: «Dissent»; mientras que Peukert, D. J. K.: *Volksgenossen und Gemeinschaftsfremde* , cap. 8, contiene detalles sobre las *Meuten* y el informe de 1938 de los alemanes exiliados. Para la estrategia de vida completa dedicada al régimen por parte de los jóvenes alemanes lanzada en diciembre de 1938 por Hitler, véase Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 9: «Elites». Este capítulo es también la fuente del adoctrinamiento de las Juventudes Hitlerianas en materia de capacidad y preparación para la defensa, así como del número de miembros de las Juventudes Hitlerianas en 1938.

Para el decreto de 1939 que declaraba obligatorio el servicio juvenil en las Juventudes Hitlerianas, véanse Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 5: «Dominance» y Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 3: «Unifiers, Delinquents, Enforcers». Para los ideales nazis de sacrificio y militarismo, véanse Keeley, J.: *Life in the Hitler Youth* , cap. 3: «Ideology of Activities» y Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 6: «Ideology» y cap. 8: «Education».

CAPÍTULO 19. LOS NIÑOS VAGABUNDOS Y EL NEW DEAL

La cita de Clinch Calkins aparece en Uys, E. L.: *Riding the Rails: Teenagers on the Move During the Great Depression* , New York, TV Books, 1999, 1.ª parte: «Introduction», «When School Was Out». Las anotaciones en el diario de Blink, el joven vagabundo, provienen de Minehan, T.: *Boy and Girl Tramps of*

America , New York, Grosset and Dunlap, 1934, cap. 14: «Two Diaries». La cifra de un cuarto de millón de niños y niñas de los vagones está sacada de Uys, E. L.: *Riding the Rails* , 1.ª parte: «Introduction».

La decisión de Minehan de sumarse a los jóvenes sin hogar aparece en Minehan, T.: *Boy and Girl Tramps of America* , introducción; para sus comentarios sobre los diarios de los jóvenes, véase el cap. 14: «Two Diaries». En lo relativo al problema con la juventud y la «avalancha de niños», véase Uys, E. L.: *Riding the Rails* , 1.ª parte: «Introduction». Esta es también la fuente de la cita de Maxine Davis «200 000 niños vagabundos», aparecida en origen en un artículo de septiembre de 1932 en la revista *Ladies' Home Journal* . Davis llegó a publicar un comprometido estudio: Davis, M.: *The Lost Generation: A Portrait of American Youth Today* , New York, Macmillan, 1936.

Para el deterioro que describe Minehan de Texas, el chico vagabundo, véase Minehan, T.: *Boy and Girl Tramps of America* , cap. 15: «Their Tribal Life». La descripción de Barbara Starke de su recorrido por Estados Unidos se publicó tanto en Inglaterra como en Estados Unidos: en Estados Unidos con el título *Born in Captivity* y en Reino Unido como Starke, B.: *Touch and Go: The Story of a Girl's Escape* , London, Jonathan Cape, 1931. Los comentarios de Minehan sobre los «niños salvajes» de la Rusia revolucionaria (los *besprizornye*) y la juventud libre de Alemania, aparecen en Minehan, T.: *Boy and Girl Tramps of America* , introducción.

Para más detalles y estadísticas de los efectos que el Crac del 29 tuvo en Estados Unidos en general, véase Shannon, D. A.: *The Great Depression* (Nueva Jersey: Prentice Hall, 1960), 5.ª parte: «The Middle Classes, Bank Failures and Unemployment».

En lo relativo al impacto de la Gran Depresión en las clases trabajadoras, los negros y las mujeres en particular, véanse Lynd, R. S. y Lynd H. M.: *Middletown in Transition* , New York, Harcourt Brace and Company, 1937, cap. 2: «Getting a Living»; Rosen M.: *Popcorn Venus: Women, Movies and the American Dream* , New York, Avon, 1973, 3.ª parte: «The Thirties», cap. 8: «The Whole Town's Talking» y Erenberg, L. A.: *Swingin' the Dream: Big Band Jazz and the Rebirth of American Culture* , Chicago, University of Chicago Press, 1998, 1.ª parte: «From Jazz to Swing, 1929-1935», cap. 1: «Just One More Chance: The Fall of the Jazz Age and the Rise of Swing 1929-1935».

Para la caída de los ingresos de los profesionales por cuenta propia en un 40 %, véase Palladino, G: *Teenagers: An American History* , New York, Basic Books, 1996, 1.ª parte: «Adolescents», cap. 3: «A New Deal for Youth: "Progressive" education and the National Youth Administration». En lo concerniente a las conversaciones sobre la revolución en Estados Unidos, véase Shannon, D. A.: *The Great Depression* , 7.ª parte: «Will There Be a Revolution?», caps. 43-50. En cuanto a la cifra de cuatro de cada diez niños en edad de cursar estudios de secundaria no escolarizados, véanse Uys, E. L.: *Riding the Rails* , 1.ª parte: «Introduction» y Palladino, G: *Teenagers* , 1.ª parte: «Adolescents», cap. 3: «A New Deal for Youth».

Las estadísticas de población de Estados Unidos aparecen en Thompson, W. S. y Whelpton, P. K: «The Population of the Nation», en *The Report of the President's Research Committee on Social Trends, Recent Social Trends in The United States* , New York, McGraw-Hill, Company, 1933. Sobre el impacto de la Gran Depresión en las familias, véase Cavan, R. S. y Ranck, K. H.: *The Family and the Depression: A Study of One Hundred Chicago Families* , New York, Books for Libraries Press, 1969, cap. 6: «Adjustment to the Depression».

Los motivos que señala Minehan para el abandono de sus hogares de los vagabundos aparecen en Minehan, T.: *Boy and Girl Tramps of America* , apéndice, cuadro 12: «Reasons for Leaving Home Given by Boy or Girl Tramps». La cita de Texas procede de la misma fuente, cap. 2: «Before the Big Trouble». Para la situación en lo relativo al hogar de los jóvenes vagabundos, véase la misma fuente, apéndice, cuadro 15: «Economic Conditions in Homes of Boy and Girl Tramps» y cuadro 16: «Emotional Situation in Homes of a Certain Number of Boy and Girl Tramps». Newton D. Baker aparece en Shannon, D. A.: *The Great Depression* , 4.ª parte: «Nomads of the Depression», cap. 27: «Anxiety about the Vagrants».

Lillan Symes se menciona en Shannon, D. A.: *The Great Depression* , 7.ª parte: «Will There Be a Revolution?», cap. 49: «A Revolutionary Post-mortem». La historia de Jim Mitchell se narra en Uys, E. L.: *Riding the Rails* , 5.ª parte: «The Way Out». Para la migración a California y el cierre de la frontera, véanse Uys, E. L.: *Riding the Rails* , 1.ª parte: «Introduction», «In Harm's Way» y Palladino, G: *Teenagers* , 1.ª parte: «Adolescents», cap. 3: «A New Deal for Youth».

En cuanto a la jerarquía de los jóvenes vagabundos, véase Minehan, T.: *Boy and Girl Tramps of America* , cap. 12: «Prestige, Standards». Para los riesgos de los desplazamientos, véase Uys, E. L.: *Riding the Rails* , 1.ª parte: «Introduction», «In Harm's Way»; para la violencia de la policía ferroviaria, véase la misma fuente, 3.ª parte: «Travellin': The Bulls». Para la llegada a las ciudades, véase la misma fuente, 1.ª parte, 1.ª parte: «Introduction», «In Harm's Way»; así como Minehan, T.: *Boy and Girl Tramps of America* , cap. 5: «How They Get Food». La cita de Jim Mitchell proviene de la fuente ya referida.

Para el prematuro envejecimiento de los jóvenes vagabundos, véase Uys, E. L.: *Riding the Rails* , 4.ª parte: «Hitting the Stem». Téngase en cuenta también esta cita de Jan van Heé proveniente de la misma fuente: «Pasábamos de la infancia a ser adultos. Nunca pensamos en ser adolescentes. Solo pensábamos en sobrevivir». Véase también Minehan, T.: *Boy and Girl Tramps of America* , cap. 15: «Their Tribal Life».

Para la cita del trabajador social de Ohio, véase Uys, E. L.: *Riding the Rails* , 2.ª parte: «Catching Out», «Go Fend for Yourself». Detalles sobre las junglas de mendigos y las normas de los jóvenes aparecen en Minehan, T.: *Boy and Girl Tramps of America* , cap. 7: «Where They Sleep» y cap. 17: «Conclusions».

Para la composición racial de los transeúntes, véase Uys, E. L.: *Riding the Rails* , 1.ª parte: «Introduction», «The Wrong Side of The Tracks» y los testimonios personales de la 3.ª parte: «Hard Travellin», entrevista con «Clarence Lee 1929-31» y 4.ª parte: «Hitting the Stem», entrevista con «Clydia Williams, 1932-35». En lo relativo a la combustibilidad del entorno de los jóvenes vagabundos, véase Minehan, T.: *Boy and Girl Tramps of America* , cap. 12: «Prestige, Standards» y cap. 9: «Sex Life».

El caso de los chicos de Scottsboro se describe en Uys, E. L.: *Riding the Rails* , 1.ª parte: «Introduction», «The Wrong Side of the Tracks»; así como en Patterson, H. y Conrad E.: *Scottsboro Boy* , London, Victor Gollancz, 1950, 1.ª parte: «The Big Frame», caps. 1 y 2. Esta obra también contiene un calendario con los acontecimientos del caso de Scottsboro. Para la implicación de Nancy Cunard, véase esta misma fuente, cap. 6; así como Chisholm, A.: *Nancy Cunard* , cap. 18: «The Black Cause» y cap. 21: «The Publication of Negro».

Con respecto a los jóvenes transeúntes y las armas, véase Uys, E. L.: *Riding the Rails* , 1.ª parte: «Introduction», «Bitter Harvest»; para la cita «en Estados Unidos va a haber una revolución», véase Minehan, T.: *Boy and Girl Tramps of America* , cap. 11: «Political and Social Philosophy». Sobre la juventud «destronada», véase la cita de James San Joule en Uys, E. L.: *Riding the Rails* , 2.ª parte: «Catching Out». Las citas sobre adolescentes como «consumidores embrionarios» y los «clientes del mañana» provienen de Hollander, S. C. y Germain, R.: *Was There a Pepsi Generation Before Pepsi Discovered It?* , cap. 2: «A History of Marketing to Youth, 1880-1940».

La imagen de Minehan de las ciudades estadounidenses invadidas por grupos de matones proviene de Minehan, T.: *Boy and Girl Tramps of America* , cap. 17: «Conclusions». En lo relativo a la violencia en la fábrica de Ford, véase Lacey, R. M.: *Ford: The Men and the Machine* , New York, Ballantine Books, 1987, cap. 21: «Overpass». Para los adolescentes que aún se definían en términos de trabajo y matrimonio, véase Palladino, G: *Teenagers* , 1.ª parte: «Adolescents», cap. 2: «Advice and Consent: Building Adolescent Character». La cita del matrimonio Lynd «una subcultura juvenil más consciente de sí misma», aparece en Lynd, R. S. y Lynd H. M.: *Middletown in Transition* , cap. 5: «Making a Home: The Arena of Private Adjustment».

La cita de la revista *Parents* aparece en Palladino, G: *Teenagers* , 1.ª parte: «Adolescents», cap. 1: «The High School Age». Para la cita «Coges a un chaval de diecisiete años», véase Boorman, W. R.: *Personality in its Teens* , New York, Macmillan, 1931, 4.ª parte: «His Life Principles», cap. 7: «Morals and Ideals». Para la cita de la brecha generacional, véase Lynd, R. S. y Lynd H. M.: *Middletown in Transition* , cap. 5:

«Making a Home». La apelación a la intervención estatal de Minehan proviene de Minehan, T.: *Boy and Girl Tramps of America* , cap. 17: «Conclusions».

En relación con la presión de los compañeros y las nuevas revistas para adolescentes, véase Palladino, G: *Teenagers* , 1.ª parte: «Adolescents», cap. 2: «Advice and Consent». Para la carencia de educación sexual en los centros educativos, véase Lynd, R. S. y Lynd H. M.: *Middletown in Transition* , cap. 5: «Making a Home». En cuanto al poder del cine, véase Willey, M. L. y Rice, S. A.: «The Agencies of Communication», en *The Report of the President's Research Committee on Social Trends* .

La película *El enemigo público* fue redistribuida en DVD en *James Cagney: The Signature Collection* , Warner Home Video, 2005 junto con *Ángeles con caras sucias* , *Los violentos años veinte* y la apocalíptica *Al rojo vivo* . Para los jóvenes gánsteres que copiaban a James Cagney, véase Forman, H. J.: *Our Movie-Made Children* , Nueva York, Macmillan, 1934, cap. 15: «Movies in a Crowded Section». Este capítulo es también la fuente de las citas sobre Edward G. Robinson y los imitadores de James Cagney.

La cita «producción en masa de juventud ardiente» proviene de esta misma fuente, cap. 13: «Sex–Delinquency and Crime». El cap. 11: «The Path to Delinquency» es la fuente de la cita «el lujo, el despilfarro y el dinero fácil». Para otra visión moralista sobre esta cuestión, véase Bloomer, H.: *Movies, Delinquency and Crime* , New York, Macmillan, 1933 que aparece en Considine, D. M.: *The Cinema of Adolescence* , Jefferson, McFarland, 1985, cap. 8: «Dead Ends and Death Row 1931-1949».

A propósito de los objetivos transmitidos por las películas, véase Forman, H. J.: *Our Movie-Made Children* , cap. 3: «What Do They See?»; mientras que para las citas «conciencia nacional poco sistemática» e «imitación precisa de las películas en las formas de cortejo», véase el cap. 9: «Movies and Conduct». El diálogo entre las universitarias aparece en el cap. 10: «Moulded by the Movies». Para el nuevo código de producción, véase Considine, D. M.: *The Cinema of Adolescence* , cap. 1. Véase también Rosen M.: *Popcorn Venus* , 3.ª parte: «The Thirties», cap. 9: «Gentleman Prefer Blondes». Los ejemplares de las revistas sensacionalistas *Jim Jam Jems* y *Exposed* los facilitó el archivo Alan Betrock.

Acerca de la diversificación del crimen organizado después de la ley seca, véase Behr, E.: *Prohibition* , cap. 17: «The Aftermath». El nuevo tipo de bandas asesinas lo aborda Summers, A.: *Oficial y confidencial: la vida secreta de J. Edgar Hoover* , Barcelona, Anagrama, 1995, (trad. Jordi Beltrán), cap. 5. Véase también Cooper, C. R.: *Ten Thousand Public Enemies* , Boston, Little, Brown, 1935. Para la explosión de las tasas de delincuencia en 1933, véase Treherne, J.: *The Strange History of Bonnie and Clyde* , London, Grafton, 1985, cap. 15: «The Hunters Prepare».

El poema de Bonnie Parker «Suicide Sal» está en Treherne, J.: *The Strange History of Bonnie and Clyde* , cap. 12: «Snake Eyed Killer, Cigar-Smoking Moll». La valoración de Clyde Barrow del Ford V-8 proviene de Lacey, R. M.: *Ford* , cap. 18: «Depression». El poema adulatorio de Bonnie aparece en Treherne, J.: *The Strange History of Bonnie and Clyde* , cap. 20: «Distrust and Disagreements». Las escenas multitudinarias del funeral pertenecen también a la misma fuente, cap. 22: «Tears and Burials». Para la reacción de J. Edgar Hoover, véase el cap. 24: «From Hoover to Film Noir».

El origen de los *G-men* se describe en Summers, A.: *Oficial y confidencial* , cap. 6; para los productos *G-men* véase el cap. 9. La afirmación de que los jóvenes estadounidenses eran los «productos de un periodo psicopático» aparece en Davis, M.: *The Lost Generation* , 1.ª parte: «Trustees of Posterity», cap. 1: «Focus on Youth». Para la presencia de George Soule en Estados Unidos «en mitad de una gran revolución social», véase Shannon, D. A.: *The Great Depression* , 7.ª parte: «Will There Be a Revolution?», cap. 50: «The Revolution: A Sophisticated Dissent».

Para el impacto del *New Deal* , véase Lynd, R. S. y Lynd H. M.: *Middletown in Transition* , cap. 2: «Getting a Living». El impacto del *New Deal* en la juventud lo analizan Palladino, G: *Teenagers* , 1.ª parte: «Adolescents», cap. 3: «A New Deal for Youth» y Uys, E. L.: *Riding the Rails* , 1.ª parte: «Introduction», «A New Deal for Youth». La cita de Jim Mitchell proviene de esta última fuente (5.ª parte: «The Way Out»).

El creciente número de jóvenes estadounidenses que permanecía en la educación secundaria gracias a medidas políticas es bien descrito en Palladino, G: *Teenagers* , 1.ª parte: «Adolescents», cap. 1: «The High School Age»; así como en Lynd, R. S. y Lynd H. M.: *Middletown in Transition* , cap. 2: «Getting a Living». Para la alteración de las relaciones entre las generaciones, véase Lewis, S.: *Los padres pródigos* , Barcelona, Caralt, 1960, (trad. José Luis Beltrán). En su edición en inglés, la obra lleva el subtítulo: *La revuelta de los padres contra la revuelta de los jóvenes* .

La implicación de Eleanor Roosevelt en el AYC y el *New Deal* , así como la cita «momentos de verdadero terror», aparecen en Uys, E. L.: *Riding the Rails* , 1.ª parte: «Introduction», «When School Was Out» y en Lindley, B. y Lindley E. K.: *A New Deal for Youth: The Story of the National Youth Administration* , New York, Viking, 1938. En cuanto a la preocupación de Maxine Davis por la situación en Alemania, véase Davis, M.: *The Lost Generation* , 2.ª parte: «Mope–Hope–Grope», cap. 2: «Why Get Sore?» y 1.ª parte: «Trustees of Posterity», cap. 1: «Focus on Youth».

Para la «abrasadora rebelión», véase Lynd, R. S. y Lynd H. M.: *Middletown in Transition* , cap. 2: «Getting a Living». Sobre la amargura silenciosa de los titulados locales, véase también el cap. 12: «The Middletown Spirit». Con respecto a la preocupación por Alemania, véanse también Uys, E. L.: *Riding the Rails* , 1.ª parte: «Introduction», «Bitter Harvest» y Palladino, G: *Teenagers* , 1.ª parte: «Adolescents», cap. 3: «A New Deal for Youth». La cifra de 2,87 millones de jóvenes entre dieciséis y veinticuatro años dependientes de la asistencia pública proviene de Lindley, B. y Lindley E. K.: *A New Deal for Youth* , cap. 2: «Youth Inherits the Depression». La entrevista con Joseph Lash sobre el Sindicato Estadounidense de Estudiantes está sacada de la web del Franklin and Eleanor Roosevelt Institute [feri.org]. [No se pudo consultar para la presente edición].

En lo relativo al sacerdote católico fascista Charles E. Coughlin, véanse Stegner, W.: «1938: The Radio Priest and His Flock», en Leighton, I. (ed.): *The Aspirin Age* , London, Penguin, 1964; Wade, W. C.: *The Fiery Cross: The Ku Klux Klan in America* , New York, Simon and Schuster, 1987, libro 3.º: «1930-1937», cap. 9: «The Klan Is an American Institution» y Carlson, J. R.: *Under Cover: My Four Years in The Nazis Underworld of America* , New York, E. P. Dutton, 1943, cap. 4: «Coughlin's "Christian Crusade"».

La cita de Charles W. Taussig aparece en Lindley, B. y Lindley E. K.: *A New Deal for Youth* , prefacio. Para más detalles sobre el funcionamiento de la NYA, véanse Uys, E. L.: *Riding the Rails* , 1.ª parte: «Introduction», «A New Deal for Youth» y Palladino, G: *Teenagers* , 1.ª parte: «Adolescents», cap. 3: «A New Deal for Youth».

CAPÍTULO 20. BIFF BOYS Y LA AMENAZA ROJA

La cita proviene de Greenwood, W.: *Love on the Dole* , London, Jonathan Cape, 1933, cap. 4: «Fine Feathers». Para «la pandilla de parados» véase Lestrange, W. F.: *Wasted Lives* , London, George Routledge and Sons, 1936, 71 (este libro no está dividido en capítulos, por lo que se ofrecerán las referencias al número de página). Sobre las motivaciones de Lestrange, véase «Brief Preface and Explanation», 5-7. Para la historia de Trevor, 120 y ss. El prefacio también menciona las organizaciones gubernamentales, profesionales y sindicales con las que contactó en su investigación. Para las «Áreas Especiales», 108-112. Las fotos de los jóvenes aparecen en 83, 109 y 117.

En lo relativo a las consecuencias de la crisis económica en Gran Bretaña y la escalada del desempleo, véase Cockburn, C.: *The Devil's Decade* , London, Sidgwick and Jackson, 1973), cap. 1: «After the Crash (1929-1931)» y cap. 2: «Britain 1931»; véase también Graves, R. y Hodge, A.: *The Long Week-End* , cap. 15: «The Depression, 1930». Para las consecuencias de la Gran Depresión, véanse Lestrange, W. F.: *Wasted Lives* , *passim* ; y Orwell, G.: *El camino de Wigan Pier* , Barcelona, Destino, 1976, (trad. Ester Donato), caps. 1-6, *passim* .

El artículo de enero de 1930 en *The Times* aparece en Cockburn, C.: *The Devil's Decade* , cap. 2: «Britain 1931». Para el aluvión de «novelas sociológicas», véase Mannin, E.: *Young in the Twenties* , cap. 15: «The Sobering-Up». La cita de *Love on the Dole* «También podría estar en la puñetera cárcel», aparece en Greenwood, W.: *Love on the Dole* , 3.ª parte, cap. 6: «A Man of Leisure». Para la toma de conciencia de Harry Hardcastle de que está en el desguace, véase, en esta misma fuente, 2.ª parte, cap. 1: «Revelation».

Para el problema de los aprendices, véanse Lestrange, W. F.: *Wasted Lives* , 74 y ss.; y Members of Merseyside Socialist Research Group, *Genuinely Seeking Work: Mass Unemployment on Merseyside in the 1930s* , Liverpool, Liver Press, 1992, 1.ª parte: «Unemployed Lives», cap. 2: «Who Were the Unemployed of the 1930s?». Para la racionalización de la industria, véase la misma fuente y para la cita de Walter Greenwood sobre el progreso moderno, véase Greenwood, W.: *Love on the Dole* , 3.ª parte, cap. 6: «A Man of Leisure».

Los detalles de la creciente dependencia de la industria en la estandarización de tiempos y movimientos y el sistema Bedaux aparecen en Members of Merseyside Socialist Research Group, *Genuinely Seeking Work* , 2.ª parte: «Class Rule and the State», cap. 8: «Are You Working?: Discipline Then Speed-Up». (En un peculiar epílogo, Charles Bedaux se relacionó con los Windsor y trató de utilizar esta conexión para buscar negocios con el Partido Nazi. Cuando Estados Unidos entró finalmente en la guerra –era ciudadano estadounidense– fue arrestado en el norte de África. En diciembre de 1943, fue trasladado a Miami para ser investigado, pero ingirió una sobredosis de medicamentos y murió en su celda antes de ser juzgado).

En cuanto a las evaluaciones económicas, véanse Members of Merseyside Socialist Research Group, *Genuinely Seeking Work* , 2.ª parte: «Class Rule and the State», cap. 5: «"God Helps Those Who Help Themselves": The Law, the State and the Unemployed»; Cockburn, C.: *The Devil's Decade* , cap. 4: «Counter-Offensive (1932-35); Lestrange, W. F.: *Wasted Lives* , 123 y ss. y Blythe, R.: *The Age of Illusion* , cap. 9: «Jarrow».

Para la emigración y los campamentos de trabajo como posible salida para los desempleados, véase Humphries, S. y Gordon, P.: *Forbidden Britain* , London, BBC Books, 1994, cap. 4: «Slave Camps and Skivvy Schools». Acerca de la popularidad de las excursiones y el robo de la trainera, véase Blythe, R.: *The Age of Illusion* , cap. 9: «Jarrow». Los comentarios de Orwell sobre la ropa barata y los sueños de ser Clark Gable y Greta Garbo aparecen en Orwell, G.: *El camino de Wigan Pier* , cap. 5. La información sobre los patrones de gasto juveniles, incluida la cita de la dependienta en 1933 y la investigación de Joan Harley, procede de Fowler, D.: *The First Teenagers* , cap. 4: «The Teenage Consumer in Interwar Britain».

El fotomontaje de los jóvenes desempleados aparece en Lestrange, W. F.: *Wasted Lives* , pag. 126. Para los titulares sobre violencia del momento, véase McArthur, A. y Long, H. K.: *No Mean City: A Story of the Glasgow Slums* , London, Longmans, Green and Company, 1935, apéndice. En lo concerniente a la extravagante forma de vestir de algunos desempleados jóvenes, véase Daley, H.: *This Small Cloud: A Personal Memoir* , London, Weidenfeld and Nicolson, 1986, 3.ª parte: «Metropolitan Police 1925-50», cap. 18. «Los hombres jóvenes en sitios como Hammersmith se privaban de lo necesario para comprar ropa festiva y luego se paseaban como pavos reales con los bolsillos vacíos, sin nada más que su atuendo, pero en absoluto desanimados».

La cita de los pantalones bombachos Oxford proviene de Humphries, S.: *A Secret World of Sex* , London, Sidgwick and Jackson, 1991, cap. 6: «Street Gang Sex». La cita de la «epidemia de pandillas» proviene de Members of Merseyside Socialist Research Group, *Genuinely Seeking Work* , 2.ª parte: «Class Rule and the State», cap. 6: «Policing the Slump». En lo relativo a la influencia del cine de Hollywood, los titulares sensacionalistas sobre delincuencia, la Ley de Niños y Jóvenes de 1933 y detalles sobre *London's Bad Boys* , véase Pearson, G.: *Hooligan* , cap. 3: «Since the War–Past Perfect». Véase también Hatton, S. F.: *London's Bad Boys* , London, Chapman and Hall, 1931, cap. 1: «Hooliganism» y cap. 2: «Adolescence».

En cuanto a la comprensión de las reglas del juego por parte de la policía y los delincuentes, véase Daley, H.: *This Small Cloud* , 3.ª parte: «Metropolitan Police 1925-50», cap. 15. Para las propuestas

contra las evaluaciones económicas, véanse Cockburn, C.: *The Devil's Decade* , cap. 4: «Counter-Offensive (1932-35)»; Members of Merseyside Socialist Research Group*, Genuinely Seeking Work* , 2.ª parte: «Class Rule and the State», cap. 6: «Policing the Slump» y Pearson, G.: *Hooligan* , cap. 3: «Since the War–Past Perfect». Para la manifestación en Hyde Park, véanse estas mismas fuentes, así como Graves, R. y Hodge, A.: *The Long Week-End* , cap. 15: «The Depression, 1930».

A propósito de Mosley y la Unión Británica de Fascistas, véase Skidelsky, R.: *Oswald Mosley* , London, Macmillan, 1981, cap. 14: «Part-time Saviour»; véanse también Linehan, T.: *British Fascism, 1918-1939: Parties, Ideology and Culture* , Manchester, Manchester University Press, 2000, cap. 4: «The British Union of Fascists» y De Courcy, A.: *The Viceroy's Daughters: The Lives of the Curzon Sisters* , London, Phoenix, 2002, cap. 18: «Diana Guinness, Trophy Mistress». Con respecto a las consecuencias de la crisis para la burguesía, véanse Graves, R. y Hodge, A.: *The Long Week-End* , cap. 15: «The Depression, 1930» y Pryce-Jones, D.: *Unity Mitford* , cap. 5: «The Big Push».

La cita «violencia edípica casi tangible» proviene de Carter, M.: *Anthony Blunt* , cap. 4: «El joven contestatario». Para el desplazamiento hacia la izquierda de los intelectuales británicos, véanse Blythe, R.: *The Age of Illusion* , cap. 12: «The Crucible of Grief» y Symons, J.: *The Thirties* , cap. 3: «The Old School and the New Freedom».

El infame debate en la Oxford Union aparece mencionado en Ingram, K.: *Rebel* , cap. 5: «Another World». En lo relativo a la violencia en la manifestación del Día del Armisticio en Cambridge, véase Carter, M.: *Anthony Blunt* , cap. 5: «El profesor». Para la cita «las vibraciones violentas del mundo», véase Stansky, P. y Abrahams, W.: *Journey to the Frontier: Two Roads to the Spanish Civil War* , New York, Little, Brown, 1966, 2.ª parte: «John Cornford», cap. 3: «London».

En relación con el manifiesto *Out of Bounds* de Esmond Romilly, véanse Ingram, K.: *Rebel* , cap. 7: «A Bang–Not a Whimper» y Mitford, J.: *Nobles y rebeldes* , cap. 10. El encuentro culminante en el Olympia en junio de 1934 se analiza en Blythe, R.: *The Age of Illusion* , cap. 10: «Thugs, Trunks and Things»; Ingram, K.: *Rebel* , cap. 9: «Out of Bounds» y Linehan, T.: *British Fascism, 1918-1939* , cap. 4: «The British Union of Fascists». La detallada descripción de Harry Daley proviene de Daley, H.: *This Small Cloud* , 3.ª parte: «Metropolitan Police 1925-50», cap. 21.

Detalles de las acciones antifascistas en Liverpool aparecen en Members of Merseyside Socialist Research Group, *Genuinely Seeking Work* , 3.ª parte: «The Fight Back?», cap. 11: «Styles of Reaction: Orangeism and Fascism on Merseyside in the 1930s». Para la política de frente popular del Komintern, véase Beevor, A.: *La guerra civil española* , Barcelona, Crítica, 2005, (trad. Gonzalo Pontón), cap. 2: «La Segunda República». Para el cambio de suerte de la BUF, véase Linehan, T.: *British Fascism, 1918-1939* , cap. 4: «The British Union of Fascists».

El enfrentamiento político entre las hermanas Mitford proviene de Mitford, J.: *Nobles y rebeldes* , cap. 8. Con respecto a Unity y la BUF, véase Pryce-Jones, D.: *Unity Mitford* , cap. 5: «The Big Push». Como señala Pryce-Jones, el fascismo era para Unity «la presentación en sociedad al revés, literalmente de negro en lugar de blanco». La cita «Yo voy a ir a Alemania a conocer a Hitler» aparece en Mitford, J.: *Nobles y rebeldes* , cap. 8. La cita de Jessica Mitford sobre la sensación de fortaleza de su casa está sacada de esta misma fuente, cap. 9, así como su reacción ante Esmond Romilly.

La amistad de Unity Mitford con Hitler la describe Pryce-Jones, D.: *Unity Mitford* , cap. 6: «Pick-up in the Osteria Bavaria». Para más detalles sobre su artículo «Confessions of an English Fascist Girl», véase la misma fuente, cap. 7: «Storm-Troop Maiden». Sobre la descripción de Jessica de la furiosa discusión y la pelea entre las dos hermanas, véase Mitford, J.: *Nobles y rebeldes* , cap. 13. Los detalles de la batalla de Cable Street se encuentran en Linehan, T.: *British Fascism* , *1918-1939* , cap. 4: «The British Union of Fascists» y para las citas de Charlie Goodman, véase Humphries, S. y Gordon, P.: *Forbidden Britain* , cap. 3: «Bloodshed and Burning».

A propósito de la Guerra Civil española, véanse Blythe, R.: *The Age of Illusion* , cap. 12: «The Crucible of Grief» y Symons, J.: *The Thirties* , cap. 12: «Spain» y para la política de no intervención del Gobierno

británico, véase Beevor, A.: *La guerra civil española* , cap. 12: «Armas y diplomáticos». El artículo de John Cornford «Young Minds for Old» está en Stansky, P. y Abrahams, W.: *Journey to the Frontier* , 2.ª parte: «John Cornford», cap. 4: «Cambridge».

En la web [http://spartacus-educational.com/Spanish-Civil-War.htm] pueden encontrarse numerosos testimonios orales excelentes (en inglés) sobre la Guerra Civil española. Acerca de John Cornford en la Barcelona revolucionaria, véase Stansky, P. y Abrahams, W.: *Journey to the Frontier* , 4.ª parte: «Spain», cap. 1: «John Cornford». Para la oposición entre la realidad y los ideales, véase Beevor, A.: *La guerra civil española* , cap. 16: «La batalla de Madrid».

A propósito de Felicia Brown, véase [http://spartacus-educational.com/WbrowneF.htm] (en inglés). En lo relativo a John Cornford como «una persona seria», véase Ingram, K.: *Rebel* , cap. 14: «Madrid!». El hecho de que Cornford tomara su nombre de Rupert Brooke aparece en Stansky, P. y Abrahams, W.: *Journey to the Frontier* , 2.ª parte: «John Cornford», cap. 1: «Rupert John Cornford». Para una perspectiva opuesta de este icono de los años treinta, véase la cita de su contemporáneo Stephen Runciman: «Era un chico muy inteligente, enérgico, implacable, algo inhumano», en Carter, M.: *Anthony Blunt* , cap. 5: «El profesor».

Para la desilusión de los intelectuales británicos y las Brigadas Internacionales, véanse Beevor, A.: *La guerra civil española* , cap. 23: «La ofensiva de Brunete»; Symons, J.: *The Thirties* , cap. 12: «Spain» y Blythe, R.: *The Age of Illusion* , cap. 12: «The Crucible of Grief». Con respecto al Left Book Club, véase Blythe, R.: *The Age of Illusion* , cap. 6: «Comrades! O Comrades!» y para el testimonio del coordinador de grupo de Kent, véase Jeffery, T.: *Mass-Observation: A Short History* , Sussex, University of Sussex Library, 1999, Mass-Observation Archive, Occasional Paper No. 10, 1.ª parte: «The Need to Know», cap. 3: «The Left Book Club and Political Education».

El enfrentamiento en septiembre de 1938 entre comunistas y fascistas aparece en Mass-Observation*: Britain* , London, Penguin, 1939, cap. 2: «Crisis», parte (g): «Hub of the Universe». Para el crecimiento del desempleo en 1937, véase Cockburn, C.: *The Devil's Decade* , cap. 11: «Rearmament (1937-8)». En cuanto a las acciones del Movimiento Nacional de Trabajadores Desempleados, véase Graves, R. y Hodge, A.: *The Long Week-End* , cap. 23: «Social Consciences». Para la sensación de que la guerra futura era inevitable, véase Cockburn, C.: *The Devil's Decade* , caps. 7, 8, 11 y 12.

En lo relativo a la promoción del Ejército británico como el «Ejercito moderno», véase Jeffery, T.: *Mass-Observation* , 1.ª parte: «The Need to Know», cap. 2: «The Crisis of the Late Thirties». A propósito del derecho de los trabajadores a vacaciones pagadas, véase Cockburn, C.: *The Devil's Decade* , cap. 9: «Britain 1936». Sobre el crecimiento del consumismo en general, véase Graves, R. y Hodge, A.: *The Long Week-End* , cap. 22: «Keeping Fit and Doing the Lambeth Walk». En relación con las revistas sensacionalistas, véase el famoso ensayo de George Orwell publicado en marzo de 1940 en *Horizon* sobre los «Semanarios juveniles», que puede encontrarse en Orwell, G.: *Ensayos* , Barcelona, Debate, 2013, (en trad. de Miguel Martínez-Lage).

Para la cita «toda esta teoría es una porquería», véase Curtis, J.: *The Gilt Kid* , London, Penguin, 1947, cap. 3: «Hazy». En lo relativo a la creciente adopción de los estándares estadounidenses y la reacción a esta, véase Pearson, G.: *Hooligan* , cap. 3: «Since the War–Past Perfect». Para los orígenes de los *wide boys* , véase Murphy, R.: *Smash and Grab: Gangsters in the London Underworld* , London, Faber and Faber, 1993, cap. 3. Para más detalles sobre el Instituto Británico de Opinión Pública de Gallup, véanse Graves, R. y Hodge, A.: *The Long Week-End* , cap. 23: «Social Consciences» y Jeffery, T.: *Mass-Observation* , 1.ª parte: «The Need to Know», cap. 1: «Social Investigation Between the Wars».

El origen y el contexto de Mass-Observation se analizan en Blythe, R.: *The Age of Illusion* , cap. 6: «Comrades! O Comrades!»; Symons, J.: *The Thirties* , cap. 11: «Mass-Observation» y Jeffery, T.: *Mass-Observation* , 2.ª parte: «Mass-Observation», cap. 1: «Objectives». Para más detalles sobre el proyecto Worktown, véase la misma fuente, 2.ª parte, cap. 3: «Work Town and Holiday Town». En lo relativo a Jessica Mitford y el Instituto Británico de Opinión Pública, véase Mitford, J.: *Nobles y rebeldes* , cap. 20

La crítica relación de Mass-Observation con la publicidad y los medios de comunicación de masas se analiza en Jeffery, T.: *Mass-Observation* , 2.ª parte: «Mass-Observation», cap. 2: «First Year's Work». El estudio sobre la publicidad se encuentra en el archivo Mass-Observation Archive de la Universidad de Sussex (en adelante M-OA): FR (file report) A10: «Reactions to Ads», noviembre de 1938. En relación con *Picture Post* , véanse Jeffery, T.: *Mass-Observation* , 1.ª parte: «The Need to Know», cap. 4: «Documentary»; Kee, R.: *The Picture Post Album* , London, Barrie and Jenkins, 1989 y Savage, J.: *Picture Post Idols* , London, Collins and Brown, 1992.

El archivo completo de *Picture Post* está en el archivo Hulton Getty de Londres; para el reportaje de Gracie Fields, véase el vol. 1, n.º 5; para el de Freddie Bartholemew, véase el vol. 1, n.º 10. Sobre el consumismo como nuevo tipo de democratización de la vida económica, véase Cockburn, C.: *The Devil's Decade* , cap. 5: «The New Consumer».

El informe de Mass-Observation «Youth Organisations in Fulham» se encuentra en M-OA, TC (Topic Collection) Youth, 1937-1940, ½, marzo de 1938. Para los reportajes de *Picture Post* «A Glamour Girl's Day», véase el vol. 1, n.º 14 y para «Birth of a New Dance Craze», véase el vol. 2, n.º 1. El editorial de Edward Hulton «Youth at the Helm» se encuentra también en el vol. 2, n.º 1. Con respecto a la sala de baile Locarno de Streatham y los bailes poco ortodoxos en enormes encuentros al aire libre en los parques londinenses, véase Mass-Observation*: Britain* , cap. 5: «Doing the Lambeth Walk». En cuanto a la cultura juvenil diferenciada, incluida la información de Seebohm Rowntree y las citas de los jóvenes de Manchester, véase Fowler, D.: *The First Teenagers* , cap. 4: «The Teenage Consumer in Interwar Britain». Para la cita de George Orwell sobre el consumismo como prevención de la revolución, véase Orwell, G.: *El camino de Wigan Pier* , cap. 5.

CAPÍTULO 21. JITTERBUGS Y CUADRADOS

La cita proviene del artículo titulado «Outstanding Ickies», en *The Jitterbug* , n.º 1, New York, 1938. Para una descripción completa de las actuaciones de Benny Goodman en el Paramount Theater, véanse Collier, J. L.: *Benny Goodman and the Swing Era* , New York, Oxford University Press, 1989, cap. 13: «Finally, Success» y Erenberg, L. A.: *Swingin' the Dream* , 2.ª parte: «Now They Call It Swing, 1935-42», cap. 2: «The Crowd Goes Wild: The Youth Culture of Swing». De este mismo capítulo proviene la cita que señala que el público era el centro del espectáculo, así como la referencia al impacto de «Sing Sing Sing». En lo concerniente a la difusión del *swing* en la radio y las «salas de baile de fantasía», véase este mismo capítulo; así como Collier, J. L.: *Benny Goodman and the Swing Era* , cap. 13: «Finally, Success» y Green, A. y Laurie, J.: *Show Biz from Vaude to Video* , New York, Henry Holt, 1951, cap. 56: «Disk Jocks and LP *versus* 45s». Véase también Sanjek, R. y Sanjek D.: *American Popular Music Business in the Twentieth Century* , cap. 4: «The Fall and Rise of the Record Business».

En lo relativo al desarrollo del *swing* y la banda de Goodman, véase Collier, J. L.: *Benny Goodman and the Swing Era* , cap. 11: «The First Victor Records» y cap. 12: «Making It at the Palomar». La cita de Red Norvo proviene de Green, A. y Laurie, J.: *Show Biz from Vaude to Video* , cap. 7: «Hep to the Jive». Para los *crooners* , véanse Erenberg, L. A.: *Swingin' the Dream* , 1.ª parte: «From Jazz to Swing, cap. 1: «Just One More Chance»; Thompson, C.: *Bing: The Authorised Biography* , London, W. H. Allen & Co., 1979 y Vallee, R.: *Vagabond Dreams Come True* , New York, Dutton, 1930.

Los detalles del *swing* como cultura adolescente completa aparecen en Collier, J. L.: *Benny Goodman and the Swing Era* , cap. 14: «The Swing Band Phenomenon» y Erenberg, L. A.: *Swingin' the Dream* , 2.ª parte: «Now They Call It Swing», cap. 2: «The Crowd Goes Wild»; este capítulo es también la fuente de la cita «hitlerismo musical».

Para la declaración del AYC véase Uys, E. L.: *Riding the Rails* , 1.ª parte: «Introduction», «A New Deal for Youth». Este capítulo es también la fuente de la marcha de febrero de 1937 en Washington. Véase

también Palladino, G: *Teenagers* , 1.ª parte: «Adolescents», cap. 3: «A New Deal for Youth».

Más detalles sobre la NYA pueden encontrarse en Lindley, B. y Lindley E. K.: *A New Deal for Youth* , cap. 1: «A New Deal for Youth», cap. 2: «Youth Inherits the Depression», cap. 3: «Out of School and Out of Work» y cap. 4: «Spare Time Put to Use». La cita «parte de la juventud que se encuentra en las circunstancias más desesperadas», procede de Lindley, B. y Lindley E. K.: *A New Deal for Youth* , cap. 10: «The Balance Sheet for NYA». La cita de William W. Hinckley aparece en Uys, E. L.: *Riding the Rails* , 1.ª parte: «Introduction», «A New Deal for Youth».

Sobre la cifra de medio millón de adolescentes beneficiados por la NYA, véase Lindley, B. y Lindley E. K.: *A New Deal for Youth* , cap. 9: «A Challenge to Education». En cuanto a la explosión de la natalidad en los años veinte, véase Thompson, W. S. y Whelpton, P. K: «The Population of the Nation», en *The Report of the President's Research Committee on Social Trends* . A propósito de la importancia del mercado de la educación secundaria, en oposición al universitario, véase Erenberg, L. A.: *Swingin' the Dream* , 2.ª parte: «Now They Call It Swing», cap. 2: «The Crowd Goes Wild».

Las observaciones de Robert S. Lynd y Helen Merrell Lynd sobre las «chicas de clase empresarial» que marcaban el ritmo en los institutos aparecen en Lynd, R. S. y Lynd H. M.: *Middletown in Transition* , cap. 5: «Making a Home». Véanse también los comentarios del matrimonio en el cap. 7: «Spending Leisure»: «Las mujeres de la clase empresarial, que poca posición social logran hoy en día con las ocupaciones del hogar, se dedican al ocio y se han convertido en las innovadoras culturales del entretenimiento». Para el término *sub-debs* , véase Palladino, G: *Teenagers* , 2.ª parte: «Bobby Soxers», cap. 4: «Swing Shift: Bobby Soxers Take the Stage».

El artículo «¿Cómo de mayor se es con quince años?» procede de *Vogue* , New York, Condé Nast Publications, 01-05-1936, «How Old is Fifteen?», 51-53. Acerca de las primeras columnas de consejos fijas en *Ladies' Home Journal* y *Scholastic* , véase Palladino, G: *Teenagers* , 1.ª parte: «Adolescents», cap. 2: «Advise and Consent». Esta es también la fuente de las citas «mercancía de calidad» y «A los chicos les encanta llevar la voz cantante y ser el centro de atención». El folleto *Etiquette for the Teens* lo publicó el diario *Pittsburg Sun-Telegraph* en colaboración con Home Institute Inc. en 1937. Aparece firmado por Elizabeth Eldridge.

Para el famoso concierto de la Benny Goodman Orchestra en el Carnegie Hall, véanse Erenberg, L. A.: *Swingin' the Dream* , 2.ª parte: «Now They Call It Swing», cap. 3: «Swing Is Here: Benny Goodman and the Triumph of American Music» y Collier, J. L.: *Benny Goodman and the Swing Era* , cap. 17: «The Famous Carnegie Hall Concert». En lo relativo al comentario de Helen Ward sobre el calzado de las chicas, véase Erenberg, L. A.: *Swingin' the Dream* , 2.ª parte: «Now They Call It Swing», cap. 2: «The Crowd Goes Wild»; este capítulo es también la fuente de la cita de Leonard Pratt. Para los comentarios de Art Rollini sobre el correo de las admiradoras, véase Collier, J. L.: *Benny Goodman and the Swing Era* , cap. 14: «The Swing-Band Phenomenon».

Para las modas vinculadas al *swing* , véanse las páginas de la revista *Jitterbug* , New York, 1938 y 1939, así como Collier, J. L.: *Benny Goodman and the Swing Era* , cap. 14: «The Swing-Band Phenomenon». La cita «perder la cabeza» de Benny Goodman aparece en Erenberg, L. A.: *Swingin' the Dream* , 2.ª parte: «Now They Call It Swing», cap. 2: «The Crowd Goes Wild». Este capítulo es también la fuente de la cita «gente vanguardista» y de las descripciones de negros bailando *Lindy Hop* . Con respecto a los orígenes del *Lindy Hop* , véase Vechten, C. van: *Parties: Scenes from Contemporary New York Life* , New York, Alfred A. Knopf, 1930, cap. 14.

Para la cita «éxtasis *jitterbug* », véase Collier, J. L.: *Benny Goodman and the Swing Era* , cap. 14: «The Swing-Band Phenomenon». Acerca de la jerga propia del *swing* , véase *Jitterbug* , nums. 1 y 2. En lo relativo al *Hepster's Dictionary* de Cab Calloway, véase Calloway, C.: *Of Minnie the Moocher and Me* , New York, Thomas Y. Crowell, 1976, «The Cotton Club and The World»; en este libro se incluye una reimpresión de la sexta edición del *Hepster's Dictionary* a modo de apéndice, 252 y ss. Para una excelente

descripción de los orígenes del *swing* , véase Mezzrow, M. y Wolfe, B.: *Really the blues* , Madrid, Acuarela y A. Machado, 2010, (trad. Javier Lucini), cap. 12: «Ilumíname».

La idea de que el *swing* nació «de nuestro tipo de gobierno» aparece en Erenberg, L. A.: *Swingin' the Dream* , 2.ª parte: «Now They Call It Swing», cap. 3: «Swing Is Here». Para la cita del *jazz* como «una música de protesta y rebelión», veáse Newton, F.: *The Jazz Scene* . En lo relativo a la influencia de John Hammond sobre Benny Goodman, véase Erenberg, L. A.: *Swingin' the Dream* , 2.ª parte: «Now They Call It Swing», cap. 5: «Swing Left: The Politics of Race and Culture in the Swing Era». En esta misma sección, véase el cap. 4: «News from the Great Wide World: Count Basie, Duke Ellington and Black Swing Bands» para los músicos como modelos para la comunidad negra. Véase el cap. 6: «The City of Swing: New York and the Dance Band Business in Black and White» para el negocio del *swing* .

La incómoda relación entre las generaciones de los años veinte y treinta aparece mencionada en Green, A. y Laurie, J.: *Show Biz from Vaude to Video* , cap. 47: «Hep to the Jive–Birth of Swing». Para más detalles de la Chicago Swing Jamboree, véase Erenberg, L. A.: *Swingin' the Dream* , 2.ª parte: «Now They Call It Swing», cap. 2: «The Crowd Goes Wild». Sobre las películas juveniles y Hollywood en la década de 1930, véase Considine, D. M.: *The Cinema of Adolescence* , cap. 2: «From Skid Row to Middletown 1930-1949» y cap. 8: «Dead Ends and Death Row 1931-1939».

Para la guerra contra la marihuana en los años treinta, véase Shapiro, H.: *Historia del rock y las drogas: La influencia de las drogas en la música popular, desde el jazz hasta el hip-hop* , Barcelona, Ma non Troppo, 2006, (trad. Valeria Marcó del Pont), cap. 5: «Hey, Harry J., ¿a cuántos has atrapado hoy?». El artículo de julio de 1937 firmado por Harry Anslinger y Courtney Ryley Cooper aparece en Inciardi, J. A. y McElrath, K. (eds.): *The American Drug Scene* , Boston, Roxbury Publishing, 2004. Canciones sobre la marihuana y las «víboras» se pueden escuchar en el álbum doble *Dope and Glory: Reefer Songs from the Thirties and Forties* , München, Trikont, 2002.

En lo concerniente a la marihuana y su escaso impacto entre el público del *swing* , véanse Jonnes, J.: *Hep-Cats, Narcs, and Pipe Dreams* , New York, Scribner, 1996, cap. 7: «The Sky is High and So Am I» y Cooper, C. R.: *Designs in Scarlet* , Boston, Little, Brown, 1939, cap. 8: «The Ghost Comes Back». Para la revista *Life* y Kenneth Jones, véase «Youth Problem 1938», *Life* , 06-06-1938, 14-15. Para la cita de *The New York Times* «El *swing* es la voz de los jóvenes», véase Erenberg, L. A.: *Swingin' the Dream* , 2.ª parte: «Now They Call It Swing», cap. 2: «The Crowd Goes Wild».

La llegada del *swing* a Europa se describe en Newton, F.: *The Jazz Scene* , cap. 13: «The Public» y Godbolt, J.: *A History of Jazz in Britain* , cap. 7: «Duke and Lesser Mortals» y cap. 8: «Pundits, Record Companies, Rhythm Clubs». En lo relativo a la visita de Cab Calloway en 1935, véase Calloway, C.: *Of Minnie the Moocher and Me* , «The Cotton Club and the World». Para el artículo del *Picture Post* «Dance Madness in USA», véase *Picture Post* vol. 1, n.º 6. Para la descripción del Locarno, veáse M-OA: MDJ, ¼, Streatham Locarno, 17 de noviembre de 1938, pag. 2.

En cuanto al *swing* en Alemania y la cita del alto mando de las Juventudes Hitlerianas «los negros tienen una sensibilidad muy pronunciada para el ritmo», véase Kater, M. H.: *Different Drummers: Jazz in the Culture of Nazi Germany* , New York, Oxford University Press, 1992, cap. 1: «On the Index: The Third Reich's Pre-war Campaign»: «Ideological Foundations and Polemics». En cuanto a los controles sobre la música y los medios de comunicación, véase el cap. 1: «On the Index»: «First Public Controls» y «Broadcasting and Recordings». Para la supervivencia de los clubes, véase el cap. 2: «Jazz Defiant: The Reassertion of a Culture»: «The Jazz Congregation and Its High Priests».

Esta misma fuente describe la destrucción de discos y la disponibilidad de Radio Luxemburgo (cap. 1: «On the Index»: «Broadcasting and Recordings»). Para la tibia versión alemana del *swing* , véase el cap. 1: «On the Index»: «Attempts at German Jazz». Detalles del International Rhythm Club aparecen en el cap. 2: «Jazz Defiant»: «The Jazz Congregation and Its High Priests» y para la *Swingjugend* de Hamburgo, véase el cap. 2: «Jazz Defiant»: «Jazz Within Politics». Este capítulo es también la fuente de la descripción de los bailes sociales. Para la crítica de las SS a Benny Goodman y George Gershwin, véase el cap. 1: «On

the Index»: «Broadcasting and Recordings» y para la prohibición en Hamburgo de los bailes, véase el cap. 2: «Jazz Defiant»: «Jazz Within Politics».

La descripción del mitin de febrero de 1939 de la German-American Bund en el Madison Square Garden se encuentra en Carlson, J. R.: *Under Cover* , cap. 2: «School at Stahrenberg's». Acerca de la descripción de los jóvenes fascistas provenientes de hogares rotos o desmoralizados, véase Stegner, W.: «1938: The Radio Priest and His Flock», en *The Aspirin Age* . Para la cita «ratatatatá», véase Carlson, J. R.: *Under Cover* , cap. 4: «Coughlin's "Christian Crusade"». Véase también Farrell, J. T.: *Tommy Gallagher's Crusade* , New York, Vanguard, 1939.

Más detalles sobre el German-American Bund aparecen en Carlson, J. R.: *Under Cover* , cap. 7: «Puppets of Adolf Hitler». La cita de Helen Vooros proviene del *New York Daily Mirror* , sábado, 19 de agosto de 1939, 8. En relación con los jóvenes salidos del sistema educativo incapaces de encontrar trabajo, véanse «Youth Problem 1938», en *Life* , 11 y las estadísticas en Cooper, C. R.: *Designs in Scarlet* , cap. 3: «The Crazy Things They Do». Para el artículo de Walter Lippman, véase «America's Future», en *Life* , 5 de junio de 1939, 47 y ss.

Se pueden encontrar buenas descripciones de la Exposición Internacional de 1939 en Friebe, W.: *Architektur der Weltausstellungen: 1851 bis 1970* , Stuttgart, Kohlhammer, 1983 [ed. en ing.: *Buildings of the World Exhibitions* , Leipzig, Leipzig, 1985, 156 y ss.]; así como en la guía oficial: *New York World's Fair: The World of Tomorrow, 1939* , New York, Exposition Publications Inc., 1939. El artículo de *Harper's Bazaar* proviene del número 7219, febrero de 1939, 45-47.

En lo relativo a la MGM y el dominio del mercado por parte de Shirley Temple, véase Harmetz, A.: *The Making of The Wizard of Oz* , London, Pavilion, 1989, cap. 4: «Casting». Para más información sobre Shirley Temple, véase Zierold, N. J.: *The Child Stars* , London, Macdonald and Company, 1965, cap. 3: «What Was Shirley Temple Really Like?». La cita «una estampida de vuelta a los días sencillos y sin problemas de la infancia» procede de *The Wizard of Oz: The Screenplay* , New York: Delta, 1989, con introducción de Michael Patrick Hearn.

La compleja filmación de *El mago de Oz* se detalla en Harmetz, A.: *The Making of The Wizard of Oz* , cap. 1: «The Studio, 1938», cap. 3: «The Brains, the Nerve, the Heart and the Music» y cap. 4: «Casting». El proceso también lo describe Fricke, J., Scarfone, J. y Stillman, W.: *The Wizard of Oz: The Official 50th Anniversary Pictorial History* , London, Hodder and Stoughton, 1989, 1.ª parte: «The Oz Diary: Creating a Classic», caps. 1-7. Para la campaña publicitaria, véase la misma fuente, 2.ª parte: «The Oz Diary Continued: Promotion and Reception», cap. 8: «The Oz Campaign».

En lo concerniente a la cita «canción de añoranza» en relación con «Over the Rainbow», véase Harmetz, A.: *The Making of The Wizard of Oz* , cap. 3: «The Brains, the Nerve, the Heart and the Music». En cuanto a Judy Garland y Mickey Rooney en 1938, véase la misma fuente, cap. 4: «Casting»; así como Zierold, N. J.: *The Child Stars* , cap. 5: «The True Judy» y cap. 8: «The Mick». Para el concurso del «comité oficial de bienvenida», véase Fricke, J., Scarfone, J. y Stillman, W.: *The Wizard of Oz* , cap. 10: «Capitol Times in Manhattan».

La llegada de Garland y Rooney a Manhattan fue bien cubierta por los medios: véase el *New York Daily News* del martes, 15 de agosto. Para las descripciones de los admiradores y la cita «en torno al 60 % de la multitud eran menores», véase el *New York Post* del jueves, 17 de agosto. Para la construcción de Mickey Rooney y Judy Garland, véase Zierold, N. J.: *The Child Stars* , cap. 8: «The Mick» y cap. 5: «The True Judy». Véase también Frank, J.: *Judy* , New York, Da Capo, 1989, caps. 10-11. Para las anfetaminas, véase el cap. 14.

Para la cita sobre la «cualidad extraña, intensa» de las secuencias en color, véase Harmetz, A.: *The Making of The Wizard of Oz* , cap. 8: «Below the Line». En lo relativo a la visita de Judy Garland y Mickey Rooney a la Exposición Internacional, véase Fricke, J., Scarfone, J. y Stillman, W.: *The Wizard of Oz* , cap. 10: «Capitol Times in Manhattan». Para el anuncio de Macy's de los vestidos Judy Garland, véase *New York Daily Mirror* , martes, 29 de agosto de 1939, 11.

CAPÍTULO 22. CONQUISTADORES Y LÍDERES SUPREMOS

La cita inicial de los *Schwarze Korps* proviene de Keeley, J.: *Life in the Hitler Youth* , cap. 8: «The Hitler Youth at War». Para la cita de Robert Ley «el denominado individuo particular no existe», véase Holmes, B. R. y Keele, A. F.: *When Truth Was Treason: German Youth Against Hitler* , Chicago, University of Illinois Press, 1995, notas, introducción, nota 17. En lo relativo a la participación de la amplia mayoría de los jóvenes alemanes en las Juventudes Hitlerianas, véase Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 1: «Introduction».

Sobre el complejo sistema de control de la juventud y todos sus acrónimos (amablemente decodificados en las páginas iniciales, XI-XII), véase Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 3: «Unifiers, Delinquents, Enforcers». Entre los órganos con responsabilidad en el control de la juventud se encontraba la Gestapo, la KRIPO (Kriminalpolizei), la SIPO (Sichereitspolizei) y el SRD (Streifendienst). En cuanto a las ejecuciones en Brandemburgo, véase Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 10: «Dissent». El discurso de Hitler en diciembre de 1940 sobre la educación se encuentra en esta misma fuente, cap. 9: «Elites».

La preparación de la juventud alemana para la guerra la analizan Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 11: «War» y Keeley, J.: *Life in the Hitler Youth* , cap. 8: «The Hitler Youth and War». Véanse también las entrevistas que contiene Steinhoff, J., Pechel, P. y Showalter, D.: *Voices from the Third Reich: An Oral History* , New York, Da Capo, 1994, 1.ª parte: «The Master of Europe». Sobre los rápidos avances alemanes, véase Arnold-Forster, M.: *El mundo en guerra* , Barcelona, Plaza & Janés, 1975, (trad. Adolfo Martín), cap. 2: «La guerra ficticia» y cap. 3: «La caída de Francia».

La cifra de más de 8 millones de miembros de las Juventudes Hitlerianas aparece en Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 11: «War». Para el éxito en las anexiones de Hitler, véase Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 6: «Ideology» y para el refinamiento del sistema educativo nazi, véase Peukert, D. J. K.: *Volksgenossen und Gemeinschaftsfremde* , cap. 8. Para más información sobre el sistema educativo hitleriano, véase Keeley, J.: *Life in the Hitler Youth* , cap. 4: «The School Day of the Hitler Youth».

Acerca de la continuación del mito de Langemarck, véase Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 1: «Traditions» y cap. 11: «War». Para la cita «Solo tenía diecisiete años», véase Steinhoff, J., Pechel, P. y Showalter, D.: *Voices from the Third Reich* , cap. 9: «The Reich Starts Shrinking», entrevista con el sacerdote Basilius Heinrich Bartius Streithofen. En lo relativo a la revelación de Melita Maschmann, véase Maschmann, M.: *Fazit* , cap. 10. Para las victorias alemanas de 1939 y 1940, véase Steinhoff, J., Pechel, P. y Showalter, D.: *Voices from the Third Reich* , cap. 3: «Blitzkrieg».

La incorporación inmediata de las Juventudes Hitlerianas ante las exigencias de la guerra se detalla en Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 8: «Education» y cap. 11: «War»; este último capítulo es la fuente de la cita «A la espalda, una mochila» y de la denominación de 1940 como «Año de Demostración». Para las Juventudes Hitlerianas y la administración del imperio alemán en rápido crecimiento, véase Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 6: «Imperialists, Colonists, Exploiters».

Para más detalles sobre la ocupación de Francia, véase Ousby, I.: *Occupation: The Ordeal of France, 1940-1944* , London, Pimlico, 1999, cap. 1: «Invasion and Exodus» y cap. 2: «Vichy and the New European Order». Con respecto a la introducción de la estrella amarilla en Holanda, véase Lee, C. A.: *Biografía de Ana Frank, 1929-1945* , Barcelona, Plaza & Janés, 1999, (trad. Mónica Rubio), 2.ª parte: «1940-1942: Cuando los sufrimientos de nosotros los judíos empezaron de verdad», cap. 4. Para la introducción de la estrella amarilla en Francia, véase Ousby, I.: *Occupation* , cap. 4: «Presence and Absence».

Las actividades de los *Einsatzkommandos* aparecen descritas con viveza en Perel, S.: *Tú tienes que vivir* , Madrid, Xorki, 2014, (trad. Claudia Müller); así como en Warren, A.: *Surviving Hitler: A Boy in the Nazi Death Camps* , Nueva York, HarperCollins, 2001, cap. 2: «Occupation» y cap. 3: «A Growing Fear». En

lo relativo a la política nazi en Warthegau, véase Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 5: «Peasants, Farmers, Warriors» y cap. 6: «Imperialists, Colonists, Exploiters». Véase también el cap. 11: «War».

Acerca del relato del trabajo de Melita Maschmann en Poznan, véase Maschmann, M.: *Fazit* , caps. 6 y 7. Para la cita «exigencias excesivas», véase el cap. 9. En cuanto a Salomón Perel y el avance nazi, véase Perel, S.: *Tú tienes que vivir* , pag. 37. Para la creciente influencia de las SS en las Juventudes Hitlerianas, véase Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 8: «Pied Pipers for an Elite». Sobre la implicación de las SS en los territorios ocupados, véase el cap. 5: «Peasants, Farmers, Warriors». Esta fuente también incluye las referencias a los campesinos defensores y la cita «declaración de guerra contra el mundo liberal».

En lo relativo al nombramiento de 1942 como «Año de Servicio», véase Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 11: «War». Para la llegada de jóvenes de la Europa ocupada al nuevo Reich en expansión, véase Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 5; «Peasants, Farmers, Warriors». A propósito de la creciente dominación de las SS de las *Nationalpolitische Erziehungganstalten* y las escuelas Adolf Hitler, véase Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 9: «Elites». En relación con las experiencias de Salomón Perel en uno de estos centros de élite, véase Perel, S.: *Tú tienes que vivir* , pp. 75-150.

Para la cita que señala que las Waffen-SS contaban con un «equipamiento extraordinario», véase Steinhoff, J., Pechel, P. y Showalter, D.: *Voices from the Third Reich* , cap. 15: «The Children's Crusade», entrevista con Theo Loch. La conferencia internacional de la Liga Juvenil Europea en septiembre de 1942 aparece en Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 11: «War».

Acerca de los comentarios de Melita Maschmann sobre los altos funcionarios dentro del partido, véase Maschmann, M.: *Fazit* , cap. 8; para su sorpresa ante la actitud de las jóvenes de clase obrera a su mando, véase el cap. 12 y para la reacción emocional al ver el gueto judío de Kutno, véase el cap. 7. En cuanto al cénit del régimen nazi a finales de 1942, véase Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 9: «Elites».

CAPÍTULO 23. RECLUTAS REACIOS Y HÉROES SOCIALISTAS

La cita proviene del n.º 3 de la serie Teaching Booklet de Mass-Observation: *Children at War* , University of Sussex, 1987, 27. Para la evidencia de la amenaza nazi y la movilización en Gran Bretaña, véase Calder, A.: *The People's War: Britain 1939-1945* , London, Pimlico, 2002, cap. 1: «Prelude: Munich and the Thirties»; véase también el cap. 2: «This Strangest of Wars: September 1939-April 1940: Anticlimax».

Para un análisis del estado de ánimo de la juventud británica, véase M-OA, TC Conscientious Objectors, Report, julio de 1940. En lo relativo a Richard Hillary, véase Hillary, R.: *Un piloto de la RAF no ha regresado* , Madrid, Atlas, 1945, (trad. Antonio Espina), «Bajo el paraguas de Múnich». Este capítulo es también la fuente de las citas sobre la arrogancia nazi y de los comentarios sobre su generación de Oxford. Para la cita del director de la escuela primaria en 1942, véase *Children at War* , 5.

El «aburrimiento medio cínico» de los reclutas menos privilegiados aparece en Calder, A.: *The People's War* , cap. 2: «This Strangest of Wars». Los detalles sobre el trabajo de Mass-Observation con el Ministerio de Información aparecen en Jeffery, T.: *Mass-Observation* , Ocasional Paper N.º 10, cap, 6: «War». En cuanto a los informes de Mass-Observation sobre la objeción de conciencia, véase M-O A, TC Conscientious Objectors, Box 1, julio de 1940.

Para la cita de William L. Shirer sobre los prisioneros británicos en Bélgica, véase Shirer, W. L.: *Diario de Berlín: un corresponsal extranjero en la Alemania de Hitler (1934-1941)* , Barcelona, Debate, 2008, (trad. Francisco Javier Calzada), 2.ª parte: «La guerra», nota al pie para el 20 de mayo. En lo concerniente a la actitud de Shirer con respecto al régimen nazi, véase, por ejemplo, la anotación en su diario del 19-20 de septiembre de 1939: «Cuando Hitler pasó rozándome por el pasillo, lo seguían Himmler, Brückner, Keitel y varios otros, vestidos todos con polvorientos uniformes grises. La mayoría de ellos iban sin afeitar y debo decir que parecían una panda de gánsteres de Chicago».

Para la comparación entre los caníbales y la crianza de los adolescentes, véase Harrison, T.: *The Hope of Youth: World Review* , M-OA, FR499, The Hope of Youth, noviembre de 1940. Las respuestas al cuestionario, empezando por «una curiosa suerte de posición de callejón sin salida», provienen de M-OA, TC Youth 1937-43, I/F, The Problems of the 18-20 Age-Group, octubre de 1940. Esta es también la fuente de las citas de los siguientes párrafos. Las palabras de Harrison «siempre está la posibilidad de que, después de la guerra, la juventud culpe a los mayores», proceden de Harrison, T.: *The Hope of Youth* . Este artículo es también la fuente de la cita sobre los jóvenes «abandonados en gran medida a sus propios medios».

Sobre la escasez de *jitterbugs* en las islas, véase M-OA, TC Music/Dancing, I/A, Observations in Dance Halls, enero de 1941. Para la cita «incluso hasta la muerte», véase *Daily Mirror* , 25 de noviembre de 1940, Call to Youth, M-OA, TC: Youth 1937-43, I/D. En lo relativo a la cifra de 2 millones de chicos y chicas menores de dieciocho años trabajando, véase Jephcott, A. P.: *Girls Growing Up* , London, Faber and Faber, 1942, cap. 4: «Work». Este capítulo es también la fuente de la cita sobre la juventud como «parte realmente importante del Estado».

Los detalles sobre la evacuación planificada aparecen en el n.º 2 de los Teaching Booklet de Mass-Observation: *Evacuation* , University of Sussex, M-O A, 1987, 1-2. Acerca de la cita «Más parecido a un mercado de ganado o de esclavos», véase *Evacuation* , 5. Las citas «Eran completamente inconscientes», «si les dices una palabra más alta que otra» y «el mayor problema entre los evacuados y los anfitriones» provienen de esta misma fuente, 5, 14 y 15, respectivamente. Para la cita «sabían de la existencia de los otros», véase M-OA, TC Evacuation, I/I, Report from East Devon–Sidmouth. Para el regreso a los barrios pobres, véase *Evacuation* , pag. 19.

En cuanto al *Blitz* , véase el n.º 1 de los Teaching Booklet de Mass-Observation: *The Blitz* , University of Sussex, M-OA, 1987, 5 y ss. Para la cifra de 2 millones de londinenses sin hogar, véase Lewis, P.: *A People's War* , London, Methuen, 1986, cap. 4: «Bombs All Over». En cuanto al pillaje y al «relajamiento generalizado del sentido moral», véase M-OA, TC Youth 1937-43, 2/K, Juveniles and the War, noviembre de 1940. Esta fuente incluye informes de trabajadores sociales de Southwark, Rotherhithe y Bermondsey. Con respecto a las citas sobre «disturbios», el problema de la juventud y la inexistencia de «vida familiar para los jóvenes», véase M-OA, TC Youth 1937-43, 2/A, Youth Survey 1940-41, Paddington/Bermondsey, enero de 1941. Véase esta misma fuente para las escuelas cerradas, dañadas o requisadas y el cierre de otras instalaciones.

Sobre el incremento del 33 % en la delincuencia de menores de diecisiete años, véase Calder, A.: *The People's War* , cap. 4: «Blitz: September 1940-May 1941». En lo relativo al consenso en que las travesuras suponían una parte importante del incremento, véase Wolf, A. W. M.: *Our Children Face War* , Massachusetts, Riverside Press, 1942, cap. 4: «Keeping Them Safe: What We Can Learn from Great Britain». Para la cita «La juventud no está en "ninguna parte" en particular», véase M-OA, TC Youth 1937-43, 2/A, Youth Survey 1940-41, Paddington/Bermondsey, enero de 1941.

Para la cita «Desde el estallido de la guerra», véase M-OA, TC Youth 1937-43, 1/D, «An Imperative Obligation», extracto del boletín informativo, vol. 4, n.º 54, «Young Wage Earners», de N. Adler. Sobre las noticias sensacionalistas de la prensa, véase *The Daily Star* , enero de 1942, en M-OA, TC Youth 1937-43, 1/D. En cuanto a las cifras que niegan la información de la prensa, véanse los artículos de *The Tribune* de enero de 1942 y *The Times Educational Supplement* del 31 de enero de 1942 fotocopiados en M-OA, TC Youth 1937-43, 2/C. El material de los siguientes tres párrafos sobre el ocio y el consumo juvenil proviene de M-OA, TC Youth 1937-43, 2/E, Youth Survey, Paddington/Bermondsey, enero de 1941. Las citas sobre la ropa proceden del mismo fichero.

La cifra de 22 millones de trabajadores empleados está en Calder, A.: *The People's War* , cap. 6: «The India-Rubber Island: Britain in 1943-44». En lo que concierne a las mujeres y el trabajo, incluidas las citas «la atmósfera es de aburrimiento» y «agradable interludio», véase M-O A, TC Youth 1937-43, 2/C, Attitudes to Jobs, noviembre de 1940. En cuanto a las chicas de catorce y quince años muy demandadas

para el trabajo industrial, véase Jephcott, A. P.: *Girls Growing Up* , cap. 4: «Work». Para la cita «Los chicos y las chicas están preparados», véase el cap. 5: «Leisure (2): Dancing and the Pictures».

La descripción que hace Jephcott de una típica chica de una fábrica y sus posesiones aparece en Jephcott, A. P.: *Girls Growing Up* , cap. 2: «Two Hundred and Forty Thousand Girls». Este capítulo es también la fuente de las lecturas de las chicas: revistas románticas y las «representaciones eróticas». En lo relativo a Judy Garland, Mickey Rooney y el *hot jazz* , véase el cap. 5: «Leisure (2)». Este capítulo es también la fuente de la cita «el ritmo veloz y la música sincopada».

El aumento de las enfermedades de transmisión sexual se analiza en Costello, J.: *Love, Sex and War: Changing Values 1939-45* , London, Collins, 1985, cap. 6: «Plaster Saints». Para el titular «Tras los pasos de los militares», véase M-OA, TC Youth 1937-43 1/D, The People, enero de 1941. Para la cita «no crecen, corren», véase Jephcott, A. P.: *Girls Growing Up* , cap. 5: «Leisure (2)». En relación con los padres atrapados en la última generación y la chica que protestaba por tener que llevar una «existencia del estilo de la de Alicia en el país de las maravillas», véase el cap. 6: «Personal Relationships».

En lo relativo a las mujeres en el mercado laboral y la cita de Ernest Bevin, véase Lewis, P.: *A People's War* , cap. 5: «Daylight on Saturday». Este capítulo es también la fuente de la estadística de 7 millones de mujeres trabajadoras y la cita «la cordita solía volar por todas partes». Para la cita «criaturas inferiores en muchos hogares», véase Jephcott, A. P.: *Girls Growing Up* , cap. 3: «Education (2): After School». Con respecto a las mujeres que trabajaban lejos de casa y con una habitación propia, véase Lewis, P.: *A People's War* , cap. 5: «Daylight on Saturday».

Acerca del informe del invierno de 1941-42 que cita los niños «ariscos y agresivos», véase *Children at War* , 16. Es una fotocopia de un artículo en *The World's Children* , invierno 1941-42, que era la revista de la fundación internacional Save the Children. El artículo original se llamaba «The London Child in War-time» y se publicó firmado por Patricia Gilbert-Lodge. En lo relativo a la historia de los servicios para la juventud en Gran Bretaña, véase Gillis, J. R.: *Youth and History* , cap. 4: «Conformity and Delinquency: The Era of Adolescence, 1900-1950», 5.ª parte.

Para la circular de octubre de 1940, «Youth Physical Recreation and Service», y más detalles sobre los servicios para jóvenes durante la guerra, véase M-OA, FR1353, The Service of Youth, agosto y septiembre de 1942, 2 y ss. Este informe es también la fuente de la cita «estoy harto de estar sentado escuchando» y del registro obligatorio en 1941 de todos los chicos y chicas de dieciséis a dieciocho años, así como de las reacciones a la militarización estatal al estilo de los nazis. La implicación del Gobierno en casi todos los aspectos de la vida cotidiana se analiza en Lewis, P.: *A People's War* , cap. 6: «Women at War» y Calder, A.: *The People's War* , cap. 5: «Through the Tunnel: October 1940-December 1942». Este último es la fuente del símbolo CC41 de la marca Utility.

En lo concerniente al impulso hacia el socialismo, véase Lewis, P.: *A People's War* , cap. 10: «Leftward Look, the Land Is Bright». Este capítulo es también la fuente del material de *Picture Post* . El original aparece en *Picture Post* , vol. 10, n.º 1, 4 de enero de 1941. En cuanto a los grupos de discusión militares y la actitud de los soldados hacia el socialismo, véase Thomas, P. A.: *Post-War Hopes and Expectations, and Reaction to the Beveridge Report* , University of Sussex, M-O Teaching Booklet n.º 9, 1988, 5-7. El mismo panfleto es la fuente de la cita «escuelas como Eton y Harrow deberían prohibirse», 8.

Para una biografía de Richard Hillary, véase Faulks S.: *The Fatal Englishmen: Three Short Lives* , London, Hutchinson, 1996, «Richard Hillary». Véase también Hillary, R.: *Un piloto de la RAF no ha regresado* , «"Spitfires"» y «El mundo de Peter Pease». Para la cita de Winston Churchill sobre los nuevos Caballeros de la Mesa Redonda, véase Bungay, S.: *La batalla de Inglaterra* , Barcelona, Ariel, 2008, (trad. Joan Soler), cap. 1: «Las razones». Véase también Thomas, P. A.: *Post-War Hopes and Expectations* , *and Reaction to the Beverigde Report* , 32 y sigs; y M-OA, FR1783, Social Security and Parliament, mayo de 1943.

En relación con la juventud de los pilotos de combate, véase Bungay, S.: *La batalla de Inglaterra* , cap. 13: «Los hombres». Este capítulo es también la fuente de la cita «Era solo cerveza, mujeres y Spitfires» y

de la poderosa cultura de compañeros de «humor negro y un espíritu de equipo derivado de los deportes». La cita de Churchill «jamás en la esfera de los conflictos humanos» aparece en el cap. 19: «Pausa y reconsideración». Sobre Hillary y su negativa a asumir el papel de héroe nacional, así como para la cita «estaba tan harto de todo eso», véase Faulks S.: *The Fatal Englishmen* , «Richard Hillary».

Para la cita de la madre de Hillary, «Ya verás como tengo razón», véase Hillary, R.: *Un piloto de la RAF no ha regresado* , «Vida y espíritu». Para la cita «Es imposible tomar de la vida lo que nos place y hurtarle lo que nos pide», véase el capítulo «"A usted también le hirieron"». Para la vida posterior de Hillary tras la publicación, véase Faulks S.: *The Fatal Englishmen* , «Richard Hillary».

CAPÍTULO 24. SUB-DEBS Y RECLUTAS

La cita proviene de Daly, M.: *Seventeenth Summer* , New York, Scholastic, 1942. Para la reacción de los adolescentes estadounidenses a la guerra en Europa, véase Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II: Indianapolis as a Case Study* , Indianapolis, Department of History, Indiana University PhD, 1997; facilitado por UMI Dissertation Services, Proquest, Ann Arbor, cap. 2: «Adjustment to War».

El artículo «Sí, tenemos quintacolumnistas» se publicó en *Reader's Digest* en octubre de 1940 en Pleasantville. El artículo lo firmaba Edmond Taylor y era una reimpresión del número de septiembre de 1940 de la revista *America* . Para la denuncia de los miembros del *Bund* y los grupos del Ku Klux Klan en Estados Unidos, véase Carlson, J. R.: *Under Cover* .

En lo relativo a la aprobación de la ley de reclutamiento selectivo, véanse Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 2: «Adjustment to War» y Kennett, L.: *G.I.: The American Soldier in World War II* , New York, Warner Books, 1989, cap. 1: «The Draft». A propósito del rearme que empezó a sacar a Estados Unidos de la Gran Depresión, véase Lingeman, R. R.: *Don't You Know There's a War On?: The American Home Front, 1941-45* , New York, Putnam, 1970, cap. 1: «Prelude: Saturday». Para la cita «la palabra "democracia" está hoy en boca de todo el mundo», véase Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 2: «Adjustment to War».

Los detalles sobre la encuesta de octubre de 1940 de Gallup aparecen en Gallup, G.: «American Youth Speaks Up» , en *Reader's Digest* , octubre de 1940, 51-55. En lo concerniente a la declaración del AYC «debemos afrontar la realidad de nuestra situación» y «la esperanza y la fe de nuestros propios jóvenes están en riesgo», véase McCluskey, H. Y.: «The Outlook of Youth in a World at War», en Gruenberg, S. M. (ed.): *The Family in a World at War* , New York, Harper and Bros, 1942.

El número de jóvenes en los institutos de Estados Unidos en 1940 está sacado de las cifras ofrecidas en Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 1: «Introduction» y de Gilbert, J.: *A Cycle of Outrage: America's Reaction to the Juvenile Delinquent in the 1950s* , New York, Oxford University Press, 1986, cap. 1: «A Problem of Behavior». La duplicación del número de estudiantes con respecto a 1930 se señala en Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 3: «The High School at War». El cap. 8: «Conclusion», es también la fuente en cuanto a la creación del mercado de los institutos.

Para las cifras de desempleo entre adolescentes en la franja de edad de la educación secundaria, véase McCluskey, H. Y.: «The Outlook of Youth in a World at War», en *The Family in A World at War* . Las observaciones de Geoffrey Gorer sobre el sistema de institutos estadounidense aparecen en Gorer, G.: *The Americans: A Study in National Character* , London, Cresset, 1948, cap. 3: «The All-American Child». Para la cita «comunidad del cinturón maicero del Medio Oeste», véase Hollingshead, A. B.: *Elmtown's Youth* : *The Impact of Social Classes on Adolescents* , New York, John Wiley, 1949, prefacio.

La importancia de las pandillas se analiza en detalle en Hollingshead, A. B.: *Elmtown's Youth* , cap. 9: «Cliques and Dates». Para la cita de Joyce Jensen, véase este mismo capítulo. Con respecto a la difusión

por parte de los medios de los estilos de las pandillas, véase Palladino, G: *Teenagers* , 2.ª parte: «Bobby Soxers», cap. 4: «Swing Shift»; esta es también la fuente del artículo sobre las *sub-debs* de la revista *Life* de enero de 1941. Para la cita «un momento propicio», véase Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 7: «The Emergence of the Teen-ager».

En relación con el trabajo temporal, véase Hollingshead, A. B.: *Elmtown's Youth* , cap. 14: «Toil and Trouble». Para la columna «Tricks for Teens», véase Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 7: «The Emergence of the Teenager». La primera publicación de *Calling All Girls* aparece descrita en Palladino, G: *Teenagers* , 2.ª parte: «Bobby Soxers», cap. 4: «Swing Shift»; para más detalles, véase Rollin, L.: *Twentieth-Century Teen Culture by the Decades* , cap. 4: «The 1940's». Véase también Barson, M. y Heller, S.: *Teenage Confidential* , San Francisco, Chronicle Books, 1998, cap. 1: «Kleen Teens Never Die Young: The Dawn of Teen Culture».

Las películas juveniles de los primeros años cuarenta aparecen detalladas en Considine, D. M.: *The Cinema of Adolescence* , cap. 2: «From Skid Row to Middletown 1930-1949». Acerca del ascenso de Glenn Miller, véanse Erenberg, L. A.: *Swingin' the Dream* , 3.ª parte: «Culture Noir, 1942-1954», cap. 7: «Swing Goes to War: Glenn Miller and the Popular Music of World War II» y Schuller, G.: *The Swing Era: The Development of Jazz, 1930-1945* , New York, Oxford University Press, 1989, cap. 7: «The White Bands, part 2: Glenn Miller».

En lo relativo a Maureen Daly y su descripción de la presión de los compañeros, véase Daly, M.: *Seventeenth Summer* , cap. 1: «June». Para la cita «mucho antes de que un joven de Elmtown pueda ganar dinero», véase Hollingshead, A. B.: *Elmtown's Youth* , cap. 7: «The Adolescent in the Community». Para la hipótesis de que el «comportamiento social de los adolescentes» delataba el origen social de sus padres, véase el cap. 1: «The Research Problem» y el cap. 7:«The Adolescent in the Community». La descripción que hace Hollingshead de las cinco clases aparece en el cap. 2: «Field Procedures» y en el cap. 5: «Cultural Characteristics of the Five Classes».

Para la cita «a un grupo de chicas de aquí que se piensan que son mejores que nosotras», véase Hollingshead, A. B.: *Elmtown's Youth* , cap. 8: «The High School in Action». Sobre el ostracismo de Joan Meyers, véase el cap. 9: «Cliques and Dates». Para la cita «que se parece a un sistema de policía secreta», véase Daly, M.: *Seventeenth Summer* , cap. 1: «June». Para la vestimenta de los varones jóvenes de Elmtown, véase Hollingshead, A. B.: *Elmtown's Youth* , cap. 15: «Leisure Hour Activities».

En cuanto a las imágenes de libertad en la cultura popular estadounidense, véanse, *inter alia* , Rollin, L.: *Twentieth-Century Teen Culture by the Decades* , cap. 4: «The 1940's» y Palladino, G: *Teenagers* , 2.ª parte: «Bobby Soxers», cap. 4: «Swing Shift». Para la cita de la adolescencia «en una tierra de nadie poco definida», véase Hollingshead, A. B.: *Elmtown's Youth* , cap. 7: «The Adolescent in the Community».

En esta misma fuente, sobre la conspiración de silencio entre adultos y adolescentes, véase el cap. 12: «Recreation and Tabooed Pleasures», mientras que la maduración de la capacidad sexual proviene del cap. 16: «Sex and Marriage». Las tasas de abandono escolar de la Clase IV y la Clase V aparecen en el cap. 13: «Leaving School». Para la búsqueda de sensaciones de los adultos, véase el cap. 15: «Leisure Hour Activities». Para la cita «chica estrábica, de diecisiete años y Clase V», véase el cap. 14: «Toil and Trouble».

A propósito de la inevitable participación estadounidense en la guerra, véase Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 2: «Adjustment to War». Para la cita «Los estudiantes parecen estar esperando a que algo fuerce la situación», véase Lingeman, R. R.: *Don't You Know There's a War On?* , cap. 1: «Prelude». Acerca de la conmoción por el bombardeo de Pearl Harbor, véase Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 2: «Adjustment to War»; así como Lingeman, R. R.: *Don't You Know There's a War On?* , cap. 2: «In the Event of an Air Raid, Walk, Do Not Run». Este capítulo es también la fuente de información sobre el aluvión de solicitudes en las oficinas de reclutamiento.

Las etapas de reclutamiento, entrenamiento y adaptación a la vida militar aparecen detalladas en Kennett, L.: *G.I* ., cap. 2: «Greetings...» y cap. 4: «The View from the Barracks». Para la cita «los jóvenes

siguen siendo el recurso más preciado de la nación», véase McCluskey, H. Y.: «The Outlook of Youth in a World at War», en *The Family in A World at War* . Para la transición entre un «hijo de dieciocho años dedicado a divertirse» a un piloto «que manipula un bombardero sobre Tokio», véase Wolf, A. W. M.: *Our Children Face War* , cap. 2: «Discipline for Danger».

Con respecto al reclutamiento como «eliminación a cuchillo de las experiencias previas», veáse Kennett, L.: *G.I* ., cap. 3: «The World of the Training Camps». Para la incorporación a otra pandilla, véase Jones, J.: *WWII* , New York, Ballantine, 1975, cap. 12: «Soldiers' Evolution». En lo relativo a los sargentos soeces y maltratadores, véase Stouffer, S. A. *et al* .: *The American Soldier: Adjustment During Army Life* , New York, Science Editions, 1965, vol. 1, cap. 5: «How Personal Adjustment Varied in the Army».

Sobre el mayor nivel educativo de los reclutas, véase Stouffer, S. A. *et al* .: *The American Soldier* , cap. 2: «The Old Army and the New». Este capítulo es también la fuente de la cita la tradición militar «intolerante y medieval». La cita de Arthur Miller sobre «una personalidad mucho más compleja» de los soldados aparece en Kennett, L.: *G.I* ., cap. 4: «The View from the Barracks». En lo concerniente a la repentina maduración de los jóvenes a causa la guerra, véase Zachry, C. B.: «The Adolescent and His Problems Today», en *The Family in a World at War* . Este capítulo es también la fuente de la cita «Se ha pensado mucho».

La introducción del racionamiento en Estados Unidos la describe Lingeman, R. R.: *Don't You Know There's a War On?* , cap. 7: «Shortages and Mr. Black»; así como Palladino, G: *Teenagers* , 2.ª parte: «Bobby Soxers», cap. 4: «Swing Shift». La cita «Casi todos los estudiantes» proviene de Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 2: «Adjustment to War». El cap. 3: «The High School at War» es la fuente de los comentarios sobre la preparación para la guerra de los institutos.

Este mismo capítulo es la fuente del programa de diez puntos de la Oficina de Defensa Civil, el regreso de los ROTC, la aceleración de la escolarización de los adolescentes y la implicación de las publicaciones estudiantiles. La cita sobre la «disciplina sensata» necesaria para los adolescentes estadounidenses es de Wolf, A. W. M.: *Our Children Face War* , cap. 2: «Discipline for Danger». En lo relativo a Bob Berger, véase la revista *Life* , 30 de noviembre de 1942, portada y 103-111.

En cuanto a Ernie Pyle y los esbozos de algunos «chicos», véase Pyle, E.: *Here Is Your War: The Story of G. I. Joe* , New York, Forum Books, 1945, cap. 7: «Turns and Encounters». Para la cita de Bob Berger sobre los motivos para la guerra, véase *Life* , 30 de noviembre de 1942, 105. Acerca de la necesidad de la juventud estadounidense de tener «mentalidad de misioneros», véase Clinchy, E. R.: «Unity in Diversity», en *The Family in a World at War* . La cita de Mark McCluskey procede de esta misma obra colectiva: McCluskey, H. Y.: «The Outlook of Youth in a World at War». De este capítulo proviene también la cita del AYC.

En lo relativo a la movilización de los negros para una mayor inclusión en la democracia estadounidense, véase Blum, J. M.: *V Was for Victory* , New York, Harcourt Brace Jovanovich, 1976, 6.ª parte: «Black America: The Rising Wind», cap. 1: «Jim Crow». Para la cita de Anna W. M. Wolf «plagados de prejuicios raciales e intolerancia religiosa», véase Wolf, A. W. M.: *Our Children Face War* , cap. 3: «What Can They Do to Help?». Sobre el mantenimiento de la segregación en el Ejército, véase Blum, J. M.: *V Was for Victory* , 6.ª parte: «Black America».

En relación con Booker T. Washington y Joe Louis como modelos de comportamiento, véase Frazier, E. F.: *Negro Youth at the Crossways* , Washington, American Council on Education, 1940, cap. 7: «Social Movements and Ideology». Para la cita «No creo que ningún otro negro ni yo», véase el cap. 3: «Neighborhood Contacts». La cita «Los blancos no nos dan un trato justo» proviene del cap. 6: «Seeking Employment», al igual que la cita «los negros no tienen tantas oportunidades como los blancos».

En esta misma fuente, el cap. 7: «Warren Wall», es la fuente para la liberación a través del sexo. Las citas del párrafo que empieza «otros seguían la política» provienen del cap. 2: «The Role of The Family». Del cap. 6: «Seeking Employment», viene la cita «Me gustaría ver barrida toda la segregación». Para la

voluntad de los jóvenes de incorporarse al Ejército, véase la introducción. La marcha sobre Washington y la directiva presidencial «no podrá existir discriminación» aparece en Blum, J. M.: *V Was for Victory* , 6.ª parte: «Black America».

Las citas de Richard Wright «incluso en tiempos de paz» y «vemos extraños estados de ánimo en nuestros hijos» provienen de Wright, R.: *Twelve Million Black Voices: A Folk History of the Negro in the United States of America* , London, Lindsay Drummond Ltd., 1947, 3.ª parte: «Death on the City Pavements». Esta sección es también la fuente de las citas «Tocamos nuestras guitarras» y «nuestra música pone a bailar los pies de todo el mundo». La fotografía del joven que sale del Savoy Ballroom aparece en la pág. 129.

CAPÍTULO 25. LA SWINGJUGEND Y LOS ZAZÚS

La cita de Henry Sklow proviene de Kater, M. H.: *Different Drummers* , cap. 3: «Jazz Goes to War: Compliance and Defiance, Demands of the Military». En lo relativo al *swing* durante la guerra en Alemania y en los países ocupados por los nazis, véase esta misma fuente, así como Loiseau, J. C.: *Les Zazous* , Paris, Le Sagittaire, 1977, cap. 2 y ss.

Para una descripción general, aunque no específicamente referenciado aquí, véase Zwerin, M.: *Swing frente al nazi: el jazz como metáfora de la libertad* , Madrid, Es Pop, 2016, (trad. Óscar Palmer Yáñez). Esta obra contiene una excelente descripción del encuentro con Heinz «Ganjo» Baldauf, el agente de la Gestapo que persiguió a la Harlem Club de Fráncfort (cap. 8: «Baldauf») y la maravillosa diatriba que en 1943 lanzó un maestro francés llamado Henri Vermaine contra los zazús (cap. 17: «Zazou Hey!»): «El swing somete al sujeto a una excitación constante. Causa pesadillas. Provoca adicción. Es como una droga».

En lo que concierne a la delincuencia juvenil en la Alemania nazi tras el estallido de la guerra, véase Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 4: «Police Boys, Informers and Rebels». Para la cifra del 95 % de la juventud alemana sometida al régimen, véase el cap. 9: «The Final Sacrifice». La cita «la visita del terror» proviene de Peukert, D. J. K.: *Volksgenossen und Gemeinschaftsfremde* , cap. 11.

Para la reaparición de las pandillas proletarias, véase Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 4: «Police Boys, Informers and Rebels». En cuanto a la vestimenta, véase Peukert, D. J. K.: *Volksgenossen und Gemeinschaftsfremde* , cap. 8. La cita «Es culpa de las Juventudes Hitlerianas» procede de esta misma fuente. Los detalles sobre los nombres de las bandas provienen de estas dos últimas fuentes. Peukert es también la fuente de las canciones populares modificadas y la cita «todos los niños saben quiénes son los Piratas del Kittlesbach».

Con respecto a la orden policial aprobada por Heinrich Himmler en junio de 1940 y la expansión de la SRD, véase Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 4: «Police Boys, Informers and Rebels». Este capítulo es también la fuente de la orden de otoño de 1940 para el arresto de servicio juvenil, así como de las cifras de delitos y arrestos, que vienen asimismo de Peukert, D. J. K.: *Volksgenossen und Gemeinschaftsfremde* , cap. 8. Para la segregación por sexos de los nazis, véase Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 4: «Police Boys, Informers and Rebels». La cita «relaciones sexuales entre menores» y las posteriores están sacadas de Peukert, D. J. K.: *Volksgenossen und Gemeinschaftsfremde* , cap. 8.

Para el mantenimiento de los clubes de *swing* véase Peukert, D. J. K.: *Volksgenossen und Gemeinschaftsfremde* , cap. 8; así como Kater, M. H.: *Different Drummers* , cap. 3: «Jazz Goes to War», subsección «The War Inside the Great Germanic Reich». La cita de Jutta Hipp proviene de esta última fuente, así como los detalles sobre la vestimenta de los chicos de Hamburgo (subsección «Hamburg's Different Drummers»). Véase este mismo capítulo para más detalles de la pandilla de Frankfurt y la caza de aficionados al *swing* por parte de las autoridades en lanchas motoras. Para la cita de la Gestapo de

febrero de 1940 sobre una fiesta *swing* , véase Peukert, D. J. K.: *Volksgenossen und Gemeinschaftsfremde* , cap. 8.

La historia de la *Swingjugend* de Hamburgo relatada en los siguientes párrafos la describe maravillosamente Kater, M. H.: *Different Drummers* , cap. 3: «Jazz Goes to War», subsección «Hamburg's Different Drummers». El material sobre la audiencia de la BBC proviene del cap. 2: «Jazz Defiant». Para la prohibición del *hot swing* por parte del Reichsmusikkammer, véase el cap. 3: «Jazz Goes to War», subsección: «The War Inside the Great Germanic Reich». Para el movimiento soterrado de la *Swingjugend* de Hamburgo y la apelación a Reinhard Heydrich, véase este mismo capítulo, subsección «Hamburg's Different Drummers».

La respuesta de Himmler a la *Swingjugend* de Hamburgo está íntegra en Peukert, D. J. K.: *Volksgenossen und Gemeinschaftsfremde* , cap. 10. Sobre el cabaret con imitaciones de Hitler y Goebbels, véase Kater, M. H.: *Different Drummers* , cap. 3: «Jazz Goes to War»; para el informe de las SS sobre el concierto del verano de 1942 en Hamburgo de la banda de Willie Artelt, véase Peukert, D. J. K.: *Volksgenossen und Gemeinschaftsfremde* , cap. 11.

Las trastadas de la primavera de 1941 por parte de los *petits Swings* se detallan en Loiseau, J. C.: *Les Zazous* , cap. 2. En lo relativo a la relación simbiótica del *swing* en Francia y la ocupación, véanse Ousby, I.: *Occupation* , cap. 3: «Are You in Order?» y Lottman, H. R.: *La Rive Gauche: la élite intelectual y política en Francia entre 1935 y 1950* , Barcelona, Tusquets, 2006, (trad. José Martínez Guerricabeitia), 3.ª parte: «Los años alemanes», cap. 10: «En el París ocupado». Para la cita «La excesiva euforia», el material sobre el *swing* como moda popular y la cita «¿Qué podías hacer si no la soportabas?», véase Loiseau, J. C.: *Les Zazous* , cap. 2.

Los regímenes de la Francia ocupada se describen en Ousby, I.: *Occupation* , cap. 2: «Vichy and the New European Order», de donde proviene también el material sobre el régimen de Vichy. Para la *Blutfahne* , la bandera de sangre, véase esta misma fuente, 2.ª parte, cap. 4: «Presence and Absence». Para la cita de Pétain «el espíritu de la juventud», véase Bollon, P.: *Rebeldía de la máscara* , Madrid, Espasa Calpe, 1992, (trad. Mauro Armiño), 1.ª parte: «Figuras de estilo», cap. 7: «*Zazou-zazou-zazouhé* ».

En relación con el lugar de la juventud en esta «utopía agrícola», véase Jackson, J.: *France: The Dark Years, 1940-44* , Oxford, Oxford University Press, 2001, cap. 7: «The National Revolution». Este capítulo es también la fuente de la cita « suicidio colectivo de la nación». Para el grupo juvenil del régimen de Vichy Les Compagnons, véanse Ousby, I.: *Occupation* , cap. 2: «Vichy and the New European Order» y Loiseau, J. C.: *Les Zazous* , cap. 1. A propósito del peregrinaje a Le Puy, véase Jackson, J.: *France* , cap. 11: «Propaganda, Policing and Administration».

La cita de Simone de Beauvoir «esa cálida tontería» proviene de Beauvoir, S.: *La plenitud de la vida* , Barcelona, Edhasa, 1980, (trad. Silvina Bullrich), cap. 7. Para las condiciones en la Zona Ocupada y el norte de Francia, véanse Loiseau, J. C.: *Les Zazous* , cap. 1; Ousby, I.: *Occupation* , cap. 3: «Are You in Order?» y Jackson, J.: *France* , cap. 8: «Collaboration». Los detalles sobre la prensa colaboracionista se pueden encontrar en Ousby, I.: *Occupation* , cap. 2: «Vichy and the New European Order».

En lo relativo a Robert Brasillach, véase Kaplan, L. S: *The Collaborator: The Trial and Execution of Robert Brasillach* , Chicago, University of Chicago Press, 2000, cap. 1: «The Making of a Fascist Writer» y cap. 2: «Brasillach's War». En cuanto a *Je Suis Partout* como revista *collabo* más popular, véase Jackson, J.: *France* , cap. 9: «Collaborationism». Para la columna «Partout et ailleurs», véanse Lottman, H. R.: *La Rive Gauche* , 3.ª parte: «Los años alemanes», cap. 5: «Las estructuras del colaboracionismo» y Kaplan, L. S: *The Collaborator* , cap. 2: «Brasillach's War».

Para la cita de Jean-Paul Sartre «Cada uno de nuestros actos era ambiguo», véase Sartre, J. P.: *La república del silencio* , Buenos Aires, Losada, 1960, (trad. Alberto L. Bixio), «París bajo la ocupación». Sobre la conflictiva reacción de la escolar sobre los Alemanes, véase Jackson, J.: *France* , cap. 14: «Reconstructing Mankind». Para las ejecuciones como resultado inmediato de la resistencia, véase Ousby, I.: *Occupation* , cap. 5: «Living in Fear, Living in Hope». Para los *petits Swings* que empezaron a utilizar la

ropa como provocación, véase Bollon, P.: *Rebeldía de la máscara* , 1.ª parte: «Figuras de estilo», cap. 7: «*Zazou-zazou-zazouhé* ».

Para la cita de Albert Camus, véase Camus, A.: *El hombre rebelde* , en *Obras* , 3, Madrid, Alianza, 1996, (trad. Luis Echávarri), 2.ª parte: «La rebelión metafísica», subsección: «La rebelión de los dandis». Para el cambio de los *petits Swings* a los Ultra-Swings, véase Bollon, P.: *Rebeldía de la máscara* , 1.ª parte: «Figuras de estilo», cap. 7: «*Zazou-zazou-zazouhé* ». Para la censura del *jazz* y del *swing* tras la entrada de Estados Unidos en la guerra, véase Loiseau, J. C.: *Les Zazous* , cap. 2. Véase el cap. 4 para el cierre de los cafés del bulevar St. Michel y el cap. 2 para la cita «bailaban en el borde de un volcán».

A propósito de la edad de los zazús y la rebelión J3, véase Ousby, I.: *Occupation* , cap. 3: «Are you in Order?». La idea de que los zazús representaban un tipo de dadaísmo al tiempo que preservaban una fachada vacía, sarcástica, aparece en Bollon, P.: *Rebeldía de la máscara* , 1.ª parte: «Figuras de estilo», cap. 8: «Ironía del mundo». Para la cita «Entregadnos vuestros veinte años», véase Loiseau, J. C.: *Les Zazous* , cap. 2. Para la etimología del término zazú véanse Loiseau, J. C.: *Les Zazous* , cap. 2 y Bollon, P.: *Rebeldía de la máscara* , 1.ª parte: «Figuras de estilo», cap. 8: «Ironía del mundo».

Los detalles de los discos de Slim Gaillard y Freddy Taylor aparecen en la extremadamente rigurosa Delaunay, C.: *New Hot Discography* , New York, Criterion, 1982, «Post 1930 Jazz». Sobre la vestimenta de los zazús, véase Bollon, P.: *Rebeldía de la máscara* , 1.ª parte: «Figuras de estilo», cap. 7: «*Zazou-zazou-zazouhé* » y Loiseau, J. C.: *Les Zazous* , cap. 4. De este último proviene la cita «aceitoso como una ensalada», mientras que «grandes como barcos» del primero. Para la cita «una generación de retrasados», véase Loiseau, J. C.: *Les Zazous* , cap. 4. Para la cita «basurilla mimada» véase Loiseau, J. C.: *Les Zazous* , cap. 7.

A propósito de las fiestas sorpresa de los zazús, véase Loiseau, J. C.: *Les Zazous* , cap. 5; véase el cap. 6 para la mitología de Estados Unidos. La cita «una cuestión de actitud» viene de la misma fuente. Para la apreciación de las cursilerías de Vichy, véase el cap. 5, que incluye las citas «cristalizado perfume de estupidez» y «por el espíritu de la contradicción». Para la crítica de Robert Brasillach a los zazús por no «tener el espíritu fascista», véase el cap. 8; para la cita «la locura del *jazz* » véase el cap. 6, mientras que para «no eran franceses», véase el cap. 8. La siguiente cita de *La Gerbe* , «Estos idiotas están jugando con fuego», proviene del mismo capítulo. En cuanto al razonamiento y la vestimenta zazú, véase el cap. 4. Para la cita «estos jóvenes ciudadanos de la Francia Libre», véase el cap. 8.

Para el concepto de *l'attentisme* , véase Bollon, P.: *Rebeldía de la máscara* , 1.ª parte: «Figuras de estilo», cap. 7: «*Zazou-zazou-zazouhé* » y cap. 8: «Ironía del mundo». Para la cita de Simone de Beauvoir, véase Beauvoir, S.: *La plenitud de la vida* , cap. 7. Véase Loiseau, J. C.: *Les Zazous* , cap. 9, para la cita de Jacques Doriot, las palizas de la Jeunesse Populaire Française, el titular de *La Jeunesse* «RASEZ LE ZAZOU » y las detenciones habituales en redadas policiales.

Los detalles de la estrella amarilla *swing* provienen de Loiseau, J. C.: *Les Zazous* , cap. 10. Véase el mismo capítulo en lo concerniente a la popularización nacional del *swing* en 1942. Véase el cap. 11 para el reclutamiento para trabajos forzados y las detenciones, así como para la incorporación de los zazús a *les refractaires* . El «zazú triste» se describe en el cap. 12. Para la cita «aquel horror abstracto», véase Sartre, J. P.: *La república del silencio* , «París bajo la ocupación».

CAPÍTULO 26. ZOOT-SUITERS Y VICTORY GIRLS

La cita proviene de Wolf, A. W. M.: *Our Children Face War* , prólogo. Para la histeria bélica después de diciembre de 1941, véase Lingeman, R. R.: *Don't You Know There's a War On?* , cap. 2: «In the Event of an Air Raid, Walk, Do Not Run». Para la perspectiva de Freud sobre las fuerzas psicológicas liberadas por el conflicto, véase Freud, S.: «Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte», 1915, en *Obras Completas* , tomo 4.

Más información sobre la histeria bélica se puede encontrar en Mazón, M.: *The Zoot Suit Riots: The Psychology of Symbolic Annihilation* , Austin, University of Texas Press, 2002, cap. 1: «Introduction» y cap. 6: «The Symbols, Imagery and Rhetoric of the Riots». La cita de Chester Himes «Era la expresión en las caras de los blancos» proviene de Himes, C.: *Si grita, suéltale* , Madrid, Júcar, 1989, (trad. Marta Mateos Martínez), cap. 1. En relación con la suerte de los *nisei* , véase Blum, J. M.: *V Was for Victory* , 5.ª parte: «Outsiders», cap. 2: «A Jap's a Jap». Las otras dos citas provienen de Okada, J.: *No-No Boy* , Seattle, University of Washington Press, 1979, prefacio.

Para los disturbios de Detroit a finales de febrero de 1942, véase Blum, J. M.: *V Was for Victory* , 6.ª parte: «Black America», cap. 3: «Race Riot». La cita «Cientos de blancos» proviene de Lee, A. M.: *Race Riot* , New York, Dryden Press, 1943, 3.ª parte: «Overcrowding in Dwellings, Recreation and Transportation», cap. 7: «What Really Caused the Detroit Riots».

Para más detalles del caso «Sleepy Lagoon», véanse Mazón, M.: *The Zoot Suit Riots* , cap. 2: «The Sleepy Lagoon Case» y Adler, P. R.: «The 1943 Zoot-Suit Riots: Brief Episode in a Long Conflict», en Servín, M. P. (ed.): *An Awakened Minority: The Mexican-Americans* , Beverly Hills, Glencoe Press, 1974. Para la letra de la exitosa canción de Harry James, véase Lingeman, R. R.: *Don't You Know There's a War On?* , cap. 3: «The Changing Landscape: War Towns, War Brides and Washington».

Con respecto a los jóvenes desbocados en los cines y la cita de la revista *Life* «De pronto, el país es consciente de lo que la guerra está suponiendo para los niños», véanse Considine, D. M.: *The Cinema of Adolescence* , cap. 8: «Dead Ends and Death Row, 1931-1949» y Green, A. y Laurie, J.: *Show Biz from Vaude to Video* , cap. 49: «Soldiers in Grease Paint», subsección «Zoot-suiters». Sobre las dificultades de los jóvenes estadounidenses en los primeros años de la guerra en general, véase Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 5: «Stresses and Strains».

La cita «más afectados por la guerra» proviene de Zachry, C. B.: «The Adolescent and His Problems Today», en *The Family in a World at War* . Para la «avalancha» de jóvenes en la industria, véase Lingeman, R. R.: *Don't You Know There's a War On?* , cap. 5: «Give Us the Tools». Las estadísticas sobre empleo juvenil se pueden encontrar en Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 4: «Youth Employment» y Gilbert, J.: *A Cycle of Outrage* , cap. 1: «A Problem of Behavior».

La cita «mientras dure la guerra» proviene de Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 4: «Youth Employment», al igual que la cita «exige a gritos la presencia de chicos y chicas sobresalientes». La cita «El adolescente siente que los cimientos de su universo se tambalean de la noche a la mañana» proviene de Zachry, C. B.: «The Adolescent and His Problems Today», en *The Family in a World at War* . Para las películas patrióticas, véase Lingeman, R. R.: *Don't You Know There's a War On?* , cap. 6: «Will This Picture Help Win the War?».

Flying Wildcats es el típico libro de la guerra sobre «los logros alados del Ejército de Tierra, la Armada y los Marines». Fue publicado en 1943 por Hampton Publishing Company (Nueva York) y editado por Leo Margulies.

Acerca del nuevo cambio en la definición social de la adolescencia, véase Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 4: «Youth Employment». Para esta visibilidad sin precedentes, véase, en esta misma fuente, el cap. 8: «Conclusion»; mientras que para los toques de queda, véase el cap. 5: «Stresses and Strains». De este último capítulo provienen las citas: «Toda nuestra forma de vida» y «Seguro que cuando los que están en el Ayuntamiento tenían quince años». En cuanto al resurgir industrial de Estados Unidos y la salida de la Gran Depresión, véase Blum, J. M.: *V Was for Victory* , 3.ª parte: «Getting and Spending», cap. 1: «The Return of Prosperity» y cap. 2: «The Wartime Consumer».

La cita «frenética construcción» proviene de Lingeman, R. R.: *Don't You Know There's a War On?* , cap. 3: «The Changing Landscape». Para la industria que exigía el final de la «sandez» socialista, véase Terkel, S.: *La guerra «buena»: una historia oral de la segunda guerra mundial* , Madrid, Capitán Swing, 2015, (trad. Lucía Barahona), libro 3.º, «Los grandes mandamases», entrevista con Thomas G. (Tommy «el Corcho» Corcoran). En lo relativo a la planta de Willow Run gestionada por Ford y la carencia de

distracciones, véase Lingeman, R. R.: *Don't You Know There's a War On?* , cap. 3: «The Changing Landscape».

A propósito de la llegada de marginados a Séneca, véase Terkel, S.: *La guerra «buena»* , libro 3.º, «Dinero repentino», entrevista a Elsie Rossio. En lo que concierne al incremento de matrimonios y a las dificultades afrontadas por las jóvenes recién casadas, véase Lingeman, R. R.: *Don't You Know There's a War On?* , cap. 3: «The Changing Landscape». Para la incorporación de 6,5 millones de personas a la fuerza laboral, véase Blum, J. M.: *V Was for Victory* , 3.ª parte: «Getting and Spending», cap. 2: «The Wartime Consumer».

La cita «Las mujeres están escapando del molde» proviene de la fascinante colección de artículos Lerner, M.: *Public Journal: Marginal Notes on Wartime America* , New York, Viking, 1945, «The New Amazons», publicado en origen el 11 de febrero de 1943. Para la vida en las ciudades de la industria militar, véase McCloskey, M. A.: «Educational Problems in Camp and Community», en *The Family in a World at War* . La cita de Agnes Meyer «una trabajadora social» procede de Lingeman, R. R.: *Don't You Know There's a War On?* , cap. 3: «The Changing Landscape», que es también la fuente de información sobre el cine en Muncie.

La formación de los jóvenes reclutas se aborda en Lingeman, R. R.: *Don't You Know There's a War On?* , cap. 2: «In the Event of an Air Raid, Walk, Do Not Run»; Mazón, M.: *The Zoot Suit Riots* , cap. 1: «Introducción» y cap. 6: «The Symbols, Imagery and Rhetoric of the Riots» y Jones, J.: *WWII* , «I Didn't Raise My Boy...», 30-33. Jones describe asimismo la psicología de *carpe diem* de los soldados en el cap. 2: «Soldiers' Evolution», 54-55 y las ilustraciones eróticas en «First War Art», 57.

En relación con los soldados que se sentían libres «para liberar sus impulsos», véase Mazón, M.: *The Zoot Suit Riots* , cap. 6: «The Symbols, Imagery and Rhetoric of the Riots». En lo relativo a los soldados fuera de servicio, véase el cap. 4: «Servicemen and Zoot-Suiters». La cita de Donald Vining proviene de Vining, D.: *A Gay Diary 1933-1946* , New York, Pepys Press, 1979, anotación del lunes, 4 de mayo de 1942. El descontento en Estados Unidos en mayo de 1943 se describe en Mazón, M.: *The Zoot Suit Riots* , cap. 4: «Serviceman and Zoot-Suiters». Para el informe del 8 de junio del responsable de la patrulla, véase el apéndice A de esta misma fuente.

La cita de Carey McWilliams «Avanzando por las calles del centro de Los Ángeles» proviene de Adler, P. R.: «The 1943 Zoot-Suit Riots», en *An Awakened Minority* . Para el contexto del conflicto, véase, en esta misma fuente, el artículo de Fitzgerald-Scott, R.: «Wartime Labor Problems and Mexican-Americans in the War». Para la cita «un chico de dieciséis años estaba listo», véase Mazón, M.: *The Zoot Suit Riots* , cap. 4: «Servicemen and Zoot-Suiters».

Con respecto al enfrentamiento de los *zoot-suiters* «no contra una, sino contra dos culturas», véase Sánchez, G. J.: *Becoming Mexican-American: Ethnicity, Culture and Identity in Chicano Los Angeles, 1900-1945* , New York, Oxford University Press, 1993, 3.ª parte: «Shifting Homelands», cap. 6: «Family Life and the Search for Stability». Este capítulo es también la fuente de la idea de que el traje *zoot* se convirtió en estándar para el *pachiquismo* . La famosa cita de Malcolm X sobre su primer traje *zoot* proviene de Malcolm X: *Autobiografía* , Barcelona, Ediciones B, 1992, (trad. César Guidini y Gemma Moral), cap. 3: «"Paisano"».

Sobre el origen del traje *zoot* , véanse Mazón, M.: *The Zoot Suit Riots* , cap. 1: «Introducción»; Chenoune, F.: *A History of Men's Fashion* , Paris, Flammarion, 1993, 4.ª parte: «Pinstripes and Black Leather, 1940-1990», cap. 20: «Zazous and Zoot Suits: Funny Fashions for a Phoney War» y Chibnall, S.: *Whistle and Zoot: The Changing Meaning of a Suit of Clothes* , London, History Workshop, issue #20, otoño de 1985. Los detalles sobre Clyde Duncan aparecen en la pág. 9 de la versión completa del artículo Chibnall, S.: *Style Politics: The Changing Meaning of A Suit of Clothes* , Leicester Polytechnic, sin publicar, cortesía del autor.

La canción «A Zoot Suit for My Sunday Gal» está incluida en Chibnall, S.: *Style Politics* , 3 y Lingeman, R. R.: *Don't You Know There's a War On?* , cap. 9: «War Nerves». Para la prohibición del traje

zoot tras la introducción del racionamiento en la ropa, véanse Sánchez, G. J.: *Becoming Mexican-American* , 4.ª parte: «Ambivalent Americanism», cap. 12: «The Rise of the Second Generation» y Blum, J. M.: *V Was for Victory* , 3.ª parte: «Getting and Spending», cap. 1: «The Return of Prosperity». Para los estudiantes de secundaria que llegaban en masa a Harlem para comprar trajes *zoot* , véase Chibnall, S.: *Style Politics* , 11.

A propósito de la vinculación de los trajes *zoot* a los *pachucos* y el impacto del caso Sleepy Lagoon, véanse Mazón, M.: *The Zoot Suit Riots* , cap. 2: «The Sleepy Lagoon Case» y Adler, P. R.: «The 1943 Zoot-Suit Riots», en *An Awakened Minority* . Para los detalles sobre las treinta y cinco bandas de *pachucos* , véase Sánchez, G. J.: *Becoming Mexican-American* , 4.ª parte: «Ambivalent Americanism», cap. 12: «The Rise of the Second Generation».

La cita de un miembro de una banda «Éramos críos» proviene de Adler, P. R.: «The 1943 Zoot-Suit Riots», en *An Awakened Minority* . Esta es la fuente de la cita «Detuvieron a unas 600 personas», como también de los detalles del caso Sleepy Lagoon, que también aparecen en Mazón, M.: *The Zoot Suit Riots* , cap. 2: «The Sleepy Lagoon Case» y Sánchez, G. J.: *Becoming Mexican-American* , 4.ª parte: «Ambivalent Americanism», cap. 12: «The Rise of the Second Generation».

Acerca de la descripción del juicio a los acusados en el caso Sleepy Lagoon, incluidas las citas «linchamiento ritual» y «pumas», véase Mazón, M.: *The Zoot Suit Riots* , cap. 2: «The Sleepy Lagoon Case». Para la tira cómica *Li'l Abner* , véase el cap. 3: «The Zoot Suit Yokum Conspiracy». Sobre los motivos subyacentes en los disturbios, véase el cap. 5: «The Zoot Suit Riots»; así como Adler, P. R.: «The 1943 Zoot-Suit Riots», en *An Awakened Minority* . La cita de Beatrice Griffiths, los titulares policiales y la cita «linchamiento en masa» provienen de Mazón, M.: *The Zoot Suit Riots* , cap. 5: «The Zoot Suit Riots».

En esta última fuente, en el cap. 6: «The Symbols, Imagery and Rhetoric of the Riots», se analiza la terminología militar utilizada por la prensa. Para la prohibición de acceso al centro de Los Ángeles véase Adler, P. R.: «The 1943 Zoot-Suit Riots», en *An Awakened Minority* . En lo relativo al vilipendio de los *zoot-suiters* como «críos que se juntan para hacer diabluras», la cita «anormalidad mental» y la exclusión del Ejército, véase Chibnall, S.: *Style Politics* , 15-16. Esta misma fuente (16-17) es el origen de la cita «Somos buenos estadounidenses».

En lo concerniente a los disturbios raciales en Detroit, véanse Lingeman, R. R.: *Don't You Know There's a War On?* , cap. 9: «War Nerves» y Blum, J. M.: *V Was for Victory* , 6.ª parte: «Black America», cap. 3: «Race Riot». La cita de Alfred McClung Lee proviene de Lee, A. M.: *Race Riot* , 1.ª parte: «What Causes Race Riots?», cap. 1: «Why Do People Riot? An Opening Glimpse». Para las estadísticas de población de Detroit, véase Lingeman, R. R.: *Don't You Know There's a War On?* , cap. 9: «War Nerves» y para la relación entre los grupos raciales, véase Blum, J. M.: *V Was for Victory* , 6.ª parte: «Black America», cap. 3: «Race Riot».

La batalla campal en el parque infantil aparece en Lee, A. M.: *Race Riot* , 2.ª parte: «What Really Happened In Detroit?», cap. 7: «What Really Caused the Detroit Riots?». La cita «combustión espontánea» proviene de Blum, J. M.: *V Was for Victory* , 6.ª parte: «Black America», cap. 3: «Race Riot». Para las declaraciones del alcalde de Detroit de que solo «los nazis y los japos» se beneficiarían, véase Lee, A. M.: *Race Riot* , 2.ª parte: «What Really Happened In Detroit?», cap. 3: «Did the Riot Really Start at Belle Isle? A Chronology». La cita del vicepresidente proviene del cap. 4: «And Then What Happened? Chronology Concluded».

En lo relativo a la ausencia de infraestructuras para adolescentes en Detroit, véase Lee, A. M.: *Race Riot* , 2.ª parte: «What Really Happened In Detroit?», cap. 7: «What Really Caused the Detroit Riots?»; este capítulo es también la fuente de la cita «los chicos, especialmente, se aburren de los bares y de las gramolas». Para las actividades de los grupos fascistas, véase el cap. 4: «And Then What Happened? Chronology Concluded». Véase el cap. 6: «Who Did the Rioting? Who Were the Casualties?» para la cita del «matón de diecinueve años»; para los jóvenes blancos que asesinaron a un negro «por pura diversión», véase el cap. 3: «Did the Riot Really Start at Belle Isle? A Chronology».

La carta del presidente Roosevelt criticando los disturbios se detalla en Blum, J. M.: *V Was for Victory* , 6.ª parte: «Black America», cap. 3: «Race Riot». Sobre los orígenes de los disturbios en Harlem de agosto de 1943, véanse Fox, T.: *Show-Time at the Apollo* , London, Quarter Books, 1985, cap. 4: «The Forties»; Malcolm X: *Autobiografía* , cap. 7: «Estafador» y Erenberg, L. A.: *Swingin' the Dream* , 3.ª parte: «Culture Noir», cap. 7: «Swing Goes to War».

En lo relativo a 1943 como el año en el que la delincuencia juvenil estalló en la prensa, véase Barson, M. y Heller, S.: *Teenage Confidential* , cap. 2: «D Is for Delinquent: The Rise of Wayward Youth». Este capítulo es también la fuente de la cita «La guerra libera poderosas fuerzas» y de la historia de los chicos de Massachusetts que mataron a un hombre por 48 centavos. Para los hijos de las clases medias que interrumpían las celebraciones en los institutos y faltaban al respeto, véase Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 5: «Stresses and Strains».

El caso del niño de trece años que quería dinamitar una vía ferroviaria aparece en Lingeman, R. R.: *Don't You Know There's a War On?* , cap. 3: «The Changing Landscape». La descripción del espectáculo de Harry James en abril de 1943 proviene de Lerner, M.: *Public Journal* , 1.ª parte: «This Favored Land», «Dionysus and the Hepcats», publicado en origen el 29 de abril de 1943. En lo relativo al cambio en los gustos populares hacia un estilo más romántico, véase Erenberg, L. A.: *Swingin' the Dream* , 3.ª parte: «Culture Noir», cap. 7: «Swing Goes to War»; este capítulo es también la fuente de la cita de Harry James «Mañana, el habrá vuelto a sus obligaciones».

Para más información sobre la propaganda en Estados Unidos durante la guerra, véase Lingeman, R. R.: *Don't You Know There's a War On?* , cap. 6: «Will This Picture Help Win the War?». Para la cita sobre la «delincuencia sexual de carácter no comercial» de las adolescentes, véase Gilbert, J.: *A Cycle of Outrage* , cap. 2: «Rehearsal for a Crime Wave». Para la cita «No hay modo de ignorar el hecho de que estamos ante un problema a escala nacional», véase Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 5: «Stresses and Strains». En relación con las jóvenes locas por los uniformes, véase Palladino, G: *Teenagers* , 2.ª parte: «Bobby Soxers», cap. 5: «Andy Hardy Goes to War: Soldiers, Defense Workers, "V-Girls" and Zoot Suiters».

La descripción del *modus operandi* de las *Victory Girls* proviene de Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 5: «Stresses and Strains». La descripción de Richard Lingeman de las *Victory Girls* procede de Lingeman, R. R.: *Don't You Know There's a War On?* , cap. 3: «The Changing Landscape». Con respecto a las *Victory Girls* cazando soldados por diversión, véase Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 5: «Stresses and Strains»; para la dificultad de la vida para las mujeres que no habían alcanzado la edad de reclutamiento y la cita «Con dieciséis o diecisiete años», véase el cap. 2: «Adjustment to War».

La cita sobre las chicas que parecían «madurar de la noche a la mañana» proviene de Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 5: «Stresses and Strains», al igual que sucede con las estadísticas relativas a la «delincuencia sexual». A propósito de la pérdida de la inocencia, véase Terkel, S.: *La guerra «buena»* , libro 2.º, «Creciendo: aquí y allá», entrevista a Jean Bartlett. La cita «madurez espuria» proviene de Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 5: «Stresses and Strains». El caso de Josephine Tencza lo describe Lerner, M.: *Public Journal* , 1.ª parte: «This Favored Land», «Seventeen», un artículo publicado en origen el 9 de abril de 1943.

En lo relativo a la revista *Pic* y la historia de Josephine Tencza, así como las citas «La media de edad de las acusadas» y «uno de nuestros problemas sociales más desconcertantes y espantosos», véase Barson, M. y Heller, S.: *Teenage Confidential* , cap. 2: «D Is for Delinquent». Esta es también la fuente de la explotación sensacionalista de las películas de Hollywood como *Juventud salvaje* y *¿Son estos nuestros padres?* El cartel de *¿Dónde estarán nuestros hijos?* aparece en las págs. 36-37. Las críticas de los adultos aparecen en Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 5: «Stresses and Strains»; para la cita de J. Edgar Hoover, véase Barson, M. y Heller, S.: *Teenage Confidential* , cap. 2: «D Is for Delinquent».

El señalamiento de las formas de ocio juvenil, así como la cita «el estilo buguibugui», provienen de Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 5: «Stresses and Strains». Para la disparidad entre el crecimiento de las estadísticas de criminalidad juvenil y la realidad, véase Gilbert, J.: *A Cycle of Outrage* , cap. 2: «Rehearsal for a Crime Wave». Esta es también la fuente de la cita de la Oficina para la Infancia «No podemos asegurar» y los detalles de las vistas del Comité Pepper. Para la cita «en lugar de desincentivar las acciones delictivas», véase Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 5: «Stresses and Strains».

Sobre el término «psicópata», véase Lindner, R. M.: *Rebel Without a Cause: The Hypno-analysis of A Criminal Psychopath* , New York, Grune and Stratton, 1944, introducción. Para la metodología véase la sección «The Method: Hypno-analysis». El impacto en 1944 de *Rebel Without a Cause* se describe en Gilbert, J.: *A Cycle of Outrage* , cap. 2: «Rehearsal for a Crime Wave».

Las definiciones del psicópata aparecen todas en Lindner, R. M.: *Rebel Without a Cause* , «The Problem: Criminal Psychopathy», 1.ª parte: «Psychological Aspects», 2.ª parte: «Physiological Aspects», 3.ª parte: «Sociological Aspects» y 4.ª parte: «Political Aspects». El testimonio de Harold, su sujeto de estudio, en lo relativo a las armas aparece en «The Twenty-second Hour»; la cita «quizá esa sea la razón por la que cometí todos esos delitos» aparece en «The Twenty-fifth Hour». La cita «tropas de asalto embrionarias» aparece en «The Problem: Criminal Psychopathy», 4.ª parte: «Political Aspects».

CAPÍTULO 27. PACÍFICOS INVASORES

La cita del «Hijo de catorce años de un soldador» proviene de Calder, A.: *The People's War* , cap. 6: «The India-rubber Island».

El informe de Mass-Observation sobre el Dead End Kid's Institute puede encontrarse en M-OA, FR1353, The Service of Youth, julio de 1942, 22-24. Las citas «la escuela ideal» y «donde las actividades sociales reunieran a personas con diferentes gustos e intereses» proceden de la misma fuente, imágenes, 1. También la cita «un estudio, un cuidado y un tratamiento especiales», 24. Para las citas «vida cooperativa», «una permanente sensación de bienestar» y «placer transitorio», véase Jephcott, A. P.: *Girls Growing Up* , cap. 8: «Girls, Boys and Clubs».

Para el párrafo «la autodeterminación era lo que tenían en mente los jóvenes británicos», véase «The Responses Come», en M-OA, FR11353, The Service of Youth, Youth QQ, julio de 1942, 125. Para la cita de los adolescentes «mucho más ocupados» en enero de 1943, véase M-OA, FR 1780, Youth QQ, enero de 1943, 1 y ss. Las actitudes de las chicas de catorce a dieciséis años se señalan en M-OA, FR1567, Report on Girls Between School Leaving and Registration Age, enero de 1943, 1 y ss.

Los detalles sobre el modo en el que gastaban su dinero los adolescentes británicos aparecen en M-OA, FR1780, Youth QQ, enero de 1943. Para la cifra de 30 millones de espectadores semanales en las salas de cine, véase Costello, J.: *Love, Sex and War* , cap. 9: «Ammunition for the Heart». El encuentro de Pearl Jephcott con la admiradora de Carmen Miranda aparece en Jephcott, A. P.: *Girls Growing Up* , cap. 5: «Leisure (2)». Las citas sobre cine de los siguientes párrafos están sacadas del mismo capítulo, incluida «mucho se puede decir de la normativa del Gobierno soviético sobre el cine».

En lo relativo a la opinión de George Orwell sobre las revistas estadounidenses, véase Orwell, G.: *Ensayos* , «Semanarios juveniles». La crítica de Jephcott a *El secuestro de Miss Blandish* aparece en Jephcott, A. P.: *Girls Growing Up* , cap. 5: «Leisure (1): Reading». El ensayo de Orwell sobre este mismo libro aparece en Orwell, G.: *Ensayos* , «Raffles y Miss Blandish» (trad. de Miguel Martínez-Lage).

Los comentarios de Orwell sobre Estados Unidos, incluidas las citas «hasta más o menos 1930», «los intelectuales más jóvenes» y «los ingleses de clase trabajadora» vienen de Orwell, G.: «London letter to *Partisan Review*» , en *The Collected Essays, Journalism and Letters of George Orwell* , London, Penguin, 1971, tomo 2: «My Country Right or Left, 1940-1943», ítem 29 (el original fue publicado en marzo-

abril de 1942). La cita «Hay muchísimas personas en Inglaterra que están parcialmente norteamericanizadas» procede de Orwell, G.: *Ensayos* , «Raffles y Miss Blandish».

La cita «Se supone que los estadounidenses son presuntuosos» proviene de Orwell, G.: «London letter to *Partisan Review»* , en *The Collected Essays, Journalism and Letters of George Orwell* . La opinión de Ed Murrow de que Gran Bretaña era «una isla relativamente insignificante» aparece en Gardiner, J.: *Over Here: The G.I.s in Wartime Britain* , London, Collins and Brown, 1992, cap. 3: «The Goddamn Yankee Army's Come». Con relación a Mass-Observation y las actitudes británicas hacia Estados Unidos, véase M-OA, FR1501, «What the British Think of the Americans», enero de 1943, 1 y ss.

Para la invasión pacífica, véase Gardiner, J.: *Over Here* , cap. 1: «War on a Far Front». Sobre las tensiones de la colonización y la movilización del Ejército estadounidense con vistas al Día D, véase esta misma fuente, cap. 2: «The Goddamn Yankee Army's Come»; así como Calder, A.: *The People's War* , cap. 6: «The India-rubber Island». El panfleto *Instructions for American Servicemen in Britain, 1942* lo ha reimpreso la Biblioteca Bodleiana (Bodleian Library, University of Oxford, 1994). La cita «Al principio quizá no entiendan» es de la pág. 13.

La cita del periodista británico «Cuando los soldados estadounidenses aterrizaron en Gran Bretaña» se menciona en Gardiner, J.: *Over Here* , cap. 3: «The Goddamn Yankee Army's Come». Para los encuentros de los anfitriones con los invasores en espacios públicos, veáse el cap. 5: «Getting to Know the Invaders». Las advertencias sobre actitudes jactanciosas aparecen en *Instructions for American Servicemen in Britain, 1942* , 2; mientras que el intercambio de chicles, etc., se describe en Gardiner, J.: *Over Here* , cap. 12: «Nice Girls and Their Little Brothers» y Calder, A.: *The People's War* , cap. 6: «The India-rubber Island».

La cita «Gran Bretaña parecía tan aburrida y trillada» aparece en Gardiner, J.: *Over Here* , cap. 10: «Boy, Are We Going to Have Fun!». El artículo sobre el *swing* de las «personas de color» proviene de Blanch, L.: «Highlights of the Lindy Hop», en *Picture Post* , vol. 21, n.º 12, 18 de diciembre de 1943. Para el *swing* frente a los bailes tradicionales y el foxtrot, véase M-OA, TC «Music, Dancing and Jazz», Observations in Dance Halls, Box ¼, «Will the War Change the English Style?», marzo de 1940; y TC «Music, Dancing and Jazz», Dance Music Questionnaire, 1/8/D, septiembre de 1941.

Para la cita «Una vez que habías aprendido a hacer el *jitterbug* », véase Lewis, P.: *A People's War* , cap. 8: «Time Off from War». Los recuerdos del soldado de la RAF sobre el concierto en el hangar provienen de Costello, J.: *Love, Sex and War* , cap. 5: «Sentimental Bullets». A propósito de la historia de la chica de doce años que se coló para ver a Glenn Miller, véase Gardiner, J.: *Over Here* , cap. 10: «Boy, Are We Going to Have Fun!». Sobre Glenn Miller en el Rainbow Corner, véase el cap. 5: «Getting to Know the Invaders».

La cita «Los viajes en tren especial a Londres» procede de Gardiner, J.: *Over Here* , cap. 8: «Furloughs and Passes». Los detalles sobre el Rainbow Corner aparecen en esta misma fuente, cap. 9: «Islands of Little America». La cita «el tiempo era lento» está sacada del cap. 7: «Warm Beer and Brussel Sprouts». Para la londinense de diecisiete años que recordaba «aquellos hombres magníficos que llegaban», véase Lewis, P.: *A People's War* , cap. 9: «The Long, Hard Slog».

La cita de Odette Leslie «un mundo nuevo enorme allí fuera» aparecen en Mack, J. y Humphries, S.: *London at War: The Making of Modern London 1939-1945* , London, Sidgwick and Jackson, 1985, cap. 6: «A New Life». Acerca de los soldados que «no hacían distinciones en su persecución de las chicas británicas», véase Gardiner, J.: *Over Here* , cap. 10: «Boy, Are We Going to Have Fun!». Este capítulo es también la fuente de las citas «traían color» y los recuerdos del soldado británico sobre los estadounidenses «en general, más altos, más corpulentos y más guapos que nosotros».

En relación con las mujeres de diecinueve a veintitrés años como las más perjudicadas por los embarazos, véase Costello, J.: *Love, Sex and War* , cap. 15: «Oversexed, Overpaid and Over Here!». Los datos sobre embarazos aparecen en el cap. 13: «The Girls They Left Behind Them». La cita del responsable del economato estadounidense «solo en cerveza sacaba 40 000 dólares al mes» proviene de Terkel, S.: *La guerra «buena»* , libro 3.º, «Dinero repentino», entrevista a Ray Wax.

El aumento de las cifras de criminalidad se menciona en el entretenido ensayo Hughes, D.: «The Spivs», en Sissons, M. y French, P. (eds.): *Age of Austerity, 1945-1951* , London, Penguin, 1964. La cita «Todo el mundo aprovechaba la ocasión» viene de Wain, J.: *Strike the Father Dead* , New York, St. Martin's, 1962, 3.ª parte: «Jeremy», 129 y ss. La cita «población improvisada, flotante y espontánea» está sacada de esta misma fuente, 4.ª parte, «Jeremy», 203.

Para los *spivs* como personas de contacto, «una figura reconocible», véase Murphy, R.: *Smash and Grab* , cap. 7: «The Underworld at War». Para más detalles sobre los *spivs* , véase esta misma fuente, así como Chibnall, S.: *Whistle and Zoot* y Chibnall, S.: *Style Politics* . La «lengua gigante sacada vulgarmente a la vida» proviene de Hughes, D.: «The Spivs», en *Age of Austerity, 1945-1951* .

Para la cita de *Picture Post* sobre los «soldados negros», véase el vol. 17, n.º 5, octubre de 1942. Para la continuación de la segregación en Reino Unido, véase Gardiner, J.: *Over Here* , cap. 14: «Fighting a War on Two Fronts». Este capítulo es también la fuente de los detalles sobre los disturbios en Manchester y la batalla en Newbury. Para la cita sobre las mujeres británicas con «una peculiar fascinación en asociarse con hombres de color», véase Costello, J.: *Love, Sex and War* , cap. 15: «Oversexed, Overpaid and Over Here!».

El comentario del duque de Marlborough sobre los soldados negros aparece en Gardiner, J.: *Over Here* , cap. 14: «Fighting a War on Two Fronts». La encuesta de Mass-Observation de 1943 que señalaba que los británicos se oponían «mayoritariamente a la discriminación racial» aparece en Calder, A.: *The People's War* , cap. 6: «The India-rubber Island». La referencia original es M-OA, FR2021, febrero de 1944, 11-12. Sobre la historia de la chica de Bristol y los soldados negros en el *pub* de su padre, véase Gardiner, J.: *Over Here* , cap. 14: «Fighting a War on Two Fronts».

Para la Ley de Educación de 1944, véase Lewis, P.: *A People's War* , cap. 10: «Leftward, Look, the Land is Bright».

En cuanto a la importancia de la música de baile para los jóvenes británicos, véanse, *inter alia* , Gardiner, J.: *Over Here* , cap. 10: «Boy, Are We Going to Have Fun!» y Jephcott, A. P.: *Girls Growing Up* , cap. 5: «Leisure (2)». El artículo sobre el Rainbow Corner corresponde a Allan, E.: «Inside Rainbow Corner», en *Picture Post* , vol. 26, n.º 4, 27 de enero de 1945, 22-25. Para la cita «Siempre hablo conmigo misma con acento estadounidense», véase Calder, A.: *The People's War* , cap. 6: «The India-rubber Island».

Capítulo 28. Helmuth Hübener, La Rosa Blanca y Ana Frank

La cita proviene de Scholl, I. (ed.): *Los panfletos de La Rosa Blanca* , Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2005, (trad. Rosa Sala), panfletos del movimiento de resistencia en Alemania, «¡Compañeras! ¡Compañeros!». Para más detalles sobre la publicación del libro de Lucien Rebatet, véase Jackson, J.: *France* , cap. 9: «Collaborationism», «Collaboration as Hatred and Fraternity: *Je suis partout* ». Las citas «odio hasta la muerte» y «alegría por haber visto en Alemania a los primeros judíos marcados con la estrella amarilla» provienen de Loiseau, J. C.: *Les Zazous* , cap. 8.

Para la anotación en el diario de Ana Frank «a nuestros numerosos amigos», véase Frank, A.: *Diario* , Barcelona, Debolsillo, 1993, (trad. Diego J. Puls), anotación del viernes, 9 de octubre de 1942. Con respecto al verano de 1942 como punto álgido del Tercer Reich, véanse Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 9: «Elites» y Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 10: «Conclusion». Véase también Arnold-Forster, M.: *El mundo en guerra* , cap. 6: «La guerra en el desierto» y cap. 8: «Victoria en la URSS».

Para el incremento en la frecuencia y la violencia de los bombardeos sobre las ciudades alemanas, véase Kater, M. H.: *Different Drummers* , cap. 3: «Jazz Goes to War». En lo relativo a la Conferencia de Wannsee de enero de 1942 y la campaña para exterminar a toda la población judía, véase Lee, C. A.: *Biografía de Ana Frank* , 2.ª parte: «1940-1942», cap. 4.

La cita de Jack Mandelbaum «No teníamos derechos», aparece en Warren, A.: *Surviving Hitler* , cap. 5: «The Right to Die». Este mismo capítulo es la fuente para la entrega del uniforme a rayas con un número y la deshumanización. Para la cita «Querían aterrorizarnos», véase el cap. 4: «Despair». Para más detalles, véase el cap. 6: «Learning the Rules» y el cap. 7: «The Game».

Acerca de la puesta en marcha en octubre de 1942 del servicio juvenil obligatorio, véase Peukert, D. J. K.: *Volksgenossen und Gemeinschaftsfremde* , notas al cap. 8, nota 16. Para los nuevos campos gestionados por las SS, véase Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 7: «Contestants, Boxers, Combatants». Este mismo capítulo es la fuente de la cita del chico de la zona de Colonia «Estas tres semanas han sido para todos nosotros un infierno en vida», así como del resto de testimonios más positivos sobre los campos y la cita «artistas de la muerte».

Los detalles de la ejecución de Helmuth Hübener aparecen en Holmes, B. R. y Keele, A. F.: *When Truth Was Treason* , documento #62, del fiscal general del Tribunal Popular de Berlín, 27 de octubre de 1942, y documento #60. La última carta de Hübener que ha llegado hasta nuestros días aparece como documento #61.

Para información general sobre la resistencia explícita en el seno del Tercer Reich, incluida la cifra de 800 000 ciudadanos alemanes encarcelados, véase Hansen, K. J.: «Foreword: History and Memory», en *When Truth Was Treason* ; así como la introducción de Blair R. Holmes y Alan F. Keele.

Las citas de Karl-Heinz Schnibbe del primer párrafo, «Ya no me gustaba» y «sistema religioso competidor», están sacadas de Holmes, B. R. y Keele, A. F.: *When Truth Was Treason* , cap. 1: «Childhood in the Shadow of the Swastika». La descripción de las actividades del grupo en los siguientes ocho párrafos provienen del cap. 2: «From Pogroms to War, from Radio to Resistance». Todos los panfletos de Helmuth Hübener entre 1941 y 1942 aparecen en los documentos #28 a #46.

En esta misma fuente, la cita «¿Estás dispuesto a tolerar que te quiten la felicidad de la vida?» proviene de la octavilla llamada «La voz de la conciencia». En relación con las Juventudes Hitlerianas como «organización obligatoria de primer orden para el reclutamiento de compatriotas esclavizados por los nazis», véase el documento #38: «Hitler Youth». Sobre los detalles del arresto del grupo de Hübener y su encarcelamiento, véase el cap. 3: «Guests of the Gestapo».

Para los detalles del arresto de Hübener, véase el documento #6: «Gestapo Report about the Arrest of Helmuth Hübener»; el documento #40 contiene el texto completo del panfleto final, llamado *¿Quién incita a quién?* Las citas «absoluta presunción de culpabilidad» y «nunca nos dejaban en paz» provienen del cap. 3: «Guests of the Gestapo»; mientras que la cita «decir la verdad» proviene del cap. 2: «From Pogroms to War, from Radio to Resistance».

La descripción del juicio del grupo de Hübener proviene de la misma fuente, cap. 4: «Judgment and Destruction». Este capítulo es también la fuente de los detalles sobre los dos últimos meses de vida de Hübener. Su última carta aparece reproducida en el documento #65, los recuerdos de Otto Berndt sobre Helmuth Hübener. El dato sobre la muerte de su madre y sus abuelos en el bombardeo de Hamburgo se encuentra en el documento #74, los recuerdos de Hans Kunkel sobre Helmuth Hübener.

Para información general sobre La Rosa Blanca, véase Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 10: «Dissent». La cita «¿Queréis que vosotros y vuestros hijos sufran el mismo destino que ha recaído sobre los judíos?» proviene de Scholl, I. (ed.): *Los panfletos de La Rosa Blanca* , panfletos del movimiento de resistencia en Alemania, «¡Llamamiento a todos los alemanes!». El contexto y la fundación de La Rosa Blanca aparecen bien descritos en Scholl, I.: *The White Rose: Munich 1942-1943* , New Hampshire: Wesleyan University Press, 1983, 1.ª parte, «The White Rose».

Para la cita del padre de Hans Scholl, «el flautista de Hamelín», véase Scholl, I.: *The White Rose* , 6; para la pertenencia de Willi Graf a una de las organizaciones católicas supervivientes, véanse las págs. 13-15. Para la cita «Quien hoy en día aún dude de la existencia real de los poderes demoníacos», véase Scholl, I. (ed.): *Los panfletos de La Rosa Blanca* , panfleto IV. La cita «un sentido de la pertenencia» aparece en

Scholl, I.: *The White Rose* , 6-7; la cita «¿Qué le estaba sucediendo en realidad a nuestra patria?», pág. 11 y la cita «Arrancadnos el corazón», pág. 16.

La cita del padre de Hans Scholl «todo atisbo de respeto por el hombre» aparece en la pág. 12; el contexto de los demás miembros del grupo se analiza en las págs. 20-22. Para los panfletos del obispo de Münster, véanse págs. 17-19. La cita «Todavía puedo ver a Hans ahí de pie» procede de Steinhoff, J., Pechel, P. y Showalter, D.: *Voices from the Third Reich* , 3.ª parte: «Defeat and Crimes», cap. 11: «Resistance», entrevista con Inge Aicher-Scholl.

La cita «en el momento presente» proviene de Scholl, I.: *The White Rose* , 31; donde se analiza el impacto de los panfletos. La cita «Ofreced resistencia pasiva» está sacada de Scholl, I. (ed.): *Los panfletos de La Rosa Blanca* , panfleto I. Que el nombre de La Rosa Blanca proviniera de una novela española se comenta en Scholl, I.: *The White Rose* , documento #1, acusación de Hans y Sophie Scholl y Christl Probst, 3.ª parte. La cita «Tenemos que arriesgarnos en nuestro "No"» proviene de Scholl, I.: *The White Rose* documento #1, 36.

Acerca de los detalles del viaje de Hans Scholl a Berlín y su plan de «establecer grupos ilegales de estudiantes en todas las universidades», véase Steinhoff, J., Pechel, P. y Showalter, D.: *Voices from the Third Reich* , 3.ª parte: «Defeat and Crimes», cap. 11: «Resistance», entrevista con Inge Aicher-Scholl. La historia de Sophie Scholl aparece en Scholl, I.: *The White Rose* , 1.ª parte. Para la humillación por parte de los estudiantes de Múnich del *Gauletier* local, véase Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 10: «Dissent».

En relación con la autoría de La Rosa Blanca de los grafitis «Abajo Hitler» y «Libertad», véase Scholl, I.: *The White Rose* , 1.ª parte, 48-50. Para el panfleto *¡Compañeras! ¡Compañeros!* , véase Scholl, I. (ed.): *Los panfletos de La Rosa Blanca* , panfletos del movimiento de resistencia en Alemania, «¡Compañeras! ¡Compañeros!». Acerca de los detalles de su última acción, el 18 de febrero, y su arresto, Scholl, I.: *The White Rose* , 51-53. La carta de Else Gebel que describe los acontecimientos y las escenas de los días de Sophie Scholl en la cárcel aparece como documento #4.

La narrativa de los siguientes tres párrafos proviene de Scholl, I.: *The White Rose* , 1.ª parte. Incluidas las citas «Fue como si en aquellos días los muchos años que no vivirían»; los detalles del último sueño de Sophie y sus testamentos: la palabra «libertad» en el caso de Sophie y la cita de Goethe en el de Hans.

Las citas «Los días en los que a todo hombre» y «deshonrado a la juventud alemana» aparecen en Scholl, I.: *The White Rose* , documento #3, transcripción de la sentencia de Alexander Schmorell, Kurt Huber, Wilhelm Graf y otros vinculados a la resistencia de La Rosa Blanca, abril de 1943. Los detalles de la manifestación en Nueva York aparecen en el documento #10, extracto de una carta de Kurt R. Grossmann a Inge Scholl, marzo de 1969. La crítica que hizo La Rosa Blanca de la política juvenil nazi aparece en Scholl, I. (ed.): *Los panfletos de La Rosa Blanca* , panfletos del movimiento de resistencia en Alemania, «¡Compañeras! ¡Compañeros!».

Para la ejecución de los miembros de La Rosa Blanca como «típicos parias», véase Scholl, I.: *The White Rose* , documento # 5, artículo en el *Münchner Neueste Nachrichten* del lunes, 22 de febrero de 1943. Los detalles de la «Fabrikaktion» de febrero de 1942 están en Beck, G.: *Und Gad ging zu David. Die Erinnerungen des Gad Beck 1923 bis 1945* , Berlin, Edition diá, 1995, [ed. en ing.: Beck, G.: *An Underground Life: Memoirs of a Gay Jew in Nazi Berlin* , Madison, University of Wisconsin Press, 1999], cap. 4. Para la anotación del diario de Ana Frank sobre la carta episcopal, véase Frank, A.: *Diario* , anotación del sábado, 27 de febrero de 1943 (todas las anotaciones señaladas en adelante proceden de la misma edición).

Para la ocultación de la familia Frank, véase Lee, C. A.: *Biografía de Ana Frank* , 2.ª parte: «1940-1942», cap. 4. La cita «Oigo una voz» proviene de la anotación del diario del viernes, 29 de octubre de 1943. La descripción que hace Ana de sí misma como «la traviesa de la familia» está en la anotación del sábado, 30 de octubre de 1942. Para la cita de Eva Schloss, véase Lee, C. A.: *Biografía de Ana Frank* , 3.ª parte: «1942-1944: un mortal y sofocante silencio flota por todas partes», cap. 5.

La cita de Ana Frank: «Antes, nunca pensaba realmente en estas cosas», aparece en la anotación en su diario del viernes, 20 de noviembre de 1942. En lo relativo a Kitty como interlocutora de Ana en el diario, véase la anotación del sábado, 20 de junio de 1942. Sobre el origen del nombre, Kitty, véase Lee, C. A.: *Biografía de Ana Frank* , 3.ª parte: «1942-1944», cap. 5. En cuanto al deseo de Ana de ser «otra cosa de lo que soy», véase la anotación en su diario del sábado, 28 de noviembre de 1942. Para su ambición de ir «un año a París y un año a Londres», véase la anotación del lunes, 8 de mayo de 1944.

Su admiración por Deanna Durbin aparece en Lee, C. A.: *Biografía de Ana Frank* , 2.ª parte: «1940-1942», cap. 3; acerca de sus fantasías de ir de compras a Suiza, véase la anotación en el diario del miércoles, 7 de octubre de 1942. Sobre las críticas a sus padres que se citan en el siguiente párrafo, véanse las anotaciones del jueves, 16 y del viernes, 17 de marzo de 1944. Para las citas «conocimiento de mí misma» y «sin ningún prejuicio», véase la anotación del sábado, 15 de julio de 1944.

La relevante anotación en la que Ana echa la vista atrás a su «irreal» vida anterior y a su vida en la Casa de atrás, está fechada el martes, 7 de marzo de 1944. La conceptualización de su adolescencia: «las adolescentes son muy inseguras», aparece en la anotación del jueves, 6 de enero de 1944. En lo concerniente a su atracción por Peter van Pels, véase la anotación del martes, 7 de marzo de 1944. Para la exploración de su vulva, véase la anotación del viernes, 24 de marzo de 1944; con respecto a la crisis familiar provocada por sus «besuqueos» con Peter van Pels, véanse las anotaciones entre el viernes, 5 de mayo, y el domingo, 7 de mayo de 1944.

Su protesta contra el «afán de destruir» de los hombres procede de la anotación del miércoles, 3 de mayo de 1944. La cita «Me consta que sé escribir» aparece en su anotación del miércoles, 5 de abril de 1944; la cita «¡Imagínate lo interesante que sería» corresponde al miércoles, 29 de marzo de 1944; para los detalles de su decimoquinto cumpleaños, véase la anotación del miércoles, 13 de junio y para sus comentarios sobre el libro *¿Qué opina usted de la adolescente moderna?* , véase el sábado, 15 de julio de 1944.

En lo relativo a la «orgía de muerte» en Auschwitz y «los hornos de los crematorios», véase Lee, C. A.: *Biografía de Ana Frank* , 4.ª parte: «1944-1945: ¿Quién nos ha hecho esto?», cap. 7. Para la cita «los prisioneros morían de enfermedades y hambre», véase Warren, A.: *Surviving Hitler* , cap. 10: «Moniek». Sobre la designación de 1943 como «Año de Servicio Bélico de la Juventud Alemana», véase Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 11: «War». A propósito de las generaciones de 1926 y 1927 enviadas a las Waffen-SS, véase Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 8: «Pied Pipers for an Elite».

La profecía de La Rosa Blanca, «finalmente quedamos todos encerrados en una inmensa mazmorra», aparece en Scholl, I.: *The White Rose* , 11. Detalles sobre el empeoramiento de la situación en las ciudades alemanas y la sistemática evacuación de medio millón de adolescentes por parte de las autoridades aparecen en Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 11: «War». Para la *Wehrertuchtigungslager* como principal unidad de la organización juvenil nazi después de 1943, véase Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 7: «Contestants, Boxers, Combatants».

En cuanto a la designación de 1944 «Año de los Voluntarios de Guerra», veáse Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 11: «War». Para la movilización de los jóvenes que aún no habían alcanzado la edad de alistamiento en las SS, véase Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 8: «Pied Pipers for an Elite». En lo relativo al periodista estadounidense que observaba que «muchos niños y niñas de trece a quince años trabajan en las industrias bélicas», véase Keeley, J.: *Life in the Hitler Youth* , cap. 8: «The Hitler Youth at War». El artículo original se publicó en origen en *The Nation* en abril de 1944.

Los detalles de la 12.ª SS División Panzer *Hitlerjugend* y su intervención en los desembarcos del Día D en los siguientes párrafos provienen de Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 11: «War». La cita de Melita Maschmann «No querían salvarse» procede de Maschmann, M.: *Fazit* , cap. 13; esta es también la fuente de la cita «intento alguno por proteger» y las citas de Maschmann del siguiente párrafo.

En relación con el incremento de la delincuencia juvenil en 1943 y 1944 en las ciudades a oscuras de Alemania, véase Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 10: «Dissent». Para los Piratas del Edelweiss y «los

jóvenes, con edades entre los doce y los diecisiete años», véase Peukert, D. J. K.: *Volksgenossen und Gemeinschaftsfremde* , cap. 8. Este capítulo es también la fuente de la cita «Puesto que esta chusma» y del grafiti «Abajo Hitler».

La legislación penal nazi de 1943 para la juventud aparece detallada en Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 4: «Police Boys, Informers, Rebels». Este capítulo es también la fuente de la orden de Himmler de abril de 1944 para la clasificación por parte del Instituto de Biología Criminalística de todos los jóvenes de los campos de detención, la cita «el siempre creciente número de bandas» y la definición de los tres tipos básicos de delincuente.

Sobre los detalles del cuarto juicio a La Rosa Blanca, véase Scholl, I.: *The White Rose* , 70-72. En lo relativo a los vínculos de La Rosa Blanca con los aficionados al *swing* de Hamburgo y la cita «¡Todo lo que empieza por Ellington termina con un intento de asesinato del Führer!», véase Kater, M. H.: *Different Drummers* , cap. 4: «Near Defeat: Jazz Toward the "Final Victory", September 1942-45», «The Jazz Victims».

En cuanto a la directiva final de Himmler sobre la juventud, en octubre de 1944, y el ahorcamiento público de trece Piratas del Edelweiss en el centro de Colonia, véase Peukert, D. J. K.: *Volksgenossen und Gemeinschaftsfremde* , cap. 8. Para más material sobre los Navajos y Bartel Schink, véase la entrada de la Wikipedia «Edelweiss Pirates» [en inglés].

Capítulo 29. Teenage

La histérica descripción que hace Weegee del estreno de Frank Sinatra en el Paramount el 12 de octubre de 1944 aparece en Weegee: *Naked City* , New York, Essential Books, 1945, «Frankie». Otros detalles provienen de Kelley, K.: *A su manera: biografía no autorizada de Frank Sinatra* , Barcelona, Plaza & Janés, 1987, (trad. Alexis de Vilar), cap. 8 y Shaw, A.: *Sinatra: The Entertainer* , New York, Delilah Books, 1982, cap. 1: «I Sing the Songs: The Singer», «The Paramount Panics, 1943-44», 21-22.

En lo relativo a las chicas que tomaron Times Square, véanse Kelley, K.: *A su manera* , cap. 8 y Shaw, A.: *Sinatra* , cap. 1: «I Sing the Songs», «The Paramount Panics, 1943-44», 21-22. Para la cita de Bruce Bliven, véase Bliven, B.: «The Voice and the Kids», *New Republic* , 6 de noviembre de 1944, reproducido en parte en Kureishi, H. y Savage, J. (eds.): *The Faber Book of Pop* , London, Faber and Faber, 1995. Acerca del gran éxito de Sinatra en diciembre de 1942, véase Kelley, K.: *A su manera* , cap. 6; para la cita de Sinatra «cinco mil adolescentes», véase Taraborrelli, J. R.: *Sinatra: a su manera* , Barcelona, Ediciones B, 1998, (trad. Ramón Vergós), cap. 6.

Los recuerdos de Nick Sevano del regreso de Sinatra al Paramount en 1943, «Esa vez tiraron algo más que rosas», aparecen citados en Kelley, K.: *A su manera* , cap. 6. En lo concerniente a los agentes de prensa de Sinatra y «las chicas que contratamos», véase Shaw, A.: *Sinatra* , 21. Para el despegue de la fama de Sinatra y la película *Cada vez más alto* , véase Kelley, K.: *A su manera* , cap. 7 y Shaw, A.: *Sinatra* , 2.ª sección: «It's Only a Paper Moon: The Actor», 30.

Sobre la costumbre de Sinatra de elegir a personas concretas entre la multitud, véase Taraborrelli, J. R.: *Sinatra* , cap. 6. Para las grabaciones de Sinatra de aquel periodo, véanse Sinatra, F.: *The voice, 1943-1952* , Sony/CBS Inc., 1986: conjunto de 6 LP y Sinatra, F.*: The Best of the Columbia Years 1943-1952* , Sony Columbia Legacy, caja de 4 CD, 1995. Más información sobre el efecto de Sinatra en el público en Kelley, K.: *A su manera* , caps. 7 y 8. La cita de Bruce Bliven «cuando canta con tristeza» procede de Bliven, B.: «The Voice and the Kids».

El entorno y el pasado de Sinatra aparecen bien descritos en Kelley, K.: *A su manera* , caps. 1 y 2; en lo relativo a su posición y su simbolismo durante la guerra, incluida su condición de figura al estilo de Peter Pan, véanse Lingeman, R. R.: *Don't You Know There's a War On?* , cap. 8: «Pleasures, Pastimes, Fads and Follies» y Erenberg, L. A.: *Swingin' the Dream* , 3.ª parte: «Culture Noir», cap. 7: «Swing Goes to War».

Para la cita «Eran años de guerra», véase Taraborrelli, J. R.: *Sinatra* , cap. 6. Con respecto a la preocupación de Bruce Bliven por cómo las *bobby-soxers* «encontraron en Sinatra», véase Kelley, K.: *A su manera* , cap. 7; este capítulo es también la fuente de la cita «Gana un millón». Acerca de la reacción hostil contra Sinatra, incluidas las citas «manifestación artística» y «control de sus emociones», así como para su condición de no-apto para incorporarse a filas, véase el cap. 7; en lo relativo a los jóvenes que le lanzaban huevos y tomates, véase el cap. 8.

En relación con el resentimiento de los soldados contra todo hombre que no vistiera uniforme, véase Kennett, L.: *G.I* ., cap. 4: «The View from the Barracks». La cita «vendeplumas» viene también de esta fuente. Sobre el encuentro de Sinatra con Roosevelt en septiembre de 1944, véase Kelley, K.: *A su manera* , cap. 8.

La relativa visibilidad de las adolescentes más jóvenes durante la Segunda Guerra Mundial la analiza Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 8: «Conclusion». En lo relativo al empleo juvenil, véase Palladino, G: *Teenagers* , 2.ª parte: «Bobby Soxers», cap. 5: «Andy Hardy Goes to War». En cuanto a la estadística de hasta 3 millones de jóvenes de entre catorce y diecisiete años trabajando en 1944, véase Lingeman, R. R.: *Don't You Know There's a War On?* , cap. 5: «Give Us the Tools».

A propósito de este grupo de edad como el más pudiente de la historia de Estados Unidos, véase Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 4: «Youth Employment». Acerca del temor de los padres hacia sus hijos motivado por los acontecimientos de 1943, véase Palladino, G: *Teenagers* , 2.ª parte: «Bobby Soxers», cap. 6: «Do You Know Where Your Children Are?: Juvenile Delinquency, Teen Canteens, and Democratic Solutions».

La película de 1944 *Juventud salvaje* se menciona en Barson, M. y Heller, S.: *Teenage Confidential* , cap. 2: «D Is for Delinquent» y Considine, D. M.: *The Cinema of Adolescence* , cap. 8: «Dead Ends and Death Row 1931-1949»; este último capítulo es también la fuente de la cita «Queremos trabajar». Para el cese del funcionamiento de la NYA, véase Palladino, G: *Teenagers* , 2.ª parte: «Bobby Soxers», cap. 5: «Andy Hardy Goes to War». Para el reportaje de mayo de 1944 de la revista *Look* sobre el centro juvenil de Moline, véase Barson, M. y Heller, S.: *Teenage Confidential* , cap. 2: «D Is for Delinquent».

Para la cita de Mark McCloskey «Este país está harto de intentar», véase Palladino, G: *Teenagers* , 2.ª parte: «Bobby Soxers», cap. 6: «Do You Know Where Your Children Are?». En lo relativo a McCloskey y su interés por la opinión de los jóvenes estadounidenses, véase Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 6: «Planning Leisure Time». La cita de McCloskey sobre Harry James proviene de Palladino, G: *Teenagers* , 2.ª parte: «Bobby Soxers», cap. 6: «Do You Know Where Your Children Are?». Las citas «vuestros Boy Scouts, vuestras Girls Scouts» y «un gran grupo de adolescentes» aparecen ambas en Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 6: «Planning Leisure Time».

Más detalles sobre las Teen Canteens en Palladino, G: *Teenagers* , 2.ª parte: «Bobby Soxers», cap. 6: «Do You Know Where Your Children Are?» y Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 6: «Planning Leisure Time». Ugland es la fuente de la cita «Instalaciones recreativas limpias y saludables» y Palladino la fuente del «Ayuntamiento de la Juventud multirracial». Las citas «ocio de bar» y «movimiento *teenage* » provienen ambas del capítulo referido de Ugland.

El lanzamiento de la revista *Seventeen* lo analizan Barson, M. y Heller, S.: *Teenage Confidential* , cap. 1: «Kleen Teens Never Die Young»; Palladino, G.: *Teenagers* , 2.ª parte: «Bobby Soxers», cap. 6: «Do You Know Where Your Children Are?» y Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 7: «The Emergence of the Teen-ager». Ugland es también la fuente de la capacidad estimada de gasto de los adolescentes de 750 millones de dólares.

La cita «Moda y belleza juvenil» aparece en el eslogan de la portada de *Seventeen* , n.º 1, septiembre de 1944. Para la información de los siguientes tres párrafos, véase este mismo número, donde también se encuentran las citas «Vais a tener que gestionar este espectáculo», «*Seventeen* es vuestra revista» y

«escríbenos» (Valentine, H.: «*Seventeen* Says Hello», 33). Para la cita «Crecer y ganarte la vida», véase Beato, A.: «For Seniors Only», 60-61. El artículo «Qué estás haciendo por la guerra?» aparece en las págs. 54-56; las motivaciones para continuar con la educación secundaria están en el artículo «Why Finish High School?», 76.

Sobre los anuncios del primer número, véanse pág. 21 (Teen-timer OHriginal), 22 (The Blum Store «Teen Canteen») y 1 (Saks Fifth Avenue). En lo relativo al incremento en el número de lectores de *Seventeen* , véase Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 7: «The Emergence of the Teen-ager»; para la cita «Nos enorgullecemos de *Seventeen* », véase *Seventeen* , n.º 6, febrero de 1945, cartas, 147. Para la cita «Me parece que tengo que utilizar los sobres y el papel de mamá», véase «Thank you for your letters», *Seventeen* , n.º 6, 4.

Los detalles de las revistas adolescentes previas de los años cuarenta, entre ellas *Calling All Girls* , los ofrece Barson, M. y Heller, S.: *Teenage Confidential* , cap. 1: «Kleen Teens Never Die Young» así como Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 7: «The Emergence of the Teen-ager». Para la revista *Good Housekeeping* y la columna «Teens of Our Times», véase Palladino, G: *Teenagers* , 2.ª parte: «Bobby Soxers», cap. 4: «Swing Shift».

En relación con la publicación en periódicos de columnas como «Sub-debs and Squires», los dos artículos de la revista *Life* sobre las *sub-debs* y el artículo de *Life* sobre las modas de instituto, véase Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 7: «The Emergence of the Teen-ager». Para la cita «Compras mocasines», véase *Seventeen* , n.º 4, diciembre de 1944, 22. Más detalles sobre la columna de la revista *Parents* «Tricks of Teens» en Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 7: «The Emergence of the Teen-Ager»; también la fuente de la información sobre Teen-Timers Inc. y la línea OHriginals.

La cita «llevó la atención de las debutantes» proviene de Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 7: «The Emergence of the Teen-ager». Sobre el encargo de Helen Valentine a Benson y Benson de un estudio demográfico y los detalles de *Life with Teena* , véase Palladino, G: *Teenagers* , 3.ª parte: «Teenagers», cap. 7: «The Advertising Age: *Seventeen* , Eugene Gilbert, and the Rise of the Teenage Market». Los artículos mencionados de un número de muestra aparecen todos en *Seventeen* , n.º 9, mayo de 1945. Para el texto «Patito feo», véase *Seventeen* , n.º 10, junio de 1945, 20 y 22. Para la cita «Me encanta tener diecisiete», véase *Seventeen* , n.º 5, enero de 1945.

Para el artículo de Talcott Parsons y las citas de los siguientes tres párrafos, véase Parsons, T.: «Age and Sex in the Social Structure of the United States», en *American Sociological Review* , octubre de 1942, 604-616.

En cuanto a la acuñación de los términos *teenage* y *teenager* en 1944, véase Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 7: «The Emergence of the Teen-ager». La etimología del término también se analiza en este capítulo, 349-351. Más datos pueden encontrarse en Dalzell, T.: *Flappers 2 Rappers: American Youth Slang* , Springfield, Merriam-Webster, 1996, cap. 4: «The 1940's: The Jive Generation» y Rollin, L.: *Twentieth-Century Teen Culture by the Decades* , cap. 4: «The 1940's».

Nótese el uso temprano de la palabra *teens* , entre comillas, en Hall, G. S.: *Adolescence* , cap. 12: «Adolescent Feelings Toward Nature», vol. 2, 149. El uso del término puede trazarse desde la tira cómica *Harold Teen* (1919), de Carl Ed, hasta su utilización más generalizada a partir de mediados de los años treinta, como sucede en la revista *American Speech* (1935) y la guía del Home Institute *Etiquette for the Teens* (1937). Su incidencia en los medios sin duda crece a principios de los años cuarenta. Véase, por ejemplo, el siguiente titular de diciembre de 1942 en *The New York Times* «22,453 more 'Teen Age Added to Draft» (22 453 más: la «Teen Age» se suma al reclutamiento). Solo esta cuestión podía ser objeto de una tesis doctoral.

CAPÍTULO 30. AÑO CERO

La cita procede de Borchert, W.: *Obras completas* , Pamplona, Laetoli, 2007, (trad. Fernando Aramburu), «En camino», «Generación sin despedida». La carta de derechos de los adolescentes proviene de Cohen, E. E.: «A Teen-Age Bill of Rights», en *The New York Times Magazine* , 7 de enero de 1945, 16-17. Esta es la fuente de las citas de los siguientes tres párrafos. Para más información de contexto sobre la carta, véase Rollin, L.: *Twentieth-Century Teen Culture by the Decades* , cap. 4: «The 1940's», «Teens at Home».

El artículo de Barbara Gair aparece en Gair, B.: «What Kind of World Do You Want?», en *Seventeen* , n.º 6, febrero de 1945, 138. En lo concerniente a la aparición de Frank Sinatra en *The House I Live In* , así como su lectura de *An American Dilemma* , véanse Kelley, K.: *A su manera* , cap. 9 y Erenberg, L. A.: *Swingin' the Dream* , 3.ª parte: «Culture Noir», cap. 7: «Swing Goes to War». Véase también Myrdal, G.: *An American Dilemma: The Negro Problem and Modern Democracy* , New York, Harper and Brothers, 1944.

La cita de Sinatra «Nunca olvidaré el daño» aparece en Taraborrelli, J. R.: *Sinatra* , cap. 1. Para los detalles de *It Happened in Springfield* , véase *Seventeen* , n.º 10, junio de 1945, 28 y 167. El relato de Ann Clark proviene de Clark, Ann: «The Way the World Ends», en *Seventeen* , n.º 7, julio de 1945, 69 y ss. Para las cartas en respuesta al relato, véase *Seventeen* , n.º 13, septiembre de 1945, «Thank you for your letters», 4.

Para la cita de Ana Frank «Me dan miedo las celdas», véase Lee, C. A.: *Biografía de Ana Frank* , 3.ª parte: «1942-1944», cap. 6. Sobre el paso de Ana Frank por Bergen-Belsen y la cita «Las dos eran inseparables», véase esta misma fuente, 4.ª parte: «1944-1945», cap. 8. Para los detalles del arresto de Ana y su traslado a Westerbork, incluida la cita de Otto Frank, véase la 3.ª parte, cap. 6. Este capítulo es también la fuente de los detalles del viaje a Auschwitz.

La cita «Hablé con Ana» proviene de Lee, C. A.: *The Hidden Life of Otto Frank* , London, Penguin, 2002, 1.ª parte: «A Thousand Old, Treasured Things, 1889-1945», cap. 4: «Unforgettable Marks On My Soul». Acerca de la llegada a Auschwitz y la cita «esto es un campo de exterminio», véase Lee, C. A.: *Biografía de Ana Frank* , 4.ª parte: «1944-1945», cap. 7. Excepto la información que se señala a continuación, y que procede de *The Hidden Life of Otto Frank* , este capítulo es la fuente de los detalles sobre el encarcelamiento de Ana en los siguientes tres párrafos.

Para la cita «creado y gobernado según los principios del mal absoluto» y «la mirada en los ojos de Margot», véase Lee, C. A.: *The Hidden Life of Otto Frank* , 1.ª parte: «A Thousand Old, Treasured Things, 1889-1945», cap. 4: «Unforgettable Marks On My Soul»; este capítulo es también la fuente de los detalles de la liberación de Otto Frank en enero de 1945. En cuanto al convencimiento de Ana Frank de que sus padres estaban muertos y su abandono de toda esperanza tras la muerte por disentería de su hermana, véase Lee, C. A.: *Biografía de Ana Frank* , 4.ª parte: «1944-1945», cap. 8.

La descripción que hace Melita Maschmann de la caída del régimen nazi, incluida la cita «esta terrible muerte en masa», aparece en Maschmann, M.: *Fazit* , cap. 14. En lo relativo al rápido avance soviético que atrapó a medio millón de adolescentes y la cita «torbellino del desastre», véase Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 11: «War». Para la «tercera oleada» de chicos de diecisiete años como «reserva de hierro», véase Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 9: «The Final Sacrifice». La cifra de 8,5 millones de alemanes que huían rumbo al oeste del avance soviético aparece en Beevor, A.: *Berlín, la caída: 1945* , Barcelona, Crítica, 2005, (trad. David León Gómez), cap. 3: «Fuego, espada y "noble furia"».

La autorización de Gottlob Berger para enrolar a una quinta parte del grupo de edad entre diecisiete y dieciocho años aparece en Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 8: «Pied Pipers for an Elite». Para los detalles del Volkssturm, véase Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 11: «War». Para la cita «barbarización de la guerra», véase Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 9: «The Final Sacrifice». Este capítulo es también la fuente de los detalles sobre las fuerzas adolescentes de Remagen. Para la cita de Artur Axmann «De las Juventudes Hitlerianas ha brotado», véase Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 11: «War».

La cita de Melita Maschmann «para ellos, la llamada al "sacrificio final" no era una expresión vacía» proviene de Maschmann, M.: *Fazit* , cap. 14. En lo relativo a John P. Irwin y el disparo al niño de doce

años, véase Irwin, J. P.: *Another River, Another Town: A Teenage Tank Gunner Comes of Age in Combat–1945* , New York, Random House, 2002, cap. 3: «Closing the Rose Pocket». La historia del médico: «¡Estúpido! ¡Mira lo que has conseguido!», se menciona en Steinhoff, J., Pechel, P. y Showalter, D.: *Voices from the Third Reich* , 4.ª parte: «Catastrophe and Liberation», cap. 13: «Collapse», entrevista con Bernard Schmitt.

La descripción que hace Irwin del campo de trabajos forzados de Nordhausen aparece en Irwin, J. P.: *Another River, Another Town* , cap. 6: «A Lesson in Depravity». La cita «La Segunda Guerra Mundial era una imagen en blanco y negro» proviene del mismo capítulo. Para la autorización de Artur Axmann de que 4000 niños actuaran como tropas de destrucción de tanques, véase Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 9: «The Final Sacrifice». Para los detalles de la última actuación de la Filarmónica de Berlín, véase Beevor, A.: *Berlín, la caída* , cap. 12: «A la espera del ataque final».

La cita de Melita Maschmann «Mientras el distante trueno de la batalla» procede de Maschmann, M.: *Fazit* , cap. 14. Sobre la última aparición pública de Adolf Hitler, véase Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 11: «War». En cuanto a la locura de Hitler y la identificación hipertrofiada de sí mismo con el pueblo alemán, véase Beevor, A.: *Berlín, la caída* , cap. 10: «La *Kamarilla* y el Estado Mayor general», cap. 17: «El último cumpleaños del Führer» y cap. 18: «El vuelo de los faisanes dorados».

El discurso que empieza «estoy convencido de que venceremos», aparece en Keeley, J.: *Life in the Hitler Youth* , cap. 8: «The Hitler Youth at War». La cita de Maschmann «Ardían de ganas» procede de Maschmann, M.: *Fazit* , cap. 14. En lo relativo a la huida de Artur Axmann a los Alpes el 1 de mayo, véase Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 9: «The Final Sacrifice». La cita del líder de las Juventudes Hitlerianas de Silesia «murieron en una agonía atroz» viene de la misma fuente.

Para la cita «Creíamos en Hitler», véase Steinhoff, J., Pechel, P. y Showalter, D.: *Voices from the Third Reich* , epílogo: «Finis Germaniae?», entrevista con Susanne Ritters. Acerca de la reacción de los miembros de las Juventudes Hitlerianas al ver los cuerpos en Dachau, véase Koch, H. W.: *The Hitler Youth* , cap. 11: «War».

Pueden encontrarse detalles de la organización guerrillera Werwolf en Rempel, G.: *Hitler's Children* , cap. 9: «The Final Sacrifice» y en Beevor, A.: *Berlín, la caída* , cap. 12: «A la espera del ataque final». La descripción de Melita Maschmann de su incorporación a la Werwolf aparece en Maschmann, M.: *Fazit* , cap. 15. Este capítulo es también la fuente de su reacción a la muerte de Adolf Hitler, su vagabundeo por los Alpes Bávaros y las citas «Buscaba la salvación» y «observando a niños que jugaban».

Para la euforia desatada en Londres el 8 de mayo de 1945, véase Mack, J. y Humphries, S.: *London at War* , cap. 6: «A New Life». Existe una excelente descripción de un testigo presencial en Lyttelton, H.: *I Play as I Please* , London, Pan Books, 1959, cap. 8: «After the Fireworks». Sobre la cifra de medio millón de muertos y heridos británicos, véase Costello, J.: *Love, Sex and War* , cap. 17: «The Seeds of Sexual Revolution». Para la popularidad de los soldados estadounidenses entre la juventud europea, véase Kennett, L.: *G.I.* , cap. 6: «Aboard and Abroad».

La cita «humanismo para millones de personas» proviene de Lerner, M.: *Public Journal* , 1.ª parte: «This Favoured Land», «Reflections on a Seller's Market». El artículo original se publicó el 23 de diciembre de 1943. En cuanto al «atractivo internacional» de *Seventeen* , véase Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 7: «The Emergence of the Teen-ager». La cita original proviene de *Seventeen* , n.º 8, abril de 1945. Para las fotografías de Tony Vacarro, véase Vaccaro, T.: *Entering Germany: 1944-1949* , Köln, Taschen, 2001.

El artículo de junio de 1945 de *The New York Times* «Teen-Agers are an American invention» aparece en Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 7: «The Emergence of the Teen-ager». El número de la revista *Life* con la portada «Teen-age Boys» se publicó el 11 de junio de 1945; los detalles sobre su dieta, «consumida en ingentes cantidades», aparecen en la pág. 94. Sobre la actuación de la orquesta de Glen Miller de la AAF en el estadio de Núremberg y su entrevista en la radio de las Fuerzas

Expedicionarias Aliadas, véase Erenberg, L. A.: *Swingin' the Dream* , 3.ª parte: «Culture Noir», cap. 7: «Swing Goes to War».

En cuanto a los resultados de las elecciones generales de 1945 en Gran Bretaña, véase Lewis, P.: *A People's War* , cap. 10: «Leftward, Look, the Land is Bright». La cita «Los soldados tenían la sensación» corresponde al comandante Denis Haley, quien posteriormente se convertiría en ministro de Economía entre 1974 y 1975 y en uno de los políticos de posguerra más capaces de Gran Bretaña. Procede de la misma fuente. Para las citas «Los estadounidenses cambiaron Inglaterra más» y «todo era tan monótono cuando se fueron», véase Gardiner, J.: *Over Here* , cap. 18: «Over There».

El reportaje de portada de la edición estadounidense de *Vogue* sobre «La belleza y la generación más joven» aparece en *Vogue* , agosto de 1945, 23 y ss. Para la cita «una explosión de dimensiones gigantescas», véase Jones, J.: *WWII* , «Mushroom». Este capítulo es también la fuente de la cita «De pronto, una luz brillante entre blanquecina y rosácea». Para la cita «Una vez más, el presidente Truman utilizó la fuerza psicológica contra Japón», véase *Time* , vol. 46, n.º 7, 13 de agosto de 1945, «The Nation: Birth of an Era», 17.

Para más detalles sobre la empresa de Eugene Gilbert y las citas de los siguientes tres párrafos, véase la sección «Business & Finance», 85-86, en el número de la revista *Time* citado anteriormente. El artículo lleva el título «Teen-age Gallup». Más información sobre Eugene Gilbert en Ugland, R. M.: *The Adolescent Experience During World War II* , cap. 7: «The Emergence of the Teen-ager» y Palladino, G: *Teenagers* , 3.ª parte: «Teenagers», cap. 7: «The Advertising Age». Un perfil detallado de Gilbert puede encontrarse en McDonald, D.: «A Caste, A Culture, A Market, part one», en *The New Yorker* , 22 de noviembre de 1958.

Los detalles exactos de las cifras de muertos en la Segunda Guerra Mundial varían de una fuente a otra. He sintetizado los datos provenientes de Arnold-Forster, M.: *El mundo en guerra* , cap. 13: «Muerte y resistencia en los países ocupados»; Warren, A.: *Surviving Hitler* , «Appendix: The Concentration Camps, the Human Cost of World War II» y la página de Wikipedia sobre la Segunda Guerra Mundial. A propósito de la cita de Lewis H. Lapham «pasó a la cuenta estadounidense», véase Terkel, S.: *La guerra «buena»* , introducción.

En lo relativo al efecto completo de la bomba atómica, véanse Jungk, R.: *Más brillante que mil soles* , Barcelona, Argos, 1959, (trad. Ana M. Schluter Rodes); Geddes D. P. (ed.): *The Atomic Age Opens* , New York, Pocket, 1945 y Nuttall, J.: *Las culturas de posguerra* , Barcelona, Martínez Roca, 1974, (trad. Lucila Benítez). La cita de Aristóteles «La mayor parte de su vida está llena de esperanza» aparece mencionada en Kiell, N.: *The Universal Experience of Adolescence* , introducción [la cita en español puede encontrarse en Aristóteles: *Retórica* , Madrid, Alianza, 1998, (trad. Alberto Bernabé), libro 2, cap. 12]. El concepto de Stanley Hall de la adolescencia como «renacimiento» aparece en Hall, G. S.: *Adolescence* , prefacio.

CRÉDITOS DE LAS IMÁGENES

Página X: Colección del autor .

Página 3: (izquierda) Photo Walery (París), en Creston, D.: *Fountains of Youth: The Life of Marie Bashkirtseff* , New York, Dutton, 1937; (derecha) en Schechter, H.: *Fiend: The Shocking True Story of America's Youngest Serial Killer* , New York, Pocket Books, 2000 .

Página 19: Springhall, J.: *Youth, Empire and Society: British Youth Movements, 1883-1940* , London, Croom Helm, 1977 .

Página 28: Fotografía de Étienne Carjat, en Nicholl, C.: *Somebody Else: Arthur Rimbaud in Africa, 1880-91* , London, Vintage, 1998 .

Página 39: Museum of the City of New York / Jacob A. Riis Collection, #140

Página 50: Pearson, G.: *Hooligan: A History of Respectable Fears* , London, Macmillan, 1983 .

Página 59: Billy Rose Theater Division, New York Public Library for the Performing Arts, Astor, Lenox and Tilden Foundation .

Página 75: Clark University Archives, Goddard Library .

Página 91: Ilustración de F. D. Bedford en Barrie, J. M.: *Peter Pan and Wendy* , London, Hodder and Stoughton, 1911 .

Página 105: Colección del autor .

Página 107: The Marshall Walker Collection .

Página 121: Laqueur, W. Z.: *Young Germany* , London, Routledge and Kegan Paul, 1962 .

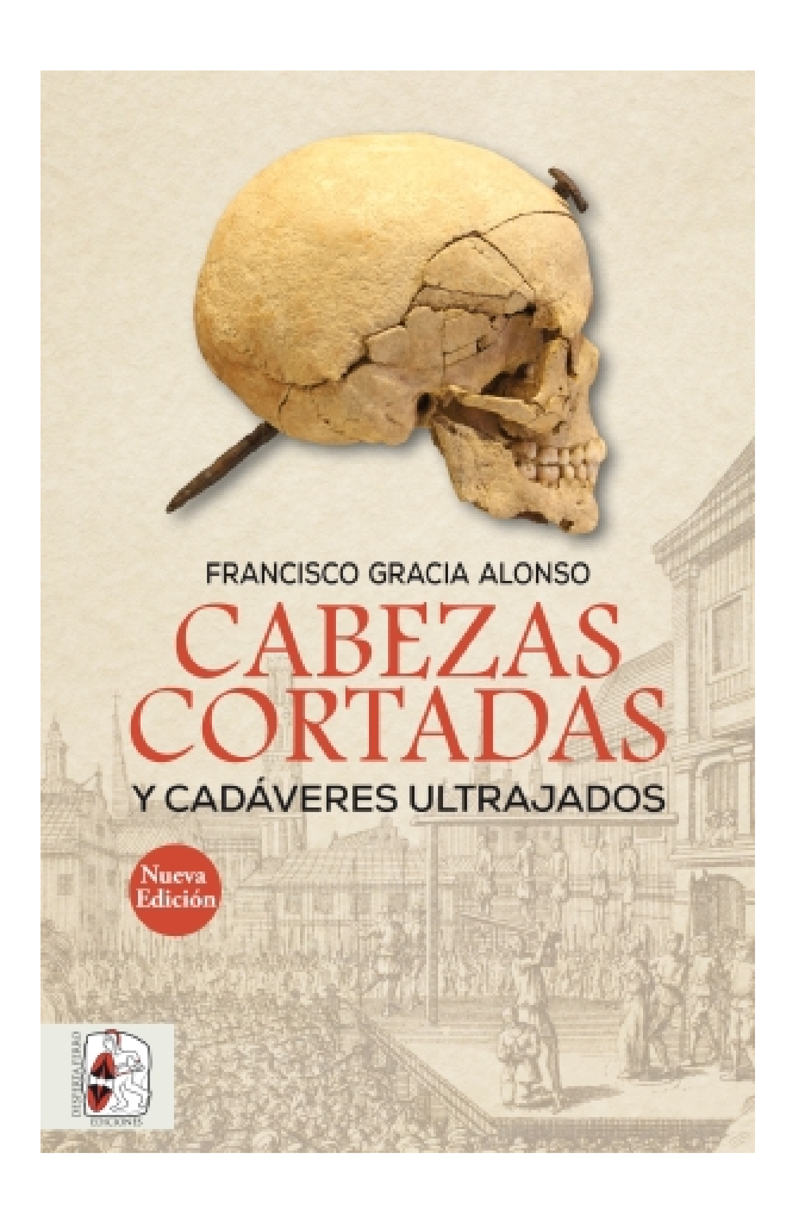
Página 135: Lewis Hine Collection, National Child Labor Committee Papers, Library of Congress .

Página 155: Delany, P.: *The New Pagans: Rupert Brooke and the Ordeal of Youth* , New York, Free Press, 1987 .

Página 167: Dominio público .

Página 189: Dominio público .
Página 203: The Marshall Walker Collection .
Página 209: Colección del autor .
Página 217: Kibbo Kift Foundation .
Página 237: Colección del autor .
Página 245: The Marshall Walker Collection .
Página 261: Colección del autor .
Página 281: Dean Paul, B.: *My First Life* , London, John Long, 1935 .
Página 289: Burt, C.: *The Young Delinquent* , London, University of London Press, 1925 .
Página 305: Dominio público .
Página 331: Minehan, T.: *Boy and Girl Tramps of America* , New York, Grosset and Dunlap, 1934 .
Página 355: Lestrange, W. F.: *Wasted Lives* , London, George Routledge and Sons, 1936 .
Página 379: Dominio público .
Página 381: Colección del autor .
Página 403: Dominio público .
Página 415: Dominio público
Página 433: Arthur Rothstein, Farm Security Agency, Library of Congress .
Página 450: Louise Rosskam; cortesía de Anita Rosskam .
Página 451: Colección del autor .
Página 455: Cortesía de Grace Scheel .
Página 469: Dominio público .
Página 478: Dominio público .
Página 493: Imperial War Museum .
Página 507: Dominio público .
Página 510: Cortesía de Alan Keele .
Página 521: Dominio público .
Página 529: Colección del autor .
Página 532: Colección del autor .
Página 538: Colección del autor .
Página 545: Nina Leen / Time & Life Pictures / Getty Images .
Página 559: Colección del autor .

Página 561: Dominio público .



Cabezas cortadas y cadáveres ultrajados

Gracia Alonso, Francisco
9788412207972
400 Páginas

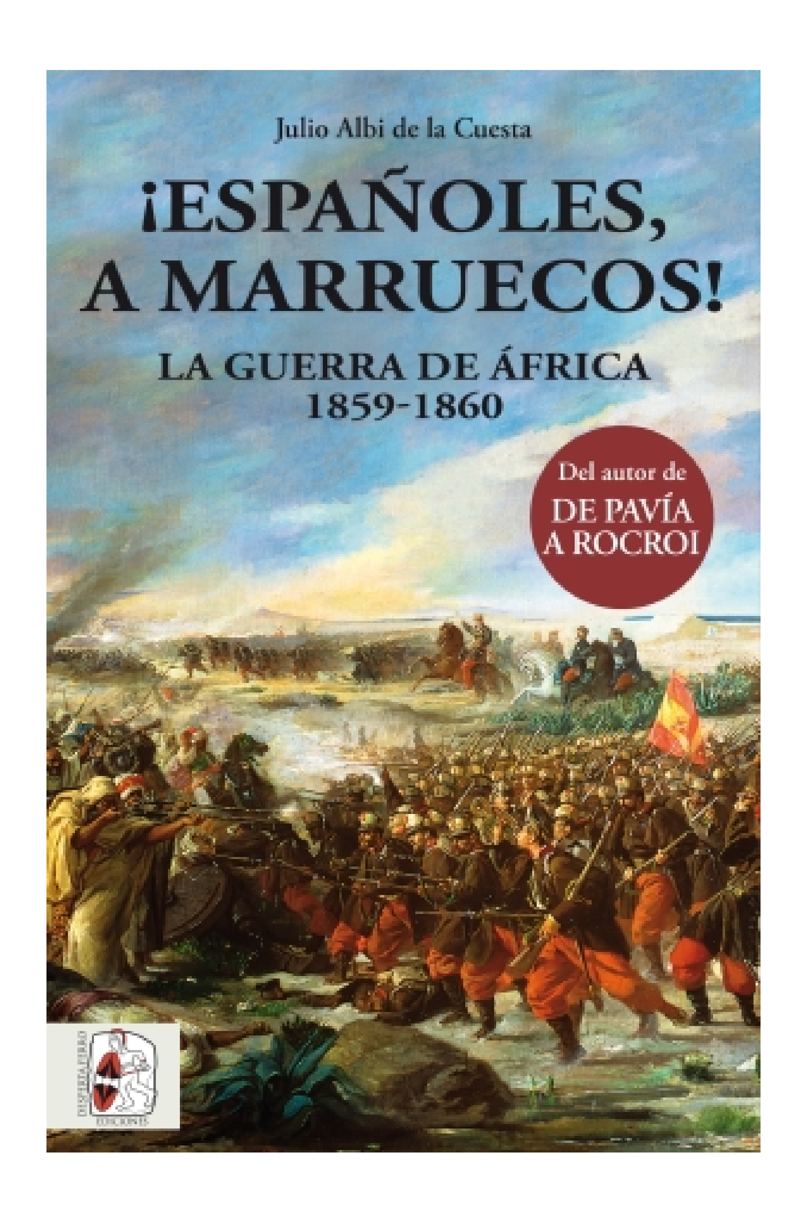
Cómpralo y empieza a leer

Las **cabezas cortadas, la mutilación del cadáver** del enemigo y la captura de trofeos macabros no es un fenómeno que, por desgracia,

podamos acotar en el tiempo, arrojándolo a momentos pretéritos y más oscuros que nuestro siglo XXI. Al contrario, se trata de un comportamiento, a menudo ritual, que aparece casi ubicuo a lo largo de la Historia, y en sociedades muy diversas, desde la **antigua Asiria** al actual Irak, desde esos celtas que guardaban con mimo cráneos embalsamados a las calaveras japonesas que los norteamericanos atesoraban durante la **Segunda Guerra Mundial** , de los sacrificios humanos de las culturas mesoamericanas al **código samurái,** de las pirámides de cabezas timúridas a las abominables matanzas de los narcos en México o del ISIS en estos tiempos que nos ha tocado vivir.

El profesor **Francisco Gracia Alonso** , catedrático de Prehistoria en la Universidad de Barcelona, autor de libros como *Furor Barbari. Celtas y germanos contra Roma, La guerra en la Protohistoria* o *El tesoro del Vita: la protección y el expolio del patrimonio histórico arqueológico durante la Guerra Civil* , además de miembro del consejo editorial y colaborador habitual de *Desperta Ferro Antigua y Medieval* y *Desperta Ferro Historia Moderna* , se vale de las fuentes, del análisis antropológico y de la arqueología del conflicto para abordar en Cabezas cortadas y cadáveres ultrajados una faceta tétrica del comportamiento humano, pero que no por ello dejó de estar muchas veces normalizada, como es la profanación del cadáver del enemigo caído.

Un estudio de este fenómeno desde sus diversos parámetros culturales, religiosos y éticos que permiten intentar explicarlo, inserto en discursos de poder y de memoria, de escarnio del vendido y de ejercicio del terror, en un recorrido diacrónico que nos asoma al rostro más negro de la psique humana, allí donde laten con violencia las pulsiones de Tánatos.



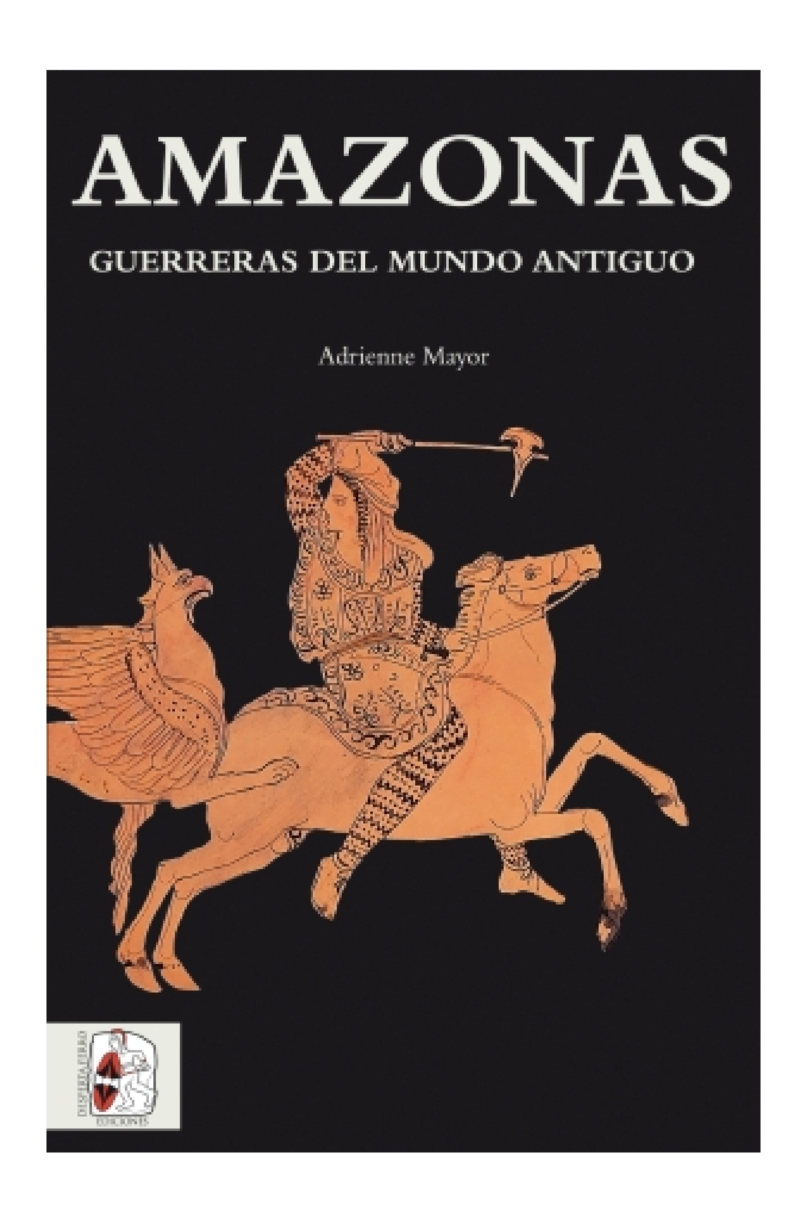
¡Españoles, a Marruecos!

Albi de la Cuesta, Julio
9788412207927
416 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Cargas de coraceros con refulgentes cascos metálicos; **agrestes cabileños** , de chilabas rayadas; lanceros con multicolores

banderolas; la legendaria Guardia Negra, azul y roja; audaces cornetas, casi niños; bellas hebreas; presidiarios encadenados, como salidos de Los miserables; húsares, blancos y celestes; aérea caballería marroquí, envuelta en jaiques fantasmales; misteriosas ciudades santas; arias de Bellini cantadas a la luz de las hogueras por oficiales sentimentales; zocos abigarrados; curtidas cantineras vestidas a la amazona, revólver en cinto; **Prim tonante, en los Castillejos** ; caravanas ondulantes de camellos; ataques a la bayoneta con banderas desplegadas, al compás de músicas y charangas... Por estos y otros aspectos l **a Guerra de Marruecos de 1859-1860** ha pasado a la historia con el nombre de "Guerra Romántica", carácter que comparte la misma denominación oficial, Guerra de África, que desorbita el ámbito de las operaciones que se llevaron a cabo, para darles una dimensión continental. Junto a todo eso existe, sin embargo, otro rostro no tan evocador, el de una campaña improvisada, lanzada en la peor época del año y con medios navales insuficientes; soldados ateridos, mal cobijados en tiendas diseñadas para resguardar del sol, no para proteger de las constantes lluvias, y batallas inútiles y costosas. Y siempre, la sombra del cólera insidioso, matando a diestro y siniestro, más feroz que las balas, que envió a miles de hombres a la tumba, o a hospitales donde con frecuencia agonizaban olvidados en el suelo, sobre un montón de paja podrida.
En ***¡Españoles, a Marruecos! La Guerra de África 1859-1860*** , **Julio Albi de la Cuesta** retrata con maestría esta dicotomía, porque si la guerra fue indiscutiblemente popular, miles de españoles pagaron para no ir a ella; si concitó consensos de todos los partidos, la unanimidad duró poco; si obtuvo ciertas ventajas, generó decepciones; y si se derrochó bravura, sobraron imprudencias censurables.



Amazonas

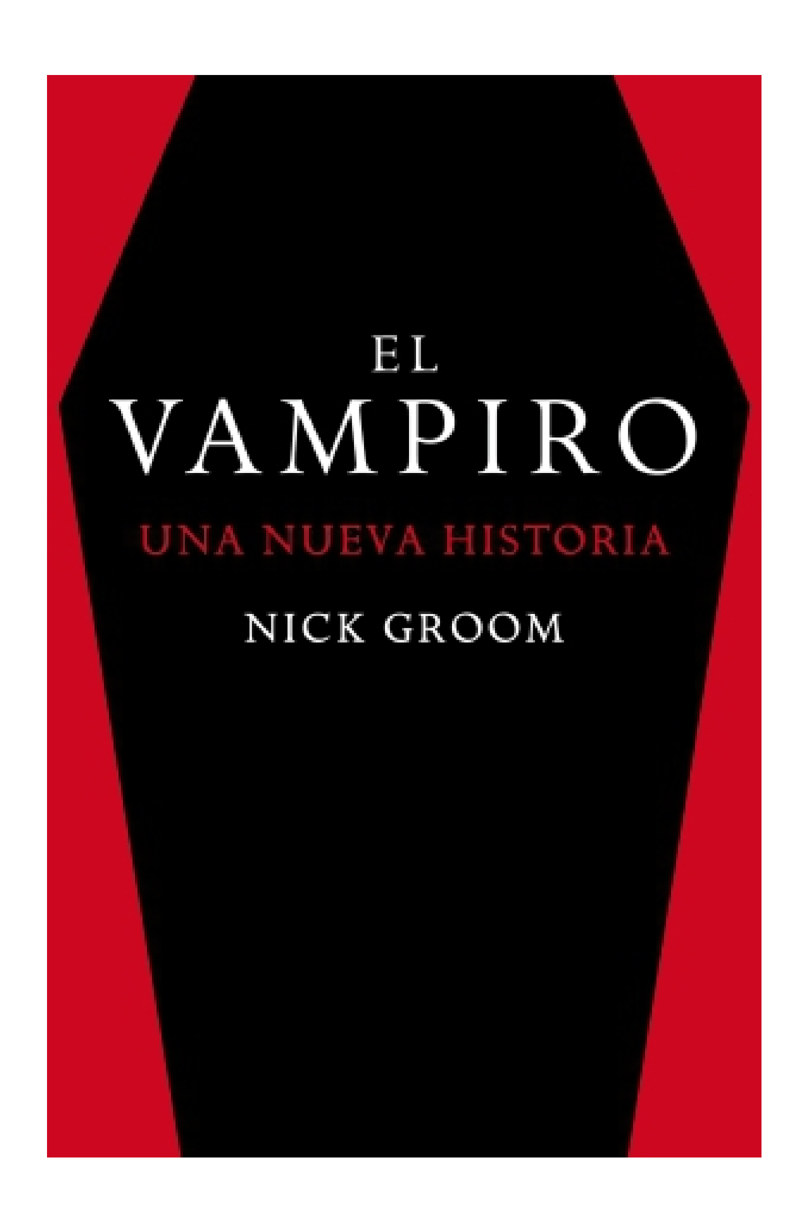
Mayor, Adrienne
9788412207934
472 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer]

Las **amazonas** , esas fieras mujeres que habitaban en los confines del mundo conocido, fueron las "míticas" guerreras archienemigas

de los antiguos griegos. Pero, ¿es adecuado emplear "míticas"? ¿Quiénes fueron en realidad esas intrépidas luchadoras que se entregaban a la guerra, la caza y la libertad sexual? ¿Existieron realmente o fueron solo un arquetipo de la otredad en la cosmovisión griega?
En este extenso y profusamente ilustrado libro, **finalista del National Book Award** , **Adrienne Mayor** de la que Desperta Ferro Ediciones ya ha publicado su apasionante biografía de ***Mitrídates el Grande*** revela detalles íntimos y sorprendentes así como nuevas informaciones acerca de las mujeres de carne y hueso de las estepas eurasiáticas que el mundo clásico conocería como amazonas, para demostrar que estas guerreras no eran tan solo fruto de la imaginación helénica.
A partir de la combinación del análisis de los mitos clásicos y su arte con las tradiciones de la estepa euroasiática y la Arqueología, ***Amazonas*** es el primer relato integral acerca de estas aguerridas mujeres, plasmadas en la mitología y la historia a lo largo y ancho del mundo antiguo, desde el mar Mediterráneo hasta la Gran Muralla china. Una obra que rompe estereotipos vivos hoy en día pero también los de hace más de dos milenios.
2014, Preseleccionado en London Hellenic Prize.
2014, Seleccionado por la American Scientists Science Book Gift Guide.
2015, Ganador de Silver Medal, Independent Publisher Book Awards, World History category.
2016, Reseñado por The New York Times Book Reviews "The Year in Reading".
2016, Ganador del Sarasvati Award for Best Nonfiction Book in Women and Mythology, Association for the Study of Women & Mythology.

Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid , es una de las figuras históricas más enraizadas en el imaginario colectivo de los españoles, desde el Cantar de Mío Cid hasta la película de Anthony Mann protagonizada por Charlton Heston y Sofía Loren. Pero, ¿fue el Cid un héroe, un símbolo de la cristiandad cruzada, tal y como a menudo se le ha querido pintar? Lo que precisamente distingue al **Cid histórico** es su cualidad de antihéroe, de señor de la guerra capaz de forjar su destino a hierro y labrarse su propio reino. **David Porrinas** , uno de los mayores expertos en el tema, tal y como acreditan sus numerosísimas publicaciones, plasma en este libro todo lo que la investigación histórica ha alumbrado sobre el Cid, enfocando en particular hacia perspectivas poco tratadas como son las de la guerra y la caballería. La obra plantea pues al personaje en su tiempo, su mentalidad y sus circunstancias: el escenario para **la epopeya del Campeador** es una península ibérica donde los reinos cristianos comienzan a expandirse a costa de las débiles taifas andalusíes, con fronteras mutables y permeables, y donde irrumpen por un lado los fanáticos almorávides y por otro la idea de cruzada. ***El Cid. Historia y mito de un señor de la guerra*** es un digno continuador de La España del Cid de Ramón Menéndez Pidal. Una obra que, como su protagonista, hará historia.



El vampiro

Groom, Nick
9788412168730
336 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Tres siglos después de que un brote vampírico aterrorizara a la Europa central y dos siglos después de que el *The Vampyre* de

Polidori irrumpiera en la escena literaria, llega esta **nueva historia acerca del vampiro** , que **rastrea sus orígenes** hasta un momento y un lugar: 1725, en las fronteras orientales del Imperio de los Habsburgo. Una serie de terroríficos acontecimientos sobrenaturales captó la atención de doctores, científicos y teólogos de todo el continente, que cristalizó en el choque entre la naciente racionalidad de la Ilustración y el folclore tradicional de los Balcanes. La investigación que derivó de esos hechos fue un tema de fascinación popular, mucho antes incluso de que poetas y escritores fueran también presas de una "vampiromanía" que alcanzó su punto álgido en 1897 con el *Drácula* de Bram Stoker. En esta nueva historia en torno al vampiro, **Nick Groom** , **profesor de literatura inglesa en las universidades de Exeter y Macau y experto en literatura gótica** , desentierra la compleja historia de una criatura de ficción devenida en icono, desde los tempranos intentos médicos por sustanciar la leyenda, a las supersticiones de la sangre y el cuerpo, las fuentes sobre **Drácula** o **su relevancia en la cultura popular contemporánea** . En este fascinante trayecto, Groom demuestra que **el vampiro ha servido siempre para desafiar los convencionalismos, y es por ello por lo que en el presente se erige en un antihéroe** esgrimido por los marginados y excluidos. ¿Criatura de ficción, hemos dicho?